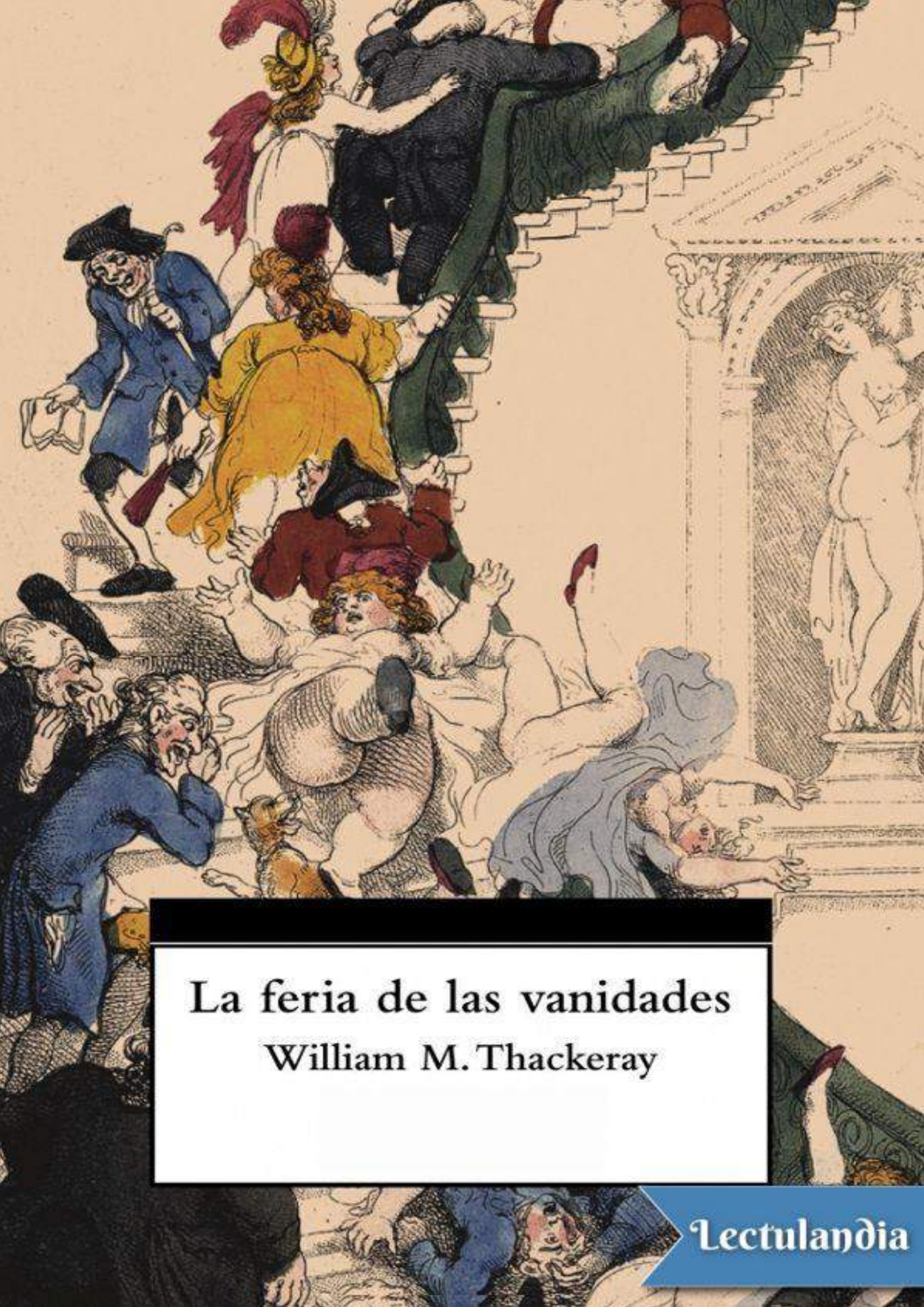

La feria de las vanidades

William M. Thackeray

Lectulandia

Vanity Fair es indiscutiblemente, y cualesquiera que puedan ser las preferencias personales del lector o del crítico, una de las novelas capitales del siglo, admirable por su concepción general, por la maestría de la ejecución, por el estilo, y también por su relación con las otras grandes obras novelescas que la preceden y la siguen. La innovación realista de Dickens en el campo de la novela es de extraordinaria importancia, pero, si comparamos su realismo con el de Thackeray, advertiremos hasta qué punto es inconsciente, e incluso un tanto somero, el de aquél y consciente y deliberado el de éste. *Vanity Fair* es una sátira contra los excesos románticos y sentimentales, una reacción contra Walter Scott, Bulwer Lytton y el mismo Dickens, y a la vez una sátira de la sociedad contemporánea, pues aunque la acción tiene lugar treinta años antes, la lección que de ella se desprende es igualmente aplicable a la sociedad de la época en que vivía el autor. La sátira es acerba y hasta implacable en ocasiones, y *Vanity Fair* es, entre las grandes novelas del autor, la que más pie ha dado a la acusación de cinismo por parte de algunos censores; pero a ello puede objetarse razonablemente que el autor no pretendió darnos con ella una representación total de la sociedad, sino tan sólo de un sector de ella y de una gens social determinada. Él mismo nos ha explicado que su propósito era «presentar en escena una especie de gentes que viven sin Dios, absolutamente satisfechas de sí propias y convencidas de su virtud superior». Si se objeta, pues, que las Becky Sharp y los Sedley, los Osborne, los Crawley, representan únicamente una visión parcial de la vida, el autor podría replicarnos, y así lo ha hecho en efecto, que nunca fue otra su intención. En todo caso, aun rechazando la exactitud del cuadro como una representación general de la sociedad, no puede discutirse que, como representación de un sector de ella, es de una profunda realidad, y en ello han estado contestes los críticos. Todos sus personajes, lo mismo que las acciones de éstos, son perfectamente reales, y de todas las épocas; basta mirar a nuestro alrededor para encontrar sus paralelos. Y ninguno más real que el de la protagonista Becky Sharp, el más perverso también de todos, el más inmoral y sin escrúpulos, pero tan inteligente, tan sutil, tan seductora, que no podemos menos de sentirnos un poco fascinados, como los personajes que giran en torno de ella. Becky, sin embargo, acaba mal y queda castigada, pues si Thackeray es demasiado artista para dejarse arrastrar por el prurito moral, es también demasiado moralista para permitir que sus pillos salgan triunfantes. Lo importante, desde el punto de vista artístico, es que este fracaso de los malos se produzca naturalmente, desde dentro, por la parábola natural de los

caracteres, en vez de ser impuesto por el autor actuando como un *deus ex machina* que reparte equitativamente el premio y el castigo. Y esta condición tan característica de Thackeray, nos lo muestra no sólo más auténticamente realista que Dickens, sino también, en el fondo, más moralista, pese al humanitarismo más externo y más sonoro de éste.

Lectulandia

William M. Thackeray

La feria de las vanidades

ePub r1.0
IbnKhaldun 23.04.14

Título original: *Vanity Fair: A Novel Without a Hero*
William M. Thackeray, 1848
Traducción: Alfonso Nadal

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

Nota preliminar

Dickens y Thackeray son, por consenso general, y teniendo en cuenta el valor y volumen de su obra, los dos más grandes novelistas ingleses, los más representativos y característicos de la primera mitad de la época victoriana. Ha sido un tópico de la crítica inglesa la contraposición de ambos escritores, presentándolos como los dos polos de la novelística de su tiempo. Claro está que dos grandes escritores, sobre todo si viven en una misma época y cultivan un mismo género, tienen siempre afinidades y puntos de contacto, y así Dickens y Thackeray coinciden hasta cierto punto en su concepción realista de la novela, en su humanidad y en su humorismo de viso patético (como por otra parte es todo humorismo genuino). Pero, fuera de estas concordancias de orden general, no cabe duda que las diferencias son grandes y esenciales. En cuanto al tema, Dickens es el novelista de las clases humildes y de las capas inferiores de la clase media, y con él puede decirse que hace su entrada la democracia en la novela inglesa; mientras Thackeray lo es de las clases altas y de las capas altas de la clase media. Dickens es el creador instintivo, espontáneo, genial, y de ahí que su arte llegue de golpe en su primera novela, el Pickwick, escrita a los veinticinco años, a su culminación, que apenas se desarrolle luego y que su producción de madurez sea, en general, inferior a la del primer período. Thackeray es el escritor culto, reflexivo, en continuo desenvolvimiento. Los dos son realistas y la realidad circundante constituye para ambos su campo de observación y de ejercicio, pero el realismo de Diekens es tan exuberante e impetuosamente romántico como el de Thackeray es analítico, contenido y reticente.

Chesterton apunta el carácter más imaginativo del realismo de Dickens cuando sugiere agudamente que éste acude al realismo para hacer creíble lo increíble, en tanto que Thackeray lo hace para ayudarnos a reconocer a un antiguo conocido. Así, añade, Thackeray es el novelista de la memoria (de la nuestra lo mismo que de la suya propia): «Dickens parece estar aguardando a todos sus personajes como forasteros pintorescos invitados a comer, como si esperase de ellos no sólo que le divirtiesen, sino también alguna sorpresa. Thackeray, por el contrario, es el pasado de todo el mundo, la juventud de todo el mundo. Amigos olvidados vagan por los pasillos de colegios y clubs olvidados, oímos fragmentos de conversaciones no terminadas, vemos rostros por un instante sin nombre, inmovilizados para siempre en una mueca trivial; percibimos el olor intenso de círculos sociales ya para nosotros incongruentes, y en todos los aposentos, aun en los más pequeños, se agitan cien fantasmas de uno mismo».

Otra línea de tangencia entre ambos grandes novelistas es la tendencia moral. Thackeray, como Dickens, son dos moralistas, que desean mejorar al hombre. Quizás el afán de reforma es más imperativo en el segundo, y desde luego el primero muestra

una mayor indulgencia hacia los defectos humanos y su prédica es menos audible, menos violenta y regañona. Pero ambos sienten la misma inequívoca repugnancia ante la maldad y la ridiculez humanas, aunque a veces se proyecten en distintas direcciones. ¿Qué es sino la reacción de un moralista la hostilidad de Thackeray por los *snobs* y su encarnizada campaña contra la plaga que suponían en la sociedad inglesa, y que más o menos siguen suponiendo en la sociedad de todas partes? (Aunque no admitidas aún por la Academia Española, las palabras *snob* y *snobismo*, significando la sobrestimación y el culto de la posición social, la riqueza o el éxito, se han incorporado a tal punto al vocabulario internacional que no vale la pena de buscar afanosamente un equivalente castizo.) Buena parte de su obra va dirigida contra los snobs en uno u otro orden. El realista veía que el *snobismo* era uno de los principales vicios de la Inglaterra contemporánea, y el moralista deseaba curarlo. El infierno de los ingleses, según Carlyle, consiste en no hacer bastante dinero; pero Thackeray descubrió que todavía hay otro infierno social, y es el temor a no ser «respetable», una persona «importante», si no completamente en la realidad, cuando menos en la apariencia. Poniendo en ridículo este temor, Thackeray intentó librar de él a sus compatriotas, solamente que, al llevar a la práctica su propósito en sus primeras obras, cometió el error a que tan propensos suelen ser los novicios: cargando demasiado la mano de un lado, omitió a veces cuanto no servía a aquel propósito y dio así en ocasiones una impresión falsa de la vida. Pero con la experiencia de los años fue enmendando el error, y pocas cosas más ejemplares en el panorama de su obra que la evolución a este respecto y el cambio gradual de tonos en la sucesión de sus grandes novelas. La sátira, el acento irónico y el recato del moralismo de Thackeray, que no lo hace evidente a primera vista a todos los ojos, ha sido causa de que los críticos poco simpatizantes le hayan tildado de cínico y de apóstol de la mediocridad. Según estos críticos, sólo trae a escena gentes malignas o mediocres y se complace en empequeñecer sus personajes y en descartar las grandes cualidades humanas, asociando siempre la bondad con la pequeñez de carácter o la flaqueza de entendimiento. Pero, si es cierto que el mismo Thackeray ha dicho en una de sus poesías:

> *How very weak the very wise*
> *How very small the very great…*
> *«¡Qué endebles aun los mismos cuerdos,*
> *qué pequeños aun los mismos grandes!»*

La acusación de cinismo, por lo menos así formulada, es errónea. Para el auténtico cínico, la naturaleza humana no es simplemente defectuosa, sino sencillamente vil. Que éste no era el concepto de Thackeray lo prueba la concepción de un personaje como el coronel Esmond, el Bayardo de la novela inglesa, y de escenas como la

muerte de Newcome. Más justo y sagaz es el juicio de Charlotte Brontë: «Cuando Thackeray escribe, Mefistófeles está a su diestra y Rafael a su izquierda; el gran escéptico y befador guía por lo general su pluma, mas el arcángel intercala de cuando en cuando letras de luz». Pero estas mismas palabras exageran el ingrediente de cinismo en Thackeray.

No es que este ingrediente no exista en su obra, particularmente en las primeras. Tal, además, debió ser en parte la intención del autor, contra el exceso de sentimentalismo que venía impregnando la novela inglesa desde Richardson, y ello puede deducirse de su admiración proclamada por Hogarth y Fielding, realistas escuetos y contempladores sin melindres de la vida, y del subtítulo: «Una novela sin héroe», que pusiera a La feria de las vanidades, diríase que un poco en reacción contra el «culto de los héroes» predicado por Carlyle desde hacía unos años. Thackeray no ve ningún héroe en la feria de las vanidades que es para él el mundo; no colocará, pues, a ningún hombre sobre un pedestal, ni se inclinará reverentemente ante él; la única actitud justa y digna le parece exponer objetivamente la vida tal como la ve, con todas sus flaquezas, y también con sus virtudes (si es que hay alguna: y en esta restricción irónica es donde asoma la oreja el cínico). La idea de Carlyle, por el contrario, era que sí hay grandes hombres, infinitamente superiores a los pequeños, y que el primer deber de éstos, y la única manera de superar su pequeñez, es buscar a los grandes hombres y rendirles pleitesía. ¿Que no hay ningún gran hombre para su ayuda de cámara? ¡Tanto peor para el ayuda de cámara!

Si es cierto, por otra parte, que la mayoría de los personajes de Thackeray no son héroes ni arquetipos de nobleza, como tampoco lo son la mayoría de las gentes en la vida diaria, no lo es el que todos sean viles, ni aun siquiera mediocres. Aparte de Henry Esmond y del coronel Newcome, ni Harry ni George Warrington lo son, y ellos, con Laura y Helen Pendennis, Lady Castlewood, Frank Castlewood y otros más, contrapesan en buena parte a Becky Sharp, Sedley, George Osborne, Randon Crawley, Lord Steyne… Conviene, además, tener en cuenta que, al pintar a estos mediocres, la finalidad moralizadora del autor es mostrar hasta qué punto es degradante y entumecedora y letal la mediocridad, y cómo es necesario esforzarse en sobrepasarla.

Pero si Thackeray no es esencialmente un cínico ni un apóstol de la mediocridad, no por eso deja de haber su grano de verdad en el reproche. Esto es: hay en su obra elementos que, en una naturaleza menos noble, menos delicada y reverente, habrían podido convertirse en cinismo, y quizás en el plan general de su obra se da una importancia y un resalte excesivo a la mediocridad. A veces, leyéndole, se siente cierta nostalgia por el «culto de los héroes»; pues si es cierto que la verdadera grandeza es bastante rara, y en este sentido tiene razón Thackeray al pintar sin héroe el mundo corriente y moliente en el que vivimos, no es menos cierto que, cuando se

tropieza con la verdadera grandeza, ésta es inestimable, y que, en el mundo de la ficción lo mismo que en el real, excluir el elemento «heroico» es omitir su elemento más vital.

Thackeray fue un poeta humorístico original, dotado de un auténtico instinto poético, y un eminente crítico y ensayista. Algunas de sus mejores páginas, desde el punto de vista del estilo, se encuentran en Roundabout Papers y en sus conferencias sobre los humoristas ingleses del siglo XVIII, que es sin duda una de las obras más considerables de la crítica literaria de su época. Pero fue en la novela donde el don poético de Thackeray lo mismo que sus otras dotes literarias encontraron su expresión adecuada.

Aparte de sus novelas cortas, de sus deliciosas parodias románticas y de sus humoradas novelescas, como *Becky and Rowena, The Rose and the Ring*, etc., la gloria de Thackeray y su aportación esencial a la novela europea se cifra sobre todo en sus cinco novelas largas: *Vanity Fair, Pendennis, Esmond, The Newcomes* y *The Virginians*. Estas fueron precedidas, a los treinta y tres años del autor, por una más corta, La suerte de Barry Lindon, cuya acción ocurre en el siglo XVIII, que tan minuciosa y exactamente conocía Thackeray. Barry Lindon fue ya la demostración plenaria de la capacidad del autor para la composición novelesca de largo aliento y, según algunos críticos, nunca fue superada por aquél en derechura y agudeza intelectual. Probó también, de modo conclusivo, la extraordinaria facultad de Thackeray para adoptar un punto de vista y atenerse estrictamente a él. La vida de un truhán, escrita desde el punto de vista del truhán por una persona que lo detesta y se burla de él, pero sin olvidar ni un instante que el truhán se considera a sí mismo un ser admirable, y que no emplea para condenarle como el más vil de los bribones otras palabras que las que pone en boca del propio interesado, es sin duda una verdadera hazaña literaria; pero el asunto es demasiado agrio para el paladar de la mayoría de los lectores y, a pesar de la admiración de algunos críticos modernos, la obra nunca logró ser popular.

No obstante, hasta *La feria de las vanidades* no dio Thackeray una muestra concluyente, no ya de su originalidad y capacidad de novelista, puestas de manifiesto en Barry Lindon, pero sí de la extensión y alcance de su genio. *Vanity Fair* es indiscutiblemente, y cualesquiera que puedan ser las preferencias personales del lector o del crítico, una de las novelas capitales del siglo, admirable por su concepción general, por la maestría de la ejecución, por el estilo, y también por su relación con las otras grandes obras novelescas que la preceden y la siguen. La innovación realista de Dickens en el campo de la novela es de extraordinaria importancia, pero, si comparamos su realismo con el de Thackeray, advertiremos hasta qué punto es inconsciente, e incluso un tanto somero, el de aquél y consciente y deliberado el de éste. *Vanity Fair* es una sátira contra los excesos románticos y

sentimentales, una reacción contra Walter Scott, Bulwer Lytton y el mismo Dickens, y a la vez una sátira de la sociedad contemporánea, pues aunque la acción tiene lugar treinta años antes, la lección que de ella se desprende es igualmente aplicable a la sociedad de la época en que vivía el autor. La sátira es acerba y hasta implacable en ocasiones, y *Vanity Fair* es, entre las grandes novelas del autor, la que más pie ha dado a la acusación de cinismo por parte de algunos censores; pero a ello puede objetarse razonablemente que el autor no pretendió darnos con ella una representación total de la sociedad, sino tan sólo de un sector de ella y de una gens social determinada. Él mismo nos ha explicado que su propósito era «presentar en escena una especie de gentes que viven sin Dios, absolutamente satisfechas de sí propias y convencidas de su virtud superior». Si se objeta, pues, que las Becky Sharp y los Sedley, los Osborne, los Crawley, representan únicamente una visión parcial de la vida, el autor podría replicarnos, y así lo ha hecho en efecto, que nunca fue otra su intención. En todo caso, aun rechazando la exactitud del cuadro como una representación general de la sociedad, no puede discutirse que, como representación de un sector de ella, es de una profunda realidad, y en ello han estado contestes los críticos. Todos sus personajes, lo mismo que las acciones de éstos, son perfectamente reales, y de todas las épocas; basta mirar a nuestro alrededor para encontrar sus paralelos. Y ninguno más real que el de la protagonista Becky Sharp, el más perverso también de todos, el más inmoral y sin escrúpulos, pero tan inteligente, tan sutil, tan seductora, que no podemos menos de sentirnos un poco fascinados, como los personajes que giran en torno de ella. Becky, sin embargo, acaba mal y queda castigada, pues si Thackeray es demasiado artista para dejarse arrastrar por el prurito moral, es también demasiado moralista para permitir que sus pillos salgan triunfantes. Lo importante, desde el punto de vista artístico, es que este fracaso de los malos se produzca naturalmente, desde dentro, por la parábola natural de los caracteres, en vez de ser impuesto por el autor actuando como un deus ex machina que reparte equitativamente el premio y el castigo. Y esta condición tan característica de Thackeray, nos lo muestra no sólo más auténticamente realista que Dickens, sino también, en el fondo, más moralista, pese al humanitarismo más externo y más sonoro de éste.

El mismo año en que terminó de publicarse *La feria de las vanidades* comenzó la aparición de Pendennis (cuyo título completo es: *Historia de Pendennis: sus venturas y desventuras, sus amigos y su mayor enemigo*), que concluyó dos años después. Aunque de una estructura parecida, esta novela es más ortodoxa que la anterior, de un radio de vida más amplio, con personajes menos en apoyo de una tesis. Diríase que el autor ha reaccionado contra sí mismo. Aunque siempre y hasta el final un realista, el realismo de La feria de las vanidades aparece atenuado, con un elemento sentimental y romántico mayor y una visión de la vida menos parcial. Aunque no demasiado

heroico, Pendennis tiene un héroe, un centro hacia el cual convergen todos los hilos de la obra. La vacuidad de las ambiciones mundanas es de nuevo satirizada, pero los personajes son más atrayentes, no hay ninguno tan integralmente malo como Becky Sharp o Lord Steyne, el mismo Major Pendennis, a pesar de su debilidad y su mundanismo, tiene un lado de bondad y resulta casi simpático, y las mujeres «buenas» Helen y Laura, son de un tipo muy superior a Amelia, la «mujer buena» de La feria.

Otro tanto, más o menos, podría decirse de *Los Newcome* (en subtítulo: Memorias de una familia respetabilísima), aparecida cuatro años después. Como en Pendennis, con la que guarda una estrecha paridad, nos ofrece un mundo misceláneo de bien y de mal, aunque más extremo que en aquélla, en la cual, si no hay ningún personaje tan noble como el coronel Newcome, tampoco hay ninguno tan malo como el Veterano. También en la ejecución es más extremada que Pendennis, con escenas más conmovedoras y hermosas, pero en general de una factura menos sostenida y acabada.

En Esmond («Historia del hidalgo Henry Esmond, coronel al servicio de S. M. la Reina Ana, escrita por él mismo»), que aparece en el intervalo entre Pendennis y *Los Newcome*, a equidistancia de ambas, Thackeray sigue un rumbo muy distinto que en las otras tres grandes novelas, acercándose considerablemente más a la corriente romántica. Ya el género histórico, pues Esmond es una novela histórica, sin duda se presta menos al realismo escueto. La tramoya de una época pretérita no admite el conocimiento familiar y minucioso que en cambio requiere la visión realista de la sociedad contemporánea; y el mismo pintoresquismo y singularidad de las maneras y la indumentaria son un elemento favorable al romanticismo y contrario al realismo. En todo caso, fuera o no el propósito inicial de Thackeray, es indudable que Esmond es mucho más afín al espíritu romántico, lo mismo por sus personajes que por algunas de sus escenas y el espíritu que en general anima a la obra, que cuanto había escrito, o escribiera después, el autor. Desde luego, se siente en ella la influencia de Walter Scott, pero el procedimiento, el modo de manejar los materiales históricos, es muy distinto, y en el conocimiento detallado y preciso de la época Thackeray muestra una gran superioridad. Esta fidelidad a la época aparece también en el estilo, que se ajusta exactamente a la forma de pensar, de sentir y de hablar del tiempo, y esta prodigiosa identificación (que, sin embargo, jamás resbala hacia el *pastiche*) es sin duda uno de los mayores logros del libro.

Estas cuatro novelas son las obras maestras de Thackeray en el género, y todos los críticos coinciden en asignarles, dentro de su obra general, una importancia relativa, equiparable a las de las cuatro grandes tragedias de Shakespeare con respecto al resto de la obra shakespeariana. No obstante, aunque quizás las otras tres puedan resultar de lectura más placentera para el lector corriente, acaso la más

importante de ellas, por su novedad y lo penetrante de su análisis, es La feria de las vanidades, y así parecen haberlo reconocido la crítica y el público al destacarla como la obra más representativa del autor y haberla mantenido en mayor popularidad que ninguna de las otras.

Después de Los Newcome vino Los virginianos, también del género histórico, continuación independiente de Esmond, puesto que es la historia de sus descendientes en Norteamérica e Inglaterra, pero la obra, aunque interesante, no se mantiene al nivel de las precedentes. En cambio, Denis Duval, que el autor estaba escribiendo cuando la muerte lo sorprendió, también histórica (de los tiempos de Enrique V), prometía, ser una de sus grandes, según dictamen de algunos críticos (Dickens entre ellos), a juzgar por el fragmento que nos ha quedado.

Los censores de Thackeray reprochan a sus novelas cierta falta de construcción, de perfecta trabazón y continuidad, pero la culpa de ello debe achacarse al sistema de publicación periódica de la época, por entregas sucesivas, de manera que las obras iban apareciendo a medida que iban siendo escritas, lo que forzosamente perjudicaba su unidad y su ilación. Lo mismo, y por el mismo motivo, puede observarse en las novelas de Dickens. Pero que Thackeray era capaz de lo contrario, si tenía la oportunidad para ello, lo prueba concluyentemente Esmond, la única publicada primero en libro, como un todo, y seguramente una de las novelas mejor ponderadas y construidas que existen.

Otra de las características esenciales de Thackeray y de sus grandes valores, es el estilo, quizás no siempre precisamente «correcto», en el sentido de los puristas del idioma (que son siempre los eruditos y doctores, no los escritores, o por lo menos no los grandes escritores), pero muy personal, a la vez fuerte y flexible, siempre adecuado, jamás sobrecargado y no exento de elocuencia ni de pasión, en los momentos que así lo requieren: «Un estilo singularmente fluido y seductor —dice Chesterton—, modelado en suaves curvas, a diferencia de las imágenes de Dickens, talladas a golpe de hachuela».

William Makepeace Thackeray nació en Calcutta, India, el 18 de julio de 1811, de padres ingleses (ya el abuelo paterno había sido funcionario en la administración de la India). El padre murió teniendo el niño cinco años y la madre, de vuelta en Inglaterra, contrajo segundas nupcias dos años después. William fue enviado a un colegio de Chiswick, Hampshire, y en 1822 a la Charterhouse, que todavía se hallaba establecida en las cercanías de Smithfield, en la que permaneció hasta 1828, en que fue a vivir con su madre y su padrastro en Larkbeare, Devon. En 1829 entró en el Trinity College de Cambridge, y publicó ya en una revista local unos versos festivos sobre Timbuctu, el tema para el premio de Poesía aquel año en la universidad (que fuera ganado por Tennyson). Al año siguiente dejó la universidad sin haberse graduado en nada, pero habiendo hecho buenas amistades con algunos compañeros

que más tarde habían también de descollar en las letras inglesas, como Edward Fitzgerald (el parafraseador de Omar Khayyam), Lord Houghten, Alfred Tennyson, etc. Casi en seguida hizo un viaje por Alemania, visitando Weimar, donde conoció a Goethe, encuentro que narra veinticinco años más tarde en una interesante carta a G. H. Lewes, reproducida por éste en su famosa biografía del autor de Fausto. A su regreso a Inglaterra, en 1831, hizo una tentativa, que duró poco, para dedicarse a la carrera de Leyes. Al año siguiente heredó una pequeña fortuna, que le aseguraba una renta anual de 500 libras, pero no tardó en perderla, entre el juego, la participación en un banco angloindio y dos periódicos, *The National Standard* y *The Constitutional*. Sus aficiones artísticas por aquel entonces oscilaban entre la literatura y el dibujo, particularmente la caricatura y el dibujo ornamental, en los que demostró tempranamente un talento bastante personal y que siguió cultivando con gran fruición toda su vida. En 1834 se instaló en París para estudiar seriamente el arte. En 1836 contrajo enlace con Miss Isabella Shawe, de la que tuvo tres hijas, una de ellas muerta en la infancia y la mayor de las cuales se distinguió más tarde en las letras, escribiendo varias novelas y libros de crítica y de recuerdos y publicando una edición de las Obras completas del padre. Mrs. Thackeray perdió la razón en 1840 y tuvo que ser confinada en un sanatorio, aunque no murió hasta 1892. La desgracia fue un golpe muy duro para Thackeray, que estaba realmente enamorado y era hombre de extrema sensibilidad. En 1837 se había instalado en Londres y empezado a colaborar asiduamente en el *Fraser's Magazine*, donde publicó en 1841 *The History of Mr. Samuel Titmarsh and the Great Hoggarty Diamond*, que, en su mezcla de sátira, ingenio y patetismo, es ya una obra típicamente thackereyana, que anuncia la poderosa personalidad de las obras maestras que habían de seguirla. Desde su fundación en 1841 colaboró también en el semanario cómico *Punch*, que tan famoso se hizo luego, publicando en él, en 1846, sus *Snobs Papers*, conocido luego en libro bajo el título de *The Book of Snobs*, y una serie de graciosas parodias de novelistas del día, como Bulwer Lytton, Lever, Disraeli, etc., bajo el título general de Punch's Prize Novelists; pero, a causa de cierta divergencia de criterio en cuestiones políticas, cesó su colaboración en *Punch* en 1851. En 1847 apareció la primera entrega de las veinticuatro que comprendió *Vanity Fair* («La feria de las vanidades»), la cual acabó de publicarse al año siguiente. El éxito fue resonante y no tardó en extenderse del público selecto al gran público, siendo Thackeray considerado desde aquel momento como el principal de los novelistas ingleses surgidos después de Dickens. En 1851 escribió la serie de conferencias Los humoristas ingleses del siglo XVIII, pronunciadas primero en Inglaterra ese año y luego en 1852-3 durante una gira que con ese objeto hizo por los Estados Unidos. La otra serie de conferencias titulada *Los cuatro Georges* fue escrita especialmente para su segunda visita a Norteamérica, en 1855-6. Estas dos series de conferencias constituyeron las más fructuosas pecuniariamente de

todas sus empresas literarias. En una carta a su madre en 1859, cuatro años antes de su muerte, declara que le produjeron 9500 libras, en tanto que *The Virginians* le había producido tan sólo 6000 y *Vanity Fair* 2000. En 1857, animado por su creciente popularidad, se presentó como candidato por Oxford para un asiento en el Parlamento, pero salió derrotado. En 1859 se hizo cargo de la dirección de la revista *The Cornhill Magazine*, en la que publicó, entre otras muchas cosas, la serie de ensayos *Roundabout Papers*, pero ello le imponía obligaciones demasiado duras y difíciles para su temperamento afable y bondadoso y, aunque continuó colaborando en la revista hasta el final, dejó el puesto de director en 1862. El 24 de diciembre de 1863, su ayuda de cámara, al entrar por la mañana, lo encontró muerto en la cama. Fue enterrado en Kensal Green y un busto suyo colocado en la abadía de Westminster. La obra cumplida en los veintitrés años que abarca su carrera literaria atestigua, no sólo sus talentos excepcionales de escritor, sino también una capacidad y continuidad de trabajo admirables. Su personalidad guarda una estrecha correspondencia con su personalidad literaria y la evolución de ambas es pareja: representante genuino de las clases altas, más aun por su espíritu que por su posición social, es la personificación del *gentleman* letrado e inteligente: el perfecto caballero inglés, distinguido, culto, afable, servicial, reservado, ingenioso. Su comprensión cada día más amplia y tolerante de la vida fue afinando y ennobleciendo su temperamento lo mismo que su espíritu, y haciendo al hombre como al escritor cada vez más generoso, delicado, risueño e indulgente. Generalmente querido y admirado, su persona, con su alta estatura, su gran corpulencia y su ancha cabeza lampiña de rasgos tan peculiares, hundida entre los hombros, era una figura familiar y particularmente apreciada en los salones más aristocráticos de Londres.

OBRAS DE WILLIAM M. THACKERAY:

The Snob: A Literary and Scientific Journal, not conducted by members of the University, 1829; *Elizabeth Brounrigge: A Tale in Two Books*, 1832; *Flore et Zephyr: Ballet Mythologique*, 1836; *The Paris Sketch-Book*, 1840; *Essay on the Genius of George Cruikshank*, 1840; *Sketches by Spec: Nº Britannia protecting the Drama*, 1840; *Captain Sook and Mr. Pigeon* (Heads of the People), 1840; *The Fashionable Authoress; The Artist (ditto)*, 1841; *Comic Tales and Sketches*, 1841; *The History of Samuel Titmarsh and the Grest Hoggarty Diamond*, 1841; *The Second Funeral of Napoleon (in three letters to Miss Smith of London), and Chronicle of the Drum*, 1841; *The Irish Sketch-Book*, 1843; *The Luck of Barry Lyndon: A Romance of the last Century*, 1844; *Notes of a Journey from Cornhill to Cairo, etc.*, 1846; *Mrs. Perkin's Ball*, 1847; *Vanity Fair: A Novel without a Hero* 1847-8; *The Book of Snobs*, 1848; *Our Street*, 1848; *The History of Pendenny*, 1848-50; *Dr. Birch and His Young Friends*, 1849; *Becky and Rowena: A Romance upon Romance*, 1850; *Sketches after*

English Landscape Painters, by S. Marcy, with Notices by Thackeray, 1850; *The Kickleburys on the Rhine*, 1850 (Segunda edición, con el ensayo *On Thunder and Shall Beer*, 1851); *The History of Henry Esmond, Esq., a Colonel in the Service of Her Majesty Queen Anne, written by himself*, 1852; Preface to a Collection of Papers from «Punch», 1852; *The English Humourist the Eighteenth Century*, 1853; *The Newcomes: Memoirs of a most Respectable Family*, edited by Arthur Pendennis, Esq., 1853-5; *The Rose and the Ring, or the History of Prince Giglio and Prince Bulbo: a Fireside Pantomime, etc.*, 1855; *Miscellanies in Prose and Verse*, 1855; *Ballads* (collected ed.), 1855; *The Virginians: A Tale of the last Century*, 1857-9; *Lovel the Widower*, 1861; *The Four Georges*, 1861; *The Adventures of Philip on his way through the World: showing who robbed him, who helped him, and who passed him by*, 1862; *Roundabout Papers*, 1863. De publicación póstuma: *Denis Duval* (inconclusa), 1863; *The Orphan of Pimlico and other Sketches*, etc., 1876; *A Collection of Letters: 1847-55*, 1887; *Sultan Stork and other Stories, now first collected*, 1887; *Loose Sketches: An Eastern Adventure*, 1894. En 1867-9 se publicó la primera *Collective Edition*, en 22 tomos, con algún material todavía inédito.

NINETY-FOUR
A Novel without a Hero.
BY
WILLIAM MAKEPEACE THACKERAY.

Capítulo primero

El colegio de la alameda Chiswick

EN LA SEGUNDA década del siglo actual y en una deliciosa mañana del mes de junio, un espacioso coche familiar que, tirado por un tronco de gordos caballos enjaezados con arneses bruñidos y resplandecientes, avanzaba a una velocidad de cuatro millas por hora, se detuvo junto a la verja de hierro del colegio de señoritas situado en la alameda Chiswick y dirigido por la señorita Pinkerton. Guiaba el carruaje un cochero obeso, de aspecto imponente, ataviado con peluca y sombrero de tres picos. Un lacayo negro que junto al cochero ocupaba un asiento en el pescante, desrizó sus combadas piernas no bien hizo alto el carruaje frente a la dorada plancha de bronce donde campeaba el nombre de la señorita Pinkerton, descendió e hizo sonar la campana. Más de una veintena de encantadoras cabecitas hicieron su aparición en las diferentes ventanas del severo inmueble de ladrillo, más de una veintena de cabecitas curiosas, entre las cuales un observador perspicaz habría podido reconocer la naricita colorada de la bonachona Lucy Pinkerton en persona, que asomaba entre las macetas de geranios que adornaban las ventanas de su cuarto.

—El coche de los señores de Sedley, Barbara —dijo Lucy—. Sambo, el lacayo negro, acaba de hacer sonar la campana, y el cochero lleva un chaleco rojo, nuevo.

—¿Hizo usted los preparativos necesarios, señorita Lucy? ¿Está en regla todo lo referente a la marcha de la señorita Sedley? —preguntó la señorita Pinkerton, la mayestática dama, la Semíramis de Hammersmith, la amiga del doctor Johnson, la que se carteaba con la mismísima señora Chapone.

—A las cuatro se levantaron ya las niñas, y seguidamente se ocuparon en hacer los baúles, querida hermana —contestó Lucy—. Hemos preparado un ramo…

—Llámale, si te parece, *bouquet*, hermana: es más elegante.

—Como quieras… Hemos preparado un enorme bouquet. En el baúl de Amelia he colocado dos botellas de agua de alelíes, juntamente con la receta para hacerla; son para la señora Sedley.

—Confío, señorita Lucy, en que habrás hecho la cuenta de la señorita Sedley. ¡Ah!… ¿Es ésta? ¡Muy bien!… noventa y tres libras cuatro chelines… Hazme el favor de encerrarla en un sobre dirigido al señor John Sedley, juntamente con este billete que he escrito a su señora.

A los ojos de Lucy, un autógrafo de su olímpica hermana era objeto de veneración tan profunda como la carta de un soberano. Únicamente cuando alguna de las colegialas salía del establecimiento, o se casaba, y, por excepción, cuando, víctima de

la escarlatina, murió la pobre señorita Birch, se dignaba la señorita Pinkerton dirigir una carta, escrita de su puño y letra, a los padres de aquéllas. Por cierto que, ya que del triste fallecimiento de la señorita Birch hemos hablado, añadiremos que, en opinión de Lucy, si algo pudo atenuar el justo dolor de la señora Birch, fue, a no dudar, la misiva piadosa y elocuente con que su hermana le anunció el triste suceso.

Pero volvamos al «billete» de la señorita Pinkerton, que estaba concebido en los siguientes términos:

Alameda Chiswick, 15 de junio de 18…

Señora: Después de seis años de permanencia en este centro, me cabe la honra y la dicha de devolver a sus padres a la señorita Amelia Sedley, adornada de cuanto es necesario para brillar en el círculo elegante y refinado donde habrá de desenvolverse en lo futuro. Todas las virtudes que caracterizan a las señoritas de la alta sociedad inglesa, todas las dotes que corresponden a su cuna y a su posición en el mundo, las posee en grado eminente la señorita Sedley, cuya laboriosidad y obediencia le han granjeado el afecto de sus maestros, y cuyo carácter dulce y encantador ha cautivado a todas sus compañeras, tanto a las de más edad, como a las más jovencitas.

En música, en baile, en ortografía, en toda clase de trabajos de aguja, llenará los deseos de sus amigos; algo deja que desear en geografía, y no estaría de más que durante los tres próximos años usase con perseverancia la tablilla-espaldar cuatro horas diarias, a fin de adquirir el porte y continente lleno de dignidad que tan necesario es a toda señorita elegante.

En lo referente a principios religiosos y morales, la señorita Sedley honrará al centro docente que tiene la gloria de contar con la presencia del Gran Lexicógrafo y se enorgullece de ser patrocinado por la admirable señora Chapone. Al abandonar el colegio, la señorita Amelia lleva consigo los corazones de todas sus compañeras y la consideración afectuosa de la directora, que suscribe la presente.

Señora, tiene el honor de reiterarse de usted, humilde servidora,

BÁRBARA PINKERTON

P. D. Acompaña a la señorita Sedley la señorita Sharp. Se suplica muy encarecidamente que la estancia de la señorita Sharp en la mansión de la plaza Russell no exceda de diez días. La distinguidísima familia con la cual se ha comprometido, desea utilizar sus servicios lo más pronto posible.

Cerrada la carta, procedió la señorita Pinkerton a estampar su nombre y el de Amelia

Sedley en la guarda de un diccionario de Johnson, obra interesantísima que la directora del colegio regalaba invariablemente a sus discípulas el día que salían de él para no volver. La cubierta del libro en cuestión tenía impresas las «Líneas dedicadas a una señorita con ocasión de su salida del colegio dirigido por la señorita Pinkerton, por el doctor Samuel Johnson». Es lo cierto que la mayestática directora pronunciaba doscientas veces al día el nombre del Lexicógrafo, y que, a una visita que éste hizo a su establecimiento, debió aquélla su reputación y su fortuna.

Lucy, a quien su hermana mayor mandó que sacase un diccionario del armario, había traído dos, y no bien Barbara Pinkerton estampó la inscripción en el primero, Lucy, no sin cierta vacilación y con timidez visible, alargó el segundo.

—¿Para quién es éste, señorita Lucy? —preguntó con acento glacial la hermana mayor.

—Para Rebecca Sharp —respondió Lucy sonrojándose y con voz temblorosa—. Para Becky Sharp… que se va también…

—¡SEÑORITA LUCIA! —exclamó Barbara, apelando a su registro de voz más recio —. ¿Ha perdido usted el juicio? ¡Coloque el diccionario donde estaba, y nunca más vuelva a permitirse semejantes libertades!

—Son dos chelines y nueve peniques… y la pobrecilla Becky se sentirá muy desgraciada si haces con ella una excepción.

—Diga usted a la señorita Sedley que la estoy esperando —interrumpió Barbara.

La pobre Lucy, sin valor para decir una palabra más, salió corriendo, disgustada y nerviosa.

Era Amelia Sedley la hija de un comerciante de Londres, de posición más que desahogada, al paso que Rebecca Sharp, era la colegiala gravosa, por la cual la señorita Pinkerton había hecho demasiado, así al menos lo creía ella, y debía salir altamente agradecida del colegio, aunque no le fuera dispensado el alto honor de regalarle el diccionario.

Aunque las cartas de las directoras de colegios merecen la misma fe que los epitafios que leemos en los cementerios, de la misma manera que alguna vez abandona este mundo una persona merecedora de todas las alabanzas que el marmolista talla sobre sus huesos, una persona que es excelente cristiano, padre ejemplar, hijo modelo, esposa o marido fiel, que deja verdaderamente una familia desconsolada que llorará eternamente su pérdida, así también en los colegios o academias de uno y otro sexo sucede de vez en cuando que sale un alumno digno de las alabanzas que le prodiga su desinteresado director. Uno de estos casos verdaderamente excepcionales era Amelia Sedley, la cual no sólo merecía cuantas alabanzas prodigó Barbara Pinkerton en la carta dirigida a sus padres, sino que atesoraba mil otras cualidades hermosísimas que la pomposa Minerva no podía ver a causa de las diferencias de categoría y de edad que entre ella y su discípula mediaban.

Cantaba Amelia como un ruiseñor, o como la célebre señora Billington, bailaba como Hillisberg o Parisot, bordaba primorosamente y escribía con tanta ortografía como el mismo autor del diccionario; pero, aparte de estas cualidades, encerraba su pecho un corazoncito tan alegre, tan tierno, tan hermoso, tan lleno de generosidad, que se conquistaba el cariño de cuantos la trataban, empezando por la misma Minerva y acabando por la pobre encargada del fregadero y la hija tuerta de la vendedora de pastelitos, que estaba autorizada para vender sus golosinas, una vez por semana, a las señoritas del colegio. De las veinticuatro colegialas, doce eran amigas íntimas, amigas del alma de la simpática Amelia. Ni la señorita Briggs, con ser una envidiosilla de primer orden, habló jamás mal de ella; la ilustre y poderosa señorita Saltire (nieta de lord Dexter), reconocía que Amelia era una señorita refinada y simpática, y en cuanto a la señorita Swartz, la riquísima mulatita de St. Kitt, no diremos sino que, el día que Amelia salió del colegio, fue tan violenta su tempestad de lágrimas, que hubo necesidad de llamar al doctor Floss, quien casi la emborrachó a fuerza de obligarla a aspirar sales volátiles. Como puede suponerse, dada la posición y virtudes eminentes de la señorita Barbara Pinkerton, el afecto de ésta hacia Amelia era digno y reposado, mas no ocurría otro tanto con Lucy, que más de cien veces había lloriqueado ya al pensar en la salida de Amelia, y que de no haber sido por el miedo que su hermana le inspiraba, fácilmente se hubiera dejado llevar de ataques de histerismo tan violentos como los que aquejaron a la señorita Swartz que pagaba honorarios dobles). Verdad es que tal exceso de llanto suele terminar en los saloncitos de recibir de los colegios. Sobre la buena Lucy pesaban las cuentas del establecimiento, la dirección del lavado y zurcido de ropas, la repostería, el servicio de mesa… Pero ¿a qué hablar tanto de la hermana de la directora? Es posible que no la volvamos a encontrar hasta el final, es posible que cuando las afiligranadas puertas de hierro se cierren sobre ella no vuelva a aparecer nunca, ni tampoco su horrible hermana, en el pequeño mundo de nuestra historia.

En cambio, como nuestras relaciones con Amelia han de ser más frecuentes, se nos perdonará que repitamos que era una niña encantadora, y que lo repitamos con satisfacción especial, porque tanto en la vida real como en las novelas, más en éstas que en aquélla, abundan tanto los villanos del género lúgubre y siniestro, que necesariamente ha de alegrar nuestra alma saber de antemano que nuestra compañera constante será una personita de carácter dulce y de costumbres inmaculadas. Como quiera que no es una heroína, nos creemos dispensados de hacer el retrato de su persona, con doble motivo, si se tiene en cuenta que tememos que su nariz resulte un poquito demasiado pequeña y sus mejillas demasiado redondas y encarnadas para heroína. Cierto que, en cambio, su rostro sonrosado respira salud, en sus labios juguetean las sonrisas más frescas y el conjunto lo animan un par de ojos, espejo de alegría, salvo, como es natural, cuando nublan su brillo las lágrimas, cosa que ocurría

con excesiva frecuencia, porque bueno será que sepan los lectores que la tontilla derramaba mares de lágrimas sobre el cuerpo de un canario muerto, y sobre el infeliz ratoncillo que se merendaba el gato, o sobre las páginas de una novela, y particularmente, si le dirigían alguna palabra áspera, aunque eran muy contadas las personas de corazón tan duro que a tanto se atrevieran. Una sola vez la regañó la señorita Pinkerton, y quedó tan escarmentada al ver los desastrosos efectos de la reprimenda, que no obstante su austeridad y endiosamiento, no obstante estar tan impuesta en sensibilidad como en álgebra, dio a todos los profesores órdenes terminantes de tratarla con dulzura extremada, en atención al exceso de pesadumbre que en aquella naturaleza delicada producía el trato áspero.

Y he aquí a la señorita Amelia Sedley en el mayor de los conflictos el día que salió del colegio, en el mayor de los apuros, porque sus dos costumbres opuestas, la de reír y la de llorar, actuaban sobre ella con fuerza igual, y no sabía por cuál de ellas decidirse. Se alegraba de volver al seno de su familia, y al propio tiempo la entristecía sobre manera dejar el colegio. Desde tres días antes, la huerfanita Laura Martin se había constituido en su sombra, la seguía como un perrillo; tenía que hacer catorce regalos y recibir otros tantos, y hacer catorce promesas formales de escribir todas las semanas. «Mis cartas dirígelas a mi abuelito, el conde de Dexter», decía la señorita Saltire, que tenía sus ribetes de cursi, dicho sea de paso; «Escríbeme todos los días, queridita, sin importarte el franqueo», repetía la impetuosa señorita Swartz, alma generosa y rica en cariño; y la huerfanita Laura Martin, asiendo a Amelia por la mano y mirándola con sus ojos llenos de lágrimas, suspiraba: «Cuando te escriba, te llamaré mamaíta». Sé perfectamente que JONES, al leer esta historia en el casino, dirá que todos estos detalles son terriblemente cándidos, triviales, tontos y ultra-sentimentales: sí, viéndole estoy en este momento, sentado a la mesa dando cuenta de una espaldilla de carnero asada y de media pinta de cerveza, veo cómo saca el lápiz del bolsillo, y, después de subrayar las palabras «cándidos, triviales, tontos, etc.», añade por su cuenta: Demasiado cierto. Es natural, Jones es un hombre eminente, un hombre de genio, y sólo es capaz de admirar lo grandilocuente y lo heroico en la vida y en las novelas. Pero ahora ya sabe a qué atenerse y acaso prefiera no ocuparse más de nosotros.

Adelante, pues: las flores, y los regalos, y los baúles, y las cajas de sombreros habían sido colocadas en el carruaje por el insigne Sambo, juntamente con un baúl muy pequeño y muy viejo, sobre el cual aparecía perfectamente clavada con cuatro clavitos una tarjeta de la señorita Sharp, que fue entregado por Sambo al cochero con una mueca significativa, y recibido por éste con una sonrisita tan significativa como la mueca. Llegó el momento de la despedida, momento que habría sido infinitamente más triste de lo que fue, sin el discurso admirable que la señorita Pinkerton dirigió a su discípula. Y no queremos decir que el tal discurso excitase en el alma de Amelia

consideraciones filosóficas, ni fuera manantial de calma y resignación donde la colegiala pudiese beber las que le faltaban, pero fue una oración intolerablemente sosa, altisonante y tediosa, y por lo tanto, lo más indicado para secar los manantiales de sensibilidad, por abundantes que fuesen, y como, por otra parte, en el pecho de Amelia dominaba a todos los demás sentimientos el temor a la directora del colegio, no se atrevió la pobrecilla a dejar escapar el caudal de su pesadumbre. En el salón fue servida una torta con su correspondiente botella de vino, y hechos los honores al refrigerio, Amelia Sedley quedó en libertad de abandonar el colegio.

—Entre usted y despídase de la señorita Pinkerton, Becky —suplicó Lucy a una señorita que había pasado completamente inadvertida, y que se dirigía a la puerta de salida llevando en la mano una caja de cartón.

—Pensaba hacerlo —contestó Rebecca Sharp con mucha calma.

Llamó con los nudillos a una puerta, y recibido el permiso para entrar, avanzó con gran desenvoltura y dijo en francés purísimo:

—*Mademoiselle, je viens vous faire mes adieux.*

La señorita Pinkerton no entendía palabra de francés aunque dirigía a los maestros de este idioma; se mordió los labios, y alzando su venerable cabeza adornada de una nariz perfectamente romana y tocada con un turbante de lo más solemne, contestó:

—Señorita Sharp, muy buenos días.

La Semíramis extendió la mano, con el doble objeto de accionar acompañando sus palabras, y de dar ocasión a la señorita Sharp de estrechar uno de sus dedos, pero ésta enlazó sus manos, sonrió fríamente, e hizo una ligera reverencia, declinando el honor con que se la distinguía. La Semíramis no pudo reprimir un gesto de indignación. Fue un brevísimo combate entre la joven y la dama respetable, en que ésta quedó derrotada.

—Dios te bendiga, hija mía —dijo Barbara Pinkerton abrazando a Amelia al tiempo que dirigía una mirada implacable a la señorita Sharp.

—Vámonos, Becky —dijo Lucy, muerta de miedo.

Llegó el momento de los besos, de los abrazos, de los suspiros. Todos los criados del establecimiento, todas las colegialas, las profesoras jóvenes, hasta el maestro de baile esperaban en el vestíbulo. Renunciamos a pintar la escena, que probablemente nos haría llorar: tan tierna fue. Amelia Sedley se separó por fin de sus amiguitas, dirigiéndose al coche, en el que Becky Sharp había entrado silenciosamente hacía unos minutos. Su desaparición había pasado casi inadvertida y nadie había derramado por ella una lágrima.

Sambo cerró la portezuela del carruaje y saltó a su asiento, pero cuando los caballos iban a emprender la marcha, gritó Lucy, saliendo a todo correr con un paquetito en la mano:

—Un momento… traigo unos sandwichs, queridita —dijo a Amelia—. Podría sentir apetito; y para usted, Rebecca, traigo un libro que mi hermana… digo… que yo… bueno, el diccionario Johnson… No debe usted partir sin él. ¡Adiós!… ¡En marcha, cochero!… ¡Dios las bendiga!

La excelente Lucy retrocedió hacia el jardín, vencida por la emoción.

Pero ¡horror! En el momento de arrancar el coche, Becky asomó su pálido rostro por la ventanilla y arrojó con rabia el diccionario al jardín. El espanto de Lucy fue inmenso: poco faltó para que la pobrecilla se desmayase.

—¡Oh!… ¡Nunca lo hubiera creído! —exclamó—. ¡No he visto audacia!…

No terminó la frase porque la emoción paralizó su lengua. El coche no tardó en perderse a lo lejos; fueron cerradas las grandes puertas de hierro del establecimiento y sonó la campana, anunciando la lección de baile.

Como las dos señoritas han hecho su entrada en el mundo, las seguiremos, despidiéndonos definitivamente del colegio de la alameda Chiswick.

Capítulo II

En donde vemos cómo la señorita Sharp y la señorita Sedley se disponen a entrar en campaña

REALIZADO EL ACTO heroico de que hemos hecho mención en las líneas últimas del capítulo anterior, luego de que Becky vio el diccionario a los pies de la atónita Lucy, su rostro, lívido hasta entonces y espejo de odio siniestro, se despejó, gracias a una sonrisa, no muy agradable por cierto.

—Tanto peor para el diccionario —dijo Becky, arrellanándose en el carruaje— y tanto mejor para mí: gracias a Dios, salgo para siempre de Chiswick.

El terror de Amelia era casi tan grande como lo fue el de Lucy. Es natural: hacía un minuto escaso que había salido del colegio, y las impresiones que han tenido seis años de tiempo para arraigar no desaparecen en tan breve espacio. Es más: hay personas en quienes estos terrores de la juventud duran toda la vida. Recuerdo, por ejemplo, un caballero de sesenta y ocho años, que me decía una mañana, mientras almorzábamos, con rostro agitado: «Soñé la noche pasada que el doctor Raine me propinaba una azotaina de las que hacen época». En una sola noche había dado aquel caballero un salto atrás de cincuenta y cinco años. Raine y el puntero con el cual castigaba a sus discípulos, despertaban en su corazón tanto espanto a la edad de sesenta y ocho años como cuando tenía trece. Si el doctor se le hubiese aparecido de pronto, armado de ancha correa, y hubiera dicho con su voz terrorífica a aquel anciano de sesenta y ocho años: «¡Muchacho… bájate los pant…!». Pero nos separamos del asunto: decíamos que el acto de insubordinación de Becky alarmó y aterró a Amelia.

—¿Cómo te has atrevido a hacer eso, Becky? —exclamó al cabo de breves momentos.

—¿Crees que Barbara Pinkerton va a salir corriendo en mi persecución para encerrarme de nuevo en su negra ratonera? —respondió Becky, riendo.

—¡No… pero!…

—Aborrezco con toda mi alma la casa entera —repuso con furia Becky—. Abrigo la esperanza de no volver a verla en mi vida… Quisiera verla sumergida en el fondo del Támesis, y cree que, si Barbara Pinkerton se encontrara dentro, no sería Becky Sharp la que alargase un dedo para sacarla… ¡Oh!… ¡Con qué placer la contemplaría flotando sobre las aguas, arrastrada lejos, muy lejos, con su turbante y con su traje de cola, asomando la nariz, que parece el espolón de una barca!

—¡Calla, Becky; calla, por Dios!

—¿Es aficionado a llevar cuentos el lacayo negro? —inquirió Becky, riendo a carcajadas—. Puede volver al colegio y decir a Barbara Pinkerton que la odio con toda el alma; lo que siento es que no lo haga y no tener yo medios para probárselo. Por espacio de dos años, sólo insultos y ultrajes he recibido de ella; me ha tratado peor que a la cocinera. Nunca he tenido una amiga, ni he recibido una palabra de afecto, en el mundo no hay quien me quiera, excepto tú. Me han obligado a cuidar de las niñitas de la clase de párvulos y a hablar el francés con las señoritas hasta que han conseguido que me sea aborrecible la lengua de mi madre… ¿Verdad que era gracioso hablar francés con Barbara Pinkerton? No sabe palabra de francés, pero antes se deja hacer picadillo que confesarlo: es demasiado orgullosa. Creo que ésta fue la causa de mi salida del colegio: si así es, bendito sea el francés… *Vive la France!… Vive l'empereur!… Vive Bonaparte!*

—¡Por favor, Becky, no digas atrocidades! —exclamó Amelia.

En realidad, blasfemia mayor no pudieron pronunciarla los labios de Becky, pues gritar por aquel tiempo en Inglaterra «¡Viva Bonaparte!», era tanto como gritar «¡Viva Lucifer!».

—¿Es posible que en tu alma hallen cabida pensamientos de venganza tan atroces? —añadió Amelia.

—La venganza será mala, no lo niego, pero es muy natural —replicó Becky—. No presumo de ángel.

A decir verdad, distaba mucho de serlo. Motivos, y más de uno, tenía Becky para dar gracias al cielo, puesto que, en primer lugar, se veía libre de personas que aborrecía cordialmente, y en segundo, había creado entre sus enemigos la perplejidad o la confusión, lo que no suele ser manantial de gratitud religiosa ni mucho menos, mas ni aun así se aplacaba su alma vengativa. Quejábase la retraída joven de que todo el mundo la trataba mal, olvidando que generalmente el mundo sólo trata mal a las personas que lo merecen, porque el mundo es un espejo que devuelve a todos los mortales la imagen reflejada de su propio rostro. Al que le mira ceñudo, con ceño adusto le contesta el espejo, pero es compañero alegre y amable para quienes le miran riendo: escoja, pues, cada cual lo que más le acomode. Si es cierto que nadie quería a Becky Sharp, no lo es menos que no se sabe que ésta hiciese jamás nada en obsequio de nadie. Reconoceremos, sin embargo, que sería en nosotros exigencia ridícula pretender que las veinticuatro señoritas del colegio de la alameda Chiswick fueran de temperamento tan dulce y angelical como la heroína de este libro, Amelia Sedley, a la que hemos escogido precisamente porque era la mejor de todas sus compañeras: no todas podían ser tan humildes, tan bondadosas; no a todas se les podría exigir la misma dulzura y las mismas delicadas atenciones que las que Amelia Sedley empleó en esta ocasión para disipar el mal humor de Becky, para ablandar, aunque sólo fuese por poco tiempo, su duro corazón, y para conseguir que diese tregua a la hostilidad

que al género humano había declarado.

Fue el padre de Becky Sharp un artista, que daba lecciones de dibujo y de pintura en el colegio de Barbara Pink. Tenía talento, era compañero agradable, poco aficionado al trabajo y mucho a contraer deudas y a frecuentar la taberna. Cuando estaba borracho, pegaba a su mujer y a su hija, y cuando después de dormir el sueño de la embriaguez se levantaba al día siguiente con fuertes dolores de cabeza, comenzaba a maldecir contra el mundo, que no sabía apreciar su genio, y a burlarse con mucho donaire, y a veces con cierta justicia, de sus colegas los pintores. Viendo que le era imposible mantenerse, y que se le hacía no ya difícil, sino imposible la vida en Soho, donde debía a todo el mundo, pensó que mejoraría su suerte casándose con una joven francesa, cantante de teatro. Jamás aludió Becky a la condición humilde de su madre, aunque solía decir con mucho orgullo que los Entrechats, apellido de aquélla, eran una familia nobilísima de Gascuña, siendo lo más curioso que, a medida que la niña crecía en años, sus antepasados maternos crecían también en nobleza y esplendor.

La madre de Becky era mujer de alguna instrucción, y no es, pues, de extrañar que su hija hablara el francés con corrección y con puro acento parisiense. Por aquellos tiempos, hablar francés era cualidad estimabilísima, que valió a Becky entrar en el colegio de la ortodoxa Barbara Pinkerton. Muerta la madre, como el padre de Becky desconfiase de reponerse de su tercer ataque de *delirium tremens*, dirigió una carta patética a la señorita Pinkerton, recomendando a su protección a su hija huérfana, y poco después bajó a la tumba, no sin que su cadáver fuese motivo de que regañasen dos alguaciles. Diecisiete años tenía Becky cuando entró en el colegio de la alameda Chiswick, en calidad de asalariada, siendo sus obligaciones hablar francés, y sus derechos la manutención, unas cuantas guineas anuales, y algunas lecciones que recibía de los profesores del colegio.

Era pequeña y esbelta, de cabello rubio ceniciento y de ojos vivos, que ordinariamente miraban al suelo. Cuando alzaba la vista, sus ojos eran rasgados, hermosos, atrayentes, tanto, que el reverendo señor Crisp, recién salido de Oxford, coadjutor del reverendo señor Flowerdew, cura de la alameda Chiswick, se enamoró perdidamente de Becky Sharp, abrasado por el fuego de una mirada que le dispararon aquellos ojos en ocasión en que cruzaba la iglesia de paso hacia la sacristía. El joven coadjutor consiguió que su misma mamá le presentase a Barbara Pinkerton, frecuentó luego el trato con ésta, y concluyó por hacer la petición formal de la mano de Becky en una carta dirigida a la interesada, que fue interceptada y entregada a Barbara Pinkerton por la vendedora tuerta de que ya hemos hablado, y que estaba encargada de ponerla en manos de la colegiala. La señora Crisp se trasladó bruscamente a Buxton llevando con ella a su tierno vástago, y con esto terminó la historia, si bien la señorita Pinkerton nunca creyó en las protestas de Becky Sharp, que decía no haber

hablado jamás a solas con el joven.

Puesta entre las colegialas más crecidas del establecimiento, Becky parecía una niña, pero poseía esa precocidad malsana de la pobreza. Sus palabras, o sus obras, habían alejado de la puerta de su padre a más de un acreedor inoportuno, y podían contarse por docenas los comerciantes que, habiéndose presentado en su casa sombríos y amenazadores, se retiraron contentos como unas castañuelas y prometiendo continuar suministrando sus mercancías. Acompañaba casi siempre a su padre, orgulloso de su talento, y escuchaba las conversaciones que aquél sostenía con sus amigos, gentuza ordinaria y grosera, que con frecuencia hablaban de lo que una jovencita no debería oír hablar. Verdad es que Becky nunca fue niña, según afirmaba ella misma, sino mujer desde los ochos años. Lo sorprendente, lo inconcebible, es que Barbara Pinkerton hubiese dejado entrar a semejante pájaro en su jaula.

Pero es el caso que la mayestática directora del colegio de la alameda Chiswick tuvo a Becky durante mucho tiempo por la criatura más humilde e inocente del mundo; tan maravillosamente representaba la niña el papel de *ingénue*, cuando su padre la llevaba a Chiswick. Baste decir que tan sólo un año antes de haber entrado en el colegio, Barbara Pmkerton le había hecho el regalo, a la par que de un discurso grandilocuente, de una muñeca… que, dicho sea de paso, había sido propiedad de la señorita Swindle, sorprendida en delito flagrante de mecerla durante las horas de estudio. ¡Oh, y cuál no habría sido la rabia de la señorita Pinkerton si hubiese oído las risotadas burlonas que soltaban padre e hija al retirarse aquella tarde a su casa, y sobre todo, si hubiera visto que Becky convertía la muñequita en el propio retrato de la persona que se la regaló! Becky sostenía con la muñeca interminables conversaciones y llegó a hacer de ella el encanto de las calles Newman y Gerrard, y de todo el barrio de los artistas. Los pintores jóvenes, cuantas veces visitaban a su colega, el disoluto y vicioso viejo, solían preguntar a Becky si estaba en casa la señorita Pinkerton, tan conocida ya como el propio señor Lawrence o el presidente West. En una ocasión tuvo Becky el alto honor de pasar algunos días en Chiswick, y, al volver a su casa, se acordó de Lucy, y en Lucy convirtió a otra muñeca, sin tener en consideración que la bonachona hermana de la directora le había regalado al despedirse pasteles para hartar a tres niñas y una moneda de siete chelines. El sentido de lo cómico era más vivo en Becky que los sentimientos de gratitud, y como consecuencia, sacrificó a Lucy tan sin compasión como sacrificara antes a su hermana.

Sobrevino la catástrofe y hubo de ir a parar a Chiswick. La rígida formalidad del colegio la asfixiaba; las comidas y las oraciones, las lecciones y los paseos, toda la vida del establecimiento, arreglada con regularidad convencional, la oprimía de modo intolerable, y como consecuencia, tal tristeza la embargaba al volver la vista hacia la antigua libertad de que gozaba en el mísero estudio de Soho, que todos la creían

consumida por el dolor ocasionado por el fallecimiento de su padre. Habitaba una pequeña habitación en la buhardilla y las criadas la oían llorar y pasearse por las noches, pero más la movía a ello la rabia que la pena. No había sido hipócrita hasta que la soledad le enseñó a fingir. Jamás había frecuentado el trato con las de su sexo, pues su padre, aunque era un perdido, poseía mucho talento, y la hija prefería su conversación a la de las mujeres cuyo trato intentó cultivar. Molestábanla por igual la pomposa vanidad de la vieja directora, el atolondramiento alegre de Lucy, la charla estúpida o picaresca de las colegialas de más edad y la corrección glacial de las profesoras, y como, por otra parte, su corazón no conocía la ternura, ningún interés le merecía la charla encantadora de las niñitas, entre las cuales vivió por espacio de dos años. Únicamente a Amelia Sedley cobró cariño: verdad es que era imposible hablar dos veces con semejante criatura sin adorarla.

Hubiéranle bastado para hacerla desgraciada los lacerantes accesos de envidia que en ella provocaban la felicidad, las ventajas de nacimiento o de fortuna de las colegialas.

—¡Qué orgullo tan insoportable tiene esa necia, porque es nieta de un conde! ¡Y cómo adulan y festejan a esa criolla sucia, porque tiene cien mil libras!… ¡Yo soy tan inteligente como ella y valgo más que ella, y soy también tan noble como la nieta del conde, por ilustre que sea su árbol genealógico, lo que no es obstáculo para que todas aquí sean más que yo!… En cambio, cuando estaba con mi padre, los hombres renunciaban a sus distracciones a trueque de pasar la velada a mi lado.

Resultado de sus reflexiones fue la resolución de recobrar la libertad y la formación de planes concertados para el porvenir. Uno de los primeros fue aprovechar la instrucción que el colegio le ofrecía, y como poseía ya notables conocimientos en música y hablaba correctamente varios idiomas, fue para ella obra de poco tiempo imponerse en todos los estudios que por aquella época se exigían a las señoritas in música, sobre todo, hizo tantos progresos, que una tarde habiéndose quedado en el colegio durante el paseo de las colegialas, tocó con tal gusto y maestría, que la mayestática Minerva comprendió que podía economizarse el sueldo del profesor y dio ordenes a Becky de encargarse de la instrucción musical de las colegialas.

Negóse en redondo la profesora de francés, con estupefacción profunda de la directora, no acostumbrada a que fueran discutidas sus órdenes.

—Mi obligación es enseñar francés y no música —respondió con brusquedad Becky—. Gano lo que cobro, y no tengo por qué economizarle a usted sueldos. Pagúeme, y no tengo inconveniente en enseñar.

Con todo el dolor de su corazón hubo de declararse vencida Minerva, bien que, a partir de aquel día, aborreció a Becky.

—Nadie osó resistir mi autoridad en mi casa en treinta y cinco años —replicó sin

faltar a la verdad—. ¡He dado calor a una víbora!

—¡Víbora… o narices, me es igual! —contestó Becky, con escándalo de la vieja señorita que, a poco más, cae desmayada—. Me aceptó usted porque le convenían mis servicios; de consiguiente, nada le debo, ni gratitud siquiera. Detesto esta casa y ansío perderla de vista, pero mientras en ella esté, no espere usted de mí más que aquello que sea obligación mía hacer.

Fue en vano que la directora preguntase con voz campanuda y hosco ceño si la señorita Sharp se daba cuenta de que estaba hablando con la señorita Pinkerton: la traviesa Becky, se echó a reír con una risa sarcástica, y contestó:

—Déme usted una cantidad para que pueda marcharme y se verá libre de mi; o bien, si lo prefiere, búsqueme colocación en alguna familia noble y rica.

La dignísima directora del colegio de la alameda Chiswick, con todo su turbante y su nariz romana, con toda su estatura, que habría hecho honor a un granadero, con haber sido hasta entonces reina y señora cuyas órdenes nadie osó discutir jamás, no tuvo la energía ni la voluntad de su diminuta profesora de francés, contra la cual batalló en vano. Pretendió en una ocasión avergonzarla en público, pero bastó para sellar sus labios que Becky le replicase en francés. No había más remedio: si quería mantener en el colegio el principio de autoridad, debía desaparecer del mismo aquella rebelde, aquel monstruo, aquella serpiente, aquel demonio; de aquí que, no bien tuvo noticia de que la familia de Sir Pitt Crawley necesitaba una institutriz, se apresuró a recomendar eficazmente a Becky, por muy demonio y muy serpiente que fuese.

—En rigor, nada puedo decir en contra de su conducta salvo en cuanto a su comportamiento para conmigo —se dijo—. Me ha faltado al respeto, pero faltaría a la verdad si no confesase que posee mucho talento y grandes conocimientos. Hace honor al sistema educativo puesto en práctica en mi establecimiento.

He aquí cómo la directora del colegio reconcilió la recomendación con su conciencia, y su profesora quedó libre. La batalla, cuya descripción hemos hecho con media docena de líneas, duró, como supondrá el lector, una porción de meses.

Amelia acababa de cumplir sus diecisiete años, y salía del colegio, terminada su educación. Era amiga íntima de Becky Sharp (único detalle de su conducta que no fue del agrado de la directora) e invitóla a pasar una semana a su lado, en la casa de sus padres, antes de que se hiciera cargo de su plaza de institutriz.

Y ya tenemos a nuestras dos jovencitas dando sus primeros pasos por el mundo. Para Amelia, éste era algo nuevo, hermoso, encantador. Menos nuevo era para Becky. Efectivamente, si hemos de ser sinceros en el asunto del señor Crisp, debemos confesar que la vendedora de pastelillos que interceptó la carta de aquél insinuó que en aquellas relaciones había habido mucho que no trascendió al público, y que la misiva interceptada era contestación a otra carta. Ni lo afirmamos ni lo negamos, que de estas cosas únicamente los interesados podrían decirnos toda la verdad, y los

interesados suelen callarla. Si Becky no daba, pues, sus primeros pasos por el mundo, en todo caso reanudaba una marcha suspendida tiempo antes.

No había olvidado Amelia a sus amiguitas del colegio cuando el coche pasaba por la barrera de Kensington, pero si secado sus lágrimas, y contemplado con mirada alegre y carita roja como una cereza a un apuesto oficial de la Guardia que se cruzó con el coche y dijo contemplándola con admiración:

—¡Hermosa muchacha, cáspita!

Cuando el carruaje hizo alto en la plaza Russell, donde vivían los padres de Amelia, las dos amiguitas habían charlado largo y tendido sobre los salones y recepciones, y discutido sobre si las jovencitas deben darse polvos y llevar joyas al ser presentadas en sociedad, discusión importantísima y urgente, sobre todo, puesto que Amelia sabía que habría de asistir al baile del alcalde de Londres. Amelia saltó del carruaje, apoyándose en el brazo de Sambo, dichosa y bella como la que más en aquella enorme ciudad, punto acerca del cual hubo perfecto acuerdo entre el cochero y el lacayo negro, como también entre el padre y la madre de la niña, y entre todos los criados y criadas de la casa, que, reunidos en el vestíbulo, recibieron sonriendo y haciendo reverencias a la señorita.

Sin necesidad de que lo digamos adivinarán seguramente nuestros amables lectores que Amelia enseñó a Becky todos los salones y dependencias de la casa, así como también todo lo que en sus armarios y cajas guardaba, sus libros, su piano, sus vestidos, sus collares, sus broches, sus encajes y sus baratijas. Obligó a Becky a aceptar sus sortijas de cornalina blanca y de turquesas y un vestido muy lindo de muselina rameada, que le estaba a ella un poquito pequeño, pero que a su amiguita le sentaba admirablemente, e hizo propósito de pedir permiso a su mamá para regalarle también su chal blanco de cachemira… ¿Por qué no? ¿Por ventura no podía desprenderse de él? ¿Su hermano Joseph no acababa de traerle dos de la India?

Cuando Becky vio los dos chales soberbios de cachemira, recientemente traídos por Joseph para su hermanita, dijo, con perfecta sinceridad:

—¡Qué delicioso es tener un hermano!

A estas palabras Amelia sintió que las lágrimas subían a sus ojos.

—Soy una pobre huérfana abandonada en medio del mundo —repuso Becky—, sin parientes, sin amigos, sin nadie.

—¡Sin nadie no, Becky! —replicó Amelia—. Soy tu amiga, y lo seré siempre, mejor dicho, tu hermana, pues como a hermana te quiero… y te querré.

—¡Ah… pero yo no tengo padres, como tú… padres ricos, cariñosos… que te dan cuanto deseas, y te prodigan su amor, que vale más que todo! Mi pobre papá, cuando vivía nada podía darme… no recuerdo haber tenido nunca más de dos vestidos… Y luego tener un hermano, un hermano querido… ¡Qué delicia!… ¡Oh, cuánto debes de quererle!

Amelia soltó el trapo a reír.

—¡Cómo! ¿No le quieres, tú que no excluyes a nadie de tu cariño?

—Le quiero, sí… ¿cómo no? Pero…

—Pero ¿qué?

—Pues que a Joseph parece que le trae sin cuidado que le quiera o no. Dos dedos me permitió estrechar a su llegada a Inglaterra después de diez años de ausencia. Es muy bueno, muy amable, pero muy contadas veces me dirige la palabra. Dios me perdone, pero creo que quiere a su pipa mucho más que a…

Interrumpióse Amelia, demasiado buena para hablar mal de nadie, y menos de su hermano.

—Me adoraba cuando yo era niña —añadió—. Cinco años tenía cuando se fue.

—Será inmensamente rico —dijo Becky—. Aseguran que todos los nababs indios poseen riquezas fabulosas.

—Sí… creo que sus rentas son muy importantes.

—¿Y tu cuñada, es hermosa?

—¿Mi cuñada? Pero ¡si Joseph es soltero! —exclamó Amelia riendo.

Es posible que Amelia hubiese dicho ya a su amiga que su hermano era soltero, pero sin duda Becky lo había olvidado, pues aseguró que esperaba conocer un ejército de sobrinitos y sobrinitas, e hizo constar que se llevaba un desencanto al saber el estado de Joseph, a quien suponía padre de varios hijitos encantadores.

—Ocasión has tenido en Chiswick de cansarte de ver chiquillos —contestó Amelia, sorprendida al observar la súbita ternura de su amiga.

Hemos de hacer constar que, pasado algún tiempo, jamás se permitió Becky adelantar opiniones cuya inexactitud podía descubrirse sin dificultad. ¡Pobrecilla!… ¡Tenía diecinueve años y desconocía aún por completo el arte de engañar!

La verdadera significación de las preguntas dirigidas a su amiga, era sencillamente ésta: «Si el señor Joseph Sedley es rico y soltero, ¿por qué no he de casarme yo con él? Cierto que para hacer su conquista no dispongo más que de un par ele semanas, pero nada pierdo con probar». Y en efecto: resolvió hacer prueba tan laudable. Redobló las caricias que prodigaba a Amelia, besó con transporte el collar de cornalinas blancas al ajustarlo a su cuello, y juró que lo llevaría siempre, y cuando la campana avisó que la mesa estaba servida, bajó al comedor rodeando con su brazo la cintura de su amiguita, como es uso y costumbre entre niñas que se quieren bien. Tal era su agitación al llegar a la puerta del salón, que no se atrevía a entrar.

—Pon la mano sobre mi corazón… sentirás sus latidos, querida —dijo.

—No te asustes —respondió Amelia—. Entra, que papá no te va a hacer ningún daño.

Capítulo III

Becky en presencia del enemigo

UN HOMBRE extraordinariamente fornido y gordinflón, vestido con pantalón de ante, calzado con botas hessianas y adornado con una infinidad de corbatas que le llegaban hasta la nariz, con un chaleco a rayas rojas y con una casaca verde manzana con botones de acero tan grandes como coronas de plata (era el traje de mañana de los elegantes de la época), hallábase leyendo el periódico junto a la chimenea cuando entraron las dos jóvenes. Verlas, y pegar un salto, ponerse rojo como una amapola y reflejar en su cara los deseos de salir huyendo de la aparición, fue obra de un segundo.

—¡Soy yo, Joseph… tu hermanita! —dijo Amelia, riendo y estrechando los dos dedos que su hermano le alargó—. Vengo a casa para quedarme, y esta amiguita mía es la señorita Becky Sharp, de la cual tantas veces me has oído hablar.

—¡No… en mi vida, palabra de honor! —exclamó—. ¡Es decir… sí… tienes razón!… Pero ¿han visto ustedes tiempo más infame? —añadió, abalanzándose sobre la chimenea y revolviendo las ascuas con verdadera furia, aunque acontecía lo que estamos narrando a mediados de junio.

—Es muy guapo —dijo Becky a su amiga, con voz lo suficientemente alta para que la oyera el interesado.

—¿De veras? ¡Se lo diré! —respondió Amelia.

—¡No… por Dios! —exclamó Becky, retrocediendo con la timidez de un cervatillo.

Ya antes había hecho al caballero una inclinación respetuosa y virginal y clavado con modestia los ojos en la alfombra, de la cual no había vuelto a levantarlos. Lo incomprensible era que hubiese podido verle siquiera.

—Gracias mil por los soberbios chales, Joseph —dijo Amelia—. ¿Verdad que son hermosos, Becky?

—¡Encantadores! —contestó Becky, alzando los ojos de la alfombra y levantándolos hasta la araña que decoraba el salón.

Joseph continuaba removiendo los troncos de la chimenea, soplando con todas sus fuerzas y poniéndose todo lo encarnado que consentía el tono amarillo de su tez.

—No puedo corresponder a tus regalos, Joseph —continuó Amelia—; pero durante mi estancia en el colegio, te he bordado unos tirantes, que indudablemente te gustarán.

—¡Válgame Dios, Amelia! ¿Qué estás diciendo? —gritó su hermano, tirando con

tal furia del cordón de la campanilla, que se le quedó en la mano, circunstancia que vino a aumentar su confusión—. ¡Por favor, Amelia, haz que vean si espera en la puerta mi *buggy*!… No puedo esperar un segundo… tengo que marcharme… ¡Mal…! ¡Oh, ese *groom*… ese *groom*!… ¡Me voy!

Entró en aquel momento el padre.

—¿Qué pasa, Amelia? —preguntó.

—Joseph quiere saber si espera en la puerta su… su *buggy*: ¿qué es un *buggy*, papá?

—Una especie de palanquín del que tira un caballo —respondió el padre, que era un saco de conocimientos.

Oída la contestación por Joseph, prorrumpió éste en estruendosas carcajadas, pero no bien tropezaron sus miradas con las de Becky, cesó de reír tan de improviso como si le hubiesen dejado muerto de un tiro.

—¿Es tu amiga esta señorita? Celebro de veras tenerla en mi casa, señorita Sharp… Pero ¿es que han reñido ya con Joseph? ¡Le veo tan empeñado en marcharse!…

—He prometido a Bonamy que comería hoy con él —dijo Joseph.

—Pero ¿no dijiste a tu madre que comerías hoy con nosotros?

—¡Con este traje es imposible!

—Examínele usted bien, señorita Sharp; ¿no le parece que está bastante guapo para comer en cualquier parte?

Becky miró a su amiguita y las dos prorrumpieron en argentinas carcajadas que divirtieron a rabiar al padre.

—¿Ha visto usted en su vida, en el colegio de la señorita Pinkerton un par de pantalones de ante como ésos? —prosiguió el anciano caballero, llevando adelante la broma.

—¡Por Dios, padre! —exclamó Joseph consternado.

—¡Vaya!… ¡Ya he lastimado su sensibilidad!… ¡Mi querida esposa… acabo de herir la sensibilidad de tu hijo!… He hecho alusión a sus pantalones, figúrate. Si pones en duda lo que digo, pregunta a la señorita Sharp… ¡Vamos, Joseph; haz las paces con la señorita Sharp, y vayamos a comer!

—Tenemos un pillan como te gusta a ti, Joseph, y papá ha traído el mejor rodaballo de Billmgsgate.

—En marcha, caballerito; dé usted el brazo a la señorita Sharp, y yo sigo acompañando a estas otras dos damas —dijo el padre, dando un brazo a su mujer y otro a su hija, y saliendo del salón.

Aunque la señorita Sharp hubiese decidido hacer la conquista de aquel pollo grandullón, no creo, amables lectoras, que tengan ustedes derecho alguno para censurarla. Yo ya sé que, generalmente, las jóvenes casaderas, dando pruebas de

modestia laudable, suelen confiar a sus mamas la empresa de cazar marido, pero no olvido, y suplico a ustedes que lo tengan presente, que Becky Sharp era huérfana, carecía de parientes que se encargasen de asunto tan delicado, y como consecuencia, si ella, personalmente, no se buscaba marido, difícilmente habría en el mundo persona que se tomara la molestia de proporcionárselo. ¿Qué causa obliga a las jóvenes a exhibirse, como no sea la ambición noble y santa del matrimonio? ¿Por qué pasean en tropel por los sitios más frecuentados? ¿Por qué se están bailando hasta las cinco de la mañana, durante toda una temporada interminable? ¿Por qué se mortifican estudiando sonatas al piano? ¿Por qué pagan una guinea por cada lección de canto que reciben de un profesor consagrado por la moda? ¿Por qué, si tienen hermosos brazos, aprenden a tocar el arpa?

¿Por qué en fin llevan molestos sombreros, llenos de flores, de plantas, de frutas y de plumas, sino porque su ambición es rendir a los jóvenes «buenos partidos» matándolos con sus arcos y flechas, recibidos de la naturaleza o tomados prestados al arte? ¿Qué obliga a los respetables padres a levantar las alfombras, remover la casa entera y gastar la quinta parte de las rentas en bailes, seguidos de cenas regadas con champaña? El deseo de casar a sus hijas: ni más ni menos. Pues bien: de la misma manera que encontramos muy natural que la madre de Amelia hubiese combinado más de una docena de planes para colocar a su hija, no debe admirarnos que Becky estuviese resuelta, a pescar marido, puesto que, en realidad, más lo necesitaba ella que su amiguita. Muchacha de imaginación muy viva, y que, por añadidura, había leído Las mil y una noches y la Geografía de Guthrie, mientras se vestía para comer y después de haber preguntado a Amelia si su hermano era rico, se forjó, en la mente un magnífico castillo en el aire del cual era ella la castellana. En él había un marido oculto en algún sitio (pues como quiera que no le había visto todavía, no distinguía sino muy confusamente sus facciones). Después se vio ataviada con infinidad de chales y con un turbante en la cabeza, y adornada con collares de diamantes, y en este atuendo montaba luego a lomos de un elefante, y a los acordes de la marcha de Barba Azul, hacía una visita al Gran Mogol. ¡Arrebatadoras visiones de Alnaschar! Patrimonio feliz de la juventud es formaros, y no ha sido sólo Becky Sharp la que ha disfrutado de tan preciado privilegio.

Doce años más que su hermana Amelia tenía Joseph Sedley. Estaba afecto al servicio civil de la Compañía de las Indias Orientales, y por la fecha a que nuestra historia se refiere, aparecía su nombre en los registros de la División de Bengala, de las Indias Orientales, como administrador de Boggley Wollah, empleo tan honorable como lucrativo, de cuya importancia podrá juzgar el lector si se remonta al período a que nos referimos. Boggley Wollah está situado en un distrito hermosísimo, solitario, pantanoso, cubierto de espeso matorral, famoso por las agachadizas que lo llenan, y donde es muy corriente encontrar, además de la sabrosa caza indicada, un tigre, no

tan sabroso, pero sí más emocionante. Sólo cuarenta millas dista Ramounge, donde hay un magistrado, y sobre treinta millas más allá se encuentra el destacamento de caballería. Tales fueron los datos que dio Joseph a sus padres a raíz de haber tomado posesión de su cargo. Ocho años de su vida pasó completamente solo en aquel lugar encantador, sin ver una cara de cristiano más que de seis en seis meses, cuando llegaba el destacamento de caballería para recoger las rentas de la administración y llevarlas a Calcuta.

Felizmente, a los ocho años contrajo una afección al hígado que le obligó a volver a Europa y fue para él, en su país natal, manantial inagotable de dichas y distracciones. En Londres no vivía con su familia, sino en un pisito elegante, como soltero alegre que quiere divertirse. Demasiado joven antes de irse a la India para gozar de los placeres que la ciudad reserva a los hombres, quiso desquitarse a su regreso entregándose a aquéllos con gran asiduidad. Guiaba caballos propios en el parque, comía en los restaurantes de moda (no había sido inventado todavía el Club Oriental), frecuentaba los teatros y asistía a la Ópera encerrado dentro de trajes estrechísimos y con sombrero de tres picos.

De vuelta en la India, y por mucho tiempo, solía hablar con gran entusiasmo de lo mucho disfrutado en este período de su existencia, dando a entender que él y Brummell eran los favoritos, los mimados de la alta sociedad. Es lo cierto, sin embargo, que su soledad en la capital del Reino Unido era tan completa como en las selvas de Boggley Wollah. No conocía en la metrópoli a cuatro personas, y de no haber sido por su médico, y por sus inseparables amigas las píldoras mercuriales, y por su afección deliciosa al hígado, habría muerto de aburrimiento. Era perezoso, de carácter displicente y *bon-vivant*; la presencia de una señora le horrorizaba, y de aquí que contadas veces apareciera por la casa paterna, donde abundaban las visitas y se celebraban animadas tertulias, y donde temía a su padre, bromista impenitente, que con sus chanzas hería su *amour-propre*. Fuente de terribles preocupaciones y alarmas era para él su desmesurada corpulencia, y en más de una ocasión hizo esfuerzos desesperados para librarse de la enojosa compañía de su gordura; pero a los conatos de reforma corporal se oponían su indolencia y su amor a la buena vida, y pese a sus propósitos, no había quien le quitase sus tres comidas fuertes al día. Jamás vistió bien, aunque es lo cierto que se tomaba molestias sin cuento para adornar su descomunal persona, y que a ocupación tan importante, consagraba muchas horas del día. Su guardarropa valió una fortuna a su ayuda de cámara, su tocador era depósito de pomadas, esencias y jabones en cantidad no conocida ni por una bella en decadencia. Con objeto de dotar de cintura a su cuerpo, probó todos los cintos, todas las fajas, todos los corsés inventados por los que se preocupan de la esbeltez de sus prójimos. Como la mayor parte de los gordos, quería que sus trajes fuesen ceñidísimos, de colores muy chillones y de hechura propia para jovencitos. Una vez

vestido, salía por la tarde a pasear en coche por el Parque, solo, y luego volvía a su casa para vestirse de nuevo e ir en derechura al Café de la Piazza, donde comía solo, por no variar. En punto a vanidad, aventajaba a la niña más vanidosa, y quién sabe si su timidez extrema era uno de los efectos de su no menos extrema vanidad. Si logra cazarle la señorita Becky, fuerza será reconocer que es lista como ninguna.

Por lo pronto, su primer paso en el camino de su conquista, prueba evidente fue de extraordinaria habilidad. Cuando dijo que Joseph era muy guapo, sabía muy bien que Amelia se lo diría a su madre y que ésta lo repetiría probablemente al interesado, y aun suponiendo que se lo callase, por lo menos se alegraría de un cumplimiento hecho a su hijo, porque los hijos son la debilidad de las madres. Si a Sycorax le hubiesen dicho que su hijo Calibán era un Apolo, habría bendecido a quien tal dijera, y eso que el hijo era un monstruo y la madre una bruja. Además, lo probable era que aquellas palabras las hubiesen recogido los oídos del propio interesado, pues no fueron tan bajas que no pudieran herir su tímpano: es más; nos consta positivamente que las oyó y como ya estaba persuadido de que era guapo, el piropo agitó todas las fibras de su descomunal cuerpo y le produjo estremecimientos de alegría. Es posible que a la alegría sucediese el temor de que la muchacha intentara burlarse de él, y que tan terrible pensamiento le impulsase a tirar del cordón de la campanilla y a emprender una retirada precipitada, que impidieron su padre con sus bromas y su madre con sus ruegos. Dio el brazo a la señorita y la acompañó hasta el comedor, fluctuando entre la alegría y el temor. «¿Cree en realidad que soy guapo o se burla de mí?», pensaba. Hemos dicho que Joseph Sedley era tan vanidoso como una muchacha: que nos perdonen nuestras encantadoras lectoras, y cuando deseen ponderar la vanidad de alguna de su sexo, inviertan los términos y digan: «Es tan vanidosa como un hombre», y lo dirán con razón sobrada, porque es muy cierto que las personas que peinan barbas son tan sensibles a los piropos, tan exageradas en sus *toilettes*, y están tan orgullosas de sus atractivos personales y de su potencia fascinadora, como la coqueta más coqueta de la creación.

Sigamos escaleras abajo a Joseph, rojo como una amapola, sintiendo sobre su robusto brazo el delicado de Becky, que camina a su lado con modestia ejemplar y entornados sus ojos de esmeralda. Vestía traje blanco, cuyo descote dejaba admirar sus desnudos hombros, albos como copos de nieve… encarnación perfecta de la juventud, de la inocencia sin protección, de la sencilla y recatada virginidad.

—Me conviene afectar mucha calma —pensaba Becky— y mucho interés por la India.

Hemos oído decir a la señora Sedley que, en obsequio a su hijo, había preparado un pillan, plato sazonado con salsa india, del cual le sirvió una porción a Becky durante la comida.

—¿Qué es? —preguntó la obsequiada, volviendo hacia Joseph sus verdes ojos.

—¡Soberbio!… ¡exquisito! —exclamó Joseph, con la boca llena de pillan, encendido el rostro y respirando satisfacción—. Es tan bueno como el que me servían en la India, mamá.

—Siendo plato indio, lo probaré —dijo Becky—. Debe ser muy rico todo lo que procede de la India.

—Da un poco de salsa a la señorita Sharp, hijo —exclamó el padre de Amelia riendo.

Becky gustó por primera vez el plato sazonado a la india.

—¿Le parece a usted tan rico como todo lo que procede de la India? —interrogó el mismo señor.

—¡Oh… es excelente, riquísimo! —contestó Becky, que apenas si podía tolerar el escozor rabioso producido por la pimienta de Cayena.

—Le gustará infinitamente más si con la salsa toma un ají, señorita —dijo Joseph, interesado de veras.

—¡Un ají!… ¡Oh… sí! —contestó la joven, creyendo que el ají sería un refrescante—. ¡Qué color verde tan hermoso! —añadió, tomando uno—. No he comido nunca ají, pero si no miente el color, debe de producir una sensación de frescura deliciosa.

Pero el ají era incomparablemente más picante que la salsa india. Becky sintió que se abrasaba y soltó el tenedor.

—¡Agua… por Dios… agua! —gritó.

El señor Sedley, padre, se desternillaba de risa.

—¡Son auténticos de la India, se lo juro! —repetía—. ¡Sambo… sirve agua a la señorita Sharp!

A las carcajadas del padre hicieron coro las de Joseph, para quien la broma resultó deliciosa. Las señoras sonrieron un poquito nada más, porque supusieron, y no se engañaban, que la pobre Becky sufría demasiado. Nuestra encantadora joven habría estrangulado de buena gana a Sedley padre, pero se tragó la mortificación y la rabia de la misma manera que antes se tragara la salsa, y, tan pronto como el escozor le permitió hablar, dijo con expresión de buen humor:

—Debí acordarme de la pimienta que la princesa de Persia pone en sus tartas de crema, según nos cuentan Las mil y una noches. En las tartas de crema que hacen en la India, ¿ponen también pimienta de Cayena?

Sedley padre continuó riendo al tiempo que pensaba que Rebeca era una muchacha de muy buen carácter.

—¿Tartas de crema, señorita? —repitió Joseph—. En Bengala es muy mala nuestra crema: empleamos generalmente la leche de cabra, y claro está que es la que para la crema prefiero yo.

—¿Sigue usted creyendo que es muy rico todo lo que procede de la India,

señorita? —preguntó el señor Sedley.

Terminada la comida, luego que abandonaron la mesa las señoras, el padre dijo al hijo:

—¡Cuidadito, Joseph, que esa muchacha te está largando el anzuelo!

—¡A mí! ¡Bah! —respondió Joseph, más esponjado que un pavo real—. Recuerdo, papá, que teníamos en Dumdum una muchacha, hija de Cutler, oficial de artillería, y andando el tiempo esposa de Lanza, el médico que en el año 18… me ponía los puntos; en verdad no sólo a mí sino también a Mulligatawney, de quien hablé a usted poco antes de comer; por cierto que el tal Mulligatawney es un verdadero demonio, lo que no impide que hoy sea magistrado en Budgebudge, con probabilidades, más que probabilidades, con la seguridad de ocupar una poltrona en el Consejo antes de cinco años… Pero sigo con mi historia: el regimiento de artillería dio un baile, y Quintín, del regimiento del Rey número catorce, me dijo: «Sedley; te apuesto trece contra diez a que Sofía Cutler te pesca a ti, o a Mulligatawney antes de las lluvias». «Hecho», contesté yo; y en… ¡Cáspita y qué bueno es este clarete!… ¿De Adamson o de Carbonell?

La contestación fue un ronquido apagado del padre, que se perdió el resto de la interesante historia de su hijo. Verdad es que, siendo Joseph muy comunicativo, se la había contado muchas veces, así como también al boticario doctor Gollete, a quien se la refería siempre que se presentaba en su casa para informarse sobre el curso de su afección hepática y de sus píldoras mercuriales.

Teniendo en cuenta que estaba enfermo, Joseph se conformó con beberse una botella de clarete, aparte de la de Madera que ingirió durante la comida, líquido necesario para regar dos enormes platos de fresas con crema, acompañados de veinticuatro pastelitos, que olvidados habían quedado en la mesa al alcance de su mano, sin que su ocupación le impidiera acordarse de la linda muchachita que acababa de retirarse al piso superior.

—¡Qué linda, qué encantadora, qué alegre es! —se repetía—. ¡Y qué mirada me dirigió cuando alcé del suelo su pañuelo, durante la comida!… ¡Dos veces se le cayó! … Pero ¿quién canta en el salón? Me dan tentaciones de subir y verlo…

Su modestia incontrastable volvió por sus fueros. Su padre dormía: en la sala tenía el sombrero, y en el paseo Southampton había parado un coche de alquiler.

—Adonde voy es a ver los Cuarenta ladrones —repuso— y la danza de la señorita Decamp.

Enderezóse, y, caminando de puntillas, salió sin ruido y sin despertar al autor de sus días.

—Joseph se va —dijo Amelia, que estaba asomada al balcón del salón, mientras Becky cantaba acompañándose con el piano.

—Le ha asustado la señorita Sharp —contestó la madre—. ¡Dios mío!… ¿Por qué

será Joe tan tímido?

Capítulo IV

El bolsillo de seda verde

DOS O TRES DÍAS duró el pánico del pobre Joe, dos o tres días durante los cuales el pollo, asustado, no apareció por la casa de sus padres. Becky no hizo alusión al santo de su nombre mientras duró su eclipse: se dedicó a testimoniar la gratitud más respetuosa a la señora Sedley, se distrajo en los bazares y se extasió en el teatro, al que asistió invitada por la madre de Amelia. Un día, su buena amiga de colegio no pudo asistir, a consecuencia de un fuerte dolor de cabeza que la acometió, a una reunión donde, invitadas ambas niñas, pensaban divertirse mucho: fue imposible conseguir que Becky fuese, dejando a Amelia en casa.

—¡Cómo! —exclamó Becky indignada—. ¿Separarme yo de ti, que me has hecho conocer por primera vez lo que es el amor y la felicidad? ¡Nunca!

Sus ojos verdes se volvieron hacia el cielo, llenos de lágrimas, y la señora Sedley hubo de confesar entusiasmada que la amiga de su hija poseía un corazoncito noble y rico en ternura.

El jefe de la casa continuaba prodigando bromas, que Becky recibía con risas tan cordialmente alegres, que encantaban al caballero, todo corazón. Y no sólo supo conquistarse Becky el afecto de los jefes de la casa, sino también el de la servidumbre. Se atrajo las simpatías de la señora Blenkinsop, siguiendo con interés las operaciones de conserva de jamones, que aquélla llevaba a cabo en su habitación; jamás llamaba a Sambo sin anteponer la palabra «señor», lo que nacía las delicias del criado, y pedía con tal humildad perdón a la doncella por la molestia que le proporcionaba cada vez que hacía sonar la campanilla, que ésta estaba tan encantada como el mozo de comedor.

Contemplando un día algunos de los dibujos que Amelia había enviado a su casa desde el colegio, reparó Becky en uno que llenó de lágrimas sus ojos y la obligó a salir corriendo del salón. Ocurrió este incidente el día que Joseph hizo su aparición después del eclipse.

Siguióla Amelia con objeto de saber qué motivaba su súbito dolor, para volver momentos después, pero sin su amiga y profundamente afectada.

—Su padre fue en Chiswick nuestro profesor de dibujo, mamá —explicó Amelia —, y acostumbraba hacer él las partes más difíciles de nuestros trabajos.

—¡Dios mío! ¡Siempre me aseguró la señorita Pinkerton que no los tocaba… que se limitaba a montarlos!

—La directora llamaba montar a lo que el profesor hacía… Becky ha conocido la

obra de su padre, y…

—¡Pobrecilla!… ¡Es todo corazón!

—Si pudiera continuar a nuestro lado otra semana…

—Es tan diablillo como la señorita Cutler, a la que traté en Dumdum, pero incomparablemente más bonita. La señorita Cutler está casada hoy con Lanza, médico de artillería. Por cierto que, en una ocasión, Quintín, del decimocuarto regimiento, me apostó…

—¡Joseph, por Dios, que nos sabemos de memoria la historia! —interrumpió Amelia, riendo—. Mira, en vez de repetírnosla, convence a mamá de que debe escribir a… no sé cuántos Crawley, rogándole que conceda a nuestra querida Becky una semana de permiso… ¡Qué buena es!… ¡Ahí viene con los ojos encarnados de tanto llorar!

—Me encuentro mejor —dijo Becky a la señora Sedley, tomando su mano y llevándola con humildad a sus labios—. Me tratan con mucha bondad, todos… todos menos usted, señor Joseph —terminó riendo.

—¡Yo! —exclamó Joseph, pensando ya en una inmediata retirada—. ¡Santo Dios! … ¡Yo… señorita Sharp!

—¡Sí, usted, cruel, que me obligó a probar aquel plato de carbones encendidos el primer día que nos conocimos! ¡.No… no es usted tan bueno para mí como mi querida Amelia!

—Es que no te conoce ni te ha tratado tanto como yo —medió Amelia.

—Con usted han de ser por necesidad buenos todos los que la traten, querida niña —terció la madre.

—La salsa india estaba superior, sublime —dijo Joseph con gravedad—. Es posible que le faltase un poquito de zumo de limón… sí; aseguro que faltaba.

—¿Y los ajíes?

—¡Cáspita, y qué valientes eran! ¡Cómo la hicieron llorar a usted! —gritó Joseph, rompiendo a reír a carcajadas y cesando de súbito, como tenía por costumbre.

—En lo sucesivo, me lo miraré mucho antes de aceptar cosa que usted me ofrezca —dijo Becky—. Yo no podía sospechar que ustedes, los caballeros, disfrutasen haciendo sufrir a las pobrecitas niñas.

—¡Yo, señorita Becky! ¡Por nada del mundo quisiera yo hacerla sufrir!

—Ya lo sé —respondió ella, oprimiendo dulcemente la mano de su interlocutor, y retirando vivamente la suya, después de la presión, asustada de su propio atrevimiento; clavando en la cara de Joseph una mirada intensa de sus ojos verdes, y bajando acto seguido éstos, para fijarlos en la alfombra.

No nos atreveríamos a negar que el corazón de Joseph dio unos saltos dentro del pecho, ante aquellas tímidas e involuntarias pruebas de afecto por parte de la linda muchacha.

Fue una insinuación de parte de Becky, insinuación que acaso algunas señoras de corrección y modestia rigurosas condenen, pero les suplicamos que tengan presente que Becky, sola en el mundo, se encontraba en la dura precisión de hacerlo todo por sí misma. La persona cuyos medios de fortuna no le permiten tener criada, por muy elegante y distinguida que sea habrá de barrer sus habitaciones: de la misma manera, la niña que carece de una mamá que arregle sus asuntos con los jóvenes, fuerza es que lo haga ella personalmente. Por cierto que es una felicidad para los hombres el que las bellas ejerzan con tan poca frecuencia el arte de la seducción, porque los pobrecitos hombres no podríamos resistirlas. Ordinariamente, a las primeras señales de inclinación, dadas por una hermosa a un hombre, ya tenemos a éste de rodillas, sea viejo o joven, feo o guapo. Vamos a sentar un enunciado que encierra una verdad positiva, concluyente, indubitable: la mujer bonita, que tenga ocasiones de poner en juego sus armas, puede casarse CON QUIEN QUIERE. Demos gracias al cielo, que hizo a la mujer semejante a las fierecillas de las selvas que desconocen la eficacia de su fuerza, que, si la conocieran, el hombre sería un juguete en sus manos.

«¡Cáspita!», pensó Joseph. «Comienzo a sentir exactamente lo mismo que sentía en Dumdum, cuando me encontraba en presencia de la señorita Cutler.»

Durante la comida, Becky menudeó las palabras o los gestos insinuantes, mitad tiernos, mitad jocosos, aprovechando con todos los miembros de la familia su intimidad, ya muy grande por entonces. Las dos jóvenes se idolatraban como hermanas, achaque común a todas las muchachas que viven bajo el mismo techo durante una docena de días.

Inconscientemente Amelia hacía el juego a Becky. Durante la comida, ocurriósele recordar a su hermano una promesa que éste le hiciera cuando las vacaciones de las últimas Pascuas.

—Antes de salir del colegio —dijo—, Joseph se comprometió a llevarme a Vauxhall: se le presenta una oportunidad magnífica de pagar la deuda, ahora que tenemos en casa a Becky.

—¡Encantador! —exclamó Becky palmoteando, aunque inmediatamente recobró la compostura, como niña modesta que era.

—Esta noche no puede ser —contestó Joseph.

—Mañana, entonces.

—Mañana comemos fuera vuestro papá y yo —observó la señora Sedley.

—Supongo que no pretenderéis que vaya yo, señora Sedley —replicó el padre—, ni es propio en una mujer de vuestra edad exponerse a enfriarse en un sitio tan húmedo.

—Alguien tiene que acompañar a las niñas —objetó la madre.

—Puede acompañarlas Joseph —dijo el padre riendo—. Está ya bastante crecidito para acompañar damas.

Hasta el negro Sambo, que estaba erguido junto al aparador, soltó la carcajada. Es posible que Joseph sintiera tentaciones de cometer un parricidio.

—¡Hasta el blanco de los ojos ha enrojecido! —exclamó el implacable caballero —. ¡Señorita Becky… rocíe con agua su cara y lleve arriba a ese pobre niño, que está a punto de caer desmayado!… ¡Pobrecillo!… ¡Súbale en brazos!… ¡Pesa tan poco… tan liviano es como una pluma!

—¡Papá… esto es demasiado!… ¡Mi dignidad no…! —bramó Joseph.

—Que preparen el elefante del señor Joseph, Sambo —dijo el padre—. Que vayan inmediatamente…

Interrumpióse el impenitente bromista al observar que las lágrimas asomaban a los ojos de su hijo, y estrechando a éste la mano, añadió:

—Mira, Sambo: en vez de mandar preparar el elefante, sírvenos a Joseph y a mí unas copas de champaña. Te aseguro, hijo mío, que el propio Boney no le tiene como éste en sus bodegas.

Recobró Joseph la ecuanimidad al calor del champaña. Como su salud era delicada sólo pudo beber las dos terceras partes de la botella, y antes de terminar la libación ya se había declarado dispuesto a acompañar a las señoritas a Vauxhall.

—Las niñas deben tener un galán cada una —dijo Sedley padre—. Joseph sería muy capaz de dejar en los jardines a su hermana, sin acordarse de que tal hermana existe: tan arrebatado es… No os alarméis, que todo tiene arreglo: escribiremos cuatro líneas a George Osborne, preguntándole si quiere acompañaros.

La causa la ignoramos, pero es lo cierto que la señora Sedley apenas pronunciadas las palabras anteriores, miró a su marido y rompió a reír; en los ojos del marido brilló una expresión de picardía indescriptible al volverlos hacia su hija Amelia, la cual dobló la cabeza y enrojeció como sólo saben enrojecer las niñas de diecisiete años, con excepción de Becky, porque no se sabe de ella que enrojeciese en su vida, o por lo menos, desde que tenía ocho años, pues hay sospechas vehementes de que a esa edad se puso colorada un día que la sorprendió su abuela robándole el jamón de la alacena.

—Mejor será que las cuatro líneas las escriba Amelia —añadió el padre—, a fin de que George pueda apreciar el hermoso carácter de letra que trae del colegio. ¿Recuerdas cuando le escribiste que viniera a las ocho de la noche y te comiste la h de la palabra ocho?

—De eso hace muchos años, papá.

—A mí me parece que fue ayer, ¿verdad, John? —preguntó la señora Sedley a su marido.

Aquella noche, en una conversación que tuvo lugar en una habitación del segundo piso de la casa, en una especie de tienda formada por zarazas de fantásticos dibujos indios, *doublées* con indianas color rosa pálido, en cuyo centro se alzaba un lecho

espacioso, provisto de dos almohadas, sobre las cuales descansaban dos caras redondas, una de ellas coronada con hermoso gorro de dormir adornado con lazos, y otra con otro gorro de dormir, pero sencillo, de lienzo, y rematado en punta con su correspondiente borlita, la señora Sedley creyó conveniente hacer observar al marido que trataba a su inocente hijo con crueldad excesiva.

—¡Mira, querida! —contestó la cara del gorro de lienzo, rematado en punta—, Joseph es mil veces más vanidoso que tú, y cuenta que es decir mucho. Reconozco que hace treinta años… el mil setecientos ochenta… ¿verdad?, tú tenías algún derecho a ser vanidosa; perfectamente, pero no puede tenerlo Joseph, quien, por añadidura, me crispa los nervios con su condenada timidez. Joseph no piensa más que en Joseph, en lo guapo que es Joseph, en lo elegante que es Joseph… y yo principio a temer que, con su timidez, nos va a ocasionar algún disgusto. Tenemos en casa a la amiguita de Amelia, que hace el amor a Joseph con toda la energía de que es capaz: verdad es que si ella no le pesca, le pescará otra acaso peor que ella. Joseph es presa destinada a caer en las redes de cualquier mujer que se proponga cazarle. Lo que me maravilla es que no nos trajera de la India una nuera negra como el ébano… Pero, bromas aparte, acuérdate de estas palabras: La primera mujer que le eche el anzuelo le pescará.

—¡Mañana se va de casa esa niña intrigante! —exclamó la señora Sedley con gran energía.

—¿Por qué? ¿Qué importa que sea ella o que sea otra? Por lo menos es de raza blanca. No pretendamos contrariar las inclinaciones de Joseph… ¡allá él!

Las voces de los interlocutores fuéronse apagando gradualmente, hasta que vino a reemplazarlas una armonía nasal, poco ruidosa y menos romántica. La morada del señor John Sedley quedó envuelta en el mayor silencio, sólo interrumpido por los relojes vecinos, al sonar las horas, y por las voces de los serenos, que las cantaban.

Ni se acordó siquiera la bondadosa señora Sedley, cuando lució el nuevo día, de la amenaza fulminada la noche anterior contra Becky, y mucho menos de ponerla en ejecución, porque si bien es cierto que pocas cosas hay en el mundo tan justificadas como los celos maternos, no podía creer la inocente dama que la menuda, humilde y agradecida institutriz osase alzar los ojos hasta un caballero tan principal como el administrador de Boggley Wollah. Por otra parte, había sido solicitado el permiso propuesto por Amelia y resultaba difícil encontrar un pretexto para despedir a la amiguita de su hija.

Hasta aquí, todo conspiraba en favor de las aspiraciones de la dulce Becky, todo, hasta los elementos, pues la noche que los jóvenes debían ir a Vauxhall, terminada la comida, a la que fue invitado George Osborne, y hallándose los padres en la residencia de la familia Alderman, estalló una de esas tormentas horrorosas que sólo suelen estallar las noches que las personas han decidido ir a Vauxhall, y las dos

parejitas hubieron de quedarse, mal que les pesase, en casa. El contratiempo no pareció producir gran contrariedad a Osborne. Levantados los manteles y retiradas las niñas, Joseph y él bebieron *tête-à-tête* una cantidad muy respetable de vino de Oporto; entre vaso y vaso agotó Joseph el repertorio de sus mejores historias de la India, y más tarde, reunidos los cuatro jóvenes en el salón, del que hizo los honores la señorita Amelia Sedley, pasaron tan agradablemente la velada, que todos, por unanimidad, declararon que bendecían la tormenta que les impidió ir a aburrirse a Vauxhall.

Había sido Sedley padrino de Osborne, quien, como ahijado, era en la casa tan querido como si fuese miembro de la familia. A las seis semanas de venir al mundo había recibido de su padrino un vasito de plata, a los seis meses, un sonajero con silbato y campanillas de oro; andando el tiempo, ni un año le faltó el regalo de su padrino para Pascuas; cuando iba a la escuela, recordaba perfectamente el interesado que Joseph, que era un muchachote grandullón, le zurraba con excesiva frecuencia; en una palabra: George tenía una gran amistad con los dueños de la casa, amistad que se había ido afirmando con las atenciones recibidas y con el constante trato.

—¿Recuerdas, Joseph, lo furioso que te pusiste el día que corté las borlitas de tus botas hessianas, y cómo la señorita… hem… cómo Amelia me salvó de una paliza monumental, cayendo de rodillas a las plantas de su hermano y suplicándole llorando que no pegase al pequeñito George?

Joseph recordaba perfectamente la circunstancia a que se refería su amigo, pero juró que la había olvidado.

—Recordaré otra cosa más reciente: ¿has olvidado también el día que viniste a despedirte de mí, antes de embarcar para la India, y me dejaste como recuerdo un coscorrón soberbio y media guinea? Por cierto que, mientras permaneciste en la India, creía yo que tu estatura pasaba de siete pies, y no puedes figurarte cuánto me sorprendió ver a tu regreso que soy tan alto como tú.

—El hecho de que el señor Joseph fuera a despedirse de usted y le diese dinero, pone de relieve la hermosura de su corazón —exclamó Becky con entusiasmo.

—Sí… y sobre todo después de haberle cortado las borlitas de sus botas; los niños no olvidan nunca esas pruebas de afecto, ni a las personas de quienes provienen.

—A mí me encantan las botas hessianas —dijo Becky.

Joseph, que usaba siempre esa clase de *chaussure*, agradeció desde el fondo de su alma la observación de Becky, aunque escondió sus pies debajo de la silla.

—Usted, señorita Sharp, que es artista aventajada —dijo George—, podría pintarnos un gran cuadro histórico sobre el asunto de la botas hessianas. Joseph debe aparecer en pantalones de ante, teniendo sus botas mutiladas en una mano y agarrándome por el cuello con la otra; Amelia estará de rodillas a los pies de su hermano, levantadas las manos en actitud suplicante. Habrá que dar al cuadro un

nombre alegórico altisonante.

—No tengo tiempo para pintarlo aquí —contestó Becky—. Lo haré… cuando me vaya —añadió bajando la voz y poniéndose tan triste, que todos compadecieron su infausta suerte y lamentaron tener que separarse de ella.

—¡Ojalá pudieras estar más tiempo entre nosotros, Becky querida! —exclamó Amelia.

—¿Para qué? —contestó Becky, más triste que antes—. ¿Para qué fuese más acerbo el dol… más poco grata la despedida?

Volvió la cabeza. Amelia no pudo contener las lágrimas. George miró a las dos jóvenes con curiosidad, y Joseph, que sentía en su pecho algo como una congoja, bajó los ojos y los clavó en sus botas hessianas.

—¿Por qué no hacemos un poquito de música, Amelia? —preguntó George, que experimentaba impulsos casi irresistibles de abrazar a la encantadora niña y de estampar un beso en sus ojos, en las barbas de los presentes.

Amelia le miró, y si yo dijera que aquella mirada fue el chispazo que hizo brotar el amor en los pechos de entrambos, mentiría, porque es lo cierto que sus padres les echaron al mundo para que se amasen y quisieran, y sus relaciones amorosas eran tan formales y sólidas como si les hubiesen leído las amonestaciones. Los dos se dirigieron al piano, que estaba colocado, como es de rigor tratándose de pianos, en el salón del fondo, y como estaba algo obscuro, Amelia, de la manera más natural, dio la mano al señor Osborne, aunque éste en verdad podía ver el camino entre sillas y otomanas mucho mejor que ella. Con esto Joseph quedó *tête-à-tête* con Becky, que tejía un bolsillo de seda verde.

—Sin pretender penetrar los asuntos de la familia —dijo Becky—, se me figura que la parejita que acaba de separarse de nosotros se cuenta los suyos.

—Es asunto ultimado —contestó Joseph—. George es un muchacho inmejorable.

—Y Amelia la niña más encantadora del mundo —añadió Becky—. ¡Qué feliz será el hombre que la merezca!

Entre dos personas solteras y de sexo distinto, que se encuentran solas y tratan temas tan delicados como el insinuado, suele establecerse desde los primeros momentos mucha confianza y gran intimidad. No repetiremos la conversación sostenida por Joseph y Becky, ya que nos bastan las palabras copiadas para juzgar de su elocuencia o ingenio, flor que rara vez crece en los diálogos reservados. Como por otra parte tocaban el piano en la habitación contigua, lógico era que los interlocutores hablasen a media voz, aunque desde luego nos permitimos asegurar que, si a voz en cuello lo hubiesen hecho, es probable que los gritos no hubieran sido oídos por la pareja sentada junto al piano: tan abstraídos estaban en el intercambio de sus propias impresiones.

Es posible que fuese aquella la primera vez que Joseph supo hablar con una

persona del otro sexo sin timideces ni vacilaciones. La infinidad de preguntas que sobre la India le dirigió Becky, diéronle ocasión de narrar anécdotas interesantísimas sobre el país y sobre su propia persona. Describió los bailes que se daban en el palacio de la gobernación, los recursos gracias a los cuales disfrutaban de fresco durante la época de calores abrasadores, estuvo muy ocurrente al pasar revista a todos los escoceses que merecieron el honor de ser protegidos por lord Mimo, el gobernador general, describió las cacerías de tigres, y trazó un cuadro lleno de vida cuyo asunto fue su *mahout*, derribado del asiento colocado sobre el cuello del elefante que guiaba por una de aquellas temibles fieras.

—¡Por el amor de su madre, mi querido señor Sedley! —exclamó Becky—. ¡Por lo que más quiera en este mundo, júreme que jamás volverá a tomar parte en expediciones tan espeluznantes!

—¡Bah! —contestó Joseph, arreglándose el cuello de su camisa—. Los peligros son, precisamente, la salsa de esas expediciones.

Solamente en una cacería de tigres había tomado parte, precisamente en la que ocurrió el incidente narrado, y en la que estuvo a punto de morir… de miedo, pero no bajo las garras del tigre. Esto no obstante, se creció tanto al sólo recuerdo de la aventura, que tuvo la audacia de preguntar a Becky para quién tejía aquel bolsillo de seda verde.

—Para quién necesite un bolsillo —contestó Becky dirigiéndole una seductora mirada.

—¡Oh… señorita, yo!…

Cesó en aquel punto la música, y Joseph, al escuchar su propia voz, quedó tan cortado, tan azorado, que no pudo continuar.

—¿Qué te parece de la elocuencia de tu hermano? —preguntó George a Amelia —. Tu amiguita está haciendo verdaderos milagros.

—¡Mejor que mejor! —respondió Amelia, partidaria de los casamientos, como todas las mujeres, salvo contadas excepciones.

Los breves días de trato constante con su amiguita, habían sido a manera de luz que le permitió descubrir en aquélla una infinidad de virtudes y de cualidades encantadoras que le habían pasado inadvertidas en el colegio. Entre las muchachas crece con rapidez tan prodigiosa el cariño, que a veces basta una noche de trato para que llegue hasta las estrellas, y no debe admirarnos que disminuya después de casadas esa *Sehnsucht nach der Liebe*. Es lo que los sentimentalistas suelen llamar, apelando al registro de palabras gruesas, anhelos del Ideal, aunque a nuestro entender, esos anhelos significan sencillamente que la mujer no está satisfecha hasta que tiene marido e hijos sobre los cuales concentrar todas sus afecciones, distribuidas por pequeñas cantidades entre mil objetos antes de casarse.

Agotado su repertorio, Amelia creyó conveniente suplicar a su amiga que cantase.

—Si hubieses oído cantar a Becky, no habrías querido escucharme a mí —dijo a George.

—De todas suertes, quiero prevenir a la señorita Sharp —contestó George— que, con razón o sin ella, para mí Amelia es la mejor cantante del mundo.

—Luego juzgarás —replicó Amelia.

Joseph se acercó al piano llevando unos candelabros; George indicó que prefería permanecer en la penumbra, pero como Amelia se negó, riendo, a acompañarle, hubo de seguir a los dos hermanos. Cantó Becky como no había cantado nunca, y eso que de ordinario cantaba bien, llenando de admiración a su misma amiga. George sostuvo su opinión, con manifiesta injusticia, pues no cabe dudar que Becky cantó incomparablemente mejor que Amelia. Principió cantando un canto francés, del que Joseph no entendió palabra, ocurriéndole otro tanto a George, y a continuación, una serie de baladas inglesas, que estaban muy en boga cuarenta años atrás, cuyos temas principales eran nuestros marineros, nuestro rey, la pobre Susana, Mary la de los ojos azules, etc., etc. No son prodigio de brillantez musical, es cierto, pero hablan al alma y son mejor comprendidas que las *lagrime*, *sospin* y felicita con que en la actualidad nos regalan los Donizetti.

Entre balada y balada, se sostuvieron conversaciones del género sentimental pero el *clou* de la audición fue el canto siguiente:

La helada estepa solitaria estaba
como un sudario del otoño muerto;
furioso, el ventisquero vomitaba
copos de nieve sobre aquel desierto,
Con vivo resplandor, una cabaña
brindaba dulce asilo al caminante;
la lumbre ardía en su interior extraño,
alegre como estrella parpadeante.
Llegó a su puerta un huérfano, y al ver
la viva llama roja de la hoguera,
creyó notar más frías en su ser
las ráfagas del viento; y más de fiera
las garras frías de la impía nieve,
turbio cristal del que la Muerte bebe.
Viéronle en el umbral, desfallecido,
el corazón sin alas, medio muerto,
sin voz, sin movimientos, aterido,
glacial el alma y con el cuerpo yerto.
Ecos de caridad junto a él vibraron,
rostros de bienvenida le acogieron

y los besos del fuego lo animaron,
y sus labios de nuevo sonrieron.

Cuando llegó la aurora, el acogido,
el huérfano, se fue del blando nido,
donde llegó como ave maltratada
por el rigor de la campiña helada.
¡Triste el destino de los pobres seres
que hacia la estepa la Desdicha envía!
¡Huérfanos de la Vida, sin placeres,
sin techo, sin hogar, sin alegría!…
¡Dios tenga compasión de aquellos seres
que hacia la estepa la Desdicha envía!…

En las palabras del huérfano se fue del blando nido, supo poner tal sentimiento, que emocionó a todos sus oyentes. La voz armoniosa de Becky temblaba cuando terminó el canto, y cuando pidió compasión para «aquellos seres que hacia la estepa la Desdicha envía», por las mejillas de Amelia rodaron dos lágrimas. Todos comprendieron que el canto se refería a su próxima marcha y a su triste condición de huérfana. Joseph Sedley, amante de la música y dotado de un corazón compasivo, escuchó extasiado los comienzos del canto y sintió hondo enternecimiento hacia el final. De no faltarle el valor, de haber quedado George y Amelia en la obscuridad, según los deseos de aquél, el estado de soltero de Joseph Sedley habría tenido pronto fin con daño evidente de esta obrita, que no hubiera sido escrita; pero la presencia de testigos selló sus labios, y aunque Becky abandonó el piano apenas terminado el canto para buscar la media luz del salón inmediato, Joseph no pudo ir a buscarla, porque se presentó en aquel momento Sambo con una bandeja de sandwichs, vasos y un par de botellas, que atrajeron al punto toda su atención. Cuando llegaron los señores de la casa, nuestros cuatro jóvenes formaban dos grupos de a dos y hablaban con tal animación, que ni oyeron el rodar del coche. Joseph estaba diciendo:

—Una copita, mi querida señorita Becky. Nada mejor que un poco de licor después de su inmenso… su arrebatador…

—¡Bravo, Joseph! —gritó su padre.

No necesitó más Joseph para callar alarmado y para despedirse. Aquella noche no se la pasó despierto, preguntándose muy seriamente si estaba o no enamorado de Becky, porque la pasión amorosa jamás influyó en el apetito ni en el sueño de Joseph Sedley, pero sí pensó que le sería muy agradable oír cantar como durante la velada, y que una mujercita tan *distinguée* como Becky, que hablaba francés mejor que la misma señora del gobernador general, produciría enorme sensación en Calcuta.

—Es evidente que la pobrecilla está muerta por mí —se decía—. En cuanto a

riquezas, posee poco más o menos las que casi todas las muchachas que van a la India… Otros partidos hay peores…

Tales fueron las meditaciones que arrullaron su sueño.

A la mañana siguiente, antes de la hora del almuerzo, se presentó fosé. George también se había hecho presente con anterioridad y estaba hablando con Amelia y ésta escribiendo a sus doce amigas íntimas del colegio Chiswick. Una y otro miraron a Becky, la cual dobló la cabeza y se puso roja como la grana. Sambo anunció a Joseph con voz campanuda y sonrisa picaresca: el galán venía con dos enormes ramos de flores, que ofreció a las dos damas, haciendo sendas y solemnes cortesías.

—¡Bravo, Joseph! —gritó George.

—¡Gracias… gracias, Joseph! —exclamó Amelia, presentando a su hermano una mejilla, que Joseph no besó.

—¡Encantadoras, encantadoras! —dijo Becky, aproximando el ramo a la nariz y alzando los ojos hacia el techo con expresión de extática admiración.

Es posible que antes, al aproximar el ramo a la nariz, viese si entre las flores había escondido un *billet-doux*; pero no: no había cartita.

—¿Han aprendido también el lenguaje de las flores en Boggley Wollah, Joseph? —preguntó George riendo.

—¡Bah!… ¿Qué persona seria hace caso de tontería semejante? —replicó el galán sentimental—. Las he comprado y ahí están… celebrando que sean del gusto de estas señoritas… También he comprado una pina, Amelia; la di a Sambo… La podemos comer para merendar. Son muy frescas y agradables en el verano.

Becky dijo que no las había probado nunca y que ansiaba saber si era fruta de su gusto.

Con un pretexto cualquiera salió George de la estancia; momentos después hizo otro tanto Amelia, y Joseph y Becky quedaron solos. Esta última tejía el bolsillo de seda verde, manejando las agujas con rapidez asombrosa.

—¡Qué hermosa canción la de anoche! —exclamó Joseph—. Casi me hizo llorar; palabra de honor.

—Prueba de que su corazón es tierno, hermoso: creo que todos los Sedley poseen tan admirable cualidad.

—Me he pasado toda la noche en claro, tarareándola. A las once llegó mi médico, y me encontró cantando.

—¿De veras? ¡Cántela… cántela ahora!… ¡Me gustaría oír cómo la canta!

—¿Yo?… ¡Oh, no!… ¡Usted, Becky, usted es quien debe cantarla otra vez!

—En este momento no, señor Sedley —contestó Becky lanzando un suspiro—. Mi situación de ánimo no está para cantos, aparte de que tengo que terminar este bolsillo… ¿Quiere usted ayudarme… señor Joseph?

Y antes de que el ex administrador de la Compañía de Indias supiera qué exigían

de él, se encontró sentado a un palmo de distancia de Becky, mirándola extasiado y sonriente, extendidos los brazos como en actitud implorante, y con una madeja de seda verde que pasaba de mano a mano y que Becky estaba devanando.

En tal posición romántica fue sorprendida la interesante pareja por George y por Amelia. La seda estaba devanada, pero Joseph no había hablado palabra.

—Esta noche lo hará, amiga mía… esta noche sin falta —dijo Amelia al oído de su amiga, oprimiendo suavemente su mano.

Joseph se decía interiormente:

«Estoy resuelto… Esta noche, en Vauxhall, abordo la gran cuestión».

Capítulo V

William Dobbin

MIENTRAS EN INGLATERRA existan colegios, perdurará la memoria de la descomunal batalla cuyos paladines fueron Cuff y Dobbin, alumnos del famoso colegio dirigido por el doctor Swishtail. El escolar mencionado en segundo término, a quien sus compañeros bautizaron con varios apodos indicadores de pueril menosprecio, era el más tranquilo, el más desgarbado, el más tosco y, al parecer, el más torpe de los caballeritos confiados a la dirección del doctor Swishtail. Hijo de un tendero de comestibles de la City, asegurábase que había sido admitido en el colegio a base del régimen del «intercambio», o lo que es lo mismo, que su padre pagaba sus gastos de manutención y de enseñanza, en especie, y no en dinero. Debido sin duda a esta circunstancia, figuraba siempre en el colegio en último lugar, y al verle embutido dentro de un traje estrechito, cuya trama se empeñaban en taladrar sus bien desarrollados huesos, no podía evitarse el pensar que significaba para la casa una determinada cantidad de libras de té, de bujías, de azúcar, de jabón, de ciruelas, y de otros géneros. Días horribles eran para el buen Dobbin aquellos en que, habiendo salido con permiso a la ciudad cualquiera de los escolares, acertaba a ver parado frente a la puerta del colegio el carro de «Dobbin y Rudge, Provisiones, calle del Támesis, Londres», descargando una remesa de comestibles. En días tan aciagos, Dobbin no disfrutaba de un instante de tranquilidad: las bromas de que le hacían víctima eran crueles, insistentes, implacables.

—¡Sea enhorabuena, Dobbin! —decía uno—. El azúcar sube.

—Se ha perdido la cosecha de aceite —añadía otro—. Suceso infausto para los cosecheros, pero feliz para los almacenistas.

—Un problema —gritaba un tercero—: Si una arroba de bujías vale siete chelines, medio penique, ¿cuántas bujías valdrá la manutención de Dobbin?

Cada broma de este género era acogida con estrepitosas carcajadas por todos los colegiales, que consideraban, y con razón sobrada, que vender productos alimenticios es una profesión infamante, merecedora del desprecio de todos los que de caballeros se precian.

—También es comerciante tu padre, Osborne —dijo un día Dobbin al niño que había provocado la tormenta contra él.

—Mi padre es un caballero —replicó el niño con altanería— que tiene carruaje propio.

William Dobbin se refugió en el rincón más solitario y alejado, donde pasó el

resto del día, que era festivo, debatiéndose en un mar de tristeza y de amargura.

Merced a su incapacidad para asimilarse los rudimentos del latín, tal como aparecen expuestos en la admirable Gramática Latina de Eton, William Dobbin ocupaba invariablemente el último puesto entre los escolares del doctor Swishtail, y era objeto de las befas más crueles cuando formaba entre los niños de delantal y mejillas sonrosadas, entre los cuales parecía un gigante. Altos y bajos le escarnecían: este dibujaba un jamón a su espalda, aquel cortaba las cuerdas de su cama, el de más allá volcaba los banquillos y los baldes para que, al pasar Dobbin, diera con su humanidad en tierra, cosa que ocurría invariablemente. Recibía con frecuencia paquetitos que, al ser abiertos, aparecían con muestras de bujías o de jamones de la casa de su padre. Dobbin soportaba estos vejámenes con paciencia, sin quejarse, sin despegar los labios, pero sintiéndolos en lo más delicado de su alma.

Cuff, por el contrario, era el dandy, el mimado, el amo del colegio Swishtail. Disponía de botellas de vino que había introducido de contrabando, zurraba a los muchachos de la ciudad, montaba caballos que todos los sábados llegaban a la puerta del colegio para llevarle a la casa paterna, tenía en su cuarto botas de montar, en el bolsillo un reloj de oro y tomaba polvo de tabaco, ni más ni menos que el director. Había estado en la Ópera y conocía el valor artístico de todos los cantantes principales. Capaz era de recitar de carretilla y en menos de una hora cuarenta versos latinos; sabía escribir prosa y versos franceses… Pero ¿es que hay algo que Cuff no supiese hacer a maravilla? En el colegio se aseguraba que hasta el doctor Swishtail le tenía miedo.

Cuff, amo y señor indiscutible del colegio, reinaba sobre sus súbditos y hacía pesar sobre todos ellos su espléndida superioridad. Éste lustraba sus botas, aquél cepillaba su ropa, uno tostaba su pan para el desayuno, otro se encargaba de correr tras sus pelotas y traérselas mientras jugaba al cricket.

El escolar a quien más despreciaba y con quien a duras penas se dignaba tener comunicación personal, como no fuese para hacerle víctima de sus escarnios, era Dobbin.

Un día estalló entre los dos caballeritos una pequeña diferencia, que no tuvo testigos. Hallábase Dobbin en la escuela, escribiendo una carta a sus padres, cuando entró Cuff y le mandó que fuera a hacerle un recado.

—No me es posible —contestó Dobbin—. He de terminar mi carta.

—¡No te es posible! —repitió Cuff, apoderándose de la misiva, abundante en borrones y faltas de ortografía, y en la cual había el pobre escolar vertido muchos pensamientos íntimos y no pocas lágrimas, porque la carta en cuestión iba dirigida a su madre, y ésta, aunque era mujer de un tendero, adoraba a su hijo—. ¡No te es posible!… ¡Me gustaría saber por qué! ¿No puedes escribir mañana a la Madre Azafrán?

—No toleraré que apliques apodos a mi madre —exclamó Dobbin, levantándose muy nervioso del banco.

—¿Vas o no vas? —insistió el gallo del colegio.

—Dame la carta: las personas bien nacidas no leen cartas destinadas a otro.

—¿Vas o no vas?

—¡No voy… y cuidado con pegar, porque te abro la cabeza! —bramó Dobbin, apoderándose del tintero de plomo y adoptando una actitud tan resuelta, que Cuff bajó el puño, que ya había enarbolado, metió las manos en los bolsillos, giró sobre sus talones y se fue.

Nunca más volvió a dirigir la palabra a Dobbin. Pero faltaríamos a la imparcialidad si no hiciésemos constar que continuó hablando con el mayor menosprecio del hijo del tendero, cuando el interesado no podía oír sus palabras.

Aconteció, algún tiempo después de ocurrido el incidente narrado, que Cuff topó, una tarde calurosa de verano, con el pobre Dobbin, quien, tendido a la sombra de un árbol, leía su libro favorito, Las mil y una noches, mientras los demás colegiales se entregaban a sus juegos. William Dobbin no se acordaba del colegio, ni de los escolares, ni del mundo: viajaba con Simbad el Marino por el Valle de los Enllantes, o bien había penetrado, acompañando al príncipe Ahmed, en aquella deliciosa caverna donde el príncipe mencionado tuvo la suerte de encontrar al hada Peribanou, caverna que todos desearíamos visitar, cuando, disipados sus ensueños por los gritos y lloros de un niño, alzó la cabeza y vio que el gallo del colegio, Cuff, castigaba a uno de los colegiales más jovencitos del establecimiento.

No era el niño en cuestión de los que menos se habían burlado del pobre Dobbin, pero en el corazón de éste no cabía el rencor, y menos contra los pequeños y débiles.

—¿Cómo se atrevió usted, caballerito, a romper la botella? —gritaba Cuff, amenazando al niño con su palo de cricket.

Había recibido el niño orden expresa de Cuff de saltar la cerca del prado por un sitio donde mucho tiempo antes habían sido quitados los pedazos de cristal de que el coronamiento del muro estaba erizado, correr un cuarto de milla, comprar a crédito una pinta de limonada de ron, desafiar la vigilancia de los espías que el director del colegio tenía estacionados fuera, y volver al prado por el mismo camino. El niño cumplió la orden, pero, a su regreso, tuvo la desgracia de resbalar y caer, se rompió la botella, entre la tierra y sus pantalones se bebieron el contenido, y el portador hubo de presentarse delante del gallo, tembloroso, con actitud de culpable y a punto de llorar.

—¿Cómo se atrevió usted, caballerito, a romper la botella? —repetía Cuff—. ¡A mí no se me engaña, ladronzuelo! ¡Usted se ha bebido la limonada y ahora pretende hacerme tragar la bola de su resbalón y de la rotura de la botella!… ¡Presente usted esa mano, tunante!

El palo de cricket cayó con violencia sobre la palma de la mano del niño. Gritó

éste. Dobbin levantó la cabeza. El hada Peribanou penetró huyendo en lo más recóndito de la caverna, seguida por el príncipe Ahmed: el Valle de los Brillantes desapareció y Simbad el Marino voló al cielo: William Dobbin no vio sino que un muchacho grandullón pegaba a un niño pequeñito.

—¡Venga la otra mano! —rugió Cuff.

Dobbin se estremeció.

—¡Toma, ladronzuelo! —gritó Cuff, golpeando por segunda vez.

Dobbin se puso en pie. ¿Por qué? Lo ignoramos, porque escenas como la que estamos reseñando son tan frecuentes en los colegios como el knut en Rusia. Posible es que el alma de Dobbin se rebelase contra el ejercicio de la tiranía; quién sabe si en su pecho se agitaban sentimientos de venganza y quiso aprovechar la oportunidad de medir sus fuerzas con las de aquel tirano que en el colegio monopolizaba toda la gloria, todo el orgullo, toda la pompa. El motivo, el incentivo, sería alguno de los apuntados o cualquier otro, no viene al caso, pero el hecho fue que se puso en pie, conforme hemos dicho, y gritó:

—¡No pegues más, Cuff… no pegues más a ese niño, o…!

—¿O… qué? —contestó Cuff, maravillado de que osasen interrumpirle—. ¡Venga esa mano… raterillo!

—¡Que te voy a propinar la mayor paliza de tu vida! —gritó Dobbin, contestando a la pregunta de Cuff.

George Osborne, que él era el niño en cuestión, volvió los ojos, llenos de lágrimas, de asombro y de incredulidad, hacia el inesperado campeón que osaba abrazar su defensa contra Cuff. La estupefacción de éste no fue menor que la del niño. Imagínense mis lectores lo que pasaría por el alma del difunto monarca George III, cuanto tuvo noticia de la rebelión de sus colonias del norte de América, lo que pensaría el gigante Goliat cuando el pequeño David avanzó intrépido y le retó a singular combate, y se aproximarán bastante al conocimiento del estado verdadero de los sentimientos de Cuff, al oír la amenaza de que le hacían objeto.

—A la salida del colegio, ¿eh? —contestó Cuff, después de una pausa, y no sin dirigir a su retador una mirada que, traducida al lenguaje sensible, quería decir: «Haz testamento y despídete de todos tus amigos».

—Conformes —dijo Dobbin—. Tú serás mi padrino, Osborne.

—Como quieras —contestó éste con cierta frialdad que no debe extrañarnos, pues es preciso recordar que su padre tenía coche y era por consiguiente natural que se avergonzase de su campeón.

Sí, señores, sí: llegada la hora del encuentro, dábale vergüenza gritar: «¡Ánimo, Dobbin!». En cuanto a los demás escolares, sin excepción, animaban con sus gritos a Cuff, quien, sonriendo desdeñosamente, ágil y tranquilo cual si en un baile se encontrara, cerró contra su adversario y le derribó tres veces consecutivas. A las

caídas del infortunado campeón seguían estruendosos aplausos: todos los espectadores anhelaban que, terminado el combate, les fuera concedido el alto honor de ofrecer una rodilla al vencedor.

—Menuda felpa me voy a encontrar cuando termine esto —pensaba Osborne, cada vez que ayudaba a levantarse a su campeón—. ¡Mira, Dobbin… lo mejor es que te declares vencido!… ¡Total, que he recibido unos golpes… ya sabes que estoy acostumbrado a recibirlos!

Dobbin, cuyos miembros se agitaban temblorosos y cuyos ojos lanzaban llamaradas de rabia, desoyendo los consejos del niño, avanzó por cuarta vez.

En los tres asaltos anteriores, fue Cuff quien atacó con rapidez fulminante, sin dar a su enemigo tiempo para contestar, pero Dobbin al avanzar por cuarta vez, convencido de que ignoraba las reglas más rudimentarias referentes a las paradas, decidió tomar la ofensiva, y en consecuencia, como zurdo que era, puso en movimiento su puño izquierdo, y propinó dos puñetazos terroríficos, uno en el ojo izquierdo y otro en la nariz romana del endiosado Cuff.

Rodó por el suelo el favorito, con estupefacción inmensa de los espectadores.

—¡Bien, Dobbin, muy bien! —gritó Osborne, estrechando entusiasmado la mano de su campeón—. ¡Dos golpes de maestro!… ¡Sacúdele con la izquierda, amigo mío! … ¡Tu brazo izquierdo es una maza!…

Durante el resto del combate, el brazo izquierdo de Dobbin hizo un juego terrible. Cuantas veces llegaban a las manos los combatientes, rodaba el gallo por el suelo. Al sexto asalto eran casi tantos los partidarios de Dobbin como los de Cuff. Al décimosegundo asalto, el dueño y señor del colegio, el valentón, había perdido toda su presencia de ánimo, y con ella toda la energía ofensiva y defensiva, al paso que Dobbin estaba tan tranquilo como un cuáquero.

Su intrépido adversario se puso en guardia para librar el décimotercer asalto.

Quisiéramos tener la pluma de un Napier para hacer una descripción brillante de este asalto, que bien la merece. Fue semejante a la última carga de la Guardia (es decir, habría podido ser semejante a la carga nombrada, si la batalla de Waterloo se hubiese reñido ya), fue algo así como la columna de Ney lanzada al asalto de la colina del Haya Santa, al frente de diez mil bayonetas y siguiendo la dirección señalada por veinte águilas, y el grito ronco del toro inglés que aplastó, trituró, desmenuzó bajo sus pies al temible enemigo. En otras palabras: Avanzó Cuff para que su nariz recibiera la visita usual del puño izquierdo de su adversario y le obligara a morder el polvo por última vez.

—Me parece que tiene bastante —dijo Dobbin, al ver que Cuff caía desplomado.

Así fue en efecto: llamado por su padrino, no pudo o no quiso colocarse en posición.

Los espectadores aclamaron a Dobbin con tanto entusiasmo como si desde el

comienzo del combate hubiese sido su campeón favorito. Sus gritos atrajeron al doctor Swishtail, quien tuvo curiosidad de conocer la causa de aquel escándalo. Como es natural, amenazó con una azotaina descomunal a Dobbin, pero Cuff, que estaba limpiándose la sangre que manaba de su nariz, avanzó un paso y dijo:

—El culpable soy yo, señor, y no Dobbin. Pegué a un niño pequeñito, cuya defensa abrazó Dobbin con mucha razón.

Discurso tan magnánimo no sólo libró a su adversario del castigo, sino que también le reconquistó el ascendiente, cuya pérdida podía considerarse como hecho consumado después de su derrota.

A propósito de la batalla, escribió George Osborne a su madre la carta siguiente:

Colegio Caña de Azúcar, marzo 18…

Querida mamá: Deseo que te encuentres bien de salud. Te agradecería que me enviases un pastel y cinco chelines. Han reñido Cuff y Dobbin. Cuff, como sabes, era el gallo del colegio. Riñeron trece asaltos y salió vencedor Dobbin, de manera que hoy Cuff no es más que el gallo segundo del colegio. La causa del combate fui yo. Me estaba pegando Cuff porque había roto una botella, y Dobbin no quiso tolerarlo. El padre de Dobbin tiene tienda de comestibles en la calle del Támesis, y creo que, habiéndose batido el hijo por mí, justo es que compres el té y el azúcar en su tienda. Todos los sábados va Cuff a casa de sus padres, pero este sábado no podrá ir porque tiene hinchados y negros los dos ojos. De su casa le envían un caballito blanco, que monta para ir a ver a sus padres, y le acompaña un lacayo con librea montado en una yegua baya. Di a papá que me compre un caballito blanco, y sabes que te quiere mucho.

Tu hijo GEORGE SEDLEY OSBORNE

P. D. Da mis recuerdos a Amelia, y dile que le estoy fabricando un coche de cartón. No olvides el pastel, y que sea grande.

Como consecuencia de la victoria de Dobbin, su personalidad creció prodigiosamente en la estimación de sus compañeros, los cuales no volvieron a hacerle objeto de sus befas y desdenes, sino de sus alabanzas.

—No tiene él la culpa de que su padre sea tendero —observó con muy buen sentido George Osborne, que aunque era de los más jovencillos gozaba de grandes simpatías entre los colegiales.

Acogida con aplauso su opinión, acordaron por unanimidad no echar en cara a Dobbin el accidente de su nacimiento.

Variadas radicalmente las circunstancias, apareció el talento de Dobbin, oculto

hasta entonces. Hizo progresos maravillosos en sus estudios: el orgulloso Cuff le ayudaba a escribir sus versos latinos, le acompañaba en las horas de recreo, sacábale triunfalmente de la compañía de los pequeños para colocarle a la cabeza de los colegiales de talla mediana; en una palabra, se hizo su compañero inseparable. No tardó en descubrirse que si en el estudio de los clásicos era más que medianamente torpe, en el de las matemáticas tenía una facilidad prodigiosa. Con aplauso general fue ganando puestos hasta ocupar el tercero en la clase de álgebra, y en los exámenes de mediados de verano, ganó un premio en francés. Su madre se emocionó intensamente al ver que el doctor Swishtail, en presencia de todos los colegiales y de las familias y amigos de los mismos, que habían acudido a presenciar los exámenes, ponía en manos de su hijo un ejemplar del *Telémaco*, ricamente encuadernado y dedicado a William Dobbin. Los escolares aplaudieron pan exteriorizar su simpatía. Su padre, que por primera vez le dio muestras de respeto, le regaló dos guineas a la vista de todos, dos guineas que el muchacho gastó convidando a sus compañeros, y al volver al colegio transcurridas las vacaciones vestía una elegante levita.

Demasiado modesto Dobbin para atribuir el feliz cambio de circunstancias a su comportamiento generoso y varonil, creyó que era deudor de su buena suerte al pequeño George Osborne, a quien en lo sucesivo profesó un cariño como sólo brota en los tiernos corazones de los niños. Ya con anterioridad al incidente narrado le quería en secreto, pero después se convirtió en su criado, en su esclavo, en su perro. Para Dobbin, Osborne era un conjunto de todas las perfecciones, el más guapo, el más bravo, el más activo, el más listo, el más generoso de los niños de la creación. Con él compartía sus dinerillos, se complacía en regalarle cortaplumas, cajas de lápices, baratijas, libros románticos ilustrados con grabados y láminas de color que representaban caballeros y bandidos, regalos que George recibía como homenaje debido a su mérito superior.

Y dadas estas explicaciones, no nos maravillará que el teniente Osborne, el día que se presentó en la casa de la plaza Russell para ir, después de comer, a Vauxhall, dijese al entrar:

—Supongo, señora Sedley, que habrá en la mesa un hueco para el señor Dobbin, a quien he invitado a comer, para que luego nos acompañe a Vauxhall. Es casi tan modesto como Joseph.

—¡Modesto! —exclamó el aludido, dirigiendo a Becky una mirada de *vainqueur*.

—Modesto, sí, pero tú eres incomparablemente más agraciado que él —añadió Osborne riendo—. Le tropecé en el Bedford, le conté que Amelia ha salido del colegio, que esta noche salíamos resueltos a divertirnos, y que la señora Sedley le ha perdonado ya la torpeza que cometió en aquella fiesta rompiendo la ponchera y vertiendo su contenido. ¿Se acuerda usted de la catástrofe? Han pasado siete años.

—Sobre el vestido de seda de la señora Flamingo… lo recuerdo perfectamente —

respondió la señora Sedley—. ¡Qué desmañado era! Por supuesto, que no son mucho más graciosas sus hermanas. Anoche encontré a la madre y a tres de ellas en Highbury… ¡Qué fachas, Dios mío!

—Pero el padre es muy rico —replicó Osborne—. ¿No le parece a usted que me convendría cualquiera de sus hijas?

—¡No seas tonto!… ¿Quién ha de quererte a ti, con esa cara que parece un limón?

—¿Le parece a usted amarilla mi cara? Espere usted hasta que vea la de Dobbin, que ha sido visitado tres veces por la señora fiebre amarilla: dos en Nassau y una en Saint Kitts.

—De todas suertes, la tuya es suficientemente amarilla para nosotros, ¿no es verdad, Amelia?

La interpelada sonrió y se puso colorada.

—No me importa el color del capitán Dobbin ni lo desmañado que es —respondió—, sé que siempre me resultará simpático…

No terminó la doncella su pensamiento, pero lo terminaremos nosotros: el motivo de su simpatía era por tratarse del amigo y defensor de George.

—En el ejército no hay muchacho más excelente ni oficial más brillante, aunque confieso que no es un Adonis —dijo Osborne.

Aquella noche, al presentarse Amelia en el salón, hermosísima con su vestido de muselina blanco, preparada para hacer docenas de conquistas en Vauxhall, cantando como un mirlo, fresca como una rosa, salió a su encuentro un caballerito alto y desgarbado, de pies muy grandes, manos de gigante y orejas descomunales, luciendo una cabellera negra, áspera y crespa y un horrible uniforme militar, y le hizo la reverencia más chabacana que jamás haya hecho un mortal.

El caballero en cuestión era el capitán William Dobbin, convaleciente de la fiebre amarilla, y de guarnición en las Indias Occidentales, adonde le arrojara la fortuna de su regimiento, que vegetaba en aquellos países malsanos mientras tantos compañeros suyos cosechaban honores y gloria en la península.

Había entrado en el salón con tanto silencio, con tanta timidez, que no se enteraron de su llegada las señoras, que estaban en el piso superior, pues de haberse enterado, nunca se habría atrevido Amelia a entrar cantando en el salón. Alargó Amelia la mano a Dobbin, mas éste, antes de estrecharla entre las suyas, pensó:

«¿Es posible que sea ésta aquella niña tan pequeñita, que llevaba un vestidito rosa hace cuatro días… la noche que derramé el ponche después de romper la ponchera? ¿La niña con la cual dice Osborne que ha de casarse? ¡Qué hermosa es, qué divina… qué perla se llevará ese tunante!».

Todo esto pensó antes de estrechar la mano de Amelia, y ruando al fin lo hizo, dejó caer el sombrero de tres picos que guardaba bajo el brazo.

Dejaríamos una laguna imperdonable en nuestra historia si no dijéramos que

Dobbin, el tendero menospreciado, era en la actualidad el regidor Dobbin, y que el regidor Dobbin era el coronel del Regimiento de Caballería Ligera, formado por las milicias de la ciudad, a la sazón inflamado de verdadero ardor patriótico y pronto a resistir la invasión francesa. El regimiento del coronel Dobbin, en el cual servía el padre de George Osborne como simple cabo, había sido revistado por el soberano y por el duque de York, revista que valió al regidor y coronel ser elevado a la categoría de caballero. Su hijo había entrado en el ejército y lo propio hizo poco después George Osborne. Los dos habían prestado servicio en las Indias Occidentales y en el Canadá en el mismo regimiento. Acababa de volver el regimiento a la metrópoli y la amistad de nuestros jóvenes continuaba siendo tan íntima y cariñosa como cuando estaban en el colegio.

Y llenada la laguna, prosigamos nuestra narración.

En la mesa, apenas si se habló más que de la gloria, de la guerra, de Boney, de lord Wellington y de la Gaceta última. En aquellos días famosos, cada número de la Gaceta servía a sus lectores una victoria brillantísima, por cuyo motivo los dos oficiales suspiraban por ver figurar sus nombres en las relaciones de aquélla y maldecían de la suerte infausta que les condenó a servir en un regimiento alejado hasta entonces de los lugares donde podían haber cosechado honores. En la conversación tomaba parte Becky, mas no Amelia, que temblaba ante la mención sola de la guerra. Joseph, después de narrar varias historias sobre cacerías de tigres, contó la de la señorita Cutler, casada con el médico Lanza, y obsequió rendido y solícito a Becky, sin descuidar su propia persona.

Cuando se levantaron de la mesa las señoras, corrió a abrirles la puerta con gracia encantadora y volvió a su asiento, resuelto a hacer los honores al clarete, del que bebió copa tías copa con nerviosa premura.

Una hora más tarde, avisaban que esperaba el coche que debía conducirlos a Vauxhall.

Capítulo VI

Vauxhall

COMPRENDO QUE ESTOY tocando una sonata excesivamente melodiosa (aunque afirmo que no tardarán en seguir capítulos verdaderamente terroríficos), y como lo comprendo, necesito suplicar al benévolo lector que tenga presente que, hasta ahora, no hemos salido de la residencia de la plaza Russell, donde la familia Sedley daba bailes, comidas y reuniones, donde algunos se hacían el amor como suele hacerse en la vida corriente, sin incidentes provocados por la explosión de pasiones violentas que señalasen los progresos de los amores. Tenemos hasta ahora a George Osborne enamorado de Amelia y a Joseph enamorado de Becky. ¿Se casará el segundo con la segunda? Eso es lo que vamos a ver.

Asunto es este que podríamos tratar en forma festiva, romántica o burlesca. Supongamos que se nos hubiese ocurrido trasladar la escena a la plaza Grosvenor, tratando los mismos incidentes en un ambiente más aristocrático. Hubiéramos descrito entonces la serie de circunstancias que inclinaron a lord Joseph Sedley a enamorarse, y al marqués de Osborne a solicitar la mano de la noble señorita Amelia con el consentimiento del duque, padre de ésta. Dueños seríamos también de desdeñar los palacios y de enfrascarnos en la descripción de lo que sucede en otros lugares menos elegantes, en la cocina de los señores Sedley, por ejemplo, trazando el cuadro del negro Sambo enamorado de la cocinera —lo que por lo demás era cierto —, y relatando la descomunal batalla por aquélla riñó con el cochero; hablando del pinche, sorprendido en el momento de escamotear una chuleta de carnero, o de la nueva *femme de chambre* de la señora Sedley, que por nada del mundo quiso encerrarse en su alcoba si no le daban una vela de cera, incidentes que divertirían a rabiar a los lectores, porque supondrían que eran cuadros arrancados a la «vida» real. Si, por el contrario, nos gustase lo terrorífico, podríamos asignar a la *femme de chambre* un novio, ladrón profesional, que penetra en la casa al frente de su cuadrilla, y asesina al negro Sambo a los pies de su señor, y rapta a Amelia en ropas menores, para no devolverla hasta el final del tercer tomo de la novela, con cuyos materiales fácil nos sería servir una historia de palpitante interés, cuyos capítulos serían leídos con lágrimas y suspiros. No esperen de nosotros semejante novela, que la que hemos de servirles es novela casera, y el capítulo que estamos principiando, consagrado a Vauxhall, será tan corriente, ordinario y breve, que a duras penas merecerá el nombre de capítulo, aunque lo es, y por cierto muy importante. ¿Por ventura no encontramos en la vida de todo el mundo capítulos muy cortos, capítulos que parecen sin

importancia, y que, sin embargo, influyen decisivamente en el resto de su historia?

Entremos en el coche con los felices jóvenes y acompañémosles a los jardines. Nos será sumamente difícil encontrar hueco entre Joseph y Becky, que ocupan el asiento delantero: el opuesto lo llenan Osborne, el capitán Dobbin y Amelia, yendo sentado el primero entre los dos últimos.

Todo el mundo daba por cierto y averiguado que aquella noche propondría Joseph a Becky que cambiase su apellido por el de Sedley. Conformes estaban los padres con la solución apuntada, aunque aquí, para entre nosotros, diremos que Sedley padre miraba a su hijo con cierta cosa muy semejante al menosprecio. Decía de él que era vano, egoísta, haragán y afeminado: le crispaban los nervios las presunciones de aquél, que se consideraba el hombre de moda, y reía con toda su alma cuando le oía narrar sus pomposas historias, más fantásticas que reales.

—Le dejaré la mitad de mi fortuna —decía el padre a la madre—, que, unida a la suya, muy considerable, hará de él un hombre verdaderamente rico; pero como abrigo la convicción más absoluta de que si mañana muriésemos tú, Amelia y yo, todo su dolor se desvanecería con un ¡cáspita!, y se sentaría a la mesa tan tranquilo como de ordinario, cree que no he de preocuparme de lo que haga. Por mí, puede casarse con quien guste: no es asunto mío.

A Amelia le entusiasmaba el matrimonio en perspectiva de su hermano. En una o dos ocasiones creyó que Joseph iba a confiarle algo muy importante sobre el particular, pero aunque ella se prestó a escuchar las confidencias de muy buen grado, el gordo sujeto no supo cómo arrancar del fondo de su pecho el gran secreto para verterlo por la boca, y después de lanzar dos o tres suspiros muy profundos, dio media vuelta y se alejó sin decir nada.

Contribuía la reserva de Joseph a mantener el hermoso pecho de Amelia en estado de excitación perpetua. Ya que no podía tratar con Becky asunto tan delicado, se desquitaba sosteniendo largas e íntimas conversaciones con la señora Blenkinsop, ama de gobierno de la casa, la cual habló del asunto con la doncella de la señora, ésta transmitió la noticia al cocinero, y el cocinero hizo partícipes del secreto a todos los tenderos y comerciantes del barrio, resultando de aquí que, en la plaza Russell y calles inmediatas, no se hablaba de otra cosa que del próximo matrimonio del señor Joseph Sedley con la señorita Becky Sharp.

Opinaba la señora Sedley que su hijo se rebajaba uniéndose en matrimonio con la hija de un artista, a lo cual replicaba el ama de gobierno:

—Pero señora… tenderos éramos nosotros cuando nos casamos con el señor Sedley, escribiente entonces de un agente de Bolsa, entre todos no teníamos quinientas libras, y hoy somos ricos, muy ricos.

Amelia compartía la opinión de la buena mujer, y al fin concluyó por convencer a su madre. El padre era perfectamente neutral.

—Cásese Joseph con quien quiera —decía—, que asunto suyo y no mío es su casamiento. La muchacha no tiene fortuna… tampoco la tenía mi mujer. En cambio, parece modosita, es lista como una ardilla, y quién sabe si conseguirá hacer de esa calamidad un hombre ordenado. De todas suertes, preferible mil veces es Becky a la nuera que yo me temía, una nuera negra que nos regalara una docena de nietos de caoba.

Como ven los lectores, ante los ojos de Becky se abría un porvenir luminoso y decididamente sonrosado. Tomó el brazo de Joseph, al bajar al comedor, como si tal cosa, y más tarde, se sentó junto a Joseph en el carruaje descubierto. El matrimonio era un hecho, todo el mundo lo veía, aunque nadie hablara palabra. Lo único que faltaba, y lo que Becky esperaba con ansia, era la declaración formal del pretendiente… ¡Oh, y cómo Becky echaba de menos una madre! Una madre cariñosa, tierna, que habría ultimado el asunto en menos de diez minutos, que hubiera arrancado en el curso de una conversación confidencial la declaración interesante que temblaba en los tímidos labios del apocado joven.

Tal era el estado de cosas cuando el carruaje cruzaba el puente de Westminster.

Los cinco jóvenes llegaron oportunamente a los Jardines Reales. La salida de Joseph del carruaje fue coreada y aplaudida por las personas agrupadas junto a la entrada, poco habituadas, sin duda, a ver caballeros tan gordos. Hizo su entrada llevando a Becky del brazo, y George, como es natural, ofreció el suyo a Amelia, hermosa y feliz como un rosal bañado por un rayo de sol matinal.

—Mira, Dobbin —dijo George—; tú, que tan buen muchacho eres, puedes encargarte de los chales.

Y he aquí que, mientras George entraba orgulloso del brazo de Amelia, y Joseph encontraba estrechas las puertas al franquearlas con Becky, Dobbin había de conformarse con dar un brazo a los chales y con pagar las entradas de los cinco.

Con ejemplar modestia caminaba detrás de las dos parejas, cuya dicha no quería turbar con su presencia. Si hemos de ser sinceros, confesaremos que la de Joseph y Becky le importaba un bledo, pero en cambio contemplaba con la boca abierta a Amelia suspendida del brazo del brillante George, y al ver su alegría sincera, ingenua, participaba de su felicidad, sentía en su pecho algo semejante al placer paternal. Es posible que en su alma germinasen deseos de llevar pendiente de su brazo algo que no fueran los chales —la gente reía al ver al desgarbado oficial cargado con aquellas prendas femeninas—, pero William Dobbin nada tenía de egoísta, y de consiguiente, mientras su amigo disfrutase, no podía él estar descontento. Y tan cierto es que disfrutaba, tan cierto es que le bastaba, para ser feliz, ver que lo eran sus amigos, que de todas las distracciones que los Jardines ofrecen, de las cien mil lámparas que los iluminan, de los concertistas que ejecutan arrebatadoras melodías en la glorieta dorada que se alza en el centro, de los cantantes de baladas

cómicas o sentimentales, de los bailes regionales, en los cuales toman parte cocineros y fregonas, que con sus saltos, piruetas y contorsiones entusiasman a la concurrencia, de los anuncios según los cuales la señora Saqui iba a remontarse a las estrellas por la cuerda floja, del ermitaño que jamás abandona su ermita iluminada, de los paseos sumidos en esa obscuridad encantadora que tanto agrada a los enamorados, de los alegres restaurantes donde sirven raciones que los felices clientes tienen necesidad de buscar armados de sendos microscopios… de ninguna de estas atracciones se enteró siquiera el capitán William Dobbin.

Abrazado al hermoso chal blanco de Amelia se detuvo frente al quiosco donde la señora Salmón cantaba La batalla de Borodino —composición contra el corso advenedizo, que acababa de sufrir sus reveses rusos—. Al alejarse Dobbin intentó tararear la canción que acababa de oír, y halló que tarareaba la que aquel día cantaba Amelia cuando entró en el salón momentos antes de bajar al comedor.

No pudo menos de reírse de sí mismo, pues estaba convencido, y así era en verdad, que cantaba poco más o menos como una lechuza.

Haremos constar que, al entrar en los Jardines, nuestros jóvenes prometieron solemnemente no separarse en toda la noche, para faltar a lo convenido diez minutos después. Siempre ocurre lo propio en Vauxhall; se separan las parejas, pero es para reunirse de nuevo a la hora de la cena. ¿Por qué se separan? No sean maliciosos los lectores: se separan para poder referirse mutuamente más tarde las aventuras que durante la separación les han acontecido.

¿Cómo pasaron el tiempo Amelia y Osborne? Es un secreto. Sin embargo, podemos decir lo siguiente: fueron felices, observaron una conducta correctísima, y como desde niños tenían costumbre de verse a todas horas, su *tête-à-tête* no ofreció novedades dignas de contarse.

En cambio, Becky y Joseph, no bien se encontraron perdidos en la semiobscuridad de un paseo solitario, donde no habría más allá de cien parejas, perdidas como ellos, ambos se percataron de que la situación era extremadamente tierna y crítica, y Becky pensó que entonces o nunca era llegado el momento de provocar la declaración que temblaba en los tímidos labios de Joseph. Ya antes habían estado nuestros enamorados en el Panorama de Moscú, donde un individuo, de educación poco esmerada, pisó en un pie a Becky y fue causa inconsciente de que ésta cayese, lanzando un grito ahogado, en los brazos de Joseph, incidente que aumentó la ternura y la confianza del galán en tales términos, que contó a su dama lo menos ocho o diez historias indias, que ya antes le había referido su media docena de veces.

—¡Cómo me gustaría visitar la India! —exclamó Becky.

—¿De veras? —preguntó Joseph tiernamente, y sin duda otra pregunta más tierna iba a seguir a aquélla, pues hipaba y resollaba como fragua de herrería, y Becky, que

tenía su mano cerca del corazón de su enamorado, podía contar las febriles palpitaciones de dicho órgano, cuando, ¡suerte infausta!, repicó con ruido ensordecedor la campana que anunciaba el número de fuegos artificiales, corrieron las gentes, y ante semejante torrente arrollador, nuestros interesantes enamorados no tuvieron más remedio que sellar los labios y dejarse arrastrar por el torbellino.

Pensaba el capitán Dobbin reunirse a las parejas durante la cena, pues, a decir verdad, las distracciones de los Jardines y la compañía de los chales no le divirtieron gran cosa, pero dos veces se detuvo junto a la glorieta cuando las parejas, ya reunidas, se dirigían al restaurante, y tuvo la desgracia de que nadie reparase en su persona. Por añadidura, vio que preparaban la mesa con cuatro cubiertos, que los cuatro comensales se sentaban radiantes, felices, contentos, y no pudo menos de comprender que ninguno de ellos se acordaba en aquel momento de que en el mundo había un capitán llamado William Dobbin.

—Allá sería el comensal de *trop* —se dijo entre contrariado y divertido—. Me iré a dar conversación al eremita.

Y en efecto: con paso lento se dirigió al solitario paseo en cuyo extremo habita el conocidísimo Solitario de madera.

Mientras tanto, las dos parejas eran felices en el restaurante, donde continuaron sus conversaciones íntimas, siempre deliciosas. Estaba Joseph en sus glorias, dando órdenes a los camareros con pomposa majestad. Él se encargó de aliñar la ensalada, él descorchó el champaña, él trinchó los pollos, él se comió y bebió la mayor parte de lo que sirvieron, y él pidió, para coronar la fiesta, un ponche, artículo de primera necesidad en Vauxhall, según afirmaba él.

—Mozo… ponche —gritó.

Y a fe que tuvo una inspiración feliz, porque el ponche servido aquella noche fue la causa de esta historia. ¿Por qué no ha de poder ser el ponche la causa de una historia? ¿Un tazón de ponche no es causa tan buena como un tazón de cualquier otro líquido? ¿Por ventura no fue un tazón de ácido prúsico causa de que la hermosa Rosamunda se re tirase del mundo? ¿No fue un tazón de vino causa de que Alejandro el Grande cerrase los ojos para siempre? Pues de la misma manera, un tazón de ponche influyó decisiva mente en el destino de los protagonistas principales de esta «Novela sin héroe», que estamos refiriendo. Y lo notable del caso es que influyó poderosamente en su vida, siendo así que sólo uno de ellos lo probó.

Las señoritas no bebieron ni una gota, a Osborne no le gustaba, y la consecuencia fue que Joseph, *gourmand* empedernido, concluyó con todo el contenido de la ponchera, y el resultado de haberse echado entre pecho y espalda todo el contenido de la ponchera, fue una vivacidad, una animación que al principio maravilló a sus compañeros de mesa y luego les contrarió en extremo, porque habló tan alto, y disparó tantas y tan ensordecedoras carcajadas, que no tardaron en congregarse en

derredor de la mesa docenas de oyentes, con gran confusión de los que no habían probado el ponche. Poco después tuvo la malhadada idea de entonar una canción, y lo hizo a voz en cuello y con el diapasón que es peculiar a los caballeros alumbrados, con serio agravio de la banda que tocaba en el quiosco, a la que robó el auditorio. Verdad es que la banda jamás cosechó tantos y tan nutridos aplausos como Joseph en aquella ocasión.

—¡Bravo… gordo! —bramaba uno.

—¡Que cante la tinaja!…

—¡Que baile… que baile!…

—¡Al extremo de una cuerda! —aullaron unos cuantos, creando vivas alarmas en las damas y encendiendo volcanes de cólera en el pecho de Osborne.

—¡Por Dios vivo, Joseph… levántate y vámonos! —exclamó Osborne.

Las dos muchachas se levantaron.

—¡Alto ahí… pichona… retre-tre-che-e-e-ra! —vociferó Joseph, valiente como un león, abrazando a Becky por la cintura.

Asustóse Becky, intentó escapar, mas le fue imposible. Las risotadas de los testigos de la interesante escena redoblaron. Joseph continuaba bebiendo, haciendo el amor por lo fino y cantando, pero no contento con tan poco, comenzó a hacer guiños y muecas a los espectadores y a invitarles a acercarse y participar de su ración de ponche.

Osborne se disponía a propinar un puntapié a un caballero que intentó aprovechar la invitación, lo que habría determinado una colisión inevitable, cuando acertó a llegar un señor, llamado Dobbin, que hasta entonces había entretenido el tiempo paseando.

—¡Fuera de aquí… estúpidos! —gritó con voz de trueno el recién llegado, dispersando a los curiosos a codazos, y acercándose a la mesa.

—¡Válgame Dios, Dobbin!… ¿dónde te has metido? —exclamó Osborne, arrebatando del brazo de su amigo el chal blanco y echándolo sobre los hombros de Amelia—. ¡Sírvenos de algo, hombre de Dios… y quédate aquí con Joseph mientras yo acompaño a las señoritas a casa!

Joseph se puso en pie con ademán airado, pero bastó que Osborne le empujase con un dedo para obligarle a caer sobre el asiento de la silla. Las señoritas se retiraron acompañadas por el teniente, y Joseph, apoderándose de la mano del capitán, la besó repetidas veces y, llorando y sollozando, reveló a este caballero el secreto de sus amores. Adoraba a la niña que acababa de marcharse, la niña le adoraba a él, de ello estaba seguro, y a la mañana siguiente se casaría con ella en la iglesia de Saint George de la plaza Hanóver. Sacaría de la cama al arzobispo de Canterbury… ¡pues no faltaba más!… quisiera o no quisiera… vivía en el palacio Lambeth, y allí iría a buscarle. Dobbin dijo al enamorado que era preciso volar cuanto antes al palacio

Lambeth, salió con el borracho de los Jardines, le metió en un coche de alquiler, y poco después le dejaba salvo, aunque no sano, en su domicilio.

George Osborne acompañó a las muchachas hasta la puerta de su casa. Luego que se despidió de ellas, mientras atravesaba la plaza Russell, acometióle un acceso de risa tan ruidosa, que dejó estupefacto al sereno.

Amelia miró con expresión pesarosa a su amiga, la besó, y se retiró a su dormitorio sin hablar palabra.

«Mañana pide mi mano», pensaba Becky. «No hay duda… me ha llamado alma mía cuatro veces, ha oprimido amorosamente mi mano en presencia de Amelia, y me dijo pichona y retrechera delante de doscientas personas… Sí; mañana me pide.»

Lo mismo pensaba Amelia. Y hasta me atreveré a decir que pensó también en el traje que se pondría para la boda, en los regalos que habría de hacer a su encantadora cuñadita, y en la ceremonia, en la que debía desempeñar un papel principal, etc., etc.

¡Oh, doncellas ignorantes! ¡Cuán poco conocéis los efectos del ponche!… Del ponche, que después de bebido, da calor, animación, verbosidad, entusiasmo, y a la mañana siguiente… un dolor de cabeza insoportable. Y cuenta que no hay jaqueca en el mundo comparable a la que proporciona el ponche de Vauxhall. Veinte años ha que me bebí dos vasos, y no he olvidado todavía sus consecuencias. Y fueron dos vasos… dos vasos de los de vino, ¡palabra de honor! En cambio Joseph, enfermo del hígado… circunstancia agravante, engulló por lo menos un litro de aquella abominable pócima.

La mañana siguiente, la que Becky creyó que señalaría el alborear de su radiante fortuna, encontró a Joseph sufriendo torturas que la pluma se resiste a escribir. No había sido inventada todavía el agua carbónica, ni se conocía otra cosa… ¡parece increíble!… que la cerveza clara para mitigar la fiebre producida a los caballeros por las libaciones de la víspera. George Osborne encontró al ex administrador de Boggley Wollah tendido sobre un sofá, rodeado de botellas de cerveza clara, y gimiendo. Allí estaba ya Dobbin, prodigando cuidados a su paciente de la víspera. Los dos militares, contemplando al ferviente adorador de Baco, postrado y dolorido, no supieron qué decirse, y cambiaron entre sí los más horribles guiños. Hasta el ayuda de cámara de Joseph, correcto y solemne, mudo y grave como un funerario, había de hacer esfuerzos sobrehumanos para contener la risa, cuantas veces miraba a su infortunado señor.

—Anoche llegó mi señor furioso como no le he visto nunca —había dicho el ayuda de cámara a Osborne, antes de entrar éste en la habitación donde estaba Joseph —. Quiso pegar una paliza al cochero… el capitán tuvo que subirle en brazos, como si fuera un niño.

A poco de haber llegado George, abrió el ayuda de cámara las puertas del salón, y anunció:

—El señor Osborne.

—¿Qué tal te encuentras. Sedley? —preguntó el recién llegado, después de contemplar al paciente—. No hay huesos rotos, ¿verdad? Abajo espera un cochero con un ojo amoratado y la cabeza vendada, que jura y perjura que te ha de aplicar la ley.

—¿Qué es eso de aplicarme la ley? —preguntó con voz desfallecida Joseph.

—La ley por la paliza que le diste… ¿no es cierto, Dobbin? Tus puños caían sobre el infeliz cochero como mazos de batán… Asegura el cochero que jamás ha visto hombre que pegase más recio… Dobbin podrá decírtelo.

—Una porción de asaltos reñiste con el cochero, es cierto —contestó Dobbin.

—¡Y qué diremos de su aventura con aquel caballero del abrigo claro en los Jardines! —exclamó Osborne—. ¡Cáspita… y con qué denuedo cerraste contra él!… ¡Cómo chillaban las señoras!… El corazón me saltaba dentro del pecho al ver el valor con que te batías… Creía yo que vosotros, los hombres civiles, no sabíais pegar; pero hay que verte a ti, Joseph, cuando tienes una copa de más.

—Sí… creo que, cuando me enfado, soy verdaderamente terrible —balbució Joseph, haciendo una mueca tan horrenda, que el capitán no pudo mantener la seriedad y rompió a reír estrepitosamente, coreado por Osborne.

George aprovechó la coyuntura, viendo a Joseph blanco como la cera. Había dado vueltas a su imaginación a la idea del matrimonio pendiente entre Joseph y Becky, y no le hacía mucha gracia que un miembro de la familia, que en breve entroncaría con la suya, contrajese una *mesalliance* con una señorita de nadie, con una institutriz intrigante.

—En efecto, Joseph; estabas verdaderamente terrible —dijo riendo—. No podías tenerte en pie, hacías reír a todo el mundo, aunque tú llorabas… estabas gracioso como nunca. ¿Te acuerdas de la canción que nos entonaste?

—¿Yo… cantar?

—Sí… una canción muy sentimental, en la cual llamabas a… Rosa… o Becky…, ¿cómo se llama la amiguita de Amelia?… la llamabas pichona y retrechera, y la agarrabas por el talle así…

Uniendo la acción a la palabra, Osborne asió la diestra de Dobbin, rodeó su cintura, y reprodujo la escena, con espanto del que la representó en los Jardines y protestas del buen Dobbin, que pedía piedad para el infortunado enfermo.

—¿Por qué he de tenerle lástima? —contestó Osborne a las reconvenciones de su amigo, luego que se despidieron del enfermo, al que dejaron confiado a los cuidados del doctor Gollop—. ¿Tiene acaso algún derecho para darse esos aires de importancia y ponernos en ridículo en Vauxhall? ¿Quién es esa institutriz de tres al cuarto que le está poniendo los puntos? ¡Váyase al diablo, que bastante baja es la familia sin ella! A nadie deshonra ser institutriz, pero para cuñada prefiero una señorita. Liberal soy, pero no renuncio a mi altivez natural y conozco el puesto que me corresponde: que

conozca ella el suyo. Me he propuesto evitar que ese necio siga cometiendo majaderías, y lo conseguiré. Para impedir que salga de casa le he hecho amenazar con la acción judicial del cochero.

—No digo nada; tú sabes lo que te conviene. Tu familia es de las más antiguas de Inglaterra, pero…

—Vente a ver a las muchachas, y haz el amor, si quieres, a la señorita Sharp —interrumpió Osborne.

Dobbin se excusó de acompañar al teniente en su visita a la casa Sedley.

Al descender George por el paseo Southampton, no pudo menos de reírse al ver, en dos diferentes balcones de la casa Sedley, dos cabezas al acecho. Amelia, desde un balcón del salón, escudriñaba con avidez el lado opuesto de la plaza, lugar por donde debía llegar Osborne, y Becky, asomada a un balconcito del segundo piso, atisbaba la llegada de Joseph.

—La hermana Anne acecha desde lo alto de la torre —dijo Osborne a Amelia—, pero en vano, nadie llega.

Seguidamente hizo historia, empleando los términos más burlescos, de la triste situación del enfermo.

—Es una crueldad reírse así —dijo Amelia con tristeza.

George continuó riendo, cada vez más convencido de que lo ocurrido era altamente cómico y divertido.

Bajó a poco Becky, más compuesta que nunca.

—¡Oh, señorita Sharp, si pudiese usted verle en este momento! —exclamó George—. Llorando acabo de dejarle en su casa, retorciéndose en el sofá. No quiere más compañía que la de su médico.

—¿Si pudiese ver… a quién? —inquirió Becky.

—¿A quién?… ¿A quién?… Al capitán Dobbin, claro está, con quien tan atentos estuvimos todos anoche.

—Mal nos portamos con él, es verdad —contestó Amelia—. Yo… yo llegué a olvidar que hubiese salido de casa con nosotros.

—Claro que le olvidaste —observó Osborne riendo—. No es posible estar pensando siempre en Dobbin… ¿no es verdad, señorita Sharp?

—Salvo cuando vuelca el vino sobre la mesa, como ocurrió ayer en la comida —respondió Becky con displicencia—. Nunca presté ni un solo momento de atención a la existencia del capitán Dobbin.

—Muy bien, señorita Sharp, así se hace —dijo George—. Se lo haré saber a Dobbin.

En el pecho de Becky brotó la planta de la desconfianza y de la animadversión hacia el joven oficial.

«¿Se está burlando de mí?», pensó. «¿Habrá asustado a Joseph?»

Su alma sintió cierto desfallecimiento al recelar que George hubiese podido conseguir que Joseph no volviera a verla.

—Es usted un bromista implacable —dijo, sonriendo con expresión de inocencia —. No se mofe usted nunca, George, de las pobrecitas que no tienen quién las defienda.

La mirada de Amelia hizo que George se separase de Becky sintiendo cierto arrepentimiento por haber herido con sus palabras a una pobre muchacha indefensa.

—Eres muy buena… demasiado buena, mi querida Amelia —dijo—. No conoces el mundo y yo sí… Tu amiguita Becky Sharp debiera darse cuenta de su verdadera posición.

—¿Crees que Joseph no…?

—Palabra, querida mía, que no lo sé. Puede ser que sí, y puede ocurrir lo contrario. Yo no mando en él. Lo único que puedo asegurar es que, con sus majaderías, colocó anoche a mi idolatrada nenita en una posición harto desagradable… ¡Pichona… retre-tre-che-e-e-e-ra!

Amelia no pudo contener la risa.

Joseph no apareció aquel día, pero Amelia estaba tranquila porque, para disipar su temor, envió a su ayudante de campo, el negro Sambo, al domicilio de su hermano, con encargo de pedirle un libro que el último le había prometido y de preguntarle cómo se encontraba. Joseph contestó, por conducto de su ayuda de cámara, que se sentía un poquito indispuesto y en manos del médico. Amelia supuso que no faltaría su hermano al día siguiente; pero no tuvo valor para hablar del asunto a Becky, la cual, por su parte, no aludió en todo el día ni a Joseph ni a la salida nocturna del día anterior.

Al día siguiente, en ocasión en que las dos amigas, sentadas en un sofá, hacían como que trabajaban, o leían novelas, entró Sambo en la habitación llevando un paquetito debajo del brazo y una carta sobre una bandeja en la mano.

—Carta del señor Joseph, señorita —anunció Sambo.

Amelia abrió con dedos temblorosos la carta, que decía así:

Querida Amelia: Te envío La huérfana de la selva. No salí ayer de casa por encontrarme enfermo. Hoy salgo de la ciudad para Cheltenham. Excusa, si te es posible, cerca de la simpática señorita Sharp, mi conducta observada en Vauxhall, y ruégale que me perdone y olvide cuantas palabras pronuncié, inspiradas por la excitación producida en mí por aquella cena fatal. Tan pronto como me restablezca un poquito, porque mi salud se ha quebrantado de veras, iré a pasar unos cuantos meses a Escocia. Mientras tanto, sabes que te quiere

Tu hermano

La carta era para el amor de Becky una sentencia de muerte: quedaba terminado el idilio. Amelia, sin atreverse a mirar su rostro pálido y sus ojos encendidos se levantó, dejó caer sobre la falda de su amiga la carta fatal, subió a su cuarto y lloró.

No tardó en presentarse el ama de gobierno, en cuyo pecho depositó Amelia muchas lágrimas que la aliviaron un poco.

—No lo sienta usted, señorita —dijo el ama de gobierno—. Me repugnaba decírselo, pero es lo cierto que, excepto al principio, nadie en la casa la podíamos ver, con mis propios ojos la sorprendí un día leyendo las cartas de su mamá. Piner dice que la vio registrar los cajones de usted, y los cajones de todos, y que su vestido blanco de usted ha pasado al baúl de ella.

—Se lo di yo… se lo di yo —contestó Amelia.

La afirmación de la señorita no modificó la opinión del ama de gobierno.

—No me fío de las institutrices, Piner —decía a la doncella—. Se dan aires de señoritas y reciben los vestidos usados que nos corresponden a usted y a mí.

Pronto supieron todos los de la casa, excepción hecha de Amelia, que Becky se iría, y todos, con la excepción indicada, opinaron que debía marcharse cuanto antes. Amelia registró todos los armarios, cajones, baúles, cajas, y pasó revista a todos sus vestidos, abrigos, fichus, cintas, encajes, medias de seda, escogiendo aquí una prenda y entresacando allá otra, para regalarlas a Becky. Presentóse seguidamente a su papá, el generoso comerciante inglés, que había prometido darle a su salida del colegio tantas guineas como años tenía, y le suplicó que esa cantidad se la diera a la pobrecita Becky, que la necesitaba más que ella. Consiguió que Osborne contribuyera a los obsequios: nuestro buen amigo George, generoso y liberal como buen militar, corrió a la calle Bond y compró el sombrero más bonito y los pendientes de más gusto que pudo encontrar.

—Es el regalo que te hace George, Becky —dijo Amelia a su amiga—. ¡Qué gusto tiene!, ¿verdad? Pocos hombres se le parecen.

—Ninguno —contestó Becky—. ¡Cuánto se lo agradezco!

Para sus adentros pensaba:

«Él es quien ha impedido mi matrimonio… ¡Con qué placer le trituraría!».

Hizo sus preparativos de marcha con maravillosa ecuanimidad, y aceptó los regalitos de Amelia sin oponer gran resistencia. Dijo que guardaría agradecimiento eterno por las bondades que de la señora Sedley había recibido, mas no mostró gran empeño en buscar su compañía, y ella, por su parte, parecía más bien deseosa de esquivar a la joven. Besó la mano al señor Sedley cuando éste le regaló un bolsillo con las monedas ofrecidas a Amelia y renunciadas por ésta en favor de su amiga, y

pidió permiso para tenerle siempre por su amigo y protector. Tan dulce y cariñosa fue la despedida de Becky, que el buen señor Sedley estuvo tentado de firmarle un cheque por veinte libras más; pero como buen comerciante, refrenó los impulsos de su corazón. Le esperaban a comer fuera de casa, el carruaje estaba a la puerta, y se apresuró a decir adiós a la amiga de su hija.

—Que Dios bendiga a usted, hija mía —dijo al marchar—. Si viene usted a la ciudad, no deje de visitarnos… esta casa es suya; ya lo sabe… James… llévame a la Mansión House.

Vino al fin la despedida de Amelia, que dio lugar a una escena sobre la cual será mejor tender un velo. Representada la escena en cuestión por dos personajes, sincero y leal uno de ellos, y cómico perfecto el otro, después de mil caricias ternísimas, de ríos de lágrimas patéticas, de apelar a los frasquitos de sales y de dar salida a los sentimientos más conmovedores, separáronse Amelia y Becky, jurando esta última un cariño eterno, eterno y eterno a la primera.

Capítulo VII

Crawley, de Crawley de la Reina

ENTRE LOS MÁS RESPETABLES apellidos comenzados en C que figuraban en el Anuario de la Corte, el año de 18… hallábase el de sir Pitt Crawley, barón, calle Gran Gaunt, casa solariega en Crawley de la Reina, en Hants. El nombre del ilustre caballero figuró también durante muchos años en las listas del Parlamento, junto al de otros dignos caballeros que alternativamente ostentaban la representación del distrito.

A propósito del pueblo llamado Crawley de la Reina, se refiere que la reina Isabel, habiéndose detenido a almorzar en Crawley, en uno de sus viajes, gustó tanto de la cerveza que le presentó el Crawley de la época (hermoso caballero de barba rizada y bien conformada pierna), que inmediatamente erigió al pueblo en cabecera del distrito, con derecho a tener dos representantes en el Parlamento, y el pueblo, a partir del fausto día en que recibió visita tan ilustre, tomó el nombre de Crawley de la Reina, que conserva en la actualidad. La mano del tiempo y las mutaciones que los siglos crean en los imperios, en las ciudades y en los pueblos, han hecho, ¡ay!, que la población sea hoy muchísimo menos populosa de lo que fue en tiempos de la reina Isabel. Es más: tan a menos ha venido, que generalmente se le llama aldea arruinada… pero a bien que sir Crawley contestaría al calificativo, por cierto con perfecta razón: «Arruinada, ¿eh? Preguntadlo a mi caja, donde ingresan mil quinientas libras al año».

Era sir Pitt Crawley, así llamado en honor a su ilustre homónimo de la Cámara de los Comunes, hijo de Walpole Crawley, primer barón, guardasellos durante el reinado de George II, acusado de cohecho, como tantos otros caballeros honradísimos de la época, y Walpole Crawley, fue hijo de John Churchill Crawley, nombre que le impusieron en honor al célebre general del reinado de la reina Ana. Menciona, además, el árbol genealógico, que pende de uno de los muros del salón de la casa solariega de la familia, a Carlos Estuardo, llamado más tarde Barebones Crawley, hijo del Crawley de la época de Jacobo I, finalmente al Crawley de la reina Isabel, cuyo retrato, armado de punta en blanco y luciendo la luenga barba rizada sobre el peto de su armadura, fecunda el árbol que brota de su cintura, como es de rigor, y en cuyas ramas principales se leen los nombres antes mencionados. Junto al nombre de sir Pitt Crawley, barón, objeto de la presente memoria, figura el de su hermano, el reverendo Bute Crawley, que vino al mundo cuando el gran hombre del Parlamento estaba en desgracia, rector de Crawley-cum-Sanailby, y los de muchos otros miembros, varones y mujeres, de la familia Crawley.

Había casado en primeras nupcias sir Pitt con Griselda, sexta hija de Munge Binkie, lord Binkie, y prima, por consiguiente, del señor Dundas. Dióle dos hijos: Pitt, así llamado no tanto en honor de su padre cuanto en el del famoso ministro, y Rawdon Crawley, a quien dieron el nombre por llamarse así el amigo del príncipe de Gales, a quien Su Majestad George IV relegó al olvido más absoluto. Muchos años después del fallecimiento de su primera esposa, sir Pitt condujo al altar a Rosa, hija del señor G. Dawson, de Mudbury, la cual le dio las dos hijas de cuya instrucción iba a encargarse Becky. Hemos dado estas explicaciones para que los lectores se persuadan de que nuestra Becky va a entrar en el seno de una familia de ilustre nacimiento, y a moverse en un círculo incomparablemente más distinguido que el humilde que acababa de abandonar en la plaza Russell.

La carta que la llamaba al lado de sus discípulas vino encerrada en un sobre viejo y sucio, y estaba concebida así:

> Sir Pitt Crawley ruega a la señorita Sharp que esté aquí el martes próximo, porque yo he de salir para Crawley de la Reina mañana por la mañana temprano.
>
> CALLE GRAN GAUNT

No recordaba Becky, por más que interrogaba sus recuerdos, haber visto en su vida barón alguno, de aquí que, después de haber dado sus adioses a Amelia, de contar las guineas que el excelente señor Sedley le entregara metidas en un bolsillo, y de secar con el pañuelo sus ojos, operación que dejó terminada en el momento que el carruaje que la conducía dobló la primera esquina, requirió los pinceles de su imaginación, para trazarse un cuadro del talante que podía tener un barón.

«¿Lucirá una gran cruz? —se decía—. Pero es posible que sólo los lores tengan derecho a las grandes cruces… De todas suertes, no me cabe duda de que vestirá con suprema elegancia rico traje de corte, que llevará el cabello empolvado, como el señor Wroughton en el Covent Garden. De suponer es también que sea espantosamente orgulloso, y que me trate de la manera más despectiva… De todas maneras, llevaré con paciencia mi cruz, por pesada que sea, que bien merece la pena sufrir algo el honor de vivir entre ilustres caballeros, y no tener que alternar con mercachifles vulgares y groseros.»

Su soliloquio continuó, siendo el objeto de sus pensamientos la familia de la plaza Russell, a la que recordaba con la misma amargura filosófica que muestra la zorra en cierta fábula, al hablar de las uvas.

Después de haber atravesado la plaza Gaunt, entró el carruaje en la calle Gran Gaunt, haciendo alto frente a una casa grande y sombría, aprisionada entre otras dos,

también grandes y sombrías, como suelen ser todas las casas de la calle Gran Gaunt, dominio y reino del silencio perpetuo. Las maderas de las ventanas del primer piso estaban cerradas, las del comedor, entreabiertas, y los huecos, cubiertos con periódicos viejos y amarillentos.

John, el lacayo, que había sido el que guió el carruaje, porque el cochero no quiso tomarse semejante molestia, poco dispuesto a abandonar el pescante para llamar a la puerta, reclamó este servicio de un granujilla que pasaba. Al repicar de la campanilla contestó la aparición de una cabeza entre las medio cerradas ventanas del comedor, y segundos después fue abierta la puerta de la calle por un sujeto que vestía calzones de color gris pardo y polainas, chaqueta vieja y mugrienta, y corbatín de color dudoso enrollado alrededor de un cuello peludo, base de una brillante cabeza calva tuyas características principales eran una cara amoratada y de expresión burlona, unos ojillos grises y brillantes, y una boca que era una mueca perpetua.

—¿Es ésta la casa de sir Pitt Crawley? —preguntó John desde el pescante.

—Sí —respondió el hombre de la puerta.

—Entonces, baje usted estos baúles —repuso John.

—Bájalos tú mismo, amigo.

—¿No comprende usted que no puedo dejar mis animales? Vaya… buen hombre eche una mano… que la señorita le dará algo para cerveza —insistió John, soltando una carcajada estrepitosa, sin pizca de respeto a Becky, tanto porque sus relaciones con la familia Sedley podían darse por terminadas, cuanto porque aquélla había olvidado dar propinas a los criados de la casa.

El calvo sacó las manos de los bolsillos de los calzones y, accediendo a los deseos del lacayo, echó sobre sus espaldas el baúl de la señorita Sharp y lo entró en la casa.

—Tome usted este cesto y este chal —dijo Becky, descendiendo del carruaje muy indignada—. Escribiré al señor Sedley y le daré cuenta de su conducta —añadió, dirigiéndose al lacayo.

—¡No me pierda usted, señorita! —exclamó burlonamente el lacayo—. ¿No habrá usted dejado olvidado algo en la casa? Haga memoria… Los vestidos de la señorita Amelia… La picara doncella esperaba heredarlos ella… le sentarán bien a usted, ¿verdad? Sería una lástima que no pudiese usarlos… Cierre usted la puerta, buen hombre, y no se haga ilusiones, que la cerveza que ésa le pague… ¡Es una mala pécora, sí señor… mala pécora!…

Y hablando de esta suerte, el lacayo fustigó los caballos y se fue.

En realidad tenía amores con la doncella de su señorita y estaba furioso contra la institutriz, que se había llevado una buena parte de las prendas que a su juicio correspondían a aquélla.

Al entrar en el comedor, siguiendo al individuo de las polainas, Becky encontró la estancia tan impregnada de tristeza como suelen quedar las habitaciones cuando sus

nobles habitantes dicen adiós a la ciudad, pues no cabe dudar que las casas, cuando sus dueños las abandonan, lloran su ausencia. La alfombra se había levantado por sí misma y retirádose, enrollada y taciturna, junto al aparador; los cuadros no mostraban sus caras; teníanlas escondidas tras grandes hojas de papel; la lámpara del centro hacía penitencia metida dentro de un saco de tela burda, stores y cortinillas se habían refugiado en el fondo de los armarios, y el busto en mármol de sir Walpole Crawley miraba, desde el obscuro rincón donde estaba colocado, las sillas yacentes a lo largo de las paredes de la desmantelada habitación.

Dos sillas de cocina, un velador redondo, una pala y unas tenazas hacían compañía a la chimenea, donde se calentaba una sartén a las moribundas claridades de un fuego a medio apagar. Sobre el velador se veían unos pedazos de pan y de queso, un candelero de latón y un puchero de barro que contenía una cantidad insignificante de cerveza negra.

—Supongo que usted habrá comido ya, ¿eh? —preguntó el de las polainas—. ¿Encuentra la habitación demasiado caldeada? ¿Quiere un traguito de cerveza?

—¿Dónde está sir Pitt Crawley? —preguntó Becky con entonación majestuosa.

—¡Ja, ja, ja, ja! Le tiene usted delante… Sir Pitt Crawley soy yo… Ya propósito… No olvide que me debe una pinta de cerveza, importe del traslado de su equipaje desde el coche hasta aquí… ¡Ja, ja, ja, ja! Parece que no me cree… Pregunte usted a Tinker, y se convencerá de que soy sir Pitt Crawley… Señora Tinker… tengo el honor de presentarle a la señorita Sharp; señorita institutriz… le presento a mi ama de gobierno. ¡Jo, jo, jo, jo!

La persona presentada con el nombre de señora Tinker hizo en aquel punto su aparición en la sala. Traía la pipa y el tabaco que un minuto antes de la llegada de Becky había ido a buscar de orden de su señor, a quien entregó, riendo, ambas cosas. Sir Pitt Crawley se había sentado, mientras, al amor de la lumbre.

—¿Y el farthing que sobra, señora Tinker? Di a usted tres medios peniques; ¿dónde está el cambio?

—Aquí lo tiene usted —contestó la señora Tinker, arrojando la moneda—. ¡Sólo los barones se ocupan en los *farthings*!

—Un *farthing* diario forma al cabo del año un capital de cerca de siete chelines y siete chelines son la renta de unas siete guineas. Recoja usted los *farthings*, vieja Tinker, que al cabo del tiempo se convertirán en guineas.

—El detalle de que recoja los *farthings* convencerá a usted, joven, de que este señor es, en efecto, sir Pitt Crawley —dijo el ama de gobierno con sequedad—. Ya le irá conociendo si continúa algún tiempo en la casa.

—Y así empezará usted a apreciarme, señorita Sharp —exclamó el de las polainas —. Antes de ser generoso he de ser justo.

—¡En su vida dio un penique a nadie! —refunfuñó el ama de gobierno.

—Ni lo he dado, ni lo daré; no dar nada es una norma de conducta de la que jamás me separaré. Traiga usted otra silla de la cocina, Tinker, si no quiere quedarse en pie o sentarse en el suelo, y vamos a cenar.

El barón clavó su tenedor en la sartén que cocía al fuego, y sacó de ella un pedazo de tripa y una cebolla, que dividió en dos partes iguales, una de las cuales ofreció a la señora Tinker.

—Como usted ve, señorita Sharp, cuando estoy en la ciudad, Tinker come con la familia, cuando estoy ausente tiene pagados sus gastos de manutención —añadió sir Pitt—. De veras celebro que no tenga usted ganas de comer, señorita Sharp, y supongo que no se alegrará menos la vieja Tinker.

Los dos atacaron con verdadera furia la comida.

Después de cenar, sir Pitt encendió su pipa, y, cuando la noche cerró por completo, hizo otro tanto con la vela de sebo que había en el candelero, y sacó de un bolsillo, que no debía tener fondo, un legajo enorme de papeles, que fue poniendo en orden a medida que los leía.

—Asuntos de derecho me han traído a la ciudad, amiga mía —dijo sir Pitt—; a ellos seré deudor de viajar mañana con compañía tan agradable.

—Asuntos de derecho son los que le preocupan siempre —dijo la Tinker, tomando entre sus manos el jarro de cerveza.

—¡Y que lo diga usted! —asintió el barón—. Sí, señorita: la vieja Tinker tiene razón. Más pleitos he perdido y ganado yo que ningún hombre de Inglaterra. He aquí algunos de los que tengo pendientes: uno contra Snaffer, a quien he de arrojar de Crawley Bart, o reniego del nombre que llevo; Podder y otros contra Crawley Bart; los administradores de la parroquia de Snaily contra Crawley Bart… Que me prueben que esas tierras son suyas… les desafío; ¿cómo han de probarlo si son mías y muy mías? El mismo derecho tienen usted dos a las tierras en cuestión que la parroquia… Perderán el pleito… les derrotaré, aunque la sentencia favorable me cueste mil guineas… Lea usted, lea usted los papeles, hija mía… ¿Tiene usted buena letra? Me aprovecharé de sus condiciones de pendolista cuando nos encontremos en Crawley de la Reina… pierda usted cuidado. Precisamente se me murió la viuda y necesito quien haga sus veces.

—Era tan mala como usted —gruñó la Tinker—. Ella aplicaba la ley a los comerciantes, de los cuales arruinó cuarenta y ocho en cuatro años.

—Era tacaña, muy tacaña —dijo el barón—; pero de gran valer, sobre todo para mí, que me ahorraba un mayordomo.

La conversación se prolongó mucho rato, con satisfacción de la recién llegada, que veía reveladas las cualidades, buenas o malas, de sir Pitt, sin que el interesado intentase disfrazarlas poco ni mucho. No daba punto a su boca, hablando unas veces con el acento áspero y rudo de las gentes de Hampshire y otras adoptando el lenguaje

del verdadero hombre de mundo. Al fin, después de recomendar a Becky que estuviese levantada a las cinco de la mañana siguiente, dio las buenas noches.

—Esta noche dormirá usted con la Tinker —dijo al despedirse—. La cama es grande, y en ella caben perfectamente las dos. Por cierto que la señora Crawley murió en ella… Buenas noches.

Retiróse sir Pitt después de dar la bendición, y la solemne Tinker, candelero en mano, subió las grandes escaleras de piedra negruzca, atravesó el salón inmenso y entró al fin en la descomunal alcoba donde la señora Crawley durmió su último sueño. Siguióla Becky, que debía compartir su lecho. Tan tétrico, tan fúnebre era el aspecto de la alcoba, que sin dificultad creía el más incrédulo no sólo que en ella había exhalado el postrer suspiro la señora Crawley, sino también que su fantasma no había dejado de habitarla. Becky recorrió la estancia con gran excitación y abrió todos los armarios, y metió la cabeza en todos los rincones, y abrió todos los cajones que no estaban cerrados con llave, y probó a abrir los que lo estaban, y examinó los horribles cuadros pendientes de las paredes y todos los efectos de *toilette,* mientras la vieja Tinker rezaba sus oraciones.

—No quisiera dormir en esta cama, señorita, sin tener muy limpia la conciencia.

—En ella cabemos perfectamente usted y yo, y lo menos media docena de fantasmas —respondió Becky—. Cuénteme usted algo sobre la señora Crawley, sobre sir Pitt Crawley, y sobre todos los individuos de la familia, mi querida señora Tinker.

No era la señora Tinker persona que se dejase sonsacar fácilmente por el primer llegado; contestó que la cama se había hecho para dormir, y no para hablar, se acostó en un rincón, y muy pronto salieron de su pecho esos ronquidos que solamente pueden emitir las conciencias tranquilas. Becky permaneció despierta mucho, mucho tiempo, pensando en el mañana y en el nuevo mundo que se abría ante ella, así como también en las probabilidades de fortuna que en aquél pudiera encontrar. La vela continuaba luciendo. La chimenea proyectaba una gran sombra negra sobre la mitad de un trabajo de aguja viejo y deshilachado, obra seguramente de la señora difunta, y sobre los retratos de dos niños, vestido uno de ellos con traje de colegio y otro con una chaquetilla roja, semejante a las que suelen llevar los soldados. Becky, en el momento de dormirse, se preguntó en qué debía soñar.

A las cuatro de una mañana tan hermosa, que hasta a la sombría calle Gran Gaunt daba aspecto alegre, la vieja Tinker despertó a su compañera de cama, le advirtió que debía prepararse para la marcha, desatrancó y corrió los enormes cerrojos de la puerta del salón, armando un ruido que asustó a los ecos dormidos en la calle, y, dirigiéndose a la calle Oxford, llamó a uno de los coches estacionados en aquella parada. No molestaremos al lector dándole el número del coche, ni afirmando que aquél se encontraba junto a la calle Swallow, por si algún joven aficionado a trasnochar salía de la taberna haciendo zigzags y describiendo líneas curvas y

quebradas, y necesitaba un carruaje que le llevase a su casa, cuyo servicio era posible que pagase con generosidad de borracho.

Tampoco necesitamos decir que, si el cochero abrigaba las esperanzas indicadas en último término, se llevó una decepción terrible, pues el digno barón, a quien condujo a la City, no le dio ni un penique más de la tarifa reglamentaria. Fue en vano que el auriga jurase, maldijese y alborotase; que tirase el baúl y las cajas de la señorita Sharp en medio del arroyo, y que amenazase con llevar al señor Crawley a los tribunales: nada consiguió.

—Mejor será que te calles —dijo un palafrenero de la casa de diligencias, donde terminó la carrera del coche—. Este señor es sir Pitt Crawley.

—Sir Pitt Crawley soy —respondió el barón—; y quisiera ver si hay quien se atreve conmigo.

—No se atreverá nadie —repuso el palafrenero, subiendo el equipaje del barón a la baca de la diligencia.

—Resérveme la berlina, mayoral —dijo el miembro del Parlamento.

—Está bien, señor Pitt —contestó el mayoral, llevando la mano al sombrero y maldiciendo interiormente, pues había ofrecido la berlina a un caballerito de Cambridge, que seguramente le habría dado una corona de propina.

Becky fue acomodada en un asiento posterior, en el interior del carruaje que la llevaba a la conquista del amplio mundo.

Malhumorado entró el joven de Cambridge en la diligencia, cargado con cinco abrigos y mantas que extendió sobre sus rodillas, pero recobró el buen humor al verse junto a Becky, cuyas rodillas abrigó también con una de sus mantas. Un señor asmático y una vieja delgaducha, que juraba por su honor que era la vez primera que viajaba en una diligencia pública, y una viuda voluminosa que estrechaba entre sus manos una botella enorme de aguardiente, ocuparon asientos en el interior.

El postillón pidió propina a todos los viajeros, recogiendo seis peniques del caballero asmático y dos y medio de la viuda gorda, y el coche se puso en camino, atravesando las sombrías callejuelas de Aldergate, haciendo retemblar la cúpula azul de Saint Paul, pasando rápido como una exhalación junto a la entrada del Fleet Market que, con el Exeter-Change, pertenece hoy al mundo de las sombras, dejando a retaguardia el Oso Blanco de Piccadilly y encontrando y dejando sucesivamente a Turnham Green, Brentford, Bagshot, mientras sobre los jardines de Knights Bridge flotaban jirones de niebla. Probablemente a los lectores interesarán poco estos detalles, pero evocan dulces reminiscencias en el autor, que ha hecho ese mismo viaje, en diligencia y con tiempo hermosísimo. ¿Qué se ha hecho de aquella carretera, tan pródiga en incidentes deliciosos? ¡Ay! Ya no encuentran aquellos honrados mayorales antiguos, un Chelsea ni un Grenwich. ¿Vivirán aún aquellos buenos chicos? ¿Habrá muerto el viejo Weller? Y los mozos de paja y cebada, y las posadas,

y las ventas, y los relevos, y los fiambres que constituían la comida durante los interminables viajes, y tantos y tantos otros atractivos, ¿qué se han hecho? Para los grandes genios todavía en pañales, que escribirán novelas para que las lean los hijos del amado lector, todos estos personajes, todas estas cosas, estarán situadas en el terreno de la leyenda, en la misma medida que la historia de Nínive, la de Corazón de León, o la de James Sheppard. Para ellos, las diligencias habrán existido únicamente en los romances, y los tiros de cuatro caballos bayos son tan fabulosos como Bucéfalo o Isabelle la Negra.

Pero trasladémonos sin más divagaciones a Crawley de la Reina, y veamos cómo se desenvuelve allí la señorita Becky Sharp.

Capítulo VIII

Reservado y confidencial

LA SEÑORITA Becky Sharp a la señorita Amelia Sedley, Plaza Russell, Londres.

(Franquicia. Pitt Crawley.)

Queridísima Amelia: Con alegría mezclada de tristeza tomo la pluma para escribir a la amiga de mi corazón. ¡Oh… qué cambio de ayer a hoy! Ahora me encuentro sin amigos, sola; ayer estaba como en familia, y disfrutaba de la tierna intimidad de una hermana, a quien querré siempre. ¡Oh, si!, ¡siempre!

No te hablaré de las lágrimas que vertí, de la amarga pena que devoré la noche fatal que siguió a nuestra separación Tú fuiste el martes a donde te esperaban la alegría y la felicidad, acompañada por una madre que te adora, y por un militar joven y bizarro, que te quiere con delirio. En ti pensé toda la noche; te veía bailando en casa de los Perkins, cortejada y admirada, de ello estoy segura, como la más bella de cuantas jóvenes asistieron al baile. En cambio a mí el lacayo me condujo en el carruaje viejo a la casa que en la ciudad tiene sir Pitt Crawley, en cuyas manos me dejó, después de tratarme con grosera impertinencia. ¡Ah… todo el mundo puede insultar impunemente a la pobreza y a la desgracia! Me hicieron acostar en una cama antigua de aspecto siniestro, preparada en una alcoba que parecía la más adecuada para que los fantasmas la convirtieran en su antro, y por añadidura, me dieron para compañera de lecho a una vieja de aspecto no menos siniestro que la alcoba y la cama. Es la guardiana, el ama de gobierno de la casa. No pude pegar los ojos en toda la noche.

No responde sir Pitt a la idea que nuestras locas imaginaciones trazaban de los mortales que poseen el título de barón cuando en Chiswick leíamos Cecilia y otras novelas. Cree que es imposible imaginar nada que se parezca menos que él a lord Orville. Represéntate un hombre viejo, bajo de estatura, rechoncho, vulgar y muy sucio, con traje gastado, polainas raídas, que juma en una pipa horrenda y guisa por sí mismo su cena en una sartén. Habla con acento campesino, riñe con frecuencia a su ama de gobierno y hasta tuvo un altercado con el cochero que nos llevó desde su casa hasta la diligencia, donde hice el viaje a cielo abierto durante la mayor parte del tiempo.

Me despertó al rayar el alba la vieja que había sido mi compañera de cama, y salimos momentos después hacia la posada de donde partía la diligencia. En los comienzos del viaje, me dieron asiento en el interior, pero al llegar a un pueblo llamado Leakington, precisamente cuando la lluvia, menuda hasta entonces, comenzó a arreciar, ¿lo creerás?… me obligaron a sentarme juera, porque sir Pitt es el propietario del carruaje, y como en el lugar indicado se presentase un viajero que deseaba asiento en el interior, me mandó que le cediera el mío, y hube de sentarme, desafiando la lluvia, junto a un joven de Cambridge, quien tuvo la bondad de abrigarme con una de las varias mantas que llevaba.

Este caballerito y un guarda que ocupaba otro asiento cercano parece que conocían muy a fondo a sir Pitt, y se burlaron y rieron de él con mucha gracia. Le llamaban tuerca oxidada, queriendo significar que es el rey de los tacaños. Jamás ha dado un penique a nadie, según dicen, afirmación que escucho con disgusto, porque, como comprenderás, me agradaría que fuese rumboso. El mayoral me manifestó que si hacíamos con lentitud tan desesperada el viaje, era porque los caballos de los dos relevos primeros son propiedad de sir Pitt, añadiendo que, cuando sir Pitt abandonase la diligencia, la culpa de sir Pitt la pagarían sus animales, sobre los cuales caería la tralla con más frecuencia y mayor fuerza de la ordinaria.

Un coche tirado por cuatro caballos soberbios, ricamente enjaezados con arneses que ostentaban las armas de su amo y señor, nos esperaba en Mudbury, distante cuatro millas de Crawley de la Reina. Nuestra entrada en el parque de los dominios del barón se hizo con toda solemnidad. Una hermosa avenida de una milla de longitud conduce a la casa solariega. En la verja de honor, cuyas columnas rematan en una serpiente y una paloma, sostenes de las armas de los Crawley, nos esperaba una mujer, que nos hizo infinidad de cortesías y nos abrió de par en par las viejas puertas de hierro, algo parecidas a las aborrecidas de Chiswick.

—¿Qué le parece a usted? —me dijo sir Pitt—. Una avenida de una milla de longitud. Dos hileras de árboles que representan madera de construcción por valor de seis mil libras esterlinas… ¿Es eso nada?

En Mudbury había mandado al señor Hodson que se sentase a su lado en el interior del carruaje, y le venía hablando de embargar, de vender, y de llevar a los tribunales a muchos arrendatarios morosos. Dijo Hodson que Samuel Miles había sido sorprendido cazando furtivamente y que Pedro Bailey fue al fin condenado a trabajos forzados. «Me alegro —contestó sir Pitt —. Él y su familia vienen estafándome hace ciento cincuenta años». Supongo que se tratará de algún pobre arrendador que no llevará al corriente el pago de

su renta.

Al pasar distinguí la esbelta silueta de un campanario que se alza con gracia sobre las elevadas copas de los seculares olmos del parque. Delante de éstos, en el centro de una pradera y rodeada de algunas casitas, vi un caserón viejo, de color rojo y muros tapizados de hiedra.

El sol se quebraba en los grandes ventanales cubiertos con vidrieras.

—¿Ésa es su iglesia, señor Pitt? —pregunté.

—Sí ¡maldita sea!… (empleó una frase tan enérgica que no puedo transcribirla, amiguita mía). ¿Cómo sigue ese bestia, Hodson? La bestia es mi hermano el rector, señorita… ¿Cómo sigue?

Hodson soltó la carcajada, púsose serio, movió la cabeza, y contestó:

—Temo que se encuentre mejor, sir Pitt. Ayer salió a caballo y recorrió nuestros campos de trigo.

—Valiérale más permanecer en la iglesia… ¡canastos! (No empleó esta palabra, sino otra más fea). ¿No ha de poder con él el aguardiente? ¿Es que va a ser la segunda edición de Matusalén?

Hodson soltó la carcajada por segunda vez.

—Los jóvenes han vuelto del colegio —dijo—. Dieron a John Sccroggins una paliza tan descomunal, que le dejaron más muerto que vivo.

—Bien por los jóvenes —gritó sir Pitt.

Explicó Hodson que el apaleado había sido sorprendido cazando en tierras de su hermano el rector, a lo que contestó sir Pitt que no merecía ser castigado, aunque, si hubiera cazado en las suyas, juraba por Dios vivo que no se conformara con menos que con hacerle deportar. De la conversación inferí que no reina la mejor armonía entre los dos hermanos, circunstancia que me afirmó en la creencia, que ya tenía, de que los hermanos regañan con bastante frecuencia, lo mismo que las hermanas. ¿Recuerdas que las señoritas Scratchleys reñían a todas horas en Chiswick? ¿Recuerdas que Mary Box se daba todos los días de cachetes con Luisa?

Como viese sir Pitt que unos muchachos recogían ramas caídas en el bosque, ordenó a Hodson que corriese a reprimir el desmán, y Hodson se precipitó del coche y corrió hacia los ladronzuelos con la fusta enarbolada. «¡Firme, Hodson; haz sentir la fusta a esos granujillas! —gritaba sir Pitt—. ¡Arráncales el alma… llévales a casa, que, o pierdo el nombre que tengo o los envío a presidio!»

No tardamos en oír los golpes de la fusta cayendo implacable sobre las espaldas de los raterillos. Sir Pitt, viendo que Hodson les había amarrado, siguió hacia la casa.

Todos los criados esperaban en su puesto para recibirnos, y…

* * *

En este punto estaba mi carta la noche pasada, cuando me vi bruscamente interrumpida por un porrazo terrible descargado sobre la puerta de mi habitación. ¿Quién creerás que era, querida amiga? El mismísimo sir Pitt, en gorro y camisa de dormir. ¡Qué facha, santo Dios! Al retroceder yo ante semejante visión, sir Pitt avanzó y se apoderó de mi palmatoria. «Aquí no se gasta luz después de las once —me dijo—. Váyase usted a dormir a obscuras, picarilla, y si no quiere que todas las noches venga yo a apagar su luz, acuéstese a las once». Dichas estas palabras, se retiró riendo con el mayordomo, señor Horrocks, que le acompañaba. Puedes estar segura de que procuraré no dar motivos para nuevas visitas de esa especie. En la casa habían dejado sueltos dos mastines que se pasaron ladrando desaforadamente toda la noche. «El perro se llama Sanguinario —me ha dicho sir Pitt—. Destrozó en una ocasión a un hombre y puede mantenérselas tiesas con un toro. A la madre la llamaba Flora, pero hoy la llamo Ladradora, porque es ya tan vieja que no puede morder».

Delante de la casa solariega de Crawley de la Reina, odioso edificio antiguo de ladrillo rojo, con chimeneas altísimas y timpanillos al estilo de la época de la reina Isabel, hay una terraza, flanqueada por las consabidas paloma y serpiente, en la cual está la puerta que da acceso al salón. Me atrevería a jurar, queridita, que este salón es tan inmenso y tan fúnebre como el famoso del castillo de Udolfo. En su chimenea cabria muy holgadamente todo el colegio de la señorita Pinkerton, y en su parrilla podría asarse un buey entero y dejar lugar para otro. Penden de los muros del salón yo no sé cuántas generaciones de Crawleys, unos con barbas y melenas, otros con pelucas, éstos vestidos con largas dalmáticas, rígidas como planchas de acero, aquéllos con muchos rizos… y casi sin ropa. Arranca del extremo del salón la escalera de honor, de roble negro, triste como todo el edificio, y de sus muros laterales, dos puertas, adornadas con cabezas de ciervos, que dan acceso a la sala de billares y biblioteca, y a las habitaciones de la mañana y salón amarillo, respectivamente. Creo no exagerar si digo que en el primer piso hay sus veinte habitaciones, que mis nuevas discípulas me han hecho recorrer esta mañana: en una de ellas se conserva la cama donde durmió la reina Isabel. No las hace menos tétricas la circunstancia de que jamás se abran sus maderas, y puedes creerme si te digo que a medida que las iba recorriendo esperaba encontrar en ellas algún fantasma. El saloncito destinado a clase está en el segundo piso, y comunica con mi alcoba y con la de las señoritas de la casa. Vienen a continuación las habitaciones del señor Pitt, o del señor Crawley

según suelen llamarle, que es el primogénito, y las del señor Rawdon Crawley, oficial como cualquier hijo de vecino y ausente con su regimiento. Como ves, en la casa no falta sitio: podrían alojarse en ella todos los vecinos de la plaza Russell, y quedaría mucho espacio libre.

Media hora después de nuestra llegada, la gran campana tocó a comer, y bajé al comedor con mis dos discípulas. Son éstas dos criaturitas insignificantes de echo y diez años, respectivamente. Llevaba yo el hermoso vestido de muselina, causa inocente de la furia de tu antipática doncella, que no me perdona que me lo hayas regalado. Las comidas, naturalmente, las hago en el comedor, puesto que he de ser tratada como miembro de la familia. Sólo en los días de recepción comeré arriba con mis discípulas.

Decía, pues, que había sonado la campana llamando al comedor. Todos nos reunimos antes en el saloncito de lady Crawley, la segunda, que es madre de mis discípulas. Fue hija de un ferretero, buen partido, según decían, cuando se casó. Debe de haber sido hermosa en sus tiempos, y no puedes figurarte las lágrimas que derrama sobre sus pasados encantos. Es pálida, flaca, de hombros muy pronunciados, y da la impresión de no atreverse a levantar la voz. También se encuentra en el saloncito el señor Crawley, su hijastro, vestido de rigurosa etiqueta, solemne y serio como un empresario de pompas fúnebres. Es enclenque y feo, sus piernas parecen fideos, tiene un pecho estrecho y hundido, sus patillas son de color de heno y su cabello amarillo pajizo. Es la imagen viva de su santa madre Griselda, de la noble familia Binkie, cuyo retrato se ve sobre la repisa de la chimenea.

—Nuestra nueva institutriz, señor Crawley —dijo la dama, saliendo a mi encuentro y tomándome por la mano—. La señorita Sharp.

—¡Oh! —se limitó a exclamar el señor Crawley, haciendo un movimiento de cabeza y continuando la lectura de un folleto que parecía interesarle.

—Ruego a usted que trate con mucha dulzura a mis hijas —me dijo la dama, con lágrimas en sus ojos, habitualmente colorados.

—Será muy buena con nosotras, mamá —dijo la mayor de mis discípulas.

Comprendí desde el primer momento que aquella mujer no era de temer.

—La señora está servida —anunció el mayordomo, vestido de negro de pies a cabeza, y luciendo una gorguera de la época de la reina Isabel.

La señora Crawley, del brazo de su hijastro, rompió la marcha en dirección al comedor: yo la seguí llevando de la mano a mis discípulos.

En el comedor esperaba ya sir Pitt junto a un jarro de plata. Acababa de subir de la bodega y vestía también de etiqueta, es decir, se había quitado las polainas y lucía unas pantorrillas delgadísimas encerradas dentro de medias negras. Un servicio completo de resplandeciente plata antigua cubría el

aparador… copas antiguas de plata y de oro, salseras, vinagreras… una repetición del escaparate del platero Rindell. De plata era también todo el servicio colocado en la mesa. A uno y otro lado del aparador había dos lacayos, con pelucas coloradas y libreas color canario.

El señor Crawley rezó una oración interminable, sir Pitt contestó Amén y fueron levantadas las tapaderas de las fuentes.

—¿Qué tenemos hoy, Isabelle? —preguntó el barón.

—Jigote de carnero, creo —respondió la señora Crawley.

—*Mouton aux navets* —terció con gravedad el mayordomo—; y la sopa es *potage de mouton a l'Ecossaise*. Las fuentes de los lados contienen *pommes de terre au naturel y choufleur a l'eau*.

—La carne de carnero es excelente —observó el barón—. ¿Qué carnero era y cuándo lo mató usted, Horrocks?

—Era uno de los escoceses de cabeza negra, sir Pitt, y lo sacrificamos el jueves.

—¿Quién compró de su carne?

Steel de Mudbury compró dos de sus patas, pero se quejó luego diciendo que sabían a lana, sir Pitt.

—¿No quiere tomar un poco de potage, señorita… Sharp? —dijo el señor Crawley.

—Se llama jigote escocés —rectificó sir Pitt—, digan lo que quieran los que se empeñan en dar a los guisos nombres franceses.

—Es costumbre en toda casa como es debido —replicó con acento altanero el señor Crawley—, dar al plato el nombre que yo acabo de darle.

Los lacayos de las libreas color canario nos sirvieron el potage y el mouton aux navets en platos hondos de plata; trajeron luego cerveza y agua, que a mi y a mis discípulas nos sirvieron en vasos de vino. No estoy en condiciones de emitir juicios acertados sobre la cerveza, pero creo en conciencia que la que nos dieron a beber valía bastante menos que el agua clara.

Mientras saboreábamos la suculenta comida, sir Pitt preguntó por la espaldilla del carnero.

—Creo que se la han comido los criados —contestó con humildad la dama.

—Asi es, señora —terció el mayordomo—; pero juro que no se ha distraído ni una brizna más.

Sir Pitt soltó una carcajada y continuó preguntando al mayordomo:

—Debe de estar ya muy gordo aquel cerdo negro de Kent, ¿verdad?

—No está aún del todo reluciente, sir Pitt.

Sir Pitt y las dos niñas rompieron a reír estrepitosamente.

—Señoritas… he de hacer presente a ustedes que su risa es extemporánea y altamente inconveniente —dijo con severidad el señor Crawley.

—Mate usted el cerdo el sábado por la mañana, Horrocks, aunque no esté muy reluciente —repuso sir Pitt sin dejar de reír—. La señorita Sharp es adoradora ferviente del puerco, ¿no es verdad, señorita Sharp?

No recuerdo que se hablase más en la comida. Pusieron luego delante de sir Pitt un jarro de agua caliente y una botella de ron, según creo. Horrocks nos sirvió a las niñas y a mí un vasito de vino, y llenó un vaso más grande para la señora Crawley.

Levantados los manteles, mi señora sacó de su costurero una pieza interminable de malla y las señoritas se pusieron a jugar con unos naipes cubiertos de grasa. Una sola bujía lucía, pero ésta se hallaba en un candelero lujosísimo de plata. Después de contestar algunas preguntas, muy breves, de la dama, hube de escoger para distraerme, entre dedicarme a leer un libro de sermones o bien saborear la distraída prosa de un folleto referente a las leyes sobre el trigo, el mismo que el señor Crawley leía antes de comer.

Al cabo de una hora, poco más o menos, se oyeron pasos.

—Esconded la baraja, hijas mías —exclamó con espanto la dama—. Y usted, señorita, deje los libros del señor Crawley.

Apenas obedecidas entrambas órdenes, entró en la estancia el señor Crawley.

—Continuaremos la lectura del sermón de ayer, señoritas —dijo el señor Crawley a las niñas—. Leerán ustedes una página cada una, y así la señorita institutriz tendrá ocasión de oirías.

Las pobres niñas comenzaron a deletrear un sermón largo y aburrido, predicado muchos años antes en la iglesia Bethesda, de Liverpool, con motivo de la misión enviada a los indios chicasaw… ¿No te parece que la velada fue distraída y encantadora?

A las diez, los criados recibieron orden de llamar a sir Pitt para que tomase parte en las oraciones de la familia. Vino sir Pitt con cara encendida y paso inseguro, y tras él entraron el mayordomo, los dos canarios, el ayuda de cámara del señor Crawley, tres hombres más, que a la legua olían a caballo, y cuatro mujeres, una de ellas exageradamente acicalada, que me lanzó una mirada de desdén en el momento de caer de rodillas.

Terminado el rezo, todos recibimos nuestras correspondientes palmatorias y nos retiramos: a las once de esa misma noche era yo interrumpida en la forma brusca que antes tuve el gusto de explicar a mi buena Amelia.

Buenas noches, y mil, y mil, y mil besos.

Sábado. Esta mañana, a las cinco, oí los gruñidos del cerdo negro. Rosa y Violeta, mis discípulas, me lo presentaron ayer, y me acompañaron a las cuadras, a la perrera y al jardín, donde hicieron mi presentación al jardinero, ocupado en recoger frutas para enviarlas al mercado. Las señoritas le pidieron con lágrimas en los ojos un racimo de uva, pero contestó aquél que sir Pitt las tenía contadas y apuntadas todas, y que, darles una sola, seria tanto como perder su colocación. Las niñas se apoderaron entonces de un potrillo, me invitaron a montar, y montaron ellas, pero a poco se presentó un lacayo, quien dejó a las señoritas sin potro después de dirigirles una reprimenda espantosa, en la cual abundaron más las maldiciones y los juramentos que las palabras dulces.

La señora Crawley no deja la malla: sir Pitt se emborracha todas las noches, y otro tanto hace Horrocks, según creo. El señor Crawley nos entretiene todas las veladas con las lecturas de sermones, y se pasa las mañanas encerrado en su despacho, si no se da un paseo a caballo hasta Mudbury o hasta Squashmore, donde suele predicar, todos los miércoles y viernes, a sus arrendatarios de los lugares expresados.

Mil recuerdos afectuosos a tus queridos papas. ¿Se ha repuesto por completo tu pobre hermano de los efectos del ponche? ¡Ah, queridita… con qué horror debieran los hombres mirar al ponche!

Tuya siempre, BECKY

Bien miradas las cosas, creemos que bien está Amelia Sedley separada de su amiga Becky. Es esta última una muchacha graciosa, viva, simpática: nada más cierto. Sus descripciones de la pobre dama que llora sobre su hermosura perdida, y del caballero de patillas color de heno y cabellos de tono amarillo pajizo revelan su mucho ingenio y su profundo conocimiento del mundo. Acaso nos extrañe el comprobar que, mientras estaba de rodillas, contestando los rezos de la familia, su pensamiento estuviese en cosas más positivas; perfectamente. Pero nuestros lectores deberán tener muy presente que esta historia lleva por título La feria de las vanidades, y que el lugar donde su acción se desarrolla, ha de ser lugar propicio a la frivolidad, la falsía, la hipocresía y la deslealtad. El moralista, que predica y no da (retrato perfecto de este humilde servidor), aunque no debe llevar otra indumentaria que la librea de orejas muy largas correspondientes a la congregación de que forma parte, no puede menos de decir la verdad, tal como la conoce, sin rodeos ni eufemismos, obligación que casi siempre resulta altamente desagradable, pero que ha de cumplir.

He oído hablar de un colega en el oficio que predicando en Nápoles a una turba de excelentes sujetos, puso tanta rabia y tanto encono en su pluma al describir e inventar las hazañas de algunos de sus personajes más repugnantes, que sus oyentes

no pudieron resistir el cuadro: poeta y auditorio prorrumpieron en gritos, maldiciones y blasfemias contra el desdichado monstruo, protagonista de la obra, a quien habrían descuartizado si a mano le tienen.

En los teatros de París, no sólo es muy frecuente oír alborotar «*Ah gredin! Ah monstre!*» cuantas veces sale a escena el encargado de encarnar a un tirano, sino que los mismos actores se nieguen obstinadamente a representar personajes repugnantes, tales como los de los infames ingleses y de los bárbaros cosacos, prefiriendo aparecer en escena, aun cuando se cobre menos, como franceses leales, finos y simpáticos. Yo quiero hacer constar que si deseo poner de relieve y concitar la execración pública contra los villanos que en esta obra figuran, no lo hago tanto por motivos mercenarios, cuanto porque me inspiran un aborrecimiento sincero que, por lo mismo que me es imposible mantenerlo encerrado dentro del pecho, lo verteré en las páginas de este libro.

Quiero que sepan mis «benévolos amigos» que voy a referir una historia de repugnantes villanías y de crímenes complicados, aunque confío que ha de interesar hondamente. Mis canallas no se andan en medias tintas, no. Cuando lo requiera el lugar olvidaremos las frases almibaradas, pero en la tranquila campiña nos obligamos a ser muy moderados. Una tempestad en un vaso de agua es el mayor de los absurdos, de aquí que yo colocaré las tempestades en medio de la inmensidad del océano y durante la negra y solitaria noche. El capítulo presente es suave; los que sigan… Pero no adelantemos los acontecimientos.

A medida que se vaya destacando la personalidad de nuestros personajes, pediremos de vez en cuando permiso, no sólo para hacer su presentación en regla, sino también para abandonar momentáneamente la escena y hablar de ellos en la sala. Que el lector les quiera y estreche su mano cuando buenos y simpáticos le parezcan, que se ría de ellos si necios les considera, y los maldiga, si son malos y criminales, empleando las frases más duras y enérgicas, dentro siempre, como es natural, del lenguaje no reñido con la decencia.

Lo que no quisiera es que los lectores creyeran que es el autor quien se ríe de la devoción que tan ridícula pareció a la señorita Sharp; que soy yo quien hago escarnio de la inseguridad de paso del barón, cuando el escarnio lo hace una persona que únicamente sabe reverenciar la prosperidad y no tiene ojos más que para el dios éxito. Hay en el mundo individuos sin Fe, sin Esperanza y sin Caridad: a éstos debemos mirarles con ceño, mis queridos amigos. Hay otros que también triunfan, que son charlatanes y necios: creo que para señalar con el dedo y combatir a estos tales fue creada la Risa.

Capítulo IX

Retratos de familia

SIR PITT CRAWLEY era un filósofo de gustos muy poco delicados. Obra de sus padres había sido su primer matrimonio con la hija del noble Binkie, a la cual repitió millares de veces, que la consideraba una arpía de humor tan irritado y fiero, que antes se ahorcaría que casarse con otra de su calaña el día que ella muriese. Cumplió su palabra al fallecimiento de aquélla, escogiendo para segunda mujer a la señorita Rosa Dawson, hija de John Thomas Dawson, ferretero de Mudbury. Henchida de felicidad se convirtió Rosa en señora Crawley.

Hagamos el inventario de la felicidad de esta señora. En primer lugar, rompió con Pedro Butt, joven que le había hecho una corte asidua y que, para consolarse del dolor con siguiente a sus contrariedades amorosas, se dedicó a la estafa, al contrabando y a otras ocupaciones no muy santas. Riñó después, como era muy justo y natural, con todas sus amigas y amigos de su juventud, que no debían ni podían ser recibidos por la castellana de Crawley de la Reina… y no encontró, entre las personas de su nueva posición social, una sola que se dignase recibirla a ella. ¿Cómo habían de recibirla? Sir Huddleston Fuddleston tenía tres hijas, y las tres esperaban ser señoras de Crawley; la familia de sir Giles Wapshot se consideró agraviada porque no fue preferida una de las señoritas Wapshot por el novio viudo, y todos los barones y nobles del país vieron con furiosa indignación la *mesalliance* de su camarada. Nada diremos de la clase media, a la que dejaremos gruñendo anónimamente.

Confesaremos, en honor a la verdad, que a sir Pitt Crawley le importaba un comino de unos y otros. Dueño era de la hermosa Rosa; ¿qué más podía apetecer un hombre? Acostumbróse, pues, a emborracharse todas las noches, a pegar de vez en cuando a la hermosa Rosa, y a dejarla sola y sin un amigo en Hampshire cuando el Parlamento le llamaba a sus sesiones. Ni siquiera la esposa del rector, su cuñada, se dignó visitarla, pues juró que jamás consideraría como de la familia a la hija de un mercachifle.

Como las gracias únicas que la señora Crawley había recibido de la naturaleza eran unas mejillas sonrosadas y un cutis blanco, como no tenía ni carácter, ni talento, ni opiniones, ni ocupaciones, ni entretenimientos, ni aquel vigor de alma y ferocidad de temperamento que con frecuencia son patrimonio de las mujeres privadas de inteligencia, la influencia que ejercía sobre los afectos de sir Pitt era extremadamente débil. Perdió el colorido de sus mejillas, y el nacimiento de sus dos hijas robó frescura a su cuerpo, quedando convertida en mero utensilio de la casa de su marido,

poco más o menos tan útil como el gran piano de la difunta señora Crawley. Como era rubia, usaba con preferencia, como casi todas las rubias, vestidos de color claro, siendo sus tonos favoritos el verde mar sucio y el azul celeste no muy limpio. Día y noche se dedicaba a la malla y a otras labores por el estilo. Al cabo de algunos años, había hecho cubiertas de ganchillo para todas las camas de Crawley. Tenía un jardincillo que al parecer despertaba un poco su interés, pero fuera del jardincillo, carecía de aversiones y de preferencias. Si su marido la hablaba con grosería, se encerraba en su apatía; si la pegaba, lloraba. Falta de energía para entregarse a la bebida, andaba lamentándose y sollozando todo el día, calzada con zapatillas y peinada con papelitos. ¡Oh, feria de vanidades, feria de vanidades! El mundo pudiera haber disfrutado de la vista de un hogar feliz, cuyas figuras principales hubiesen sido Pedro Bmt y Rosa, esposos dichosos habitando una granja alegre, y rodeados de una porción de hijos rollizos. Padres e hijos habrían disfrutado de muchas dichas honradas, de esperanzas y de realidades, de temores y de luchas. Pero ¡ah!, en la feria de las vanidades se estiman en más que la felicidad un título, un coche y cuatro vestidos de seda… Si Enrique VIII o Barba Azul hubieran de tomar hoy su décima esposa, ¿dudan los lectores de que no pudiesen conseguir la más linda muchacha presentada en sociedad en la temporada?

La apática languidez de la madre no debía despertar gran tesoro de cariño en sus hijas, pero si éstas huían de aquélla, en cambio gozaban lo indecible cuando se veían entre los criados o los mozos de cuadra de la casa. El jardinero escocés era esposo de una buena mujer y padre de unos buenos hijos, y en su hogar las niñas encontraron afecto y alguna instrucción, la única recibida, hasta que entró en la casa la señorita Sharp.

Tomó la señora Crawley institutriz gracias a las instigaciones del señor Pitt Crawley, el único amigo, el único protector que encontró jamás, la única persona por quien, fuera de sus hijas, sintió algún afecto. Pitt llevaba en sus venas sangre de los nobles Binkie, de quienes descendía, y era el hombre de la cortesanía y de la distinción. Cuando llegó a la edad viril, a su salida del colegio de Christchurch, emprendió la reforma de la relajada disciplina de la casa, a despecho de su padre, a quien inspiraba gran temor. Era hombre de refinamiento tan rígido, que se habría muerto de hambre antes que comer sin llevar corbata blanca. En una ocasión, a poco de haber salido del colegio, como Horrocks le presentara una carta sin colocarla sobre una bandeja, lanzó al servidor una mirada tan terrible, y le administró una reprimenda tan acerada, que, en lo sucesivo, Horrocks tembló siempre en presencia suya. La casa entera se inclinaba ante él. Cuando estaba él en casa los papelillos caían de la cabeza de la señora Crawley antes que de ordinario; desaparecían las andrajosas polainas de sir Pitt; jamás éste, viejo incorregible, se permitía probar el ron en su presencia; jamás hablaba, hallándose él delante, en tono recio y destemplado. Los criados

observaron que sir Pitt no regañaba a su señora si el hijo del primero estaba en la habitación.

Fue él quien enseñó al mayordomo a decir: «La señora está servida»; él quien ofrecía su brazo a lady Crawley para pasar al comedor. Casi nunca la hablaba, pero las contadas veces que le dirigía la palabra, hacíalo con el respeto más profundo, y nunca salió la dama de la habitación donde estuviese su hijastro sin que éste abriese la puerta e hiciese ante aquélla la más elegante y majestuosa de las reverencias.

En Eton le llamaban señorita Crawley, acaso porque su hermano Rawdon, no obstante ser menor que él, le propinaba soberbias palizas. Joven de poco talento, sus estudios en el colegio distaron mucho de ser brillantes, pero suplía su falta de dotes con una aplicación constante. Ocho años permaneció en el colegio, y no había memoria de que hubiese sufrido nunca un castigo, y cuenta que es preciso ser un querubín para librarse de ellos.

Sus estudios fueron por consiguiente honrosos, y ahora se preparaba para la vida pública, en la cual debía hacer su entrada bajo el patrocinio de su abuelo lord Binkie, estudiando con tenaz asiduidad los oradores antiguos y modernos y hablando constantemente en sociedades consagradas a los debates. Sin embargo, aunque poseía gran caudal de frases y emitía su vocecita atiplada con gran pomposidad y agrado propio, y jamás aventuró opinión que no estuviese sancionada por los siglos, o robustecida con una o varias citas latinas, fracasó en un cierto modo pese a su mediocridad que parece debió asegurarle el triunfo. Ni siquiera ganó el premio en poesía, que todos sus amigos daban como cierto y averiguado que le adjudicarían.

A su salida del colegio, fue nombrado secretario particular de su abuelo lord Binkie, y, poco después, agregado a la legación de Pumpernickel, cargo que desempeñó con perfecta honorabilidad. Sus tareas principales consistían en cursar despachos pidiendo pasteles de Estrasburgo para el ministro de Negocios Extranjeros de entonces. A los diez años de haber sido nombrado agregado (algunos después de la llorada muerte de lord Binkie) juzgó excesivamente lentos sus ascensos, abandonó, no sin disgusto, la carrera diplomática, y se hizo aristócrata campesino.

Joven de noble ambición, siempre ávido de adelantarse a los conocimientos de su época, escribió, a su regreso a Inglaterra, un folleto sobre Malta y tomó parte activísima en la vital cuestión de la emancipación de los negros. Entabló estrechas relaciones de amistad con el señor Wilberforce, cuya conducta política aprobaba y admiraba, y sostuvo una correspondencia verdaderamente famosa con el reverendo Silas Hornblower sobre la misión de Ashantee. Iba a Londres, ya que no para tomar parte en las sesiones parlamentarias, al menos para asistir a las funciones religiosas del mes de mayo. En su retiro de provincias era magistrado, y visitante, y orador infatigable de los campesinos privados de instrucción religiosa. Decíase que prodigaba sus atenciones a lady Jane Sheepshanks, hija tercera de lord Southdown y

hermana de la célebre lady Emily, autora de las deliciosas obras La verdadera brújula del marino y La vendedora de manzanas de Finchley Common.

Como se ve, el hijo del señor Pitt era un verdadero carácter. Obligó a toda la servidumbre de la casa a practicar los ejercicios de devoción mencionados, y otros de los que no hacemos mérito, no dispensando ni al propio sir Pitt. Patrocinó y dio vida robusta a un centro de reuniones independientes en la parroquia de Crawley, con gran escándalo y terrible indignación de su tío el rector y la alegría consiguiente de sir Pitt, que asistió dos o tres veces a las conferencias. El rector se desquitó mediante sus violentos sermones en la iglesia, en los que convertía a sir Pitt en blanco de sus diatribas. Haremos constar que éste no sintió la fuerza de los discursos de su hermano, gracias a su laudable costumbre de dormir la siesta mientras aquél predicaba.

Creía firmemente el señor Crawley que su anciano padre le cedería su asiento en el Parlamento, para bien de la nación y del mundo cristiano, pero el anciano caballero se negó con obstinación a hacerle semejante cesión. Uno y otro atesoraban prudencia bastante para no renunciar a las mil quinientas libras anuales que proporcionaba la cesión al señor Quadroon del segundo puesto que correspondía en el Parlamento a la familia Crawley. La situación económica de la casa andaba algún tanto embrollada, y por consiguiente, esta renta resultaba de gran utilidad.

La casa no se había repuesto de la brecha abierta en sus cajas por la multa enorme impuesta al primer barón, Walpole Crawley, por prevaricaciones cometidas en el desempeño de su cargo de guardasellos. Fue sir Walpole un sujeto alegre y simpático, sediento de dinero y amigo de prodigarlo (*alieni appetens, sui profusus*) como decía el señor Crawley lanzando suspiros, y en su tiempo se conquistó el amor de toda la región, por la borrachera constante y hospitalidad a que se rendía culto diario en Crawley de la Reina. Mientras vivió, el borgoña rebosaba en las bodegas, la perrera estaba poblada de jaurías y sus caballerizas llenas de caballos de caza. Ahora, los caballos araban o tiraban de la diligencia o del coche usado por sir Pitt, pues éste, aunque avaro, por nada del mundo era capaz de abdicar de su dignidad mientras residía en la casa solariega, y las pocas veces que salía, hacíalo en coche tirado por cuatro soberbios caballos, de la misma manera que en la mesa, aunque comiese carnero guisado, lo hacía servir por tres lacayos.

Si bastase la parsimonia para que quien la posee acumulase riquezas, es indudable que sir Pitt hubiera llegado a ser inmensamente rico. Al frente del gobierno de una provincia, sin más capital que su talento, es muy posible que hubiese dado cuenta de la provincia, y conquistado al propio tiempo considerable influencia entre sus gobernados, pero, por su desgracia, poseía un apellido ilustre y era dueño de grandes posesiones, bien que gravadas, ventajas entrambas que, lejos de favorecerle, le perjudicaban grandemente. Su debilidad eran los subterfugios legales, los pleitos, que

le costaban una porción de millares de libras al año, y como se tenía por muy listo para dejarse robar por un solo abogado, como decía él, confiaba sus asuntos a una docena, todos los cuales le merecían la misma desconfianza. Era tal su perspicacia como propietario, que en cada uno de sus terratenientes veía un ladrón dispuesto a quedarse con lo suyo, y tan metódico y exacto como labrador, que escatimaba la semilla que confiaba a la fecundidad de sus campos, de lo que resultaba que la Naturaleza, que siempre ha sido vengativa, le escatimaba a él las cosechas que a todos los demás prodigaba con mano liberal. Especulaba con todo: explotaba minas; compraba acciones de empresas industriales; contrataba el servicio de tracción animal de las diligencias; en suma: era el hombre más ocupado del país. Como no quería pagar empleados de honradez reconocida, tuvo la satisfacción de encontrarse con que cuatro de sus agentes se escaparon a América con fondos de importancia. No quiso gastar lo necesario en obras de protección de sus minas de carbón, y éstas se le inundaron. Público era en toda la nación que ningún dueño de caballos para diligencias sufría la doceava parte de las pérdidas de sir Pitt, aunque éste los compraba mucho más baratos que nadie y gastaba menos que nadie en su manutención.

Debemos reconocer que su carácter era sociable y nada orgulloso: al contrario; prefería la compañía de un labrador o de un tratante de caballos a la de un caballero como su hijo, por ejemplo. Le gustaba beber, jugar y acariciar a las hijas de sus arrendatarios; no se sabe que nunca diese un chelín ni ejecutase una acción meritoria, pero en cambio era camarada alegre y astuto, que hoy bromeaba y bebía con un labrador a quien vendía sin el menor escrúpulo al día siguiente. Becky Sharp había tenido ocasión de advertir ya sus aficiones al bello sexo… No queremos continuar: diremos sencillamente que entre todos los barones, pares y diputados de Inglaterra, no había un ser más ladino, más bajo, más egoísta, más vil y más mal reputado que este viejo. Admiradores fervientes de la aristocracia inglesa, nos vemos obligados, con el dolor más profundo y la pena más viva, a reconocer la existencia de cualidades tan poco recomendables en una persona cuyo ilustre apellido figura en el Libro de Oro de los Pares.

Una de las causas, la principal sin duda, de la influencia ejercida por el señor Crawley sobre las inclinaciones de su padre nacía de cuestiones de dinero. El barón debía a su hijo una buena parte de la fortuna de su madre, que no creía conveniente pagarle. A decir verdad, enemigo acérrimo era de pagar a nadie, tanto, que sólo la fuerza podía reducirle a cubrir sus deudas. Becky, que muy pronto fue iniciada, según veremos luego, en los secretos de la familia, calculó que la sistemática morosidad del barón en el pago de sus deudas le costaba una porción de centenares de libras al año, pero constituía para él un placer, del que le era imposible privarse. Experimentaba un júbilo feroz haciendo esperar a los pobres diablos, apelaba del juzgado municipal al

de primera instancia, y de éste a la audiencia, y de la audiencia al Supremo, a fin de dilatar todo lo posible la fecha del pago. «¿De qué le sirve a uno tener una poltrona en el Parlamento, si ha de pagar sus deudas?», se decía.

¡Feria de vanidades!… ¡Feria de vanidades! Estamos haciendo el retrato de un hombre que apenas si sabía escribir, que jamás leía, que tenía hábitos y astucia de rústico, que nunca tuvo gustos, ni emociones, ni goces; un hombre sórdido y grosero, y que, sin embargo, ocupaba en sociedad cierta posición ilustre, y poseía honores, y era poderoso, y la loca fortuna le había hecho dignatario de la tierra y una de las columnas del Estado. Era magistrado, viajaba en carroza dorada, los grandes ministros y los hombres de Estado le solicitaban y agasajaban, y en la feria de las vanidades ocupaba un puesto infinitamente más alto que el que es concedido a no pocos genios brillantísimos, a no pocas virtudes inmaculadas.

Tenía sir Pitt una hermana soltera —fruto de un primer matrimonio del anterior barón de Crawley—, que heredó de su madre una fortuna muy considerable; de dicha fortuna intentó apoderarse sir Pitt, proponiendo una operación de crédito. Su hermana tuvo a bien rehusarla, manifestando que prefería colocar sus fondos en valores públicos. Había significado, sin embargo, su intención de legar su fortuna, por partes iguales, entre el hijo segundo de sir Pitt y la familia del rector, y en dos ocasiones había pagado las deudas de Rawdon Crawley, en el colegio y en el ejército. Cuando la hermana en cuestión iba a Crawley de la Reina, era tratada con veneración, porque tenía en la caja de su banquero un saldo bastante para hacerla amar dondequiera que se presentase.

¡Cuánta dignidad da a cualquier señora vieja un saldo del importancia depositado en las cajas de un banquero! ¡Con qué ternura ven sus defectos los parientes, qué simpática parece, qué amable, qué encantadora! Cuando una tía rica va a visitar a sus parientes, si aquélla no tiene herederos, la casa de los visitados parece más alegre, más festiva, más jovial. El dueño de la casa perdona la siesta el día que la tía se sienta a su mesa, y siente que brota en su corazón un cariño, un amor especial hacia aquélla. No es de admirar; hasta los criados, hasta las cocineras comparten la alegría general. ¿Es verdad o no? Apelo al testimonio de la clase media… ¡Dios mío!… ¡Enviadme una tía, una tía vieja, soltera, rica!… ¡Con qué cariño la trataríamos mi Julia y yo!… ¡Hermosa, hermosa visión!… ¡Loco… loco ensueño!

Capítulo X

Rebeca comienza a hacerse amigos

UNA VEZ RECIBIDA entre los miembros de la amable familia, cuyos retratos hemos bosquejado en las páginas precedentes, debía Becky poner de su parte todos los esfuerzos imaginables para hacerse agradable, como ella decía, y procurar con tesón conquistarse la confianza de todos ellos. Digna de loa es esta brillante cualidad, preciado patrimonio que arraiga en el pecho agradecido de una huérfana sin protección. Se nos objetará tal vez que en sus cálculos podía entrar acaso un poquito de egoísmo; pero los egoísmos dictados por la prudencia, ¿no son perfectamente justificables? «Estoy sola en el mundo —decía la pobre huérfana—. No tengo amigos, no tengo más bienes de fortuna que aquellos que pueda proporcionarme mi rudo trabajo. Esa muñequita llamada Amelia, cuyo talento jamás llegará a la mitad del mío, es dueña de diez mil libras esterlinas, tiene marido asegurado, mientras la pobre Becky, siendo incomparablemente más hermosa que ella, no puede confiar más que en sí misma y en su ingenio… ¡Bueno!… Veremos si éste me proporciona una posición regular y si algún día puedo demostrar a Amelia la enorme superioridad que sobre ella tengo… Y no es que aborrezca a Amelia, no… ¿quién puede aborrecer a esa muchacha bonachona e inofensiva?, pero claro está que sería para mí delicioso ocupar en el mundo un lugar superior al suyo… ¿Por qué no ha de llegar ese día?» He aquí las visiones que acariciaba nuestra no muy romántica amiguita, he aquí cómo fabricaba para el porvenir castillos en el aire… sin que deba ser para nosotros motivo de escándalo la circunstancia de que, de los tales castillos, fuera un marido el habitante principal. ¿En qué han de pensar las muchachas solteras como no sea en maridos? ¿Por ventura les enseñan sus mamas a pensar en otra cosa? «Seré mamá de mí misma», se decía Becky, acordándose con cierto despecho de su desgraciada aventura con Joseph Sedley.

Resolvió, pues, muy cuerdamente por cierto, dar toda la seguridad y todo el bienestar posible a su posición en la familia de Crawley de la Reina, y con este objeto a la vista, decidió conquistarse las simpatías y el afecto de cuantas personas, pudiesen contribuir a su felicidad.

Como a este número no pertenecía la señora Crawley, como era un cero a la izquierda en su propia casa, consecuencia de su flojedad y apatía de carácter, Becky no tardó en convencerse de que no valía la pena intentar ganarse su afecto, imposible de ganar, por otra parte. Ante sus discípulas la llamaba siempre su «pobre mamá», y si bien es cierto que la trataba con todas las demostraciones de frío respeto, era al

resto de la familia adonde dirigía, dando pruebas de profunda diplomacia, sus principales atenciones.

Con sus jóvenes discípulas, cuyas simpatías se conquistó de lleno, su método era de los más sencillos. No sobrecargaba su cerebro con demasiada ciencia; antes por el contrario, dejaba que se instruyesen a su capricho, y con razón. ¿Hay instrucción tan eficaz como la que adquiere uno por sí mismo? La mayor manifestó propensión especial por la lectura, y como en la antigua biblioteca de Crawley de la Reina había infinidad de libros del siglo anterior, adquiridos por el guardasellos durante su desgracia, y como, por otra parte, nadie pensaba en sacarlos de sus estantes, Becky, sin trabajo alguno, y de la manera más agradable, consiguió que Rosa Crawley hiciese grandes progresos en su instrucción.

Juntas leyeron Becky y Rosa una porción de obras deliciosas, francesas e inglesas, entre las cuales haremos mención de las del sabio doctor Smollett, del ingenioso Henry Fielding, del gracioso y fantástico monsieur Crébillon hijo, a quien tanto admiró nuestro inmortal poeta Gray, y del universal monsieur de Voltaire. Preguntó en una ocasión el señor Crawley qué leían las niñas, contestando inmediatamente la institutriz que a Smollett. «¡Oh, Smollett! —repuso muy satisfecho el señor Crawley—. Su historia es más obscura, pero menos peligrosa que la de Hume… ¿Es historia lo que ahora estudian las niñas?» Rosa contestó afirmativamente, pero se guardó mucho de añadir que la historia que leían era la de Humfredo Clinker. En otra ocasión, quedó escandalizado al encontrar a su hermanita leyendo un tomo de comedias francesas, pero al escándalo sucedió la satisfacción más inmensa no bien le explicó la institutriz que leía aquella obra para adquirir la conversación en idioma francés. El señor Crawley, como buen diplomático, estaba orgulloso de la pureza de su acento francés, y se extasiaba de júbilo cuando Becky se deshacía en alabanzas sobre su dominio de dicha lengua.

Las aficiones de Violeta eran, por el contrario, más violentas y hombrunas que las de su hermana. Conocía los rincones más retirados donde las gallinas iban a poner sus huevos, trepaba a los árboles donde los alados cantores depositaban sus nidos, y su mayor placer consistía en montar a horcajadas los potros y correr los campos como otra Camila. Era la favorita de su padre y la mimada de los cocheros y mozos de cuadra; el encanto, y al propio tiempo el terror de la cocinera, porque descubría el escondrijo de los tarros de mermelada y no se descuidaba en atacarlos en cuanto estaban a su alcance. Reñían a diario terribles batallas las dos hermanas y cometían mil otros pecadillos, que la institutriz no delataba a la señora Crawley, la cual es probable que hubiese llevado la noticia a sir Pitt, o por lo menos al señor Crawley, que habría sido peor. Quedamos en que los callaba, pero no dejaba de manifestar a sus discípulas que, si se convertía en encubridora de sus faltas, era a condición de que ellas quisieran mucho a su institutriz.

Por lo que se refiere al señor Crawley, Becky le prodigaba respeto y deferencia. Consultábale sobre los pasajes franceses que no podía comprender ella, no obstante ser hija de francesa, pasajes que únicamente a él consideraba capaz de explicar satisfactoriamente. Él dirigía también sus estudios en lo tocante a literatura profana, y era tan amable, que le indicaba los libros de doctrina más seria y con frecuencia le hacía el honor de dirigirle la palabra. Becky pagaba tantas atenciones admirando los discursos que el señor Crawley pronunciaba en la Sociedad de Socorros para los Famélicos y dando muestras del interés más vivo por su folleto sobre Malta. A veces tanto se emocionaba Becky escuchando sus discursos, que derramaba copiosas lágrimas y balbuceaba: «¡Oh, señor!… ¡Gracias… gracias!». Y exhalaba dos o tres suspiros, y elevaba los ojos al cielo… y conseguía que el orador llevase su condescendencia hasta el extremo de darle un apretón de manos. «La sangre lo es todo —decía el aristócrata—. Mis palabras conmueven a la señorita Sharp, siendo así que no hacen la menor mella en mi auditorio del pueblo… Les hablo con demasiada finura, con demasiada delicadeza… Tendré que familiarizar mi estilo… Me comprende la señorita Sharp… porque su madre fue una Montmorency».

De tan ilustre familia descendía, al parecer, la señorita Sharp, por línea materna. Claro está que nuestra amiga se guardó muy bien de decir que su ilustre madre había pisado las tablas, que no iba a cometer la torpeza de hablar de lo que sabía de antemano que no podía menos de lastimar los principios religiosos del señor Crawley. Quedamos en que descendía de la ilustre familia de los Montmorency… ¿por qué no? ¡Eran tantos los emigrados de ilustre linaje, sumidos en la miseria por la feroz revolución francesa! A los pocos días de haber entrado en la casa, había contado Becky una porción de historias acerca de sus antepasados, algunas de las cuales encontró el señor Crawley en el diccionario de D’Hozier, que figuraba en la biblioteca, circunstancia feliz que robusteció su creencia en la veracidad de la institutriz y en lo elevado de su cuna. ¿Seremos tan maliciosos que atribuyamos a la curiosidad del señor Crawley, que le llevaba a registrar los diccionarios, cierto interés hacia nuestra heroína? No; si algún interés sentía, era de amistad exclusivamente. ¿No hemos dicho que el objeto de sus anhelos era lady Jane Sheepshanks?

Una o dos veces reprendió a Becky porque jugaba ésta al chaquete con sir Pitt, diciéndole que era juego propio de personas poco piadosas y que ganaría más, espiritual y temporalmente, dedicándose a la lectura de cualquier obra seria, pero Becky contestó que su querida madre jugaba con frecuencia al mismo juego con el viejo conde de Tric-trac y con el venerable abate du Cornet, encontrando así excusa para esta y otras distracciones mundanas.

Y no fue sólo jugando al chaquete con el barón cómo consiguió Becky captarse su simpatía: la pequeña institutriz halló la manera de serle útil en mil cosas. Con paciencia incansable le leía todos los legajos y mamotretos de pleitos y cuestiones

judiciales, se ofrecía a copiarle casi todas sus cartas, manifestaba interés hacia todo lo relacionado con los bienes raíces de la familia, con las granjas, con el parque, con el jardín, con las caballerizas, y llegó a hacérsele compañera tan agradable, que rara vez salía el barón a pasear, después del almuerzo, sin hacerse acompañar por Becky (y por las niñas, como es natural), y contados eran los días que la institutriz no exteriorizase su opinión sobre los árboles que convenía podar, los cuadros que debían ser cavados, las cosechas que estaban en sazón, los caballos que parecían más indicados para tiro o para labranza. Antes de haber pasado un año en Crawley de la Reina, Becky había conquistado toda la confianza del barón, y la conversación durante la comida, que antes sólo se cruzaba entre éste y el mayordomo Horrocks, se efectuaba ahora casi exclusivamente entre sir Pitt y Becky. En las ausencias del señor Crawley, Becky era casi la señora de la casa, pero, aunque exaltada a tan encumbrada posición, tenía siempre muy presentes la circunspección y la modestia, para no lastimar a las autoridades de la cocina y de las caballerizas, a las cuales trataba con la más fina afabilidad. Era el reverso de aquella muchacha altiva, desdeñosa y descontenta que conocimos en los comienzos de nuestra historia, metamorfosis que revelaba su exquisita prudencia, su deseo sincero de enmienda, o, por lo menos, una fuerza férrea de carácter. Si era el corazón el inspirador de este nuevo sistema de deferencia, sumisión y humildad, en nuestra Becky, nos lo dirá el resto de la historia. Rara vez puede practicar con éxito un sistema de hipocresía de varios años de duración una persona de veintiún años. Esto no obstante, bueno será que no olviden nuestros lectores que nuestra heroína, aunque joven en años, era vieja en experiencia de la vida, y maldeciríamos de lo que hemos escrito hasta aquí, si aquéllos no hubiesen comprendido que era una muchacha lista, muy lista.

Los dos hijos varones de la casa Crawley, semejantes a los matrimonios mal avenidos, jamás estaban a un mismo tiempo en la residencia paterna: se odiaban mutuamente de la manera más cordial. Rawdon Crawley, el oficial de dragones, además de aborrecer a su hermano, despreciaba la casa, que no solía visitar más que una vez al año: cuando estaba en ella su tía.

Hemos hablado ya de las excelentes cualidades de esta venerable señora. Poseía una fortuna de setenta mil libras esterlinas y casi había adoptado a Rawdon, pero su sobrino mayor, en cambio, le inspiraba profunda aversión. Verdad es que su sobrino mayor afirmaba terminantemente que el alma de su tía estaba perdida sin remedio, y que, la de su hermano, si no perdida del todo, apenas si pedía abrigar esperanza alguna de salvación eterna.

—Es una mujer impía y mundana —decía—. Gusta de la compañía de los ateos y de los franceses. Me estremezco cada vez que pienso en su situación espantosa… Tiene un pie en la sepultura, y continúa entregada a la vanidad, al desarreglo, a gustos profanos, a hábitos insensatos.

Motivaba este juicio severísimo el hecho de que la dama se negase en absoluto a escuchar sus conferencias nocturnas y a que, mientras permanecía en la casa solariega de Crawley, le obligaba a suspender sus habituales ejercicios de piedad.

—Deja tus sermones, hijo mío, cuando tu tía llegue —decía sir Pitt—. En su carta me dice que no puede soportar tus pláticas.

—¡Y los criados, padre!…

—¡Vayan al diablo los criados!

—Al diablo irán si se les priva de la instrucción religiosa…

—Vaya también al diablo la instrucción religiosa. ¿Vas a hacer perder a la familia una renta de tres mil libras esterlinas anuales?

—¿Qué es el dinero comparado con nuestra alma?

—Dices eso porque no te lo va a dejar a ti.

¿Estarían acaso inspiradas por esta consideración las palabras del señor Crawley? En realidad, la vieja dama era irreligiosa. Vivía en Londres en una casita del Park Lane, y como solía comer y beber con exceso durante el invierno, iba a pasar los veranos a Cheltenham o a Harrowgate. No es posible que entre las antiguas vestales hubiese existido mujer tan hospitalaria y alegre. En sus tiempos, fue una hermosura, según se decía. (Sabido es que todas las viejas han sido hermosuras soberanas en su tiempo). Era un *bel esprit*, una radical terrible. Durante el período de su residencia en Francia, el republicano Saint-Just había hecho nacer en su pecho una pasión funesta, si no mentía la voz pública. Adoraba desde entonces las novelas francesas, la cocina francesa y los vinos franceses; leía a Voltaire y se sabía de memoria a Rousseau, discutía con excesiva ligereza la cuestión del divorcio, y con mayor energía de la conveniente, de los derechos de la mujer; en todas las habitaciones de su casa tenía retratos de Fox, y no estoy seguro de que no hubiese ya buscado su amistad cuando estaba en la oposición; cuando subió al poder se dio gran importancia presentando a sir Pitt y a su colega en el Parlamento, a dicho hombre público, si bien sir Pitt hubiera tenido de todas maneras acceso franco hasta aquél sin que su cuñada se tomase la menor molestia. Creo innecesario decir que sir Pitt cambió de partido a la muerte del gran político Whig.

Desde niño, se encariñó la vieja con Rawdon Crawley, a quien envió a Cambridge porque su hermano mayor estudiaba en Oxford. A los dos años de permanencia en la universidad mencionada, cuando los directores de la misma le rogaron que la abandonase, le compró un despacho de teniente de la Guardia Verde.

El joven oficial era en la ciudad uno de los dandys más apuestos y elegantes. Boxeaba, jugaba, cazaba y guiaba cuatro caballos como un maestro, dotes que constituían por entonces el fondo de la ciencia de los aristócratas ingleses. Aunque pertenecía a las tropas de la escolta, cuyo servicio se limitaba a formar en parada y escoltar al príncipe regente, y de consiguiente, nunca tuvo ocasión de acreditar su

valor en los campos de batalla, Rawdon Crawley, por cuestiones, suscitadas en el juego, su pasión dominante, había tenido tres duelos terribles, y dado en todos ellos hartas pruebas de su desprecio a la muerte.

—¡Y a lo que viene después de la muerte! —añadía su hermano, elevando al cielo sus ojos color grosella.

Pensaba siempre el señor Crawley en el alma de su hermano, y en las de todos los que no participaban de sus opiniones, consuelo que se proporcionan a sí mismas la mayor parte de las personas serias.

La solterona, romántica y ligera de cabeza, lejos de temer el valor de su sobrino favorito, se apresuraba a pagar todas sus deudas a raíz de los duelos, y cerraba obstinadamente los oídos a las palabras pronunciadas en contra de la moralidad de aquél.

—El tiempo suavizará sus expresiones demasiado enérgicas —solía decir, cuando en presencia suya afirmaban que juraba—. Mil veces más vale él que el hipócrita de su hermano.

Capítulo XI

Sencillez arcadia

UNA VEZ DADOS A CONOCER los respetables moradores de la casa solariega, cuya sencillez de una hermosura puramente campestre demuestra por modo evidente la superioridad de la vida de campo sobre la de la ciudad, haremos la presentación de los deudos de aquellos que viven en la rectoría: el señor Bute Crawley y su esposa.

Era el señor Bute Crawley un hombre de estatura elevada, porte majestuoso, y carácter alegre y jovial. Usaba sombrero de ala ancha y era mucho más popular que su hermano el barón. Fue el mejor remero del colegio y había roto algunos dientes a los boxeadores más afamados de la ciudad. Su afición al boxeo y a los ejercicios atléticos, lejos de disminuir con el tiempo, aumentó: no había combate en veinte leguas a la redonda en el cual no estuviese presente, ni carrera de caballos, ni caza de liebres, ni regata, ni baile, ni elección, ni banquete, ni gran fiesta en el condado, a los que él no asistiese. Era seguro ver su yegua baya y los faroles de su cochecito a veinte millas del curato, cuantas veces se daban comidas en Fuddleston o en Roxby, o en Wapshot Hall, o en cualquiera de las residencias señoriales del condado, con cuyos señores estaba en buenas relaciones. Tenía buena voz, cantaba esa canción de Un viento del Sur y un cielo brumoso con aplauso general, asistía a las cacerías con casaca de jockey y era el mejor pescador de la región.

Su mujer era una criatura menudita, muy viva, que escribía las celestes homilías de su excelente esposo. Mujer de gustos hogareños, encerrada casi siempre en su casa con sus hijas, reinaba como dueña y señora en la rectoría, dejando, con mucha cordura, para todo lo demás, carta blanca al marido, que podía ir y venir como bien le pareciese, y comer donde le viniera en gana, porque aquélla, económica por temperamento, sabía muy bien cuánto valía una botella de vino de Oporto. Desde que se casó con el joven rector de Crawley de la Reina, a quien, ayudada por su madre —viuda del respetable teniente coronel Héctor McTavish—, dio caza en Harrowgate, fue mujer prudente y económica, lo que no impidió que su excelente marido estuviera siempre acribillado de deudas. Diez años le costó pagar las deudas que tenía pendientes en el colegio, hechas en vida de su padre. Apenas libre de apuros, tuvo la mala fortuna de apostar ciento contra uno contra Kanguro, ganador de las carreras de Derby. Vióse obligado el rector a tomar dinero prestado en condiciones ruinosas, que le crearon una situación altamente embarazosa, contra la cual se debatía en vano. De vez en cuando le ayudaba su hermana con algunos centenares de libras, pero no cifraba el buen rector sus esperanzas en estas cantidades, sino en la muerte de

Matilde, que así se llamaba aquélla, que le haría dueño de la mitad de su fortuna.

Como se ve, entre el barón y su hermano mediaban todos los motivos necesarios para que dos hijos de un mismo padre estén, no precisamente a partir un piñón, sino a partirse mutuamente la cabeza. Sir Pitt se había quedado siempre con la parte del león en los innumerables asuntos de la familia: Pitt hijo, no sólo no cazaba, sino que fundó un centro religioso donde predicaba sermones dentro del curato de su tío y en las barbas del mismo, y Rawdon, conforme hemos podido adivinar, sería el heredero principal de las riquezas de la solterona Crawley. El interés, las reparticiones de dinero, las especulaciones sobre la vida o la muerte de las personas queridas, las batallas rabiosas libradas sobre los despojos de los deudos difuntos, hacen que en la feria de las vanidades se amen los hermanos con cariño entrañable. De mí puedo decir que he conocido un billete de cinco libras esterlinas tan eficaz, que destruyó en un momento un cariño de medio siglo que mediaba entre dos hermanos, y que me admiro y me extasío cuando pienso en lo durable, en lo imperecedero que es el amor entre los habitantes de este mundo.

Es de suponer que la llegada de Becky al castillo y sus progresos graduales en las simpatías de sus habitantes no pasasen inadvertidos a la buena señora del rector, que sabía cuántos días duraba en dicha mansión un lomo de vaca, cuánta ropa sucia llevaban a la colada, cuántos melocotones había en el árbol que daba al muro del Mediodía, cuántas píldoras tomaba la baronesa en sus indisposiciones, asuntos todos del mayor interés para ciertas personas del país. Repetimos que no era posible que llegase institutriz al castillo sin que la señora del rector procurase investigar todo lo referente a su historia y carácter. Entre la servidumbre del castillo y de la rectoría había mediado siempre ejemplar inteligencia: en la cocina de la última encontraron constantemente los servidores del primero un vaso de cerveza, medio admirable de saber lo que pasa en la casa del vecino. De paso, y a título de observación general, diremos que, entre dos hermanos que se quieren bien, reina la mayor indiferencia respecto a lo que cada uno de ellos hace; pero cuando regañan, uno y otro se desviven por averiguar cómo pasan respectivamente el tiempo, y uno y otro se convierten en espías.

Becky, a poco de haber llegado al castillo, principió a figurar en los boletines que la señora del rector recibía de los servidores del barón. He aquí una muestra de los mencionados boletines: «Ha sido sacrificado el cerdo negro: pesó x libras, fueron salados los lomos; en la comida se ha servido morcilla de cerdo; el señor Cramp de Mudbury, apoyado por sir Pitt, trata de llevar a presidio a John Blackmore; el señor Pitt hijo ha pronunciado un sermón en el salón de la sociedad (aquí los nombres de todos los que asistieron al acto), la señora como de ordinario… las señoritas están con la institutriz».

El informe continuaba así: «La nueva institutriz es una excelente ama de casa…

Sir Pitt la trata con dulzura y amabilidad insólitas… Su hijo también… Éste le lee sus folletos».

—¡Vaya una intrigante! —exclamó al llegar a ese punto la señora del rector.

Otros informes llegaron después que indicaban que la institutriz «había seducido a todo el mundo», que escribía las cartas de sir Pitt, que llevaba sus cuentas, que dirigía como ama y señora la casa, que manejaba a su capricho a la baronesa, al señor Crawley, a las señoritas… en vista de lo cual, la buena señora del rector falló que, a no dudar, era una bribona artificiosa, que abrigaba en su caletre terribles proyectos. Lo que en el castillo sucedía, constituía la preocupación de los habitantes de la rectoría, y los ojos penetrantes de la esposa del rector acechaban todos los movimientos del campo enemigo. Pero no se conformaba con tan poco, según nos darán a conocer sus cartas, una de las cuales vamos a copiar.

La señora Martha de Crawley a la señorita Barbara Pinkerton, directora del colegio Chiswick.

Rectoría de Crawley de la Reina, diciembre…

Mi querida señora: Aunque han transcurrido algunos años desde la época en que participé de sus deliciosas e inapreciables enseñanzas, no se han modificado en lo más mínimo mis sentimientos de ternura y de respeto para con la señorita Pinkerton y mi querido Chiswick. Deseo que su salud sea inmejorable. Quiera Dios conservar muchos, muchos años, al mundo y para la causa de la educación, a la insubstituible señorita Pinkerton. Una de mis amigas, lady Fuddleston, me habló de que necesita una institutriz para sus queridas niñas… (yo carezco de bienes de fortuna para tener institutriz que eduque a las mías, pero ¿no recibí por ventura mi instrucción en Chiswick?). Inmediatamente contesté: ¿a quién podemos consultar mejor que a la excelente, a la incomparable señorita Pinkerton? En una palabra, querida señora: ¿Tiene usted a su disposición alguna señorita cuyos servicios puedan ser útiles a mi buena amiga y vecina? Después de lo que habló conmigo, está resuelta aquélla a no recibir sino una institutriz de su elección.

Mi querido esposo se complace en repetir que le gusta todo lo que sale del colegio de la señorita Pinkerton. ¡Con qué placer le presentaría, así como a nuestras amantes hijas, a mi amiga de la juventud, a la lumbrera que mereció ser admirada por el lexicógrafo más grande de nuestro siglo! Si algún día viajase usted por el Hampshire, mi marido me encarga que le diga que no duda dispensará a nuestra rectoría rural el honor de visitarla, rectoría que hoy es la humilde pero feliz mansión de su afectísima

P. D. Mi cuñado el barón, con quien por desgracia no estamos en las mejores relaciones, tiene para sus hijas una institutriz que, según me han dicho, ha tenido la fortuna de ser educada en Chiswick. Han llegado hasta mi distintas referencias sobre ella, y como me inspiran interés ternísimo mis sobrinitas, a las cuales quiero como a mis propias hijas, no obstante las diferencias de familia, y como, por otra parte, discípula que salga de su colegio tiene ganadas ya todas mis simpatías, quisiera, señorita Pinkerton, que me contara usted la historia de la joven en cuestión, de quien yo anhelo hacerme amiga por consideración a usted. M. de C.

La señorita Pinkerton a la señora Martha de Crawley.

Chiswick, diciembre de 18…

Querida señora: Tengo la satisfacción de acusar recibo de su preciosa carta, que me apresuro a contestar. En mi tarea espinosa, es para mi un placer inmenso ver que mis solicitudes maternales crean afectos duraderos, y alegría doble al saber que la despierta y aventajada discípula de otros tiempos, Martha McTavish, es hoy la señora Martha de Crawley. Me felicito de tener hoy bajo mi dirección a las hijas de muchas de sus contemporáneas, y sería para mí motivo de vivísimo placer poder rodear a las de usted de toda mi solicitud, y comunicarles toda mi ciencia.

Al ofrecer mis saludos respetuosos a lady Fuddleston, tengo el honor de presentarle (por carta) a mis dos queridas amigas las señoritas Tuffin y Hawky.

Una y otra están en condiciones de enseñar griego, latín, los rudimentos del hebreo, matemáticas, historia, el español, el francés, el italiano, geografía, música vocal e instrumental, baile sin ayuda de maestro, y por último, los elementos de todas las ciencias naturales. Entrambas conocen bien el uso de los globos. Además, la señorita Tuffin, hija del difunto reverendo Thomas Tuffin, profesor del colegio Corpus, de Cambridge, puede enseñar el siríaco y los elementos de Derecho Constitucional. Pero como no tiene más que dieciocho años, y es bellísima, acaso estas cualidades sean obstáculo para su entrada en la casa de sir Fuddleston.

En cambio, la señorita Leticia Hawky ha sido muy poco favorecida por la naturaleza. Tiene veintinueve años de edad y su cara presenta las huellas de la

viruela. Es, además, coja, tiene el pelo rojo y sufre una desviación notable de la vista. Las dos señoritas atesoran en grado eminente todas las cualidades morales y religiosas. Sus pretensiones, como es natural, están en relación con sus méritos.

Penetrada de la más respetuosa gratitud hacia el reverendo Bute Crawley, tengo el honor de reiterarme de usted afectísima servidora,

BÁRBARA PINKERTON

P. D. La señorita Sharp, de quien usted me habla, institutriz en la casa de sir Pitt Crawley, fue, en efecto, una de mis discípulas. Nada puedo decir en su contra. Cierto que hay algo poco simpático en ella, pero no depende de nosotros reformar la obra de la naturaleza. Sus padres fueron gentes poco recomendables: el autor de sus días era pintor, y no pocas veces hizo bancarrota, y en cuanto a su madre, he sabido recientemente con horror que fue bailarina en la Ópera; esto no obstante, Becky era muchacha de talento y no puedo acusarme de haberla recibido en mi colegio por caridad. Lo único que temo es que los principios de la madre, de quien me informaron que era una condesa francesa obligada a emigrar durante los horrores de la última revolución, pero que, según nuevos informes, fue persona de moralidad muy sospechosa, y de origen muy bajo, los haya heredado la desventurada joven que yo recogí al verla abandonada. Mientras estuvo en mi casa quiero creer que observó una conducta irreprochable, y es de esperar que no la modifique en la exquisita y elegante sociedad de sir Pitt Crawley.

La señorita Becky Sharp a la señorita Amelia Sedley.

No he escrito a mi querida Amelia desde hace una porción de semanas. ¿Por qué? Vas a saberlo: ¿Qué podía contarte sobre lo que se dice y se hace en el Pa^ lacio del Tedio, nombre con el cual he bautizado a la residencia donde vivo? ¿Qué te importa que la cosecha de nabos sea buena o mala, que el cerdo pese trece o catorce arrobas, que las remolachas sean o no buen alimento para las bestias? Desde la última carta que te dirigí, el día siguiente se parece al de la víspera. Antes del almuerzo, un paseo con sir Pitt y su mayordomo; después del almuerzo, lecciones a mis discípulas, a continuación de las lecciones, lectura de legajos, correspondencia con picapleitos sobre incidentes relacionados con minas de carbón y canales propiedad de sir Pitt, de quien soy secretaria particular: después de comer, sermones morales del señor Crawley o juego de chaquete con el barón, distracciones ambas que la señora

contempla con placidez inmutable. Recientemente, debido a una indisposición que la aqueja, la señora se ha hecho más interesante, pues frecuenta el castillo un médico joven llamado Glauber. Para que te convenzas, queridita mía, de que las jóvenes nunca deben desesperar, te diré en secreto que el tal doctor Glauber ha dicho a una de tus amigas que si se digna trocar su apellido de soltera por el de señora Glauber, podrá llegar a ser una de las glorias de la medicina. Contesté a su imprudencia que un médico, para ser feliz, no debe de necesitar otra cosa que la lanceta y la jeringa… ¿He nacido yo, acaso, para ser esposa de un matasanos de aldea? El señor Glauber, oída mi respuesta, se retiró seriamente indispuesto, pero tomó un refrescante y parece que ha curado por completo. Sir Pitt aplaudió entusiasmado mi resolución; creo que le habría contrariado en extremo perder a su secretaria, y hasta me permito asegurar que me quiere con toda la fuerza compatible con su natural especial… ¡Casarme yo!… ¡Y con un galeno insignificante!… ¡No, no! Es imposible olvidar cosas pasadas sobre las que es mejor no hablar. Pero dejemos esto, y volvamos a nuestro Palacio del Tedio.

Desde hace algún tiempo, mi querida amiga, no le cuadra ya el nombre que le he dado, porque ha dejado de ser la mansión del aburrimiento. Ha llegado la señorita Crawley, la tía, la solterona, con sus caballos gruesos y sus criados gruesos y su perro de aguas grueso; sí, la inmensamente rica señorita Crawley, con sus setenta mil libras esterlinas colocadas al cinco por ciento, ante quien, mejor diría ante las cuales, los dos hermanos caen postrados, rindiendo tributo de adoración. Su aspecto es de apoplética, por cuyo motivo no es de admirar que despierte en sus hermanos profunda ansiedad. Hay que verlos rivalizando por traerle un almohadón o por servirle una tacita de café. Ella, que no tiene pelo de tonta, dice con mucha gracia: «Cuando vengo aquí, dejo en mi casa a la señorita Briggs, que es mi gatito zalamero, porque a cambio del que dejo, encuentro dos, mis buenos hermanos, que son una pareja de zalameros capaces de dar lecciones de zalamería a la propia señorita Briggs».

Mientras la señora indicada vive en esta residencia, los salones están abiertos de par en par, y puedes creer que, durante un mes, no parece sino que sir Walpole ha salido de la tumba para dar brillantez y animación a su castillo. Tenemos grandes comidas, salimos a pasear en coches tirados por cuatro caballos, cocheros y lacayos visten sus mejores libreas color canario, bebemos vino clarete y champaña como si estuviésemos habituados a beberlo a diario, en la estancia destinada a escuela nos ponen bujías de cera, y chispea el fuego en todas las chimeneas. La señora luce hermoso vestido color verde manzana, mis discípulas arrinconan sus zapatos pesados y groseros y sus pellizas de

tartán viejo, y llevan medias de seda y trajes de fina muselina, cual cuadra a las hijas elegantes de un barón. Ayer Rosa se presentó en un estado lamentable. Un enorme cerdo Wiltshire, con el que le gusta jugar, la tiró al suelo y estropeó completamente su mejor vestido, uno muy lindo de seda floreada color lila. Si esto hubiese ocurrido hace una semana, sir Pitt, además de haberla dirigido un sermón condimentado con terribles juramentos y espantosas maldiciones, le habría propinado sendos tirones de orejas y condenado a pasarse un mes a pan y agua, y, sin embargo, ayer se conformó con decir, riendo a carcajadas, como si el accidente no tuviera importancia alguna: «Ya pondremos remedio a esto cuando se vaya tu tía». Quiera Dios que se le pase la rabia que seguramente guarda dentro del cuerpo mientras permanezca aquí la tía: lo deseo por la pobre Rosa.

Otro de los efectos admirables de la presencia de la señorita Crawley y de sus setenta mil libras esterlinas se refleja en la conducta de los dos hermanos Crawley, el barón y el rector, que se odian ferozmente durante todo el año, y se adoran mientras aquélla se halla aquí. Te escribí en otra ocasión que el abominable rector a quien han arruinado las carreras de caballos, tiene la costumbre de aburrirnos con interminables sermones en la iglesia, y que su hermano el barón los escucha roncando desaforadamente; pues bien: mientras la solterona está aquí, ni predica el rector, ni ronca el barón, ni regañan entre si: se visitan, hablan de cerdos y de árboles frutales con amabilidad que encanta, porque saben que su hermana está dispuesta a dejar su fortuna a los Crawley de Shropshire si la molestan con sus discusiones. Creo que los Graiuleys de Shropshire serian los herederos universales de la solterona si fuesen más listos, pero uno de ellos, clérigo como su primo, ofendió mortalmente a la tía con consejos morales que ella no había de seguir.

Permanecen cerrados nuestros libros de sermones durante la permanencia de la señorita Crawley, y el señor Crawley, su sobrino, que ella detesta, considera conveniente ausentarse para la ciudad, y hace su aparición en el castillo el joven dandy, el capitán Crawley, a quien supongo que desearás conocer.

Es un joven muy alto, seis pies largos de talla, muy guapo, muy elegante, que habla a gritos, que jura como un condenado, que manda imperiosamente, no obstante lo cual le adora la servidumbre, que se dejaría matar por él, porque es generoso en extremo. La semana pasada, los guardabosques mataron casi a un escribano que llegó de Londres con su secretario para detener al capitán. Les encontraron rondando por el parque, y fingiendo que les tomaban por merodeadores, les propinaron una paliza monumental, les dieron un baño en el estanque, y habrían concluido arcabuceándoles si no

interviene a tiempo el barón. Creo que venían a prenderle por deudas.

El capitán profesa un desprecio perfectamente filial a su padre, a quien llama ladronzuelo, sanguijuela, viejo pícaro, y otras lindezas por el estilo. Entre las damas se ha hecho una reputación terrible: lleva consigo sus caballos de caza, se pasa la vida con los caballeros del país, invita a comer a quien le place sin que se atreva a decir nada sir Pitt, a fin de no disgustar a la solterona y perder el legado que espera cuando la apoplejía termine su obra. ¿Debo referirte una galantería del capitán con respecto a mí? Creo que vale la pena. Una noche de baile se encontraban en esta residencia sir Huddleston Fuddleston y familia, sir Giles Wapshot y sus hijas, amén de otras muchas jóvenes que no conozco. Pues bien: oí decir al capitán: «¡Pardiez! ¡Es una muchacha lindísima!»; y se refería a mi. Me dispensó luego el honor de bailar dos piezas conmigo. Es camarada de los jóvenes elegantes de la región, y en su compañía bebe, apuesta, monta a caballo y habla de monterías y de carreras, pero dice que son insoportablemente aburridas todas las muchachas, y creo que no le falta razón. Es divertido ver el desdén con que me miran. Cuando bailan, yo toco el piano y debo permanecer fija en la banqueta, pero hace pocas noches salió el capitán un poquito bebido del comedor, y juró a gritos y lanzando una frase demasiado fuerte para que yo pueda estamparla aquí, que era yo la que mejor bailo y que haría venir a los violinistas de Mudbury para que yo pudiese bailar.

La señora Martha de Crawley se ofreció entonces a to car una danza del país. (Debo decirte que es una vieja de piel arrugada y negra, ojos brillantes y adorna su cabeza con un turbante de tres picos). Bailaron, pues, el apuesto capitán y tu buena amiga Becky, y momentos más tarde, la señora Martha de Crawley se acercaba a mi y me felicitaba por lo admirablemente que lo había hecho, jamás hizo tanto la orgullosa esposa del rector, prima hermana del conde de Triptoff, que ni siquiera se dignaba visitar a su cuñada la baronesa como no fuese cuando la solterona se encontraba en el castillo. ¡Pobre baronesa! Mientras todo el mundo se divierte en el salón, ella permanece en sus habitaciones tomando píldoras.

La señora Martha de Crawley se ha apasionado por mi. «Mi querida señorita Sharp —me dice—; ¿por qué no viene usted con sus discípulas a la casa rectoral? Sus primas tendrían placer especial en verlas». Sé muy bien lo que la excelente señora busca; cierto que *il signore* Clementi no nos enseñó piano por amor al arte, que es lo que la señora del rector desea que haga yo con sus hijas, pero iré, y seré profesora gratuita, porque quiero hacerme amiga de la cuñada de mis señores. ¿No es éste deber primordial de las pobrecitas institutrices que no tienen en el mundo parientes ni amigos? La señora Martha

de Crawley me prodigó enhorabuenas y felicitaciones por los admirables progresos que hacen mis discípulas, y creyó… ¡pobrecita incauta!… que había logrado conmover mi corazón… ¡Como si mis discípulas me importasen un comino!…

El vestido de muselina y la banda color rosa que me regalaste me sientan a las mil maravillas, según me han repetido más de una vez. Entrambas prendas están hoy un poquito deterioradas, pero nosotras, las pobres, no podemos proporcionarnos *des fraiches toilettes*. Feliz, feliz mil veces tú, que no tienes más que montar en el coche y llegarte a la calle Saint James, donde compra una madre tierna cuanto tu corazón pueda apetecer. Adiós, corazoncito mío: sabes que te quiere tu mejor amiga

BECKY

P. D. ¡Qué lástima que no vieses la cara que pusieron las señoritas Blackbroock, hijas del almirante del mismo apellido, lindas muchachas que lucían vestidos recién traídos de Londres, cuando el capitán Rawdon Crawley, pese a la sencillez de mi tocado, me escogió por pareja!

Cuando la señora Martha de Crawley, cuyos artificios había penetrado la perspicaz Becky, hubo conseguido de ésta promesa formal de visitarla, suplicó a la omnipotente solterona que obtuviera la aprobación indispensable de sir Pitt. La excelente anciana, siempre de buen humor, deseosa de ver en torno suyo la alegría y la jovialidad, aprovechó encantada una oportunidad de afirmar la reconciliación entre los dos hermanos. Se decidió, pues, que, en lo sucesivo, el elemento joven de las dos familias se haría frecuentes visitas, pero la intimidad duró únicamente el tiempo que permaneció en el castillo la vieja y alegre mediadora.

—¿Por qué has invitado a comer a ese tunante de Rawdon? —preguntó el rector a su mujer mientras cruzaban a paso lento el parque, dirigiéndose a su casa—. No me gusta ese sujeto: mira a mis feligreses como si fuesen negros, y no nos mira mucho mejor a nosotros; no está contento si no bebe vinos lacrados con lacre amarillo, que me cuestan diez chelines por botella, y por si no basta esto, tiene un carácter infernal, es jugador, borracho, tramposo, pródigo… Mató en duelo a un hombre, está de deudas hasta los ojos, y me ha robado a mí y a los míos una buena parte de la fortuna de mi hermana. Dice Waxy que le… ¡Permita…! —el buen rector alzó el puño, lo agitó con furia, pronunció algo semejante a un juramento, y luego terminó con entonación melancólica—: que le lega en una cláusula testamentaria cincuenta mil libras esterlinas… No nos quedarán a repartir más de treinta mil…

—Y creo que se va… se va a la carrera —contestó la esposa del rector—. Hoy mismo, al levantarnos de la mesa, tenía la cara arrebatada, roja… He tenido que

aflojarle las cintas…

—Se bebió siete copas de champaña… ¡y qué champaña!… Vosotras, las mujeres, no distinguís, pero es lo cierto que el champaña con que nos obsequia el miserable de mi hermano es un veneno.

—Claro; nosotras no conocemos…

—Bebió luego jerez y coñac, y más tarde, después del café, una porción de copas de curasao, licor que no bebería yo por nada del mundo, porque abrasa materialmente el corazón. No es posible que lo resista mi hermana… ¡Ca…! No hay cuerpo que aguante semejante fuego… Matilde se muere antes de un año: acuérdate de lo que digo.

El matrimonio continuó largo rato hablando de asuntos tan importantes, y pensando en sus deudas, y en que su hijo Jimmy, a la sazón en el colegio, y su hijo Francis, que se hallaba en Woolwich, y sus cuatro hijas, que distaban mucho de ser beldades, no tendrían un céntimo fuera del legado que de la tía esperaban.

—No es posible que mi hermano sea tan canalla, tan criminal, que enajene la vinculación a la familia de la rectoría. Y qué te parece: ahora ese metodista papanatas de su hijo mayor, quiere ir al Parlamento —continuó el rector después de una pausa.

—Tu hermano es capaz de todo —contestó su mujer—. Deberíamos hacer que tu hermana le arrancase la promesa de que quedaría reservada para Jimmy.

—Y mi hermano lo prometerá todo para no cumplir luego nada. Me prometió que a la muerte de nuestro padre pagaría todas mis deudas contraídas en el colegio, me prometió que construiría una nueva ala en el edificio de la rectoría, me prometió el campo de Jobb y las praderas de Seis-Acres, pero sus promesas en promesas se han quedado. ¡Y es al hijo de ese hombre, al canalla, al jugador, al estafador, al asesino, a quien Matilde lega la mayor parte de su fortuna!… Digo que semejante decisión de mi hermana es contraria a la ley de Cristo… ¡Y tanto si lo es!… Ese perro infame tiene todos los vicios, excepto el de la hipocresía, que ése lo monopoliza su hermano.

—¡Por Dios, querido… que nos encontramos en las propiedades de sir Pitt!

—Digo y repito que tiene todos los vicios y que es un asesino. Pues qué: ¿no mató de un tiro al capitán Market? ¿No robó al joven lord Dovedale en Cocoa-Tree? ¿No apostó en la lucha entre William Soames y el campeón de Cheshire, que me costó cuarenta libras? Sabes muy bien que nada invento, que todo es verdad. Y por lo que se refiere a su afición al bello sexo, sabes muy bien que, en mi propia habitación rectoral, delante de mí, tuvo la incalificable osadía de…

—No lo digas, por Dios.

—¡Y a un miserable de esa calaña, a un perdido como él le invitas a comer en casa! —continuó el exasperado rector—. ¡A un libertino como él, lo lleva a su casa una madre que tiene hijas, la esposa de un rector de la iglesia de Inglaterra!… ¡Ira de…!

—Estás loco.

—Yo no sé si estoy loco o no, ni si veo las cosas tan pronto como tú, pero sí te digo que no quiero alternar con Rawdon; más claro agua. Iré a visitar a Huddleston Fuddleston, para ver su galgo negro, y pienso hacer correr a Lancelot contra él y apostar cincuenta libras. Le haré correr contra cualquier perro de Inglaterra. Pero no quiero ni ver siquiera a ese bestia de Rawdon Crawley.

—Estás borracho como de costumbre, amigo mío —contestó la señora.

A la mañana siguiente, el buen rector, después de tomar una ración de cerveza clara, habló con más cordura, y convino en que se ausentaría según lo hablado la víspera para evitar el desagradable encuentro con su sobrino.

Apenas llegó la solterona al castillo, Becky, poniendo en juego su poder fascinador, supo granjearse todas las simpatías de aquella vieja alegre, de la misma manera que se había conquistado las de todos los moradores del castillo. Un día, al salir a paseo en coche, dijo que quería que la acompañase a Mudbury la «pequeña institutriz». Cuando salieron, la vieja no había cruzado palabra con Becky, pero al regreso, ésta, que la había hecho reír cuatro veces y la entretuvo muy agradablemente durante todo el paseo, se había conquistado todo el cariño de aquélla.

—¿Por qué no ha de sentarse a la mesa la señorita Sharp? —dijo la solterona a sir Pitt, que había preparado una comida de ceremonia, a la que estaban invitados todos los títulos y nobles de los contornos—. ¿Crees, querido, que voy a pasarme la comida hablando de muñecos vivos con la señora de Huddleston, o de leyes con la vieja gansa de sir Giles Wapshot? Reclamo un puesto para Becky. Quédese en sus habitaciones tu mujer si hemos de estar en la mesa muy apretados, pero Becky estará a mi lado. Es la única persona de todo el condado con la cual se puede hablar.

No hubo más remedio que doblegarse ante orden tan imperiosa. La institutriz recibió aviso oportuno para que bajase a comer con la ilustre reunión, y cuando sir Huddleston, después de acompañar del brazo hasta la mesa, con gran pompa y ceremonia, a la solterona, se disponía a sentarse al lado de ésta, la extravagante anciana gritó con voz chillona:

—Becky… Becky… venga a sentarse a mi lado. Me entretendrá durante la comida. Sir Huddleston Fuddleston que se siente al lado de lady Wapshot.

Sir Huddleston Fuddleston sopló como un ballenato durante toda la comida. Sir Giles Wapshot deglutía la sopa haciendo ruidosas aspiraciones y poniendo de través el ojo izquierdo. De todos estos defectos hizo Becky a la vieja, más tarde, durante la velada, una descripción graciosísima, así como también supo hablar, con envidiable acierto, de política, de la guerra, de las sesiones del Parlamento, y de tantos otros temas graves e importantes que suelen ser objeto de las conversaciones de los aristócratas.

—Es usted una *trouvaille*, querida mía —repetía la solterona—. Quisiera llevarla

conmigo a Londres.

A partir del día en que se dio la comida reseñada, la hermana de sir Pitt mandó que todos los días la llevase del brazo al comedor Rawdon Crawley, y la siguiese Becky llevando su almohadón, o bien que le diera el brazo Becky y cargase Rawdon con el almohadón.

—Hemos de sentarnos los tres juntos —decía la vieja—, porque somos los tres únicos cristianos que hay en todo el condado.

Además de poco o nada religiosa, era la vieja ultrarradical en sus opiniones, que expresaba con encantadora sencillez cuantas veces tenía ocasión.

—¿Qué significa el nacimiento? —decía a Becky—. Examina a sir Pitt, mi hermano; a los Huddleston Fuddleston, títulos desde el reinado de Enrique II; a mi hermano el rector; ¿hay alguno entre ellos que te iguale en inteligencia ni en instrucción? ¿Qué digo igualarte a ti, si no llegan siquiera a mi doncella y podrían darse por muy satisfechos si entendieran lo que mi mayordomo? Tú, hija mía, eres una alhaja, una joya de valor inapreciable. Más cerebro encierra esa cabecita, que todas las del condado. Si entre el mérito y el nacimiento existiese relación directa, tú hubieses nacido duquesa… No… Ser duquesa no vale nada… Pero no debías tener superiores… De mí puedo decir que te tengo por igual mía en todo, absolutamente en todo… A propósito… ¿quieres poner unos carbones en la chimenea… y llevarte este vestido… y reformármelo otro día, tú que todo lo haces tan bien?

He aquí cómo aquella vieja filántropa acostumbraba a mandar mil cosas a su igual, y la obligaba a servirla, a ser su modista, y a que todas las noches le leyese novelas francesas hasta dejarla dormida.

Por este tiempo ocurrieron dos sucesos que crearon honda sensación en la sociedad elegante y dieron mucho trabajo a las gentes de toga. Shafton se fugó con Barbara Fitzurse, hija y heredera del conde Bruin, y el pobre Vane, respetable caballero de cuarenta años, modelo de esposos y padre de una familia numerosa, abandonó de improviso un hogar feliz seducido por los encantos de la Rougemont, actriz que había cumplido sus sesenta y cinco abriles.

—Era lo que más me encantaba de nuestro querido lord Nelson —comentó la solterona—. Por una mujer era capaz de irse a los infiernos. Yo abomino del hombre que no hace esas cosas, de la misma manera que adoro todas las uniones imprudentes. Me encanta cuando veo que un noble muy campanudo se casa con una modistilla, tal como hizo lord Flowerdale, con escándalo e indignación de todas las mujeres… Mi mayor placer sería ver que te fugabas con un gran hombre, Becky, porque tú lo mereces… ya lo creo que lo mereces…

—Sería encantador —confesó Becky.

—También gozo a rabiar cuando un pobre diablo se fuga con una muchacha rica… Siempre me da el corazón que Rawdon ha de fugarse con alguien…

—Con alguien… ¿rica o pobre?

—Eso por sabido se calla: Rawdon no tiene un penique, fuera de lo que yo le dé; está *criblé de dettes*… No tiene más remedio que reparar su fortuna y triunfar en el mundo.

—¿Es listo? —preguntó Becky.

—¿Listo? Limpio, completamente limpio de ideas, si se le saca de su regimiento, de sus caballos, de sus cacerías y de sus juegos, pero… vencerá, porque es truhán como un demonio. En su regimiento le adoran, y en la casa de Wattier y en Cocoa-Tree juran por su nombre.

Cuando Becky, en la carta que escribió a su queridísima amiga, al hacer la crónica del baile, dijo que el capitán la había distinguido, no fue del todo exacta en la exposición de los hechos. El capitán la había distinguido ya muchas veces antes del baile. Veinte veces la había tropezado por casualidad en los paseos, veinte veces la había encontrado en pasillos obscuros del castillo, veinte veces se había inclinado sobre ella mientras tocaba el piano o cantaba, y veinte veces le había escrito cartitas amorosas, con la mejor ortografía y el lenguaje más fino de que era capaz un capitán de dragones apenas domesticado, aunque a bien que la rudeza es cualidad que convence con frecuencia a las mujeres con mayor eficacia que ninguna otra. A la primera carta, que el capitán depositó entre las hojas de la romanza que estaba cantando la institutriz, contestó ésta levantándose, mirándole con fijeza y haciendo del papelito un tricornio: a continuación, avanzó en derechura hacia el enemigo, arrojó la carta al fuego, hizo una reverencia profunda y, volviendo a ocupar su asiento, cantó con mayor desahogo que nunca.

—¿Qué pasa? —preguntó la solterona, cuya siestecita interrumpió la cesación de la música.

—Una nota falsa —contestó riendo Becky.

La rabia y el despecho ahogaban a Rawdon.

En presencia del entusiasmo nada equívoco de la solterona por Becky, no podemos menos de ponderar la generosidad de la esposa del rector, que supo dispensar excelente acogida a la institutriz, sin demostrar envidia, y recibir con amabilidad a Rawdon Crawley, rival de su marido en la herencia de las setenta mil libras esterlinas. Parecía que tía y sobrino no sabían vivir el uno sin el otro. El segundo abandonaba la caza, desdeñaba las invitaciones de los Huddleston Fuddleston, dejaba de ir a comer con los oficiales de la guarnición de Mudbury, y todo por el gusto de pasarse las tardes en la rectoral, donde también se presentaba la señorita Crawley, y donde, ¿qué había en ello de inconveniente?, solía pasarlas también la institutriz con las dos niñas del barón. Por la noche volvían todos a pie al castillo, excepción hecha de la solterona, que prefería hacerlo en coche. El paseo a través de los prados de la rectoría hasta la puertecita del parque, y luego por entre los

espesos árboles, resultaba delicioso a la luz de la luna, sobre todo para dos amantes de la naturaleza como el apuesto capitán y Becky.

—¡Oh, cómo parpadean las estrellas! —exclamaba Becky, clavando en ellas sus ojos verdes—. Paréceme que me alejo de la tierra y me convierto en espíritu cuando las contemplo.

—¡Oh!… ¡ah!… ¡sí!… exactamente lo mismo me sucede a mí —contestaba el otro entusiasta—. ¿Le molesta que fume, señorita Sharp?

Al aire libre, el olor del tabaco agradaba en extremo a Becky, y en una ocasión, hasta quiso gustarlo. Tomando el cigarro del capitán, dio una chupadita de la manera más encantadora del mundo, lanzó un grito acompañado de un estornudo y de una sonrisita, y lo devolvió al propietario, quien se atusó el bigote, chupó hasta sacar una brasa que parecía un pedazo de sol, y juró por su honor que jamás había fumado cigarro tan delicioso como aquél.

Desde la ventana de su gabinete espiaba el viejo sir Pitt a la pareja, fumando su pipa, bebiendo cerveza y conversando con su mayordomo sobre un carnero destinado a la matanza. Poca gracia debió hacerle el descubrimiento, pues lanzó media docena de tacos terribles, y juró que, de no ser por su hermana, agarraría al bergante de su hijo por los cabezones y lo plantaría de patitas en el campo, por desvergonzado.

—Malo es, no puede negarse —contestó el mayordomo—, y peor que él su asistente Flethers, que constantemente arma camorras sobre la comida y la cerveza… pero creo que es digna de los dos la señorita Sharp —terminó, después de una pausa.

Tenía razón el mayordomo: Becky era digna de los dos… del padre y del hijo.

Capítulo XII

Capítulo sentimental

CON SENTIMIENTO nos vemos obligados a abandonar esta Arcadia feliz y a despedirnos de sus sencillos habitantes, que en ella practican las hermosas virtudes campestres, para volver a Londres y ver qué hace allí la señorita Amelia Sedley.

«Nos tiene completamente sin cuidado —nos escribe a su propósito una mano desconocida, con letra menudita perfectamente dibujada—; es sosa e insípida», y añade otras lindezas por el mismo estilo, que no estamparemos aquí, aunque favorecen en extremo a la señorita a quien se refieren.

¿No ha oído el lector benévolo observaciones parecidas, en boca de sus lindas amiguitas, a quienes causa admiración que Pepe vea atractivo alguno en Luisita? ¿No les han oído confesar con adorable ingenuidad que no comprenden que el capitán Fulánez haya pedido relaciones a la insignificante Adela, tonta de capirote, que no tiene el diablo por donde asirla como no sea por su carita de muñeca de cera? ¿Qué valor tienen unas mejillas amasadas con leche y rosas o unos ojos grandes, rasgados, profundos?, dicen esos moralistas del sexo bello, y a continuación, insinúan que los tesoros del entendimiento, los dones del genio, el dominio de las grandes Cuestiones de Mangnall, los conocimientos en botánica y en geología, la habilidad para hacer versos y aporrear sonatas herzianas, y tantas otras cosas análogas, son perfecciones incomparablemente más dignas de la mujer que esos encantos fugaces que el transcurso de breves años se encarga de empañar y destruir. Realmente resulta edificante en extremo oír discurrir a las mujeres sobre lo efímero y vano de la hermosura.

Confesamos que la virtud vale más que la belleza, y que aquellas desventuradas criaturas que padecen la desgracia de ser bonitas, no deben de olvidarse del destino que las aguarda; que acaso el carácter heroico de la mujer, que en tanto grado despierta la admiración de algunas de ellas, es objeto más hermoso, más glorioso, que la amabilidad, la frescura, la gracia sonriente, la ingenuidad, la ternura de esas hadas domésticas que suelen atraerse la adoración del hombre, pero… sepan las hermosas, para su consuelo, que el sexo fuerte es tan necio, que suele admirar y prendarse de las cualidades reseñadas en segundo lugar, con ser de orden inferior a las primeras, y que, arrostrando los sanos consejos y hasta las protestas airadas de las que, muy atinadamente y llevadas de la mejor intención, intentan prevenirle en contra de los encantos perecederos, persiste el hombre en su loco error, y une su existencia a la de una hermosa con preferencia a la de una sabia. De mí puedo decir que, aun cuando

personas que me merecen el respeto más profundo me han repetido hasta la saciedad que la señorita Blanca era una muñequita insignificante y que la señorita Lucy poseía como atractivo único su *petit minois chiffonne*, he sostenido conversaciones encantadoras con la señorita Blanca y me extasiaba el trato con la señorita Lucy; en torno a Blanquita se agrupaban todos los galanes, los jóvenes se disputaban el honor de bailar con Lucy, fenómenos que me hacen sospechar que el desprecio de las de su sexo es el mejor cumplido para una mujer.

Prueba de lo atinado de nuestra observación última es lo que ocurría con las amigas de Amelia Sedley. Por ejemplo: no se conocían conformidad y armonía más encantadoras que las de las señoritas de Osborne, hermanas de George, y las de Dobbin, en el juicio y apreciación de los insignificantes méritos de Amelia, y, como consecuencia, su estupefacción era inmensa cada vez que oían hablar a sus hermanos de los encantos que en ella encontraban.

Las señoritas de Osborne, dos delicadas jóvenes de tez morena, que habían tenido las mejores institutrices, los mejores maestros y las mejores modistas, trataban a Amelia con tanta amabilidad y condescendencia, la protegían con superioridad tan abrumadora, que la pobre muchacha enmudecía en su presencia y ofrecía apariencias de niña boba. Amelia procuraba parecerse a las hermanas de su futuro, pasaba con ellas mañanas interminables y tardes eternas, tomaba asiento a su lado en su espacioso coche de familia, asistía, siempre invitada, a los conciertos, al oratorio, a Saint Paul, donde estaban los niños asilados, y tal terror la inspiraba la compañía de sus amigas, que ni se atrevía a dejarse conmover por los patéticos himnos cantados por los niños. La casa de los señores de Osborne era cómoda, lujosa, su mesa rica y deslumbrante, las reuniones dadas en ella prodigio de solemnidad y de tiesura, y prodigioso el respeto propio de todos sus moradores; suyo era el mejor sitial de Foundling, todos sus hábitos eran pomposos y ordenados, todas sus distracciones intolerablemente aburridas y dignas. Jamás se despedía Amelia de sus amigas sin que éstas se preguntasen: «¿Qué ha podido ver George en esa criatura?».

Pero ¿en qué consiste esa anomalía? —se preguntarán algunos de mis lectores—. ¿En qué consiste que Amelia, que supo hacerse adorar por todas sus compañeras de colegio, haya sido puesta en entredicho por las de su sexo, apenas entrada en el mundo? A los que tal pregunten, contestaré que en el colegio dirigido por Barbara Pinkerton no había más hombres que el maestro de baile, quien no era de esperar que encendiese amores volcánicos en los pechos de las colegialas. Pero salió del colegio, entró en sociedad, y como George, el apuesto hermano de las señoritas de Osborne, salía escapado de su casa no bien terminaba el almuerzo, y comía fuera seis de los siete días de la semana, natural era que aquéllas se diesen por resentidas. Un día, el joven Bullock (de la casa Hulker, Bulíock y Compañía, banqueros, calle Lombard), que durante las dos temporadas de invierno últimas había hecho la corte a Mary

Osborne, invitó a Amelia a bailar un cotillón. ¿Creerán los lectores que semejante elección pudo ser del agrado de Mary? Y, sin embargo, esta criatura buenísima así lo aseguró: «¡Qué placer experimento al ver que Amelia te es simpática! —dijo a Bullock, terminado el baile—. Es la futura de mi hermano George; no vale gran cosa, pero posee un carácter sencillo y sin afectación, y en casa la adoramos todos».

Las dos caritativas señoritas de Osborne y su institutriz, huesuda señorita de formas angulosas llamada señorita Wirt, procuraban con tanta frecuencia llevar al ánimo de George la idea de la enormidad del sacrificio que hacía, y de la prueba de generosidad romántica que daba al ponerse a los pies de Amelia, que él empezó a considerarse como uno de los más nobles caracteres del ejército inglés, y a dejarse amar con una considerable dosis de fácil resignación.

Debemos decir, sin embargo, que si George abandonaba su casa todas las mañanas apenas terminado el almuerzo, si comía fuera seis de los siete días de la semana, si hacía creer a sus hermanas que se pasaba la existencia, como galán apasionado, pegado a las faldas de la señorita Sedley, no siempre que el mundo le suponía a los pies de Amelia se hallaba a su lado. Ocurría en más de una ocasión que, al llegar el capitán Dobbin a la casa de los Osborne, y preguntar por su amigo, Jeannie Osborne, que prestaba al capitán una atención particular, y gustaba mucho de oír sus historias militares, y hasta le preguntaba por la salud de su mamá, le contestaba riendo:

—Pero ¿no sabe usted que para encontrar a George hay que ir a casa de los Sedley? Aquí no le vemos en todo el día.

El capitán reía a veces con risa forzada y procuraba llevar la conversación a otro terreno, como hombre que conoce bien el mundo, hablando de asuntos de interés general, como de la Ópera, del último baile del príncipe en Garitón House, de la lluvia, del buen tiempo, recurso supremo de los salones.

—¡Qué inocente es tu galán! —decía Mary a Jane, luego que se despedía el capitán—. Basta decir que George está a los pies de Amelia para que se ponga como la grana.

—Es una lástima que no tenga su modestia Frederick Bullock, Mary —contestaba Jeannie, moviendo la cabeza.

—¡Modestia!… Querrás decir torpeza. No me haría gracia que Frederick se quedase con un jirón de mi vestido debajo de sus pies, como hizo el capitán con el tuyo en el baile de los señores de Perkins.

En realidad, cuando el capitán se ruborizaba, y bajaba los ojos, y procuraba dar otro rumbo a la conversación, era porque pensaba en algo que no creía conveniente revelar a las señoritas, es decir, que había pasado ya antes por la casa de los señores Sedley, y que allí no se hallaba George, sino la pobrecita Amelia sola, pensativa, triste, sentada junto a la ventana del salón. Amelia le había preguntado si el

regimiento a que pertenecía George había recibido orden de marcha o si había visto a su amigo; el capitán contestó que ni el regimiento había recibido orden de marcha ni él visto a George, a quien iba a traer por la orejas, porque seguramente le encontraría acompañando a sus hermanas. Amelia le daba la mano en señal de agradecimiento, el capitán atravesaba la plaza, aquélla quedaba esperando junto a la ventana, pero George no llegaba.

¡Pobre corazoncito! Siempre enamorado, siempre esperando, siempre latiendo, siempre lleno de paciencia y de fe. ¡Ah! ¿Qué hay en su vida digno de ser descrito? Nada, puesto que con dificultad encontramos en ella lo que solemos llamar incidentes. El mismo pensamiento la acosa durante el día entero: «¿Cuándo vendrá?». Con ese pensamiento se duerme y con ese pensamiento se despierta. Yo creo que George estaba jugando al billar con el capitán Cañón en la calle Swallow cuando Amelia preguntaba por él a Dobbin: fúndase mi creencia en que George era camarada alegre y muy amigo de sus amigos, y sobresalía en todos los juegos de habilidad.

Un día, después de tres de eclipse de George, Amelia se puso el sombrero y se presentó en la casa de los señores de Osborne.

—¡Cómo! —exclamaron las señoritas—. ¿Dejas a nuestro hermano y vienes a vernos? ¿Es que habéis regañado? ¡Cuéntanos… cuéntanos!

—¡No… no hemos regañado! —contestó Amelia con lágrimas en los ojos—. ¿Quién sería capaz de regañar con él? He venido… he venido… únicamente para ver a mis amiguitas… ¡Hace tanto tiempo que no nos veíamos!…

Y estuvo tan cohibida, tan torpe, que las señoritas de Osborne y la institutriz, que la vieron marchar transida de tristeza, se preguntaron más admiradas que nunca qué atractivo podía encontrar George en la pobre Amelia.

Comprendo el silencio de Amelia. ¿Cómo podía poner al desnudo su tímido corazoncito para que lo inspeccionasen sus amigas de ojos negros y mirada penetrante y atrevida? No; preferible era que se encerrase dentro de sí misma y guardase sus penas. Me consta que las hermanas Osborne eran críticos de primera fuerza tratándose de un chal de cachemira o de un vestido de seda; buena prueba de ello es que, cuando la señorita Pickford hizo teñir el suyo, y la señorita Turner convirtió en un manguito su esclavina de piel de armiño, ni el cambio de color ni la transformación de una prenda en otra pasaron inadvertidas a las dos peritas antes mencionadas. Pero hay cosas de calidad más fina que las pieles o la seda, más delicadas que todas las glorias de Salomón, o que el guardarropa de la reina de Saba, cosas cuya belleza escapa a muchos ojos expertos; y hay almitas tiernas y modestas que sólo brillan en lugares tranquilos y poco iluminados, y hay flores de jardín que saben mirar fijamente al sol sin pestañear. No pertenecía Amelia a la familia de los girasoles, y creo en conciencia que dejaría malparadas todas las reglas del dibujo quien pintase una violeta del tamaño de una dalia doble.

La vida de una doncellita que todavía no ha salido del nido paterno, ha de carecer por necesidad de casi todos los incidentes emocionantes a que ordinariamente tiene derecho la heroína de una novela. Las redes o los disparos de los cazadores amenazan a los pájaros que vuelan de una parte a otra; en sus vuelos encontrarán éstos, gavilanes o aves de apiña cuyas uñas los despedazan, o de cuyas uñas escapan, pero los pequeños que permanecen en sus nidos disfrutan de una existencia tranquila y prosaica, hasta que les llega la hora de volar como sus padres. Al paso que Becky volaba con sus propias alas en provincias, posándose sobre ramitas de toda clase, rodeada de trampas y lazos, y recogiendo afortunada y peligrosamente su sustento, Amelia continuaba bien abrigadita en la casa paterna. Si salía, hacíalo acompañada por sus mayores, y todo hacía suponer que ningún daño podía amenazarla en la elegante casa donde vivía y donde tan querida era. Su mamá se entregaba a sus ocupaciones diarias, daba su paseo ordinario en coche, hacía visitas, iba de compras, en una palabra: cumplía con todas las obligaciones inherentes a la profesión de dama rica de Londres. Su padre dirigía sus misteriosas operaciones en la City, centro de bullicio y de agitación por aquellos días en que la guerra devastaba la Europa entera, y vacilaban todos los tronos. Era la época en que *El Correo* tenía decenas de millares de suscriptores, en que hoy se leía la noticia de la batalla de Vitoria y mañana la del incendio de Moscú, en que cruzaban las calles los vendedores de periódicos gritando a voz en cuello: «Batalla de Leipzig… Seiscientos mil hombres luchando… Derrota espantosa de los franceses… Doscientos mil muertos…». Una o dos veces volvió Sedley padre a su casa con rostro grave y pensativo: no es de admirar, si se tiene en cuenta que la guerra hacía latir todos los corazones y agitaba todos los centros comerciales de Europa.

La vida, mientras tanto, se deslizaba en la casa de la plaza Russell exactamente lo mismo que si los asuntos de Europa no anduviesen de cabeza. La retirada de Leipzig no influyó en el número de comidas que el negro Sambo hacía pasar desde las cacerolas a su estómago: penetraron los aliados en Francia, pero la campana que llamaba a la mesa continuó sonando a las cinco en punto, como era costumbre. No creo que la guerra interesase poco ni mucho a Amelia, ni que latiera su corazón al propagarse en Londres las nuevas sobre Brienne o Montmirail, aunque es lo cierto que le produjo viva alegría la abdicación del emperador, y palmoteo con entusiasmo, y rezó, y concluyó por arrojarse con toda su alma en los brazos de George, con asombro de cuantos fueron testigos de tan ardiente ebullición de sentimiento. ¿Cuál fue la causa de éste? Se haría la paz, Europa descansaría, el Corso desaparecería, y… el teniente George Osborne no tendría que partir en campaña con su regimiento. Así razonó Amelia. La suerte de Europa era para ella el teniente Osborne. Desaparecido el peligro, cantó la pobrecilla un Te Deum. La Europa de Amelia era George, George su emperador, George sus monarcas aliados, George su príncipe regente. George era

su sol, George su luna, y hasta la iluminación espléndida, y el gran baile dado en la Mansión House, en honor a los soberanos, creyó Amelia que lo daban en honor de George Osborne.

Hemos visto cómo Becky fue educada en la dura escuela de la pobreza y el egoísmo; en cambio fue el amor el último maestro de Amelia, y nuestra heroína hacía progresos verdaderamente maravillosos en esa ciencia tan vulgarizada. En el transcurso de dieciocho meses de aplicación perseverante y diaria, ¡qué de secretos aprendió Amelia de su profesor, sin que lo sospechasen la institutriz Wirt, ni sus amiguitas de ojos negros y mirada penetrante, y menos la mayestática Barbara Pinkerton! En efecto: ¿podían siquiera comprender misterios tan delicados aquellas relamidas doncellas? En cuanto a las señoritas Pinkerton y Wirt, estaban fuera de concurso, idea que me guardaría muy mucho de exteriorizar en presencia de las interesadas. Mary Osborne sostenía relaciones formales con el joven Frederick Bullock, pero eran relaciones de lo más respetable, relaciones que hubiese aceptado lo mismo si el pretendiente hubiese sido Bullock padre en vez de Bullock hijo, o cualquier otro joven que fuese dueño de una casa en Park Lane, de una quinta en Wimbledon, un coche de lujo, un tronco de grandes caballos, servidumbre apropiada y la cuarta parte de la fortuna de la razón social Hulker, Bullock y Compañía, ventajas todas ellas reunidas en la persona de Frederick Bullock. Si entonces hubiesen sido conocidas ya las flores de azahar, emblemas conmovedores de la pureza de la mujer, que hemos importado de Francia, en donde las hijas de familia van al matrimonio por una especie de transacción comercial, Mary Osborne no hubiese tenido inconveniente en adornar su vestido con el poético ramito de naranjo, para entrar en carruaje al lado del decrépito, calvo, achacoso Bullock padre, resuelta a consagrar su hermosa existencia al embellecimiento de su decrepitud, de no haber sido éste casado. ¡Lindas, inmaculadas, emblemáticas flores de azahar! Ha pocos días os vi adornando a la señorita Trotacalles, en el momento en que salía de la iglesia de Saint George y entraba en el carruaje, seguida por lord Matusalén. ¡Qué modestia la de la novia! ¡Con qué inocencia encantadora bajó inmediatamente las cortinillas del coche! La mitad de los carruajes de la feria de las vanidades asistieron a la boda.

No era éste el género de amor que puso término a la educación de Amelia. De buena niña, se había convertido en el transcurso de un año en encantadora jovencita, para ser mujercita excelente cuando llegase el feliz momento. Nuestra bondadosa amiguita (acaso cometieron sus padres una imprudencia consintiendo y alentando sus ideas exaltadas), nuestra bondadosa amiguita amaba con todo su corazón al apuesto oficial que estaba al servicio de Su Majestad y con quien hemos trabado un conocimiento muy superficial. En él pensaba al despertar, y su nombre era lo último que pronunciaban sus labios en sus oraciones al dormirse. No había visto jamás caballero tan elegante, tan ingenioso, tan buen jinete, que bailase tan bien, tan héroe,

en una palabra, como él. Las graciosas reverencias del príncipe, tan ponderadas… ¡Qué! ¿Podían compararse con las de George? Todo el mundo hablaba con admiración del señor Brummell; Amelia había tenido ocasión de verle… y de convencerse de que, al lado de George, era un zafio. Entre la turba de pollos concurrentes a la Ópera, y cuenta que los había guapos por aquel tiempo, no había uno solo comparable a George. ¡Y haberse dignado aquel mortal, nacido para ser príncipe de hadas, fijar sus miradas en la humilde Cenicienta Amelia Sedley! Es posible que Barbara Pinkerton hubiera intentado poner diques a la ciega admiración de Amelia, si ésta la hubiese convertido en confidente de sus amores, pero desde luego nos permitimos asegurar que sin éxito. La facultad de amar radica en la naturaleza y en el instinto de algunas mujeres: vinieron unas al mundo para especular, otras para amar: los respetables solteros que estas líneas lean, pueden escoger entre una y otra clase.

Dominada por una pasión tan absorbente, Amelia relegó al olvido más cruel a sus doce amigas del alma de Chiswick, imitando la conducta de las personas adoradoras del santo egoísmo. Y no es que dejase de acordarse de ellas, no, al contrario: en su pensamiento estaban tan presentes, que las habría convertido en confidentes de sus amores, si la señorita Saltire no hubiese sido de carácter tan frío y reservado, y la señorita Swartz, heredera del opulento sir Kitt, no hubiera tenido la piel de color de tabaco y el pelo semejante a la lana. Los días festivos enviaba a buscar a Laurita Martin, a la que creo que hizo depositaría de sus secretos más tiernos, prometiéndole sacarla del colegio y tenerla en su casa luego que se casase. Es de suponer que diese a la pequeñita abundantes y provechosas lecciones por lo que respecta a la ciencia de amar… ¡Pobre Amelia!… ¡Pobre Amelia! Estoy por decir que su cerebro no estaba bien regulado.

¿En qué pensaban sus padres al no impedir que su corazoncito latiese con tal violencia? El viejo Sedley no se daba cuenta, al parecer, de lo que ocurría. Su continente era más grave que de ordinario desde algún tiempo antes, y sus negocios de banca le absorbían por completo: la señora Sedley fue siempre de natural tan acomodaticio y poco curioso, que en ella no cabía la desconfianza. Joseph se encontraba en Cheltenham, sitiado en toda regla por una viuda irlandesa. Amelia, pues, se veía sola en la inmensidad de la casa paterna, tal vez demasiado sola en algunos momentos, o demasiado acompañada por pensamientos poco gratos… aunque, a decir verdad, no dudaba de su George, estaba segura de su amor… ¿Que sus visitas eran menos frecuentes cada día? ¿Y qué? ¿Por ventura en su regimiento concedían a los oficiales permiso para salir a la hora que les viniera en gana? ¿Había de renunciar en absoluto a verse con sus amigos, a pasar algún rato con sus hermanas? ¿Había de cortar todas sus relaciones sociales, precisamente él, que era el ornato principal, el encanto de todas las reuniones? Cierto que tampoco escribía, y

cuando lo hacía, sus cartas eran concisas, secas… pero no es el cuartel el sitio más indicado para escribir cartas largas, ni se debe exigir a un novio que se sobreponga al sueño o al cansancio y tome la pluma después de una noche de baile o de diversión con sus camaradas. Sé muy bien dónde guardaba Amelia las cartas y me sería muy sencillo entrar furtivamente, robárselas y servirlas a mis lectores, pero no haré tal, aunque de ello me dan ejemplo no pocos novelistas. Me conformaré con convertirme por un instante en rayo de luna, para dirigir una mirada casta sobre el lecho donde reposa la fidelidad, la belleza y la inocencia.

Si las cartas de George eran modelo de laconismo militar, en cambio las de Amelia, si hubiésemos de publicarlas aquí, daríamos a esta novela dimensiones que ni el lector más complaciente podría tolerar. En cada una de ellas, además de llenar varios pliegos de gran tamaño, con renglones estrechos de letras menuditas y apretadas, recurría a cruzar la escritura en forma verdaderamente endiablada. Copiaba páginas enteras de libros de poesías, subrayaba largos pasajes como para darles énfasis excepcional. Como Amelia no había sido nunca heroína, sus cartas aparecían plagadas de repeticiones, escribía con ortografía dudosa, y en sus versos, trataba con tal confianza al metro, que se permitía con él toda clase de libertades. Pero… hermosas señoras: si la sintaxis ha de ser obstáculo para que ustedes conmuevan los corazones, si no deben ser adoradas hasta que conozcan al dedillo la diferencia existente entre un trímetro y un tetrámetro, váyase al diablo el Arte Poético y venga la peste negra y acabe de una vez con el último pedante.

Capítulo XIII

De lo sentimental y de otras cosas

TEMO QUE EL CABALLERITO a quien las cartas de Amelia iban dirigidas era un crítico descontentadizo y severo. Tal número de cartitas perseguían por doquier al teniente Osborne, que llegó éste a avergonzarse de las bromas de sus camaradas y dio a su criado orden terminante de no entregárselas más que en su gabinete. El capitán Dobbin, que por cualquiera de aquellas misivas habría dado con gusto un billete de banco, le vio en una ocasión, con verdadero horror, encender el cigarro con una de ellas.

Durante algún tiempo George intentó guardar el secreto de sus relaciones, bien que dejaba entrever que en su correspondencia había de por medio una mujer.

—Y no la primera —decía el abanderado Spooney al abanderado Stubble—. Osborne es un verdadero diablo; la hija del juez de Demerara enloqueció por sus pedazos; no tardó en ser reemplazada por aquella lindísima cuarterona de Saint Vicente… la señorita Pye… ¿la recuerdas? Pero desde que regresamos a Inglaterra, dicen que se ha hecho un Don Juan más que regular, un conquistador del diablo.

Osborne gozaba entre sus compañeros de armas de una reputación prodigiosa, porque todos ellos opinaban que la más brillante de las cualidades que pueden adornar a un hombre es «ser un tenorio más que regular y un conquistador del diablo». Era famoso en todos los deportes, famoso cantando, famoso en las grandes paradas, y a todas estas cualidades relevantes unía la de saber gastar con mano liberal el dinero que pródigamente le daba su padre. No había en su regimiento oficial que vistiera casacas mejor cortadas que las suyas, ni quien tuviera tantas como él. Nadie aguantaba tanto licor como él, ni siquiera su coronel, que era una esponja. En el pugilato vencía al mismísimo Mano-de-hueso, individuo a quien habrían hecho cabo de no ser un borracho impenitente. En las carreras, montaba su caballo Rayo y ganó la copa de la guarnición. Eran muchos los que le adoraban aparte de Amelia. Stubble y Spooney le tenían por un Apolo, Dobbin juraba que eclipsaría a Crichton el Admirable, y la señora del comandante O'Dowd reconocía que era un joven elegante, y llegaba hasta a admitir que le recordaba mucho a Fitzjurld Fogarty, el segundo hijo de lord Castlefogarty.

Pues bien: Stubble, Spooney y en general todos los camaradas y amigos de George, se entregaban, en el cuartel o en el casino, a las conjeturas más románticas y novelescas a propósito de las cartitas femeniles que recibía Osborne. Opinaban unos que se trataba de una duquesa enamorada, otros aseguraban que la autora de las

misivas era la hija de un general, locamente apasionada por él, aunque estaba para casarse con otro; quién afirmaba que la enamorada era la señora de un miembro del Parlamento que le proponía que la raptase; quién que se trataba de una pasión romántica y avasalladora que traía locos y hacía desgraciados a los dos interesados. Osborne se guardaba muy bien de arrojar luz sobre el asunto, y dejaba a sus amigos la tarea de fabricarle una novela.

Es posible que nunca hubiese averiguado el regimiento la verdad del caso de no haber sido por una indiscreción cometida por el capitán Dobbin. Tomaba un día el capitán su modesto refrigerio de costumbre en la sala de estandartes en ocasión en que Cackle, el médico, y los tenientes Stubble y Spooney comentaban el eterno asunto de los amores de Osborne. Sostenía Stubble que la dama misteriosa era una duquesa de la corte de la reina Carlota, al paso que Cackle parecía inclinado a opinar que se trataba de una cantante de la ópera que gozaba de la reputación más detestable. Tal indignación sintió Dobbin al escuchar la idea insinuada por el médico, que sin reparar en que tenía la boca llena de huevo y de pan, ni tener en cuenta que la discreción debía sellar sus labios, gritó:

—¡Cackle… es usted un estúpido! ¡De su boca no salen más que disparates ni su lengua se mueve si no la inspira el deseo de armar escándalos! Osborne no se arrastra a los pies de una duquesa ni va a arruinar la vida de una modistilla. La señorita Sedley es la criatura de Dios más encantadora de la creación. Con ella sostiene relaciones formales Osborne, con ella se casará, y el hombre que quiera aventurar juicios sobre ella, obrará con prudencia no haciéndolo en presencia mía.

Mientras hablaba, Dobbin se había puesto rojo de ira, se atragantó, y, al terminar de hablar, casi se ahoga al beber una taza de té. Al cabo de media hora todo el regimiento conocía la historia, y aquella misma noche escribía la señora O’Dowd a su hermana Glorvina, para decirle que no se diese prisa en abandonar a Dublin, porque el joven Osborne había dirigido prematuramente sus miradas a otra parte. En la tertulia de la noche, la señora mencionada felicitó a Osborne con una alocución muy pulida que acompañó con un vasito de whisky, y nuestro teniente volvió a su casa furioso y dispuesto a reñir con Dobbin, que había declinado la invitación de la señora O’Dowd y se había quedado en casa tocando la flauta o componiendo versos del género melancólico.

—¿Quién diablos te mandaba hablar de mis asuntos? —gritó indignado Osborne —. ¿Qué le importa al regimiento que me case yo con quién me dé la gana? ¡Esa vieja bruja charlatana de O’Dowd me convierte en objeto de sus tonterías en su maldita reunión, y ella y mis camaradas pregonan mi himeneo por los tres reinos!… ¿Con qué derecho has dicho que estoy comprometido? ¿Quién te ha autorizado para meterte en mis asuntos, condenado Dobbin?

—Me parece que…

—¡Que debía llevarte el diablo a los infiernos, Dobbin! —interrumpió George—. Me has hecho favores, lo reconozco… te debo gratitud, pero sabe de una vez que no he de tolerar que me fastidies a todas horas con tus sermones ni me perjudiques con tus indiscreciones: es abusar demasiado del privilegio de los cinco años de edad que me llevas. ¡Lléveme el diablo antes de soportar por más tiempo tus aires de superioridad, de compasión, de ridícula protección!… ¡Compasión y protección!… ¡Quisiera saber en qué te soy inferior!…

—Pero ¿es por ventura mentira lo que he dicho? ¿No estás comprometido?

—¿Te importa mucho que lo esté o no?

—¿Es que te avergüenzan tus relaciones?

—¿Con qué derecho me hace usted esa pregunta, señor mío?

—¡Dios mío!… —exclamó Dobbin con inquietud—. ¿Piensas faltar a tu palabra?

—¿Se atreve usted a preguntarme si soy hombre de honor? —gritó Osborne con fiereza—. Éste es el sentido que debo dar a su pregunta, ¿no es verdad? Desde hace algún tiempo viene usted adoptando un tono que… que no estoy dispuesto a tolerar.

—¿Qué motivos he dado para que así me hables? Me he limitado a decir la verdad, me he limitado a recordarte que desprecias a una muchacha encantadora, George, me he limitado a aconsejarte que debes ir a verla con frecuencia y olvidar las casas de juego de la calle Saint James.

—¿Necesita usted que le devuelva el dinero que le debo? —preguntó con entonación sarcástica George.

—¡Desde luego! ¡Te lo estoy pidiendo siempre! ¿Es eso lo que quieres decir? Me tratas en forma muy generosa.

—No es eso, William… perdóname —exclamó George, cediendo a un impulso de remordimiento—. Me has demostrado tu amistad mil veces y de mil maneras distintas, bien lo sabe Dios… y yo. Me has salvado de docenas de conflictos… Cuando el Crawley del regimiento de la Guardia me ganó aquella suma de dinero, mi perdición habría sido segura de no haberme favorecido tú… Pero yo quisiera que no me regañases por costumbre, por sistema, como lo haces… ¡Si pareces un catequista en cuanto me echas la vista encima!… Estoy enamorado de Amelia… muy enamorado, la adoro… ¿Cómo no he de adorarla si es tan buena, tan inocente?… Pero ya ves… uno no es un san to El regimiento acaba de llegar de las Indias… déjame tener algunas expansiones… una vez casado, yo te juro que me reformaré… palabra de honor… No te enfades… el mes que viene te daré cien libras… Mi padre estará de mejor talante que hoy y se las sacaré… y mañana pediré permiso para ir a la ciudad y veré a Amelia… Vaya… ¿estás contento conmigo?

—Chico… es imposible estar enfadado contigo mucho tiempo —contestó el bonachón del capitán—. En cuanto al dinero, no hagas caso; ya sabes que contigo parto yo el último chelín… No me hace falta. Si algún día me encuentro con los

bolsillos vacíos, también sé que tu último chelín es mío.

—¡Siempre! —gritó Osborne con entusiasmo, aunque por desgracia jamás disponía de un penique.

—Lo único que deseo es que te portes bien con Amelia, que no la relegues al olvido. Si la hubieses visto hace unos días cuando me preguntaba por ti, te aseguro que habrías tirado al cuerno el taco, las bolas, el billar, y hasta a los que te hacían la partida… Mira… vete mañana a la ciudad y consuélala, tunante, y hoy, escríbele una carta que no tenga fin. Haz algo para tenerla contenta… ¡Se contenta con tan poco la pobrecilla!…

—Tienes razón… Nada; yo te aseguro que quedará contenta.

Y efectivamente: momentos después se despedía para pasar el resto de la noche en compañía de unos cuantos camaradas alegres y amigos de ruido.

Amelia, mientras tanto, contemplaba desde el balcón de su cuarto la luna, que aquella noche brillaba pura y sin celajes sobre la plaza Russell de la misma manera que sobre las barracas del Chatam, donde se hallaba situado el cuartel del regimiento de George. Pensaba en su héroe y en lo que a aquellas horas haría. «Estará recorriendo las avanzadas, se decía, cerciorándose de la vigilancia de los centinelas, vivaqueando tal vez, acaso cuidando a algún camarada herido, o recluido en su solitaria habitación estudiando con ardor el arte de la guerra». Sus pensamientos, semejantes a inmaculados ángeles dotados de alas, volaban raudos, descendían río Chatam abajo, llegaban a Rochester y, curiosos, hacían alto junto al cuartel y pretendían ver qué pasaba en el interior de éste… ¡Vano empeño!, las puertas del cuartel estaban cerradas, el centinela tenía órdenes terminantes de no dejar pasar a nadie, y el pobre angelito de níveas vestiduras, mantenido a distancia, no pudo oír las báquicas canciones que los jóvenes oficiales rugían sobre una ponchera llena de humeante poción saturada de whisky.

El día que siguió a la conversación sostenida por George y Dobbin en el cuartel, el primero, resuelto a dejar demostrado que sabía cumplir su palabra, se dispuso a ir a la ciudad, con satisfacción y aplauso del capitán William Dobbin.

—Habría deseado hacer a Amelia un regalito —dijo George a su amigo en tono confidencial—, pero como en mi bolsillo no hay un penique, tendré que esperar a que mi padre se digne llenarlo.

No quiso Dobbin que quedase frustrado tan hermoso impulso de generosidad y se apresuró a entregar a George unos cuantos billetes de banco, que este último aceptó después de resistirse ligeramente.

Yo, que me precio de conocer el corazón humano, aseguro sin temor a equivocarme que sus más fervientes deseos eran hacer a Amelia un precioso regalo; pero quiso la fatalidad que, al dejar el coche en la calle Fleet, hiriese su vista un lindísimo alfiler de corbata que brillaba en el escaparate de un joyero. La tentación

era irresistible, George sucumbió a ella con todo el dolor de su alma, y una vez pagado el alfiler, le quedaba tan poco dinero, que forzosamente había que renunciar al placer de comprar algo para Amelia. No importa; pueden mis lectores estar seguros de que no eran sus regalos lo que ansiaba el alma de la encantadora hija de los señores Sedley. El rostro de la pobrecilla brillaba como una aurora no bien vio llegar a George. Sus inquietudes, sus temores, sus lágrimas, sus dudas, sus insomnios prolongados, todo huyó cual bandada de palomas asustadas a la vista del apuesto teniente; bastó para ello una mirada de cariño, una sonrisa amorosa y acariciadora. El gozo escapaba por los ojos de Sambo cuando anunció al capitán Osborne (concediéndole generosamente un grado superior). Sambo cerró inmediatamente la puerta, y Amelia echó sus brazos al cuello de George, como si el pecho de éste fuera el hogar natural para ella. ¡Pobre enamorada!… El árbol más hermoso de toda la selva, el de tronco más recto y firme, el de ramas más sólidas, el que ostenta la vestidura más espesa de follaje, el que tú has escogido para construir en él un nido, es posible que sea el señalado por la fatalidad para caer tronchado dentro de poco con espantable estruendo.

Pero no seamos agoreros: George besó aquella linda cabecita, se miró con amor en aquellos ojos que destellaban felicidad, y estuvo extremadamente amable y rendido; Amelia, por su parte, al ver brillar en su corbata un alfiler que no le conocía, lo examinó y dijo que era hermosísimo y de un gusto perfecto.

Aquellos de nuestros lectores que posean un espíritu observador y, después de haber tomado nota de la conducta anterior del joven Osborne, hayan escuchado con atención las frases recientemente cruzadas entre el capitán Dobbin y él, es posible que hayan llegado a cierta conclusión por lo que a su carácter se refiere. Cierto francés cínico ha dicho que, en los juegos amorosos, hay dos partes: una que ama de veras y otra que se deja amar por condescendencia. Unas veces el amor radica en el hombre, y otras en la mujer. Habrá ocasiones en que un apasionado amante cometerá el error de ver en la insensibilidad, modestia; en la estupidez, reserva virginal; en la vacuidad, hermosa timidez; en una palabra: en un ganso, un cisne. También se da el caso de que una mujer enamorada de un perfecto asno lo engalane con gloria y esplendor con su imaginación, admire su estupidez como simplicidad varonil, adore su egoísmo como superioridad de hombre, vea en su majadería majestuosa gravedad y le trate como la célebre hada Titania trató a cierto tejedor de Atenas. En el mundo abundan los errores de esta clase: yo los he visto con frecuencia; pero concretándonos al caso presente, diré que Amelia creía firmemente que su prometido era el caballero más gallardo, el oficial más brillante del Reino Unido, y es posible que George Osborne creyera lo mismo.

Era algo turbulento, pero ¿no lo son, por ventura, la mayor parte de los jóvenes? Además, la mujer prefiere, por regla general, que el hombre a quien ama peque de

turbulento que no de melindroso. George no había renunciado todavía a las expansiones propias de la mocedad, pero renunciaría pronto y pediría la licencia absoluta, toda vez que la guerra había terminado. Encadenado en Elba gemía el monstruo corso, y por consiguiente, podían darse por terminados los empleos por méritos de guerra y cerrados los caminos merced a los cuales demuestra un militar sus talentos y valor. Con su mesada y la dote de Amelia podría el joven matrimonio vivir en el campo, donde George entretendría sus ocios entre la caza y las labores agrícolas. Dicho se está que serían muy felices. Una vez casado, George no podía continuar en el ejército. ¿Cómo había de vivir Amelia en el pabellón de un cuartel, o quién sabe si en Oriente o en las Indias Occidentales, siempre entre oficiales, siempre junto a la comandanta O'Dowd? Amelia se desternillaba de risa cuando George la entretenía con historietas referentes a su comandanta, y se extasiaba cuando añadía que, personalmente, no le importaban las penalidades de la vida del soldado, pero que la amaba demasiado para someterla a la autoridad y vulgaridades de aquella espantable mujer, y que quería que ocupase en sociedad el lugar que la correspondía.

Entretenidos en estas conversaciones y erigiendo mil castillos en el aire, que Amelia adornaba con flores de todas clases, jardines, muros rústicos, paseos por el campo, y cosas por el estilo, a lo que la fantasía de George añadía caballerizas, jaurías y bodegas, pasaron nuestros enamorados un par de horas agradabilísimas. Como el teniente no tenía permiso más que para un día, y había de hacer infinidad de cosas, propuso a Amelia que fuera a comer con sus futuras cuñadas, invitación que colmó a nuestra amiga de alegría. Acompañóla, pues, a la casa de sus padres, donde la dejó hablando con sus hermanas con ardor y animación que maravilló a tan dignas señoritas, y él salió a fin de evacuar sus negocios.

George tomó un helado en una pastelería de Charing-Cross, fue a probarse un traje a Pall Mall, llamó al capitán Cañón, con quien jugó diez partidas al billar, de las cuales ganó ocho, y volvió a la casa de sus padres con media hora de retraso para comer, pero, en cambio, de un humor excelente.

Menos bueno lo trajo el señor Osborne padre. Cuando este caballero llegó de la City y fue recibido en el salón por sus hijas y la elegante señorita Wirt, observaron todos que su cara, de ordinario solemne, grave, y amarillenta, reflejaba intranquilidad y desasosiego. Al adelantarse Amelia para saludarle, tímida y temblorosa como siempre, contestó con una especie de gruñido y no estrechó con su zarpa hirsuta la manita que la doncella le tendía. Miró con expresión siniestra a su hija mayor, la cual, comprendiendo al punto que la mirada significaba: «¿Qué diablos hace ésa aquí?», se apresuró a decir:

—George está en la ciudad, papá: salió a hacer unos encargos, pero volverá a comer.

—¿Dices que volverá? Pues mira; no quiero que la comida espere por él, Jeannie

—replicó el anciano, arrellanándose en su sillón y guardando un silencio embarazoso.

Cuando el cronómetro, cuya ornamentación era un grupo que representaba el sacrificio de Ifigenia, dejó oír las cinco campanadas, el señor de Osborne hizo repicar con violencia la campana, y tronó:

—¡A comer!

—El señorito George no ha llegado todavía, señor —objetó el ayuda de cámara.

—¡Maldita la falta que nos hace!… ¿Quién es aquí el dueño de la casa? ¡A comer, he dicho!

Amelia temblaba como una azogada: las tres jóvenes restantes cruzaron miradas de inteligencia. En las regiones bajas, la campana, obediente a la señal de arriba, comenzó a tocar desaforadamente. El señor de la casa, sin esperar nuevos anuncios, metió las manos en los bolsillos de su casaca azul con botones de cobre y echó a andar solo, escalera abajo, ceñudo como un Júpiter tonante y con expresión tempestuosa.

—¿Qué pasará? —se preguntaban las hijas, mientras seguían al padre.

—Habrán bajado los fondos —dijo la señorita Wirt.

Silenciosos como estatuas se sentaron todos a la mesa. El señor gruñó una oración que más que oración parecía maldición. Amelia estaba muerta de miedo, pues la habían sentado junto al viejo, y debido a la ausencia de George, se sentía sola en aquel lado de la mesa.

—¿Sopa? —preguntó el señor de Osborne con tono sepulcral.

Sirvió a Amelia y a los demás y no volvió a despegar los labios.

—Retire el plato de la señorita Sedley —dijo al criado—. Por lo visto no es partidaria de la sopa… como yo tampoco. Esta sopa es infernal. Llévese usted la sopa, Hicks, y mañana ponme al cocinero de patitas en la calle, Jane.

Sobre el pescado, que sirvieron después de la sopa, hizo el señor Osborne algunas observaciones tan agradables como las anteriores, y maldijo de Billingsgate y de los que allí pescaban con énfasis digno de aquel lugar. Guardó luego un silencio terrible y echó entre pecho y espalda una porción de vasos de vino. Cuando su mal humor era más grande, entró George.

—No me ha sido posible llegar antes… —dijo George—. Me ha entretenido el general Daguilet, que es un pelmazo… Renuncio a la sopa y al pescado… Servidme cualquier cosa… lo que queráis… ¿Carnero? ¡Soberbio!… ¡Hoy todo lo encuentro soberbio!…

Contrastaba su alegría con la ceñuda severidad del padre, y no cesó de hablar un momento durante la comida, con satisfacción de la mayor parte de los comensales, y sobre todo, de una personita que no hace falta mencionar.

Tan pronto como las señoritas saborearon el vaso de naranjada y vino, broche que cerraba de ordinario las comidas de la casa del señor de Osborne, dióse la señal de

salida de las señoritas, y éstas emprendieron la marcha con rumbo al salón. Amelia no dudaba que George se les reuniría en breve. Viendo que tardaba, se sentó al piano y tocó los valses que más gustaban a George, pero este artificio no le trajo tampoco. Dejó la banqueta, se sentó pensativa en un rincón, y aunque las tres señoritas que se hallaban a su lado ejecutaron las piezas más brillantes de su *répertoire*, Amelia no oyó una sola nota: meditaba, pensaba, presentía males. La mirada del viejo Osborne, siempre ceñuda, jamás se había clavado tan siniestramente en la suya como aquel día. Sus ojos la siguieron implacables, tempestuosos, cuando salió del comedor, como si hubiese cometido alguna falta gravísima. Le sirvieron el café, y al presentarle la taza, se sobrecogió toda, pensando si aquel brebaje sería un veneno mortal preparado por el mayordomo Hicks cumpliendo órdenes de su señor. ¡Oh, las mujeres… las mujeres!… Con la misma facilidad acogen y alimentan espantosos presentimientos que embellecen los pensamientos más horribles.

El ceño paternal había impresionando también a George. ¿Cómo arrancar el dinero que tan imprescindiblemente necesitaba George a aquella cara sombría? Principió nuestro amigo ponderando el vino de su padre, era un procedimiento de contentar al viejo caballero, que de ordinario daba buenos resultados.

—En las Indias no bebimos jamás Madera que pudiera compararse con el suyo, papá. De las botellas que usted me envió el otro día, el coronel Heavytop me secuestró tres.

—¿Ah, sí? —contestó el padre—. Me cuestan a ocho chelines botella.

—¿Quiere usted seis guineas por una docena de botellas? —preguntó George riendo—. Uno de los hombres más grandes de la nación las pagaría a ese precio.

—¿Sí? —gruñó el viejo—. Puede satisfacer su deseo.

—Cuando estaba en Chatam el general Daguilet, el coronel Heavytop le convidó a almorzar y me pidió algunas botellas de este vino. Al general le gustó muchísimo y dijo que quería comprar una pipa para el general en jefe… Le advierto que es la mano derecha de Su Alteza Real.

—El vino es archisuperior, cierto —dijo el del entrecejo.

Todo hacía suponer que la tormenta cedía, y que el período de buen humor que se iniciaba no tardaría en ser completo. George pensaba ya en aprovecharlo para tocar la cuestión de suministro de fondos, cuando su padre, recayendo en la fase de severidad, le dijo:

—Manda que nos sirvan clarete, y veremos si es tan bueno como el Madera que tanto gusta a Su Alteza Real; entre copa y copa te hablaré de un asunto de mucha importancia.

Sirvieron el clarete; Osborne padre llenó y apuró un vaso, y dijo:

—Deseo saber, George, en qué estado se hallan tus relaciones con esa… pequeña que comió hoy con nosotros.

—No puede estar más claro, papá… me parece que salta a la vista… ¡Rico vino, a fe!

—Contesta con precisión, George, y no divaguemos.

—No sé qué decir… Soy modesto nunca me tuve por un Don Juan pero confieso que está enamorada de mí… endiabladamente enamorada, sí, señor… Eso lo ve un ciego.

—¿Y tú?

—¿Yo?… ¿No me mandó usted que me casara con ella?… Yo soy obediente, un buen chico…

—Muy buen chico, sí… ¿Crees que no ha llegado a mis oídos la historia de tus aventuras con lord Tarquín, con el capitán Crawley, con el honorable señor Tapete-Verde, y comparsa? ¡Mucho cuidado, caballerito, mucho cuidado!

George se alarmó al oír pronunciar aquellos nombres aristocráticos, que su padre trajo a colación, porque temió que tras la lista de nombres viniera la historia de los compromisos adquiridos con tales señores en la mesa de juego, mas no tardó en tranquilizarle el autor de sus días continuando de esta suerte:

—Bueno; los jóvenes son y serán siempre jóvenes. Me consuela pensar que alternando con lo mejor de Inglaterra, como creo que alternas, como puedes alternar, George, porque reúnes todas las cualidades necesarias para ello…

—Así es, padre mío —contestó George, abordando por derecho el punto que le interesaba—. Pero es el caso que uno no puede alternar con personajes tan ilustres sin hacer sacrificios de dinero, y mi bolsa, padre, está… mírela usted.

Y sacó una carterita, regalo de Amelia, que contenía el último de los billetes de Dobbin.

—No harás mal papel, George. El hijo de un hombre de negocios inglés no hará nunca un mal papel. Mis guineas son tan buenas como las del rey, George, y no será tu padre quien las escatime. Mañana, cuando pases por la City, haz una visita al señor Chopper, quien tendrá orden de poner a tu disposición un encarguito. No me duele el dinero cuando sé que lo gastas con personas de alta condición social, y no me duele, porque me consta que quien con tales personas alterna, no comete necedades. No soy orgulloso… mi cuna fue humilde, pero tú reúnes una porción de ventajas que yo no conocí, y es preciso que de ellas te aproveches. Alterna siempre con la nobleza, con los jóvenes aristócratas, entre los cuales abundan los que no pueden gastar un dólar por cada guinea que tú tires. En cuanto a las faldas… pase: los muchachos, muchachos son… Pero hay un vicio que quiero que evites, un vicio del que has de huir en lo sucesivo, si no quieres que la bolsa de tu padre se cierre para siempre: me refiero al juego.

—¡Ah… desde luego: del juego hay que huir!

—Pero volvamos a Amelia: ¿por qué razón no has de casarte con una mujer que

valga más que la hija de un mercachifle, George? Eso es lo que deseo saber.

—Mi matrimonio con Amelia es un asunto de familia. ¡Si hace ya cien años que nos casaron usted y el señor Sedley!…

—No lo niego; pero reconocerás que los años alteran profundamente las posiciones de las familias. Confesaré que debo mi fortuna al señor Sedley mejor dicho, la debo a mi talento, a mi genio, puesto que Sedley no hizo más que ponerme en condiciones de desarrollar estas dos cualidades mías, que me han permitido ocupar la alta posición de que disfruto en la City. Mi deuda de gratitud con Sedley está pagada; desde algún tiempo a esta parte, Sedley ha puesto a prueba mi reconocimiento, George, según pregona muy alto mi talonario de cheques… En confianza te digo que no me gusta el estado de los asuntos de Sedley… Aun le gusta menos a mi jefe de oficina Chopper, y cuenta que tiene un olfato prodigioso. Hulker y Bullock le miran con desconfianza… Se ha metido en especulaciones peligrosas. Dicen que era suya la Joven Amelia, recientemente apresada por el corsario yanqui Molasses. Pero ahorremos explicaciones… Con franqueza, George… Si Amelia no presenta diez mil libras en la palma de la mano, es inútil que pienses en casarte con ella… que no he de admitir yo en mi familia a la hija de un pobretón… Sírveme una copa y llama para que nos traigan el café.

El señor Osborne tomó el periódico de la tarde y se enfrascó en su lectura, dando a comprender a George que el coloquio había terminado. Nuestro oficial salió del comedor y subió al salón, alegre como nunca. ¿Por qué estuvo aquella velada más complaciente que nunca, más tierno, más deseoso de distraerla, más dulce? ¿Sería porque su corazón generoso quería infiltrarle fuerzas para resistir la desgracia que sobre ella se cernía? ¿Acaso porque, en vísperas de perderla, la estimaba más que nunca?

Amelia vivió muchos días del recuerdo de aquella velada feliz. Su memoria evocaba las palabras de George, sus miradas, la balada que cantó, su actitud, su expresión de arrobamiento cuando la miraba. Nunca pasó en la casa de los señores de Osborne horas que se deslizasen tan rápidas; hasta faltó poco para que se enfadase con Sambo al verle entrar en el salón con su chal.

A la mañana siguiente, George se despidió de ella con la mayor ternura y se fue a la City, donde visitó al señor Chopper, jefe de las oficinas de su padre, de cuyas manos recibió un papel que no tardó en cambiar, en la casa Hulker y Bullock por un fajo muy abultado de billetes de banco. Al entrar en la casa tropezó con el padre de Amelia, que salía con expresión de gran abatimiento, que no observó George. Tampoco le llamó la atención que no le acompañase hasta el vestíbulo el sonriente Bullock, como solía hacerlo tiempo antes.

Aquella misma noche pagó George cincuenta libras a Dobbin.

No se fue Amelia a dormir sin escribir a su George la más larga y tierna de sus

cartas. El amor desbordaba en su corazón, pero aun le atosigaban los presentimientos. ¿Cuál era la causa del aspecto sombrío del señor Osborne? —preguntaba—. Temía que hubiesen surgido graves diferencias entre su papá y el papá de George; su pobre papá había vuelto de la City con semblante tan melancólico, que la alarma en su casa era general. En resumen: su carta fueron cuatro páginas de ternuras, de temores, de esperanzas y de presentimientos funestos.

—¡Pobre Amelia… mi queridita Amelia!… ¡Está loca por mí! —exclamó George al leer la carta—. Loca… sí… ¡Canastos, y qué dolor de cabeza me ha dado este maldito ponche!… Loca… sí… ¡Pobrecilla!

Capítulo XIV

La solterona Crawley en su casa

AL MISMO TIEMPO que acontecían los sucesos narrados, dirigíase hacia una elegante casa, sita en el barrio de Park Lane, un coche de camino, cuya portezuela ostentaba un rombo heráldico. Ocupaba un asiento en el pescante trasero del carruaje una mujer de lacios cabellos, sujetos a medias con un velo verde, y de aire malhumorado. Era el carruaje de nuestra amiga la solterona señorita Crawley, que regresaba de Crawley de la Reina. Los cristales del coche, que guiaba un automedonte gordo y rollizo, estaban cerrados. Sobre la falda de la mujer de aire malhumorado, descansaba un perro de aguas. Cuando hizo alto el vehículo, salió de él, sostenido por muchos criados, un fardo enorme de chales y, seguidamente, una señora joven, que acompañaba a la masa informe envuelta en mantas. El fardo de chales y de mantas encerraba a la señorita Crawley, que fue conducida a las habitaciones de la casa y acostada en la cama, con los cuidados solícitos que a los enfermos se prodigan. Inmediatamente salieron criados a buscar un médico. Vinieron varios sucesivamente, que reconocieron a la enferma, recetaron y desaparecieron. La señora joven que acompañaba a la solterona recibió las instrucciones de los hombres de ciencia, y administró a la enferma las medicinas antiflojísticas ordenadas por las eminencias.

El capitán Crawley llegó a la mañana siguiente del cuartel de Knightsbridge. Mientras su negro corcel piafaba impaciente hollando la paja extendida frente a la puerta de la residencia de su tía, se enteraba con tierna solicitud del estado de la enferma. Parece que sobraban motivos de aprensión. La doncella de la solterona, que era la mujer despeinada del velo verde, estaba triste y desabrida contra su costumbre, y la señorita Briggs, su dame de compagnie, lloraba a mares en el salón. A la primera noticia de la indisposición de su querida señora había corrido desolada, resuelta a sentarse a la cabecera del lecho del dolor, y se encontró con que le habían negado la entrada en la habitación de la enferma. Una extraña administraba las medicinas a su entrañable amiga, una extraña llegada del campo, una odiosa miss… ¡Ah!… Las lágrimas ahogaban a la dame de compagnie, que se vio precisada a sepultar su dolor y su nariz colorada en su pañuelo de bolsillo.

Rawdon Crawley hizo que la doncella le anunciase, y la nueva compañera de la solterona salió andando sobre las puntas de los pies, puso su linda manita en la robusta del oficial, que avanzaba a su encuentro y, dirigiendo una mirada desdeñosa a la consternada señorita Briggs, hizo señal al hijo de Marte para que saliese fuera del salón y le condujo al comedor, desierto entonces, testigo en tiempos mejores de

espléndidos festines.

Allí permanecieron los dos personajes durante diez minutos, hablando con animación, a no dudar, de la enferma que arriba gemía, al cabo de los cuales, sonó con fuerza la campanilla y entró el señor Bowls, grueso mayordomo de la solterona, quien por casualidad escuchó la conversación sostenida en el comedor, pegando su oreja al ojo de la llave. El capitán salió atusándose el bigote y montó el soberbio corcel que piafaba sobre la paja, llenando de admiración a los granujillas congregados en la calle. Antes de alejarse, dirigió una mirada a la ventana del comedor, donde pudo verse una cabecita de mujer joven, que se retiró inmediatamente para continuar prodigando tesoros de benevolencia y de afecto.

¿Quién sería la mujer joven en cuestión? Aquella noche, después de preparar la mesa para dos personas, la señora Firkin, doncella de la solterona, subió a la habitación de ésta y reemplazó a la nueva enfermera, que bajó a cenar en compañía de la señorita Briggs.

Tal emoción embargaba a esta última, que no podía pasar bocado.

—¿Por qué no sirve usted un vasito de vino a la señorita Briggs? —dijo la dama joven al mayordomo.

Obedeció el obeso servidor, la señorita Briggs apuró automáticamente el contenido del vaso, exhaló media docena de suspiros y principió a atacar al pollo que momentos antes le habían servido.

—Creo que podemos servirnos por nosotras mismas —dijo la persona cuyo nombre ignoramos—. Señor Bowls, puede usted retirarse si gusta: caso que le necesitemos, llamaremos.

El mayordomo se fue, maldiciendo como un condenado, bien que interiormente.

—No debe usted apenarse tanto, señorita Briggs: es preciso tener resignación —dijo la joven desconocida, con entonación ligeramente sarcástica.

—¡Está tan grave, la pobrecilla, y… y… se niega a ver… er… me! —respondió la señorita Briggs, rompiendo a llorar con renovado dolor.

—Su indisposición no es grave; consuélese usted. Se trata de una congestión nada más. Ha mejorado mucho, y pronto se encontrará completamente bien. Está un poquito rendida, pero es cosa sin importancia… Consuélese, y tome otro vasito de vino, que le sentará bien.

—Pero ¿por qué se niega a que la vea? —gimió la señorita Briggs—. ¡Parece mentira!… Después de veintitrés años de cariño, de muestras evidentes de ternura… ¡Oh, Matilde, Matilde!… ¿Es éste el pago que merecía tu pobre Arabela?

—¡No se desespere usted, pobre Arabela! —contestó la otra, con ironía—. No es que no quiera verla, sino que dice que no sabe usted cuidarla tan bien como yo. ¿Cree usted que por gusto me pasaría yo la noche entera velando? No; mis deseos serían ver a usted en mi lugar.

—¿No la he prodigado mis cuidados durante tantos años? Ahora…

—Ahora prefiere que la cuide cualquier persona que no sea usted… ¡Caprichos de enfermo!… Ya sabe usted que los enfermos tienen cada rareza… Tan pronto como se restablezca me iré.

—¡Nunca… nunca! —gritó la señorita Briggs.

—¿Cree usted que no se restablecerá nunca? ¡Bah! Antes de quince días, estaré en Crawley de la Reina con mis queridas discípulas y con su madre, que está bastante más enferma, la pobre, que su señora de usted. No esté celosa de mí, señorita Briggs: soy una huérfana sin amigos ni valedores, sola en el mundo, que ningún daño puedo ni quiero hacerle. No es mi intención suplantarla en el cariño de su señora, la cual ni se acordará de que existo a la semana de haberme ido. Déme un poco de vino, y seamos amigas: nadie tiene tanta necesidad de ganarse amigos como yo.

Al cabo de media hora, la señorita Becky Sharp, que ella era la persona cuyo nombre no habíamos dado, subió de nuevo a las habitaciones de la enferma, de las cuales eliminó, con extremada finura, a la pobre doncella Firkin, la cual se alejó llevando en el alma una tempestad de celos, tanto más peligrosos, cuanto que los mantenía encerrados en su pecho.

Salióle al paso la señorita Briggs.

—¿Cómo sigue, Firkin? —preguntó.

—¡Peor… mucho peor! —respondió la interpelada, moviendo la cabeza—. No quiere hablar palabra… He intentado preguntarle si seguía mejor, y me ha interrumpido diciéndome que guarde mi lengua estúpida dentro de mi condenada boca… ¡No lo hubiese creído!… ¡Parece mentira!

—¿Quién es esa señorita Sharp, Firkin? ¡Cuán lejos estaba yo de pensar, mientras disfrutaba durante las Pascuas de la agradable compañía de los señores Delamare, que una extraña hubiese de arrebatarme el afecto de mi queridísima Matilde!

—¡Oh, señorita Briggs! Parece obra de brujería —contestó la Firkin—. Sir Pitt hubiese querido conservarla a su lado, pero no sabe negar nada a la señorita Matilde. No la quiere menos la señora del rector, y en cuanto al capitán, le es imposible pasarse sin ella. ¡Pues qué diremos de nuestra señora! Ya antes la adoraba, pero desde que está enferma, a nadie más que a ella quiere ver. Yo, personalmente, no lo entiendo: mi opinión es que los ha embrujado a todos.

Becky pasó la noche entera a la cabecera de la enferma. A la noche siguiente, la buena señora dormía tan apaciblemente, que su enfermera pudo descansar una porción de horas en un diván colocado junto a la cama de la primera. Pocos días después, Matilde Crawley se encontró en disposición de abandonar el lecho, y Becky, para distraerla, le hizo un relato cómico del dolor de la señorita Briggs. El capitán Crawley no dejaba de ir un solo día a la casa de su tía; tanto le interesaba la salud de la enferma. La convalecencia fue tan rápida, que la pobre señorita Briggs pudo tener

pronto el consuelo inefable de ver a su señora.

Tuvieron tan poco de romántico las causas que determinaron la deplorable enfermedad de Matilde Crawley y su salida prematura de Crawley de la Reina, que no merecen ser explicadas en una novela de índole refinada y sentimental. ¿Cómo decir de una dama delicada, de una dama que ha vivido siempre en sociedad culta y distinguida, que comió y bebió con exceso, y que una cantidad desmedida de langosta, comida en la rectoría y regada con copiosas libaciones, había determinado la indisposición que ella quiso atribuir a la humedad atmosférica y al frío de la estación? Tan grave fue la indigestión, que Matilde, según expresión del reverendo, «llegó a pedir billete para el viaje largo»; la familia entera pasó horribles momentos de ansiedad pensando en el testamento y Rawdon Crawley se frotaba las manos de gusto pensando en las cuarenta mil libras que no dudaba que pasarían a sus manos antes de la inauguración de la temporada en Londres. Todo el mundo esperaba que su salida de la feria de las vanidades sería segura e inmediata, pero un buen doctor de Southampton, llamado a tiempo, venció a la langosta, que tan fatal había resultado para la enferma, y consiguió dar a ésta fuerzas bastantes para volver a Londres. El barón no cuidó de disimular la mortificación que el giro del asunto tomó cuando menos lo esperaba.

Mientras todos cuidaban con tierna solicitud a la solterona, y de la casa rectoral salían de media en media hora mensajeros portadores de las últimas noticias referentes a su estado de salud, en el castillo de los Crawley había otro doliente de mucho más cuidado, pero a quien nadie prestaba atención. Era la misma señora baronesa. El buen doctor, al verla, movió la cabeza. Sir Pitt consintió que el médico la visitara porque no hubo de pagar la visita, pues de ella hacía el mismo caso que de una mala hierba del parque.

Nadie perdió tanto con la enfermedad de la solterona como las señoritas, que se vieron privadas de las preciosas lecciones de su institutriz, pero no hubo más remedio, porque Becky se reveló como enfermera tan abnegada, que la enferma se negó en absoluto a tomar medicinas que no le fueran administradas por su mano. La doncella Firkin fue depuesta mucho antes de haber sido trasladada su señora a Londres, donde se consoló al ver que la señorita Briggs sufría los mismos ataques de celos que ella, y era víctima de la misma ingratitud.

El capitán Rawdon había pedido prórroga de licencia para cuidar a su tía, de cuyo lado apenas si se separaba. Quince mortales días permaneció en la alcoba de la enferma, quince mortales días que habrían bastado para destrozar otros nervios que no fuesen de acero como los suyos.

Becky veló a la enferma con paciencia inalterable, con solicitud sencillamente heroica. Nada escapaba a su vigilancia; su celo ejemplar tenía mil ojos que lo prevenían todo. Durante la enfermedad, se la vio siempre atenta, despierta al menor

ruido, durmiendo poco y con sueño ligero. Su rostro apenas si reveló señales de fatiga, se acentuó un poquito su palidez, sus ojeras eran más obscuras que de ordinario, pero fuera de la habitación de la enferma se la veía, siempre sonriente, siempre fresca, siempre bien ataviada. Tan encantadora estaba vestida de bata como luciendo los más lujosos vestidos de baile.

Así lo creía al menos el capitán, quien la amaba con verdadera locura. La flecha arponada del amor había atravesado su piel, y cuenta que era dura, pero seis semanas de trato constante, seis semanas de oportunidades, de intimidad, habían bastado para que se rindiera con armas y bagajes. Hizo confidente de sus amores a su tía la señora del rector, quien desde mucho antes había penetrado el secreto, y si al principio trató de disuadir a su sobrino, recomendándole mucho cuidado y mucho tino, concluyó por decirle que Becky era la muchacha más viva, más lista, más habilidosa, más original, más ingenua y más afectuosa de Inglaterra. El capitán no debía jugar con el cariño de una señorita tan digna si no quería incurrir en el desagrado de su tía la señorita Matilde, que admiraba a la institutriz y la quería como a hija. Lo mejor que el capitán podía hacer era volverse a su regimiento y no abusar de los hermosos sentimientos de una criatura inocente como un ángel.

Con mucha frecuencia, la buena señora del rector, compasiva y bonachona, facilitó al capitán ocasiones de hablar con Becky en la casa rectoral y hasta de acompañarla desde aquélla al castillo. Ocurre muchas veces, amables lectoras, que los hombres de cierta clase ven perfectamente bien el anzuelo con que se intenta pescarles, y, sin embargo, se acercan al cebo, se lo tragan, y se dejan pescar. Rawdon vio en su tía intención decidida de estrechar sus relaciones amorosas con Becky. Sin ser muy listo, era hombre de mundo, contaba con la experiencia de varios años de vida social, y sus ojos entrevieron un rayo de luz a través de las siguientes confusas palabras que un día le dirigió su tía:

—Acuérdate de lo que voy a decirte, Rawdon; llegará día, y no tardará mucho, en que Becky será parienta tuya.

—¿Parienta? ¿Prima, tal vez? ¿Es que la pretende James?

—Más que prima —repuso la tía.

—¿Cuñada? ¿Mi hermano Pitt, acaso? ¡Que se desengañe: no la merece y no la tendrá!

—Los hombres estáis ciegos y sois bobos. Si le ocurre algo a lady Crawley, la señorita Sharp será tu madrastra; no olvides mi profecía, que yo te aseguro que será confirmada por los hechos.

Rawdon quedó con la boca abierta: tan inmenso fue su asombro. Guardóse, empero, mucho de contradecir a su tía, pues no había escapado a su penetración la afición decidida de su padre hacia Becky. Conocía muy bien el carácter del autor de sus días, constábale que hombre menos escrupuloso que él no lo había y… ni

mentalmente quiso terminar la frase, pero se dirigió presuroso al castillo, retorciéndose las guías del bigote y resuelto a llegar hasta el fondo del misterio.

No bien se encontró a solas con Becky, comenzó a dar bromas a ésta, con su buen gusto ordinario, a propósito de la inclinación que hacia ella mostraba su padre. Becky irguió la cabeza con expresión de desdén supremo, le miró de frente, y contestó:

—Supongamos que está enamorado de mí… Digo más: me consta que lo está, y que no es él solo, sino varios… ¿Cree usted, capitán, que por enamorado que su padre esté, le tengo miedo? ¿Me supone usted incapaz de defender mi honor?

—¡Oh… no!… Me limito a prevenir a usted… nada más.

—¿Me previene porque teme que alguien trame intrigas vergonzosas?

—De ningún modo… ¡Por Dios!

—Entonces, ¿es que cree usted que no conozco la dignidad personal porque soy pobre y porque es cualidad que jamás tuvieron los poderosos? ¿Cree usted que, porque soy institutriz, tengo menos juicio y menos delicadeza, y soy de cuna menos noble que ustedes, los nobles del Hampshire? ¡Soy una Montmorency, señor mío!… ¿Y vale menos una Montmorency que una Crawley?

Becky, cuando estaba agitada, en las grandes circunstancias, si hacía alusión a su linaje materno, hablaba con cierto acento extranjero que añadía un encanto más a su voz natural, pura y sonora.

—¡No… no! —continuó, suavizando su acento—. Sufriré la pobreza, pero no la deshonra; la indiferencia, mas no el insulto… el insulto… ¡y de usted!… ¡De usted! …

No pudo contenerse; la emoción que la embargaba se desbordó, y las lágrimas corrieron libres y abundantes por sus mejillas.

—¡Lléveme el diablo!… ¡Por favor, Becky!… ¡Ni por mil libras!… ¡Espere… por vida de!… ¡Espere usted, Becky!

Ningún efecto produjeron las instancias del capitán: Rebeca le dejó solo. Aquel día salió en coche con la soltero na, que no había enfermado todavía. En la mesa estuvo más jovial, más expresiva que nunca, pero no quiso advertir las señas, gestos, guiños y súplicas torpes del enamorado y humillado oficial. En campañas como la que narramos, se suceden constantemente las escaramuzas, de las que haremos gracia a los lectores, no sólo porque su relato resulta tedioso, sino porque el resultado de la campaña era siempre el mismo. Las derrotas diarias enloquecían al brillante capitán, que cada día estaba más interesado.

Si el barón de Crawley de la Reina no hubiese temido perder el legado de su hermana Matilde, nunca hubiera tolerado que sus hijas se privaran de los preciosos beneficios de la educación que debían a la competencia y asiduidad de su inapreciable institutriz. Sin aquélla, el caserón solariego parecía desierto. Ya no eran corregidas y

copiadas las cartas de sir Pitt, ni los libros tenían una mano de hada que los llevase al día: asuntos, planes, proyectos, todo quedaba en suspenso, todo en el más lamentable descuido, desde que faltaba la secretaria. Bien se echaba de ver la necesidad que de su amanuense tenía el barón en las cartas que diariamente dirigía éste a aquélla, suplicando y mandando que volviese, y en las escritas a la solterona, tesoros de representaciones patéticas que pintaban los terribles perjuicios que a la instrucción de sus queridas hijas acarreaba la ausencia de su institutriz, misivas de las cuales hacía muy poco caso Becky y ninguno Matilde.

La señorita Briggs no había sido despedida formalmente, pero su puesto de acompañanta se había convertido en una humillante sinecura. No acompañaba sino al perro de aguas y de vez en cuando a Firkin, la doncella. Tampoco podemos afirmar que la instalación de Becky en la casa de Park Lane fuera oficial, aunque la vieja señora no quería oír hablar siquiera de su marcha. Como muchas damas opulentas, Matilde Crawley aceptaba siempre todos los servicios que sus inferiores podían prestarle, y sin inquietarse lo más mínimo los alejaba de su lado cuando no sabía cómo servirse de ellos. Dicen que la gratitud es cualidad ingénita, planta que brota espontáneamente en los corazones humanos, pero excepción de esta ley son muchos ricos, que creen que les son debidos los servicios de las gentes menos favorecidas que ellos por la fortuna. Pero *á bien* que no podéis quejaros, ¡oh, pobres parásitos humildes!, que el afecto que a los ricos profesáis vale poco más o menos lo mismo que la gratitud de aquéllos. Profesáis cariño al dinero, no a la persona. Si de la noche a la mañana un Creso se trocase en su lacayo, y el lacayo en un Creso, ¿a quién de los dos obedeceríais? ¿A quién ofreceríais vuestro afecto?

No obstante la actividad de Becky, su vivacidad, su aspecto siempre complaciente y amable, muy bien podía ocurrir que la astuta vieja de Londres, ante cuyo altar tantos tesoros de cariño se prodigaban, abrigase vagas sospechas sobre la sinceridad de la abnegación de su nueva compañera y amiga. Por la imaginación de la solterona cruzó muchas veces el pensamiento de que nadie hace nada por nada. Si por los suyos juzgaba de los sentimientos de los demás debió llegar sin esfuerzo a la conclusión de que los de Becky eran interesados, pero como Becky le convenía, como la cuidaba, consolaba y distraía, le regaló dos o tres vestidos nuevos, un collar antiguo y un chal viejo, la presentó a todas sus relaciones, y hasta pensó muy vagamente en hacerla objeto de mayores beneficios… casándola, por ejemplo, con un boticario.

En cuanto Matilde Crawley entró en período de franca convalecencia, y pudo dejar su alcoba y bajar al salón, Becky le cantó romanzas e inventó mil medios para distraerla. No bien recuperó fuerzas y pudo salir en coche, Becky la acompañaba en sus paseos y consiguió que dirigiera su rumbo hacia la plaza Russell y la casa de John Sedley.

Con anterioridad a este suceso, entre las dos tiernas amigas de colegio se habían

cruzado infinidad de cartitas, conforme supondrán los lectores, aunque es lo cierto que, durante la permanencia de Becky en el Hampshire, la amistad eterna e inalterable de nuestras dos simpáticas amigas había sufrido una disminución considerable y pasado a ser tan vacilante y caduca, que corría serio peligro de sufrir un desastre próximo. Disculpémoslas, puesto que entrambas jóvenes tenían que pensar en sus asuntos propios y personales; Becky en los medios de insinuarse más y más en el espíritu de las personas de quienes dependía, y Amelia en lo de siempre: en su amor. Al encontrarse las dos jóvenes, precipitáronse la una en brazos de la otra con esa impetuosidad que caracteriza los afectos de la juventud. Becky representó un papel de exquisita, ruidosa y patética ternura en el encuentro; Amelia se sonrojó, estrechó con sincera efusión a su amiga, y se confesó culpable de cierta frialdad con respecto a ella.

La primera entrevista fue de corta duración. Amelia estaba vestida para salir y Matilde Crawley esperaba en la calle, contemplando desde el fondo de su coche al honrado Sambo, acerca de quien pensaba que era uno de los moradores más interesantes de aquel barrio. Becky hizo la presentación de Amelia, quien con su sonrisa dulce, su timidez, su carita arrebatada, logró cautivar desde el primer momento a la aristocrática de Park Lane.

—¡Qué simpática, qué linda es su amiguita, Becky! —exclamaba la vieja, luego que con Becky llegó a su casa—. Me encanta su voz. La traerá con frecuencia a casa, ¿verdad? ¡Sí, sí; pues no faltaba más!

Gustaba la buena señora de la naturalidad de maneras, era su debilidad tener junto a su persona caras bonitas… de la misma manera que rabiaba por poseer hermosos cuadros y bellas porcelanas. Habló de Amelia aquel día media docena de veces, haciéndolo con verdadero entusiasmo, con fruición, y no dejó de hacer su retrato cuando Rawdon vino a su casa, como de ordinario, a participar de los platos condimentados en la cocina de su tía.

Como es natural, Becky se apresuró a hacer constar que Amelia mantenía relaciones formales con el teniente Osborne, con quien debía casarse muy en breve.

—¿Sirve en algún regimiento de línea? —preguntó Rawdon.

—Sirve en un regimiento donde está también un capitán llamado Dobbin —contestó Becky.

—¿Un individuo desmañado, torpe, que vuelca cuanto tiene al alcance de las manos? Le conozco… Y Osborne debe ser un oficial elegante y apuesto que usa patillas negras, ¿eh?

—Negras y descomunales… de las que está descomunalmente orgulloso.

Rawdon rompió a reír a carcajadas.

—Presume de jugar al billar —dijo—, pero es un chambón. Doscientas libras le gané en Cocoa-Tree… Aquel día hubiese perdido el pobre joven la camisa, si el

capitán Dobbin no se lo hubiese llevado a remolque… ¡Podía el capitán haberse ido solo… al cuerno!

—¡Rawdon… Rawdon… no seas mal hablado! —amonestó su tía.

—Pero ¡tía, por Dios… si entre todos los jóvenes que he visto, y se cuentan por millares, no hay uno que, en punto a desgarbado e inoportuno, le llegue a la suela de los zapatos!… Tarquín y Deuceace le sacan hasta el último penique… A trueque de que le vean en compañía de un lord, se tira de cabeza a los infiernos… En Greenwich, él paga las comidas, pero los otros invitan a quien les da la gana.

—Me figuro que esas comidas se harán en agradable compañía —observó Becky.

—Y se figura bien, señorita Becky… acierta, como de ordinario. La compañía es muy agradable… ¡Ja, ja, ja, ja!

—Repito que no seas malo, Rawdon —volvió a exclamar su tía.

—El tal George es hijo de un mercachifle… inmensamente rico, según dicen… ahora bien: los hijos de los mercachifles, ¿no vienen al mundo para que los sangremos los nobles? El día que caiga en mis manos, me río yo del bajón que dará la bolsa de su padre.

—Tendré que prevenir a Amelia… Un marido jugador…

—¡Horror, Becky! —exclamó el capitán con gran solemnidad—. Sin embargo, tía, aunque jugador, no dudo que le veremos aquí pronto.

—¿Es persona presentable? —inquirió la tía.

—¿Presentable? En punto a corrección, no puede pedirse más. Cuando empiece usted a recibir, le invitaremos, así como también a su… ignoro su nombre, pero a bien que no por ello dejaré de designarla; a su adorado tormento… Le escribiré un billetito, vendrá, y veremos si juega tan bien al piquete como al billar… ¿Dónde vive, señorita Becky?

Becky dio las señas de los señores de Osborne, y breves días más tarde, recibía George una carta del capitán Rawdon acompañada de una invitación de la señorita Matilde Crawley.

Becky hizo llegar otra invitación a manos de Amelia, la cual aceptó encantada cuando supo que su George debía formar parte de la reunión. Convínose que Amelia pasaría la mañana con las señoras de la casa de Park Lane, que tan amables eran con ella. Llegó el día; Becky la trató con reposada superioridad; la solterona se entusiasmó con ella, y la trató como a una linda muñeca; la admiró con tales muestras de exagerado éxtasis, que llegó a fatigarla.

George y el capitán Crawley tuvieron una comida de solteros. De sobremesa, Rawdon, que le había acogido con gran familiaridad, gentileza y sencillez, alabó su destreza en el billar, le preguntó cuándo quería tomar el desquite, mostró gran interés por su regimiento, y le habría propuesto una partida de piquete para aquella misma noche, de no haberse opuesto su tía, que no quería que en su casa se jugase. Se libró

por aquel día la bolsa de George, pero el capitán le invitó para el siguiente, suponiendo, añadió, que las exigencias del servicio no lo impidiesen, o bien hubiera de acompañar a la señorita Sedley.

George aceptó complacido la proposición del capitán, quien al día siguiente le presentó a tres o cuatro jóvenes elegantes y divertidos.

—A propósito —dijo con expresión picaresca Osborne—. ¿Qué tal está Becky? Es una buena muchacha… Muy complaciente… ¿Gusta en Crawley de la Reina? Amelia la quería entrañablemente el año pasado.

El capitán miró con mirada de tigre a Osborne y se puso en guardia contra él, mas no tardó la conducta de Becky en tranquilizar sus celos, si realmente habían germinado en el fondo de su pecho. Efectivamente, después de la comida, Osborne fue presentado a la señorita Crawley, y no bien cambió con ésta las frases de rigor, se dirigió hacia Becky como quien se dispone a tomar a una persona bajo su protección benévola.

—¿Qué tal, señorita Sharp? —preguntó, alargando su mano izquierda, seguro de que la amiga de Amelia se enorgullecería del honor que le dispensaba.

Becky le presentó el índice de la mano derecha y le hizo una inclinación de cabeza, tan desdeñosa y glacial, que Rawdon, testigo de la escena desde la habitación contigua, no pudo menos de sonreír al ver el apuro del teniente, que permaneció un momento como cortado y acabó por estrechar el único dedo que le ofrecían.

No sabiendo cómo iniciar la conversación, George preguntó a Becky si se encontraba a gusto en su puesto.

—¿Mi puesto? —dijo con frialdad Becky—. Me dispensa usted un honor que no merezco ocupándose de él… Es un puesto bastante apetecible… el salario no es malo… todo lo contrario… aunque probablemente gana más en su casa de usted la señorita Wirt, institutriz de sus hermanitas… A propósito, y aunque podía dispensarme de hacer la pregunta: ¿cómo están éstas?

—Que podía usted dispensarse de preguntar… ¿Por qué, señorita Sharp? —preguntó George, completamente aturdido.

—Es muy sencillo… No sé que nunca hayan tenido la condescendencia de dirigirme la palabra y jamás me invitaron a poner en su casa los pies mientras estuve en la de Amelia… Pero a bien que nosotras, las pobres institutrices, estamos habituadas a semejantes desaires.

—¡Por Dios… señorita Sharp!… —balbuceó George.

—Desaires de algunas familias, por lo menos —continuó Becky—. No son tan opulentos los habitantes del Hampshire como los felices moradores de la capital… pero, en fin, sirvo a una familia de caballeros, una familia de la rancia nobleza inglesa. Supongo que usted debe de saber que el padre de sir Pitt se negó a ser Par del Reino. ¿Cómo me tratan?, viéndolo está usted; muy bien; muy bien…

admirablemente bien. Estoy contentísima… y crea usted que le agradezco el interés que me testimonia.

Osborne estaba furioso: el coraje le ahogaba. Aquella institutriz insignificante le derrotaba, se burlaba de él, le había vencido y le había arrebatado la presencia de ánimo, que tan necesaria le habría sido en aquellos momentos para saber salir de una situación falsa, poniendo fin airoso a una conversación que nada de deliciosa tenía para él.

—Yo creí que usted era muy aficionada a las familias que viven en la capital —dijo con intención mordaz.

—¿Hace un año, cuando yo acababa de salir de aquel terrible colegio? Confieso que entonces sí: ¿hay muchacha que no desee ir a su casa o a la de personas amigas los días de fiesta? Además: ¿conocía yo entonces algo mejor? Pero dieciocho meses, señor Osborne, enseñan mucho… y determinan cambios y transformaciones muy radicales, sobre todo, si esos dieciocho meses se pasan… perdóneme que se lo diga… se pasan alternando con caballeros… Amelia es una perla, una perla preciosa que brillará y será encantadora dondequiera que se encuentre… ¡Vaya!… Veo que vuelve usted a recobrar su buen humor… me alegro… ¡Son tan especiales los que viven en la capital!… ¿Y el señor Joseph? ¿Cómo está el admirable, el prodigioso señor Joseph?

—En otro tiempo, me pareció que no le era a usted antipático ese admirable, ese prodigioso señor Joseph —replicó Osborne.

—¡Qué severo es usted!… Bueno: entre *nous*, debo confesar que no me destrozó el corazón, aunque si me hubiese pedido lo que sus miradas maliciosas dan a entender, no le habría contestado que no.

George no respondió.

—¡Qué honor para mí el haber sido cuñada del caballero George Osborne!, hijo del caballero John Osborne, hijo de… ¿cómo se llamaba el papá de su papá, señor Osborne? No se enfade usted, amigo mío… ¿Es culpa suya si desciende de una familia linajuda? Confieso que sin inconveniente habría yo otorgado mi mano a Joseph Sedley… ¿qué más podía desear una pobre muchacha sin dote? Ya ve usted que soy franca, le he revelado todo el secreto… Soy tan franca como fue usted poco fino y amable recordándome la circunstancia… Mi querida Amelia… de tu hermano Joseph estábamos hablando el señor Osborne y yo… ¿qué tal se encuentra?

La derrota de George fue completa, sin que ello quiera decir que Becky tuviese razón, sino que fue más lista que su interlocutor. Éste hubo de volver vergonzosamente la espalda al enemigo, considerando que si frente a él permanecía un minuto más, cometería alguna locura en presencia de Amelia.

Por viva que fuera la contrariedad de George, no iba a cometer la bajeza de vengarse de una mujer contando a espaldas suyas sus historias pasadas, pero, esto no

obstante, al día siguiente al de su derrota hizo hábiles confidencias al capitán Crawley a propósito de Becky, diciendo que era una muchacha astuta, peligrosa, coqueta hasta lo infinito, etc., etc., confidencias que Crawley escuchó riendo a carcajadas y que transmitió a Becky a las pocas horas de recibidas. Como es natural, aumentó considerablemente la estimación que a Osborne profesaba Becky; su instinto femenino le había revelado que sus primeras tentativas amorosas fracasaron gracias a las intrigas de Osborne, y, desde entonces, le favoreció con una estimación que sin esfuerzo supondrá el lector.

—Mi intención es advertirle como amigo —dijo al capitán, quien le había vendido su caballo y ganado algunas docenas de guineas después de la comida—. Mi intención, y mi deber… Me precio de conocer a las mujeres, y le aconsejo que se vaya con tino con la que nos ocupa.

—Gracias, amigo, gracias —contestó Crawley, con expresión de viva gratitud—. Bien se echa de ver que es usted conocedor del género.

George confesó a Amelia lo que había hecho, y le expuso los consejos que había dado a Crawley, un buen muchacho, franco a carta cabal, bonachón e inocente, a quien habría sido un crimen no poner en guardia contra la intrigante Becky.

—¿Contra quién?

—Contra tu amiga la institutriz; no te asombre lo que digo.

—George… George… ¿qué has hecho?

Su penetración femenina, que el amor hace aun más sutil, había adivinado en un instante el secreto que escapó a la mirada de la solterona Crawley, a la de su dama de compañía Briggs y a la un poquito más turbia del joven teniente Osborne: el secreto eran los amores del capitán con Becky.

Era el caso que, habiendo entrado las dos amigas, uno o dos días antes, en un cuarto, donde tuvieron ocasión de comunicarse sus secretos y de tramar tal vez alguna de esas pequeñas conspiraciones que constituyen toda la felicidad de las muchachas, Amelia, acercándose a Becky, tomó entre) las suyas sus dos manos y le dijo: «Becky… lo he adivinado todo».

Por toda contestación, Becky le dio un beso. Ninguna de las dos amigas había vuelto a pronunciar palabra sobre tan delicioso secreto, pero estaba escrito que el misterio había de ser poco duradero.

Breve tiempo después de los acontecimientos narrados, y cuando Becky continuaba viviendo en la casa de Park Lane, falleció la segunda esposa de sir Pitt Crawley. Hallábase éste en Londres cuando el triste suceso tuvo lugar, atareado y en comunicación constante con sus innumerables abogados, gracias a la tramitación de alguno de sus pleitos, también innumerables, lo que no le impedía pasarse todos los días por la casa del Park Lane, para despachar con Becky asuntos de importancia, rogarle unas veces, mandarle otras que volviese cuanto antes al castillo de Crawley

de la Reina, donde gemían sus dos abandonadas discípulas en el más triste de los aislamientos, sobre todo después que la enfermedad de su madre se había agravado. No quería oír hablar de marcha la señorita Matilde, la cual, si bien es cierto que gozaba fama merecida de saber abandonar a sus amistades con gran facilidad tan pronto como la compañía de aquéllas comenzaba a fastidiarla, no lo era menos que, mientras duraba su *engoument*, su apego era extraordinario, y de él dio pruebas elocuentes a Becky.

La noticia del fallecimiento de la esposa del barón no provocó grandes explosiones de dolor ni muchos comentarios en la casa de la solterona.

—Creo que mi hermano tendrá decencia bastante para no pensar en casarse por tercera vez —dijo Matilde.

—Y si se casa, la rabia de mi hermano Pitt será tan grande, que acaso le mate —observó Rawdon.

Becky no despegó los labios; parecía la más conmovida, la más afectada de la familia por el triste acaecimiento. Aquel día se retiró antes que lo hiciese Rawdon, pero la casualidad hizo que se encontrasen en el vestíbulo al marcharse el capitán, y claro está que no iban a cometer la desatención mutua de no hablarse.

A la mañana siguiente, Becky dio un susto a Matilde Crawley, en ocasión en que ésta saboreaba tranquilamente la lectura de una novela francesa, gritando desde la ventana a la que se había asomado:

—Ahí tiene usted a sir Pitt, señora.

Al anuncio siguió inmediatamente el llamamiento del barón.

—No puedo recibirle, querida… no quiero verle —contestó la vieja—. Diga a Bowls que responda que he salido, o bien baje usted y hágale entender que estoy enferma y que no puedo recibir a nadie. Mis nervios no podrían sufrir en este instante la presencia de mi hermano.

Dicho esto, continuó tranquilamente su lectura.

—Está enferma… no puede recibirle —dijo Becky a sir Pitt, a cuyo encuentro salió.

—Tanto mejor —respondió el barón—; a quien deseo ver no es a mi hermana sino a usted, Becky. Vayamos al salón.

No bien entraron en éste, añadió sir Pitt:

—Tengo necesidad absoluta de que usted vuelva a Crawley de la Reina.

Había dejado sobre una mesa sus guantes negros y su sombrero adornado con ancho crespón, y miraba a su bella interlocutora con mirada ansiosa.

—Mi regreso no se hará esperar… —contestó Becky a media voz— cuando la señora esté mejor… Estoy deseando ver a mis queridas discípulas…

—Tres meses hace que me repite usted lo mismo, Becky, no obstante lo cual, continúa aferrada a mi hermana, que la echará de su lado cualquier día, con la

tranquilidad con que arroja un par de zapatos usados. Aquello está muy cambiado… mis asuntos se embrollan que es una calamidad… Repito que tengo necesidad absoluta de usted… ¿Quiere usted venir conmigo, sí o no?

—No me atrevo… creo que… temo… que no estaría bien vivir sola con usted —dijo Becky aparentando gran turbación.

—Por tercera vez digo que la necesito, que no puedo hacer nada sin usted. Hasta que la perdí no comprendí todo lo que usted vale… Mis cuentas no son cuentas, mis asuntos andan de cabeza… Es preciso que usted vuelva… Vuelva usted, mi querida Becky… ¿verdad que vuelve?

—Volver… Pero ¿en calidad de qué, señor barón?

—Como lady Crawley, como mi esposa, si usted quiere… ¡Nada! ¡Ya está dicho! … Vuelva y será mi mujer… Váyanse al diablo los pergaminos, que para mujer es tan buena usted como la primera… Más talento tiene usted encerrado en esa cabecita que el que atesoran todas las hijas de barones del reino. ¿Viene usted? ¿Sí o no?

—¡Oh, sir Pitt! —exclamó Becky, intensamente conmovida.

—¡Diga usted que sí, Becky!… Soy viejo, pero bueno… un pedazo de pan… Aun estoy fuerte, y lo estaré durante veinte años más… La haré a usted feliz, no lo dude… Harás lo que quieras, hermosa, gastarás sin tasa, nada te negaré… Pondré a tu nombre una fortuna que asegure tu porvenir… No vaciles… acepta… —suplicaba el barón, mirando a Becky con ojos de sátiro, y terminando por caer de rodillas.

Becky dio un paso atrás, demudado el semblante, hondamente agitada. Hasta aquí no le hemos visto perder la sangre fría, pero en esta ocasión, le faltó por completo. Sus ojos dejaron escapar lágrimas sinceras.

—¡Oh… sir Pitt!… —exclamó—. ¡Estoy… estoy ya casada!

Capítulo XV

Donde el marido de Becky se deja ver por breve tiempo

AQUELLOS DE NUESTROS LECTORES que sean de carácter sentimental, y conste que no deseamos más que los de la clase indicada, han debido contemplar arrobados el *tableau* que sirvió de broche al capítulo anterior de nuestro drama, pues nada hay tan bello como una encarnación del Amor de rodillas a los pies de la Hermosura.

Pero fue el caso que, cuando el Amor oyó de labios de la Hermosura la terrible confesión de que estaba ya casada, se enderezó como resorte de bien templado acero y, abandonando la actitud humilde que sobre la alfombra tenía, prorrumpió en exclamaciones que pusieron más temblorosa a la pobre Belleza de lo que lo estaba al pronunciar su confesión.

—¡Casada!… —tronó el barón—. ¡Usted bromea!… ¿Pretende divertirse a mi costa? ¿Quién ha de casarse con una mujer que no tiene sobre qué caerse muerta?

—Casada… sí… casada —contestó Becky deshaciéndose en llanto, con voz temblorosa y el pañuelo en los ojos—. ¡Oh, sir Pitt!… ¡No me acuse usted de ingrata… no diga que en mi corazón no queda la huella de los favores, de las bondades que de usted he recibido!… ¡Su generosidad me arrancó el secreto!…

—¡Váyase al… cuerno la generosidad!… —bramó el barón—. ¿Con quién se ha casado usted? ¿Quién es él?

—¡Permítame que vuelva con usted al campo, señor… permítame que continúe sirviéndole con la fidelidad de siempre… no me destierre usted de mi querido Crawley de la Reina!…

—El individuo te ha abandonado, ¿verdad? —preguntó el barón, principiando a comprender—. Pues bien, Becky… si… vuelve conmigo… No es posible comerse un pastel y guardarlo… Te hice un ofrecimiento ventajoso; ya que no puedes aceptarlo, vuelve como institutriz… como dueña, mejor dicho, puesto que has de hacer lo que quieras.

Becky asió la mano del viejo y lanzó sollozos capaces de romper el corazón de una piedra, si de corazón hubiese dotado la Naturaleza a las piedras. Sobre su cara cayeron los abundantes rizos y bucles de su peinado, y se colocó en actitud de supremo dolor, acodada sobre la repisa de la chimenea.

—¿Conque te abandonó tu infame seductor? —repitió sir Pitt, en cuyo corazón germinaban vergonzosos pensamientos—. No te importe, hermosa; de ti cuidaré yo.

—¡Oh, señor!… Mis anhelos, la felicidad de mi vida será volver a Crawley de la Reina, y cuidar de nuevo de sus hijas con la tierna solicitud de antes, y ser lo que era

cuando usted estaba satisfecho de los servicios de Becky. Cuando pienso en los ofrecimientos que usted acaba de hacerme, me invaden oleadas de gratitud que no caben dentro de los estrechos límites de mi pecho. No puedo ser su esposa, señor… permítame que sea su hija.

Becky, a la par que decía estas palabras, caía de rodillas en actitud intensamente trágica y, tomando las manos duras y negras de sir Pitt entre las suyas, pequeñas, blancas y suaves como el raso, le miraba a la cara con expresión de exquisita confianza, cuando… cuando se abrió bruscamente la puerta y apareció en su umbral Matilde Crawley.

La casualidad había llevado a las Firkin y Briggs a la puerta del salón no bien entraron en éste sir Pitt y Becky, y accidentalmente, sin intención, vieron, por el ojo de la cerradura, al primero de rodillas a las plantas de la segunda, y oído el generoso ofrecimiento hecho por el barón. Inmediatamente volaron a la estancia donde su señora continuaba leyendo la novela francesa, y le dijeron que sir Pitt estaba de rodillas y ofreciendo su mano y su nombre a Becky. Ahora bien: si el lector se toma la molestia de calcular el tiempo que las dos servidoras necesitaron para trasladarse desde la planta baja de la casa, donde se representaba la asombrosa escena, hasta el piso superior, donde leía Matilde, el que les costó dar la noticia, y el indispensable para que la lectora arrojase al suelo el volumen de Pigault le Brun y bajase la escalera, no podrá menos de reconocer que nuestra historia es modelo de exactitud, al llevar a Matilde al saloncito de la planta baja en el preciso momento en que Becky adoptaba aires de ejemplar humildad.

—¡Es la dama la que está de rodillas, y no el galán! —gruñó Matilde, con mirada y tono de supremo desdén—. Me dijeron que usted estaba de rodillas, sir Pitt… arrodíllese otra vez para que pueda yo admirar la linda facha que hace un hermano mío.

—Estaba dando las gracias a sir Pitt, señora —contestó Becky levantándose—, y diciéndole que me es imposible concederle mi mano.

—¡Cómo! ¿Se ha negado usted? —exclamó Matilde, cuya estupefacción aumentó.

El asombro dilató los ojos y abrió las bocas de Briggs y de Firkin, que estaban en la puerta.

—Sí… me he negado —respondió Becky, con voz velada por la emoción y las lágrimas.

—¿He de dar crédito a mis oídos, sir Pitt? ¿Es cierto que has hecho a esta señorita una declaración formal? —interrogó la vieja.

—Sí; es cierto —contestó el barón.

—¿Y te dio calabazas, conforme dice ella?

—Me las dio, sí —contestó sir Pitt, soltando una risotada.

—Por lo visto, el desaire no te afecta demasiado —observó Matilde.

—¡Ni poco ni mucho! —respondió el interpelado, con sangre fría y buen humor que maravillaron a la solterona.

Que un caballero viejo y noble cayese de rodillas ante una pobre institutriz y riese a carcajadas porque había sido rechazado, y que una pobre institutriz se negase a aceptar la mano de un barón adornada con una renta de cuatro mil libras esterlinas anuales, eran misterios que Matilde Crawley no pudo comprender jamás. El propio Pigault le Brun, su autor favorito, no supo idear para sus novelas intrigas tan complicadas.

—Celebro que lo tomes tan a la ligera, hermano —dijo la solterona sin salir de su asombro.

—Extraordinario, ¿verdad? ¡Quién había de pensarlo!… Realmente es un diablillo que se pierde de lista… Dicen que es astuta la zorra… pueden echarle zorras a esta chiquilla —añadió sir Pitt entre dientes reventando de gozo.

—¡Claro que quién había de pensarlo! —gritó la vieja golpeando el suelo con el pie—. Dígame usted, señorita Sharp… ¿espera que se divorcie el príncipe regente? ¿Estima que nuestra familia es poca cosa para usted?

—La actitud en que usted me encontró al entrar, señora —respondió Becky—, decía harto elocuentemente que estoy muy lejos de despreciar el honor que este noble caballero se ha dignado ofrecerme. ¿Por ventura creen que no tengo corazón? He merecido el cariño de todos ustedes, han prodigado bondades sin cuento a una huérfana pobre, desvalida, abandonada en el mundo… ¿y la huérfana ha de ser insensible a tanta bondad? ¡Oh, amigos míos!… ¡Oh, bienhechores míos!… ¿Serán bastantes todo mi cariño, toda mi vida, toda mi abnegación, para pagar la confianza que me han demostrado? ¡No me acusen de ingrata… que es cargo demasiado doloroso para mí!…

Su actitud era tan patética, sobre todo cuando cayó desplomada sobre una butaca, que todos los presentes se emocionaron hasta derramar casi lágrimas.

—Se case usted conmigo o no, Becky, es usted una buena muchacha y puede contar hoy y siempre con la amistad de sir Pitt; no lo olvide —dijo el barón, calándose el sombrero y marchándose, con no poca satisfacción de Becky.

Llevándose el pañuelo a los ojos y despidiendo con una seña a la bondadosa Briggs, que se disponía a seguirla, tomó Becky la escalera y fue a encerrarse en su cuarto, dejando a la solterona y a la señorita indicada discutiendo acaloradamente el incomprensible asunto, y a Firkin camino de las regiones de la cocina, donde refirió la interesante escena narrada ante toda la servidumbre masculina y femenina. Tan impresionada quedó la buena Firkin, que aquel mismo día consideró oportuno escribir a la familia del rector de Crawley de la Reina que «sir Pitt había pedido la mano de la señorita Sharp y sido desairado por ésta, con admiración de todos».

La vieja y la dama de compañía comentaron muy extensamente lo sucedido, tratando en vano de buscar una explicación, pero, al fin, la señorita Briggs insinuó, muy atinadamente, que la negativa de Becky debió ser consecuencia de algún obstáculo que muy bien podían ser compromisos anteriores, puesto que, de otra suerte, ninguna mujer, con sentido común, habría rechazado una proposición tan deslumbrante.

—¿Luego tú, en el caso de Becky, habrías aceptado? —dijo la vieja.

—¿No es un honor altísimo ser hermana de la señorita Matilde Crawley? —replicó la Briggs, esquivando una contestación más directa.

—De todas suertes, Becky habría hecho una buena lady Crawley —observó la vieja, ablandada por la negativa de la muchacha y extremadamente liberal y generosa cuando no eran precisos sacrificios—. Tiene talento, mucho talento… en la punta del dedo meñique tiene más que tú en todo el hueco de tu cabeza, mi pobre Briggs. Sus modales, desde que yo los he refinado, son excelentes. Es una Montmorency, Briggs, es decir, por sus venas corre sangre noble, y la sangre es algo… aun cuando a mí me merezca el mayor desprecio. Mejor papel habría representado ella entre los estúpidos del Hampshire que la infortunada hija del ferretero, fallecida prematuramente.

Briggs manifestó que su opinión coincidía con la de su señora, insistió en la sospecha «de compromisos anteriores», y continuó entre las dos damas la discusión de este aspecto del asunto.

—Vosotras, las pobres, adolecéis todas del mismo defecto: os enamoráis —observó la señorita Matilde—. Tú misma… ya lo sabes, estuviste loca por un maestro… No llores… tus ojos son fuentes eternas, y por muchas lágrimas que viertan, ten por seguro que no han de volver a la vida al muerto… Pues bien: seguramente la pobre Becky se ha enamorado también de alguien… de algún boticario o tratante de caballos, quizá de algún pintor, o cosa parecida.

—¡Pobrecilla… pobrecilla! —exclamó Briggs, retrocediendo de un salto con la imaginación veinticuatro años de su vida, y pensando en el joven maestro de cabellos amarillos y lacios, cuyas cartas, hermosísimas y patéticas en su ilegibilidad, guardaba religiosamente en la mesa escritorio de su cuarto—. ¡Pobrecilla!…

—Vista la conducta de Becky —dijo la solterona—, deber sagrado de nuestra familia es hacer algo. Es preciso averiguar quién es el sujeto, Briggs. Cueste lo que cueste, hay que saberlo, pues mi intención es ponerle una tienda, si es tendero, encargarle mi retrato si es pintor. Dotaré a Becky, y tendremos boda, Briggs, y tú te encargarás de preparar el almuerzo, y acompañarás a la novia.

Declaró Briggs que entrambas cosas haría con verdadero deleite, juró una vez más que su señora era la dama más buena y generosa de la tierra, y subió al cuarto de Becky con objeto de consolarla, y de paso, hablar sobre la proposición de sir Pitt, sobre la negativa y sobre las causas determinantes de la misma, dejar entrever las

intenciones generosas de la solterona y averiguar quién era el afortunado mortal que se había enseñoreado del hermoso corazón de Becky.

Becky, tesoro de bondad, de cariño y de ternura, contestó agradecida a las manifestaciones de Briggs que, en efecto, mediaban tiernos compromisos anteriores, compromisos secretos… Es posible que se hubiese explayado más, pero no habrían transcurrido cinco minutos desde la llegada de Briggs, cuando se presentó la propia señorita Matilde, ¡honor inaudito!, cuya impaciencia era tanta, que no la consintió esperar el resultado de las gestiones de su embajadora. Mandó salir de la estancia a su dama de compañía, y después de aprobar la conducta de Becky, pidióla detalles de la escena y de los preliminares que cristalizaron en el asombroso ofrecimiento de sir Pitt.

Explicó Becky que desde largo tiempo antes venía observando la predilección con que sir Pitt se dignaba honrarla, pues solía expresar sus sentimientos sin reservas y con perfecta franqueza, pero que, prescindiendo de razones particulares, con cuya exposición no quería molestar a la señora, la edad de sir Pitt, su alta posición social y sus hábitos en consonancia con ésta, eran motivos más que suficientes para hacer imposible el matrimonio propuesto. ¿Cómo podía una mujer que en algo se respetase escuchar proposiciones semejantes en los momentos en que sir Pitt formuló la suya, hallándose de cuerpo presente la esposa fallecida del pretendiente?

—No, querida mía, no me convence; usted no habría desdeñado a mi hermano si no existiesen otras razones —replicó la solterona abordando directamente el asunto —. Lo que yo deseo saber son precisamente esas razones particulares, con cuya exposición teme molestarme… ¿Cuáles son? ¿Hay alguien de por medio, alguien que se ha enseñoreado de su corazón?

Becky bajó los ojos asintiendo.

—No se engaña usted, señora —contestó con voz balbuciente—. Le maravilla a usted que una pobre muchacha abandonada, sola en el mundo y privada de amigos y valedores, tenga pretendientes, ¿verdad? Pero yo no sé que la pobreza sea salvaguardia segura contra el amor… ¡Plugiera a Dios que lo fuese!

—¡Pobrecilla! —exclamó la vieja, siempre predispuesta a lo sentimental—. Una pasión no correspondida, ¿verdad? ¿Ama usted en secreto? Cuéntemelo todo, que yo, ya que no otra cosa, procuraré consolarla.

—¡Ojalá pudiera usted hacerlo, señora… que bien necesitada estoy de consuelo! —contestó Becky con voz que destilaba lágrimas.

Inconscientemente apoyó su cabeza sobre el hombro de la señorita Matilde, y lloró, lloró mucho y con naturalidad tan patética, que la anciana dama la abrazó con ternura maternal, la prodigó mil hermosas frases de cariño, juró que la querría siempre como a hija amantísima y que haría todo lo humanamente posible por servirla, y terminó preguntando:

—¿Y quién es él, querida hija mía, quién es él? ¿Por ventura el apuesto hermano de la señorita Sedley? Yo te prometo que le hablaré, y que te casarás con él… ¡pues no faltaba más!

—No me pregunte en este momento, señora… Todo lo sabrá… y muy pronto; yo se lo aseguro… Mi querida señora… ¿accede a mi súplica?

—Desde luego, hija mía —respondió la solterona besándola.

—No puedo decirlo ahora… soy muy desgraciada… —sollozó Rebeca—. Pero ¡oh!… ¡quiérame siempre… no me retire su cariño… prométame que me lo conservará eternamente!

En medio de una tempestad de lágrimas mutuas, pues las emociones de la joven habían despertado las simpatías de la vieja, fue hecha la promesa solemne por Matilde Crawley, que se despidió poco después de su *protegée* admirándola y bendiciéndola como a la criatura más ingenua, más cariñosa, más tierna y más… incomprensible.

Sola Becky y abandonada a sí misma, en disposición de reflexionar sobre los acontecimientos maravillosos de aquel día, meditando sobre lo que era y sobre lo que podía haber sido, ¿cuáles supondrán los lectores que podían ser los pensamientos de la señorita… no, de la señora Becky? Quizá no lo acierten; pero toda vez que el autor de este libro se arrogó antes el privilegio de penetrar en el dormitorio de Amelia Sedley y sorprendió, merced a la omnisciencia que es patrimonio de los novelistas, las alegrías, los pesares y las pasiones que se debatían sobre la inocente almohada de aquel lecho virginal, ¿por qué no ha de declararse asimismo confidente de Becky, dueño de sus secretos y secretario de su conciencia?

Pues bien: en primer lugar, haré constar que Becky experimentó la pena más viva y más sincera al verse obligada a renunciar a la fortuna prodigiosa que tan cerca de la mano había tenido; seguramente participarán de ese pesar todos aquellos que sean capaces de emociones naturales. ¿Hay por ventura una madre, digna de nombre tan dulce, que no sintiese conmiseración hacia una muchacha sin un cuarto, que pudo ser baronesa y disfrutar de una renta de cuatro mil libras esterlinas anuales? En la feria de las vanidades, ¿existe una sola persona joven y bien nacida que regatee sus simpatías a una muchacha trabajadora, ingeniosa y rica en méritos, que recibe un ofrecimiento tan honorable, tan ventajoso, tan incitante, en el momento preciso en que no depende de ella aceptarlo?

Una noche me encontraba yo mismo en plena feria de vanidades, en una soirée. Con sorpresa observé que una señorita vieja llamada Toady, presente también, prodigaba atenciones particularísimas a la señora del curial señor Difuso, hombre de buena familia, pero sin un cuarto, como todos sabemos. ¿A qué serán debidos tantos obsequios, tantas atenciones, tanta adulación de parte de la señorita Toady? —me preguntaba yo intrigado—. ¿Habrían hecho a Difuso magistrado del Supremo?

¿Habrá heredado una fortuna su mujer? No tardó en darme la clave del misterio la misma señorita Toady, con ese candor que la caracteriza. «La señora de Difuso —dijo — es nieta, como sabe usted, de sir John Rojo, enfermo en la actualidad de tanto cuidado, que es opinión general que no ha de vivir seis meses. Heredará el título de barón el padre de la señora de Difuso, la cual, por tanto, será hija de un barón». No terminó la reunión sin que la señorita Toady invitase a comer al curial Difuso y a su distinguida esposa.

Ahora bien: si la probabilidad de llegar a ser hija de un barón puede procurar a una dama pobre tan hermosos homenajes, ¿no es verdad que merecen el mayor y más simpático de los respetos las agonías que sufre una mujer que pudo ser baronesa y perdió la oportunidad? Pero ¿quién había de soñar que la esposa de sir Pitt dejase tan pronto el mundo? Estaba enferma, cierto, pero su enfermedad era de las que lo mismo podían durar diez días que diez años…

«¡Oh, si yo lo hubiese sospechado!…», pensaba Becky, sintiendo las torturas del arrepentimiento. «Yo sería baronesa… llevaría a este viejo por y a donde quisiera, me hubiera librado de la protección de la señora Bute y de las condescendencias insufribles del hijo del barón, haría amueblar y decorar de nuevo la casa de la capital, tendría palco en la Ópera, mis carruajes serían los más lujosos y sería presentada a la sociedad elegante… Todos estos sueños pudieron ser realidades… lo serían, mientras que ahora… ahora… mi porvenir aparece envuelto en dudas y misterios…»

Pero era Becky mujer de mucha resolución y de carácter demasiado enérgico para permitirse durante mucho tiempo lamentaciones estériles sobre un pasado irrevocablemente perdido, así que, después de haber concedido a sus arrepentimientos una porción conveniente de lamentos, con mucha cordura volvió toda su atención hacia su porvenir que, después de lo hecho, era para ella más importante. Calculó, pues, midió y aquilató todas sus esperanzas, sus dudas, sus probabilidades, y, sobre todo, su posición.

En primer lugar, estaba casada; éste era el punto capital. Lo sabía sir Pitt. ¿Fue la sorpresa la que le arrancó la confesión? No: la confesión nació de una resolución meditada y consciente, tomada sobre el terreno. Su matrimonio debía hacerse público más pronto o más tarde: ¿qué más daba que fuera entonces o al año siguiente? Por lo menos, el que se había mostrado dispuesto a casarse con ella se vería obligado a aceptar la cosa. La gran cuestión era saber cómo recibiría Matilde Crawley la noticia. Acerca de este particular, Becky abrigaba sus temores, pero recordaba al propio tiempo que la vieja manifestaba con frecuencia profundo desprecio hacia los pergaminos, profesaba ideas liberales, simpatizaba con las situaciones románticas, adoraba a su sobrino y queríala a ella. Pensaba que queriendo con cariño entrañable a su sobrino, se lo perdonaría todo, y que, acostumbrada a su trato, al de Becky, no podría pasarse sin ella. Se decía que, cuando llegara el *éclaircissement*, sobrevendría

una escena algún tanto movida, quizá algún ataque nervioso, una disputa, y luego una reconciliación inmensa. De todas suertes, ¿a qué dilatar el momento? Echados los dados, el efecto sería el mismo hoy que mañana.

Resuelta ya a poner a la solterona en autos, buscó los mejores medios de dar la noticia y debatió mentalmente si le convendría más afrontar la tormenta, que indudablemente debía sobrevenir, o esquivarla huyendo, hasta que cesasen los primeros vendavales, que probablemente serían los más recios. Tal era su estado de ánimo cuando escribió la carta siguiente:

Querido mío: La gran crisis de que tantas veces hemos hablado ha llegado. Hay quien conoce la mitad de mi secreto, y detenidas reflexiones me han convencido de que es llegada la ocasión de revelar todo el misterio. Esta mañana vino a verme sir Pitt y me hizo… me hizo una declaración en regla. ¡Pobre de mi!… ¿Quién había de pensarlo? Podría haber sido la baronesa de Crawley, con viva satisfacción de la señora del rector… podría haber sido mi mamá suegra… podría haber sido la mamá de alguien de quien soy… ¡Oh!… ¡tiemblo cuando pienso cuan cercano está el momento de decirlo todo!…

Sir Pitt sabe que estoy casada, pero como ignora con quién, su desagrado no es todavía muy grande. Mi tía está incomodada porque he rehusado el honor que me dispensaba su hermano, pero, esto no obstante, es toda bondad y toda ternura. Lleva su condescendencia hasta el extremo de confesar que yo hubiese sido digna esposa de su hermano y añade que será una madre para tu pequeña Becky. El golpe que recibirá cuando sepa la gran nueva será terrible, pero creo que no debemos temer más que una explosión momentánea de cólera; de ello estoy firmemente convencida. Te adora tanto, picarón, que te lo perdonará todo; añade a esto que yo ocupo en su corazón el puesto inmediato al tuyo, que no podría vivir sin mí, y saca la consecuencia. Querido mío: una voz interior me dice que venceremos. Tú podrás dejar ese regimiento odioso, deberás abandonar el juego, las carreras de caballos, las cacerías, y ser buen muchacho, podremos vivir en Park Lane, y nuestra tía, a su fallecimiento, nos nombrará herederos universales suyos.

Mañana procuraré salir al sitio de costumbre. En el caso de que me acompañase la señorita B… seria mejor que vinieras a comer, trayendo la contestación a esta carta, que podrías dejar entre las hojas del tercer tomo de sermones de Porteus.

Por nada del mundo dejes de venir a ver a la que es toda tuya

R.

Señorita Elisa Styles,
En casa del guarnicionero Barnet,

Knightsbridge.

Seguros estamos de que todos los lectores de esta novelita tienen discernimiento bastante para adivinar que la señorita Elisa Styles, compañera de colegio de Becky, según decía ésta, y con la cual sostenía desde algún tiempo antes activa correspondencia, llevaba espuelas, botas de montar, largos y retorcidos bigotes, y era… la mismísima persona del capitán Rawdon Crawley.

Capítulo XVI

La carta en el acerico

CÓMO SE CELEBRÓ el misterioso matrimonio, es suceso que no hará cavilar a nadie. ¿Qué obstáculos podían encontrar un capitán, que es mayor de edad, y una señorita libre y sin impedimento, para comprar una licencia y unirse con lazos indisolubles en la parroquia de la ciudad que les viniese en gana? Para nadie es un secreto que la mujer que desea una cosa y tiene voluntad, encuentra manera de satisfacer su deseo. Mi opinión personal es que, una de las tardes que Becky dedicó, es decir, hizo creer que dedicaba a su amiga Amelia Sedley en la casa de la plaza Russell, una dama, que se parecía a la primera como un huevo a otro, entró en una iglesia de la ciudad del brazo de un caballero de bigote teñido, y que, tras un cuarto de hora de intervalo, la pareja salió de nuevo y tomó un coche de alquiler que junto a la puerta estaba esperando, quedando así ultimada la boda.

Los que nos preciamos de tener alguna experiencia de la vida, ¿podemos poner en tela de juicio la posibilidad de que un caballero se case con quien le dé la gana? ¿Cuántos hombres de reconocida sabiduría y prudencia se han casado con sus cocineras? ¿No se casó el mismísimo lord Eldon, hombre prudentísimo, de resultas de una fuga… amorosa? ¿Por ventura no se enamoraron de sus respectivas criadas Aquiles y Ayax? ¿Hemos de exigir a un capitán de dragones, de deseos violentos y seso escaso, a un hombre que en su vida intentó poner freno a ninguna de sus pasiones, que de pronto se convierta en personificación de la prudencia y se resista a ser indulgente consigo mismo? El mundo disminuiría sensiblemente si las personas no hubiesen de hacer más que matrimonios inspirados por la prudencia.

Mi opinión personal es que Rawdon Crawley, al casarse, llevó a cabo el acto más honrado de que hace mérito la biografía de aquel caballero. Nadie se atreverá a sostener que es impropio de hombres enamorarse de una mujer, ni que lo sea, una vez enamorados, el llevarla al altar. Es más: la admiración, la atracción, la pasión amorosa, el arrobamiento, la confianza sin límites, la idolatría frenética, que sucesiva y gradualmente despertó Becky en el corazón de aquel hijo de Marte, sentimientos son que le honran, o, por lo menos, así lo asegurarán la mayor parte de las señoras. Cuando cantaba Becky, todas las fibras del cuerpo del capitán vibraban, cuando hablaba, toda su obtusa inteligencia le parecía poca para escucharla embelesado, cuando bromeaba, el capitán se pasaba media hora revolviendo en su caletre el chiste, y al cabo de este tiempo rompía a reír a carcajadas, con viva sorpresa del *groom* que iba sentado a su lado en el carruaje o del camarada que le acompañaba en su paseo a

caballo. Las palabras de Becky eran para él oráculos, sus menores actos pruebas evidentes de su inmenso talento y de su gracia jamás vista. «¡Cómo canta… cómo pinta… cómo monta!… ¡Por Dios vivo que merece ser general en jefe o… o arzobispo de Cantorbery!…» ¿Habrá quién encuentre raro el caso? Pues qué: ¿no vemos a diario en el mundo invencibles Hércules arrastrándose a los pies de Ofelias, y peludos Sansones postrados en tierra y apoyadas las cabezas sobre el regazo de lindas Dalilas?

Prosigamos: cuando Becky le escribió que era llegada la gran crisis y la ocasión de obrar, Rawdon manifestó que estaba tan dispuesto a obedecer sus órdenes como a cargar con todas sus tropas a la menor indicación de su coronel. No tuvo necesidad de depositar la carta entre las hojas del tercer volumen de los sermones de Porteus, pues Becky halló manera de deshacerse de Briggs y acudió sola al «sitio de costumbre». Habíase pasado la noche entera perfeccionando y madurando su plan, previsión que la puso en condiciones de comunicar a Rawdon el resultado y sus determinaciones. El capitán lo aprobó todo jurando por su honor que lo propuesto por Becky era lo más acertado, lo mejor, lo que infaliblemente ablandaría a la solterona al cabo de muy poco tiempo. Si las resoluciones de Becky hubiesen sido diametralmente opuestas, las habría encontrado tan acertadas y seguido ciegamente.

—Tienes cabeza por los dos, Becky —dijo—. Estoy seguro de que has de llevar a buen puerto el navío de nuestra dicha y de nuestro porvenir. No he visto en mi vida mujer que pueda comparársete, y cuenta que las he conocido listas, verdaderas ardillas.

Hecha esta profesión de fe, el capitán de dragones quedó en ejecutar la parte que en el proyecto le había asignado su tierna esposa.

Consistía éste sencillamente en alquilar un pisito tranquilo en las inmediaciones del cuartel, o en el barrio de Brompton, donde viviría la interesante pareja, pues Becky había determinado, muy prudentemente, huir. Rawdon, que desde una porción de semanas antes instaba a Becky para que se fuese a vivir con él, aceptó el plan con verdadera alegría y se dedicó a buscar nido con toda la impetuosidad propia del amor. Mostró un asentimiento tan rápido a pagar dos guineas por semana, que la dueña de la finca lamentó con toda su alma no haberle pedido cuatro. Mandó llevar un piano, llenó la casa de flores y compró infinidad de cosas. En cuanto a chales, relojes de oro, guantes de cabritilla, medias de seda, pulseras, pendientes y sortijas, artículos de perfumería, sólo diremos que los adquirió con la profusión que aconsejan de consuno un amor y un crédito ilimitados. Tranquilo después de aquella explosión de liberalidad, fuese al casino, donde comió nerviosamente, esperando la llegada del gran momento de su vida.

Los sucesos de la víspera, la conducta admirable de Becky al rehusar las brillantes proposiciones de sir Pitt, la secreta tristeza que la consumía y la desgracia

que parecía cernerse sobre ella, la silenciosa resignación con que sufría sus desventuras, aumentaron la ternura ordinaria de la solterona. Un matrimonio, una proposición de lo mismo, una negativa, cualquier suceso de esta índole, produce siempre honda emoción en una familia de mujeres, y pone en tensión histérica todas sus cuerdas simpáticas. En mi calidad de observador humano, suelo frecuentar mucho la iglesia de Saint George de la plaza Hanóver durante la temporada de los matrimonios, y aunque no recuerdo haber visto nunca que los amigos del novio se emocionen hasta derramar lágrimas, ni que se afecten poco ni mucho los monaguillos y el cura que asiste a la ceremonia, es muy corriente ver mujeres a quienes no atañe directa ni indirectamente el asunto, mujeres a quienes no debería interesar lo que allí ocurre, damas viejas que llevan una eternidad de vida matrimonial, mujeres de mediana edad cargadas de hijos… —y nada decimos de las lindas doncellas que, como esperan llegue el día de su promoción, naturalmente, han de tener algún interés en la ceremonia—, es muy corriente, repito, ver mujeres hipando, lloriqueando, sollozando, mujeres que ocultan sus caras con sus diminutos pañuelos de bolsillo, perfectamente inútiles, contagiando su emoción a viejos y jóvenes. Cuando mi amigo, el elegante John Pimplico se casó con la adorable Belgravia Green Parker, la emoción fue tan general, que hasta la vieja acomodadora de la iglesia era un mar de lágrimas. ¿Por qué? Lo pregunté, y supe que lloraba porque no era ella la novia.

Consecuencia de la fracasada pretensión de sir Pitt, la vieja solterona y su dama de compañía dieron rienda suelta a un derroche inmoderado de sensibilidad. Para la primera, Becky se había convertido en objeto del interés más tierno. Mientras el ídolo del barón permanecía en su habitación, la anciana se consolaba entregándose a la lectura de las novelas más sentimentales. Becky, gracias al misterio de sus pensamientos, era la heroína del día en la casa.

Jamás cantó Becky con tan exquisita dulzura, ni fue su conversación tan amena y encantadora como la noche que siguió a su conferencia con el capitán. Comentó en tono jocoso la pretensión de sir Pitt, tomándola a risa como capricho de viejo extravagante, y sus ojos se llenaron de lágrimas, diciendo que su único anhelo era permanecer siempre al lado de su querida protectora.

—Mi querida niña —contestaba la vieja—. No pienso soltarte en muchos años. Después de lo sucedido con mi hermano, dicho se está que no puedes volver a su odiosa casa. Vivirás aquí conmigo y con Briggs… Usted, Briggs, que desea ver con frecuencia a sus parientes, puede irse cuando y como le acomode, pero tú, querida mía, quedas condenada a hacerme compañía, a cuidar de esta pobre vieja.

Si Rawdon hubiese sido testigo de esta escena, en vez de estar en el casino trasegando botella tras botella de clarete, la pareja habría caído de rodillas y conseguido su perdón después de una confesión sincera y franca; pero la esquiva fortuna negó este favor a nuestros novios, acaso para que pudiera ser escrita esta

historia, donde se narran aventuras tan prodigiosas, las cuales no hubiesen tenido lugar si el perdón de Matilde Crawley hubiera dado a los recién casados cómodo y confortable alojamiento en su casa.

En la casa de Matilde Crawley servía a las órdenes de la Firkin una criadita del Hampshire que, entre otras ocupaciones, tenía la de llamar todas las mañanas a la puerta del cuarto de Becky y llevarle un jarro de agua caliente, servicio que la Firkin no habría prestado a la intrusa, aunque le costase la cabeza. Esta muchacha, nacida en las tierras de la familia Crawley, tenía un Hermano en el escuadrón mandado por Rawdon, por cuyo conducto estaba en antecedentes de no pocas cosas relacionadas estrechamente con la presente historia, o el autor de la misma es un perfecto ignorante en cosas de mundo. La tal criadita compró, y es dato digno de tenerse en cuenta, un chal amarillo, un par de botas verdes y un sombrero de color azul pálido y adornado con una pluma encarnada, invirtiendo en la compra tres guineas que le dio Becky, y como quiera que ésta nunca fue liberal con su dinero, es de suponer que no diera a la sirvienta la mencionada cantidad por su bella cara, sino en pago de servicios prestados.

El sol, indiferente a las pequeñeces de acá abajo, se levantó como de ordinario dos días después de haber formulado sir Pitt sus atrevidas pretensiones, y como de ordinario también subió Isabelle Martin, que así se llamaba la criadita de que acabamos de hacer mérito, a la hora de costumbre, y llamó a la puerta del dormitorio de Becky.

Como no recibiese contestación, repitió el llamamiento: silencio profundo. Isabelle entonces abrió la puerta y entró con el jarro de agua caliente.

La camita, blanca como la nieve, continuaba tan lisa y arreglada como la dejara el día anterior la misma Isabelle ayudada por Becky. En un rincón de la alcoba había dos baúles atados con cordeles, y sobre el velador colocado frente a la ventana, y sujeta al acerico, a un acerico en seda rosa, semejante a un gorro de dormir de señora, veíase una carta, que probablemente había pasado allí la noche entera.

De puntillas adelantó hacia la carta Isabelle, cual si tuviese miedo de despertarla, la miró, tendió sus ojos en derredor como admirada y satisfecha a la par, levantó la misiva, soltó el trapo a reír volviéndola en todos los sentidos, y, finalmente, la llevó a la habitación de la señorita Briggs.

¿Cómo supo Isabelle que la carta en cuestión era para la señorita Briggs? Confesamos nuestra ignorancia, pues nos consta de la manera más positiva que Isabelle no conocía la a.

—¡Oh, señorita Briggs! —exclamó la muchacha—. Algo gordo sucede… En la habitación de la señorita Becky no hay nadie, su cama está intacta, ha escapado, sin duda, dejando esta carta para usted.

—¡Cómo! —exclamó la Briggs, dejando caer el peine—. ¡Un rapto!… ¡La

señorita Becky fugitiva!… ¡Veamos… veamos!…

Y rompió con avidez el sobre y devoró, como suele decirse, el contenido de la carta, que decía así:

> Mi querida señorita Briggs: Su corazón, el más grande y compasivo del mundo, simpatizará, compadecerá y excusará a su pobre amiga. Con lágrimas en los ojos, con plegarias y bendiciones en los labios, dejo esta casa donde la pobre huérfana encontró tesoros de bondad y de afecto, pero he de rendirme ante derechos muy superiores a los que mi bienhechora pueda tener sobre mi. Voy a cumplir con un deber sagrado, voy a reunirme con mi marido… Sí; estoy casada. Mi marido me ordena que le siga al humilde techo que ha de ser nuestra morada. Queridísima señora Briggs… comunique la noticia, en la forma que le dicte su delicado, su simpático corazón, a mi idolatrada, a mi bien querida señora y bienhechora. Dígale que, antes de irme, he vertido muchas, muchísimas lágrimas sobre esa almohada querida… que tantas veces preparé y ablandé durante su enfermedad, sobre esa almohada que ansío preparar y ablandar todavía. ¡Oh, con qué alegría volvería yo a mi idolatrada casa de Park Lane!… ¡Cuán largo se me hará el tiempo esperando la respuesta que ha de decidir irrevocablemente de mi suerte!… Cuando sir Pitt se dignó hacerme el ofrecimiento de su mano, honor que mi querida señora dijo que merecía (Dios la bendiga por haber considerado a esta miserable huérfana digna de llamarse su hermana), contesté a sir Pitt que estaba casada ya. Él, que debió sentir muy vivamente el desaire, me perdonó; pero me faltó el valor, debí decírselo todo, debí confesarle que no podía ser su mujer porque era ya su hija. Casada estoy, amiga mía, con el mejor, con el más generoso de los hombres… Rawdon, el sobrino de nuestra señora, el Rawdon de la señorita Crawley, es mi Rawdon… Él ordena y yo obedezco; él manda que vaya a nuestro humilde hogar, y le sigo como le seguiría al último rincón de la tierra. ¡Oh, mi buena, mi generosa amiga!… Interponga su valimiento cerca de nuestra señora, interceda en favor de Rawdon y de la pobre muchacha que ha merecido un cariño sin igual de toda su noble familia. Pida a la señorita Crawley que se digne recibir a sus hijos. No me es posible continuar, mas no terminaré sin desear mil bendiciones para la querida casa que abandono. Su agradecida y humilde amiga
>
> REBECCA DE CRAWLEY
>
> Medianoche.

Apenas terminada la lectura de un documento tan interesante, que reintegraba a la señorita Briggs en el puesto de primera confidente de Matilde Crawley, entró en el

cuarto de aquélla la Firkin, diciendo que acababa de llegar la señora Martha de Crawley, esposa del rector de Crawley de la Reina, y que deseaba tomar cuanto antes una taza de té.

Con no poca sorpresa de la Firkin, la señora Briggs se recogió la bata, y con el cabello tendido sobre la espalda y sin quitarse los papelitos de los rizos de la frente, bajó corriendo al encuentro de la recién llegada, llevando en la mano la carta portadora de nuevas tan maravillosas.

—¡Oh, señora Firkin! —exclamó Isabelle—. Usted no sabe lo que pasa… La señorita Becky ha huido con el capitán.

Un capítulo entero dedicaríamos de buena gana a describir las emociones que embargaron a la señorita Firkin, si las pasiones de su ama no monopolizasen por ahora nuestra musa.

Cuando la señora Martha de Crawley, que rendida y transida de frío después de su viaje nocturno se calentaba junto a la chimenea del salón, escuchó de labios de la señorita Briggs la inesperada nueva del matrimonio clandestino, declaró que su llegada en aquel momento en que precisaba ayudar a la señorita Matilde a soportar el terrible golpe; era evidentemente providencial. Añadió que siempre tuvo a Becky por muchacha intrigante y ladina, y que, por lo que a Rawdon se refería, tiempo hacía que en su fuero interno le tenía por hombre vicioso, corrompido, perdido sin remedio. «Su abominable conducta producirá al menos un buen efecto, y es que abrirá los ojos a su tía y la enseñará a conocer a ese malvado, que era su favorito». Así se explicaba Martha de Crawley, mientras tomaba el té con una tostada, y como quiera que tenía tiempo sobrado para hacer traer su equipaje antes de que pudiera ver a su cuñada, mandó al lacayo que fuese a buscar sus baúles.

Matilde Crawley jamás salía de su dormitorio hasta el mediodía. Solía tomar el chocolate en la cama, mientras Becky le leía el Morning Post o la entretenía con narraciones de aventuras. Los conspiradores del piso bajo convinieron en no turbar la sensibilidad de la dama hasta que bajase al salón, pero le anunciaron la llegada de Martha de Crawley, haciéndole presente los saludos de ésta y sus deseos de que, en unión de la señorita Briggs, la acompañase a almorzar en el Gloster. La llegada de su cuñada, que en cualquier otra ocasión no le hubiese producido gran alegría, le produjo ahora indecible placer. Reciente el fallecimiento de la segunda esposa del barón, veía en perspectiva interminables comentarios sobre la vida de la difunta, murmuraciones sobre el funeral, todavía no celebrado, y sátiras punzantes sobre la abrupta proposición hecha por el viudo a Becky.

Hasta que la anciana hubo ocupado su sillón favorito en el salón, y se cruzaron las frases de bienvenida y abrazos de ternura entre ella y su cuñada, no consideraron conveniente los conspiradores someterla a la cruenta operación. Realmente son de admirar los artificios, las indirectas delicadas, los circunloquios a que recurren los

amigos para dar una mala noticia. Las que se veían en el duro trance de comunicar la terrible nueva a Matilde Crawley se guardaron muy bien de hablar claro hasta que, a fuerza de frases llenas de misterio, de medias palabras, de frases obscuras, consiguieron llenarla de dudas y de alarmas.

—Si desairó a sir Pitt, mi querida Matilde, prepárate a oír la gran noticia… si le desairó, fue porque… porque no estaba en su mano complacerle —dijo Martha.

—Claro que sus razones tuvo para hacerlo —contestó la solterona—. Amaba a otro… ya se lo dije ayer a la Briggs.

—¡Y tanto si ama a otro! —terció la Briggs—. ¡Como que está casada!

—¡Casada, sí… casada! —murmuró Martha, asiendo las manos de la Briggs y fijando los ojos en su víctima.

—¡Llámenla… que venga inmediatamente! —gritó la solterona—. ¡Desagradecida!, ¡malvada!… ¿Cómo se atrevió a callármelo?

—Tardará bastante en venir, señora —contestó la Briggs—. No lo sabe usted todo… Prepárese… Se ha ido… ha huido de esta casa.

—¡Santo Dios!… ¿quién me hará ahora el chocolate? ¡Enviad en seguida por ella… que vuelva… quiero que vuelva!…

—Pero ¡si escapó la noche pasada!… —objetó Martha.

—Dejó una carta para mí —observó la Briggs—. Está casada con…

—¡Silencio, por Dios! —interrumpió Martha—. No hable usted hasta que la hayamos preparado mejor… No la torture usted, señorita Briggs.

—Pero ¿con quién diablos se ha casado? —gritó la vieja hecha una furia.

—Con una persona que es… es pariente… pariente de…

—¡Habla de una vez!… ¿Es que os habéis propuesto volverme loca?

—¡Oh!, querida Matilde, está casada con… convendría prepararte más… está casada con Rawdon Crawley.

—¡Con Rawdon!… casada… Becky… una institutriz… una nadie… ¡Fuera de mi casa, pandilla de idiotas, estúpidas!… ¡Largo de aquí, vieja Briggs!… ¿Cómo te atreves?… ¡En el infame complot has entrado tú… tú has contribuido a que se case, esperando que heredarás tú la fortuna que tenía destinada para él!… ¡Y tú también, Martha… también tú! —chilló la pobre vieja, presa de un ataque de histerismo.

—¿Yo, individuo de la familia, iba a contribuir a que un sobrino mío casase con la hija de un pintamonas?

—¡Su madre fue una Montmorency! —vociferó la solterona, tirando con todas sus fuerzas del cordón de la campanilla.

—Su madre fue una bailarina, y la hija ha pisado las tablas y otros lugares peores —replicó Martha.

Matilde Crawley lanzó un alarido final y cayó desvanecida. No hubo más remedio que volverla a la habitación de donde saliera minutos antes. Los ataques histéricos se

sucedían sin interrupción. Llamaron al médico, recetó éste, y Martha tomó posiciones junto al lecho, diciendo que los parientes son los que están en el deber sagrado de cuidar a los enfermos.

A poco de haber sido colocada en la cama la enferma, llegó otro personaje, a quien también era preciso comunicar la terrible nueva.

—¿Dónde está Becky? —preguntó el personaje en cuestión, que no era otro que sir Pitt—. Que bajen sus baúles, porque viene conmigo a Crawley de la Reina.

—Pero ¿no ha llegado a sus oídos la noticia de su unión subrepticia? —interrogó la Briggs.

—¿Y a mí qué me importa? Sé que está casada, pero es igual. Avísele usted que baje al momento, que no me haga esperar.

—¿Ignora usted, señor, que ha huido de esta casa —preguntó la Briggs—, y que su señora hermana Matilde está gravísima desde que supo que su marido es el capitán Rawdon?

Oír la noticia de que Becky había casado con su hijo, y prorrumpir en una tempestad deshecha de maldiciones, juramentos y blasfemias que no podemos estampar aquí, fue todo una misma cosa. La pobre señorita Briggs huyó horrorizada de la habitación, y el autor huye también, dejando solo con su insania a aquel viejo frenético, cuya boca era estercolero que vomitaba frases de odio feroz y eructos de pasión y de deseo burlados.

Al día siguiente se dirigió a Crawley de la Reina. Penetró como una bomba en la habitación que ocupó en otro tiempo Becky, y pateó los baúles de ésta, rasgó sus papeles, despedazó sus vestidos y destruyó todos los rastros de su estancia.

Rawdon, sentado junto a su mujercita en el piso que habían alquilado en Brompton, decía:

—Supongamos que la vieja señora no perdona: ¿qué hacemos?

Becky, que había tocado el piano recién adquirido, que se convenció de que los guantes ajustaban maravillosamente a sus manos, en las cuales brillaban ricas sortijas, contestó:

—No temas, que yo haré tu fortuna.

La nueva Dalila echó la cadena de sus brazos al cuello del nuevo Sansón.

—Tú lo puedes todo —repuso Rawdon, estampando un beso en sus manos. Palabra de honor que sí. Y ahora, por lo pronto, vámonos a comer a La Estrella y la Jarretera.

Capítulo XVII

El capitán Dobbin compra un piano

SI EN LA FERIA de las vanidades hay un lugar capaz de suscitar nuestra sátira o de conmovernos por lo que en él hay de patético, ese lugar se encuentra en las subastas públicas que vienen anunciadas todos los días en la última página del *Times* y que el difunto señor George Robins solía presidir con extraordinaria gravedad. En dichas subastas podemos descubrir los mayores contrastes, podemos encontrar lo risible junto a lo luctuoso; en dicho lugar podemos sentirnos compasivos y tiernos, o acaso coléricos, cuando no invadidos de profundo pesimismo. Imagino que hay pocas personas en Londres que no hayan asistido a estos espectáculos, y sin duda todos aquellos que tienen una inclinación a desentrañar la esencia moral de los actos humanos, deben de haber pensado con un sentimiento extraño de inquietud en que puede llegarles el turno algún día, y que el señor Harmmerdown posiblemente ponga a la venta su biblioteca, su mobiliario, su vajilla, incluso su guardarropa y los escogidos vinos de su bodega.

Por egoísta que sea el temperamento del que continúa recorriendo la feria de las vanidades y es testigo de esta clase de honras fúnebres en honor de un amigo difunto, no puede menos de sentir profunda simpatía hacia la persona que estimó en vida, y viva compasión y sentimiento por su muerte. El fallecido duerme el sueño eterno en el panteón de la familia; los estatuarios tallan inscripciones en mármol que han de perpetuar sus virtudes, y mientras tanto, el heredero, dominado por la pena que le embarga, vende en subasta pública sus bienes. ¿Quién que se haya sentado una sola vez a la mesa del muerto podrá visitar la casa sin exhalar un suspiro? Aquella casa familiar, cuyas arañas iluminaban espléndidamente los salones, cuyas puertas se abrían generosas, cuyos criados pregonaban de estancia en estancia vuestro nombre, hasta que su voz llegaba al dueño, que salía presuroso a recibir y a atender al recién llegado. ¡Cuántos amigos tenía y con qué generosidad los obsequiaba! En su casa le adulaban muchos que en la calle le desollaban. Era acaso un poquito aparatoso, pero tenía un cocinero excelente; su ingenio era corto, pero bastaban sus vinos para alegrar la conversación. «No hay más remedio; compraremos su Borgoña a cualquier precio», decían sus íntimos en el casino. «En la subasta he podido adquirir una arquita: fue de una de las favoritas de Luis XV… preciosa, ¿verdad? Esta miniatura es un tesoro», dice uno de sus amigos, haciendo que todos examinen el objeto y comentando el desorden con que el heredero del difunto disipa la fortuna que heredó.

¡Cuán cambiada está la casa! Adornan la fachada profusión de cartelones que con

letras mayúsculas ponderan la riqueza y solidez del mobiliario, penden alfombras de las ventanas altas, suben y bajan mozos de cordel por las sucias escaleras, llegan gentes de indumentaria raída y aspecto oriental que depositan sus tarjetas en las manos del encargado de recibirlas y ofrecen pujar… cuando convenga al liquidador, viejas y amateurs invaden los salones, levantan los cubrecamas, palpan los colchones y revuelven los cajones de los armarios roperos. Patronas de casas de huéspedes toman las medidas de los espejos y de las colgaduras, para cerciorarse de si servirán para su menage, mientras el señor del martillo grita y recurre a todos los artificios de la elocuencia, del entusiasmo, de la súplica, de la razón y de la desesperación, ora animando a los compradores, ora satirizando implacable las locas prodigalidades del muerto, implorando unas veces, gruñendo otras, hasta que cae el martillo semejante a la fatalidad, y se subasta otro lote.

Eran los últimos días de una de estas subastas; los muebles del salón principal habían sido adjudicados ya a los mejores postores; los vinos raros y famosos que el difunto almacenó en sus bodegas, sin reparar en su costo, habían pasado a poder de compradores de gusto reconocido, y la plata de la familia fue vendida en días anteriores. Parte de los mejores vinos había sido comprada por el mayordomo de nuestro antiguo amigo John Osborne, para y por encargo de su amo, y algunos de los objetos de plata más útiles por unos negociantes jóvenes de la City. Se trataba, en el momento en que con los lectores penetramos en la subasta, de la venta de objetos de menor importancia, y el voceador ponderaba el mérito de un cuadro y recomendaba la adquisición a su auditorio, que distaba mucho de ser tan selecto como en días anteriores.

—Número 369 —tronaba el del martillo—. Retrato de caballero montado sobre un elefante… Ofrezcan algo por el caballero del elefante… Pueden examinarlo a su placer, señores… ¿Cuánto dan por él?

Un caballero alto, pálido, de aspecto militar, no pudo menos de sonreír al examinar el cuadro que un dependiente de la subasta hacía circular por la sala para que todos pudieran examinar la pintura.

—Puede el capitán examinar detenidamente el cuadro… El elefante está hablando, señores… ¿Qué precio le ponemos, señor capitán?

El aludido volvió la cabeza con muestras de azoramiento.

—¿Hay quién ofrezca veinte guineas por esta soberbia obra de arte? ¿No?… Vaya… pongamos quince… ¿No hay quién dé quince?… Cinco, pues… Señores… tengan en cuenta que el caballero solo, sin elefante, bien vale las cinco guineas…

—Lo más admirable del cuadro, es que el elefante no caiga rendido al peso de su jinete, porque, ¡cuidado que es grande!… —gritó uno de los del público.

—Examinen esa obra de arte, señores —continuó el del martillo—. Fíjense en la actitud del gallardo animal, que parece arrancado de los bosques, y vean a su apuesto

jinete, que empuña con soltura suprema el fusil… Va de caza… A lo lejos se ven un plátano y una pagoda, tomados a no dudar de algún sitio interesantísimo de nuestras preciosas posesiones del Extremo Oriente… ¿Cuánto ofrecen por el cuadro, señores? … ¿Van a tenerme aquí el día entero?

Alguien ofreció cinco chelines, siendo causa de que el caballero militar volviera la cabeza hacia el sitio desde donde había sido hecho tan espléndido ofrecimiento, y viese a otro oficial, sentado junto a una señora joven, ambos muy entretenidos, al parecer, y a los cuales fue adjudicado el cuadro por media guinea. El militar aludido en primer término pareció vivamente sorprendido y contrariado a la vista de la pareja, bajó inmediatamente la cabeza y dio la espalda, cual si desease no ser visto por los que ya eran propietarios del caballero del elefante.

No es nuestra intención hablar de los demás objetos que aquel día fueron ofrecidos a la competencia pública, pero sí haremos mención de un piano de forma pequeña, traído indudablemente de las regiones altas de la casa, pues el gran piano del salón había sido vendido en días anteriores. La señora joven que acompañaba al oficial lo probó, recorriendo el teclado con mano hábil, y el del martillo lo puso a subasta.

La señora joven ofreció una cantidad, que fue mejorada en el acto por el oficial que deseaba no ser conocido. Estalló la competencia: la subasta del piano determinó una lucha porfiada, que el del martillo se cuidaba de alentar, hasta que, al fin, la señora y el caballero del elefante callaron, el del martillo dio el golpe reglamentario, y el voceador adjudicó el instrumento al competidor de aquéllos, hacia el cual volvieron sus ojos los que durante algunos segundos habían sido sus contrincantes.

—¡Toma!… ¡Si es el capitán Dobbin, Rawdon! —exclamó la señora joven, dirigiéndose a su acompañante.

Es de suponer que Becky no estuviese contenta con el piano nuevo que su marido le había comprado a plazos, o que los vendedores del instrumento hubieran creído oportuno retirarlo de su casa, por no conceder gran crédito al capitán, o bien que la primera se hubiera encariñado con el piano que acababa de probar, al recordar que, tiempo antes, lo había tocado muchas veces en el saloncito de su entrañable amiguita Amelia Sedley.

La subasta tenía lugar en el caserón de la plaza Russell, donde hemos pasado algunos ratos agradables en los comienzos de nuestra historia. El excelente John Sedley estaba arruinado: quebró, y a la quiebra siguió el exterminio de sus negocios. El mayordomo del señor Osborne adquirió parte de sus famosos vinos de Oporto, que trasladó a las bodegas de su amo; tres negociantes jóvenes, los señores Dale, Spiggot y Dale, que habían mantenido estrechas relaciones de negocios con el quebrado, y recibido de él mil obsequios cuando John Sedley era obsequioso y liberal con todo el mundo, adquirieron una docena de cubiertos de plata de labor artística con su

correspondiente servicio de postres del mismo metal, y tuvieron la delicadeza de enviarlos a la señora Sedley, juntamente con la expresión de su simpatía; y por lo que respecta al piano, si recordamos que fue de Amelia, y tenemos en cuenta que, habiéndose quedado sin el instrumento, necesitaría probablemente otro, y que William Dobbin era tan excelente pianista como buen funámbulo, inferiremos que no lo compró para su uso personal.

Conjeturas aparte, diremos que aquella misma tarde llegó el piano a un hotelito prodigiosamente pequeño, sito en una calle que partía de la Fulham Road, una de esas calles que llevan nombres encantadoramente románticos (Villa de Santa Adelaida, calle de Anne Mary, etc., etc.), y cuyas casas parecen construidas para viviendas de muñecas. La casita en cuestión era el domicilio del señor Clapp, jefe del personal de John Sedley, y asilo actualmente del anciano caballero, de su esposa y de su hija, desde que sobrevino la catástrofe.

Joseph Sedley, cuando tuvo noticia de la desgracia que hería a su familia, se condujo como era de esperar de un hombre de su temperamento. No fue a Londres, pero escribió a su madre autorizándola para tomar de las cajas de sus banqueros cuantas cantidades necesitase, poniendo a sus arruinados padres al abrigo de la miseria, y cumplido este deber de hijo cariñoso, se fue al restaurante, alegre como de ordinario, dio su acostumbrado paseo en coche, apuró sendos vasos de clarete, jugó su partidita, refirió sus historias indias, y dejó a la viuda irlandesa la misión de consolarle y adularle como todos los días. Su liberalidad conmovió muy poco a sus padres, aunque ciertamente necesitaban dinero. He oído decir a Amelia que el primer rayo de alegría que animó la mirada de su padre después de la catástrofe fue al recibir de sus antiguos amigos de negocios el paquetito que contenía la docena de cubiertos de plata. La delicadeza de aquéllos le conmovió en tales términos, que rompió a llorar como un niño. Edward Dale, uno de los tres socios de la casa, compró los cubiertos a nombre suyo y de sus asociados; estaba enamorado de Amelia y pidió su mano, no obstante la ruina del padre. Más tarde casó con Luisa Cutts, hija de un almacenista de trigos y dueña de una fortuna muy respetable, con la cual, y con la numerosa familia que le ha dado, vive hoy en su suntuosa villa, sita en Muswell Hill… Pero dejemos a este personaje, cuya historia nos separaría de la que nos hemos propuesto narrar.

Es de esperar que el lector tenga formado un juicio demasiado bueno del capitán Rawdon y de su esposa, para suponerles capaces de hacer una visita a un distrito tan alejado como el de Bloomsbury, si la familia a la cual han de honrar con su presencia no sólo ha sido eliminada del círculo de la sociedad a la moda, sino también del número de los que poseen dinero. Sería tonto visitar personas que no pueden sernos útiles en forma alguna. Becky experimentó sorpresa, no aflicción, al ver la confortable casa, donde la prodigaron tantas pruebas de cariño, invadida por subastadores y licitadores, y profanadas y entradas a saco las riquezas de la familia.

Un mes después de su fuga se acordó de Amelia, y Rawdon manifestó deseos de volver a ver a George Osborne.

—Es un muchacho muy agradable, Becky —dijo riendo—. Me gustaría venderle otro caballo y jugar con él algunas partidas de billar… Puede ser nuestra caja en estas circunstancias, pues nuestra tía…

No piensen nuestros maliciosos lectores que Rawdon abrigase el propósito deliberado de estafar a George; lo que deseaba era aprovechar las ventajas que sobre aquél tenía en todos los juegos, cosa perfectamente moral y corriente en la feria de las vanidades.

La vieja se mostraba recalcitrante con los sobrinos. Rawdon se había presentado en su casa después de un mes de ausencia, y le negaron la entrada. Sus emisarios no consiguieron penetrar en la casa de Park Lane, y sus cartas volvieron sin abrir a su procedencia. La solterona no daba señales de vida, continuaba enferma, y Martha de Crawley no la dejaba un segundo. Rawdon y Becky auguraban muy mal de la presencia constante de Martha.

—¡Diantre! —exclamó en una ocasión Rawdon—. Ahora comienzo a comprender por qué mi tía favorecía y alentaba nuestros amores en Crawley de la Reina.

—¡Intrigantona! —murmuró Becky.

—De todas suertes, no lo siento —dijo el capitán, que continuaba enamorado de su mujer. Becky premió sus palabras con un beso. «Si tuviese un poco más de talento, pensó Becky, aun podría sacar algún partido de él».

Como es natural, nunca le dejó conocer la opinión que de él tenía formada. Escuchaba con infatigable complacencia todas sus historias de cuadras y de cuartel, reía todos sus chistes, se interesaba por Jacobo Spatterdash, cuyo caballo había caído, se compadecía de Roberto Martingala, sorprendido en un garito, y admiraba a Tom Triplebarra, que se preparaba para tomar parte en las carreras. Si su marido estaba en casa, Becky parecía contenta y dichosa, si manifestaba deseos de salir, le animaba a tomar el aire, y cuando volvía, tocaba el piano y cantaba para distraerle, le preparaba excelentes bebidas, inspeccionaba la comida, le calentaba las zapatillas y procuraba por todos los medios hacerle feliz. Oí decir a mi abuela que las mejores mujeres son hipócritas: es posible que mi abuela tuviese razón. Nunca sabemos la calidad y cantidad de las cosas que ocultan cuidadosamente de nosotros, están ojo avizor cuando las creemos más descuidadas y confiadas, nos prodigan, sin ningún esfuerzo ni violencia, sonrisas que parecen francas y leales, y que son trampas con que nos engañan o desarman… y cuenta que no me refiero a las coquetas, sino a las esposas modelo, a los dechados de virtud femenina. ¿Quién no ha conocido y tratado mujeres que saben ocultar la estupidez de sus maridos, o los accesos de furor de los que no son estúpidos, pero sí salvajes? La feria de las vanidades no sólo acepta como

moneda corriente estas artimañas femeniles, sino que alaba a la mujer que las pone en juego, y los que en la feria vivimos, solemos llamar virtud a lo que en realidad es traición más o menos bonita. Una buena mujer de su casa ha de ser por necesidad gruñona, y el marido de una Cornelia forzosamente ha de llevar una venda en los ojos, ser un Putifar… aunque no en lo que hizo célebre a este personaje.

Estas atenciones convirtieron a Rawdon en un marido feliz y sumiso. Ya no frecuentaba los lugares vitandos donde antes se le encontraba infaliblemente. En los casinos de que era socio preguntaron dos o tres veces por él, bien que sin echarle de menos, porque en la feria de las vanidades solemos olvidar muy pronto a los muertos y a los idos. Su vida retraída, las cómodas habitaciones de su casa, las comidas en familia, las veladas caseras, tenían para él todos los encantos de la novedad y del secreto. Todavía no se había hecho público su matrimonio, todavía no había aparecido la noticia en las columnas del Morning Post, pues de haberse sabido que se había casado con una mujer sin fortuna, todos sus acreedores le habrían atacado en masa. Becky, por su parte, esperaba con paciencia a que la tía perdonase para reclamar el puesto que en sociedad debía ocupar, y mientras llegaba la hora ansiada de la reconciliación, vivía en Brompton, sin ver a nadie, excepción hecha de los íntimos de su marido, que eran admitidos periódicamente en el comedor. Becky les tenía encantados a todos; las comidas en familia, sazonadas con conversaciones alegres y risas bulliciosas, seguidas de música, constituían el placer de los que a aquéllas eran invitados. El comandante Martingala no manifestó ningún interés en ver la licencia de matrimonio, el capitán Triplebarra ponía sobre los cuernos de la luna el ponche preparado por Becky, y el joven teniente Spatterdash, aficionado al piquete, y uno de los que con más frecuencia eran invitados por Rawdon, quedó sin duda cautivado por la señora de la casa. Pero nunca abandonaron a Becky su circunspección y su modestia; si alguien acarició malos pensamientos, los mantuvo ocultos bajo siete llaves, porque la fama de hombre bravo y de valiente soldado del marido era defensa más que suficiente para su mujercita.

Hay caballeros de muy buena familia, caballeros a la moda, que jamás pisaron los salones de una dama casada, de aquí que, aun cuando se debió hablar mucho del matrimonio de Rawdon en el condado de Crawley de la Reina, porque buen cuidado tuvo Martha de Crawley de propagar la nueva, en Londres se dudaba de su exactitud, o no se le daba importancia, o no se hablaba siquiera de semejante suceso. Tenía Rawdon un capital… pasivo enorme, un capital que, de haber sido activo, bien administrado, bastaba para que una familia hubiese podido vivir sin privarse de nada, pero que, siendo pasivo, proporcionaba al capitán una existencia cien veces más fastuosa que la que pueden permitirse muchos que son dueños de una fortuna muy respetable. No revelamos ningún secreto. ¿Quién que pasee las calles de Londres no podría indicarnos con el dedo a media docena de mortales, que montan soberbios

caballos y van arrellanados en lujosísimos carruajes, mientras nosotros caminamos a pie, y son adulados por sus amigos, reverenciados por los que les proporcionan dinero, hombres que no se niegan ni regatean ningún gusto, por costoso que sea, y nadie sabe de qué viven? Conozco y trato a un James, que viste con elegancia fastuosa, tiene en sus caballerizas caballos de lujo, guía un *brougham* y da comidas a sus amigos, sirviéndolas en vajillas de plata repujada. ¿Cómo pudo esto empezar y cómo terminará?, nos preguntamos. Pero James no parece inquietarse. Una vez le oí decir que debía dinero en todas las capitales de Europa. Vendrá el fin, no hay duda, pero ello es lo cierto que James continúa gastando más cada día; las gentes se honran estrechándole la mano, cierran los oídos cuando alguien intenta contar alguna historia poco edificante a su propósito, y todo el mundo dice que es un caballero encantador, jovial, amable y generoso.

Faltaríamos a la verdad si no confesáramos que Becky se había casado con un caballero de este género. En la casa del joven matrimonio abundaba todo, excepto el dinero, que muy pronto brilló por su ausencia. Precisamente leyendo un día en la Gaceta «que el teniente George Osborne ascendía a capitán por compra del empleo», fue cuando Rawdon habló las frases que le hemos oído pronunciar sobre el prometido de Amelia, frases que dieron por resultado la visita a la casa de la plaza Russell.

Cuando el matrimonio quiso ponerse al habla con Dobbin en la subasta, a fin de inquirir detalles sobre la catástrofe que había herido a la familia que tan cariñosamente tratara a Becky en otro tiempo, el capitán se había desvanecido, obligándoles a obtener las noticias deseadas de un portero o dependiente del subastador.

—De veras siento la desgracia —dijo Becky, saliendo con el cuadro debajo del brazo—. Era un señor muy amable.

—¡Bah! —exclamó Rawdon—. Hombre de negocios y bancarrota son términos sinónimos.

—¡Ojalá hubiésemos podido adquirir parte de la plata, Rawdon!… El piano resultaba monstruosamente caro en veinticinco guineas… Lo escogimos para Amelia en la Broadwood cuando salimos del colegio y no costó más que treinta y cinco…

—Supongo que, arruinada la familia, ése… ¿cómo se llama?… ¡Ah… Osborne! … Supongo que dejará plantada a tu amiga; ¿no te parece, Becky?

—Si la deja, seguramente Amelia sabrá consolarse pronto.

Capítulo XVIII

Quién tocó el piano comprado por el capitán Dobbin

ACONTECIMIENTOS FAMOSOS y personajes célebres vienen en este momento a sorprender nuestra narración, que durante algún tiempo habrá de bordear y hasta penetrar en el campo de la historia. Cuando las águilas de Napoleón Bonaparte alzaron el vuelo desde Provenza, en cuyo suelo se posaron tras breve permanencia en Elba, y surcaron el espacio hasta ganar las torres de Nótre Dame, dudo mucho que las aves imperiales se dignasen honrar con una mirada al tranquilo rincón de la parroquia del Bloomsbury, de Londres, cuya beatífica calma parece que no debían turbar los poderosos aletazos de las reinas del espacio. «Napoleón ha desembarcado en Cannes…»

En buen hora que esta noticia sensacional crease tremendo pánico en Viena, echase por tierra los planes de Rusia, colocase a Prusia entre la espada y la pared y obligase a Talleyrand y a Metternich a mover al unísono las cabezas, mientras el príncipe de Hardenberg y hasta el mismísimo marqués de Londonderry andaban desorientados, mohínos y sin saber a qué santo encomendarse; ¿pero cómo podía la noticia afectar a una señorita que vivía en la plaza Russell, frente a cuya puerta cantaba las horas el sereno velando su tranquilo sueño, a una señorita que, si paseaba por la plaza, contaba con la defensa de verjas y lacayos, si en sus excursiones llegaba hasta la Southampton Road, era seguida por el negro Sambo armado de su correspondiente bastón, a una señorita servida, vestida, acostada y guardada por una legión de ángeles guardianes, con o sin salario? *Bon Dieu!*, no puedo menos de exclamar; ¿no clama al Cielo que las fatales sacudidas de la inmensa lucha imperial hubiesen de dejar sentir su negra influencia en el destino de una inocente doncella de dieciocho años, de una niña inofensiva, ocupada en confeccionar cuellos de muselina o en navegar por los deliciosos mares del amor? ¡Pobrecilla flor que creces lozana bajo el techo de la casa de la plaza Russell! El soplo impetuoso de la rugiente tempestad bélica va a tronchar tu delicado tallo: Napoleón se juega su última carta, y en su juego está comprometida la felicidad, la dicha de la inocente Amelia Sedley.

En primer lugar, el alentar de la fatal noticia barrió para siempre y sin esperanzas de remedio la fortuna de su padre. Desde algún tiempo a aquella parte, todas las especulaciones del anciano caballero resultaban fallidas; el hada de la fortuna le castigaba implacable. Cargamentos perdidos, corresponsales quebrados, fondos que buscaban las nubes cuando él calculaba que bajarían hasta los abismos… ¿A qué detallar? Todos sabemos que la erección del edificio de la fortuna es rara y muy lenta,

al paso que el derrumbamiento del mismo no puede ser ni más sencillo y corriente ni más rápido. El anciano señor había reconcentrado sus tristezas y temores dentro de sí mismo. En su casa tranquila y opulenta todo parecía seguir la marcha acostumbrada; la excelente señora de la casa continuaba entregándose sin el menor recelo a su activísima ociosidad y a sus fútiles ocupaciones, y la hija en nada pensaba más que en sus sueños tiernos y egoístas, aislada del mundo que la rodeaba, cuando sobrevino la convulsión final que dio al traste con la dicha de aquella digna familia.

Una noche, la señora de Sedley escribía las invitaciones para una recepción que se proponía dar; habían dado una los Osborne, y no podían quedarse atrás los Sedley. El anciano jefe de la casa, que había llegado de la City más tarde que de ordinario, permanecía sentado y mordido por la tristeza junto a la chimenea, mientras su señora le hablaba de cosas que rozaban su tímpano sin penetrar en su cerebro.

Amelia se había retirado a su habitación, triste también y decaída.

—Nuestra hija no es feliz —decía la madre—. George Osborne la tiene olvidada, y sus padres la desprecian. La soberbia de esas gentes está apurando mi paciencia. Tres semanas hace que las niñas no han puesto los pies en esta casa, y George, sé por lo menos de dos veces que ha venido a la ciudad sin dejarse ver de nosotros. Edward Dale le vio en la ópera… Éste sí que se casaría con nuestra hija, estoy segura, y también el capitán Dobbin me parece… ¡ya lo creo que sí!… pero he cobrado aborrecimiento a todos los militares sin excepción. Ya ves la actitud de George… ¡qué importancia!… Hay que demostrar a esas gentes que valemos tanto o más que ellos… A poco que alentásemos a Edward Dale, veríamos… Vamos a dar una recepción… una fiesta… Pero ¿no dices nada, John? ¿Te parece que la señalemos para el martes?… Pero ¿qué es eso? ¿Por qué no contestas? ¡Dios mío!… ¡John!… ¿ha sucedido algo?

John Sedley se levantó de la silla para encontrar a su esposa, que corría hacia él: la recibió en sus brazos, bajó la cabeza, y dijo con la voz entrecortada:

—Estamos arruinados, Mary… Hay que emprender nueva vida… ¡pobrecita esposa mía!… Es preferible que lo sepas todo…

Y contó la terrible historia, temblando como un azogado. Temía que sus palabras producirían torturas imposibles de sobrellevar a su esposa… a aquella esposa a la que jamás dirigiera una frase dura, pero el más apenado de los dos era él, tanto, que cuando volvió a sentarse, su mujer hubo de intentar consolarle. Tomó aquélla sus manos frías y temblorosas, las besó repetidas veces, le echó los brazos al cuello, le llamó su John… su queridísimo John… su viejo… su idolatrado y dulce viejo, le prodigó mil frases incoherentes de amor y de ternura, y consiguió al fin aquella voz fiel, y las ingenuas caricias que la acompañaban, arrancar lo más lacerante de la pena de un corazón entristecido, e infiltrar en él tesoros de dulzura, que consolaron no poco aquella alma demasiado probada por la desgracia.

Sólo una vez en el transcurso de aquella larga noche, y mientras, sentados el uno frente al otro, el desventurado Sedley abría de par en par su alma y hablaba de sus pérdidas y de sus apuros, de la traición de algunos de sus amigos más antiguos, y de las pruebas de cariño de otros, precisamente de personas de las que nunca las habría esperado… sólo una vez durante aquella angustiosa confesión general, la fiel esposa dio pruebas de honda emoción.

—¡Dios mío!… ¡Dios mío!… —exclamó sin poder contenerse—. ¡El corazón de nuestra pobre Amelia va a morir de pena!

El padre había olvidado a la pobre niña, que estaba sola, arriba en su cuarto, acostada, pero sin dormir, triste y desgraciada. La soledad era su compañera obligada, aun encontrándose rodeada de amigos, de sus cariñosos padres. ¿A cuántas personas puede uno confiar los secretos más íntimos? ¿Hará depositario de sus penas a quien no ha de simpatizar con ellas, o a quién no puede comprenderlas? Por eso decimos que nuestra encantadora Amelia estaba siempre sola. No tuvo un confidente desde que en su corazón hubo algo que pudiese confiar. A su madre no iba a hablarle de sus dudas y de sus recelos, y sus futuras cuñadas de día en día se alejaban más y más de ella. Temores y desconfianzas germinaban en su dulce alma que ni a sí misma se atrevía a confesar, aunque inconscientemente y en secreto los cultivaba.

Obstinábase su corazón en proclamar que George era hombre digno y galán fiel, aun constándole lo contrario. ¿Cuántas cosas le habían dicho que no quiso escuchar, cuántas sospechas muy fundadas de indiferencia y de egoísmo hubo de amordazar, recurriendo a toda su obstinación? ¿A quién podía hablar aquella humilde mártir de sus luchas y torturas diarias? cínicamente su héroe hubiera podido comprenderla, y aun a medias. No osaba confesar que el hombre que era dueño de su corazón tenía un nivel moral muy inferior al suyo, ni reconocer que había entregado aturdidamente su alma, y una vez entregada, aquella niña angelical era demasiado modesta, demasiado tierna, demasiado leal, demasiado débil, demasiado mujer, para recogerla. Nosotros, los hombres civilizados, somos turcos cuando de los afectos de la mujer se trata, y hemos hecho que ellas acepten nuestra doctrina. Dejamos que salgan a la calle sus cuerpos, prodigando sonrisas, muy engalanados, pero querernos que sus almas sólo puedan ser vistas por un hombre, que nos obedezcan de grado o por fuerza, que sean nuestras esclavas, que nos atiendan y nos sirvan.

Quedamos, pues, en que estaba aprisionado y torturado aquel corazoncito cuando, en el mes de marzo del año de gracia de 1815, desembarcó Napoleón en Cannes, y huyó Luis XVIII, y la alarma cundió por la Europa entera, y bajaron los fondos, y se consumó la ruina de John Sedley.

Líbrenos Dios de seguir al digno hombre de negocios arruinado en el calvario tremendo que recorrió los días que precedieron a su catástrofe comercial definitiva. Se le declaró judicialmente quebrado, sus giros fueron protestados y su nombre

estampado en la infamante tablilla de la Bolsa. Embargadas sus propiedades, fueron vendidos en pública subasta hasta sus muebles, y él y su familia, arrojados ignominiosamente de su casa, hubieron de esconder su vergüenza donde pudieron.

La servidumbre, pagada puntualmente, salió en busca de nuevo acomodo con sentimiento, pero sin perder las ganas de comer por separarse de unos señores a quienes adoraban. La que más extremos hizo fue la doncella de Amelia, pero se fue resignada a servir en un barrio más aristocrático de la ciudad. El negro Sambo decidió abrir una casa de bebidas, y la señora Blenkinsop, que había visto nacer a Joseph y a Amelia y casi el matrimonio de los señores, prefirió quedarse al lado de éstos sin cobrar salario, en atención a que sirviéndoles se había hecho rica, y les acompañó a su humilde refugio, donde se reservó el derecho de regañarles cuando le viniese en gana.

Entre todos los que acosaron a John Sedley en sus debates con sus acreedores, entre todos los que torturaron al humillado caballero con saña tan terrible que le hicieron envejecer en seis semanas más que en los quince años anteriores, ninguno tan intransigente, ninguno tan terco, ninguno tan implacable, como su antiguo amigo y vecino John Osborne, precisamente el que le era deudor de su fortuna, el que había recibido de él mil servicios y favores, el padre del que debía casarse con su hija. Verdad es que cualquiera de las circunstancias apuntadas basta para explicar la sañuda oposición de Osborne.

Cuando un hombre ha recibido de otro señaladísimos favores, si entre los dos se rompe la buena armonía, la decencia más rudimentaria obliga al primero ser con respecto al segundo enemigo más implacable que ningún extraño. La razón es muy sencilla: únicamente ponderando las faltas de quien fue su favorecedor, únicamente haciendo resaltar su crimen, puede justificar su dureza de corazón y su ingratitud. El que persigue no es egoísta, brutal, no, ni se ha encolerizado por el fracaso de una especulación; no, lo ocurrido es que su socio le ha arrastrado a ella valiéndose de las más bajas traiciones y por los motivos más siniestros. La lógica obliga al que persigue a decir que el quebrado es un villano… porque si quien hizo bancarrota continúa siendo honrado, quien le persigue es una canalla.

Regla general que debería tranquilizar la conciencia de los acreedores que se muestran inclinados a ser duros e intransigentes, es que ningún hombre de negocios apurado puede, a nuestro entender, blasonar de honradez perfecta. Todos ellos ocultan algo, todos ellos exageran las probabilidades de éxito feliz, todos ellos disfrazan el verdadero estado de sus negocios, todos ellos juran que aquéllos marchan viento en popa cuando en realidad atraviesan crisis desesperadas, todos ellos muestran al mundo rostros sonrientes cuando se ven al borde de la quiebra, todos ellos aprovechan el menor pretexto para dilatar el pago de cantidades que no son suyas, a conciencia de que no conseguirán otra cosa que aplazar por breves días la ruina

inevitable. «¡Insensato!… ¿qué consigues con aferrarte a una paja?», dice el sentido común al hombre que se está ahogando. «¡Canalla!… ¿por qué mientes para diferir el momento de ser declarado quebrado?», dice el próspero al pobre diablo que se balancea sobre el negro abismo. ¿Quién no ha observado la facilidad, la prontitud con que los amigos más íntimos, los caballeros más honrados, se acusan de estafadores, de tahúres, cuando entre ellos median asuntos de dinero? Todo el mundo lo hace… y todo el mundo debe de tener razón, indudablemente, lo que demuestra que el mundo es algo despreciable.

La conciencia de los beneficios recibidos debía irritar la animosidad de Osborne, porque siempre los beneficios han sido causa de recrudecimiento, de agravación de enemistades. Por si esto era poco, había resuelto romper el matrimonio convenido entre su hijo y la hija de John Sedley, cuyas relaciones amorosas habían ido lo suficientemente lejos para comprometer la dicha de la inocente niña, y quién sabe si hasta su reputación, y por tanto, la ruptura había de reconocer motivos muy poderosos, o lo que es lo mismo, John Osborne debía de dejar probado que John Sedley era un criminal.

En las juntas de acreedores, se comportó con tal brutalidad, trató con tal desprecio al pobre quebrado, que le produjo mayores torturas que la misma quiebra. En cuanto al proyecto de matrimonio, se apresuró a poner veto formal a su hijo, amenazándole con su maldición si osaba desobedecer sus órdenes, y diciendo a cuantos le quisieron oír que la inocente hija de Sedley era la criatura más vil y más baja, y la más peligrosa arpía que podía uno echarse a la cara.

Cuando sobrevino la catástrofe —es decir, la ruina, la necesidad de abandonar para siempre la casa de la plaza Russell, y la sospecha de que todo había terminado entre ella y George—, recibió Amelia una carta brutal firmada por John Osborne, quien le manifestaba brusca y despiadadamente que la conducta indigna de su padre exigía imperiosamente el término de toda clase de tratos y de relaciones entre las dos familias. La desventurada soportó el golpe con más calma de la que era de esperar. Verdad es que en ello no vio más que la confirmación de los tristes presagios que de mucho tiempo a aquella parte entenebrecían el cielo de su porvenir, la lectura de la sentencia fulminada contra el crimen de que ella misma se hacía rea… el crimen de amar a quien no merecía su amor, el crimen de amar con violencia excesiva, el crimen de amar contra la razón. Concentró en el santuario de su alma sus pensamientos, como los concentrara otrora, y no parecía más infeliz después de aventada por la realidad la última esperanza, que antes, cuando presentía y no quería confesarse que todo había terminado. Pasó desde la lujosa casa de la plaza Russell a la humilde donde su padre fue a esconder su desventura sin muestras de sentimiento, y permaneció en su cuartito la mayor parte de los días, languideció silenciosamente y se consumió… Mi querida señorita X… no creo que usted, puesta en el caso de

Amelia, hubiese tenido el desenlace que ésta tuvo; alienta en su cuerpo delicado un alma varonil y profesa sólidos principios, pero no todas las almas son enérgicas, que las hay también primorosas, frágiles, delicadas, tiernas.

Cuantas veces John Sedley pensaba o hacía alusión a las relaciones de su hija con George, hacíalo con animosidad que nada tenía que envidiar a la demostrada por el señor Osborne. Maldecía a Osborne y a su familia como a seres sin corazón, sin fe, sin gratitud, y juraba que ninguna fuerza humana le obligaría a dar a su hija al hijo de semejante villano, y ordenaba a Amelia que desterrase para siempre de su pensamiento a George y le devolviese los regalos y cartas que de él había recibido.

Prometió Amelia obedecer, y hasta lo intentó. Sacó las dos o tres chucherías del lugar donde las tenía guardadas, hizo otro tanto con las cartas… y las volvió a leer, como si no las supiese de memoria… ¡Pobrecilla!… ¡Se le exigía demasiado!… Las oprimió contra su pecho, como suelen hacer las madres con su tierno hijo muerto… Amelia se persuadió de que moriría si la privaban de aquel postrer consuelo… Cartas de amor que encendían sus mejillas y alegraban su corazón cuando llegaban… cartas de amor que la obligaban a retirarse para poder leerlas a solas, sin que ojos humanos la viesen… Frías eran muchas de ellas, pero su alma las transformaba en cálidas, en apasionadas… breves y egoístas las había, pero su corazón siempre encontraba excusas para el autor…

Aquellos papeles fríos, aquellos papeles áridos, constituían el alimento único de su espíritu. Como vivía de los recuerdos, cada una de las cartas traía a su imaginación alguna circunstancia de la vida pasada. ¡Con qué fidelidad se las representaba su imaginación!… El aspecto de George, el tono de su voz, la expresión de su mirada, su vestido, sus palabras… Restos únicos de un amor muerto, ¡ay!, pero era lo único que en el mundo quedaba a la infeliz, cuya misión en la tierra era la de velar un cadáver; el cadáver del Amor.

Pensaba en la muerte con inexpresable anhelo, porque la muerte la pondría en condiciones de seguir siempre a su amado. Y conste que no estoy haciendo el panegírico de la conducta de Amelia, ni es mi intención ofrecerla como modelo a la señorita X. La señorita X, sabe regular sus afectos con prudencia que faltó a aquella desdichada; la señorita X no es capaz de rendir su amor, de entregarlo sin reservas, como lo hizo Amelia, con imprudencia harto notoria; la señorita X no entregará su corazón sin aprisionar otro en lugar del que cede, o sin tener la seguridad de que sabrá recobrarlo llegada la ocasión; la señorita X contraerá compromisos que cumplirá o no cumplirá, según convenga, porque entiende que las relaciones amorosas son como las constituciones de sociedades mercantiles, en las cuales uno de los socios se reserva la libertad de cumplir o no los estatutos, aunque en la sociedad se haya comprometido todo el capital de su asociado.

¡Cautela, simpáticas señoritas, mucha cautela! No aceptéis relaciones amorosas

sin meditarlo mucho antes, y una vez aceptadas, por nada del mundo améis con franqueza: nunca dejéis ver todo el cariño que profesáis al novio, y aun será preferible que no le queráis más que muy poquito. Ya veis las consecuencias de enamorarse prematura, leal y confiadamente. Desconfiad de todo el mundo. Casaos como suelen casarse en Francia, donde son novias y confidentes, no las interesadas, sino sus abogados. De cualquier manera que sea, no dejéis que el amor tome en vuestros pechos proporciones que puedan haceros sufrir, ni hagáis jamás promesa que no podáis dejar incumplida sin violencia de vuestra parte. Así seréis felices, así seréis respetadas, así gozaréis fama de virtuosas, así debe hacerse en la feria de las vanidades.

Si Amelia hubiese podido escuchar los comentarios de que la hacían objeto en la sociedad de la cual la expulsaba brutalmente la ruina de su padre, habría sabido cuál era la índole del crimen por ella cometido, y cómo y hasta qué punto había comprometido su reputación. Para la señora Smith, el mundo no ofrecía otro ejemplo de ligereza criminal; la señora Brown condenó siempre sus horribles familiaridades, y el desenlace era una buena advertencia para sus hijas.

—Claro está que el capitán Osborne no puede casarse con la hija de un quebrado —decían las señoritas de Dobbin—. No faltaba más, después de las estafas de que su padre ha sido víctima de parte de Sedley. En cuanto a Amelia, sus locuras han sido escandalosas…

—¿Locuras? —tronó el capitán Dobbin—. ¿Por qué locuras, si sus padres los comprometieron desde que eran niños? ¡Que se atreva nadie a pronunciar en mi presencia una sola palabra contra la más hermosa, la más pura, la más tierna, la más angelical…!

—¡William, por Dios… no te muestres tan bravucón nosotras!… —contestaron sus hermanas—. No somos con hombres, y, por consiguiente, no podemos acudir al terreno. Nada hemos dicho en contra de la señorita Sedley; dijimos, y repetimos, y repetiremos siempre, que su conducta ha sido muy imprudente, por no calificarla con otro adjetivo peor, y que sus padres son gentes que merecen la desgracia que sobre ellos pesa.

—¿Por qué no pides su mano, William, hoy que la señorita Sedley es dueña de concederla a quien quiera? —preguntó con entonación sarcástica Annie Dobbin—. Para nuestra familia sería un honor… ¡ja, ja, ja, ja!

—¡Casarme con Amelia! —exclamó el capitán, poniéndose colorado y hablando atropelladamente—. ¿Creéis que porque vosotras sois unas casquivanas dispuestas siempre a cambiar de novio, lo es también ella? ¡Reíd… burlaos de aquel ángel!… ¡No puede oíros, y, además, es desgraciada y merece que las personas que no lo son la conviertan en blanco de sus escarnios!… ¡Adelante, Annie!… ¿Por qué callas? ¿Por qué cesaron tus burlas, tus risas? ¡Eres la más lista de la familia, la más

chistosa… todos anhelamos oír tus chistes!…

—Me obligas a recordarte que no estás en un cuartel, William —dijo Annie muy picada.

—¿En un cuartel?… ¡Pardiez que desearía ver si en un cuartel habría quien se atreviese a decir la cuarta parte de lo que tú acabas de decir! —rugió el capitán—. ¡Por vida mía que me gustaría que un hombre respirase contra ella! Pero los hombres hablan más comedidamente que tú, Annie; sois las mujeres las que chilláis, y mordéis, y arañáis, y trituráis… ¡Vaya!… no lloréis… Total os he dicho que sois una parejita de gansas… Pues bien; retiro la palabra… No sois gansas sino cisnes… cisnes graciosos… lo que queráis, siempre que me dejéis en paz a Amelia.

Dado el carácter de Dobbin, su madre y sus hermanas, que recelaban que estuviese prendado de aquella coquetuela imprudente, temían que, roto el matrimonio de ésta con Osborne, Amelia encontrase en el capitán otro admirador. Opinión era ésta nacida, más que de una profunda experiencia de aquellas jóvenes en estos asuntos —experiencia que no era muy grande toda vez que no habían tenido ocasión de casarse ni de coquetear—, de su sentido de la realidad.

—Para nuestra familia es motivo de júbilo que el regimiento haya recibido orden de marchar, mamá —decían las muchachas—. Nuestro hermano se libra así por lo menos de este peligro.

Efectivamente, tal era el caso, el emperador de los franceses iba a desempeñar un importantísimo papel en la comedia doméstica que en el escenario de la feria de las vanidades estamos representando, tanto que nunca se hubiera representado sin la intervención de tan augusto personaje. Él fue quien arruinó a los Borbones y a John Sedley; él fue quien, a su llegada a la capital de Francia, llamó a las armas a la nación entera para que le defendiese, y a Europa entera para que le combatiese. Mientras la nación francesa juraba obediencia y fidelidad a las águilas imperiales en el Campo de Marte, se ponían en movimiento cuatro poderosos enemigos europeos para dar *chasse a l'aigle*, y uno de los cuatro era el ejército inglés, del que formaban parte dos héroes de nuestra historia: el capitán Dobbin y el capitán Osborne.

La nueva de la evasión y desembarco de Napoleón fue recibida por el veterano regimiento… con explosiones de alegría y de entusiasmo, que comprenderán perfectamente todos los que conozcan la limpia historia de aquel cuerpo. Todos, desde el coronel hasta el último tambor del regimiento rebosaban esperanzas y ambiciones y destilaban furia patriótica, y desde el fondo de sus almas agradecían al emperador de los franceses la amabilidad de que daba brillante prueba viniendo a turbar la paz de Europa. Presentábase la anhelada ocasión de demostrar al mundo entero que el regimiento… sabía batirse, derrochar valor, despreciar la muerte como el más bravo de la península, dejar sentado que la fiebre amarilla no había apagado en las Indias el ardor de los que lo formaban. Stubble y Spooney daban por seguro que

mandarían muy pronto compañías, sin necesidad de comprar el empleo; el comandante O'Dowd aseguraba que no terminaría la campaña sin que estampase su nombre debajo de la antefirma «El coronel», y nuestros dos amigos Dobbin y Osborne participaban de la excitación y del entusiasmo general, aunque cada uno lo exteriorizaba de conformidad con su temperamento respectivo: Dobbin, con calma; Osborne, con ruidosa energía.

No es de extrañar que siendo tan viva la excitación en todo el país, y sobre todo en el ejército, nadie concediese importancia a los asuntos de índole privada y personal; de aquí probablemente que George Osborne, a quien acababan de confiar el mando de una compañía, puestas todas sus potencias y sentidos en los preparativos de marcha, y soñando con nuevos y rápidos progresos en su carrera, no experimentase gran contrariedad porque ocurrieran otros incidentes de índole particular, que seguramente le habrían afectado en extremo en circunstancias normales. Confesaremos que no le entristeció gran cosa la catástrofe que hirió al padre de su novia. Precisamente debía probarse un uniforme nuevo, que le sentaría muy bien, el día que se celebró la primera junta de acreedores del infortunado caballero. Su padre le informó de lo canallesco y villano de la conducta del quebrado, le recordó la prohibición de continuar sus relaciones con Amelia, y le dio una bonita cantidad para que pagase su uniforme y las charreteras, que tan admirablemente le estarían. El joven, cuyos bolsillos siempre ansiaban llenarse, recibió el dinero sin despegar los labios. Ya Amelia no estaba en la casa donde él pasara tantas horas felices: pasó frente a sus puertas y las vio cerradas ¿Adónde habría ido a esconderse con sus padres? La ruina de aquella familia debió impresionarle mucho aquella noche, pues en el café bebió mucho más que de ordinario: sus camaradas repararon en este detalle.

Llegó Dobbin, quien intentó impedirle que siguiera bebiendo; Osborne contestó que deseaba ahogar su tristeza. Su amigo entonces le dirigió algunas preguntas significativas, que Osborne se negó a contestar, jurando que estaba trastornado y que era muy desgraciado.

Tres días después, Dobbin encontraba a su amigo en su pabellón del cuartel, con la frente apoyada en la mesa, sobre la cual se veían muchos papeles, y en estado, al parecer, del abatimiento más profundo.

—Mira… me ha devuelto las chucherías que yo le había regalado… —dijo George.

En efecto: junto a los papeles, había un cortaplumas de plata que George compró en una feria y regaló a Amelia, una cadenita de oro y un medallón de lo mismo, que encerraba unos cuantos cabellos.

—Todo ha terminado… —gimió Osborne, en cuyo corazón clavaba las uñas el remordimiento—. Toma esa carta… puedes leerla…

La carta, que era muy concisa, decía lo siguiente:

Mi papá me ordena que devuelva a usted los regalos que me hizo en días más felices, y yo cumplo sus mandatos escribiendo a usted por última vez. Creo… estoy segura de que usted sentirá tanto como yo el golpe que acaba de herirnos. Devuelvo a usted su palabra, declaro rotos nuestros proyectos, de realización imposible después de nuestros infortunios. Abrigo la seguridad de que no comparte usted las crueles sospechas de su señor padre, que agrandan espantosamente nuestra desventura, haciéndola difícil de soportar. Adiós… adiós para siempre… Ruego al Altísimo que me dé fuerzas para sufrir con resignación estas y otras calamidades, a la par que le pido que colme a usted de bendiciones.

Tocaré con mucha frecuencia el piano… su piano. En el envío he reconocido la delicadeza de usted.

A.

Dobbin era de temperamento extremadamente sensible. El sollozo de una mujer, el llanto de un niño, le impresionaban hasta el punto de arrancar lágrimas a sus ojos. Su alma generosa gemía al pensar en Amelia sola y triste, y cediendo a un acceso de emoción, que a muchos parecerá impropio de un hombre, juró que Amelia era un ángel, concepto que aplaudió Osborne con todo su corazón, porque precisamente acababa de dirigir una mirada retrospectiva a sus dos existencias unidas, y de verla, desde niña hasta la fecha actual, siempre dulce, siempre inocente, siempre encantadora en su sencillez, siempre apasionada y tierna con toda la franqueza de su alma ingenua.

¡Y la perdía… la perdía para siempre!… Fue dueño de aquel tesoro, y no supo apreciar su valor. Millares de escenas evocó su imaginación, en todas las cuales resaltó el alma buena, angelical, hermosa de Amelia, y él, en cambio, para vergüenza suya, no tuvo para ella más que egoísmos, ingratitudes, indiferencia… La voz del remordimiento borró de una pincelada todos sus ensueños de gloria, de ambición, de todo, y los dos amigos hablaron de ella, exclusivamente de ella.

—Pero ¿dónde están? —preguntó Osborne, al cabo de mucho rato de conversación, lleno de vergüenza al pensar que ningún paso había dado para averiguarlo—. ¿Dónde están?… ¿Lo sabes tú? Su carta no trae sus señas.

Dobbin lo sabía, pues no sólo había enviado el piano a Amelia, sino también dirigido una carta a su madre pidiéndole permiso para visitarla, y la visitó el día anterior, y vio a Amelia, y fue él el portador del paquetito cuyo contenido tanto emocionaba a Osborne.

La señora Sedley le había recibido inmediatamente, y estaba muy preocupada por la remesa del piano, que suponía proceder de George, lo que era una prueba de cariño de parte de éste. No rectificó su error Dobbin, quien se limitó a escuchar con muestras de viva simpatía las frases doloridas de la buena señora, procurando convencerla de la parte que tomaba en sus aflicciones, y opinando con ella que la conducta de Osborne padre con respecto a su bienhechor, al hombre a quien lo debía todo, era sencillamente inhumana. Luego que la señora vertió sus penas en el pecho de un amigo, pidió éste ver a Amelia, que se hallaba, como de costumbre, en su cuarto, y a la cual la madre rogó que bajase.

Era su aspecto tan triste, tan patética la desesperación que reflejaba todo su ser, que William Dobbin sufrió al verla uno de los golpes más terribles de su vida. En la palidez cadavérica de su cara, en su mirada sin brillo, leyó Dobbin la inminencia de un desenlace fatal. Después de permanecer sentada durante breves minutos, puso el paquetito en manos del capitán Dobbin, y dijo con voz que parecía salir de la tumba:

—Le ruego que entregue esto al capitán señor Osborne… y deseo que se encuentre bien… Agradezco en el alma su visita… Es usted muy amable… Todos estamos muy contentos con nuestra nueva casa… Mamá… con tu permiso y el del señor Dobbin, vuelvo a mi cuarto… Me siento un poquito débil…

Y la infortunada niña, después de hacer una inclinación de cabeza y de dirigir una sonrisa que parecía un sollozo a Dobbin, volvió a su cuarto. Su madre, que la acompañó, volvió la cabeza para dirigir a Dobbin una mirada de dolorosa agonía. No necesitaba el excelente capitán excitaciones en ese sentido, que harto amaba a la pobrecilla con amor que brotaba del alma. En su pecho penetraron en tropel la pena, la compasión, el terror, y salió de la casa perseguido por aquellos sentimientos, huyendo como un criminal después de ver a la inocente mártir.

Osborne, al saber que su amigo había visto a Amelia, preguntó por ésta con insistencia reveladora de su ansiedad. ¿Cómo estaba? ¿Cómo la había encontrado? ¿Qué dijo?

Dobbin tomó su mano y, mirándole de frente, contestó:

—Se muere… George… se muere sin re…

No pudo articular las sílabas restantes.

En la casa donde se había refugiado la familia Sedley, había una criada irlandesa que se había impuesto en los días anteriores la santa tarea de consolar a Amelia, bien que sin conseguir resultado alguno. Esta criada, cuatro horas después de la conversación a que acabamos de asistir, entró en el cuarto de Amelia, la cual ni se enteró siquiera de su llegada.

—Señorita Amelia… —llamó la criada.

—Voy —respondió Amelia, sin volver la cabeza.

—Un mensaje… algo… alguien… Bueno… aquí hay una carta para usted… Deje

de leer las antiguas, puesto que espera aquí una reciente.

Uniendo la acción a la palabra puso una carta en manos de Amelia.

Rasgó ésta el sobre y leyó lo siguiente:

Necesito verte, Amelia queridísima, dulce amor mío, mi vida, mi esposa… No me rechaces.

La madre de Amelia y George esperaban fuera a que la niña leyese la carta.

Capítulo XIX

Matilde Crawley y su enfermera

HEMOS TENIDO OCASIÓN de admirar la puntualidad y celo con que la doncella de Matilde Crawley llevaba a la rectoría de Crawley de la Reina cuantos sucesos de alguna importancia para la familia llegaban a sus oídos, y de referir también las atenciones que la bondadosa señora Martha de Crawley dispensaba a la sirvienta de confianza de la solterona. De sus atenciones participó también la señorita de compañía, cuyo afecto se conquistó prodigándole sonrisas y promesas que, costando tan poco trabajo hacer, tan agradables son para quien las recibe. Todo el que se halle al frente de una casa debe comprender lo poco que cuestan las palabras dulces y almibaradas y lo mucho que valen, debe persuadirse de que son a manera de salsa que hace agradables los platos más groseros de la vida. ¿A qué idiota se le ocurrió decir que «las palabras buenas no dan aceite a los nabos?». La mitad de los nabos de la sociedad serían rechazados con asco por todos los paladares si no se presentaran condimentados con aquella salsa. A la manera que el inmortal Alex Soyer, gastando medio penique, sabía preparar una sopa deliciosa, que no hubiese sido capaz de presentar un cocinero ignorante gastando varias libras esterlinas, así un artista habilidoso conseguirá, con unas cuantas palabras agradables, efectos que no conseguirían billetes de banco, puestos en manos de un idiota cualquiera. Es más: con frecuencia los billetes de banco determinan serias perturbaciones en los estómagos, al paso que las buenas palabras son digeridas siempre con tanta facilidad, que por muchas que se administren a un estómago, éste pide siempre más. Tantas veces había hablado Martha de Crawley a la Briggs y a la Firkin de lo mucho que las quería, de lo que estaba dispuesta a hacer por amigas tan predilectas, si Matilde la nombraba heredera de su fortuna, que entrambas la adoraban, entrambas tenían en ella tanta confianza y la profesaban tanta gratitud como si hubiesen recibido de sus manos los favores más dispendiosos.

En cambio, Rawdon Crawley, militarote duro y egoísta, jamás intentó captarse las simpatías de las ayudantes de campo de su tía, a las que, por el contrario, testimoniaba con perfecta franqueza el menosprecio en que las tenía. En una ocasión, hizo que la Firkin le quitase las botas, con frecuencia la enviaba a recados aunque estuviese diluviando, y si alguna vez le daba una guinea, se la arrojaba al rostro, ni más ni menos que si su cabeza fuera una hucha y su boca la ranura de la misma. Como su tía solía tratar a la Briggs a manera de acerico dispuesto a recibir sus alfileres, Rawdon imitaba su conducta y hacía a la pobre señorita objeto de bromas

tan delicadas como la coz de un caballo. Martha de Crawley, en cambio, consultaba a las dos señoritas citadas en todos los asuntos de gusto y de delicadeza, admiraba sus almas poéticas, su finura exquisita, y cuando les hacía algún regalo, cuyo valor no excedía de un par de peniques, lo acompañaba de tantas atenciones, que aquellos dos peniques se transformaban en un centenar de libras esterlinas en el corazón de las obsequiadas, las cuales, además, no dudaban que recibirían regalos más substanciosos el día que la señora Martha entrase en posesión de la fortuna de su achacosa señora.

Si hacemos resaltar la diferencia de conducta de estos dos personajes, es en obsequio a los que dan sus primeros pasos por el mundo, para quienes deseamos sirva de saludable enseñanza. Colmad de alabanzas a todo el mundo; no temáis prodigar vuestros halagos en presencia de los interesados, ni en su ausencia siempre que veáis probabilidades de que alguien pueda transmitirlos. Jamás desperdiciéis ocasión de colocar una frase agradable. Collingwood no vio nunca un punto de terreno vacante en sus heredades sin que inmediatamente sacase del bolsillo una bellota y la sembrase; haced todos otro tanto con los elogios, que siempre debéis llevar en reserva. Una bellota vale poco, casi nada, pero, sembrada a tiempo, puede producir una buena cantidad de madera.

En una palabra, Rawdon, mientras gozó del favor de su tía, no consiguió de la servidumbre de confianza de ésta más que una sumisión forzada, y como consecuencia lógica, cuando sobrevino su desgracia, en la casa no quedó quien le compadeciese ni auxiliase. Tomó el mando la señora Martha, y la guarnición obedeció encantada a su nuevo jefe, viendo rápidos ascensos en las promesas, palabras dulces y frases amables que a todas horas les prodigaba.

No se abandonó Martha al arrullo de ilusiones, suponiendo que Rawdon, después de su derrota, intentaría por todos los medios reconquistar la posición perdida. Sabía que Becky era de astucia refinada, de una habilidad poco común, y de un tesón a prueba de dificultades; cualidades más que suficientes para impedirla rendirse sin lucha, y comprendía que debía prepararse para el asalto y vigilar diligente contra sus emboscadas, sus trabajos de zapa y sus posibles sorpresas.

En primer lugar, aunque ocupaba la plaza, ¿estaba segura de su principal habitante? ¿No desearía Matilde Crawley que volviese el adversario para recibirle con los brazos abiertos? La vieja quería entrañablemente a Rawdon y gustaba de la compañía de Becky, que la entretenía. La buena señora Martha no tenía más remedio que reconocer que en su familia no había nadie capaz de distraer a una dama de gustos tan refinados. «Mis hijas cantan de una manera detestable —se decía con frecuencia a sí misma—. Jimmy no ha podido sacudir la cortedad adquirida en el colegio, mi marido no sabe hablar más que de perros y de caballos… Si la llevo a la rectoría, antes de quince días huye furiosa de nosotros, me consta, porque la aburriremos, y caerá en las garras de ese perverso Rawdon y será víctima de esa

víbora que se llama Becky. Por lo pronto, la enfermedad que la aqueja es grave… de ir bien, no podrá abandonar el lecho en muchas semanas, y mientras tanto, malo será que no se me ocurra algún medio de protegerla contra las malas artes de esas gentes sin conciencia y sin delicadeza».

En sus ratos buenos, si alguien decía a la solterona que estaba o parecía estar enferma, inmediatamente enviaba a buscar el médico, y conste que no es mi intención decir que su salud fuera cabal, pues realmente la había quebrantado no poco el inesperado incidente de familia, de importancia sobrada para dar al traste con la solidez de nervios más robustos que los suyos. Martha aseguraba al médico, al boticario, a la *dame de compagnie*, a todo el mundo, que el estado de la enferma era extraordinariamente crítico, y como es natural, todos obraban en consecuencia. Hizo colocar en la calle un lecho de paja para amortiguar los ruidos y envolvió con trapos el aldabón de la puerta. Obligaba al médico a hacer dos visitas diarias, y a la enferma a ingerir drogas de dos en dos horas. Si alguien entraba en la habitación de la paciente, en el acto dejaban escapar sus labios un shshshshs tan sibilante, que asustaba a la pobre vieja, que no podía ver al que entraba y sí únicamente los ojos, semejantes a abalorios, de su enfermera, fijos en ella. Como la habitación estaba a obscuras, aquellos ojos que despedían fosforescencias, parecían ojos de gato.

Mucho tiempo permaneció la solterona en cama, escuchando lecturas devotas, sin otra distracción, durante las interminables noches, que la que le proporcionaba la voz del sereno que cantaba la hora y el chisporroteo de la lámpara. A las doce en punto de la noche recibía la última visita del médico, que se acercaba a su cama con paso lento y cauteloso, y luego había de conformarse con ver los ojos fantásticos de su enfermera y los reflejos amarillentos que la lámpara proyectaba sobre el artesonado obscuro. Hygeia, sometida a régimen semejante, habría caído enferma, y con doble razón aquella anciana nerviosa y debilitada. Malas lenguas aseguraban que la venerable habitante de la feria de las vanidades, hoy enferma, mientras gozó de buena salud, alardeó de una libertad de principios morales y religiosos tan grande como pudiera desearla el mismo monsieur Voltaire, mas cuando se vio sumida en el lecho del dolor, agravaron sus dolencias los terrores que le inspiraba la muerte, e hizo presa en su alma la cobardía más vergonzosa.

No encajan en las novelas las homilías y las reflexiones piadosas que suelen dirigirse a los enfermos, y claro está que no vamos a servir al público un sermón moral, aunque lo hagan algunos novelistas contemporáneos, cuando el lector paga el importe del libro para entretenerse con una comedia, pero, sin pretender invadir el terreno de los misioneros, diremos que el ruido, la algazara, el bullicio, las carcajadas, la alegría, que en público exhibe la feria de las vanidades, no siempre acompañan al actor en su vida privada, a quien con mucha frecuencia acometen mortales depresiones de espíritu y arrepentimientos lacerantes a raíz de las

expansiones alegres. A un epicúreo enfermo no le gustará que su imaginación le presente la imagen de banquetes suntuosos, delicados y servidos con orden y primor, de la misma manera que las reminiscencias de sedas, de encajes, de gasas, de bailes brillantes, no son remedio muy indicado para consolar a las bellezas eclipsadas, marchitas.

—Si mi pobre marido tuviese lo que suelen tener las personas sobre los hombros —se decía Martha de Crawley— ¡cuán útil podría ser en estas circunstancias a su pobre hermana! Haría nacer en su corazón el arrepentimiento, un arrepentimiento profundo, avasallador, porque sus pecados son muchos y enormes, la vida que ha llevado desordenada, viciosa; expulsaría para siempre de su pensamiento a ese réprobo odioso que deshonra a la familia, y, de paso, conseguiría de ella que hiciese justicia a mis dos hijas y a mis dos muchachos, merecedores de todo el apoyo que sus parientes deben prestarles.

Y teniendo en cuenta que el aborrecimiento al vicio es un paso hacia la virtud, Martha de Crawley procuraba con santa constancia sembrar en el alma de su cuñada un horror legítimo por los innumerables pecados de Rawdon, de los cuales presentó a su tía un catálogo tan partido, que era bastante para condenar, no a un oficial, sino a un regimiento de oficiales. Cuando un hombre lleva una vida desarreglada, son sus parientes los que con mayor ahínco que los extraños procuran hacer resaltar sus errores, y como quiera que para ello necesitan conocerlos, Martha dio pruebas de un interés perfectamente familiar y de poseer un conocimiento acabado de la historia de Rawdon. Se hizo con todos los detalles de la fea querella que su sobrino tuvo con el capitán Marker, querella que terminó con la muerte en duelo de éste a manos de Rawdon, siendo el muerto el que tenía toda la razón; supo que el desgraciado lord Lovedale, cuya mamá fue a residir a Oxford para que su hijo fuese educado en su universidad y que era un joven que en su vida había tocado una carta hasta que fue a Londres, cayó en manos de Rawdon, quien le pervirtió, le hizo contraer el vicio de la embriaguez y le ganó cuatro mil libras esterlinas. Aquella tía ejemplar pintaba a la enferma con los colores más vivos la desesperación de las innumerables familias de provincias arruinadas por aquel abominable seductor y corruptor de la juventud, que precipitaba a los hijos en los abismos del deshonor y de la miseria y arrastraba a las hijas a la perdición y a la infamia; trazaba cuadros llenos de vida de los pobres negociantes a quienes condujo a la bancarrota, de las mentiras y falsedades de que se valía para conquistarse el afecto de sus generosas tías y de la ingratitud criminal con que pagaba sus beneficios. Estas historias las iba refiriendo gradualmente a la enferma, dejando pasar entre una y otra tiempo suficiente para que todos sus detalles quedasen profundamente grabados en el pecho de su oyente, y como lo hacía porque entendía que a ello la obligaban sus deberes como cristiana y como madre de familia, dicho se está que no la atormentaban remordimientos, ni se arrepentía, ni sentía

compasión hacia la víctima que su lengua estaba inmolando… Lo repito; para desacreditar a una persona, no hay como los parientes.

Como Becky formaba ya parte de la familia, natural era que fuese objeto de minuciosas investigaciones por parte de la excelente Martha de Crawley. Esta perseguidora infatigable de la verdad, después de dar órdenes estrictas y terminantes de que fuese negada la entrada en la casa a toda clase de emisarios, cartas o recados de Rawdon, tomó un día el coche de la enferma y se hizo conducir al colegio de Chiswick. Vio a la Minerva de la casa, señorita Pinkerton, la puso al tanto de la seducción del capitán Rawdon llevada a cabo por Becky Sharp, y salió del colegio llevando muchos y muy singulares detalles sobre el nacimiento y temprana historia de la ex institutriz. La amiga del lexicógrafo guardaba en cartera amplios informes. La señorita Lucy, por encargo de su hermana, trajo una colección de cartas que formaban parte del archivo reservado de la directora: en una de ellas solicitaba el padre de Becky dinero adelantado; otra era un discurso de gratitud por haber sido Becky admitida en el colegio, y el postrer documento suscrito por el desgraciado artista en su lecho de muerte impetraba la protección de la señorita Pinkerton en favor de la pobre huérfana que en el mundo dejaba el pintor. De la colección formaban parte una porción de cartas de Becky, cartas juveniles, peticiones en su mayor parte, súplicas de socorros para su padre.

Es probable que en la feria de las vanidades no existan sátiras más admirables que las cartas. Tome cualquiera de los lectores unas cuantas firmadas por un amigo a quien quería como hermano diez años atrás, y a quien ahora odia con toda su alma; examine las de una hermana suya, hermana querida… hasta que un legado de veinticinco libras esterlinas fue la cizaña que les obligó a reñir; lea las de su propio hijo, que a fuerza de ingratitudes y de desórdenes ha amargado su vida, o bien las suyas propias, las que respiran cariño, las que juran amor eterno a su esposa… dé la que hoy hace tanto caso como de la reina Isabel. Votos, promesas, confidencias, gratitud, protestas, ¡qué lenguaje tan extraño, tan cómico, ofrecéis al que os lee al cabo de algún tiempo de escritos! En la feria de las vanidades debería existir una ley que impusiera la obligación de destruir todo documento escrito (excepción hecha de las facturas de los comerciantes), al cabo de un intervalo de tiempo muy breve. Esos charlatanes que anuncian tintas indelebles de la China o del Japón deberían perecer juntamente con sus endiablados descubrimientos. En la feria de las vanidades, la mejor tinta, la tinta ideal, sería la que desapareciese sin dejar rastros a los dos días de empleada, la que dejase perfectamente limpio y blanco el papel para utilizarlo cuantas veces hubiese necesidad de escribir una carta.

Guiada por la señorita Pinkerton, la infatigable Martha siguió al difunto pintor Sharp y a su hija hasta la casa de la calle Greek, donde vivieron, casa cuyos muros adornaban unos retratos de los propietarios, hechos por el pintor en pago de un

trimestre de alquiler de la finca. La señora Stokes, persona muy comunicativa, dijo sin hacerse rogar a Martha cuanto sabía sobre el señor Sharp; ponderó lo pobre y desordenado que era, lo alegre y divertido; habló de las persecuciones que sufría de alguaciles y agentes de justicia; contó que, con escándalo de la vecindad, no se casó sino hasta breves días antes de la muerte de la esposa; tomó luego a Becky en sus manos y narró que era un diablillo, muy aficionada a la ginebra, muy conocida en todos los estudios del barrio… en una palabra: Martha recogió los datos más completos sobre el parentesco, la educación y el carácter de su nueva sobrina. Acaso habría disgustado a ésta saber el resultado de las investigaciones de que era objeto.

Todas las averiguaciones, tan hábilmente practicadas, eran aprovechadas para la instrucción de la enferma. Resultaba que Rawdon Crawley había casado con la hija de una bailarina; que también ella había bailado; que había sido modelo de varios pintores, y que fue criada y aleccionada cual correspondía a la hija de su madre; que bebía ginebra con su padre, en suma, que era una mujer perdida casada con un perdido, y como consecuencia, que nada bueno podía esperarse de aquella pareja, y que ninguna persona que en algo estimase su decoro debía saludarles, y mucho menos recibirles en su casa.

Tales eran los materiales que la prudente Martha almacenó en la casa de Park Lane, materiales que eran a manera de municiones de boca y de guerra con cuyo auxilio sostendría victoriosa el asedio que le constaba que Rawdon y Becky habían de poner a Matilde Crawley.

Debemos decir que tan bien quiso hacerlo Martha de Crawley que exageró la nota. Las medidas que adoptó fueron acertadas para sus fines, pero demostró demasiada ansiedad, trabajó demasiado bien, valga la frase. Gracias a ella, la enfermedad de la solterona adquirió proporciones que seguramente no habría adquirido, y si es cierto que sometió a la anciana a su autoridad, no lo es menos que la revistió de tal severidad y la hizo tan odiosa, que la víctima anhelaba sacudirla y no deseaba sino que se le ofreciera oportunidad para hacerlo. Las mujeres autoritarias, las que mandan a todas horas y a todo el mundo, apenas si comprenden la posibilidad de una rebelión doméstica, y menos todavía las consecuencias que suelen resultar de una autoridad que pretenda tirar demasiado de la cuerda.

Martha de Crawley, con las intenciones más santas del mundo —no quiero ponerlo en tela de juicio—, y hasta exponiéndose a irse al otro mundo por falta de descanso, de comida, de aire, todo ello en aras de la salud de su querida cuñada, hizo comulgar en sus convicciones sobre la gravedad extrema de la enferma a las personas que con ella estaban en contacto, y fue un milagro que no llevase a la enferma a la tumba.

—He hecho esfuerzos más que humanos —decía un día al médico de cabecera, doctor Clump— para ayudar a recobrar la salud de mi querida enferma, postrada en el

lecho del dolor a consecuencia de las terribles ingratitudes de su sobrino. Ante nada he retrocedido, porque yo, señor Clump, sé sacrificar hasta mi vida por el prójimo.

—Su solicitud es admirable, lo confieso —respondió el médico—, pero…

—Apenas he cerrado los ojos desde que llegué a esta casa. Ante la voz del deber, callan en mí el apetito, la sed, el sueño, las comodidades… hasta el apego instintivo a la vida. Cuando mi pobre James tuvo la viruela no quise tomar a nadie para su cuidado.

—Se condujo usted como madre amantísima, pero…

—Madre soy de familia y esposa de un eclesiástico de la Iglesia de Inglaterra, y como tal; sin faltar a la modestia, puedo proclamar que mis principios no pueden ser mejores. Mientras mis fuerzas no me abandonen del todo, jamás desertaré del puesto del deber. Sean otros los que obligan a esa blanca cabeza a apoyarse desfallecida sobre las almohadas del dolor, que yo procuraré destruir el daño que aquéllos hagan. A propósito, doctor, creo que mi cuñada está tan necesitada de los auxilios de la religión como de los de la ciencia.

—Iba a hacer observar a usted, señora —replicó el médico con dulzura—, cuando dio expresión a sentimientos que la honran muchísimo, que, a mi entender, se alarma usted demasiado y sin necesidad, y prodiga su salud en favor de una enferma cuya indisposición no es para inspirar cuidados.

—En aras del deber sacrifico gustosa la vida, y con doble razón, tratándose de una persona de la familia de mi marido.

—Y yo aplaudo su manera de pensar, siempre que haya necesidad, pero… nos apena que la señora Martha de Crawley sea una mártir. El doctor Squills y yo hemos estudiado el caso con el detenimiento y ansiedad necesarios, y entrambos opinamos que toda la enfermedad se reduce a un decaimiento grande de espíritu y a cierta perturbación nerviosa, ocasionada por sucesos de familia.

—Su sobrino será su perdición… la llevará a la tumba.

—Por fortuna, llegó usted para ser su ángel de la guarda… sí, señora, su ángel de la guarda… Pero opinamos el doctor Squills y yo que la enferma no se encuentra en el caso de guardar cama. Está deprimida, pero quizá su reclusión entre cuatro paredes, lejos de atenuar su depresión, la aumente. Es preciso variar el plan de curación… aire libre, calle, paseos, alegría… son los remedios mejores de la farmacopea… Convénzala usted de que debe levantarse, sáquela del lecho, reanime su abatimiento, llévela a paseo en coche. La enferma saldrá ganando y usted también, señora Martha; verá usted… y perdóneme una frase que suena a galantería… verá usted cómo reaparecen las rosas en sus mejillas.

—Un encuentro fortuito con su desnaturalizado sobrino, quien, según me han informado, pasea por el parque con la desvergonzada cómplice de sus crímenes —replicó la santa enfermera, ocultando el gato del egoísmo dentro del saco de los

secretos—, produciría en mi querida enferma una sacudida tan atroz, que probablemente sería su muerte. No… no debe salir de casa, señor Clump… no saldrá mientras yo aliente. En cuanto a mi salud, ¿qué me importa? Con gusto la sacrifico, con alegría la ofrezco en holocausto en el altar del deber.

—Señora… me pone usted en el caso de decir con toda franqueza que no respondo de la vida de la enferma si continúa encerrada en esta habitación obscura. Dada su tremenda excitación nerviosa, su vida concluye el día que menos lo esperemos… y si el objeto que usted persigue es que sea su heredero el capitán Crawley, palabra de honor que hace usted todo lo posible por conseguirlo.

—¡Dios santo!… Pero ¿corre peligro su vida? ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes, señor Clump?

La noche anterior, los doctores Clump y Squills habían celebrado consulta sobre la enfermedad de Matilde Crawley, sentados frente a una mesa sobre la cual se veía una botella de vino y dos vasos.

—La vieja ha caído en manos de una verdadera arpía, que la matará, y no tardará mucho, Clump —observó Squills—. ¡Rico es este Madera!…

—Mire usted que ha sido loco ese capitán —respondió Clump—. ¡Al diablo se le ocurre ir a casarse con una institutriz!… Por supuesto, que algo tendría ella…

—Sí… algo tenía; ojos verdes, piel satinada, linda cara y gran desarrollo frontal; pero no obstante su dote, Rawdon ha sido un loco.

—Lo fue siempre.

—No me cabe duda de que la vieja le dejará a la luna de Valencia.

—Es más que probable.

—Y la arpía que la cuida la matará antes de dos meses, Clump. La enferma es vieja, está debilitada, es muy nerviosa, sufre palpitaciones de corazón, he observado cierta presión cerebral, la apoplejía ronda en torno suyo… Le digo que no doy dos chelines por su vida, colega…

Esta conversación decidió al digno médico de cabecera a hablar con tanta franqueza a Martha de Crawley.

Ésta, que tenía siempre a su disposición a la enferma, sin nadie que pudiese estorbar sus actos, habíala atacado más de una vez en el sentido de obligarla a rectificar su testamento, pero semejantes proposiciones aumentaban prodigiosamente los terrores que a la enferma inspiraba la muerte, por cuyo motivo la enfermera creyó de necesidad combatir el decaimiento y esperar a que se iniciase cierta mejoría antes de dar el último asalto que diera por resultado el logro de los piadosos deseos que perseguía. La sacaría de casa, pero ¿adónde la llevaría? cuestión era esta que no debía resolverse a la ligera. En la iglesia no encontraría seguramente a Rawdon, pero tampoco es la iglesia lugar muy indicado para devolver la alegría a un enfermo cuyo ánimo está muy decaído. Decidió al fin llevarla a Hampstead, a Hornsey, sitios

encantadores, y, en efecto: mandó enganchar el coche, hizo acomodar en él a la enferma, y la obligó a recorrer aquellos lugares rústicos, sazonando el paseo con conversaciones a propósito de Rawdon y de su mujer y contando historias sobre historias, con la caritativa intención de añadir combustible a la indignación que almacenaba el pecho de la solterona contra aquella pareja de réprobos.

Es posible que Martha tirase demasiado de la cuerda, porque si es cierto que trabajaba con maña para cultivar la aversión de la vieja hacia su rebelde sobrino, no lo es menos que en el pecho de Matilde germinaba un odio profundo, un terror secreto hacia su verdugo, de cuyas manos ansiaba escapar. Tras breves días de paseo levantó estandarte de rebelión contra las excursiones por Hampstead y Hornsey y dijo terminantemente que quería ir al parque. Temía Martha encontrar allí a Rawdon, y no la engañaron sus temores. En el paseo toparon con el carruaje donde iban Rawdon y Becky. Ocupaban el coche de la solterona ésta y Martha, sentadas en los asientos fronteros, y la doncella y la señorita de compañía en los de detrás. El momento fue emocionante. Pocas veces latió tan desordenado el corazón de Becky como en el instante de reconocer el carruaje enemigo. Al cruzarse los dos vehículos, Becky dirigió a la enferma una mirada patética de cariño infinito. Rawdon tembló y su rostro tomó los tonos de la amapola. La enferma no miró siquiera a sus sobrinos. Los coches continuaron su curso opuesto.

—¡Se acabó, ira de…! —exclamó Rawdon.

—Prueba una vez más —replicó Becky—. ¿Por qué no pegas las ruedas de nuestro coche a las del de tu tía?

Deseos tenía Rawdon de ejecutar la maniobra pero le faltó el valor. Al encontrarse de nuevo los carruajes, Rawdon se incorporó y llevó la mano al ala del sombrero, dispuesto a saludar. La solterona no volvió la cabeza, antes por el contrario, ella y Martha clavaron sus ojos en la cara del capitán y le miraron con desdén infinito. Rawdon se arrellanó de nuevo, lanzó a media voz una maldición, salió de la fila de coches y partió a galope hacia su casa.

Fue para Martha un triunfo brillante y decisivo, aunque la excitación nerviosa que observó en la enferma dióle a entender que la repetición de encuentros como el pasado entrañaba serios peligros para ella. Resuelta a prevenirlos, procuró convencer a la solterona de que su salud exigía imperiosamente que abandonase a Londres durante algún tiempo y defendió con energía la idea de retirarse a Brighton.

Capítulo XX

El capitán Dobbin obra como emisario de himeneo

SIN SABER CÓMO, el capitán William Dobbin se encontró convertido en gestionador, agente, ministro plenipotenciario, para la celebración del matrimonio de George Osborne con Amelia Sedley. Sin él, jamás habría tenido efecto semejante unión. No podía menos de confesárselo a sí mismo, y sus labios se plegaban en una sonrisa que destilaba amargura al pensar en los caprichos de la suerte, que le escogió a él para que arreglase un matrimonio fracasado, a él, precisamente al último hombre del mundo a quien debió escoger. La dirección de tal asunto era a no dudar la tarea más penosa que nunca pesó sobre sus hombros, pero el capitán Dobbin era de los que, cuando se encontraba frente al cumplimiento de un deber, marchaba en línea recta hacia él, economizando palabras y derrochando resolución. Abrigaba la triste convicción de que Amelia moriría de dolor si no se casaba con George, y Dobbin resolvió recurrir a todos los medios para conservarle la vida.

No quiero entrar en detalles minuciosos sobre la entrevista de George y Amelia, sobre el momento en que el primero cayó a los pies (¿no sería más exacto decir en los brazos?) de su querida prometida, merced a la intervención de Dobbin. Corazones mil veces más diamantinos que el de George se habrían derretido a la vista de aquella linda carita, tan castigada por la tristeza, la pena, la desesperación, y ante los tiernos acentos con que refirió su desconsoladora historia. Su madre, al ver que la pobrecilla no se desmayaba, cuando, temblando, introdujo a George en su cuarto, sino que exhalaba un suspiro hondo, muy hondo, y doblando su cabecita sobre el hombro de su novio, lloraba lágrimas tiernas, copiosas, sedantes, juzgó conveniente dejar solos a los jóvenes y salió, mientras Amelia besaba con humildad la mano de su prometido, cual si éste fuera su dueño y señor supremo, cual si la culpable, la indigna, la necesitada de gracia y de indulgencia fuese ella y no él.

La sumisión tierna y humilde de Amelia penetró en el alma de George en forma de halagadora y exquisita emoción. Encontró una esclava obediente en aquella angelical criatura y en su pecho germinó un sentimiento de omnipotencia que agitó agradablemente su alma. Monarca soberano, sultán omnipotente, sintióse inclinado hacia la generosidad y decidió alzar del suelo a la prosternada Ester y sentarla en su trono, y como la belleza melancólica de aquélla le conmovió tan profundamente como su adorable sumisión, decidió consolarla, animarla, perdonarla, por decirlo así. Todas las esperanzas de la pobrecilla, muertas de algún tiempo a aquella parte, todos sus amores, yertos al soplo helado de la indiferencia de su prometido, resucitaron, se

alzaron pujantes, brillaron con fulgores nuevos, al recibir el beso acariciador del rayo de sol que George se dignaba proyectar sobre ellos. Parecía imposible que la cara radiante de Amelia fuese la misma que minutos antes aparecía pálida, exangüe, indiferente a cuanto la rodeaba. La doncella irlandesa, entusiasmada al reparar en el cambio, pidió permiso para besar aquellas mejillas que en un momento se habían convertido en encantadoras rosas; Amelia contestó echando los brazos al cuello de la doncella y besándola con toda la efusión de su alma, como si fuese una niña. Aquella noche disfrutó de un sueño tranquilo y reparador, y cuando despertó a la mañana siguiente, no parecía sino que la aurora había puesto en su semblante todos los encantos.

—Hoy vendrá otra vez —se repetía Amelia—. Es el más noble, el mejor de los hombres.

Mientras Amelia y George sostenían en la habitación del primer piso su delicioso diálogo, abajo conversaban la señora Sedley y Dobbin sobre la situación de los amantes, aquilataban las probabilidades de éxito feliz y preparaban las disposiciones que deberían adoptarse. La madre de Amelia, después de dejar a los jóvenes en libertad de abrazarse con todo su poder, cediendo a sus sentimientos de mujer, como esposa que conocía a fondo a su marido, opinaba que ningún poder humano haría consentir al señor Sedley en el matrimonio de su hija con el hijo del desleal amigo que de tan vergonzosa, inexorable y monstruosa manera le había tratado. Habló extensamente al capitán de los días felices de su existencia esplendorosa, de la época en que Osborne vivía muy humildemente en el New Road y su mujer recibía con transportes de alegría los regalos que su marido se apresuraba a hacerle con motivo del nacimiento de sus hijos. La ingratitud infernal de aquel falso amigo había abierto en el corazón de su marido una herida que jamás cicatrizaría, y la consecuencia de la herida sería negar siempre su consentimiento al matrimonio en proyecto.

—Habrá que recurrir al rapto —dijo riendo William Dobbin—. Que imiten al capitán Rawdon y la amiguita de Amelia.

¿A qué se refería el capitán? ¿Cómo? ¡Nunca lo hubiera pensado! La noticia era nueva para la señora Sedley, que quedó profundamente sorprendida. ¡De buena se había escapado Joseph!, y relató con toda clase de detalles la aventura amorosa que ya nos es conocida.

No era el furor del señor Sedley lo que más asustaba a Dobbin sino la actitud del tirano de cejas negras, del autócrata ruso, que había puesto un veto absoluto al matrimonio, según sospechaba con mucho fundamento Dobbin. Sabía lo terco que era Osborne padre, sabía que una vez pronunciada una sentencia no había quien lo obligase a revocarla.

—La única probabilidad de futura reconciliación —se decía William— la tiene en la próxima campaña. Si muere, morirán los dos; si no se distingue… ¿qué porvenir le

espera? He oído decir que puede disponer de algún dinero por parte de su madre… acaso lo bastante para comprar un empleo de comandante, o bien para irse al Canadá y dedicarse a agricultor. Verdad es que con una compañera como Amelia, viviría yo contento y feliz en la Siberia.

Dobbin se multiplicaba, ponía empeño en que el matrimonio se celebrase lo más pronto posible. ¿Era su prisa semejante a la que mueve a las personas que han tenido la desgracia de perder a un ser querido a activar todo lo posible el funeral? Es posible. Lo que no admite duda es que Dobbin, una vez que hubo tomado el asunto en sus manos, quiso llevarlo a su solución con ansiedad extraordinaria. A todas horas incitaba a George a obrar sin tardanza, pintándole las probabilidades de llegar a reconciliarse con su padre, para lo cual bastaría que viese su nombre estampado en el Diario Oficial en la relación de «distinguidos». Si era preciso, él se encargaba de visitar a los padres de entrambos contrayentes y de solicitar su conformidad desafiando sus iras. Representó a George la conveniencia de no dormirse, y le suplicó por lo más sagrado que diera su nombre a Amelia antes de que se diesen las órdenes de marcha del regimiento al extranjero, órdenes que se esperaban de un momento a otro.

Llena la imaginación de proyectos matrimoniales, y contando con la aquiescencia y hasta con el aplauso de la señora Sedley, que estaba dispuesta a defender la causa de la felicidad de su hija contra la oposición de su marido, Dobbin fue a ver al pobre arruinado al Tapioca Coffee-House, sito en la City, adonde solía ir todos los días el anciano caballero para escribir y recibir cartas, de las que formaba misteriosos paquetes, algunos de los cuales llevaba siempre en los bolsillos interiores de su chaqueta. Pocas cosas en el mundo afligen tanto un corazón compasivo como los pasos, las acciones, la correspondencia, el misterio de que parece rodearse un hombre arruinado, las cartas arrugadas y grasientas que le ofrecen algún apoyo y en las cuales cifra todas sus esperanzas de restauración y de fortuna futura. Alguno de los lectores habrá tropezado a no dudar con algún amigo antiguo, castigado duramente por la desgracia, un amigo que, al verle, le lleva a un ángulo, a un rincón reservado, saca del bolsillo un paquete de cartas, escoge las que más le agradan, le obliga a leerlas, y mientras las leéis, os contempla con mirada triste, ansiosa, humilde, mirada de loco, mirada de desesperación.

Y, sin quererlo, he hecho el retrato del hombre, antes próspero, jovial, amigo de bromas y de diversiones, que Dobbin encontró en el café. Su levita, siempre flamante, principiaba a mostrar la trama del tejido por los codos; los botones dejaban ver el cobre. La tristeza de su cara sin afeitar, inspiraba compasión. Antes, cuando llamaba en el café, lo hacía a voz en grito y riendo más que nadie; ahora, si dirigía la palabra a John, propietario del establecimiento, hacíalo con finura exquisita, con humildad. En cuanto a William Dobbin, víctima en mil ocasiones del buen humor del anciano

caballero, en la ocasión presente le alargó la mano como cohibido y vacilante, y le llamó «señor». Un sentimiento de vergüenza y de remordimiento se posesionó del capitán al verse así tratado, como si hubiese sido él el culpable de las desventuras que hicieron descender tan hondo al antes opulento Sedley.

—¡Hola, señor capitán Dobbin! —dijo el señor Sedley—. Es para mí una satisfacción inmensa verle… ¿Cómo está mi buen amigo el señor corregidor? ¿Y su señora madre, caballero, sigue bien? ¿Necesita usted algo de mí, caballero? Mis buenos amigos Dale y Spiggot se han encargado del despacho de todos mis negocios mientras monto oficinas nuevas, señor capitán… ¿Quiere usted tomar alguna cosita?

Contestó Dobbin con voz balbuciente, vacilando e interrumpiéndose a cada tres palabras, que no deseaba tomar nada, que no tenía negocios de ninguna clase que tratar, que lo único que deseaba era cerciorarse de que el señor Sedley se encontraba bien, dar un apretón de manos a un antiguo amigo.

—Mi madre se encuentra perfectamente —dijo—, como nunca… es decir… acaba de salir de una enfermedad gravísima, no sale de casa… y por eso no ha visitado todavía a la señora Sedley… pero espera aprovechar el primer día bueno para cumplir con deber tan agradable… ¿Cómo está su señora, señor Sedley?… ¿Bien?… Lo celebro en el alma… Yo…

No supo cómo continuar, pues se le ocurrió la idea de que estaba mintiendo como nunca, y, por añadidura, sin pizca de talento. El día estaba hermoso como nunca, brillaba un sol como pocas veces se ve en Londres, y preguntaba por la señora Sedley, fingiendo no haberla visto en muchísimo tiempo, cuando una hora antes la había dejado en su casa, acompañando a George y a Amelia.

—La visita de su ilustre madre, caballero, proporcionará a mi señora un placer indecible —dijo el anciano Sedley, sacando un paquete de papeles del bolsillo—. De su padre de usted he recibido una carta que me llena de satisfacción y de orgullo; sírvase presentarle mis respetos. Su señora madre, cuando nos dispense el honor de visitarnos, nos encontrará en una casa más pequeña que la en que solíamos recibir a nuestros amigos, pero tiene la ventaja de ser más alegre, y, sobre todo, más sana. Mi hija está un poquito delicada… ¿Recuerda usted a mi buena Amelia, caballero?… Pues sí… está un poquito delicada… los médicos aconsejaron un cambio de aires… parece que le perjudica respirar el del centro de la ciudad… Dígame usted, mi querido señor Dobbin, usted que es militar —añadió después de una pausa, desatando un bramante que sujetaba un paquete de documentos—: ¿Es posible… comprende usted que existieran personas que especulasen sobre el regreso del emperador? ¿Sobre la evasión de ese malvado corso de la isla de Elba? Cuando visitaron la capital los soberanos aliados… hace menos de un año, y les obsequiamos con aquel banquete espléndido en la City, y vimos las fiestas, y admiramos los fuegos artificiales, y cruzamos el puente chino tendido en el parque de Saint James, ¿podía suponer nadie

que la paz no estaba asegurada, que no era ocasión todavía de cantar un Tedeum? Usted, amigo mío, usted, que es militar, sabrá decirme cómo podía yo suponer que el emperador de Austria nos resultaría un felón despreciable, un traidor condenado… digo poco, porque ha sido más que traidor… No me importa hablar claro… un falsario, un embaucador… un embustero que todo lo supeditaba a las conveniencias de su yerno. Sí, mi querido capitán… La evasión del corso, que Dios confunda, ha sido una añagaza, un complot infernal, sí, señor, en el cual han tenido participación la mitad por lo menos de las testas coronadas de Europa… un complot fraguado para determinar una baja tremenda en los valores, baja que ha arruinado a nuestra nación. Por eso me encuentra usted aquí, William… Por eso ha aparecido mi nombre en la Gaceta Oficial… ¿Quién me ha arruinado? La confianza estúpida que deposité el emperador de Rusia y en nuestro príncipe regente… Vea usted… dé una ojeada a mis documentos… Fíjese en la cotización del día 1.° de marzo… Vea a cómo estaban los títulos de la renta francesa el día que yo los compré… y vea a cómo están hoy… Ha habido complot, caballero, ha habido complicidades escandalosas, que únicamente así ha podido escapar aquel villano. ¿Por qué no han fusilado al responsable de su seguridad? ¿Por qué no han ejecutado a la autoridad inglesa que le dejó escapar? ¡Por Cristo vivo que la tal autoridad debió ser juzgada y sentenciada en juicio sumarísimo!

—Ahora vamos a inutilizar para siempre al corso, señor Sedley —contestó Dobbin, alarmado al ver la furia del viejo, que golpeaba frenético con el legajo de papeles sobre el velador—. Muy pronto concluiremos con él… El duque está ya en Bélgica, y nosotros esperamos de un momento a otro la orden de marcha.

—¡No le den cuartel, capitán!… ¡No vuelvan sin traerse la cabeza del canalla!… ¡Maten como a un perro a ese cobarde! —bramó el viejo—. Voy a alistarme yo… pero no querrán a un viejo arruinado, a un viejo quebrado, a un viejo despojado por ese infernal malvado… y por una turba de ladrones compatriotas nuestros, que me deben todo lo que son, caballero, y que hoy pasean en coche.

Dobbin sentía viva lástima hacia aquel amigo antiguo, loco casi de resultas de su infortunio, hacia el caballero arruinado para quien lo era todo el dinero y un apellido limpio. En la feria de las vanidades abundan los ejemplares de aquel tipo.

—Sí —continuó el viejo—, hay víboras a quien uno da calor para que luego le claven sus emponzoñados dientes; hay mendigos a quienes uno invita a montar en su caballo para que luego derriben a quien generoso les ayudó. Ya sabe usted a quién me refiero, mi querido William: aludo a ese canalla enriquecido a quien he conocido sin un penique y a quien espero ver tan mendigo como era cuando yo le tendí mi mano.

—Algo de lo que usted me dice he oído referir a mi amigo George Osborne —dijo Dobbin, deseando abordar cuanto antes el asunto—. Las diferencias que entre usted y su padre han surgido le han apenado en extremo, tanto, que soy portador de un mensaje suyo para usted.

—¡Ah!… ¿era ése el objeto de su visita, eh? —gritó el viejo poniéndose en pie de un salto—. Tal vez me dispensa el honor de compadecerse de mí… ¿acierto? ¿Es que todavía ronda mi casa? Si mi hijo fuese un hombre, que no lo es, por desgracia, le habría enviado ya al otro mundo. Tan villano es como su padre… No quiero que su nombre sea pronunciado jamás en mi casa… Maldigo y maldeciré el día en que entró por primera vez en ella, y antes quiero ver muerta a mi hija que casada con él.

—George no es responsable de las faltas de su padre, señor Sedley, al paso que del amor que su hija de usted le profesa tiene usted tanta culpa como ella y como él. ¿Cree usted que sus derechos de padre se extienden hasta el extremo de poder jugar con los afectos de dos jóvenes, hasta el extremo de arrebatarles la dicha y la vida, porque así se lo aconseja su capricho?

—¡Quiero hacer constar que no es el padre de ese miserable quien rompe el compromiso, sino yo! —gritó Sedley—. Entre esa familia y la mía se ha abierto un abismo que no se estrechará nunca. ¡Mucho he descendido, pero no tanto, señor mío… no tanto!… Puede usted decírselo así a toda la raza… al padre, al hijo, a las hijas… a todos.

—Insisto, señor, en que no tiene usted derecho para tanto. Su autoridad no alcanza hasta el punto de separar a dos seres que se aman, y es mi opinión que, si usted niega su consentimiento a Amelia, ésta debe casarse con George sin el consentimiento de usted. ¿Es justo que viva muriendo, que sea una desgraciada, que se agoste como una flor, sin más razón ni motivo que su terquedad de usted? No. A mi entender, tan casada está a estas fechas como si su matrimonio hubiese sido publicado ya en todas las iglesias de Londres. Además, ¿cabe contestación más honrosa a los cargos formulados por Osborne contra usted, puesto que cargos formula, que la aspiración de su hijo a entrar a formar parte de su familia casándose con su hija?

Cruzó un rayo de satisfacción por los ojos de Sedley al escuchar la última razón, pero aseguró una vez más que nunca el matrimonio de Amelia con George obtendría su consentimiento.

—Nos pasaremos sin él —replicó Dobbin riendo.

A continuación, refirió al furibundo viejo la historia de la fuga de Becky con el capitán Crawley, historia que divirtió a no dudar a aquél.

—Sois terribles los capitanes, amigo William —dijo.

Una sonrisa iluminó su rostro con asombro de los camareros del café, que siempre le habían visto tétrico desde el día de su ruina.

Parece que la idea de herir a su enemigo con un golpe que le doliera, pues indudablemente le dolería el matrimonio de su hijo con Amelia, le suavizó no poco. Por lo pronto, lo cierto es que, terminada la conferencia, los dos interlocutores se despidieron como los mejores amigos del mundo.

—Dicen mis hermanas que tiene brillantes del tamaño de huevos de paloma —explicaba George riendo—. ¡Cómo harán resaltar el color de tabaco de su cara!… Un collar de brillantes alrededor de aquel cuello debe ser una iluminación ideal… Pues ¿qué diré de sus cabellos? Únicamente que no tienen que envidiar nada a los de Sambo… Si la presentasen adornada con un anillo en la nariz y un penacho de plumas todo el mundo la tomaría por la Bella salvaje.

George, en una de sus conversaciones con Amelia, ridiculizaba en la forma que ha podido apreciar el lector a una señorita recién presentada a su padre y hermanas, que era objeto en su casa de los homenajes más exagerados de toda su familia. Decían que era dueña de infinidad de plantaciones en las Indias Occidentales, de una gran fortuna en fondos públicos, y de considerables intereses en grandes compañías de las Indias Orientales, un palacio en Surrey, y otro en la plaza Portland. El Morning Post había hablado de la rica heredera con elogio, y la apadrinaba y estaba al frente de su casa la viuda del coronel Haggistoun, parienta suya. Acababa de salir del colegio donde completó su educación, y la habían encontrado George y sus hermanas en una fiesta aristocrática. Las hermanas de George opinaron que era una muchacha muy interesante, muy franca, muy agradable, muy cariñosa… no tan refinada como fuera de desear, pero bonísima.

—Si la hubieses visto en traje de baile, Amelia… —continuaba George—. Estuvo en casa para que la admirásemos antes de ir a no sé qué fiesta. Sus brillantes lanzaban más destellos que los jardines de Wauxhall la noche que estuvimos en ellos… ¿Recuerdas lo alegre que se puso Joseph?… Pero, volviendo a nuestra señorita, imagínate una mezcla de brillantes y de caoba, contraste que debía favorecerla, y unas plumas blancas sujetas a su cabello; me equivoqué, quise decir su lana. Sus pendientes parecían arañas de salón, y arrastraba un apéndice de seda amarilla que parecía la cola de un cometa.

—¿Qué edad tendrá? —preguntó Amelia.

—Acaba de salir del colegio… no creo que nuestra princesa negra tenga más allá de veintidós a veintitrés.

—Entonces, es posible que sea la señorita Swartz, mi amiguita mulata del colegio de la avenida Chiswick, que tanto me quería.

—Ése es su apellido, sí. Su padre fue un judío alemán, según dicen, un negrero que traficaba con los caníbales… Falleció hace un año. Toca dos piezas en el piano, canta tres canciones, escribe… si le deletrean las palabras… y mis cariñosas hermanitas Jane y Mary la adoran como si fuera hermana suya.

—¡Ojalá me hubiesen querido así a mí!… ¡Conmigo siempre han estado frías!

—Te habrían idolatrado si fueras dueña de doscientas mil libras esterlinas. Es lo que en casa han visto y lo que han aprendido. Mi familia obsequia y quiere a quien se

presenta con los bolsillos llenos de guineas… Sólo nos relacionamos con banqueros y grandes hombres de negocios de la City, que se podrían ir todos al diablo. En sus banquetes me duermo, y en las grandes recepciones de mi padre me siento avergonzado. Me he acostumbrado a vivir entre caballeros, Amelia, entre personas de educación y gustos refinados, y no puedo, me es imposible soportar la compañía de los mercachifles, que se consideran dioses porque son sacos repletos de oro. Tú, sí, Amelia, eres una verdadera señorita, hablas como verdadera señorita… no me contradigas; como ángel que eres, forzosamente has de ser también delicada, elegante, refinada. Eso lo vio en seguida la vieja Crawley, que ha alternado con lo mejor de Europa. Y a propósito, me es simpático Rawdon Crawley porque se ha casado con la mujer que cautivó su corazón.

También Amelia admiraba al capitán de Guardias por la misma causa y dijo que esperaba que Becky sería muy feliz con él y que deseaba que Joseph se consolase (esto último riendo).

Departiendo de esta suerte encontró William Dobbin a la encantadora pareja, y disfrutó lo indecible al ver que Amelia había recobrado la alegría, y reía, y bromeaba, y tocaba el piano, y cantaba, hasta que vino a poner fin a la reunión la llegada del señor Sedley, señal de la retirada de George.

Al presentarse William Dobbin, Amelia le recibió con una sonrisa de saludo… y no volvió a acordarse de que semejante amigo estuviera en el mundo. Mas no por ello fue menor el placer que embargaba al capitán, a cuya dicha bastaba ver feliz y contenta a Amelia y pensar que gracias en gran parte a su intervención había podido realizarse el milagro.

Capítulo XXI

Querella a propósito de una heredera

ES DIFÍCIL, MUY DIFÍCIL, que una señorita de los méritos indiscutibles de la joven mulatita de que hemos hablado en el capítulo anterior, deje de inspirar pasiones violentas. De aquí que no nos admire que en el alma del viejo Osborne hicieran irrupción ensueños que se lisonjeaba de ver realizados en breve. Huelga decir que alentó con plausible entusiasmo la amabilidad, el mimo con que sus hijas trataban a la heredera y declaró que su mayor placer como padre era ver que sus hijos sabían dirigir bien sus afectos.

—No encontrará usted —solía decir a la señorita Swartz— en nuestra humilde morada el lujo esplendoroso que es costumbre en su barrio. Mis hijas son francas, llanas, desinteresadas, pero sus tiernos corazones saben distinguir, y han concebido hacia usted un cariño que las honra. Yo soy un hombre de negocios franco, llano y desinteresado… honrado como lo fueron siempre mis buenos amigos Hulker y Bullock, corresponsales de su nunca bastante llorado padre. En nosotros encontrará usted una familia unida, sencilla, feliz y… respetada, una mesa sencilla, unas personas sin pretensiones, pero unos corazones que son todo cariño, mi querida señorita… todo cariño hacia usted. Soy franco, y con mi franqueza habitual declaro que la quiero como a hija… Venga una copa de champaña… ¡Choque usted, señorita Swartz!

No haremos al viejo Osborne el agravio de sospechar que sus palabras no saliesen del corazón, ni pondremos en tela de juicio que las protestas de cariño de sus hijas fueran sinceras. Las gentes que viven en la feria de las vanidades suelen simpatizar sin esfuerzo con los ricos. Si el pueblo sencillo se enamora sin esfuerzo de la dama Prosperidad (reto a que me presenten una sola persona a quien no parezca hermosa la Riqueza, una sola persona que deje de mirar con interés a su vecino de mesa, si alguien susurra en su oído que el tal vecino es dueño de medio millón de libras esterlinas), si el pueblo sencillo, repito, mira con benevolencia especial al dinero, ¿con cuánta mayor razón lo mirará con cariño la gente de mundo? Todos sus afectos corren presurosos y contentos al encuentro de la fortuna, y sus sentimientos despiertan espontáneamente en favor de los que la poseen. Conozco algunas personas muy respetables que por nada del mundo concederían su amistad a quien no ocupa en sociedad una categoría determinada o tiene en el banco una fortuna muy respetable. Sólo en ciertas ocasiones dan salida a sus sentimientos. Buena prueba de esta verdad es que la familia Osborne, en cuyos corazones, excepción hecha del de George, no

brotó un destello de cariño hacia Amelia, en quince años de trato, se enamoró de la señorita Swartz no bien les fue presentada, la quiso con efusión fulminante, como podría apetecerla el defensor más exigente del amor a primera vista.

—¡Magnífico partido para mi hermano! —decían las hermanas de George—. ¡Cuánto mejor que esa insignificante Amelia! George, con su juventud, su excelente tipo, su categoría, sus dotes, sería para ella un marido ideal.

Las imaginaciones de aquellas simpáticas señoritas andaban llenas de bailes en el Palacio Portland, de presentaciones en los salones de la corte, de relaciones con la mitad de los pares del reino, y no sabían hablar a su nueva amiga más que de George y de sus extensísimas relaciones.

También Osborne padre creía que la mulatita era para su hijo un partido excelente. George podría pedir la licencia absoluta, el Parlamento le abriría sus puertas y le pondría en condiciones de ser una eminencia en política, como principiaba a serlo en la elegancia. Hervía su sangre con el fuego del noble orgullo inglés al ver el apellido Osborne ennoblecido en la persona de su hijo y pensar que muy bien podía ser el progenitor de una serie dilatada de poderosos barones. Trabajó sin descanso, inquirió, averiguó en la City y en los bancos, hasta que tuvo noticia detallada de la fortuna de la heredera, hasta que supo dónde la tenía colocada, dónde radicaban sus propiedades. Frederick Bullock, uno de los que le facilitaron informes más abundantes, la habría solicitado para sí de no haber estado comprometido ya con Mary Osborne (así lo declaró el joven banquero), pero ya que no su esposa, deseaba que fuese su cuñada, y con desinterés conmovedor estaba dispuesto a proteger los intereses de George.

—Que se declare George sin perder momento, y la conquista es segura —fue su consejo—. Las ocasiones que no se aprovechan pronto suelen malograrse con mucha frecuencia. Hoy la partida sería suya, porque la heredera acaba de llegar a la ciudad, pero dentro de algunas semanas, caerá como llovido del cielo cualquier aristócrata cazador de fortunas, y nos la arrebatará.

He aquí cómo, mientras los buenos sentimientos y, sobre todo, el capitán Dobbin, volvían a George a los pies de Amelia, el padre y hermanas del novio de ésta arreglaban un matrimonio tan espléndido y conveniente que sería recibido por el interesado con los brazos abiertos, así al menos lo creían ellos.

Acostumbraba hacer el viejo Osborne lo que él llamaba «insinuaciones» en forma tal, que hasta el más obtuso comprendía al punto su significación. Hacer rodar escaleras abajo de un puntapié a un criado, era una de sus «insinuaciones» de que el criado quedaba despedido, de la misma manera que el día que con extremada delicadeza dijo a la tía de la señorita Swartz que pondría en sus manos un cheque de cinco mil libras si conseguía que su pupila se casase con su hijo, llamó a su proposición una «insinuación» y la consideró portento de diplomacia. Una

«insinuación» fue también ordenar secamente a su hijo que se casase con la rica heredera, con entonación parecida a la que empleaba al mandar a su criado que descorchase una botella, o a cualquiera de sus dependientes que escribiese una carta.

La «insinuación» de su padre contrarió vivamente a George. Saboreaba las delicias de su segundo noviazgo con Amelia y nunca el amor de ésta le había parecido tan dulce. El contraste de las cualidades físicas y morales de Amelia con las de la heredera contribuía a que la sola idea de unirse con esta última le pareciese absurda y odiosa. Acordóse de los soberbios trenes y de los palcos en la Ópera, y pensó que por nada del mundo ocuparía aquéllos ni se dejaría ver en éstos dando el brazo a una beldad de caoba. Añádase a esto que Osborne hijo era tan terco como Osborne padre, que cuando quería una cosa no cejaba hasta conseguirla, y que, cuando despertaba su cólera, era tan violento como el autor de sus días en sus momentos más borrascosos.

El primer día que su padre le «insinuó» formalmente que debía colocar sus afecciones a las plantas de la señorita Swartz, contemporizó George con el anciano caballero.

—Debió usted pensar antes en ese proyecto, padre —contestó—. Su realización es imposible hoy, en vísperas de salir con mi regimiento a país extranjero. Esperaremos hasta que yo vuelva, suponiendo que no me quede allí. El regimiento está en vísperas de salir de Inglaterra, y claro está que los pocos días o contadas semanas que tarde en hacerlo, debo consagrarlos a asuntos serios y no a enamorar. Tiempo me sobrará para esto último cuando regrese hecho un comandante… Digo comandante, porque yo le aseguro que ha de ver en las columnas del Diario Oficial el nombre de George Osborne.

Replicó el padre que no faltarían golosos que procurasen hacer suya a la heredera si se les daba tiempo; que si no se casaba antes de partir para la guerra, por lo menos debía hacerse novio oficial de aquélla y adquirir compromiso mutuo por escrito, que sería cumplido a su regreso a Inglaterra y terminó diciendo que es un loco de atar el que, pudiendo tener una renta de diez mil libras esterlinas al año, se va a arriesgar su vida a suelo extraño.

—¿No le importaría a usted que yo pasase por cobarde, ni ver deshonrado nuestro apellido, a trueque de casarme con el dinero de la señorita Swartz? —replicó George.

La réplica desconcertó un poco al buen señor Osborne, quien, viéndose en la necesidad de contestarla, y no sabiendo cómo, dijo:

—Hoy comerás en casa y todos los días, mientras la señorita Swartz se encuentre entre nosotros, te sentarás a su lado y le harás la corte. Si necesitas, dinero, pídelo a mi cajero, que tiene orden de dártelo.

He aquí cómo se alzó un nuevo obstáculo entre Amelia y George, obstáculo que motivó más de una consulta confidencial entre Osborne y Dobbin. La opinión de éste

sobre la norma de conducta que George debía seguir la conocemos ya, y en cuanto a George únicamente diremos que los obstáculos que encontraba en su camino sólo servían para incitarle a caminar más de prisa.

Completamente ajena a la conspiración tramada por los individuos principales de la familia Osborne, y de la cual era objeto ella misma, estaba la opulenta mulata. Su tía y tutora nada le había dicho, aunque parezca extraño; de aquí que, confiada de suyo, y muchacha de temperamento impetuoso y ardiente, tomase los halagos y adulaciones de las hermanas de George como expresión de sentimientos sinceros y genuinos, y procurase corresponder a las explosiones de cariño de que era objeto con fuego verdaderamente tropical. Si he de ser franco, diré que también ella encontraba en la casa de los Osborne una atracción no exenta de egoísmo, quiero decir, que consideraba que George era un muchacho encantador. Los bigotes del prometido de Amelia habían producido en ella viva impresión la noche en que los vio por vez primera en el baile de los señores de Hulkers, y ya sabemos que no era ella la única víctima del poder fascinador del adorno capilar de nuestro interesante amigo. Por otra parte, el aire de George era arrogante y melancólico, lánguido y fiero a la vez; parecía hombre de grandes pasiones, arca que encerraba no pocos secretos, aventuras, penas y contrariedades. Su voz era melodiosa y grave; decía que la tarde estaba calurosa o invitaba a tomar un helado con acentos tan tristes y confidenciales como si estuviese comunicando el fallecimiento de su querida madre, o se encontrase en los preludios de una declaración amorosa. Era el más guapo, el más gallardo de los jóvenes que frecuentaban la casa de su padre. Algunos le aborrecían; otros, como Dobbin, le admiraban y adoraban. Sus bigotes comenzaron a producir efecto, y puede decirse que ya sus guías se enroscaban en el corazón de la señorita Swartz.

Cuantas veces veía la mulatita alguna probabilidad de encontrar a George en la casa de sus padres, corría desalada a hacer una visita a sus queridas amiguitas. Se presentaba siempre con vestidos nuevos y costosos, cargada de joyas y luciendo lindos sombreros y prodigiosas plumas. Ponía toda su habilidad en el adorno de su persona a fin de agradar al conquistador y desplegaba todos sus encantos para merecer su favor. Si las hermanas de George deseaban música, gustosa cantaba las dos o tres romanzas y tocaba las dos piezas de su repertorio, y las repetía mil veces con placer siempre creciente.

El día que siguió a la «insinuación» del padre de George, estaba éste, poco antes de la hora de comer, arrellanado en un sofá del salón en actitud de melancolía perfecta y natural. Había visitado al cajero de su padre, pasado luego tres horas junto a su querida Amelia, y cuando llegó a su casa encontró a sus hermanas en el salón acompañando a la señorita Swartz, que lucía aquel día un vestido de seda color ámbar, pulsera de turquesas, infinidad de sortijas, flores y plumas.

Las muchachas, tras inútiles tentativas encaminadas a obligar a George a tomar

parte en la conversación, se enfrascaron en un coloquio de modas que aburrió desesperadamente al galán.

—¡Demonio! —decía George al día siguiente a un amigo de su confianza—. Te aseguro que parecía uno de esos muñecos chinos que mueven constantemente la cabeza… Me mareó, me volvió loco… Mil veces sentí tentaciones de tirarle un cojín a la cabeza.

Pero continuemos reseñando las distracciones de aquel memorable día.

Las hermanas de George principiaron a tocar La batalla de Praga.

—¡Que me volvéis loco con ese infernal estribillo!… —gritó George hecho una furia—. Toque usted algo señorita Swartz… haga el favor. Cante lo que quiera… menos La batalla de Praga.

—¿Quiere usted que cante Mary la de los ojos azules, o el aria del Estuche? —preguntó la mulata.

—¡Oh!… el aria del Estuche es preciosa —gritaron al unísono las hermanas Osborne.

—La ha cantado ya —dijo el misántropo desde el sofá.

—Cantaría Las aguas del Tajo si tuviese la letra —repuso la señorita Swartz, acordándose del último número de su repertorio.

—¡Ah!… Las aguas del Tajo —exclamó Mary Osborne—. Tenemos esa canción.

Y corrió a buscarla al musiquero.

Ahora bien: la romanza en cuestión, que por entonces estaba muy en boga, había sido regalada a las señoritas Osborne por una de sus amigas cuyo nombre figuraba junto al título de la misma. La señorita Swartz, después de cantarla con aplauso de George, quien recordó que era el canto favorito de su Amelia, reparó en el nombre «Amelia Sedley» escrito en el lugar indicado.

—¡Dios mío! —exclamó la señorita Swartz, girando rápidamente sobre el taburete—. ¿Es éste el nombre de mi Amelia? ¿La Amelia que fue mi compañera de colegio en Chiswick? ¡Sí… ella es… ella; no me cabe duda!… ¿Qué tal está? ¿Dónde vive?

—No repita usted su nombre —se apresuró a contestar Mary Osborne—. Su familia se ha cubierto de deshonor. Su padre abusó de la confianza del nuestro, le robó, y en cuanto a ella, en esta casa no se pronuncia su nombre.

Mary se vengaba de la salida de George a propósito de La batalla de Praga.

—¿Es usted amiga de Amelia? —preguntó George incorporándose bruscamente —. ¡Dios la bendiga a usted, señorita Swartz! No crea una palabra de lo que dicen esas locas. Amelia no merece la menor reconvención… es la mejor de…

—Sabes perfectamente que no debes hablar de ella, George, la prohibición de nuestro padre es terminante —terció Jeannie.

—¿Y quién es nuestro padre para prohibírmelo? —gritó George exasperado—.

Hablaré con ella pese a quien pese, y pese a quien pese digo que es la muchacha mejor, la más amable, la más hermosa y la más angelical de Inglaterra. Añado que, aun cuando su padre haya quebrado, mis hermanas son las que menos que nadie deben arrojar piedras a su tejado. Si usted le conserva algún cariño, señorita Swartz, vaya a verla, que hoy más que nunca necesita los consuelos de sus amigas. Añadiré que pido fervorosamente a Dios que colme de bendiciones a quien le dé pruebas de simpatía. Quien hable bien de ella es mi amigo de la misma manera que es mi enemigo quien la trate injustamente. Muchas gracias, señorita Swartz, muchas gracias —terminó, dando a la mulatita un fuerte apretón de manos.

—¡George… George! —exclamó una de sus hermanas con voz suplicante.

—¡Bendito sea todo el que quiera a la señorita Amelia Sedley! —gritó George con fiereza—. El mayor favor que…

No terminó la frase: acababa de presentarse en el salón Osborne padre, lívido de rabia y lanzando llamaradas por los ojos.

Aunque George se había interrumpido, se encontraba muy excitado para que le acobardase toda una generación de Osbornes. Calló su lengua, pero se irguió altanero y contestó a la mirada de furia de su padre con otra que revelaba tanta resolución y hasta reto, que el viejo hubo de bajar la suya, comprendiendo que la tormenta estallaría terrible.

—Señora Haggistoun… ¿me permite que le ofrezca mi brazo? —dijo—. Vamos al comedor… George… da tu brazo a la señorita Swartz.

Salieron todos del salón y se encaminaron al comedor.

—Amo a Amelia, señorita Swartz —dijo George a su pareja mientras bajaban—. Somos novios casi desde que nacimos.

En la mesa, habló George con volubilidad que le sorprendió a él mismo y puso nervioso a su padre, quien no pensaba más que en la contienda que tendría lugar tan pronto como se fueran las señoras.

Entre padre e hijo existía una diferencia notable. Al paso que el primero era violento y ciego como un toro, el segundo atesoraba el valor de su padre triplicado, y, por añadidura, no sólo sabía atacar con brío, sino resistir con tesón. He aquí por qué, seguro de la proximidad de la lucha, comió el segundo con tranquilidad perfecta y excelente apetito al paso que el viejo no supo dominar sus nervios, y comió muy poco y bebió mucho. Estuvo brusco y displicente en su conversación con las señoras, consecuencia de la irritación que exacerbaba la calma de su hijo, quien, terminada la comida, abrió la puerta del comedor e hizo una inclinación a las señoras al salir éstas, llenó un vaso de vino, lo apuró de un trago, y miró de frente a su padre, como diciéndole que estaba presto para el combate.

El viejo después de beber también, comenzó de esta suerte, con voz temblorosa y cara congestionada:

—¿Cómo se atreve usted, señor mío, a pronunciar el nombre que pronunció en el salón, delante de la señorita Swartz?

—¡Cuidado con las palabras, padre mío! A un capitán del ejército inglés no se le dice que cómo se atreve… a lo que quiera que sea —contestó George.

—A mi hijo le digo lo que tengo por conveniente; a mi hijo puedo dejarle sin un penique, cuando me venga en gana; a mi hijo puedo convertirle en mendigo, si tal es mi deseo; y a mi hijo le diré cuanto quiera.

—Su hijo es un caballero, señor mío, que no tolerará otro lenguaje que el que está acostumbrado a oír. Cuanto haya de decirme, cuantas órdenes quiera comunicarme, le suplico que lo haga sin faltar al comedimiento.

—No recibí de mi padre la educación que usted ha recibido de mí, no gocé de las ventajas de que usted goza, ni dispuse del dinero de que usted dispone. Si yo hubiera podido tener las compañías que otros han tenido gracias a mi dinero es posible que mi hijo no pudiera emplear conmigo semejantes aires de superioridad aristocrática. Verdad es que en mi tiempo, nadie creía que fuese propio de un caballero insultar a su padre. Si yo hubiese hecho una cosa así, el mío me habría puesto a puntapiés en medio del arroyo.

—No he insultado a usted, le he suplicado que no diese al olvido que soy tan caballero como usted. Sé muy bien que me da usted dinero sin tasa —continuó George, pasando sus dedos sobre el fajo de billetes de banco que aquella mañana recibiera del cajero de su padre—, pero también sé que me lo echa en cara con fastidiosa frecuencia. ¿Teme usted que lo olvide?

—Debiera usted tener la misma memoria para todo lo demás —replicó el viejo, cada vez más irritado—. Debiera usted recordar que, en esta casa, mientras el señor capitán se digne honrarla con su presencia, soy yo el único dueño y señor, y que el nombre de aquella… que usted…

—¿De aquella qué? —preguntó George con tranquila ironía, sirviéndose otro vaso de clarete.

—¡…! —los puntos corresponden a un juramento feroz del viejo—. El apellido de los Sedley no se pronunciará jamás en mi casa… no… no quiero oír mentar a ningún individuo de esa condenada familia.

—No fui yo quien sacó a colación el apellido de la señorita Sedley. Fueron mis hermanas, que hablaron mal de ella a la señorita Swartz, y yo la defendí, como la defenderé en casa y fuera de ella, contra quien ose tratarla injustamente. En mi presencia nadie hablará mal de ella… ni siquiera con ligereza. Bastantes daños le ha causado mi familia… Lo menos que los Sedley tienen derecho a esperar es que les dejen en paz después de haberles perdido. Excepción hecha de usted, descerrajaré un tiro a cualquier hombre que tenga la osadía de hablar de Amelia en términos inconvenientes.

—Continúe usted, señor capitán —rugió el padre con los ojos fuera de las órbitas.

—¿Que continúe? ¿Quiere usted que hable del trato que en esta casa se ha dado a ese ángel? ¿Quién me dijo que la amase? ¡Usted… usted! Es posible que hubiera podido escoger en otra parte, colocar mis miradas en persona de nacimiento más elevado que el nuestro, pero obedecí… Y ahora, cuando el corazón de la desdichada es mío, pretende usted que la abandone, que la rechace, que castigue en ella culpas que no son suyas, que la asesine, tal vez… Es vergonzoso, criminal, jugar con el corazón de una niña inocente —prosiguió con entusiasmo—, con un ángel como Amelia, tan superior a cuantas personas han convivido con ella, que seguramente habría excitado tempestades de envidia si su bondad inefable no la hubiese defendido contra el odio. ¿Cree usted que podría olvidarme si yo la abandonase?

—No quiero prestar oídos a tonterías y absurdos sentimentales. En mi casa no entrarán pordioseros por la puerta del matrimonio. Si usted quiere tirar por la ventana una renta de ocho mil libras esterlinas, que puede hacer suyas sin más trabajo que bajarse para recogerlas, hágalo en buena hora; pero le prevengo que, al mismo tiempo, deberá liar su petate y largarse a la calle. ¿Quiere usted hacer lo que le mando, sí o no?

—¿Casarme con la mulata? No es de mi gusto el color. Que pida su mano el negro que barre el Mercado de Carnes… Dígaselo usted a él. Yo no me caso con una Venus hotentote.

El viejo tiró furioso del cordón de la campanilla, y no bien se presentó el mayordomo le ordenó con voz medio ahogada por la cólera que fuese a buscar un coche para el capitán Osborne.

—Es cosa hecha —decía George una hora después, entrando con semblante pálido en el pabellón de su amigo Dobbin.

—¿El qué, muchacho?

George refirió detalladamente la borrascosa escena pasada y terminó así:

—Mañana me caso con ella… De día en día aumenta el amor que me inspira.

Capítulo XXII

Un matrimonio y parte de una luna de miel

LA PLAZA MÁS RESISTENTE y valerosa se rinde al hambre. Con esto contaba el viejo Osborne en la lucha que le hemos visto emprender contra su hijo; en cuanto se agotasen las provisiones de su adversario, daba por seguro que se le sometería sin condiciones. Lo sensible para él era que el muchacho, momentos antes del asalto, se hubiese aprovisionado, pero se consolaba pensando que el aprovisionamiento quedaba terminado, y que, a lo sumo, no serviría más que para diferir muy poquito la rendición. Durante muchos días, la incomunicación entre padre e hijo fue absoluta. El silencio del segundo molestaba al primero, pero sin llegar a inquietarle, porque, como él decía, sabía muy bien de qué pie cojeaba su hijo, conocía el sitio en que había que apretarle el tornillo, y todo era cuestión de esperar el resultado de aquella medida. Refirió detalladamente a sus hijas la disputa tenida con George, pero les exigió que permaneciesen ajenas al asunto y que tratasen al rebelde, cuando volviese a casa, exactamente lo mismo que si nada hubiera acontecido. Todos los días pusieron a George cubierto en la mesa, como de ordinario; es posible que el viejo desease con ansiedad que volviera, pero no volvió. Por encargo suyo preguntaron en el cuartel, y supo que su hijo había abandonado la ciudad en compañía de su amigo Dobbin.

Una mañana lluviosa y desapacible de fines de abril, entró George en el café de Slaughters, con semblante pálido y demacrado, pero vestido con suprema elegancia. Allí le esperaba su amigo Dobbin, luciendo un frac azul con botones de bronce, idéntico al que ceñía el esbelto cuerpo de George. Ambos habían prescindido aquel día de su uniforme militar.

Una hora o más de espera llevaba Dobbin en el café. Había ojeado todos los periódicos, pero sin leer ninguno, mirado docenas de veces el reloj y a la calle, sobre la cual caía el agua en abundancia, golpeado la mesa con las yemas de sus dedos, mordido sus uñas, jugado con la cucharilla, haciéndola balancearse en la jarra de la leche… en una palabra: había dado todas las señales de inquietud usuales, intentado distraerse por todos los medios imaginables y había hecho todo lo que suelen hacer los que se ven dominados por la ansiedad o comidos por la impaciencia.

Algunos de sus camaradas, parroquianos del establecimiento, bromearon sobre el esplendor de su indumentaria y sobre la agitación de su continente. Uno le preguntó si iba a casarse, pregunta que contestó Dobbin diciendo que el día que se casase enviaría el pastel de la boda al curioso (un comandante de ingenieros). Al fin llegó George, vestido con irreprochable elegancia y pálido y demacrado, conforme hemos

dicho. Secó el sudor que inundaba su rostro, no obstante lo fresco de la temperatura, dio un apretón de manos a Dobbin, consultó el reloj, y mandó al camarero que le sirviera curaçao. Dos vasitos bebió de este cordial con ansiedad nerviosa. Su amigo le preguntó con interés por su salud.

—No he pegado un ojo en toda la noche, Dobbin —respondió el interrogado—. Una jaqueca infernal… una fiebre de dos mil diablos. A las nueve me levanté y corrí a tomar un baño… Me encuentro como la mañana que salí con Rocket en Quebec.

—Poco más o menos me sucede lo mismo —dijo William Dobbin—. Me has recordado una mañana que me ocasionó una excitación nerviosa mucho mayor que la tuya… Pero aquel día almorzaste fuerte; toma ahora algo.

—Eres un buen sujeto, William… Beberé a tu salud y adiós a…

—No, no; con los vasos que has bebido tienes bastante… Llévate los licores, Joseph… Ponle un poco de pimienta al pollo, George, y date prisa porque ya debíamos estar allí.

Eran las doce y media cuando los dos capitanes cambiaron las palabras que quedan transcritas. A la puerta del café esperaba un coche, a él subieron los dos caballeros, que hubieron de recurrir a un paraguas para defenderse de la lluvia y el criado de Osborne, quien no cesó de maldecir de la humedad de los vestidos del cochero, junto al cual tomó asiento en el pescante. El coche descendió por Piccadilly, siguió por Brompton, y se detuvo frente a una iglesia próxima a la carretera Fulham.

Un coche tirado por cuatro caballos esperaba en el lugar mencionado. Eran contados los ociosos con valor bastante para desafiar la lluvia y el viento.

—¡Majadero! —exclamó George—. Dije un tronco.

—Mi señor me mandó que los caballos fuesen cuatro —respondió el criado de Joseph Sedley, que era quien se hallaba junto al coche.

George y William entraron en la iglesia, donde esperaban unas cuantas personas.

—¡Hola!, ¿qué tal? —preguntó Joseph Sedley, saliendo a saludar a sus amigos—. Llegas cinco minutos tarde, George… ¡Vaya un día!, ¿eh? Si esto no es la inauguración de la temporada de lluvias de Bengala, venga Dios y lo diga. No importa; mi carruaje es impermeable… Adelante, que mi madre y Amelia esperan en la sacristía.

Joseph Sedley estaba sencillamente espléndido. Su obesidad había aumentado prodigiosamente, su cuello crecido en altura, su rostro en rubicundez, y las chorreras de su camisa no cabían dentro del chaleco y flotaban al aire. No se habían inventado todavía las botas de charol, pero las hessianas que adornaban sus piernas brillaban tanto, que si no eran las mismas que las que sirven de espejo para afeitarse a un caballero en un cuadro viejo y popular, se les parecían como un huevo a otro. En el ojal de su bien cortada casaca lucía una magnolia descomunal.

Por si no lo han adivinado los lectores, diremos que George se casaba, suceso que

explica su palidez, sus insomnios nocturnos y su agitación matinal. Ordinariamente, todos los que por primera vez pasan por esa prueba experimentan la misma emoción, aunque a la tercera o cuarta ceremonia de esta índole de que son parte interesada, se acostumbran. Es natural: el primer chapuzón es siempre desagradable.

Vestía la novia un vestido de seda obscura, según me contó más tarde el capitán Dobbin, y un velo de encaje blanco de Chantilly, regalo de su hermano. El capitán Dobbin, previo el oportuno permiso, le había regalado un reloj de oro con cadena del mismo metal, que la desposada lució en la ceremonia, y su madre un broche de brillantes, única joya que quedó en su poder después de la quiebra. Joseph representaba a su padre, que no asistió a la ceremonia, y Dobbin fue el padrino del novio.

En el templo no había más personas que el clero, los novios, y el reducido acompañamiento de éstos. La lluvia azotaba las vidrieras. La voz del sacerdote arrancaba tristes ecos a las bóvedas desiertas. La señora Sedley sollozaba en su banco. Osborne dejó oír un «Sí, quiero» grave y sonoro, al paso que la contestación de Amelia salió débil de su corazoncito, llegó moribunda a sus labios, y apenas fue oída por nadie, excepción hecha del capitán Dobbin.

Terminada la ceremonia, adelantó Joseph Sedley un paso y besó a su hermana, siendo aquél el primer beso que le dio después de muchos meses.

George, radiante de júbilo y rebosando orgullo, dijo a Dobbin:

—A ti te toca, William.

Dobbin rozó con sus labios la mejilla de Amelia.

Entró la comitiva nupcial en la sacristía y firmaron el registro.

—Dios te bendiga —dijo efusivamente George a Dobbin, dándole un fuerte apretón de manos y con los ojos humedecidos.

Dobbin contestó con un movimiento de cabeza. La emoción formaba un nudo en su garganta.

Los recién casados entraron en el carruaje después de una despedida patética de la madre de la novia. Los pocos pilluelos que esperaban a la puerta de la iglesia despidieron a los novios con un coro de gritos al arrancar el carruaje.

William Dobbin, de pie en el centro del pórtico de la iglesia, veía cómo se alejaban los recién casados.

—Vámonos a casa y tomaremos algo —dijo Joseph Sedley, arrancando al capitán del mundo de los ensueños.

No estaba Dobbin de humor para banquetear con el hermano de Amelia. Despidióse de la llorosa señora Sedley, de Joseph y de los demás que formaron la comitiva, arrojó unas monedas a los pilludos, y echó a andar sin importarle la lluvia.

Todo había terminado. Amelia y su amigo estaban casados, serían felices, si Dios escuchaba los votos del capitán, al paso que él, nunca se consideró tan triste y

desgraciado como en aquel instante. Ansiaba que pasasen veloces los días para volver a ver a Amelia.

Unos diez días después de celebrada la ceremonia a que hemos asistido, tres jóvenes conocidos nuestros disfrutaban de la soberbia vista que Brighton ofrece a las miradas del viajero, de ese cuadro magnífico que presenta series infinitas de miradores por un lado, y por otro la extensión azulada del mar. Unas veces el londinense se extasía admirando el océano que le sonríe, el océano cuya faz tranquila aparece llena de graciosos hoyuelos y arrugas, y de blancas y movibles velas, y otras, revelándose más entusiasta de las bellezas humanas que del panorama, fija sus pupilas en los miradores, colmena inmensa donde pululan, se mueven, y se agitan personas viejas y jóvenes, ricas y pobres, bellas y deformes. Uno de los miradores deja escapar las notas de un piano que una señorita toca, por espacio de seis horas diarias, con encanto y delicia de la vecindad. Pauline, la niñera, pasea llevando en sus brazos un niño que llora y grita, al paso que Jacob, afortunado papá de la criatura, espera el almuerzo devorando el *Times*, a falta de otro alimento más nutritivo. En otro mirador, se ven las graciosas señoritas de Leery, cuyos ojos escudriñan el terreno donde suelen presentarse a diario unos cuantos oficiales, y a donde ahora no se ve otra cosa que un hombre, armado de un aparato náutico y de un telescopio que por sus dimensiones pudiera confundirse con un cañón de grueso calibre, enfilado al mar, como para ordenar a todo barco que salga, entre o cruce aquellas aguas, que ponga proa hacia la playa… Pero ¿es que nos hemos propuesto hacer una descripción de Brighton? No; nos falta tiempo para tratar a Brighton con la extensión que se merece. A ese Nápoles incomparablemente más limpio y pulcro que la ciudad de este nombre; a Brighton, siempre alegre, siempre bullicioso, siempre de fiesta, siempre pintoresco como la chaquetilla de un arlequín; a Brighton, que distaba siete horas de Londres por la época a que se refiere esta historia, y al que se llega hoy en un centenar de minutos.

—¡Qué muchacha tan celestialmente linda es esa que vive sobre el piso de la modista! —dijo uno de los tres paseantes al otro—. ¿Viste, Crawley, el guiño que me hizo al pasar?

—Cuidado, Joseph, con robarle el corazón y martirizarlo luego —contestó el interpelado—. Con los afectos no debe jugarse nunca, mi querido Don Juan.

Joseph estaba más brillante aun en Brighton que en el acto del matrimonio de su hermana. Tenía una colección de chalecos de última moda, cualquiera de los cuales habría llenado las aspiraciones del elegante más descontentadizo. Vestía casaca de corte militar, adornada con profusión ríe bordados, franjas y botones. Desde algún tiempo antes afectaba aires y modales militares, y paseaba con sus dos amigos, oficiales del ejército, haciendo resonar sus espuelas, contoneándose con gallardía, y asestando miradas asesinas a todas las criadas que consideraba acreedoras al insigne honor de morir a sus manos.

—¿Qué hacemos, muchachos, hasta tanto regresen las señoras? —preguntó uno del terceto.

—Podemos jugar una partida de billar —propuso el más alto de los tres.

—No, capitán, no —gritó Joseph Sedley, con expresión de viva alarma—. Al billar no, querido Crawley. Está muy reciente la partida de ayer.

—Pero hombre… si juegas prodigiosamente —exclamó Crawley riendo—. ¿No es verdad, Osborne? ¡Mira que la quinta serie de carambolas que nos hizo!…

—Fue para dar a su autor fama imperecedera —dijo Osborne—. Joseph es una maravilla con el taco en la mano… como en todo. ¡Ojalá pudiéramos organizar aquí cacerías de tigres!… Si los hubiese entretendríamos el tiempo hasta la hora de comer matando a algunos… ¡Vaya una mujer la que cruza por allá!… ¿Qué te parece, Joseph? Mira: cuéntanos aquella historia de la cacería de tigres… Admirable historia, Crawley…

—Propongo que vayamos a examinar algunos de los caballos que Snaffler trajo de la feria de Lewes —contestó Crawley.

—Yo opinaría por ir a tomar unos dulces a la casa de Dutton —respondió Joseph, cuya intención era matar dos pájaros de una pedrada—. ¡Qué linda es la muchacha de Dutton!

—Mi opinión es que salgamos al encuentro del Meteoro —indicó George.

Prevaleció esta proposición y los tres amigos echaron a andar en dirección al sitio por donde debía aparecer la diligencia, llamada por George el Meteoro.

No tardaron en encontrar un carruaje, que no era la diligencia, sino el mismo que solía guiar Joseph, solo y con mayestático continente, por Cheltenham. En esta ocasión lo guiaba un cochero con sombrero de tres picos.

Dos señoras lo ocupaban: una pequeñita, de cabello rubio y vestida con sujeción al último figurín, y otra más alta, cuyo rostro respiraba felicidad. Esta última mandó parar con cierta autoridad, y dijo:

—Hemos disfrutado de un paseo delicioso, George, y hemos regresado pronto para que Joseph no llegue tarde.

—¡Cuidadito con conducir a nuestros maridos por sendas torcidas, señor Sedley… malo, malo… malo! —amonestó Becky, que era la damita del cabello rubio, alargando a Joseph una mano calzada con irreprochables guantes de cabritilla —. Nada de billares, guerra a las botellas y punto final a las calaveradas.

—Mi querida señora de Crawley… Aseguro a usted que… ahora… palabra de honor…

Fue la contestación que, desconcertado y aturdido, quiso dar Joseph, sin conseguir decir nada en concreto. Algo se repuso, sin embargo, consiguiendo adoptar una actitud tolerable cuando el carruaje se alejó llevando en su interior a las dos damas.

Nuestros jóvenes amigos, Amelia y George, desde la iglesia donde se formalizó su matrimonio, se fueron a Brighton, con ánimo de pasar allí los primeros días de su luna de miel. Tomaron habitaciones en la Fonda de la Marina, donde disfrutaron unos días de calma y de felicidad, hasta que se les reunió Joseph. Una tarde, al volver a la fonda después de un paseo dado por la playa, encontraron inesperadamente a Becky y a su marido. El reconocimiento fue inmediato y mutuo. Becky se precipitó en los brazos de Amelia, su queridísima, su mejor amiga; Crawley estrechó con afectuosa cordialidad la diestra de George. La primera procuró y consiguió hacer olvidar al último las frases algo duras que le había dirigido la última vez que se vieron.

—¿Recuerda usted nuestra conferencia última tenida en la casa de la señorita Matilde Crawley, señor Osborne? —dijo—. Reconozco que le traté injustamente… Me parecía que usted tenía olvidada a Amelia, y me enfadé, no fui dueña de mí… estuve agresiva, descortés… pero me perdona… ¿verdad que me perdona usted?

Terminó Becky su discurso alargando a Osborne su diestra con tanta humildad, con tan seductora franqueza, que el último no pudo menos de estrecharla.

Conocí hace muchos años a un caballero, dignísimo morador de la feria de las vanidades, que acostumbraba a *agraes viar* deliberadamente y de propósito a sus vecinos, para tener luego la satisfacción de excusarse y pedir perdón. ¿Consecuencias de su sistema? El buen señor era idolatrado por todo el mundo; se decía de él que era de temperamento impetuoso, pero el más digno, el más honrado de los hombres. La humildad de Becky pasó como sinceridad generosa a los ojos de George.

Los dos matrimonios tenían mucho que decirse. Hablaron largo de sus respectivas situaciones. George contó que su amigo el capitán Dobbin era el encargado de poner en conocimiento de su padre la noticia de su matrimonio, añadiendo con encantadora franqueza que temblaba por el resultado de la embajada. Matilde Crawley, en la cual cifraba todas sus esperanzas Rawdon, continuaba inflexible y fuera de Londres. Su cariñoso sobrino, viendo cerradas a piedra y lodo las puertas de su casa, siguió a su tía a Brighton, y colocó a la puerta de su domicilio espías y emisarios que le tenían al tanto de todo.

—Quisiera que viesen ustedes algunos de los amigos que rondan todos los días y a todas horas nuestra puerta —dijo riendo Becky—. ¿Han visto alguna vez escribanos del juzgado acompañados por su alguacil? Una pareja de esos abominables pájaros permaneció toda la semana pasada acechando nuestra casa desde la tienda de ultramarinos de enfrente… ¡Qué fastidiosos!… Hasta el domingo no nos fue posible alzar el vuelo… Si la tía no cede, ¿qué será de nosotros?

Sazonándolas con carcajadas y juramentos, refirió Rawdon una docena de anécdotas cuyos personajes principales fueron él, algunos escribanos y otros tantos alguaciles. Dijo que la aparición de semejantes aves de rapiña comenzó a raíz de su matrimonio; contó que tenían mucho crédito, pero cuentas en abundancia y muy poco

dinero disponible.

¿Influyeron las deudas y dificultades en el buen humor de Crawley? No. Sabido es que en la feria de las vanidades viven con lujo y sin privarse de nada los que se encuentran acribillados de deudas, y gastan y triunfan los que no piensan pagar. Rawdon y su linda esposa ocupaban las mejores habitaciones de la fonda; el dueño y los dependientes de ésta les prodigaban reverencias y atenciones, atenciones a las que correspondía Rawdon pidiendo comidas costosísimas y haciendo un verdadero derroche de vinos de marca. La costumbre, las apariencias de riqueza, unas botas como espejos, la elegancia en el vestir y, la altanería de modales, equivalen con frecuencia a un capital sólido depositado en el banco.

Constantemente se reunían los dos matrimonios en las habitaciones del uno o del otro. Al cabo de dos o tres días de trato ininterrumpido, los caballeros organizaron una partida de triquete, y las damas pasaron el tiempo departiendo entre sí. Gracias al pasatiempo, y a unas partidas que el capitán jugó con Joseph Sedley, llegado poco después en carruaje descubierto, Rawdon vio repuesto su exhausto bolsillo.

Pero sigamos a los tres paseantes que salían a recibir la diligencia. Ésta llegó puntual como un cronómetro, atestada de viajeros, e hizo alto en la calle frente a la puerta del café.

—¡Mirad… allá viene Dobbin! —gritó con alegría George, viendo a su querido amigo encaramado sobre la imperial de la diligencia—. ¿Qué tal, chico? ¡Baja… baja pronto!… Amelia va a recibir una alegría… ¿Qué noticias traes? ¿Has visitado a mi padre? ¿Qué dice el viejo? ¡Habla, habla pronto, y nada me calles!

—He visitado a tu padre —respondió Dobbin, con rostro pálido y expresión grave —. ¿Cómo está Amelia?… Pronto te daré detalles; pero traigo una noticia mucho más importante para todos… Se trata…

—Suéltala sin tardanza, mal amigo —gritó George.

—Vamos a Bélgica… todos, todo el ejército, sin exceptuar la Guardia. Nos manda O’Dowd, y embarcamos la semana próxima.

La nueva produjo impresión en nuestros amigos, todos los cuales se pusieron muy serios.

Capítulo XXIII

El capitán Dobbin en el desempeño de su misión

¿QUÉ SECRETA Y MISTERIOSA influencia mesmérica encierra la amistad, para hacer de una persona de ordinario perezosa, fría o tímida, un ser prudente, activo y resuelto, cuando trabaja por la causa de otro? A la manera que Alejo, después de recibir cierto número de pases del doctor Elliotson, desprecia los dolores, lee un libro que mira con el cogote, ve naciones enteras, viaja por el otro mundo y realiza otras maravillas que no podría realizar si se hallase en estado normal, así cualquier hombre, en la vida real y bajo la influencia magnética de la amistad, de humilde se convierte en osado, de tímido en confiado, de perezoso en activo, de impetuoso en cauto. ¿Por qué el abogado, cuando de defender su propio pleito se trata, lo confía a su colega? ¿Por qué el médico, cuando se encuentra enfermo, llama a su rival, en vez de sentarse frente a su espejo y examinar su lengua? Dejo estas preguntas para que las contesten mis lectores, que muchos de ellos saben que podemos ser a un tiempo crédulos y escépticos, blandos y tercos, enérgicos, cuando actuamos por causas ajenas, y descuidados, cuando de los propios asuntos se trata. De todas suertes, sea la causa la que sea, ello es lo cierto que nuestro buen amigo Dobbin, de condición natural tan complaciente que a poco que sus padres le hubieran instado es probable que hubiese bajado a la cocina y casádose con la cocinera, y de índole tan perezosa que, de tratarse de sus intereses, difícilmente habría atravesado la calle para defenderlos, se reveló de pronto, en la dirección de los asuntos de George, tan sagaz como pudiera apetecer para los suyos el táctico más exigente.

Mientras George y su mujer saboreaban en Brighton los primeros sorbos de su luna de miel, William quedaba en Londres en calidad de plenipotenciario de su amigo, encargado de llevar a término feliz los asuntos de su matrimonio. Era su deber visitar con frecuencia a los padres de Amelia y esforzarse por provocar el buen humor de entrambos, hacer que Joseph fuese a reunirse con su hermana y su cuñado, a fin de que su posición y dignidad como administrador de Boggley Wollah compensase lo falso de la situación del señor Sedley y contribuyese a disipar los prejuicios que el viejo Osborne abrigaba contra el matrimonio de su hijo, y por último, comunicar al padre de su amigo la celebración de la ceremonia en la forma que irritara lo menos posible al anciano.

Dando pruebas de talento y de sagacidad, Dobbin, antes de aventurar en la casa de Osborne las nuevas de que era portador, consideró altamente político ganarse la voluntad de algunas personas de la familia, y, si era posible poner de su parte a las

señoras. A su entender, y fundándose en que las hijas de Eva siempre ven con indulgencia, ya que no con agrado, los matrimonios románticos, aquéllas no podían estar incomodadas de veras. Desahogada su contrariedad con unos cuantos lloros, Mary y Jeannie se colocarían junto a su hermano, y con la cooperación de éstas pondría Dobbin sitio al terco viejo y le rendiría. En consecuencia, nuestro maquiavélico capitán de infantería buscó la manera de revelar gradual y dulcemente a las señoritas Osborne el gran secreto del matrimonio de su hermano.

Merced a un interrogatorio a que sometió a su madre, se informó de los salones donde probablemente encontraría a las hermanas de George, y aunque siempre mostró aversión a las reuniones y fiestas, asistió a una donde tuvo la satisfacción de encontrar a las hermanas de su amigo. Bailó con las dos, fue un prodigio de finura y de galantería, y acabó por pedirles unos minutos de conversación para el día siguiente, diciendo que tenía que comunicarles noticias de excepcional interés.

¿Por qué Jeannie, que fue a la que hizo Dobbin el anuncio, retrocedió con sobresalto, clavó primero los ojos en su cara y luego los bajó al suelo, y estuvo a punto de desmayarse? ¿Por qué una súplica tan sencilla agitó tan violentamente a la niña? Misterio es ese que nunca penetraremos. Lo que sí podemos decir es que, al día siguiente, cuando Dobbin se presentó en la casa de los Osborne, Mary no acompañaba en el salón a su hermana, la señorita de compañía salió para avisar a Mary, y el capitán y Jeannie quedaron solos. Tan profundo era el silencio en los primeros momentos, que el tictac del reloj que había sobre la repisa de la chimenea casi molestaba el oído.

—¡Qué encantadora estuvo la fiesta de anoche! —comenzó a decir Jeannie—. Le felicito, capitán, por los progresos que ha hecho usted en el baile… Indudablemente alguien se ha preocupado en enseñarle.

—¡Había de verme usted bailando una contradanza con la comandanta O’Dowd, y mejor una jiga!… Por supuesto, que quien baila con usted, por torpe que sea, ha de hacerlo maravillosamente bien.

—¿Es joven y bonita esa señora comandanta, capitán? ¡Ah… qué terribles horas deben de pasar las señoras de los militares!… Me maravilla que tengan humor para bailar, sobre todo en estos tiempos espantosos de guerra. Tiemblo muchas veces cuando pienso en nuestro querido George y en los que abrazaron la carrera de las armas… ¿Son muchos los oficiales casados, capitán?

«¡A fe que esa niña se insinúa con demasiada claridad!», pensó la señorita de compañía.

La observación precedente la hacemos constar a título de paréntesis, toda vez que no pudo penetrar por la pequeña aberturita de la puerta donde fue formulada.

—Precisamente acaba de casarse uno de nuestros jóvenes camaradas —contestó Dobbin yendo hacia su objeto—. Amores muy antiguos, señorita, pero ¡ah!, los dos

son tan pobres como los ratoncitos de las iglesias.

—¡Encantador… romántico!… A mí me seduce todo lo romántico, capitán.

Dobbin se animó.

—Él es el muchacho más guapo de nuestro regimiento; en todo el ejército no le hay ni más arrogante ni más bravo… Y su mujer es encantadora… ¡Oh, y cuánto la querría usted!… ¡Cuánto la querrá cuando la conozca!

Creyó Jeannie que había llegado el momento supremo, dio por seguro, al ver la excitación nerviosa del capitán, perfectamente visible, que de su boca iban a salir declaraciones importantes, y se aprestó a escuchar con toda su alma.

—Pero no he venido a hablar a usted de un matrimonio… quiero decir, del matrimonio… de que hablaba… no… ¡vaya!, mi querida señorita Osborne… No sé cómo decirlo… he venido a hablar de George, de mi querido amigo George.

—¿De George? —repitió Jeannie con acento de desencanto tan vivo, que excitó la hilaridad de la señorita de compañía y la de Mary, ambas pegadas a la puerta del salón, y hasta arrancó una sonrisa a Dobbin, quien recordó que George le había dicho repetidas veces que si se dirigía a Jeannie no le contestaría ésta que no.

—Pues sí; de George —repuso—. Han surgido diferencias entre él y su padre, y yo, que tanto le quiero, yo, que como a hermano le considero, quisiera que estas diferencias terminasen. Estamos en vísperas de salir de Inglaterra, señorita… De un momento a otro esperamos la orden de embarcar… ¿Quién es capaz de decir lo que ocurrirá en la campaña? ¡No se agite usted!… Digo que, dadas las circunstancias, precisa poner término a las diferencias, porque el padre y el hijo deben separarse amigos.

—No ha habido reyerta propiamente dicha, capitán, sino una pequeña escena, como tantas otras, de George con papá. Todos los días esperamos el retorno de George… Papá sólo desea su felicidad… Que venga, y todo acabará bien… También le perdonará gustosa la señorita Swartz, que se fue de casa triste y airada… ¡Perdonamos con tanta facilidad las mujeres, capitán!…

—Los ángeles como usted tienen siempre el alma abierta al perdón —contestó Dobbin con astucia diabólica—. Sin embargo, hay quien no merece perdón, y es el que hace llorar y labra la desventura de una mujer. ¿Qué haría usted si el hombre a quien amase le fuera infiel?

—¡Me moriría… me tiraría por la ventana… tomaría un veneno!…

—Otras hay que piensan y saben sentir como usted, Jeannie. No me refiero a las herederas de las Indias Occidentales, sino a una pobre niña amada por George en otro tiempo, enseñada desde que tuvo uso de razón a no pensar en nadie más que en él. La he visto pobre, sin elevar una queja, desgraciada como la que más sin merecerlo. Me refiero a la señorita Sedley… Mi querida Jeannie… ¿su generoso corazón guardará rencor a su hermano porque ha sabido ser fiel a su amor? Su conciencia recta, como

conciencia de ángel, ¿podría perdonarle si la hubiese abandonado? ¡Sea usted su amiga, amiga de la señorita Sedley, que siempre quiso a usted entrañablemente!… y yo he venido aquí por encargo de mi amigo George para manifestar a usted que él mantiene su compromiso, que quiere cumplirlo, porque lo estima el más sagrado de sus deberes, y que desea, suplica a usted que se coloque a su lado.

La elocuencia de Dobbin no dejó de hacer impresión en el ánimo de la niña a quien iba dirigida.

—¡Es sorprendente… doloroso… extraordinario!… ¿Qué dirá papá? George desobedece, se rebela, desdeña un partido brillante… pero no puede negarse que ha encontrado en usted un campeón esforzado de su causa… aunque todos sus esfuerzos serán inútiles, créalo usted… La señorita Sedley me inspira un afecto muy sincero… la hemos querido mucho en esta casa, aunque siempre nos pareció mal su matrimonio con mi hermano… De todas suertes, papá no dará nunca su consentimiento… estoy segura… y siendo lista como lo es, educada en buenos principios, debería… en fin, capitán, George debe dejar de pensar en ella… sí; no tiene más remedio.

—¿Un hombre de honor debe abandonar a la mujer que ama cuando el infortunio ha hecho presa en ella? Mi querida Jeannie… ¿es éste el consejo que usted da? Sea usted su defensora, señorita… George no puede abandonarla… no debe abandonarla… ¿Cree usted que un hombre que amase a usted, haría bien abandonándola si esta casa descendiese al abismo de la pobreza?

Pregunta tan habilidosa impresionó no poco a Jeannie.

—Yo no sé hasta qué punto nosotras, las pobres muchachas, debemos dar crédito a las palabras que nos dan ustedes, los caballeros —contestó—. La ternura innata de la mujer la predispone a creer con excesiva facilidad. Son ustedes crueles, sí… seductores sin corazón.

Dobbin hubiese jurado que Jeannie acompañó sus últimas palabras con una presión significativa de su mano, que le extendió mientras hablaba.

—¿Seductores sin corazón?… ¡No, señorita, no! Habrá algunos, pero son los menos, y desde luego afirmo que su hermano no pertenece a ese número. Desde niño, viene George amando a Amelia y, rica o pobre, crea usted que no ha de casarse con nadie más que con ella… ¿Le aconsejaría usted que la abandonase?

Difícil era la respuesta, sobre todo, dadas las miras interesadas de la niña. En tan grave apuro, creyó salir de él, diciendo:

—De todas suertes, puede que usted no sea seductor cruel, pero sí muy romántico.

Dobbin dejó pasar la observación sin inmutarse ni contestarla, y al cabo de mucho rato, cuando nuevas galanterías hubieron preparado el terreno suficientemente, a su juicio, para recibir la gran noticia, deslizó al oído de su interlocutora las palabras siguientes:

—No puede ya George abandonar a Amelia… porque están casados.

Seguidamente hizo historia de todas las circunstancias del matrimonio que hemos presenciado: dijo que la pobre niña habría muerto si George hubiese sido infiel a sus juramentos, que el viejo Sedley negó su consentimiento a la unión, que Joseph Sedley regresó de Cheltenham para apadrinar a la novia y que la pareja se encontraba en Brighton pasando la luna de miel. Añadió que George contaba con sus hermanas, siempre tan cariñosas, para que suavizasen asperezas y recabasen de su padre el perdón. El capitán terminó su discurso pidiendo permiso a la niña para visitarla otra vez, y seguro de que sus palabras no tardarían en llegar a oídos de Mary, y que ésta y Jeannie las repetirían fielmente a su padre, se despidió y salió.

No había llegado Dobbin a la calle cuando ya el gran secreto era conocido por Mary y la institutriz. La imparcialidad nos obliga a confesar que el matrimonio de George no desagradó gran cosa a sus hermanas, y es que las señoras son indulgentes, por regla general, con los matrimonios hechos contra la voluntad de los padres. Estaban comentando la historia, preguntándose qué diría papá, cuando sonó en la puerta un golpe tan recio, que selló los labios de las lindas conspiradoras. Dieron por seguro que sería su papá, pero se engañaron: era Frederick Bullock, que llegaba con su carruaje para llevar a las niñas, según acuerdo anterior, a la exposición de flores.

Como es natural, las hermanas Osborne comunicaron en el acto el secreto al caballerito mencionado, el cual dio pruebas de una estupefacción que en nada se parecía a la sorpresa sentimental que reflejaban los rostros del elemento femenino. No es de admirar; hombre de mundo, conocedor del valor del dinero, cruzó por sus ojos una ráfaga de alegría y sonrió tiernamente a Mary, con la cual se mostró más rendido que nunca, pues pensó, y no sin razón, que la locura de George añadía treinta mil libras esterlinas a la fortuna que algún día correspondería a su prometida.

—¡Mi enhorabuena! —exclamó sin poder contenerse, dirigiéndose a Jeannie—. El matrimonio de George te convierte en un apetecible partido de cincuenta mil libras.

No había cruzado por la imaginación de las hermanas la cuestión del dinero, pero Frederick la tocó y comentó con gran alegría durante el paseo, consiguiendo interesarlas. Cuando regresaron a su casa, lejos de maldecir la calaverada de George, la aplaudían.

Nos dolería que alguno de nuestros respetables lectores viese algo de excepcional en las miras egoístas de nuestros personajes. Nos parece también muy natural que el joven Bullock estimase en más a su prometida desde que tuvo noticia de la calaverada de George. El autor de estas páginas vio en una ocasión, desde la baca de un ómnibus, tres niños que jugaban en el centro del arroyo. Llegó de pronto otro muchachito. «Pauline —gritó—; tu hermanita se ha encontrado un penique». Todos los niños dejaron presurosos sus juegos y corrieron a hacer la corte a la afortunada. El

ómnibus se alejó, pero pude ver cómo la feliz dueña del penique se dirigía con gran dignidad, seguida de todos sus admiradores, al puesto de caramelos más próximo.

Capítulo XXIV

El señor Osborne Bokka un nombre de la Biblia de familia

PREPARADAS LAS HERMANAS de George, William Dobbin se apresuró a trasladarse a la City, donde debía llevar a cabo la parte más delicada y difícil de su tarea. La perspectiva de encontrarse frente a frente con el viejo Osborne le traía sumamente nervioso, tanto, que no dejó de ocurrírsele más de una vez la idea de dejar a las jóvenes la misión de revelar el secreto, seguro de que la reserva femenina no lo guardaría mucho tiempo. Pero era el caso que había prometido a George darle cuenta del efecto que en el inexorable padre producía la noticia, y, esclavo de su palabra, se dirigió a las oficinas que Osborne tenía en la calle del Támesis, e hizo pasar una tarjeta con una nota solicitando media hora de conversación particular, a fin de tratar de asuntos de George. El portador de la tarjeta volvió diciendo de parte del viejo que sería para él un placer ver al capitán inmediatamente.

Entró el capitán en las oficinas del señor Osborne con la conciencia no del todo tranquila y previendo una conferencia altamente desagradable y tempestuosa, de aquí que lo hiciera con rostro serio y expresión de azoramiento.

Osborne se levantó del sillón, recibióle con un apretón de manos muy cordial, y preguntó con tono de buen humor:

—¡Hola, muchacho!… ¿Qué tal andamos?

Nuevos remordimientos hicieron presa en el corazón del embajador de George al verse recibido tan cariñosamente. Dábase mucha culpa de lo sucedido; pensaba que fue él quien llevó a George a los pies de Amelia, quien aplaudió, alentó y condujo a buen término el matrimonio que iba a revelar a quien acogería la noticia con explosiones de cólera terrible; y esa persona, ese caballero cuya cólera iba a despertar, le recibía con extremado cariño.

Daba por cierto y averiguado el viejo Osborne que Dobbin le visitaba para pactar la capitulación de su hijo, la sumisión completa, su deseo de obedecer a un padre que nada deseaba más que su bien. La decepción que le esperaba era terrible.

Dobbin acabó por hacer un llamamiento a su valor, y dijo:

—Soy portador de noticias de suma gravedad. Esta mañana estuve en el cuartel, donde nadie duda que nuestro regimiento se encontrará en camino para Bélgica antes de fines de semana. Ahora bien: sabe usted perfectamente que no regresaremos sin reñir algunas batallas que, para muchos de nosotros, habrán de ser fatales.

El semblante del viejo Osborne se puso grave.

—Mi… el regimiento sabrá cumplir con su deber, capitán —respondió.

—El ejército francés es muy fuerte —prosiguió Dobbin—. Los rusos y los austríacos tardarán tiempo en enviar tropas al teatro de la guerra. El primer choque lo aguantaremos nosotros, y crea usted, señor, que será duro.

—Pero ¿adónde va usted a parar, amigo Dobbin? Supongo que no existe un solo inglés a quien asuste el reñir con ningún condenado francés… ¿eh?

—Cierto, pero quiero decir que, antes de nuestra marcha, teniendo en cuenta los peligros que vamos a correr, si… si entre usted y su hijo hay diferencias… por lo que pudiera ser… bueno sería que echasen pelillos a la mar y se reconciliasen. Si a George le ocurriese algo, seguro estoy de que sufriría usted eternos remordimientos por no haberse despedido de él como Dios manda.

El pobre William Dobbin sudaba y trasudaba, pasó por toda la escala de matices desde el color pálido al rojo violáceo, porque mentalmente se acusaba de traidor. De no haber sido por él, el matrimonio que separó al hijo del padre no se habría celebrado. ¿Por qué no lo dilató? ¿Qué necesidad había de precipitar los acontecimientos? Soltero, George se habría separado de Amelia sin sufrir las agonías mortales que ahora le esperaban. Amelia hubiese sentido la separación, desde luego, pero su pena habría sido menos acerba y duradera. Él, con sus insistentes consejos, había precipitado el casamiento; ¿por qué? Porque quería mucho a Amelia y le desesperaba verla infeliz… o bien porque él mismo sufría los tormentos de la suspensión y quería que éstos terminasen de una vez… de la misma manera que cuando la muerte nos arrebata una persona querida nos es imposible el descanso hasta que la dejamos en el cementerio.

—Es usted un buen muchacho, William —dijo el viejo Osborne con acento cariñoso—. No nos separaremos enfadados George y yo… no, es imposible. Que hemos tenido algún disgustillo, nada más cierto; he hecho por él cuanto un buen padre puede hacer; por él he trabajado, por él he empleado todo mi talento, todas mi energías… No me crea usted sobre mi palabra, pregunte a Chopper, pregunte al mismo George, pregunte a toda la ciudad de Londres. Ahora bien: le propuse un matrimonio que sería el orgullo del noble más noble de la tierra… ha sido lo único que en mi vida le he suplicado… y me desaira. De nuestras diferencias, ¿tengo yo la culpa? ¿Ambiciono yo algo que no —sea su bien, su felicidad, por la cual he trabajado como un galeote desde que George vino al mundo? Nadie podrá decir que en mi resolución hay egoísmo… Pues bien; que vuelva a esta casa… Perdona y serás perdonado es mi divisa. Claro que pensar en matrimonios en estas circunstancias es absurdo, hará las paces con la señorita Swartz y se casarán más tarde, cuando vuelva hecho un coronel… porque mi hijo será coronel… ¡no faltaba más!… coronel será si para algo sirve el dinero. Me alegro que nos lo vuelva a traer, porque sé que es usted, sé que ya en varias ocasiones le ha sacado de líos. Que vuelva mi hijo, que yo le prometo recibirle cariñosamente… Hoy comerán los dos en casa… Ya sabe la hora…

Nos las entenderemos con un plato de venado, que promete estar riquísimo, y ni se harán preguntas sobre lo pasado, ni recriminaciones.

Estas palabras, tan afectuosas y llenas de confianza, llegaron hasta el corazón de Dobbin. A medida que la conversación tomaba ese giro, nuestro buen capitán sentía mayores escrúpulos.

—Temo que se engañe usted, señor —dijo—. George es demasiado noble para rebajarse hasta contraer un matrimonio de interés, y, por añadidura, sus amenazas de usted de desheredarle en caso de desobediencia han de provocar resistencias serias de parte suya.

—Pero ¡hombre de Dios!… ¿Considera usted amenaza un ofrecimiento de ocho o diez mil libras esterlinas de renta? —exclamó Osborne con expresión de buen humor —. Si la señorita Swartz me dijera a mí que me quiere, yo le juro que no esperaría a que me lo repitiese… Crea usted que no repararía en grado más o menos de color tabaco.

—Veo que olvida usted los compromisos anteriores del capitán Osborne — observó con gravedad el embajador.

—¿Qué compromisos? ¿Qué diablos quiere usted decir? Supongo que no pretenderá usted que mi hijo se case con la hija de un estafador… que no habrá usted venido para decirme que mi hijo quiere casarse con ésa… ¡Estaría bueno!… ¡Mi hijo, mi heredero, casarse con una muerta de hambre, con una cualquiera!… ¡Si cometiese tal disparate, podía desde luego despedirse de su padre y de esta casa para siempre!… Ahora recuerdo que ella ha procurado envolverle entre sus redes, y no me cabe duda de que la aconsejaba el ladrón de su padre.

—El señor Sedley fue el mejor de los amigos de usted —replicó Dobbin, que comprobaba con agrado que iba perdiendo la paciencia—. No le llamaba usted en otros tiempos ladrón ni estafador, sino todo lo contrario… Creo que fue usted mismo quien concertó el matrimonio, quien indujo a George a…

—Son las mismas palabras que se permitió echarme en cara el caballero de mi hijo el jueves hizo quince días, añadiendo no sé qué cosas sobre la honorabilidad de los oficiales del ejército inglés, como si no hubiese sido su padre quien le hizo oficial. ¿Conque es usted, por lo que veo, quien le ha excitado a la rebelión? ¿Conque es usted quien pretende introducir mendigos en mi familia? ¡Muchas gracias, capitán, aunque no hay de qué! ¡Casarse con ella!… Después de todo, ¿para qué? ¡No le hace falta, ja, ja, ja, ja! Si tanto le interesa, yo le garantizo que, sin necesidad de casarse, puede obtener sus favores.

—¡Caballero! —exclamó Dobbin sin disimular su cólera—. ¡A ningún nacido toleraré que hable mal en presencia mía de esa señorita, y a usted menos que a nadie!

¡Cómo! ¿Qué es eso? ¿Un desafío? Espere usted un momento… llamaré para que nos traigan un par de pistolas… ¿Le ha enviado a usted el caballero George para que

insulte a su padre?

El viejo tiró del cordón de la campanilla.

—Señor Osborne —dijo Dobbin con voz ahogada—, es usted quien insulta a la criatura más angelical que Dios echó al mundo… ¡Respétela usted, caballero, porque es la esposa legítima de su hijo!

Dobbin salió sin esperar contestación, comprendiendo que nada más tenía que añadir, y el viejo cayó desplomado sobre un sillón, mirando con furia salvaje al que se iba. Entró un dependiente, sumiso al repicar de la campanilla. El capitán salió de la casa, mas no bien llegó a la acera, le siguió corriendo y sin sombrero el cajero de Osbone, señor Chopper.

—¡Por Dios vivo!… —exclamó asiendo al capitán por un brazo—. ¿Tiene la bondad de decirme qué pasa? ¡El jefe está hecho un basilisco!… ¿Qué ha hecho su hijo?

—Se casó hace cinco días con la señorita Sedley —respondió Dobbin—. Era su prometida, ha cumplido como caballero su palabra, y yo deseo que usted, señor Chopper, sea su amigo.

El cajero movió la cabeza.

—Malas noticias ha traído usted, capitán… El jefe no perdonará nunca a su hijo.

Dobbin suplicó al cajero que le tuviese al corriente de lo que en la casa de su principal pasaba, y se alejó, profundamente preocupado, tanto por lo que se refería al pasado, como por lo que con el porvenir tuviera relación.

A la hora de la comida, la familia Osborne encontró al jefe en el comedor, sentado en el sitio de costumbre, pero la expresión sombría y triste de su rostro hizo que reinase entre los comensales un silencio lúgubre. Las señoritas y el señor Bullock, que aquel día comía en la casa, comprendieron que el viejo estaba al tanto de lo sucedido. Las miradas furiosas de éste quitaron a Bullock las ganas de dirigirle la palabra, pero en cambio estuvo afectuoso y fino en extremo con la señorita Mary, junto a la cual estaba sentado, y con su hermana, que ocupaba la cabecera de la mesa.

Entre la señorita Wirt y Jane Osborne quedaba un hueco; el que ocupaba George los días que comía en casa. Habían colocado allí un cubierto, por si se presentaba el hijo pródigo. Nada ocurrió de particular durante la comida. El señor Osborne comió poco, pero en cambio bebió mucho. No habló.

Terminada la comida, los ojos del señor Osborne dieron vuelta a la mesa y se fijaron un momento en el cubierto destinado a George. Con su mano izquierda hizo un gesto, que sus hijas no comprendieron, o fingieron no comprender. Los criados tampoco se dieron por enterados.

—¡Fuera ese cubierto! —gritó, mascullando un juramentó.

Se levantó, rechazó el sillón con el pie y fue a encerrarse en su habitación.

A espaldas del comedor había otra habitación, que era designada con el nombre

de despacho, y que desde antiguo estaba reservada exclusivamente al jefe de la casa. En ella se encerraba éste los domingos que no quería ir a la iglesia, y se pasaba la mañana sentado en su sillón de cuero rojo leyendo la prensa. Dos librerías defendidas con cristales encerraban unos cuantos libros, pocos, pero encuadernados con lujo exquisito, tales como el Registro anual, el Almanaque de la Nobleza, los Sermones de Blair y Hume y Smollett. Condenados estaban estos libros a no salir jamás de los estantes, donde no iba a buscarlos la mano de su dueño, ni otra alguna habría tenido la osadía de profanarlos con su contacto. Únicamente algún que otro domingo por la noche, muy contados, cuando no habían comido en la casa personas extrañas a la familia, el señor Osborne reunía en el comedor a la servidumbre y leía con voz recia y enfática dos o tres capítulos de la Biblia, libro que, junto con el de oraciones, reposaba junto a los mencionados. Ningún individuo de la casa, criado o no, entró jamás en la habitación-santuario sin experimentar cierta sensación de terror. En ella guardaba el dueño las cuentas del mayordomo, en ella el libro de entradas y salidas de provisiones en la bodega. Cuatro veces al año, el día que inauguraba cada uno de los cuatro trimestres, traspasaba sus umbrales la señorita Wirt para cobrar su salario, y cuatro veces la visitaban las señoritas de la casa, para recibir sus asignaciones trimestrales. En aquella habitación había recibido George, cuando era niño, cientos de azotainas, con desesperación de su pobre madre, que desde fuera escuchaba llorando el ruido de los azotes y solía esperarle a la salida, para besarle, acariciarle y darle dinero en secreto.

Sobre la repisa de la chimenea había un cuadro que representaba a los individuos de la familia, y que había sido retirado del salón a la muerte de la señora Osborne. George estaba a caballo, su hermana mayor en ademán de ofrecerle un ramo de flores, y la menor de la mano de la madre. Todos sonreían en la forma convencional propia de esta clase de documentos artísticos. La madre, ahora, hacía tiempo que estaba muerta, y mucho también que había sido olvidada. Viudo, hijo e hijas tenían mil intereses propios y personales a que atender, y si los lazos de familia no estaban rotos, sus individuos se habían distanciado en absoluto unos de otros. Los retratos de familia, cuando sobre ellos pasan unas cuantas decenas de años, y los personajes representados han llegado a la edad madura, se nos aparecen en todo lo que tienen de artificial y de afectado, y la farsa de los sentimientos en ellos fingidos resulta doblemente patética.

Al gabinete descrito se retiró el viejo Osborne con gran satisfacción de los comensales, los cuales, no bien se retiraron los criados, comenzaron a hablar con gran animación, bien que a media voz, y, minutos después, subieron al piso superior, caminando sin hacer ruido.

Sobre una hora más tarde, ya cerrada la noche, el mayordomo se aventuró a llamar a la puerta del santuario y llevó al señor bujías y el servicio del té. El señor

Osborne estaba sentado en el diván, engolfado, al parecer, en la lectura de un periódico, pero apenas salió el mayordomo, se levantó, dirigióse a la puerta y la cerró por dentro. Este detalle disipó las dudas de los moradores de la casa, si es que alguna conservaban: sobre la cabeza de George se cernía una catástrofe que probablemente le heriría terriblemente.

Uno de los cajones de la inmensa mesa de trabajo del señor Osborne estaba consagrado a los papeles referentes a su hijo. Allí se encontraba reunido todo lo que con él tenía relación desde que era niño; allí se guardaban los premios que ganó en escritura y dibujo, allí las cartas dirigidas a sus papas haciéndoles saber que les quería muchísimo y pidiéndoles de paso algún dinerillo y no pocos pasteles. Con frecuencia aparecía en ellas el nombre de su buen padrino Sedley, nombre que arrancaba maldiciones a los lívidos labios de Osborne y encendía volcanes de rabia en su pecho cada vez que sus ojos lo tropezaban. Todas las cartas y documentos estaban clasificados, rotulados y atados con una cinta roja. Leíase en una: De George pidiendo cinco chelines: 23 de abril de 18… contestada 25 de abril. O bien: De George pidiendo que le compre un caballito, 13 de octubre… y así sucesivamente. En otro paquete estaban las cuentas del doctor S… Facturas del sastre de George. Giros contra mi por George, etc., etc. Venían luego las cartas escritas desde las Indias Occidentales, las de su agente, los periódicos que hablaron de sus comisiones. Había también allí un látigo con el que George había jugado siendo niño, y, envuelto en un papel, un medallón que encerraba un rizo de su cabello y que su madre llevó siempre pendiente de su cuello.

Aquel padre desgraciado pasó varias horas contemplando aquellos recuerdos, dándoles vueltas y más vueltas y murmurando con voz muy baja. En su hijo había concentrado todas las vanidades, todas las esperanzas, todas las ambiciones que hicieron latir su corazón. ¡Qué de orgullo había cifrado en George! De niño, fue el más hermoso del orbe. Todo el que le veía declaraba que era digno del linaje de quien le dio el ser. Una princesa real reparó en él, le besó y preguntó cómo se llamaba aquel niño que tanto se destacaba de los que con él jugaban en los jardines Kew. ¿Podía ningún financiero de la City presentar otro George? ¿Un príncipe hubiera sido educado con más esmero que su hijo? Cuantas cosas puede proporcionar el dinero las tuvo George. Los días de exámenes se presentaba el buen padre en el colegio en soberbio coche tirado por cuatro caballos, cochero y lacayo estrenaban libreas, y los colegiales compañeros de George estaban de enhorabuena, porque el padre repartía entre ellos sendos puñados de chelines relucientes y nuevecitos. Cuando acompañó a George al cuartel donde se alojaba su regimiento, en vísperas de embarcar éste para el Canadá, Osborne padre obsequió a toda la oficialidad con un banquete que no habría desdeñado el mismo duque de York. ¿Dejó jamás de atender una cuenta presentada por George? ¡Nunca en la vida! ¡Todas las pagó sin despegar los labios! Pocos

generales del ejército podían permitirse el lujo de montar caballos como los que montó George. Ante los ojos de la imaginación del padre pasaba la imagen de George en mil incidentes y ocasiones distintas de la vida; le veía sentado a la mesa, echándose entre pecho y espaldas sus buenos vasos de clarete con tanto atrevimiento como un hombre hecho y derecho, le veía a caballo en Brighton, saltando un seto capaz de amilanar al jinete más intrépido, le veía el día en que fue presentado al príncipe regente, y recordaba que no se presentó otro mancebo tan gallardo, tan arrogante, tan guapo como su George… ¡Y ese George tan mimado cometía una calaverada horrenda… se casaba con la hija de un hombre arruinado… volvía la espalda a la fortuna… huía del cumplimiento del deber!… ¡Qué humillación… y qué rabia! ¡Qué accesos de furia frenética, de ambición chasqueada, de cariño burlado! ¡Oh!… ¡El dolor que al pobre viejo producían las tremendas heridas de la vanidad ultrajada, de la ternura ofendida, exceden a toda ponderación!

Examinados minuciosamente aquellos documentos, el padre de George los condenó a no volver a entrar en el cajón donde tanto tiempo habían estado, y los encerró en un armario, luego que los hubo atado con una cinta, que lacró y selló. Abrió a continuación la librería, y sacó la gran Biblia encarnada, libro lujosísimo, rara vez abierto, encuadernado en piel riquísima y con cantoneras y adornos de oro. En la portada del libro había un grabado que representaba el sacrificio de Isaac por su padre Abraham. Siguiendo la costumbre, en la primera hoja del libro había consignado Osborne, con su letra grande de hombre de negocios, las fechas de su matrimonio y de su viudez, las de los nacimientos de sus hijos y los nombres de éstos. Jane figuraba la primera, luego George, y finalmente Mary Francisca. También constaba el día del bautismo de cada uno de ellos.

El señor Osborne tomó una pluma, la pasó cuidadosamente sobre el nombre de George hasta que lo hizo desaparecer y, luego que la tinta estuvo completamente seca, volvió a colocar el libro en el sitio de donde lo había sacado. De otro cajón sacó otro documento, lo leyó, y seguidamente lo redujo a cenizas a la luz de una de las bujías. Era su testamento. Cuando no quedaban rastros de aquél, se sentó, escribió una carta, hizo sonar un timbre, entregó la carta al criado que acudió al llamamiento y le dio orden de llevarla a su destino a la mañana siguiente. Era ya de día cuando se acostó. Los rayos del sol bañaban toda la casa y los lindos cantores alados cantaban deliciosas melodías entre las verdes hojas de los árboles que circundaban la plaza Russell.

En su deseo de mantener el buen humor, y hasta de fomentarlo, entre los individuos de la familia del señor Osborne y entre sus servidores y empleados, y con objeto de rodear a George del mayor número posible de amigos en las horas de su adversidad, William Dobbin, que sabía muy bien cuan excelentes efectos producen en el alma del hombre las buenas comidas y los buenos vinos, no bien regresó a la fonda

donde se hospedaba, dirigió una carta finísima al señor Thomas Chopper, invitándole a comer para el día siguiente. Llegó la carta a su destino antes de que el honrado cajero del señor Osborne saliera de la oficina de la City, y la contestación fue que «el señor Chopper se honraría aceptando la invitación del señor capitán Dobbin». Aquella misma noche leyeron la invitación y la copia de la respuesta la señora Chopper y sus hijas y se habló en familia de la extremada amabilidad de los militares. Luego que se retiraron a descansar las hijas del matrimonio Chopper, habló el cajero con su cara mitad sobre los extraños acontecimientos que ocurrían en la familia de su principal. Juró que jamás había visto a éste tan afectado; dijo que al entrar en el despacho de Osborne a raíz de haber salido el capitán, encontró al primero excitado, congestionado, trémulo, indicios todos ellos de que acababa de tener una escena violenta con su visitante. El cajero recibió orden de redactar una cuenta de todas las cantidades entregadas al capitán Osborne en los tres años últimos, y por cierto que la cuenta arrojó una cantidad muy respetable, observó el cajero. La causa de la disputa parece que ha sido la señorita Sedley. La señora del cajero dijo que sentía que la pobre señorita perdiera una proporción tan excelente como la del apuesto capitán, opinión que no compartía el marido, a juicio del cual merecía muy pocas consideraciones la hija de un especulador desgraciado. La casa Osborne era para él la más respetable de la ciudad de Londres, y el hijo del hombre de negocios más respetable de Londres bien merecía casarse con la hija del noble más noble de la capital. Durmió el cajero aquella noche bastante más que su principal, y por la mañana, luego que se hubo desayunado en compañía de su mujer y sus hijas, salió de casa, prometiendo a su cara mitad no ensañarse demasiado con el vino de Oporto del capitán Dobbin.

Los empleados del señor Osborne, habituados a examinar la expresión de su rostro, vieron aquella mañana, con estupefacción, que se presentaba pálido como un espectro y envejecido. A las doce entró en su despacho el señor Higgs, previamente llamado, y permaneció encerrado con el principal durante una hora larga. Alrededor de la una, un criado del señor Dobbin trajo una carta para el señor Osborne. Chopper la puso en manos de su jefe. Poco después, fueron llamados los señores Chopper y Birch, los cuales, a instancias del señor Osborne, firmaron un documento en calidad de testigos. «Es mi nuevo testamento», les dijo el principal. Firmaron, y no se cruzó una palabra más. Observaron todos que el señor Osborne estaba aquel día más amable y condescendiente que de ordinario. A nadie regañó, ni nadie le oyó jurar. Dejó la tarea pronto, mas antes de marcharse llamó al jefe del personal, dióle instrucciones generales y le preguntó, no sin vacilar, si sabía si se encontraba en la ciudad el capitán Dobbin.

Chopper respondió que creía que sí; a decir verdad, entrambos lo sabían perfectamente.

Osborne sacó una carta dirigida al capitán, la puso en manos de Chopper, y le encargó que la entregase personal e inmediatamente al caballero a quien iba dirigida.

A las dos en punto llegó el señor Frederick Bullock y salió con el señor Osborne, quien, al parecer, le estaba esperando.

Mandaba el regimiento donde prestaban sus servicios los capitanes Dobbin y Osborne un veterano que había hecho su primera campaña a las órdenes de Wolfe, en Quebec, hombre excesivamente viejo y más débil de lo que fuera de desear en el mando. Esto no obstante, se interesaba por el regimiento del que, por lo menos nominalmente, era jefe principal, y solía invitar a su mesa a sus oficiales con amabilidad poco común. Favorito especial del viejo coronel era el capitán Dobbin, hombre muy impuesto en la literatura de su profesión, capaz de hablar de Frederick el Grande, de la Reina Emperatriz y de sus guerras, casi tan bien como el propio coronel, que estaba enamorado de la táctica de cincuenta años atrás. La misma mañana que el señor Osborne otorgó un testamento nuevo, y el señor Chopper recibió orden de entregar personal e inmediatamente una carta al capitán Dobbin, éste fue llamado por su coronel e invitado a almorzar en su compañía, y a los postres, supo de labios del veterano jefe que el regimiento recibiría dos días después orden de embarcar para Bélgica. El regimiento había nutrido sus filas durante su permanencia en Chatham, y el coronel esperaba que el cuerpo que contribuyó a la derrota de Montcalm, en Canadá y a la de Washington en Long Island, haría honor a su reputación histórica en los campos de batalla de los Países Bajos.

—De consiguiente, mi buen amigo —añadió el coronel, tomando un polvito de rapé y colocando su mano temblorosa sobre su *robe de chambre* bajo la cual continuaba latiendo, bien que muy débilmente, su corazón—, si tiene usted algún affaire la, si necesita consolar a alguna Filis, o despedirse de su mamá y papá, u otorgar testamento, le aconsejo que lo haga sin dilación.

Dado el consejo, despidió el coronel a su favorito alargándole un dedo, que Dobbin estrechó, y, al quedar solo, escribió un *poulet* (el buen anciano se despepitaba por el francés) a la señorita Amenaida, artista del Teatro Real.

La noticia puso grave al capitán Dobbin, quien al punto se acordó de nuestros amigos de Brighton, no sin avergonzarse de que fuera Amelia la primera persona cuya imagen se alzaba en su pensamiento, antes que las de sus padres y hermanas, y antes que la idea del cumplimiento de su deber. En cuanto llegó a su casa, escribió una cartita al señor Osborne, comunicándole la nueva, seguro de que la perspectiva de la marcha de su amigo y compañero de armas a la guerra ablandaría al padre y provocaría una reconciliación con George.

La cartita, enviada por el mismo mensajero que el día anterior llevó a Chopper la de invitación, llenó de alarma a este último, quien temió que aplazase la comida para otra ocasión. Abrióla con mano temblorosa pero se tranquilizó al ver que confirmaba

la invitación y que le esperaba a las cinco y media, rogándole de paso que entregase la adjunta a su principal.

Dobbin repitió la nueva que le fuera comunicada por su coronel a cuantos oficiales del regimiento encontró en el curso de sus peregrinaciones. El primero con quien topó fue el portaestandarte Stubble, cuyo ardor bélico se excitó en tales términos, que corrió a comprarse una espada nueva. Era un muchacho de diecisiete años, de unas sesenta y cinco pulgadas de estatura, de constitución raquítica, pero de corazón valeroso. Sin esfuerzo comprenderá el lector, si tiene en cuenta su estatura y delgadez, que servía en los Ligeros.

El portaestandarte Spooney, por el contrario, era un muchachote alto y robusto y pertenecía a la compañía de granaderos, que era la que mandaba Dobbin.

Los dos portas se obsequiaron aquel día con un soberbio banquete, terminado el cual escribieron cariñosísimas cartas a sus apenados padres… ¡Ah! Por aquellos días, en Inglaterra abundaban mucho los padres apenados y eran muchas las casas que madres tiernas regaban con sus lágrimas.

Como Dobbin viera al porta Stubble sentado delante de una mesa en el café de Slaughters, y observara que las lágrimas resbalaban por su nariz y caían sobre la carta que estaba escribiendo (el pobre se acordaba de su mamá y temía no volver a verla), dejó la pluma que había tomado ya para escribir a George y dijo para sus adentros:

—¡No le escribo!… ¿Por qué he de robarle unas horas de contento? Mañana temprano iré a despedirme de mis padres, y luego me llegaré a Brighton.

Acercóse a Stubble, le dio dos palmaditas en el hombro y le dijo que le convenía renunciar al aguardiente para ser un buen soldado, y que no dudaba que en su corazón valeroso y en la nobleza de sus sentimientos encontraría fuerzas para dar un adiós eterno a aquel vicio.

Brillaron con orgullo los ojos del porta al escuchar las razones de Dobbin, que era el oficial mejor y más respetado del regimiento.

—Muchas gracias, mi capitán —contestó Stubble, frotándose los ojos con los nudillos—. Precisamente estaba haciendo esa promesa a mi pobre madre… ¡Me quiere tanto!…

El manantial, seco momentáneamente, entró de nuevo en actividad; no me atrevería a jurar que los ojos de Dobbin dejaron de humedecerse.

Los dos portas, el capitán y el señor Chopper comieron juntos en el mismo cuarto. Chopper fue portador de la carta del señor Osborne, en la cual rogaba al capitán que tuviera la bondad de entregar la carta adjunta al señor capitán George Osborne. Chopper no pudo dar detalles, sencillamente porque nada sabía. Dijo que el principal se presentó pálido y envejecido, habló de su entrevista reservada con el notario, se admiró de que no hubiese regañado a nadie e hizo mil conjeturas y comentarios, más vagos e ininteligibles a medida que pasaba el tiempo y, con el tiempo los vasos de

vino desde las botellas a su estómago. Dobbin hubo de cargarlo en un coche como si fuera un fardo y consignarlo a su casa.

Recordará el lector que cuando el capitán Dobbin se despidió de la señorita Osborne, le pidió permiso para hacerla otra visita. La niña le estuvo esperando durante varias horas al día siguiente. Es probable que si Dobbin hubiese hecho la visita y formulado la pregunta que aquélla estaba dispuesta a contestar, la hermana de George se hubiera declarado amiga de su hermano y acaso habría sido un hecho la reconciliación del hijo con su airado padre. Pero Dobbin no se dejó ver. Asuntos propios embargaron su tiempo, hubo de visitar y consolar a sus padres, y, cumplida esta santa obligación, tomó un coche y se hizo conducir a Brighton. La señorita Osborne oyó que su padre daba aquel día orden terminante de no admitir al malvado capitán Dobbin en la casa, orden que segó las esperanzas que aquélla abrigaba. Frederick Bullock estuvo más obsequioso que nunca con Mary, y excepcionalmente cariñoso con el apenado padre.

Capítulo XXV

Donde nuestros personajes principales deciden abandonar Brighton

LLEGADO DOBBIN a presencia de las señoras, en Brighton, se mostró jovial y hablador como nunca, circunstancia que demuestra cuan hipócrita se iba haciendo, a medida que pasaban los días. Procuró no dejar traslucir los sentimientos que le agitaban ni exteriorizar los temores que le hacían concebir las malas nuevas de que era portador, y que seguramente producirían sobre Amelia desastrosos efectos.

—Yo creo, George —dijo—, que el emperador de los franceses nos dará un disgusto antes de que pasen tres semanas, y que nos obligará a danzar a todos más de la cuenta, pero yo te aconsejo que nada digas a tu mujer… ¿Qué necesidad hay? Después de todo es posible que no se dispare un solo tiro y que nuestra expedición a Bélgica sea sencillamente un paseo militar. Muchos opinan así… Bruselas está llena de gentes distinguidas y de damas encopetadas.

En consecuencia, los dos amigos acordaron presentar a Amelia la perspectiva de la expedición del ejército inglés a Bélgica bajo los colores más risueños.

Puestos de acuerdo los dos conjurados, el hipócrita Dobbin saludó a Amelia con extremada jovialidad, le dirigió dos o tres cumplidos que resultaron (la verdad nos obliga a declararlo) espantosamente fúnebres, habló a continuación de Brighton, de los aires del mar, de lo divertido de aquel rinconcito, de las bellezas de la carretera y de los méritos de la diligencia y de los caballos que la arrastraban, todo ello en forma tan clara, que resultó completamente ininteligible para Amelia y divertidísimo para Becky, que acechaba al capitán con el mismo interés con que acechaba a toda persona que con ella entraba en contacto.

Hemos de hacer constar que Amelia tenía formada pobre opinión del amigo de su marido; le encontraba demasiado vulgar, demasiado torpe, pero le quería por el cariño que a su marido profesaba —lo que ella consideraba perfectamente natural—, pero a su entender, George daba grandes pruebas de generosidad concediendo su amistad a su compañero de armas… Llegaría un día en que le conocería mejor, un día en que sufrirían radical transformación sus apreciaciones con respecto a él, pero ese día estaba lejano.

A las dos horas de haber llegado Dobbin, Becky había adivinado su secreto. No era ésta santo de la devoción del capitán, hombre demasiado honrado y leal para que no sintiera repulsión instintiva hacia las zalamerías y artificios de aquélla, pero a bien que ella le detestaba y temía en secreto, aunque aparentemente le trataba con gran

cordialidad y respeto. Rawdon Crawley apenas se dignó dirigirle la palabra y Joseph Sedley le habló con gran dignidad y prosopopeya.

Cuando los dos amigos se encontraron solos en la habitación de George, Dobbin sacó la carta que por encargo del señor Osborne debía poner en manos de su hijo.

—¡No es letra de mi padre! —exclamó George con alarma.

En efecto: la carta era del abogado y notario de su padre, y decía lo siguiente:

Belfort Row, 7 de mayo de 1815.

Muy señor mío: El señor Osborne me ha encargado que haga saber a usted que mantiene inquebrantables sus resoluciones, ya expresadas a usted, y que a consecuencia del matrimonio que acaba de contraer usted, cesa de considerarle para siempre como individuo de la familia. Su determinación es definitiva e irrevocable.

Aunque las sumas gastadas en su beneficio durante su menor edad, y los cuantiosos giros librados por usted contra él en los últimos años, exceden con mucho al total de la legítima a que usted tiene derecho, es decir, la tercera parte de la fortuna personal de la difunta señora Osborne, fortuna que han heredado por partes iguales usted y las señoritas Jane Osborne y Mary Osborne, me ha encargado que le haga saber que renuncia para siempre a reintegrarse, y que la cantidad de 2000 libras esterlinas, tercera parte de las 6000 libras esterlinas que constituyen la fortuna de su madre, juntamente con la renta de las mismas al 4% de interés corriente, le serán pagadas a usted o a la persona que usted designe. Suyo atento servidor,

HIGGS.

P. D. Me encarga el señor Osborne que le avise por última vez que no recibirá carta, mensaje ni recado alguno de su parte, sobre este asunto ni sobre ningún otro.

—¡Ya ves cómo me has arreglado los asuntos! —gritó George, lanzando a Dobbin una mirada salvaje—. ¡Lee esto… lee! —añadió, arrojando la carta que acababa de leer—. ¡Un mendigo, ira de Dios… gracias a mi… a mi maldito sentimentalismo! ¿Quién nos mandaba precipitar las cosas? ¿Por qué no podíamos esperar a que terminase la guerra? ¡Una bala puede acabar conmigo!, y ¿qué saldrá ganando Amelia convertida en la viuda de un pordiosero? ¡A ti te lo debo… a ti! ¡Ya me tienes casado y arruinado… ya puedes estar contento! ¿Qué hago yo con un capital de dos mil libras? ¡En dos años se acabaron… Crawley me ha ganado ciento cincuenta desde que llegó aquí!… ¡A fe que para llevar a término feliz asuntos ajenos no tienes

precio!

—No negaré que la situación presenta mal cariz —contestó Dobbin, pálido como un cadáver, luego que hubo leído la carta—. Confesaré también que, conforme dices, es, en parte, culpa mía… Hombres hay, empero, que sin inconveniente se cambiarían por ti —añadió con sonrisa amarga—. ¿Cuántos capitanes tenemos en el regimiento dueños de dos mil libras esterlinas? Deberás vivir con tu paga hasta que se ablande tu padre, y si mueres, tu mujer quedará con una renta de cien libras anuales.

—¿Y crees tú que un hombre habituado a lo que yo puede vivir con su paga y cien libras más? —gritó George en el paroxismo de la cólera—. ¡Se necesita no conocerme o estar loco para hablar así, Dobbin! ¿Cómo he de sostener el lugar que en sociedad me corresponde con esa miseria? Yo no puedo variar de costumbres… ¡No me han criado con gachas, como a MacWhirter, ni con patatas como a O'Dowd! ¿He de nombrar a mi mujer lavandera de la compañía? ¿Pretendes que la obligue a seguirme metida en un carromato de víveres?

—¡No te apures, hombre, que mejor medio de locomoción le encontraremos! Lo que sí conviene que recuerdes es que eres algo así como un príncipe destronado, amigo mío, y que debes permanecer tranquilo mientras ruge la tempestad, que no creo tenga mucha duración. Haz que tu nombre aparezca en la Gaceta, y tú verás cómo consigo amainar la furia de tu padre.

—¡Mi nombre en la Gaceta!… —repitió George—. ¡Aparecerá, sí, pero entre los muertos, y seguramente a la cabeza de la lista!

—¡Calla, George, calla! Dejemos las lágrimas para cuando llegue el momento… y ten en cuenta que si algo te ocurriese o me ocurriese, yo, que no soy pobre de solemnidad, ni hombre casadero, no he de olvidar en mi testamento… a mi ahijado.

Terminó la disputa como terminaban todas las que entre Osborne y Dubbin se suscitaban, es decir, declarando el primero que era imposible reñir con el segundo, y perdonándole generosamente después de haberle regañado sin motivo.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Becky? —preguntó Rawdon Crawley a su mujer, que estaba vistiéndose para comer en su habitación.

—Si no me lo dices… —respondió la interpelada, que parecía la imagen de la inocencia y de la felicidad.

—¿Qué hará la señora de George Osborne cuando el regimiento a que pertenece su marido marche a la guerra?

—Supongo que llorará desconsolada. Infinidad de veces la he visto lloriqueando cuando la he hablado de esa contingencia.

—Por lo visto a ti te importa poco, ¿eh?, que vaya yo a la guerra…

—¡No seas tonto!… Si tú vas, estoy resuelta a acompañarte. Además, tu situación es muy diferente; irás en todo caso como ayudante de campo del general Tufto… Nosotros no somos de infantería —añadió Becky, echando atrás la cabeza con gracia

tan encantadora, que su marido no pudo menos de darle un beso—. Oye… Rawdon… ¿no te parece que convendría que sacases ese dinero a Cupido antes de que se vaya?

Becky llamaba Cupido a George. Veinte veces le había insinuado que le encontraba guapo; con frecuencia le miraba con cariño cuando aquél pasaba a las habitaciones de Rawdon antes de recogerse, a cada paso le decía que era un perdido, y le amenazaba con contar a Amelia sus picardías; cuando George quería fumar, ella le pedía el cigarro y se lo encendía, maniobra cuyos efectos conocía perfectamente, por haberla practicado tiempo antes con Crawley. George la encontraba traviesa, alegre, *distinguée*, deliciosa. Durante los paseos y comidas, Becky eclipsaba a la pobre Amelia, la cual se quedaba entre su hermano Joseph y Rawdon Crawley, muda y tímida, mientras la primera correteaba bulliciosa con su marido.

Algo intranquilizaba a Amelia la conducta de su amiga, cuyo talento, donaire y alegría la privaban con frecuencia del reposo. Una semana llevaba de casada, y ya George había contraído el *ennui*, ya prefería la compañía de otros a la suya. Temblaba la pobrecilla pensando en el porvenir.

—¡Él, tan instruido —pensaba la desgraciada—, tan brillante, y yo tan humilde y tan necia!… No soy digna de estar a su lado… ¡Qué nobleza, qué generosidad la suya, qué sacrificio hizo abandonándolo todo para casarse conmigo!… ¡Debí negarme… pero me faltó el valor!… ¡Mi obligación habría sido quedarme en casa, cuidando siempre de mi pobre papá…! ¡He sido egoísta, mala hija… egoísta, por haber obligado a George a casarse conmigo, mala hija por haber abandonado a mi padre en su desgracia! No soy digna de George… me consta que George hubiese podido ser feliz sin mí…

Triste, muy triste es que pensamientos como éstos llenen la mente de una recién casada, y que confesiones como las expuestas broten de los labios de la mujer que, siete días antes, consagró su existencia al hombre a quien amaba, pero así era por desgracia. ¿Sin motivo? El lector juzgará.

La víspera de la llegada de Dobbin, en una noche tibia y embalsamada del mes de mayo, George y Becky, apoyados sobre el antepecho del balcón, contemplaban la llanura argentada del océano, mientras Rawdon y Joseph jugaban en el interior de la estancia una partida de naipes, y Amelia, recostada sobre un diván, contemplaba a entrambas parejas, relegada al olvido general, triste y sin más compañía que la de la desesperación y del remordimiento. ¡Triste presente después de una semana escasa de matrimonio!… Y si triste era el presente, el porvenir se presentaba tan espantoso, que la desventurada quería cerrar los ojos para no verlo.

—¡Encantadora noche! —exclamó George, dando una chupada a su tabaco.

—Deliciosa, sí… adoro las noches como ésta —contestó Becky—. Parece mentira que entre nosotros y la luna medie una distancia de doscientas treinta y seis mil ochocientas cuarenta y siete millas… No tengo mala memoria, ¿eh? ¡Bah! Esta y

otras tonterías las aprendimos en el colegio de la señorita Pinkerton… ¡Qué tranquila está la mar, y qué clara noche, y qué brillante todo!… ¡Si casi se distinguen las costas de Francia!… ¿A que no acierta usted qué pienso hacer la mañana menos pensada? Soy nadadora de primera fuerza… acaso haya oído usted hablar de mis habilidades como tal… Pues bien: el mejor día, cuando la vieja compañera de mi tía Crawley… supongo que la recordará usted… la vieja de la nariz de lechuza… la Briggs… repito: cuando esa vieja se meta en el baño, me zambullo bonitamente, llego hasta ella, la agarro por los pies, y la obligo a que se reconcilie con las olas. ¿No le parece sublime la idea?

George principió a reír estrepitosamente ante la perspectiva de la entrevista acuática en proyecto.

—¡Vaya una algazara, amigos! —gritó Rawdon, golpeando sobre la mesa de juego.

Amelia, que sufría lo indecible, segura de que no le sería posible contener por más tiempo los sollozos que subían hasta su garganta, se retiró a su habitación para dar curso libre a sus lágrimas.

En el capítulo que estoy escribiendo, nuestra historia seguirá un curso desigual, avanzando y retrocediendo; tan pronto nos ocuparemos del mañana como volveremos al ayer, con riesgo evidente de convertirla en un todo confuso y enmarañado. Téngase presente, empero, que en los palacios reales, mientras el coche de las señoras del capitán Pérez se pasa minutos y minutos esperando turno para salir por las monumentales puertas destinadas al efecto, los de los embajadores y altos dignatarios salen sin tropiezo ni inconveniente por otra puerta, no tan ancha como aquéllas, pero que encuentran siempre expedita. En los ministerios ocurre otro tanto: una docena de pretendientes esperan pacientemente en la antecámara el feliz momento de ser admitidos en el despacho del ministro, les han dicho que la entrada obedecerá a un turno riguroso, pero llega un personaje eminente y penetra sin turno en el despacho, sin dignarse mirar siquiera a los que en la antecámara quedan esperando. Otro tanto ocurre con las narraciones novelescas, en que, con frecuencia, el novelista se ve obligado ejercer una especie de justicia sumamente parcial. Claro está que su obligación es no omitir incidentes grandes ni chicos, pero sobre éstos deben tener prelación los acontecimientos de importancia. Ahora bien: siendo tan trascendental la nueva que Dobbin llevaba a Brighton, es decir, la referente a la orden de marcha del regimiento de Guardias a Bélgica, donde debían reunirse los ejércitos aliados a las órdenes del duque de Wellington, bien acreedora era a la distinción de ser antepuesta a las circunstancias de menor cuantía que componen la parte principal de esta historia, aunque de ello resulte cierto desorden. Por otra parte, bien poco hemos adelantado desde el capítulo XXII; total, hemos colocado a nuestros principales protagonistas en sus cuartos de vestir, preparándose para sentarse a la mesa el día de

la llegada del capitán Dobbin, sin hacer nada nuevo, toda vez que diariamente se vestían y comían.

George guardaba demasiadas consideraciones a su mujer, o bien embargaba toda su atención la obra de hacer el lazo de su corbata, para llevar corriendo a Amelia las noticias que su amigo acababa de traerle de Londres. Entró, empero, en el cuarto de su mujer, llevando en la mano la carta del abogado-notario de su padre, y con expresión tan solemne e importante, que Amelia, que a todas horas temía desgracias, imaginó que todas las calamidades de la tierra acababan de caer sobre ellos. Corrió temblando al encuentro de su marido y le suplicó que se lo dijera todo, que no tuviera secretos para ella.

—¿Has recibido orden de marchar? ¿Debéis batiros la semana próxima?

George eludió con respuestas evasivas todo cuanto con la marcha al extranjero tenía relación, y, moviendo melancólicamente la cabeza, dijo:

—No, Amelia… no se trata de eso… ni me inquieto por mí, sino por ti. He recibido noticias muy malas de mi padre… Ha roto conmigo toda clase de relaciones, me cierra la puerta de su casa… nos condena a la miseria. Por mí no me importa… yo sabría sufrir con resignación las privaciones… pero ¿y tú? Toma y lee…

Con mirada que reflejaba alarma y ternura infinita escuchó Amelia la expresión de los generosos sentimientos de su marido y tomó la carta que George le alargaba con aire hermoso de mártir resignado. Sus alarmas desaparecieron con la lectura del documento, que nunca desagradó a una mujer enamorada la perspectiva de compartir pobreza y privaciones con el objeto de su amor.

—¡Oh, mi querido George! —exclamó—. ¡Cuánto te hará sufrir la actitud de tu papá… Verte separado de él…!

—Mucho, es cierto —contestó George con cara agonizante.

—Pero su cólera no puede ser duradera… Te perdonará, quiero creerlo… ¡Oh!… ¡Yo sí que no podría vivir, no me lo perdonaría nunca, si por culpa mía fueses desgraciado!

—No es mi desgracia la que me apura, mi pobre Amelia, sino la tuya. La pobreza a mí no me da miedo, aparte de que presumo, y no me acuses de vanidoso, presumo que tengo talento bastante para ganarme la vida.

—¡Oh, sí!… Talento tienes de sobra —exclamó Amelia.

—Repito que mi suerte no me asusta, pero tú… queridita mía, ¿cómo has de resignarte a renunciar a la vida y al puesto que mi esposa tiene derecho a ocupar en sociedad? ¡Mi mujercita adorada en un cuartel!… ¡Mi cielo casada con un militar que acaso haya de ir a la guerra!… ¡Mi ídolo expuesto a toda clase de desventuras y privaciones!… ¡Me desespera pensarlo!

Alborozada Amelia, al ver que ella sola era el objeto de la solicitud de su marido, le tomó las manos, las oprimió amorosamente entre las suyas y, con el semblante

radiante y risueño, empezó a gorjear una de sus romanzas favoritas, cuya heroína, después de echar en cara a su amante sus repetidas frialdades, le promete que le remendará los calzones y le preparará el ponche, siempre que él le prometa ser constante, quererla mucho y no olvidarla.

—Además —dijo, después de una pausa, durante la cual recobró todo el esplendor y la belleza que hacen adorable a la mujer—, ¿no componen una fortuna colosal dos mil libras esterlinas?

George rió la *naiveté* de su mujer, y entrambos bajaron a comer.

La comida, que prometía ser triste, fue animada y alegre. La excitación de la próxima campaña dio al traste con la depresión que en el ánimo de George había producido la carta que le desheredaba. Dobbin continuaba decidor y animado como nunca. Divirtió a los comensales recitándoles cuentos referentes al ejército de Bélgica, que iba de fiesta en fiesta y de diversión en diversión. Habló a continuación, atento al objeto que perseguía, de la actividad con que la comandanta O'Dowd preparaba sus equipajes y los de su marido, dijo que en una caja especial había colocado las charreteras más lujosas de este último juntamente con su tricornio más flamante, y en otra, su famoso turbante amarillo adornado con la pluma de ave del paraíso, y preguntó a sus oyentes si les parecía que aquella pareja haría un papel muy brillante en los salones de la Corte en Gante o en los bailes militares de Bruselas.

—¡Gante… Bruselas! —exclamó Amelia, vivamente alarmada—. Pues qué: ¿ha recibido el regimiento orden de marchar, George?

—No te asustes, querida —contestó con dulzura George—. Total, ya ves, una travesía de doce horas… No te sentará mal… porque supongo que querrás venir con nosotros, Amelia.

—Yo estoy resuelta a ir —dijo Becky—. Formo parte del Estado Mayor… El general Tuf to es un gran admirador mío… ¿no es verdad, Rawdon?

Rawdon soltó una de sus atronadoras carcajadas: Dobbin se puso rojo como la sangre.

—¡Locura… no puede ir! —exclamó—. Tengan en cuenta el…

Iba a añadir «el peligro», pero como toda la comida venía diciendo que no había ninguno, se interrumpió, se confundió, y guardó silencio.

—Debo ir e iré —gritó Amelia con gran resolución.

George aplaudió su valor y dijo que anhelaba llevarla en su compañía.

Terminada la comida, Becky enlazó con su brazo la cintura de su amiga y salió con ésta del comedor, dejando a los hombres en libertad de discutir asuntos de importancia y de beber sendas botellas de vino.

Rawdon había recibido aquella noche un billetito muy confidencial de su esposa. Apenas leído lo quemó a la llama de una bujía, pero el novelista, que tuvo la fortuna de leerlo, cree conveniente reproducirlo aquí para conocimiento de sus lectores.

Decía así:

> Grandes noticias… Se ha marchado la señora Bute Crawley… Saca esta noche el dinero a Cupido, porque mañana será tarde: no lo olvides.
>
> R.

En consecuencia, mientras las señoras esperaban la llegada de los caballeros para tomar el café, Rawdon dijo con gracia exquisita a Osborne:

—Si no temiera serle molesto, le rogaría que arreglásemos aquella cuentecilla…

Molesto era desde luego a George arreglar cuentecillas, pero, esto no obstante, entregó a su amigo un buen fajo de billetes de banco y le firmó una letra contra su agente, a ocho días vista, por saldo de cuenta.

Ultimado este asunto, George, Dobbin y Joseph celebraron consejo de guerra y convinieron trasladarse a Londres al día siguiente, utilizando el carruaje de Joseph. Éste habría preferido continuar en Brighton mientras allí permaneciese el matrimonio Crawley, pero hubo de rendirse a las razones de George y de Dobbin y se comprometió a llevarles a la ciudad, a cuyo efecto mandó que enganchasen al coche cuatro caballos, como convenía a su dignidad. Emprendieron el viaje a la mañana siguiente después del desayuno. Amelia se había levantado muy temprano para hacer los baúles, y George permaneció en la cama, deplorando que la falta de una doncella obligase a su querida Amelia a encargarse de aquel trabajo. Amelia se despidió de Becky con sendos besos aunque los celos mordían ya en su corazón.

Otros amigos antiguos nuestros tenemos en Brighton, además de aquellos de cuyas idas y venidas acabamos de hablar: la señorita Matilde Crawley, por ejemplo, y las personas que la rodeaban y servían. Ahora bien: aunque Rawdon vivía con su mujer a pocos tiros de piedra de la residencia ocupada por la convaleciente, las puertas de la casa permanecían tan cerradas para él como las de la mansión de Londres. Mientras al lado de la enferma estuviese su cuñada Martha, buen cuidado tendría ésta de que el sobrino no excitase con su presencia los nervios de Matilde. Si la anciana daba un paseo, su cuñada ocupaba en el carruaje parte de su mismo asiento, si la primera se sentaba en una silla de brazos, Martha cubría uno de sus flancos y la leal Briggs el otro, y si alguna vez la casualidad hacía que en sus paseos se cruzasen con Rawdon, aunque éste se descubría obsequioso, jamás recibía su saludo contestación alguna, lo que principiaba ya a desesperar a Rawdon.

—Para lo que aquí conseguimos, tanto daría que viviésemos en Londres —solía decir Rawdon.

—Siempre es preferible una buena fonda en Brigliton a una casa destartalada en la Chancery Lañe —replicaba su mujer—. Además acuérdate de los dos ayudantes de

campo del señor Moss, el secretario del juzgado, que habían montado guardia permanente frente a la puerta de nuestra casa. Estúpidos son nuestros amigos de aquí, pero entre los señores Joseph Sedley y nuestro Cupido, y los dependientes del señor Moss, me quedo con los primeros amigo mío.

—Temo que esas gentes sepan encontrarme aquí.

—Cuando te encuentren, también nosotros hallaremos manera de escabullimos… Por lo pronto, en Joseph Sedley y George Osborne hemos encontrado la manera de disponer de fondos.

—Que apenas si bastarán para pagar la cuenta de la fonda.

—¿Y qué necesidad tenemos de pagarla? —replicó Becky, quien tenía soluciones para todo.

Por conducto del ayuda de cámara de Rawdon, quien continuaba sus relaciones con la servidumbre masculina de la solterona y convidaba a beber al cochero de la misma cuantas veces le encontraba, el joven matrimonio estaba muy al tanto de todos los movimientos de aquélla. Por añadidura… y por fortuna, Becky se puso enferma, llamó al médico de la tía de su marido, y gracias a éste, su información era todo lo completa que podía desear. Tampoco adoptó actitudes hostiles al matrimonio la señorita Briggs, aunque oficialmente hubiera de declararse enemiga: era de condición amable, predispuesta al perdón, y desaparecida la causa que motivó sus celos, se acordó del buen humor constante y dulces palabras de Becky, y desapareció también su antipatía, a lo que contribuyó poderosamente el yugo tiránico que la triunfadora Martha de Crawley impusiera a toda la servidumbre alta y baja de la casa.

Conforme suele ocurrir con mucha frecuencia, aquella mujer, buena en el fondo, pero imperiosa, extremó hasta lo inverosímil su situación ventajosa, y dio caracteres de insoportabilidad a su triunfo. Breves semanas le bastaron para reducir a la enferma a tal estado de docilidad, que la pobre obedecía las tiránicas órdenes de su cuñada sin atreverse siquiera a quejarse de su esclavitud a sus fieles Briggs y Firkin. Martha medía los vasos de vino que la convaleciente podía tomar, con perjuicio evidente del mayordomo y de la Firkin, los cuales se encontraron despojados hasta del derecho de disponer de una mísera botella de jerez. Tarde, noche y mañana se presentaba a la enferma con los abominables mejunjes ordenados por el médico, y la obligaba a tragárselos con obediencia pasiva tan ejemplar, que la Firkin solía comparar a su señora con un corderito sin piel. Prescribía los paseos que había de dar en carruaje, tasaba las horas que debía permanecer en la playa; en una palabra: trató a la convaleciente como sólo pueden hacerlo las mujeres en cuyos pechos laten corazones maternales. Si alguna vez la enferma se atrevía a resistirse débilmente, y suplicaba que aumentasen la ración de comida y disminuyesen un poquito la de medicina, su cariñosa enfermera la amenazaba con una muerte fulminante, lo que bastaba para que Matilde se diera en el acto a partido.

Resuelta estaba Martha a despedir a la Firkin, al señor Bowls, y a la mismísima señorita Briggs, y a hacer venir a sus hijas, como requisito previo al traslado de la enferma a la rectoría, cuando sobrevino un odioso accidente que la alejó de una casa donde tan a gusto se encontraba. Su marido, al regresar una noche a su casa, cayó del caballo y se fracturó la clavícula. Sobrevino la fiebre, se presentaron síntomas de inflamación, y Martha hubo de salir del condado de Sussex para trasladarse al Hampshire. Después de prometer muy formalmente que volvería a cuidar a su queridísima enferma tan pronto como se iniciase la convalecencia de su marido, se despidió, mas no sin dictar disposiciones severísimas con respecto a lo que la servidumbre debía hacer con la enferma. No bien tomó asiento en la diligencia de Southampton, se declaró el júbilo en la casa que abandonaba, cuyos moradores celebraron un jubileo como no se había conocido en varios meses antes. Aquel mismo día suprimió Matilde la dosis de medicina que la obligaban a tomar por las tardes; aquella misma tarde descorchó el señor Bowls una botella de jerez para uso suyo y de la Firkin; aquella misma noche entablaron la convaleciente y la señorita Briggs una partida de cientos, en vez de regodearse con un sermón de Porteus.

Dos o tres veces por semana, acostumbraba la señorita Briggs meterse en el baño. Becky, que conocía esta circunstancia, resolvió asaltarla a su salida del baño, suponiendo, y no sin razón, que, vigorizada y refrescada por la ablución, probablemente estaría de excelente humor.

En consecuencia, dejó muy temprano el lecho, se armó de su anteojo de larga vista, tomó asiento frente a un balcón que daba a la playa, y no tardó en ver llegar a la Briggs. Ésta entró en la caseta y poco después en el mar. Becky se dirigió a la playa, llegando en el momento preciso en que la ninfa que motivaba su paseo salía del baño. Dejó que aquélla entrase en la caseta, pero no bien salió vestida, le tendió su manecita blanca y aristocrática, dirigiéndole al propio tiempo la más amable y seductora de sus sonrisas.

—¡Ah, señorita Re… señora de Crawley! —exclamó la Briggs.

Becky estrechó la mano de la señorita de compañía, la estrechó contra su pecho, y luego, cual si cediera a un impulso irresistible de emoción repentina, echó sus brazos alrededor del cuello de aquélla, la besó con efusión sincera o fingida, y exclamó, con acento que hizo llorar a la Briggs y hasta enterneció a la bañera:

—¡Ah, mi buena, mi querida amiga!

Sin dificultad obtuvo Becky largas, minuciosas y deliciosas confidencias de la Briggs. Todos los sucesos en la casa de Matilde desde el día de la súbita desaparición de Becky hasta aquel en que tuvo lugar la bendita partida de la señora Martha, fueron narrados y comentados por la señorita Briggs. Detalles de la dolencia de la señora, síntomas, plan curativo, pronósticos del médico, medicinas, alimentación, todo fue explicado con ese lujo de detalles que tanto gusta a la mujer. Ni la Briggs se cansaba

de contar, ni Becky de escuchar. Terminado el relato, Becky dijo que estaba agradecida, agradecidísima, a la incomparable señorita Briggs, y la nunca bastante ponderada señorita Firkin, cuya abnegación les dio fuerzas para permanecer al lado de su señora durante su enfermedad. A continuación manifestó que la señorita Matilde tenía derecho sobrado para quejarse de su comportamiento, que en realidad no se condujo bien con ella, pero añadió que su falta era, en medio de todo, excusable, que fuerzas superiores la movieron a entregar su mano al hombre que se había apoderado de su corazón. Briggs, que era sentimental, alzó los ojos al cielo, lanzó un suspiro y se dijo mentalmente que Becky no era tan gran criminal como a primera vista parecía.

—¿Podré yo nunca olvidar a la santa mujer que con tanto cariño trató a la pobre huérfana? —dijo Becky—. ¡No… nunca!… Me ha cerrado las puertas de su casa, pero, esto no obstante, la querré siempre, y a su servicio consagraré mi vida entera. Como bienhechora mía que ha sido, como tía que es de mi Rawdon, amo y admiro a la señorita Matilde, la quiero más que a ninguna otra mujer del mundo, y, después de ella, amo y admiro a las personas que la quieren y son fieles. Por nada del mundo hubiese yo tratado a las amigas cariñosas de la tía de mi marido como las ha tratado esa odiosa señora Martha. Rawdon, que es todo corazón, aunque su exterior parezca indiferente y hasta brusco, me ha repetido mil veces con lágrimas en los ojos que el cielo, sin duda, colocó junto a su adorable tía dos personas tan fieles y tan admirables como la señorita Briggs y la Firkin. Si las maquinaciones de la horrible señora Martha hubiesen dado todo el resultado que aquélla se prometía, como Rawdon y yo temíamos, si hubiese llegado a alejar del lado de la enferma todas las personas que de veras le quieren, para dejarla entregada a las arpías de su familia, yo hubiese ofrecido a ustedes mi casa, y como el peligro no ha desaparecido todavía, le ruego que, si llega el caso, se acuerde de que nuestro hogar, aunque humilde, siempre tiene un hueco para recibir a la señorita Briggs… ¡Ah, mi querida amiga!… ¡Hay corazones que nunca olvidan los beneficios recibidos!… ¡No todas las mujeres son Marthas de Crawley!… Pero, a decir verdad, no puedo quejarme de ella, pues si es cierto que he sido instrumento inconsciente, juguete, y luego víctima de sus malas artes, no lo es menos que le soy deudora de mi querido Rawdon.

Becky expuso a continuación la historia de las maniobras de Martha, en Crawley de la Reina, maniobras que entonces no comprendió, pero que los acontecimientos se habían encargado luego de explicar. Preparó y alentó, valiéndose de mil artificios, unas relaciones que, al cristalizar en un matrimonio, ocasionaron la ruina de los incautos que tan inocentemente se dejaron prender en sus redes.

No mentía Becky: la señorita Briggs vio la estratagema con claridad meridiana. El matrimonio de Rawdon y de Becky era obra de Martha. Briggs comprendió que Becky era inocente, pero añadió que temía mucho que la tía de su marido le hubiese

enajenado las simpatías de la solterona para siempre, y que esta última no perdonase jamás a su sobrino por haber contraído un matrimonio imprudente.

No desanimó esta opinión a Becky, que tenía formada la suya propia. Aunque Matilde no perdonase de presente a su sobrino, no era imposible que la labor persistente del tiempo acabase con su cólera. Además: entre Rawdon y el título de barón no existía más que la enfermiza persona de Pitt Crawley, y si a éste le acontecía algo, la situación del primero variaría por completo. De todas suertes, de la conferencia que acababa de tener se prometía excelentes resultados; quedaban expuestas a la luz del sol las maquinaciones e intrigas de Martha, y esto era mucho.

Becky, al cabo de una hora de conversación con su recobrada amiga, se despidió con vivas demostraciones de cariño, segura de que no pasarían muchas horas sin que todas sus palabras fuesen fielmente repetidas a Matilde Crawley.

Desde la playa volvió Becky presurosa a la fonda, y repitió a su marido la conversación que acababa de tener, manifestándole que abrigaba hermosas esperanzas, y consiguiendo que aquél las compartiese.

—Ahora, querido mío, siéntate, toma la pluma, y escribe una carta a tu tía, asegurándole que eres buen muchacho, etc., etc.

Obedeció Rawdon. Tomó la pluma y escribió con gran soltura: «Mi querida tía», pero la imaginación del apuesto capitán no dio más chispas. En vez de continuar escribiendo, volvió su cara hacia su mujer y quedó contemplándola, mordisqueando las barbas de la pluma. Becky no pudo contener la risa, principió a pasear por la estancia con las manos en la espalda, y dictó lo siguiente:

Mi querida tía: Antes de partir para tierras extranjeras y de tomar parte en una campaña que muy probablemente puede serme fatal…

—¡Diablo! —exclamó Rawdon sorprendido.

Dióse, empero, cuenta del objeto de la frase, guiñó un ojo y se dispuso a continuar escribiendo:

… que muy probablemente puede serme fatal, he venido acá…

—¿No sería más gramatical escribir aquí, Becky?…

… he venido acá —insistió Becky— con objeto de decir adiós a mi mejor y más antigua amiga. ¡Ah! Antes de alejarme de usted, probablemente para siempre, le suplico que me permita estrechar y besar una vez más esa mano que tantos beneficios me ha prodigado. Un solo deseo, un solo anhelo tengo: que no me deje marchar llevando como bagaje el dolor de dejarla airada

contra mí. Comparto el noble orgullo de mi familia, bien que sin exagerarlo, como ella, en ciertos puntos: me casé con la hija de un pintor, y no me avergüenza esta unión…

—¡Que me cosan a puñaladas si no me enorgullezco de ella! —exclamó Rawdon.

—Calla, tonto —contestó Becky, agarrándole por una oreja y examinando lo escrito hasta allí, por si encontraba alguna falta de ortografía—. Adelante:

Siempre creí a usted informada y al tanto de los progresos de mis relaciones, que mi tía Martha favorecía y alentaba, pero no es mi intención censurar la conducta de nadie; me casé con una mujer pobre, pero no sólo no me arrepiento de lo hecho, sino que me felicito. Disponga usted de su fortuna, tía querida, en la forma que tenga por conveniente, déjela a quien le plazca, que yo no he de quejarme jamás ni he de censurar su libre disposición. Quiero convencer a usted de que es su persona y no su dinero lo que su sobrino quiere y ha querido siempre. Quisiera reconciliarme con usted antes de salir de Inglaterra; dentro de breves semanas, dentro de breves meses, es probable que fuera tarde, y no puedo habituarme a la idea de abandonar este país sin llevar conmigo el consuelo de una palabra de despedida de su boca.

—No reconocerá mi estilo —dijo Becky—. La redacción es tuya; así ha de creerlo tu tía.

La carta fue incluida en otra dirigida a la señorita Briggs.

La vieja solterona soltó la carcajada cuando Briggs, con aires de gran misterio, puso en sus manos aquella cartita ingenua y leal.

—Léemela, Briggs, ahora que no puede oponerse mi buena cuñada —dijo Matilde.

Si mucho había reído la solterona al recibir la carta, más rió después que le fue leída.

—¿No ves a la legua, gansa —preguntó a la Briggs, que parecía muy conmovida ante tal prueba de cariño auténtico—, que ni una sola de esas palabras es de Rawdon? En su vida me dirigió mi sobrino una letra como no fuera para pedirme dinero, aparte de que sus cartas son modelos de mala ortografía y peor redacción. La carta es de la culebrilla que le maneja a su capricho… ¡Todos son iguales!… ¡Todos me quieren muerta, para repartirse mis despojos! No me importa ver a Rawdon —añadió después de una pausa, con tono de glacial indiferencia—. Me da lo mismo despedirme de él que no. Con tal que no provoque escenas desagradables, ¿por qué he de negarle mi despedida? Venga, pues, Rawdon, pero la paciencia humana tiene sus límites y la mía también: a su mujer no quiero verla… me es imposible soportar su presencia.

Satisfizo a la señorita Briggs poder ser mensajera de aquella esperanza de reconciliación a medias y pensó que el medio más indicado para poner al sobrino en contacto con la tía era aconsejar al primero que esperase en el Farallón a la hora en que la segunda solía salir a respirar el aire fresco.

En el lugar mencionado se encontraron. Ignoro si Matilde Crawley experimentó un átomo de emoción o de sensibilidad al ver a su sobrino favorito, lo que sí puedo afirmar es que le alargó dos dedos de su mano con cara sonriente y expresión de buen humor, exactamente lo mismo que si se hubiesen visto horas antes. Rawdon, por su parte, se puso rojo como el carmín y saludó con tierna efusión a la señorita Briggs, dando pruebas de gran confusión y de viva emoción.

—La vieja siempre se portó conmigo generosamente, y me sentí un poco desconcertado —decía luego Rawdon a su mujer—. La seguí hasta la puerta de su casa, donde Bowls la ayudó a entrar. También quería entrar yo, ya lo creo, pero…

—¿No entraste, Rawdon? —gritó su mujer.

—No, querida, no entré, y bien sabe Dios que estaba decidido a entrar.

—¡Debiste entrar a pesar de todo, y no volver a salir, majadero!

—¡Mira, suprime los epítetos, que no me gustan! —exclamó él capitán con cara fosca—. Es posible que haya yo sido un majadero, pero tú, menos que nadie, puedes decírmelo.

—¡Bueno! Mañana la esperarás otra vez, y te pegarás a ella, quiera o no quiera. Ya ves que nos conviene —repuso Becky, procurando calmar la irritación de su cara mitad.

Contestó Rawdon diciendo que haría lo que le pareciese más conveniente y rogando a Becky que en lo sucesivo fuese más comedida en el hablar.

Momentos después se despedía de su mujer el lastimado marido, y pasaba la tarde entera en los billares, taciturno, sombrío y como receloso.

—Rawdon envejece y engorda que es un prodigio, Briggs —decía aquella noche la señorita Matilde a su dama de compañía—. Su nariz se pone espantosamente colorada y el aspecto general de su persona pierde la distinción que antes le caracterizaba. Su matrimonio con esa cualquiera le ha vulgarizado. Siempre me repetía Martha que se emborrachaban los dos a diario, y ya no me cabe duda de que decía verdad… Sí… apestaba a ginebra… Lo noté… ¿no lo advertiste tú?

—Tenga presente, señora, que la señora Martha hablaba mal de todo el mundo —respondió Briggs—. Mi posición es humilde en exceso para poder juzgar con acierto, pero a mí me parece que la señora Martha es…

—¿Intrigante, verdad? Claro que lo es, como también es cierto que habla mal de todo el mundo… pero tengo la seguridad absoluta de que esa mujer ha hecho de Rawdon un borracho… Todas las gentes de baja condición…

—Se emocionó mucho cuando la vio a usted —interrumpió la Briggs—. Si tiene

usted en cuenta que va a la guerra, y que los campos de batalla…

—Oye, Briggs: ¿cuánto dinero te ha prometido? —gritó la vieja dejándose llevar de uno de sus accesos de ira—. ¡Lo de siempre… lagrimitas… sollozos!… ¡Ya sabes que detesto las escenas de sentimentalismo!… Pero ¿es que te has propuesto desesperarme? ¡Vete a llorar a tu cuarto y di a la Firkin que venga a hacerme compañía… pero no, espera; siéntate, seca esa nariz que parece el cauce de un riachuelo, y escribe una carta al capitán Crawley!

Sentóse la Briggs y tomó la pluma.

—Encabeza la carta con un «Muy señor mío… o Muy distinguido señor mío», y di a mi sobrino que, por encargo mío… ¡No! Por encargo de mi médico, le haces saber que mi salud está muy quebrantada, que las emociones fuertes pueden ser ocasión de graves daños… y que me es absolutamente preciso huir de toda clase de discusiones o conferencias de familia. Di que le agradezco que por verme haya venido a Brighton, pero que le ruego que se vaya, que no se moleste por mí, y añádele que le deseo un *bon voyage* y que si se toma la molestia de visitar a mi notario, cuyas señas conoce, encontrará un recado para él. Esto último será bastante para que inmediatamente se vaya de Brighton.

La señorita Briggs escribió la carta.

—Pretender echarme su garra el mismo día en que me deja Martha es el colmo del cinismo —exclamó la vieja—. Mira, Briggs; no dejes la pluma, que vas a escribir otra carta… Dirígela a la señora Martha de Crawley, y dile que no se moleste en volver, que no quiero que vuelva, que no la dejaré entrar en mi casa, que… que no quiero ser una esclava donde soy señora única, que no quiero que me mate de hambre y que me envenene con pócimas y mejunjes… ¡Es lo que quieren todos… todos… matarme… matarme!…

La buena señora prorrumpió en gritos y lágrimas histéricas.

Acercábase para ella el último acto de la comedia representada en la feria de las vanidades, las bujías de su existencia se apagaban una a una, el fúnebre telón estaba a punto de caer.

El párrafo último de la carta inspirada por Matilde Crawley, el que la Briggs escribió con viva satisfacción, consoló algún tanto al capitán de dragones y a su mujer, quienes habían quedado consternados al leer la terminante negativa de reconciliación que la misiva les comunicaba. Para obligarle a regresar a Londres lo había mandado escribir la vieja solterona, y lo cierto fue que consiguió su objeto.

Gracias a las cantidades ganadas en el juego a Joseph y a George, pagó el capitán la cuenta de la fonda, sin que el fondista sospechase probablemente lo abocado que estuvo a consignarla en el registro de partidas fallidas, pues así como el buen general envía sus equipajes a la retaguardia antes de dar comienzo a la batalla, así Becky había enviado a Londres con la anticipación conveniente todas sus ropas y objetos de

valor. Al día siguiente siguieron los señores a sus equipajes.

—Hubiese querido ver a la vieja antes de marcharnos —dijo Rawdon—. La encontré tan acabada, que no creo que dure mucho… ¿Qué cantidad crees que me entregará su notario?… ¿Doscientas libras?… No creo que sean menos, ¿verdad, Becky?

A fin de evitarse las repetidas visitas de los escribanos y alguaciles del juzgado de Middlesex, nuestros amigos se guardaron muy bien de volver a su casa de Brompton, prefiriendo hospedarse en una fonda. Al día siguiente al de su llegada tuvo Becky ocasión de verlos, al pasar por el barrio mencionado para hacer una visita a Amelia. Supo que sus amigos habían salido para Harwich, donde embarcaban con el regimiento para Bélgica.

A su regreso a la fonda, Becky encontró a su marido furioso.

—¡Ira de Dios, Becky! —bramó—. ¡No me han dado más que veinte libras!

Aunque la broma era harto pesada, Becky no pudo contener la risa al ver la furia de su marido.

Capítulo XXVI

Entre Londres y Chatham

CUAL CONVENÍA a una persona de la categoría y gustos de George, éste hizo el viaje desde Brighton a Londres en una berlina tirada por cuatro soberbios caballos y paró en una fonda lujosísima de la plaza Cavendish, donde previamente habían sido dispuestos, para uso y comodidad del elegante caballero y de su joven esposa, toda una serie de habitaciones suntuosas y una mesa ricamente servida con vajilla de plata. Media docena de criados negros como el ébano y silenciosos como estatuas esperaban las órdenes de los huéspedes. George hacía los honores con aires de príncipe de la sangre y Amelia se sentía por vez primera cohibida y tímida al presidir con George lo que éste llamaba «su mesa».

George pedía los vinos y daba órdenes a los criados, mientras Joseph se atracaba de sopa de tortuga radiante de satisfacción. Dobbin llenaba los platos, pues la señora de la casa, frente a la cual fue colocada la sopera, desconocía su contenido hasta un extremo tan lamentable, que al intentar servir a su hermano demostró no saber que la tortuga tiene una substancia verduzca próxima a la concha superior, y otra substancia amarillenta junto a la concha inferior.

Alarmó vivamente a Dobbin lo suntuoso de la comida y lo lujoso de las habitaciones tomadas por el matrimonio, tanto, que no pudo menos de reprender cariñosamente a George, aprovechando el momento en que Joseph había quedado dormido en su sillón, pero fue en vano que clamase contra la enormidad de tortuga y el escandaloso derroche de champaña.

—Siempre he viajado como caballero de distinción —replicó George—. Mi señora debe viajar también como dama principal; mientras quede un chelín en mi bolsillo, no ha de carecer de nada.

Dobbin calló, renunciando a convencer a su amigo de que la felicidad de Amelia no estaba en una sopa de tortuga. Poco después de comer, Amelia expresó con timidez deseos de hacer una visita a su mamá, a lo que accedió George, no sin refunfuñar un poquito. Entró Amelia en su descomunal alcoba, en cuyo centro se alzaba un lecho gigantesco, «donde había dormido la hermana del emperador Alejandro», dejó sobre ella su sombrero y su chal y salió de nuevo, encontrando a George en el comedor, rodeado de botellas de clarete y sin dar señales de levantarse.

—¿No me acompañas? —preguntó con dulzura Amelia.

—Imposible, querida; tengo que hacer esta noche. Mandaron traer un coche. Al llegar éste a la puerta de la fonda, Amelia miró dos o tres veces a su marido, quien

continuó distraído, y salió triste, siendo seguida por Dobbin, el cual le dio la mano para subir al carruaje.

Dobbin se dirigió a su domicilio, pensando en lo agradable que le sería ir sentado junto a la señora de su amigo en el coche. Por lo visto, los gustos de George diferían de los suyos, pues luego que se saturó de clarete se fue al teatro. Era el capitán Osborne muy aficionado al drama, y los había representado varias veces, con mucho éxito, en funciones teatrales particulares o de sociedad. Un criado despertó a Joseph mientras retiraba las botellas vacías de la mesa. Nuestro amigo mandó venir el coche y se retiró a su casa.

La madre de Amelia estrechó a su hija contra su corazón, con todo el cariño y ansiedad propios de las madres, saliendo a todo correr a la puerta, no bien hizo alto el coche frente a la modesta puertecita del jardín. Lloraba la pobre señora y vertía mares de lágrimas la joven desposada. Tal era la emoción de nuestra simpática amiguita, que con dificultad subió al recibimiento de la casa.

En el santuario de la casa, madre e hija dieron rienda suelta a la diversidad de sentimientos que desbordaban en sus corazones. Hubo muchas lágrimas, muchos abrazos, muchas preguntas, como sin esfuerzo comprenderán los lectores, a poco sentimentales que sean. ¿Cuándo no lloran las señoras? ¿No les arrancan lágrimas las alegrías, las penas, los sucesos prósperos, los sucesos adversos, todos los incidentes de la vida? Nada más natural, pues, que, a raíz de un matrimonio, madre e hija diesen expansión a su sensibilidad. Los matrimonios suelen producir fenómenos sumamente raros; yo mismo he visto a dos mujeres que se odiaban con toda la cordialidad imaginable, besarse y llorar juntas lágrimas de cariño. ¿Qué habría sucedido si en vez de odiarse se hubiesen querido entrañablemente? Las madres, si son buenas, se casan una vez más al casarse cada una de sus hijas, y si nos fijamos en los sucesos subsiguientes, ¿para quién es un secreto que las abuelas son ultramaternales? En realidad una mujer, hasta que no es abuela no sabe lo que es ser madre. Respetemos las confidencias, las lágrimas, las risas cambiadas entre madre e hija en el recibimiento de la casa; respetémoslas, ya que así lo hizo el señor Sedley, quien no supo adivinar quién ocupaba el coche que paró frente a la puertecita del jardín, y de consiguiente, no salió a recibir a Amelia, aunque la besó con cariñosa efusión cuando entró aquélla en el despacho donde trabajaba, entre legajos, papeles y estados de cuentas.

El ayuda de cámara de George miraba con cierta altanería al señor Clapp, que estaba en mangas de camisa regando los rosales. Se levantó, sin embargo, el sombrero cuando le saludó el señor Sedley, quien le preguntó por su yerno, por el carruaje de Joseph, y, particularmente, por el infernal traidor Bonaparte y la guerra, terminando por darle media guinea, que el criado guardó en su bolsillo haciendo un gesto a un tiempo de admiración y de desprecio.

—Para que bebas a la salud de tus señores, Trotter —le dijo alargándole la moneda.

Nueve días habían transcurrido desde que Amelia salió de su casa y ya se sentía separada por un largo intervalo de los días que en aquélla pasó. ¡Qué diferencia entre su vida actual y la pasada! Con los ojos de la imaginación se veía soltera, dominada por su amor, sin ojos para otra cosa que para contemplar al objeto de sus afanes, recibiendo las pruebas de cariño paternal, no con repugnancia, pero sí con indiferencia, como si de derecho le correspondiesen, puestos su corazón y sus pensamientos en la realización de su deseo único. Cuando pasaba revista a aquellos días, tan próximos y tan alejados, sentía algo así como vergüenza, como remordimientos. Veíase obligada a reconocer que, poseyendo lo que creyó el paraíso en la tierra, sus deseos distaban mucho de verse satisfechos.

En las novelas, cuando el héroe y la heroína salvan la barrera matrimonial, el novelista deja caer por regla general el telón, dando por terminado el drama. Las dudas, las contrariedades, las luchas terminan en aquel punto y hora, cual si los mortales, al desembarcar en las playas del matrimonio, no pudiesen encontrar más que praderas verdes y deliciosas y caminos cubiertos de rosas. Pero es el caso que nuestra Amelia, recién desembarcada en la costa del nuevo país, volvía ya sus ojos anhelantes hacia las personas que tristes le decían adiós desde la distante orilla opuesta.

La madre creyó conveniente festejar la llegada de la recién casada ofreciéndole no sé qué obsequio, y a este efecto, pasada la primera efusión sentimental, bajó a la cocina y dio las órdenes oportunas para preparar un té solemne. Cada persona tiene su sistema especial para exteriorizar su cariño, y la señora Sedley creyó que un poquito de mermelada y una taza de rico té sería refrigerio muy del agrado de Amelia.

Mientras en las regiones bajas de la casa se hacían estos preparativos, Amelia salió del recibimiento, subió escaleras arriba y se encontró, casi inconscientemente, en el cuartito que ocupaba antes de su matrimonio, sentada en la misma silla donde pasara tantas horas de ansiedad y de amargura. Parecióle la silla una amiga antigua, y maquinalmente empezó a pensar en su situación de una semana antes y en el lapso anterior a esa semana. ¡Siempre volviendo atrás las miradas, siempre suspirando por algo que, una vez obtenido, deja dudas y tristezas en vez de dejar placer! Ésta era la suerte de nuestra linda amiguita, peregrina dulce e inofensiva lanzada entre las turbas que se agitan, y luchan y hieren en la feria de las vanidades.

Sentada en aquella silla, evocó la imagen de George, ante la cual tantas veces cayera de rodillas antes de su matrimonio. ¿Se confesó a sí misma que el hombre real distaba mucho de parecerse al soberbio héroe que había adorado? Probablemente no, que el hombre debe valer muy poco, y son precisos años, muchos años, para que el orgullo y la vanidad de una mujer permitan a ésta hacerse confesión semejante. A

continuación creyó ver los brillante ojos verdes de Becky y su falsa sonrisa, y gradualmente la fue invadiendo aquella melancolía que la devoraba el día que su doncella le llevó la carta de George reiterando su palabra de matrimonio.

Contempló la camita, blanca como la nieve, que era suya breves días antes, y sintió anhelos de pasar en ella aquella noche, para despertar, al siguiente día, al sentir el beso que todas las mañanas recibía de su madre sonriente. Luego pensó con espanto en el gran pabellón de damasco que envolvía el lecho descomunal que la esperaba en su suntuosa alcoba de la fonda de la plaza Cavendish… ¡Oh, inmaculada camita blanca! ¡Cuántas noches interminables fuiste testigo y recipiente de sus lágrimas! La pobrecilla cayó de rodillas junto a la cama, y allí, su alma hermosa, timorata, herida cruelmente, pero llena de amor todavía, buscó consuelos donde nunca pensó que pudiera encontrarlos. Tuvo hasta entonces fe ciega en el amor, y ahora, su corazón triste, lacerado, desilusionado, experimentaba la necesidad de otros consuelos.

¿Tenemos, por ventura, derecho a repetir, y ni siquiera a escuchar sus plegarias? No, hermano querido; son secretos que respetaremos, aparte de otras razones, porque no caen dentro de los terrenos de la feria de las vanidades, únicos que se permite recorrer nuestra historia.

Diremos, empero, que, cuando anunciaron que el té estaba servido, nuestra buena Amelia descendió al comedor muy consolada, sin desesperar de su suerte, sin deplorar lo hecho, sin acordarse de la frialdad de George ni de los destellos de los verdes ojos de Becky. Bajó, y besó a su padre, y habló con él mucho y muy alegremente, haciéndole pasar un rato feliz como el mísero caballero no lo había pasado en muchos meses. Sentóse al piano que Dobbin compró para ella y tocó y cantó sus romanzas favoritas. Afirmó que el té era excelente y celestial la mermelada. Viendo contentos a todos, contenta se retiró ella a la fonda, y durmió en la gran alcoba un sueño reposado y tranquilo, que interrumpió George al llegar del teatro.

De más importancia eran los negocios que al día siguiente tenía que evacuar George. Apenas llegado a Londres, había escrito a los agentes de su padre anunciándoles que tendría la satisfacción de celebrar una conferencia con ellos el día de referencia. La cuenta de la fonda, sus pérdidas al billar y las cantidades que los naipes habían hecho pasar desde sus bolsillos a los de Rawdon, tenían casi exhausta su bolsa, y necesitaba municionarse antes de emprender la marcha. Retiraría, pues, las dos mil libras esterlinas que de orden de su padre debían entregarle. Constituían su recurso único, es cierto, mas no era de esperar que la cólera de su padre durase mucho tiempo. ¿Qué padre es bastante duro para no ablandarse ante un hijo de los méritos y virtudes de George? Además, aun suponiendo que la indignación del viejo perdurara, suponiendo que el recuerdo de los méritos de nuestro elegante capitán no la disipasen, resuelto estaba a distinguirse tan prodigiosamente en la próxima

campaña, que sus gloriosas hazañas henchirían de santo orgullo el corazón del autor de sus días y no dejarían en él ni el hueco más insignificante para el resentimiento. ¿Que no ocurría así? ¡Bah! Mil caminos francos y expeditos le ofrecía el mundo, podía muy bien variar su suerte en el juego, mirarle con mayor cariño que hasta entonces las cartas, y en todo caso, dos mil libras esterlinas dan mucho de sí.

Envió a Amelia en carruaje a la casa de su mamá, con órdenes estrictas y carta blanca para comprar cuanto la señora de George Osborne pudiese necesitar en vísperas de emprender un viaje por el extranjero. Como no disponían más que de un día para realizar las compras, dicho se está que éstas les embargaron el día entero. Amelia lo pasó feliz, pues no hay mujer insensible al placer de correr de tienda en tienda, de ver, de comprar, de admirar cosas bonitas. Obediente a los órdenes de su marido, hizo muchas compras, demostrando un gusto perfecto y un instinto maravilloso de la elegancia.

La guerra alarmaba poco a nuestra simpática Amelia. Bonaparte sería aplastado casi sin lucha: todos los días salían barcos llenos de hombres del mundo elegante y de damas distinguidas con rumbo a Bélgica, y más parecía que emprendían un viaje de recreo que no que iban a una guerra. La prensa se mofaba de la intentona diciendo que el Corso no resistiría un segundo la acometida de los ejércitos aliados, dirigidos por un genio como el inmortal Wellington. Para Amelia, Bonaparte era un desgraciado digno del más profundo menosprecio: en suma; ella y su madre disfrutaron lo indecible el día que dedicaron a compras, y la primera fue admirada por su distinción en los numerosos comercios de lujo que debió visitar.

Mientras tanto, George se dirigía a Bedford Row y penetraba en las oficinas del señor Higgs como amo y señor de todos los escribientes de rostro pálido que en diferentes mesas estaban emborronando papeles. Mandó que avisasen al principal con tono altivo y protector, cual si el abogado-notario, que tenía quince veces más talento que él, cincuenta veces más dinero, y sobre mil veces más experiencia, fuera un pobre hombre obligado a dejar inmediatamente todos los asuntos para ponerse a las órdenes del eminente capitán Osborne. No reparó en las sonrisas burlonas que animaron las caras de todos los empleados, desde la del jefe del personal hasta la del último ordenanza, al verle medio tumbado en un sillón, golpeando su reluciente bota con el bastón y pensando que toda aquella chusma era una legión de pobres diablos. ¡Ignoraba que aquella chusma de pobres diablos estaba muy al tanto del estado de sus asuntos; no sabía los sabrosos comentarios que a costa suya habían hecho en tabernas y cervecerías!

Acaso creía George, cuando le introdujeron en el despacho del señor Higgs, que este caballero tenía encargo de entregarle de parte de su padre algún mensaje o promesa de reconciliación; es posible que el continente desdeñoso y altanero que dio a su persona obedeciese a su deseo de manifestar entereza y resolución: si así fue, sus

arrogancias chocaron con la frialdad e indiferencia del abogado-notario, resultando altamente ridículas.

El señor Higgs, que escribía, o fingía que escribía, cuando entró en su despacho el capitán, díjole sin mirarle:

—Tenga la bondad de tomar asiento, caballero; dentro de un momento despacharemos su asuntillo… Señor Poe… hágame el favor de traer esos documentos.

Y continuó escribiendo.

Luego que el señor Poe hubo traído los documentos que había de firmar George, prosiguió el notario:

—¿Desea usted adquirir valores con la cantidad, o prefiere disponer de ella en un cheque?; si prefiere un cheque, se lo firmaré en el acto. Uno de los ejecutores testamentarios de su difunta madre se halla fuera de la ciudad, pero mi cliente desea terminar este asunto lo antes posible.

—Déme usted un cheque, caballero —contestó con tono avinagrado el capitán.

Luego que hubo salido George, dijo el señor Higgs a Poe:

—Antes de dos años, está en la cárcel ese muchacho.

—¿No le parece que el señor Osborne acabará por ablandarse?

—Nunca he visto que un monumento de granito se ablande.

—Realmente camina muy de prisa. Una semana lleva apenas de casado, y ya le he visto acompañando a la artista Highflyer en su coche.

El cheque recibido por George era pagadero en la casa de banca de nuestros amigos Hulker y Bullock, sita en la calle Lombard, hacia donde aquél dirigió sus pasos. Quiso la casualidad que se encontrase junto al cajero nuestro antiguo conocido Frederick Bullock, el cual, al ver al capitán, se retiró al rincón más obscuro de la dependencia. Desde allí vio, sin ser visto, cómo George retiraba las dos mil libras.

—Ha venido arrogante como un millonario —decía más tarde Frederick al viejo Osborne—. Retiró hasta el último penique… ¿Cuánto durarán esos centenares de libras a un muchacho tan derrochador como su hijo?

Juró el viejo que le traía sin cuidado que el capitán se gastase las dos mil libras aquel mismo día. Frederick Bullock comía todos los días en la casa de la plaza Russsell, ocupando el puesto que antes ocupó nuestro capitán, quien hizo todos los preparativos de marcha y pagó las compras hechas por Amelia con generosidad de gran señor.

Capítulo XXVII

Amelia se incorpora a su regimiento

CUANDO EL ESPLÉNDIDO carruaje de Joseph hizo alto frente a la puerta de la fonda de Chatham, la primera cara que Amelia reconoció fue la del capitán Dobbin, que desde hacía más de una hora paseaba la calle, esperando impaciente la llegada de sus amigos. Dobbin, ataviado con su casaca llena de galones, su ceñidor rojo y su gran sable, ofrecía un aspecto guerrero que llenó de orgullo a Joseph, quien le saludó con cordialidad muy diferente de la que solía dispensarle en Brighton o en la calle Bond.

Cerca del capitán Dobbin se encontraba el portaestandarte Stubble, el cual al ver a Amelia, no pudo contener la exclamación siguiente:

—¡Dios santo… y qué divinidad de mujer!

A decir verdad, Amelia, con su elegante vestido, su pelliza, y sobre todo, con el suave color arrebolado que dieron a sus mejillas un viaje rápido y las caricias del aire libre, justificaba el piropo del oficial. Dobbin lo escuchó con placer especial. Stubble vio, al salir la dama del carruaje, que se posaba sobre el estribo un pie encantador, reparó en la delicada mano que alargaba al capitán, y se inclinó galante, haciendo la mejor cortesía de que fue capaz. Amelia, viendo el número del regimiento de George bordado en el gorro del oficial, contestó con una sonrisa de ángel y una inclinación de cabeza llena de gracia. A partir de aquel día, Dobbin cobró afecto especial a Stubble, y le incitó a hablar sobre Amelia en los paseos, que daban con mucha frecuencia, y en el sagrado de sus respectivos pabellones. Pronto los jóvenes y bravos oficiales del regimiento de George se acostumbraron a adorar y a admirar a Amelia. Sus modales sencillos y naturales, su dulzura, su modestia, le captaron las simpatías de todos los corazones. La supremacía reconocida de George en su regimiento creció prodigiosamente en la apreciación de sus jóvenes camaradas, a quienes sedujo el desinterés de que dio pruebas casándose con una mujer sin dote y su buen gusto al escoger compañera tan encantadora.

Con gran sorpresa, Amelia, al entrar en el salón destinado a los viajeros, encontró una carta dirigida a la señora capitana Osborne. Era un billete de color de rosa, plegado en forma triangular, lacrado y sellado con una paloma y un ramo de olivo, y escrita con letra femenina muy grande y de trazos extraordinariamente indecisos.

—De puño y letra de Margaret O’Dowd —dijo George riendo—. Conozco muy bien el sello.

Efectivamente: era un billete de la señora comandanta O’Dowd, que invitaba a la señora de Osborne a la reunión de confianza que aquella noche tendría en su casa.

—Debes ir —dijo George—. Allí podrás conocer a todo el regimiento. El primer jefe de todos los que de aquél formamos parte es O'Dowd, y Margaret manda en jefe en O'Dowd.

Pocos minutos habían transcurrido desde que se recibió la carta de la comandanta, cuando se abrió con estrépito la puerta y penetró una mujer gruesa, vestida de amazona y escoltada por dos oficiales del regimiento.

—¡Aquí estoy! —exclamó—. No he tenido paciencia para esperar a la hora del té. Preséntemе usted a su señora, mi querido capitán… Señora… encantada de conocerla… Tengo el placer de presentarle a mi esposo, el comandante O'Dowd.

La alegre y rolliza amazona estrechó con fuerza la mano de Amelia, y ésta reconoció al punto en ella al original de la caricatura que muchas veces le había hecho su marido.

—Ha debido usted oír hablar con mucha frecuencia de mí a su querido marido, ¿eh? —preguntó la amazona.

—Ha debido usted oír hablar con mucha frecuencia de ella a su querido marido, ¿eh? —repitió el comandante, sin variar más que la palabra subrayada.

Amelia contestó sonriendo que sí.

—Mucho, pero muy poco bueno —añadió la comandanta—. George es un mal muchacho.

—Certifico y doy fe —añadió el comandante.

George rompió a reír. La comandanta dijo a su marido que se estuviese quieto y mandó a George que hiciese su presentación solemne y oficial.

—Te presento —dijo George con cómica gravedad— a mi buena, a mi amable, a mi excelente amiga Aurelia Margaret, nuestra dulce comandanta.

—Cierto… cierto —asintió el comandante.

—Esposa del comandante Michael O'Dowd e hija de Fitzgerald Beresford de Burgo Malony, oriundo del condado de Kildare —prosiguió George.

—Verdad… verdad —dijo el comandante.

El comandante O'Dowd, que había servido a su soberano en todas las partes del mundo, y comprado sus empleos al precio de hechos atrevidos y gloriosos, era el más modesto, silencioso, dulce y dócil de los hombres, y rendía a su cara mitad la sumisión y obediencia que hubiese podido rendirle si su hijo fuera. En la mesa, estaba siempre callado, comiendo regular y bebiendo mucho. Si alguna vez hablaba, era para mostrar su conformidad con lo que los demás decían. En cuanto a su tranquilidad y buen humor, no se sabía que jamás se hubiesen alterado. Ni el sol de fuego de las Indias encendió nunca su cólera, ni las fiebres palúdicas de las Antillas alteraron su temperamento siempre igual. Con la misma indiferencia asaltaba una trinchera enemiga erizada de cañones que se sentaba a la mesa, y con el mismo apetito comía carne de caballo que faisanes. Tenía madre a la que sólo dos veces desobedeció en su

vida: la primera, cuando huyó de su casa para sentar plaza en el ejército, y la segunda, cuando se casó con la simpática Margaret Malony.

Era Margaret una de las cinco hermanas y once hermanos de la noble casa de los Glenmalony. Su marido, aunque primo suyo, lo era por línea materna, y, de consiguiente, no tenía el alto honor de pertenecer a la familia de los Malonys, la más alta y famosa del mundo, a juicio de la comandanta. Nueve temporadas seguidas se pasó Margaret Malony en Dublin y dos en los baños de Cheltenham, y como no encontrase mortal del género masculino dispuesto a ser su compañero en la vida, al llegar a los treinta y tres años ordenó a su primo que se casase con ella. Su primo, sumiso y obediente, se la llevó a las Indias Occidentales para que presidiese a las señoras del regimiento donde él debía prestar sus servicios.

A la media hora escasa de encontrarse la señora O'Dowd en compañía de Amelia, había contado ya a su nueva amiga toda la historia de su vida y de la vida de su familia.

—Fue mi proyecto hacer de George un hermano mío, casándole con mi hermana Glorvina, pero como los compromisos son compromisos, y George lo tenía adquirido con usted, hube de renunciar a mi sueño. Sin embargo, resuelta estoy a ver en usted una hermana y a quererla como si en realidad lo fuese; me será muy fácil, porque tiene usted una cara de bondad que no miente: desde hoy, pertenece usted a mi familia.

—Claro que sí… pues no faltaba más —dijo el comandante.

—Aquí somos todos excelentes camaradas —continuó la comandanta—. Regimiento donde reine tanta armonía, tanto cariño mutuo como en éste, no lo hay en el ejército de Su Majestad. Aquí no se conocen las riñas, ni las discusiones, ni las diferencias, ni las murmuraciones… Todos nos queremos como hermanos cariñosos.

—Sobre todo, usted y la señora Magenis —dijo George riendo.

—La señora capitana Magenis y yo nos hemos reconciliado, aunque el dolor que me produjeron sus inconveniencias bajará conmigo a la tumba.

—Es imperdonable lo que hizo contigo, Margaret —observó el comandante.

—Punto en boca, querido. Los maridos solamente saben decir tonterías, mi querida Amelia. Yo siempre digo al mío que no debe despegar los labios más que para dar las voces de mando ni abrir la boca más que para comer y beber. Todo lo referente al regimiento se lo contaré a solas, a fin de que viva usted prevenida y no se fíe de quien no deba fiarse… Y ahora, preséntenme usted a su hermano, cuya gentil apostura me recuerda a mi primo Daniel Malony, casado con Ofelia Scully, prima de lord Poldoody… Complacidísima de haber tenido el placer de conocer a usted, señor Sedley… Supongo que hoy nos proporcionará el honor de sentarse a la mesa con nosotros.

—El regimiento nos obsequia hoy con un banquete de despedida, pero no será

difícil añadir un cubierto para el señor Sedley —dijo el comandante.

—Vaya usted a la carrera, Simple… Nuestro abanderado Simple, mi querida Amelia… me olvidé de hacer su presentación… Vaya usted a la carrera y diga al coronel Tavish que el capitán Osborne ha venido con su cuñado y le llevará al banquete; dígale de mi parte que nos sentaremos a la mesa a las cinco en punto.

No había acabado de hablar la comandanta, cuando el abanderado trotaba ya escaleras abajo.

—La obediencia es el alma del ejército: nosotros vamos a cumplir con nuestras obligaciones mientras la señora O'Dowd te instruye, Amelia —dijo George, saliendo de la habitación con el comandante y el otro oficial.

Una vez que se encontró a solas con su nueva amiga, la comandanta, la impetuosa comandanta, sirvió a Amelia tal aluvión de datos, noticias e informes, que la pobre oyente quedó tan aturdida que le fue imposible conservarlos en su memoria. No olvidó detalle que con la historia pública o secreta de cuantos integraban el regimiento tuviera relación.

—La coronela Heavytop falleció en Jamaica, a consecuencia de fiebre amarilla, según los médicos, aunque la verdad es que la mató la desesperación, pues el coronel, vejestorio, caduco, y feo, cuya cabeza tiene tanto pelo como una bala de cañón, perseguía tenaz como un sátiro a una mestiza. La capitana Magenis, aunque nunca conoció la educación, es una buena mujer, bien que su lengua es de víbora y de tahúr sus costumbres en el juego; a su propia madre haría trampas si con ella jugase una partida de *whist*. La capitana Kirk sería excelente amiga si no tuviese el defecto de la hipocresía; basta hacer mención en su presencia de una partidita de *whist*, para que eleve escandalizada al cielo sus ojos de langosta… como si no hubiesen hecho su partidita diaria, mientras vivieron, mi padre, el hombre más piadoso de la creación, mi tío Daniel Malony y mi primo el obispo. Por fortuna, ninguna de las mencionadas viene ahora con el regimiento: Fanny Magenis se queda con su madre, probablemente vendedora de carbón y de patatas al por menor, aunque ella se llena la boca hablando de los buques de su padre, y la señora capitana Kirk se irá a vivir a la plaza de Bethesda, a fin de estar todo lo cerca posible de su predicador favorito, el doctor Ramshorn. La señora Bunny se encuentra en estado interesante… por cierto que siempre lo está… Como que ha dado ya al teniente siete retoños. La señora del abanderado Posky, casada dos meses antes que usted, ha regañado con su marido y vuelve al hogar paterno… de donde no debió salir nunca… ¿En qué colegio recibió usted educación, querida mía? A mí me internaron, sin reparar en gastos, en el dirigido por la señora Flanahan, donde una marquesa nos enseñaba el francés y un capitán general del ejército francés nos daba lecciones prácticas de instrucción militar.

De esta heterogénea familia se encontró bruscamente miembro nuestra atónita

Amelia. Poco después era presentada a todas sus nuevas parientas femeninas, y como era tímida, amable, condescendiente y no excesivamente hermosa, produjo agradable impresión; pero llegaron los oficiales del 150 regimiento, y como estos caballeritos la encontraron encantadora y no disimularon la admiración que les inspiraba, todas sus nuevas hermanas se consagraron a la piadosa labor de encontrarle defectos.

—Confío en que Osborne dará ahora por terminadas sus calaveradas —dijo la capitana Magenis.

—Ocasión tendrá ella de demostrarnos si es posible hacer de un libertino un buen marido —dijo la comandanta O'Dowd a la tenienta Posky, furiosa porque le usurpaban el papel de novia del regimiento.

La señora Kirk, discípula del doctor Ramshorn, dirigió a Amelia unas cuantas preguntas, encaminadas a aquilatar los conocimientos de su nueva hermana en ciencias religiosas, y como de las contestaciones, llenas de sencillez, infiriera que su alma vagaba entre densas tinieblas, puso en sus manos tres libritos adornados con ilustraciones, recomendándole que no dejase de dedicar a su lectura algunas horas antes de meterse en cama.

Los hombres, excelentes sujetos todos ellos, formaron círculo alrededor de la encantadora esposa de su camarada y agotaron en su honor el repertorio de la galantería militar. Fue un verdadero homenaje que arreboló las mejillas de Amelia y devolvió a sus ojos todo su brillo. George se sintió orgulloso de la popularidad de su mujer y quedó complacido de la gracia, no exenta de timidez, con que recibió los homenajes y contestó los cumplidos de los caballeros. Amelia encontró a su marido incomparablemente más guapo vestido de uniforme que de paisano, y como observara que era objeto de las miradas más tiernas de parte de aquél, su pobre corazoncito saltaba de alegría y se sintió feliz como nunca.

«Quiero ser amable con todos sus amigos», pensaba. «Bastará que lo sean de George para que lo sean también míos. Procuraré estar siempre alegre y de buen humor y me esforzaré en hacer de nuestro hogar un nido de ventura».

En suma: el regimiento la adoptó por aclamación. Los capitanes la encontraron encantadora, los tenientes cantaron sus alabanzas, y los soldados hubieran quemado incienso en su altar. El médico mayor Cutler aventuró dos o tres chistes, excesivamente relacionados con la anatomía para que los repitamos aquí; Cackle, su ayudante, doctor graduado en la universidad de Edimburgo, se dignó hablar con ella de literatura y repitió las dos o tres citas francesas que conocía, y Stubble no cesó de pasear como alma en pena, murmurando:

—¡Dios de Dios, y qué mujer!

El capitán Dobbin no le dirigió la palabra en toda la velada, pero, en cambio, acompañó a su casa, juntamente con el capitán Porter, a Joseph, que se encontraba en deplorable estado y había colocado con gran éxito su historia de la cacería de tigres a

sus vecinos de mesa y a la señora O’Dowd. Luego que dejó al buen administrador en manos de su ayuda de cámara, se echó a la calle, donde pasó varias horas fumando y meditando. George, mientras tanto, abrigaba cuidadosamente a su mujer y salía con ella del pabellón de la comandanta, después de cambiar sendos apretones de manos con todos los oficiales, los cuales acompañaron al matrimonio hasta el coche y lo despidieron con un ¡viva! estruendoso. Amelia encontró a Dobbin paseando junto al coche y aprovechó la ocasión para regañarle dulcemente por no haberle dirigido la palabra en toda la velada.

El capitán continuó su paseo solitario. Vio que se apagaban las luces del salón de los esposos Osborne y que se encendían las de la alcoba. Alboreaba cuando se recogió a su alojamiento.

Capítulo XXVIII

Amelia invade los Países Bajos

OFICIALES Y SOLDADOS debían embarcar en buques equipados por el gobierno de Su Majestad con motivo de la expedición contra Bonaparte.

Dos días después del banquete a que tuvimos el honor de asistir, el convoy marítimo descendió lentamente por el Támesis, entre los estruendosos clamores de la marinería de los buques de la Compañía de Indias, anclados en el río, y a los acordes de las bandas militares que ejecutaban el himno God save the King, para tomar rumbo a Ostende.

Joseph, siempre galante, habíase prestado a escoltar a su hermana y a la comandanta, cuyos inmensos baúles, numerosas maletas e infinitas cajas formaban parte del equipaje del regimiento. Nuestras dos heroínas llegaron en coche y libres de cajas y envoltorios a Ramsgate, donde embarcaron en uno de los buques que aparejaban para Ostende.

La vida de Joseph entró en un período tan lleno de incidentes, que le dio materia abundante de conversación para muchos años e hizo que olvidase hasta su emocionante historia de la cacería de tigres, eclipsada por sus relatos sobre la gran batalla de Water loo. Tan pronto como accedió a acompañar a su hermana al extranjero, pudo advertirse que dejaba sin afeitarse el labio superior. En Chatham asistió a todas las revistas y paradas y fue asiduo concurrente a la instrucción. Con atención digna del mayor encomio escuchaba las conversaciones de sus hermanos de armas (llamaba ya así a los oficiales), lo que le valió aprender no pocas frases técnicas militares. En sus estudios le auxilió no poco la comandanta O'Dowd. Llegó el feliz día del embarque, y Joseph se presentó en el Rosa Lozana, buque que debía llevarle a su destino, luciendo rica casaca profusamente galoneada, calzones de ante y sombrero de ancha ala guarnecido con ancha franja de oro. Como embarcó también su coche, y dijo a todo el mundo que iba a reunirse con el duque de Wellington, todo el mundo le tomó por personaje de alta categoría, por un comisario general o un correo del gobierno.

Sufrió lo indecible durante la travesía, que las señoras hicieron encerradas en sus camarotes y postradas en sus literas. Amelia volvió a la vida cuando vio los buques que transportaban al regimiento, los cuales entraron en el puerto casi al mismo tiempo que el Rosa Lozana. Joseph, incapaz de valerse de su humanidad, hubo de buscar una posada y acostarse, mientras el capitán Dobbin acompañaba a las señoras y se encargaba a continuación de mandar desembarcar el equipaje y coche de Joseph,

quien se había quedado sin criado, lo que también le había ocurrido a George, pues los sirvientes de ambos se habían confabulado en Chatham, negándose en redondo a cruzar el charco. La rebelión de los criados, que estalló inopinadamente momentos antes del embarque, alarmó a Joseph en tales términos, que probablemente habría renunciado a formar parte de la expedición si el capitán Dobbin no le hubiese consolado con ofrecimientos de asistencia. Por otra parte, el bigote de Joseph había crecido ya mucho, y no era cosa de afeitárselo de nuevo sin antes pasearlo por los campos de Bélgica. No pudo Dobbin procurar a Joseph uno de esos criados bien nacidos, bien educados y bien alimentados de Londres, que sólo saben hablar inglés, pero sí un tunante belga, de tez morena, que no hablaba una palabra de inglés, pero que muy en breve supo ganarse el favor de su dueño llamándole milord millares de veces durante el día.

La alteración de la normalidad determinó en Ostende otra alteración no menos visible. Pocos de los ingleses que allí desembarcaban tenían aspecto de lores ni se comportaban como suelen comportarse los miembros de nuestra aristocracia hereditaria. En su inmensa mayoría, vestían mal, eran aficionados al billar y al aguardiente y mostraban aficiones harto ordinarias.

Digamos en honor suyo que, por regla general, pagaban cuanto consumían. Seguramente no habrá olvidado este hecho una nación que está integrada por mercaderes. Fue en realidad una bendición para un pueblo tan amante del comercio ser invadido por semejante ejército de consumidores y haber de suministrar víveres a guerreros de tanta confianza. El país que estos guerreros iban a defender no es militar, aunque en su suelo han reñido otras naciones cruentas batallas. Cuando el escritor de esta historia visitó el campo de batalla de Waterloo, preguntó al mayoral de la diligencia, robusto veterano de porte guerrero, si había tomado parte en la gran batalla. «*Pas si bête*», me contestó. En cambio el postillón de la misma diligencia era un Viscount, hijo de no sé qué general imperial, que aceptó una propina de un penique para tomar una copa en el camino. La moraleja es instructiva.

Nunca fue tan rico aquel país llano y fecundo como en los comienzos del verano de 1815, cuando un ejército numeroso de casacas coloradas dio vida a sus verdes campos y a sus tranquilas ciudades, cuando por sus espaciosas *chaussées* corrían lujosos coches ingleses, cuando opulentos viajeros ingleses surcaban las aguas de sus canales, que corrían mansas entre verdes praderas, besando poéticos pueblecillos o seculares bosques en cuyo centro se alzaban antiguos castillos, cuando los soldados que entraban en las posadas o tabernas no sólo bebían, sino que también pagaban, cuando el *highlander* Donald, alojado en una casa de labor flamenca, mecía la cuna del niño, mientras John y Jeannie se dedicaban a las labores del campo. Hoy que nuestros pintores tratan con predilección asuntos militares, les brindo éste para que con sus pinceles honren como se merece la honradez de la guerra inglesa. El ejército

parecía tan brillante e inofensivo como cuando forma en revista en el Hyde Park. Napoleón, mientras tanto, al abrigo de las fortalezas fronterizas, se preparaba a transformar en ejército de furias sedientas de sangre el que lo era de hombres tranquilos y ordenados y a derribar a muchos de ellos para no levantarse jamás.

Tan absoluta era la confianza que inspiraba el caudillo de aquel ejército, tan ciega la fe que la nación inglesa tenía en el duque de Wellington, sólo comparable al frenético entusiasmo que en otro tiempo inspiró Napoleón a los franceses, tan acertadas medidas de defensa se habían adoptado, que la alarma era fruta desconocida, y nuestros viajeros, entre los cuales había dos de carácter excesivamente tímido, respiraban tranquilidad, como suelen respirarla los turistas ingleses, viajen por donde viajen. El famoso regimiento, cuya oficialidad conocemos en gran parte, embarcó en lanchones que lo transportaron por los canales a Brujas y a Gante, desde donde hubo de encaminarse a Bruselas. Joseph acompañó a las señoras, embarcando en barcas dedicadas al servicio público, acerca de cuyo lujo y excelente trato se han hecho lenguas todos los escritores ingleses que han viajado por Flandes. Afirman que un viajero inglés, que había ido con animo de pasar en Bélgica una semana, embarcó en una de las barcas en cuestión, y quedó tan encantado del trato que allí le dieron, que se pasó la vida haciendo viajes desde Brujas a Gante y desde Gante a Brujas, hasta que fueron inventados los ferrocarriles. En el último viaje que hizo la barca se tiró de cabeza al canal y se ahogó. No tuvo fin tan dramático la vida de Joseph, pero también quedó encantado de la mesa de la barca, opinión que compartió la comandanta O'Dowd, la cual le repetía a cada paso que su felicidad sería completa si la compartiese con su hermana Glorvina. Nuestro excelente administrador se pasaba el día entero sentado sobre la techumbre de su camarote, bebiendo cerveza flamenca, llamando a su criado Isidoro, y dirigiendo galanterías a las señoras.

Su valor era prodigioso.

—¡Que nos ataque ese fantasmón de Boney!… ¿Y qué? —decía—. No tengas miedo, mi pobre Amelia, que no corremos el menor peligro. Dentro de dos meses estarán los aliados en París, te lo juro, y, ¡por Dios vivo!, que he de llevarte a comer al Palais Royal. En este momento penetran en Francia trescientos mil rusos por Maguncia y el Rin… ¡trescientos mil rusos!… ¿qué te parece?, mandados por Wittgenstein y Barclay de Tolly… Tú no entiendes palabra de asuntos militares, querida mía, pero yo, que soy competente en la materia, te aseguro que no hay en Francia infantería capaz de oponerse a la infantería rusa, ni fantasmones como Boney que valgan ni para descalzar a Wittgenstein. Tenemos, además, los austríacos, que suman quinientos mil hombres como uno solo, y se encuentran a diez jornadas de la frontera, mandados por Schwartzenberg y el príncipe Carlos. Y ¿qué diremos de los prusianos, que obedecen las órdenes del gran príncipe Marshal? ¡Anda!… ¡Vete buscando por el mundo caballería comparable a ésa, hoy que ya no anda por la tierra

Murat!… ¿Qué me dice usted, señora O'Dowd? ¿Tiene motivos para estar intranquila nuestra muñequita? ¿No sería ridículo tener miedo, Isidoro? ¿No?… ¡Mira!… Tráeme más cerveza.

Contestó la señora O'Dowd que su hermana Glorvina no tenía miedo a ningún hombre vivo, y mucho menos a ningún francés, y para dar mayor fuerza a su expresión, echó entre pecho y espaldas una jarra de cerveza, que debió saberle muy bien a juzgar por la mueca de satisfacción que hizo.

Habituado ya a la presencia del enemigo, o, en otras palabras, al trato de las señoras, Joseph había perdido casi toda su timidez prístina, y solía ser decidor y ocurrente, sobre todo cuando las libaciones excitaban su locuacidad. Llegó a ser el favorito del regimiento, pues se conquistó las simpatías generales tratando con suntuosidad a los oficiales y divirtiéndolos con sus aires y posturas bélicas. George decía con mucha frecuencia que era el elefante de su regimiento, aludiendo a la costumbre tan generalizada en los regimientos ingleses de llevar un macho cabrío, o bien un venado, o un canguro, al frente de la unidad armada, en todas las marchas.

Comenzaba George a avergonzarse de la sociedad en la cual se había visto precisado a presentar a su mujer, y decidió, haciéndolo saber a Dobbin, con no poca satisfacción de este último, pasar lo más pronto posible a otro cuerpo, a fin de que Amelia no alternase con sociedad tan vulgar. Sin embargo, la vulgaridad de avergonzarse de una sociedad cualquiera es más común entre los hombres que entre las mujeres, excepción hecha de las damas de alta alcurnia, que también suelen incurrir en ella, y Amelia, de natural franco y sencillo, no participó de la vergüenza que su marido tomaba por delicadeza propia de toda persona de refinada educación. Así, por ejemplo, la pluma de gallo que adornaba el sombrero de la comandanta y el descomunal reloj que pendía de su cuello, regalo de boda de su padre, sacaban de sus casillas a George, quien los tomaba como signo de ordinariez, al paso que Amelia, aunque confesaba que eran extravagancias, no llegaba por ello a avergonzarse de la compañía de la señora O'Dowd.

Para el viaje que hacían, y que han hecho casi todos los ingleses de alta y mediana categoría, habría sido fácil encontrar compañía más instructiva que la de la señora O'Dowd, pero no más entretenida.

—¡Vaya unos canales y vaya unas barcas, querida! —de cía—. Hay que ver los que unen a Dublin con Ballinasloe… ¡Aquéllos son canales y aquéllas son barcas!…

Pues ¿y los ganados? En el mundo no los hay más hermosos. Mi padre ganó una medalla de oro con una vaca de cuatro años de edad, de cuya carne comió el mismo ministro; ejemplar como aquél ni le ha visto este país ni le verá.

Joseph, aficionado a las buenas carnes, dijo, exhalando un suspiro, que carnes como las de Inglaterra, que ofreciesen tan admirable combinación de gordo y de magro, no las había en el mundo.

—Excepción hecha de Irlanda —replicó la comandanta, que hizo mil comparaciones de las cuales salía siempre favorecida su nación.

Los partidarios de cerrar el libro de la historia y de fantasear sobre lo que debió ocurrir en el mundo, y hubiese ocurrido seguramente de no haber sobrevenido tal o cual incidente o circunstancia desdichada, se habrán dicho con frecuencia a sí mismos que Napoleón no pudo haber escogido peor tiempo para regresar de Elba y para obligar a sus águilas a emprender el vuelo desde el golfo de Saint John a las torres de Nôtre Dame. Los historiadores de nuestro bando aseguran que los ejércitos de las potencias aliadas estaban en pie de guerra y dispuestos a acabar con el emperador tan pronto como tuvieran noticia de su reaparición. Los soberanos reunidos en Viena para modelar a su antojo los reinos de Europa se hallaban tan divididos por muchas y muy graves causas de discordia, que los ejércitos empleados para aniquilar a Napoleón habrían reñido fieras batallas entre sí de no haber puesto tregua a los odios el regreso de quien era el blanco de todas las animosidades y temores de Europa. Tenía este monarca un ejército nutrido y fuerte, dispuesto a entrar en lid porque se había apropiado de Polonia y quería conservarla; aquél porque había robado la mitad de Sajonia y no estaba dispuesto a desprenderse de su adquisición; y el de más allá porque miraba con ojos codiciosos a Italia. Las protestas de los unos contra la rapacidad de los otros eran constantes y agrias, y es bien seguro que si el Corso hubiera tenido paciencia bastante para esperar tranquilo en su prisión a que las potencias se agarrasen por las orejas, nadie le habría impedido volver y reinar sin molestias. Pero ¿qué habría sido entonces de nuestra historia y de la de nuestros amigos? ¿Qué sería del mar si una tras otra se secasen las gotas de agua que lo forman?

Mientras tanto, deslizábase la vida y se sucedían las distracciones y placeres como si no hubieran de tener nunca fin ni existieran enemigos en lontananza. Cuando llegaron nuestros viajeros a Bruselas, donde debía quedar el regimiento, se encontraron hospedados en una de las pequeñas capitales de Europa más alegres y brillantes, en uno de los centros más animados y esplendorosos de la feria de las vanidades. Se jugaba mucho y se bailaba más, se daban banquetes con profusión bastante para saciar a un *gourmand* tan insaciable como Joseph, funcionaban teatros donde hacía las delicias de los aficionados el portentoso Catalani, se organizaban tentadoras excursiones a caballo, ricas en esplendor marcial, y, por añadidura, la ciudad, abundante en edificios antiguos y en vestidos y costumbres exóticas, hacía las delicias de Amelia y de los que, como ésta no habían salido nunca de su patria. No es, pues, de admirar que Amelia durante unas cuantas semanas —período en el cual el matrimonio se alojó confortablemente en una espléndida y lujosa mansión costeada a medias con Joseph—, objeto de las atenciones más cariñosas de su marido, siempre pródigo tratándose de dinero, y en pleno goce de las dulzuras de la luna de miel, se

tuviese por la más feliz de todas las recién casadas de Inglaterra.

Cada día nuevos placeres, nuevas diversiones. Hoy había que visitar una iglesia, mañana un museo de pinturas; por las tardes, los alrededores de la ciudad ofrecían mil encantos al viajero; por la noche, la ópera era plausible pretexto para presentarse en el teatro esplendente de lujo. Las bandas de los regimientos tocaban a todas horas. Inmensas muchedumbres inglesas concurrían al parque, convertido en lugar de festival militar perpetuo. Juraba George que iba contrayendo hábitos caseros porque todas las noches llevaba a su mujer a un restaurante diferente, y de aquí a algún otro sitio de recreo; en cuanto a Amelia, ¿no era bastante que George la atendiese como la atendía para hacerla feliz? Las cartas que a su madre escribía respiraban alegría y dicha. Su marido le compraba encajes, vestidos, joyas… ¡Oh!… ¡Sin disputa era el mejor, el más dulce, el más generoso de los hombres!

La vista de tantos señores y de tantas damas de las más elevadas clases sociales como pululaban por la ciudad y llenaban los sitios públicos, era el encanto del alma de George, esencialmente inglesa. Habíanse despojado de la frialdad y altivez insolente de modales que con frecuencia caracterizaban a los grandes en su patria, y tenían la condescendencia de alternar con el resto de los mortales que en la capital de Bélgica moraban. Una noche, en una recepción dada por el general de la división de que formaba parte el regimiento de George, tuvo éste el alto honor de bailar con la ilustre Blanca Thistlewood, hija de Lord Bareacres, a la cual acompañó hasta el carruaje y obsequió con finura que no habría rebasado su propio padre. Al día siguiente la visitó en su casa, la acompañó en su paseo por el parque y la invitó a un banquete que serviría el restaurante más lujoso, teniendo el placer inmenso de ver aceptada su invitación. Lord Bareacres, prócer menos orgulloso que aficionado a los buenos bocados, no era capaz de rehusar una comida.

—Supongo que no asistirán a la comida más señoras que nosotras —dijo la mamá de Blanca, luego que reflexionó sobre una invitación aceptada con precipitación algún tanto excesiva.

—¡Dios mío… mamá! —exclamó Blanca—. ¿Supones, por ventura, que va a llevar a la comida a su esposa? Los hombres son tolerables, pero las mujeres…

—Son recién casados, y su mujer, según he oído, es endiabladamente hermosa —terció el conde.

—Mira, Blanca —dijo la madre—, puesto que tu papá quiere ir, claro está que iremos, pero, una vez en Inglaterra, comprenderás que no conoceremos a esas gentes.

Nuestros aristócratas, aunque resueltos a no conocer a George en la calle Bond, aceptaron su banquete y fueron lo bastante condescendientes para hacerle pagar el obsequio, bien que sin menoscabo de su dignidad, de la que dieron pruebas haciendo pasar un rato pésimo a Amelia y excluyéndola cuidadosamente de la conversación general. Esta clase de dignidad la conoce y practica admirablemente la dama inglesa

de alta alcurnia. El filósofo que frecuenta la feria de las vanidades hace observaciones muy sabrosas acechando el trato que las damas encopetadas dispensan a otras señoras de condición más humilde.

El banquete, que costó a George una cantidad muy respetable, fue la fiesta más aburrida de cuantas alegraron la luna de miel de Amelia. En la carta que escribió a su mamá haciendo historia del festín, mencionó una porción de detalles a cual más desagradables, tales, por ejemplo, como los siguientes: la condesa de Bareacres ni le dirigió la palabra ni contestó a las suyas; Blanca la examinó detenidamente a través de los cristales de sus impertinentes, y lord Bareacres, al despedirse, opinó que la comida había sido cara y mala. Esto no obstante, con tal insistencia habló la señora Sedley de que la condesa de Bareacres era amiga íntima de su hija y a tantas personas contó que su yerno sentaba a su mesa títulos, lores y pares del reino, que la nueva llegó a oídos del viejo señor Osborne.

Los que hoy conocen al teniente general sir George Tufto, Comendador de la Orden del Baño, y han tenido ocasión de verle recorriendo a paso de carga el Pall Mall, golpeando; con su fusta sus botas de montar, o bien oprimiendo los lomos de un soberbio caballo zaino, o guiando un coche en el parque, los que conocen al actual sir George Tufto, reconocerían difícilmente en él al temerario oficial de la guerra peninsular o de la batalla de Waterloo. Hoy ostenta una cabellera abundante, de color castaño, y naturalmente rizada, unas cejas perfectas, negras como el ébano, y unas patillas soberbias de hermoso tono rojo, pero en el año de 1815 era calvo, rubio ceniciento. Próximo a cumplir los setenta años de edad (hoy tiene los ochenta), su cabello, del que quedaban contados vestigios completamente blancos, brotaron súbitamente lozanos, espesos, rizados y de color castaño, sus cejas se tornaron negras y sus patillas rojas. Malas lenguas afirman que el color es artificial y la cabellera, que nunca crece, peluca. Dice Thomas Tufto, con cuyo padre regañó el general hace una porción de años, que mademoiselle Jaisey, del Teatro Francés, arrancó la peluca a su abuelo, encontrándose entrambos en el saloncito verde del teatro; pero téngase en cuenta que Thomas es exagerador y envidioso reconocido, y… que la peluca del general nada tiene que ver con nuestra historia.

Nuestros amigos habían salido un día a admirar el Hôtel de Ville de Bruselas, muy inferior, según juró la comandanta O’Dowd, a su casa solariega de Glenmalony. A su paso por el mercado de flores, vieron que un militar de alta graduación, seguido por su ordenanza, montado como él, desmontaba y compraba el ramo más hermoso que pueda adquirirse con dinero. El militar entregó el ramo a su ordenanza, montó de nuevo y desapareció, revelando viva satisfacción.

—¡Hermoso caballo! —exclamó George—. ¿Quién será el jinete?

—Si hubiese usted visto el de mi hermano, el que ganó la copa de…

—Es el general Tufto —interrumpió el comandante—, que manda la división de

caballería… A los dos nos hirieron en la misma pierna en Talavera.

—¡El general Tufto!… —exclamó George—. Entonces, mi querida Amelia, ya tenemos con nosotros a los Crawley.

Amelia sintió tristeza en el corazón… sin poder explicarse por qué. Parecióle que el sol perdía de súbito parte de su brillo; los edificios le parecieron menos elevados y suntuosos, las calles menos pintorescas.

Capítulo XXIX

Bruselas

HABÍA ALQUILADO Joseph un tronco para su carruaje descubierto, tronco muy aceptable, gracias al cual, y al elegante vehículo que llevara de Londres, hacía en los paseos de Bruselas un papel muy tolerable. George compró también un caballo de silla, que montaba en sus paseos particulares. Con mucha frecuencia, él y Dobbin cabalgaban a las portezuelas del carruaje de Joseph, ocupado por éste y Amelia.

El día que siguió a la breve conversación que cerró el capítulo anterior, nuestros amigos salieron a dar su acostumbrado paseo por el parque, y pudieron comprobar la exactitud de la observación de George referente a la llegada de los Crawley. En el centro de un grupo de jinetes formado por las personas más distinguidas de Bruselas, vieron a Becky, luciendo elegantísimo traje de amazona, y manejando a la perfección un corcel árabe. Cabalgaba a su lado el galante general Tufto.

No se acercó Becky al carruaje, pero no bien reconoció a Amelia, sonrió con gracia, hizo una inclinación de cabeza, besó las yemas de sus dedos y los agitó en dirección a las personas que lo ocupaban y continuó su conversación con el general.

—¿Quién es ese oficial de la gorra llena de bordados de oro? —preguntó el general. Becky contestó que se trataba de un alto funcionario del servicio de las Indias.

Destacóse Rawdon Crawley del grupo y se acercó al coche, donde estrechó efusivamente la mano de Amelia y le dirigió breves frases amistosas. Saludó a continuación a Joseph, y por último clavó con tal insistencia sus miradas en la comandanta O’Dowd y en las plumas de gallo de su sombrero, que la buena señora creyó de buena fe que acababa de hacer una conquista.

George, que había quedado un poquito rezagado, acudió corriendo con Dobbin, no sin antes saludar con el sombrero a los augustos personajes del grupo, entre los cuales George distinguió en el acto a Becky. Vio George con vivo placer a Rawdon acodado sobre la portezuela y hablando familiarmente con Amelia, y saludó con gran cordialidad al ayudante de campo del general. Entre Rawdon y Dobbin solamente se cruzaron ligeras inclinaciones de cabeza.

Dijo Rawdon a George que estaba hospedado, con el general Tufto, en el hotel del parque; George, por su parte, hizo prometer a su amigo que le visitaría sin tardanza.

—¡Cuánto siento que no estuviera usted aquí tres días antes! —exclamó—. Di una comida a lord Bareacres, a la condesa y a la señorita Blanca… Fue una fiesta espléndida, pero lo habría sido más si a ella hubiese asistido usted.

Despidiéronse George y Rawdon: éste se incorporó al brillante escuadrón que se perdía al trote hacia el final de la alameda, y George y Dobbin ocuparon sus puestos a uno y otro lado del carruaje.

La aparición en Bruselas de nuevos personajes dio materia a la conversación de nuestros amigos durante el paseo. Aquella noche asistieron al teatro, que parecía trasplantado de Londres a Bruselas. No se veían más que caras inglesas y las *toilettes* que han ganado a la mujer inglesa su fama de elegancia. No fue de las menos compuestas la comandanta O'Dowd; sus brillantes falsos eclipsaban el esplendor de los decorados de la sala. Su presencia desatinaba a George, pero fuerza era tolerarla.

—Indudablemente te ha sido muy útil —decía George a su mujer, a la que varias veces dejó sin el menor escrúpulo en compañía de la comandanta—, pero no podré decirte cuan contento estoy de que haya llegado Becky. En ésta tendrás una amiga antigua, digna de ti, y no necesitando ya a esa condenada irlandesa, sin inconveniente la alejaremos de nosotros.

Amelia no contestó.

El *coup-d'oeil* que ofrecía el Teatro de la Ópera de Bruselas no pareció a la señora O'Dowd tan elegante como el del teatro de la calle Fishamble de Dublin, ni la música francesa podía compararse con las melodías de su país natal. Durante la función, favoreció a sus amigos con estas opiniones, formuladas con voz recia.

—¿Quién es la portentosa mujer sentada junto a Amelia. Rawdon? —preguntó una señora que ocupaba un palco frontero al de nuestros amigos.

—¿La que lleva no sé qué adorno amarillo en su turbante, un vestido rojo rabioso y un reloj descomunal? —preguntó el interpelado.

—¿La inmediata a esa divinidad vestida de blanco? —terció un caballero de edad mediana, sentado junto a la que hiciera la primera pregunta.

—Esa divinidad vestida de blanco es mi amiga Amelia, general… ¡Válgame Dios, y qué calaverón es usted! Repara usted en todas las mujeres bonitas.

—Se engaña usted, Becky… Una sola me tiene trastornado.

Becky golpeó cariñosamente al general con el ramo de flores que llevaba en la mano.

Durante la representación, Becky, viendo que Amelia la estaba mirando, le envió un beso con los dedos. La comandanta creyó que la cortesía era para ella, y contestó con una inclinación exagerada y una sonrisa tan llena de gracia, que echó a Dobbin del palco mascullando maldiciones.

Terminado el acto, George salió del palco con objeto de ofrecer sus respetos a Becky. En el pasillo encontró a Rawdon, con quien cambió algunas frases referentes a los sucesos de los quince días últimos.

—¿Pagaron mi cheque? —preguntó George.

—En el acto… Ya sabe usted que a todas horas estoy dispuesto a darle el

desquite… ¿Se ha amansado su padre?

—Todavía no, pero se amansará. Además, ya sabe usted que me corresponde parte de la fortuna personal de mi madre… ¿Y la tía? ¿Varió de actitud?

—Veinte libras esterlinas me envió la condenada vieja… ¿Cuándo nos vemos? El general come fuera los martes… ¿Tiene disponibles los martes? Un consejo: diga a Sedley que se afeite el bigote… Con su bigote y con esos endemoniados entorchados en su casaca hace una facha estupenda… Adiós… Procure no faltar el martes.

A medias agradó a George ir a comer con el matrimonio el día que el general comía fuera.

—Voy a saludar a su señora —dijo.

—¡Hum!… —respondió Rawdon—. Como usted quiera.

Dos oficiales que acompañaban a Rawdon, y que eran como él ayudantes del general, cambiaron miradas de inteligencia.

George llamó con los nudillos a la puerta del palco.

—Entrez —respondió una voz argentina.

Nuestro amigo se encontró en presencia de Becky, la cual tendió sus dos manos al recién venido. El general miró a éste con ceño, como diciendo:

—¿Quién diablos es este hombre?

—¡Mi querido capitán George! —exclamó Becky—. ¡Qué alegría!… ¡General, le presento a mi capitán George, de quien tantas veces me ha oído usted hablar!

—Es verdad —contestó el general, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿En qué regimiento sirve el capitán George?

George mencionó el regimiento.

—Recién llegado de las Indias… ¡Pocos servicios ha prestado ese regimiento en la última guerra!… ¿De guarnición aquí, capitán George? —interrogó el general con insoportable altanería.

—¡No es el capitán George, sino el capitán Osborne! —increpó Becky.

El general paseaba furioso la vista de uno a otro de sus interlocutores.

—Capitán Osborne… sí… recuerdo. ¿Pariente de los lores Osborne?

—Las armas de los lores Osborne son las nuestras —respondió George.

No mentía: su padre, previa consulta con un rey de armas, tomó las de los lores en cuestión, cuando se permitió tener carruaje propio, quince años antes.

Nada replicó el general. Tomó su anteojo (no se habían inventado todavía los gemelos) y fingió que examinaba el teatro, pero Becky advirtió que lejos de ser la sala el objeto de sus miradas, tenía puestos los ojos en ella y en George.

Becky redobló las muestras de cariño.

—¿Cómo está mi querida Amelia? Pero a bien que no necesito preguntarlo; está divina, encantadora… Pero ¿quién es esa dama que la acompaña? ¡Ah! Allí veo al señor Sedley tomando un helado. General… no ha tenido usted la atención de traer

unos cuantos helados.

—¿Pretende usted que salga a buscarlos? —replicó el general con rabia.

—Yo iré, si me lo permiten —dijo George.

—No; iré yo a saludar a Amelia en su palco… Déme usted el brazo, capitán George.

Sin esperar contestación, Becky asió el brazo de George y salió al pasillo. Una vez solos, dirigió a George una mirada expresiva que quería decir: «¿No advierte usted cómo me burlo de él?». Pero George, lejos de interpretarla en ese sentido, la tomó como manifestación de los efectos que producían sus seducciones.

Las maldiciones que a media voz lanzó el general al ver que Becky salía con el capitán fueron de tal calibre, que no me atrevo a estamparlas con letras de molde. Brotaron del corazón del general, siendo lo inconcebible que un corazón humano pueda engendrar y arrojar tan enorme cantidad de furia, de rabia y de odio.

También los lindos ojos de Amelia se habían fijado con ansiedad en la pareja cuya conducta en tanto grado excitaba la rabia del general. Una vez en presencia de su amiga, Becky cayó en sus brazos cediendo a un arrebato de ternura entusiasta; saludó luego muy cariñosamente a Joseph, admiró la elegancia de la señora O'Dowd, charló, rió, y cuando llegó la hora de alzarse el telón para el segundo acto, volvió a su palco, pero apoyándose en el brazo de Dobbin, porque no quería privar, así lo hizo constar, a su queridísima Amelia de la compañía de su marido.

—¡Esa mujer es una farsante! —dijo Dobbin a George, a su regreso del palco del general—. Habla, ríe, se agita, se mueve como una culebra… ¿No has observado su comedia?… Todo su juego mientras estaba con nosotros estaba destinado al general, que la miraba desde el palco de enfrente.

—¡Una farsante! ¡Una comedia! ¿De qué estás hablando? ¡Es la mujer más encantadora de la creación! —replicó George sonriendo y atusándose el bigote—. No entiendes de estas cosas, mi pobre amigo Dobbin… ¡Mírala… mírala… cómo ríe!… ¡Con qué gracia!… ¡Y qué hombros tiene!… ¿Cómo no luces un ramo, Amelia? Todo el mundo los tiene.

—¡Me gusta la pregunta! —exclamó la comandanta—. ¿Por qué no se lo ha comprado usted?

Amelia y Dobbin le dieron las gracias por la respuesta, que no pudo ser más oportuna.

El resto de la noche se pasó en silencio casi completo. Amelia se sentía eclipsada por su rival.

—¿Cuándo te decides a renunciar para siempre al juego, como mil veces me has prometido, George? —preguntó Dobbin a su amigo, algunos días después de los sucesos que quedan narrados.

—Y tú, ¿cuándo te decidirás a renunciar para siempre a tus sermones? —replicó George—. ¿Por qué te alarmas, puritano del diablo? Jugamos a un tanto muy moderado. Anoche, sin ir más lejos, gané… ¿Serás capaz de suponer que Crawley me hace trampas? Cuando se juega sin desventaja, a fin de año quedan niveladas las ganancias y las pérdidas.

—No diré que haga trampas, pero sí que no podrá pagar si pierde —contestó Dobbin.

Huelga decir que el consejo de Dobbin produjo el efecto que en casos análogos suelen producir esa clase de consejos. George y Rawdon estaban a todas horas juntos. El general Tufto rara vez comía en el hotel, y George era siempre cariñosamente recibido en las habitaciones (contiguas a las del general) que en el establecimiento ocupaban el ayudante de campo y su mujer.

La actitud de Amelia cuando con su marido visitaba a Becky era tal, que estuvo a punto de provocar la primera discusión seria en el matrimonio. George gruñó con aspereza a su mujer por la repugnancia manifiesta que mostraba en ir a ver a su antigua amiga, y por el tono arrogante y desdeñoso con que la trataba. No replicó Amelia, pero las miradas de cólera del marido y las inquisitivas de Becky sólo sirvieron para acentuar la animadversión declarada harto evidentemente en la primera visita.

Becky, lejos de darse por ofendida, redoblaba su cariño a medida que aumentaba la frialdad de Amelia.

—No parece sino que Amelia se ha hecho más orgullosa desde que el nombre de su padre fue… desde la desgracia del señor Sedley —dijo un día Becky a George—. Mientras vivimos en Brighton, creo que me dispensó el honor de estar celosa de mí, y ahora, supongo que es para ella motivo de escándalo que Rawdon y yo vivamos juntos con el general… ¿No comprende, la infeliz, que nosotros carecemos de fortuna bastante para vivir de nuestras rentas? Además: ¿no ve que mi Rawdon es bastante talludito para saber cuidar del honor de su mujer?

—¡Celos… bah! —exclamó George—. Todas las mujeres son celosas.

—Y todos los hombres, amigo George. ¿No le inspiró a usted celos el general Tufto, y usted al general Tufto, la noche que nos encontramos en el teatro? ¡Friolera! ¡Creí que me comía por haber tenido el atrevimiento de colgarme de su brazo para ir a visitar a su mujercita de usted, tan buena como locuela! Los dos estaban celosos… ¡como si para mí fueran algo!… ¿Quiere usted comer conmigo? Mi dragón come hoy con el general… Han llegado noticias sensacionales… Parece que los franceses han cruzado la frontera… Será una comida tranquila… en familia.

Aceptó George la invitación, aunque su mujer se encontraba delicada. Llevaban seis semanas de matrimonio. Una mujer, que no era la suya, se burlaba de la que llevaba su apellido, sin que sus burlas le molestasen. Cierto que ni consigo mismo

sabía enfadarse nuestro acomodaticio amigo, aunque él mismo se confesaba que su comportamiento era sencillamente vergonzoso… Pero si un hombre encuentra en su camino una mujer bonita, ¿qué ha de hacer? ¿No es natural que recoja lo que a la mano se le viene? Los laureles más gloriosos son los que se conquistan en los campos de batalla, pero, excepción hecha de ésos, los que más honran al hombre son los cosechados en lides amorosas. Si ésta no fuera la creencia general, ¿se habría hecho tan popular Don Juan en la feria de las vanidades?

Quedamos en que George, que abrigaba el firme convencimiento de que era conquistador irresistible, lejos de oponer resistencia a los fallos de la suerte, los aceptaba con viva complacencia. Como Amelia no le mortificaba con sus celos, aunque éstos la hacían muy desgraciada y sufría en secreto, George llegó a imaginar que ni sospechaba siquiera lo que todo el mundo sabía, es decir, que hacía una corte descarada a la señora de Crawley, y que ésta coqueteaba con él desesperadamente. La acompañaba en sus paseos cuantas veces la dejaban libre el general o su marido; pretextaba servicios militares que le obligaban a pasar en el cuartel noches que, en realidad, perdía, juntamente con el dinero, jugando con el marido y meciéndose en la dulce ilusión de que la mujer estaba muerta de amor por él. Es posible que esta digna pareja no conspirase verbalmente para sorber ella el seso al joven capitán, mientras él le sorbía el dinero; pero si no hubo acuerdo verbal, es lo cierto que lo hubo tácito.

Tan ocupado estaba George, que rara vez se le veía con Dobbin, su inseparable antes de la llegada de los Crawley. George le huía en público y evitaba encontrarse en el cuartel con quien a todas horas estaba dispuesto a sermonearle, y Dobbin, convencido de la ineficacia de sus consejos, seguro de no conseguir nada de su amigo, tampoco hacía gran cosa por verle. George, pues, corría sin freno por la pendiente del placer que brinda a los mortales la feria de las vanidades.

Desde los tiempos de Darío, no ha habido caudillo a quien rodease un Estado Mayor tan brillante como el que, en 1815, seguía al duque de Wellington. Como circunstancia digna de mención, apuntaremos que el tal Estado Mayor, con la misma tranquilidad y alegría organizaba un baile que preparaba una batalla. Histórico es el baile que el día 15 de junio del año mencionado dio en Bruselas una noble duquesa. Algunas damas amigas mías que por aquella fecha se encontraban en Bruselas, me han contado que en el sexo débil el baile en cuestión produjo mayor excitación que el mismo enemigo que, a marchas forzadas, se acercaba a la plaza. Hablar de las súplicas, intrigas y luchas puestas en juego para conseguir invitación, sería algo de nunca acabar.

En vano trabajaron, en vano hicieron esfuerzos titánicos Joseph y la señora O’Dowd para ser admitidos en el baile: nada consiguieron, pero fueron más afortunados otros amigos nuestros. Así, por ejemplo, la comida que George diera a la distinguida familia Bareacres, le valió una invitación para él y su señora,

circunstancia que le llenó de orgullo, y Dobbin, amigo particular del general en jefe de la división de que su regimiento formaba parte, se presentó un día a Amelia con otra invitación en la mano, llenando de envidia a Joseph y de estupefacción a George, quien se preguntaba cómo diablos había conseguido tan señalado favor. Como es natural, también el matrimonio Rawdon, amigo del general de una brigada de caballería, recibió su oportuna invitación.

La noche del famoso baile, George presentó en los salones a Amelia, que no conocía absolutamente a nadie. Buscó a la condesa de Bareacres, la cual, creyendo haber hecho demasiado proporcionándole la invitación, declinó el honor de su compañía, colocó a Amelia en su asiento y se alejó, seguro de haber cumplido como buen marido llevándola a un lugar donde podía divertirse a su sabor. Allí quedó Amelia entregada a sus pensamientos, que nada tenían de placenteros, sin que nadie, excepción hecha de Dobbin, se acercase a ahuyentarlos con su presencia.

Al paso que la aparición de Amelia fue un fracaso horrendo, según se decía su marido con cierta rabia, el debut de Becky fue, por el contrario, brillantísimo. Llegó muy tarde, vestía con elegancia suprema y su rostro estaba radiante. Las elevadas personalidades que la rodeaban, los innumerables impertinentes que le asestaron, la dejaron tan tranquila y reposada como si en el retiro de sus habitaciones se encontrase. Rodeáronla en el acto infinidad de caballeros, que la conocían ya, y entre las damas, que con envidia la contemplaban, circuló el rumor de que Rawdon la había robado de un convento y de que pertenecía a la renombrada familia Montmorency. Todos confesaron que sus modales eran modelo de corrección y de finura y sus movimientos y ademanes distingues. Cincuenta aspirantes se disputaron el honor de bailar con ella, pero a todos contestó que estaba ya comprometida y que pensaba bailar muy poco. En efecto, en vez de bailar, se dirigió a donde Amelia estaba sentada, y la saludó con muestras de exagerado cariño. Encontró mil defectos al vestido de su amiga, dijo que su peinadora había estado desacertadísima, afirmó que la desesperaba verla *chausée* como iba y juró, que en su lugar, al día siguiente despediría a su corsetera. Dijo que el baile estaba encantador, que en él se había congregado toda la gente conocida, y que apenas había gente de medio pelo. Era notable cómo, en un par de semanas y después de tres comidas mundanas, nuestra joven amiga había adquirido los aires y la manera de expresarse de una dama elegante de la sociedad inglesa.

George, que había dejado sola a su mujer no bien llegó al baile, volvió presuroso a su lado al advertir que la acompañaba Becky. Ésta explicaba a Amelia las locuras que su marido estaba cometiendo.

—Por lo que más quieras, querida —le decía—, impídele que juegue, si no quieres ver pronto su ruina. Todas las noches juega con Rawdon, quien le ganará hasta el último céntimo, si no pone más cuidado. La verdad, no comprendo cómo eres

tan descuidada; deberías venir todas las noches a nuestras habitaciones, en vez de quedarte charlando con ese capitán Dobbin, hombre que será *très aimable*, no lo dudo, pero que tiene unos pies… me parece imposible que haya en el mundo mujer capaz de enamorarse de un hombre tan espléndidamente dotado de pies… Los de tu marido son preciosos… Pero punto en boca, que aquí viene. ¡Hola, perdido! ¿De dónde sale usted? Aquí tiene a su pobre mujer sola, aburrida, suspirando por su marido, que es un ingratón de primera… ¿Viene a buscarme para bailar?

Dejó el ramo de flores y el chal junto a Amelia y se alejó con George.

Sólo las mujeres conocen el secreto de producir heridas terribles sin que, al parecer, se lo propongan. Sus flechas son mucho más punzantes que las bastas armas de los hombres. Nuestra desgraciada Amelia, en cuyo corazón jamás tuvo cabida el odio, moría a manos de aquella enemiga implacable.

Dos o tres veces bailó George con Becky. Amelia permaneció constantemente sola, salvo las dos o tres veces que se le acercó Rawdon para decirle cuatro frases triviales. Ya muy adelantado el baile, Dobbin encontró en su pecho valor bastante para llevarle unos dulces y sentarse a su lado. No quiso preguntarle la causa de su tristeza, pero ella, creyéndose obligada a explicar las lágrimas que llenaban sus ojos, dijo que Becky la había alarmado seriamente hablándole de la pasión de George por el juego.

—Parece mentira que un hombre listo, cuando le domina el juego se deje estafar por los tahúres más vulgares —observó Dobbin.

—Cierto —contestó Amelia, que pensaba en cosa muy distinta.

Volvió George para recoger las flores y el chal de Becky, que no tuvo la condescendencia de despedirse de su amiga, en ocasión en que Dobbin, llamado por el general de la división, sostenía con éste animada plática. La contristada esposa dobló la cabeza, cual flor agostada, sin decir palabra a su marido, el cual entregó el ramo a Becky, mas no sin colocar disimuladamente un billetito que quedó enroscado entre las flores. La vista de Becky lo descubrió en el acto, que no en vano había recibido billetitos análogos durante los albores de su juventud. En su mirada pudo leer George que había adivinado la presencia del mensaje. Demasiado absorto Rawdon en sus propios pensamientos, no advirtió, al parecer, los signos de inteligencia cambiados entre su esposa y su amigo en el momento de despedirse. Verdad es que fueron aquéllos tan insignificantes, que difícilmente podían llamar la atención de nadie. Un apretón de manos, una mirada, un saludo, y nada más. George, extasiado por el goce de su triunfo, no contestó, no oyó siquiera una observación que le hizo Rawdon en el momento de salir con Becky.

Había visto Amelia parte de la escena del ramo. Nada más natural que George, a instancias de Becky, llevase a ésta el chal y el ramo; docenas de veces lo había hecho en otras ocasiones, pero el aditamento del billete daba al acto un alcance de tal

gravedad, que difícilmente podía sufrirlo Amelia.

—¡William! —dijo con cierta brusquedad a Dobbin, que acababa de reunirse a ella—. Siempre fue usted bueno y complaciente conmigo… No me encuentro bien… Acompáñeme a casa.

Sin darse cuenta había llamado a Dobbin por su nombre de pila, como lo hacía invariablemente su marido.

Salió con Dobbin de los salones, recorrió asida convulsivamente al brazo de su acompañante el corto trayecto que de su casa la separaba, y una vez quedó sola, recordando que su marido la había regañado en dos o tres ocasiones por esperarle levantada hasta muy tarde, se acostó. No consiguió conciliar el sueño. Todo era agitación, todo voces, todo tumulto, todo galopar de caballos en la calle, pero nuestra triste amiguita no oyó ninguno de esos ruidos; obsesiones más angustiosas abrumaban su alma y causaban su insomnio.

Su marido, mientras tanto, radiante de alegría, se acerco a una mesa de juego y comenzó a jugar con verdadero frenesí. Tuvo la suerte de ganar repetidas veces, pero la excitación del juego y el placer de las ganancias no calmaron la agitación que en su alma producían otras causas. Al cabo de breves minutos, guardó el dinero ganado y se dirigió al buffet donde bebió una porción de vasos de vino.

Allí le encontró Dobbin, alegre, bullicioso, hablando mucho y con muchas personas. El aspecto de Dobbin reflejaba tanta gravedad como júbilo el de George, y la cara del primero estaba tan pálida como arrebatada la del segundo.

—Vámonos, George —dijo Dobbin, con cierto dejo de severidad—. No bebas más.

—¿Que no beba? ¡Quita allá, hombre!… ¡Si no hay nada como el beber!… Bebe también tú, y anima un poco esa cara, que más que de baile parece de entierro.

Dobbin murmuró algunas frases al oído de George, y éste dejó su vaso sobre la mesa, se agarró al brazo de su amigo y salió precipitadamente.

—El enemigo ha pasado el Sarnbre —había dicho William a George—. Nuestra ala izquierda se bate ya, y nosotros salimos dentro de tres horas.

Un sentimiento de excitación nerviosa se apoderó de George al saber la noticia tanto tiempo esperada y que tan imprevista parecía ahora. Su intriga amorosa, las embriagueces de un amor culpable, manantial, momentos antes, de ruidosa alegría, éranlo ya de tristeza, de remordimiento. Mil pensamientos asaltaron su alma. Mientras volvía a su casa, reflexionaba en las vicisitudes de su vida anterior, en el destino que le esperaba, pensaba en su amante esposa, en su hijo no nacido todavía y a quien acaso no podría ver jamás. ¡Ah, cuánto habría deseado borrar lo acontecido aquella noche! ¿Podría decir adiós con la conciencia tranquila a aquella criatura dulce e inocente, cuyo amor había destrozado con sus frialdades implacablemente ofensivas?

Repasó la breve historia de su vida de casado. Unas cuantas semanas habían sido suficientes para acabar con su escaso capital… ¡Qué egoísta, qué imprudente, qué criminal había sido! Si alguna desgracia le acontecía, su mujer quedaría en la miseria… ¡No… no era digno de aquel ángel! ¿Por qué se casó, si dada su manera de ser no era posible que hiciera la felicidad de ninguna mujer? ¿Por qué desobedeció a su padre, que siempre se condujo con él con generosidad ejemplar? Esperanzas, remordimientos, ambiciones, ternura, egoísmo y pesadumbre llenaban su corazón. Llegado a su casa se sentó y escribió a su padre una carta análoga a la que en otra ocasión, la víspera de un duelo, le dirigiera. Las primeras luces del alba iluminaban el cielo cuando cerraba George aquella carta de despedida. La cerró y lacró, besó el sobrescrito y pasó al dormitorio de su mujer. Los párpados de ésta estaban cerrados. Salió fuera y encontró a su asistente haciendo los preparativos de marcha. Por medio de un gesto indicó a aquél que los continuase sin hacer ruido y volvió a la alcoba, irresoluto entre despertarla para despedirse o dejar una carta escrita. A la velada luz de la lámpara pudo observar que los párpados de su amante esposa estaban enrojecidos por el llanto. Parecía dormida… ¡Qué pureza de facciones! ¡Qué dulzura, qué gracia, qué inocencia… y qué tristeza reflejaba aquel rostro!… ¡Y él… qué egoísta, qué duro, qué cruel había sido! En su imaginación se alzaba pavoroso, terrible, el espectro de sus faltas. Con el rubor en el semblante y el arrepentimiento en el alma, se inclinó silencioso sobre aquel rostro pálido y delicado.

Dos brazos se enlazaron tiernamente alrededor de su cuello.

—No duermo, George; estoy despierta —dijo la infeliz, acompañando sus palabras con un sollozo que pareció llevar consigo todo su corazón.

¡Despierta! ¡Despierta, sí, despierta, para mayor dolor suyo, porque en el mismo instante resonaron en la Plaza de Armas las agudas notas del clarín, que como reguero de pólvora se extendieron por la ciudad entera!

Capítulo XXX

Separación

NO TENEMOS LA PRETENSIÓN de figurar entre los novelistas militares, porque nuestro puesto está entre los no combatientes. Cuando se disponen a hablar las armas, nos tendemos en tierra y esperamos el resultado de la acción. En consecuencia, acompañaremos al regimiento… hasta las puertas de la ciudad, nos despediremos del comandante O'Dowd, deseándole suerte en el cumplimiento de su deber, y nos colocaremos en la impedimenta, de la que formaban parte la comandanta y otras señoras.

Como ni el comandante ni su cara mitad habían conseguido invitaciones para el baile en el que figuraron algunos de nuestros amigos, dispusieron de más tiempo para descansar que los que andaban a caza de diversiones.

—Creo, querida mía —dijo con placidez el comandante, al encasquetarse la noche anterior el gorro de dormir—, que no pasarán dos días sin que tomemos parte en un baile bastante más movido que el que esta noche celebran. Quisiera levantarme media hora antes del toque de asamblea… Bueno será que me despiertes a la una y media, querida. Si puedo, volveré a tomar el desayuno, pero acaso me sea imposible.

Con estas palabras quiso significar el comandante que suponía que el regimiento emprendería la marcha a la madrugada siguiente, y creyendo cumplido su deber de buen esposo, calló y se durmió.

La buena comandanta, suponiendo que no era ocasión de dormir, sino de obrar, vistió una bata, recogió su cabello, arregló los maletines, cepilló el capote y puso en orden todos los efectos de marcha de su marido. En los bolsillos del capote colocó algunos comestibles y una botella de excelente coñac, y no bien sonó la una y media, despertó a su marido y le presentó una taza de café, que con antelación había preparado. Nadie podrá negar que los preparativos de aquella excelente señora eran manifestaciones de cariño tan tierno y acendrado como las lágrimas y espasmos nerviosos con que suelen dar patente de su amor otras mujeres más sensitivas. Gracias a la taza de café, mil veces más útil que una ración de lágrimas, el comandante se presentó con cara de Pascuas en la Plaza de Armas, montó a caballo y recorrió las compañías arrogante, jubiloso, respirando confianza.

En todas las circunstancias solemnes de su vida, solía la señora O'Dowd recurrir a la lectura de un libro descomunal que contenía parte de los sermones de un tío suyo que fue deán. Siempre encontró en el libro en cuestión consuelo y aliento. Los benéficos efectos de su lectura había podido comprobarlos en su viaje de vuelta de las

Indias Occidentales, cuando el buque estuvo a punto de zozobrar. Apenas había salido el regimiento de la ciudad, la valiente matrona abrió el libro y se puso a leer, aunque acaso entendiera muy poca cosa de lo que leía, bien por no poseer los conocimientos necesarios para asimilarse la lectura, bien porque su imaginación estuviera en otra parte; pero bueno era entretenerse en algo, toda vez que, pensar en conciliar el sueño sin que junto a su cabeza descansase el gorro de dormir del comandante, era pensar en lo imposible. Así es el mundo. John o Pedro se van a la guerra, abrazando el fusil y soñando en los laureles que en los campos de batalla han de conquistar. Tras ellos quedan unas mujeres, y ellas son las que sufren, y las que en sus horas vacías, piensan, cavilan y recuerdan.

Bien persuadida de la inutilidad de las lágrimas, cuyo resultado único es aumentar la agonía de las despedidas, Becky resolvió, por cierto muy cuerdamente, prescindir de sensiblerías vanas y fatigosas, y soportar la marcha de su marido con ecuanimidad espartana. Mucho más conmovido estaba el capitán Rawdon en el momento de los adioses que aquella mujer cita, prodigio de resolución y de energía, que había conseguido dulcificar el natural áspero de su marido y encender en su alma un amor violento, rico en respeto y admiración. Nunca fue tan feliz el capitán como durante sus breves meses de vida matrimonial. Las carreras, el regimiento, la caza, el juego, sus intrigas amorosas con modistas y bailarinas, sus triunfos fáciles que le valieron la admiración de sus compañeros de armas, parecíanle insípidos cuando los comparaba con los nuevos placeres que le hizo conocer una unión legalmente contraída. Becky supo encontrar mil recursos para tenerle contento y distraído todos los días y a todas horas, siendo, por tanto, muy natural que el marido prefiriese su compañía a las que desde su adolescencia había frecuentado. Maldecía de sus extravagancias y locuras pasadas y se dolía particularmente de sus enormes deudas, obstáculos eternos con que tropezaría su carrera y la de su mujer. ¡Cuántas veces, en sus conversaciones íntimas con Becky, habló de las inquietudes que le producían sus deudas, aunque jamás le quitaron el sueño de soltero!

—¡Malditas deudas! —exclamaba—. Antes de casarme, nunca volvía a acordarme de mis pagarés hasta que Samuel o Levi me los presentaban a su vencimiento para su renovación, pero hoy, palabra de honor, que me roban muchas horas de sueño. Por supuesto que desde que soy tu marido no he estampado mi firma al pie de ningún documento escrito en papel sellado: te lo juro.

Becky poseía el secreto de conjurar los accesos de melancolía de esta índole.

—No te apures, amor mío —contestaba—, que mis esperanzas en tu tía subsisten, no he renunciado a ellas todavía. Pero aun suponiendo que aquélla muera sin ablandarse, nos queda un recurso, y es el siguiente: el beneficio eclesiástico de la familia Crawley corresponde de derecho al hermano menor de la casa; deja que tu tío entregue sus huesos a la tierra, y entonces pides tu licencia absoluta y te haces

ministro evangélico.

La idea de semejante cambio de carrera hizo tanta gracia a Rawdon cuando se la expuso su mujer, que rompió a reír con verdadero frenesí. Sus carcajadas fueron tan ruidosas, que fueron escuchadas desde sus habitaciones por el general Tufto, y cuando en unión de éste, se desayunaba el matrimonio al día siguiente, Becky reprodujo la escena con gran ingenio, y predicó el primer sermón de su esposo, provocando la hilaridad del viejo militar.

Pero esto ocurrió en días de alegría y de buen humor, Cuando llegó la nueva anunciando el comienzo definitivo de la campaña, y se cursaron las órdenes de marcha, Rawdon perdió la alegría y se puso tan grave, que Becky se creyó en el caso de burlarse de él, haciéndolo en forma tan despiadada, que lastimó profunda y vivamente su amor propio.

—Supongo, Becky, que no creerás que tengo miedo —dijo el ayudante del general Tufto, con voz temblorosa—. Te engañarías si tal creyeses, pero considero que presentaré un blanco excelente, que muy bien puede recoger un balazo, y no creas que deja buen sabor de boca pensar que uno corre peligro de irse al otro mundo dejando en éste una persona querida… y quién sabe si dos… Te aseguro que la cosa no es para tomada a risa, mi querida Becky.

Por medio de caricias y palabras dulces procuró Becky consolar a su marido, consiguiéndolo como siempre.

—Por si caigo —dijo Rawdon—, vamos a hacer un pequeño balance. Gracias a la suerte, que me ha favorecido constantemente, tengo doscientas treinta libras esterlinas, que quedan en tu poder. Yo me voy con diez napoleones, que es cuanto necesito, toda vez que el general paga todos los gastos con esplendidez de príncipe, y, si pesco un chinazo, y me voy al otro mundo, hago el viaje sin pagar billete y sin gastar un penique, como sabes muy bien… ¡No llores, tontina, que aun he de vivir lo bastante para darte muy malos ratos! Y ya tenemos arreglada la primera parte: veamos ahora la segunda. No me llevo ninguno de mis caballos, porque ha de resultarme más barato montar el tordo del general. Con decirle que los míos están cojos, estamos al cabo de la calle. Quedan, pues, los caballos en tu poder, y algo te valdrán si yo muero. Noventa libras me ofreció ayer Grigg por la yegua… desgraciadamente antes de llegar la condenada noticia de marcha, que de haber sospechado yo que tan próxima estaba, no le dejo marchar con esa cantidad, que estaría mejor en tu bolsillo que en el suyo. Véndela, así como también mi segundo caballo, pero convendrá que la venta la verifiques aquí… porque en Inglaterra he dejado más acreedores que moscas. También puedes deshacerte de la yegua que te regaló el general, y así te evitas los gastos de manutención… y de alquiler de cuadra en Londres. Tienes el estuche que me costó doscientas libras… es decir, me costó añadir doscientas libras a las que antes debía, porque no lo he pagado: véndelo, que

siempre sacarás el sesenta por ciento de su valor. Otro tanto puedes hacer con mis alfileres de corbata, con mi cadena de oro, dijes y reloj, que valen una cantidad muy respetable. Lo que siento es no haber aprovechado más, cuando tenía crédito, pero, en fin, bueno será sacar partido de lo que hay.

Y en esta forma, el capitán Crawley, que muy pocos meses antes sólo se ocupaba de sí mismo, ahora que el amor se había posesionado de él, fue pasando revista a todos sus bienes, y sacando un lápiz, los fue catalogando, atento a averiguar la suma que podrían valer a su viuda, suponiendo que en alguna de las recias batallas que no tardarían en reñirse dejase la vida.

Fiel a sus proyectos de economía, el capitán Crawley vistió su uniforme más viejo, dejando el mejor en manos de su mujer, y salió de su casa, modesto como un cabo, después de estrechar silenciosamente a Becky contra su corazón. Largo rato cabalgó junto al general fumando nervioso su veguero y retorciéndose el bigote, y habían recorrido ya una porción de millas cuando despegó por primera vez los labios.

Becky, conforme hemos dicho, había resuelto muy cuerdamente no abandonarse a los arrebatos de una sensiblería estéril y superflua. Desde la ventana despidió con un gesto a su marido y allí permaneció largo rato después que aquél hubo desaparecido. Los primeros rayos del sol iluminaban las esbeltas torres de la catedral y comenzaban a bañar los desiguales tejados de las casas. Becky no se había acostado aquella noche, según evidenciaban el vestido de baile que todavía llevaba, los bucles que, desrizados, caían sobre su cuello, y el cerco negruzco que rodeaba sus ojos.

—Estoy para enamorar a cualquiera —murmuró sonriente, mirándose al espejo —. El carmín que di a mis mejillas y labios hace resaltar horriblemente mi palidez.

Hizo desaparecer el carmín, soltó las cintas de su corsé, del que cayó un billete, que recogió riendo y guardó en el tocador, colocó en un vaso el ramo de flores que había lucido en el baile, se acostó, y no tardó en dormirse con la tranquilidad del justo.

Disfrutaba la ciudad de una calma completa cuando Becky despertó a eso de las diez de la mañana. ¿Pensó nuestra amiga en su marido ausente? Es posible, pero ello no le impidió pedir ante todo una taza de café, no dudando que la infusión la ayudaría a recobrarse de las fatigas de la noche pasada y de las emociones de la madrugada.

Tomado con calma y fruición el café, se dedicó a comprobar los cálculos hechos por Rawdon en la noche anterior e hizo el balance de su situación económica. No era ésta tan desesperada como se hubiese podido temer, por mal que las cosas vinieran. A los objetos de valor que su marido le dejaba, había que añadir el importe de sus joyas y equipo de novia, que valían bastante, pues la generosidad de Rawdon fue ejemplar, conforme dijimos en lugar oportuno. Además de eso, y de la yegua que le había regalado el general, su adorador y esclavo, recibió de este último varios regalos, consistentes en una colección riquísima de chales de cachemira y de joyas que

atestiguaban el gusto exquisito y gran fortuna cíe su admirador. De relojes, particularmente, estaba bien provista. Por casualidad habló una noche del que Rawdon le había regalado, de fabricación inglesa y marcha poco segura, y a la mañana siguiente recibió dos, que eran dos verdaderas joyas: uno marca Leroy, con su correspondiente cadena, cuajado de brillantes, y otro marca Breguet, del tamaño de media corona, sembrado de perlas: el general Tufto le presentó el primero, y George Osborne el segundo. Bueno será hacer constar que Amelia no tenía reloj, aunque la justicia nos obligue a decir que si lo hubiera pedido a su marido éste se habría apresurado a complacerla, y que la excelentísima señora generala de Tufto consultaba la hora en Inglaterra en uno de plata, que antes de ella usó su madre. ¡Qué de sorpresas depararían los señores Howel y James si un día publicasen la lista de los relojes que venden y de los caballeros a quienes los venden!

Hecho el cálculo del valor de todos los objetos de su pertenencia, Becky comprobó, no sin experimentar viva satisfacción, que disponía de seiscientas a setecientas libras esterlinas para asegurar su entrada en el mundo. La mañana se la pasó sin sentir, pues la invirtió en la tarea de disponer, ordenar y ultimar cálculos. Entre las notas dejadas por su marido, encontró un cheque contra el banquero de Osborne por valor de veinte libras.

—Iré primero a cobrar el cheque —se dijo—, y luego haré una visita a la pobre Amelia.

Si lo que escribimos es una novela sin héroe, permítasenos decir que, si no héroe tiene heroína. En todo el ejército inglés que había salido a campaña, sin exceptuar al mismísimo duque de Wellington, es posible que no hubiera hombre capaz de afrontar las dudas y dificultades con tanta frialdad y energía como la indomable cara mitad del ayudante de campo del general Tufto.

Réstanos hablar de otro de nuestros antiguos conocidos, de otro no combatiente, que quedaba en la ciudad, cuyas emociones y conducta tenemos derecho a conocer. Nos referimos al ex administrador de Boggley Wollah, cuyo tranquilo sueño interrumpieron, como el de tantos otros, las trompetas que sonaron de madrugada. Dormilón atroz y aficionado como pocos a la posición horizontal, es más que probable que hubiese continuado en la cama hasta la hora reglamentaria, las doce del día, pese al redoblar de los tambores, las notas agudas de las trompetas y el rodar de los canos que formaban la impedimenta del ejército inglés, de no haber sido por una interrupción, que no llegó precisamente de las habitaciones de George Osborne, que vivía en su misma casa, y que tenía quehacer sobrado con ultimar sus asuntos personales o se hallaba excesivamente apesadumbrado por haber de separarse de su esposa, para acordarse de decir adiós a su cuñado. No fue, pues, George, quien se interpuso entre Joseph Sedley y su sueño, sino el capitán Dobbin, empeñado en darle un apretón de manos antes de emprender la marcha.

—Se lo agradezco en el alma —dijo Joseph, entre bostezo y bostezo, renegando mentalmente de la amabilidad del capitán.

—Me parecía muy duro irme sin… sin decirle adiós —explicó Dobbin titubeando —. Comprenda usted que emprendemos un viaje del que es posible que no volvamos… y claro… deseaba despedirme de todos… y decir a todos que…

—Si no habla usted más claro, a fe que no le entiendo —contestó Joseph.

Pero es el caso que Dobbin ni escuchaba ni veía al dormilón a quien habla despertado; el gran hipócrita miraba y escuchaba con todas sus potencias y sentidos hacia las habitaciones de George, y sin cesar daba zancadas por la estancia, derribando sillas, mordiéndose las uñas y dando mil otras pruebas de intensa emoción interna.

Joseph, que siempre tuvo formada opinión bastante pobre del capitán Dobbin, principió ahora a sospechar que su valor era bastante equívoco.

—Dígame si necesita algo de mí —repuso con entonación irónica.

—Algo necesito de usted, sí, y voy a exponerlo ahora mismo —contestó Dobbin, acercándose con paso rápido a la cama—. Nos vamos dentro de un cuarto de hora, Sedley, y es posible que ni George ni yo volvamos. Por favor le pido que no se mueva usted de esta ciudad hasta tanto sepa cómo andan las cosas. Permanezca usted aquí, velando por su hermana, atendiéndola y procurando que ningún daño reciba. Si algo ocurriese a George, no olvide usted que a nadie en el mundo tiene más que a usted. Si la campaña nos fuese desfavorable, usted deberá encargarse de llevarla sana y salva a Inglaterra, y de todas suertes, quiero que me dé usted su palabra de no abandonarla. Sé muy bien que la atenderá como hermano cariñoso… Por lo que respecta a la cuestión de dinero, siempre se condujo usted generosamente… ¿Necesita usted?… Quiero decir si cuenta con dinero disponible para regresar con su hermana a Inglaterra si alguna desgracia viniese a…

—¡Caballero! —contestó Joseph con tono de majestad ofendida—, cuando necesito dinero sé muy bien dónde pedirlo… y por lo que a mi hermana respecta, tampoco necesito que me diga usted cómo debo conducirme.

—Contesta usted como hombre resuelto y enérgico, y crea que lo celebro de todas veras —repuso Dobbin con su amabilidad habitual—. Con alegría veo que George no podría dejar a su querida esposa en mejores manos… ¿Me permitirá usted que le haga presente que usted empeña su palabra de honor de velar por su hermana en caso de necesidad?

—Claro que sí; queda usted autorizado.

—¿Y que la sacará de Bruselas y dejará sana y salva en Londres en caso de derrota?

—¿Derrota? ¡Hombre… no hable usted de cosas imposibles! ¿Es que intenta asustarme? —gritó Joseph.

Si Dobbin creyó que ver a Amelia antes de emprender la marcha sería para él motivo de consuelo o satisfacción, su egoísmo resultó castigado con el castigo a que en su perversidad se hacía acreedor. La puerta del dormitorio de Joseph daba a un saloncito que era común a toda la familia; al otro extremo del saloncito y enfrente, estaba la puerta de la habitación de Amelia. Las trompetas habían despertado a todo el mundo, así que la presencia del capitán no podía pasar inadvertida. El asistente ultimaba los preparativos de marcha de su amo, y George pasaba constantemente del dormitorio al saloncito para entregarle los objetos que consideraba debía llevar consigo. Al cabo de un rato, Dobbin halló la oportunidad que venía codiciando y vio a Amelia, pero… ¡más le valiera mil veces no haberla visto! Vio una Amelia blanca como el papel, una Amelia que era la imagen de la desesperación, una Amelia aterrada, una Amelia cuyo recuerdo le persiguió después implacable, produciéndole torturas sin cuento.

Había echado sobre sus hombros una bata blanca; sus abundantes cabellos caían en desorden, y sus grandes ojos parecían ojos de estatua, fijos, inmóviles, sin luz. Como para ayudar en algo a hacer los preparativos de marcha y en su deseo de demostrar que, en momentos tan dolorosos, también ella era útil, había tomado el cinturón de George y, teniéndolo en sus manos, seguía como una sombra a su marido, caminando de un lugar a otro sin hablar palabra. Al cabo de un rato pasó al saloncito, y allí, apoyada de espaldas contra la pared, estrechaba contra su pecho el cinturón, cuya borla roja parecía ancha mancha de sangre. Nuestro sensible capitán Dobbin se sintió morir ante cuadro tan conmovedor.

Salió al fin George, tomó a su esposa por la mano, entró con ella en el dormitorio, y, minutos después, volvió a salir solo. Los esposos acababan de despedirse.

—¡Gracias a Dios! —murmuró George, bajando presuroso la escalera, llevando la espada bajo el brazo.

Con paso rápido se dirigió al sitio donde formaba su regimiento. Su corazón latía violento, sus mejillas estaban encendidas: nada más natural; iba a empezarse el gran juego de la guerra y él era uno de los jugadores. ¡Qué de batallas reñían en su alma las dudas y las esperanzas, los temores y las imágenes de días felices! ¿Qué eran todos los juegos de azar a que se había entregado comparados con el que le esperaba? Desde su niñez, tomó parte en cuantos deportes de habilidad y valor se conocían en Inglaterra: fue el campeón en el colegio, el campeón en su regimiento, los aplausos de sus compañeros le acompañaron por doquier, ganó infinidad de premios, y en todas partes recibió el homenaje de las mujeres y fue envidiado por los hombres. ¿No son el valor, la actividad, la superioridad física, lo que con mayor facilidad y rapidez conquistan la admiración? Desde tiempo inmemorial, vienen siendo la fuerza y el valor los temas tratados en los romances y cantados por los bardos, y desde Troya hasta nuestros días, el héroe favorito de los poetas ha sido siempre el soldado. Yo me

pregunto si este fenómeno será debido a que la humanidad es cobarde por temperamento, y si, por lo mismo que es cobarde, admira tanto el valor y coloca la intrepidez del soldado sobre todas las cualidades que pueden adornar a un hombre.

Asomaba el sol en el horizonte cuando el regimiento se puso en marcha. Daba gusto ver el continente marcial de los soldados. Iba al frente de la columna la banda, tocando la airosa marcha del regimiento; seguía a continuación el comandante, oprimiendo los lomos de su incansable corcel de guerra Piramo; luego los granaderos, precedidos por su capitán. Por fin llegó George a la cabeza de su compañía. Al pasar bajo la ventana donde estaba Amelia alzó los ojos, sonrió, y no tardó en desaparecer con sus soldados. Minutos después morían a lo lejos los vibrantes acordes de la marcha del regimiento.

Capítulo XXXI

Joseph Sedley vela por su hermana

PRIVADA BRUSELAS de la presencia de los militares, que hubieron de salir llamados por la voz imperiosa del deber, quedó Joseph Sedley ascendido a general en jefe de la reducida colonia, integrada por Amelia, Isidoro, su criado belga, y la criada, que había de encargarse de todos los menesteres de la casa. Hemos visto que la visita de Dobbin interrumpió su sueño, mas no por ello se levantó antes, de la hora acostumbrada. El sol estaba próximo a la mitad de su recorrido y nuestros queridos amigos habían caminado una porción de millas, cuando el ex administrador salió de su alcoba y se dirigió al comedor.

La ausencia de George no entristeció al cuñado, antes, por el contrario, estamos por asegurar que fue para él motivo de satisfacción, pues presente George, el papel de Joseph en la casa era bastante secundario, aparte de que el primero tenía la mala costumbre de tratarle con manifiesto menosprecio. Amelia, en cambio, le dio pruebas constantes de cariño y de bondad, le hizo objeto de mil atenciones delicadas, cuidaba de que no faltasen en la mesa los platos que eran de su gusto, le acompañaba a sus paseos a pie o en coche y se interponía entre su cólera y el menosprecio de su marido, evitando escenas desagradables. Mil veces había intercedido tímidamente cerca de George en favor de su hermano, bien que sin resultado, pues el primero replicaba invariablemente:

—Mira, Amelia: ante todo, soy franco, lo que pienso lo digo con claridad. Tu hermano es un majadero, y sería pedir demasiado pretender que a un fatuo así le tratase yo con deferencia.

Quedamos, pues, en que Joseph vio con secreta satisfacción la marcha de George.

—Al menos hoy —se dijo—, no me abrumará con sus insolencias.

Como viese sobre una mesa el sombrero de paisano y los guantes de su cuñado, dijo al criado:

—Guarde el sombrero y los guantes del señor capitán.

—Puede que nunca más vuelva a ponérselos —contestó el criado dirigiendo a Joseph una mirada de inteligencia. Odiaba a Osborne, que le había tratado con la típica insolencia inglesa.

—Y vaya a preguntar a la señora si viene a almorzar —añadió Joseph con dignidad majestuosa, no queriendo darse por enterado de aquel gesto de familiaridad.

La señora, ¡ay!, no se encontraba en disposición de sentarse a la mesa, y menos de obsequiar a Joseph, con las tartinas que tanto gustaban a éste. La señora se sentía

muy indispuesta; desde la marcha de su marido, daba pruebas de una agitación deplorable, según manifestó la criada.

El criado Isidoro había seguido con cara hosca la marcha de los preparativos hechos por el asistente del capitán. ¿La causa? No era una sola, sino dos. En primer lugar, odiaba cordialmente a George, cuya conducta para con sus inferiores nunca fue modelo de amabilidad, y en segundo, le enfurecía que alejasen de su persona y del alcance de sus manos tantos efectos de valor como se llevaba el capitán, para que cayesen en poder de desconocidos el día no lejano en que el ejército inglés fuera derrotado y aniquilado. Tanto Isidoro, como la mayor parte de la población de Bruselas y de Bélgica daban como cierta y averiguada la derrota de las huestes inglesas. Era creencia universal que el emperador cortaría los ejércitos prusiano e inglés, los batiría por separado y penetraría en Bruselas antes de tres días, y, en este caso, tocias las propiedades de sus actuales señores, condenados a morir, a caer prisioneros o a salvarse huyendo, pasarían legalmente a manos de monsieur Isidoro.

Aquel día, mientras Isidoro ayudaba a Joseph en su laboriosa y complicada *toilette*, su imaginación daba destino a los efectos con que adornaba su persona. Los frascos de esencia, peines, cepillos y otros mil artículos, todos de plata, los regalaría a la dama que había encendido en su pecho volcánica pasión amorosa, y reservaría para su uso personal un surtido de finos cuchillos ingleses y un alfiler de corbata en el cual brillaba un rubí tentador. Sus carnes sentirían el suave roce de las finas camisas de su señor, sus manos jugarían con el bastón con puño de oro del capitán, y de la preciosa sortija de éste, aquella sortija de los cuatro gruesos rubíes, haría construir unos pendientes que acabarían de ablandar a mademoiselle Reina.

Por fortuna para la tranquilidad de Joseph, no sospechaba la índole de los pensamientos de su criado… ¡Adivinar lo que piensan los criados!… Si llegáramos a saber lo que sobre nosotros piensan nuestros íntimos, los individuos mismos de nuestra familia, las personas más allegadas, probablemente desearíamos abandonar cuanto antes un mundo donde nos sería imposible vivir sin hallarnos bajo el peso de un terror intolerable.

Menos egoístas eran las disposiciones de la doncella de Amelia, bien que, a decir verdad, criado que estuviese cerca de aquella criatura adorable, toda bondad y dulzura, por necesidad había de serle leal, por necesidad había de quererla. De nadie recibió Amelia tantos consuelos como de su sirvienta Pauline, la cual, como viera que su señora permanecía largas horas sentada junto a la ventana desde la cual viera desfilar el regimiento, muda, inmóvil, llorosa, convertida en imagen de la desesperación, se acercó a ella, tomó cariñosa su mano, y dijo:

—*Tenez, madame; est-ce qu'il n'est pas aussi a l'armée, mon homme a moi*? ¡Vamos, señora!, ¿no está acaso también mi esposo en el ejército?

Apenas terminada la frase rompió a llorar con amargura; Amelia cayó en sus

brazos, lloró como Pauline, y ambas pudieron consolarse mutuamente.

Varias veces salió Isidoro a la calle aquella tarde, y se detuvo en las puertas de los hoteles y posadas donde había ingleses hospedados, a fin de recoger de boca de los criados, lacayos, correos y desocupados las noticias que hubiesen llegado de fuera y transmitirlas a su señor. La inmensa mayoría de aquellos caballeros eran fervientes partidarios del Emperador, y todos opinaban que la campaña sería breve y favorable a su ídolo. La proclama que desde Avesnes lanzó el Emperador había circulado con profusión por Bruselas.

> Soldados —decía—: Es hoy el aniversario de Marengo y de Friedland, altos hechos de armas que decidieron dos veces los destinos de Europa. Entonces, lo mismo que en Austerlitz, lo mismo que en Wagram, fuimos en extremo generosos. Prestamos fe a los juramentos y promesas de los reyes a quienes consentimos que continuasen ocupando sus tronos. De nuevo salimos a su encuentro. Ellos y nosotros ¿no seguimos siendo los mismos? ¡Soldados! Esos mismos prusianos que tan arrogantes se presentan hoy, huyeron vergonzosamente ante nosotros en Jena, no obstante ser tres de ellos por cada uno de nosotros, y sucumbieron a nuestro esfuerzo en Montmirail, donde nos esperaban en proporción de seis contra uno. Entre vosotros hay algunos que tuvieron la desgracia de sufrir en Inglaterra la suerte de los prisioneros de guerra: ¡describid vosotros a vuestros camaradas los tormentos horribles de que fuisteis objeto a bordo de los inmundos buques ingleses! ¡Insensatos!… ¡Una racha pasajera de prosperidad les ha cegado, impulsándoles a caer sobre Francia!… ¡No comprenden que si alguno de ellos pisa territorio francés será para encontrar en él su sepultura!

Los partidarios del Emperador, que profetizaban el exterminio de los enemigos de su ídolo, propalaron mil noticias que al fin llegaron a oídos de Joseph. Entre otras cosas, Isidoro le aseguró que el duque trataba de reorganizar su ejército, que había sido derrotado completamente la noche anterior.

—¡Derrota!… ¡Mentira! —gritó Joseph—. El duque derrotará al Emperador, de la misma manera que derrotó antes a todos los generales del Emperador.

—Ha quemado ya todos sus documentos, ha retirado sus efectos y retrocede desordenadamente —replicó Isidoro—. La servidumbre del señor duque de Richemont hace los baúles con precipitación: el duque ha huido ya, y la duquesa espera que terminen de embalar el servicio de plata de su casa para volar a Ostende, donde se reunirá con su rey.

—El rey de Francia se encuentra en Gante, amigo mío.

—Huyó la noche pasada a Brujas y hoy embarca en Ostende. El duque de Berri

ha sido hecho prisionero. El que quiera salvarse, debe ponerse en franquía sin perder minuto, porque mañana serán abiertas las esclusas y quedará inundada toda la región. Comprenda usted que, abiertas las esclusas, la huida será imposible.

—¡Tonterías… mentiras todo! —replicó Joseph—. Contamos con fuerzas sobradas para resistir y hasta para atacar y destrozar. Los austríacos y los rusos se han puesto en marcha… La derrota del Emperador es infalible… sus ejércitos están condenados al exterminio.

—En Jena peleó contra triple número de prusianos, y les venció y se apoderó de todo el reino en una semana; sus enemigos en Montmirail se encontraban en proporción de seis contra uno de los suyos, lo que no impidió que los pusiese en fuga como si se hubiera tratado de carneros. El ejército austríaco viene, pero lleva a su frente a la emperatriz y al rey de Roma; en cuanto a los rusos… ¡bah! ¡Los rusos no llegan! No se concederá cuartel a ningún inglés, a fin de hacerles pagar el trato odioso e infame de que hicieron víctimas a nuestros valientes en sus horrendos pontones… Aquí lo tiene usted muy clarito, escrito con letras de molde; lea la proclama de Su Majestad el Emperador y Rey —terminó el ardiente partidario de Napoleón, sacando del bolsillo el documento y poniéndolo ante los ojos de Joseph.

Nuestro buen ex administrador, si no seriamente alarmado, comenzó a perder la tranquilidad.

—Dame el sombrero y el abrigo y sígueme —dijo—. Quiero informarme personalmente, quiero aquilatar el valor de las noticias que en tal abundancia me traes.

—Creo que no debería salir el señor… Los franceses han jurado no conceder cuartel a ningún inglés.

—¡Silencio, estúpido! —gritó Joseph, metiendo el brazo en la manga con heroica intrepidez.

En esta actitud le encontró Becky, que venía a visitar a Amelia y había entrado sin hacerse anunciar.

Vestía la esposa de Rawdon con la elegancia que le era peculiar. El sueño tranquilo y reposado a que se entregó después de la marcha de su marido había devuelto toda la frescura a su tez. Alegraba el ánimo ver el delicado sonrosado de sus mejillas en una ciudad donde todas las caras reflejaban ansiedad y temor.

—¿Se dispone usted a incorporarse al ejército, señor Sedley? —preguntó riendo —. ¿Quién quedará entonces, en Bruselas, para protegernos a nosotras, infelices mujeres?

Joseph, una vez que hubo conseguido ponerse el abrigo, salió al encuentro de la bella visitante, balbuceo algunas excusas y le preguntó qué tal había soportado las fatigas del baile de la víspera y las emociones de la madrugada.

Isidoro se retiró.

—¡Qué amable es usted, amigo mío! —exclamó Becky, estrechando entre sus dos manos la que Joseph le tendía—. Se interesa por mí más de lo que merezco… ¿Cómo se encuentra nuestra querida Amelia? A usted le veo sereno e impávido, cuando todo el mundo está asustado… La despedida ha debido ser terrible…

—¡Tremenda! —contestó Joseph con solemnidad.

—Ustedes, los hombres, lo soportan todo, son insensibles a los efectos de las despedidas y en su alma no hacen mella los peligros… Confiese de una vez que va a reunirse con el ejército, dejándonos abandonadas en nuestro desamparo… ¿A qué negarlo, si lo sé?… ¡Me consta! Se me ocurrió esta idea en casa, y me produjo tanto dolor… ¡Ah! ¡Cuántas veces pienso en usted cuando estoy sola!… Me produjo tanto dolor que he venido corriendo, dispuesta a suplicarle de rodillas, si es preciso, que no nos deje.

Probablemente la verdadera interpretación de las palabras de Becky era la siguiente:

> Para el caso en que el ejército sufra un desastre y sea necesaria la retirada, tiene usted, caballero, un carruaje en el cual solicito un asiento.

Ignoramos si Joseph interpretó en este sentido el discurso de Becky, pero sí podemos afirmar que estaba disgustadísimo con la dama, por la desatención de que le dio repetidas pruebas durante su estancia en Bruselas. Jamás fue presentado a ninguna de las altas relaciones de los Crawley, muy contadas veces le invitaron a las reuniones dadas por Becky, de milagro era admitido en las veladas, tal vez porque su timidez le impedía jugar fuerte y su presencia molestaba por igual a George y a Rawdon, ninguno de los cuales deseaba que las distracciones a que se entregaban tuviesen testigos.

«¡Ah! —pensó Joseph—. Recurre a mí porque me necesita; si contase con cualquier otro, ni se acordaría de que en el mundo vive un Joseph Sedley.»

No obstante esta idea, que mortificaba no poco su amor propio, sintióse enorgullecido ante la opinión ventajosa que Becky parecía tener formada de su valor. Dándose aires de importancia, contestó:

—Cierto es que me gustaría asistir a una batalla en regla, como le gustaría a todo hombre de corazón. Algunos combates he presenciado en la India, pero ninguno de la importancia de los que se avecinan.

—Ustedes, los hombres, son capaces de sacrificarlo todo a un placer, a un capricho —dijo Becky—. Mi marido me dejó esta mañana tan contento como si saliera a una expedición cinegética… ¿A qué preocuparse?, ¿a qué pensar siquiera en las agonías de las infelices mujeres, que quedamos llorando en casa? He venido aquí sedienta de consuelos, señor Sedley… Me he pasado la mañana de rodillas, y ahora

suplico al único amigo que me resta que me proteja, que me defienda… ¡Oh!, me estremezco al pensar en los peligros espantosos que corren nuestro maridos, nuestros amigos, las bravas tropas inglesas y las esforzadas aliadas. Quiero encontrar en esta casa un asilo, he venido buscándolo, y no quisiera que el último amigo que me queda estuviese también disponiéndose a unirse a la lucha.

—¡No se alarme usted, mi querida señora, no se alarme usted! —exclamó Joseph, dando al olvido todos sus rencores—. Tranquilícese, que yo no he dicho que iba a reunirme con el ejército, sino que desearía ser testigo de una gran batalla… ¿Hay algún inglés que no anhele otro tanto? El deber me retiene aquí… sería inhumano abandonar a la infortunada que llora en la habitación contigua.

—¡Noble… ejemplar hermano! —exclamó Becky, llevando el pañuelo a los ojos y aspirando de paso el perfume de colonia de que aquél estaba impregnado—. Quiero confesar que hasta aquí fui injusta con usted: le creí sin corazón, pero ahora veo que lo tiene.

—¡Corazón tengo, señora! —dijo Joseph, colocando su diestra sobre la víscera en cuestión—. Si creyó que no lo tenía, fue injusta conmigo, mi querida señora Crawley.

—Lo fui, sí, pero estoy arrepentida… Tiene usted corazón… donde cabe el cariño fraternal, pero no olvide usted que, hace dos años, su corazón fue desleal conmigo —replicó Becky, clavando una mirada intensa en Joseph.

Nuestro héroe enrojeció hasta el blanco de los ojos. El órgano de cuya carencia le acusaban latió violentamente.

—Ya sé que usted me acusa de desagradecida, de desatenta —prosiguió Becky con voz trémula—. Su frialdad, sus miradas, su actitud cuando entré hace un momento, me lo demuestran harto evidentemente… Pero, dígame usted, puesta la mano sobre su corazón: ¿no tenía yo motivos sobrados para esquivar su trato? ¿Supone que mi marido puede verle con buenos ojos? ¡Dios mío! ¡De las únicas palabras duras que me ha dirigido (debo hacer al capitán Crawley esa justicia), de las únicas palabras duras que me ha dirigido, ha sido usted la causa!… ¡Duras he dicho, pero debí decir crueles!…

—¡Cielo santo! —gritó Joseph, en un rapto de placer—. ¿Qué hice yo para merecer… para merecer?…

—¿No son nada los celos? Los que usted inspira a mi marido labran mi desdicha… Y no tiene razón… porque si en otros tiempos… en fin; hoy, mi corazón es de mi marido… soy inocente… ¿no es verdad, señor Sedley?

Joseph contemplaba extasiado a la inocente víctima de sus seducciones. Bastaron cuatro frases bien meditadas y un par de miradas de los ojos de Becky para que se sintiese de nuevo inflamado de pasión y callasen todas sus dudas y recelos.

Imposible precisar las palabras de amor ardiente que de la boca del tímido Joseph habrían salido si no entra en aquel momento su criado. Difícilmente habría

conseguido el galán quedar en situación medio airosa si Becky no hubiese indicado que era hora de pensar en consolar a su querida Amelia.

—*Au revoir* —dijo, dando a besar su mano a Joseph.

Seguidamente llamó con los nudillos en la puerta de la habitación de Amelia, entró, y Joseph se dejó caer sobre una silla, donde permaneció resoplando y suspirando.

—Ese abrigo es demasiado estrecho para el señor —dijo Isidoro, atento a su objeto de adueñarse legítima o ilegítimamente de la prenda.

No le oyó Joseph, cuyos pensamientos estaban puestos en otra parte. En aquel instante, el ex administrador veía a la encantadora Becky, y hasta se estremecía creyéndose culpable ante la imagen de un Rawdon Crawley celoso, un Rawdon Crawley que, retorciéndose las guías del bigote y presentándole un par de pistolas de desafío, cargadas y amartilladas, le pedía cuenta de sus devaneos con su esposa.

A la vista de Becky, Amelia retrocedió con espanto. La cuitada criatura volvió a tener conciencia de que vivía en el mundo real y recordó las escenas de la víspera, olvidadas, borradas de su mente por el pensamiento abrumador nacido de la idea del peligro mortal que se cernía sobre la cabeza de su marido. También nosotros habíamos olvidado entrar en aquella habitación, donde por espacio de tantas horas había permanecido la desolada joven de rodillas, dirigiendo al cielo plegarias sin palabras y saboreando las hieles del dolor más lacerante. Jamás nos hablan de estas angustias los cronistas de las guerras, atentos únicamente a servirnos brillantes relatos de combates y de triunfos. ¿A qué mezclar con los gritos de júbilo y los coros de victoria las lágrimas de las viudas, los sollozos de las madres?

Al primer movimiento de repulsión instintiva experimentado por Amelia al sentir sobre sí la mirada brillante y acerada de Becky y ver que ésta le tendía los brazos como para hacer protestas de una amistad a todas luces mentirosa, siguió en la primera un acceso de cólera justísima. La sangre coloreó su semblante, pálido como la muerte hasta entonces; desapareció su timidez habitual y clavó en Becky una mirada tan firme, que ésta se detuvo, sorprendida y turbada.

—Sospecho, mi querida Amelia, que no te encuentras bien —dijo Becky, tendiendo a Amelia su diestra—. ¿Qué sientes? No me era posible descansar sin saber cómo te encontrabas.

Amelia no aceptó la mano que se le tendía. Por primera vez en su vida, aquella alma confiada y sincera se negaba a dar crédito y a contestar a una demostración de afecto.

—¿Por qué has venido a esta casa, Becky? —exclamó, retrocediendo otro paso, y dando a sus palabras una entonación de frialdad altanera y áspera.

La actitud de Amelia desconcertó a su visitante.

«Sin duda vio que su marido deslizaba un billete en mi ramo de flores», pensó.

Alzando la voz, dijo:

—No te agites, Amelia querida… He venido para ofrecerte mis… para saber si te encuentras bien.

—¿Y tú, estás bien? Supongo que perfectamente… ¡Oh… no me cabe duda, porque no quieres a tu marido! Si le quisieras, a buen seguro que no estarías aquí… Dime, Becky, ¿viste nunca en mí algo que no fuera cariño tierno y sincero?

—Ciertamente no, Amelia —respondió Becky bajando la frente.

—Cuando eras pobre y desgraciada, ¿quién te trató con afecto de amiga del alma? ¿No fui yo para ti una verdadera hermana? ¿No te tendí mis brazos cuando no tenías amigos ni parientes? A todos nos has conocido en días más felices que los presentes… Yo adoraba a George… George me adoraba a mí… Por hacerme feliz renunció a la fortuna, renunció al cariño de sus padres… cosa que pocos serían capaces de hacer… ¿Por qué, pues, te interpones entre mi amor y yo? ¿Quién te inspiró la sacrílega idea de separar lo que Dios unió, de poner la discordia entre dos personas que se aman, de robarme el cariño del amado de mi alma… el cariño de mi marido? ¿Te crees capaz de amarle con amor tan intenso y puro como el mío? ¡Su amor lo era todo para mí… tú lo sabías muy bien… y, sin embargo, quisiste robármelo!… ¡No vendrías aquí, Becky, si te restase un átomo de vergüenza… si no fueses una mujer perversa, una amiga falsa, una esposa infiel!

—¡Tomo a Dios por testigo, Amelia, de que no he faltado a mi marido! —dijo Becky sin osar mirar de frente.

—¡Ah!… ¡No te dirá tu conciencia otro tanto por lo que mí se refiere! Si no conseguiste tu propósito, lo intentaste. Interroga a tu corazón y él te dirá que es cierto.

«Nada sabe», pensó Becky.

—Su corazón volvió a ser mío… Una voz secreta, la voz de mi amor, sin duda, me decía que escaparía de tus redes, de tus astucias… Tenía fe en la generosidad de su alma… confiaba en su cariño… ¡Recé tanto para que cesase su desvío!…

La pobre niña pronunció las palabras anteriores con vivacidad y efusión de que nunca le creyó capaz Becky. Ésta no supo qué contestar.

—¿Qué te hice yo para que intentases robarme al que amo? —prosiguió Amelia con entonación triste y anhelante—. Sólo seis semanas han transcurrido desde que es mío… No debiste proceder así. Pero desde el primer día de nuestro matrimonio trataste de quitármelo… Se ha ido, el deber le lleva lejos de mí… ¿vienes a gozarte en mi desventura? Ya que tanto me hiciste sufrir durante las dos semanas últimas, me parece que hoy, al menos, debiste dejarme en paz.

—Yo… yo nunca vine aquí…

—Lo sé… No viniste aquí pero lo sacaste de su hogar. ¿Has venido en su busca? —gritó con entonación de furia—. ¡Aquí estaba, pero no está ya… se fue! Ese sofá

conserva aún las huellas de su cuerpo… ¡No lo toques! Allí estuvimos sentados los dos, allí hablamos… yo, sentada sobre sus rodillas y rodeando con mis brazos su cuello… allí rezamos el padrenuestro… ¡Sí… allí estaba… pero vinieron y se lo llevaron!… Lejos está ahora, pero me ha prometido volver.

—Volverá, querida amiga mía —dijo Becky, presa de un acceso de emoción involuntaria.

—Mira; este cinturón que llevo, es el suyo. ¿Verdad que su color no puede ser más delicado?

Desciñóse el cinturón, que probablemente llevaba puesto desde que se fue George, y lo cubrió de besos. Ya no se acordaba de sus celos, su cólera se había desvanecido, no advertía siquiera la presencia de su odiada rival. Silenciosa, con la sonrisa en los labios, recorrió varias veces la estancia, y al fin se dirigió a la cama y comenzó a ablandar y besar la almohada de George.

Becky abandonó la habitación en silencio.

—Procuren no dejar sola a Amelia —dijo Becky a Joseph—. La encuentro bastante mal.

Sin hacer caso de las súplicas de Joseph, que la instaba a que compartiese con él la comida que había mandado preparar, se marchó con semblante extraordinariamente grave.

Era Becky mujer comprensiva y quería a Amelia a pesar de todo. No le ofendieron sus acusaciones, no obstante la dureza con que le fueron lanzadas al rostro… porque los lamentos del vencido nunca ofenden al vencedor. Encontró paseando por el parque a la comandanta O’Dowd, cuya alma no había hallado sin duda los consuelos que buscaba en los sermones del deán, y la abordó —con no poca sorpresa de la dama, que no estaba acostumbrada a recibir de la señora de Crawley semejantes muestras de atención—, manifestándole que la pobre Amelia se encontraba muy mal, que acababa de dejarla medio loca de pena, lo que bastó para que la comandanta olvidase sus pesares y corriese a la casa de su joven favorita, dispuesta a consolarla por todos los medios a su alcance.

—Hondos pesares me atormentan a mí —contestó con gravedad—, y no suponía que la pobre Amelia necesitase hoy de mi compañía; pero si su estado es tal como usted lo cuenta, y usted, que tanto la ha querido, no puede cuidarla y acompañarla, allí iré yo, mejor dicho, allí voy en seguida, dispuesta a atenderla y a servirla… Así que, muy buenos días, señora.

Hizo una inclinación de cabeza y se alejó de Becky, cuya compañía no ambicionaba.

Encontró a Amelia tal como Becky la había dejado, de pie junto al lecho, loca de dolor.

La esposa del comandante, mujer de temperamento resuelto, hizo los imposibles

para atenuar la desesperación de su amiguita.

—¡Ánimo, Amelia querida! —repetía con dulzura maternal—. Si no por usted, hágalo por George, quien tiene derecho a encontrarla buena y sana el día que regrese cargado de laureles. No es usted la única esposa que hoy depende de la protección divina.

—Lo sé… Confieso que soy mala, que soy muy débil, pero la pena me mata.

La compañía de su amiga la tranquilizó algún tanto. Las dos estuvieron juntas, hablando y deparándose consuelos hasta las dos de la tarde, pero sus corazones viajaban lejos, seguían a la columna, se alejaban más y más, a medida que las tropas franqueaban distancias. Angustias, dudas horribles, plegarias ardientes y lágrimas nacidas del corazón seguían al regimiento. Es el tributo que la mujer paga a la guerra, que no perdona a nadie: los maridos y los hijos lo pagan con sangre; las esposas y las madres con lágrimas.

A las dos y media sobrevino un acontecimiento de importancia capital para Joseph: era llegada la hora de sentarse a la mesa. Luchen en buena hora los guerreros, despedácense y mueran, pero la comida ante todo y sobre todo. Nuestro héroe entró en la habitación de Amelia y procuró decidirla a que tomase un refrigerio.

—Prueba —le decía—. La sopa está riquísima, Amelita, te gustará… ¿por qué no pruebas?

Joseph besó la mano a su hermana. En su vida había hecho tanto, excepción hecha del día de la boda.

—Eres muy bueno, Joseph… todos son muy buenos y muy cariñosos conmigo… pero no puedo.

La comandanta, a cuya nariz llegó el olorcillo de la sopa, supuso que estaría buena y aceptó, sin hacerse rogar mucho, la invitación de Joseph.

—¡Que Dios bendiga la comida! —dijo al sentarse a la mesa, con entonación solemne—. ¡Ah… los pobres muchachos que hoy corren a la muerte la tendrán probablemente peor!

La comida animó a Joseph, quien quiso brindar por el regimiento, o, mejor dicho, aprovechar un pretexto para beber un par de copas de champaña.

—Beberemos a la salud del comandante O’Dowd y de sus valientes tropas —dijo —. ¿Le parece a usted bien, señora O’Dowd? Llena las copas, Isidoro.

Isidoro dio de pronto un salto y la comandanta dejó caer el cuchillo y el tenedor. A lo lejos sonaba un ruido sordo, como el retumbar del trueno.

—¿Qué pasa? —gritó Joseph—. ¿Por qué no llenas las copas, tunante?

—*C’est le feu*! —contestó Isidoro corriendo hacia el balcón.

—¡Dios nos proteja! ¡Es el cañón! —exclamó la comandanta corriendo también hacia el balcón.

Segundos después, no parecía sino que toda la población de Bruselas se había

lanzado a las calles.

Capítulo XXXII

Huye Joseph Sedley y termina la guerra

LOS QUE NO HEMOS SALIDO de la City de Londres no hemos visto nunca, y quiera Dios que no se nos presente ocasión de verlas, las escenas de confusión, de tumulto, de alarma, que ofreció de pronto Bruselas. Turbas innumerables se precipitaban a todo correr hacia la puerta de Namur, de donde parecía venir el estruendo, y no eran pocos los que, más impacientes, salían a todo el galope de sus caballos camino adelante, por si tenían la fortuna de saber algo sobre la suerte del ejército. Todo el mundo preguntaba a su vecino, y todo el mundo, sin exceptuar a los grandes señores y encumbradas damas de la aristocracia inglesa, condescendientes hasta el inusitado extremo de contestar a personas que no les habían sido presentadas, contestaba lo que sabía o lo que había oído decir. Los partidarios de los franceses andaban alborozados, profetizando el triunfo de su Emperador. Se cerraron todas las tiendas, las mujeres inundaron las iglesias, y los clamores redoblaron, y los coros de alarma se hicieron ensordecedores. El cañón tronaba sin cesar. A poco comenzaron a salir de la ciudad carruajes de toda clase atestados de personas. Todos desaparecían a galope por la barrera de Gante.

Los rumores propalados por los partidarios de los franceses adquirieron consistencia no tardando en darse por hechos consumados.

—Ha roto la línea de fuego: el ejército queda partido en dos.

—Avanza triunfante y en derechura a Bruselas.

—Los ingleses huyen en desorden: esta noche les tendremos entre nosotros.

Tales eran los noticiones que circulaban de boca en boca, siendo de notar que cuantos salían en busca de nuevas, volvían con detalles nuevos del desastre inglés.

Corría el pobre Joseph de acá para allá, preguntaba azorado, y todos le hablaban de la derrota de sus compatriotas. Su palidez aumentaba por segundos a medida que se apoderaba de su alma el espanto. Recurrió al champaña, creyendo encontrar en él un manantial de valor que tanta falta le hacía, pero no lo encontró. Antes de ponerse el sol estaba tan acobardado, que su leal criado Isidoro no dudó que muy pronto serían suyos los despojos de su señor.

Desde que llegó al comedor el tronar lejano del cañón, la señora O’Dowd había pasado a la habitación inmediata, con objeto de consolar a Amelia. La idea de que debía proteger a una criatura triste y desamparada aumentó considerablemente el valor natural de la esforzada comandanta. Cinco horas pasó junto a su amiguita, unas veces regañándola con dulzura, otras animándola, muchos ratos sin pronunciar

palabra. Pauline, *la bonne*, había corrido desde los primeros momentos a la iglesia, donde se pasó la tarde de rodillas, pidiendo a Dios por son *homme à elle*.

Cuando cesó el estruendo del cañón, la señora O'Dowd salió de la habitación de Amelia y pasó a la pieza contigua, donde encontró a Joseph sentado frente a unas cuantas botellas vacías. Ni un átomo de valor conservaba el infeliz. Dos o tres veces había entrado en la habitación de su hermana con ánimo de decir algo, pero como encontrara a la comandanta resuelta a no abandonar su puesto, salió otras tantas sin decir palabra. Un resto de vergüenza le impidió manifestar sus deseos de emprender la fuga, pero cuando aquélla salió al comedor, Joseph, tras algunas frases de melancolía, se aventuró a poner de manifiesto el fondo de su corazón.

—Creo, señora O'Dowd, que debería usted indicar a Amelia que se prepare —dijo.

—¿Piensa usted sacarla de paseo? Sospecho que se encuentra débil en demasía, que no tiene fuerzas para ello —respondió la comandanta.

—He mandado preparar el coche… he pedido caballos de posta… Isidoro ha ido a buscarlos.

—¿Tiene usted el capricho de pasear en coche a la luz de la luna? Lo que Amelia necesita es calma y reposo; precisamente acabo de aconsejarle que se acueste.

—¡Pues dígale sin perder momento que se levante! —exclamó Joseph, golpeando el suelo con el pie—. ¡Que se levante, sí, señora! He pedido caballos… ¿me entiende usted?, caballos de posta… Todo está perdido y…

—¿Y qué? —preguntó la señora O'Dowd.

—Que me voy a Gante… Todo el mundo se va… tiene usted un asiento en el coche… Dentro de media hora salimos.

La comandanta dirigió a su interlocutor una mirada de supremo desprecio.

—Yo no salgo de Bruselas mientras mi marido no me lo ordene —contestó—. Márchese usted si ése es su gusto, señor Sedley; pero yo le juro que ni Amelia ni yo nos movemos de aquí.

—¡Usted podrá quedarse, pero Amelia viene conmigo! —gritó Joseph, descargando otra patada sobre el suelo.

La señora O'Dowd se colocó en jarras frente a la puerta de la habitación de Amelia.

—¿Piensa usted llevarla al lado de su mamá, o es usted quien quiere refugiarse en el regazo de su mamaíta, señor Sedley? Pues ¡buenas noches, y feliz viaje!… Voy a darle un consejo de amiga, señor: aféitese los bigotes, que probablemente están llamados a proporcionarle disgustos, y… *bon voyage*, como dicen por aquí.

—¡Ira de Dios! —bramó Joseph, presa de rabia, de miedo, de mortificación.

En aquel punto se presentó Isidoro, jurando con más furia que su amo:

—*Pas de chevaux, sacrebleu*! —gritó el enfurecido criado. En la ciudad no había

un solo caballo. Por lo visto, en Bruselas eran muchos los hombres como Joseph.

Inmenso, cruel, terrible era el pánico de Joseph, pero debía crecer prodigiosamente antes que alborease el nuevo día. Hemos dicho que el *homme á elle* de Pauline formaba en las filas del ejército que salió a medir sus fuerzas con Napoleón. El tal novio o amante era natural de Bruselas y servía en un regimiento de húsares belgas. Las tropas de esta nación dieron brillantes pruebas de todo lo que no fuera valor, y el apuesto novio de Pauline, llamado Van Cutsum, se preciaba de ser modelo de soldados, y como tal, no esperó a que su coronel diese por segunda vez la orden de huir para volver la espalda y buscar a todo correr el camino de su casa. Mientras hizo vida de guarnición, nuestro húsar se pasaba todas las horas libres en la cocina de Pauline, y de la cocina salió, llevando bien repletos de excelentes manjares los bolsillos y la mochila, cuándo breves días antes emprendió la marcha para ir a campaña.

Formaba su regimiento parte de una división mandada por su soberano aparente, el príncipe de Orange. Si la valía de los ejércitos se mide por la longitud de las espadas y bigotes, y por la riqueza del uniforme y equipo, fuerza nos será confesar que el regimiento de húsares en cuestión era el cuerpo más bravo que nunca haya obedecido toques de clarín.

Cuando Ney atacó la vanguardia del ejército aliado, y fue tomando posición tras posición, los escuadrones y regimientos de la división a que pertenecía nuestro húsar dieron pruebas brillantísimas de envidiable ligereza de pies para retirarse ante los franceses, que los fueron desalojando sin esfuerzo de posiciones inmejorables. No varió el aspecto de la batalla de Quatre-Bras hasta que los fugitivos toparon con el grueso del ejército inglés, salido de Bruselas. Cerrado el camino de la fuga, forzosamente hubieron de hacer alto, proporcionando a la caballería francesa ocasión de entrar en contacto con los bravos belgas que momentos antes huían ante ella. Pero se dio el caso notable de que los belgas prefirieran cargar contra los ingleses a habérselas con los franceses, y, pasando por los claros que ofrecían los regimientos del Reino Unido, no tardaron en dispersarse en todas direcciones. En rigor, el regimiento de nuestro húsar dejó de existir en aquel punto y hora: Van Cutsum se encontró solo, galopando a muchas millas de distancia del campo de batalla: ¿qué más natural que buscar refugio en aquella cocina donde le esperaban los fieles brazos de su Pauline?

Serían las diez de la noche cuando en la escalera de la casa de los Osborne resonó el ruido metálico de un sable. Alguien llamó a la puerta de la cocina. Pauline, que una hora antes había regresado de la iglesia, quedó medio muerta de terror al abrir la puerta y ver frente a sí a un húsar pálido como un cadáver. Un alarido de angustia subió hasta la garganta de Pauline, pero el temor de que la oyeran sus amos y descubriesen la presencia de su novio cerró el paso al grito, que hubo de quedar

ahogado. Repuesta a medias, llevó al héroe a la cocina, y solícita le dio a beber cerveza y luego le sirvió la comida de Joseph, que éste no había tocado. La prodigiosa cantidad de carne que devoró el húsar, y la enorme cantidad de cerveza que se echó al coleto, demostraron que no se trataba de un fantasma. Entre trago y trago, y entre bocado y bocado, el héroe contó la historia del desastre.

Su regimiento realizó prodigios de valor, hubo de batirse contra todo el ejército francés, y, por espacio de algunas horas, resistió impertérrito e inmóvil como una roca las furiosas acometidas de las huestes enemigas. La enorme superioridad numérica del adversario rompió al fin sus filas, y ya no tuvieron más remedio que emprender la retirada, mientras que todo el ejército inglés se declaraba en franca dispersión. Ney aniquilaba regimientos y más regimientos. Quisieron los belgas interponerse a fin de atenuar la importancia de la catástrofe, pero todo fue inútil: las huestes inglesas quedaban deshechas, aniquiladas. Los de Brunswick huyeron derrotados: su duque perdió la vida en la batalla. Era una debacle en toda regla, y él quería ahogar sus penas, olvidar el dolor de la derrota, en mares de cerveza.

Oyó la conversación Isidoro, que acertó a bajar a la cocina, y subió corriendo para repetirla a su señor.

—Todo está perdido —gritó—. El señor duque ha sido hecho prisionero, el duque de Brunswick muerto, el ejército inglés huye disperso, es decir, ha muerto también. No ha escapado hasta ahora más que un hombre, que en este momento está en la cocina: baje usted y podrá escuchar de su boca la historia de la matanza.

Joseph bajó precipitado a la cocina, donde encontró al húsar vengando su derrota sobre un ejército de botellas de cerveza. Apelando a las frases más francesas de su repertorio, que seguramente distaban mucho de ser modelo de dicción, Joseph suplicó al húsar que repitiese su narración. Cuanto más hablaba Van Cutsum, más terroríficos detalles de la batalla salían de su boca. De todo su regimiento, era él el único hombre que pudo librarse de la carnicería. Él, con sus propios ojos, había visto tendido y muerto al duque de Brunswick, a los húsares negros huyendo y a los escoceses aniquilados por la metralla.

—¿Y el regimiento número…? —balbuceó Joseph.

—Pulverizado —contestó el húsar—. De ese regimiento no ha quedado ni un solo hombre.

—¡Pobre señorita mía… pobre *ma bonne petite dame*! —gritó Pauline, atacada de súbito de una crisis nerviosa, durante la cual atronó la casa entera con sus gritos.

Loco de terror, Joseph no sabía dónde buscar refugio. Desde la cocina se dirigió corriendo a sus habitaciones y miró con ojos suplicantes la puerta de la ocupada por Amelia, que la señora O’Dowd cerró antes por dentro. Se proponía llamar, mas recordando las frases despectivas de la comandanta, vaciló, escuchó durante breves momentos, y decidió salir a la calle, atreviéndose a lo que no se había atrevido en

todo aquel día. Fue a buscar su sombrero adornado con profusión de galones de oro y el abrigo que esperaba heredar Isidoro, pero al pasar por delante del espejo colocado sobre la consola del recibimiento, reparó en su cara pálida y contraída por el terror, pero más que en otra cosa, en sus bigotes, que habían crecido prodigiosamente durante las siete semanas que de existencia tenían. Ocurriósele en el acto que podía ser confundido con un militar, y recordando que Isidoro le dijo que todo individuo perteneciente al ejército inglés sería pasado por las armas en caso de derrota, retrocedió temblando y comenzó a tirar desesperadamente del cordón de la campanilla.

Acudió Isidoro. Su señor, mientras, se había quitado las corbatas, vuelto los cuellos, y esperaba sentado en un sillón.

—*Coupez moi*, Isidor! —gritó—. *Vite! Coupez moi!*

Creyó Isidoro que su señor se había vuelto loco y que le ordenaba que le rebanase el cuello.

—*No… les moustaches!* —tartamudeó Joseph—. *Les moustaches… coupez… rassez… vite!*

En un abrir y cerrar de ojos hizo desaparecer Isidoro los peligrosos bigotes, y seguidamente tuvo la satisfacción de escuchar que su señor le mandaba que le trajese un sombrero y un abrigo de paisano.

—*Ne llevo plus habit militar*… sombrero uniforme *a vous… capote uniforme a vous, prenez dehors*.

El sombrero y el gabán galoneados pasaban al fin a ser propiedad del criado.

Joseph vistió un traje negro, uno de los chalecos más modestos de su colección, y se puso corbata blanca y sombrero flexible: parecía un pastor de la Iglesia Reformada.

—*Allons maintenant* —continuó—, *allons… dans la rue*. Con paso cauteloso, a fin de no ser visto por nadie, bajó la escalera y salió a la calle.

Había asegurado Van Cutsum que era él el único individuo de su regimiento que se libró de la matanza general, pero parece que su afirmación no era muy exacta y que gran número de las supuestas víctimas del mariscal Ney habían sobrevivido a la hecatombe. Algunos centenares de camaradas de Van Cutsum hallaron el camino que conducía a Bruselas y llegaron sanos y salvos, hablando de la derrota completa del ejército y asegurando que los franceses les venían pisando los talones. Como es natural, el pánico aumentaba lejos de disminuir, y en todas las casas se advertían preparativos de marcha. ¡No hay caballos! Tal era el pensamiento que ponía los pelos de punta a Joseph. ¿Emprendería el viaje a pie? Ni su espanto, con ser tan grande, podía prestar a su cuerpo una actividad que nunca tuvo.

Casi todos los hoteles ocupados por familias inglesas daban al parque. Joseph tomó a la ventura la dirección indicada, tropezando en el camino con muchedumbres

que vagaban, agitadas como él por el pánico y la ansiedad. Algunas familias, más afortunadas que él, habían encontrado caballos y huían presurosas de la ciudad, otras se encontraban en su caso, sin que ofrecimientos, dádivas ni súplicas les proporcionasen los medios necesarios para ponerse en marcha. Entre las familias que habrían deseado formar con los fugitivos, reconoció Joseph a lady Bareacres y a su hija, que estaban sentadas en su carruaje frente a la *porte-cochère* de su hotel, las maletas cargadas en la imperial, y detenidas por el mismo obstáculo que enloquecía a Joseph: por la falta de caballos.

En el mismo hotel que las señoras mencionadas vivía Becky, la cual había tenido con las primeras más de un encuentro hostil. Lady Bareacres la había mirado con displicencia al encontrarla en la escalera. Además siempre que en presencia suya fue pronunciado el nombre de Becky, habló muy mal de su vecina, diciendo que era escandalosa la familiaridad con que se trataban el general Tufto y la mujer de su ayudante de campo. En cuanto a su hija, huía de la persona de Becky como de la peste: únicamente el conde se dignó saludarla algunas veces, pero siempre cuando se encontraba fuera de la jurisdicción de las señoras.

Se presentaba a Becky ocasión de vengarse de aquellos insolentes enemigos. Sabían todos en el hotel que el capitán Crawley había dejado sus caballos al salir a campaña, y apenas iniciado el pánico, la condesa de Bareacres envió a su doncella a las habitaciones de Becky con encargo de preguntar a ésta el precio de los caballos de su marido. Becky contestó diciendo que no estaba acostumbrada a tratar asuntos con criados.

La contestación llevó al conde a las habitaciones de Becky, pero la segunda embajada no tuvo mejores resultados que la primera.

—¡Enviarme a la doncella de la señora… a mí! —exclamó Becky apenas vio al conde—. ¡Me maravilla que la condesa no me mandase a mí misma que enganchase los caballos a su coche! ¿Es la condesa de Bareacres la que desea escapar o su *femme de chambre*?

¿Qué no seremos capaces de hacer cuando la necesidad apremia? Fracasada la segunda embajada, pasó la condesa en persona a visitar a Becky. Suplicó a ésta que señalase el precio que quisiera a sus caballos y hasta invitó a aquélla a pasar una temporada en su castillo, siempre que le proporcionase los medios de llegar hasta él. Becky se mofó despiadadamente.

—No me gusta que me sirvan personajes con librea —contestó—. Probablemente, no volverá usted a pisar su palacio, y suponiendo que usted vuelva, desde luego le aseguro que no volverán con usted sus brillantes. Éstos no tardarán en caer en poder de los franceses, que llegarán a la ciudad antes de dos horas, cuando yo haya recorrido ya la mitad de la distancia que nos separa de Gante… No le vendo a usted mis caballos, no, aunque me dé por ellos los dos brillantes más grandes y

limpios que lució usted en el baile.

—Mis brillantes no corren el menor peligro, puesto que están en poder de nuestro banquero —gritó la condesa, aunque faltaba a la verdad, pues los llevaba cosidos a su vestido y escondidos en las botas de su marido—. En cuanto a caballos, mal que le pese a usted los tendré.

Becky le contestó con burlonas carcajadas.

Fuese la enfurecida condesa y tomó asiento en su carruaje, resuelta a emprender la marcha tan pronto como dispusiera de caballos.

Becky, asomada a la ventana, disfrutaba lo indecible viendo a la familia Bareacres acomodada en un coche muy lujoso, pero sin caballos. No contenta todavía, aprovechaba todas las ocasiones para decir en voz alta al dueño del hotel, a los criados, a otros huéspedes, mientras mantenía los ojos clavados en la condesa:

—Es una verdadera lástima ser tan rica, llevar escondidos entre los almohadones del coche brillantes de valor incalculable, y no disponer de un tronco de malos caballos… ¡Soberbio botín para los franceses!… ¡me refiero a los brillantes, no a la dama!

La condesa habría asesinado de buena gana a Becky.

Mientras esta última se gozaba en la humillación de la primera, acertó a ver a Joseph, el cual se fue en derechura hacia ella no bien la reconoció.

—¿Sabe usted dónde podría encontrar caballos? —preguntó Joseph.

—¡Cómo! ¿También usted huye? —preguntó Becky riendo—. ¡Yo creí que era usted el campeón de todas las damas, señor Sedley!

—No soy… no soy militar —tartamudeó Joseph.

—¿Y Amelia? ¿Quién protegerá a su pobre hermanita, Joseph? ¿Será usted capaz de abandonarla?

—¿Por ventura puedo hacer nada por ella si llega el enemigo? Los franceses perdonarán a las mujeres, pero me ha asegurado mi criado que han jurado no dar cuartel a ningún hombre… ¡canallas, cobardes!

—La perspectiva es espantosa; tiene usted razón.

—Además, no soy yo quien la abandono, sino ella la que me abandona a mí. En mi carruaje hay un asiento para ella y otro para usted, mi querida señora Crawley… pero me faltan caballos.

—Yo los tengo, pero son de silla; no han sido nunca enganchados: los vendo.

Joseph hubo de hacer un violento esfuerzo para no arrojarse al cuello de su amiga.

—¡Ya tenemos caballos, Isidoro! —gritó—. ¡Trae el coche!…

—Repito que no han sido enganchados nunca, y que uno de ellos, por lo menos, haría pedazos el coche si lo enganchásemos.

—Pero ¿se puede montar? ¿Es dócil?

—Dócil como un corderito y veloz como una liebre.

—Pero ¿podrá con mi peso?

Becky le rogó que subiese a su habitación, donde tratarían de la venta. Media hora duraron las negociaciones, Becky, tomando como pauta para el justiprecio del artículo la ansiedad del comprador y la escasez de la mercancía, puso a éste un precio tan fabuloso, que asustó al comprador. Intentó éste adquirir uno, pero replicó Becky que los dos o ninguno: era orden terminante de su marido, quien también había señalado el precio, disponiendo que no rebajase un solo penique. Lord Bareacres le había ofrecido esa cantidad, que no aceptó suponiendo que reservándolos para el señor Joseph Sedley prestaría un servicio a la familia que más querida le era en el mundo.

Como es de suponer, Joseph concluyó por aceptar. Tan enorme era el precio, que se vio obligado a solicitar un plazo para la entrega total. Previo un cálculo mental sumamente rápido pudo apreciar Becky que, con el importe de la venta de los caballos, lo que le valiesen los efectos de Rawdon, y su pensión de viuda, podría, llegado el caso, vivir independiente y afrontar con corazón tranquilo el porvenir. Una o dos veces se le había ocurrido también el pensamiento de huir, pero la reflexión le sugirió mejor consejo.

—Supongamos que llegan los franceses —se dijo—: ¿qué daño van a hacer a la viuda de un pobre oficial? El tiempo de los saqueos pasó para siempre. Si quiero ir a Inglaterra, bien seguro es que no han de impedírmelo o si así lo prefiero podré quedarme a vivir tranquilamente en el extranjero.

Mientras tanto, Joseph había ido con Isidoro a la caballeriza. Dispuso el primero que los caballos fuesen ensillados al momento, pues quería abandonar la ciudad aquella misma noche, inmediatamente. Dadas al criado las órdenes oportunas, volvió a su casa con objeto de ultimar los preparativos de marcha. Ésta debería ser secreta, pues no quería tropezar con la señora O’Dowd ni con Amelia, ni menos confesarles que se disponía a escapar.

Asomaban en el horizonte los primeros resplandores del día. Aquella noche nadie había descansado en la ciudad: todo el mundo se la había pasado en pie; en todas las ventanas, en todos los balcones, se veían luces, en todas las calles reinaba la misma agitación. Circulaban de boca en boca rumores contradictorios: decían unos que los prusianos habían sido completamente aniquilados, otros que eran los ingleses los aplastados, y no faltaban quienes afirmaban que éstos habían quedado dueños del campo de batalla. Gradualmente fue tomando consistencia la última versión. Ningún francés había llegado a la ciudad, y en cambio llegaban constantemente fugitivos con noticias más favorables. Al fin se presentó un ayudante de campo, portador de los despachos para el comandante de la plaza, y éste hizo fijar en todos los muros un comunicado oficial, anunciando la victoria alcanzada por los aliados en Quatre-Bras sobre las fuerzas del mariscal Ney. El ayudante de campo llegó a la ciudad mientras

Becky y Joseph ultimaban el trato, o bien mientras el último mandaba ensillar los caballos. Al llegar nuestro héroe al hotel, encontró infinidad de personas que comentaban la noticia, ya confirmada. Entonces decidió transmitirla a las señoras, pero reservándose, por innecesario, el detalle o detalles referentes a la compra de los caballos, al precio que por ellos había pagado, y a su determinación de dejarlas abandonadas.

Por desgracia, el triunfo o la derrota de los aliados preocupaba a las señoras a quien Joseph iba a comunicar la noticia bastante menos que la suerte de sus maridos. A Amelia, por lo pronto, la nueva de la victoria le produjo una agitación más viva que la que hasta entonces le dominaba. Quiso volar a donde estaba el ejército vencedor, con lágrimas en los ojos suplicó a su hermano que la acompañase, su rostro reflejaba ansiedad y terror, aquella pobre joven, durante tantas horas sumida en un estupor que tenía todas las apariencias de letargo profundo, corría ahora de un lado a otro, revelando todos los síntomas de la locura: lloraba, sollozaba, gritaba. Ninguno de los heridos que quedaron retorciéndose sobre el campo de batalla sufrió los horribles tormentos que despedazaban el alma de aquella infortunada víctima de la guerra. Imposible que el alma sensible de Joseph soportase por mucho tiempo el espectáculo de tanto dolor: dejó a su hermana confiada a la solicitud de su enérgica compañera y bajó a la puerta del hotel, donde una compacta muchedumbre comentaba las últimas noticias llegadas del campo de batalla en espera de nuevas informaciones.

A medida que avanzaba el día, se recibían detalles minuciosos procedentes del teatro de la guerra, detalles que traían los mismos que habían sido actores del sangriento drama. Comenzaron a entrar en la ciudad carretas y vehículos de toda clase cargados de heridos, vehículos de los que partían gemidos y lamentos, carretas llenas de hombres de rostros cadavéricos y mirada triste.

Uno de aquellos tristes furgones llamó de una manera especial la atención de Joseph, porque venía tan sobrecargado, que con dificultad lograban arrastrarlo los fatigados caballos.

—¡Aquí… parad! —dijo una voz débil.

El vehículo hizo alto frente a la entrada del hotel.

—¡Es George… lo sé! —gritó Amelia, que se asomó en aquel punto al balcón, pálida como un espectro y con el cabello tendido.

No era George, pero sí uno de sus amigos, quien acaso trajese noticias suyas. Era el infortunado portaestandarte Thomas Stubble, aquel mancebo entusiasta que veinticuatro horas antes saliera arrogante de Bruselas, llevando con orgullo la bandera de su regimiento, que supo defender con heroísmo en el campo de batalla. Un lancero francés cerró contra él, le dio una lanzada en la pierna, derribóle en tierra, pero, no obstante su herida, defendió con bravura ejemplar la enseña que la patria pusiera en sus manos. Terminada la batalla, recogieron al pobre muchacho, le

cargaron en un carro y le enviaron a Bruselas, juntamente con muchos otros heridos.

—¡Señor Sedley… señor Sedley! —llamó el herido con voz tan débil que asustó a Joseph.

Tom Stubble alargó una mano falta de fuerzas pero que abrasaba.

—Vengo para que me acondicionen aquí —dijo—. Osborne y Dobbin han… querido que me trajeran a este hotel… y desean que usted entregue dos luises al conductor del carro… mi madre se los devolverá a usted.

Como el hotel era grande, y sus dueños personas caritativas, todos los heridos que en el carro venían fueron admitidos en el establecimiento y acondicionados en camas. El portaestandarte fue conducido a las habitaciones del matrimonio Osborne. Amelia y la comandanta, que le habían reconocido desde el balcón, bajaron corriendo a recibirle. Fácil es imaginarse el júbilo de que se sintieron henchidas aquellas dos mujeres cuando supieron que la jornada había terminado y que sus maridos estaban sanos y salvos. Amelia, sin poder articular palabra, se abalanzó al cuello de su amiga, la abrazó y besó. Luego cayó de rodillas y con el corazón dio gracias al Todopoderoso que había protegido a su marido.

El médico más afamado del mundo no habría podido prescribir a aquella mujer desolada medicina más eficaz que la que le llevó el porta. Ella y la señora O'Dowd se encargaron de cuidar y velar al herido, que lo estaba de mucha gravedad. Refirió Tom con sencillez de soldado los acontecimientos de la jornada, puntualizando los que afectaban personalmente a sus valientes compañeros del regimiento. Éste sufrió pérdidas enormes; eran muchos los oficiales, aparte de los soldados, que perdieron la vida. El caballo que montaba el comandante cayó muerto de un balazo al dar una carga contra el enemigo, y todos creyeron que habían perdido a su jefe y que el capitán Dobbin iba a hacerse cargo del mando, pero, por fortuna, cuando, dada la carga, volvieron los restos del regimiento al punto de partida, encontraron al comandante sentado tranquilamente sobre el cadáver de su Piramo y pidiendo consuelo a una botella de cerveza. El capitán Osborne dio muerte al lancero francés que hirió al portaestandarte. Tanto emocionó la noticia a Amelia, que la comandanta hubo de rogar al narrador que interrumpiese momentáneamente su historia. Al final de la jornada, el capitán Dobbin, aunque herido también, recogió a su camarada y en sus brazos lo llevó a la ambulancia, donde, después de curado, fue colocado en el carro que le trajo a Bruselas. Fue también él quien prometió dos luises al conductor del carro si llevaba al portaestandarte al hotel donde se hospedaba la señora del capitán Osborne y decía a ésta de su parte que la batalla había terminado y que su marido estaba ileso.

—Tiene un corazón como un mundo el tal capitán Dobbin —observó la comandanta—. Lo declaro así, aunque no lo merece, pues siempre se reía de mí.

Tom afirmó que en todo el ejército no había oficial tan modesto, tan bueno, tan

amable y tan sereno frente al peligro como su capitán más antiguo. Hizo un elogio entusiasta de Dobbin, pero Amelia le escuchó medio distraída, porque para ella, lo único interesante era lo que se refería a su George.

Gracias a los cuidados que al enfermo prodigaba, y a las maravillosas historias referentes a la jornada de la víspera que aquél narraba, el día se deslizó con bastante rapidez para Amelia. Las noticias que Joseph recogía en la calle y traía a la casa, aunque producían a nuestro tímido amigo vivas preocupaciones, resbalaban sobre los oídos de Amelia, para quien en el ejército inglés no había más que un solo hombre, su George, y mientras éste no sufriera daños, éranle indiferentes los movimientos de los aliados y los ataques del enemigo.

Hemos dicho que Joseph estaba inquieto, y añadimos que eran muchos en Bruselas los que compartían su inquietud. Cierto que los franceses habían sido rechazados, mas no sin lucha porfiada, sangrienta y de resultados dudosos, en la cual, por añadidura, sólo un cuerpo de ejército francés había tomado parte. El Emperador, al frente del grueso del ejército, se encontraba en Ligny, donde había aniquilado a los prusianos y podía, como consecuencia, caer con todas sus fuerzas sobre los aliados. El duque de Wellington se retiraba sobre la capital, siendo lo probable que bajo los muros de ésta se riñese una batalla terrible, batalla decisiva de éxito dudoso. No disponía el duque de Wellington más que de veinte mil hombres de verdadera confianza, toda vez que las tropas alemanas que mandaba las formaban levas sin valor militar alguno, y las belgas eran de poca confianza. Con este ejército había de resistir el duque la acometida de ciento cincuenta mil soldados aguerridos y mandados por el mismo Napoleón… ¡Napoleón!… ¡El caudillo más famoso, el estratega más hábil de su siglo!…

En todas estas circunstancias pensaba Joseph, y temblaba… temblaba como temblaban casi todos en Bruselas, donde era opinión general que la batalla de la víspera había sido el preludio de otra mil veces más terrible. Uno de los ejércitos que pretendieron oponerse al Emperador huía destrozado. Quedaba otro, el reducido que habían podido enviar los ingleses, un ejército que sabría morir en su puesto, pero que no podría cerrar el paso al vencedor. ¡Pobres de los que sé encontrasen en la ciudad! Ya se habían preparado los discursos que al Emperador serían dirigidos, ya los funcionarios públicos, reunidos secretamente, habían tomado acuerdos, ya estaban dispuestos los alojamientos, ya se tenían a mano hasta las banderas tricolores y los emblemas triunfales para recibir dignamente a Su Majestad el Emperador y Rey.

Continuaba la fuga de cuantas familias tenían la suerte de encontrar medios de locomoción. La tarde del 17 de junio pasó Joseph por el hotel donde se hospedaba Becky y pudo ver que el lujoso carruaje de la familia Bareacres no estaba ya delante de la *porte-cochére*. El señor conde se había procurado un tronco de caballos que lo arrastraban rápidamente en dirección a Gante. Luis, el Deseado, preparaba también su

equipaje. Parecía que un hado maléfico perseguía por todas partes al augusto exiliado.

Persuadióse Joseph de que el triunfo de la víspera había sido sencillamente un respiro, un aplazamiento próximo a terminar, y de consiguiente, pensó que era preciso recurrir a los caballos que tan caros había pagado. Imposible encontrar palabras bastante elocuentes para reflejar las agonías que sufrió aquel día. Mientras entre Bruselas y Napoleón existiera un ejército inglés, claro está que no apremiaba la necesidad de poner tierra de por medio, pero la prudencia aconsejaba retirar sus caballos de las caballerizas donde se encontraban y colocarlos en las del hotel donde vivía, a fin de tenerlos bajo sus ojos y fuera del peligro de que le fuesen robados. Así lo hizo. Isidoro se estacionó en la cuadra, donde los tenía ensillados y en disposición de emprender la marcha.

Becky, visto el recibimiento que el día anterior le hizo Amelia, no tuvo por conveniente repetir la visita. Se acordó, sí, de su marido, recuerdo que le hizo pensar de nuevo en el billete que aquél había deslizado entre las flores y que volvió a leer con complacencia.

—¡Pobre mujer! —murmuró al fin—. Con esto me sería bien sencillo destrozar su corazón… ¡Y pensar que suspira, y se atormenta, y muere por un hombre que ni se acuerda de ella, por un necio, por un fatuo, que la desprecia y desdeña!… ¡Un imbécil es mi Rawdon, pero vale mil veces más que él!

Becky se pasó el día pensando en lo qué haría si a su Rawdon le ocurría una desgracia, pesando y aquilatando las ventajas y los inconvenientes de la fuga y resuelta casi a permanecer en Bruselas, para aclamar con todas sus fuerzas al vencedor, fuese inglés o francés. Con los ojos de la imaginación, se vio convertida en madame la Maréchale, mientras su Rawdon, arrebujado en su capote, acampaba en el monte de Saint John, bajo una lluvia tenaz y molesta, pensando con todas las ansias de su alma en su querida mujercita.

El día siguiente era domingo. La señora O’Dowd tuvo la satisfacción de ver a sus dos pacientes muy mejorados física y moralmente gracias al sueño reparador de que disfrutaron durante la noche. Ella se la pasó arrellanada en un sillón, descabezando algún sueñecito y siempre dispuesta a prestar a Amelia o al portaestandarte los cuidados que necesitaran. No bien se hizo de día, aquella mujer enérgica e incansable se dirigió a la fonda que ocupó con su marido para vestirse y engalanarse con el esmero y suntuosidad correspondientes a la festividad del día, pero sin que lo complicado y laborioso de su atavío le impidiesen elevar al cielo una plegaria ferviente por el valiente militar Michael O’Dowd.

Regresó pronto al hotel donde quedaron sus dos dolientes llevando bajo el brazo el famoso sermonario del deán, que solía leer todos los días festivos con gran énfasis y gravedad extraordinaria, aunque pronunciaba mal casi todas las palabras latinas y

dejaba de entender muchas de las inglesas. Una vez en presencia de sus enfermos, les propuso la lectura del oficio del día, que sería leído en veinte mil iglesias al mismo tiempo y que escucharían millones de ingleses, hombres, mujeres y niños, implorando la protección del Padre Celestial.

Así se hizo: la comandanta leía y escuchaban Amelia y Tom, sin que ninguno de los tres oyese la voz ronca del cañón que tronaba en Waterloo con estruendo más terrible que el que dos días antes Ilevara la perturbación y el pánico a Bruselas.

Oyó Joseph aquel tronar horripilante, y, decidido a salir de una vez del imperio del terror, penetró como una bomba en la estancia donde las tres personas mencionadas hacían sus oraciones.

—Amelia —dijo con brusquedad a su hermana—, por nada del mundo continúo en Bruselas un instante más: acabaría por morirme. Vente conmigo. He comprado un caballo para ti… a un precio que… que no tengo por qué decirte: es cosa mía. Vístete y en marcha: podrás montar a la grupa con Isidoro.

—¡Dios me perdone, señor Sedley, pero es usted un cobarde! —exclamó la comandanta dejando el libro.

—Vámonos, Amelia, vámonos, y no hagas caso de las tonterías de esa señora —insistió Joseph—. ¿Por qué razón hemos de esperar aquí, donde indudablemente nos asesinarían los franceses?

—¿No van a esperar la vuelta del regimiento? —dijo desde la cama el héroe herido—. ¡No!… ¡Bien seguro estoy de que la señora O'Dowd no me abandonará!

—¡Nunca, mi querido niño! —contestó la comandanta acercándose al herido y besándole—. Mientras yo viva, ni quedará usted abandonado ni le ocurrirá daño alguno. Además, yo no doy un paso sin que me lo ordene mi Michael. ¡Pues buena figura haría sentada a la grupa detrás de este tipo!

—No me dirijo a esa mujer, Amelia, sino a ti. Haga ella lo que le venga en gana, pero vente tú conmigo: ¡volando, volando!

—¿Sin mi marido, Joseph? —preguntó Amelia, alargando su diestra a la comandanta.

La paciencia de Joseph se acabó.

—Adiós, pues —gritó, agitando con rabia los puños y cerrando con estrépito la puerta de la habitación luego que salió.

Bajó al vestíbulo, dio la orden de marcha y montó a caballo. Los oídos de la comandanta recogieron el estrépito que producían los caballos al salir del hotel. Se asomó al balcón y rompió a reír burlonamente al ver a los jinetes en la calle. Los caballos, que no habían salido de la cuadra en una porción de días, estaban harto retozones y alegres, con grave peligro de la integridad personal de Joseph, que como jinete era bastante malo. Los jinetes desaparecieron al cabo de breves momentos sin que, mientras la señora O'Dowd les tuvo al alcance de su vista, dejase de perseguirles

con cuchufletas y burlas.

No cesó de tronar el cañón en todo el día, pero, a poco de cerrar la noche, el cañoneo terminó de pronto.

No hay boca inglesa que no haya repetido cien veces la historia de los sucesos de aquel día glorioso para unos, desastroso para otros. Muchos años han transcurrido desde aquel en que se riñó la batalla, mas su recuerdo perdura en el pecho de millones de compatriotas de los bravos que en ella perdieron la vida, y es para unos motivo de orgullo y para otros de rencor y de sentimientos de desquite. Que éste es el triste resultado de las guerras, y podría así ocurrir que dos nobles pueblos alimentasen durante siglos estos sentimientos fundándose en un código del honor implacable y cruel.

Todos nuestros amigos cumplieron como buenos batiéndose con arrojo en la gran batalla. Por espacio del día entero, mientras las mujeres rezaban contristadas, las filas de la indomable infantería inglesa recibían y repelían cargas furiosas de la caballería francesa. Los cañones cuya voz terrible se oía desde Bruselas abrían en aquélla claros espantosos que los sobrevivientes se apresuraban a llenar. Hacia el atardecer, las cargas francesas comenzaron a perder intensidad. ¿Cuál era la causa? ¿Debían hacer frente los franceses a otros enemigos, o se preparaban para realizar un ataque desesperado? Pronto pudo verse que se trataba de lo último. La Guardia Imperial avanzó compacta, terrible, incontrastable, en dirección a la colina de Saint John, decidida a desalojar a las fuerzas inglesas que se venían sosteniendo en ella desde el comienzo de la batalla, pese a las furiosas y repetidas cargas que les fueron dirigidas. No asustaba a aquellas brillantes tropas el tronar de la artillería que vomitaba la muerte desde las líneas inglesas… la masa negra avanzaba, avanzaba siempre. Casi coronaba la altura cuando se la vio vacilar; segundos más tarde hacía alto, pero sin volver la espalda: las tropas inglesas salieron entonces de las trincheras donde hasta aquel instante permanecieran como incrustadas, y la Guardia Imperial dio media vuelta y huyó.

La aterrada población de Bruselas pudo respirar: ya no sonaban los cañonazos. La persecución se prolongó mucho. La noche tendió sus velos de tinieblas sobre el campo de batalla y sobre la ciudad… y Amelia pedía a Dios por su George, que quedaba tendido de bruces, muerto, sobre el campo de batalla, de resultas de un balazo que le atravesaba el corazón.

Capítulo XXXIII

En donde trata de los desvelos que el cuidado de Matilde Ckawley ocasiona a su familia

MIENTRAS EL EJÉRCITO, después del heroísmo desplegado en Flandes, abandona este territorio en dirección a las fortificaciones de la frontera de Francia, que se propone tomar con objeto de ocupar luego la nación, creemos deber nuestro recordar a nuestros amables lectores que hemos dejado en Inglaterra una porción de personas que tienen derecho a que continuemos la historia de su vida, toda vez que han principiado a figurar en la presente y les está reservado un papel de importancia en su continuación.

En Brighton residía Matilde Crawley, sin que le preocupasen gran cosa los terribles combates librados en el continente. Los periódicos publicaban extensos relatos sobre la campaña, y Briggs solía leer a su señora la Gaceta, que hablaba con elogio del valor desplegado por Rawdon, cuya, promoción al empleo superior no se hizo esperar.

—¡Qué lástima que ese joven haya tenido un tropiezo tan irremediable! —exclamaba su tía—. Con su empleo en el ejército y su distinción, pudo casarse con la hija de cualquier fabricante de cerveza que le hubiese llevado en dote un cuarto de millón; por ejemplo, con la señorita Grains, o bien aspirar y conseguir la mano de cualquiera de las más aristocráticas muchachas de Inglaterra. Mi fortuna, más o menos tarde, habría sido suya… mejor dicho, de sus hijos, pues ninguna prisa tengo en abandonar este mundo… aunque usted, señorita Briggs, tenga ya ganas de perderme de vista. Prefirió casarse con una bailarina, y su calaverada le condena a ser pobre toda su vida.

—¿Y por qué, señorita, no ha de dejar caer usted una mirada de misericordia sobre el soldado heroico, cuyo nombre figura en los anales de honor y de gloria de nuestra nación? —replicaba la Briggs, cuya alma habían exaltado las hazañas llevadas a feliz término en la batalla de Waterloo y se había aficionado a emplear un lenguaje romántico cuantas veces se le ofrecía ocasión—. ¿No ha recogido el capitán… el coronel, habré de llamarle en lo sucesivo, tesoros de gloria sobrados para hacer por siempre ilustre al apellido Crawley?

—Es usted idiota, señorita Briggs —contestaba la dulce tía—. El coronel Crawley ha arrastrado por el lodo el apellido Crawley… ¡Casarse con la hija de un pintamonas!… ¡Entroncar con una señorita de compañía! Porque no otra cosa era la que hoy es su mujer, no; era lo mismo que usted es hoy, si bien mucho más joven,

mucho más bonita, y mucho más lista. ¿Ha sido usted cómplice de aquel perdido de quien tan ferviente admiradora es, y de la no menos perdida que le hizo víctima de sus indignas artes? Creo que sí, me permito asegurar que sí, que fue usted cómplice de los dos, pero en el pecado llevará la penitencia. Verá usted, verá usted el chasco que le depara mi testamento… Pero dejemos por ahora este asunto, y hágame el favor de escribir al señor Waxy, diciéndole que deseo verle inmediatamente.

Matilde Crawley escribía casi a diario al señor Waxy, su abogado y notario, a fin de modificar y revocar sus disposiciones testamentarias anteriores, pues continuamente le asaltaban nuevas dudas sobre la futura distribución de su fortuna.

La salud de la solterona había mejorado considerablemente, siendo de notar que, a medida que recobraba fuerzas, trataba de ejercitarlas contra la pobre Briggs, única persona que admitía en su intimidad y sufría sus explosiones de furor con docilidad, con cobardía, con resignación entre generosa e hipócrita, con la humildad de esclavo que las mujeres de su condición, se ven obligadas a demostrar. ¿Quién rio ha tenido ocasión de apreciar la brutalidad con que las mujeres suelen tratar a las mujeres? ¿Ha sufrido jamás el hombre torturas comparables a las que a diario sufren las pobres mujeres sujetas a la voluntad de tiranos de su sexo? ¡Pobres víctimas!… Pero nos separamos de nuestro objeto que no era otro que hacer comprender al lector que Matilde Crawley extremaba su comportamiento cruel y salvaje a medida que recobraba fuerzas.

Era Briggs la única víctima admitida a la presencia de la enferma, durante la convalecencia de ésta, pero los parientes de la misma, aunque se encontraban lejos de ella, no olvidaban a la queridísima solterona, hasta la cual hacían llegar regalos y cartitas llenas de frases cariñosas al objeto de mantener vivo su recuerdo.

Citaremos en primer término a su sobrino, Rawdon Crawley. Pocas semanas después de la famosa batalla de Waterloo, a raíz de haber aparecido en la Gaceta el ascenso del valiente y distinguido capitán, el correo de Dieppe llevó a Brighton una caja dirigida a la señorita Matilde Crawley, la cual contenía algunos regalos y una carta del cariñoso sobrino para su querida tía. Consistían los regalos en un par de charreteras francesas, una cruz de la Legión de Honor y el puño de una espada, trofeos preciosos del campo de batalla. La carta narraba, con verbosidad y gracejo, que el puño correspondió a la espada de un jefe superior de la Guardia Imperial, el cual, después de haber jurado con fosca energía que «La Guardia muere y no se rinde», fue hecho prisionero, un minuto más tarde, por un simple soldado, contra cuyo fusil se quebró la espada. Terminado el episodio, Rawdon se hizo dueño del puño de la espada rota. La cruz y las charreteras fueron de un coronel de caballería francesa muerto en la batalla a manos del mismo Rawdon, quien ponía a los pies de su tía, la persona más querida, los trofeos ganados en los dominios del gran Marte. Pedía, además, permiso para seguir escribiendo desde París, adonde se dirigía el

ejército, prometiéndole noticias interesantes de la capital mencionada y de sus antiguos amigos, los emigrados de tiempos de la Revolución, con los que tan bondadosamente había procedido ella en los días aciagos del exilio.

La solterona encargó a la Briggs que contestase a su sobrino, felicitándole por su ascenso y animándole a continuar sus relaciones epistolares.

—Sé muy bien —explicó la solterona— que Rawdon es incapaz de escribir una carta tan graciosa y divertida como la que me ha leído, como no es capaz de escribirla usted, mi pobre Briggs: Becky, tan perdida como lista, se la ha dictado palabra por palabra; pero es igual: la carta me ha divertido, y quiero hacerle comprender que estoy de excelente humor.

No se engañó la solterona en atribuir la redacción de la carta a Becky, pero probablemente no sospechó que los gloriosos trofeos que Rawdon se dignaba poner a sus pies los había comprado su mujer por cuatro o seis francos a uno de los innumerables vagabundos que siguen a los ejércitos y caen como buitres sobre los despojos que quedan sobre los campos de batalla. Esta circunstancia la conoce el novelista, que no podría cumplir con su misión si no lo supiese todo. La graciosa respuesta de la solterona, burlona o sincera, reanimó las esperanzas de nuestros jóvenes amigos Rawdon y esposa, quienes fundaron los augurios más favorables sobre el humor a todas luces endulzado de su tía.

Menos afectuosa era la correspondencia de Matilde con la señora del rector de Crawley de la Reina, obligada a volar al lado de su marido para atenderle durante la enfermedad ocasionada por la fractura de su clavícula. Aquella buena Martha que conocimos tan activa, tan intrigante, tan imperiosa, cometió el más fatal de los errores mientras estuvo cuidando de su cuñada. No se contentó con oprimir a la dueña de la casa y a todos los que de ella dependían, sino que acabó por aburrirla, delito horrendo que ésta no le perdonaría jamás. Si la Briggs hubiera tenido un poquito de malicia, habría experimentado el mayor de los placeres el día que, por encargo de su señora, escribió a la señora del rector manifestándole que la enferma se encontraba infinitamente mejor desde el día que ella, la diligente Martha, salió de la casa para cuidar de su marido, y rogándole de paso que no se molestase en preocuparse por su salud y menos en venir a verla. Más de un paladar femenino hubiese saboreado con fruición el placer de la venganza; pero la Briggs, alma cándida y compasiva, apenas si pensó en el triunfo obtenido sobre la mujer que con tanta crueldad y altanería la tratara: veía en desgracia a su enemiga, y esta circunstancia bastaba para hacer vibrar su cuerda compasiva.

«¡Cuán necia fui, pensaba Martha, y con razón, el día que escribí aquella malhadada carta anunciando mi viaje, que no debí insinuar siquiera! Lo acertado habría sido presentarme de improviso y arrancar a la anciana de las garras de la hipócrita Briggs y de la *femme de chambre*, que es una verdadera arpía… ¡Ah!…

¿Por qué se rompería mi marido la clavícula?»

Motivos sobrados tenía para lamentarse la excelente enfermera. Ocasión hemos tenido de observar que Martha de Crawley, si reunía buen juego, sabía aprovechar admirablemente las cartas. Reinó como dueña y señora sobre Matilde y sobre su casa, para sufrir una derrota completa el día que la rebelión halló coyuntura favorable para asomar la cabeza: es el peligro que corren todas las autoridades despóticas. Mas no imagine el lector que así lo comprendiera la interesada, no: antes por el contrario; considerábase víctima del más repugnante de los egoísmos, sacrificada a la más horrible de las traiciones, pagada con la más salvaje de las ingratitudes. Su alma cristiana se llenó de temores y de alarmas el día que vio la mención honorífica que la Gaceta hacía de su sobrino. ¿Rechazaría Matilde al teniente coronel Rawdon Crawley de la misma manera que rechazó al capitán? ¿Conquistaría el favor de la solterona aquella Becky odiosa? La señora del rector de Crawley de la Reina compuso un sermón sobre la vanidad de la gloria militar y la prosperidad de los malvados, que su marido leyó con voz grave y clara a su feligreses, sin que éstos comprendieran una sola palabra. Uno de sus oyentes fue Pitt Crawley, que había ido al templo con sus dos hermanastras y sin el viejo barón, cada día más alejado de la iglesia.

Desde que se fue Becky, aquel viejo extraviado y vicioso se entregó sin freno a sus perversas inclinaciones, con escándalo de toda la región y horror de su propio hijo. Las cintas que la señorita Horrocks lucía en sus gorros eran más espléndidas que nunca. De los salones del barón y de su persona huían con horror todas las familias distinguidas del país. Sir Pitt se emborrachaba en casa de sus colonos, se trasladaba a Mudbury para beber aguardiente con los campesinos, e incluso daba el espectáculo de su embriaguez en las localidades vecinas, los días de mercado. Con frecuencia hacía enganchar el coche blasonado de la familia y llegaba hasta Southampton llevando a su lado a la señorita Horrocks; la gente de la región estaba convencida de que cualquier día se anunciaría su matrimonio con ella en el periódico de la zona, y como es natural la idea horrorizaba a su hijo Pitt. La vida desordenada del padre colocó en situación delicadísima al hijo, cuya elocuencia ya no producía efectos en las reuniones religiosas de la vecindad, donde en tiempos mejores hablaba durante horas sin fatigar a sus oyentes. Él mismo se daba cuenta de su desprestigio, él mismo adivinaba que sus oyentes, mientras con frases brillantes procuraba inculcarles la virtud de la templanza, pensaban: «Nos lo aconseja el hijo de sir Pitt el condenado, quien probablemente en este instante estará emborrachándose en cualquier taberna de los alrededores». Hablaba en una ocasión de la extraviada conducta del rey de Timbuctu y del número crecido de mujeres que tenía, todas ellas sumidas asimismo en las tinieblas, cuando a un chusco se le ocurrió preguntar: «Dígame, señor predicador: ¿cuántos ciegos, cuántas personas sumidas en las tinieblas más negras hay en el castillo de Crawley de la Reina?». Como es natural, la pregunta sorprendió

al auditorio y anuló la eficacia que hubiese podido tener el discurso. En cuanto a las dos hijas del barón, como éste había jurado que jamás pisaría otra institutriz los umbrales de su casa, se habrían criado salvajes, si su hermanastro, a fuerza de amenazar al viejo, no hubiese conseguido al fin que las pusiera en un colegio.

Pero si entre los individuos de la familia Crawley mediaban hondas diferencias, no puede negarse que todos ellos, hermanos y sobrinos, con unanimidad conmovedora, adoraban a Matilde Crawley y rivalizaban entre sí dándole pruebas de afecto. Martha enviaba a su vieja cuñada pollos de Berbería y sabrosas coliflores, y sus amables hijas hacían llegar a sus manos ya una bolsa, ya un acerico, juntamente con una carta, suplicando a su querida tía que las tuviese presentes, al paso que el hijo del barón le enviaba con frecuencia melocotones, uvas y caza. La diligencia de Southampton era la encargada de transportar a Brighton éstas y otras muestras de afecto, y a veces conducía también al propio hijo de sir Pitt, quien siempre veía con gusto a su tía, aparte de que una poderosa atracción se ejercía sobre él desde Brighton, en la persona de lady Jane Sheepshanks, de cuyas relaciones amorosas con el hijo del barón nos hemos ocupado ya anteriormente en esta historia. La señorita en cuestión residía en Brighton con su mamá, la condesa de Southdown, ilustre dama que tanto conocían los que frecuentaban los círculos serios.

Que nos perdone el lector si consagramos algunos renglones a lady Jane Sheepshanks y a su nobilísima familia, ligada con lazos de parentesco presentes y futuros con la casa de Crawley. Muy poco habremos de decir sobre el joven jefe de la familia Southdown, Clemente William, cuarto conde de Southdown, como no sea que durante algún tiempo ocupó una poltrona en el Parlamento, donde ganó fama de hombre decididamente formal y serio. Esto pregonaba la fama; pero júzguese de la sorpresa de su respetable madre cuando, a raíz de la muerte de su noble esposo, tuvo noticia de que su hijo, con toda su formalidad y seriedad, era socio de casi todos los círculos mundanos, había perdido cantidades enormes en las mesas de juego de los establecimientos Wattier y Cocoa Tree, tomado dinero prestado sobre su herencia y gravado considerablemente el patrimonio de la familia. En una palabra: tan depravada era su conducta, que en el círculo de su madre nadie osaba pronunciar su nombre sin acompañarlo con lamentos y algún que otro sollozo. Hermana suya, y de muchos años más que él, era lady Emily, célebre en los círculos religiosos por los himnos, poemas y composiciones místicas de que era autora. Solterona Pemtente, apenas si tenía algunas vagas nociones sobre la matrimonial: su amor se concentraba en los negros, nía correspondencia constante con todos los misioneros nuestras posesiones de las Indias orientales y occidentales y adoraba en secreto al reverendo Silas Hornblower, tatuado y medio desollado en las islas del Mar del Sur.

Su hermana lady Jane, objeto de las ansias amorosas del hijo de sir Pitt, era una muchacha ruborosa, dulce, silenciosa y muy tímida. La conducta desordenada de su

hermano llenaba con frecuencia de lágrimas sus ojos: le quería a pesar de todo, aunque no osaba hacer público un cariño que la avergonzaba. De vez en cuando le escribía alguna cartita que confiaba subrepticiamente al correo. Un secreto horrible pesaba sobre su vida; y era que, en una ocasión, quiso visitar furtivamente a su disipado hermano en las habitaciones que ocupaba en la Fonda Albania, y le sorprendió… ¡horror de los horrores!, fumando un veguero y sentado frente a una botella de curazao. Admiraba a su hermana, adoraba a su madre, y creía que, después de su hermano, ángel caído, el hijo de sir Pitt era el más completo y perfecto de los hombres. Su madre y su hermana, damas de condición superior, disponían los vestidos o sombreros que había de llevar, los libros que había de leer, los pensamientos e ideas que debían embargar su mente.

El hijo de sir Pitt visitó a estas señoras desde que trasladaron su residencia a Brighton, mas no a su tía, aunque solía dejar tarjeta en su casa y preguntar modestamente al señor Bowls por la salud de la enferma. Pero un día tropezó por casualidad con la señorita Briggs, que llevaba un paquete de novelas para su señora, y nuestro enamorado, que paseaba con su prometida, se acercó a la dama de compañía de su tía, la saludó muy efusivamente y se dirigió a su acompañanta, diciendo: «Permítame, lady Jane, que le presente a la mejor amiga y compañera más cariñosa de mil tía, la señorita Briggs, a quien usted conoce ya bajo otro título: el de autora de los deliciosos Suspiros de un corazón, que tanto entusiasman a usted». Lady Jane tendió su mano a la señorita Briggs, la felicitó, dijo algunas frases coherentes a propósito de su mamá, y manifestó que tendría el placer de visitar a la señorita Matilde Crawley y de tratar a todos los parientes y amigos del señor Crawley. Al despedirse, hizo a la señorita Briggs una inclinación graciosísima de cabeza mientras su prometido le prodigaba aquellas reverencias profundas que solía hacer ante la duquesa de Pumpernickel por los tiempos en que fue *attaché* en aquella corte.

Pecaríamos de injustos si no hiciésemos constar que el hijo de sir Pitt se acreditó de diplomático habilísimo y de discípulo perfecto de Maquiavelo. Fue él quien puso en manos de lady Jane los pobres versos de la no menos pobre Briggs, que encontró en el castillo de sus mayores; fue él quien expuso a la consideración de la señora condesa viuda de Southdown las ventajas inmensas que podrían resultar de su trato íntimo con su tía Matilde Crawley, ventajas, explicó el taimado, de índole material y de índole espiritual, toda vez que su tía, a la sazón, se encontraba completamente sola, pues su hermano Rawdon, con su vida disipada y su matrimonio indigno, se había enajenado todas sus simpatías, y Martha de Crawley pretendió exagerar tanto su tiranía, que provocó en la enferma una rebelión violenta contra sus exorbitantes pretensiones. Manifestó que nunca hizo nada para ganarse el afecto de su tía, pero que, en vista de las circunstancias, consideraba que era llegado el momento de apelar a todos los recursos imaginables para librar su alma de la perdición eterna y

conseguir al mismo tiempo que su fortuna no saliese de manos del jefe de la familia, o lo que era lo mismo, de las suyas.

—Con muchísimo gusto la visitaré —contestó la condesa viuda, mostrándose conforme con la opinión de su futuro yerno—. ¿Quién es el médico de su señora tía?

—El señor Creamer.

—¡El matasanos más peligroso y más ignorante de la creación, mi querido Pitt! Providencialmente he conseguido echarle de muchas casas, aunque debo confesar que, en dos ocasiones, llegué ya tarde. Me fue imposible salvar al pobre general Glanders, a quien encontré más muerto que vivo de resultas de las prescripciones de ese ignorante. Algo reaccionó gracias a unas píldoras que le hice tomar… pero llegaron tarde. Su muerte, eso sí… fue muy agradable… y al fin y al cabo pasó a mejor vida… Creamer, mi querido Pitt, no debe visitar a su señora tía.

—Estamos de acuerdo —respondió Pitt.

—Lo que no podemos descuidar un segundo es el remedio de su grave enfermedad espiritual —continuó la condesa viuda—. El mejor día se nos va, que para enviarla al otro mundo basta que haya estado confiada a la ciencia de Creamer. Se nos va… ¡y en qué condición, Dios santo! Voy a enviarle inmediatamente al reverendo doctor Irons… Mira, Jeannie; escribe cuatro líneas al reverendo Bartholomew Irons diciéndole que le espero a las seis y media de esta tarde… Es hombre listísimo que no se retirará a su casa sin antes dejar convertida a su tía… Tú, Emily, prepara un paquete de libros que enviaremos a la señorita Matilde Crawley: puedes poner Voces de los condenados, La trompeta del Juicio Final, Los huesos rotos y El caníbal convertido.

—Podíamos añadir Las llamas del infierno, mamá.

—Y Las consideraciones sobre la muerte, y los Ejemplos de…

—Permítanme, mis queridas señoras —interrumpió el diplomático—. Respeto muchísimo la opinión de mi querida condesa, pero se me figura que no sería prudente aplicar desde el primer momento remedios tan enérgicos a la dolencia de mi señora tía. Tengan ustedes en cuenta lo delicado de su estado, y, sobre todo, lo poco, lo poquísimo que hasta aquí le han preocupado las consideraciones relacionadas con su salud eterna.

—¿Cree usted prematuro?… —preguntó Emily, que ya tenía los seis libros en la mano.

—Creo que la asustaremos si comenzamos con demasiada brusquedad. Conozco el natural mundano de mi tía, y desde luego auguro que toda tentativa demasiado brusca, practicada con mi tía, ha de ser de resultados fatales para su pobre alma. La llenará de terror y de ira, y no solamente tirará los libros por la ventana, sino que se negará a recibir a la persona que se los haya enviado.

—Voy sospechando que es usted tan mundano como su señora tía, señor Pitt —

observó Emily saliendo de la habitación.

—Aparte de estas consideraciones, comprenderá usted, condesa, sin necesidad de que yo se lo diga —prosiguió con voz baja Pitt, sin hacer caso de la interrupción—, que una falta cualquiera de suavidad, de cautela, pondría en peligro inminente la realización de las esperanzas que todos abrigamos con respecto a la fortuna material de mi tía. No olvidemos que aquélla se eleva a unas setenta mil libras esterlinas, y tengamos siempre presentes sus muchos años y lo delicado de su salud. Me consta que ha revocado el testamento que otorgó en favor de mi hermano Rawdon. Con dulzura y no con consideraciones terroríficas, es como conseguiremos llevar al buen camino a aquella alma herida… Supongo que usted coincidirá con mi manera de…

—Claro que sí… desde luego… Mira, Jeannie… no envíes la esquela al reverendo doctor Irons… Como la enferma está tan delicada, es natural que las exhortaciones la fatigarían, así que tendremos que esperar a que se restablezca… Mañana iré a visitarla.

—Y… perdone la insinuación, mi querida condesa… pero opino que no debe acompañarla nuestra preciosa Emily… es entusiasta en exceso… tal vez fuera preferible que fuese con usted mi querida Jeannie…

—¡Ah, sí! ¡Emily lo echaría todo a perder! Al día siguiente, la carroza monumental de la familia Southdown, en cuyas portezuelas campeaba bajo una corona de conde el escudo de armas de la casa (tres corderos de plata sobre campo verde) se detenía frente a la puerta del domicilio de Matilde Crawley, y el lacayo ponía en manos del señor Bowls dos tarjetas de visita, una para la señora y otra para la señorita Briggs.

Debemos decir que como transacción se permitió que lady Emily enviase la víspera a la señorita Briggs un paquete de libros que contenía Las llamas del infierno, obra de características amables, para ella, y Los gritos de un alma condenada, El fuego eterno y sus calderas y otros trabajos en los que campeaba un espíritu más apocalíptico, para los criados de la solterona.

Capítulo XXXIV

Cómo una embajada que empieza bien puede acabar muy mal

NO CABÍA EN SU PELLEJO de gozo la señorita Briggs desde que el hijo del barón de Crawley y su novia lady Jane la encontraron y colmaron de atenciones, y sobre todo, desde que la condesa de Southdown, una condesa nada menos, dejó una tarjeta para ella, para la Briggs, pobre e insignificante dama de compañía.

—¿Qué fin persigue la condesa de Southdown al dejar a usted su tarjeta? ¡A fe que no lo entiendo! —observó la igualitaria Matilde Crawley.

—Puede ocurrir que una dama de categoría se digne prestar alguna atención a otra de condición modesta —contestó con humildad la Briggs.

Refirió a continuación que el día anterior había encontrado al señor Crawley paseando con su prometida e hizo un elogio cumplidísimo de la amabilidad y modestia de esta encantadora señorita, y ponderó la sencillez de su vestido, del cual hizo reseña detallada, empezando por el sombrero y acabando por los zapatos.

Dejó la solterona que su doncella se despachase a su gusto sin apenas interrumpirla. A decir verdad, con el retorno de la salud volvían sus deseos de recibir y hacer visitas al médico, el señor Creamer, le recomendaba que no volviese a Londres, donde su salud correría peligro de naufragar. Encantada de encontrar en Brighton personas distinguidas con quienes alternar, no sólo devolvió su tarjeta al día siguiente de recibir la de la condesa, sino que hizo saber a su sobrino que tendría mucho gusto en verle. Pitt aprovechó inmediatamente la buena disposición de su tía, a la que presentó a la condesa de Southdown y a su hija. La condesa viuda evitó hablar del deplorable estado espiritual de la solterona; en su conversación se limitó a comentar con discreción exquisita lo agradable de la temperatura y lo hermoso del tiempo, dijo algo sobre la guerra y la caída de Bonaparte y habló con extensión de los médicos y boticarios, elogiando de paso al doctor Podger, verdadera eminencia médica.

Durante la visita dio Pitt un golpe soberbio que evidenció que si un tropiezo prematuro no le hubiese detenido en su carrera diplomática, habría escalado a no dudar los puestos más elevados de la misma. Cuando la condesa viuda de Southdown, rindiéndose a la moda del tiempo, cenó con furia contra el maldecido Corso, y demostró que era un monstruo manchado con todos los crímenes imaginables, un tirano odioso que no merecía vivir, un demonio cuya ruina definitiva estaba prevista y anunciada, etc., etc., Pitt Crawley abrazó inopinadamente la defensa

del que llamaba «el hombre del destino». Describió con gran elocuencia al Primer Cónsul, tal como tuvo ocasión de verle en París cuando se firmó la paz de Amiens, cuando él, Pitt Crawley, pudo enorgullecerse de haber conocido y tratado al gran Fox, estadista de altos vuelos, cuyos puntos de vista no compartía, pero admiraba fervientemente. Habló con indignación de la conducta desleal de los aliados para con el destronado emperador Napoleón, quien, después de entregarse confiado a su merced, era enviado a un destierro innoble y cruel, mientras Francia se sometía a la tiranía de una facción rapaz, vil e inmunda.

Con su discurso dio Pitt un paso de gigante en el camino del favor de su tía, partidaria entusiasta de Napoleón y admiradora ferviente de Fox. Verdad es que su entusiasmo por el uno y su admiración por el otro, con ser muy grandes, no la dominaban hasta el punto de que la ruina del primero acortase su vida ni pusiera en peligro la admirable tranquilidad de su alma, mas no lo es menos que Pitt supo llegar a su corazón elogiando a sus ídolos.

—Y usted, querida niña, ¿qué opina? —preguntó la solterona a Jeannie, que había despertado sus simpatías desde el primer momento, como las despertaban todas las personas jóvenes y agraciadas que le eran presentadas, aunque la imparcialidad nos obliga a decir que sus simpatías se extinguían con tanta rapidez como nacían.

Lady Jane se puso muy encarnada y respondió que no entendía de política, ciencia enrevesada que dejaba a los talentos más claros que el suyo, pero que, si bien creía que las razones de su madre eran fundadas, reconocía con gusto que el señor Pitt Crawley había hablado con elocuencia.

Al levantarse las señoras para despedirse, la solterona suplicó a la condesa que le enviase con frecuencia a Jeannie, suponiendo que ésta fuese tan amable y abnegada que se resolviera a hacer compañía y consolar a una pobre vieja enferma. La condesa prometió complacerla.

—Mira, Pitt; no vuelvas a traerme a tu señora condesa viuda de Southdown —dijo la solterona a su sobrino, tan pronto como tuvo ocasión de hablarle a solas—. Es la estupidez personificada, me crispa los nervios; con su manera de hablar, solemne y pomposa, se parece, como un huevo a otro, a los individuos de la familia de tu madre, a quienes jamás he podido sufrir. A quien sí te agradeceré que traigas cuantas veces te sea posible es a Jeannie.

Prometió Pitt hacerlo así y se guardó muy bien de manifestar a la condesa la impresión que había dejado en su tía.

He aquí cómo lady Jane, siempre dispuesta a consolar a los enfermos, y contenta de librarse de vez en cuando de los mortales sermones del reverendo Bartholomew Irons y de las pláticas de los moscardones que a todas horas zumbaban alrededor de la condesa su madre, llegó a ser la inseparable de la solterona, a la cual acompañaba en sus paseos y veladas. Era de un carácter tan dulce y angelical, que ni la Firkin

sintió en su pecho el aguijón de la envidia: en cuanto a la Briggs, su deseo habría sido verla a todas horas en casa, creyendo que su dulzura se contagiaba a su gruñona señora, que la trataba con menos despego desde que había estrechado sus relaciones con la encantadora niña. A ésta le prodigaba la anciana convaleciente muestras de cariño como no dispensó jamás a nadie; le refería infinidad de anécdotas de su juventud, pero en términos muy diferentes de los que en otro tiempo empleaba en sus conversaciones con Becky, pues con ésta se permitía libertades de lenguaje que habrían alarmado la inocencia de Jeannie, falta que no podía cometer una dama tan fina como Matilde.

En las largas veladas de otoño, mientras Becky descollaba en París, derrochando alegría en las reuniones de oficiales jóvenes del ejército vencedor, y nuestra Amelia, nuestra dolorida Amelia… ¡Ah! ¿Qué había sido de ella? Mientras Becky derrochaba alegría en París, Jeannie, sentada al piano, cantaba himnos sencillos, dulces romanzas, a las horas en que los últimos fulgores del sol, extinguiéndose en el horizonte, no dejaban en el cielo más que claridades dudosas, y las olas inquietas venían a morir en la playa. La solterona se dormía arrullada por la armonía, mas no bien cesaba ésta, despertaba sobresaltada y suplicaba a la cantante que volviese a comenzar. Briggs, mientras tanto, sentada en un rincón, vertía lágrimas silenciosas arrancadas a sus ojos por una sensación de voluptuosidad inefable. Deliciosamente conmovida, contemplaba los esplendores del océano y las lámparas suspendidas sobre la inmensa masa de agua que principiaban a brillar en la bóveda celeste. ¡Ah! ¿Qué pluma sería capaz de trazar un cuadro que reflejase los goces misteriosos que paladeaba aquella alma meditativa y sensible?

Pitt, mientras tanto, encerrado en el comedor con algunos folletos sobre las leyes sobre el trigo o la Revista de las Misiones, se entregaba sin tasa al placer a que suelen entregarse después de comer todos los ingleses románticos o no románticos: bebía Madera, erigía soberbios castillos en el aire, se consideraba hombre superior, creía de buena fe que su amor a Jeannie había adquirido un grado de intensidad que no alcanzó en los siete años anteriores de relaciones, durante los cuales jamás sintió impaciencias, y dormía y roncaba como un bendito. Llegada la hora de servir el café, Bowls entraba procurando hacer mucho ruido, y solía encontrarle absorto en la lectura de alguno de los folletos.

—Mi gozo sería completo si tuviese a mi lado una persona que supiera jugar a los cientos —dijo una noche la solterona, a raíz de haber tomado el café—. La pobre Briggs juega, pero… sabe poco más o menos lo que sabría un mochuelo… ¡Es tan estúpida!… Y es el caso que creo que dormiría mejor si jugase una partidita…

Lady Jane, poniéndose muy colorada, contestó:

—Juego un poquito… Cuando vivía papá, solía hacerle la partida.

—¡Un beso… un beso al instante, mi adorada providencia! —gritó extasiada la

solterona.

Jugando a los cientos encontró Pitt a la anciana y a la niña, revelando un contento infinito la primera y un rubor adorable la segunda.

No dejarán de comprender nuestro lectores que ninguno de los artificios y maniobras de Pitt escapaban a la penetración de sus queridos parientes de la casa rectoral de Crawley de la Reina. Hampshire y Sussex distan muy poco entre sí y la avisada Martha contaba en esta última región con amigos que la tenían al corriente de cuanto pasaba, y hasta de mucho que no pasaba, en la casa habitada por Matilde en Brighton. Pitt apenas si salía de ella: meses enteros transcurrían sin que se le viese en el castillo, donde su abominable padre se entregaba sin freno a los licores y a vergonzosas familiaridades con los Horrocks. Los progresos evidentes de Pitt en el afecto de su tía eran la gota que hacía desbordar la rabia que llenaba el alma de su tía Martha, quien a medida que pasaban los días lamentaba con mayor amargura, aunque lo confesaba menos que nunca, la torpeza monstruosa que cometió mientras estuvo al lado de la enferma, maltratando a la señorita Briggs y conduciéndose con brutal altanería con la Firkin y con Bowls, privándose así de agentes de su confianza en la mansión de su parienta.

—De todo es responsable la clavícula de mi marido —repetía a todas horas—. Nadie me habría echado de aquella casa si no ocurre la fractura en cuestión… Soy la víctima del deber y de tu afición a la caza, odiosa e impropia dada tu condición.

—¡Qué clavícula ni qué calabazas! —contestaba el marido—. Fuiste tú quien la asustaste, tú, que eres muy ladina, sí, pero que tienes un genio endiablado que ni el mismo Job podría resistir. La sed de dinero te abrasa, hija mía; a trueque de tenerlo, serías capaz de dar tu…

—En la cárcel estarías hace años si no hubiese yo sabido conservar el tuyo.

—No lo niego, querida… Repito que eres lista, pero no supiste comprender que la cuerda, si de ella se tira demasiado, concluye por romperse —replicó el rector consolándose con un vaso de cerveza—. Lo que me pasma es que mi hermana se haya aficionado a la compañía de Pitt, que nació ganso, es ganso y morirá ganso. De niño, Rawdon, que es un hombre de cuerpo entero, aunque también un perdido a quien quisiera ver ahorcado, le daba cada tanda de azotes, que era una bendición; y el imbécil, lejos de pagar con la misma moneda, corría a refugiarse en el regazo de su madre, llorando y gimoteando. ¡Si cualquiera de nuestros hijos, el que menos vale, es capaz de darle!… ¡Y a propósito! ¡Acaba de ocurrírseme una idea!

—¿Qué?

—¿Por qué no enviamos a Jimmy a Brighton? Tal vez conseguiría algo de mi endiablada hermana. Está próximo a graduarse… Cierto que le han calabaceado dos veces… pero ha vivido en Oxford, ha recibido educación en una universidad, ha

tratado a lo mejor entre sus camaradas de estudios, sabe remar admirablemente, es guapo… ¡Nada, nada! Lo mejor será enviarlo a su tía, recomendándole que muela los huesos a Pitt si éste se atreve a decirle media palabra… ¡Ja, ja, ja, ja!

—Puede ir Jimmy… sí… ¡Ah, si en su lugar enviásemos a cualquiera de las niñas! Pero no, no pensemos en lo que no ha de ser: tu hermana se dejaría azotar antes que sufrir a su lado personas feas, y nuestras hijas no son bonitas, por desgracia.

Mientras de esta suerte hablaba el matrimonio, las muchachas tocaban en la pieza inmediata una composición musical dificilísima. Habían recibido una instrucción muy esmerada, se pasaban los días y los meses estudiando piano, geografía, historia, labores, pero ¿de qué sirven estas dotes en la feria de las vanidades a las jóvenes pobres, rechonchas, feas? De nada: bien convencida estaba de ello su madre, quien con frecuencia decía suspirando que no habría hombre que se resignase a cargar con ninguna de ellas.

Poco, mejor dicho, nada se prometía Martha de Crawley del envío de su hijo Jimmy cerca de su anciana cuñada. En honor a la verdad, añadiremos que tampoco el joven embajador, a quien se instruyó convenientemente, auguraba bien del resultado de su misión, pero creyendo que su anciana tía le despediría con un buen regalo que le permitiese pagar a sus acreedores más inexorables, tomó asiento en la diligencia de Southampton y llegó felizmente a Brighton, con su maleta, su perro favorito Towzer y un cesto lleno de productos de huerta, que los moradores de la casa rectoral enviaban a su querida Matilde Crawley. No creyendo acertado molestar a su tía la noche de su llegada, fue a hospedarse en una posada, y dilató su primera visita hasta las doce del día siguiente.

No había visto la solterona a su sobrino Jimmy desde que era un muchachote zafio y desgarbado, desde que se hallaba en la edad ingrata en que la voz tan pronto ataca las notas más agudas como es de bajo profundo, en que los adolescentes se rapan la cara con las tijeras de sus hermanas, en que la compañía de las personas del sexo contrario produce en ellos sensaciones de terror indefinible, en que sobresalen del vestido, que parece encogerse todos los días, sin que se sepa cómo, grandes manos con parte del brazo y grandes pies con parte de la pierna, en que su presencia en el salón después de la comida resulta insufrible para las señoras que cuchichean en la penumbra, e intolerable para los caballeros, que se sienten cohibidos en sus expansiones, hasta el punto que el padre al cabo de un rato dice: «Hijo mío, ¿por qué no te vas a dar una vuelta?», y el muchacho, contento de ver que le dejan en libertad, y herido en su amor propio al ver que no se le trata como a hombre, sale de la habitación antes de que se sirvan los licores.

Jimmy, muchachote zafio por la época en que dejó de verle su tía, era ahora un joven que había recibido instrucción en una universidad y adquirido, ya que no conocimientos sólidos, el barniz inapreciable que sólo la vida universitaria puede dar,

y que consiste en saber contraer deudas, atreverse a todo, y cosechar un suspenso en cada examen.

Como en medio de todo era agraciado, no produjo mala impresión en su tía, cuya debilidad era simpatizar con las personas de correctas facciones.

Manifestó que el objeto de su viaje a Brighton era hacer una visita a un compañero de colegio, que pensaba permanecer allí dos días, y que no quiso privarse del placer de ofrecerle sus respetos, juntamente con los de sus padres, que hacían votos por su salud.

Pitt, que acompañaba a su tía cuando anunciaron al recién venido, palideció intensamente al oír su nombre. La confusión, la alarma que reflejó el rostro de Pitt divirtieron a la solterona, que se encontraba aquel día de excelente humor. Preguntó con muestras de vivo interés por los padres y hermanas del muchacho, dijo que pensaba hacerles muy en breve una visita, se dolió de que sus sobrinas no hubiesen salido agraciadas como él, y al saber que su querido sobrino había ido a hospedarse a una fonda, manifestó que no lo consentía, y en el acto envió a Bowls a recoger el equipaje del viajero, encargándole que de paso abonase su cuenta.

—Dispénseme, señor —dijo Bowls, haciendo una reverencia profundísima a Jimmy—, ¿en qué hotel se hospeda el señor?

—¡Ah! —exclamó el viajero, levantándose vivamente—. Iré yo…

—De ninguna manera —replicó Matilde—. ¿En qué hotel te hospedas?

—En la posada de Thomas el Cojo —contestó Jimmy bajando los ojos.

La solterona soltó la carcajada; los carrillos de Bowls se hincharon, pero el buen hombre pudo contenerse; el diplomático se contentó con sonreír.

—Es la primera vez que vengo a Brighton… y fui a la posada que me recomendó el mayoral de la diligencia —añadió Jimmy, rojo como la púrpura—. Iré yo y pagaré mi cuenta…

—Vaya usted, Bowls, y arregle la cuenta de mi sobrino —insistió la solterona.

En su deseo de mortificar a Pitt y de redoblar sus alarmas, Matilde derrochó amabilidad con Jimmy, a quien llevó a pasear en su coche. Durante el paseo, ponderó sus conocimientos, le dijo que sabía que en la universidad se condujo ejemplarmente, le habló de poesía francesa e italiana, y concluyó asegurándole que ganaría la medalla de oro y conseguiría con pleno éxito su título de doctor.

A su regreso del paseo, encontró su cuarto preparado, al que había sido llevado ya su equipaje. Bowls le miraba con gravedad, pasmo y compasión, pero en lo que menos pensaba Jimmy era en Bowls; harto tenía que hacer pensando en el horrible predicamento en que se hallaba en una casa llena de mujeres, que hablaban francés e italiano y le disparaban poesías.

A la hora de comer, se presentó Jimmy respirando con dificultad por culpa de la apretada corbata blanca. Tuvo el honor de dar el brazo a lady Jane para bajar al

comedor, mientras Pitt sostenía con el suyo a su tía, la cual, cargada como iba de cobertores, mantas y chales, parecía un fardo viviente. Muy poco habló Jimmy durante la comida, limitándose a servir vino, galantemente, a las señoras, aceptando el reto que le hizo Pitt y consumiendo casi toda la botella de champaña que se sirvió en su honor. Cuando se levantaron las señoras y quedaron solos los dos primos, Pitt se mostró más afectuoso y comunicativo; se interesó por la carrera de Jimmy, le hizo mil preguntas sobre sus proyectos para el porvenir… en una palabra: estuvo con él cariñoso y amable. Jimmy, por su parte, cuya lengua había desatado el vino, contestó narrando la historia de su vida, ponderando sus deudas, celebrando sus reyertas, riendo sus calaveradas… y, sobre todo, vaciando botella tras botella con pasmosa actividad.

—Nada agrada tanto a nuestra tía como ver que las personas que se hospedan en su casa hacen lo que les viene en gana —dijo Pitt—. Estás en la Casa de la Libertad, Jimmy, y el mayor placer que puedes proporcionar a nuestra tía es hacer tu santa voluntad. De mí te burlabas en otros tiempos porque era conservador; nuestra tía es liberal exagerada; idólatra de los principios republicanos, desprecia todo lo que suena a títulos nobiliarios.

—Entonces, ¿por qué te casas con la hija de un conde?

—Ten presente, mi querido primo, que no es culpa de la pobre Jeannie si por sus venas corre sangre azul. Le guste o no, nació noble y noble es: además, sabes que siempre he sido conservador.

—¡No… si nada digo yo contra la nobleza! Precisamente lo que más me enorgullece es pertenecer a ella. No soy un radical, no, que me honro siendo caballero. La buena sangre lo es todo… ¿Quién gana en las regatas, en las luchas? La buena sangre. Echa ratas a dos fox-terriers, y verás cómo mata más el de mejor sangre… Bowls, mi querido amigo… trae un par de botellas más… ¿Qué estaba diciendo?

—Hablabas de los perros que matan más ratas —contestó Pitt con dulzura, sirviéndole una copa de vino.

—Es verdad; de los perros que más ratas matan… ¿Te gustan los deportes, Pitt? ¿Quieres ver en funciones al campeón de los fox-terriers? Pues vente conmigo hasta la casa de Tom el… Pero ¡estoy hablando en tonto! ¿Por ventura ignoro que no eres capaz de distinguir entre un foxterrier y un pato?

—En realidad, de lo que hablabas era de la sangre, de las ventajas que tenemos los que pertenecemos a la nobleza… ¡Hola! ¡Ya podemos entendérnoslas con esta nueva botella!

—Sí, sí: la sangre lo es todo; en los caballos, en los perros, en los hombres —prosiguió Jimmy sirviéndose vino—. No hace mucho tiempo, estábamos tomando cerveza Ringwood, el hijo de lord Cinqbar y yo, cuando se nos presentó Bambury

brindándose a luchar con cualquiera de nosotros. No estaba yo en condiciones de aceptar el reto, porque apenas si podía servirme del brazo derecho, que medio me había fracturado dos días antes mi maldita yegua. Digo que con gran sentimiento hube de declinar la invitación; pero Ringwood se quitó inmediatamente la chaqueta, se plantó frente a Bambury y, en menos de tres minutos, lo dejó tendido en tierra… ¡Había que ver cómo le tendió! ¡Con qué limpieza! ¡Si es lo que yo digo… la sangre, y nada más que la sangre!

—Pero observo que no bebes, Jimmy. En mis tiempos, los que estudiábamos en Oxford sabíamos vaciar una botella en la cuarta parte del tiempo del que, por lo visto, necesitas tú.

—¡Mira, primo, no me vengas con bromas! —exclamó Jimmy—. Quieres alumbrarme, pero no lo conseguirás. In vino ventas, chico. Marte, Baco, Apolo virorum, ¿eh? Nuestra tía debería enviar algunas de estas botellas a casa; ¿no te parece?

—Indícaselo, y seguramente te complacerá… pero mejor será aprovecharse ahora. ¿Qué dice el poeta? «*Nunc vino pellite curas, Cras ingens iterabimus cequor*».

En la casa de sus padres, cuando a los postres se descorchaba una botella de vino de Oporto, bebía la madre un solo vaso, Jimmy dos, por regla general, pero como el padre fruncía terriblemente el entrecejo si su vástago hacía más de dos visitas a la botella, el muchacho solía refrenar sus deseos de beber, excepto cuando recurría al vino común o se dirigía a la cuadra para apagar su sed con ginebra en compañía del cochero. En Oxford, nadie le tasaba la ración de vino, pero lo bebía de clase inferior. En la casa de su tía encontró cantidad y calidad, y como quiera que sabía apreciar una y otra, sin necesidad de las instancias de su primo habría vaciado la botella que Bowls acababa de servir.

Pero llegó el momento de tomar el café, y en cuanto se vio en presencia de las señoras, nuestro caballerito, presa de la misma cortedad que le dominaba de estudiante, perdió bruscamente su franqueza y alegre verbosidad y recayó en la timidez y silencio que le eran habituales. El resto de la velada se lo pasó diciendo sí o no a tontas y a locas, mirando descaradamente a Jeannie, y volcando de tanto en tanto alguna taza de café.

Pero si no hablaba, en cambio bostezaba ruidosamente y miraba con fijeza molesta a los contertulios.

—Poco comunicativo es el muchacho —dijo la solterona dirigiéndose a Pitt.

—Lo es más cuando se encuentra entre hombres solos —respondió lacónicamente el Maquiavelo de nuevo cuño, sintiendo que el vino de Oporto no hubiese desatado la lengua a su primo.

Jimmy dedicó una buena parte de la mañana siguiente a la descripción que hizo, en una carta dirigida a su madre, de la brillante acogida que le había dispensado su

tía. ¡Ah! ¡No sospechaba el infeliz las amargas desventuras que le deparaba el día, no sospechaba que su reinado en el favor de su tía sería muy transitorio, un ejemplo más de la fugacidad de las cosas de este mundo miserable! Había olvidado Jimmy una circunstancia… tan trivial como fatal para él, ocurrida en la posada del Cojo la noche que precedió a la visita hecha a su tía. Nuestro héroe, generoso por temperamento, y especialmente cuando había bebido con algún exceso, invitó a tomar unos vasos de ginebra a cinco o seis amigos que encontró en Brighton, de lo que resultó que en su cuenta le fueron cargados la friolera de dieciocho vasos de ginebra a diecisiete peniques cada uno. Lo de menos era el importe, que no fue la suma total de dinero, sino la cantidad de ginebra lo que entrañaba un cargo fatal contra las costumbres de Jimmy. Fue el caso que el dueño de la posada, cuando se presentó Bowls, por orden de su señora, a pagar la cuenta, temiendo los reparos que aquél pudiera oponer a su pago si le hablaba de los amigos que participaron de la ginebra, juró por la salvación de su ánima que el consumo lo había hecho personalmente el joven viajero. Bowls pagó la cuenta; pero asustado ante tan horrible prodigalidad de ginebra, la dio a leer a la Briggs, la cual a su vez creyó que era obligación suya explicar la circunstancia a su principal, la señorita Matilde.

Si Jimmy se hubiese engullido dos docenas de botellas de vino de Oporto, la solterona le habría perdonado sin dificultad. Sabía muy bien que los famosos señores Fox y Sheridan bebían vino de Oporto: al fin y al cabo, el vino de Oporto era bebida digna de un caballero: pero engullirse dieciocho vasos de ginebra en una posada innoble, era un crimen repugnante que no merecía perdón.

Durante el día, Jimmy fue perdiendo su cortedad. En la mesa, mientras la comida, estuvo decidor y bromista. Dos o tres veces se permitió hablar medio en serio, medio en broma, contra su primo Pitt; bebió muchísimo más que el día anterior y, más tarde, habiendo entrado en el salón sin que nadie le llamase, entabló conversación con las señoras y quiso divertirlas contándoles algunas historietas escogidas, ocurridas en la universidad de Oxford. Describió las cualidades pugilísticas de Molyneux y de Dutch Sam, ofreció a lady Jane cubrir cuantas apuestas hiciera ella en favor de Tutbury y contra el campeón de Rottinghead, o bien al contrario, y terminó retando a su primo a un asalto de boxeo, con o sin guantes, que podrían reñir en el salón y a presencia de las señoras.

—Nos propinaremos unos puñetazos soberbios, primo mío —dijo Jimmy, riendo a carcajadas—. Te advierto que mi padre me encargó que te moliese los huesos, así que no haré más que cumplir sus deseos; ¡ja, ja, ja, ja!

Llegó la hora de recogerse. La solterona se levantó y salió del salón, no sin que antes Jimmy atravesase la estancia con paso vacilante y le diera las buenas noches dirigiéndole la sonrisa más agradable que un borracho encuentra a su disposición. Nuestro héroe se despidió seguidamente de las personas que en el salón quedaban y

subió a su cuarto, plenamente convencido de que la fortuna de su tía pasaría irremisiblemente a poder de sus padres.

Harto desesperada era la situación del infeliz muchacho, pero una imprudencia suya la empeoró todavía más. La luna, que bañaba con sus dulces resplandores un mar tranquilo y rumoroso, atrajo a la ventana a Jimmy, que quedó embelesado ante el romántico aspecto que ofrecían el cielo y el mar. Creyó nuestro héroe que nada le impedía unir el goce del humo al que la contemplación de la naturaleza le proporcionaba, y, seguro de que nadie habría de oler el perfume del tabaco si fumaba en la ventana, sacó su pipa y la encendió. No se le ocurrió pensar que, abiertas como estaban la puerta y la ventana del cuarto, se establecía una corriente de aire que llevaba el aroma del tabaco escaleras abajo, y que concluyó por infiltrarlo en las habitaciones de la solterona y de la señorita Briggs.

Fue aquél el golpe de gracia. Probablemente nunca sospecharon los habitantes de la rectoral de Crawley de la Reina los miles de libras esterlinas que les costó la malhadada pipa que la noche en cuestión fumó su hijo. La Firkin bajó a la habitación de Bowls, quien con voz cavernosa y sepulcral leía a su ayudante El fuego eterno y sus calderas. Tal espanto reflejaba el rostro de la Firkin, que el mayordomo y su oyente creyeron que había ladrones en la casa y que la doncella había visto sus pies debajo de la cama de la señora. Cuando Bowls supo de qué se trataba, echó a correr escalera arriba y se presentó en el cuarto de Jimmy, diciendo:

—¡Por Dios vivo, señor… tire usted esa pipa! ¡Oh, caballero Jimmy! ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha hecho usted, señor? —repitió con voz más consternada, arrancando la pipa de la boca del fumador y arrojándola por la ventana—. ¡La señorita no puede sufrir el humo del tabaco!

—¿No? ¿Y quién le manda fumar? —contestó Jimmy soltando la carcajada, persuadido de que acababa de hacer un buen chiste.

Sus ideas se modificaron sensiblemente cuando, al despertar, se presentó en su cuarto el ayudante del señor Bowls llevándole las botas limpias, agua caliente para afeitarse y una cartita de puño y letra de la señorita Briggs, concebida en los siguientes términos:

> Muy señor mío: La señorita ha pasado una noche horrorosa a consecuencia del repugnante olor a tabaco que inundó toda la casa. Me encarga la señorita que manifieste a usted que siente mucho que el estado delicado de su salud le impida decir a usted adiós antes de su marcha, y sobre todo, que lamenta de veras haber sacado a usted de la posada, donde con seguridad se encontrará usted más a gusto que en esta casa, mientras sus asuntos le obliguen a permanecer en Brighton.

He aquí cómo terminó la carrera del buen Jimmy como candidato al favor de su tía.

¿Dónde estaban durante este tiempo los que en la caza de la fortuna de la solterona fueron los favoritos? Becky y Rawdon, conforme hemos visto, se reunieron después de la batalla de Waterloo y pasaban alegremente en París el invierno de 1815, disfrutando de todos los refinamientos del lujo. Becky, arbitrista notable, con el dinero que arrancó a Joseph Sedley a cambio de los dos caballos, tenía lo suficiente para vivir un año sin carecer de nada.

En París, Becky marchó de triunfo en triunfo. Las damas francesas votaron unánimemente que era encantadora. Becky hablaba su idioma a la perfección, adoptó desde el primer día la gracia característica de la mujer francesa, la vivacidad de sus movimientos, sus modales. Claro está que su marido era un estúpido… todos los ingleses lo son… un estúpido, ciego y sordo, por añadidura, circunstancias todas estas que, en París, lejos de hacer desmerecer a los maridos, avaloran su mérito. El tal marido era el heredero de la riquísima y espiritual señorita Crawley, cuyos salones frecuentó toda la nobleza francesa durante la emigración; era, pues, muy natural que la distinguida esposa del coronel encontrase abiertas de par en par las puertas de todos los palacios.

Una de las damas más linajudas de París, escribió a la solterona Matilde Crawley una carta, de la cual entresacamos los siguientes párrafos:

> ¿Por qué nuestra queridísima amiga no se reúne con sus adorables sobrinos y sus leales amigos de París, que nunca la olvidan? Todo el mundo *raffole* de la encantadora señora de Crawley, todo el mundo se hace lenguas de su *espiégle* hermosura. Si; en ella vemos reflejadas la gracia, el atractivo, el talento de nuestra idolatrada amiga Matilde. Ayer la vio el rey en las Tullerías, y no hay desde entonces dama en París que no envidie la atención que monsieur le dedica. ¡Si hubiese usted podido ver el despecho, la rabia que reflejaba el rostro de cierta milady Bareacres, una estúpida dama, cuya nariz, semejante al pico de un águila, y cuyo sombrero con plumas, se destacan sobre todas las cabezas en las reuniones, cuando madame la duquesa de Angulema, augusta hija y compañera de reyes, manifestó deseos de ser presentada a la hija querida, a la protegida de la generosa Matilde de Crawley, para darle gracias, en nombre de Francia, por la benevolencia con que trató a los infortunados de nuestra patria durante su destierro! Brilla en todos nuestros salones, asiste a todos los bailes, la rodean los homenajes de todos los caballeros, está hermosísima… no obstante hallarse en vísperas de ser madre. Hasta los ogros verterían lágrimas si la oyesen hablar de usted, de su protectora, de su madre.

¡Ah! ¡Cuánto la quiere! ¡Y cuánto admiramos, cuánto adoramos todos a nuestra admirable, a nuestra respetable señorita Matilde de Crawley!

Es de temer que la entusista carta de la elevadísima dama parisiense halagase muy poco a la admirable, a la respetable pariente y protectora de Becky. La furia de la vieja solterona no reconoció límites al darse cuenta de la imperdonable audacia con que Becky utilizó su nombre para penetrar en los salones de París. Demasiado fuera de sí para contestar en francés la carta recibida, dictó a la Briggs una respuesta violenta en inglés, renegando de Rawdon y de su mujer, y aconsejando que desconfiasen de esta última, que era la más artificiosa, la más intrigante, la más peligrosa de las criaturas humanas. Pero era el caso que la señora duquesa de X… no había vivido más que veinte años en Inglaterra, y, de consiguiente, no entendía palabra de inglés; contentóse, pues, con decir a Becky que había recibido de su tía una carta encantadora, llena de elogios para su sobrina, informe que hizo creer a ésta que la cólera de la vieja había disminuido y estaba próxima a terminar.

En París, no había mujer más divertida, más admirada ni más festejada que Becky. Sus salones parecían centro de reunión de un congreso europeo: en ellos se codeaban los prusianos con los cosacos, los españoles con los ingleses. La calle Baker hubiese palidecido de envidia ante la profusión de grandes cordones y cruces que llenaban los salones de la humilde Becky. Caudillos famosos se disputaban el honor de cabalgar junto a las portezuelas de su coche cuando salía al Bosque, o inundaban su palco las noches que asistía a la ópera. Rawdon destilaba contento por todos los poros de su cuerpo; en París se jugaba sin tasa y la suerte continuaba siendo su fiel aliada. El más descontento de nuestros antiguos conocidos era el general Tufto; su señora se encontraba en París, y como si este *contretemps* no fuese bastante, eran muchos los generales que mariposeaban en torno de Becky. Rabiaban las linajudas señoronas inglesas al verse eclipsadas por una advenediza como Becky, pero como ésta veía a su lado a todos los hombres, no sólo se consolaba de los desdenes de aquéllas, sino que las despreciaba.

Así pasó el invierno de 1815-16 para la señora de Rawdon Crawley, quien supo habituarse a la vida de lujo y de elegancia como si su familia no hubiese conocido otra desde muchos siglos atrás.

En los comienzos de la primavera de 1816, el *Journal Galignani* publicó el siguiente anuncio:

«La distinguida esposa del teniente coronel Crawley ha dado a luz con toda felicidad, el día 26 de marzo, a su primer hijo y heredero».

Copiaron la noticia los periódicos de Londres, en uno de los cuales la leyó la Briggs a su señora a la hora del desayuno. Aunque el suceso estaba previsto, provocó una crisis terrible en los asuntos de la familia Crawley. El furor de la vieja solterona

llegó al paroxismo. Inmediatamente llamó a su sobrino Pitt y a la condesa viuda de Southdown y exigió que fuese celebrado sin dilación el matrimonio proyectado tanto tiempo antes. Al propio tiempo anunció su decisión de dar a los recién casados una renta de mil libras anuales mientras viviese, aparte de que, a su muerte, heredarían su fortuna su sobrino Pitt y la encantadora Jeannie. El notario redactó el contrato matrimonial. El matrimonio lo bendijo un obispo y no el reverendo Bartholomew Irons.

Una vez casado, Pitt hubiese querido hacer un viaje con su joven esposa, como es uso y costumbre entre las personas de posición, pero tal grado de intensidad había alcanzado el cariño que la solterona profesaba a la desposada, que habría sido crueldad separarla ni siquiera momentáneamente de su favorita. Pitt y su mujer hubieron de vivir con la señorita Matilde, con viva contrariedad del primero, que quedó sujeto a los caprichos de su tía y a las rarezas de su suegra, pues ésta había venido a fijar su residencia en la casa inmediata, desde la cual pretendía reinar sobre Pitt, Jeannie, Matilde, Briggs, Firkin… sobre el mundo entero. Había que tragar, sin despegar los labios, sus drogas y folletos religiosos. Despidió a Creamer, nombró a Rodgers médico de la casa, y en muy breve tiempo, arrancó a Matilde hasta las apariencias de autoridad. La infortunada solterona se hizo tan tímida, que ni se atrevía ya a reñir a la Briggs. En la proporción que el cariño hacia su sobrina, aumentaban sus terrores…

¡Que el cielo te conceda la paz, solterona amable y egoísta, vieja vana y generosa! No volveremos a verte… ¡Ojalá la solicitud de lady Jane te sostenga en tus últimos pasos sobre la tierra y te conforte cuando te llegue la hora de abandonar la incesante lucha de la feria de las vanidades!

Capítulo XXXV

Viuda y madre

RECIBIÉRONSE A LA VEZ en Inglaterra las noticias de las dos grandes batallas de Quatre-Bras y Waterloo. La Gaceta publicó, ante todo, el glorioso resultado de entrambos hechos de armas, llenando al Reino Unido de orgullo y de temor. Vinieron luego los detalles, y al anuncio de las victorias siguió la lista de muertos y heridos. ¿Hay lengua capaz de expresar el espanto con que la terrible lista era leída? No, parece imposible que puedan ser concebidos los sentimientos ora de júbilo y de gratitud, ora de desesperación y de mortal angustia, que, en todos los pueblos y hogares de los tres reinos unidos, invadían a amigos y deudos cuando comprobaban que el ser querido se había salvado, o, por el contrario, que había caído en el campo de batalla. Hoy mismo, no obstante el tiempo transcurrido, sería imposible releer la prensa periódica de aquellos días sin experimentar los sentimientos apuntados. ¡Horribles tiempos los de guerra! Las relaciones de muertos se suceden unas a otras, salen a diario de las redacciones para difundir el dolor por millares de hogares.

En la familia Osborne produjeron los efectos del rayo las noticias publicadas por la Gaceta. Las muchachas se entregaron sin reservas a la desesperación; el padre, minado ya por un pesar silencioso y acerbo, se doblegó abatido bajo el peso de este último infortunio. Intentó persuadirse de que la mano de Dios había herido a su hijo para castigar su desobediencia, pero resistiéndose a confesar que la dureza del castigo le llenaba de pavor, no queriendo reconocer que lamentaba que sus maldiciones hubiesen tenido cumplimiento tan pronto y exacto. Con frecuencia sentía estremecimientos de terror, con frecuencia pensaba temblando que había sido él quien atrajo la desgracia sobre la cabeza de su hijo. Hasta entonces, no había perdido las esperanzas de reconciliación: su hijo podía quedar viudo o volver rendido a su padre y exclamar: ¡Padre, pequé contra ti!, pero el vendaval de la desventura había disipado estas esperanzas: su hijo sé encontraba ya en la orilla opuesta del infranqueable abismo y desde allí perseguía a su padre con miradas tristes llenas de reproches. Resurgía en su memoria el recuerdo de la enfermedad que años atrás había llevado a su hijo hasta el borde de la tumba. El muchacho yacía en el lecho del dolor, abrasado por la fiebre, delirante, sin conocerle, mirándole con ojos velados. ¡Santo Dios, y con qué ansiedad seguía el desventurado padre al médico! ¡Y qué montaña de pena abrumadora dejó de gravitar sobre su pecho el día que, desaparecida la fiebre, entró el muchacho en período de franca convalecencia y volvió a mirar al autor de sus días con ojos donde de nuevo fulguraba la inteligencia! Mas ¡ah!, en el caso presente, no

había esperanzas de curación, ni de reconciliación; ya los labios del joven no se abrirían jamás, no podrían pronunciar palabras humildes que suavizasen la vanidad enfurecida del viejo o moderasen el curso precipitado de su sangre colérica y emponzoñada. Sería difícil precisar cuál de los dos pensamientos siguientes penetraba más adentro y producía dolor más agudo en el corazón de aquel padre: que su hijo hubiera salido de la jurisdicción de su perdón, o que su propio orgullo herido hubiese perdido para siempre las esperanzas de escuchar las frases de arrepentimiento que ambicionaba.

En medio de sus infortunios, en medio de sus dolores, aquel viejo orgulloso y duro a nadie tenía a quien abrir su corazón. No se le oyó pronunciar una sola vez el nombre de su hijo, ni siquiera delante de las hermanas de éste, pero ordenó a la mayor de sus hijas que toda la casa vistiese de luto. Ya no se daban reuniones, ya no se daban fiestas en la mansión de los Osborne, tan alegre en otro tiempo. Nada dijo a su futuro yerno, para cuyo matrimonio había sido señalado ya el día; pero el rostro del anciano hablaba con mayor elocuencia de lo que hubiese podido hacerlo su lengua, y el señor Bullock ni preguntó ni intentó apresurar la ceremonia, únicamente en el salón, donde no entraba el padre, hablaban alguna vez las hijas, pero siempre con voz muy baja. Todas las habitaciones de la casa que daban a la calle fueron cerradas, y no volvieron a abrirse hasta que pasó el tiempo de luto.

Unas tres semanas después del día 18 de junio se presentó en la mansión de los Osborne uno de los antiguos conocidos de la familia, el padre del capitán Dobbin, extraordinariamente pálido y presa de viva agitación. Con gran insistencia manifestó deseos de ver al padre de George. Introducido en el despacho del jefe de la casa, después de cambiar con éste algunas frases ininteligibles, sacó del bolsillo un sobre cerrado y lacrado con lacre rojo.

—Mi hijo, el comandante Dobbin —dijo el visitante—, me envió una carta por conducto de uno de los oficiales de su regimiento, que ha llegado hoy. La carta de mi hijo contenía otra para usted, señor Osborne.

El visitante dejó sobre la mesa una carta que el padre de George contempló durante algunos segundos en silencio. Su aspecto y miradas asustaron al embajador, quien, después de dirigir una mirada medrosa al conturbado viejo, se fue sin decir más.

La carta era de puño y letra de George. La había escrito al romper el día 16 de junio, poco antes de despedirse de Amelia. Sobre el lacre rojo campeaba el escudo de armas que el viejo Osborne había adoptado, en el cual se leía la siguiente divisa: Pax in bello. Era el escudo de la casa ducal con la que el viejo quería creerse ligado por vínculos de sangre. La mano que firmó aquella carta no volvería a sostener una pluma ni a esgrimir una espada. Hasta el sello que dejó la impresión sobre el lacre había sido robado por los que registraron el cadáver de George en el mismo campo de batalla.

Faltó poco para que el viejo cayese desmayado cuando, al cabo de un rato, alargó el brazo y se dispuso a abrir aquella carta. No decía ésta gran cosa. Un sentimiento de altivez impidió a George abandonarse a la dulce ternura que al escribirla inundaba su corazón. Decía únicamente que, en vísperas de tomar parte en una gran batalla, deseaba decir adiós a su padre, recomendarle, en aquel momento solemne, a la esposa… acaso al hijo, que dejaba en el mundo. Manifestaba con arrepentimiento que sus irregularidades y extravagancias habían dilapidado la mayor parte de la exigua fortuna materna, daba gracias a su padre por la generosidad con que hasta el día de su matrimonio le trató, y le prometía, cualquiera que fuese la suerte que el destino le tuviera reservada, mostrarse siempre digno del apellido que llevaba.

Su altivez inglesa, su orgullo, falsos respetos humanos tal vez, le impidieron decir más. El viejo no pudo ver, como es natural, el beso de ternura que George había estampado sobre el nombre de su padre. La carta escapó de las manos del padre, en cuyo pecho luchaban fiera batalla el cariño y el ansia de venganza: continuaba idolatrando a su hijo, pero sin perdonarle.

Unos dos meses más tarde, sus hijas, al acompañar a su padre a la iglesia, observaron que se colocaba en sitio distinto del que ocupaba de ordinario, y que, desde allí, contemplaba con mirada fija la parte del muro que estaba por encima de sus cabezas. Los ojos de las muchachas tomaron inmediatamente la misma dirección, y distinguieron un hermoso bajo relieve, esculpido en el muro, que representaba a la Gran Bretaña llorando sobre una urna: al pie de ésta se veía una espada rota y un león yacente, indicación de que se trataba de un monumento conmemorativo consagrado a la memoria de un guerrero muerto en el campo del honor. Los escultores de aquellos días tenían copioso repertorio de emblemas funerarios: buena prueba de ello son los muros de la iglesia de San Paul, donde se cuentan por centenares las alegorías de este género. Coronaban el bajo relieve las conocidas armas de los Osborne, y al pie del mismo habían grabado una inscripción así concebida:

A LA MEMORIA DE GEORGE OSBORNE,
CAPITÁN DE LOS EJÉRCITOS DE SU MAJESTAD,
MUERTO A LA EDAD DE 28 AÑOS,
COMBATIENDO POR SU REY Y POR SU PATRIA
EN LA GLORIOSA BATALLA DE WATERLOO.
EL DÍA 18 DE JUNIO DE 1815.
Dulce et decorum est pro patria mori.

La vista de la lápida conmemorativa agitó en tales términos a las dos muchachas, que las obligó a salir de la iglesia. Los asistentes se apartaron respetuosamente para abrir paso a aquellas jóvenes enlutadas, cuyos sollozos excitaban la compasión en tanto grado como el mudo dolor del anciano padre que, inmóvil como una estatua, contemplaba el monumento elevado a la memoria del soldado muerto.

—¿Perdonará a la esposa de George? —se preguntaron las niñas, luego que se calmó el primer desbordamiento de su pesar.

Las relaciones de la familia Osborne, que tantos comentarios habían hecho sobre la ruptura de relaciones entre padre e hijo, sobrevenida a consecuencia del matrimonio del último, hablaban ahora sobre las probabilidades de reconciliación entre el anciano y la joven viuda. Hasta se cruzaron no pocas apuestas a este propósito.

Si las hermanas de George abrigaron temores respecto a la probabilidad de que las puertas de la casa de su padre fueran un día abiertas a Amelia, si recelaron que la desdichada viuda de su hermano entrase a formar parte de la familia, sus temores debieron agrandarse considerablemente cuando, a fines de otoño, anunció su padre la resolución de hacer un viaje por el continente. Aunque no explicó cuál sería el término de su peregrinación, desde luego adivinaron que se dirigiría a Bélgica, donde les constaba que continuaba la viuda de George, pues con frecuencia recibían noticias de ésta por conducto de la madre y hermanas de Dobbin. Éste había ascendido a comandante y continuaba en el mismo regimiento, cubriendo la vacante de su predecesor, muerto en el campo de batalla. También nuestro valiente amigo O'Dowd, como recompensa por su heroico comportamiento en la batalla de Waterloo, había sido promovido al grado de coronel. Abundaban en Bruselas los oficiales y soldados del regimiento a que perteneció George que, heridos en alguna de las terribles jornadas de Quatre-Bras y Waterloo, pasaban el otoño en la capital de Bélgica curándose sus heridas. Desde los días de las dos cruentas batallas, hasta varios meses después, fue la ciudad un vasto hospital, y, a medida que pasaban los días, y los heridos podían abandonar sus lechos, jardines, plazas y establecimientos públicos estaban llenos de guerreros, viejos y jóvenes, que, recién escapados de las garras de la muerte, caían en las del juego, o del placer, conforme es uso y costumbre entre los moradores de la feria de las vanidades. Sin dificultad encontró el señor Osborne a uno de los que sirvieron en el regimiento de su hijo: conocía perfectamente el uniforme y estaba muy habituado a alternar con los oficiales. El mismo día de su llegada a Bruselas, en el momento de salir del hotel donde se hospedaba, que daba frente al parque, vio a un soldado del regimiento de George sentado en un banco de piedra. Lleno de emoción y temblando fue a sentarse junto al convaleciente.

—¿Pertenecía usted a la compañía que mandaba el capitán Osborne? —preguntó al cabo de algunos momentos—. Era mi hijo, amigo mío.

No pertenecía a la compañía de George el bravo soldado a quien fue dirigida la anterior pregunta, pero alzó con dificultad el brazo herido, saludó militarmente y, fijando en el contristado caballero que le interrogaba una mirada llena de conmiseración y de respeto, respondió:

—En nuestro regimiento no había oficial más bueno, más amable y más valiente

que el capitán Osborne. Yo no servía en su compañía, pero en la ciudad se encuentra actualmente el sargento de la misma, recién salido del hospital y convaleciente de un balazo que recibió en un hombro. Podrá verle el señor, si lo desea, en la seguridad de que ha de poder facilitarle cuantos informes desee sobre… sobre el comportamiento heroico del regimiento. Supongo, sin embargo, que el señor habrá hablado con el comandante Dobbin, amigo inseparable del capitán, y con la viuda de éste, que se encuentra enferma de cuidado, según he oído decir Aseguran que por espacio de seis semanas ha estado loca… Pero perdóneme el señor si le he molestado contándole cosas que indudablemente sabe mejor que yo.

Puso Osborne una guinea en la mano del soldado y le prometió otra para cuando le trajese al sargento al hotel del parque. No tardó en encontrarse el sargento deseado en presencia del viejo. El soldado con quien éste hablara se despidió, una vez cumplido el encargo, y como refiriera a uno o dos camaradas suyos la llegada del padre del capitán Osborne y ponderase la generosidad con que había pagado sus informes, aquéllos quisieron celebrarlo, y no abandonaron al convaleciente hasta que cambiaron por vino y aguardiente las dos monedas de oro que habían salido del altivo y dolorido padre.

Acompañado por el sargento, Osborne se dirigió a Waterloo y Quatre-Bras, viaje que habían hecho millares de compatriotas suyos. Hizo subir al sargento en su coche y recorrió los dos teatros de las batallas. Vio las posiciones que el regimiento de George ocupó el día 16 y la rampa donde fue contenido el empuje de la caballería francesa, que acuchillaba a los belgas en su retirada. Allí fue donde el bravo capitán mató al oficial francés que luchaba con el portaestandarte para arrebatarle la enseña del regimiento. Desde allí pasó al lugar donde acampó el regimiento la noche del 17, aguantando los rigores de una lluvia persistente. Un poquito más allá estaba la posición que el regimiento tomó al enemigo y sostuvo durante el día entero, no obstante las repetidas cargas de caballería y el furioso cañoneo de que fue objeto. De allí salió el regimiento, hacia el final de la jornada, obedeciendo la orden de avance general, y pocas varas más allá fue donde George, que iba al frente de su compañía animando y enardeciendo con su ejemplo a los soldados, recibió el balazo que le dejó sin vida.

—El comandante Dobbin mandó trasladar a Bruselas el cadáver del capitán —terminó el sargento— e hizo que fuese enterrado decorosamente.

Mientras el sargento narraba su historia, rondaban en torno de los interlocutores varios tratantes en reliquias, que ofrecían a voz en grito toda clase de recuerdos de las jornadas: cruces, charreteras, espadas rotas, pedazos de coraza y águilas. Osborne recompensó espléndidamente al sargento cuando se despidió de él después de visitados los lugares donde su hijo acabó su peregrinación sobre la tierra. Había visitado anteriormente el cementerio donde reposaba su cadáver: en honor a la verdad

diremos que fue lo primero que visitó en Bruselas. Había sido enterrado George en el cementerio de Laeken, próximo a la ciudad, donde bromeando había manifestado deseos de recibir sepultura un día que visitó por pasatiempo el cementerio. Descansaba su cadáver en la parcela no bendecida del santo lugar, separada por una valla del general, donde eran enterrados los católicos. El viejo Osborne creyó que era depresivo, humillante, que su hijo, un noble inglés, un capitán del famoso ejército de la Gran Bretaña, no hubiera sido considerado digno de descansar junto a los naturales de la ciudad.

A su regreso del campo de batalla de Waterloo, el coche ocupado por Osborne tropezó, casi a las puertas de la capital, con un carruaje descubierto, que llevaba dirección opuesta, e iba ocupado por dos señoras y un caballero. Junto a la portezuela trotaba un oficial a caballo. Osborne se encogió cuanto pudo, y el sargento, sentado a su lado, le miró con sorpresa a tiempo que saludaba militarmente al oficial, el cual le devolvió automáticamente el saludo. Las personas que ocupaban el carruaje eran Amelia, el joven portaestandarte, no bien curado de su herida, y la señora O'Dowd. Era Amelia, pero ¡cuán cambiada estaba! Con trabajo la reconoció Osborne. Su cara flaca y contristada tenía la blancura del papel, las tocas de la viudez recogían su hermoso cabello castaño, y sus ojos miraban fijamente, pero sin ver nada. Se posaron sobre el rostro de Osborne y no le reconocieron; verdad es que tampoco la conoció el viejo hasta que se fijó en Dobbin, que era el jinete que trotaba junto a la portezuela. El viejo sintió una oleada de odio; hasta aquel instante no se dio cuenta cabal del aborrecimiento feroz que hacia aquella desdichada criatura sentía. Luego que se cruzaron los carruajes, se volvió y clavó sus ojos en el sargento que le observaba sorprendido. Su mirada parecía querer decir: «¿Qué es lo que le sorprende? Odio a esa mujer, la odio con todas las fuerzas de mi alma… Fue esa mujer la que echó por tierra el castillo soberbio de mis esperanzas, la que abatió mi legítimo orgullo».

Un minuto más tarde, galopaba un caballo tras el coche de Osborne. Montábalo Dobbin, el cual, abismado en sus pensamientos en el momento de cruzarse los coches, no conoció al viejo hasta momentos después. La impasibilidad del rostro de Amelia le hizo comprender que no había conocido al padre de su adorado, y entonces, sacando el reloj del bolsillo y pretextando una cita, olvidada hasta aquel instante, volvió grupas y puso su caballo al galope. Ni le oyó Amelia ni advirtió su marcha; pensaba la infeliz en los bosques que se alzaban a lo lejos, entre los cuales había pasado George el día que se despidió de ella para siempre.

—¡Señor Osborne!… ¡Señor Osborne! —gritó Dobbin, haciendo señas con el brazo.

El viejo gritó al cochero que pusiera los caballos al galope.

—¡Señor Osborne!… —repitió Dobbin, acercándose al coche.

Los labios del iracundo anciano barbotaron una maldición.

—Necesito ver a usted —prosiguió Dobbin—. Estoy encargado de un mensaje para usted.

—¿De parte de esa mujer? —vociferó con fiereza el viejo.

—No… de parte de su hijo de usted —replicó Dobbin.

Osborne cayó abatido en el fondo del coche. Dobbin respetó aquellos momentos de dolor, se colocó detrás del carruaje y atravesó la ciudad llegando hasta el hotel donde se hospedaba el viejo sin dirigirle la palabra. Una vez allí, desmontó y siguió al padre de su amigo hasta sus habitaciones. Eran las mismas que ocuparon Becky y su marido durante su estancia en Bruselas.

—¿Deseaba usted algo de mí, capitán Dobbin?… Perdone usted. Debí decir comandante Dobbin, gracias a la muerte de otros, mejores que usted, y cuyo puesto ha ocupado —dijo el viejo, con la entonación de amargo sarcasmo que con frecuencia empleaba.

—En efecto —contestó Dobbin—: hombres que valían mil veces más que yo perdieron la vida: de uno de ellos precisamente tengo necesidad de hablarle a usted.

—Acabe usted pronto —gritó el viejo lanzando un juramento.

—Vengo aquí en calidad del amigo más íntimo de su hijo, como ejecutor de su última voluntad. Antes de salir para el campo de batalla hizo testamento; que sus recursos eran muy módicos lo sabe usted mejor que nadie, pero acaso ignore usted el deplorable estado en que queda la viuda.

—¡Nada tengo que ver con la viuda… no la conozco! ¡Que vuelva al lado de su padre!

Dobbin, que estaba resuelto a no perder la paciencia, continuó de esta suerte, sin hacer caso de la interrupción:

—¿Conoce usted, caballero, la situación de la viuda Osborne? El golpe terrible que la hirió destruyó a la vez su salud y su razón, y es muy dudoso que llegue a reponerse. Una probabilidad de salvación le queda, sin embargo, y es la que motiva mi visita. Dentro de muy poco será madre. ¿Castigará usted en el hijo las ofensas del padre? O bien, ¿perdonará a una criatura inocente por amor a quien le dio el ser?

Osborne soltó una letanía de imprecaciones mezcladas con alabanzas propias: en primer lugar, excusó su conducta cruel, y en segundo, exageró hasta lo infinito el pecado de George. A creerle, no había en todo el Reino Unido padre que hubiese tratado con tanta generosidad y paciencia como él a un hijo rebelde y culpable que, ni en vísperas de morir había querido confesar sus errores. Nada más natural que sufriesen los suyos las consecuencias de sus graves culpas. En cuanto a él, siempre fue esclavo de su palabra: juró no dirigir la palabra a aquella mujer, no reconocerla jamás como esposa de su hijo, y cumpliría su juramento.

—Puede usted decírselo así a la interesada —acabó.

Fuerza era renunciar a toda esperanza. La viuda de George no podía contar sino

con sus exiguos recursos y con el auxilio que pudiera prestarle su hermano Joseph.

—Se lo diré —pensó Dobbin—: preferible es hacerlo ahora que todo le es indiferente.

Era verdad: el peso de la desgracia había aniquilado a aquella pobre criatura: podía decirse que sus facultades mentales habían dejado de funcionar desde el infausto día de la catástrofe.

Dejemos pasar doce meses sobre la vida de la infortunada Amelia. La primera parte de este tiempo lo ha pasado torturada por la más aguda y profunda de las amarguras, amargura tan cruel, que nosotros, que conocemos cuan accesible era aquel corazón ternísimo a la visita de las emociones, nos vemos obligados a retroceder a la vista de la herida tremenda que la desgracia abrió en su sensible alma. Adelantemos con paso quedo hasta el humilde lecho donde yace la infeliz. Cerremos sigilosamente la puerta de la obscura habitación donde almas caritativas la atendieron durante los meses de su agonía, y no la abandonemos hasta que el cielo compasivo le envié el único consuelo que puede salvarla.

Alboreó al fin el día… día de alegría inefable saturada de sentimiento, en que la triste viuda estrechó contra su pecho un niño, un niño cuyos ojos eran los de George, un niño pequeñito, lindo como un querubín. Su primer grito pareció a todos los presentes un milagro y Amelia, al escucharlo, comenzó a reír y a llorar a un tiempo. De nuevo en su pecho nacían el amor, la esperanza y la plegaria. Se había salvado. Los médicos que la cuidaban y habían temido por su vida o por su razón, esperaron con viva ansiedad la crisis y no osaron formular pronósticos hasta después de pasada aquélla. Bien merecida tenían las personas que la rodeaban la alegría que experimentaron al leer la razón y la ternura en los ojos de la enferma.

Una de aquéllas era William Dobbin. Él fue quien meses antes la había llevado a Inglaterra y dejado en la casa de su madre cuando la señora O’Dowd, llamada precipitadamente por su marido el coronel, hubo de abandonar a la paciente. El hombre menos propenso a la alegría habría reído gozoso si hubiese tenido ocasión de ver a Dobbin paseando al niño, y a Amelia contemplándole con la risa en los labios. Era su padrino, y como tal, se desvivía comprando cucharitas, copas y chupadores para aquel diminuto cristiano.

Su madre le cuidaba, y le vestía, y no vivía más que por él y para él. Quería ser su niñera única, no toleraba que le tocasen otras manos que las suyas, y creía que el favor más señalado que podía hacer a su padrino era consentir que le tuviese alguna que otra vez en sus brazos. Durante las noches, cuando se encontraba sola, experimentaba intensos raptos de amor maternal, expansiones que Dios ha concedido al instinto femenino, goces que no gradúa la razón, idolatrías ciegas que únicamente conocen los corazones de las mujeres. Acaso fuese Dobbin el único que leía lo que

pasaba en el alma de Amelia, y su perspicacia debía llenarle de desilusión al mostrarle que en aquel corazón no había ningún lugar para él.

Es de suponer que los padres de Amelia hubiesen adivinado las aspiraciones de Dobbin y que estuviesen dispuestos a favorecerlas. El comandante visitaba diariamente la casa y se pasaba muchas horas en su compañía o en la de Amelia. Unas veces con un pretexto, otras con otro, siempre llegaba con regalos para todo el mundo. Había hecho amistad con la hija del dueño de la casa, un antiguo empleado del señor Sedley, el excelente señor Clapp, y esta niña solía ser su introductora en la habitación de Amelia, y le llamaba el comandante Bombones. Un día, la pequeña se echó a reír estrepitosamente al ver que el comandante Bombones llegaba cargado con una caja descomunal, un caballo de madera, un fusil, un sable, una corneta y un tambor para el niño, que no había cumplido los seis meses de edad y para quien aquellos juguetes eran horriblemente prematuros.

El chiquitín dormía.

—¡Pschst! —susurró Amelia, alarmada por los crujidos de las botas del recién llegado y soltando la risa al ver que Dobbin no podía estrechar la mano que acababa de tenderle por tener las dos ocupadas con aquel cargamento de juguetes.

—Vete un momento, Mary —dijo Dobbin a la niña—, necesito hablar con la señora viuda de Osborne.

Amelia le miró con sorpresa.

—Vengo a decirle adiós, Amelia —añadió Dobbin.

—¿A decirme adiós? —repitió Amelia sonriendo—. ¿Y adónde se va usted?

—Diríjame las cartas al regimiento, desde donde las harán llegar a mis manos… porque supongo que me escribirá usted. Estaré ausente largo tiempo.

—Le escribiré para darle noticias de mi George… ¡Nunca podré pagarle lo que por él y por mí ha hecho, mi querido Dobbin!… ¡Mírele… mírele usted!… ¿Verdad que parece un ángel?

El niño estrechó entre sus sonrosadas manecitas el dedo del leal soldado y Amelia levantó hasta éste sus ojos, que reflejaban tesoros de amor maternal. Una mirada de odio tal vez hubiese herido menos profundamente a Dobbin que la de bondad y cariño sin esperanza que le era dirigida. Dobló la cabeza; no pudo pronunciar palabra en un buen espacio de tiempo; pero, al fin, haciendo un llamamiento desesperado a todas sus energías, consiguió murmurar un «¡Dios la proteja, Amelia!». «¡Dios sea con usted, William!», contestó ésta dándole un abrazo.

—¡Cuidadito!… ¡Que no se despierte! —dijo Amelia cuando Dobbin abría la puerta de la habitación y se disponía a bajar la escalera.

Ni oyó siquiera el rodar del coche en el que Dobbin se alejaba: estaba contemplando al niño, cuya carita sonreía aun dormido.

Capítulo XXXVI

Como vivir bien sin un penique

YO SUPONGO QUE NO EXISTE en nuestra feria de las vanidades hombre tan refractario a la observación, que no piense alguna que otra vez en los asuntos mundanales de sus amigos y conocidos, o tan extremadamente caritativo, que no se pregunte con maravilla cómo consiguen sortear los trescientos sesenta y cinco días de cada año su amigo Pedro o su conocido John. Lejos de mi ánimo ofender, por ejemplo, a la familia Jenkins, a la que quiero guardar toda mi consideración y respeto, ya que a su mesa me siento dos o tres veces por temporada; pero confieso que su presencia en el parque, donde no falta un solo día ostentando soberbia carretela, tirada por hermoso tronco y servida por cochero y lacayo vestidos de granaderos, es y será mi maravilla hasta el día de mi muerte, porque si es cierto que la carretela es alquilada y que la familia Jenkins no tiene otra fortuna que su sueldo, no lo es menos que la carretela, el cochero, el mozo de cuadra y el lacayo representan un gasto de seiscientas libras esterlinas anuales, a cuya suma hay que añadir el importe de las espléndidas comidas que en la casa se dan, los gastos de los dos hijos que estudian en Eton, los salarios de la institutriz de lujo y de los maestros encargados de la educación de las niñas, el coste del viaje anual al extranjero y el del baile y cena servida por Gunter, que es, dicho sea de paso, quien sirve casi todas las comidas de primera clase que dan los Jenkins, circunstancia que he tenido ocasión de apreciar cuando me invitaron a una de ellas para cubrir un puesto vacante. El hombre menos curioso de la creación, el más refractario a inquirir vidas ajenas, no puede menos, en casos como el que presento, de preguntarse: ¿Cómo pueden los Jenkins llevar esa vida? ¿Qué es Jenkins? Lo sabemos todos: un empleado de mil doscientas libras esterlinas de sueldo anual. ¿Casó con mujer rica? ¡Quita allá! Su mujer fue la señorita Flint, hermana de otros diez vástagos de un caballero pobre de Buckinghamshire. De su familia no recibe más que un par de capones para Pascuas, a cambio de los cuales ha de sostener en su casa a dos o tres de sus hermanas durante todo el año, y accidentalmente a todos sus hermanos cuando van a pasar una temporadita en la capital. ¿Cómo nivela Jenkins los ingresos de su casa con los gastos? ¡Misterio!

Mi Yo personifica en el caso presente al mundo en general, porque creo que todo el mundo podría señalar con el dedo a muchas familias que viven sin que nadie sepa cómo. En mil ocasiones habremos bebido una copa de vino en la casa de un anfitrión generoso preguntándonos, al bebería, de dónde sacará aquél el dinero necesario para pagarla.

Tres o cuatro años después de su regreso de París, cuando Rawdon Crawley y su mujer vivían en un lujoso hotelito de la calle Curzon, no había uno solo de sus numerosos amigos admitidos a su mesa que no se hicieran a su propósito las preguntas anteriormente detalladas. El novelista lo indaga y averigua todo, conforme sabe el mundo entero, y yo, en mi calidad de tal, puedo hacer saber al público cómo vivían en grande Crawley y su mujer sin poseer fortuna ni rentas de ningún género. Rogaré, sin embargo, a la prensa periódica, que tiene la mala costumbre de entrar a saco en las propiedades intelectuales ajenas, de las que entrega buena parte a la voracidad de sus lectores, que no publique mis averiguaciones sobre este asunto, porque, como descubridor, quiero reservarme todos los derechos. Bastará que mis lectores entablen relaciones íntimas con personas de la clase que describo, para que aprendan el método de vivir con lujo sin poseer un penique de renta; pero más les aconsejo que no lo hagan, pues su trato resulta peligroso, y es preferible que acepten los datos de segunda mano, conforme se hace con los logaritmos, porque pretender adquirirlos prácticamente podría resultarles caro.

Sin un penique de renta mensual ni anual, y por espacio de dos o tres años, Rawdon y Becky vivieron contentos, ricos y felices en París. Por este tiempo abandonó Rawdon el servicio militar y vendió su empleo de coronel. Cuando le encontramos de nuevo, su bigote y el título de coronel que ostentaba en sus tarjetas de visita eran los restos únicos de su profesión militar.

Hemos dicho que Becky, a poco de haber llegado a la capital de Francia, triunfó en el gran mundo y consiguió que le fueran franqueadas las puertas de todos los salones de la nobleza francesa. Los caballeros ingleses más distinguidos le hacían objeto de sus homenajes más rendidos, con vivo disgusto de sus nobles esposas, que no podían sufrir a aquella advenediza. Por espacio de algunos meses, los salones del Faubourg Saint-Germain, en los que siempre había un lugar para ella, y los esplendores de la nueva corte de Francia, que la acogió con favor especial, entusiasmaron y acaso emborracharon algún tanto a la esposa de Rawdon, la cual se mostraba más que dispuesta a mirar desde lo alto de su grandeza a los jóvenes y bravos oficiales que su marido tenía por amigos.

En cambio, el coronel bostezaba aburrido y desesperado entre las duquesas y grandes damas de la corte. Las viejas que jugaban al ecarte armaban tal escándalo cuando perdían una moneda de cinco francos, que el coronel Rawdon no se dignaba sentarse frente a una mesa de juego. No podía apreciar el ingenio de las conversaciones, sostenidas en una lengua para él desconocida, ni comprendía que nadie se distrajese pasándose las noches haciendo reverencias ante un círculo de princesas. Y he aquí explicado por qué dejó los salones para Becky, y él volvió a saborear el encanto de otras distracciones más sencillas, entre amigos escogidos por él.

Cuando hablamos de personas que viven fastuosamente sin tener un cuarto de renta, queremos significar que no tienen renta «conocida», es decir, que ignoramos cómo esas personas pueden cubrir los gastos de su casa. Veamos si penetramos el misterio por lo que a nuestro amigo Rawdon se refiere. Principiaremos diciendo que atesoraba disposiciones naturales excepcionales para toda clase de juegos de azar, y como por otra parte se ejercitaba a diario en el manejo de las cartas, de los dados y del taco, naturalmente, había de adquirir una práctica que no alcanzan los que sólo de tarde en tarde les dedican algunas horas. Manejar un taco es lo mismo que manejar un lápiz, o una flauta alemana, o una espada; nadie domina estos útiles al principio, pero, a fuerza de ejercicio y perseverancia, consigue todo el mundo dominarlos sin trabajo, sobre todo si a la práctica acompaña una disposición natural. Pues bien: Rawdon, de aficionado aventajado que era en el juego del billar, pasó a ser maestro consumado. Semejante al general de genio, que se crece ante el peligro, a continuación de las partidas en que había estado desafortunado, y que traían, como es natural, un aumento considerable en las apuestas hechas contra él, sabía restablecer la batalla recurriendo a golpes de audacia tan brillantes como imprevistos, y resultaba al fin vencedor, con estupefacción de todos… es decir, de todos los que desconocían su manera de jugar, porque las personas habituadas a su juego no osaban aventurar su dinero apostándolo contra un hombre de recursos tan imprevistos y de maestría tan maravillosa.

No era menor su habilidad con los naipes en la mano. Por regla general, todas las noches principiaba perdiendo juego tras juego, sin prestar apenas atención y cometiendo tales torpezas, que los que no le conocían formaban pobre concepto de su talento. Pero a medida que se animaba la partida, y sus pérdidas pequeñas, pero continuas, despertaban su cautela, el juego de Rawdon tomaba un giro distinto: podía asegurarse que no terminaría la noche sin que su adversario o adversarios dejasen sobre el tapete cuanto dinero llevaban encima. En realidad, eran muy contados los que pudiesen vanagloriarse de haberle ganado.

Triunfos tan repetidos no podían menos de excitar la envidia de los vencidos, los cuales comenzaron a hablar de ellos con amarga irritación. Ahora bien; así como los franceses, al hablar del duque de Wellington, del caudillo que jamás sufrió una derrota, del que fue vencedor constante, decían que si triunfó en Waterloo fue merced a un engaño, así de Rawdon principiaron a decir que si ganaba siempre era porque no jugaba limpio.

Aunque por aquella fecha funcionaban en París los famosos establecimientos llamados Frascati y el Salón, se había generalizado tanto la manía de jugarse el dinero, que las casas de juego, con ser muchas, no bastaban a dar satisfacción al ardor general, y se jugaba en los domicilios particulares como si aquellos locales públicos no hubieran existido. En las encantadoras reuniones en casa de los Crawley, era

habitual entregarse todas las noches a tan fatal distracción, con vivo pesar de la simpática Becky. Hablaba ésta de la pasión de su marido con muestras de gran pesadumbre, casi con lágrimas en los ojos. Suplicaba a los jóvenes que nunca tocasen un naipe, que huyesen como del diablo del tapete verde. Cuando el joven Green, del regimiento de fusileros, perdió una cantidad considerable en su casa, Becky se pasó la noche entera llorando amargamente, según dijo un criado al infortunado caballero, y, postrada de rodillas ante su marido, le suplicó que le perdonase la deuda y redujera a cenizas el pagaré. Por desgracia, nada consiguió: Rawdon contestó que él había perdido sumas más considerables cuando servía en húsares y en el regimiento de caballería de Hanóver; concedería a Green un plazo regular, pero ¿quemar el pagaré? ¡No en sus días! Ante todo la formalidad del juego.

Todos los oficiales, jóvenes en su mayoría, pues eran los jóvenes los que con mayor entusiasmo acudían a los salones de Becky, salían de las veladas con rostros contristados, después de haber dejado sobre el fatal tapete verde cantidades más o menos importantes. Principió a gozar la casa de mala reputación. Las personas de edad se creyeron en el caso de advertir el peligro a las inexpertas y jóvenes: el coronel O'Dowd, cuyo regimiento se hallaba en París, previno al teniente Spooney. Como consecuencia, sobrevino un violento altercado entre el coronel de infantería O'Dowd y su amable esposa, de una parte, y el coronel Rawdon y su linda mujer, de otra, en el café de París, donde los dos matrimonios estaban comiendo. La señora O'Dowd dejó señalados los dedos de su diestra en la linda cara de Becky y llamó a su marido «fullero y tramposo»: el coronel Crawley desafió al coronel O'Dowd. El general en jefe, a cuyos oídos llegó la historia de la pendencia, llamó inmediatamente al coronel Crawley, que estaba preparando las mismas pistolas «con que dio muerte al capitán Marker», celebró con él una conferencia, y el duelo no se llevó a efecto. Gracias a que Becky cayó de rodillas a los pies del general Tufto, no fue enviado su marido a Inglaterra, pero en una porción de semanas no pudo volver a jugar como no fuese con paisanos. A pesar de la habilidad indiscutible de Rawdon y de sus no interrumpidos triunfos, no dejaba de comprender Becky que su situación era desesperadamente precaria, y que, aun teniendo el cuidado de no pagar a nadie, su exiguo capital podía en cualquier momento quedar reducido a cero.

—El juego, querido —solía decir a su marido—, es excelente como ayuda de renta, pero no como renta exclusiva. Llegará día en que las gentes se cansarán de jugar contigo, y cuando ese día llegue, ¿qué será de nosotros?

No pudo menos Rawdon de reconocer la exactitud de la observación, tanto más, cuanto que había observado ya que, desde algunos días antes, los caballeros invitados a sus cenas íntimas estaban cansados de jugar, y ni los encantos de Becky conseguían atraerles como antes.

La existencia que en París llevaba esta amable pareja era a no dudar muy

agradable, pero aquel delicioso encadenamiento de placeres y de ociosidad distaba mucho de ser un porvenir. Becky calculó que en su país encontraría más probabilidades de asentar la fortuna de su marido sobre bases durables: acaso conseguiría un empleo lucrativo para Rawdon, bien en Inglaterra, bien en sus colonias. En consecuencia, resolvió trasladarse a Inglaterra tan pronto como viese el camino expedito por aquel lado. Como primera medida, hizo que Rawdon vendiese su empleo de coronel; ya antes había dejado de ser ayudante de campo del general Tufto, de quien se reía Becky en todas las reuniones, mofándose de sus pretensiones, de su corsé, de sus dientes postizos, de su manía ridícula de creerse un Don Juan irresistible, de su absurda vanidad, que le hacía creer que todas las mujeres estaban perdidas de amor por él. Los ramos de flores, palcos, cenas en los restaurantes y atenciones que en otro tiempo monopolizaba Becky, se los llevaba ahora la esposa del comisario general Brent, sin que fuera más feliz que antes la pobre señora Tufto, que había de pasar las veladas con sus hijas, sabiendo que su marido estaba pegado a las faldas de la mujer de Brent. Claro está que Becky, a cambio de un admirador perdido, los había ganado por docenas, pero repetimos que principiaba a cansarse de la vida que hacía; la aburrían los palcos y las comidas de restaurante, y sabía que no podría cubrir los gastos de su casa con chales, pañuelos de encaje y guantes de cabritilla. Convencida de la frivolidad de los placeres ansiaba beneficios más substanciosos.

En este estado las cosas, llegaron noticias de Londres que no tardaron en propagarse entre los numerosos acreedores del coronel, a quienes llenaron de satisfacción. La solterona Matilde Crawley, la tía rica cuya inmensa fortuna era desde hacía tanto tiempo objeto de su codicia, se moría: si el coronel quería recoger su postrer suspiro necesitaba aprovechar los segundos. Becky y el niño quedaron en París, y Rawdon se dirigió a Calais. Era de suponer que desde Calais se dirigiese a Dover, pero, aunque parezca extraño, es lo cierto que tomó la diligencia de Dunquerke, desde donde se encaminó a Bruselas. Era el caso que debía más dinero en Londres que en París, y, como es natural, prefería la apacible capital de Bélgica a cualquiera de las dos turbulentas ciudades expresadas.

Murió su tía. Becky vistió luto riguroso. El coronel arreglaba los asuntos de la herencia. Dentro de muy poco tomarían el premier, además del entresol que entonces habitaban en el hotel. Celebró una conferencia detenida con el propietario del hotel, convinieron todos los detalles referentes a la nueva instalación, hablaron de las alfombras que aquél habría de poner en el premier, y lo arreglaron todo, excepción hecha de la cuenta. Becky emprendió la marcha en uno de los carruajes del fondista, llevando a su lado a su *bonne* francesa y a su hijito, siendo despedida con sonrisas y reverencias por los amables dueños del hotel. Enfurecióse el general Tufto al tener conocimiento de su marcha y se puso como un basilisco la esposa del comisario Brent al enterarse de la furia del general. El teniente Spooney quedó triste y

desesperado y el fondista se entregó con ardor a la obra de decorar espléndidamente las habitaciones que a su regreso ocuparía el distinguido matrimonio. Los baúles que a cargo de los dueños del hotel quedaron, fueron guardados con la mayor reverencia, aunque no contenían nada de valor, según se averiguó más tarde, cuando hubo necesidad de abrirlos.

Becky, antes de reunirse con su marido en la capital de Bélgica, hizo una excursión a Inglaterra, dejando en el continente a su hijo confiado a la tierna solicitud de su *bonne*.

Ni Becky ni su hijito Rawdon sintieron gran pena al separarse. La madre apenas si había visto muy contadas veces al diminuto caballerito desde que le echó al mundo. Siguiendo la recomendable moda tan generalizada entre las madres francesas, envió a su vástago a un pueblecillo de los alrededores de París, donde le dejó tranquilo en compañía de su nodriza y de un ejército de hermanos de leche que calzaban zuecos. De vez en cuando le visitaba su padre, quien se extasiaba viéndole crecer lozano y sucio, oyendo su vozarrón áspero y admirando sus aptitudes como artista en la fabricación de muñecos de barro.

Muy contadas veces favorecía Becky con su visita a su hijo y heredero, quien en una ocasión le echó a perder una costosa pelliza nuevecita color tórtola. El niño, por su parte, prefería las caricias de su nodriza a las de su mamá, tanto, que cuando creció y hubo necesidad de separarle de aquélla, se pasó largas horas llorando y alborotando horriblemente y no hubo medio de consolarle hasta que se le prometió formalmente que al día siguiente vendría la nodriza a buscarle.

Nuestros amigos tuvieron la suerte de ser de los primeros aventureros ingleses que invadieron el continente y estafaron en todas las grandes capitales de Europa. Por los años de 1817-1818, a todos los ingleses se les suponía ricos y honorables. Parece que no habían aprendido a gastar su dinero con la concienzuda cicatería con que hoy lo hacen. Las grandes capitales de Europa no habían recibido todavía la visita de nuestros grandes tunantes, tanto, que si hoy es difícil entrar en cualquier ciudad de Francia o de Italia sin tropezar con nobles compatriotas nuestros que, con la petulancia e insolencia que nos distingue en todas partes, se dedican a estafar a los fondistas, cobrar cheques falsos, engañar a banqueros crédulos, y a robar lujosos carruajes a los constructores de coches, sortijas, alfileres y medallones a los joyeros, el dinero en el juego a los viajeros cándidos, y hasta sus libros a los libreros; treinta años atrás, bastaba ver a un milord inglés viajando en carruaje propio para que le fueran franqueadas todas las puertas, y se le abriese crédito en todas partes, y lejos de ser él quien estafaba, fuese blanco y víctima de todos los estafadores.

Muchos días transcurrieron después de la marcha de los Crawley, antes de que el dueño del hotel que aquéllos ocuparon durante su estancia en París se percatara de las pérdidas sufridas en sus intereses. El honrado propietario vivió tranquilo hasta que

madame Marabou, la modista, se hubo presentado varias veces con el laudable propósito de presentar al cobro facturas de varios vestidos hechos a la esposa del coronel, y monsieur Didelot, dueño de la Boule d'Or en el Palais Royal, preguntó una docena de veces si *cette charmante milady* que había comprado en su establecimiento sortijas, relojes y cadenas, estaba de *retour*. La justicia nos obliga a decir que ni la nodriza cobró un cuarto por la leche y dulzura suministradas al tierno vástago de los Crawley, excepción hecha de los seis primeros meses; nada más natural que los potentados como ellos olviden cuentecillas tan insignificantes. Del dueño del hotel, sólo diremos que se pasó el resto de su vida lanzando tremebundas maldiciones contra la nación inglesa en general. A cuantos forasteros llegaban a su casa, les preguntaba si conocían a cierto coronel lord Crawley, *avec sa femme, une petite dame, tres spirituelle*, y cualquiera que la respuesta fuese, añadía invariablemente: *Ah, monsieur! lis m'ont affreusement volé*. Partía el alma oírle narrar su catástrofe.

Tenía por objeto el viaje de Becky a Inglaterra arrancar las mayores concesiones posibles a los numerosos acreedores de su marido, ofreciéndoles un diez por ciento de sus créditos a condición de que el coronel pudiera vivir en Londres tranquilo y libre de todo género de persecuciones. No es nuestra intención entrar aquí en los detalles de su dificultosa misión: basta a nuestro objeto dejar sentado que logró convencerles de que la suma que les ofrecía era todo el capital disponible de su marido y persuadirles de que éste prefería pasar en el extranjero el resto de sus días a venir a exponerse a reclamaciones inoportunas. Convencidos los acreedores de que no habían de sacar al coronel mayor cantidad de la que su mujer les ofrecía, vendieron por la cantidad de mil quinientas libras esterlinas créditos que ascendían a diez veces esta cifra.

No recurrió Becky a los buenos oficios de los abogados para arreglar los asuntos, arreglo sencillísimo, en medio de todo, pues se limitó a plantear la cuestión y a exigir que contestasen sí o no. Cumplió felizmente el objetivo de su viaje, y regresó al continente para reunirse con su marido y su hijo. Este último, durante la ausencia de la madre, no había sido cuidado con la solicitud a que tenía derecho por mademoiselle Geneviève, la cual se había enamorado furiosamente de un soldado de la guarnición de Calais y le dejaba ordinariamente abandonado para no privarse de la compañía del *militaire*.

Becky y su marido regresaron a Londres. En esta última capital, y en su hotelito de la calle Curzon, fue donde en realidad desplegaron toda la habilidad que es indispensable a los que han aprendido a vivir con lujo y abundancia sin tener un cuarto de renta.

Capítulo XXXVII

Continúa el mismo asunto

ANTE TODO CREEMOS de necesidad urgente explicar cómo es posible cubrir los gastos de una casa montada con lujo Y sin poseer fortuna ni renta de ninguna clase. Las casas, en primer lugar, pueden tomarse desamuebladas —y, en este caso, si quien las toma tiene crédito en los establecimientos de Guillows o Bantings, libre es de montarlas con regia esplendidez y decorarlas como le plazca—, o amuebladas, sistema menos molesto y complicado en la mayor parte de los casos. Es el que prefirieron los esposos Crawley al alquilar la suya.

El antecesor del señor Bowls en la administración de la casa de Matilde Crawley había sido un tal Raggles, nacido en el señorío de Crawley de la Reina, o para precisar más, hijo menor del jardinero del barón del mismo título. Gracias a su excelente conducta y buen aspecto, Raggles consiguió elevarse desde la cocina, donde ejercía sus funciones de pinche, hasta el pescante del coche, donde ofició de lacayo, y desde el pescante, a la mayordomía de la casa de la solterona. Al cabo de largos años de administración, durante los cuales hizo economías muy respetables, anunció su propósito de unirse en matrimonio con una antigua cocinera de la señorita Matilde, dueña de una tiendecita de las inmediaciones. En verdad, el matrimonio había sido celebrado, bien que clandestinamente, una porción de años antes, aunque nada sospechó la solterona hasta que le llamó la atención la presencia constante en la cocina de un niño y una niña, de siete y ocho años de edad respectivamente, cuya circunstancia le reveló la Briggs.

Desde la casa de la solterona pasó Raggles a cuidar personalmente de la tiendecita de su mujer, que creció en importancia bajo su dirección. A fuerza de trabajo y de economías, reunió Raggles un capitalito muy decente. Aconteció que el honorable Frederick Deuceace, habitante del hotelito de la calle Curzon, número 201, se fue al extranjero, y algún tiempo después, la casa con su magnífico mobiliario, fue vendida en pública subasta. Raggles aprovechó aquella excelente oportunidad de hacerse propietario. Sus economías no llegaron a cubrir el importe total de la compra y hubo de tomar prestada una cantidad, a interés bastante crecido, es cierto, pero en cambio tuvo la alta honra de dormir en soberbia cama de caoba, entre cortinajes de seda, y su señora pudo contemplarse en la luna de un espejo colosal y disfrutar de un armario en cuyo interior habrían cabido holgadamente ella, su marido y la tienda entera.

Como es natural, nunca pensaron los humildes tenderos ocupar permanentemente una casa tan lujosa. Si Raggles la compró, fue para alquilarla tan pronto como se le

presentase ocasión. La finca gustó a un inquilino, y nuestro matrimonio volvió a su tienda, pero todos los días pasaba Raggles por la calle Curzon para dar un vistazo a la casa… a su casa, aquella casa cuyo llamador parecía de oro, y cuyos balcones, atestados de macetas con hermosos geranios, encantaban la vista.

Raggles era un buen hombre y vivía contento y feliz. Su casa le producía una renta tan regular, que resolvió poner a sus hijos en excelentes colegios. Sin reparar en gastos, colocó a Carlos en el establecimiento del doctor Swishtail y a Matildita en el de la señorita Peckover.

Quería, adoraba Raggles a la familia Crawley, a la que era deudor de su felicidad. En la trastienda tenía una *silhoutte* de su antigua señora y un dibujo que representaba el castillo de Crawley de la Reina, obra de la solterona, y en su casa de la calle Curzon, un cuadro que representaba al barón sir Walpole Crawley, arrellanado en una carroza dorada, tirada por seis caballos blancos, que cruzaba junto a un estanque lleno de cisnes, de barquillas tripuladas por hermosas damas y de esquifes cercados de músicos. Para Raggles, en el mundo no existía familia tan augusta y digna de veneración como la de Crawley.

Quiso la casualidad que estuviese desocupada la casa de Raggles cuando el matrimonio Crawley regresó a Londres. El coronel conocía perfectamente el inmueble y no menos a su propietario, quien siempre se mantuvo en relación con la solterona, a la cual servía cuando tenía invitados. Resultado: el buen hombre no sólo cedió su casa al coronel, sino que fue su mayordomo y proveedor. Su mujer se encargó de la cocina y preparaba platos que hubieran merecido la aprobación de la misma Matilde Crawley. Y ya tenernos explicado cómo Rawdon consiguió tener casa sin desembolsar un penique. Cierto que sobre el infeliz Raggles pesaban contribuciones e impuestos, el interés crecido que devengaba la cantidad que hubo de pedir prestada, las pensiones de sus hijos en los colegios, la subsistencia de su familia… y con mucha frecuencia los banquetes y vinos del coronel; cierto que su ruina fue completa, que sus hijos fueron echados de los colegios y él encerrado en una cárcel por deudas; pero alguien tenía que pagar para que el caballero viviese, y este alguien fue el infortunado Raggles.

Con frecuencia me han sugerido reflexiones muy amargas las familias que son arrastradas a la ruina y precipitadas a la miseria por los caballeros aficionados al sistema de vida de los Crawley. ¿Cuántos nobles roban a sus pobres proveedores, estafan sumas insignificantes a pequeños industriales y se ensucian por media docena de chelines? Cuando sabemos de un caballero que ha tenido que emigrar al continente, o de otro que ha recibido la visita del juzgado, porque deben seis o siete millones, nos parece que su ruina tiene algo de glorioso y miramos con cierto respeto a la víctima de catástrofe tan inmensa: pero ¿hay quién se compadezca del pobre barbero que tiene que cerrar su establecimiento porque no dispone de fondos para

comprar los polvos que han de blanquear las cabezas de los lacayos? ¿A quién inspira lástima el ebanista que se arruinó porque una dama quiso amueblar y decorar con gusto su comedor y no pagó luego? ¿O al infeliz sastre que gastó cuanto poseía, y más de lo que poseía, para confeccionar las libreas que el señor le dispensó el honor de encargarle, y que luego olvidó pagar? Cae una casa grande y arrastra en su ruina a una porción de comerciantes e industriales: de la casa hablan todos, pero de estos pobres diablos nadie se acuerda. Con razón afirma una leyenda antigua que todo hombre que se va al diablo envía por delante a muchos otros.

Rawdon y su mujer aceptaron generosamente los servicios que gustosamente les prestaron muchos de los antiguos servidores o proveedores de la difunta Matilde Crawley. Los más pobres fueron los que con mayor interés quisieron servirles. Encantaba ver la pertinacia ejemplar con que la lavandera se presentaba todos los sábados con su limpio carrito lleno de ropa, y la regularidad con que se volvía a su casa con la cuenta sin pagar. Idéntica suerte corrían los criados, a quienes se debía todos los salarios, sistema admirable para que tengan interés por la casa donde sirven. En realidad, en la casa de Rawdon nadie cobraba; ni el cerrajero a quien había que recurrir para que abriese una puerta, ni el vidriero que reponía los cristales rotos, ni el alquilador de coches de quien era el que el matrimonio lucía, ni el cochero que lo guiaba, ni el carnicero que suministraba la carne, ni el que proveía el carbón con que aquélla era guisada, ni el cocinero que la preparaba, ni los criados que la comían… Y queda demostrado que, de la misma manera que hay quien tiene casa elegante sin que le cueste un céntimo, hay quien vive sin carecer de nada y sin pagar nada.

En una capital pequeña, resultaría imposible semejante género de vida, que no tardaría en llamar la atención. También en las grandes capitales solemos inquirir y averiguar la cantidad de leche que diariamente sirven a nuestros vecinos y el número de pollos que son servidos en sus mesas, de consiguiente, es muy probable que los inquilinos de las casas números 200 y 202 de la calle Curzon estuvieran muy al corriente de lo que en la casa intermedia ocurría; pero a bien que éste era pequeño inconveniente para los Crawley, que ni trataban ni conocían a los inquilinos de las fincas mencionadas. Las personas que frecuentaban la casa número 201 encontraban cordial acogida, encantadoras sonrisas, comidas opíparas y calurosos apretones de manos de los dueños de la misma. Hubiérase dicho que éstos tenían por lo menos tres o cuatro mil libras esterlinas de renta, y, a decir verdad, si en dinero no las tenían, se hacían servir como si las tuviesen; si no pagaban la carne, nunca faltaba ésta en su mesa; si el almacenista de vinos no cobraba, es lo cierto que en ninguna parte se bebía mejor oporto que en la casa de Rawdon. Sus salones, dentro de la sencillez, eran de lo más elegante que concebirse pueda; mil objetos de fantasía que Becky había traído de París contribuían a hacer resaltar el gusto de su decorado. Cuando sentada al piano la linda Becky arrancaba al instrumento melodías y a su garganta

notas llenas de voluptuosidad, los invitados creíanse transportados a un paraíso y se confesaban que, si bien el marido no brillaba por su inteligencia, la mujer era deliciosa y las comidas inmejorables.

Por su ingenio, su gracia y sus habilidades, había conseguido Becky ponerse en boga en determinada clase de la sociedad de Londres. Constantemente paraban frente a su puerta lujosos carruajes, de donde salían elevados personajes. En el parque, los elegantes más en moda formaban su corte de honor, disputándose los puestos más inmediatos a su carruaje: en la Ópera, su palco de segundo anfiteatro se veía siempre lleno de cabezas de hombre, cabezas que variaban todas las noches, circunstancia que demostraba cuan numerosos eran sus admiradores; pero la imparcialidad nos fuerza a confesar que las señoras volvían la espalda y cerraban las puertas de sus casas a la aventurera.

Como es natural, el autor del presente libro no puede hablar, como no sea por referencia, de las mujeres a la moda y de sus costumbres. Tan difícil le es a un hombre penetrar esos misterios, como sorprender las conversaciones que las señoras sostienen a raíz de levantarse de la mesa en el santuario de sus gabinetes. A fuerza de ingenio y perseverancia, empero, se consigue en ocasiones vislumbrar algo de los tales secretos, se logra levantar, ya que no todo el velo, una punta del mismo, y se llega a comprender que, al igual que existen caballeros que a los ojos del vulgo que los contempla en los paseos, aparentan ocupar una elevada posición en el mundo, exhibiéndose en compañía de los dandys más en boga, hay también damas que gozan del favor de los hombres importantes, pero que son rechazadas por las esposas de aquellos que se desviven por obsequiarlas. A este número pertenece, por ejemplo, la señora Firebrace, esa dama que todas las tardes vemos en el parque, luciendo en las orejas un par de orlas de brillantes que valen una fortuna, rodeada de los elegantes más conocidos de la capital de Inglaterra. Otra del mismo género es la señora Rockwood, cuyas reuniones anuncian todas las revistas de salones, y a cuya mesa suelen sentarse embajadores de todas las naciones y linajudos próceres del Reino Unido. Muchas otras podríamos mencionar, si tuviesen algo que ver con la presente historia. Cerraremos el catálogo, mas no sin decir que, si la gente que vive fuera del mundo elegante admira a las tales señoras, otras personas, mejor instruidas, saben positivamente que aquéllas tienen las mismas probabilidades de ser admitidas en «sociedad» que la cocinera que adereza sus comidas o la lavandera que limpia su ropa.

Las damas que Becky conoció y trató en el continente no sólo se negaron a devolverle la visita, sino que afectaban no verla cuando se cruzaban con ella. Era verdaderamente curioso, y a la par poco agradable para Becky, que las señoras en cuestión hubiesen necesitado tan poco tiempo para olvidarla. La encontró en el salón de espera de la Ópera la condesa de Bareacres, y con presteza maravillosa reunió en

apretado haz a sus hijas, hizo que se retirasen dos o tres pasos, cual si temiera que el contacto de Becky pudiese contaminarlas, y se colocó frente al grupo, mirando con ojos de reto a su antigua e insignificante enemiga. Lady de La Mole, compañera y amiga de Becky en Bruselas, su inseparable en sus paseos a caballo, la encontró una tarde en el Hyde Park, pero no la reconoció: es posible que sufriese alguna afección a la vista. Hasta la esposa del banquero Blenkinsop huyó de su lado en la iglesia. Becky frecuentaba mucho la iglesia desde que había vuelto de Francia.

Al principio, Rawdon se indignaba cuantas veces su mujer recibía algún desaire, se ponía de mal humor, sentía accesos violentos de cólera y hablaba nada menos que de desafiar a los maridos o hermanos de las damas impertinentes que no guardaban a Becky las consideraciones a que tenía derecho. A fuerza de ruegos y de reflexiones logró al fin su mujer contenerle dentro de los límites de la moderación.

—No puedes abrirme a viva fuerza las puertas de los salones —decía con dulzura conmovedora—. Ten presente, querido mío, que yo era una institutriz, y que tú, gracias a tus deudas, a tu afición al juego y a otras cosas, gozas de reputación pésima. Tendremos cuantos amigos queramos, pero más adelante, con paciencia, siendo tú un muchacho bueno y sumiso a las instrucciones de la antigua institutriz. Cuando supimos que tu tía había legado casi toda su fortuna a tu hermano Pitt, ¿recuerdas el acceso de furia, de rabia loca que te acometió? Tú lo habrías contado a París entero de no haber cuidado yo de moderar tus impulsos. ¿Cuáles habrían sido las consecuencias? A estas horas te consumirías en la cárcel de Santa Pelagia, donde te hubiesen encerrado por deudas, en vez de vivir en Londres en una casa lujosa y cómoda. Tal era tu furor, que estabas decidido a asesinar a tu hermano, a ser un Caín. Dime: ¿tu actitud de violencia podía mejorar nuestra situación? El mucho rabiar no nos hubiera devuelto la fortuna de tu tía, y es mucho mejor que seamos amigos que enemigos de tu hermano, aunque otra cosa hayan hecho esos tontos de los Butes. Cuando muera tu padre, encontraremos en Crawley de la Reina un castillo donde pasaremos tranquilos y felices los inviernos. Si la necesidad apremia, tú podrás ser jefe de las caballerizas y yo institutriz de los hijos de tu hermano. Pero no temas que llegue ese caso, que corre de mi cuenta encontrarte un destino lucrativo, suponiendo que la muerte de Pitt y de su hijo no te conviertan en sir Rawdon, y a mí en lady Crawley. Aun espero hacer de ti un hombre importante, que mientras hay vida hay esperanza. ¿Quién vendió tus caballos a peso de oro? ¿Quién arregló y pagó tus deudas?

Hubo de reconocer Rawdon que todos esos beneficios los debía a su mujer, y sin resistencia confió a ésta la dirección de su conducta.

Cuando Matilde Crawley se despidió para siempre del mundo, y su fortuna, tan encarnizadamente disputada por sus parientes, pasó casi en su totalidad a la caja de Pitt, el rector de Crawley de la Reina, al saber que heredaba cinco mil libras esterlinas

en vez de las veinte mil que esperaba, sintió tan violento acceso de furor, que si no pegó a su sobrino, le dijo con crudeza y brutalidad de expresión que le consideraba autor de una expoliación villana y otras lindezas por el estilo. La querella se fue agriando más y más, hasta que fue completa la ruptura entre tío y sobrino.

En cambio Rawdon, que no heredó más que cien libras esterlinas, observó una conducta que maravilló a su hermano y encantó a su cuñada, siempre predispuesta en favor de los individuos de la familia de su marido. Rawdon escribió a su hermano desde París una carta que respiraba franqueza, desinterés y buen humor. Sabía muy bien, decía, que su matrimonio le había enajenado para siempre el cariño de su tía, y sin ocultar que hubiese deseado que con el tiempo se hubieran mitigado los rigores de aquélla, le consolaba que el dinero quedase en poder de individuos de su misma rama y felicitaba sinceramente por ello a su hermano. Enviaba cariñosos recuerdos a su hermana y reclamaba la benevolencia de ésta para Becky. Terminaba la carta con unas líneas de puño y letra de Becky, dirigidas a Pitt, la cual unía su felicitación a la de su marido, recordaba la benevolencia con que fue tratada en el castillo de la familia Crawley la huérfana abandonada, que era humilde institutriz de sus hermanitas, y aseguraba que continuaba profesando a éstas el más tierno afecto. Le deseaba todos los placeres y goces que proporciona el hogar y le rogaba que transmitiese a lady Jane, sobre cuya bondad multiplicó los elogios, sus más afectuosos saludos. Terminaba diciendo que abrigaba la esperanza de hacer un día la presentación de su hijo a sus tíos, cuya benevolencia y apoyo reclamaba en su favor.

Pitt recibió la carta con viva alegría, con alegría que no encontraron las obras maestras, combinación feliz del estilo de Becky y de la mano de Rawdon, dirigidas a Matilde Crawley. En cuanto a lady Jane, quedó tan encantada, que propuso a su marido dividir inmediatamente la herencia en dos partes iguales y entregar la una a su hermano.

Con gran extrañeza de lady Jane, Pitt no accedió a sus deseos, negándose a enviar a su hermano un cheque por la suma de treinta mil libras esterlinas. Lo que sí hizo fue ofrecerle su mano para cuando regresase a Inglaterra y tuviera deseos de estrecharla: agradeció a Becky la buena opinión que de lady Jane y de él tenía formada y prometió no desperdiciar ocasión de ser útil al pequeñuelo.

La reconciliación y buena armonía entre los dos hermanos fue casi completa. Cuando Becky llegó a Londres, ni Pitt ni su esposa se encontraban en la ciudad. Más de una vez pasó por Park Lane para ver si los herederos habían tomado posesión de la casa de Matilde, pero todavía no se habían presentado los nuevos dueños. Averiguó, empero, por conducto de Raggles, que los servidores habían sido despedidos después de entregarles generosas gratificaciones, y que Pitt había pasado algunos días en Londres, arreglando sus asuntos con los abogados, y que vendió todas las novelas francesas de la difunta a un librero de la calle Bond.

—Cuando venga lady Jane —se decía para sus adentros Becky—, ella será la que me introducirá y responderá de mí en la buena sociedad… Las damas… ¡bah! Las damas solicitarán mi amistad, cuando vean que los caballeros me prodigan sus homenajes.

Artículo tan necesario como la carretela o el ramo de flores para una dama de la posición de Becky es una amiga. Siempre ha excitado mi admiración la solicitud con que esas criaturas, todo sensibilidad y ternura, que no pueden vivir sin depositar en alguien sus simpatías, alquilan una amiga de la que se hacen compañeras inseparables. La presencia de la inevitable señora de vestido algo deslucido, que se sienta un poquito a retaguardia de su amiga en el palco o bien ocupa en la carretela el asiento delantero, me ha parecido siempre prueba de moralidad integérrima, emblema de pureza de costumbres. Ni la misma señora Firebrace, beldad sin corazón ni conciencia, cuyo padre murió de vergüenza al ver que su hija había perdido la suya, ni la encantadora y atrevida señora Mantrap, capaz de seguir a cuantos ingleses o extranjeros deseasen su compañía, ni siquiera estas mujeres, que uno pensaría son capaces de hacer frente imperturbables a cualquier circunstancia, osan hacer nada ni atreverse a nada si no se presentan ante el mundo en compañía de una amiga. ¡Ah! Esas pobres criaturas que son todo afecto necesitan un ser en quien depositar los tesoros de cariño que no caben en sus corazones.

—Rawdon —dijo una noche Becky, en ocasión en que los caballeros reunidos en su casa, todos ellos de lo mejorcito de Londres, esperaban los helados y el café—, quiero que me regales un mastín.

—¿Para qué? —contestó Rawdon desde la mesa donde jugaba.

—¡Un mastín! —exclamó el joven lord Southdown—. ¡Vaya un capricho, mi querida señora Crawley! ¿Por qué no un perro danés? Yo sé de uno que allá se andará en alzada con un camello… ¡Como que sin inconveniente podría usted engancharlo en su coche, palabra de honor! ¿Qué le parecería un galgo persa? Aunque tal vez le conviniese más un perrillo que pudiera caber en una de las tabaqueras de lord Steyne.

—Opto por el mastín —dijo Becky riendo.

—¿Para qué diablos quiere usted el mastín? —insistió lord Southdown.

—Me refiero a un mastín moral —respondió Becky, fijando sus ojos en lord Steyne.

—No comprendo —contestó el aludido.

—Un mastín que aleje los lobos de mi lado —repuso Becky—. Una compañera.

—¡Ay, corderita inocente! —exclamó el marqués, mirando picarescamente a Becky—. ¿Y qué falta le hace a usted una compañera?

Lord Steyne tomaba sorbitos de café, de pie junto a la chimenea, donde chisporroteaban gruesos leños. Una veintena de bujías, colocadas en lujosos candelabros de bronce dorado y porcelana, bañaba en luz a Becky, que estaba sentada

en un sofá tapizado con una tela floreada. Vestía traje de color rosa. Sus brazos y hombros estaban apenas cubiertos por una tenue gasa bajo la que brillaba la piel. Encantadores rizos pendían de su cabeza y adornaban su cuello. Un pequeño pie aparecía por entre los bordes de su vestido. Era un pie delicado, calzado de precioso chapín y cubierto con una media de la seda más fina.

La luz de las bujías favorecía también con sus resplandores a la brillante cabeza calva y orlada con cabellos rojos de lord Steyne. Espesas y enmarañadas cejas coronaban dos ojillos brillantes y saltones, propiedad del caballero en cuestión, que nacían entre una masa de profundas arrugas.

—¿Es que no basta el pastor para defender al inocente corderillo? —preguntó el lord.

—Bastaría, si no fuese tan aficionado al tapete verde y a pasarse el tiempo en el casino —respondió Becky.

—Dígame usted, señora —repuso lord Steyne—, ¿será muy feroz el perro?

Levantóse Becky, se acercó al lord, tomó de su mano la taza de café, y contestó, haciendo una reverencia:

—Necesito un mastín, pero… no tema, que a usted no le ladrará.

Sin esperar contestación pasó al saloncito, se sentó al piano y comenzó a cantar una serie de cancioncitas francesas con voz tan arrebatadora, que atrajeron al encopetado caballero. Momentos después cuchicheaban en el saloncito Becky y el lord, mientras Rawdon jugaba partida tras partida de ecarte con otro amigo.

La escena se repetía casi todas las noches: Rawdon jugaba y ganaba, separado del círculo de admiradores de su mujer, y sin oír las bromas, alusiones y lenguaje equívoco de los contertulios.

—¿Cómo está el marido de la señora Crawley? Tal era la fórmula de saludo que le dirigían los asiduos a su casa. En realidad, la profesión de Crawley era ésa: había dejado de ser coronel y era lisa y llanamente el marido de la señora Crawley.

Si nada hemos dicho hasta aquí del vástago de los señores Crawley, que se llamaba Rawdon, como su padre, cúlpese a su costumbre de pasarse el tiempo en lugares demasiado elevados, la buhardilla, o en sitios demasiado profundos, la cocina. Contadas veces le veía o se acordaba de él su ejemplar madre. Mientras permaneció en la casa la *bonne francesa*, el niño tuvo compañera, mas cuando se fue aquélla, el último se pasaba la vida llorando por los rincones y sin que alma caritativa se dignase consolarle.

Una noche, después de haber asistido a la Ópera, tomaban té en el salón de los señores Crawley, lord Steyne y uno o dos amigos más, cuando se oyeron los alaridos del niño.

—Es mi adorado querubín que llama a la niñera —observó Becky sin hacer el

menor movimiento.

—No se moleste usted —aconsejó lord Steyne con entonación sarcástica.

—¡Bah! Se dormirá cuando se canse de llorar —añadió otro.

Rawdon, sin embargo, había abandonado sin decir palabra el salón para subir a ver a su hijo, volviendo después de dejarle consolado en compañía de la niñera. Padre e hijo eran muy buenos amigos. El primero llevaba al segundo golosinas y juguetes, se pasaba diariamente varias horas de la mañana en su cuarto y jugaba y reía con él, pero sin hacer ruido, que habría sido crimen imperdonable despertar a la mamá, que jamás abandonaba el lecho hasta después del mediodía.

Una o dos veces a la semana subía la cariñosa y ejemplar madre a las regiones altas de la casa, donde vivía el niño. Jamás lo hacía sin vestirse con suprema elegancia. Lazos, gasas, encajes, joyas de mucho valor realzaban su natural hermosura. El niño contemplaba embobado aquella aparición maravillosa, pero sin intentar acercarse a ella, pues, a sus ojos, era un ser superior a su padre, superior al mundo entero, un ser que debía ser adorado y admirado a distancia. Las contadas veces que aquel ser sobrenatural se dignaba llevarle en su coche, el niño experimentaba una especie de terror religioso, no despegaba los labios mientras duraba el paseo, y se limitaba a mirar con ojos desmesuradamente abiertos al hada maravillosamente vestida que veía frente a sí.

Rawdon Crawley, aunque era un canalla perfecto, poseía ciertas tendencias hacia el cariño y quería al niño. Becky advirtió la ternura del padre, pero nada dijo a éste; ¿a santo de qué? No iba a guardar rencor a su marido porque éste tuviese aquella debilidad… ¡oh… en manera alguna!, pero creció el menosprecio en que le tenía. El coronel, como avergonzado de su cariño paternal, lo guardaba dentro de su pecho en presencia de su esposa, y sólo lo exteriorizaba y se entregaba a sus transportes cuando se veía a solas con su hijo.

Casi todas las mañanas, bajaban padre e hijo a las caballerizas, desde donde salían montados para dar un paseo a caballo por el parque. Lord Southdown, hombre espléndido y aficionado a los caballos, había regalado al pequeño Rawdon uno de la alzada de un ratón, según decía el donante, y éste era el que montaba el vástago del coronel; a éste le gustaba visitar el cuartel donde estaba el regimiento en el que prestara sus servicios, y charlar con sus antiguos subordinados. Los soldados veían con placer al caballero que en otros tiempos fue su capitán, quien nunca estaba tan contento como los días que se sentaba a la mesa con sus ex compañeros de armas. Su mujer, siempre buena y condescendiente, no sólo le permitía aquellas escapatorias, sino que las alentaba. Hasta le dispensaba de acompañarla al teatro o de permanecer en casa por las noches.

—Mira, querido —le decía—; vete al casino, si quieres, porque esta noche vendrán caballeros que te aburrirán soberanamente. No quisiera yo ciertamente

recibirles, pero no siempre podemos hacer nuestro gusto. Por tu bien les tolero… Además: como ya tengo mastín que me guarde, puedes irte tranquilo.

Un domingo por la mañana, Rawdon, durante el paseo que de ordinario daba por el parque, acompañado por su hijo, encontró a Click, el sargento de su regimiento, hablando con un señor viejo, que tenía de la mano a un niño de la edad de Rawdon. El niño había cogido la medalla militar que ostentaba el sargento y parecía examinarla con vivo placer.

—Buenos días, mi coronel —dijo Click, contestando a los que le dio Rawdon—. Le presento a este joven recluta, que es de la misma edad del hijo de Usía.

—Su padre tomó parte en la batalla de Waterloo —dijo el señor anciano—. ¿No es verdad, George?

—Sí —contestó el niño de este nombre.

Los dos niños se examinaban mutuamente con esa expresión solemne y escrutadora que tan familiar les es cuando se encuentran frente a una cara desconocida.

—Sirvió en un regimiento de línea —observó Click.

—Y era capitán —añadió con énfasis el viejo caballero—. Es posible que usted le conociera, señor: era el capitán George Osborne… Murió en el campo de batalla luchando contra el tirano corso.

El rostro del coronel se puso muy colorado.

—Le conocí mucho, sí, señor —respondió—. ¿Podría usted decirme, caballero, cómo está su viuda, la que fue su queridísima esposa?

—Es mi hija, caballero —contestó el anciano, soltando al niño y sacando con gesto majestuoso una tarjeta, que presentó al coronel.

La tarjeta decía lo siguiente:

Mr. SEDLEY
Agente exclusivo de la Compañía del Diamante
Negro y del Carbón incombustible,
Muelle Bluker, calle Támesis y Casas Anne Mary.
Carretera Fulham.

George miraba con envidia el caballito que montaba Rawdon hijo.

—¿Te gustaría dar un paseo? —le preguntó el jinete del diminuto animal.

—Sí —respondió el interpelado.

El coronel, sintiendo cierto interés por aquel niño, lo montó a la grupa del caballito y dijo:

—Abrázate bien a la cintura de mi hijo, que se llama Rawdon.

Los niños rompieron a reír.

—No hay más linda pareja hoy en el parque —observó el sargento.

Éste, el coronel, y el anciano señor Sedley, echaron a andar junto a los niños.

Capítulo XXXVIII

Una familia en la estrechez

PUESTO QUE ESTAMOS acompañando al pequeño George Osborne, y éste se encamina hacia Fulham, hagamos alto en este arrabal de Londres para informarnos sobre algunos antiguos amigos nuestros que viven allí, y de los cuales no hemos tenido noticias en mucho tiempo. ¿Qué ha sido de Amelia después del terrible golpe que la hirió en Waterloo? ¿Vive? ¿Se ha consolado? ¿Qué es del comandante Dobbin, cuyo coche siempre seguirá los pasos de aquélla? ¿Encontraremos también al ex administrador de Boggley Wollah? Breves palabras bastarán para ponernos al corriente en lo que atañe al nombrado en último término. Nuestro buen amigo Joseph había vuelto a las Indias poco después de su fuga de Bruselas, bien porque hubiese expirado la licencia de que disfrutaba, bien porque le horrorizase tropezar con testigos de su heroísmo a raíz de la jornada de Waterloo. Dejando sin aclarar este extremo, diremos que volvió a desempeñar sus funciones en Bengala, casi al mismo tiempo que Napoleón era conducido a Santa Elena, donde tuvo ocasión de verle. Los que oían al buen Joseph a bordo del buque en que hacía el viaje, daban por cierto y averiguado que no fue en Santa Elena donde conoció por vez primera al emperador. Parece que en el monte de Saint John se habían visto muy de cerca el caudillo francés, a quien apellidaban el Rayo de la Guerra, y el administrador de Boggley Wollah, quien refería curiosas anécdotas relacionadas con las famosas batallas. Precisaba las posiciones que ocuparon cada uno de los regimientos, las pérdidas en muertos y heridos que habían sufrido, y no negaba que le correspondía alguna parte de la gloria de aquellos hechos de armas, toda vez que fue portador de despachos al duque de Wellington.

Describía con tanto lujo de detalles lo que el duque hizo durante todos los momentos del día, que indudablemente se encontró a su lado, aunque su nombre, debido a corresponder a un individuo no combatiente, no apareciese en los documentos referentes a la batalla. Es posible que él mismo llegase a creer que había tomado parte activa en el combate: lo que no puede negarse es que su persona produjo sensación enorme en Calcuta, y que durante su estancia en Bengala le llamaban generalmente Sedley de Waterloo.

Pagó religiosamente los pagarés que firmó a Becky. A nadie habló jamás de aquella compra ruinosa, y nadie sabe tampoco la suerte que corrieron los caballos ni cómo se desembarazó de ellos y de Isidoro, su criado belga, aunque no faltan quienes aseguran haber visto vender en Valenciennes, hacia el otoño de 1815, un caballo gris

muy parecido al que montó Joseph, y añaden que el vendedor era el mencionado Isidoro.

Los agentes de Joseph en Londres tenían orden de pagar a sus padres una pensión de ciento veinte libras esterlinas. Constituía esta suma el medio principal de existencia de los dos viejos, pues las especulaciones a que el señor Sedley se entregaba después de su quiebra no reedificaron el derruido edificio de la fortuna del antiguo negociante. Sucesivamente intentó hacerse almacenista de vinos, de carbón, administrador de loterías, etc., etc. Cuantas veces probaba un negocio nuevo, enviaba prospectos a sus amigos, colocaba una nueva placa de bronce en la puerta de su casa, y hablaba con entusiasmo de sus esperanzas de reconquistar su opulencia y prosperidad perdidas; mas, ¡ay!, la Fortuna no se dignó mirar con ojos compasivos al débil y arruinado caballero. Uno por uno sus amigos se cansaron de comprar carbón caro y vino malo, y una sola persona, su mujer, seguía imaginándose, cuando pasaba la mañana en la City, que realmente le retenían allí negocios serios. Llegada la noche, salía con paso lento de su casa y se dirigía a la tertulia de una taberna, donde en presencia de un círculo reducido de oyentes disponía de las rentas de la nación. Embelesaba oírle hablar de millones, de especulaciones, de descuentos, de lo que hacía y dejaba de hacer Rothschild. Manejaba con la palabra sumas tan enormes, que sus oyentes le escuchaban con muestras del mayor respeto.

—Mi posición fue en tiempos pasados más brillante que hoy —decía a todas horas y a cuantos se acercaban a su persona—. Mi hijo es en la actualidad el primer magistrado de Ramgunge, en la Presidencia de Bengala, y cobra cuatro mil rupias al mes. Mi hija podría ser esposa de un coronel, si quisiera. Si me hicieran falta, sin inconveniente podría girar mañana dos mil libras esterlinas contra mi hijo, el primer magistrado, y Alexander descontaría en el acto la letra. No lo hago ni lo haré, caballero, porque los Sedleys han mantenido siempre el orgullo de la familia.

¡Lector querido! No te mueva a risa la situación del señor Sedley: muévate más bien a lástima, porque muy bien puede ser un día la tuya. Nadie tiene vinculada la suerte a su persona; todos corremos peligro de ver arrebatado nuestro puesto en el tablero del mundo por personas que nos venzan en cualidades o en suerte, y si descendemos, si perdemos nuestra posición, nuestros amigos cruzarán la calle para evitarnos, o bien, cuando nos tropiecen, nos alargarán dos dedos de su diestra con aire protector, lo que es todavía peor, porque esos amigos, luego que hayas pasado por su lado, dirán: «¡Pobre diablo! ¡Qué de imprudencias ha cometido! ¡Qué de excelentes ocasiones ha desperdiciado!». Mas pasear en lujoso carruaje y tener una renta de tres mil libras esterlinas anuales no lo es todo, y puesto que los charlatanes prosperan con tanta frecuencia como fracasan, y los truhanes y bandidos quedan también sujetos a los caprichos del azar, en la misma forma y medida que las personas decentes, no parece prudente que se dé demasiada importancia a los bienes y goces terrenales, y

puede ocurrir que… Pero volvamos a nuestra historia, de la que nos estamos alejando.

Si la señora de Sedley hubiese tenido energía, ocasión le había deparado el desastre de su marido para que de ella diera pruebas: habría podido alquilar una casa grande y admitir huéspedes. El anciano quebrado hubiera desempeñado el papel de marido de la patrona, hubiera sido el Muñoz de la vida privada, el trinchador, el encargado de la despensa, el consorte humilde de la soberana del establecimiento. He conocido hombres de buena cuna y dotados de no escaso talento, hombres que fueron vigorosos y abrigaron en tiempos pasados altas esperanzas, trinchando piernas de carnero y sirviendo en la mesa a viejas brujas. Pero la señora Sedley carecía de la energía necesaria para saber crearse recursos en la desgracia, permanecía inerte y sin movimiento en los escollos donde la tempestad la había arrojado. El infortunio de los dos viejos era irreparable.

No creo, sin embargo, que fuesen desgraciados: acaso se mostraban un poco más orgullosos en su ruina que en sus días de prosperidad. La señora de Sedley continuaba siendo una gran señora para la mujer de Clapp, cuando por casualidad se dignaba bajar a la limpia y brillante cocina y pasar con ella algunas horas. Las cintas y sombreros de su criada irlandesa Belita Flanagan, sus insolencias y haraganería, su pródigo consumo de bujías, té y azúcar, ocupaban y distraían tanto a la buena señora como la dirección de su antigua casa, cuando tenía a sus órdenes a Sambo y a un cochero, un *groom*, un lacayo, un mayordomo y un ejército de criadas y doncellas. Verdad es que la señora de Sedley no se limitaba a velar por Belita Flanagan, sino que extendía su solicitud y vigilancia sobre todas las criadas, doncellas y vecinos de la calle en que vivía. Estaba al tanto de lo que pagaban o debían todos los inquilinos de las humildes casas del barrio: variaba de dirección cuando se cruzaba con la actriz Rougemont y su dudosa familia, erguía con altivez la cabeza cuando tropezaba a la señora del boticario, arrellanada en el cochecito de su marido, tirado por un solo caballo, tenía largos coloquios con el tendero, conferenciaba con la lechera y el panadero, hacía visitas al carnicero, quien más de una vez le servía carne de buey de carreta como lomo de ternera, y contaba las patatas que debían ponerse al puchero todos los días, excepción hecha de los domingos, que vestía sus mejores trajes y se iba a la iglesia dos veces.

Los días festivos —sus graves ocupaciones no le permitían distracción alguna durante la semana—, los días festivos, el señor Sedley llevaba a su nieto George a los parques próximos o a los jardines de Kensington, para que admirase a los soldados o echase migas de pan a los cisnes. Tenía George pasión por las casacas coloradas; su abuelo le hablaba con frecuencia de que su padre había sido un militar famoso y le presentaba a los sargentos y soldados que ostentaban medallas de la batalla de Waterloo, diciendo pomposamente que era hijo del capitán Osborne, muerto

gloriosamente el día dieciocho. El viejo obsequiaba a los militares sin graduación con sendos vasos de cerveza y al niño con manzanas, dulces y golosinas. Amelia, que en las debilidades del abuelo vio graves peligros para la salud del niño, declaró formalmente que no le dejaría salir con aquél si no se comprometía, bajo juramento, a no darle pasteles ni otras cosas prohibidas.

Fue el niño causa ocasional de cierta frialdad de relaciones entre la señora Sedley y su hija. Una noche, estaba Amelia en el saloncito de la casa entregada a su trabajo. Oyó llorar al niño, que momentos antes había dejado durmiendo, subió corriendo a la habitación donde estaba la camita, y encontró a su madre administrando clandestinamente al pequeñuelo una dosis de elixir Daffy. Amelia, la más dulce y cariñosa de las mujeres, se estremeció de cólera ante semejante invasión del terreno privativo de su autoridad materna. Sus mejillas, pálidas de ordinario, se encendieron hasta adquirir el tono rojo que las animaba cuando tenía doce años de edad. Arrebató al niño de los brazos de la abuela, tomó el frasco de elixir, lo arrojó a la chimenea y dijo con entonación furiosa:

—¡No toleraré que envenenes al niño, mamá!

—¡Envenenar, Amelia! —contestó la anciana—. ¿Conmigo ese lenguaje?

—Mi hijo no tomará más medicinas que las que prescriba el doctor Pestler, quien me dijo que el elixir Daffy es un veneno.

—Perfectamente: quedamos en que soy una envenenadora… ¡Parece mentira que así trates a tu madre! Muchas desgracias han caído sobre mí: fui rica, y hoy soy pobre; tuve coches lujosos y hoy camino a pie; pero jamás soñé que pudiera ser asesina. ¡Gracias por la nueva, hija mía!

—¡No te enfades conmigo, mamá! —exclamó Amelia con lágrimas en los ojos—. No dije eso… no fue mi intención decir eso; de sobra me consta que no has de dañar deliberadamente al niño, pero…

—Comprendo, querida; no he de dañar al niño, pero soy una asesina, y como tal, mi puesto está en la Oíd Bailey. Sin embargo, tú fuiste niña, y no te envenené, sino que te di espléndida educación, te proporcioné los mejores maestros, sin reparar en gastos. He criado cinco hijos, de los cuales murieron tres; precisamente el que adoré con más pasión, el que rodeé de cuidados como nunca conocí de niña, por los tiempos en que mi mayor placer era honrar y reverenciar a mis padres, ése, precisamente, me dice que soy asesina… ¡Ah, señora viuda de Osborne! ¡Con todo fervor pido a Dios que nunca conozca usted la desdicha de haber dado calor en su seno a una víbora!

—¡Mamá, por Dios, mamá! —exclamó Amelia llorando.

—¡Asesina de niños… está muy bien! Vete, póstrate de rodillas, y pide a Dios, Amelia, que purifique tu manchado y desagradecido corazón y te perdone como te perdono yo.

La señora salió de la estancia moviendo la cabeza y repitiendo las palabras

«envenenadora y asesina».

Todos los años de vida que restaban a la señora de Sedley no fueron bastantes para borrar el recuerdo del deplorable incidente narrado, que puso en su mano innumerables ventajas, de las cuales supo aprovecharse con ingenuidad y perseverancia femeninas. Por ejemplo: en una porción de semanas, no volvió a dirigir la palabra a su hija; advertía a todo el mundo que no tocase al niño, porque se ofendería la viuda de Osborne; jamás daban de comer a George sin que antes rogase a Amelia que se cerciorase de que la comida no estaba envenenada: si los vecinos preguntaban por la salud del niño, contestaba invariablemente que dirigieran la pregunta a la señora viuda: ella prefería no preguntar si el niño estaba bueno o enfermo, prefería no tocar ni casi mirar a su nieto, no obstante quererle entrañablemente, porque como no estaba acostumbrada a niños, podía matarle; recibía al médico con tal altanería, que el pobre doctor Pestler hubo de declarar que ni la propia lady Thistlewood se daba los aires de grandeza que observaba en la señora Sedley, de la cual jamás cobró un penique por sus visitas. Probablemente Amelia estaba también celosa y dispuesta a no dejarse arrebatar el primer puesto en el cariño de su hijo. Tan difícil era que tolerase que otras personas vistiesen o atendiesen al pequeño, como que permitiese que tocasen a la miniatura de George, que pendía de la cabecera de la camita que ocupó de soltera, y a la que volvió de viuda.

La alcoba del pequeño George era el tesoro de Amelia, el santuario de todos sus quereres. Allí le había cuidado, allí le había velado con amor tierno e inquieto durante las mil enfermedades e indisposiciones de la infancia. En el tierno objeto de su solicitud creía ver a su marido, pero mejorado, más perfecto, cual si se lo hubiesen devuelto después de pasar por el cielo. La voz, la mirada, los gestos del niño le recordaban al padre. Su corazón de madre se estremecía de júbilo siempre que oprimía entre sus brazos a su idolatrado tesoro, lágrimas de dicha brotaban de sus ojos, lágrimas sobre cuya causa la interrogaba no pocas veces el niño. Respondía la madre que lloraba porque le recordaba la imagen del padre que había perdido, y a continuación le hablaba de aquel George adorado, a quien no conoció nunca la inocente criatura, y le decía cosas que jamás confió a sus amigas más íntimas, cosas que no confesó al mismo George. A sus padres, en cambio, nunca les hablaba de nada que pudiera poner de manifiesto las llagas de su corazón; no la hubiesen comprendido. Probablemente menos la comprendía su hijo, pero, a pesar de todo, hacíale confidencias y le revelaba sin reservas todos los secretos de su alma sensible. La alegría de la vida de aquella mujer castigada despiadadamente por el destino estaba en la amargura de su dolor, en las lágrimas que derramaba sin tasa: era un alma de delicadeza tan exquisita, de naturaleza tan elevada, que el autor de esta historia considera que su examen resulta incluso inadecuado en un libro. Decía el doctor Pestler que la vista de sus penas y del loco cariño que al niño tenía eran bastantes

para ablandar al más cruel de los Herodes. El buen doctor era por aquel tiempo hombre de corazón impresionable, y su mujer estuvo, por entonces, y durante varios años después, terriblemente celosa de Amelia.

Es posible que los celos de la esposa del doctor no dejasen de tener fundamento: ni lo afirmamos ni lo negamos, pero si es cierto que sus celos los compartieron casi todas las mujeres que formaban el reducido círculo de los conocimientos de Amelia, todas las cuales veían con furor el entusiasmo que la viuda encendía en el sexo contrario. Cuantos hombres la trataban, se enamoraban de ella, aun cuando no puede negarse que si se les hubiese preguntado por qué, probablemente no habrían sabido contestar. Amelia no poseía ni mucho esplendor, ni mucho ingenio, ni una inteligencia superior, ni una belleza extraordinaria, pero dondequiera que se presentaba conmovía y encantaba a todos los hombres, y al mismo tiempo se atraía el menosprecio y la animadversión de sus hermanas de sexo. Yo creo que su principal encanto, el que subyugaba y atraía a todos los hombres, era su debilidad, su sumisión, su dulzura, que parecían implorar las simpatías y protección generales. Pocas palabras cruzó con los compañeros de armas de George mientras éste perteneció al regimiento, y, sin embargo, una seña suya habría bastado para que todos se apresurasen a poner a su servicio sus brazos y sus espadas. Hubiera sido la mismísima señora Mango, dueña de la gran casa Mango, Plantain y Cía., y poderosa propietaria de Fulham, que daba con frecuencia *dejeuners* a los que asistían duques y condes, hubiera sido, repetimos, la mismísima señora Mango, o bien la esposa de su hijo, lady Mary Mango, hija del conde de Castlemouldy, y los comerciantes del barrio no la hubiesen tratado con muestras de mayor respeto que las que tenían con la joven viuda cuando pasaba por delante de su puerta o hacía modestas compras en sus establecimientos.

Y no era sólo el señor Pestler, sino también su joven ayudante el señor Linton, encargado especialmente de la asistencia médica de los criados y comerciantes, quien se declaró explícitamente esclavo de la joven viuda de Osborne. Era el tal caballerito persona fina y recibía en la casa acogida más afectuosa que su principal. Si el niño sufría alguna indisposición, Linton hacía dos y hasta tres visitas diarias a la casa, sin cobrar por ellas un penique. Él mismo preparaba las medicinas, a las cuales sabía dar un sabor tan agradable, que el enfermito casi se alegraba de haber de recurrir a sus servicios. Dos noches enteras se pasaron el médico Pestler y su ayudante sentados a la cabecera de la camita de George cuando éste tuvo el sarampión, dos noches durante las cuales, a juzgar por el terror que reflejaba el rostro de la madre, el niño moría de una enfermedad sin precedente en el mundo. ¿Habrían hecho lo propio si de otras personas se hubiese tratado? ¿Perdieron también dos noches cuando Ralph Plantagenet, o cuando Gwendoline y Guinever Mango, y tantos otros contrajeron la misma enfermedad de George? ¿Hicieron muchas visitas a Mary Clapp, la hija del

dueño de la casa donde vivía la familia Osborne, enferma también de sarampión? Mucho sentimos tener que decir que no. Durmieron perfectamente tranquilos, dijeron que se trataba de casos sin importancia, enviaron una o dos pócimas, y no volvieron a acordarse de los enfermitos.

Otro de sus admiradores era un caballero francés, que daba lecciones de su idioma en varias escuelas de los alrededores y se pasaba los días y mucha parte de las noches arrancando a su viejo violín trémulas gavotas y minués pasados de moda. Cuantas veces este caballero de peluca empolvada hablaba de la viuda de Osborne, agrupaba sus dedos, llevaba las yemas a sus labios, las abría como dando un beso, y exclamaba con fervor: ¡Ah! ah *divine creature*! Juraba y protestaba que, cuando Amelia salía a pasear, bajo sus pies brotaban hermosísimas flores. A Georgie le llamaba Cupido, y siempre le preguntaba por su mamá Venus. A Isabelle Flanagan le decía que era una de las Gracias, la doncella favorita de la Reine des Amours.

Podríamos citar infinidad de casos de esta popularidad conquistada tan sin buscarla ni desearla la interesada. El señor Binny, por ejemplo, atildado y elegante pastor de la capilla del distrito, visitaba con frecuencia a la viuda, acariciaba al niño, a quien montaba sobre su rodilla, y se ofrecía a enseñarle latín, con vivo descontento de su hermana, en cuya compañía vivía.

—Yo no sé qué atractivos encuentras en esa mujer —solía decir la hermana del buen pastor—. Cuando nos visita, se pasa la velada entera sin decir palabra. Es una persona lánguida y apática, y a mi manera de ver, sin corazón. Su cara es bonita, no lo niego, pero no veo que tenga otra cosa digna de admiración. Mil veces más que ella vale la señorita Grits, dueña de cinco mil libras esterlinas y con esperanzas de heredar más. Simpática y agradable no me negarás que lo es… ¡Ah! ¡Si no fuera tan fea, ya te fijarías más en ella, pero vosotros, los hombres, sólo veis las caras, y nada más!

Probablemente tenía razón la hermana del pastor. Únicamente las caras bonitas despiertan ecos de simpatía en los corazones de los hombres, picaronazos de tomo y lomo. Que nos presenten una mujer tan prudente y casta como Minerva, y a buen seguro que no la miraremos dos veces si es fea; en cambio, por grandes que sean las locuras a que nos arrastren un par de ojos hermosos y tentadores, podemos contar con que serán fácilmente perdonadas, de la misma manera que, una frase o una conversación, por vulgar y de mal gusto que sean, si brota de unos labios rojos y perfectos, suena como deliciosa armonía en nuestros oídos. De aquí infieren las señoras, informando su juicio en la norma de justicia que les es peculiar, que toda mujer bonita tiene que ser tonta. ¡Ah, señoras, señoras! ¡Olvidan ustedes que, en su gremio, abundan las que, sobre ser feas, son necias!

Únicamente incidentes triviales y sin importancia nos ofrece la vida de nuestra heroína. Su historia no es una historia de sucesos maravillosos, conforme han tenido

ocasión de advertir los lectores; tan es así, que si alguien se hubiese tomado el trabajo de escribir un diario que comprendiera los siete años transcurridos desde que nació su hijo, el incidente más notable que hubiera podido estampar en sus páginas habría sido el sarampión de George.

Pero decimos mal: otro suceso digno de recordación nos ofrecen esos siete años de existencia. Un día, el pastor señor Binny le suplicó que aceptase su apellido; Amelia, con lágrimas en los ojos, vivamente emocionada, le dio las gracias, le expresó cuánto agradecía sus atenciones, pero afirmó que nunca, nunca cabría en su pensamiento otra imagen ni en su corazón otro amor que los del marido que había perdido.

Los días 25 de abril y 18 de junio, fechas respectivas de su matrimonio y de su viudez, se los pasaba encerrada en su habitación, junto a la camita de su hijo, pensando en el adorado de su alma, en el ser querido cuya pérdida lloraría eternamente. Otro tanto hacía durante largas horas de sus noches solitarias. De día su misma actividad la distraía: se había impuesto la obligación de enseñar a George a leer, escribir y dibujar, y lo hacía lo mejor que sabía. Ya antes le había enseñado a rezar: todas las mañanas y todas las noches, madre e hijo pedían al Dios Todopoderoso que colmase de bendiciones al querido papá, cual si todavía perteneciese al mundo de los vivos y se encontrase con ellos en la misma habitación.

Era la principal de las ocupaciones diarias de Amelia el lavado y atavío de su hijo, a quien todas las mañanas sacaba a pasear su abuelo antes de dedicarse a sus «negocios». Le hacía trajecitos encantadores e ingeniosos utilizando las mejores telas de su guardarropa de casada. Amelia, con vivo disgusto de su madre, aficionada a vestidos lujosos, sobre todo después del desastre de su casa, vestía invariablemente sencillo traje negro y sombrero de paja adornado con una cinta negra.

El tiempo que le sobraba, dedicábalo a su madre y a su padre. En obsequio de éste, aprendió a jugar algunos juegos de naipes y jugaba con el anciano las noches que éste no iba a su club. Cantaba también, cuando su padre deseaba oírla, y tan admirablemente lo hacía, que, a los pocos momentos, roncaba el anciano plácidamente. Por encargo de su padre escribía infinidad de memoriales, cartas, prospectos y memorias de proyectos. De su puño y letra eran las circulares que notificaron a las relaciones antiguas del quebrado financiero que éste era agente de la compañía del «Diamante Negro», explotadora de los carbones incombustibles, y que, en su calidad de tal, se ponía a disposición de cuantos quisieran honrarle con su confianza, pidiéndole carbones de clase superior. Una de estas circulares fue enviada al comandante Dobbin, quien, como se encontraba a la sazón en Madras, no tenía necesidad de aquel artículo. Reconoció, sin embargo, la letra de la circular. ¡Oh! ¡Qué no hubiese dado por estrechar la mano que había trazado aquellas líneas! A este anuncio siguió otro, poniendo en conocimiento de nuestro amigo Dobbin que J.

Sedley y Compañía habían establecido agencias en Porto, Burdeos y Santa Mary, circunstancia que les permitía ofrecer a sus amigos y al público en general los mejores vinos de Oporto y Jerez, así como también los claretes más famosos, a precios sumamente razonables y con ventajas extraordinarias. Recibir la circular, y convertirse Dobbin en la sombra del gobernador, del comandante general, de los jueces, magistrados, regimientos, presidentes, y de todos sus conocidos, a quienes acosó en todas formas, fue todo una misma cosa. Muy poco después hizo a Sedley y Compañía pedidos tan considerables de vino, que el viejo Sedley y Clapp, que eran los que integraban la compañía, no volvían de su asombro. Por desgracia, cesó de soplar el viento de la fortuna, que hiciera concebir al viejo risueñas esperanzas. Las maldiciones de los presidentes, magistrados, regimientos, gobernador y comandante general sonaron furiosas en los oídos del pobre comandante Dobbin que se vio obligado a adquirir algunas de las partidas que revendió después con pérdida considerable. En cuanto a Joseph, que había ascendido a presidente del Negociado de Rentas de Calcuta, entró en furor espantoso cuando el correo le trajo una porción de prospectos báquicos, a los que acompañaba una carta particular de su padre diciéndole que contaba con su participación en el negocio y que procedía a remitirle una cantidad respetable de vinos selectos, de cuyo importe se reembolsaba por medio de la letra que giraba a su cargo. Joseph, a quien abochornaba pensar que su padre, el padre de Joseph Sedley, el padre del presidente del Negociado de Rentas de Calcuta, fuese comisionista en vinos, arrojó el fardo de circulares con soberano desdén al cesto de los papeles, hizo protestar la letra, y escribió a su padre una carta sumamente dura, prohibiéndole mezclar jamás su nombre en sus empresas. La letra protestada volvió a la casa Sedley y Compañía y, para pagarla, hubo necesidad de sacrificar casi todos los ahorros de Amelia.

Además de la pensión de cincuenta libras anuales, que correspondían a Amelia, tenía ésta derecho a quinientas más que, según las cuentas del ejecutor testamentario de su marido, se encontraban, en la época de la muerte de George, en poder de su agente. Dobbin, como tutor del pequeño George propuso colocar la suma mencionada en una compañía de Indias, donde rentaría el ocho por ciento. Opúsose furiosamente a este empleo el señor Sedley, quien suponía miras pecaminosas en Dobbin, y presentóse personalmente en las oficinas del agente en cuestión, con ánimo de protestar contra semejante inversión, cuando supo, con la sorpresa desagradable consiguiente, que no existía semejante cantidad, que todo el caudal del difunto capitán apenas si llegaba a cien libras, y que las quinientas de que hablaba serían una cantidad independiente, cuya procedencia y destino únicamente sabría el comandante Dobbin. El viejo Sedley, creyendo a pie juntillas que se trataba de una estafa, se propuso perseguir al comandante. Obrando en nombre de su hija, le exigió cuentas detalladas de la fortuna del difunto. Dobbin contestó con medias palabras: su torpeza

y apuros confirmaron las sospechas del viejo, quien, seguro de que se las había con un pillete, le dijo lisa y llanamente que retenía, faltando a todas las leyes divinas y humanas, el dinero perteneciente a la viuda de su difunto amigo.

Perdió Dobbin la paciencia y es bien seguro que, de no haberle inspirado alguna moderación la vejez y las desventuras del anciano, habría venido con él a vías de hecho en el mismo café de Slaughters, donde tuvo lugar el coloquio.

He aquí algunas de las frases que se cambiaron:

—Suba usted a mi habitación, caballero —gritó Dobbin—. Quiero que venga usted conmigo, quiero que sus propios ojos le convenzan de quien, entre el pobre George y yo, ha sido el sacrificado.

Casi a viva fuerza arrastró al viejo hasta su cuarto. Inmediatamente sacó de una gaveta las cuentas de Osborne y un fardo de pagarés firmados por el último, quien nunca mostró gran repugnancia a firmar documentos de esa índole.

—Pagó sus cuentas en Inglaterra —añadió Dobbin—, pero a la hora de su muerte no le quedaban más de cien libras. Entre dos o tres amigos suyos y yo reunimos esa pequeña suma sacrificando lo poco que poseíamos… ¡y osa usted decirme que he pretendido robar a su viuda y a su hijo huérfano!

Arrepintióse el viejo, aunque tarde, de sus imprudentes palabras, y cuenta que no sabía la verdad más que a medias, pues Dobbin acababa de engañarle. No fueron los dos o tres amigos de George, sino su bolsillo particular el que dio todo el dinero, costeó el entierro de su amigo y sufragó todos los gastos ocasionados por la desgracia de Amelia. Jamás se tomó el viejo Osborne la molestia de pensar en los gastos en cuestión. Verdad es que ni la misma Amelia sospechó que Dobbin hubiese necesitado recurrir a su dinero particular para arreglar las cuentas de su marido, ni jamás pasó por su imaginación que le fuese deudora de nada.

Fiel a su promesa, Amelia escribía dos o tres veces al año a Dobbin. En sus cartas le hablaba exclusivamente de su hijito George. Para el comandante, cuanto venía de Amelia era un tesoro de valor inapreciable, de aquí que conservase sus cartas como conserva el avaro su tesoro. Contestaba con exactitud escrupulosa las misivas de Amelia, pero jamás tomaba la iniciativa. Con mucha frecuencia enviaba recuerdos para la madre y para su ahijado: en una ocasión hizo llegar a manos de Amelia una caja de pañuelos de China y un soberbio juego de ajedrez, cuyas figuras eran de marfil, primorosamente trabajado. Los peones, verdes unos, y blancos otros, eran soldaditos armados de espada y provistos de escudos, los caballos, aparecían montados por sus correspondientes jinetes, y las torres eran caprichosos castillos colocados sobre elefantes. Las piezas del ajedrez encantaron a Georgie, quien escribió su primera carta para dar gracias a su padrino por el regalo. En otra ocasión envió dos chales, uno blanco para Amelia y otro negro para su madre, que debieron costarle sus cincuenta libras esterlinas cada uno. La señora de Sedley lució el suyo en

la iglesia de Brompton, y mereció que todas sus amigas la felicitasen por su adquisición.

—¡Lástima que tantas atenciones no hagan mella en mi hija! —exclamaba la señora Sedley—. Joseph, sobre no enviarnos regalos parecidos, nos regaña constantemente. Es evidente que el comandante está enamorado como un insensato de Amelia, y, sin embargo, si alguna vez me aventuro a hacerle a mi hija alguna insinuación, vuelve la cabeza, rompe a llorar y se encierra en su cuarto con su miniatura. ¡A fe que estoy de miniatura hasta los ojos! ¡No quisiera ver nada que me recordase a los malditos y orgullosos Osborne!

El niño creció delicado, insinuando un carácter imperioso, dominando en absoluto a su madre, que le adoraba con verdadero frenesí. A medida que pasaba el tiempo, sus modales altaneros y el parecido perfecto que tenía con su padre eran el asombro de cuantos le veían. Preguntaba sobre todas las cosas; la profundidad de sus observaciones dejaba atónito a su abuelo, quien aburría a los concurrentes al café con historietas y cuentecillos a propósito de su nieto. Soportaba la presencia de su abuela con compasiva indiferencia; en una palabra: George había heredado el orgullo y las cualidades de su padre.

Desde que cumplió el niño los seis años, Dobbin multiplicó sus cartas. Quería saber si su ahijado iba al colegio, si era aplicado, si aprovechaba, y decía que deseaba ser él quién costease sus estudios, toda vez que éstos habían de resultar por necesidad gravosos a su madre, reducida a vivir de su exigua pensión. Tres días antes del sexto cumpleaños de George, se presentó en la casa donde vivían los Sedleys un caballero acompañado por un criado, manifestando deseos de ver al señorito George Osborne. El tal caballero era el conocido sastre militar señor Woolsey, el cual, cumpliendo órdenes recibidas del comandante Dobbin, tomó medidas al niño para hacerle un traje. Había tenido el honor de vestir al señor padre del muchacho. De vez en cuando, las hermanas Dobbin, accediendo, a no dudar, a repetidos ruegos del comandante, iban a buscar a Amelia en su lujosa carretela y la llevaban a pasear. También suplicaban alguna que otra vez a Amelia que les dejase al niño para que pasara un día en su casa. Molestaban a Amelia las atenciones de las señoritas Dobbin, pero las toleraba con resignación, tanto porque su natural la impulsaba a ceder, cuanto porque el niño estaba siempre dispuesto a pasear en coche.

Un día, las hermanas del comandante visitaron a Amelia con objeto de darle noticias que desde luego sabían que le serían sumamente gratas: las noticias en cuestión interesaban muchísimo a su querido hermano William.

—¿De qué se trata? —preguntó Amelia, en cuyos ojos brilló un rayo de alegría—. ¿Vuelve? ¿Le tendremos pronto entre nosotros?

—No… no piensa tal. Creemos… más que creemos, podemos casi asegurar que se casa con una señorita ligada con vínculos estrechos de parentesco con una amiga

de usted: con la señorita Glorvina O’Dowd, hermana de sir Michael O’Dowd… Dicen que es una joven muy hermosa, y, sobre todo, muy buena.

Contestó Amelia que la noticia la llenaba de alegría. En realidad, el matrimonio de William Dobbin alegró a Amelia, pero es el caso que, abandonándose a uno de esos impulsos involuntarios, cuya causa tan difícil es de explicar, tomó de pronto a George entre sus brazos y lo estrechó con fuerza contra su corazón. Sus ojos estaban húmedos cuando volvió a dejar en tierra al niño, y durante todo el resto del paseo apenas si pronunció cuatro palabras, aunque su pecho rebosaba satisfacción… sí, torrentes de satisfacción.

Capítulo XXXIX

Un capítulo cínico

FUERZA ES QUE NOS DEMOS una vueltecita por el Hampshire, y veamos qué hacen algunos antiguos conocidos nuestros, personas honradísimas cuyas esperanzas tan cruelmente burló su anciana hermana la solterona Matilde Crawley. Realmente fue una desgracia para quien contaba con un legado de treinta mil libras esterlinas, contentarse con cinco mil, cantidad que después de pagadas las deudas contraídas por el jefe de la casa y por su hijo nada o casi nada dejaba para repartir entre sus cuatro hijas. El buen pastor estaba desesperado, y en cuanto a la señora Bute Crawley jamás sospechó, o por lo menos, jamás quiso reconocer que su humor desabrido y carácter despótico habían sido las causas que produjeron resultados tan deplorables. Ponía al cielo por testigo de que no olvidó nada de cuanto humanamente podía contribuir a asegurarle la herencia. ¿Era suya la culpa si no poseía la flexibilidad e hipocresía con tanto éxito practicadas por su sobrino Pitt Crawley?

—Al menos el dinero no saldrá de la familia —decía la caritativa señora a su marido—. Yo deseo a nuestro sobrino toda la felicidad a que se ha hecho acreedor apoderándose por medios vituperables de esos bienes, que Pitt no ha de gastar aunque viva mil años, porque hombre más tacaño y miserable que ése no ha nacido ni es probable que nazca en Inglaterra. Aunque bajo forma distinta, es tan odioso, tan abominable como su manirroto hermano Rawdon.

Una vez pasados los primeros momentos de mal humor, ocasionados por la decepción, la señora Martha procuró sacar el mejor partido posible de las circunstancias. Enseñó a sus hijas a sufrir con resignación la pobreza e ideó mil recursos y supercherías para ocultarla, y hasta para substraerse a ella, siempre que humanamente fuera posible. Con valor digno de mejor suerte presentaba a sus hijas en los bailes y reuniones públicas de la población y daba frecuentes reuniones en la rectoría, portándose en ellas con mayor esplendidez que nunca. A juzgar por las apariencias, nadie habría podido sospechar la decepción que las esperanzas de la familia habían sufrido, ni era posible adivinar a los que veían a Martha de Bute en todas las reuniones y fiestas, que en su casa sufriera la familia escaseces y hambres. Nunca sus hijas tuvieron más trajes que entonces, ni vistieron con tanto lujo. Asistían a todas las reuniones de Winchester y Southampton, llegaron hasta Cowes para no privarse de sus célebres regatas, y a su coche, tirado por caballos robados al arado, siempre se le veía corriendo por los caminos reales. Todo esto dio por resultado hacer creer a las gentes que las cuatro hermanas habían heredado una buena parte de la

fortuna de su querida tía, cuyo nombre jamás pronunciaban en público sin muestras de respeto y de gratitud. Sistema de engaño más frecuente que el insinuado, no sé que exista en la feria de las vanidades. Quienes lo practican, que no son pocos, lejos de creerse hipócritas, lejos de experimentar remordimientos de conciencia, se consideran altamente virtuosos y dignos de encomio, porque saben engañar al mundo con respecto a la importancia de sus medios de vida. ¿Puede darse algo más inocente?

Creíase Martha una de las damas más virtuosas de Inglaterra, y no dudaba que el cuadro que su dichosa familia ofrecía había de ser muy edificante para los extraños. ¡Eran sus hijas tan sencillas, tan dulces, tan cariñosas, tan bien educadas! Martha pintaba flores a la perfección y enviaba obras suyas a todos los salones de caridad del condado. Emma era una poetisa regular, y sus versos, publicados en el Telégrafo de Hampshire, hacían la gloria de la sección dedicada a producciones poéticas. Fanny y Matilde cantaban encantadores dúos, mientras su madre las acompañaba al piano y las otras dos hermanas, sentadas y enlazadas por la cintura, las escuchaban con arrobamiento. Pero las gentes no veían a las pobres muchachas ensayando sus dúos en privado, ni a su mamá aleccionándolas incansablemente hora tras hora. En resumen: Martha ponía buena cara a la mala fortuna y conseguía al menos, a fuerza de heroísmo, salvar las apariencias.

Una madre modelo, una madre respetabilísima, no habría podido hacer más de lo que Martha hacía. Atraía a su casa a los jóvenes de Southampton aficionados a las regatas, invitaba a los pastores de la catedral de Winchester, perseguía a los abogados e instaba a su hijo para que intimase y trajese con frecuencia consigo a sus compañeros de caza. ¿Qué no es capaz de hacer una madre por el bien de los tiernos objetos de su cariño?

Entre una mujer tan virtuosa y el réprobo barón que moraba en el castillo, bien poco podía haber de común. La ruptura entre el marido de Martha y sir Pitt era completa: verdad es que el barón se había enajenado las simpatías de todo el país, y con sobrada razón, pues su vida era una serie interminable de escándalos. Siempre rehuyó sir Pitt la compañía de las personas honradas, pero su aversión instintiva, lejos de ceder, aumentó con los años. Desde que su hijo Pitt se presentó en el castillo con su esposa lady Jane para hacerle la visita de recién casados, la verja del parque no volvió a abrirse ante ningún coche que llevase en su interior personas dignas de alguna consideración.

Por cierto que la visita de los recién casados dejó en la memoria de éstos un recuerdo triste y doloroso. Pitt suplicó a su mujer que nunca hiciera mención de aquélla en su presencia, y cuando manifestó su ruego, su voz y su aspecto ofrecían expresión extraordinaria. Los detalles que a propósito de la visita en cuestión hemos podido recoger, los debemos a Martha, la cual, por artes que desconocemos, llegó a ponerse al corriente de la clase de recibimiento que el viejo dispensó al matrimonio.

No bien entró en la avenida del parque su lujoso carruaje, observó Pitt, con contrariedad y mal humor, que se habían abierto inmensos boquetes en las dos hileras de árboles que bordeaban el paseo —en sus árboles— y que, con escandaloso menosprecio del derecho de propiedad que sobre ellos tenía, el viejo barón los cortaba con arreglo a las inspiraciones de su capricho. El parque ofrecía el más desolador aspecto de ruina y abandono, los paseos estaban pésimamente cuidados; el carruaje saltaba de bache en bache, disparando chorros de lodo que lo salpicaban de una manera deplorable. La gran plazoleta que daba frente a la terraza no era más que un cenagal inmundo; ya no existían los macizos de flores que en otro tiempo la circundaban, ni se descubría la mano del jardinero por parte alguna.

Llamaron a la puerta: al cabo de un rato abrió Horrocks, quien condujo a los recién casados al salón de sus mayores. Mientras tanto los visitantes habían visto a una señora, cargada de gasas y cintajos, que desaparecía rápidamente por la escalera de encina negra.

—El señor barón se encuentra un poco delicado —dijo Horrocks—. Está en la biblioteca: ¿tienen ustedes la bondad de seguirme?

La biblioteca daba al parque. Sir Pitt había abierto una de las ventanas, y desde ella regañaba al postillón de los recién llegados, dispuesto, al parecer, a descargar los equipajes.

—¡Deja en paz los baúles, zángano! —gritaba—. ¿No ves que se trata de una visita momentánea?… ¡Hola, Pitt!… ¿Qué tal, querido? ¿Venís a ver al viejo? Eres preciosa, niña… A fe que no te pareces poco ni mucho al marimacho que la naturaleza te dio por madre… Acércate y da un beso al viejo, como buena niña que eres.

El beso desagradó a lady Jane, pero lo soportó con resignación ejemplar.

—Pitt engorda prodigiosamente —continuó el viejo—. ¿Te lee muchos sermones, querida? Un centenar de salmos y una docenita de himnos todos los días, ¿verdad? Trae un vaso de vino y un pastelito para lady Jane, Horrocks, y no estés ahí mirándola con ojos de cerdo cebado… No os invito a que paséis aquí un día siquiera, queridos, porque os aburriríais soberanamente y me aburriríais a mí, que soy un viejo raro con muchas manías, y al que no le interesa ya más que su pipa y su partida de chaquete todas las noches.

—Sé jugar al chaquete, señor —contestó lady Jane riendo—. Muchas veces hice la partida a papá y a la señorita Matilde Crawley; ¿no es verdad, Pitt?

—Mi esposa puede jugar al juego que tanto gusta a usted, padre —terció Pitt con arrogancia.

—No importa, se aburriría y me aburriría. Volveos a Mudbury, o bien haced una visita a mi hermano el rector, quien os dará de comer. Seguramente le proporcionaréis unas horas de verdadero placer, pues os está agradecidísimo por haberle privado de la

fortuna de mi hermana… ¡Ja, ja, ja, ja! A mi muerte, ya tienes fondos para remendar el castillo, que bien lo necesitará.

—He visto, padre —dijo Pitt con entonación de reproche—, que se hacen escandalosas talas de árboles.

—Tienes razón, hijo: el día no puede estar más encantador —contestó el barón, que de pronto había ensordecido—. ¡Ah! Por desgracia, ya no pueden alegrarme los días buenos… soy muy viejo… Por supuesto, que también tú estás cerca de los cincuenta. Pero los llevas muy bien; ¿no es verdad, Jeannie? Es natural: su conducta ha sido siempre ejemplar, su vida de lo más moral que pueda darse… Pero yo voy a cumplir los ochenta, y me conservo bastante bien.

Pitt intentó llevar de nuevo la conversación a la tala de árboles, mas fue en vano, porque la sordera de su padre continuaba.

—Soy muy viejo, y este año particularmente, el lumbago se ha empeñado en atormentarme. Mi vida será breve, no os molestaré mucho tiempo. Te agradezco que hayas venido a visitarme, Jeannie: me gusta tu cara, quiero hacerte un regalo de valor para que lo luzcas en los salones… —y diciendo esto se dirigió renqueando a un armario, del que sacó un estuche que contenía algunas alhajas—. Toma esto, querida; perteneció a mi madre, y más tarde, a la primera lady Crawley; son perlas, perlas preciosas. Nunca quise dárselas a la hija del ferretero.

En aquel momento entró Horrocks llevando una bandeja con un pequeño refrigerio.

* * *

—¿Qué has regalado a la mujer de Pitt? —preguntó al viejo la individua de las gasas y cintajos, apenas se despidieron los visitantes.

Era aquella mujer la señorita Horrocks, hija del mayordomo del castillo y escándalo del país entero, y reinaba como dueña y señora en el castillo del barón.

La aparición y progreso del almacén de gasas y cintas había excitado el descontento de la familia y las murmuraciones de todo el condado. La dama de los cintajos tenía cuenta abierta en la sucursal de la Caja de Ahorros, la dama de los cintajos iba en coche a la iglesia, la dama de los cintajos monopolizaba el uso de los caballos que desde tiempo inmemorial utilizaron todos los dependientes del castillo, la dama de los cintajos admitía o despedía la servidumbre sin oír otra voz que la de su capricho. El jardinero escocés tuvo la desgracia de desagradar a la dama de los cintajos, y hubo de emigrar con su mujer, sus hijos y sus aperos, abandonando los jardines a los cuidados de la madre naturaleza, que muy pronto los dejó convertidos en desiertos desolados. Las caballerizas estaban desiertas y en estado ruinoso. El barón, fuese por vergüenza, fuese por desprecio a sus vecinos, casi nunca traspasaba

las verjas de su parque: reñía a sus administradores y estrujaba a sus colonos por medio de cartas. Nadie podía llegar hasta él sin pasar antes por la dama de los cintajos, encargada de recibir a todo el mundo en la puerta, y dueña de despedir o de franquear el paso a quien le viniera en gana.

Imagínese cuál no sería el horror de Pitt, hombre de orden y adorador de la etiqueta, cuando tuvo noticia de un menosprecio tan escandaloso de todas las conveniencias sociales. Estremecíase de espanto cuantas veces pensaba en la posibilidad de que la dama de los cintajos fuese su madrastra. Con posterioridad a la visita hecha al barón, el nombre de éste no volvió a pronunciarse en la refinada casa de su hijo. En cambio la condesa de Southdown enviaba al viejo libertino folletos terroríficos, de los que el barón se reía, como se reía de sus hijos y del mundo entero, como se reía hasta de la dama de los cintajos si ésta llevaba demasiado lejos sus rabietas, lo cual sucedía con bastante frecuencia.

La Horrocks, una vez instalada como ama y señora en el castillo, trataba a sus antiguos compañeros de servicio con rigor y despotismo intolerables. Los criados recibieron la orden de llamarla madam, pero una doncellita, recién entrada en el castillo, la llamaba siempre milady, tratamiento que al parecer no disgustaba a la persona a quien iba dirigido, toda vez que se limitaba a contestar:

—Algunas hay que merecen ese título mejor que yo, pero también las hay que lo merecen menos.

Ejercía una autoridad suprema sobre la casa entera, con excepción de su padre, a quien no dejaba de tratar con altanería, advirtiéndole con frecuencia que no debía tomarse libertades con la «llamada a ser baronesa».

Un día el barón sorprendió a milady, como llamaba burlonamente a la dama de los cintajos, sentada al viejo piano que adornaba el salón, y que no había sido abierto desde que Becky ejecutó en él varias piezas de su repertorio, aporreando las teclas con gravedad risible y cantando, a voz en grito, tonadillas que había oído antaño. A su lado estaba la doncellita, aplaudiendo con entusiasmo.

El barón rompió a reír estrepitosamente. Más de doce veces narró el caso a Horrocks durante el día, llenando de indignación a la artista. Durante la comida, aporreó con sus dedos la mesa cual si fuese un instrumento músico y cantó con voz destemplada, remedando las tonadillas de la dama de los cintajos. Juró y perjuró que una voz tan divina como la de su amiga merecía la pena de ser cultivada y la instó a que se buscase un maestro de canto. Nunca estuvo el barón tan alegre y decidor como aquella noche. Bebió extraordinariamente y, ya muy tarde, se retiró a su dormitorio.

Media hora después, todo era movimiento, todo revolución en el castillo. Veíanse pasar rápidamente luces por las ventanas e iluminarse sucesivamente las vastas salas del castillo. Momentos más tarde, abríanse las puertas para dar paso a un criado montado, el cual tomó a galope tendido el camino de Mudbury y no paró hasta llegar

a la casa del médico. Una hora después entraban en el castillo el reverendo hermano del barón, con su mujer y su hijo James, los cuales encontraron a la dama de los cintajos en el despacho de sir Pitt, armada de un manojo de llaves y probando a abrir armarios y gavetas. La de los cintajos dejó caer las llaves y lanzó un grito de espanto al ver alzarse ante ella la figura de Martha, cuyos ojos relampagueaban.

—¡Viéndolo estás, James… tú eres testigo, esposo mío! —exclamó Martha, apuntando con el índice a la asustada culpable.

—¡Me lo dio todo… me lo dio todo! —repetía la de los cintajos.

—¡Miente usted, miserable criatura! Tú eres testigo, esposo mío, de que hemos sorprendido a esta bribona robando los objetos de propiedad de tu hermano. Morirá en la horca, conforme había yo predicho.

La desdichada cayó de rodillas a los pies de Martha, y suplicó, y lloró, pero en vano: nosotros, que conocemos cuán santa y virtuosa era Martha, comprenderemos cuán reacia había de estar para otorgar su perdón.

—Tira del cordón de la campanilla, James, tira hasta que acuda alguien —dijo Martha a su hijo.

Segundos después, llegaban tres o cuatro criados.

—Encerrad a esa mujer —les dijo Martha—. La hemos sorprendido robando al señor barón. Mañana la conduciréis a la cárcel de Southampton.

—No extremes la severidad, querida —suplicó el rector—. Al fin y al cabo…

—¿No hay un par de esposas? Las había antes en el castillo —continuó Martha —. ¿Dónde está el sinvergüenza del padre de esta bribona?

—Todo me lo dio el señor barón —gritó la pobre dama de los cintajos—. Me dio todo lo que tengo… —y mientras hablaba sacó de un bolsillo un par de hebillas de zapatos de que acababa de apropiarse—. Tome usted esto si cree que no es mío, pero yo nada he robado; ¿no es verdad, Esther? Esta muchacha presenció cuando me daba estas hebillas al día siguiente de la feria de Mudbury…

—¿Cómo se atreve usted a contar semejantes mentiras? —replicó Esther—. Yo no he visto que el señor barón le regalase nada, ni antes ni después de la feria de Mudbury. Tome usted la llave de mi baúl, señora; regístrelo, y si encuentra un palmo de cinta, hágame llevar a la cárcel; yo soy una muchacha honrada.

—¡Déme usted sus llaves, ladrona! —gritó Martha, dirigiéndose a la dama de los cintajos.

—Yo le enseñaré la habitación que ocupa, señora, y en donde tiene montones de cosas —dijo Esther, haciendo innumerables cortesías.

—Hazme el favor de callar de una vez. Sé muy bien qué habitación ocupa esa desgraciada. Usted, señora Brown, tenga la bondad de venir conmigo, y usted, Beddoes, no me pierda de vista a la bribona. Tú, esposo mío, vete arriba, no sea que asesinen a tu pobre hermano.

Martha salió de la estancia con la señora Brown, su marido se fue a la habitación del enfermo, y Beddoes quedó guardando a la culpable.

El médico de Mudbury sangraba mientras tanto al barón de Crawley.

Por la mañana, muy temprano, salió un mensajero encargado de avisar a Pitt Crawley. Le enviaba Martha, que había asumido el mando supremo en el castillo. La excelente señora había velado al enfermo toda la noche, consiguiendo, a fuerza de cuidados, devolverle un soplo de vida. No podía hablar, pero reconocía, al parecer, a las personas. Martha tomó asiento a la cabecera de su lecho. El mayordomo Horrocks hizo algunos vanos intentos para mantener su autoridad, pero la señora Martha le trató de borracho y libertino, le exigió que abandonase el castillo lo más pronto posible y le aseguró que le enviaría a presidio si se permitía presentarse ante ella.

Asustado el mayordomo retiróse al comedor, donde encontró al señorito James. Éste pidió una botella y vasos. Momentos más tarde, el rector y su hijo, sentados a la mesa, festejaban el suceso. Después de vaciar unas cuantas botellas, el rector ordenó a Horrocks que entregase todas las llaves que se encontrasen en su poder, y que desapareciese del castillo por el camino más corto. El mayordomo obedeció, saliendo con su hija sigilosamente, a favor de las tinieblas de la noche.

Capítulo XL

Rebeca es admitida en el seno de la familia

LLEGÓ EL HEREDERO del barón de Crawley al castillo poco después de acaecida la catástrofe, y puede decirse que reinó en él desde entonces. El viejo barón sobrevivió varios meses a su ataque, pero sin recobrar el uso de la palabra ni el de sus facultades mentales, de aquí que el gobierno de la casa y patrimonio hubo de recaer sobre su hijo y heredero. No era muy agradable ni muy clara la situación: sir Pitt se había pasado la vida comprando e hipotecando; tenía veinte agentes y veinte disputas con cada agente; sostenía media docena de pleitos con cada uno de sus arrendatarios, otra media docena con cada uno de sus abogados, pleiteaba contra dos compañías de minas y contra una de *docks*, y, en una palabra, contra toda persona o entidad que con él hubiese sostenido relaciones, de negocios o personales. Desenredar tantos y tan complicados asuntos, ver claro en aquel caos, era tarea digna de la perspicacia, sagacidad y perseverancia del antiguo diplomático, el cual, dicho sea en honor a la verdad, puso manos a la obra con laudable energía.

Como es natural, toda la familia acudió a Crawley de la Reina, incluso la suegra de Pitt, condesa de Southdown. Esta última, llevada de su ardor religioso, se empeñó en convertir a la parroquia entera en las mismas barbas del pastor, y a este efecto alzó un púlpito irregular frente al regular de la iglesia, sin que le arredrasen los frecuentes accesos de furor de Martha. Su intención era perfeccionar la obra, presentando para la parroquia un joven *protegée* suyo. Habló del asunto a Pitt, quien, diplomático como siempre, nada contestó.

Las caritativas intenciones abrigadas por Martha contra la dama de los cintajos no cristalizaron en realidades, por fortuna para la ladrona, que no visitó, como temía, la cárcel de Southampton. Su padre se puso al frente de la taberna llamada A las armas de los Crawley, establecimiento que tiempo antes tomara en arrendamiento al barón, y la hija fue a vivir con el antiguo mayordomo del castillo. Éste compró, andando el tiempo, algunos inmuebles y consiguió gozar del derecho de sufragio. El voto del rector, unido al del ex mayordomo y a cuatro más, componían el colegio electoral del pueblo, que elegía a su vez dos representantes.

Pronto se estableció un cambio de cortesías mutuas entre las señoras de la rectoría y las del castillo, es decir, entre las jóvenes, porque la señora del rector y la condesa de Southdown reñían cuantas veces se encontraban, de lo que resultó que al cabo de varias escaramuzas y combates formales, optaron por no verse. La condesa se recluía en sus habitaciones cuando las señoras de la rectoría visitaban el castillo, siendo lo

probable que a Pitt no le desagradasen aquellas ausencias momentáneas de su cariñosa mamá política. Cierto que siempre tuvo a la familia de los condes de Southdown por la más grande, la más gloriosa de la tierra, cierto que su suegra conquistó sobre él gran ascendiente, pero parece que comenzaba a percatarse de que era excesivamente imperiosa. Agrada ser tenido por joven, no hay duda, pero mortifica ser tratado como niño a los cuarenta y seis años. Lady Jane era dócil instrumento en manos de su madre; la voluntad de ésta era la suya, tanto, que ni osaba acariciar a sus hijos, ni casi quererlos, en presencia de su madre. Por fortuna para ella, la condesa tenía mil asuntos a que atender, siempre andaba escasa de tiempo, que le embargaban por entero las conferencias con los ministros del culto, la activa correspondencia que sostenía con todos los misioneros de África, Asia, Australia, etc., etc., y de consiguiente, era muy escaso el que podía dedicar a sus nietecitos Matilde y Pitt. Este último se criaba extraordinariamente débil y raquítico; a fuerza de calomelanos consiguió la condesa sostenerle un hilo de vida.

El viejo barón pasaba sus postreros días de lucha con la vida encerrado en las mismas habitaciones donde había fallecido su segunda esposa. Le cuidaba la muchachita Esther, la que fue favorita de la dama de los cintajos, la cual tenía para él atenciones conmovedoras. ¡Con cuánto cariño, con cuánta asiduidad, con cuánta constancia sirven las personas que reciben espléndidos estipendios! La muchachita en cuestión ablandaba sus almohadas, preparaba sus caldos, se pasaba las noches en pie, sufría con paciencia ejemplar sus quejas y gruñidos; los días que lucía el sol le sacaba de la alcoba en el mismo sillón que en otro tiempo sirvió para la solterona Matilde, y le llevaba a la terraza. También pasaba muchas horas acompañando al viejo lady Jane, quien desde el primer día había sabido granjearse sus simpatías, que demostraba sonriendo cuando aquélla entraba en su aposento y lanzando gemidos inarticulados cuando le dejaba. No bien cerraba lady Jane la puerta de la estancia del enfermo, dejando a éste solo, el barón sollozaba y gemía, y entonces, la muchachita Esther, todo cariño y todo mieles durante la permanencia de lady Jane, variaba radicalmente de actitud, se mofaba del enfermo, le hacía muecas y le enseñaba el puño gritando: «¿Callarás de una vez, viejo insoportable?». Por supuesto, que en lo que decía Esther habían venido a parar setenta años largos de mentiras, de borracheras, de egoísmo y de libertinaje: en un viejo idiota y llorón, a quien había necesidad de acostar, de dar de comer y de cuidar como a un recién nacido.

Encargóse al fin la naturaleza de poner término a las funciones de la enfermera. Una mañana, en ocasión en que Pitt examinaba en su despacho diversos documentos que le había traído su mayordomo y procurador, llamaron a la puerta y Esther apareció en el umbral, y después de hacer tres o cuatro cortesías, dijo:

—¡Perdón, señor… pero el señor barón ha fallecido esta mañana, señor! Yo estaba preparando su desayuno, que diariamente tomaba el enfermo a las seis en

punto, cuando… señor, me pareció oír un suspiro, señor, y… y… y…

En vez de terminar la frase, hizo a Pitt dos o tres reverencias más.

¿Qué causa hizo que el rostro pálido de Pitt se tornase súbitamente de un rojo encendido? ¿Sería por ventura la satisfacción consiguiente de verse al fin barón de Crawley y titular de un escaño en el Parlamento? ¿Sería que vislumbró en lontananza un porvenir de grandezas y dignidades? Lo ignoramos: lo que sí podemos afirmar es que hizo el cálculo de las cantidades que serían necesarias para desenredar los asuntos y dejar libre y limpio el patrimonio, y de las sumas que invertiría en mejoras. Para ello recurriría a la fortuna que heredó de su tía, y que antes no quiso tocar por si el viejo curaba y sus sacrificios resultaban estériles.

En el castillo y en la rectoría fueron cerradas todas las ventanas, doblaron lúgubremente todas las campanas de la iglesia, y en ésta el presbiterio fue cubierto de paños negros.

—¿Te parece bien que escriba a tu hermano, o lo haces tú? —preguntó lady Jane a su marido.

—Le escribiré yo y le invitaré al funeral —contestó el flamante barón. Sería falta imperdonable no hacerlo.

—¿Y… y… a la señora Rawdon, no la invitamos? —repuso con timidez lady Jane.

—¡Jeannie! —gritó la condesa—. ¿Cómo puede ocurrírsete desatino semejante?

—También la señora Rawdon debe ser invitada —contestó con resolución sir Pitt.

—¡No pondrá los pies en esta casa mientras yo esté en ella! —replicó la condesa.

—La señora condesa debe recordar que el jefe de esta familia soy yo —insistió sir Pitt—. Jeannie; ten la bondad de escribir a la señora Rawdon Crawley, diciéndole que le suplicamos que venga.

—¡Jeannie… te prohíbo terminantemente que escribas semejante carta! —rugió la condesa.

—Siento tener que repetir que soy el jefe de la familia, señora —insistió sir Pitt —. Me dolería que circunstancias que yo no he de provocar, obligasen a usted a salir de esta casa, señora, pero tenga entendido de ahora para siempre que, aun corriendo ese riesgo, en mi casa no ha de mandar nadie más que yo.

La condesa se puso en pie con ademán majestuoso y mandó que enganchasen el carruaje. Puesto que sus hijos la echaban a la calle, iría a esconder sus pesares en cualquier rincón del mundo, desde donde pediría a Dios la conversión de los que tan mal pagaban sus desvelos.

—No te echamos de nuestra casa, mamá —dijo con timidez lady Jane.

—Invitáis a que vengan personas cuya compañía no puede, no debe tolerar ningún cristiano. Que no enganchen ahora los caballos; me iré mañana temprano.

—Ten la bondad de escribir lo que voy a dictarte, Jeannie —dijo sir Pitt,

adoptando una actitud imperiosa—: «Crawley de la Reina 14 de septiembre de 1822. —Mi querido hermano…».

Apenas escuchado un encabezamiento tan terrible como decisivo, la condesa, que había acariciado la esperanza de sorprender alguna muestra de debilidad en su yerno, se irguió, y, con mirada extraviada y trágico ademán, semejante a lady Macbeth, salió de la biblioteca. Lady Jane miró a su marido como pidiéndole permiso para seguir a su mamá e intentar contentarla, pero sir Pitt le prohibió que lo hiciera.

—Puedes estar tranquila, que no se irá —dijo—. Ha alquilado su casita de Brighton y no le queda un cuarto de las rentas del semestre. Una condesa no puede vivir en una posada sin desprestigiarse. Hace mucho tiempo que esperaba yo una oportunidad para dar… este paso decisivo, amor mío, pues como comprenderás, no es posible que en una sola familia haya dos cabezas… Voy a continuar dictando:

> Mi querido hermano: La triste nueva que, con todo el dolor de mi alma, he de comunicar a la familia, estaba prevista… etc., etc.

En una palabra: Pitt, elevado al trono de sus mayores, y dueño, merced a la suerte o a sus merecimientos, de la fortuna que esperaban sus demás parientes, estaba resuelto a tratar a éstos con amabilidad y deferencia, y a convertir de nuevo en centro abierto a todos los individuos de la familia el castillo de sus antepasados. Lisonjeábale la circunstancia de ser jefe único e indiscutible. El primer empleo que pensaba hacer de su talento y de la influencia que le daba su nueva y brillante posición era asegurar a su hermano y a sus primos una posición digna de ellos. Acaso sentía cierto remordimiento al pensar que era dueño de toda la fortuna que para tantas personas fuera objeto de risueñas esperanzas. Tres o cuatro días de reinado bastaron para transformarle por completo y para que ultimase, con toda clase de detalles, la norma de conducta que seguiría en el porvenir. En sus planes entraba reinar rindiendo culto a la honradez y a la justicia, deponer a la condesa de Southdown y mantener relaciones de amistad con todos los individuos de su familia.

Tal era su disposición de espíritu cuando dictó la carta para su hermano Rawdon, carta llena de dignidad y mesura, donde las palabras más sublimes y las frases más altisonantes realzaban los más espléndidos pensamientos. La humilde amanuense estaba maravillada. «Será un orador como no ha visto otro el mundo cuando hable en la Cámara de los Comunes», pensaba con transporte. «Mi marido es un verdadero sabio… un genio… Yo le creía un poquito frío, pero es muy bueno, y sobre todo, un genio, sí, un genio.» Ignoraba que su marido había estudiado y meditado toda la carta y aprendídola de memoria muchas horas antes de dictarla a su atónita mujer.

La misiva, circundada de ancha orla negra, fue enviada a Rawdon Crawley a Londres. No agradó mucho a su destinatario.

«¿Qué voy a hacer en aquel castillo triste y aburrido?», pensó. «Me desespera la perspectiva de pasar algunas horas de sobremesa con Pitt, aparte de que no hacemos el viaje con menos de veinte libras.»

Subió la carta a Becky, que no se había levantado todavía, juntamente con el chocolate, que hacía y servía él todas las mañanas. Dejó la bandeja sobre el tocador, entregó la misiva a Becky, y ésta, no bien leyó las primeras líneas, saltó de la cama y lanzó un ¡hurra!, agitando triunfalmente la carta sobre su cabeza.

—¿Hurra? —repitió Rawdon—. A fe que no te entiendo. Nada nos ha dejado, Becky; yo tomé mi parte al llegar a la mayoría de edad.

—¡Tú nunca fuiste mayor de edad, tonto! Vete corriendo a encargarme un vestido de luto riguroso a madame Brunoy, y tú haz que adornen con gasa tu sombrero y búscate un chaleco negro. Prepáralo todo para que podamos emprender el viaje el jueves.

—Pero ¿opinas que debemos ir?

—Naturalmente que iremos. Quiero que Jeannie me presente en la corte el año que viene; quiero que tu hermano te conquiste un escaño en el Parlamento, ¡tonto!, quiero que lord Steyne pueda unir tu voto al suyo, ¡majadero!, quiero que seas secretario del gobierno de Irlanda, ¡estúpido!, gobernador de las Indias, o tesorero general, o cónsul, o cualquier cosa parecida.

—El viaje nos costará una cantidad muy respetable —gimió Rawdon.

—Aprovecharemos el carruaje de los Southdown, quienes, como individuos de la familia, no dejarán de asistir al funeral… Pero ¡no! Iremos en la diligencia: es mejor… No nos conviene la ostentación, sino la humildad.

—¿Llevaremos al niño, verdad?

—En manera alguna: sería necio pagar un asiento de más. Le dejaremos aquí confiado a la Briggs; ésta se encargará de vestirle de negro. Vete a hacer lo que te digo… y no estará de más que digas a tu criado que ha fallecido el barón y que heredas una suma cuantiosa: él se lo contará a Raggles, que anda muy apurado por falta de dinero, y la nueva consolará al pobre nombre.

Aquella noche, lord Steyne, visita obligada de Becky, encontró a ésta y la Briggs preparando los lutos.

—Nos encuentra usted anegados en un mar de dolor —dijo Becky—. Nuestro pobre papá, sir Pitt Crawley, ha muerto… Estamos desesperados…

—¿Desesperados, Becky? —contestó el lord—. ¡A fe que no lo entiendo! ¿Conque al fin ha concluido de dar guerra ese viejo escandaloso? Habría podido ser Par del Reino si hubiese sido menos disoluto. Siempre anduvo por sendas extraviadas. ¡Oh… fue un desvergonzado Sileno!

—Y yo pude casarme con ese Sileno desvergonzado —contestó Becky—. ¿No recuerda usted, Briggs, el día que, escondida al amparo de la puerta, vio al barón

postrado de rodillas a mis pies?

Era la Briggs el perro mastín que Becky llevó a su casa para que fuese el guardador de su reputación e inocencia. La solterona Matilde había legado a aquélla una pequeña renta anual; ella habría preferido continuar en la familia, prestando sus servicios a lady Jane, pero la condesa de Southdown la despidió tan pronto como decorosamente pudo hacerlo, y Pitt no osó oponerse a aquel ejercicio de autoridad de su suegra. Bowls y la Firkin recibieron asimismo sus ceses juntamente con los legados de la difunta, casándose entonces y poniéndose al frente de una casa de huéspedes, como es uso y costumbre en tales casos.

Briggs intentó vivir con sus parientes en el pueblo, pero habituada a la finura de trato de las personas en cuya compañía pasara tantos años, le fue imposible acostumbrarse a la sociedad de su familia, tenderos al por menor, que se disputaban sus cuarenta libras de renta con tanta furia y con mayor descaro que los Crawley la fortuna de su difunta señora. Un hermano suyo, radical hasta la médula de los huesos, llamaba a su hermana odiosa aristócrata, porque se había negado a facilitarle fondos con que surtir la tiendecita de que era dueño. Diremos en honor de la Briggs que sin inconveniente habría accedido a los deseos de su hermano, de no haberse opuesto una hermana suya, casada con un zapatero, la cual hermana le hizo ver que el tendero estaba arruinado y a punto de quebrar. Con sus argumentos logró llevarse a la Briggs a su casa, y arrancarle una buena parte de sus ahorros, hasta que al fin nuestra antigua amiga huyó a Londres, perseguida por los anatemas y maldiciones de los suyos y resuelta a venderse como esclava antes que aspirar a una libertad tan onerosa como la pasada. Una vez en Londres, mandó publicar en los periódicos un anuncio ofreciendo sus servicios, se fue a vivir con el matrimonio Bowls, y esperó el resultado del anuncio en cuestión.

He aquí cómo fue a parar a la casa de Becky: un día acertó a pasar la esposa de Rawdon, con el carruaje que guiaba ella misma, frente a la puerta de la casa de Bowls, en el preciso momento que la Briggs regresaba, fatigada y jadeante, de la redacción del *Times*, adonde había ido para mandar insertar por sexta vez su anuncio. Becky la reconoció al punto, y con uno de esos gestos simpáticos que eran en ella habituales, entregó las riendas al *groom*, saltó a tierra y estrechó con efusión las manos de la antigua dama de compañía de Matilde Crawley.

Lloró la Briggs y rió mucho Becky, acabando por entrar en el saloncito de la casa de Bowls, donde la Briggs le contó la historia de sus desdichas, y Becky correspondió a sus confianzas narrándole su vida con perfecto candor e ingenuidad encantadora.

La Firkin, señora Bowls a la sazón, se había aproximado y escuchaba con cara fosca la conferencia sostenida en el saloncito. Nunca fue Becky santo de su devoción. Cuando salió aquélla, luego de terminada la conferencia, limitóse a saludarla con

ademán agrio y cuando Becky se obstinó en estrechar la mano de la antigua doncella de su tía, alargó unos dedos semejantes a salchichas frías y sin vida. Becky se fue a Piccadilly, prodigando sonrisas a la Briggs, que presenciaba su marcha desde la ventana, y, momentos después llegaba al parque y era rodeada por media docena de elegantes.

Conocida la situación de la Briggs, sabedora de que, gracias al legado de Matilde, aquélla no había de discutir la cuestión del salario, formó al instante planes llenos de benevolencia con respecto a ella. Sería su perro mastín, y a este efecto la invitó a comer aquella misma tarde, diciéndole que de paso vería a su idolatrado hijito. Los señores Bowls aconsejaron a la Briggs que se guardase uy mucho de meterse en la boca del león.

—La dejará en la miseria, Briggs —dijo Bowls—. Acuérdese de mis palabras. Tan cierto como me llamo Bowls que la deja a usted sin un penique.

Briggs prometió ser muy cauta y hasta desconfiada, pero, pese a sus desconfianzas y cautela, es lo cierto que a la semana siguiente vivía con Becky y que antes de que hubieran transcurrido seis meses había prestado a Rawdon seiscientas libras esterlinas.

Capítulo XLI

Becky vuelve a pisar los salones de sus antepasados

VESTIDOS DE LUTO los esposos Crawley, y advertido de su llegada el nuevo barón, tomaron dos asientos en la misma diligencia en que Becky hiciera su primer viaje por el mundo nueve años antes. Rawdon ocupó un sitio en la delantera, y su gusto habría sido guiar los caballos, pero su luto riguroso se lo impedía. En Mudbury esperaba a los viajeros un carruaje tirado por dos caballos y guiado por un cochero vestido de negro.

—Es el trasto antidiluviano de la familia, Rawdon —observó Becky al poner su pie en el estribo—. Los gusanos han dado buena cuenta de los almohadones… Mira esa mancha… La reconozco; fue obra de sir Pitt, que dejó caer la botella de aguardiente que había ido a comprar a Southampton para tu tía… ¡Cómo vuela el tiempo! ¿Es posible que sea aquella muchacha que veo junto a su madre la niñita Talboys, que solía venir a corretear por el jardín?

—¡Linda muchacha! —exclamó Rawdon, devolviendo el saludo que acababan de hacerle.

Becky contestaba con gracia encantadora los saludos que de tanto en tanto le hacían. Reconocía a las personas y a cada nuevo reconocimiento experimentaba nuevo acceso de alegría. Parecía que en lugar de ser una impostora, era una persona que volvía a la casa de sus antepasados. Más cohibido y como abochornado andaba Rawdon, por cuyo cerebro cruzaban pensamientos relacionados con su niñez, pensamientos de inocencia que, probablemente, despertaban en su alma sensaciones de remordimiento, de duda y de vergüenza.

—Tus hermanas deben ser unas mujeres completas —dijo Becky, acordándose de sus cuñadas por primera vez acaso desde que había dejado de verlas.

—No lo sé… supongo que sí… ¡Hola!… ¡Aquí tenemos a la vieja Lock! ¿Qué tal, señora Lock? ¿No me conoce ya? Soy Rawdon… ¡Diablo, y cómo se pegan al mundo esas viejas! ¡Cien años creo que tenía cuando yo nací!

Franqueaban los viajeros las verjas confiadas al cuidado de la vieja Lock, cuya sarmentosa mano quiso estrechar Becky.

—Mi padre ha hecho grandes talas de árboles —observó Rawdon mirando en derredor.

No habló más, y tampoco Becky. Entrambos experimentaban cierta agitación, pensando en su pasado: Rawdon Be veía en Eton, siguiendo sus estudios, recordaba a su madre, mujer alta, seca y glacial, a una hermana suya que había muerto y a la que

quiso apasionadamente, contaba con la imaginación las palizas que pegó a su hermano Pitt, y, sobre todo, pensaba en su hijito, a quien habían dejado en casa. Becky, por su parte, repasaba en su memoria los años de su juventud, llenos de secretos que a nadie habría osado confesar, los tempranos días de su adolescencia, ya manchados por la más negra y descarnada realidad, meditaba sobre su entrada en la vida por la puerta falsa, y en su espíritu se alzaban las imágenes de la señorita Pinkerton, de Joseph y de Amelia.

La fachada principal y la terraza del castillo estaban limpios como la plata, gracias a los cuidados de Pitt. Dos personajes altos, de aspecto solemne, vestidos de negro, abrieron las portezuelas cuando el coche se detuvo frente a la entrada principal. Rawdon se puso encarnado como la grana y Becky un poquito pálida mientras atravesaban el espacioso hall. Becky se aferró al brazo de su marido al entrar en el saloncito de roble donde esperaban su llegada sir Pitt y su mujer. Los dos vestían de riguroso luto. Junto al matrimonio estaba la señora condesa de Southdown, que no había abandonado el castillo conforme amenazara. Sin duda lo pensó mejor, y se contentó con mantenerse como una estatua de piedra cuando en presencia de su yerno y de su rebelde hija se encontraba.

La condesa hizo a los recién llegados una inclinación ligerísima de cabeza, que no atormentó gran cosa, dicho sea de paso, a nuestros amigos. A sus ojos, era aquella dama personaje de importancia y consideración muy secundarias en aquel momento; lo que les importaba era el recibimiento que encontrarían en su hermano, dueño y soberano del castillo, y en su esposa, reina consorte.

Pitt estrechó la mano de Rawdon y de su cuñada e hizo una profunda reverencia a ésta, pero lady Jane tomando a Becky por ambas manos la besó afectuosamente. Aquel beso hizo asomar las lágrimas a los ojos de nuestra aventurera. Rawdon, animado por aquella prueba de bondad y confianza, se atusó el bigote y se creyó en el deber de saludar a su cuñada con un beso, que ruborizó extraordinariamente a lady Jane.

—Es una mujercita encantadora —dijo Rawdon a Becky cuando se encontraron solos, refiriéndose a lady Jane—. Pitt ha engordado prodigiosamente, y, por lo que veo, sabe hacer las cosas bien.

—Medios sobrados tiene para ello —contestó Becky—. Tus hermanas son unas muchachas muy lindas… Todo me parece bien en esta casa, todo… menos la suegra de tu hermano, que si no me engaño mucho, es una furia insoportable.

Habían sido retiradas del colegio las niñas para que asistiesen al funeral. No parecía sino que Pitt había considerado indispensable a la dignidad de la casa y de la familia reunir en el castillo la mayor cantidad posible de personas enlutadas. De negro vestían, como era natural, todos los individuos de la familia, de negro toda la servidumbre de uno y otro sexo, de negro todos los vecinos del pueblo, de negro el

rector, su esposa, hijo e hijas, de negro los empleados de la funeraria, que sumarían veinte hombres por lo menos… Pero a bien que, como la mayor parte de estos enlutados son personajes mudos en nuestro drama, huelga que les dediquemos mucho espacio en la narración.

Por lo que respecta a sus cuñaditas, Becky, lejos de intentar olvidar que había sido su institutriz, ella misma les recordó esta circunstancia con franqueza y amabilidad encantadoras, y, a continuación, preguntóles con gravedad qué tal andaban sus estudios, concluyendo por asegurarles que había pensado en ellas mucho… mucho, y que siempre anheló saber de ellas. Al oírla, todo el mundo habría dado por cierto y averiguado que desde que salió del castillo de los Crawley no pensó más que en sus antiguas discípulas, ni le interesó otra cosa que la felicidad de las mismas. Lady Jane así lo creyó, y otro tanto creyeron las interesadas.

—Apenas si ha variado en estos ocho años —dijo Rosalinda a Violeta momentos antes de bajar al comedor.

—Las mujeres de cabellos rubios se conservan admirablemente —respondió Violeta.

—El suyo era antes más claro: sospecho que se lo tiñe —repuso Rosalinda—. También la encuentro un poquito más gruesa, pero esa circunstancia la favorece.

Conviene advertir que Rosalinda era bastante gruesa y prometía serlo mucho más.

—Menos mal que no se da aires de gran dama, y que recuerda que fue antaño nuestra institutriz —observó Violeta, como queriendo dar a entender que la mujer que fue en sus tiempos institutriz, debía permanecer siempre en su puesto, sin aspirar a escalar otro más brillante.

—Yo no puedo creer que su madre fuese una bailarina, como aseguran nuestras primas de la rectoría.

—Ni sería justo hacerla responsable de su nacimiento —replicó Rosalinda, dando pruebas de gran liberalidad—. Yo opino como mi hermano: desde el momento que entró en nuestra familia, es nuestro deber tratarla con los miramientos que le corresponden. Seguramente no rebatirá esta opinión nuestra tía Martha, empeñada en casar a su hija Catalina con Hooper, el almacenista de vinos.

—Es posible que se vaya la condesa: he observado que miraba con repugnancia manifiesta a Becky.

—¡Ojalá se fuese! ¡Con toda mi alma deseo que nos libre de su presencia! Sonó en este punto la campana y las dos muchachas bajaron al comedor.

Antes de sentarnos a la mesa, sigamos a lady Jane, que acompañó a Becky a las habitaciones preparadas para ella, en las cuales se advertían reformas debidas a la regencia de Pitt. Instalada Becky en ellas, y luego que se despojó del manto y del sombrero, preguntóle lady Jane en qué podía serle útil.

—Lo que más me gustaría sería ver a los niños —respondió Becky.

Las dos cuñadas cambiaron entre sí miradas de cariño, diéronse las manos y pasaron juntas a la habitación de los niños.

Becky admiró a Matildita, que no había cumplido los cuatro años, y dijo que era la niña más encantadora del mundo. En cuanto al niño, que tenía dos años, y era pálido, desmedrado, encanijado y de cabeza desproporcionada a su talla, afirmó que era un prodigio de perfección en todo lo referente a estatura, inteligencia y hermosura.

—Me apena la obstinación de mamá, que le obliga a tomar medicinas y más medicinas —suspiró lady Jane—. Muchas veces pienso que estaría más sano y robusto no tomando ninguna.

A continuación, las dos cuñadas entraron de lleno en el terreno de las confidencias, enzarzándose en una conversación médica sobre los niños, tema que entusiasma, así al menos lo creo, a todas las madres. Cincuenta años han transcurrido desde que el autor de las presentes líneas era un niño a quien enviaban por las noches desde la mesa a la camita, y recuerda perfectamente que las señoras apenas si sabían hablar de otra cosa que de las indisposiciones y enfermedades de sus hijitos, y de los remedios más indicados para combatirlas con éxito. Desde aquella fecha, en dos o tres ocasiones he preguntado sobre el particular, y me han contestado que los años no han desterrado la costumbre. Si mis lectores se toman la molestia de inquirir… Pero hagamos punto: al cabo de media hora de estar juntas, Becky y lady Jane eran las mejores amigas del mundo, y aquella misma noche, la segunda aseguró a su marido que su cuñada era la criatura más dulce, franca, cariñosa y desinteresada de la creación.

Una vez dueña de la voluntad de lady Jane, la infatigable intrigantuela emplazó sus baterías y combinó sus esfuerzos para conciliarse a la augusta condesa. No bien se encontró a solas con la dama, la atacó por el lado flaco, diciéndole que su hijo, su idolatrado hijo, se había salvado merced a los calomelanos, administrados sin tasa ni medida, siendo de advertir que cuando apeló a tan heroico remedio todos los médicos de París habían desahuciado por unanimidad al enfermito. Refirióse a continuación a la frecuencia con que había oído hablar de la señora condesa de Southdown al santo varón reverendo Lawrence Grills, ministro de la capilla de Mayfair, que ella frecuentaba mucho; aseguró que los azares de su vida y sus infortunios habían modificado en extremo su anterior manera de ser y de pensar, y expuso sus deseos de que los años de vida consagrados a los placeres mundanos no la incapacitasen para entregarse a reflexiones más serias sobre, la vida futura.

Coronó la obra, conquistándose todo el favor de la egregia dama, la indisposición que sintió Becky al salir de la iglesia donde se había celebrado el funeral, indisposición que la indujo a solicitar los consejos médicos de la condesa. Ésta, no contenta con prodigárselos durante el día, se presentó a medianoche —con tal traza,

que parecía el mismísimo espíritu de lady Macbeth— en el dormitorio de la enferma, armada de una porción de libros terroríficos y de dos o tres pócimas preparadas por sus manos, que se empeñó en hacer tomar a la esposa de Rawdon.

Aceptó Becky los libros y hasta comenzó a hojearlos con muestras de vivo interés, entabló conversación con la dama-médico a propósito de la materia que los libros trataban y de la salvación de su alma, creyendo librarse por este medio de ingerir la medicina. Por su desventura, agotados los temas religiosos, la dama no quiso salir de su dormitorio sin antes ver pasar la medicina desde la copa hasta el estómago de Becky, la cual hubo de tomarla en presencia de la condesa. Ésta abandonó al fin a su víctima dándole antes su bendición.

Hemos de confesar que la bendición de la altísima condesa de Southdown consoló muy poco o nada a Becky. Con expresión cómica de rostro narró a su marido lo sucedido; las explosiones de risa de Rawdon fueron más ruidosas que de ordinario cuando su mujer, con acento burlón que no intentó disimular, describió el suceso. Exponiéndonos a que se nos acuse de que precipitamos los acontecimientos, diremos que la historieta hizo reír más de una vez a lord Steyne cuando nuestros amigos volvieron a instalarse en su casa de Londres. Becky le favorecía con todos los detalles de la escena: vestida de bata y con gorro de dormir, predicaba con cómica gravedad un sermón terrorífico interminable; hacía sabrosos comentarios sobre la virtud y sobre las excelencias de la pócima que fingía administrar, remedando tan prodigiosamente a la condesa, que no parecía sino que era ésta misma la que hablaba.

Pero dejemos ya a la condesa, convertida, acaso por primera vez en su vida, en objeto de diversión, y volvamos a Pitt, acerca del cual encontró la intrigante las disposiciones más favorables, sin duda porque nuestro flamante barón no había dado al olvido las pruebas de deferencia y respeto que en otro tiempo le diera Becky. El matrimonio del ex coronel, aunque distaba mucho de ser satisfactorio, había mejorado mucho a Rawdon; esto saltaba a la vista. Por otra parte, aquella unión, ¿no había sido altamente beneficiosa para Pitt? El ladino diplomático se confesaba, con viva fruición interior, que al matrimonio debía su fortuna, es decir, la de su tía, que habría heredado Rawdon de no haber contraído una alianza que irritó a la difunta solterona; no debía, pues, condenarlo.

Esta satisfacción íntima, que ya existía, lejos de desaparecer o menguar, aumentó con la llegada de Becky, que multiplicaba sus atenciones con Pitt, acentuaba las deferencias que ya años antes le habían encantado, y ponderaba su talento y dotes oratorias y de gobierno en términos tan encomiásticos, que sorprendía al mismo Pitt, no obstante la predisposición de éste a admirar sus relevantes cualidades.

En sus conversaciones con lady Jane demostró palmariamente Becky que su matrimonio con Rawdon fue obra de la señora Bute Crawley, la que después que se hubo realizado lo calumnió con furibunda saña; puso de manifiesto que fue la

avaricia de Martha de Crawley, que se propuso asegurarse la totalidad de la fortuna de Matilde, la que inventó y propaló cuantas historias desfavorables circularon sobre ella, con las cuales intentaba, y por desgracia consiguió, robar a Rawdon el cariño de su tía.

—Consiguió hundirnos en la miseria —decía Becky con acento de resignación conmovedora—. Esto no obstante, ¿podría yo guardar rencor a la mujer a quien soy deudora del mejor de los maridos? Además, la ruina de sus esperanzas, la pérdida de la fortuna que codiciaba, ¿no son castigo suficiente de su avaricia? ¡Pobrecilla! ¡La compadezco de verdad! ¿Qué me importa a mí la pobreza, Jeannie? ¿No estoy acostumbrada a ella desde muy niña? Muchas veces pienso que ha sido mejor que la fortuna de Matilde Crawley haya servido para restaurar el lustre y esplendor de la familia nobilísima a la que tanto me enorgullezco de pertenecer. Mil veces mejor uso ha de hacer de ella Pitt que el que hubiese hecho Rawdon.

Todas estas conversaciones eran transmitidas con escrupulosidad a Pitt por su confiada esposa, y contribuían a aumentar la impresión favorable que en aquél había producido Becky.

Mientras Becky aseguraba el éxito de sus afanes, y Pitt tomaba las disposiciones necesarias para que la suntuosidad de los funerales estuviera en armonía con sus miras de grandeza y de ambición, y lady Jane se ocupaba de sus niños en la medida, al menos, que le consentían las intromisiones de su madre, y el sol salía y se ponía como de costumbre, y la campana del castillo sonaba a las horas de las comidas y de la oración, el cadáver del barón yacía encerrado en un féretro suntuoso, en la habitación misma que había ocupado en vida, custodiado por dos empleados de la funeraria, contratados y pagados para tal menester. Un par de mujeres, tres o cuatro empleados de la funeraria, todos vestidos de negro, todos habituados a las actitudes trágicas, cuidaban de los fúnebres despojos de la muerte, que custodiaban por turno. Los que no estaban de servicio se reunían en la habitación del mayordomo, donde distraían el tiempo bebiendo cerveza y jugando a las cartas.

Los individuos de la familia y los criados de la casa huían del lugar donde los restos del descendiente de una línea gloriosa de caballeros esperaban la hora de ser conducidos a la cripta donde habían de descansar eternamente. Nadie lloró la muerte del finado, excepción hecha de la pobre mujer que aspiró a ser baronesa, y que hubo de huir lamentablemente de la mansión en que hacía tan poco tiempo había mandado con plena autoridad. Aparte de aquélla, y de un perro viejo en quien el difunto barón concentró sus quereres durante el período de su imbecilidad, el castellano no dejó en el mundo un solo amigo que le llorase, debido tal vez a que en vida jamás hizo nada por tenerlos. Si cualquiera de nosotros, si el mejor, el más cariñoso de nosotros, el que más favores haya dispensado, tuviese ocasión, después de enterrado, de darse una vueltecita por la feria de las vanidades, seguramente experimentaría terrible

mortificación al convencerse de lo pronto y bien que sus amigos se habían consolado. El barón de Crawley fue olvidado… exactamente lo mismo que lo será el mejor de nosotros… aunque acaso breves semanas más pronto.

Los que acompañaron los despojos mortales del barón hasta la tumba, ceremonia que tuvo lugar el día previamente señalado, hiciéronlo con la gravedad y compostura de rigor: los individuos de la familia en coches cubiertos con crespones, con sus pañuelos aplicados a las narices, en disposición de recoger las lágrimas que los ojos rebeldes se negaron a verter; el dueño de la funeraria y sus dependientes revelando en sus rostros la más amarga de las tribulaciones, los colonos y arrendatarios del difunto vestidos de negro y con caras compungidas, y el párroco cantando el oficio de difuntos. Es ley del mundo: mientras tenemos en nuestra casa un muerto, representamos las comedias impuestas por la costumbre, y creemos haber cumplido con el último de nuestros deberes cuando cerramos su tumba con la losa sepulcral, sobre la cual grabamos una porción de mentiras. Entre el pastor de la parroquia, un estudiante de Oxford, joven listo, y Pitt, compusieron un epitafio en latín: el primero de los tres señores mencionados pronunció un sermón clásico, enalteciendo las virtudes del difunto y exhortando a los sobrevivientes a no entregarse al dolor, haciéndoles ver con frases altamente respetuosas que también para ellos llegaría el día en que hubiesen de franquear el portal misterioso que había traspasado su llorado hermano.

Terminada la ceremonia, los colonos regresaron a sus fincas, no sin pasar antes por la taberna para refrescar sus gargantas; los coches de los señores vecinos se fueron por donde habían venido, y los empleados de la funeraria, luego que recogieron sus crespones, sus penachos y todo el aparato mortuorio, montaron en el carruaje de la casa y se dirigieron a Southampton. Sus caras, poco antes contristadas, recobraron su expresión alegre habitual tan pronto como el coche atravesó la verja del parque, y en el camino hicieron más de un alto para apurar algunas botellas de cerveza. El sillón de ruedas del difunto fue llevado a un desván y no hubo más muestras de la despedida eterna de sir Pitt, que ostentó el título de barón de Crawley por espacio de más de sesenta años.

Los pájaros vinieron a alegrar los campos con sus trinos; llegó la época en que todo caballero inglés que se estime en algo debe tirotear a las perdices, y sir Pitt Crawley, mitigado algún tanto el dolor acerbo que el fallecimiento del autor de sus días le produjo, hubo de entregarse al pasatiempo indicado. Cubrió su cabeza con un sombrero blanco, pero justo es añadir que rodeó su copa con una gasa. La vista de los dilatados campos, que eran suyos, suyos y de nadie más, fue para él manantial de secretas alegrías. En algunas ocasiones, dando pruebas de conmovedora humildad, no tomaba la escopeta sino un bastón. Su hermano Rawdon le acompañaba

invariablemente. En el ánimo del pobre coronel habían hecho mucha impresión el dinero y las propiedades del hermano heredero: ya no despreciaba a Pitt; al contrario; reconociendo en él al jefe de la familia, hacíale objeto de sus obsequios y le trataba con mucho respeto; escuchaba con interés la exposición de sus proyectos encaminados a mejorar el patrimonio, aconsejábale en lo referente a caballos y cuadras, domaba la yegua destinada a lady Jane, y, en una palabra, se comportaba como hermano menor modelo. De Londres recibía frecuentes cartas de la Briggs referentes a su hijo, y algunas de éste, concebidas poco más o menos en los siguientes términos:

> Yo estoy bien; espero que tú estarás bien; deseo que mamá esté bien. El caballito está bien. Grey me lleva a pasear al parque. Ya sé trotar. Ayer encontré un muchacho en el parque, y cuando su caballito trotaba, el niño lloraba. Yo no lloro porque trote mi caballito.

Rawdon leía estas cartas a su hermano y a lady Jane, los cuales prometieron costear el colegio al niño. Lady Jane, no contenta con esto, dio a Becky un billete de Banco, para que comprase con él un regalo a su sobrinito.

Así transcurrían los días, en medio de las distracciones que proporciona la vida de campo. La campana seguía sonando a las horas de comer y de rezar; las hermanas de Pitt recibían su lección de piano todas las mañanas, después del desayuno, siendo Becky su profesora. A continuación, calzaban sus zapatos fuertes y bajaban al parque y a veces llegaban hasta el pueblo, acompañadas por la condesa de Southdown, que nunca salía del castillo sin llevar abundante provisión de libros espantables y de medicinas preparadas por ella, por si tropezaba con algún enfermo. Por las noches, Becky ejecutaba, ante la familia reunida, fragmentos de Handel y de Haydn, o bien trabajaba con ardor en una obra maestra de tapicería. No parecía sino que en su vida no había conocido otra manera de pasar el tiempo.

«No es difícil ser mujer de un caballero campestre», pensaba Becky. «Creo que sería yo esposa modelo si tuviese una renta de cinco mil libras esterlinas… Cuidaría de los niños, cortaría con mis propias manos los melocotones que hubiesen de servirme en la mesa, plantaría y regaría las flores y recogería las hojas muertas de los geranios. Preguntaría a las viejas qué tal seguían de sus reumatismos y daría media corona para la sopa de los pobres, cantidad que no mermaría gran cosa la suma de cinco mil al año. Incluso sería capaz de viajar diez millas en coche para comer con alguno de mis vecinos y de vestirme con trajes pasados de moda. Asistiría a las funciones religiosas, y teniendo el dinero, pagaría todas mis cuentas. El dinero es lo que llena de orgullo a quienes lo tienen, el dinero es lo que les hace mirar con lástima a los que no poseemos un penique. Se tienen por generosos cuando dan a nuestros

hijos un miserable billete de cinco libras, y nos desprecian a los pobres porque carecemos de ese billete.»

¿Tendría razón Becky? ¿Será verdad que entre ella y una mujer honrada no mediaba más diferencia que la del dinero, la de la fortuna? ¿Quién puede afirmar que es mejor, más virtuoso que su vecino? La riqueza, si no hace honradas a las personas, les da apariencias de honradez, y si no apariencias, nombre y fama de honradas. Suprime, además, las tentaciones: un potentado no robará un panecillo en el momento de levantarse de una mesa donde le han servido opípara cena; pero figuraos a ese hombre desfallecido de hambre, y será capaz de arrancar a un mendigo el mendrugo que esté llevándose a la boca.

Objeto de las visitas más curiosas de Becky eran los bosques, los estanques, los jardines, los salones de la casa donde vivió dos años, los sitios que frecuentaba siete años atrás, cuando era joven… es decir, relativamente joven, pues no se acordaba ya de cuando lo fue en realidad, y daba vida nueva a los pensamientos que la agitaban por entonces, y los contrastaba con los que tenía ahora, cuando ya había tenido ocasión de ver el mundo y de vivir con personas de posición y se había elevado sobre la condición humilde a la cual parecía haberla condenado la suerte.

—Si me he elevado, lo debo a mi talento —monologaba Becky— y a que la humanidad es necia en demasía. Hoy, aunque quisiera me sería imposible retroceder, no podría acomodarme a la sociedad que frecuentaba el taller de mi padre. Me visitan lores y potentados en vez de aquellos pobres artistas que apestaban a tabaco de ínfima calidad. Mi marido es un aristócrata, mi cuñada, hija de un conde y esposa de un barón, y vivo como señora en la misma casa donde pocos años antes era poco menos que una fregona. Pero en realidad, ¿mi condición actual es mucho mejor que la que tenía cuando era hija de un pobre artista y me las arreglaba para sacarle té y azúcar al tendero de la esquina? Si fuera mi marido el pobre Francis, aquel muchacho que me adoraba, ¿sería más pobre de lo que en la actualidad soy? ¡Ah! ¡Si en mi mano estuviera, pronto cambiaría mi posición brillante en sociedad y toda la aristocrática parentela por unos cuantos títulos de la renta al tres por ciento!

Hubiese podido ocurrírsele que si hubiera vivido con mayor humildad, rendido algún miramiento a la virtud y a la honradez, cumplido con sus deberes y caminado por la senda del bien, se habría aproximado mucho a la felicidad, o quién sabe si la hubiese alcanzado, pero si alguna vez brotaron estos pensamientos en la mente de Becky, y lo dudamos mucho, tuvo ella buen cuidado de orillarlos, en vez de ensimismarse en ellos. Los eludió, los despreció, los aventó, y se lanzó de cabeza por el sendero opuesto, ese sendero que impide, a quien se aventura por él, volver sobre sus pasos. Verdad es que de todos los sentidos morales que posee la humanidad, el del remordimiento es el menos activo y el más fácil de adormecer cuando despierta… y cuenta que en muchas personas no ha despertado jamás. Nos apena que se

descubran nuestras maldades, nos espanta la idea de la deshonra o del castigo, pero la conciencia de haber obrado mal, por sí sola, a muy contados concurrentes a la feria de las vanidades hace infelices.

Quedamos en que Becky, durante su estancia en el castillo, se atrajo la buena voluntad de cuantas personas alternaron con ella. Lady Jane y su marido le prodigaron demostraciones de sincero cariño cuando llegó el momento de despedirse. La condesa de Southdown le regaló libros piadosos y un paquete de medicinas y le confió una carta dirigida al reverendo Lawrence Grills, en la cual exhortaba a este santo varón a que salvase el alma de la ilustre portadora de la misiva. Pitt acompañó hasta Mudbury a los viajeros, llevándolos en su coche de honor tirado por cuatro caballos.

—¡Cuán feliz serás al besar de nuevo a tu pequeño! —dijo lady Jane al despedirse de su cuñada.

—¡Oh, mucho… muy feliz! —exclamó Becky, alzando sus ojos verdes.

Mayor felicidad le proporcionaba salir del castillo, aunque por otra parte lo sentía. Se había aburrido en aquél de la manera más abominable, bien que ella misma se daba cuenta de que allí respiró una atmósfera más pura que la que estaba acostumbrada a respirar. Los personajes que lo habitaban no podían ser más monótonos, pero indudablemente se habían mostrado bondadosos.

—¡La influencia de los montones de títulos al tres por ciento! —se dijo Becky, y quizás no sin razón.

Los reverberos de Londres iluminaban las calles con sus claridades rojizas cuando la diligencia entró en Piccadilly: la Briggs había encendido una chimenea espléndida en la calle Curzon para festejar el regreso de sus señores, y el pequeño Rawdon no se había acostado aquella noche, a fin de no dilatar hasta el día siguiente los besos y abrazos que tenía destinados para sus queridos papas.

Capítulo XLII

Que trata de la familia Osborne

HACE MUCHO TIEMPO que no hemos tenido el placer de ver a nuestro respetable amigo el señor Osborne. Para su desgracia, durante el lapso considerable que hemos pasado sin verle, no ha sido el más dichoso de los mortales. Han sobrevenido acontecimientos que no podían contribuir a endulzar su carácter, y no siempre ha podido el buen señor seguir los impulsos de su voluntad. Sabemos que la menor resistencia a sus deseos contrariaba muchísimo a este caballero, y añadiremos que las resistencias le exasperaron doblemente a medida que los años, la gota, la soledad y la ruina de sus esperanzas se coligaron para gravitar sobre él. Su pelo negro y espeso se tornó del color de la nieve a raíz de la muerte de su hijo, se acentuó el tono rojizo de su faz, y sus manos temblaban más que nunca cuando llevaba a sus labios la copa del vino. Sus empleados le encontraban insoportable en sus oficinas, y en su casa, la felicidad de su familia no era mayor que la de aquéllos. Dudo mucho que Becky, que se pasaba la vida suspirando por «Consolidados», hubiese trocado su pobreza y los azares de su vida por el dinero del viejo Osborne, si a la vez que el dinero le hubieran obligado a aceptar sus penas. Ya que le fue imposible casar a su hijo con la señorita Swartz, pidió para sí la mano de ésta, pero recibió un desaire humillante de parte de los tutores de la interesada, los cuales se apresuraron a casarla con un joven de la nobleza escocesa. Era hombre capaz de casarse con una mujer de la más baja ralea, pero no encontró ninguna de su gusto, y, obligado a permanecer viudo, falto de mujer propia a quien tiranizar, tiranizó a la hija que aún le quedaba soltera. Tenía ésta un coche soberbio, caballos de lujo, ocupaba la cabecera de una mesa cubierta de vajillas de plata, poseía su talonario de cheques, gozaba de un crédito ilimitado, acogíanla los comerciantes con cumplimientos y reverencias profundísimas, reunía en su persona cuantas ventajas suelen reunir las herederas, pero la vida que llevaba nada tenía de envidiable. Las muchachitas del hospicio, la más pobre de sus doncellas, eran mil veces más felices que nuestra infortunada niña, ya muy entradita en años por esta época.

Frederick Bullock, de la casa Bullock, Hulker y Compañía, había casado con Mary Osborne, no sin antes sostener grandes altercados con su suegro a propósito de la dote. Teniendo en cuenta que George había muerto, quería Frederick que Mary recibiese la mitad de la fortuna de su viejo padre, y tal obstinación puso en su demanda, que durante mucho tiempo se negó a cargar con su novia (era ésta la frase que empleaba Frederick) si el padre no aceptaba su justa demanda. Replicaba el viejo

que Frederick había consentido en tomar a su hija con veinte mil libras esterlinas, y que estaba resuelto a no dar un céntimo más.

—¡Que te tome con las veinte mil, y vaya bendito de Dios, o bien que te deje, y que se vaya al cuerno! —repetía a todas horas el viejo.

Frederick, cuyas aspiraciones crecieron considerablemente cuando George fue desheredado, se consideró infamemente robado por el anciano mercachifle, y durante mucho tiempo se condujo como si el proyectado enlace hubiese quedado definitivamente roto. Osborne retiró sus capitales de la casa Bullock, Hulker y Compañía, y un día se presentó en la Bolsa con un látigo en la mano, jurando que dejaría una cruz marcada en la espalda de cierto canalla, que no quiso nombrar. La violencia de su carácter se hizo insoportable. Jeannie Osborne procuraba consolar a su hermana, y a todas horas le decía:

—Siempre creí, Mary, que Frederick estaba enamorado de tu dinero y no de ti.

—En todo caso estaría enamorado de mi dinero y de mi, puesto que nunca se dirigió a tu dinero ni a ti —replicaba Mary.

La ruptura fue pasajera. El padre de Frederick y los socios de la casa aconsejaron al novio que tomase a Mary, aun cuando no le trajera más que las veinte mil libras esterlinas, la mitad de presente, y la otra mitad a la muerte del viejo, toda vez que le quedaban esperanzas racionales de participar en otra nueva distribución de la fortuna del padre de Mary. Cedió el recalcitrante pretendiente y encargó a Hulker que fuese su embajador de paz cerca de Osborne.

Expuso el embajador que no fue el novio, más enamorado que nunca de Mary y más deseoso de hacerla su esposa, quien opuso dificultades al matrimonio sino su padre. Osborne aceptó a regañadientes la excusa, no porque la tomara como buena, sino porque Hulker y Bullock eran familias de la aristocracia de la City, y relacionadas además con la nobleza del West End. Perdonó, pues, a Frederick y se mostró dispuesto a la celebración del matrimonio.

De la boda se habló mucho tiempo. Se celebró en la capilla de la plaza Hanóver, cerca de la cual vivían los padres del novio, que por este motivo se encargaron del banquete. Fueron invitados a la ceremonia la mayor parte de los nobles del West End, y muchos de ellos honraron con sus firmas el acta matrimonial. Asistieron los señores de Mango con sus encantadoras hijas, que oficiaron de doncellas de honor de la desposada, el coronel de dragones Bludyer, primo del novio, el honorable George Boulter, hijo de lord Levant, su señora, el vizconde de Castletoddy, el honorable James M'Mull y su señora (de soltera señorita Swartz) y un ejército de personas de distinción, que sería prolijo enumerar.

Además de la casa de la ciudad, tenían los desposados una villa en Roehampton, en la zona residencial en que tenían sus viviendas los grandes banqueros. Las señoras de la familia de Frederick decían que éste había hecho una *mesalliance*, acordándose

de que estaban casadas con maridos de la nobleza, pero olvidando que su abuelo se educó en un hospicio. La novia hubo de reconocer su falta de categoría, y creyó que era deber suyo visitar todo lo menos posible a su padre y hermana.

No vayamos a creer, porque hasta suponerlo sería absurdo, que pensó nunca en romper por completo con un viejo, dueño de muchas decenas de miles de libras esterlinas que habrían de repartirse en su día: si ella lo pensó, Frederick tenía energía bastante para no consentir que lo hiciese. Esto no obstante, consecuencia sin duda de sus pocos años, Mary no sabía disimular sus impresiones, y es bien cierto que, invitando a su padre y a su hermana a sus recepciones de tercer orden, y tratándoles con mucha frialdad cuando la visitaban, y huyendo como de la peste de la casa de la plaza Russell, y suplicando con insistencia indiscreta a su padre que abandonase para siempre la morada odiosa y vulgar en que siempre había vivido, causó daños que toda la diplomacia de Frederick no consiguió reparar, y, como criatura de escaso seso que era, comprometió la herencia que tenía derecho a esperar.

—¿Conque la casa de la plaza Russell resulta odiosa, vulgar, humillante, para la excelsa señora Mary, eh? —bramaba el viejo caballero una noche, al retirarse con su hija soltera a su casa, después de haber asistido a una comida en la de Frederick Bullock—. ¿Conque invita a su padre y a su hermana a las comidas de tercer orden, donde no encontramos más que mercachifles y literatos de tres al cuarto, para servirnos… las sobras del banquete que el día anterior dio a condes, marqueses y honorables? ¿Honorables?… ¡Me río yo de todos esos honorables!… ¡Hombre de negocios soy yo, y cuento con dinero sobrado para enterrar a todos esos honorables muertos de hambre! ¡Lores cargados de títulos, pero pordioseros despreciables! ¡Y no se dignarían venir a comer a la plaza Russell!… ¡Oh, no! ¡Y, sin embargo, puedo ofrecerles vinos como no los bebieron nunca en sus palacios, y servirles en vajillas de plata como jamás las soñaron, y ofrecerles una comida como nunca la vieron sobre sus manteles! ¡Hambrientos! ¡Presuntuosos estúpidos! ¡Cochero… volando!… ¡Quiero volver a la odiosa casa de la plaza Russell!… ¡Ja, ja, ja, ja!

Jeannie Osborne no podía menos de compartir las opiniones del autor de sus días con respecto a la conducta de su hermana, y de consiguiente, sus relaciones con ésta eran más que frías.

Vino al mundo el primogénito del matrimonio y fue invitado el viejo Osborne a asistir a la ceremonia del bautizo y apadrinar al niño, a quien llamaron Frederick Augusto Howard Stanley Devereux y Bullock. El abuelo no aceptó la invitación, y se contentó con regalarle una copita de oro y veinte guineas a la nodriza.

—Esto, te lo garantizo, es de más valor que lo que van a regalarle todos tus lores —dijo a su hija al hacer el presente.

Regalo tan espléndido llenó de satisfacción a los Bullock: Mary pensó que su padre estaba satisfechísimo de su conducta y Frederick auguró un porvenir radiante

para su joven heredero.

Difícilmente puede uno formarse idea de los sufrimientos que acosaban a Jeannie Osborne, cuando en la soledad de su gabinete de la plaza Russell leía en el periódico el nombre de su hermana entre los de las elegantes del día, o bien la descripción del vestido con que se había presentado en sus salones la señora de Bullock. Jeannie no podía aspirar a tanta grandeza. Su existencia era bien triste y sombría: en invierno tenía que abandonar el lecho muy temprano para preparar el desayuno a su padre, quien hubiese sido capaz de alborotar la casa entera si a las ocho y media en punto no le hubieran servido su taza de té. A las nueve y media se levantaba su tirano y se iba a la City, dejando libre a su hija hasta la hora de comer. Jeannie dedicaba ese tiempo a bajar a la cocina, donde regañaba a la servidumbre, o bien iba de compras, o dejaba su tarjeta y la de su papá en los domicilios de respetables amigos de la casa, o esperaba en el inmenso salón de la suya la llegada de visitas.

A las cinco volvía el viejo Osborne. Servían en el acto la comida, que padre e hija tomaban sin despegar los labios, salvo cuando el viejo encontraba algún plato desagradable, pues entonces se desataba en maldiciones. Dos o tres veces al tenían convidados, todos ellos hombres de edad y tétricos.

¡Cuántas personas ricas, envidiadas por nosotros, pobres diablos, viven una existencia análoga a la descrita!

No sabemos más que de un secreto que conturbase la triste existencia de Jeannie, y precisamente fue un secreto que encrespó hasta el infinito el temperamento agrio de su padre. El secreto en cierto modo estaba relacionado con la señorita Wirt. Ésta tenía un primo artista, el señor Smee, célebre como pintor de retratos, y en un tiempo profesor de dibujo de damas de la aristocracia. Ya no visitaba el señor Smee la casa de la plaza Russell, pero la frecuentó muchísimo allá por el año 1818.

Smee —que había sido discípulo de Sharp, un pintor bohemio y fracasado, pero de gran maestría en su arte—, fue presentado por la señorita Wirt, de quien era primo, a Jeannie Osborne, cuya mano y corazón estaban libres después de varios amores frustrados. Se enamoró fulminantemente de la rica señorita y parece que supo encender en el pecho de aquélla una pasión volcánica. La confidente de la intriga era la señorita Wirt. Yo no sé si ésta les dejaba solos en el gabinete durante las lecciones de pintura, yo no sé si maestro y discípula cambiaron votos, juramentos y frases imposibles de cambiar en presencia de terceras personas; yo no sé si el pintor había ofrecido alguna cantidad de importancia a su prima si conseguía hacer suya a la hija del opulento hombre de negocios; lo que sí sé es que el viejo Osborne, avisado de lo que ocurría, volvió inopinadamente de la City, penetró como una bomba en el gabinete de su hija armado de su descomunal bastón de bambú, encontró al maestro y a la discípula pálidos como el papel, agarró por las orejas al maestro, le echó por la escalera, prometiendo molerle los huesos si volvía a pisar la casa y acto seguido

despidió a la señorita Wirt, cuyos baúles y sombrereras echó a rodar escaleras abajo después de descargar sobre ellos furibundas patadas.

Jeannie no salió de su gabinete en muchos días; se le prohibió tener amigas, su padre juró que la plantaría en la calle sin un penique si volvía a entablar relaciones amorosas sin su conformidad, y como precisaba una mujer que cuidase de su casa, estimó después conveniente dejarla soltera. Condenada a no casarse, hubo de renunciar a todos sus proyectos relacionados con Cupido. Resignóse a la vida descrita y aceptó el papel de solterona mientras durase la existencia de su padre. Su hermana, mientras tanto, daba a luz niños, a los que ponía nombres hermosísimos… y las relaciones entre las hermanas eran más frías a medida que los años pasaban.

—Jane y yo nos movemos en órbitas distintas —solía decir Mary—. Esto no obstante, es hermana mía, y no puedo menos de tenerla como tal.

Desentráñese —no es difícil— la significación de las palabras de una hermana, que dice que no puede menos de considerar a otra como tal.

Vivían las señoritas Dobbin con su padre en una hermosa villa sita en la colina Denmark, abundante en fresales y melocotoneros que encantaban al pequeño George Osborne. Las Dobbin, que con mucha frecuencia visitaban a Amelia, de vez en cuando hacían compañía a su antigua conocida Jeannie Osborne. Yo sospecho que estas visitas eran recomendadas desde la India por el comandante Dobbin, quien no había perdido las esperanzas de vencer la obstinación del viejo Osborne, haciendo que abriese los brazos al nieto en memoria de su hijo. Las señoritas Dobbin tenían al corriente a Jeannie Osborne de cuanto se relacionaba con la vida de Amelia, le hablaban de la existencia que llevaba al lado de sus padres, de lo pobre que era, se admiraban de que hombres del valor del difunto George Osborne hubiesen podido enamorarse de una mujer tan insignificante como Amelia, pero añadían que el fruto de aquel matrimonio era el niño más hermoso de la tierra, un niño a quien Jeannie adoraría a no dudar si le conociese y tratase.

Un día, Amelia, cediendo a las vivas instancias de las señoritas Dobbin, consintió que George fuera a pasar el día con ellas. Viéndose sola, decidió escribir al comandante Dobbin. Dábale la enhorabuena por las excelentes noticias que sus hermanas le habían comunicado, hacía votos por su felicidad y por la de la compañera que había escogido, le daba las gracias por las mil pruebas de sincera amistad que de él había recibido en su desgracia, le hablaba extensamente de George, diciendo que había ido a pasar el día con sus padres y hermanas en la villa y terminaba la epístola con un «Su afectísima amiga, Amelia Osborne». No se acordó de enviar un saludo a la señora O’Dowd, ni estampó el nombre de Glorvina, aunque se refirió a ella llamándola futura compañera del comandante. La noticia del matrimonio de Dobbin acabó con la reserva que Amelia se había impuesto en sus

relaciones con aquél. Con fruición especial hizo constar en su carta cuan agradecida le estaba, cuan sinceramente le apreciaba… ¿Celos? ¡Celos de Glorvina! ¡Absurdo! Amelia habría rechazado indignada semejante idea aunque un ángel del cielo se la insinuara.

Aquella noche George, a su regreso de la villa, llevaba al cuello una linda cadena de oro de cuyo extremo pendía un reloj. Contó a su madre que una señora, de bastante edad y bastante fea, le había hecho aquel regalo después de besarle mucho y de inundarle con sus lágrimas. Añadió el niño que la dama del regalo le había sido poco simpática, que le gustaban más las uvas que ella, que él a nadie quería más que a su mamá. Amelia sintió un estremecimiento de espanto al saber que los parientes de su marido habían visto al niño.

Jeannie Osborne, que ella era la señora vieja y fea del regalo, volvió a su casa a la hora de comer. Su padre, que había hecho un negocio excelente, se sentó a la mesa de mejor humor que de ordinario, y parece que notó la turbación y tristeza de su hija.

—¿Qué te pasa, hija? —se dignó preguntar.

Jeannie rompió a llorar.

—¡Oh, padre mío! —respondió—. ¡He visto al hijo de George!… ¡Es hermoso como un ángel… su retrato… el vivo retrato de mi pobre hermano!

El viejo no contestó palabra, pero su rostro se puso muy encendido y temblaron todos sus miembros.

Capítulo XLIII

En el cual el lector es invitado a hacer un viaje doblando El Cabo

AUN A TRUEQUE de maravillar al lector, nos vemos en la necesidad de rogarle que haga un viaje de diez mil millas y se traslade al puesto militar de Bundlegunge, en la división de Madrás de nuestro imperio indio, en cuya guarnición encontrará algunos antiguos amigos que sirvieron en el regimiento donde prestó sus servicios el malogrado George Osborne, entre ellos, y como jefe de la misma, el bravo coronel sir Michael O'Dowd. Los años se han portado benignamente con nuestro robusto coronel, como acontece de ordinario tratándose de mortales de sólido estómago y buen carácter, sobre todo si rinden culto a la quietud del espíritu y no se entregan con exceso a las operaciones intelectuales. El coronel es maestro de primera fuerza en el manejo del cuchillo y del tenedor, armas que empuña y esgrime con gran éxito en la mesa. Fuma su hookah después de las dos comidas diarias principales con la tranquilidad y aplomo con que mandaba hacer fuego contra los franceses en la batalla de Waterloo. Ni la edad ni los rigores del clima han disminuido la actividad ni restado elocuencia a la descendiente de los Malonys y de los Molloys. Lady O'Dowd hace la misma vida en Madras que en Bruselas. No la arredran los campamentos, ni la molestan las tiendas de campaña. En las marchas, se coloca al frente del regimiento, sentada sobre los lomos de un elefante real, y en esta misma situación se la ha visto no pocas veces en las selvas, durante las cacerías de tigres. Ha tenido el alto honor de ser recibida por los príncipes indígenas, quienes la han agasajado, como también a Glorvina, con hermosos chales y ricas joyas que no ha osado rehusar. La saludan los centinelas de todas las armas cuando la avistan, y ella contesta su saludo subiendo su diestra hasta el borde de su sombrero. Es una de las más ilustres señoras del gobierno de Madras. Pasarán muchos años antes que olviden en el país su reyerta con la señora Smith, esposa de sir Minos Smith, el poderoso juez, en cuya cara dejó la coronela estampados los dedos de su diestra, a tiempo que decía que jamás se colocaría detrás de la mujer de un mendigo de la clase civil. Han pasado veinticinco años, y todavía recuerdan las gentes aquel baile célebre dado en el palacio del gobierno, donde lady O'Dowd rindió a dos ayudantes de campo, a un comandante de caballería y a dos caballeros paisanos; por cierto que cuando el comandante Dobbin consiguió llevarla al buffet, la infatigable coronela *lassata nondum satiata recessit*.

A decir verdad, Margaret de O'Dowd es en la actualidad como siempre fue: bondadosa en sus sentimientos y en sus actos, impetuosa de temperamento, firme en

el mando, tirana con su Michael, el terror de las señoras del regimiento, madre ternísima para los jóvenes, a los cuales atiende y vela en sus enfermedades y defiende en todas ocasiones. Entre ellos es altamente popular. Las señoras de los capitanes y subalternos (el comandante es soltero) andan siempre en maquinaciones contra ella, y dicen que Glorvina se da aires de princesa y que Margaret es horriblemente dominante. Dispersó una especie de congregación fundada por la señora Kirk, burlándose de los sermones y alejando a los jóvenes oficiales que acudían a oírlos. Decía que la esposa de un militar no debe invadir un terreno que es privativo de los curas, y que, en vez de dedicarse a hacer sermones, cumpliría mejor con sus deberes remendando los calzones de su marido. Si en caso extremo el regimiento necesitaba sermones, ella le obsequiaría con los mejores que se han escrito en el mundo: los de su tío el deán. Puso fin brusco a los coqueteos iniciados entre el teniente Stubble y la esposa del médico, amenazando al galán con obligarle a devolverle las cantidades que le había prestado, si no rompía inmediatamente con la dama y se iba a El Cabo con licencia como enfermo. Por otra parte, dio casa y lecho a la señora Posky, que se vio en la necesidad de huir una noche de la suya y de la furia de su marido, empeñado en matarla durante uno de sus accesos de *delirium tremens* ocasionado por una botella de brandy, y no cejó hasta conseguir que el marido cobrase aversión a la bebida. En una palabra: en la adversidad, era la más firme amiga, y en la prosperidad la más insoportable.

Había dispuesto que el comandante Dobbin se casase con su hermana Glorvina. Conocía perfectamente la coronela la posición de Dobbin, apreciaba sus excelentes cualidades y admiraba su carácter caballeresco y leal. Glorvina, mujer hermosa, de frescos colores, cabello negro y ojos azules, capaz de domar un caballo o de ejecutar una sonata, era la persona enviada por Dios al mundo para hacer la felicidad de Dobbin. Mucho más lo era que la frágil Amelia, de la que el comandante estaba hablando constantemente.

—Vea usted a Glorvina —decía la buena señora a Dobbin—. Compárela con la pobre Amelia, que nunca dice esta boca es mía. Usted, hombre tranquilo y callado, necesita una compañera que hable por usted. Le conviene Glorvina, descendiente de una familia antigua que no desdice de la de ningún caballero, aunque por sus venas no corra la ilustre sangre de los Malonys y de los Molloys.

Debemos hacer constar que Glorvina, antes de adoptar la resolución de rendir a Dobbin con sus encantos, había probado la fuerza de éstos con muchos otros hombres. En Dublín, en Cork, en Killarney, en Mallow, en mil otras guarniciones, había coqueteado con todos los oficiales solteros y con todos los jóvenes elegibles del elemento civil. Media docena de veces llegó casi hasta las gradas del altar en Irlanda; durante su travesía a las Indias, flirteó con el capitán y el primer oficial del buque, pero ninguno de los dos aspiró a felicidad mayor. En las fiestas de la Presidencia, a

las que la llevaron su hermano y su cuñada, fue la admiración de todos, la más obsequiada, pero entre sus adoradores no hubo ninguno que valiese la pena que solicitase su mano. Líbrenos Dios de hacerla responsable de su mala suerte, que comparten en este mundo muchas mujeres, y mujeres bonitas. Se enamoran con la mayor generosidad; las acompañan sucesivamente en sus paseos la mayor parte de los propietarios de los nombres que figuran en el Anuario Militar, pero llegan a los cuarenta años sin haber conseguido salir de la categoría de señoritas y entrar en el gremio de señoras. Glorvina aseguraba que, de no haber sido por la malhadada disputa de su cuñada con la señora del juez, se habría casado brillantemente en Madras, donde el viejo jefe del gobierno civil, señor Chutney, casado más tarde con la señorita Dolby, niña de trece años de edad y recién salida de un colegio en Europa, estaba por entonces a punto de solicitar su mano.

Pues bien: aunque la coronela y Glorvina regañaban infinidad de veces al día, aunque cualquier motivo, el más insignificante, bastaba para que convirtiesen la casa en un infierno, sus puntos de vista coincidían en lo referente a la conveniencia de que Glorvina se casase con el comandante, y ambas estaban dispuestas a no dejar en paz al interesado hasta rendirlo a sus deseos. A pesar de sus cuarenta o cincuenta desilusiones previas, Glorvina puso sitio animosa al corazón de Dobbin. A todas horas le cantaba melodías irlandesas, le invitaba a que la acompañase al cenador, invitación que ningún hombre galante es capaz de desairar, le preguntaba si tenía penas, porque, en caso afirmativo, quería consolarle o, por lo menos, llorarlas con él; sabedora de que Dobbin entretenía sus ratos de ocio tocando la flauta, obligábale a que ejecutase duetos con ella, siendo de advertir que la coronela, en cuanto los jóvenes se entregaban a este pasatiempo salía con la mayor inocencia de la habitación. La guarnición entera se acostumbró a verles juntos a todas horas: Glorvina le escribía casi a diario, pidiéndole libros que luego devolvía, después de haber subrayado con lápiz las frases sentimentales o los párrafos que más le habían agradado. Glorvina montaba los caballos del comandante, utilizaba sus criados, se servía de su palanquín; de aquí que la voz pública hablase de ellos como de novios formales próximos a casarse, y que las hermanas del comandante creyesen que muy en breve tendrían cuñada.

Dobbin, no obstante el sitio vigoroso de que le hacían objeto, continuaba gozando de una tranquilidad verdaderamente odiosa. Reía de buena gana cuando los oficiales del regimiento le hablaban de las atenciones que Glorvina le prodigaba.

—¡Bah! —solía contestar—. No hagan ustedes caso. Se ejercita en mí… estudia, practica, de la misma manera que estudia en un piano marca Tozer, porque es la única marca que ha encontrado en este país. Soy demasiado viejo para una joven tan linda como Glorvina.

Y continuaba impertérrito acompañándola en sus paseos a caballo, copiando

música y versos en sus álbumes y jugando con ella al ajedrez, pasatiempos a que se entregaban en la India los oficiales de buenas costumbres, mientras otros dedicaban sus horas de ocio a cazar ranas, tirar agachadizas, jugarse las pagas o emborracharse.

Resistiendo tenaz las repetidas instancias de su mujer y de Glorvina, empeñadas en que interpelase al comandante sobre sus intenciones, para que sus explicaciones pusieran fin a los tormentos de que hacía víctima a una doncella inocente, el coronel se negó categóricamente a hacer el juego a las señoras tomando parte en su conspiración.

—Dejadme en paz, y dejad en paz al comandante —contestaba—, que es bastante crecidito para tomar las resoluciones que le convengan. Si te quiere, él hablará.

Otras veces tomaba el asunto a broma, y decía:

—¡Calma, señoras mías, calma! El comandante es un rapaz sin experiencia bastante para cumplir como Dios manda con las obligaciones inherentes al jefe de una familia. ¡No precipitarse! Conviene que le deis tiempo para escribir a su mamaíta.

Así contestaba el coronel a las señoras de su casa y familia; pero en sus conversaciones con Dobbin, decía a éste:

—¡Cuidado, Dobbin, mucho cuidado, hijo mío! Entre la muchacha y mi mujer le están preparando una red entre cuyas mallas quedará usted preso si se descuida. Mi mujer ha hecho traer de Europa una caja de guantes y un vestido de seda para Glorvina, que consumará el rendimiento de su corazón, ¡pobre Dobbin!, o habrá que confesar que es usted insensible a los encantos femeninos, aun viniendo realzados con sedas y guantes.

A decir verdad, ni la hermosura ni los encantos realzados con sedas y guantes podían rendir la voluntad de Dobbin, en cuyo pensamiento no cabía más que la imagen de una mujer, que ningún parecido tenía con Glorvina. Era una mujer vestida de negro, de grandes ojos rasgados y cabello castaño obscuro, que no hablaba sino cuando tenía necesidad de hablar; una madre joven consagrada al cuidado de su hijo; una criatura que nació para ser desgraciada; tal era la imagen que perseguía al comandante día y noche y reinaba sobre su corazón con imperio absoluto. Probablemente Amelia no se parecía ya al retrato que de ella formaba la imaginación de Dobbin, y casi nos atreveríamos a asegurar que nunca fue tan linda como aquél creyó; pero ¿podemos exigir desapasionamiento en sus juicios sobre el objeto de su amor a un hombre enamorado? Y Dobbin lo estaba de Amelia. No incurría en el defecto de los apasionados, que constantemente marean a sus amigos hablándoles del objeto de su pasión, ni el amor le robaba el sueño o disminuía su apetito. En cambio su cabeza tendía a cambiar de color, ya asomaban en sus sienes algunas hebras de plata, había envejecido algún tanto; pero sus afecciones continuaban siendo las mismas, ni variaban ni envejecían; su amor seguía tan fresco y lozano como si datase

de cuatro días.

Hemos dicho en el capítulo anterior que Amelia escribió a Dobbin, y que en su carta le felicitaba con el mayor candor y conmovedora cordialidad por su próximo matrimonio con Glorvina O'Dowd. He aquí una copia del párrafo de la carta a que nos referimos, del que no variaremos una tilde:

> Acaba de visitarme su hermana, de cuyos labios he oído la nueva de un futuro acontecimiento, a propósito del cual le ruego que acepte mi felicitación más sincera. No dudo que la señorita con quien va usted a unirse será digna de un hombre como usted, todo bondad y todo generosidad. ¿Qué puede ofrecerle a usted una pobre viuda como yo, como no sean los votos más fervientes por su prosperidad, votos que no tendrían ningún valor si no brotasen del corazón? George envía sus cariños a su querido padrino y abriga la esperanza de que no le olvidará. Le he dicho que en breve le unirán a usted lazos indisolubles con una persona, acreedora, no lo dudo, a todo su cariño, pero si bien es cierto que esos nuevos lazos son, y deben ser, los más fuertes y sagrados, los que dominen a todos los demás, abrigo la seguridad de que la viuda y el huérfano a quienes usted ha protegido y querido siempre, continuarán ocupando un rinconcito en su corazón.

Esta carta, que llevó a la India el mismo buque que llevaba a Glorvina su caja de guantes y su vestido de seda, y que fue abierta por Dobbin con preferencia a todas las que le llegaban de la capital del Reino Unido, determinó en el comandante un estado tan especial de ánimo, que a partir de aquel instante le fueron odiosas Glorvina, sus guantes y sedas, y todo cuanto con su persona tuviese relación. Dobbin se desató en furibundas imprecaciones contra las mujeres, es decir, contra las comadrerías femeninas y contra el bello sexo en general. Aquel día todo lo veía negro; el calor se le hizo insufrible, el servicio insoportable. La charla de sus camaradas le enloquecía; ¿qué le importaba a él que el teniente Smith hubiese cobrado veinte agachadizas, ni que el caballo del portaestandarte salvase todos los obstáculos de la pista con limpieza o sin ella? Las bromas de los oficiales jóvenes durante la comida le parecieron vergonzosas, aunque hacía quince años que las venía escuchando y aplaudiendo.

«¡Amelia… Amelia!», pensaba con amargura. «¡Me acusas tú, la mujer a quien siempre adoré! ¡Si en tu corazón hubiesen hallado eco los sentimientos que llenan el mío, no arrastraría yo la mísera existencia que arrastro! ¡Y me pagas diez años de adoración ferviente felicitándome por mi próximo matrimonio… con esa empalagosa irlandesa!»

El pobre Dobbin estaba triste, lúgubre; jamás le hicieron sufrir tanto los tormentos

de la soledad. Habría querido acabar con la vida y sus vanidades. ¡Tan amargas decepciones le agobiaban, tan desesperada y dolorosa le parecía la lucha, tan sombrío se le presentaba el horizonte!

Toda la noche se la pasó despierto, suspirando por volver a Inglaterra. La carta de Amelia había dado en el blanco, es decir, le había convencido de que contra su desamor de nada servía una fidelidad probada, una pasión sincera. Revolviéndose agitado en el lecho, decía, cual si hablase con Amelia:

—¡Santo Dios, Amelia! ¿Ignoras que a nadie sino a ti he amado y amo en el mundo, a ti, que opones a mi pasión un corazón de mármol, a ti, a quien rodeé de tiernos cuidados durante largos meses de penas y enfermedades, a ti, que me despediste con la sonrisa en los labios, sin sospechar que yo me iba con el alma destrozada, a ti, que a los cinco minutos de habernos despedido habías olvidado que en el mundo había un hombre llamado William Dobbin?

¿Habría tenido Amelia lástima de él si en aquel estado de desesperación le hubiese visto? Probablemente sí. ¡Nuestro triste amigo leyó todas las cartas que de Amelia había recibido… cartas de negocios, cartas referentes a la pequeña fortuna que Dobbin le había hecho creer que dejó su marido al morir… cartas frías, de hielo, cartas egoístas!

Si cerca de Dobbin hubiese vivido una mujer de alma sensible capaz de leer en su noble corazón y de comprender los tesoros de grandeza que encerraba su delicada reserva, es posible que se hubiera desvanecido el prestigio de Amelia y que el amor de William hubiese tomado otros rumbos; pero Dobbin no trataba sino a Glorvina, la muchacha de bucles de azabache, y esta joven vivaracha y atrevida no pensó tanto en amar al comandante como en atraerse la admiración de éste, tarea difícil, casi desesperada, si se tiene en cuenta los medios puestos en juego para llevarla a buen término. Peinábase con mucho esmero y llevaba al descubierto sus hombros, cual si pretendiera hacer resaltar ante Dobbin lo sedoso de sus bucles y lo aterciopelado de su cutis, pero por desgracia William no reparó nunca en tales encantos.

Dos días después de la llegada de los guantes y sedas, la coronela organizaba un baile. Glorvina se presentó luciendo un vestido elegantísimo de seda encarnada, sin que, no obstante lo llamativo del color, consiguiera atraerse la atención del comandante, que paseaba triste y preocupado por el salón. Bailó Glorvina con todos los subalternos y con cuantos jóvenes del elemento civil habían acudido a la fiesta, pero ni se alteró la flema del comandante durante el baile, ni se encendieron sus celos durante la comida que siguió a aquél, aunque el capitán de caballería Bangles prodigó obsequios y atenciones a Glorvina. Ni celos, ni vestidos de seda, ni hombros desnudos podían conmover a Dobbin, y Glorvina no poseía otras armas de seducción.

Y así vemos aquí a dos personas en las que se encarna la vanidad de tantas empresas humanas; ambas ansiaban lo que no podían obtener. Lágrimas de rabia

costó a Glorvina su fracaso.

—Le quiero más que a ningún otro hombre —decía lloriqueando Glorvina—. ¡Me matará, Margaret, me matará!… Ya ves… tengo que mandar estrechar todos mis trajes… Si sigo adelgazando como hasta aquí, pronto seré un esqueleto vestido.

Gruesa o delgada, sonriente o melancólica, a caballo o en palanquín, era indiferente para Dobbin.

El coronel escuchaba con seriedad cómica las quejas de su hermana, y la aconsejó que pidiera a su modista de Londres unos cuantos vestidos negros, y terminó el consejo narrando una historia misteriosa, cuya protagonista fue una dama irlandesa que murió de pena, porque perdió un marido antes de tenerlo.

Mientras Dobbin seguía inconmovible, sin dejarse enredar en los lazos que se le tendían, llegó otro buque de Europa con correspondencia, entre la cual había algunas cartas para nuestro galán de corazón diamantino. Las cartas en cuestión traían un sello de correo de fecha anterior al de las que recibió por el buque precedente, y como por otra parte Dobbin reconoció la letra de su hermana, la cual tenía por costumbre comunicarle series interminables de nuevas desagradables, William las guardó en el bolsillo sin abrirlas, dejando su lectura para otro momento en que fuese menos tétrico su humor. Unos quince días, antes había dirigido a su hermana una carta llena de reconvenciones a propósito de las absurdas noticias que había comunicado a Amelia, y contestado a esta última desmintiendo los rumores falsos de que ella se hacía eco y asegurándole que, por entonces, no pensaba cambiar de estado.

Dos o tres días después de la llegada del buque que le trajo las cartas que continuaban durmiendo en su bolsillo, fue a pasar la velada a la casa del coronel, y se condujo con mayor amabilidad que de ordinario. Glorvina creyó que había escuchado con mayor complacencia que nunca las romanzas que aquella noche cantó por centésima vez, aunque, si hemos de decir verdad, los trinos y gorgoritos de la cantante resbalaron sobre sus tímpanos sin herirle. Después del canto, Dobbin jugó su partida de ajedrez con Glorvina, se despidió de la familia del coronel a la hora de costumbre, y se dirigió a su casa.

Una vez en ella, se acordó de las cartas recibidas y no abiertas todavía, y sintiendo cierta vergüenza de su propia negligencia, decidió afrontar el mal rato que no dudaba le daría su lectura…

Habría transcurrido una hora desde que el comandante abandonó la casa del coronel. Sir Michael dormía con la placidez del justo; Glorvina había encerrado sus rizos de azabache en infinidad de papelitos; la coronela se había recogido en la alcoba nupcial, situada en la planta baja, y tendido el mosquitero en derredor de sus opulentas formas, cuando el centinela encargado de la vigilancia del domicilio del coronel distinguió al comandante Dobbin, que se aproximaba con paso rápido y

rostro agitado. Dobbin no interrumpió su marcha hasta llegar a las ventanas del dormitorio.

—¡O'Dowd… coronel! —gritó Dobbin con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Cielo santo… el comandante! —exclamó Glorvina, abriendo la ventana de su cuarto.

—¿Qué pasa, William… hijo mío? —preguntó el coronel, temiendo que hubiese estallado algún incendio en el cuartel o que hubiera llegado una orden urgente del Cuartel General.

—Que necesito un… una licencia… me es preciso regresar inmediatamente a Inglaterra… Asuntos de familia… que no admiten dilación.

—¡Qué habrá ocurrido, Dios mío! —tornó a exclamar Glorvina.

—Es indispensable que me vaya ahora… esta misma noche —continuó Dobbin.

El coronel abandonó el lecho y cambió algunas palabras con Dobbin.

La excitación de nuestro amigo reconocía por causa una posdata que encontró en la carta de su hermana, y que estaba así concebida:

> Ayer visité a tu antigua amiga la viuda de Osborne. Vive, como sabes, en una casa misera desde que su padre hizo bancarrota; pues bien, si no miente una placa de bronce que he visto en la puerta de la humildísima vivienda —poco mejor que una choza—, el señor Sedley se ha hecho carbonero. El niño, tu ahijado, es encantador, pero muestra gran inclinación a la insolencia y es terco como una mula. Esto no obstante, nos hemos ocupado de él, conforme a tus deseos, y le hemos presentado a su tía, Jeannie Osborne, que quedó encantada de verle. Es posible que su abuelo (no hablo del quebrado, que casi ha vuelto a la niñez, sino del señor Osborne), dulcifique sus rigores al ver a su nieto, el vástago de su descastado y extraviado hijo. De Amelia te diré que la considero muy dispuesta a deshacerse del niño: la viuda se ha consolado, y dentro de muy poco contraerá segundas nupcias con el reverendo señor Binny, pastor de Brompton. Un matrimonio pobre, pero hay que tener presente que Amelia se está poniendo vieja: he visto en su cabeza no pocos cabellos blancos. Está muy contenta, y tu ahijado come casi todos los días en nuestra casa. Mary te envía un abrazo, al que uno el de tu hermana, que te quiere mucho. Anne Dobbin.

Capítulo XLIV

Entre Londres y el Hampshire

EL ESCUDO QUE DECORABA la fachada de la gran casa solariega de los Crawley, en la calle Gran Gaunt, estaba aún cubierto de crespones en señal de luto por la muerte de sir Pitt, pero ya toda la casa —sin excluir el emblema heráldico, magnífica pieza ornamental— se había transformado y ofrecía esplendideces que no se conocieron durante el reinado del barón anterior. Había sido lavada la negra capa que cubría los sillares y éstos presentaban una superficie blanca como la nieve y bruñida como un espejo. Los viejos leones de bronce de los aldabones habían sido dorados, pintadas las verjas, y transformada aquella vetusta mansión en el edificio más hermoso del barrio.

Diariamente llegaba a la casa una señora en un coche elegante, así como también una mujer entrada en años a la que acompañaba un muchacho. Estos últimos eran la Briggs y el hijo de Becky, cuya misión era contemplar la renovación interior de la casa de sir Pitt, vigilar a la turba de mujeres encargadas de la colocación de visillos y colgaduras, registrar los cajones de las alacenas y armarios, atestados de polvorientos restos de dos generaciones de Crawleys, e inventariar las vajillas, cristalerías y otros objetos que llenaban armarios y desvanes.

General en jefe del arreglo interior era Becky, investida de plenos poderes por sir Pitt para vender, comprar, admitir o desechar muebles y objetos de ornato. La renovación de la casa fue decidida a raíz del viaje que sir Pitt hizo a Londres, donde le retuvieron sus abogados y notarios por espacio de una semana, que pasó en la casa de sus queridos hermano y cuñada.

A su llegada a Londres, sir Pitt había ido a hospedarse en un hotel, pero Becky, no bien tuvo noticia de su presencia en la capital, fue en su busca, y, una hora más tarde, volvía a su casa llevando al barón a su lado. ¿Cómo desairar la franqueza ingenua de aquella criatura? ¿Cómo rehusar una hospitalidad ofrecida con tanta insistencia y dulzura? Becky estrechó afectuosamente la mano del barón cuando éste se rindió a sus instancias.

—¡Gracias… gracias, Pitt! —exclamó con transporte, clavando en su huésped una mirada que le hizo enrojecer—. ¡Oh… qué contento estará Rawdon!

Poco después penetraba Becky en la habitación del huésped al frente de los criados encargados de llevarle sus maletas. En la habitación, que era la que ocupaba de ordinario la Briggs, ardía un fuego encantador.

—Contaba con traerte aquí —decía Becky mirándole con ojos radiantes de placer.

En efecto; su alegría no era fingida.

Hizo Becky que su marido comiese dos o tres veces fuera de casa, y como consecuencia, sir Pitt hubo de pasar las veladas con ella. Con frecuencia bajaba aquélla a la cocina para preparar por su mano los platos que suponía serían más del agrado de su huésped.

—¿Encuentras bueno este plato? —preguntaba luego en la mesa—. Lo he preparado yo en tu obsequio. No sé hacer más, que si más supiera, más haría.

—Está riquísimo, como todo lo que viene de tu mano —contestaba galantemente el barón.

—Los pobres no podemos tener cocineros de calidad —añadía Becky riendo.

—Merecerías ser la esposa de un emperador —contestaba sir Pitt—. Conoces a maravilla las funciones domésticas, y éstas, en una mujer, son las cualidades más recomendables.

Y sir Pitt pensaba, no sin experimentar cierta mortificación, en su esposa lady Jane y en cierto plato con que ésta quiso obsequiarle un día… y que resultó un plato abominable.

Obsequiaba Becky a su huésped con botellas de vino blanco traído de Francia, según ella, y comprado allí por su hermano casi de balde: en realidad, era un vino exquisito procedente de las famosas bodegas de lord Steyne.

Apurada la botella del *petit vin blanc*, Becky tomaba por la mano a su huésped, le conducía al salón, hacíale tomar asiento junto a la lumbre, y le daba conversación o bien escuchaba sus palabras con muestras del más tierno interés, mientras ella, sentada a su lado, festoneaba una camisa para su querido hijo. Cuantas veces quería Becky presentarse en actitud humilde y laboriosa, sacaba de su costurero la camisa del niño, que nunca pudo llevar éste porque, cuando la prenda quedó terminada, le estaba extraordinariamente pequeña.

Sigamos. Becky escuchaba a sir Pitt, hablaba con él, cantaba para distraerle, le obsequiaba, le mimaba, sabía, en una palabra, hacerle tan encantadora la estancia en casa, que a medida que pasaban los días, abandonaba más temprano el barón la compañía de sus abogados para sentarse al amor de la lumbre en la casita de la calle Curzon.

Llegó el día de la marcha, día doloroso para Pitt y para Becky. ¡Qué hermosa estaba lanzándole besos desde el coche y agitando su pañuelo, mientras la diligencia se alejaba! Varias veces se llevó Becky el pañuelo a los ojos. Sir Pitt se arrellanó en un rincón del carruaje y pensó con fruición en el afecto profundo que Becky le testimoniaba y en lo estúpido que era su hermano, incapaz de apreciar lo mucho que su mujer valía… y en lo necia que era su mujer comparada con Becky. Es posible que la misma Becky le hubiese sugerido estos pensamientos, pero supo hacerlo con delicadeza tan exquisita, que costaría trabajo precisar cuándo y cómo lo hizo.

Olvidábamos decir que antes de la despedida de sir Pitt se convino que la casa de Londres sería restaurada sin esperar los comienzos del otoño, y que las dos familias pasarían juntas en el castillo las próximas Pascuas.

—Es una lástima que no le hayas sacado algún dinero —decía Rawdon a su mujer después de la marcha del barón—. Habría querido poder dar algo al pobre Raggles. No es justo que le llevemos hasta el abismo de la ruina.

—Dile que saldaremos todas nuestras cuentas tan pronto como queden arreglados todos los asuntos de sir Pitt, y mientras, puedes darle algo a cuenta. Toma este cheque que tu hermano dejó para el niño.

Pecaríamos de injustos con Becky si no hiciésemos constar que tanteó el terreno a que se refería su marido… lo tanteó con su delicadeza habitual, mas no siguió adelante, porque halló que sus exploraciones en el sentido indicado eran peligrosas. La menor alusión a sus apuros pecuniarios bastaba para que se nublase el rostro del barón, para despertar sus alarmas, para que soltase un discurso interminable explicando las dificultades en que la escasez de fondos le colocaba, hablando de la falta de puntualidad de sus colonos en el pago, de las sumas enormes que exigía el arreglo de los embrollados asuntos de su padre, de los gastos ocasionados por el fallecimiento del viejo, de la obligación de cancelar todas las hipotecas, y de lo poco dispuestos que encontraba a sus banqueros a adelantarle dinero. Sir Pitt puso remate a sus discursos entregando a su cuñada un cheque por una cantidad pequeña, diciendo que lo regalaba a su sobrino.

No ignoraba Pitt la situación precaria de su hermano. Un diplomático tan consumado como él había de adivinar forzosamente que la familia de Rawdon no tenía capitales ni rentas de ninguna clase y que, sin dinero, es imposible sufragar los gastos de una casa y pagar carruajes lujosos. Sabía asimismo que era él el dueño del dinero que por ley natural debió ir a parar al bolsillo de su hermano menor, y claro está que no dejaba de sentir ciertos remordimientos, ciertos deseos de hacer justicia, es decir, de compensar con algo la decepción de su hermano y cuñada. Hombre que rendía culto a la justicia y la decencia, conocedor del catecismo, religioso y cumplidor de sus deberes, necesariamente había de comprender que, en cierto modo, moralmente al menos, era un deudor de su hermano Rawdon.

Aunque no con mucha frecuencia, leemos de tanto en tanto en las columnas de los periódicos anuncios insertos por la administración haciendo constar que Fulano ha ingresado cincuenta libras esterlinas o Mengano diez, correspondientes a cantidades insatisfechas al fisco; los anuncios son a manera de recibo de las devoluciones de conciencia en cuestión. La administración, en estos casos, y los lectores de los anuncios de referencia, saben perfectamente que Fulano o Mengano no devuelven sino una porción insignificante de lo que defraudaron, porque es regla general que quien defraudó unos cuantos centenares o millares de libras esterlinas, crea cumplir

con sus obligaciones de hombre probo y honrado devolviendo veinte o cincuenta. Tal es la opinión del autor de estas líneas, opinión que casi siempre se encargan de corroborar los actos posteriores de Fulano o Mengano, demostrando que su arrepentimiento fue o insuficiente o pasajero. Pues de la misma manera creo que la contrición de sir Pitt, o la bondad, si se prefiere, que testimonió a su hermano menor, a costa de quien había aumentado considerablemente su caudal, fue sencillamente una parte insignificante de la suma total que en conciencia le debía. Desprenderse espontáneamente del dinero supone un sacrificio superior a las fuerzas de todo hombre sensato y ordenado. No habrá en el mundo mortal que no crea que realiza una obra meritoria si da a su prójimo cinco libras. Da el pródigo, no por el beneficio que su dádiva pueda hacer, sino por su propensión a dar. No quiere privarse ni del goce de dar; se desprende de las cinco libras que da al pobre de la misma manera que del importe del abono al palco: abre su bolsillo para favorecer, sin que roce su imaginación la idea de que favorece; como lo abre para comprar caballos o coches, como lo abre para abonar comidas costosas. El hombre económico, en cambio, el hombre que se considera bueno, prudente y justo, el que a nadie debe un céntimo, aparta los ojos del mendigo, regatea el importe de la carrera de un coche de alquiler o reniega de su parentesco con las personas pobres. ¿Quién de los dos es el más egoísta? No lo sé: los dos lo son desde luego. Entre ellos no advierto más que una diferencia: a los ojos de uno y otro, el dinero tiene valor distinto.

En una palabra: contrayéndonos al caso presente, diremos que sir Pitt pensó que algo habría de hacer en favor de su hermano, pero luego decidió que lo pensaría más adelante.

Como Becky no pertenecía al número de los que, cándidos, cifran grandes esperanzas en la generosidad de sus prójimos, quedó muy contenta con lo que sir Pitt había hecho por ella. En primer lugar, el jefe de la familia le había reconocido como miembro de la misma. En segundo, si era cierto que Pitt no le había abierto su bolsa, no lo era menos que la abriría algún día; y en tercero, si su cuñado no le dio dinero, algo sacó de él que valía dinero: crédito. Raggles cesó de mortificarla, tranquilizado al ver la hermosa unión que en la familia reinaba y recibir una cantidad a cuenta de su crédito, juntamente con la promesa de saldo y finiquito para plazo breve. A la Briggs le pagó el interés correspondiente al pequeño capital prestado a Becky, y le dijo que había consultado a sir Pitt, competentísimo en asuntos financieros, sobre el empleo más ventajoso que podía dar a su caudal, y que sir Pitt se dignó meditar y estudiar bien el asunto y había encontrado lo que buscaba, tanto por acceder a sus ruegos, cuanto porque no podía olvidar que la señorita Briggs fue la amiga cariñosa y abnegada de su difunta tía Matilde, a quien cuidó y veló hasta el postrer momento, conducta que le daba derecho a la gratitud y afecto de todos los miembros de la familia. En consecuencia, antes de abandonar la ciudad, había recomendado que la

Briggs tuviese dispuesto su dinero para invertirlo en la compra de unos valores que tenía a la vista. La pobre Briggs prestó confianza absoluta a las palabras de Becky, dichas con alegría, con ingenuidad verdaderamente conmovedoras. La atención de sir Pitt la llenó de satisfacción y de gratitud, pues para ella era una felicidad inesperada. Su capital no le rentaba más que el tres por ciento; gracias a la consideración de sir Pitt le sacaría mayor rendimiento. Prometió, pues, ver aquel mismo día a su apoderado, para encargarle que realizase sus valores y tuviera dispuesto el dinero para el momento oportuno.

Tan agradecida quedó la señorita Briggs al interés que le testimoniaban Becky y su marido, que inmediatamente invirtió la mitad de la renta semestral de su fortunita en la compra de un abrigo de terciopelo negro para el pequeño Rawdon, el cual, dicho sea de paso, tanto por la edad cuanto por la estatura, más estaba para vestir pantalón y chaqueta como un hombrecito, que para llevar abrigos de terciopelo.

Era un muchacho de frente despejada, ojos azules y cabellos rubios naturalmente rizados, de miembros muy desarrollados y corazón generoso y sensible, cariñoso con cuantas personas le trataban con bondad… con su caballito, con lord Steyne, que se lo había regalado, con el *groom* que cuidaba el caballito, con la cocinera que le contaba cuentos de fantasmas todas las noches y le regalaba durante el día con golosinas, con la Briggs, de quien se reía y burlaba, y especialmente con su padre, cuyo amor al niño era verdaderamente maravilloso. Los objetos de su cariño, del cariño del pequeño Rawdon, terminaban allí. La imagen maravillosa de su madre se había borrado en la imaginación del niño antes de cumplir éste los ocho años. Era natural: Becky casi nunca dirigía la palabra a su hijo, que la desagradaba. Su presencia la molestaba horriblemente; no podía soportarla. Bajó un día el niño de las regiones altas de la casa, donde tenía su cuartito, atraído por la melodiosa voz de su madre, que cantaba para endulzar los momentos de lord Steyne, y se puso a escuchar detrás de la puerta. Algo debió oír Becky; el hecho es que salió bruscamente, abrió la puerta del salón, encontró allí al diminuto espía escuchando extasiado, y le propinó media docena de soberbios bofetones. El niño oyó una carcajada del marqués, a quien sin duda divirtió aquella prueba del carácter expeditivo de su amiga, y bajó a la cocina, lleno de dolor y derramando abundantes lágrimas.

—No lloro porque me duela la cara, sino… sino… —sollozaba el niño— sino… ¿Por qué razón no puedo yo oírla cantar? ¿Por qué no me canta a mí como a ese hombre calvo de dientes grandes?

La cocinera miró a la doncella; la doncella al lacayo, el lacayo al cochero… El terrible tribunal de escaleras abajo, que funciona en todas las casas, sentenció al momento.

El desamor de la madre se trocó en aversión a partir del incidente narrado. La conciencia de que a su lado vivía su hijo excitaba sus nervios, la desesperaba, la

producía el efecto de una acusación viviente. Al propio tiempo, en el corazón del niño nacieron dudas, temores y ansias de resistencia; entre madre e hijo quedó abierta una sima profundísima.

Lord Steyne por su parte, detestaba de todo corazón al hijo de Becky. Si alguna vez la casualidad hacía que le tropezase, hacíale reverencias burlescas o le dirigía frases sarcásticas, que acompañaba con miradas feroces. El niño clavaba en él sus ojos y le enseñaba los puños cerrados. Conocía a su enemigo y le odiaba como a ninguno de los demás caballeros que frecuentaban la casa. Un día, el lacayo le sorprendió descargando puñetazos contra el sombrero de lord Steyne, quien se encontraba con su madre en el salón; el lacayo refirió la circunstancia al cochero de lord Steyne; el cochero la narró a toda la dependencia de la casa, y poco tiempo después, cuando Becky asistió a una recepción en el palacio de lord Steyne, el portero que abrió ante ella las anchas puertas, y los criados uniformados que encontró en el hall, y los lacayos de blancos chalecos que anunciaban con voz sonora, de rellano en rellano de la escalinata, los nombres del coronel Crawley y de la señora Rawdon Crawley, sabían, o creían saber a qué atenerse respecto al papel que representaba aquella señora en la vida del opulento aristócrata. ¡Oh! ¡Es horroroso el tribunal formado por la servidumbre de las casas! Una dama elegante y hermosa asiste a una fiesta de gran tono; pasea por salones espléndidos rodeada de turbas de fieles admiradores, distribuyendo sonrisas tentadoras y miradas incendiarias, vestida a la perfección, cortejada, mimada, feliz. Ojos inquisitivos la siguen por doquier, ojos propiedad de un individuo de galoneada casaca y pelo empolvado, cargado con una bandeja llena de helados… ¡Pobre señora! Al día siguiente, el de la peluca empolvada publicará tu secreto en la taberna o en la cuadra, y dentro de muy poco, se hablará de ella en todas partes. En la feria de las vanidades hay personas que debieran tener la servidumbre muda… muda y que no supiese escribir. ¡Tiemblen los que observen una conducta culpable! El criado que les sirve el desayuno es una especie de jenízaro dispuesto a todas horas a herirles con el dardo de su lengua. Tiemblen también aquellos que, no siendo culpables, tienen las apariencias de tales, que son tan desastrosas como la culpabilidad misma.

¿Era Becky culpable o no?

El tribunal de escalera abajo había pronunciado contra ella sentencia condenatoria. Verdad es que… y conste que me da vergüenza decirlo, si no la hubiesen creído culpable, habría perdido el poco crédito que tenía. El mismo Raggles confesó más tarde que no le engañaron tanto las palabras dulces y las artimañas de Becky como la vista del soberbio carruaje de lord Steyne, parado todas las noches frente a su puerta.

Culpable o inocente, probablemente lo segundo, era el caso que gradualmente se encontraba más cerca de lo que llamar suelen «posición social», mientras los criados

la daban por definitivamente perdida y arruinada.

Uno o dos días antes de las Pascuas, Becky, su marido y su hijo se dispusieron a ir a pasar las fiestas en el castillo de Crawley de la Reina. De buena gana hubiese Becky dejado al niño en Londres y a buen seguro que así lo habría hecho de no haber sido porque lady Jane insistió en que le llevase, aparte de que también Rawdon exteriorizaba ya el descontento con que veía el desvío de la madre y comenzaba a manifestar síntomas de rebelión.

—No hay en Inglaterra muchacho más encantador —decía a Becky, en tono de reproche—. Es un ángel, Becky, y, sin embargo, más interés te merece el perro que tu hijo. Puedes estar tranquila, que yo te aseguro que no ha de molestarte mucho: en casa, se pasa el día con las criadas; en el castillo, se lo pasará conmigo; yo le llevaré al campo.

—Para poder fumar sin tasa tus nauseabundos cigarros —replicó Becky.

—Recuerdo que en otro tiempo te gustaban en extremo. Becky soltó el trapo a reír; siempre estaba de buen humor.

—Eso era antes de ascender al brillante puesto de esposa de Rawdon —contestó —. Por lo demás, fuma cuanto quieras, y si en ello tienes gusto, no me importa que des algún que otro cigarro a tu hijo.

El niño fue acomodado en la diligencia, perfectamente abrigadito con chales y mantas, y tuvo el placer de contemplar por vez primera la salida del sol y de hacer un viaje cuyo término sería el castillo que todavía llamaba su casa el autor de sus días. Los incidentes del camino fueron para él manantial inagotable de goce. Sin cesar dirigía preguntas a su padre, quien las contestaba todas con acento de vivo cariño; su madre no se acordó de él.

Había cerrado la noche cuando el pequeño Rawdon fue despertado en Mudbury para entrar en el carruaje de su tío. Desde él contempló maravillado la gran puerta de hierro, la avenida de añosos árboles y por fin el castillo, con todas sus ventanas iluminadas como para festejar la llegada de la Navidad. Cruzáronse los saludos de rigor. Becky fue conducida a la habitación que le destinaban, donde no tardaron en entrar las señoritas del castillo, pretextando ofrecerse a la recién llegada, pero en realidad, llevadas por la curiosidad de contemplar los vestidos y sombreros que contenían las cajas, negros todos ellos, pero elegantísimos y a la última moda. Dijeron a Becky que el castillo estaba desconocido, que la condesa viuda de Southdown se había ido, y que sir Pitt ocupaba en el país el puesto que correspondía a un Crawley. Sonó la campana que llamaba a la mesa, y la familia no tardó en reunirse. El pequeño Rawdon fue sentado al lado de su tía, y sir Pitt, que prodigaba a su cuñada atenciones y obsequios que jamás dispensó a nadie, la sentó a su derecha.

Rawdon hijo dio pruebas de excelente apetito y se portó como un hombrecito.

—Me gusta mucho comer aquí —dijo.

—¿Por qué, hijo mío? —le preguntó lady Jane.

—Porque en casa, me hacen comer en la cocina.

Por fortuna no oyó Becky las palabras de su hijo, porque ponía todas sus facultades en la obra de corresponder a las atenciones del barón.

El reinado del nuevo barón había dejado sentir su benéfica influencia en el castillo, que Becky declaró perfecto, elegante, encantador, delicioso, luego que hubo visitado todas sus dependencias acompañada por el castellano. En cuanto a Rawdon hijo, que también lo recorrió en compañía de los hijos de lady Jane, diremos sencillamente que le pareció un palacio encantado. Había interminables galerías, antiguos aposentos regiamente decorados, cuadros de mérito, objetos de rica porcelana y armaduras. Visitó la alcoba donde había muerto su abuelo, y cuyo umbral nunca traspasaban los niños de la casa sino con cierto respeto muy semejante al miedo.

—¿Quién era el abuelo? —preguntó Rawdon.

Respondiéronle sus ciceroni que era un señor muy viejo, a quien solían llevar al jardín en un sillón de ruedas, sillón que le mostraron, para lo cual hubieron de llevarle al desván, donde se pudría el mueble en cuestión.

La inspección de las mejoras introducidas en el castillo por el genio y la economía de sir Pitt dieron ocupación bastante a éste y a su hermano durante una porción de mañanas. Salían a caballo o en coche, las examinaban, ponderaban y comentaban. Pitt repetía con insistente frecuencia que las obras le costaban un capital, que muchas veces un propietario de grandes patrimonios sufre apuros de los cuales podrían librarle cantidades tan míseras como veinte libras.

—¿Ves esa verja? —decía Pitt—. Tan difícil me es pagarla antes de cobrar mis rentas de enero, como salir volando.

—Algo puedo prestarte yo hasta esa fecha, si te hace falta —contestó Rawdon.

Capítulo XLV

Entre el Hampshire y Londres

NO SE HABÍA LIMITADO sir Pitt a restaurar y embellecer sus posesiones de Crawley de la Reina; hombre inteligente y cuerdo procuró reconquistar la popularidad de su casa, reparar las grietas y cerrar los boquetes abiertos por su padre y predecesor en el buen nombre de la familia. Los electores de su distrito le hicieron diputado a poco de ocurrida la muerte de su padre, y él hizo cuanto le fue posible para desempeñar dignamente el cargo que se le había confiado, subscribiéndose siempre con sumas de consideración a todas las obras de beneficencia del condado. Hizo frecuentes visitas a los personajes influyentes de la localidad y no escatimó esfuerzos para elevarse hasta el alto puesto a que creía le daban derecho sus prodigiosas cualidades morales e intelectuales. Cumpliendo prudentes recomendaciones del marido, lady Jane entabló estrecha amistad con los Huddleston Fuddleston, los Wapshots y otros barones famosos de los contornos. Con frecuencia se veían los carruajes de aquéllos en la magnífica avenida que conducía al castillo, sus dueños comían en él con frecuencia —la cocina era tan buena que era evidente que lady Jane tenía muy rara intervención en ella—, y, para corresponder, sir Pitt y su mujer, con gran espíritu de sacrificio, aceptaban invitaciones cualquiera que fuese el tiempo y la distancia. No era sir Pitt de carácter jovial, antes al contrario; tenía un carácter frío y su salud no era muy buena, pero, esto no obstante, creíase obligado por su posición a ser hospitalario, afable y simpático. Sufría terribles accesos de jaqueca después de los banquetes, pero los sufría resignado, persuadido de que su posición le obligaba a ser mártir del deber. Con los caballeros del distrito hablaba de trigos, de agricultura, de política. No cazaba, no sentía inclinaciones cinegéticas, era hombre de letras y de hábitos pacíficos; pero creía que era deber suyo trabajar por el mejoramiento de la raza caballar en el condado, y que, para ello, nada mejor que velar por la conservación de los conejos y la propagación de las zorras. Además, le encantaba proporcionar a sir Huddleston Fuddleston ocasiones de dar batidas en sus tierras y ver, como en otros tiempos, reunidas en Crawley de la Reina todas las jaurías de los alrededores.

Con vivo disgusto de la condesa viuda de Southdown, de día en día se afirmaba más en sus tendencias ortodoxas; ya no predicaba en público, ya no asistía a las reuniones de los disidentes, sino que frecuentaba, como la generalidad de los fieles, la Iglesia reconocida. Hacía visitas al obispo y trataba a todo el clero de Winchester, siendo de notar que llevaba su condescendencia hasta el extremo de jugar partidas de *whist* con el venerable arcediano Trumper. ¡Qué suplicio para la condesa verle seguir

un camino tan en oposición con el verdadero espíritu de Dios! La desesperación de la devota dama llegó al paroxismo el día que el barón, a su regreso de Winchester, donde había asistido a una ceremonia religiosa, anunció a sus hermanas que al año siguiente las llevaría a los bailes del condado. La viuda lloró lágrimas de dolor, pero en cambio las hermanas del barón sintieron impulsos de saltar a su cuello y abrazarle, y hasta lady Jane, que acaso gustaba también de tales distracciones, se manifestó dispuesta a asistir para complacer a su marido. La condesa escribió a sus amigos quejándose amargamente de la conducta mundana de su hija, y como su casa de Brighton estuviera desocupada por entonces, abandonó el castillo, sin que su ausencia entristeciese mucho a sus hijos. Es de suponer que Becky, en su segunda visita a Crawley de la Reina, no echase en gran falta a la dama de las pócimas, pero, esto no obstante, escribió a la santa señora una carta respetuosa, encomendándose a sus oraciones y recordando con deleite y agradecimiento las reflexiones que aquélla le había hecho en su primera visita, y la bondad y cariño con que la trató durante su enfermedad.

Gran parte de la conducta observada por el barón, merced a la cual había conquistado su popularidad, era obra de los consejos de la inteligente y linda moradora de la calle Curzon de Londres.

—No pasarás de la categoría de barón del montón si te limitas a vivir como aristócrata campesino —le había dicho durante su estancia en Londres—. No, Pitt, debes aspirar a algo más, que tu talento y ambición te dan títulos bastantes para pretender puestos más elevados. Pones empeño en ocultar tus dones, crees que nadie adivina que en tu pecho palpita una ambición noble, pero aquéllos y ésta no han pasado desapercibidos para mí. Leí a lord Steyne tu folleto sobre cereales; lo conocía ya, y me dijo que el Consejo de ministros lo ha calificado, por unanimidad, como el trabajo más serio y completo que se ha publicado sobre la materia. El ministro tiene puestos sus ojos en ti, y yo sé muy bien cuál es el objeto de tus deseos: anhelas distinguirte en el Parlamento, y tus anhelos son los del país, pues todo el mundo dice que eres el orador más elocuente de Inglaterra; ansias ser el jefe de un partido, y lo serás. A mí no puedes ocultarme nada, porque leo en tu corazón, Pitt. Pienso muchas veces que si mi marido compartiera tu entendimiento de la misma manera que comparte tu apellido, podría desempeñar un buen papel a tu lado. ¡Nada valgo, nada soy en el mundo, pero quién sabe si el miserable ratoncillo, puesto en circunstancias favorables, podría prestar ayuda eficaz al león!

El discurso de Becky entusiasmó al barón.

—¡Qué talento el de esa mujer! —decía—. ¡Qué bien sabe comprenderme! No he podido conseguir que Jeannie leyese tres páginas de mi folleto sobre cereales… ¡Es natural! Sólo las inteligencias elevadas pueden penetrar sus bellezas… Jeannie ni idea tiene de que soy un talento, ni de que arde en mi pecho la llama de una ambición

secreta nobilísima… ¡Conque recuerdan que soy el mejor orador de Inglaterra!… ¡Ah, tunantes! Su memoria no ha despertado hasta que me han visto investido del carácter de diputado… Sin ir más lejos, lord Steyne me miraba con superioridad humillante el año pasado… Parece que comienza a percatarse de que sir Pitt Crawley es alguien… Valer, he valido siempre lo mismo, claro está, pero hasta hoy no he tenido ocasión de demostrarlo… Ahora verán que sé hablar y obrar tan bien como sé escribir. Nadie se fijó en Aquiles hasta que Aquiles dispuso de una espada… Otro tanto ha ocurrido conmigo… Ahora verá el mundo de qué es capaz sir Pitt Crawley.

Y ya tenemos explicado por qué nuestro diplomático, poco ha tan áspero, se hizo tan afable y condescendiente, por qué fue tan generoso cuando de obras de beneficencia se trataba, tan servicial con deanes y canónigos, tan dispuesto a dar y aceptar comidas, tan fino y atento con los colonos, tan solícito con la buena marcha de los asuntos del condado, y por qué en su castillo reinaban una alegría y un esplendor que no se habían conocido en muchos años.

El día de Pascua se reunió en el castillo toda la familia Crawley. Becky agasajó y obsequió a Martha, cual si no recordase siquiera que hubiese sido su enemiga, trató a sus hijas con cariño encantador, las felicitó por los progresos notabilísimos que en música habían hecho, e insistió en que cantasen dos o tres duetos. No tuvo Martha otro recurso que comportarse con decencia con la aventurera, aunque se reservó el derecho de discutir luego con sus hijas lo que en la casa pasaba, la libertad de comentar a su gusto el absurdo respeto con que sir Pitt trataba a su cuñada. James, que se sentó a la mesa junto a Becky, declaró entusiasmado que era una real moza.

Los niños se hicieron muy amigos. El hijo de sir Pitt era un perrillo demasiado pequeño para un perrazo de la talla del hijo de Becky, que había cumplido ya los ocho años y muy en breve vestiría de hombre. Como es natural, este último tomó el mando del elemento infantil de la casa, conquistándose la obediencia más respetuosa del pequeño Pitt y de Matildita, a quienes consentía, bien que no siempre, que jugasen con él. Jamás fue tan feliz como durante la temporada que pasó en el castillo. Le entusiasmaba la huerta, las flores le gustaban más moderadamente, pero los objetos de su adoración más ferviente eran los pichones, el gallinero y las caballerizas, que le permitían visitar. No toleraba que le besasen las hijas del rector, pero se dejaba abrazar de vez en cuando por lady Jane, junto a la cual se le veía con más frecuencia que junto a su madre. Un día, Becky, viendo que la ternura era moda imperante en el castillo, se acercó a su hijo y le besó en presencia de todos los miembros de la familia. El niño la miró de hito en hito, tembló, se puso colorado, y concluyó por decir:

—En casa no me has besado nunca, mamá.

Siguió un silencio general, los rostros de todos expresaron consternación, y los ojos de Becky despidieron destellos que nada tenían de agradables.

Rawdon quería de veras a su cuñada lady Jane, que con tanto cariño trataba a su hijo, pero las relaciones entre aquélla y Becky eran menos íntimas de lo que fueron antes, consecuencia tal vez de la frase del niño, o quién sabe si de las sospechas que comenzaban a brotar en el corazón de lady Jane sobre la conducta de su marido, excesivamente atento con su cuñada. Rawdon hijo gustaba más de la compañía de los hombres que de la de las señoras; nunca se cansaba de acompañar a su padre, quien con frecuencia visitaba las caballerizas.

El gran día para Rawdon hijo, que quedó por siempre grabado en su memoria, fue aquel en que las jaurías de sir Huddleston Fuddleston se reunieron en las tierras de Crawley de la Reina. A las diez y media, Thomas Moody, jefe de las tropas cinegéticas de sir Huddleston Fuddleston penetró al trote por la avenida principal del castillo, seguido del nutrido ejército de perros en formación compacta. Cerraban la marcha dos jóvenes caballeros sobre corceles de pura sangre y armados de sus correspondientes látigos, que manejaban con destreza maravillosa cuantas veces algún can osaba separarse del grueso de la jauría.

Thomas Moody echó pie a tierra frente a la puerta principal del castillo, donde le dio la bienvenida el mayordomo, juntamente con un vaso de aguardiente, que no fue admitido. Los perros fueron encerrados en el local preparado de antemano para ellos, donde quedaron gruñendo, jugando o riñendo desaforadas batallas. Sucesivamente fueron llegando caballeros, que penetraban en el castillo, saludaban a las señoras, tomaban un vaso de jerez o de licor, y salían seguidamente al prado donde hacían caracolear a sus caballos. Al fin desaparecieron jaurías y cazadores, dejando al pequeño Rawdon en casa, admirado y feliz.

Durante estas memorables vacaciones, si no puede asegurarse que Rawdon hijo conquistara la ternura particular de su tío, frío y severo por temperamento, constantemente recluido en su gabinete de trabajo, entregado al estudio de leyes y rodeado de abogados y procuradores, lo cierto es que se atrajo el cariño de sus tías, casadas y solteras, y de James, a quien sir Pitt insinuaba que se declarase a una de sus primas, dándole a entender en forma nada equívoca que le presentaría para el curato propiedad de su padre a la muerte de éste.

Antes de que terminasen las fiestas de Pascuas, sir Pitt encontró en su pecho valor bastante para entregar a su hermano Rawdon un nuevo cheque sobre sus banqueros, nada menos que por la cantidad de cien libras, resolución que al principio le produjo vivos dolores y agonías, aunque las fue mitigando el tiempo y la consideración que se hizo de que su largueza le acreditaba de ser el más generoso de los hombres. Rawdon y su hijo se despidieron de los castellanos casi con lágrimas en los ojos, pero las señoras lo hicieron con alegría mal disimulada. Becky se entregó de nuevo en Londres al género de vida que anteriormente hemos descrito, y preparó con interés

solícito la casa de la calle Gran Gaunt, que muy en breve ocuparía la familia del barón, toda vez que la presencia de éste en Londres era necesaria cuando el Parlamento inaugurase sus sesiones.

Pasaron días. Inició sus sesiones el Parlamento, y nuestro diplomático, dando una vez más pruebas de su talento poco común, guardó bajo siete llaves sus proyectos, no dejó traslucir sus planes y no despegó los labios más que para pronunciar las palabras indispensables con que hacer una petición en favor de Mudbury. Eso sí: no faltó a ninguna de las sesiones, ganoso de asimilarse a conciencia las costumbres y rutina de la casa. En la suya se pasaba las horas estudiando, haciendo la desesperación de lady Jane, que decía que los libros le estaban matando. Sir Pitt se puso en relaciones con los ministros, asedió a los jefes de partido, y afianzó la resolución que tenía formada de escalar en pocos años el puesto más eminente de la cámara.

El carácter dulce y tímido de lady Jane había inspirado a Becky un desprecio que con dificultad suma lograba disimular. La bondad sencilla e ingenua de la primera molestaba a la segunda en tales términos, que era imposible que lady Jane no concluyese por adivinarlo. Por su parte, la presencia de Becky era para lady Jane motivo de inquietud y desasosiego. Sir Pitt hablaba constantemente con su cuñada, más de una vez había sorprendido señas de inteligencia cambiadas entre aquéllos, y en cambio a ella rara vez le dirigía la palabra, sobre todo, cuando de cuestiones de importancia se trataba. Cierto que ella poco o nada entendía, pero siempre resulta mortificante para una persona verse reducida al silencio, permanecer sentada y sola en un rincón, y ver en cambio a una intrigantuela atrevida, convertida en centro de las atenciones y consideraciones de todo el mundo, especialmente si en ese todo el mundo figura el marido.

Ya en el castillo, cuando lady Jane contaba cuentos a sus hijos, que la escuchaban boquiabiertos, y entraba Becky, enmudecía la narradora al ver fijos en ella los ojos burlones de su cuñada: gnomos y hadas, enanos y brujas, huían al fondo de los bosques ante la aparición de aquel ángel malo. Érale imposible continuar, aunque Becky, con sonrisa irónica e inflexiones sarcásticas, le rogaba que prosiguiese la narración de su encantadora historia.

Puede decirse que las dos señoras únicamente se veían cuando la esposa del hermano menor necesitaba obtener algo de la del mayor. Sus visitas eran muy escasas, pero en cambio sir Pitt, no obstante sus muchas ocupaciones, todos los días disponía de algunas horas para visitar a su cuñada.

El banquete que dio a los diputados el presidente de la Cámara deparó a sir Pitt la ocasión de presentarse a su cuñada luciendo su hermoso uniforme, aquel uniforme antiguo de diplomático que usó cuando era *attaché* de la legación de Pumpernickel.

Tuvo la satisfacción de que Becky le felicitase con mayor entusiasmo todavía que su esposa e hijos, a quienes se había presentado antes de salir de casa. Dijo que era el

único caballero que sabía llevar con gusto y distinción el uniforme, porque sólo los hombres que cuentan con una serie incontable de gloriosos antepasados conocen el secreto de llevar bien la *coulotte courte*. Pitt miró con complacencia sus pantorrillas, que formaban simetría con la espada de corte que pendía de su cintura, porque poco más o menos eran del mismo grosor, miró sus pantorrillas, repetimos, y creyó con toda su alma y buena fe que estaba encantador.

No bien se despidió Pitt, Becky hizo una caricatura suya que mostró a lord Steyne, caricatura que se llevó éste, admirado de su parecido con el original. El gran lord había dispensado a sir Pitt el honor de encontrarse con él en la casa de Becky. Maravilló al barón la deferencia con que aquél trataba a su cuñada, y le entusiasmó la fluidez y galanura de su conversación. Lord Steyne le dijo que había llegado hasta sus oídos la fama universal de sabio de que gozaba, que ansiaba oír su primer discurso en la Cámara, que puesto que eran vecinos (vivía el lord en la plaza Gaunt, junto a la calle Gran Gaunt), tan pronto como regresase a Londres lady Steyne deseaba presentarla a la señora baronesa de Crawley, y le ofreció una visita para dentro de dos o tres días.

En medio de estas intrigas, en medio de estas reuniones de personas de talento, Rawdon sufría un aislamiento de día en día más absoluto. Becky le permitía que pasase el día en el casino, que comiese con sus amigos solteros, que entrase y saliese cuando y como le viniera en gana. Jamás le preguntaba Becky en qué pasaba el tiempo. Cuando iba a la calle Gran Gaunt, la mayor parte de las veces había de hacer compañía a lady Jane, mientras Becky estaba encerrada con sir Pitt tratando asuntos de la mayor importancia.

El ex coronel pasaba muchas horas en el caserón de su hermano, hablando poco, pensando menos y no haciendo nada. Gustaba de que le confiasen algún encargo, sobre todo si éste se refería a la compra de caballos. El toro estaba domado por completo: Dalila había cortado al rape la cabellera de Sansón, y aprisionado a éste con sólidas cadenas. El que diez años atrás fue hombre atrevido, insensible a ningún freno, era ahora un John Lanas sumiso, obediente, aletargado. Y la pobre lady Jane sabía ya que Becky había uncido a sir Pitt a su carro, no obstante lo cual, las veces que las dos cuñadas se tropezaban, llamábanse querida mía o amada mía.

Capítulo XLVI

Miserias y desdichas

OTROS AMIGOS NUESTROS, los que vivían en Brompton, festejaron también la solemnidad de Pascua a su manera, es decir, en forma harto triste.

De las cien libras anuales, a que ascendía la renta modesta de la viuda de George Osborne, entregaba ésta tres cuartas partes a sus padres, para cubrir sus gastos y los de su hijo. Si a la cantidad expresada se añaden las ciento veinte libras que enviaba Joseph, tenemos un presupuesto de ingresos de doscientas veinte libras, con las cuales, las cuatro personas que componían la familia, y la criada irlandesa que las servía, pasaban el año sin estrecheces, y hasta podían permitirse el lujo de ofrecer una taza de té a algún amigo. El viejo Sedley conservaba su ascendiente sobre la familia de Clapp, su antiguo empleado, quien no había olvidado los tiempos en que, sentado tímidamente en el borde de la silla, bebía un vaso de vino o de cerveza a la salud del «señor Sedley, de la señorita Amelia y del señor Joseph». Recordando aquellos tiempos, las veces que entraba en el comedor y tomaba una taza de té con su antiguo jefe, su frase usual era la siguiente:

—¡No es esto lo que en días mejores hacía usted, señor!

Jamás se sentaba en el casino hasta que el señor Sedley lo había hecho, y nunca toleró que alma viviente se permitiese comentarios desfavorables sobre su principal de antaño. Había visto, decía, a los personajes más encopetados de Londres dar apretones de manos al señor Sedley; le había servido en la época en que diariamente se le veía en la Bolsa del brazo de Rothschild, le era, en una palabra, deudor de todo.

Empleado excelente el señor Clapp, habría podido encontrar otra casa que le hubiese recibido con los brazos abiertos. Lo sabía él perfectamente, tanto, que con frecuencia se le oía decir:

—Como soy un pez pequeño puedo nadar en toda clase de estanques.

Esto no obstante, se obstinó en no abandonar a Sedley, contrastando su conducta con la de todos los amigos ricos del antiguo banquero, los cuales le fueron olvidando sucesivamente.

Era precisa toda la economía, todo el cuidado imaginables, para, con la exigua parte de renta que Amelia se reservaba, vestir a su hijo cual convenía al descendiente de Osborne y pagar las mensualidades del colegio adonde, no sin antes vencer una viva repugnancia y acallar muchos temores, se había resignado por fin a enviar al muchacho. Más de una hora robó al sueño para estudiar las lecciones, aprender reglas gramaticales y desentrañar mapas, a fin de enseñar luego a George lo que ella

acababa de aprender. Hasta pretendió estudiar latín, creyendo que podría instruir a su hijo en esta lengua. Verse separada de él todo el día, entregarle a la férula de un profesor y a las impertinencias de sus camaradas, era, por decirlo así, un segundo destete, a juicio de aquella madre tímida, sensible, débil. En cambio George iba contentísimo al colegio, sin darse cuenta de que laceraba cruelmente el corazón de su madre, que habría preferido verle pesaroso de abandonarla.

George hacía grandes progresos en el colegio, que dirigía un admirador de Amelia, el reverendo señor Binny. Con frecuencia volvía a su casa llevando diplomas, premios y otras pruebas de su aplicación y aprovechamiento. Contaba a su madre mil historias a propósito de sus condiscípulos, tanto, que Amelia llegó a conocer a cuantos muchachos asistían al colegio tan bien como el mismo George. Un día, el niño volvió a casa con un ojo amoratado. Dijo que había reñido con un niño llamado Smith y ponderó su valor durante la pelea, aunque es lo cierto que no desplegó en ella mucho heroísmo, y que sacó la peor parte. Han pasado años, y Amelia no ha perdonado todavía al tal Smith, aunque en la actualidad es un pacífico boticario establecido cerca de la plaza Leicester.

Tales eran los cuidados inocentes y las tranquilas ocupaciones que llenaban la existencia de la sensible Amelia, en cuya cabeza se veían algunas hebras de plata, muy pocas, y cuya frente surcaba una pequeña arruga, indicios entrambos del paso de los años. Ella misma sonreía ante aquellas muestras del progreso del tiempo.

—¿Qué importan las canas a una vieja como yo? —se decía.

Toda su ambición era vivir bastante para ver a su hijo grande, famoso y glorioso, como creía que tenía derecho a ser. Conservaba como oro en paño sus cuadernos, sus composiciones, sus dibujos, y los presentaba a los íntimos de su casa cual si fuesen prodigios de genio. Algunas de las obras maestras de su hijo las confió a las señoritas Dobbin, con objeto de que éstas las mostrasen a la señorita Osborne, tía del niño, la cual a su vez se encargaría de presentarlas a su abuelo, lo que bastaría para que el viejo cruel sintiese remordimientos por haber tratado con dureza inconcebible al que ya no existía. Para ella todas las faltas de su marido, todas sus debilidades, todas sus culpas, habían bajado con él a la tumba: no las recordaba. En su imaginación quedaba únicamente el amado que se casó con ella a costa de tantos sacrificios; el marido noble, bravo y gallardo; el esforzado guerrero que la estrechó entre sus brazos en el momento de partir para el campo de batalla donde dejó la vida; el héroe, el mártir que vertió su sangre en defensa de la patria. Desde el cielo sonreía, a no dudar, el héroe al niño que había dejado en el mundo para darla ánimo y consuelo.

Hemos visto a uno de los abuelos de George (el viejo Osborne) arrellanado en su gigantesco sillón, hacerse de día en día más intratable y huraño; hemos visto cómo su hija, con su lujoso carruaje, sus soberbios caballos y su fortuna, que la permitía figurar con cantidades muy respetables en todas las subscripciones abiertas para obras

de caridad, era, sin embargo, la mujer más solitaria, la mujer más triste, la mujer más digna de compasión de la tierra. Sus pensamientos los embargaba siempre y por entero el hermoso niño, el hijo de su hermano, a quien había visto. Todo su anhelo era poder dirigirse en su lujoso carruaje a la casa en que vivía el pequeño, y cuando, diariamente daba su paseo en coche por el parque, sus ojos escudriñaban todas las avenidas, llevada de la esperanza de encontrarle. Su hermana, la casada con el banquero, hacía alguna visita, muy contadas, a la casa de la plaza Russell, y solía llevar consigo un par de niños raquíticos, enfermizos, que confiaba a los cuidados de una niñera, de los cuales decía que eran prodigios de gracia y de hermosura. Su Federiquito era la imagen viva de lord Claudio Lollypop, y su linda Mary había atraído la atención de la baronesa de… en un paseo que los niños dieron por Roehampton. Su hermana debía convencer al viejo de que estaba en el deber de hacer algo por aquellos dos querubines. A Federiquito le harían ingresar en los Guardias, y si su marido debía constituirle un mayorazgo, como era su propósito… y más que propósito, pues en realidad se arruinaba por comprar terrenos y más terrenos, ¿qué quedaría a su encantadora hijita?

—En ti tengo puesta toda mi esperanza, querida —decía la madre de los dos querubines—. Como comprenderás, todo lo que yo herede de nuestro padre irá a parar al mayor de mis hijos, al heredero. Es lo que piensa hacer mi buena amiga Rosita M’Mull, tan pronto como cierre los ojos lord Castletoddy, que es epiléptico y no puede dar mucha guerra; su fortuna y la de su marido pasarán inmediatamente a su hijo, a quien harán vizconde de Castletoddy. Pues bien: también mi Frederick ha de ser mayorazgo, y ya sabes lo que espero de ti, mi querida hermanita.

Después de este discurso, que se repetía en todas las visitas, se separaban las hermanas con un beso tan apretado como la presión de una ostra sobre la roca.

La noche que Jeannie Osborne dijo a su padre que había visto a su nieto, no contestó el anciano, pero tampoco montó en cólera; antes por el contrario, cuando se retiró a su aposento, dio las buenas noches con acentos de cariño raros en él. Debió también meditar sobre la noticia dada por su hija, y hasta hacer algunas averiguaciones respecto a la visita de su hija a casa de los Dobbin, pues quince días después de recibida la nueva, rogó a Jeannie que le dijese dónde estaba el pequeño reloj francés de oro y la cadena del mismo metal que aquélla acostumbraba usar.

—Lo compré con ahorros míos, papá —contestó Jeannie alarmada.

—Compra otro igual, o mejor, si le encuentras —replicó el viejo, volviendo a guardar silencio.

Las señoritas Dobbin redoblaban sus instancias con Amelia para que permitiese a George pasar con más frecuencia el día con ellas. Decíanle que su tía le trataba con adorable ternura y que acaso el abuelo acabaría por dejarse enternecer en favor del niño. Amelia no debía anular estas contingencias que tan favorables se presentaban

para su hijo.

En efecto; deber suyo era favorecer por todos los medios posibles una reconciliación, y cumplió ese deber, pero nunca se separó de George sin recelo y temor, y nunca le abrazó, a la vuelta de aquél de la casa de las Dobbin, sin experimentar el contento que suele embargar el corazón de quien acaba de ver libre de un peligro grave a un ser querido. Volvía siempre el niño con regalos y dinero, circunstancia que despertaba viva alarma y celos en la viuda, la cual le preguntaba invariablemente si había visto a algún caballero. Un día contestó el niño:

—He visto a un señor anciano, de cejas espesas, sombrero ancho y gran cadena de oro y muchas sortijas. Llegó mientras daba yo una vuelta a caballo por el prado. Me miró mucho, me preguntó cómo me llamaba, y mi tía principió a llorar; siempre está llorando.

Comprendió Amelia que el niño había visto a su abuelo y esperó con angustia la proposición que no dudaba que seguiría al encuentro, y que, en efecto, fue hecha pocos días después. El señor Osborne ofreció formalmente tomar al niño y hacerle legatario de la fortuna que debió heredar su padre. Al propio tiempo, daría a la viuda una renta que le permitiría vivir con holgura, renta que no le sería retirada aunque contrajera segundas nupcias, conforme tenía el propósito, según habían informado al viejo. Pero era condición precisa que el niño viviese con su abuelo en la casa de la plaza Russell, o donde éste último dispusiera, aunque de vez en cuando se permitiría a la madre ver a su hijo, a cuyo efecto le sería llevado a su casa. La proposición le fue leída un día que su madre no se encontraba en casa, y su padre había ido a la City como de costumbre.

En toda su vida, sólo dos o tres veces se había irritado de veras Amelia, y precisamente en un estado de viva irritación fue en el que hubo de conocerla el encargado del señor Osborne. Leída la carta, levantóse temblando, roja de ira, hizo de la misiva mil pedazos, los pisoteó, y dijo:

—¡Casarme otra vez!… ¡Aceptar dinero a cambio de separarme de mi hijo! ¿Quién osa insultarme proponiéndome semejante cosa? ¡Diga usted al señor Osborne que su carta es una cobardía… sí… una cobardía, que no merece contestación…! ¡Buenos días, señor!

Hizo una reverencia al mensajero y salió del cuarto, dejándole solo.

Ni sus padres observaron la agitación que la dominaba, ni ella les habló palabra sobre el incidente; su madre tenía sus asuntos personales que la interesaban más que los de la hija, y en cuanto a su padre, ya sabemos que las especulaciones a que se entregaba embargaban todos los instantes de su vida. Hemos visto que emprendió el negocio de vinos y carbones, que fracasó ruidosamente, pero como a la par que el negocio no fracasaron sus manías por la especulación, el pobre señor se había aventurado en otra empresa, cuyo feliz resultado le parecía indiscutible, aunque no al

señor Clapp, a quien no había confiado, dicho sea de paso, la importancia y gravedad de sus compromisos. Por lo que se refiere a las señoras, siempre fue máxima del señor Sedley no hablar de dinero ni de asuntos en su presencia, y de consiguiente, ni sospecharon siquiera la nube de calamidades que se les venía encima, hasta que el infortunado anciano se vio en la precisión absoluta de confesarles sucesivamente sus apuros.

Los gastos de la familia, que al principio eran pagados semanalmente, no se cubrían con regularidad, y muy pronto los débitos formaron un total de importancia. La remesa de la India no llegaba, al menos así lo dijo el señor Sedley a su mujer con rostro compungido. Como la buena señora había pagado con puntualidad sus facturas, los proveedores, a los cuales suplicó que le concedieran un plazo, exteriorizaron con crudeza ofensiva su desagrado, no obstante estar más que acostumbrados a tropezar con otros parroquianos más tramposos. Gracias a la cantidad que pagaba Amelia pudo sostenerse mal que bien la familia sufriendo privaciones. Los seis meses primeros se pasaron sin mucha fatiga, el viejo siempre hablaba de ganancias infalibles que sacarían a flote sus negocios.

Pero pasaron seis meses, las sesenta libras esterlinas se retardaban, y la situación de la familia llegó a hacerse verdaderamente precaria. La señora Sedley, cuyo estado de salud no era muy satisfactorio, callaba o bien lloraba en la cocina junto a la esposa de Clapp. El tendero estaba intratable, el carnicero insolente, George se quejaba de las comidas, y Amelia, que para sí misma podía contentarse con un pedazo de pan, se daba cuenta de que su hijo carecía de lo necesario, y le compraba mil golosinas, sacrificando sus escasas economías para que el niño no sufriese.

No tuvieron los Sedley más remedio que hablar a su hija de las dificultades de la casa. Un día, a su regreso de cobrar su modesta pensión, la entregó a su madre, reservándose una pequeña parte de la misma para pagar un trajecito que había encargado para su hijo. Su madre le contó entonces que no se recibían las cantidades que solía enviar Joseph, que los apuros de la casa eran terribles, que Amelia debió haberlos adivinado, que aquéllos eran tan visibles que sólo una persona como ella, que no veía ni quería en el mundo a nadie como no fuera a su hijo, podía dejar de advertirlos. Amelia entregó todo el dinero a su madre sin decir palabra, y se recluyó en su cuarto para dar rienda suelta a sus lágrimas. Su tristeza alcanzó extremos extraordinarios porque se veía obligada a renunciar a sus hermosas ilusiones de regalar a su hijo un trajecito nuevo para Pascuas, y hasta había sostenido dos o tres conversaciones con una modista, amiga suya, a propósito de la forma y moda del mismo.

Pero aun fue más cruel para ella tener que decir a George que debería renunciar al soñado traje, noticia que recibió el niño llorando desconsolado. Contestó entre sollozos que todo el mundo estrenaba traje para Pascuas, que sus amiguitos se reirían

de él, que quería lucir traje nuevo, que su madre, que nunca le engañaba, se lo había ofrecido. La pobre viuda estaba desolada; únicamente besos podía dar al niño…

Corrió Amelia a su guardarropa, registró con ansiedad febril buscando alguna prenda para venderla, y encontró el chal de las Indias que Dobbin le enviara tiempo antes. Recordó que alguna vez había visitado con su madre una tienda donde las señoras compraban y vendían artículos como aquél, y sus mejillas se arrebolaron, y sus ojos despidieron destellos de placer, y despidió a George con besos y sonrisas que hicieron comprender al niño que tendría el vestido que ambicionaba.

En efecto: salió de su casa en dirección a la tienda en cuestión. Por el camino pensó que además del trajecito debía regalar a George ciertos libros que le eran necesarios, y pagar un semestre de colegio, y que, con el importe del chai, acaso pudiera comprar un abrigo para su padre. No se engañó acerca del valor del regalo de Dobbin; el comerciante pagó por él veinte libras esterlinas y pudo pagar bastante más.

Adquirió los libros que deseaba, volvió contentísima a su casa, escribió en una tira de papel, que colocó bajo la cubierta de uno de aquéllos: «Para George Osborne; regalo de Pascuas de su amantísima madre», y salió de su cuarto con los libros en la mano, con ánimo de dejarlos sobre la mesa del cuarto de su hijo, a fin de que éste los encontrase allí a su regreso del colegio.

En el pasillo tropezó con su madre, cuya mirada reparó en los cantos dorados de los siete libros que constituían el regalo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Unos cuantos libros para George —respondió Amelia—. Le prometí que se los regalaría para Pascua.

—¡Libros! —gritó indignada la señora—. ¡Libros cuando no tenemos pan! ¡Libros cuando para sostener tu lujo y el de tu hijo, y evitar que tu padre vaya a la cárcel, he tenido que vender cuanto había en casa… mi chai, hasta los cubiertos! ¡Libros cuando los tenderos nos insultan porque no pagamos con puntualidad, cuando estamos en descubierto con el señor Clapp, que tiene tanto derecho a cobrar como el que más! ¡Oh, Amelia! ¡Tu ceguera me parte el corazón! ¡Es un crimen gastar en libros los que necesitamos para comer, y más crimen todavía echar a perder a tu hijo con tus mimos imprudentes! ¡Quiera Dios que tu hijo sea menos descastado que los míos! ¡Joseph abandona a su pobre padre en la vejez, y tu hijo… tu hijo recibe una educación que sólo pueden permitirse los ricos, y va a un colegio como un lord, y lleva reloj y cadena de oro, mientras mi querido, mi idolatrado marido no puede llevar un chelín en el bolsillo!

Sollozos, ataques nerviosos y lágrimas pusieron fin al discurso de la señora Sedley.

—¡Madre… madre! —contestó Amelia—. Eres injusta conmigo… No me habías

dicho lo que pasaba… Había prometido los libros a George… Acabo de vender mi chai… Toma el dinero… tómalo todo.

Uniendo la acción a la palabra, puso en manos de su madre cuanto dinero le quedaba.

Encerróse en su cuarto a solas con su desesperación y su pena. Reflexionó, comprendió que su egoísmo maternal sacrificaba, perdía a su hijo, que éste podía ser rico, ocupar el puesto brillante que su padre había perdido por causa suya, que le bastaba pronunciar una palabra para que su padre no careciera de nada y su hijo heredara una fortuna… ¡Oh, qué triste convicción para el sensible corazón de Amelia!

Capítulo XLVII

La casa Gaunt

TODO EL MUNDO SABE que el palacio de lord Steyne, en Londres, está situado en la plaza Gaunt, que da acceso a la calle Gaunt, la misma a la que llevamos a Becky en su primera salida, cuando desde el domicilio del señor Sedley pasó a posesionarse de su cargo de institutriz en casa del barón de Crawley, ya difunto. Si mis lectores se toman la molestia de mirar por encima de las verjas y por entre el sombrío ramaje, a los jardines de la plaza, verán unas cuantas niñeras de traza modesta, que, llevando de la mano a unos niños pálidos, recorren los paseos circulares y dan vueltas alrededor del macizo de follaje en cuyo centro se alza la estatua de lord Gaunt, héroe que se batió en Minden. Ocupa el palacio Gaunt casi todo un lado de la plaza: los tres lados restantes los forman casas antiguas, edificios altos y sombríos, cuyas ventanas aparecen encuadradas por negruzcos sillares o marcos de ladrillo rojo. Poca luz penetra en el interior de aquellas moradas y menos hospitalidad que luz, que por lo visto la hospitalidad desapareció juntamente con los lacayos de cabeza empolvada de otros tiempos, que solían apagar sus antorchas en los apagadores de hierro que todavía se conservan junto a los faroles que flanquean las escaleras. Pero si desapareció la hospitalidad, en cambio han penetrado en la plaza muchas placas de bronce… doctores, sucursales de Bancos, casinos, etc., etc. Tristes son aquellas casas, y no lo es menos el palacio de lord Steyne. Varias veces he visitado la plaza y examinado el palacio, del que jamás he visto otra cosa que su inmensa fachada y las rústicas columnas de la puerta principal, donde en alguna ocasión aparece la faz roja y tétrica del viejo portero. Coronan el edificio muchas chimeneas de las que contadas veces sale humo. Es que lord Steyne pasa la mayor parte de su vida en Nápoles, pues sin duda le agrada más la vista de su bahía, de Capri y del Vesubio, que la de los muros siniestros que forman la plaza Gaunt.

Tomando por la calle Nueva Gaunt, y a no muchas docenas de varas de su entrada, existe una modesta puerta trasera correspondiente a una caballeriza, difícil de ver desde ninguna de las demás puertas de caballerizas de la misma calle, aunque con mucha frecuencia hacen alto frente a ella coches cerrados, según me ha informado Thomas Oídos, que lo sabe todo.

—He visto entrar y salir muchas veces por esa puerta al príncipe y a Perlita —me decía Thomas—; Mariana Clarke la ha franqueado más de una vez acompañada por el duque de… Conduce a los *petits appartements* de lord Steyne, uno de ellos tapizado de seda blanca y adornado con objetos de marfil, otro con mobiliario de

caoba y tapizado con terciopelo negro… Hay una pequeña sala de banquetes traída de Pompeya y propiedad que fue, según dicen, de Salustio, una cocinita cuyos peroles son de plata y las fuentes de oro.

En aquella famosa cocinita asó perdices Felipe Igualdad la noche que entre él y el marqués de Steyne ganaron cien mil libras esterlinas a un gran personaje. La mitad de la suma pasó a manos de la Revolución Francesa, la otra mitad la invirtió lord Gaunt en la compra del marquesado, y el resto… pero no es nuestro propósito hablar de la inversión que se dio al resto, porque hasta del último penique nos dará cuenta Thomas Oídos, que lo sabe todo y está dispuesto a contarlo todo.

Además de su palacio de Londres, tenía el marqués castillos y palacios en varios distritos de los tres reinos, palacios y castillos cuya descripción figura en todas las Guias de los caminos de Inglaterra: el castillo Strongbow, con sus bosques, en la playa de Stennon; el castillo Gaunt, que sirvió de prisión a Ricardo II, en Camarthenshire; el palacio Cauntly en el Yorkshire, donde, si no miente la fama, había doscientas tazas de plata para servir los desayunos a los huéspedes de la casa; el palacio Stillbroock en el Hampshire, modesta casa de campo y residencia veraniega humilde, cuyo portentoso mobiliario fue vendido en pública subasta a la muerte del lord.

La marquesa de Steyne descendía de la antigua y renombrada familia de los Caerlyons, marqueses de Camelot, cristianos desde la conversión del célebre druida antepasado suyo, y cuya genealogía se remonta hasta la obscura fecha de la llegada del rey Bruto a nuestras islas: Pendragon es el título del heredero de la casa. Desde tiempo inmemorial vienen llamándose los hijos varones Arturos, Uthers y Caradocs. Muchos de ellos han perdido ya en el cadalso sus leales cabezas. La reina Isabel cercenó la del Arturo de su tiempo, que había sido chambelán de Felipe y de Mary y era portador inocente de las cartas que se cruzaban entre la reina de Escocia y sus tíos los Guisas. Un hijo de la casa fue oficial del gran duque y se distinguió como nadie en la famosa conspiración de Saint Bartholomew. Durante la prisión de Mary, la casa Camelot conspiró constantemente en su favor. La fortuna de la casa sufrió serios quebrantos, como consecuencia de los armamentos que preparó contra los españoles por el tiempo de la Armada Invencible, y de las multas y confiscaciones con que la gravó Isabel, por haber dado asilo a sacerdotes perseguidos y por sus concomitancias con los papistas. Durante el reinado de Jacobo I, el jefe de la familia se convirtió al protestantismo, temporalmente alejado de su fe por los argumentos incontrovertibles del célebre teólogo-rey, conversión que valió a la familia la reconquista del esplendor pasado; pero durante el reinado de Carlos, el conde de Camelot volvió a la fe de sus antepasados, y su sangre y su fortuna se agotaron en el servicio de la santa causa, mientras quedó un Estuardo para ponerse al frente de la rebelión o instigarla.

Lady Mary Caerlyon había recibido instrucción en un convento de París y era

ahijada de la delfina María Antonieta. En todo el esplendor de su belleza, la casaron… la vendieron, mejor dicho, a lord Gaunt, a la sazón en París, quien ganó sumas enormes a un hermano de su novia en uno de los banquetes dados por Felipe de Orleáns. La voz pública atribuía el famoso desafío de lord Gaunt con el conde de La Marche, oficial de los Mosqueteros Grises (paje primero, y luego favorito de la reina), a las pretensiones que entrambos caballeros tenían a la mano de la hermosísima Mary Caerlyon. Casó ésta con lord Gaunt mientras el conde yacía en cama gravemente herido, y fue a vivir al palacio Gaunt, en Londres, donde, durante algún tiempo, figuró en la espléndida corte del príncipe de Gales. Fox se prendó de ella, Morris y Sheridan le dedicaron versos, Malmesbury la colmó de atenciones, Walpole la declaró encantadora, Devonshire llegó a tenerla envidia; mas acabaron por asustarla los placeres y alegrías del mundo, el torbellino que la arrastraba, y, después de dar a luz dos hijos, se aisló del mundo y se entregó a las prácticas austeras de una devoción rígida. Esto explica que lord Steyne, amante del bullicio y los placeres, se alejara de una mujer silenciosa, supersticiosa y entregada a todas horas al llanto.

El antes nombrado Thomas Oídos, que ningún papel representa en esta historia ni hubiese sido pronunciado su nombre si no conociera, como conoce, a todos los grandes personajes de Londres y hubiese penetrado todos los secretos y misterios de las grandes familias, posee nuevos datos acerca de la esposa de lord Steyne, de cuya veracidad y exactitud no respondemos.

—Las humillaciones —dice— de que esa señora ha sido víctima en su propia casa, son sencillamente espantosas. Lord Steyne la ha obligado a sentarse a la mesa con mujeres cuya compañía me hubiera negado en absoluto a aceptar para mi esposa, tales como la Crackenbury, la Chippenham, madame de la Cruchecassée, con todas las estrellas del mundo galante, en una palabra. Pero ¿cree usted que esa dama, descendiente de una familia tan altiva como la de los Borbones, de una familia de la que los Steynes han sido lacayos, porque no hay que dar al olvido que los Gaunts son de ayer, cree usted, repito (no olviden los lectores que es Thomas Oídos quien habla), que la marquesa de Steyne, la dama más altanera de Inglaterra, se doblegaría ante su marido si no existiera una causa? ¡Bah!… ¡Ni por pienso! Yo le aseguro que su sumisión reconoce motivos secretos. Puedo garantizarle que el Abbé de La Marche, que estuvo en Londres dirigiendo los asuntos de Quiberoon con Puisaye y Tinteniac, era el mismo coronel de Mosqueteros Grises con quien se batió Steine el año de 1786; puedo asegurarle que el Abbé se vio repetidas veces con la marquesa, y que hasta después que el reverendo coronel fue muerto en Inglaterra, la señora Steyne no se entregó a las prácticas de devoción que hoy la embargan. En la actualidad, todos los días se pasa las horas muertas con su director espiritual, todos los días asiste a misa en la plaza de España… la he vigilado… es decir, la he visto por casualidad al pasar por allí… y no dude usted que en todo ello hay misterio. Las personas no son

desgraciadas si no pesa sobre su conciencia algún pecado grave… Crea usted que esa mujer no daría pruebas de tanta sumisión si el marido no dispusiera de una espada que fuese su amenaza constante.

Resulta, pues, que si los datos dé Thomas Oídos son exactos, es más que probable que la egregia dama, no obstante su altivez se sometía en secreto a no pocas indignidades, y devoraba torturas morales y angustias secretas bajo la serenidad artificial de su rostro de devota. ¡Consolémonos nosotros, hermanos míos, los que llevamos nombres que no figuran en el libro de oro de la nobleza! ¡Consolémonos pensando cuan desgraciados son otros más altos que nosotros! Consolémonos recordando que Damocles, aunque estaba sentado sobre cojines de seda y aunque era servido en vajilla de oro, tenía una tajante espada suspendida sobre su cabeza, y que esta espada en nuestros tiempos adopta ora la forma de una enfermedad hereditaria, ora la de un terrible secreto de familia, que un día u otro se hará público.

Otro consuelo proporciona a los pequeños la comparación de su suerte con la de los grandes. Quien nada o muy poco ha de heredar puede estar en cordiales relaciones con su padre o con su hijo, al paso que el heredero de un señor poderoso, tal como el de lord Steyne, sufre y se desespera mientras no entra en posesión de sus estados y mira con malos ojos al actual poseedor de los mismos. El príncipe heredero vive en eterna oposición a la corona. Si mis lectores fuesen herederos de un ducado y de mil libras esterlinas de renta diaria, ¿no es verdad que ansiarían entrar en posesión de su herencia? Como es natural, desde el momento que todo gran señor ha abrigado estos sentimientos con respecto a su padre, sabe que idénticos los abriga su hijo con respecto a él, y como consecuencia, necesariamente ha de mirar a su heredero con recelo.

Entre la marquesa de Steyne y sus hijos se alzaba la cruel barrera que es obra de la diferencia de religión. El cariño que aquélla profesaba a sus hijos contribuía a hacerla más infeliz. Veíalos en el borde opuesto de una sima fatal e infranqueable, anhelaba traerlos a su lado, extendía desesperadamente los brazos, pero ¡ay!, la sima era demasiado ancha: sus brazos no alcanzaban hasta el borde opuesto. Durante la juventud de sus hijos, lord Steyne, aficionado a la ciencia teológica, disfrutaba lo indecible enfrentando al reverendo señor Trail, tutor del niño, con el padre Mole, director espiritual de su mujer. Disputaban los dos teólogos, y era de ver la cara de satisfacción con que gritaba el lord: «¡Soberbio, Lutero! ¡Magnífico, Loyola!». Prometía una mitra a Trail si vencía a su adversario, y juraba que interpondría toda su influencia para hacer cardenal a Mole si convencía a su contrincante.

Casó el heredero de la casa Gaunt, como sabe todo el mundo, con lady Blanca Thistlewood, hija de la noble casa de los Bareacres, mencionada en capítulos anteriores de esta verídica historia. Asignóse a los desposados una parte del palacio de la familia, porque el jefe de la misma quiso gobernarla y reinar como señor

supremo y único hasta su muerte. Su hijo y heredero se habituó a hacer la vida fuera de casa, a regañar a todas horas con su mujer y a contraer deudas sobre su herencia, porque no bastaban a cubrir sus gastos las sumas que su padre le entregaba. El marqués sabía muy bien a cuánto ascendían aquéllas. A la muerte del marqués se encontraron en su caja casi todos los pagarés firmados por su hijo y heredero, comprados por el padre y legados a los descendientes de su hijo menor.

En atención a que el heredero no tenía hijos, fue llamado George Gaunt, de Viena, en donde dedicaba algunos minutos a las cuestiones diplomáticas y el resto de las horas del día a bailar y divertirse. A poco de llegado, le casaron con la hija única de John Nones, primer barón de Helvellyn, y jefe de la casa de banca Jones, Brown y Robinson, de cuya unión nacieron varios hijos e hijas, cuyas historias respectivas no encajan en la presente.

El matrimonio fue feliz al principio. George Gaunt había aprendido a leer bien y a escribir con letra legible; hablaba francés a la perfección y era uno de los bailarines más magistrales de Europa. Un hombre tan instruido, un hombre que tales perfecciones atesoraba, y que por añadidura tenía considerables intereses en su país, necesariamente había de escalar las más altas dignidades. Su mujer se persuadió de que las cortes eran su esfera, y se entregó con todo el ardor de su juventud a dar espléndidas recepciones en las ciudades del continente donde obligaciones diplomáticas llevaban a su marido. Se habló de que le harían ministro y dióse como seguro que le iban a nombrar embajador, cuando llegaron a la capital noticias acerca de la conducta extraña del secretario. En un gran banquete dado por su jefe el embajador, se levantó y dijo que un paté de *foie gras* que acababan de servir estaba envenenado. En un baile oficial celebrado en el palacio de la legación bávara se presentó con la cabeza afeitada y vestido de fraile capuchino; hay que advertir que el baile no era de disfraces. Principióse a decir que era un extravagante, que lo fue también su abuelo, que se trataba de una extravagancia hereditaria.

Su esposa y familia regresaron a su patria y fueron a vivir al palacio Gaunt, y el secretario fue enviado al Brasil. La gente, empero, susurró que lo del Brasil era fantasía pura. George no regresó más del Brasil, ni murió en el Brasil… ni pisó en su vida tierras del Brasil: desapareció y nada más. El «Brasil», decían las personas que se tenían por bien informadas, es el manicomio de Saint John.

Dos o tres veces a la semana iba la pobre madre a visitar al enfermo. Unas veces la buena señora excitaba la risa del recluso, otras encontraba al en un tiempo elegante diplomático, meciendo las muñecas de la niña de los conserjes. En cuanto a su esposa, hijos, amores, ambiciones y vanidades, las había olvidado, pero no así las horas de comer ni la ración de vino, que pedía a gritos si algún día creía que se retrasaba la hora.

Los hijos del infortunado recluso crecían sin sospechar que sobre sus cabezas se

cernía amenazadora la desventura que hería a su padre; en cambio su abuela temblaba al pensar en las probabilidades de que, a la par que de los honores, fuesen herederos de la vergüenza del muerto-vivo, cuyo nombre raras veces, y éstas en voz muy baja, era pronunciado en la casa, y esperaba estremecida el día en que la horrible maldición que pesaba sobre los antepasados se perpetuase en ellos.

No perdonaba el siniestro presentimiento a lord Steyne, quien, si intentó alejar el horrendo fantasma, que con frecuencia le visitaba, sumergiéndose en los mares rojos del vino y las orgías, y hasta consiguió perderlo de vista en medio del torbellino de sus placeres, es lo cierto que se le presentaba de nuevo cuando estaba solo y que lo veía con expresión más amenazadora a medida que pasaban los años.

—Me apoderé de tu hijo —le decía—; ¿existe alguna razón para que no me apodere también de ti? Cuando quiera, puedo encerrarte para siempre, puedo sepultarte en vida, como he sepultado a tu hijo George. Mañana mismo podría tocar tu cabeza con mi dedo y entonces ¿adónde irán a parar los placeres, los honores, los festines, los amigos, los aduladores, los cocineros franceses, los soberbios trenes? Te bastará con una prisión, un carcelero, un cuarto estrecho y un jergón de paja.

Se comprenderá, pues, que era menor la dicha que el esplendor y la riqueza en el palacio Gaunt. En sus salones se daban las fiestas más suntuosas de Londres, pero la alegría era ficticia. Le habrían visitado contadas personas si el lord hubiese sido menos rico; pero en la feria de las vanidades los pecados de los grandes suelen ser mirados con gran indulgencia. *Nous regardons á deux fois* antes de condenar a una persona de alta posición social, decía una dama francesa amiga nuestra.

Algunos moralistas rígidos reprobaban la conducta escandalosa de lord Steyne, pero, cuando les invitaba, acudían alborozados a sus fiestas.

—Malo, perverso es lord Steyne —decía lady Slingstone—; no puede negarse; pero como a su palacio va todo el mundo, no voy yo a ser una excepción. Eso sí: yo cuidaré de que mis hijas no aprendan en aquél lo que no deben saber.

—Frecuento su trato porque le debo mucho, todo cuanto soy y valgo —repetía a diario el reverendo doctor Trail.

—Su conducta moral es horrenda, pero en su mesa se sirven los mejores vinos de Europa —dijo lord Southdown a su hermana, en ocasión en que ésta hablaba de las terroríficas leyendas que circulaban a propósito de lo que en el palacio Gaunt acontecía.

En cuanto a sir Pitt, el puritano barón de Crawley, aquel modelo de decoro y buenas costumbres, jamás pensó en privarse de asistir a las fiestas del palacio de lord Steyne.

—A una mansión frecuentada por personas como el obispo de Ealing y la condesa de Slingstone —decía el barón— puedes ir con la conciencia tranquila, Jeannie.

En una palabra: todo el mundo adulaba a este gran prócer, todo el mundo

codiciaba su trato, todo el mundo se sentaba orgulloso a su mesa, y tú, lector querido, si hubieses vivido por aquellos tiempos, y hubieras recibido invitación, la habrías aceptado jubiloso, como la hubiese aceptado también el autor de estas líneas.

Capítulo XLVIII

Donde el lector es presentado en la sociedad más distinguida

LAS ATENCIONES, la amabilidad encantadora que Becky prodigaba al jefe de la familia de su marido, debían tener al fin su recompensa, recompensa que, sin tener valor apreciable por su peso y medida, codiciaba, sin embargo, la linda intrigantuela con anhelos más ardientes que las ventajas positivas y materiales. Ya que no se enderezaban sus deseos a llevar una vida honrada e irreprochable, quería disfrutar de la consideración que en todas partes merece la virtud, y todos sabemos que ninguna mujer alcanza en el gran mundo su desiderátum si antes no ha tenido el honor de ser presentada en la corte de sus soberanos luciendo vestido de cola, plumas y brillantes. De los salones de los palacios reales salen honradas las mujeres que entraron en ellos sin honra; en ellos reciben patente de virtud, en ellos les da certificado de honradez el lord chambelán. A la manera que las cartas o mercancías de procedencia sospechosa han de sufrir cuarentena, y luego de rociadas con vinagres aromáticos son declaradas limpias, así muchas damas de reputación dudosa, muchas damas de quienes se sospecha que pueden producir infección, una vez han pasado por la salutífera prueba de la presencia real, quedan limpias y puras de toda mancha.

Griten en buen hora lady Bareacres, lady Tufto, Martha de Crawley y todas las señoras que con Becky han sostenido relaciones; indígnense ante la idea de la odiosa aventurera haciendo sus reverencias al soberano; juren que si viviese la reina Carlota jamás hubiera admitido en sus salones a tan incierto personaje, que como fue el primer caballero de Europa quien sometió a examen a la señora de Rawdon, quien con su real presencia le dio patente de reputación, no cometeremos la deslealtad de dudar siquiera de lo inmaculado de su virtud. Por mi parte, declaro que la figura del soberano, siempre que la recuerdo, me inspira respeto y amor a un tiempo. Aun está presente en mi mente un gran acontecimiento, un acontecimiento que llenó de júbilo, especialmente, a las damas de la feria de las vanidades. Me refiero al día histórico en que aquel augusto y reverenciado mortal recibió, juntamente con las aclamaciones entusiastas de la porción más refinada de su imperio, el título de Primer Gentilhombre del Reino. ¿Han olvidado mis lectores tan fausto acontecimiento? ¡No, no es posible! Han pasado veinticinco años. Fue una noche venturosa. Se representaba La hipócrita, cuyas partes principales interpretaban Dowton y Listón. Dos muchachos salieron del colegio donde recibían educación y aparecieron en el escenario del teatro de la callejuela Drury, mezclados con la multitud allí congregada para aclamar al rey. ¡EL REY! Allí estaba el REY. De pie y detrás del sillón donde se

había sentado se alzaban las siluetas del marqués de Steyne y de los grandes dignatarios de la nación. ¡Con qué entusiasmo cantamos todos el *God save the King*! Las voces y la orquesta hacían retemblar el edificio. Todo el mundo gritaba, todo el mundo aclamaba, todo el mundo agitaba pañuelos. Lloraban las señoras, las madres estrechaban contra sus pechos a sus hijos, muchas se desmayaron como consecuencia de la emoción. Sí; me cupo el alto honor de ver al rey; el hado no puede arrebatarme esa gloria. Otros han visto a Napoleón, viven algunos que conocieron a Frederick el Grande, al doctor Johnson, a Mary Antonieta, etc… No les envidio: yo he tenido la suerte de ver a George el Bueno, el Magnífico, el Grande.

Prosigamos con nuestra historia. Fue un día feliz para Becky aquel en que la corte real abrió sus puertas a sus angelicales virtudes, aquél en que fue admitida en el paraíso, objeto de su anhelos, apadrinada por su cuñada lady Jane. En el día y hora señalados, sir Pitt y su mujer, en su carroza de gran gala recién construida, se detuvieron frente a la casita de la calle Curzon, con asombro reverencial de Raggles, que asomado a la ventana de su modesta tienda veía a través de los cristales de la carroza las magníficas plumas que adornaban las cabezas de las damas y los enormes ramilletes que se destacaban sobre el pecho de los lacayos, ataviados con libreas nuevas.

Bajó de la carroza sir Pitt, luciendo deslumbrador uniforme, y entró en la casita harto apurado con la espada, que se obstinaba en meterse entre sus piernas. Rawdon hijo sonreía a su tía, a quien miraba desde la ventana del saloncito de confianza, contra cuyos cristales tenía pegada la cara. No tardó en salir de nuevo sir Pitt, dando el brazo a una elegante señora vestida de rico brocado, la cual subió a la carroza como si fuese una princesa acostumbrada desde que nació a vivir en los palacios reales. Tras la dama entró en la carroza sir Pitt.

A continuación salió de la casa, Rawdon, vistiendo un uniforme militar que había sufrido las injurias del tiempo y le estaba ridículamente estrecho. Debía seguir al cortejo montando humilde coche de alquiler, pero su cuñada, siempre buena y complaciente, quiso que formase parte de la familia. La carroza era espaciosa, las señoras más bien delgadas que gruesas… Al fin se acomodaron los cuatro personajes y la carroza se unió a la fila de carruajes que descendían por las calles de Piccadilly y Saint James en dirección al antiguo palacio de ladrillo, donde debía recibir a sus nobles la Estrella de Brunswick.

Tentaciones le venían a Becky de enviar a través de la portezuela bendiciones al pueblo que, embobado, contemplaba los lujosos trenes: hasta tal punto se exaltaba al pensar en la encumbrada posición que acababa de conquistar en el mundo. Y es que hasta Becky tenía sus debilidades. De la misma manera que muchos hombres cifran su orgullo en cualidades o excelencias que los demás no consiguen ver en ellos, y vemos así a Comus que suspira por ser tenido por el trágico más eminente de

Inglaterra, y a Brown, el famoso novelista, que anhela ser, no un hombre de genio sino un hombre a la moda, y a Robinson, el gran jurisconsulto, que se ríe de la reputación que pueda tener dentro de las salas de justicia, pero quiere que fuera de ellas le crean incomparable, así, ser, pasar, mejor dicho, por dama respetable, constituía el objetivo primordial de la vida de Becky, y a verlo logrado dedicó todos sus esfuerzos con laudable asiduidad y éxito feliz. Ocasiones había en que, tomando en serio su papel de gran señora, olvidaba que no había un penique en su casa, que sus acreedores rondaban su puerta, que los tenderos gruñían, que no encontraba terreno firme donde poner sus pies. A medida que se aproximaba al palacio, adoptaba continente más majestuoso, más imponente y resuelto. Tanto acentuó la nota, que lady Jane no pudo menos de sonreír. Entró en los salones regios con ademanes que habrían hecho honor a una emperatriz, y no me cabe la menor duda de que si lo hubiera sido en la realidad, hubiera desempeñado su papel a la perfección.

No nos consideramos reos de indiscreción si afirmamos que el *costume de cour* que lució Becky en la ceremonia de su presentación al soberano fue prodigio de elegancia, riqueza y buen gusto. Hemos visto damas cargadas de condecoraciones y bandas que ni por pienso podrían ser comparadas con nuestra Becky. Una condesa de sesenta años, *decolletée*, pintada, arrugada, de párpados fláccidos y llena de brillantes que parpadean entre las sedosas guedejas de su cabellera postiza, es en las horas diurnas un espectáculo edificante, pero no agradable. Ofrece el mismo aspecto que la calle de Saint James en las primeras horas de la madrugada, cuando parte de los faroles han sido ya apagados y los restantes se van extinguiendo sucesivamente, semejantes a fantasmas que huyen ante la aparición de la luz del día. Los encantos de semejantes damas únicamente pueden apreciarse de noche, con luz artificial. Si menguan los portentosos encantos de Cintia cuando Febo la contempla desde lo alto de los cielos, ¿no han de esconderse avergonzados los de la señora de Castlemouldy, por ejemplo, cuando la luz del sol atraviesa con toda su fuerza las ventanillas de su coche y pone de manifiesto sus infinitas y profundas arrugas? Preferible fuera que los salones no se abriesen hasta el mes de noviembre, es decir, en la estación de las nieblas, o bien que las sultanas jamonas de la feria de las vanidades fuesen conducidas a palacio en literas cerradas.

No tenía Becky necesidad de luces artificiales que realzasen su hermosura. Su cutis podía desafiar sin peligro la luz del sol, y en cuanto a su vestido, el morador más exigente de la feria de las vanidades lo hubiese reputado el más lujoso y brillante de su época. Cuantos y cuantas tuvieron ocasión de verlo, afirmaron que era *charmante*; hasta lady Jane hubo de reconocer que, en punto a elegancia y buen gusto, quedaba muy por bajo del nivel de su cuñada.

—Esos encajes han debido costarte una fortuna —dijo lady Jane, mirando los suyos, después de haber examinado los que adornaban el vestido de Becky.

Tentaciones le vinieron de añadir que ella, con ser la baronesa, no podía permitirse tanto lujo, pero calló, movida de un sentimiento de compasión hacia su parienta.

Es posible que, no obstante su carácter, todo dulzura, le hubiese sido imposible contenerse si hubiera conocido la procedencia de aquellos encajes. Es posible que hubiera protestado si hubiese sabido, como sabemos nosotros, que Becky, cuando siguiendo instrucciones de sir Pitt ponía orden en la vieja casa de los Crawley, encontró el brocado y los encajes en los antiguos armarios y se los llevó tranquilamente a la suya, tal vez creyendo que allí los dejaron para que en su día los luciera su gentil personita. La Briggs se los vio llevar, pero ni preguntó ni habló a nadie del asunto.

—Oye, Becky; ¿de dónde has sacado esos brillantes? —preguntó Rawdon, al ver los que con profusión brillaban en las orejas, garganta y pecho de su mujer.

Becky se sonrojó ligeramente. Sus ojos se posaron severos sobre los de su marido. Sir Pitt se sonrojó también y miró por la ventanilla. Lo cierto es que una parte de las joyas —un broche de diamantes— había sido regalada a Becky por sir Pitt, que olvidó de informar de ello a su mujer.

—Me haces una pregunta tan tonta como todas las tuyas. ¿De dónde supones que los he sacado? Debías haberlo adivinado: excepción hecha de este broche, que hace muchos años me regaló una amiga mía, todos los brillantes que ves son alquilados. Me los ha prestado el señor Polonius, joyero de la calle Coventry. No creo seas tan cándido que supongas que todos los brillantes que entran en los salones de la corte sean propiedad de quienes los ostentan como lo son los magníficos que lleva Jeannie, mucho más hermosos que los que yo llevo.

—Son joyas de familia —interrumpió sir Pitt con manifiesta zozobra.

Los brillantes que tanta admiración causaron a Rawdon no volvieron a la joyería del señor Polonius, ni éste reclamó jamás su devolución: pasaron a una gaveta secreta de una mesa vieja que Amelia regaló años antes a Becky, gaveta que contenía muchos objetos de cuya existencia en poder de su mujer no tenía el marido la menor noticia. Verdad es que existen no pocos maridos cuya misión es saber nada o muy poco de lo que a sus mujeres se refiere, de la misma manera que la misión de no pocas casadas parece ser la de hacer muchas cosas a espaldas de sus maridos. ¡Ah, señoras, señoras! ¿Cuántas de vosotras tenéis modistas subrepticias? ¿Cuántas poseéis vestidos o joyas que no osáis lucir con la conciencia tranquila, que os ponéis temblando? Temblando y… cegando con vuestras sonrisas al marido, si va a vuestro lado, y que no sabe distinguir el vestido nuevo del viejo, o el imperdible recién comprado del que usasteis el año anterior, ni sospecha que el encaje con que habéis adornado el vestido costó cuarenta libras esterlinas, y que madame Bobinot os acribilla con sus cartas todas las semanas pidiéndoos el pago.

Así vemos que Rawdon ignoraba la procedencia de los solitarios que brillaban en las orejas de Becky, y del precioso collar que adornaba su garganta; pero en cambio lord Steyne, que ocupaba su puesto en la corte en su calidad de gran dignatario de la misma y heroico defensor del trono de Inglaterra, contempló con atención especial a aquella linda mujercita, vio sus joyas, sabía de dónde habían salido, y quién las había pagado.

Una pluma tan débil y novicia como la nuestra no osará describir las circunstancias de la entrevista habida entre Becky y su gracioso y poderosísimo soberano. Sentimientos de respeto y de conveniencia nos obligan a cerrar los ojos en presencia del monarca, y la lealtad y la decencia vedan a la imaginación penetrar audaz en el salón de audiencia y nos obligan a retroceder rápida, silenciosa, humildemente, inclinándonos hasta el suelo, ante la augusta persona.

Lo que sí podemos decir es que, con posterioridad a la entrevista, en Londres no había persona tan leal a su soberano como Becky. Tenía sin cesar en sus labios el nombre de su rey, y a todas horas y en todas partes lo proclamaba el más encantador de los hombres. Se presentó en el estudio de Colnaghi y pidió el retrato más artístico que el arte había producido y que el crédito pudiese proporcionar. El retrato que compró representaba a nuestro gracioso monarca con manto real guarnecido de ricas pieles, calzón corto y medias de seda. Hizo que del retrato en cuestión obtuvieran una miniatura que llevaba siempre pendiente del cuello. Sus relaciones llegaron a esquivar su trato para no oír a todas horas elogios dirigidos al rey… ¿Quién sabe? Acaso aspiraba a ser en Inglaterra una Maintenon o una Pompadour.

Pero lo más gracioso de todo, lo más divertido, es que a partir del día de su presentación en la corte sus labios no se movían más que para hablar de honradez y virtud. Había frecuentado hasta entonces el trato de algunas amigas cuya reputación no era la mejor en la feria de las vanidades, mas tan pronto como recibió su patente de mujer de conducta intachable, rompió bruscamente con todas las de virtud equívoca.

—La mujer virtuosa tiene el deber de demostrar al mundo quién es —decía a Rawdon—. Con gentes de conducta sospechosa no debe alternar. Con toda mi alma compadezco a lady Crackenbury; puede ser que la señora Washington sea una persona muy agradable. Puedes ir a comer con ellos, pero yo no debo hacerlo y no lo haré.

Todos los periódicos dieron cuenta del vestido de Becky, de sus encajes, plumas y brillantes. Más de una señora se mordió los labios al leer el artículo y comentó con ira mal encubierta la actitud soberbia de la que con aquéllos se engalanaba. Martha de Crawley, que lo leyó en el Morning Post, dio rienda suelta a los generosos transportes de su honradísima indignación.

—Si tuvieras el pelo rubio, los ojos verdes, y fuese tu padre un pintamonas y tu

madre una bailarina francesa —decía a su hija mayor—, te sobrarían brillantes y hubieras sido presentada en la corte por tu prima Jeannie; pero tienes la desgracia de no ser más que una muchacha decente, ¡pobre hija mía! Por todo patrimonio, tienes sangre noble, buenos principios y sólida piedad. Yo, esposa del hermano menor del barón difunto, no he pisado jamás los salones del palacio real… como no los pisarían personas que recientemente los han contaminado con su presencia, si viviera la santa reina Carlota.

Gracias a estas expansiones pudo consolarse la dignísima Martha de Crawley.

Breves días después de la presentación, fue objeto la virtud de Becky de otro homenaje no menos halagador. El carruaje de lady Steyne hizo alto frente a la puerta de su casa, y el lacayo, en vez de derribar la fachada, como parecía ganoso de hacerlo a juzgar por el tremendo aldabonazo que descargó sobre aquélla, contuvo sus ímpetus y se limitó a entregar dos tarjetas, en las cuales se leían los nombres de la marquesa de Steyne y de la condesa de Gaunt. No habrían producido mayor satisfacción a Becky aquellos dos pedacitos de cartulina si hubiesen sido dos cuadros de los maestros más afamados, o un centenar de varas de encaje de Malinas de a libra esterlina la vara. Comprenderá el lector que las dos tarjetas pasaron a ocupar el lugar más visible en el recipiente de China donde Becky guardaba las de sus visitantes.

Dos horas más tarde llegó lord Steyne, quien, al dar un vistazo en derredor, como tenía por costumbre, se fijó en las tarjetas de las señoras y sonrió con cinismo. No tardó Becky en presentarse. Cuando nuestra buena amiga esperaba la visita del caballero, se vestía de antemano, estaba admirablemente peinada y recibía a su visitante sentada en postura ingenua y artística; pero, cuando era sorprendida, tenía que escapar a su tocador, consultar rápidamente con el espejo y presentarse en el salón lo antes posible.

Encontró al lord leyendo las tarjetas.

—¡Gracias mil! —exclamó—. Han estado las señoras… ¡Qué bueno eres!… No he salido antes porque estaba en la cocina preparando un pudding.

—Sé perfectamente donde estabas; te he visto.

—Tú lo ves todo.

—Casi todo, mi linda amiguita, pero confieso que no te he visto preparando el pudding. En cambio te he oído en el tocador, y no me cabe la menor duda de que te estabas dando un poquito de colorete. Bueno será que regales a lady Gaunt un poquito del que usas, porque tiene un color de cera que lo está pidiendo a gritos. No me niegues que estabas en el tocador, mentirosilla, que he oído cómo abrías y cerrabas la puerta.

—¿Es crimen procurar embellecerme un poquito cuando tú vienes?

—Hablando de otra cosa, diré que se me figura que pretendes subir muy alto. Has

conseguido penetrar en el gran mundo, pero no seas tonta; convéncete de que te será imposible mantenerte en la posición conquistada. Para ello necesitarías tener dinero y no lo tienes.

—Pero tú nos proporcionarás un destino lucrativo lo más pronto posible.

—Careces de dinero y tienes que competir con los que lo tienen de sobra… ¡Pobre pajarillo, te has propuesto volar sin alas!… ¡Todas las mujeres sois lo mismo! ¡Todas ambicionáis lo que nada vale! Ayer comí con el rey, y te aseguro que habría preferido comer hierbas, siempre que me las hubiesen servido a dos leguas de su real persona. Te empeñas en visitar mi palacio, no me dejarás descansar hasta conseguirlo. Pues bien: mi palacio es infinitamente menos agradable que esta casa, es el lugar más indicado para aburrirse. Mi mujer es tan alegre como lady Macbeth, y mis hijas tan joviales como Regan y Goneril. Ni a dormir me atrevo en lo que ellas llaman mi alcoba. Mi cama parece un baldaquino de Saint Pedro, y las pinturas que adornan el techo y las paredes me llenan de espanto. En un cuartucho tengo una camita de bronce con un colchón de pelo, cama de anacoreta: allí duermo; soy anacoreta. La semana próxima te invitarán a comer… *Gare aux femmes!* ¡Adelante, siempre adelante!

La Briggs, que estaba sentada en la habitación contigua, exhaló un suspiro profundísimo al oír hablar con tanta ligereza de su sexo.

—Mira, Becky —dijo el marqués, dirigiendo a la Briggs una mirada feroz—; si no alejas a ese abominable perro, el día menos pensado le enveneno.

—Precisamente le doy de comer en mi mismo plato —contestó Becky con sonrisa maliciosa.

Después de sulfurar al lord, que odiaba cordialmente a la Briggs, porque con frecuencia interrumpía sus *tête-à-tête* con la hermosa mujer del coronel, Becky tuvo lástima de su admirador y envió a la Briggs a pasear con el niño.

—Me es imposible despedirla —repuso Becky con acento de profunda tristeza.

Un momento después se llenaban sus ojos de lágrimas.

—Le debes el salario, ¿eh? —preguntó lord Steyne.

—¡Ojalá no fuese más que eso! —respondió Becky bajando los ojos—. La he arruinado.

—¿Arruinado? Razón de más para que la despidas.

—Los hombres así os conducís —observó Becky con amargura—, pero las mujeres no somos tan malas. El año pasado, cuando nos quedamos sin un cuarto, nos dio cuanto poseía. Nunca se separará de mí, es decir, me dejará el día que nuestra ruina sea completa, día que quizá no esté lejano, o el día que yo pueda pagarle lo que le debo.

—¿Es mucho? —interrogó el marqués.

Reflexionó Becky, calculó la cantidad que podía obtenerse de un hombre tan rico

como su adorador, y precisó la suma que debía a la Briggs, es decir, una suma que era casi el doble que la real.

Lord Steyne soltó un juramento. Becky dobló la cabeza y rompió a llorar.

—¡La necesidad carece de ley! —exclamó Becky—. Era mi único recurso… Tenía cerradas todas las puertas… No me atrevo a confesarlo a mi marido. ¡Oh! ¡Me mataría si supiese lo que he hecho! No lo sabe nadie en el mundo, nadie más que tú, que me has obligado a decírtelo… ¡No sé qué hacer! ¡Soy muy desgraciada!

No contestó lord Steyne. Se mordió las uñas, masculló unos cuantos juramentos, y al fin se encasquetó el sombrero y salió violentamente de la estancia. Becky continuó con la cabeza baja hasta que oyó el portazo que dio el marqués al salir. Levantóse entonces y rompió a reír. En sus ojos brillaba el contento de la victoria. Momentos después se sentó al piano y tocó una marcha.

Aquella noche recibió Becky dos sobres procedentes del palacio Gaunt: uno contenía una esquela de invitación para una comida que se daría el viernes siguiente, y otro un pedazo de papel gris, firmado por lord Steyne y dirigido a los señores Jones, Brown y Robinson, banqueros de la calle Lombard.

Rawdon oyó reír a Becky dos o tres veces aquella noche; según ella, su alegría la producía la invitación que del palacio Gaunt había recibido, pero otros eran los pensamientos que llenaban su mente. ¿Pagaría a la Briggs y la despediría? ¿Asombraría a Raggles liquidando la deuda que con él tenía pendiente? Estos proyectos consultó con la almohada, y al día siguiente, mientras Rawdon hacía su visita matinal al club, Becky, vestida modestamente, tomó un coche de alquiler y se hizo conducir a la City. Entró en la casa de los señores Jones, Brown y Robinson y presentó un documento al cajero, el cual le preguntó en qué forma quería el pago. Contestó Becky con mucha naturalidad que le diese ciento cincuenta libras esterlinas en billetes pequeños y el resto en un solo billete. Cobró, salió de la casa de banca, y al pasar por la calle de Saint Paul compró un hermoso vestido de seda, que regaló a la Briggs juntamente con un beso y muchas palabras dulces, fue luego al domicilio de los Raggles, preguntó con mucho cariño por los niños, entregó cincuenta libras esterlinas a cuenta, y finalmente visitó al alquilador de carruajes, a quien obsequió con otra suma igual.

—Espero que esto le servirá de lección, señor Spavin —dijo Becky—, y que, en la próxima recepción, no me pondrá en el caso desagradable de pedir a sir Pitt que me permita utilizar su carruaje porque no ha venido el mío.

Terminadas las diligencias mencionadas, Becky hizo una visita a la mesita que Amelia le regalara muchos años antes, y que contenía una porción de objetos de valor, junto a los cuales dejó el billete de Banco grande que el cajero de la razón social Jones. Brown y Robinson le había dado.

Capítulo XLIX

Una comida suntuosa

ACABABAN DE SENTARSE a la mesa para almorzar las señoras del palacio Gaunt. Lord Steyne, que no solía molestarlas ni verlas, como no fuese en los días de recepción, o cuando por casualidad se cruzaba con ellas en el hall, apareció en el comedor a la hora del almuerzo y defendió con tesón la causa de Becky.

—Deseo ver la lista de invitados a la comida del viernes —dijo—. Quisiera que, enviases una invitación al coronel Crawley y señora.

—Los billetes de invitación los escribe Blanca —contestó lady Steyne.

—Yo no escribo a semejante persona —terció Blanca, señora alta y severa, clavando sus ojos en los del viejo y bajándolos casi inmediatamente al suelo.

—¡Que se lleven a los niños! —gritó lord Steyne, tirando con rabia del cordón de la campanilla.

Asustados, los niños se retiraron. Su madre quiso salir con ellos, pero el viejo repuso:

—¡No…, tú no! ¡Quédate! Repito… Lady Steyne, ¿tiene usted la bondad de tomar la pluma y dirigir a la persona que antes mencioné la invitación para la comida del viernes?

—Si esa persona viene, yo no asistiré a la comida —protestó Blanca—. Me iré a mi casa.

—Y me proporcionará usted uno de los mayores placeres de mi vida si se va y no vuelve más. Vivirá usted allí en la agradable compañía de los escribanos y alguaciles que asedian a la familia Bareacres, y a mí me librará de sus condenadas actitudes de reina de tragedia y de la necesidad de prestar dinero a sus padres. ¿Quién manda en esta casa? Usted no tiene ni dinero ni cabeza. Vino aquí para tener hijos, y ni eso ha sabido tener. Mi hijo está de usted hasta la coronilla. Si se exceptúa la esposa de George, todos los individuos de mi familia desearíamos que estuviese usted enterrada… Si el diablo cargase de una vez con usted, mi hijo mayor podría volver a casarse.

—¡Por qué no habré muerto, Dios mío! —exclamó Blanca llorando.

—Usted, hipócrita, alardea de una virtud que seguramente no tiene; en cambio mi esposa, que es una santa, que jamás ha pecado, como es público y notorio, no tiene inconveniente en admitir a su mesa a mi joven amiga la señora de Crawley. Lady Steyne sabe que las apariencias condenan a las mujeres más honradas; que muchas veces se calumnia a las más inocentes… ¿Quiere usted, señora, que le cuente algunas

historietas a propósito de su mamá?

—Puede usted contarme lo que guste, o pegarme, si ése es su deseo —respondió la interpelada.

—Blanca querida, soy un caballero, y jamás puse mis manos sobre una dama, no siendo para acariciarla. No ha sido mi intención maltratarte, sino corregir algunos defectillos, hijos de tu carácter. Las mujeres pecáis por exceso de orgullo, carecéis de la hermosa virtud de la humildad, como diría el padre Mole a lady Steyne si, por dicha para ésta, se encontrase entre nosotros. Jamás adoptéis actitudes de altivez, queridas mías; vuestra obligación es conduciros con docilidad y mansedumbre. Lady Steyne sabe muy bien que la sencilla, virtuosa y amable Rebecca de Crawley, tan cruelmente calumniada, es inocente, completamente inocente, más inocente que ella misma. Su marido no es modelo de hombres correctos, pero sus incorrecciones son menos graves que las de Bareacres, que ha jugado mucho y no ha pagado nada, que te robó el legado que constituía tu única fortuna y te puso en mis manos pobre y sin dote. Confieso que Becky no es de muy buena cuna; pero tampoco lo fue el ilustre antepasado de Fanny, el primer De la Jones.

—El dinero que yo aporté a la familia… —exclamó lady George Gaunt.

—Fue el precio de ciertos posibles privilegios —dijo el marqués en tono sombrío —. Si muere Gaunt, tu marido le sucederá en sus honores, y tus hijos los heredarán, y acaso hereden algo más. Mientras llega ese día, no me opongo a que seáis tan orgullosas como deseéis, pero sí a que me molestéis con vuestros alardes de virtud. En cuanto a la conducta de la señora de Crawley, me creería rebajado si admitiese que una dama tan irreprochable e inmaculada como ella necesitase siquiera defensa. Me haréis el favor de recibirla y tratarla con perfecta cordialidad, como recibís y tratáis a todas las personas que yo presento en la casa. Nada pido que no sea natural. ¿Quién es el dueño de esta casa? Yo, y nadie más que yo. Mío es este templo de la virtud, y si un día tuviera el capricho de invitar a todos los pilletes de Newgate y a todas las gentes de mal vivir de Bedlam, ¡vive Dios que serían bien recibidos!

Después de una alocución tan vigorosa, modelo de las que lord Steyne dirigía a su Harem cuando observaba síntomas de insubordinación, las señoras no tuvieron más remedio que obedecer. Lady Gaunt escribió la invitación y, acompañada por su suegra, pasó por la casa de Becky y dejó las tarjetas que tanto júbilo produjeron a nuestra amiga.

Había familias en Londres que hubiesen dado las rentas de un año a cambio de recibir honor tan señalado de parte de aquellas egregias damas. La esposa de Frederick Bullock, por ejemplo, habría ido de rodillas desde la calle Mayfair hasta la Lombard a trueque de que la marquesa de Steyne le hubiese dicho: «La espero el viernes».

Lady Gaunt, modelo de severidad, esposa inmaculada, mujer de considerable

belleza, ocupaba en la feria de las vanidades un lugar encumbradísimo. La cortesanía exquisita con que el marqués de Steyne la trataba era el encanto de cuantos se relacionaban con la familia. Hasta los más dados a la murmuración confesaban que lord Steyne era un perfecto caballero que sabía honrar a las personas que lo merecían.

Las señoras del palacio Gaunt solicitaron el auxilio de lady Bareacres, con objeto de rechazar al enemigo común. Uno de los carruajes de la casa fue enviado a la calle Hill, en busca de dicha dama, cuyos coches y caballos estaban entre las uñas de los escribanos y alguaciles, de la misma manera que sus joyas y ropas habían pasado a poder de mercachifles judíos. Propiedad de los israelitas era también el castillo Bareacres, con todos sus cuadros de precio, todos sus muebles, con sus soberbios Van Dycks, sus preciosos Reynolds, los nobles retratos de Lawrence, las inmaculadas Ninfas de Canova —entre las cuales se deslizara la juventud de la señora Bareacres, hermosa, radiante, espléndida a la sazón, y ahora vieja, sin dientes, calva—, y el retrato de su marido, pintado también por Lawrence, luciendo su uniforme de coronel y blandiendo descomunal sable frente a los muros del castillo, joven, esbelto y arrogante cuando el retrato fue hecho, pero que ahora sólo era un viejo flaco y arrugado que por las mañanas se deslizaba furtivamente hasta un bodegón, y que por las noches cenaba solitario en el club. Con lord Steyne corrió muchas aventuras de placer en tiempos en que le aventajaba en resistencia, pero Steyne dio pruebas de mayor vitalidad; lejos de declinar creció en riquezas, al paso que su antiguo compañero rodó hasta lo más profundo del abismo de la ruina. Deudor de grandes sumas a lord Steyne, Bareacres rehuía la compañía de su camarada de otros tiempos, pero éste, cuando estaba de humor, solía decir a lady Gaunt:

—¿Cómo no viene a verte tu padre? Ni sé los meses que hace que no le he visto, aunque puedo saberlo muy pronto, pues mi talonario de cheques me dirá la fecha exacta de su última visita. Es una felicidad ser la caja de los suegros de uno de mis hijos.

Poco diremos de las demás personas que Becky tuvo el honor de encontrar en esta comida. A la mesa se sentaron el príncipe de Peterwaradin con la princesa, noble personaje de bien pobladas cabellera y barba, sobre cuya levita brillaba la placa de una Orden ilustre, y de cuyo cuello pendía el Toisón de Oro. Era dueño de innumerables rebaños.

—¡Mírale la cara! —susurró Becky al oído de lord Steyne—. Parece que desciende de una oveja.

En efecto: el rostro de Su Alteza, largo, solemne y blanco, encuadrado por las patillas que ocupaban todo su cuello, presentaba cierto parecido con el de un carnero venerable.

Asistieron también John Paul Jefferson Jones, agregado a la embajada norteamericana y corresponsal del New York Demagogue, el cual, en su deseo de

decir algo agradable, aprovechó una pausa durante la comida para preguntar si estaba contento en el Brasil su querido amigo George Gaunt, cuya amistad había cultivado en Nápoles. El agregado publicó en el New York Demagogue una crónica a propósito de la comida; mencionó los nombres y títulos de cuantas personas se sentaron a la mesa, hizo las biografías de las más notables, describió a las damas con hermosa elocuencia, el servicio de la mesa, las libreas de la servidumbre, enumeró los platos que se sirvieron, detalló las marcas de los vinos, y hasta hizo un cálculo del valor de las vajillas de plata. Según la crónica, semejante comida pudo costar de quince a dieciocho dólares por persona. No pudo menos de expresar la indignación que le produjo el hecho de que un aristócrata insignificante, el conde de Southdown, hubiese formado delante de él en la procesión que se encaminaba al comedor.

«En el preciso momento en que adelantaba yo un paso para ofrecer mi mano a una dama lindísima, la señora Rebecca de Crawley —decía la crónica—, el joven patricio se interpuso entre la dama en cuestión y mi persona, rechazándome sin dignarse dirigirme una disculpa. Contra mi voluntad hube de formar en la extrema retaguardia con el coronel, el marido de la dama, guerrero que se portó como un héroe en Waterloo, y tuvo más suerte que los que allí dejaron sus huesos.»

Más sonrojos hubo de sufrir Rawdon durante la comida que un adolescente de dieciséis años cuando se encuentra de improviso entre las compañeras de colegio de una hermana suya. Nunca fue Rawdon aficionado a la compañía de las damas. Con los hombres le gustaba alternar, fuese en el club, en el cuartel, o sentado frente al tapete verde, pero obligarle a tratar con señoras era imponerle un suplicio atroz. Y no es que no hubiese tenido amigas, no, las tuvo, pero veinte años atrás, y por añadidura, fueron amigas de costumbres poco austeras, amigas cuyo trato frecuentan millares de jóvenes de la feria de las vanidades, amigas que llenan los cafés cantantes, que inundan los paseos y las iglesias, pero cuya existencia fingen ignorar las personas que alardean de moralidad. En una palabra: aunque el coronel había cumplido sus cuarenta y cinco años, en su vida cruzó la palabra con media docena de damas. Excepción hecha de su cuñada lady Jane, todas las mujeres daban miedo al heroico soldado. No es, pues, de extrañar que, durante la comida a que nos referimos, las únicas palabras que pronunció fuesen que el día estaba caluroso en extremo.

Al ser anunciada Becky, lord Steyne salió a su encuentro, tomó su mano, la saludó con refinada cortesanía y la presentó a las señoras. Éstas le hicieron una reverencia de las más profundas y ceremoniosas, y la marquesa tendió su mano a la recién llegada, pero su mano estaba fría y glacial como el mármol de una tumba.

La tomó Becky con humildad, y después de hacer una reverencia digna del más consumado maestro de baile, se puso por así decir a los pies de la marquesa, diciendo que lord Steyne fue protector decidido de su difunto padre, y que le habían enseñado

a honrar y reverenciar a la familia Steyne desde que tenía uso de razón.

En efecto, lord Steyne había comprado dos cuadros insignificantes al malogrado Sharp, y la huérfana tenía un alma demasiado sensible a la gratitud para olvidar nunca ese beneficio.

Recordó entonces Becky a Blanca de Bareacres, a quien saludó humildemente. A su saludo correspondió la dama en cuestión con dignidad austera.

—Tuve el alto honor de conocer a usted en Bruselas, hace diez años —dijo Becky —. Mi buena suerte quiso que encontrase a lady Bareacres en el baile que dio la duquesa de Richemond la víspera de la batalla de Waterloo. Aún me parece verla, señora, en compañía de su hija sentada en su carruaje delante de la porte-cochére de la fonda, esperando caballos. Supongo que no perdió usted los brillantes que tan grave peligro corrieron en aquella ocasión.

Entre los concurrentes se cruzaron miradas de inteligencia. De los famosos brillantes no quedaba más que el recuerdo, aunque Becky nada sabía, al parecer. Rawdon Crawley se retiró con lord Southdown al hueco de una ventana, de donde poco después partían ruidosas carcajadas.

Becky se dijo mentalmente que había puesto a la señora de Bareacres en situación de no molestarla en lo sucesivo.

Cuando hizo su aparición el potentado del Danubio, la conversación se sostuvo en francés, circunstancia que aumentó prodigiosamente la mortificación de lady Bareacres y de sus hijas, quienes no pudieron menos de reconocer que Becky hablaba aquel idioma muchísimo mejor y con acento más puro que ellas. Había conocido y tratado Becky a muchos magnates húngaros que formaban parte del ejército que penetró en Francia en el año 1816, lo que le dio motivo para preguntar por ellos con muestras de vivo interés. Los que no la conocían, tomáronla por dama de la mayor distinción, y el príncipe y la princesa preguntaron a lord Steyne y a la marquesa, su mujer, quién era aquella *petite dame* que hablaba tan bien.

La procesión descrita por el diplomático americano se encaminó al fin hacia el salón comedor, donde debía servirse el banquete. El lector puede, si gusta, sentarse a la mesa, y mandarse servir los platos que más le agraden.

Después de la comida, cuando las señoras quedaron solas, fue cuando Becky presintió que se romperían las hostilidades contra ella. No la engañaron sus presentimientos. Dicen que nadie odia tanto a los irlandeses como los irlandeses mismos: pues de la misma manera, el tirano más feroz de la mujer es la misma mujer. Cuando la inocente Rebeca fue a sentarse junto a la chimenea donde habían tomado posiciones las damas más distinguidas, éstas se levantaron y la dejaron sola. Las siguió Becky al saloncito donde se habían refugiado, y volvieron aquéllas a levantarse para ocupar de nuevo asientos junto a la chimenea. Intentó hablar a uno de los niños de la casa, pero el niño fue llamado inmediatamente por su mamá. Tan

cruelmente fue tratada la pobre Becky, que al fin se movió a compasión la marquesa de Steyne, y fue a sentarse junto a la mísera convidada.

—Mi marido me ha dicho que toca usted y canta admirablemente —dijo la marquesa—. Si no temiera abusar de su amabilidad, le rogaría que nos cantase algo.

—No deseo sino ocasiones de complacer a lord Steyne y a usted, señora —contestó Becky, sentándose al piano.

Cantó algunas composiciones religiosas de Mozart, maestro favorito de la marquesa de Steyne, con tal dulzura, que las lágrimas asomaron a los ojos de sus oyentes. Cierto que mientras cantaba, las damas, reunidas en la habitación contigua, charlaron, rieron e hicieron todo el ruido posible, pero los oídos de la marquesa no recogieron aquellos rumores. Se veía otra vez niña, correteando por los paseos del Covent Garden; el órgano de la iglesia dejaba oír las mismas melodías, las mismas que la organista, la hermana más cariñosa de toda la comunidad, le enseñó a ella y a sus compañeras de colegio. De sus ensueños la vinieron a sacar el ruido de puertas y las carcajadas de lord Steyne, que entraba seguido de una porción de invitados.

El dueño de la casa adivinó en el acto lo que había sucedido durante su ausencia. Agradecido a la conducta de su esposa, acercóse a ella y la habló con dulzura inusitada; a continuación, se aproximó a Becky.

—Me dice mi mujer que ha cantado usted como un ángel —le dijo.

El resto de la velada fue un triunfo verdadero para Becky. Cantó como nunca, entusiasmando a los caballeros, que formaron apiñado grupo junto al piano. Las damas, sus enemigas, quedaron solas.

Capítulo L

Trata de un incidente vulgar

LA MUSA ANÓNIMA que preside el desarrollo de esta farsa habrá de descender ahora de las elevadas regiones a las cuales se había elevado para posarse sobre el humilde techo del domicilio de John Sedley y describir los sucesos que allí tienen lugar. También han penetrado en aquella humilde morada los cuidados, las desconfianzas, los desalientos. Gruñe en secreto la señora Clapp contra las tolerancias de su marido, a quien incita a que se rebele de una vez contra su antiguo jefe y actual arruinador de su casa y familia. Ya no visita la señora Sedley las regiones inferiores de la casa, ya no baja a la cocina y charla con la señora Clapp, ya no la protege, ni se da aires de dama, que no puede protegerse a quien se deben cuarenta libras esterlinas, sobre todo cuando la persona en cuestión ha contraído la desagradable costumbre de lanzar indirectas constantes a propósito de la deuda. En realidad, la esposa del antiguo empleado observa hoy la misma conducta que siempre observó; pero la señora Sedley cree que de día en día se hace más insolente y desagradecida, y, semejante al ladrón que cree ver en todo árbol un agente de policía, en cada palabra de la Clapp descubre la señora Sedley una alusión más o menos velada a sus deudas. La hija de Clapp, que es ya una joven muy talludita, es declarada por la madre de Amelia arrapiezo impudente e insoportable. No concibe la buena anciana que Amelia la quiera tanto, que guste tenerla en su cuarto a todas las horas del día, y quiera que la acompañe en sus paseos. La amargura de la pobreza ha emponzoñado el corazón antes cariñoso de la señora Sedley; no sólo no agradece la solicitud ejemplar con que Amelia la atiende, sino que critica el orgullo que ésta tiene cifrado en su hijo y el abandono en que considera deja a sus padres. Y es que a la retirada de la pensión que Joseph enviaba a sus padres ha seguido la retirada de la alegría, es que en aquella casa comenzaban a dejarse sentir la miseria y el hambre.

Amelia piensa, medita, se devana los sesos para encontrar el medio de aumentar la insignificante pitanza que no basta a saciar el hambre de la familia. ¿Dará lecciones? ¿Se dedicará al bordado, a la confección de ropa blanca? Su desilusión fue grande cuando averiguó que las mujeres trabajan mucho para ganar dos peniques por día. Se decidió, sin embargo. Compró dos tablillas Bristol y pintó en la una un pastor vestido con pelliza encarnada, contemplando con faz sonriente un paisaje convencional, y en la otra, una linda pastorcita atravesando un puentecillo y seguida de un perrito. El encargado de la tienda donde compró pinceles y colores, esperando predisponerle en favor de su trabajo, a duras penas logró disimular una sonrisa

burlona cuando vio la obra de arte que Amelia le presentaba. Miró a la pobre viuda que esperaba anhelante y sin decir palabra, envolvió las tablillas y las entregó a la artista, con estupefacción de la señora Clapp, que la acompañaba, y esperaba que el trabajo valdría por lo menos dos libras esterlinas. Visitaron otras tiendas: en vano. En cada tienda encontró Amelia una nueva decepción. En general, contestaban que no necesitaban pinturas, pero hubo comerciantes que rechazaron con brutalidad a la vendedora. Resultado: tres chelines y seis peniques tirados a la calle, y dos tablillas recluidas en la alcoba de la señora Clapp, quien continuó creyendo que eran verdaderas maravillas.

Tras maduras reflexiones, escribe una tarjeta haciendo saber al público que «una señora que dispone de algún tiempo se encargaría de la educación de algunas niñas, a las cuales podría enseñar inglés, francés, geografía, historia y música. Dirigirse a A. O., tienda del señor Brown». Confía el anuncio al dueño de la tienda donde compró los pinceles y colores, quien accede a colocarlo en el escaparate de su establecimiento. Amelia pasa varias veces al día por delante de la puerta, pero el comerciante no la llama. Entra, hace algunas compras: el señor Brown nada tiene que decirle. ¡Débil y sensible criatura! ¡No estás hecha para las luchas violentas de este mundo!

La tristeza, la ansiedad de Amelia crecen de día en día. Con frecuencia se la ve contemplando con mirada sombría a su hijo, incapaz de interpretar la expresión de las miradas de la madre. Despierta sobresaltada a medianoche, corre al cuartito de su George y asoma furtiva la cabeza para cerciorarse de si duerme tranquilo o si se lo han robado. ¡Cuántas plegarias envueltas entre suspiros dirige al cielo! ¡Con cuánto anhelo intenta desechar el pensamiento que la acosa, que la tortura, la obsesión que la persigue tenaz, diciéndole que debe resignarse a separarse de su hijo, que es ella la única barrera que se opone a la felicidad general! El sacrificio es superior a sus fuerzas… ¡No… no puede hacerlo… por entonces al menos! Lo hará, acaso, otro día. Si la perspectiva de llevarlo a cabo es tan penosa, ¿qué no sería la realidad?

Ocúrresele un pensamiento que llena de sonrojos su rostro pálido. Podría ceder a sus padres toda la pensión de viuda casándose con el pastor que la pretende; pero la imagen de George y un sentimiento de pudor se oponen a la consumación de tan enorme sacrificio. Se estremece, rechaza la idea como un sacrilegio; su alma pura y cándida retrocede como ante un crimen ante proyecto semejante.

El combate interior en cuya descripción hemos empleado breves frases conmovió durante semanas enteras el tierno corazón de Amelia. Fue un combate cruel que hubo de resistir sola, sin auxilio de nadie, porque no tenía confidentes de sus dolores, no podía tenerlos, ni admitió siquiera la posibilidad de ceder, aunque diariamente perdía terreno ante el enemigo contra quien batallaba. Arteras, penetraban en su alma las terribles verdades referentes a su situación, echaban en aquélla profundas raíces, y

allí quedaban. La pobreza y la miseria para todos, las privaciones, la degradación de sus padres, el porvenir del niño que ella comprometía con su egoísmo, eran otros tantos enemigos lanzados al asalto de la fortaleza donde la infeliz guardaba con energía el amor a la memoria del muerto y el tesoro de su hijo.

Al principio de sus luchas, escribió una carta ternísima a su hermano Joseph, implorando de él que no retirase la pensión que generoso concedió a sus ancianos padres y pintándole con vivos colores la situación desesperada de los mismos. La pobrecilla ignoraba que Joseph no dejó nunca de pagar la pensión; no podía sospechar que aquélla llegaba con regularidad, pero que en vez de cobrarla su padre, iba a parar a la caja de un usurero de la City; no podía soñar que su padre la hubiese vendido por una cantidad que perdió en tentativas de negocios tan descabellados como todos los suyos. Con dolor calculaba Amelia el tiempo que habría de transcurrir antes que su carta tuviese contestación. También escribió al comandante Dobbin, insinuándole sus pesares y contratiempos. No le había escrito desde que le felicitó por su próximo matrimonio, y creía que aquel amigo, el único que fue siempre fiel y abnegado con ella, lo había perdido también.

Un día, cuando el horizonte se presentaba más amenazador, cuando la situación era más desesperada, cuando los acreedores se mostraban más apremiantes, cuando la madre se entregaba a histéricos transportes de dolor, y el padre parecía más triste y sombrío que de ordinario, cuando la infelicidad que pesaba cual losa de plomo sobre toda la familia hacía que los individuos de la misma esquivasen encontrarse unos con otros, quiso la casualidad que se encontrasen solos Amelia y su padre. La hija, creyendo que consolaría al viejo, le dijo que había escrito a Joseph y que su contestación no tardaría más de tres o cuatro meses. Añadió que Joseph, aunque descuidado, era y había sido siempre generoso, y que no rechazaría su súplica cuando supiera la situación desesperada en que la familia se encontraba.

El desventurado anciano hubo de confesar a su hija la verdad, hubo de decirle que Joseph pagaba con puntualidad la pensión que él, con sus imprudencias, había vendido. Añadió que no había tenido valor para anunciar a su hija una desgracia tan horrenda. Al reparar en la consternación de Amelia, el mísero viejo dijo con voz temblorosa:

—¡Ah! ¡Viendo estoy que desprecias a tu pobre padre!… ¡Tienes razón, hija mía! … ¡Desprecíale, que sólo el desprecio universal merece!

—¡Nunca, papá, nunca! —exclamó Amelia, echándole los brazos al cuello y cubriéndole de besos—. ¡Tú eres bueno, dulce… siempre lo has sido! Con la mejor intención dispusiste del dinero… lo hiciste por nuestro bien. ¡Ah, no es la falta de dinero lo que más!… Es… ¡Dios mío, Dios mío!… ¡Dame fuerzas para sobrellevar esta prueba!

Llorando besó a su padre con frenesí, y salió de la habitación.

No comprendió el anciano el sentido de sus palabras incoherentes, ni el porqué de la explosión de dolor y de la brusca salida de su hija. ¿Cómo comprenderlo? Significaba que la mártir se daba por vencida, que aceptaba su desventura, que se doblegaba bajo el infortunio. Se separaría de su hijo, consentiría que el tesoro de su alma fuese a alegrar otra casa, donde aprendería a querer a otros y a olvidarla a ella. El objeto de su amor, su alegría, su orgullo, su ídolo, su esperanza, su vida, la abandonaría para siempre, y entonces ella no tendría más remedio que reunirse con George en el cielo, desde donde velaría por el niño hasta tanto éste fuese a encontrarles.

Fuera de sí, sin saber lo que hacía, se puso el sombrero y salió a encontrar a su George, que no tardaría en volver del colegio. Era un día de mayo y de media fiesta para los niños. Las hojas comenzaban a cubrir los árboles y el cielo estaba limpio y transparente. El niño, en cuanto la vio, acudió corriendo, con ojos chispeantes de alegría, los libros y cartapacios debajo del brazo. Los besos y abrazos que dio a su hijo debilitaron su resolución. ¿Cómo separarse de su vida? ¡Imposible!… ¡Imposible!

—¿Qué te pasa, mamaíta? —preguntó George—. Te encuentro muy pálida.

—¡Nada, cielo mío, nada! —respondió con acento desgarrador la madre.

Aquella noche, Amelia hizo que su hijo leyese la historia de Samuel. Leyó el niño que Ana, su madre, había llevado a Samuel al templo, entregándole al Sumo Sacerdote Helí; leyó el himno de acción de gracias que cantó la madre, ese himno hermosísimo que dice que el Señor es quien hace al pobre y al rico, quien humilla y exalta, quien levanta del polvo a los humildes y hunde a los ricos y poderosos. Amelia hizo hermosos comentarios sobre la conmovedora historia: hizo constar que Ana, aunque adoraba a su hijo, lo entregó al Señor porque así lo había prometido, que nunca le olvidó no obstante la separación, como nunca olvidó Samuel a su madre; que ésta fue muy feliz algunos años después, al ver cuan sano, prudente y santo era su hijo. Pronunció su sermón con voz dulce y ojos secos, pero cuando quiso hacer deducciones y hablar de lo que tan cruelmente la torturaba, desfalleció, quedó sin voz, rebosó en su alma la amargura y, tomando entre sus brazos al niño, le meció y vertió sobre su rostro lágrimas de agonía.

Sin embargo, como su resolución estaba tomada, la viuda comenzó a dar los pasos que debían conducirla al fin propuesto. Un día, Jeannie Osborne recibió carta de Amelia, carta que la obligó a correr desolada al despacho donde su padre estaba sumergido, como de ordinario, en un mar de tristeza.

Exponía Amelia con sencillez los motivos que la obligaban a alterar su resolución respecto a su hijo. Su pobre padre había sufrido nuevos reveses que causaron su ruina completa: su pensión de viuda era tan modesta, que a duras penas bastaba para sufragar mal las necesidades más apremiantes de los autores de sus días, y desde

luego era insuficiente para proporcionar a su George la educación a que tenía derecho. Separarse de su hijo sería para ella la más desgarradora de sus agonías, pero, con la ayuda de Dios, la soportaría. Sabía además que las personas a cuya solicitud iba a confiarlo se ocuparían en su felicidad. Describió el carácter del niño, tal como lo veían sus ojos de madre: un natural ardiente, siempre dispuesto a rebelarse contra la severidad o la contradicción, pero fácil de guiar apelando a la dulzura y a la bondad. Por último, en una posdata, manifestaba que quería que se comprometiesen por escrito a permitirle que visitara a su hijo cuando lo desease, condición precisa sin la cual no consumaría un sacrificio tan superior a sus fuerzas.

—¿Conque al fin cede doña Orgullo? —exclamó el viejo Osborne con voz que hacía temblar la ansiedad—. ¿Se mueren de hambre, eh? ¡Ah! Ya lo sabía yo… como sabía que a la larga habría de ceder.

Trató de mantener su entereza y de seguir leyendo su diario como de costumbre, pero en vano intentaba ocultar tras la hoja impresa la emoción que le dominaba. Al cabo de breves momentos, salió del despacho para volver muy pronto con una llave en la mano, que entregó a su hija.

—Haz que preparen la habitación junto a la mía… la que fue de él —dijo.

—Está muy bien, padre —contestó Jeannie Osborne.

Se refería el anciano a la habitación de George, que había permanecido cerrada durante diez años. Todavía continuaban los trajes, papeles, pañuelos, fustas y sombreros en el mismo sitio y estado en que George los dejó. Sobre la mesa había un Anuario del ejército del año 1814, un pequeño diccionario, la Biblia que su madre le regalara, un par de espuelas y un tintero cubierto de polvo. La emoción de Jeannie fue muy intensa cuando entró en la habitación seguida por los criados.

—Convendría que enviases algún dinero a esa mujer —dijo el señor de Osborne —. No quiero que carezca de nada… Envíale cien libras esterlinas.

—¿Me permites que vaya mañana a visitarla?

—Eso es cosa tuya, pero no olvides que no quiero que ponga los pies en esta casa. No quiero verla, pero ahora no debe carecer de nada.

Dictadas sus instrucciones, el viejo se fue, como de costumbre, a la City.

—Toma este dinero, papá —dijo Amelia aquella noche a su padre dándole un beso y poniendo en sus manos un billete de cien libras esterlinas—. Y tú, mamá… no trates con dureza a George, pues no va a estar mucho tiempo con nosotros.

No pudo decir más la infeliz. Dejémosla encerrada a solas con sus penas en su cuarto, donde se retiró.

Al día siguiente, Amelia recibió la visita de Jane Osborne. La entrevista fue amistosa. A las primeras palabras pronunciadas por la señorita Osborne comprendió la viuda que no debía temer que nunca llegase a ocupar el primer puesto en el cariño de su hijo. Era una mujer fría, pero comprensiva y de buenos sentimientos. Sin duda

hubiera agradado menos a la pobre madre que su rival hubiese sido hermosa, más joven, más afectuosa y apasionada. Jeannie Osborne recordó en el curso de la conversación tiempos y sucesos pasados y no pudo menos de conmoverse ante la lamentable situación de Amelia. Aquel mismo día quedaron arreglados los preliminares del tratado de capitulación.

A la mañana siguiente, George, a quien no mandaron al colegio, recibió la visita de su tía. Amelia les dejó solos para que la primera preparase la separación. Pasáronse unos cuantos días en visitas, parlamentos, preparativos: la viuda habló del asunto a George con extremada cautela, temiendo que la noticia le afectase demasiado. Pero el niño más bien quedó complacido que afectado. Su pobre madre sintió en medio del corazón el dolor lacerante de la nueva puñalada. George contó a sus condiscípulos que se iba a vivir con su abuelo, no el que a veces le acompañaba al colegio, sino el padre de su padre, el abuelito rico, y que tendría carruaje y caballo de silla, y que dejaría aquel colegio para ser educado en otro más elegante, y que, cuando fuese rico, que lo sería muy pronto, se compraría muchas cajitas de lápices y muchos bombones y dulces. El hijo era imagen de su padre.

Un día hace alto delante de la puerta de la humilde morada de los padres de Amelia un carruaje lujoso, George lleva su traje nuevo, el traje que le ha hecho el sastre que vino días antes a tomarle medidas. Y llegado el momento de consumar el sacrificio, George se despide sonriente, Amelia con el corazón destrozado.

El hijo visita con frecuencia a la madre. Monta un caballito y le acompaña siempre un criado con satisfacción inmensa del viejo señor Sedley, quien, orgulloso, gusta de acompañarle por la calle. También se presenta de vez en cuando en el colegio donde aprendió las primeras letras, más que por el gusto de ver a sus antiguos condiscípulos, por el placer de que éstos envidien su riqueza y esplendor. Dos días le han bastado para adquirir actitudes imperiosas y aires de superioridad. Su madre le ve, pero le parece que ya no es su hijo. Ha nacido para mandar, piensa la cuitada, vino al mundo para perpetuar los hábitos de su padre.

Ha pasado algún tiempo. Hacia el anochecer de los días que el hijo no va a visitar a Amelia, ésta se dirige a Londres, llega a la plaza Russell, sin que lo largo del camino la arredre, y se sienta en un banco de piedra que hay frente al caserón del viejo Osborne. No verá a George, pero sí las ventanas del salón profusamente iluminadas y, hacia las nueve, distinguirá luz en los aposentos del piso superior, donde su hijo duerme. Lo sabe, él se lo ha dicho. Reza hasta que la luz se apaga, reza con humilde fervor, con el corazón más que con los labios, y se vuelve a su casa desolada, abatida y silenciosa. Llega rendida, mas no importa; el cansancio contribuirá tal vez a que duerma mejor, y, de todas suertes, soñará con su pequeño George.

Un domingo, mientras Amelia paseaba por las inmediaciones de la casa de los

Osborne, vio que salían George y su tía en dirección a la iglesia. Un niño se acercó a pedir limosna, y fue rechazado por el lacayo que llevaba los devocionarios, pero George se detuvo, le llamó y le dio una moneda. ¡Santo Dios, y qué alegría experimentó la madre! Corriendo se acercó al mendigo y unió su limosna a la de su hijo. Entró también en la iglesia y se arrodilló en un sitio desde el cual veía la cabeza y los hombros de George, sentado bajo la lápida que conmemoraba la heroica muerte de su padre. Un centenar de niños alzaron sus vocecitas entonando un himno al Padre de las misericordias. La pobre viuda permaneció largo rato sin ver a su George: se lo impedía el velo de lágrimas que vertían sus ojos.

Capítulo LI

Charada en acción que adivinará o no adivinará el lector

ADMITIDA BECKY en las veladas íntimas y en las fiestas y recepciones del palacio de los Steyne, quedaron reconocidos y afirmados sus derechos como dama de alta alcurnia y moralidad intachable. Las casas más grandes le abrieron de par en par las puertas de sus salones, puertas tan grandes y altas… que se cerrarían ante el amable lector y ante el autor de estas líneas, si pretendiesen franquearlas. Temblemos, hermanos míos, ante portones tan augustos; guárdanlos severos ayudas de cámara armados de resplandecientes tenedores de plata dispuestos a ensartar a quienes carezcan de derecho a la *entrée*. Asegura la voz pública que el honrado director de la farsa, que sentado en el vestíbulo, consulta y anota en un libro los nombres de los grandes que son admitidos a las recepciones, muere al cabo de algún tiempo. No puede resistir el brillo esplendoroso de la moda, tanta magnificencia le abrasa, como abrasó siglos antes el brillo fascinador de Júpiter a la imprudente Semela, frágil belleza que murió asfixiada al pretender respirar una atmósfera que no era la suya. Valdría la pena que las Belgravias y las Tiburnias tomasen a pechos la historia de aquella desdichada… y acaso también la de Becky. Pero ¡ah! Si preguntáis, señoras mías, al reverendo señor Turiferario, hombre leído y erudito, seguramente os contestará que la famosa Belgravia es sencillamente un bronce que suena, y la célebre Tiburnia un sonoro címbalo, es decir, vanidades, y las vanidades pasan y desaparecen. Día llegará, aunque, gracias a Dios, ha de tardar, en que los jardines de Hyde Park serán menos conocidos que las renombradas afueras de Babilonia, y la plaza Belgrave aparecerá tan desolada como las calles Baker o Tadmor, pongo por caso.

¿Sabéis, señoras mías, que el gran Pitt vivía en la calle Baker? ¿Qué no hubieran dado vuestras abuelas por ser invitadas a las recepciones de lady Hester, en la ahora arruinada mansión? En ella he tenido el alto honor de comer yo… moi qui vous parle. En sus inmensos salones he alternado con los fantasmas de muchos muertos que fueron en vida personajes poderosos. Hallándonos los hombres del día haciendo honor con toda sobriedad a las botellas, penetraron los espíritus de los que fueron, y tomaron asiento alrededor de la mesa. El famoso piloto que supo capear tantas tempestades vació no pocas copas de espirituoso Oporto; la sombra de Dundas no ha perdido la costumbre de golpear el suelo con sus tacones; Addington, fino y cortés como en vida, prodigaba reverencias y repetía sus visitas a la botella y bebía copa tras copa a la usanza de los espectros; fruncía Scott su bien poblado entrecejo, y

Wilberforce no separaba sus ojos del techo, y, como consecuencia, no se daba cuenta de que su mano llevaba a los labios la copa llena y la bajaba vacía. Aquel palacio suntuoso es hoy una casa de huéspedes; sí, la egregia lady Hester brilló en otro tiempo en la calle Baker, y hoy duerme en el desierto, en la soledad.

Vanidad de vanidades y todo es vanidad, pero ¿a quién no agrada ser dueño de una porción, cuanto mayor mejor, de esta vanidad? No he conocido a nadie que, teniendo hambre, rechace un pollo bien condimentado porque el pollo, como todo lo de este mundo, es transitorio y fugaz. Vanidad es el pollo, pero creo que todos cuantos lean estas líneas se han engullido muchos desde que nacieron. Yo deseo que mis lectores puedan comerse uno cada día, y que no bajen a la tumba sin haber consumido por lo menos quinientos mil. Sentémonos a la mesa, caballeros, y caigamos con apetito sobre esas vanidades. Rociémoslas con vino, otra vanidad, otra cosa transitoria, hartémonos de vanidades, y demos gracias a Dios, que nos permite regalarnos con ellas; y sobre todo, aprovechémonos de los placeres aristocráticos, como se aprovechó Becky, porque también esos placeres son fugaces y transitorios.

La admisión de Becky en el palacio de lord Steyne dio ocasión a su alteza el príncipe de Peterwaradin para saludar a Rawdon, a quien encontró al día siguiente en el casino, y para dirigir la palabra a Becky en Hyde Park. Pronto fue invitado el feliz matrimonio a las reuniones íntimas que Su Alteza daba en el palacio Levante, que ocupaba durante la ausencia de Inglaterra de su noble propietario. Becky cantó después de la comida. El marqués de Steyne, que también se encontraba allí, vio con placer paternal los triunfos de su protegida.

En el palacio Levante encontró Becky a uno de los más distinguidos caballeros y de los más hábiles ministros que Europa ha producido: al duque de la Jabotiére, embajador del Rey Cristianísimo y más tarde ministro del mismo monarca. Declaro con franqueza que me domina, que me exalta el orgullo, cuantas veces mi pluma tiene el honor de transcribir nombres augustos, o bien cuando pienso con envidia en la brillante sociedad donde se mueve Becky. Ésta fue en lo sucesivo huésped y visita constante de la embajada francesa, cuyas encantadoras fiestas no hubiesen parecido completas si se las hubiera privado de la presencia de la arrebatadora señora Rebecca de Crawley.

La señora de Crawley rindió de la manera más fulminante a los señores de Truffigny (de la distinguida familia de Périgord) y de Champignac, ambos *attachés* a la embajada, los cuales declararon, fieles a la costumbre de su nación, pues no hay francés que al salir de Inglaterra no se lleve media docena de corazones femeninos en el bolsillo y haya hecho veinte víctimas, que deja sumidas en la desesperación más amarga, ambos declararon, repito, que estaban *au mieux* con la seductora madame de Crawley.

Dudo mucho, sin embargo, que sus aseveraciones fuesen exactas. Champignac, aficionado al ecarte, se pasaba las veladas jugando *parties* con Rawdon, mientras Becky cantaba romanzas a lord Steyne en otra estancia, y en cuanto a Truffigny, público y notorio era que ni se atrevía a presentarse en el restaurante de Travellers, donde debía un dineral a los camareros, y que si no hubiese sido por la mesa de la embajada, algún día habrían encontrado al distinguido caballero muerto de hambre. Dudo, pues, que Becky se dignase mirar con predilección a ninguno de los dos *attachés*. Le enviaban cartitas galantes, le regalaban guantes y flores, se entrampaban por obsequiarla con palcos en la Ópera, y procuraban hacerse agradables de mil maneras. En una ocasión, Truffigny regaló un chal a la Briggs con objeto de ganarse su confianza, y a renglón seguido la encargó que pusiera una carta en manos de Becky. La Briggs cumplió tan bien el encargo, que entregó la misiva a la persona a quien iba dirigida en presencia de toda la reunión. La leyó primero Becky y seguidamente lord Steyne, quien enteró de su contenido a todo el mundo, es decir, a todo el mundo con exclusión de Rawdon, quien ninguna necesidad tenía de saber lo que pasaba en su casa.

Al cabo de muy poco tiempo, Becky recibía a lo mejor de la colonia extranjera y a parte de lo mejor de Londres. Al decir lo mejor, no me refiero a los más virtuosos ni a los menos virtuosos, ni a los más sabios ni a los más estúpidos, ni a los más ricos ni a los más ilustres, sino sencillamente a lo mejor, es decir, a las personas que no son discutidas, tales como la egregia lady Fitz-Willis, lady Slowbore, lady Grizzel Macbeth, y otras semejantes. Puede dormir tranquila la persona que merezca los favores de la condesa de Fitz-Willis, pues nadie ha de ocuparse de ella. Y no pretendemos decir con esto que la dama en cuestión sea mejor o peor que las demás, ni que reúna dotes excepcionales, toda vez que, por el contrario, es una dama ajada, con cincuenta y siete años de edad, fea, pobre y antipática; pero la voz pública la ha catalogado entre lo mejor, y dicho se está que llevan el sello de lo mejor las personas a quienes ella trata y distingue. Tuvo Becky la fortuna de agradarla, la distinguida dama la habló en público, la invitó a su casa, condescendencia que supo todo Londres aquella misma noche; y desde el día siguiente, callaron las lenguas que hasta entonces zahirieron a Becky, se puso de moda alabarla; los que aconsejaban a sus amigos que no saludasen a una mujer cuya conducta era por lo menos equívoca, solicitaron el honor de ser admitidos en sus reuniones, en una palabra: la señora de Crawley era de lo mejor. ¡No envidiéis prematuramente a Becky, mis queridos lectores y hermanos! La gloria es fugaz, como todo lo de este mundo. Dicen que el viento de la desgracia penetra hasta en los círculos más íntimos, y azota las almas de los mimados de la fortuna tan despiadado como las de los infelices que vagan perdidos por la zona exterior. Escuchad a Becky, testigo de mayor excepción, y os dirá que ella, que penetró en el corazón de la moda, ella, que tuvo la suerte de mirar

al gran George IV cara a cara, se convenció de que en la feria de las vanidades todo es vanidad.

Nos proponemos ser breves en la descripción de esta fase de la vida de Becky. De la misma manera que me sería imposible describir los misterios de la francmasonería, aun que desde luego doy por sentado que son un conjunto de risibles estupideces, no me es dado a mí, profano en lo que al gran mundo se refiere, trazar de este gran mundo un cuadro que responda a la realidad. Prefiero no decir nada y reservar mis opiniones personales.

Con frecuencia ha hablado Becky, en años posteriores, de aquella época brillante de su existencia, en que vivió y se movió en los círculos más elevados de la buena sociedad de Londres. Su triunfo la excitó, la llenó de orgullo, pero concluyó por aburrirla. Al principio, sus ocupaciones más agradables consistían en inventar y procurarse (esto último le costaba no pocos quebraderos de cabeza, dada la estrechez de medios de su marido), procurarse, repetimos, los vestidos más lujosos y las joyas de más precio; asistir a los grandes banquetes, alternando con la sociedad más encopetada; figurar en todas las reuniones, frecuentadas por las mismas personas con las cuales había alternado en las comidas, con las que había estado la noche anterior y volvería a encontrar al día siguiente; es decir, con jóvenes vestidos con elegancia irreprochable, con caballeros entrados en años, finos, de noble aspecto, ricos, con señoritas rubias, tímidas, y con mamas presuntuosas, lindas o no, pero solemnes y cubiertas de brillantes. Todas ellas hablaban inglés, pero alternando en la conversación palabras francesas, como en las novelas; todas comentaban lo que pasaba en las casas de sus prójimos, exactamente lo mismo que la señora de Jones comenta lo que ocurre en casa de la señora de Smith. Pero con el tiempo llegó a aburrirse la pobre Becky… Sus amigos antiguos la aborrecían y envidiaban…

—Quisiera renunciar a esta vida —decía—. Preferiría haberme casado con un pastor evangélico y dirigir la escuela gratuita del domingo, o ser mujer de un sargento y viajar con la impedimenta del regimiento, o vestir calzón corto y bailar sobre un tablado en una feria.

—Seguro estoy de que lo harías a maravilla —contestaba lord Steyne.

—Rawdon haría un *écuyer* soberbio —continuaba Becky, que solía contar a lord Steyne todos sus *ennuis*—, *écuyer* o maestro de ceremonias, como decís los ingleses; me refiero al hombre que da vueltas a la pista, vestido de uniforme y con botas de montar, haciendo restallar el látigo. Su tipo es de *écuyer*… alto, grueso y aspecto militar… Recuerdo —prosiguió Becky como pensativa— que siendo niña, mi padre me llevó a ver un circo al aire libre en la feria de Brook-green, y que cuando regresamos a nuestra casa bailé en el estudio con aplauso de todos sus discípulos.

—Me habría gustado verte —dijo lord Steyne.

—Y a mí me agradaría hacerlo ahora. ¡Cómo abrirían los ojos lady Blinkey y lady

Grizzel Macbeth! ¡Silencio… que va a cantar Pasta! Ponía gran empeño Becky en tratar con finura exquisita a los artistas y en estrechar sus manos, sonriéndoles en presencia de todos los concurrentes. ¿Por ventura no era una artista ella también? Lo afirmaba la misma interesada, y tenía razón, lo afirmaba con franqueza adorable, con humildad que excitaba a unos, desarmaba a otros y divertía a no pocos, según fueran las disposiciones de ánimo respectivas.

—¡Qué fría es esa mujer! —exclamaba ésta.

—¿Cómo osa adoptar aires de independencia, cómo se atreve a darse importancia, la que debiera sentarse en un rincón y dar gracias a quien se dignase dirigirle la palabra? —comentaba la otra.

—¡Criatura simpática y prodigio de amabilidad! —exclamaba una tercera.

—¡Artificiosa y astuta como la zorra! —decían en otro grupo.

Es posible que todos tuvieran razón, pero no puede negarse que Becky conseguía sus propósitos, no puede negarse que poseía el secreto de fascinar a los artistas, los cuales jamás estaban acatarrados cuando se trataba de cantar en sus salones, y siempre disponían de tiempo para darle lecciones gratis. Porque Becky no sólo asistía a las reuniones que se daban en las moradas aristocráticas de la capital, sino que las daba también en su casita de la calle Curzon. Largas filas de coches, con sus faroles resplandecientes, se alineaban a lo largo de la calle y obstruían el paso, con desesperación de los vecinos del número 200, a quienes no dejaba dormir el estruendo producido por el rodar de los carruajes y los golpes del aldabón, y con amargura de los que ocupaban el número 202, a quienes desvelaba la envidia. No cabían en el zaguán de Becky los gigantescos lacayos que acompañaban a sus señores, circunstancia que les obligaba a buscar asilo en las tabernas próximas, donde iban a buscarles los pilludos de la calle, cuando sus señores les llamaban para retirarse. Los elegantes más conocidos de Londres se atropellaban mutuamente en la angosta escalera de la casa de Becky, riéndose de sí mismos por encontrarse allí, y no pocas damas de ton, inmaculadas y severas, concurrían al saloncito para oír a los artistas que cantaban a todo pulmón, cual si su intención fuese derribar las paredes de la casa. Al día siguiente, el Morning Post publicaba en su sección de Gran mundo, una gacetilla así concebida:

«Los señores de Crawley recibieron anoche a sus relaciones en su casa de Mayfair. Allí vimos a sus altezas los príncipes de Peterwaradin, a su excelencia Papoosh Pacha, embajador de Turquía, acompañado de su dragomán Kibob Bey, a los señores marqueses de Steyne, conde de Southdown, barones de Crawley, señor Wagg, etc., etc. Después de la comida, hubo recepción a la que asistieron la duquesa viuda de Stilton, el duque de la Gruyere, la marquesa de Cheshire, el marqués de Strachino, el conde de Brie, el barón de Schapzuger, el caballero Tosti, la condesa de Slingstone, lady F. Macadam, lady G. Macbeth y señoritas de Macbeth, el vizconde de

Paddington…» (añada el lector nombres bastantes para llenar doce líneas más de tipo microscópico).

La misma franqueza que distinguía a Becky cuando trataba con los humildes, informaba sus conversaciones con los grandes. En una ocasión, al salir de una velada dada en una morada de las más aristocráticas de Londres, Becky entabló conversación en francés con un tenor celebérrimo. Lady Grizzel Macbeth, que se preciaba de hablar a la perfección el idioma mencionado, aunque lo hablaba con acento edimburgués muy pronunciado, escuchó a la pareja y no pudo menos de exclamar:

—¡Qué bien habla usted el francés!

—No le extrañe a usted, señora —respondió Becky—. Fui profesora de francés en un colegio, y, además, mi madre era francesa.

La humildad de tono de Becky ablandó y ganó a lady Grizzel Macbeth. Condenó las tendencias niveladoras de la época, que admitían personas de las clases media y baja en la sociedad de sus superiores, pero reconoció que Becky, ya que no sangre ilustre, poseía exquisita educación y no daba al olvido el puesto que debía ocupar.

La marquesa de Steyne, después de la escena de la música, que describimos en su lugar, sucumbió ante el encanto irresistible de Becky y acaso se sintió inclinada en su favor. El elemento femenino menor del palacio Gaunt acabó por someterse, de grado o por fuerza. Una o dos veces intentaron formar partido contra Becky, pero fracasaron sus intentos. La brillante señora de Stunnington tuvo la osadía de romper lanzas con ella, y fue derrotada vergonzosamente. Cuando la intrépida Becky era atacada, adoptaba actitudes ingenuas, bajo las cuales era peligrosísima. Con humildad encantadora, con sencillez que conquistaba los corazones, decía las verdades más crudas a sus enemigas, aplastándolas por completo.

Objeto de las murmuraciones del mundo elegante, misterio que nadie lograba penetrar, era la caja de donde salía el dinero necesario para costear las fiestas que daban los Crawley. Afirmaban unos que el barón de Crawley había señalado a su hermano una renta considerable, en cuyo caso había que reconocer que el ascendiente de Becky sobre sir Pitt tenía que ser más considerable aun que la renta, puesto que consiguió modificar profundamente su carácter. Malas lenguas insinuaban que Becky tenía la costumbre de imponer contribuciones a todos los amigos de su marido, hoy presentándose a éste, llorando desolada, para hacerle saber que iban a embargarle la casa, y mañana postrándose ante aquél para declararle que ella y su marido tenían que escoger entre la cárcel y el suicidio, si no encontraban fondos con que pagar un vencimiento. Entre las numerosas víctimas de Becky, citaban al joven Feltham, hijo de la casa Tiler y Feltham, contratistas del ejército, a quien nuestra amiga había presentado en el gran mundo. También se susurraba que Becky encontraba simples que soltaban su dinero a cambio de la promesa de conseguirles puestos del gobierno.

¿Quién es capaz de repetir las historias que circularon a propósito de nuestra querida e inocente Becky? Lo que sí podemos asegurar es que si hubiera obtenido todo el dinero que se decía había conseguido mediante dádivas, préstamos y engaños, podría haber formado un capital suficiente para, con sus intereses, vivir vida honrada y… Pero no adelantemos los sucesos.

Pero lo cierto es que, a fuerza de economía y de prudente administración, es decir, mediante el parsimonioso dispendio del dinero en efectivo y pagando lo menos posible a los acreedores se consigue, por algún tiempo al menos, aparentar mucho con pocos medios. Ahora bien: casi nos atrevemos a asegurar que la mayor parte de las recepciones de Becky, que, dicho sea de paso, no eran numerosas en exceso, le costaban apenas el importe de las bujías que iluminaban las dependencias de la casa. Stillbroock y Crawley de la Reina la proveían de caza y frutas, las bodegas de lord Steyne estaban a su disposición, los cocineros de este gran señor se encargaban de la cocina y pedían los manjares más exquisitos por cuenta de su amo. Protesto con toda mi energía contra la conducta vergonzosa de los maldicientes que murmuraban de una criatura inocente y buena como Becky, y es mi deber prevenir a mis lectores en contra de los que propalaban historietas a su costa, falsas y calumniosas en su mayor parte. Si hubiéramos de expulsar de la sociedad a toda persona que contrae deudas y no puede pagarlas, si hubiéramos de escudriñar la vida privada de todo el mundo, calcular sus rentas y censurar a los que, no teniéndolas, viven y gastan como si las tuviesen, la feria de las vanidades quedaría convertida en intolerable desierto. Se malograrían todos los progresos, todas las ventajas de la civilización, porque no habría hombre que no alzase la mano contra su vecino. Reñiríamos unos con otros, nos insultaríamos, nos esquivaríamos. Nuestras casas serían cavernas, bajarían Ion fondos públicos, no se darían recepciones, quebrarían todos los comerciantes, se irían al diablo las tiendas de vinos, de bujías, de comestibles, de sedas y encajes, las joyerías, los coches de alquiler, en una palabra, todos los establecimientos donde encontramos lo que tan necesario es a la vida. En cambio, sin más molestia que tener un poquito de caridad, sin más trabajo que tolerarnos mutuamente, encontramos mil ocasiones de alegrar la existencia. Podemos censurar a un hombre cuanto nos venga en gana y decir que es el mayor criminal que ha escapado a la horca, pero ello no debe impedirnos estrechar su mano cuando le encontramos, y si tiene un buen cocinero ¿por qué no hemos de perdonarle y aceptar sus invitaciones? Además, conduciéndonos de esta suerte, tenemos derecho a que él nos perdone a nosotros, y conseguimos contribuir al florecimiento del comercio, al progreso de la civilización, al mantenimiento de la paz.

Hacia la época que estamos describiendo, aunque todavía ocupaba el trono el Gran George, y las damas llevaban gigots y peinetas descomunales, semejantes a caparazones de tortuga, en vez de los alfileres graciosos y de las elegantes horquillas

hoy en moda, los usos y costumbres de la alta sociedad no diferían gran cosa de los de nuestros días, y las diversiones que entonces privaban eran las mismas, o muy semejantes a las de hoy. Hacían furor por entonces en Inglaterra las llamadas charadas en acción, entretenimiento importado de Francia, que no tardó en arraigar entre nosotros, sin duda porque daba ocasión a las bellas de lucir sus encantos y a las dotadas de ingenio sutil de hacer exhibición del mismo. Cediendo a insinuaciones de Becky, quien probablemente se consideraba dotada de entrambas cualidades, lord Steyne decidió hacer un ensayo de este entretenimiento en su palacio. Antes de pasar adelante, suplicaremos al lector que nos permita presentarle en esta brillante reunión, y, dando por concedido su permiso, lo haremos con tristeza profunda, porque probablemente será la última a la que nuestra buena fortuna nos permita acompañarle.

Parte de la espléndida galería de retratos del palacio Gaunt había sido convertida en teatrillo donde debían ser representadas las charadas. De la dirección de la escena habían encargado al joven Bedwin Sands, hombre que había viajado mucho por Oriente. Por aquel tiempo, los que habían tenido la fortuna de recorrer los países de Oriente eran personajes altamente considerados, y, como es natural, gozaba de gran consideración nuestro venturoso Bedwin, quien, aparte de que había dormido muchas noches en el desierto bajo tienda de campaña, publicó un libro en cuarto que hacía historia de sus aventuras. Ilustró su libro con hermosos grabados en los que aparecía vestido con los distintos trajes orientales, y como le acompañó en sus viajes un criado negro, de aspecto truculento, Bedwin, su libro y su criado negro fueron considerados en el palacio Gaunt como adquisiciones preciosísimas.

Bedwin Sands representó la primera charada en acción. Sobre un diván aparece tendido indolentemente un genera turco, que ostenta en su cabeza un penacho de plumas. El alto dignatario del imperio de la Media Luna bosteza aburrido; da una palmada, y se presenta el nubio Mesrour, con los brazos desnudos, cargado de pistolones, sables, puñales, yataganes y toda clase de adornos orientales. Dobla su rodilla ante su señor.

Estremecimientos de terror y espasmos de placer experimentan los espectadores. Las damas se hablan al oído. Parece que el esclavo negro lo compró Bedwin Sands a un pacha egipcio por tres docenas de botellas de marrasquino, y se dice que ha arrojado al Nilo docenas de odaliscas previamente cosidas dentro de otros tantos sacos.

—Que entre el mercader —dice el turco, moviendo voluptuosamente la mano.

Mesrour introduce al mercader, quien trae consigo una esclava cubierta bajo un velo. Retiran el velo. Todo el mundo aplaude. La esclava velada es la hermosa señora de Winkworth, ataviada con deslumbrante vestido oriental cubierto de piastras de oro. El odioso mahometano dice que le agrada la esclava. Ésta cae de rodillas y suplica al turco que la permita volver a las montañas donde vio la luz primera y donde queda el

amante circasiano llorando la pérdida de su Zuleika, pero ni súplicas ni lágrimas ablandan al endurecido Hassan, quien contesta burlándose del tal amante. Cubre Zuleika su lindo rostro con las manos, y cae al suelo desesperada quedando en una bella y artística postura. Parece que no hay salvación para ella… cuando se presenta inopinadamente Kislar Agá.

Kislar Agá trae una carta del sultán. Hassan recibe el temido firman y lo coloca sobre su cabeza. Su rostro refleja terrores de muerte, al paso que el del negro (que es el mismo Mesrour vistiendo otro traje) se ilumina con la expresión de la más viva alegría.

—¡Piedad, piedad! —grita el pacha, mientras Kislar Agá le presenta, haciendo muecas horribles, un cordón de seda.

—¡Las dos sílabas primeras! —dice el pachá.

Cae el telón mientras Hassan se estrangula con el cordón, y Becky, que va a representar un papel en la charada, avanza hasta el escenario y felicita efusivamente a la señora Winkworth por el gusto admirable del traje que viste.

Se representa la segunda parte de la charada. Es también Una escena oriental. Hassan, luciendo otro traje, aparece junto a Zuleika, que se ha reconciliado con él. Kislar Agá vuelve a ser el esclavo negro perfectamente pacífico. La acción tiene lugar en el desierto, está amaneciendo, y los turcos vuelven sus rostros hacia Oriente y se postran sobre la arena. No se ven dromedarios, pero un coro canta que «los dromedarios no tardarán en llegar». Hay en escena una enorme cabeza egipcia, que entona un himno compuesto por el señor Wagg. Los viajeros desaparecen bailando, como Papageno y el rey morisco de La flauta mágica.

—¡Las dos sílabas últimas! —grita la cabeza egipcia.

Ahora comienza el último acto. La escena representa una tienda griega. Tendido sobre un lecho se ve un hombre alto y fornido: sobre su cabeza pende su casco y su escudo, de los que no tiene necesidad. Ha caído Ilium, Ifigenia ha sido degollada, y Casandra reducida a prisión. El rey de los hombres (papel representado por Rawdon, quien, como es natural, ni idea tiene del saqueo de Ilium ni de las desgracias de Ifigenia), el anaxandrón, duerme en su cámara en Argos. Un farol pendiente del techo derrama inciertos resplandores sobre la cara del guerrero. La música ejecuta un trozo de la obra Don Juan.

Entra Egisto caminando con sigilo. ¿Por qué brillan en sus ojos fulgores siniestros? Alza su brazo, en su mano brilla la acerada hoja de una daga; va a herir, y el durmiente da media vuelta y presenta su pecho desnudo. ¿Cómo herir alevosamente al dormido guerrero? Penetra Clitemnestra; horrible palidez cubre su rostro, sus ojos lanzan efluvios mortíferos, su sonrisa espanta.

—¡La señora de Crawley! —grita una voz.

Burlona y despectiva arranca la daga de la diestra de Egisto y avanza hacia el

diván. La hoja acerada brilla un instante sobre el dormido, la luz se apaga, se oye un gemido, y todo queda a obscuras.

La obscuridad de la escena asustó a los espectadores. Tan admirablemente representó Becky su papel, con tan dramático verismo, que todos quedaron mudos y sin respiración hasta que, de pronto, se encendieron todas las luces.

—¡Bravo! ¡Bravo! —tronó un coro de voces, de entre las cuales se destacaba perfectamente la estridente de lord Steyne.

Los artistas fueron llamados a escena y aclamados frenéticamente. Sobre todo Clitemnestra despertó el entusiasmo general, AGAMEMNON no quiso mostrarse con su túnica y quedó al fondo en compañía de Egisto. Sirviéronse algunos fiambres y desaparecieron los actores, a fin de prepararse para la representación del segundo cuadro-charada.

Las tres sílabas de esta charada debían ser aclaradas por medio de una pantomima que se desenvolvió en la forma siguiente:

Primera sílaba: Rawdon Crawley, cubierta la cabeza con un gran gorro y su cuerpo con un capote, y armado de un farol y un chuzo, atraviesa el escenario cantando la hora. A través de una ventana se ven dos hombres jugando al chaquete, sin que al parecer se diviertan gran cosa, pues bostezan sin cesar. Preséntase un individuo de trazas de criado de posada, quien quita los pantalones a los jugadores, y, a continuación, aparece una camarera, portadora de dos palmatorias y de un calentador de camas, la cual sube a la habitación del piso superior y calienta la cama. Con el calentador llama la atención de los jugadores. Desaparece la camarera: los jugadores se encasquetan los gorros de dormir y suben a la habitación. El criado cierra las ventanas y se apagan todas las luces. Un coro canta: *Dormez, dormez, chers Amours*. Una voz grita desde el interior:

—Primera sílaba.

Segunda sílaba: Se ilumina bruscamente la escena. La música ejecuta la antigua composición de John Paris, *Ah, quel plaisir d'être en voyage*! La escena es la misma del cuadro anterior. En la fachada de la casa, y entre el piso primero y la planta baja, aparecen pintadas las armas de la casa Steyne. Suenan varias campanillas. En la planta baja hay dos hombres, uno de los cuales presenta un papel muy largo al otro, que protesta, agita los puños y declara que aquello es un abuso. Otro hombre, sentado a la mesa, grita: «Muchacha, mi estofado». Aparece la camarera, a la que el huésped acaricia la barbilla. Se oye el galopar de varios caballos y restallan los látigos de los postillones. Todo el mundo se precipita a la puerta; pero en el momento en que va a hacer la entrada en la casa un viajero de distinción, cae el telón y una voz grita:

—Segunda sílaba.

Mientras se dispone todo para la pantomima de la tercera sílaba, la orquesta ejecuta una sinfonía marina, a la que siguen varias otras, tales como las conocidas

Cuando brama el huracán, En el golfo de Vizcaya, Mi hermoso buque. La naturaleza de la música anuncia que se va a representar un episodio marítimo. Se oye el repicar de una campana al tiempo que se descorre la cortina.

—¡Sálvese quien pueda! —grita una voz.

Los personajes se despiden, miran afanosos a las nubes y mueven con desesperación sus cabezas. Algunos se agarran a las jarcias: no hay duda, estamos en un buque.

El capitán de la embarcación, que es Rawdon, sale a escena armado de un catalejo y sosteniéndose el sombrero de picos para que no se lo lleve el viento. Ondean los faldones de su casaca. Cuando intenta servirse del catalejo, suelta el sombrero que huye raudo de su cabeza, con aplauso de los espectadores. El ventarrón es fuerte y el buque debe moverse mucho, a juzgar por el tambaleo de los que cruzan la escena. La música suena cada vez con mayor estruendo, como para expresar la violencia de la galerna. Y ya tenemos la tercera sílaba.

Habíase puesto en moda por entonces un baile llamado Ruiseñor, que había valido la celebridad a Montessu y a Noblet. El caballero Wag, insigne poeta, puso letra a la música, y el baile fue cantado y bailado a continuación de la pantomima.

Seguidamente apareció lord Southdown vestido de vieja.

—¡Filomela… Filomela! —grita la vieja.

Sale Filomela, que es recibida por el público con una tempestad de aplausos. La tal Filomela es Becky, que con su cabello empolvado y los lunares que se ha pintado en la cara, hace la marquesa más *ravissante* que pueda concebir imaginación humana.

Filomela entra radiante de alegría y tarareando una cancioncilla con la expresión de inocencia que caracteriza a las vírgenes del teatro.

—Niña: ¿por qué estás siempre riendo y cantando? —pregunta la vieja.

Filomela contesta con los siguientes versos:

COMO EL RUISEÑOR

De mi balcón las lindas rosas
que ahora embalsaman el ambiente,
mustias, sin hojas, lastimosas,
tristes… vivieron vanamente
hasta llegar la primavera
con el cortejo de sus diosas.
¡Oh, la estación, maga hechicera
de las caricias misteriosas!
Ahora las rosas tienen suaves,
ricos aromas y colores…
Es porque ya cantan las aves

y el sol prodiga sus calores.
Del ruiseñor las armonías
surgen también de la enramada;
estaba mudo en las umbrías
que hizo tan tristes la invernada.
Madre; sus cánticos parecen
sagradas arpas del amor,
porque las hojas reverdecen
y el sol ya tiene resplandor.
Todo es un brote de la vida;
tienen las hojas sus verdores,
el ave canta en la florida
selva cuajada de mil flores.
Rayos de sol han penetrado
hasta el altar del alma mía,
rayos de sol que han despertado
todo el caudal de mi alegría.
Canto, y se encienden mis mejillas
cual la corola de una flor.
¿Seré una de esas florecillas?
¿Acaso, acaso, un ruiseñor?

Entre estrofa y estrofa, el personaje que representaba la mamá, y cuyas bien pobladas patillas asomaban bajo el gorro que cubría su cabeza, no pudiendo contener los ímpetus de su cariño maternal, abrazaba a la que representaba el papel de hija. El auditorio premiaba con aplausos y explosiones de risa cada uno de los abrazos. Una lluvia de flores cayó sobre el RUISEÑOR de la fiesta. Becky, o sea el RUISEÑOR, recogía las flores y las besaba con la gracia de la actriz más consumada. Lord Steyne gozaba como nunca. ¿Dónde estaba la hermosísima hurí de ojos negros que tan vivo placer causó en la primera escena? Más hermosa era que Becky, pero la brillantez de ésta la había eclipsado. Stephens, Caradori, Ronzi de Begnis, artistas inimitables, no eran mejores que Becky. Todo el mundo la felicitaba, todo el mundo se agrupaba junto a ella, todo el mundo quería ofrecerle sus homenajes. Becky, henchida de orgullo y de satisfacción, veía en el entusiasmo general fortuna, fama y renombre. Lord Steyne era su esclavo, la seguía a todas partes, le prodigaba atenciones y apenas dirigía la palabra a ninguna otra persona.

Su mayor triunfo, su apoteosis, por decirlo así, le fue reservado para la hora de cenar. Se le señaló un puesto en la mesa de honor; le sirvieron en vajilla de oro, y, si hubiese querido, se habrían apresurado a darle a beber champaña con perlas disueltas para que no fuese menos que Cleopatra. Por una mirada de sus ojos enloquecedores

habría dado el príncipe de Peterwaradin la mitad de sus brillantes. Jabotière hizo referencia a Becky en una comunicación a su gobierno. Las damas que habían sido colocadas en las otras mesas, y que comieron con vajilla de plata, consideraron sin embargo que lord Steyne perseguía a la señora de Crawley con absurdas atenciones, sin reparar en que infería un insulto a las señoras de alta alcurnia. Si los sarcasmos pudiesen asesinar, la señora de Stunnington habría asesinado a Becky en aquel punto y hora.

Un triunfo tan ruidoso asustó a Rawdon, quien temió que le enajenase el cariño de su mujer.

Llegado el momento de disolverse la reunión, todos los jóvenes acompañaron a Becky hasta su carruaje, que partió en medio de una tempestad de bravos. No acompañó a su mujer Rawdon, quien quedó con el caballero Wenham, que le había propuesto volver dando un paseo y fumando un cigarro.

Echaron a andar Rawdon y Wenham. Del grupo de personas reunidas frente al palacio se destacaron dos hombres, los cuales se pusieron en seguimiento de nuestros amigos. Llegaban éstos a la calle Gaunt cuando uno de los dos individuos apresuró el paso y, poniendo su diestra sobre el hombro de Rawdon, dijo:

—Dispénseme usted, caballero: necesito decir a usted dos palabras a solas.

El compañero del personaje que deseaba hablar con Rawdon se colocó delante de este último. Al mismo tiempo se acercó un coche de alquiler.

Rawdon se dio cuenta de la desgracia que sobre su cabeza se cernía; acababan de caer sobre él dos alguaciles. Poco resignado con su suerte, dio un paso atrás, y se dispuso a rechazar el que le pusiera la diestra sobre el hombro.

—Es inútil —dijo una voz a su espalda—. Somos tres.

—¡Ah! —exclamó Rawdon volviendo la cabeza—. ¿Es usted, Moss?

—En persona —respondió el nombrado.

—¿Cuánto debo?

—Una insignificancia: ciento treinta y seis libras, seis chelines, ocho peniques… y las costas.

—¡Por Dios santo, Wenham, présteme cien libras! —suplicó Rawdon—. En mi casa tengo sólo sesenta.

—No recuerdo haberlas visto nunca juntas —contestó el pobre Wenham—. Buenas noches, querido, y buena suerte.

Wenham continuó su paseo, y Rawdon apuró su cigarro dentro del coche de alquiler que le conducía al Temple.

Capítulo LII

Donde se pone de relieve la amabilidad de lord Steyne

NO ERA LORD STEYNE hombre que hiciera las cosas a medias en sus momentos de generosidad, como sabían, mejor que nadie, los esposos Crawley, quienes habían recibido repetidas muestras de su largueza. El opulento aristócrata no excluyó de su protección a Rawdon hijo, tanto, que se dignó insinuar a sus padres que tenía edad suficiente para entrar en un colegio, en el que el roce con otros muchachos, el conocimiento de los rudimentos del latín y la práctica de ejercicios pugilísticos, habían indudablemente de serle favorables. Objetó el padre que sus recursos pecuniarios no le permitían enviarle a una escuela de fama, y la madre que la Briggs era una maestra competentísima, pero estas objeciones desaparecieron ante la generosa perseverancia del marqués de Steyne. Nuestro prócer era uno de los administradores del famoso colegio llamado de los Frailes Blancos, convento de la orden de los Cistercienses en tiempos pasados, cuando el no menos célebre Smithfield, contiguo al convento, era el palenque donde se celebraban los torneos. En el convento en cuestión habían sido encerrados muchos herejes que días después ardían vivos en la hoguera. Enrique VIII, el Defensor de la Fe, se apoderó del monasterio y de sus posesiones, ahorcó y torturó a los monjes que se negaron a aceptar su reforma, y vendió el edificio y sus tierras a un negociante, quien fundó un hospital para ancianos y niños. Al abrigo del hospital nació y creció una escuela, que hoy subsiste.

Son administradores de aquella casa famosa algunos de los nobles más encopetados, prelados eminentes y dignatarios de Inglaterra, y como a los niños hospedados en aquélla se les da buena habitación, buena mesa y buena enseñanza, que luego completan en el seminario, son muchos los caballeritos que desde sus más tiernos años son destinados a la Iglesia, y muchos los padres o protectores de los tales caballeritos que les preparan prebendas y beneficios, para cuando hayan abrazado la profesión eclesiástica. Fue fundada para dar enseñanza gratuita a los hijos de padres pobres que lo merecieran; pero sus administradores, personas nobles y generosas, dieron campo más ancho a su benevolencia y prescindieron por completo de los deseos del fundador. Hacer una carrera sin gastar un céntimo, y tener desde niño asegurada una profesión lucrativa son ventajas tan dignas de ser tenidas en consideración, que ni las familias más ricas las desdeñaban; de aquí que parientes de grandes hombres, y hasta no pocos de éstos, enviasen a sus hijos a establecimiento.

Aunque Rawdon Crawley jamás estudió otros libros que el Anuario de las

carreras, ni conservaba de sus estudios en Eton otros recuerdos que los de las azotainas y palmetazos con que le obsequiaban sus profesores, sentía hacia los estudios clásicos ese respeto y reverenda que deben sentir todos los caballeros ingleses, y le regocijaba la idea de que su hijo haría acaso abundante provisión de ciencia y merecería algún día ocupar un puesto de honor entre los sabios. Era su hijo su principal solaz, su compañero único; mil lazos, de los cuales por nada del mundo hubiese hablado a su mujer, que siempre trató con despego e indiferencia al que era carne de su carne, le unían a su heredero, pero, esto no obstante, Rawdon se resignó a separarse de él, a hacer el sacrificio de sus afectos en aras de la felicidad, del bienestar de su hijo.

¡Ah! No midió la extensión del sacrificio hasta que llegó el instante de la separación. Desde que se fue el muchacho, sintióse invadido por una tristeza y un abatimiento que en vano habría intentado disimular, y de los cuales no participó el niño, encantado del cambio de existencia y de vivir entre amiguitos de sus años. Becky rió sin tasa las dos o tres veces que su marido intentó expresar el dolor que la ausencia de su hijo le producía. Lamentaba con amargura el cuitado padre que le hubiesen separado de su mejor amigo, del objeto de sus cariños. Más de una vez al día lanzaba miradas de tristeza al lecho abandonado del niño. Por la mañana, sobre todo, era cuando más sufría de la ausencia de su hijo, tanto, que le era imposible dar solo el paseo que con el pequeño daba antes por el parque. Lo único que mitigaba algún tanto su tristeza era hablar con las personas que querían bien a su Rawdon, de aquí que todas las mañanas fuese a visitar a su cuñada lady Jane, con quien se pasaba las horas muertas hablando de las cualidades buenas de su niño.

Hemos dicho en capítulos anteriores que la angelical lady Jane quería muy de veras al hijo de Becky, como le adoraba también la hijita de la primera, que vertió no pocas lágrimas cuando llegó el momento de la partida de su primo. Rawdon padre agradecía desde el fondo de su alma el amor que madre e hija tenían a su heredero. Lo poco de noble y de bueno que atesoraba su pecho salía al exterior mezclado con las explosiones de amor paternal a que se abandonaba en presencia de aquéllas y alentado por la simpatía que en ellas veía, y que había de refrenar delante de su mujer. Becky y lady Jane se veían contadas veces, y era natural: Becky se mofaba de las disposiciones cariñosas de lady Jane, y ésta, temperamento todo dulzura, todo afecto, no podía menos de sublevarse contra la sequedad de corazón de su cuñada.

Las mismas causas determinaron un alejamiento mayor entre el marido y la mujer, alejamiento que no preocupó poco ni mucho a Becky. Para ella, su marido era un humilde servidor, un esclavo: triste o alegre, a Becky le daba lo mismo; siempre le recibía con el desdén en los labios y el desprecio en el corazón. ¿Qué le importaba el marido? Su pensamiento único era asegurarse una posición brillante, multiplicar sus placeres, elevarse en la escala social. Probablemente lo conseguiría, pues su

temperamento era el más indicado para escalar los puestos más elevados.

Fue la Briggs la que arregló el pequeño baúl que el niño debía llevar al colegio. Marujita, la doncella, vertió algunas lágrimas cuando el niño salía de la casa, y cuenta que a la pobre se le debían una porción de meses de salario. Becky no quiso que su elegante carruaje llevase a su hijo al colegio. «¡Mi carruaje a un colegio! ¡Jamás! ¡Un coche de alquiler sobra!» No besó Becky al niño en el momento de la despedida; éste tampoco manifestó deseos de besar a su madre, pero en cambio besó a la Briggs, y procuró consolarla diciéndole que los domingos vendría a charlar un rato con ella. Mientras el coche de alquiler llevaba a Rawdon hijo al colegio, Becky, arrellanada en su lujoso carruaje, se hacía conducir al parque, en donde pronto fue rodeada por un grupo de jóvenes elegantes. El coronel dejó al pequeño en el establecimiento docente y volvió a su casa triste como nunca.

Aquel día Rawdon comió con la Briggs, a quien trató con dulzura especial, quizá agradecido a las pruebas de cariño que la buena mujer dispensó a su hijo, quizá arrepentido por haber ayudado a Becky a arrebatarle con engaños su modesto capital. Becky había vuelto del parque para vestirse y tornar a salir inmediatamente: estaba convidada a comer.

Durante la primera semana, el escolar Blackball se había constituido en acompañante y criado del pequeño Rawdon, había iniciado a éste en los misterios de la gramática latina y obsequiádole con tres o cuatro palizas, aunque no muy grandes.

Como *protegée* de lord Steyne, como sobrino de un miembro de la Cámara, y como hijo del coronel cuyo nombre figuraba en la mayor parte de las crónicas de salones del Morning Post, las autoridades del colegio se mostraron muy dispuestas a tratar al niño con benevolencia. El nuevo escolar disponía de dinero en abundancia, y lo gastaba en obsequiar a sus camaradas con tortas y golosinas. Los sábados iba a ver a su padre, proporcionándole la única alegría de la semana. Si podía disponer de su persona, el coronel llevaba al niño al teatro, y, en caso contrario, lo enviaba acompañado de un lacayo. Los domingos iban a misa lady Jane, Rawdon padre, Rawdon hijo, los hijos de la primera y la Briggs. El coronel escuchaba con la boca abierta las historias que su hijo le contaba sobre su vida en el colegio, sus estudios, sus batallas con los colegiales. En muy poco tiempo aprendió los nombres de todos los profesores del establecimiento y los de los discípulos tan de corrido como los sabía su hijo. Hasta fingía estar versado en la lengua latina cuando su hijo le daba cuenta de la lección última que había estudiado.

—Trabaja, hijo mío, aplícate —le decía con mucha gravedad—. Nada tan hermoso, nada tan útil como el conocimiento de los clásicos… ¡Nada!

De día en día era más vivo y visible el menosprecio que Becky profesaba a su marido.

—Haz lo que te dé la gana —le decía—; come donde quieras, vete a tomar

cerveza o ajenjo en el café o a cantar salmos con Jeannie, si lo prefieres, pero no intentes quemarme la sangre hablándome de ese muñeco, que harto haré cuidando de tus intereses, ya que tú no sabes hacerlo. ¡Quisiera saber qué sería de ti a estas fechas si te hubiese abandonado a tus propias fuerzas! Dime: ¿qué papel harías en sociedad si no te protegiera mi prestigio?

Era verdad: en los salones frecuentados por Becky, nadie hacía el menor caso del pobre Rawdon, y hasta acontecía no pocas veces que invitaban a la primera y no al segundo.

Eliminado el niño de la casa, lord Steyne, que tan vivamente se interesaba por el bienestar de aquella excelente familia, pensó que los gastos de la misma experimentarían una reducción ventajosa si se prescindía de los servicios de la Briggs, innecesarios, en medio de todo, toda vez que Becky atesoraba talento más que suficiente para administrar su casa. Hemos dicho ya que el noble caballero había dado a su linda *protegée* la cantidad necesaria para pagar a la Briggs, pero como ésta continuaba al lado de Becky, el buen lord sospechó que la deuda quedaba en pie, es decir, que Becky había tenido por conveniente dar al dinero aplicación distinta. Claro está que el caballero no iba a cometer la grosería de hablar de sus sospechas a Becky, ni menos discutir con ésta cuestiones de dinero, pero resolvió salir de dudas, averiguar indirectamente el estado del asunto, y, a tal efecto, hizo las investigaciones necesarias, en forma tan cautelosa como delicada.

En primer lugar, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para sonsacar a la Briggs. La operación nada tenía de difícil, bastaba alentar a aquella excelente mujer para provocar su verborrea y hacer que volcase en el seno de la confianza cuanto en el pecho tuviera guardado. Un día, mientras Becky estaba de paseo, lord Steyne llegó a la casa de la calle Curzon, pidió a la Briggs una taza de café, le contó que tenía excelentes noticias del colegialillo, y tan bien supo maniobrar, que al cabo de cinco minutos sabía que lo único que Becky había dado a la Briggs fue un vestido negro de seda, por cuyo regalo estaba agradecidísima la que lo recibió.

Sonreía el caballero escuchando la narración sencilla e ingenua de la Briggs, narración que no concordaba del todo con la circunstanciada que Becky le había hecho, ponderando la satisfacción que experimentó al recibir las mil ciento veinticinco libras esterlinas, importe de la deuda, hablando de los valores que con la mencionada suma adquirió, y del dolor que a ella le produjo separarse de tan bonita cantidad.

Aguzada su curiosidad, lord Steyne quiso obtener más detalles sobre el estado de los asuntos de la Briggs, y ésta le contó que la difunta señorita Matilde le había legado una cantidad respetable, de la que algo comieron primero sus parientes, y que el resto, excepción hecha de unas seiscientas libras esterlinas, que había prestado al coronel, consiguió que lo colocase sir Pitt en forma muy ventajosa para ella. Para

merecer favor tan preciado de sir Pitt, fue precisa toda la influencia de los señores de Crawley.

Apenas referida su historia, se arrepintió de su franqueza la Briggs y suplicó encarecidamente a lord Steyne que no hablase a Becky de las confesiones que inocentemente había hecho.

Lord Steyne contestó riendo que jamás divulgaría el secreto, y cuando se separó de la Briggs rió más todavía.

—Es un diablillo completo —repetía el caballero—. Difícilmente se encontraría actriz tan consumada. He tratado muchas mujeres desde que vine al mundo, pero nunca encontré otra tan ladina; en comparación de Becky, las más astutas son niños de pecho. Yo, que soy un marrajo, me convierto en idiota a su lado. Mintiendo no tiene rival; imposible igualarla. Tampoco Rawdon es tan estúpido como parece, que bien ha sabido engañar a la Briggs con esa cara de memo que Dios le ha dado. Parece que en el matrimonio hay perfecto acuerdo: la mujer saca dinero a una piedra, y el marido, haciéndose el idiota, ayuda a gastarlo.

Equivocábase lord Steyne en lo referente a la complicidad de Rawdon, pero fue el caso que la opinión formada influyó no poco en su conducta para con el coronel, a quien comenzó a tratar sin las apariencias de respeto con que hasta entonces le tratara. No cabía en la cabeza del aristócrata que Becky atesorase dinero para su uso personal, y aparte de esto, como durante su larga vida había conocido muchos maridos que se vendían descarada o solapadamente, supuso que Rawdon era uno de tantos y hasta calculó cuál era su precio.

En la primera ocasión en que lord Steyne se encontró a solas con Becky, se apresuró a felicitarla, en tono mordaz, por el sistema hábil y divertido que poseía para proporcionarse con creces el dinero que necesitaba. La sorpresa aturdió un poquito a Becky, mas su aturdimiento tuvo apenas la duración del relámpago. No solía mentir Becky sino cuando la necesidad le obligaba, pero, en estos casos, lo hacía con maravilloso aplomo. Al segundo de recibida la sorpresa, había hilvanado otra historia circunstancial muy plausible, que administró a su protector. Confesó que sus declaraciones anteriores fueron falsas, que le había engañado de la manera más indigna, pero ¿de quién era la culpa?

—¡Ay, amigo mío! —exclamó—. ¡No sabrás nunca todas las torturas, todos los sufrimientos que apuro en silencio! Me ves alegre, feliz, cuando a tu lado me encuentro… ¡Cuán lejos estás de sospechar lo que padezco cuando mi protector se encuentra lejos de mí! Mi marido, recurriendo a amenazas, sometiéndome a los tratos más bárbaros, me obligó a pedir esa cantidad que te saqué con engaños; mi marido, previendo las preguntas que podrías dirigirme con respecto a la inversión del dinero que te pedía, me trazó la respuesta que habría de darte. Él fue quien tomó todo el dinero, asegurándome que se encargaba de pagar a la Briggs. ¿Podía yo dudar de su

palabra? ¡Perdona a un hombre arruinado la mala acción que contigo ha cometido, y compadece a la más desventurada de las mujeres!

Lágrimas abundantes corrían por las mejillas de Becky mientras servía a su amigo la patética historia: la virtud perseguida no ha sabido revestirse jamás de un dolor tan seductor.

Durante el paseo en coche que nuestros dos personajes dieron por el Regent's Park, sostuvieron una conversación tan larga como animada, que no consideramos necesario referir aquí, pues basta con que hagamos constar las consecuencias que produjo, y que fueron las siguientes:

Becky, al regresar a su casa, corrió al encuentro de la Briggs y, con rostro radiante de alegría, le dijo que era portadora de excelentes nuevas para ella. Lord Steyne acababa de dar una prueba nueva de nobleza y generosidad de corazón. Puesto su pequeño Rawdon en el colegio, ya no le era necesario a ella tener a su lado una compañera y amiga cariñosa. El dolor oprimía su corazón sólo al pensar en que tendría que separarse de su querida amiga Briggs, pero la escasez de sus recursos la obligaba a hacer economías, la ponía en la dura necesidad de prescindir de sus servicios, aunque por otra parte se resignaba al sacrificio, y hasta lo hacía con gusto, toda vez que su querida Briggs, si salía de su humilde casa, era para entrar en otra inmensamente rica, en la casa de un caballero todo generosidad. La señora Pilkinton, ama de gobierno en el castillo de lord Gaunt, tenía demasiados años, estaba achacosa, reumática, débil: no podía continuar al frente de una mansión tan grande, y era preciso buscarle sucesora. La posición era espléndida. La familia sólo visitaba el castillo una vez cada dos años. El ama de gobierno era la señora en él. Casi todas las amas de gobierno habían casado con caballeros principales.

Imposible encontrar palabras con que reflejar la alegría, la gratitud de la Briggs. Pidió como favor especial que de tanto en tanto le permitiese ver al niño, favor que generosa otorgó Becky. Ésta contó lo sucedido a su marido, quien se alegró de verse libre de la Briggs, aunque comenzó a sospechar la existencia de ciertas nebulosidades en la conducta de su mujer. Habló de lo ocurrido con su amigo Southdown, y creyó que éste le dirigía una mirada extraña. Más tarde llevó la nueva de esta segunda prueba de generosidad de lord Steyne a su cuñada lady Jane, y también ésta le miró con expresión inequívoca de alarma. Su hermano Pitt le dijo:

—Tu mujer es demasiado lista y demasiado… alegre, para que consientas que vaya donde le acomode sin una persona que la acompañe. Debes ir con ella, Rawdon, a todas partes, y es preciso que tengas en tu casa quien le haga compañía.

Naturalmente que Becky necesitaba tener una persona de confianza que la guardase, pero habría que buscar esa persona, porque la Briggs no iba a despreciar la colocación brillantísima que le era ofrecida.

Una vez fuera de la casa la Briggs, sir Pitt visitó a su cuñada con objeto de tratar

de la situación creada por la ausencia de aquélla, y de otros asuntos de familia, delicados y de interés. En vano se defendió Becky ponderando cuan necesaria era la protección del generoso lord Steyne a su pobre marido, cuan cruel sería arrebatar a la Briggs la colocación obtenida. Palabras dulces, súplicas, sonrisas, lágrimas, zalamerías, no bastaron a ablandar a sir Pitt, quien llegó casi a reñir con su en otro tiempo admirada Becky. Se habló del honor de la familia, de la reputación siempre inmaculada de los Crawley; censuró sir Pitt con acentos de viva indignación la acogida fácil y cariñosa en extremo que Becky dispensaba a la turba de jóvenes franceses y a los galanteadores a la moda y se quejó de las visitas del mismo lord Steyne, cuyo coche parecía que tenía el puesto delante de su puerta; de lord Steyne, quien todos los días se pasaba horas y más horas de charla con ella. El gran mundo murmuraba de semejante asiduidad, y él, como jefe de la familia le suplicaba que fuese más prudente, que observase una conducta más reservada. Mil rumores altamente desagradables circulaban a su costa. Lord Steyne, con toda su posición, con todo su talento, pertenecía al número de los nombres cuyas atenciones comprometen siempre el buen nombre de una mujer, y de consiguiente, suplicaba, conjuraba, ordenaba, si preciso era, a su cuñada, que demostrase mayor moderación en sus relaciones con el noble lord.

Becky prometió todo lo que pidió sir Pitt, pero lord Steyne continuó visitándola con la frecuencia de antes, y como consecuencia, la cólera de sir Pitt aumentó. Es muy posible que lady Jane, lejos de enfadarse, se alegrase de la frialdad surgida entre su marido y su cuñada. Como lord Steyne no disminuyó el número de sus visitas, sir Pitt puso fin a las suyas. Lady Jane indicó a su marido la conveniencia de cortar toda relación con el lord y le aconsejó que declinase la invitación que la marquesa le había dirigido para la fiesta de las charadas en acción, consejo que habría seguido sir Pitt si no se hubiese tratado de una fiesta a la que debía asistir Su Alteza Real.

Aunque sir Pitt acudió al palacio de los marqueses de Steyne la noche en cuestión, se retiró muy temprano, con gran satisfacción de su mujer. Becky cruzó contadas palabras con su cuñado y no advirtió siquiera la presencia de la esposa de éste. Sir Pitt dijo que el proceder de su cuñada era indecoroso y condenó en duros términos la moda de las representaciones teatrales y de las fiestas de disfraces, que consideraba impropias de toda dama inglesa, y cuando se terminaron las charadas, reprendió con acritud a su hermano por haber tomado parte en aquéllas y consentido la exhibición de su mujer en tan indecorosas bufonadas.

Prometió Rawdon no volver a tomar parte en fiestas semejantes. Desde algunos días antes, consecuencia probablemente de las indirectas de su hermano mayor y de las insinuaciones de su cuñada, era un marido vigilante, un modelo de virtudes domésticas. Ya no asistía al club, ya no jugaba al billar, ya no salía de casa. Acompañaba a Becky en sus paseos, a pie o en coche, y la seguía a todos los salones.

A cualquier hora que lord Steyne se presentase en la casa, tenía la seguridad de encontrarse con el coronel. Becky no salía sola ni aceptaba las invitaciones que se le hacían sin comprender en ellas a su marido, porque éste oponía un veto absoluto, siendo de advertir que, en tales ocasiones, la voz y el continente del coronel eran de las que imponen obediencia. Seríamos injustos con Becky si no hiciéramos constar que la encantaba la constante galantería de su marido, para quien tenía siempre sonrisas llenas de dulzura, aun en las ocasiones en que aquél se comportaba como hombre gruñón y de carácter áspero. No parecía sino que había vuelto la luna de miel, desde muchos años antes eclipsada, pues Becky prodigaba a su marido todas las atenciones, todas las delicadezas, toda la jovialidad, toda la alegría de los días que siguieron a su matrimonio.

—¡Cuán contenta estoy! —decíale en el paseo—. ¡Me entusiasma tenerte a mi lado a todas horas! ¡Salgamos siempre juntitos, Rawdon querido! ¡Ah! ¡Si tuviéramos dinero, en el mundo no habría otra pareja tan feliz como nosotros!

Como después de las comidas Rawdon se dormía invariablemente en la poltrona donde tomaba asiento, no podía observar los cambios raros de expresión de la cara de su mujer, airada, sombría, terrible durante su sueño, y fresca y jovial, y sonriente desde que se despertaba. Los besos de Becky acallaban, disipaban las sospechas que en el corazón de Rawdon habían brotado. Pero ¿es que el coronel sospechó alguna vez de la lealtad de su mujer? ¡Oh, no! ¿Sospechar? ¡Jamás! Las dudas absurdas que le acosaron, los temores ciegos e infundados que mordieron en su alma, no fueron sino fantasmas de unos celos ridículos. Su mujer le adoraba, le adoró siempre. Brilló en los salones, cierto; pero ¿era suya la culpa? No: la culpa era de la naturaleza, que para brillar la había creado. ¿Por ventura había mujer tan seductora como ella hablando, cantando, o haciendo cualquier otra cosa?

—Un defecto, uno solo le encuentro —decía para sus adentros Rawdon—; que quiere poco a su hijo.

Tales eran las perplejidades que agitaban la mente de Rawdon cuando sobrevino el lamentable incidente narrado en el capítulo anterior, es decir, cuando el coronel fue preso por deudas, a la salida de la fiesta celebrada en el palacio de lord Steyne.

Capítulo LIII

Libertad y catástrofe

NUESTRO AMIGO Rawdon Crawley fue conducido a la casa de la calle Cursitor, cuyas puertas se abren espontáneamente a muchas personas que preferirían no franquearlas. Los primeros resplandores del alba teñían con su luz incierta los tejados de la Chancery Lañe cuando el rodar del coche despertó los ecos del edificio que da albergue a los que tuvieron la desgracia de contraer deudas y no pudieron o no quisieron pagarlas. Hizo los honores de la casa el señor Moss, quien con exquisita cortesanía preguntó a su huésped si deseaba tomar algo caliente.

No se encontraba nuestro coronel tan deprimido de ánimo como parece debiera estar quien sale de un palacio y se separa de una *placens uxor* para encontrarse entre rejas y en la ingrata compañía de un carcelero. Es posible que su ecuanimidad fuese debida a la costumbre, pues, hablando con franqueza, diremos que había sido pupilo del establecimiento algunas otras veces, aunque hemos creído innecesario mencionar en el curso de esta narración esas contrariedades triviales de la vida doméstica, muy lógicas y naturales, dicho sea de paso, tratándose de un caballero que vive con lujo y no tiene rentas.

De la primera visita que Rawdon hizo al establecimiento le libertó su tía Matilde: fue antes de casarse con Becky. Su buena esposa fue su ángel libertador en la segunda, gracias a una cantidad que le prestó lord Southdown, con la cual pagó parte de la deuda y consiguió un aplazamiento para el saldo. En las dos ocasiones fue Rawdon detenido y libertado con toda clase de consideraciones, y como resultado existía una cordialidad grande de relaciones entre el coronel y el señor Moss.

—Creo, señor coronel, que no ha de sufrir usted molestias —le dijo el señor Moss —. Le espera su antigua cama, por decirlo así. Tendrá una habitación aireada y alegre, la misma que ocupó hasta anteayer el capitán de dragones Tamish, que no fue rescatado sino al cabo de quince días por su mujer, que quiso así castigarlo por su conducta, pero a fe que el castigado resultó mi champaña, del que hicieron un consumo horrible el capitán Tamish, el capitán Ragg, el honorable Deuceace, y una partida de mosquitos, huéspedes de la casa, que no tienen rival como catadores de vinos. Tenemos arriba a un doctor, en el saloncito de café a cinco caballeros, todos los cuales se alegrarán mucho de poder alternar con una persona tan distinguida como usted.

—Yo llamaré si necesito algo —contestó Rawdon, encaminándose con tranquilo continente a su cuarto.

Soldado aguerrido, no le hacían gran mella los pequeños contratiempos. Un hombre de temperamento menos varonil, se habría apresurado a escribir a su mujer inmediatamente después de su detención, pero Rawdon prefirió aguardar.

«No quiero que el disgusto le robe esta noche algunas horas de descanso… —pensó—. Que duerma hoy tranquila, y mañana, cuando ella haya descansado, y yo también, le escribiré. Se trata en total de ciento setenta libras esterlinas, cantidad que podremos reunir a no dudar.»

Nuestro coronel se durmió sin dar importancia al incidente.

Despertó a eso de las diez de la mañana siguiente. Se lavó y afeitó, tomó el desayuno, que le sirvió la hija de Moss, muchacha de ojos vivos, la cual le preguntó sonriente si había pasado buena noche. Trájole a continuación el Morning Post, en cuyas columnas figuraban los nombres de todos los personajes que la noche anterior asistieron a la fiesta dada en el palacio de lord Steyne. Se hacían elogios entusiastas de la fiesta, y de una manera especial, de la que fue su reina: la encantadora Rebecca de Crawley.

Después de charlar un rato con la hija de Moss, la cual tomó asiento sobre el borde de la mesa, en postura encantadoramente natural que permitía apreciar el género de sus finas medias de seda, Rawdon pidió recado de escribir. Satisfecho su deseo, redactó la carta siguiente:

Mi querida Rebecca: Deseo que hayas dormido bien. No te asuste la circunstancia de que esta mañana haya interrumpido mi buena costumbre de servirte el café. Anoche me ocurrió un pequeño contratiempo: me secuestró Moss, y te escribo la presente desde el espléndido salón de la casa de la calle Cursitor, el salón mismo que visité hace dos años. Me ha servido el té la señorita Moss… quien ha engordado de una manera descomunal y lleva, como de costumbre, las medias caídas hasta los tobillos.

Se trata del asuntillo Nathanael… ciento cincuenta libras… ciento setenta incluidas las costas. Envíame mi maletín de viaje y algunas ropas, pues aquí me tienes en traje de etiqueta y con corbata blanca. En mi maletín de viaje tengo setenta libras; sácalas y vete a ofrecerlas a Nathanael. Ruégale que acepte una renovación y dile que le compraremos vino, y hasta jerez, pero no cuadros, que los vende demasiado caros.

Si no se prestase a la combinación que propongo, vende cuanto sea preciso, teniendo en cuenta que es de necesidad absoluta tener reunida la cantidad para esta noche. Mañana es domingo, la estancia aquí no es de lo más agradable, las camas no me parecen espejo de limpieza, y pudieran, además, nacer otras causas molestas para mi. Me consuela el que no haya sobrevenido mi tropiezo en un sábado de los que nuestro Rawdon sale del

colegio.

Te abraza y espera

R. C.

P. D. No tardes en venir.

La carta, cerrada y lacrada, fue confiada a uno de esos mensajeros que a todas horas rondan las inmediaciones del establecimiento dirigido por Moss. Rawdon bajó entonces al patio y fumó su cigarro con relativo buen humor, no obstante ver sobre su cabeza las verjas, que coronaban los muros de aquél, pues el buen Moss es tan hospitalario, que tiene su patio cerrado con rejas a manera de jaula, a fin de evitar que sus pupilos sientan tentaciones de evadir su hospitalidad.

Tres horas calculó Rawdon que tardaría Becky en presentarse frente a las puertas de la cárcel, tres horas a lo sumo duraría su cautiverio, pero, contra sus esperanzas, pasó el día entero sin que dieran señales de vida ni el portador de su carta ni Becky. A las cinco y media de la tarde, hora reglamentaria, sirvieron la comida a los pupilos que tenían dinero con que pagarla. Hacia la mitad de la comida, llamaron a la puerta. Salió un hijo de Moss, para entrar momentos después diciendo al coronel que acababa de llegar el portador de su carta con una maleta y una carta, que en el acto puso en sus manos. Rawdon abrió la misiva con mano temblorosa: era un billetito escrito en papel rosa perfumado y sellado con lacre verde.

Decía así:

Mi pobre y adorado maridito: No he podido pegar un ojo en toda la noche, por no saber qué había sido de mi querido monstruo. Me dormí esta mañana, gracias a una poción que me recetó el doctor Blench, a quien hubo necesidad de llamar porque me abrasaba la fiebre. Parece que dejó órdenes de que no me molestasen bajo ningún pretexto, lo que ha sido causa de que el portador de la carta de mi pobre maridito, tu mensajero, que tiene bien *mauvaise mine*, según mi doncella, y *sentait le geniévre*, ha tenido que esperar en el recibimiento hasta que yo he tocado la campanilla, es decir, una porción de horas. Puedes figurarte en qué estado me ha puesto la lectura de tu carta, casi ilegible.

Enferma como me encontraba, he enviado en el acto a buscar un coche, y, sin tomar el chocolate, que no puedo pasar si mi odioso monstruo no me lo sirve, me dirigí *ventre á terre* al domicilio de Nathanael. Me recibió, supliqué, insté, lloré, gemí, caí de rodillas a sus execrables pies… ¡No conseguí enternecer a aquel pedazo de mármol! Dijo que quería todo el dinero, y que, hasta tanto lo recibiese, mi pobre monstruo permanecería en la cárcel. Volví a mi casa con ánimo de llevar a empeñar todas mis joyas, aunque desde luego

sabía que no habían de darme por ellas las cien libras, pues ya sabes que las de más valor están de veraneo hace largo tiempo. En casa encontré a lord Steyne, con ese monstruo búlgaro de cara de carnero, los cuales deseaban felicitarme por mis éxitos de anoche. Llegaron luego Paddington, Champignac, su jefe… en una palabra, toda la turba de elegantes, que me sometieron al suplicio de escuchar sus enhorabuenas, a mí que anhelaba verme libre de ellos, porque en mi pensamiento no cabía otra imagen que la de mi pobre *prisionnier*.

Cuando se fueron los últimos, me postré a las plantas de lord Steyne; le dije que íbamos a perderlo todo, que tenía que empeñar lo poco que nos quedaba, y acabé mi patético discurso pidiéndole doscientas libras esterlinas. Se puso hecho una furia, me dijo que nada empeñase, y que vería si podía prestarme la cantidad necesaria para sacarnos del apuro. Se despidió de mi asegurándome que mañana por la mañana me traería el dinero, que se apresurará a llevar a su odioso monstruo, juntamente con un beso muy tierno,

BECKY

Escribo en cama: me duele horriblemente la cabeza y siento sobre el corazón un peso abrumador.

Leída la carta, su rostro se cubrió de tan encendido color y sus ojos miraron con tal ferocidad, que los que con él se habían sentado a la mesa no dudaron que la misiva encerraba muy malas noticias. Todas las sospechas que días antes intentó amordazar Rawdon le asaltaron en tropel y con rudo encarnizamiento. ¡Conque no había tenido abnegación bastante para vender todas su joyas para sacar a su marido de la cárcel! ¡Recibía las felicitaciones y parabienes de sus amigos mientras su esposo suplicaba encerrado entre rejas! No osaba dar cabida al terrible pensamiento que le asaltaba. Trastornado, perdido el juicio, salió como un insensato del comedor, fue a su cuarto, abrió su pupitre y escribió dos líneas, que encerró en sobre dirigido a sir Pitt o a su esposa lady Jane, llamó al recadero y le encargó que llevase la carta a su destino, tomando un coche, y ofreciéndole una guinea si estaba de regreso antes de una hora.

En la carta suplicaba a su hermano o a su cuñada que, por amor de Dios, en nombre de su hijo y de su honor, le sacasen de la triste situación en que había caído. Decía que estaba en la cárcel y que necesitaba cien libras para recobrar su libertad.

Enviada la carta, volvió al comedor y pidió más vino. Rió y habló con alegría ficticia; parecía loco. Bebía sin cesar y escuchaba con anhelo.

Al cabo de una hora hizo alto un coche frente a la puerta de la cárcel. Momentos después le anunciaban que una señora esperaba en la sala de visitas.

Corriendo salió Rawdon del comedor y bajó a la sala.

—Soy yo, Rawdon —dijo con voz temblorosa la señora que esperaba.

El coronel se abalanzó hacia ella, la estrechó entre sus brazos, pronunció algunas palabras ininteligibles, y rompió a llorar.

Lady Jane no se explicaba tanta emoción.

Fueron pagadas las letras, y lady Jane, radiante de alegría, hizo salir a Rawdon de la cárcel y le obligó a montar en el coche que había llevado para acelerar el momento de su libertad.

—Cuando trajeron tu carta, Pitt no estaba en casa —explicó lady Jane—. Había ido al Parlamento donde se da hoy una comida: por eso he venido yo, Rawdon.

Rawdon dio las gracias con fuego que conmovió y casi alarmó a su tímida cuñada.

—¡Ah! —repetía el coronel con su rudeza de expresión habitual—. ¡No puedes figurarte, querida Jeannie, lo cambiado que estoy desde que te conozco y trato, y desde que tengo un hijo!… Yo quisiera… Yo he formado el propósito de variar… ¡Sí! … ¡Necesito variar!… ¡Necesito… ser!…

No supo cómo terminar su frase, pero a bien que lady Jane interpretó su sentido. Aquella misma noche, lady Jane, sentada junto a la camita de su hijo, pidió humildemente a Dios que iluminase a aquel pobre pecador extraviado. Desde la casa de su hermano, Rawdon se dirigió con paso precipitado a su domicilio de la calle Curzon. A todo correr cruzó algunas calles y plazas de la feria de las vanidades, llegando casi sin aliento a la puerta de su morada. Eran las nueve de la noche. Alzó la cabeza, miró a las ventanas, y al verlas vivamente iluminadas, tembló como un azogado y hubo de apoyarse en la verja para no caer. Su mujer le había escrito que se encontraba enferma, que estaba en cama, y sin embargo, la iluminación del salón evidenciaba que había reunión.

Sacó Rawdon la llave de la puerta y se introdujo en su casa. Vestía el mismo traje que lució en la fiesta de la víspera y que llevaba cuando fue preso. Subió con paso sigiloso la escalera, apoyándose en el pasamanos. No encontró a nadie… los criados habían sido enviados a pasear… Dentro del salón resonaban carcajadas, Becky cantaba, y una voz ronca, la voz de lord Steyne, gritaba: ¡Bravo!… ¡Bravo!

Abrió Rawdon la puerta y penetró en el salón. Lo primero que vieron sus ojos fue una mesita preparada, con dos cubiertos. Lord Steyne estaba recostado sobre un sofá, y Becky aparecía sentada a su lado. Vestía la mujer culpable un traje encantador, en sus brazos desnudos, en sus dedos, brillaban ricas pulseras y sortijas, y en su pecho, los brillantes que lord Steyne le había regalado. El noble lord tenía las manos de Becky entre las suyas y se disponía a dar un beso a la dama, cuando ésta se incorporó asustada y dio un grito: acababa de ver la cara descompuesta y pálida de su marido. Inmediatamente intentó sonreír, pero su sonrisa resultó mueca horrenda. Lord Steyne se levantó airado, rechinando los dientes, lanzando miradas de furia.

También intentó reír, y dio un paso alargando la diestra al marido.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Ya de vuelta? ¿Qué tal, Crawley?

Tan sombría, tan amenazadora era la expresión de Rawdon, que Becky dobló la cabeza diciendo:

—¡Soy inocente, Rawdon!… ¡Soy inocente!… ¿Verdad que soy inocente? —terminó, poniendo en lord Steyne una mirada ansiosa.

Creyendo el noble lord que le habían hecho víctima de un lazo infame, se enfureció contra la mujer en tanto grado como lo estaba ya contra el marido.

—¡Inocente… tú!… —bramó—. ¡Tú… inocente!… ¡Es gracioso que hable de inocencia la que no lleva sobre su cuerpo nada que no me haya costado dinero! ¡Me cuestas miles y miles de libras, que ese sujeto te ha ayudado a gastar, miles de libras que son el precio por el que te ha vendido a mí!… ¡Inocente, ira de!… ¡Tan inocente eres tú como tu madre, la bailarina, y como el cornudo de tu marido!… No crea que me va a amedrentar como a otros, Crawley, ¡échese a un lado!

Lord Steyne tomó su sombrero y, con ojos llameantes y mirando a su enemigo con fiereza, avanzó en derechura hacia él, no dudando que se separaría para dejarle pasar.

Rawdon, por el contrario, cayendo sobre él, agarróle por el cuello y le sacudió y oprimió hasta que, medio asfixiado, el lord se abatió bajo la presión de su vigoroso brazo.

—¡Mientes como un perro, canalla! —rugió—. ¡Mientes como un villano y un cobarde!

Cada una de las frases copiadas fue acompañada de dos tremendos bofetones en pleno rostro, que derribaron al prócer sangrando por boca y narices. Tan rápida fue la agresión, que Becky no pudo interponerse.

—¡Ven acá! —prosiguió Rawdon, dirigiéndose a Becky—. ¡Tira al suelo todas esas joyas!

Becky se despojó de sus sortijas y pulseras, que dejó caer al suelo. Quedábale únicamente el broche de brillantes que lucía en su pecho, y Rawdon se lo arrancó de un tirón y lo arrojó sobre la cabeza de Steyne. La joya abrió un corte profundo en la frente del lord, corte que dejó una cicatriz que duró tanto como su vida.

—¡Sígueme! —volvió a decir Rawdon.

—¡Rawdon, por Dios… por nuestro hijo… no me mates!

El coronel soltó una carcajada.

—Quiero saber si miente ese perro, si es cierto que te ha dado dinero.

—¡Nunca, Rawdon… es decir!…

—Dame tus llaves —interrumpió Rawdon.

Becky le entregó todas sus llaves, a excepción de una sola, la de la mesita que Amelia le regalara años antes. Como la mesita estaba en un sitio poco visible,

esperaba Becky que su marido no se acordaría de ella. Rawdon abrió cajas, armarios y mesas, tiró por el suelo lo que contenían, y como al fin diera con la mesita en cuestión, obligó a su mujer a abrir sus cajones. Encontró el coronel en ésta papeles, cartas de amor, alhajas, una cartera con billetes de banco, casi todos ellos de fecha de diez años atrás, excepto uno de mil libras, el mismo que recibiera de lord Steyne, el cual era de fecha muy reciente.

—¿Te lo ha dado él? —preguntó Rawdon.

—Sí —respondió Becky.

—Se lo enviaré hoy mismo (habían pasado muchas horas desde que Rawdon llegó a su casa). Con los demás billetes, pagaré a la Briggs, que ha tratado con cariño a mi hijo, y algunas otras deudas. En cuanto al resto, me harás el favor de indicarme dónde habré de enviártelo. Me parece, Becky, que bien hubieras podido destinar cien libras de estos ahorros a sacarme de la cárcel; yo siempre compartí contigo cuanto tenía.

—¡Soy inocente! —exclamó Becky.

Rawdon la dejó sola sin hablar una palabra más.

¿Qué pensamientos agitaban el alma de Becky? Horas hacía que su irritado marido la había dejado sola; el sol penetraba a raudales en su habitación, y todavía continuaba aquélla, inmóvil, ensimismada, sentada en el borde de la cama. Todos los muebles estaban abiertos, todos los objetos que aquéllos contenían veíanse tirados por el suelo… ropas, vestidos, alhajas… montón de vanidades azotadas por el huracán, que también los huracanes alcanzan a las veces a aquéllas. Caía sobre sus hombros y espaldas su cabello despeinado, y su lujoso vestido presentaba un desgarrón en la parte de que Rawdon había arrancado de un tirón el broche de brillantes. Había oído los pasos de su marido bajando la escalera a poco de haberla dejado, y en sus sienes resonó el portazo que dio aquél al salir a la calle. ¿Rawdon pensaría suicidarse? Becky dio por cierto que no haría tal sin antes encontrar a lord Steyne. Pensó Becky en los últimos años de su vida, en los incidentes en que fue tan pródiga… ¡Ah! ¡Cuán triste le parecía su pasado, cuan culpable, cuan mísero! ¿Tomaría una dosis de láudano y pondría de una vez fin a sus esperanzas, a sus planes, a sus deudas, a sus triunfos? Su criada francesa la encontró, ya bien entrado el día, sentada en medio del montón de las vanidades naufragadas, con las manos crispadas y los ojos secos. La tal criada era una cómplice pagada por lord Steyne.

—*Mon Dieu, madame*! —exclamó—. ¿Qué ha ocurrido?

Esa misma pregunta hacemos nosotros: ¿qué había ocurrido? ¿Era Becky esposa criminal? ¿Inocente? Lo último afirmaba ella, pero las verdades que de aquellos hermosos labios salían eran muy sospechosas; de su corazón, completamente pervertido, difícilmente podía salir nada puro.

La doncella suplicó a su señora que se acostase, dejó caer los cortinajes, cerró las ventanas y bajó a la planta baja, donde encontró las joyas que Becky había dejado caer al suelo obedeciendo la orden imperiosa de su marido.

Capítulo LIV

Al día siguiente de la tormenta

LA MANSIÓN DE SIR PITT en la calle Gran Gaunt comenzaba a hacer los preparativos del día, cuando Rawdon, vestido con el mismo traje de etiqueta que no había abandonado desde dos días antes, pasó como una exhalación, atropellando casi a la mujer que barría la escalera, y penetró precipitadamente en el despacho de su hermano. Lady Jane, vestida de bata, había subido al piso superior donde, después de mandar que vistieran a sus hijos, escuchaba las oraciones matinales que aquéllos rezaban de rodillas. Todas las mañanas repetía lo mismo, antes del rezo general de la casa, al que asistían todos los moradores, que se hacía con solemnidad y era presidido por sir Pitt. Rawdon se sentó frente a la mesa de trabajo del barón, donde encontró libros, cuentas, una Biblia, periódicos y revistas, formados como en parada para ser revistados por el jefe de la casa.

Rawdon tomó un periódico y quiso leer hasta tanto llegase su hermano, pero ni cuenta se dio de lo que leía. Para él no tenían sentido los artículos dedicados a la política, ni las críticas teatrales, ni la noticia de la apuesta de cien libras esterlinas cruzada entre Barking Butcher y Tutbury Pet, ni siquiera las columnas consagradas a la fiesta celebrada en el palacio de los marqueses de Steyne. Otros pensamientos embargaban su mente.

Exacto como el reloj de mármol negro que había sobre la repisa de la chimenea, sir Pitt se presentó en el umbral de la puerta de su despacho a las nueve en punto, vestido, recién afeitado, peinado y perfumado, fresco como una rosa. Hizo un movimiento de sorpresa al distinguir a su pobre hermano con el traje en desorden, los ojos inyectados y el cabello caído sobre la cara. El primer pensamiento que se le ocurrió fue que Rawdon acababa de salir de una orgía y que se hallaba bajo los efectos del alcohol.

—¡Santo Dios, Rawdon! —exclamó con cierta acritud—. ¿Qué te trae tan temprano? En el estado en que te encuentras, ¿no te parece que debieras encerrarte en tu casa?

—¡En mi casa! —dijo Rawdon, soltando una carcajada salvaje—. No te alarmes, Pitt, que no estoy borracho. Cierra la puerta: tengo precisión de hablarte.

Cerró el barón la puerta, sentóse en el sillón preparado para el visitante eventual o confidencial que necesitase tratar asuntos con el jefe de la casa y se puso a limarse las uñas con ardor.

—Pitt —dijo el coronel después de una pausa—; todo ha terminado para mí:

estoy perdido.

—Te lo he predicho mil veces —respondió el barón con tono avinagrado—. Me es imposible hacer nada por ti; todo mi dinero lo tengo empleado. Hasta las cien libras que Jeannie te llevó anoche las espera mi abogado mañana por la mañana, así que su falta me pone en un verdadero apuro. No quiero decir con esto que te retiro mi apoyo, pero comprende que pretender pagar la totalidad de tus deudas sería tanto como pretender saldar la deuda nacional. Es una locura pensar en semejante cosa. Lo primero que debes hacer es llegar a un arreglo con tus acreedores: que moderen éstos sus exigencias, pues de otra suerte, la familia, por doloroso que sea, nada puede, nada debe hacer. No serás el primero: George Kitely, hijo de lord Ragland, fue preso por deudas la semana última; pues bien, su padre jura que no pagará un peni…

—Si no es dinero lo que vengo a pedirte —interrumpió Rawdon con voz ronca—. No se trata de mí, ni te importe lo que a mí pueda ocurrirme…

—¿De qué se trata, pues? —preguntó Pitt respirando con más libertad.

—De mi hijo —contestó Rawdon con voz conmovida—. Quiero que me prometas que le prestarás tu apoyo, que te harás cargo de él luego que yo muera. Tu santa mujer le ha tratado siempre con vivo cariño, y él la quiere más que a su… Sabes muy bien, Pitt, que yo debía heredar la fortuna de nuestra difunta tía, que no me criaron como segundón condenado al trabajo, sino como hombre rico; sabes que me habituaron desde niño a las extravagancias y a la ociosidad… ¡Ah! ¡Cuán distinto de lo que soy sería en la hora presente si me hubiesen criado de otra suerte! Prosigo: sabes cómo perdí la fortuna que debía heredar, y quién la disfruta en la actualidad.

—Después de los sacrificios que por ti he hecho, después del auxilio que te he prestado, paréceme que debieras abstenerte de dirigirme palabras de reconvención. Tú decidiste tu matrimonio, no yo.

—¡Todo acabó ya! —gimió Rawdon, exhalando un gemido que despertó las alarmas de su hermano.

—¡Santo Dios! ¿Ha muerto? —preguntó el barón, con acento de profunda conmiseración.

—¡Ojalá! —contestó Rawdon—. Si no hubiese sido por mi hijo, esta mañana me habría degollado después de matar al canalla miserable.

Inmediatamente sospechó sir Pitt la verdad y adivinó que era lord Steyne el mortal cuya vida ansiaba cortar Rawdon. El coronel hizo un relato breve de lo sucedido.

—Fue un plan urdido entre los dos miserables —dijo—. Me asaltaron los alguaciles cuando salí de su palacio; escribí a mi criminal mujer pidiéndole el dinero necesario y me contestó que se encontraba enferma en cama, y que vendría con el dinero al día siguiente. Fui a mi casa, y la encontré cargada de brillantes y a solas con ese villano.

Pintó a continuación, con frase entrecortada, su lucha personal con lord Steyne, y dijo que la escena ocurrida no admitía más que una solución, la que iba a adoptar luego que terminase la conferencia con su hermano.

—Enviaré los padrinos a ese bribón —repuso—, y si la suerte me es adversa, como mi hijo es huérfano de madre… Pitt… quisiera legártelo a ti y a Jeannie… Me iré consolado si me prometes que no le negarás tu apoyo.

Sir Pitt, profundamente afectado, estrechó la mano de su hermano con cordialidad rara vez vista en él. Rawdon se pasó el revés de la mano por los ojos.

—¡Gracias, hermano mío, gracias! —exclamó—. Sé que puedo confiar en tu palabra.

—Te lo juro por mi honor —dijo el barón—. Puedes estar tranquilo.

Sacó Rawdon del bolsillo la cartera que había encontrado en el cajón secreto de la mesa de su mujer, y de la cartera, el fajo de billetes que contenía.

—Hay aquí seiscientas libras esterlinas —dijo—. No suponías seguramente tú que tu hermano fuese tan rico. Quiero que devuelvas a la Briggs el dinero que nos prestó. Siempre ha sido para mí motivo de vergüenza retener el dinero de esa pobre mujer que tan cariñosa ha sido para mi hijo. Quedará una cantidad de la cual me reservaré unas cuantas libras, y enviaré el resto a Becky para que no muera de hambre.

Al hablar, sacó los billetes que deseaba entregar a su hermano. Temblaba su mano, y era tal su agitación, que dejó caer la cartera y salió de ésta el billete de mil libras esterlinas de que tenemos noticia.

Pitt se inclinó y recogió los billetes, admirado de que su hermano fuese dueño de tan crecida cantidad.

—¡Ése no! —gritó Rawdon—. Ese billete quiero enviárselo a su dueño juntamente con una bala.

Rawdon había resuelto envolver en el billete de mil libras la bala con que pensaba matar a lord Steyne.

Separáronse los hermanos después de este coloquio, no sin antes estrecharse efusivamente las manos. Lady Jane, que había tenido noticia de la llegada del coronel, esperaba a su marido en el comedor, contiguo al despacho, augurando alguna desgracia. Como la puerta del comedor estaba abierta, dio la casualidad que la salida de la dama del comedor coincidiera con la salida de los caballeros del despacho. Lady Jane alargó su diestra a Rawdon y dijo que se alegraba de que hubiese venido a almorzar con sus hermanos, aunque la palidez de aquél y la expresión sombría del rostro de su marido pregonaban bien a las claras que no era del almuerzo de lo que los hermanos acababan de hablar. Rawdon balbuceó algunas excusas y estrechó con fuerza aquella pequeña y tímida mano, marchándose sin pronunciar una palabra de explicación, aunque su cuñada pudo leer en su rostro las calamidades que habían

caído sobre él. Tampoco sir Pitt pensó en explicarse. Entraron en aquel punto los niños y le besaron como de ordinario, beso que contestó el padre con su frialdad habitual, pasando seguidamente a donde esperaban los criados para presidir la oración matinal.

Rawdon Crawley, mientras tanto, se dirigió presuroso al palacio Gaunt y descargó tan terrible golpe con la cabeza de Medusa que adorna la puerta del domicilio de los marqueses de Steyne, que hizo aparecer tonos purpurinos en el rostro del Sileno que desempeña las altas funciones de portero de la casa. Asustóse éste al fijarse en la expresión del rostro del coronel y en el desorden de su traje, y se colocó en el centro del paso como si temiese que el visitante llegaba dispuesto a abrírselo a viva fuerza, pero Rawdon se limitó a sacar una tarjeta de visita, que rogó que pusieran en manos de lord Steyne. En la tarjeta había escrito antes unas palabras para hacer saber al marqués que el coronel esperaría desde la una de la tarde en el casino Regent, calle Saint James, y no en su casa. El obeso portero contempló con mirada de asombro la marcha del coronel, quien, llegándose a la primera parada de coches, tomó uno, mandando que le condujeran al cuartel de Knightsbridge.

Durante el recorrido del trayecto, habría podido ver Rawdon a su antigua conocida Amelia, que iba desde el barrio Brompton a la plaza Russell, pero nuestro coronel luchaba con preocupaciones muy hondas para reparar en lo que en el mundo exterior pasaba. Llegó al cuartel, preguntó por su antiguo amigo el capitán Macmurdo, le contestaron que se encontraba en casa, y presuroso se dirigió a su pabellón.

El capitán Macmurdo, soldado veterano que se batió en Waterloo, adorado en su regimiento, y que hubiese hecho una gran carrera si hubiera tenido dinero, dormía en aquel momento la siesta del carnero. La noche anterior había asistido a la cena con que el honorable capitán George Cincbars había obsequiado en su casa de la plaza Brompton a sus camaradas del regimiento y a una porción de damas del cuerpo de baile, y como Macmurdo se había divertido como el que más, porque trataba con confianza a todo el mundo, sin distinción de jerarquía, edad ni sexo, y por otra parte estaba libre de servicio, había querido descansar de las fatigas nocturnas.

Bastó que Rawdon anunciase al capitán que necesitaba un amigo, para que comprendiese aquél qué clase de servicio venía a pedirle. A decir verdad, era experto en la materia, y había intervenido en docenas de lances de honor, dando en todos ellos pruebas patentes de pericia y de prudencia.

—¿Cuál es el motivo de la pendencia, hijo mío? —preguntó el capitán—. Supongo que no se tratará de una cuestión de juego, como la que motivó el lance en el que matamos al capitán Marker, ¿eh?

—El motivo es… es… mi mujer —contestó Rawdon poniéndose encarnado y bajando los ojos.

—¡Diablo… diablo! ¡Siempre dije que te pondría en ridículo!

En verdad, sobre los riesgos del honor del coronel Crawley hacía tiempo que se cruzaban apuestas en el regimiento, pues tal era la fama de ligereza de su mujer, pero Macmurdo al ver el brillo de los ojos de Rawdon consideró conveniente no extenderse más en sus apreciaciones.

—¿Es inevitable el lance? —prosiguió el capitán—. Quiero decir… ¿Se trata de sospechas o… de qué? ¿Cartas? ¿No es posible echar tierra al asunto? Mejor sería no promover escándalo en cuestiones de esta clase, de no ser realmente inevitable.

—El asunto es de los que sólo una solución tienen, y de los que exigen que sólo vuelva una de las dos personas que en ellos toman parte activa —contestó Rawdon—. Me parece que he dicho bastante para que comprendas, Macmurdo. Me quitaron de en medio, haciéndome prender por deudas, y, al salir de la cárcel, les encontré solos. Dije al miserable que era un embustero y un cobarde, le derribé en tierra y le pegué.

—¡Muy bien hecho! ¿Quién es él?

—Lord Steyne.

—¡Ah!… ¡El marqués! Dicen que él… digo… dicen que tú…

—¿Qué demonios estás diciendo? —bramó Rawdon—. ¿Has oído alguna vez que alguien dudaba de mi mujer y no me lo has dicho?

—El mundo es muy maldiciente, hijo mío. ¿Qué sacaba yo, ni qué sacabas tú con que yo te repitiese lo que decían cuatro lenguas largas?

—¡Qué desgraciado soy, Macmurdo! —exclamó Rawdon cubriéndose el rostro con las manos y dando rienda suelta a su emoción.

—¡Anímate, hijo mío… ten valor! —decía el capitán, intensamente conmovido —. Marqués o lacayo, colocaremos una bala en sus sesos, y asunto concluido… En cuanto a tu mujer… no hagas caso: todas las mujeres son iguales.

—¡No sabes, no puedes saber hasta qué punto adoraba yo a la mía! —balbuceó Rawdon—. ¡Dios de Dios! La seguía a todas partes como si fuese su lacayo, y lo hacía con gusto. Renuncié a todo por casarme con ella, por ella soy un pordiosero. No lo creerás, pero te juro que hasta he empeñado mi reloj para tener el placer de llevarle cualquier bagatela que supiera yo que le gustaba… Y ella, ella escondía el dinero, lo guardaba a espaldas mías, y me negó las cien libras que necesitaba para salir de la cárcel.

A continuación, con fiereza, con frases incoherentes, con agitación que jamás vio en él su consejero, refirió con detalles la historia de su desventura.

—Después de todo —observó el capitán—, pudiera ser que tu mujer fuese inocente. Cien veces ha estado a solas con lord Steyne.

—No niego la posibilidad, pero esto no me parece prenda de inocencia —replicó con acento triste Rawdon, mostrando al capitán el billete de mil libras esterlinas que encontró en la cartera de Becky. Este billete se lo dio él, Macmurdo; ella lo escondió,

y, teniendo a su disposición ese dinero, se negó a desprenderse de las cien libras necesarias para ponerme en libertad.

Mientras los dos amigos departían en la forma que estamos viendo, un criado del capitán, a quien se habían dado las órdenes oportunas, se dirigía a la calle Curzon con encargo de traer la maleta del coronel, con ropas de las que se encontraba en gran necesidad. Durante la ausencia del criado, entre Rawdon y el capitán redactaron una carta, que el segundo debía presentar a lord Steyne. Decía la carta que el capitán Macmurdo solicitaba una entrevista con lord Steyne, para tratar, en nombre del coronel Rawdon Crawley, cuya representación llevaba, las condiciones del encuentro que indudablemente desearía tener lord Steyne, encuentro que lo ocurrido en la casa del coronel hacía inevitable. El capitán Macmurdo rogaba a lord Steyne que delegase su representación en un amigo, con quien se pondría de acuerdo, y añadía que sus deseos eran solucionar cuanto antes el asunto. Terminaba la carta diciendo que tenía en su poder un billete de banco que suponía propiedad del marqués de Steyne, y que anhelaba entregarlo a su dueño.

Acababan de redactar la carta los dos amigos cuando regresó el criado, pero sin la maleta que había ido a buscar.

—No han querido entregármela —dijo—. La casa es un campo de Agramante; el propietario del edificio se ha posesionado de ella, y los criados están todos borrachos en el salón. Dicen… dicen que usted, mi coronel, ha escapado con la plata. Ha desaparecido uno de los criados, y Simpson, borracho como una cuba, jura y perjura que de allí no se saca nada hasta que le paguen los salarios atrasados.

—¡Cuánto me alegro de que mi hijo no esté en casa! —exclamó Rawdon—. ¿Le recuerdas, Macmurdo?

—Mucho.

—Mira, amigo mío: si me sobreviene una desgracia… si caigo, quisiera que fueses a verle y que le dijeras que le he querido mucho, y… en fin… ya sabes… Dale estos gemelos de oro… Es lo único que poseo.

El desdichado se cubrió la cara con las manos. Por sus tostadas mejillas rodaban gruesas lágrimas.

—Vete y que nos traigan el almuerzo —dijo Macmurdo a su criado con entonación alegre, aunque más de una vez se había pasado el pañuelo de seda por los ojos—. ¿Qué quieres comer, Rawdon? Unos riñones y un pollo no estarán mal, ¿eh? Tú, Clay, trae un traje mío para el coronel. Poco más o menos somos de la misma talla y cuerpo… un poquito más gordos que cuando entramos en el ejército, hijo mío.

Mientras Rawdon cambiaba de traje, Macmurdo se peinó, dio cosmético a sus bigotes y se puso su mejor traje y su mejor corbata. Era natural, toda vez que dentro de breves horas haría una visita a un lord. Sus compañeros de armas le felicitaron, y no faltó quien le preguntase si estaba de boda.

Capítulo LV

Prosigue el asunto del capítulo anterior

NO SALIÓ BECKY del estado de estupor y confusión en que la sumieran los sucesos de la noche anterior hasta que las campanas de la próxima iglesia principiaron a llamar a los fieles al templo, para hacer la oración de las primeras horas de la tarde. El ruido de las campanas hizo que nuestra amiga saltase del lecho y se acordara de tocar la suya, llamando a la doncella francesa.

En vano agitó Becky la campanilla repetidas veces y con ardor redoblado; en vano, viendo que nadie acudía, tiró de ella con vehemencia tal, que el cordón se le quedó en la mano; en vano salió medio desnuda al descansillo de la escalera y llamó a voz en grito a mademoiselle Fifine; la doncellita francesa nada oyó.

Verdad es que mademoiselle Fifine no podía oír las llamadas, sencillamente porque, muchas horas antes, se había despedido a la moda que solemos llamar francesa. Luego que hubo recogido las alhajas de su señora, subió a su habitación, arregló y ató su baúl, llamó un coche, bajó el baúl a la planta baja sin pedir ayuda a los demás criados, quienes probablemente no se la habrían dado, porque la aborrecían de todo corazón, y se fue de la casa sin decir a nadie adiós.

Parece que mademoiselle Fifine, creyendo que había terminado el espectáculo en aquel teatro doméstico, opinó que debía abandonar el establecimiento. Hízolo en coche de alquiler, como lo han hecho en circunstancias análogas muchas otras personas de su nación más encopetadas que ella, pero más previsora, o más afortunada que aquéllas, llevó consigo no ya sólo todo lo suyo, sino buena parte de lo de su señora (suponiendo que ésta fuese dueña de algo de lo que en la casa había), pues además de las alhajas a que antes nos hemos referido, cargó con los vestidos que más habían excitado su fantasía, amén de cuatro ricos candelabros Luis XIV, seis álbumes, una polvera de oro y esmalte que perteneció en otros tiempos a madame Du Barry, un tintero precioso, de oro, donde Becky mojaba la pluma cuando escribía sus encantadores billetitos sonrosados, y todo el servicio de plata preparado en el comedor para el *petit festin* interrumpido por la inoportuna llegada de Rawdon. Por su mucho volumen y peso excesivo dejó en la casa los utensilios de cocina, la loza y cristal, y el piano de palo santo.

Una señora que se parecía a mademoiselle Fifine abrió poco después un taller de modas lujosísimo en la Rue du Helder, de París, donde vivió respetada y admirada, gozando de la protección de lord Steyne. La señora en cuestión hablaba de Inglaterra como de la nación más pérfida y criminal del orbe, y decía a sus aprendizas y

oficialas que había sido *affreusemente volee* por los naturales de aquel país vitando. Es posible que a los infortunios sufridos en Inglaterra debiese madame de Saint-Amaranthe la protección de lord Steyne. Como no es probable que volvamos a encontrarla en nuestro barrio de la feria de las vanidades, nos despediremos de ella deseándole todas las bienandanzas y prosperidades que merece.

Como Becky oyera gran ruido y tumulto abajo, indignada ante la desvergüenza de los criados, que no acudían a sus repetidos llamamientos, se puso una bata y, con paso y ademanes de reina, enderezó su marcha al salón, de donde partía el estrépito.

Allí estaba el cocinero, con la cara ennegrecida por el polvo del carbón, repantigado en su lujoso sofá tapizado de rica seda, junto a la señora Raggles, a la cual servía un vaso de marrasquino. El *groom* que acostumbraba llevar a su destino los billetitos perfumados de su señora, hundía sus dedos en una fuente de crema, mientras el lacayo conversaba con Raggles, cuyo rostro era espejo de ansiedad y dolor. Aún después de haber entrado en el salón Becky, y de gritar con toda la fuerza de sus pulmones, na consiguió que nadie respondiera a sus voces.

—¡Simpson!… ¡Trotter! —rugió Becky—. ¿Cómo osan permanecer quietos cuando yo llamo? ¿Quién les ha autorizado a quedarse sentados en mi presencia? ¿Dónde está mi doncella? ¡Fuera de mi sofá!

El *groom* retiró la mano de la fuente, presa de momentáneo temor, pero el cocinero se sirvió un vaso de marrasquino, miró a la señora por encima de los bordes del mismo, y apuró tranquilamente su contenido. Parece que el licor redoblaba la insolencia de la servidumbre.

—¡Su sofá!… —exclamó el cocinero—. ¡Ja, ja, ja, ja! Estoy ocupando el sofá de la señora Raggles… No se mueva usted, señora Raggles, que este sofá lo ha pagado usted con dinero ganado honradamente… ya buen precio, a fe mía. Tentaciones se me vienen de echar raíces aquí hasta que me paguen los salarios. Después de todo, no lo pasaría muy mal… ¡Nada! ¡Me quedo! ¡Otro vasito, y a vivir!

—¡Trotter!… ¡Simpson! ¡Echen a puntapiés a ese borracho! —tronó Becky.

—Échele usted si quiere —respondió el lacayo Trotter—. Yo le aconsejaría que tuviese menos humos y que me pagase los salarios que me debe, después de lo cual, la dejo en libertad para que me eche a mí también.

—¿Creen ustedes que pueden insultarme impunemente? —gritó Becky, hecha una furia—. Cuando vuelva el coronel…

La amenaza, lejos de amedrentar a los criados, no hizo sino provocar una tempestad de carcajadas por su parte.

—No volverá, podemos estar tranquilos —replicó el lacayo—. Ha enviado a buscar sus ropas, que yo no he querido enviarle, oponiéndome a Raggles. ¡Si hasta creo que es tan coronel como yo! Se ha ido para no volver, y supongo que usted no tardará en hacer otro tanto. Su marido… o lo que sea, es un petardista, y usted, reina

mía, una estafadora, así que no me venga con humos, que no los toleraré. ¡Pagúenos los salarios! Comience por pagarnos los salarios…

Parece que el vino ejercía su influencia en el lacayo.

—¡Señor Raggles! —clamó Becky con acento suplicante—. ¡Por favor, no permita usted que me insulte un borracho!

—¡Mira, Trotter, hazme el favor de callar! —exclamó Simpson, conmovido por la situación deplorable de la señora.

—¡Oh, señora! —dijo Raggles—. ¡Quisiera haber muerto antes de presenciar las vergüenzas de este día! Conozco a la familia Crawley desde que vine al mundo; con la familia Crawley he vivido y de su pan he comido por espacio de treinta años, y nunca pude soñar que un miembro de esa familia fuese mi… ruina… sí, señor, ¡mi ruina! —repitió el pobre hombre derramando lágrimas—. ¿Piensa usted pagarme? Cuatro años ha vivido usted en mi casa, cuatro años durante los cuales ha devorado usted todos mis bienes, ha aprovechado mi plata y mi ropa blanca. Solamente la leche y la manteca que me debe importan doscientas libras esterlinas, y me ha sacado millones de huevos para empanar sus chuletas y montes de crema para su perrito.

—Le traía sin cuidado todo lo que no fuese ella —terció el cocinero—. Gracias a mí, no os habéis muerto todos de hambre.

Raggles continuó su exposición de agravios, tan larga como exacta, pues no puede negarse que entre Becky y su marido habían arruinado al pobre hombre. Dentro de breves días le presentarían al cobro letras de cambio que no podría pagar, le embargarían, le ejecutarían, le echarían de su tienda y le venderían la casa, todo por haber tenido la debilidad de fiarse de un Crawley. Sus lágrimas y lamentaciones exacerbaron la arrogancia de Becky.

—Se han aunado todos contra mí —exclamó con acritud—. ¿Qué es lo que pretenden? ¿Puedo pagar en domingo? Vuelvan mañana, y todo se pagará. Ignoraba yo que se les debiese nada, pues siempre creí que el coronel cubría con puntualidad las atenciones de la casa, pero si no lo ha hecho hasta aquí, lo hará mañana sin falta. Por mi honor declaro que esta madrugada salió de casa llevando mil quinientas libras esterlinas en el bolsillo. Me ha dejado sin un cuarto, y, de consiguiente, no puedo pagar a nadie; les pagará mi marido. Denme un sombrero y mi chal y saldré en su busca. Hemos tenido esta madrugada una pequeña diferencia; veo que todos están al tanto de ella. Empeño mi palabra de que se les pagará, pero ahora voy a buscar a mi marido, que ha salido porque acaban de conferirle un cargo elevadísimo.

La audaz afirmación de Becky dejó petrificados a Raggles y presentes, los cuales quedaron mirándose unos a otros. Becky subió a sus habitaciones y se vistió sin necesidad de que la ayudase su doncella francesa. Entró en la habitación de su marido, donde encontró un baúl cerrado, con un papel escrito a lápiz donde se decía que lo entregasen a quien viniera a buscarlo. Desde allí pasó al cuarto de su doncella,

que encontró perfectamente desocupado: nada había en él. Entró en el salón donde quedaron las alhajas: habían desaparecido.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Qué suerte tan negra la mía! ¡Cuando estaba tan cerca de llegar lo pierdo todo! ¿Será demasiado tarde?… No… Creo que aun me resta una probabilidad.

Salió de su casa sola, sin que nadie la molestase. A pie, porque ni dinero tenía para pagar un coche, se encaminó en derechura a la casa de sir Pitt. Preguntó por lady Jane, y le contestaron que estaba en la iglesia. No contrarió la nueva a Becky. Vería a sir Pitt, el cual se encontraba en su despacho y había dado órdenes terminantes de que no se le molestase. Becky engañó al criado y entró en el despacho del barón antes que éste se diera cuenta de que nadie tocaba la puerta.

Sir Pitt se puso rojo y retrocedió, lanzando a la que tan inesperadamente iba a turbar su soledad una mirada cargada de temor y de repulsión.

—No me mires así, Pitt —dijo Becky—. No soy culpable, mi querido Pitt; soy inocente. En otro tiempo me diste pruebas de afecto; no me las des ahora de repulsión. Juro ante Dios que soy inocente. Las apariencias están contra mí… me condena un concurso fatal de circunstancias, precisamente cuando iba a ver realizadas mis esperanzas, cuando creía tener al alcance de mi mano tesoros inagotables de felicidad.

—¿Es por ventura cierto lo que acabo de leer en el periódico? —preguntó sir Pitt, mostrando a Becky un párrafo que le había maravillado en extremo.

—Certísimo. El viernes por la noche, aquel viernes de funesta memoria, me dio lord Steyne la primera noticia. Le habían prometido un cargo elevado y lucrativo para mi marido. El señor Martry, subsecretario del ministerio de Ultramar, le dijo que el cargo estaba concedido, que era ya de su recomendado. Sobrevino después la prisión de mi marido y el horrible encuentro que tuvo con lord Steyne. Si de algo soy culpable, es de haberme sacrificado por el bienestar de Rawdon. Cientos de veces había recibido antes a solas a lord Steyne. Confesaré que tenía guardado algún dinero sin el conocimiento de Rawdon, pero sírvame de disculpa la condición negligente de mi marido, sus hábitos de prodigalidad.

Siguió una historia perfectamente verosímil que dejó perplejo al barón. Hela aquí en pocas palabras:

Confesó Becky, con franqueza encantadora y honda contrición, que notó que lord Steyne la miraba con ojos de cariño, y que, segura de su propia virtud, se propuso sacar provecho de la pasión del lord en beneficio suyo, de su marido, y de la familia de su marido.

—Ambicionaba yo que te nombrasen Par del Reino, Pitt —continuó diciendo Becky—. Había hablado sobre el particular con lord Steyne, y la cosa andaba por tan buen camino, gracias a tu talento y a la admiración que has sabido despertar en aquél,

que no dudo que muy pronto habría sido un hecho de no haber sobrevenido la espantosa calamidad que tan cruelmente me hiere. Pero ante todo y sobre todo, aspiraba yo a libertar a mi adorado marido, a quien quiero y querré siempre, no obstante las sospechas injuriosas que contra mí tiene, y los malos tratos de que me ha hecho víctima, arrancarle de las garras de la pobreza, substraerle a la ruina que se cernía amenazadora sobre nuestras cabezas. Me di cuenta de la pasión que había inspirado a lord Steyne —repitió, bajando los ojos—; y confieso que hice cuanto de mi parte estaba para agradarle, para conquistar su cariño, dentro siempre de los límites que no debe rebasar una mujer casada. El viernes por la mañana llegó la noticia de la muerte del gobernador de Coventry Island, y lord Steyne se apresuró a reclamar la vacante para mi querido esposo. Nada dije a Rawdon porque quería darle una sorpresa, porque deseaba que él mismo leyese la grata nueva en la prensa de esta mañana. Aún después de ser detenido mi marido, aún después del incidente que nunca deploraré bastante, lord Steyne, quien se brindó a pagar generosamente todos los gastos, impidiéndome, hasta cierto punto, sacrificar mis ahorros en aras de la libertad de aquél, reía conmigo lleno de placer, diciendo que nuestro querido Rawdon tendría el consuelo de leer la noticia de su nombramiento en el infierno donde se encontraba, es decir, en la cárcel. Cuando comentábamos el lance, llegó Rawdon. Oyó las risas, nacieron en su mente sospechas, le cegaron los celos, y sobrevino la espantosa escena entre lord Steyne y mi cruel, mi desatentado esposo… ¡Dios mío! ¿Qué ocurrirá ahora? ¡Ten compasión de mí, Pitt querido, y reconcílianos!

Al llegar a esta parte de su discurso, cayó de rodillas, abrazó las piernas del barón vertiendo lágrimas a raudales, y concluyó apoderándose de la mano de Pitt y besándola con transporte.

En esta situación les encontró lady Jane, la cual, al llegar de la iglesia y saber que su cuñada estaba encerrada con su marido en el despacho de éste, corrió a deshacer el dueto.

Digamos de paso que lady Jane, antes de almorzar, había enviado a su doncella a la casa de la calle Curzon, y que, de boca de aquélla, que habló con Raggles y criados, supo todo lo ocurrido y aun más.

—¡Me sorprende que esta mujer haya tenido la audacia de poner sus pies en esta casa! —dijo lady Jane temblando de indignación y pálida como la cera—. ¿Cómo se atreve usted, señora, a profanar con su presencia el hogar de una familia… honrada?

Quedó sir Pitt petrificado, estupefacto ante el vigor de su mujer. Becky continuó de rodillas, aferrada a la mano de sir Pitt.

—¡Dile que está mal informada, asegúrale que soy inocente, mi querido Pitt! —suplicó Becky.

—¡Palabra de honor, amor mío! —dijo sir Pitt—. Creo que eres injusta con Becky. Me atrevo a asegurar que es…

—¿Que es… qué? —interrumpió lady Jane con voz vibrante—. ¡Yo te lo diré: que es una mujer mala, madre sin entrañas y esposa infiel! Ha aborrecido siempre a su hijo, el cual, ¡pobrecito!, venía aquí cuantas veces le era posible y me contaba llorando las crueldades de que su desnaturalizada madre le hacía víctima. No ha tratado a ninguna familia sin introducir en ella la discordia, sin intentar debilitar o romper los vínculos más sacrosantos a fuerza de adulaciones mentidas y palabras pérfidas. Ha engañado a su marido, como ha engañado a todo el mundo. Su alma negra está llena de vanidad, de frivolidad y de toda clase de pecados. Sólo el verla me hacía temblar, por eso alejo mis hijos de su presencia, por eso…

—Jeannie… —gritó sir Pitt— modera ese lenguaje…

—He sido esposa fiel, amante, sumisa, Pitt —continuó lady Jane con intrepidez —; he cumplido como buena el juramento que ante Dios y los hombres hice al unir mi suerte a la de mi marido; he sido tan obediente como mujer casada pueda serlo: pero la obediencia tiene sus límites, y declaro que no toleraré… la presencia de esa mujer criminal en la casa donde yo viva. Si ella entra, mis hijos y yo nos iremos, que no es ella digna de alternar con personas decentes, no puede vivir entre gentes cristianas sin mancharlas con su fetidez. Elige… elija usted, señor barón, entre ella y yo.

Dicho lo que antecede, salió lady Jane, dejando a su marido maravillado de su audacia.

En cuanto a Becky, diremos que, lejos de sentirse lastimada, se alegró.

—Consecuencias del broche de brillantes que me regalaste —exclamó, sin soltar la mano del barón.

Antes de salir Becky de la casa, Pitt le había prometido que iría a ver a su hermano y procuraría impulsarle hacia una reconciliación.

Rawdon se sentó a almorzar en compañía de una porción de oficiales del regimiento de su amigo. Durante el almuerzo, la conversación versó sobre los principales asuntos del día; se habló de bailarinas, de mademoiselle Ariane de la Ópera francesa, del último amigo que la había abandonado, del que inmediatamente aspiró a consolarla, de maridos engañados, de mujeres dispuestas a dejarse seducir, de virtudes decadentes, y de otras mil cosas por el estilo.

Terminado el almuerzo, Macmurdo y Rawdon se despidieron de los comensales para irse a su club. Nadie había podido sospechar su preocupación, pues habían tomado tanta parte como el que más en las conversaciones alocadas y alegres. No habían llegado todavía al club los habitúes que se pasan las tardes en la terraza contemplando a las beldades que transitan por la calle y haciendo sobre ellas sabrosos comentarios. El salón de lectura estaba casi desierto. Rawdon no vio más que a un socio, a quien no conocía, y a otro a quien debía una cantidad, y con quien, como es

natural y lógico, no hubiese querido tropezar. Un tercero leía el Realista, publicación famosa como portavoz del escándalo. Este último, mirando a Rawdon con interés, le dijo:

—¡Crawley… mi enhorabuena!

—¿Por qué? —preguntó intrigado el aludido.

—La noticia la traen el Observador y el Realista —contestó el hombre en cuestión, que se llamaba Smith.

—Pero ¿qué noticia? —gritó Rawdon, rojo como la grana, pues dio como cierto y averiguado que la prensa se ocupaba de su lance con lord Steyne.

Todo el mundo, es decir, los señores Smith y Brown (este último el caballero a quien Rawdon debía la cantidad), pudieron observar la agitación con que nuestro amigo tomó el periódico y se puso a leer la noticia.

—Me parece que no ha podido llegar más a tiempo, porque, o mucho me engaño, o Rawdon no tiene un penique ni de dónde sacarlo —contestó Smith.

—La racha de la fortuna sopla sobre todos —dijo Brown—, pues no se irá sin pagarme lo que me debe.

—¿Qué sueldo tiene? —preguntó Smith.

—De dos mil a tres mil libras esterlinas —contestó Brown—. No todo son flores, sin embargo: el clima es tan infernal que acaba muy pronto con las naturalezas más robustas. Dieciocho meses vivió Liverseege, y su antecesor las lió a las seis semanas, según me han dicho.

—Dicen que su hermano es muy listo, y por lo que veo, tienen razón. Sin duda desea verse libre de Rawdon y le ha trabajado el destino con el ardor que es de suponer.

—¡Su hermano! —exclamó Brown con risa burlona—. ¡Quita allá, hombre! El destino se lo debe a lord Steyne.

—Paréceme que hablas con segunda intención.

—No lo creas: te diré, por si no lo sabes, que una esposa virtuosa es la cruz más pesada que puede caer sobre un marido.

Rawdon, ajeno a la conversación que dejamos copiada, leía en el *Realista* la siguiente noticia:

> GOBIERNO DE COVENTRY ISLAND. Los últimos despachos que nos ha traído de la isla el buque Yellowjack, de la Marina Real, contienen la noticia del fallecimiento de sir Thomas Liverseege, víctima de las fiebres que diezman a Swampton. Su muerte ha sido muy sentida en nuestra floreciente colonia. Nos dicen que el gobierno vacante ha sido ofrecido al coronel Rawdon Crawley, militar que se batió como bueno en Waterloo. Los intereses de nuestras remotas colonias reclaman la presencia de hombres que, además de haberse

distinguido por su bravura, atesoren talento administrativo, y no eludamos que el caballero escogido por el ministro de Ultramar para ocupar la vacante producida por la sensible muerte de sir Thomas Liverseege reúne cuantas cualidades son necesarias para cumplir dignamente sus nuevas funciones.

—¡Coventry Island! ¿Dónde está eso? —preguntó riendo Macmurdo—. ¡Vaya, chico, vas a llevarme como secretario! Pero ¿quién diablos te ha conseguido ese gobierno?

Antes que Rawdon saliese de la sorpresa que la noticia le produjo, se le presentó un criado del club con una tarjeta de un señor Wenham, que deseaba ver al coronel Crawley.

Recibiéronle inmediatamente el coronel y su amigo, no dudando que sería un emisario de lord Steyne.

—¿Cómo está usted, Crawley? Muchísimo gusto… —dijo Wenham, estrechando con cordialidad la mano del coronel.

—Supongo que viene usted en representación de…

—Precisamente —respondió Wenham.

—En ese caso, me permitirá que le presente a mi amigo el capitán Macmurdo.

—Encantado de conocer al capitán Macmurdo —dijo Wenham, estrechando la mano del capitán.

Macmurdo ofreció al presentado un solo dedo e hizo una inclinación glacial, descontento, tal vez, de que lord Steyne no hubiese enviado como representante suyo a un coronel, por lo menos.

—Como Macmurdo tiene poderes míos absolutos, y conoce mis deseos, me retiro dejándoles solos —dijo Rawdon.

—Nada más natural —respondió Macmurdo.

—En manera alguna, mi querido coronel —objetó Wenham—. Me envían a hablar personalmente con usted, aunque desde luego haré constar que la presencia del señor Macmurdo me causará placer. En realidad, capitán, abrigo la esperanza de que nuestra conferencia ha de dar los resultados más agradables para todos, muy diferentes por cierto de los que mi amigo el coronel parece que prevé.

—¡Hum! —rezongó el capitán, y mentalmente se dijo que todos aquellos civiles partidarios de arreglar las cuestiones de honor con buenas palabras, deberían irse al diablo.

Wenham tomó una silla, que nadie le había ofrecido, sacó un periódico del bolsillo, y prosiguió de esta suerte:

—¿Ha leído usted, mi querido coronel, la fausta noticia que publica la prensa de la mañana? Está de enhorabuena el gobierno, que tendrá en usted un servidor precioso, y usted, que cobrará un sueldo muy crecido, si acepta, como no dudo, el elevado cargo. Tres mil libras esterlinas al año, mi buen amigo, un clima delicioso,

sano, encantador, y ascensos rápidos y seguros. Felicito a usted sinceramente. Presumo, caballeros, que sabrán ustedes quién es el protector generoso a quien mi excelente amigo es deudor de tan elevada demostración de benevolencia.

—¡Que me fusilen en el acto si lo sé! —exclamó el capitán.

Rawdon se puso encendido.

—Pues es el hombre más generoso, el más bueno, el más servicial de la creación; uno de los personajes más influyentes de la nación… en una palabra: mi buen amigo el marqués de Steyne.

—¡Quiero verle tendido antes de aceptar el puesto! —gritó Rawdon.

—Está usted irritado contra mi noble amigo —replicó con calma estoica Wenham —. Pero vamos a ver: en nombre del sentido común, en nombre de la justicia, ¿quiere usted decirme por qué?

—¿Por qué? —repitió Rawdon estupefacto.

—¿Por qué? —rugió el capitán descargando una patada—. ¡Ira de Dios!…

—¡Ira de Dios, sí! —exclamó Wenham sonriendo como hasta allí—. Eso mismo digo yo cuando veo que se obcecan en el análisis de un asunto que debieran examinar como hombres de mundo. Reflexionen ustedes, y, puesta la mano sobre el corazón, díganme si la razón no está de nuestra parte. Regresa el coronel de… de un viaje, y encuentra… ¿qué? A lord Steyne cenando en su casa con su mujer. ¿Qué tiene ello de particular? ¿Encuentran algo anormal, algo nuevo? Cien veces había estado lord Steyne a solas con la mujer del coronel. Juro por mi honor, y declaro como caballero, que las sospechas del coronel son tan monstruosas como infundadas, y que, por añadidura, ofenden e injurian a un caballero espejo de hidalguía, que en mil ocasiones ha probado la consideración que el coronel le merece, que en mil ocasiones le ha colmado de beneficios. Ofenden también e injurian a una dama y a una dama intachable e inocente.

—¿Pretende usted hacernos creer que Crawley… sufrió una ofuscación? —preguntó el capitán.

—Me propongo llevar a su ánimo el convencimiento de que la señora del coronel es tan inocente como mi propia mujer —contestó Wenham con gran energía—. Me propongo demostrar que el coronel, arrebatado, ofuscado, arrastrado por unos celos tan infernales como infundados, tuvo violencias imperdonables, agredió de hecho a un caballero a quien sus achaques, sus muchos años y elevada posición hacían merecedor del mayor respeto, a un caballero que era su amigo, su protector. Digo, además, que con su irreflexiva conducta ha comprometido el coronel la honra de su esposa, que es la suya propia, la reputación futura de su hijo y heredero, y su propio porvenir… Quiero contar a ustedes lo sucedido —continuó Wenham con acento de gran solemnidad—. Llamado esta mañana por lord Steyne, fui a su palacio y le encontré en el estado más deplorable, en el estado que pueden ustedes suponer

tratándose de un anciano achacoso que ha sufrido violencias personales de un hombre fuerte y robusto como el coronel Crawley. Quiero decirle frente a frente, coronel, que fue una crueldad por su parte recurrir a sus fuerzas en la forma que lo hizo. Y cuenta que no hirió usted solamente el cuerpo del pobre anciano: hirió también su corazón, que sangra dolorido en estos momentos. El hombre a quien más quería, el hombre a quien colmó de beneficios, es precisamente quien le ha sometido a la mayor de las indignidades. El elevado cargo que le ha sido conferido, y de que hablan hoy los periódicos, ¿no es una nueva prueba de su benevolencia, de su favor? Repito que lo encontré esta mañana en estado que daba lástima, pero ardiendo en deseos de vengar con sangre la afrenta recibida. Ya sabe usted que tiene dadas muchas pruebas de valor, coronel.

—No he dicho lo contrario —contestó Rawdon.

—Mandó que fuese escrita una carta proponiéndole un duelo, coronel Crawley, y que le fuese entregada en seguida. «Después de la afrenta de la noche pasada —repetía—, uno de los dos debe morir».

—Al fin entra usted en materia, Wenham —dijo Rawdon.

—Apelé a todos los medios, hice lo imposible por calmar la justa indignación de lord Steyne… «¡Dios mío, señor, Dios mío! —le decía yo—. ¡Toda mi vida lloraré el no haber ido con mi mujer a cenar con la señora de Crawley!»

—Pero ¿es que la señora de Crawley les había invitado a usted y a su mujer? —preguntó el capitán.

—Estábamos invitados para ir a la salida de la Ópera… Aquí tengo la esquela de invitación, léala… No… es otro papel… Creí que la llevaba encima, mas no importa: doy mi palabra de honor de que fuimos invitados. Si hubiésemos asistido a la cena, como era nuestra intención… ¡la culpa fue de la jaqueca!… Mi mujer sufre frecuentes accesos de jaqueca, sobre todo en primavera… Si hubiésemos asistido a la cena, no hubiera habido pendencia, ni insultos, ni sospechas… de lo que resulta que el acceso de jaqueca de mi pobre mujer va a ser causa de que expongan su vida dos caballeros de honor, de que dos familias antiguas, dos familias gloriosas, queden por siempre sumidas en los horrores del deshonor y de la desgracia.

Macmurdo miró a su amigo como quien no sabe qué pensar: en cuanto a Rawdon, sentía oleadas de rabia al sospechar que la presa se le escapaba de las manos. No creía palabra de aquella historia narrada con tanto aplomo, pero es lo cierto que carecía de razones para demostrar su falsedad.

Wenham continuó revelándose como orador de talla.

—Una hora o más permanecí sentado a la cabecera del lecho de lord Steyne, suplicando, implorando que desistiese de exigir a usted una reparación por las armas. Le hice comprender que las circunstancias en que le encontró el coronel al regreso de… su viaje, se prestaban, después de todo, a infundir sospechas. Le hice ver que un

marido que sorprende a su mujer cenando a solas con un caballero, puede sucumbir a la violencia de los celos, y que los celos enloquecen a quien los sufre, y que el loco no es responsable de sus actos. Le expuse que un duelo entre ustedes dos llevaría aparejada la deshonra de las dos familias, que un caballero de su encumbrada posición no tiene derecho, en estos tiempos en que se predican los principios más revolucionarios, las doctrinas más niveladoras, a dar un escándalo público, que si se obstinaba en provocar un lance, el vulgo, siempre necio, le declararía culpable no obstante su inocencia. Para abreviar: tanto insté, tanto supliqué, tanto imploré, que al fin conseguí que rompiese la carta de desafío.

—De toda la historia que usted nos ha servido, Wenham, no creo media palabra —replicó Rawdon rechinando los dientes—. Es una farsa burda, de la que usted se hace cómplice. Para terminar, Wenham; si Steyne no me propone el duelo, ¡vive Dios que le retaré yo!

Pálido como un muerto quedó Wenham al escuchar la inesperada violencia. Lo primero que hizo fue dirigir miradas de ansiedad a la puerta.

Por su fortuna, tuvo la suerte de encontrar un defensor en Macmurdo, el cual, lanzando un juramento, increpó a Crawley en los términos siguientes:

—Has puesto el asunto en mis manos, delegaste en mí tu representación, y no serás tú, sino yo, quien obraré como me parezca. No tienes ningún derecho para insultar al señor Wenham empleando el lenguaje violento que has empleado, y tu obligación como caballero es presentarle tus excusas. En cuanto a tu lance con lord Steyne, si piensas llevarlo adelante, busca desde luego otro padrino, pues yo declino el honor de ostentar tu representación. Si lord Steyne, después de haber sido golpeado por ti, quiere olvidar, lo menos que puedes y debes hacer con él es dejarle en paz. Queda lo referente a tu señora: entiendo, Rawdon, que su culpabilidad no está probada, que puede ser inocente, tan inocente como… la señora de Wenham, y que tú serás un idiota si no aceptas el cargo que te confiere el gobierno, y aquí paz y después gloria.

—El capitán Macmurdo habla como hombre de gran sentido práctico —dijo Wenham tranquilizándose—. Olvido cuantas palabras fuertes haya podido pronunciar el coronel llevado de su irritación.

—Lo suponía —contestó Rawdon con acento burlón.

—¡No digas majaderías, Rawdon de mis pecados! —exclamó el capitán—. El señor Wenham no es hombre de armas tomar, no creo que se tenga por combatiente, y yo le doy la razón.

—A juicio mío —dijo el emisario de lord Steyne—, debemos envolver el incidente en el olvido más absoluto. Ni una palabra alusiva al mismo deben pronunciar nuestros labios. Muéveme a hablar así el interés que me merece lord Steyne, no menos que el afecto que profeso al coronel, quien persiste en

considerarme enemigo suyo.

—Supongo que lord Steyne no tendrá interés en hablar —contestó Macmurdo—, y, por lo que a nosotros toca, tampoco veo motivo que nos mueva a comentar el suceso. Como quiera que éste no es muy bonito ni agradable, de cualquier manera que se le considere, cuanto menos se mente mejor. Los apaleados han sido ustedes, no nosotros, y puesto que por satisfechos se dan ustedes, por satisfechos nos damos nosotros.

Wenham tomó el sombrero y salió, acompañado por el capitán, que cerró la puerta tras ellos. Una vez a solas con el embajador de lord Steyne, Macmurdo le miró con severidad y le dijo:

—No se para usted en barras, Wenham.

—Me hace usted demasiado honor, capitán —respondió el interpelado sonriendo —. Por mi honor y mi conciencia juro que la señora de Crawley nos invitó a cenar a mi mujer y a mí a la salida de la ópera.

—Enterado… enterado. No asistieron por culpa de la jaqueca de su señora… Tengo aquí un billete de mil libras esterlinas que entregaré a usted si me hace el favor de firmarme un recibo. El billete lo cerraré bajo sobre dirigido a lord Steyne. Mi poderdante no le provocará, pero tampoco quiere quedarse con su dinero.

—Todo fue un error… un error fatal —decía Wenham con acento de la mayor inocencia.

En la escalera del club tropezaron con sir Pitt, que subía a ver a su hermano. El capitán, que conocía a sir Pitt, le esperó en el descansillo y le habló de la solución pacífica del incidente, introduciéndole a continuación en el gabinete donde Rawdon había quedado esperando.

La noticia llenó de regocijo a Pitt, quien felicitó a su hermano por la solución del lance, dirigiéndole a continuación atinadas observaciones morales sobre el duelo y las pobres satisfacciones que proporciona la venganza de una ofensa.

Después del exordio, sir Pitt apeló a toda su elocuencia para procurar una reconciliación entre los esposos. Hizo un resumen de la historia de los hechos tal como Becky se la había contado, puntualizó las razones que abonaban su veracidad y terminó afirmando que, por su parte, creía en su inocencia.

Rawdon suplicó a su hermano que no prosiguiese.

—Desde hace diez años —dijo— guardaba dinero a espaldas mías. Anoche me juró que no lo ha recibido de Steyne, pero no la creí. Aun suponiendo que fuera inocente, que es mucho suponer, su egoísmo es criminal: no quiero verla más, no la veré más.

—¡Pobre amigo mío! —murmuró el capitán.

Rawdon Crawley se rebeló durante algún tiempo contra la idea de aceptar el lucrativo cargo que debía a su odioso protector, y hasta quiso retirar a su hijo del

colegio donde le colocara lord Steyne, pero tan vivas e insistentes fueron las súplicas de su hermano, tan apremiantes los ruegos de Macmurdo, y sobre todo, le pareció tan sólida y contundente la razón apuntada por el último, quien le hizo ver que la furia, la desesperación de lord Steyne rayarían en lo infinito cuando se percatase de que su enemigo había hecho fortuna gracias a él, que al fin cedió.

El primer día que el marqués de Steyne salió a la calle después del accidente, tropezó con el subsecretario del ministerio de Ultramar, quien le dio las gracias por haber designado para el gobierno de Coventry Island un candidato tan competente como Rawdon: puede imaginarse el lector la alegría interior que la felicitación despertó en el prócer.

El secreto de la rencontré entre Steyne y el coronel quedó relegado al silencio más absoluto, conforme propuso Wenham; no pronunciaron palabra alusiva al mismo… los personajes directamente interesados en él y sus padrinos, pero antes que los fulgores del sol disipasen los tules de la primera noche que siguió a la de autos, había sido comentado el lance en cincuenta mesas de la feria de las vanidades. El elegante y bullicioso Crackleby asistió a siete tertulias y en todas ellas refirió la historia, enriqueciéndola con comentarios y enmiendas de su cosecha. ¡Con qué ardor la propagó la señora de Washington White! En una palabra: no se habló de otra cosa hasta que otro suceso más fresco y escandaloso embargó la atención general.

Jueces, procuradores y escribanos, con su correspondiente cortejo de alguaciles, entraron a saco en la elegante casita de la calle Curzon y dejaron sin camisa al pobre Raggles, mientras la última inquilina del inmueble estaba… ¿Dónde? ¿Quién lo sabía? ¿A quién interesaba saberlo? ¿Quién se acordaba de ella a los dos días de desaparecida? ¿A qué inquirir si era culpable o criminal? Todos sabemos cuan caritativo es el mundo en sus fallos, y cuáles son los que en la feria de las vanidades se dan sobre asuntos dudosos y no aclarados. Afirmaban unos que se había ido a Nápoles siguiendo a lord Steyne, otros aseguraban que lord Steyne huyó de Nápoles y se refugió en Palermo al tener noticia de la llegada de Becky; decían éstos que había fijado su residencia en Bierstadt y había sido nombrada *dame d'honneur* de la reina de Bulgaria, y aquéllos que vivía en una casa de huéspedes en Cheltenham.

Rawdon le asignó una renta anual modesta, pero los que la conocemos podemos afirmar sin temor a equivocarnos que no sufrió privaciones, pues era de las mujeres en cuyas manos crece prodigiosamente el dinero. Rawdon hubiese pagado todas sus deudas antes de salir de Inglaterra si hubiera encontrado una compañía de seguros de vida que aceptase una póliza sobre la suya, pero dado lo insalubre del clima de Coventry Island no hubo empresa que osase adelantar un penique sin más garantía que su sueldo. Hizo sin embargo envíos a su hermano puntualmente, con dicho fin. Escribió con regularidad a su hijo, envió a Macmurdo tabacos; pimienta y especias a lady Jane. Hizo llegar a Londres una porción de ejemplares del periódico *Swamp*

Town Gazette que ponía sobre los cuernos de la luna su gestión como gobernador, pero se guardó muy mucho de dispensar el mismo honor al *Swamp Town Sentinel*, cuyo director, rabioso porque su digna esposa no era admitida en los salones del gobierno, declaraba que Su Excelencia era un tirano, un monstruo que dejaba tamañito a Nerón. Rawdon hijo recibía todos los periódicos que hablaban bien de Su Excelencia y los leía en el colegio.

Becky no se acordó de hacer una visita a su hijo. Éste iba al palacio de sus tíos todos los domingos, pasaba con ellos sus vacaciones, y no transcurrió mucho tiempo sin que supiera de memoria los sitios donde dejaban sus nidos todos los pájaros que se alimentaban en las tierras de Crawley de la Reina y recorriese a caballo las posesiones del barón, hermano de su padre.

Capítulo LVI

George se convierte en un caballero

TENEMOS AL HIJO de Amelia viviendo como un príncipe en compañía de su abuelo, en la mansión de la plaza Russell; ocupa las habitaciones que en vida fueron de su padre y es heredero presunto de todos los esplendores de la familia. El buen talante del muchacho, sus aires de gran señor y pretensiones de elegancia habíanle conquistado el afecto de su abuelo. Tan orgulloso estaba el anciano Osborne de su nieto como lo estuvo en otro tiempo de su hijo.

Disfrutaba el niño de un lujo y una opulencia como no las conocieron nunca sus padres. Los negocios del anciano prosperaron en gran escala durante los años últimos, sus riquezas crecieron como la espuma, y con las riquezas, creció su importancia en la City. Años antes, se consideró muy feliz al poder colocar a su hijo George en un buen colegio, y el empleo militar que le compró fue para el buen padre manantial de legítimo orgullo, pero sus aspiraciones eran incomparablemente mayores cuando trazó planes para el porvenir de su nieto. Éste sería un gran personaje, repetía a todas horas el señor Osborne, puestos sus ojos en George. Su fantasía le veía ya sabio, diputado, quién sabe si dueño de un título nobiliario. El viejo aseguraba que moriría contento si veía a su nieto próximo a conquistar semejantes honores. No enviaría a George a un colegio de poco más o menos; ¡horror! Unos cuantos años antes se ponía feroz cuando hablaba de los sabios, de los que se dedicaban a las letras, a quienes llamaba hatos de pedantes, muertos de hambre, charlatanes que mascullaban griego y latín y miraban con desdén a los laboriosos hombres de negocios, que tenían dinero sobrado para comprar a medio centenar de ellos; ahora se lamentaba, deploraba de la manera más solemne que hubiesen descuidado su instrucción y servía a George pomposos discursos enalteciendo la necesidad de estudiar los clásicos.

En la mesa, preguntaba a George por los adelantos que hacía en sus estudios, escuchaba con vivo interés las explicaciones del muchacho, afectaba entenderle y decía mil desatinos que evidenciaban su supina ignorancia. Como es natural, los dislates del viejo no contribuían gran cosa a que el niño le tuviese respeto especial, antes al contrario; en cuanto el muchacho adquirió el convencimiento de que su abuelo era un perfecto ignorante, principió a tenerle en poco y a imponérsele. Hay que tener presente que la educación que George recibió al lado de su madre, no obstante haber sido humilde y muy limitada, habíale habituado a mandar. Amelia era una mujer dulce, débil y tierna, una madre ajena a todo lo que su hijo no fuese, un ser

humilde cuyos labios jamás se abrieron para pronunciar frases de relumbrón, una buena mujer, en una palabra, y su hijo reinó sobre ella como señor absoluto.

No fue pues muy difícil a George, que se había adueñado del natural dulce y sumiso de su madre, dirigir la voluntad de su abuelo, cuya vanidad corría parejas con su ignorancia.

Mientras su madre suspiraba por él en su casa, y se pasaba todas las horas del día y muchas de la noche pensando en su hijo, nuestro caballerito disfrutaba de placeres, regalos y comodidades que no podían menos de hacerle muy llevadera la separación del lado de Amelia. Los niños que lloran cuando se les obliga a ir a la escuela, lloran porque van a un sitio poco rico en comodidades y distracciones. Son muy contados los que vierten lágrimas de cariño. Recuerda, querido lector que cuando niño, tus ojos se secaban a la vista de una golosina, y que un pastel era una compensación suficiente al dolor de separarte de tu madre y hermanos.

Pero dejémonos de digresiones y continuemos hablando de George Osborne, a quien su abuelo rodeaba de todo el lujo que el oro puede proporcionar. El cochero recibió orden de comprar para el niño el caballito más hermoso que encontrase, sin reparar en el precio. George aprendió primero a montar, y, cuando hubo aprendido, fue a caracolear con su caballo en el Regent Park o el Hyde Park, seguido a distancia respetuosa por el cochero Martín. El viejo Osborne, que ya no iba con tanta frecuencia a la City y dejaba a sus socios más jóvenes gran parte de la dirección de los asuntos, tomaba con su hija la misma dirección, y mientras George galopaba, tendido sobre el cuello de su caballo, solía decir a la tía del muchacho:

—¡Qué jinete, hija mía!

Reía el buen viejo, se extasiaba y hasta aplaudía desde el coche las evoluciones del muchacho. Todos le saludaban en la casa, todos le mimaban, todos le aplaudían: la única nota discordante era su tía Mary, cuyos ojos lanzaban destellos de odio cada vez que veía al advenedizo montado a caballo y tan orgulloso como un lord.

Aunque apenas tenía once años, George llevaba botas de montar, ni más ni menos que si fuese un hombre cumplido. Calzaba espuelas de oro, empuñaba una fusta con puño del mismo precioso metal, lucía un alfiler de brillantes en la corbata y usaba guantes de piel de cabritilla de la mejor marca. Su madre le había dado dos corbatas y festoneado media docena de camisas, mas no tardaron las prendas mencionadas en ser reemplazadas por otras más ricas. George llevaba botones de brillantes en la pechera de la camisa, y en cuanto a las modestas ropas regaladas por su madre, quedaron en desuso… Creo que Jeannie Osborne las dio a un hijo del cochero.

Tenía Amelia un retrato de su hijo, que pendía de la cabecera de su cama junto a otro retrato. Un día, el muchacho le hizo su visita de costumbre, pero en su cara brillaban fulgores como de triunfo. Llegado junto a su madre, sacó del bolsillo un estuche de rica piel colorada y lo puso en manos de aquélla.

—Lo he pagado con mis ahorros, mamá —dijo George—. Me ha parecido que te gustará.

Abrió Amelia el estuche, lanzó un grito de alegría y abrazó y besó mil veces a su hijo. Dentro del estuche había una preciosa miniatura del muchacho, hecha admirablemente, aunque la madre pensó que distaba cien leguas de ser tan hermosa como el original. Parece que su abuelo encargó a un artista que exhibía sus producciones en los escaparates de una tienda de la calle Southampton que le hiciese un retrato de su nieto, y George, que tenía dinero abundante, preguntó al artista cuánto le haría pagar por una miniatura, que costearía con sus ahorros y que quería regalar a su madre. Encantado el artista, cumplió los deseos del muchacho cobrándole un precio reducido. Hasta el irreductible viejo Osborne, cuando llegó a su noticia lo sucedido, gruñó de satisfacción y dio a George doble cantidad de la que el último pagara por su miniatura.

Pero ¿qué fue la alegría del viejo en comparación de los transportes extáticos de la madre? Aquella prueba de cariño dada por George encantó en tales términos a Amelia, que creyó como artículo de fe que en el mundo no había hijo tan bueno como el suyo. Hasta se consideró feliz por espacio de muchas semanas; el retrato de George colocado debajo de la almohada la hacía gozar de un sueño tranquilo y reparador. Fue aquél el primer consuelo que saboreó desde el día que se separó de su George.

En su nueva casa se conducía George como dueño y señor: en la mesa, ofrecía vino a las damas con seriedad magnífica y bebía champaña con naturalidad que entusiasmaba a su abuelo.

—¡Mírele usted! —decía el abuelo a su vecino, tocándole con el codo—. ¿Ha visto usted nunca un mocito como ése? No creo que tarde mucho en encargarse navajas de afeitar… ¡Es un prodigio!

Digamos en obsequio a la verdad que las precocidades del muchacho no agraciaban tanto a los amigos del señor Osborne como a éste. El caballero Féretro, por ejemplo, veía con profundo disgusto que el niño metiese baza en su conversación y le estropease las entretenidas historias que narraba; al coronel Pichón no le agradaba ver medio borracho a un muñeco; y la señora Toffy le hubiese dado de cachetes el día que, después de verterle un vaso de vino de Oporto sobre su elegante vestido de seda amarilla, se rió con mucha gana del desastre causado. Mayor fue la indignación de la buena señora cuando supo que el nieto del señor Osborne había obsequiado a su hijo con una paliza muy regular; en cambio el viejo quedó tan contento, que ofreció al niño dos monedas de oro por cada vez que apalease a otro muchacho de su misma edad y corpulencia. A decir verdad, nos pondría en un aprieto quien pretendiera que le explicásemos qué veía de bueno el buen viejo en los combates que reñía su nieto: confesamos nuestra ignorancia, aunque se nos ocurre pensar que tal vez opinara que las riñas hacen atrevidos y resueltos a los muchachos,

o bien que una de las enseñanzas más útiles es la de la tiranía. Lo que sí afirmamos es que desde tiempo inmemorial vienen recibiendo los muchachos ingleses una educación idéntica a la de George, y que son cientos de millares los defensores y admiradores de las injusticias, de las tiranías, de las brutalidades perpetradas por muchachos contra muchachos. George, engreído por las alabanzas, alentado por el premio obtenido, y envalentonado por la fácil victoria alcanzada sobre el hijo de la señora Toffy, aspiró a nuevas conquistas. Un día, correteaba por las inmediaciones de Saint Pancracio, cuando un muchacho, hijo de un panadero, tuvo el atrevimiento inconcebible de hacer comentarios un tanto sarcásticos sobre su elegancia en el vestir y particularmente sobre sus aires de importancia. El joven y resuelto patricio se despojó en el acto de la chaqueta, dióla a guardar a un amiguito suyo que le acompañaba, y decidió dar una lección contundente al panadero. La diosa Victoria le volvió la espalda en esta ocasión; lejos de ser George el puño, fue el objeto sobre el cual probó el panaderito la fuerza de los suyos; resultado: George se presentó en casa con un ojo amoratado e hinchado, y la pechera de la camisa tinta en el líquido rojo que brotó abundante de su nariz. Dijo a su abuelo que se había batido con un gigante, y llenó de espanto a su pobre madre, a la que hizo un relato muy circunstanciado pero muy poco auténtico de la batalla.

El muchacho a quien George dio a guardar la chaqueta durante el terrible combate que acabamos de reseñar se llamaba Todd, y era gran amigo y admirador del nieto del señor Osborne. Los dos tenían afición loca a las estampitas o grabados que representaban escenas o personajes de teatro, los dos se pirraban por las tartas de fresas, los dos rabiaban por patinar en el Regent Park cuando el tiempo lo permitía, y los dos adoraban el teatro, al que les llevaba con frecuencia, cumpliendo órdenes del señor Osborne, el criado especial y personal del niño, llamado Rowson, quien asistía a las funciones cómodamente instalado en el patio de butacas, junto a los señoritos.

Nuestros aventajados muchachos visitaban los teatros principales de la capital, sabían de memoria los nombres de todos los actores y se permitían hacer la crítica de su trabajo en escena. Rowson, el criado, hombre de temperamento generoso, acompañaba a su señorito, a la salida del teatro, a algún restaurante, y le permitía que tomase alguna docenita de ostras y hasta no se oponía a que las regase con una o dos copas de vino. En justa correspondencia, el criado participaba de las liberalidades del señorito.

Un sastre famoso del West End de la ciudad recibió el honroso cargo de vestir a George, juntamente con la orden de no reparar en gastos. Como consecuencia, el señor Woolsey, que así se llamaba el sastre, dio rienda suelta a su imaginación y confeccionó una colección de chalecos y de chaquetas de fantasía bastante numerosa para llenar las aspiraciones de todo un colegio de gomosos. Tenía George trajes de mañana, trajes de mediodía, trajes de paseo, trajes de etiqueta. Por nada del mundo se

hubiese presentado en el comedor sin vestir traje adecuado. Un criado cuidaba su bien provisto guardarropa y le ayudaba a vestirse, otro acudía a su llamamiento cuando hacía sonar la campanilla, y jamás le presentaban las cartas que recibía sin colocarlas en su correspondiente bandeja de plata.

Todos los días, después del almuerzo, George se arrellanaba en un sillón de brazos y leía el Morning Post con la formalidad de un señor de edad.

—¡Cómo ordena y cómo jura! —exclamaban los criados, admirados de su precocidad.

Los que habían conocido al capitán, su padre, decían que el hijo era una reproducción exacta de aquél.

Confiaron la educación de George a un pedagogo particular «que preparaba a la nobleza para las universidades, el Senado y las carreras brillantes, empleando un sistema contrario al anticuado y bárbaro de la mayoría de los centros de instrucción. Los muchachos, recibidos en familia, estaban rodeados del refinamiento propio a las personas de elevada condición social, y del afecto y atención de que pudieran disfrutar en sus propias casas».

El anuncio copiado valía al reverendo Lawrence Veal, capellán del conde de Bareacres, unos pocos discípulos que le permitían vivir holgadamente y en un barrio elegante, porque los honorarios eran crecidos. Cuando George fue llevado al elegante establecimiento de enseñanza, había en él un muchachote indio, a quien nadie visitaba jamás, de piel color caoba y pelo que parecía lana, pero gomoso como el que más; había también un joven de veintitrés años, cuya educación había sido descuidada lastimosamente y a quien preparaban para hacer su entrada en el mundo elegante, y dos hijos del coronel Bangles, afecto al servicio de la Compañía de las Indias Orientales. Los cuatro eran internos.

George ingresó como medio pensionista. Por las mañanas llegaba al colegio acompañado por su criado y amigo Rowson, y salía al atardecer, salvo los días buenos, que se iba al mediodía, para no perder su paseo a caballo. Decían en el colegio que su abuelo era escandalosamente rico. El reverendo Lawrence felicitaba personalmente a George por ello, recordándole a todas horas que su porvenir era ocupar en el mundo una posición elevadísima, que con su aplicación y su docilidad debía prepararse para los altos deberes que pesarían sobre él dentro de breves años, que la obediencia en un joven es el medio más indicado para adquirir el hábito del mando, y, por último, que no trajese al colegio golosinas que no podían menos de perjudicar la salud de los señoritos Bangles, a quienes nada faltaba en la elegante y bien servida mesa del establecimiento.

Con respecto a la enseñanza, el Curriculum, tal era la denominación que el reverendo Lawrence le daba, abarcaba todas las ciencias conocidas, y sus discípulos podían hacer adelantos prodigiosos. Tenía el reverendo un mapamundi, una máquina

eléctrica, un teatrillo, un aparato de química y una biblioteca selecta, así al menos lo decía él, donde había reunido las mejores obras de los autores más famosos de los tiempos antiguos y modernos. Solía llevar a sus discípulos al Museo Británico, donde les explicaba lecciones de historia natural en presencia de un auditorio numeroso, formado por los curiosos que visitaban el Museo, los cuales salían ponderando la ciencia maravillosa del profesor. En sus explicaciones públicas, cuidaba de no usar palabras que no fuesen científicas y enrevesadas, juzgando, con recomendable cordura, que no cuesta más dinero emplear palabras y frases altisonantes que expresarse en términos vulgares.

Con relativa frecuencia decía a George:

—A mi regreso de una conferencia científica celebrada con mi excelente amigo el doctor Bulders… arqueólogo como pocos, señores míos, arqueólogo sin rival en el mundo, observé que de los balcones de la mansión regia de su venerable abuelo salían torrentes de luz, como si se estuviese celebrando en ella una fiesta. ¿He acertado al imaginar que el señor Osborne sentaba anoche a su suntuosa mesa una sociedad de espíritus selectos?

El señorito George, que sabía imitar con prodigiosa destreza el tono, ademanes y mímica del pedagogo, y que por añadidura casi siempre estaba de buen humor, contestaba que el reverendo Lawrence había acertado, como no podía menos, en sus conjeturas.

—Entonces, los caballeros que tuvieron el honor de compartir la hospitalidad del noble señor Osborne, señores míos, no podrán quejarse, de ello estoy seguro, ni de la compañía ni de la mesa. He tenido la alta honra de ser favorecido más de una vez… Y de paso me permitirá usted que le diga, señorito Osborne, que esta mañana llegó usted algo tarde, falta que repite usted con alguna frecuencia… Prosigo: digo, caballeros, que este servidor de ustedes, no obstante ser de condición humilde, no ha sido juzgado indigno de participar de la elegante hospitalidad del señor de Osborne. Añado que, aunque he asistido a los banquetes de los grandes y nobles del mundo, a cuyo número pertenece mi excelente amigo y protector el muy honorable George, conde de Bareacres, puedo jurar a ustedes que la mesa del opulento negociante inglés señor de Osborne es tan buena, tan rica, tan noble como la del más noble lord del Reino Unido. Ahora, señor Bluck, si no tiene usted inconveniente, continuaremos aquel pasaje de Eutropio que interrumpió la tardía llegada del señorito Osborne.

En cuanto a los progresos científicos de George, si no mentían los partes semanales que, firmados por el profesor, presentaba a su abuelo, eran sencillamente maravillosos. En griego, nuestro amiguito obtenía siempre la calificación de *aristos*, en latín la de *optimus*, en francés *très bien*. A fin de curso, en el colegio del reverendo Lawrence todos los alumnos obtenían tantos primeros premios cuantas eran las asignaturas que cursaban.

George era un tiranuelo en el colegio, en la calle, en la casa de su abuelo paterno y en la de su abuelo materno. Este último no podía menos de respetar a quien con tan exquisita elegancia vestía, a quien paseaba a caballo, seguido por un *groom* de respeto. En cambio George no podía respetar a un viejo arruinado, a un pobretón, de quien a todas horas oía hablar mal al viejo Osborne. La señora Sedley falleció pocos meses después de haber ido el niño a la residencia de los Osborne. Como entre ella y su nieto no medió nunca gran cariño, el niño no reveló gran pesadumbre. Visitó a su madre vestido de riguroso luto, y gritó y protestó porque no podía ir a jugar cuando se le antojase.

Un día, en ocasión en que los discípulos del reverendo Lawrence escuchaban sin pizca de atención los alambicados discursos de su profesor, paró frente a la puerta ornada de una estatua de Minerva un soberbio carruaje, del cual salieron dos caballeros. El señorito Bangles corrió a la ventana, sospechando si uno de los caballeros sería su padre que habría regresado de Bombay. El alumnito de veintitrés años pegó su aplastada nariz contra los cristales y miró al carruaje, en el momento preciso en que el *laquais de place* abría la portezuela para que saliesen los señores.

—El uno es grueso y el otro delgado —dijo.

El criado del colegio, muchacho embutido dentro de una librea raída adornada con botones de cobre roñosos, entró en el salón de estudio y dijo que dos caballeros deseaban ver al señorito Osborne.

—Osborne —dijo el profesor—; doy a usted facultades plenas y amplias para que salga a recibir a sus amigos del coche, a quienes ruego que transmita mis respetuosos saludos y los de mi esposa.

Salió George al recibimiento, donde encontró a los dos caballeros, a quienes miró con el descaro que le era habitual. Uno de los visitantes era grueso y usaba bigote, y el otro delgado y alto, vestía frac azul y su tez era de un color verdoso.

—¡Dios santo! —exclamó el caballero alto y delgado—. ¡Cómo se le parece! Dime, George querido; ¿no me conoces?

Enrojeció George como cuando experimentaba alguna emoción viva.

—No conozco a su compañero —contestó el muchacho—; pero, si no me engaño, usted es el comandante Dobbin.

Era, en efecto, nuestro antiguo amigo William Dobbin.

Conmovido, atrajo al niño tomándole por las dos manos.

—Tu mamá te habrá hablado alguna vez de mí, ¿verdad? —preguntó.

—Sí; me ha hablado —respondió George— miles de veces.

Capítulo LVII

Regreso

UNO DE LOS MUCHOS motivos de orgullo más del agrado del viejo Osborne era ver que Sedley, su antiguo rival, enemigo y bienhechor, arrastraba sus últimos días sumido en tal humillación y reducido a tanta miseria, que se veía obligado a recibir dádivas pecuniarias de manos del hombre que tan cruelmente le había ultrajado. El ser feliz, el mimado de la fortuna, maldecía al pobre, al náufrago de la vida, y de vez en cuando se complacía en enviarle algún socorro. Al entregar a George dinero para su madre, hacíale comprender, por medio de alusiones groseras y brutales a fuerza de ser claras, que su abuelo materno era un mendigo arruinado, un quebrado, un miserable que estaba a merced de cualquiera, un tramposo que le debía muchísimo dinero, pero a quien, no obstante, quería socorrer. George transmitía a su madre las insultantes palabras y las repetía al pobre viejo, que no tenía en el mundo otro amparo que el de Amelia. El niño afectaba aires de protector con el anciano.

Acaso habrá quien acuse a Amelia diciendo que al aceptar socorros pecuniarios de los enemigos de su padre, olvidaba el sentimiento de legítimo amor propio, que es lo último que las almas elevadas deben olvidar, pero ¿acaso mediaron nunca relaciones estrechas entre el amor propio y la dulce y angelical Amelia? Sencilla y humilde por temperamento, la pobreza, las privaciones, las palabras duras que hubo de escuchar, las delicadas atenciones que nunca le fueron retribuidas, la dependencia en que vivió desde que fue mujer, o mejor dicho, desde el día de su desdichado matrimonio con George Osborne, fueron otras tantas causas que determinaron, no ya la atrofia, sino la muerte de su amor propio. ¿Por ventura pueden tener amor propio los pobres, los desvalidos, los que sufren los zarpazos de la desgracia, los que se ven despreciados por el delito de no ser ricos? ¿Acaso los que poseen hacen algo por librarles de su humillación? No descenderán, lo aseguro desde luego, de lo alto de su prosperidad, para lavar los pies de los míseros castigados por el infortunio. ¡Qué han de descender, si hasta verles, si hasta hablarles les resulta odioso! «Preciso es que haya clases, que en el mundo haya ricos y pobres», dice el opulento, mientras saborea copas de vinos costosos y ni se acuerda de enviar al pobre Lázaro las migajas que caen de su mesa. Ignoro si en el mundo es preciso que haya ricos y pobres; lo que sí afirmo es que me parece capricho inexplicable que la lotería de la vida regale a unos púrpuras y finísimos lienzos, y a otros no les dé más que andrajos para que cubran sus fláccidas carnes y perros para que les consuelen.

Pero prosigamos nuestra historia.

La madre de Amelia había muerto, conforme dijimos en el capítulo anterior, y fue sepultada en el cementerio de Brompton. La conducción del cadáver tuvo lugar en un día triste y lluvioso, que recordó a Amelia el de su matrimonio. A su lado caminaba su hijo, vistiendo magnífico traje de luto. Sus pensamientos dieron un salto atrás de una porción de años, y le recordaron el día en que unió su suerte a la de George, a la del padre del pedazo de su alma que marchaba a su lado, y llegó a desear trocar de puesto con… Pero no: como de ordinario, la avergonzó su egoísmo y pidió a Dios que le diese fuerzas para cumplir su deber hasta el fin.

Resuelta a sacrificarse en aras de la felicidad de su padre, hacia esta finalidad hizo converger todos sus pensamientos, todas sus energías. Junto a su padre trabajaba, cosía, remendaba, cantaba, le hacía la partidita de cientos, le leía los periódicos, le guisaba los platos que eran más de su gusto, le llevaba a pasear a los jardines de Kensington, escuchaba sus historias con sonrisas eternas, y le seguía la corriente cuando el viejo, sentado en alguno de los bancos del jardín, lamentaba sus desventuras y se quejaba de la injusticia del destino. Y a todo esto, los pensamientos de la pobre viuda no podían ser más tristes. Los niños que correteaban por los paseos de los jardines le recordaban a su George, que le había sido arrebatado, mejor dicho, a los dos Georges: uno, arrancado de su lado por la muerte, otro por la desgracia. Dos amores únicos, y los dos perdidos. Y la cuitada pretendía convencerse de que entrambos amores fueron culpables, y de consiguiente, que tenía más que merecido el castigo que sobre ella pesaba.

Ya sé que resultan tediosas en extremo todas las historias de cautiverios si no se las matiza con algún incidente alegre o gracioso, como por ejemplo, la presencia de un carcelero de corazón sensible, o la persona truculenta de un alcaide de fortaleza, o algún ratoncillo que tiene el capricho de jugar con las barbas del prisionero, o alguna galería subterránea abierta con los dientes y las uñas por un antiguo sepultado en vida, pero en la historia del cautiverio de Amelia, pues cautiverio era su soledad, y de los más crueles, el cronista no encuentra incidente alguno, ni de la índole de los apuntados ni de ninguna otra. Fuerza es presentarla a los lectores muy triste, pero siempre dispuesta a sonreír; muy mísera, muy pobre, pero cantando, guisando platos, jugando sus partiditas, remendando las medias, para hacer feliz a su padre. No nos importe, pues, averiguar, si era heroína o no; pero pidamos a Dios que nos conceda la dicha de tener, si llegamos a viejos, un hombro cariñoso donde apoyarnos y una mano toda amor y abnegación que ponga blanda y mullida la almohada sobre la cual reclinemos nuestra cabeza.

Después de la muerte de su mujer, el viejo Sedley se encariñó más con su hija, y ésta encontró en el cariño de su padre un consuelo que le hacía menos penoso el cumplimiento de sus ingratos deberes.

Pero no es nuestro propósito dejar eternamente a estos dos personajes en la triste

situación en que por ahora les vemos. Días mejores, días de felicidad, les tiene reservado el destino. Es posible que el ingenioso lector haya adivinado quién era el caballero robusto que acompañaba a William Dobbin cuando éste se presentó en el colegio donde se educaba George: era otro antiguo amigo nuestro, que regresaba a Inglaterra, acaso cuando su presencia podía ser más ventajosa para sus parientes.

Obtenido por el comandante Dobbin el oportuno permiso para ir a Madras, y desde allí proseguir el viaje hasta Europa, llegó a la población antes citada presa de alta fiebre. Los criados que le acompañaban le transportaron, enfermo de verdadera gravedad, a la casa del amigo suyo donde debía permanecer hasta que embarcase para Europa, si Dios hacía que pudiera embarcar, pues era opinión de muchos que su viaje terminaría en el cementerio de Madras, donde un batallón haría las salvas de ordenanza sobre su tumba.

Tan inminente fue el peligro, que él mismo creyó que era llegada su hora postrera, y tomó las disposiciones en consecuencia. Otorgó testamento, legando lo poco que poseía a las personas que más deseaba beneficiar. El amigo en cuya casa se encontraba fue testigo del testamento. Entre otras cosas, dispuso que le enterrasen con una cadenita de cabello castaño obscuro que llevaba en el cuello, cadenita que databa del tiempo en que Amelia, de resultas del dolor producido por la muerte de George, cayó enferma en Bruselas y hubo necesidad de cortarle el cabello.

Su naturaleza robusta venció la enfermedad, mas recayó de nuevo, pasó largos días entre la vida y la muerte, curó al fin, pero era un esqueleto cuando embarcó en el Ramchunder, navío de la Compañía de las Indias Orientales. Cuantos le vieron embarcar profetizaron que no llegaría al término de su viaje; pero fuese la influencia de las brisas del mar, fuese que en su pecho renació la esperanza, el hecho es que desde el día que el buque tendió sus velas y puso proa a casa, nuestro amigo entró en período de franca convalecencia y estaba completamente bien, aunque flaco y amarillo, cuando el buque dobló El Cabo.

—¡Pobre amigo Kirk! —exclamó Dobbin sonriendo—. Por esta vez te llevas chasco. Seguramente esperas ser ascendido a comandante tan pronto como el regimiento llegue a Inglaterra, pero chico, no hay de qué.

Debemos decir que mientras Dobbin fluctuaba en Madras entre la vida y la muerte, su regimiento recibió orden de embarcar para Inglaterra; nuestro comandante habría podido hacer el viaje con su regimiento si hubiese tenido paciencia para esperar su llegada a Madras.

Es posible que se decidiese a embarcar sin esperar a sus compañeros de armas por miedo a caer en manos de Glorvina.

—Creo que la señorita O’Dowd hubiese concluido conmigo si hiciera el viaje en nuestra compañía —decía riendo a su compañero—, y luego que me hubiera enviado a mí al fondo del mar, habría caído sobre ti, Joseph.

El compañero de viaje de Dobbin era Joseph Sedley, quien regresaba a la metrópoli después de haber pasado diez años en Bengala. Un viaje a Europa le era de necesidad imperiosa después de su dilatado régimen de banquetes diarios, de grogs, de burdeos, de champaña, y últimamente de ron y aguardiente. Por otra parte, había cumplido sus años de servicios en las Indias y cobrado pingües emolumentos que le permitieron reunir un capital muy respetable. Libre era, pues, de volver a su patria, y disfrutar en ella la pensión crecida a que tenía derecho, o bien continuar sirviendo, ocupando la categoría que por sus años de servicios y por su excepcional talento le correspondía.

Era menos obeso que cuando nos despedimos de él, pero había ganado mucho en majestuosidad y en solemnidad de porte. Usaba bigote, que a usarlo le daban derecho los servicios prestados a la patria en Waterloo, y lucía profusión de joyas. Solía almorzar en su camarote y jamás se presentaba en el puente sin ir vestido de etiqueta. Le acompañaba un criado del país, mártir que gemía bajo la tiranía de nuestro vanidoso amigo, y una de cuyas ocupaciones principales era seguir a su señor a todas partes con la pipa. El pobre criado oriental ostentaba en la parte superior del turbante la cifra en plata de Joseph Sedley. Entre el pasaje había dos o tres oficiales que regresaban a Inglaterra para reponerse de su tercer ataque de fiebre, los cuales halagaban el amor propio de nuestro amigo recordándole historias de cacerías de tigres y de la campaña contra Napoleón, cuyo héroe era aquél. Uno de los días más grandes de su vida fue el en que, habiendo el buque hecho escala en Santa Elena, Joseph visitó la tumba de Napoleón, y a su regreso a bordo, ante un auditorio formado por la mayor parte del pasaje y no pocos oficiales del buque, pero ausente Dobbin, hizo un relato admirable de la batalla de Waterloo, dando a entender muy transparentemente que, de no haber sido por él, Joseph Sedley, el emperador no habría visitado jamás a Santa Elena.

Desde el día de su visita a la tumba de Napoleón dio Joseph pruebas de una generosidad verdaderamente conmovedora: sus vinos finos, sus compotas, sus carnes en conserva, sus sodas, todo lo que había embarcado con objeto de regalarse exclusivamente a sí mismo, dejó de pertenecerle para ser de todos sus admiradores. No había señoras a bordo, y como por otra parte Dobbin había otorgado la preferencia a Joseph, Joseph ocupaba la cabecera de la mesa. Joseph era el primer dignatario a bordo, Joseph recibía del capitán del buque y de todos los oficiales las consideraciones, homenajes y respeto debidos a su elevada categoría.

¡Cuántas noches bellas y tibias, mientras la tajante proa del buque cortaba los negros y mugidores lomos del mar, y la luna y las estrellas brillaban en la bóveda celeste, Joseph y Dobbin, sentados junto a la borda y fumando su cigarro el uno y su *hookah* el otro, hablaban de su país natal! Lo más notable de estas conversaciones íntimas es que Dobbin, con habilidad maravillosa y perseverancia sorprendente, hacía

que recayese la conversación sobre Amelia y su hijo. Joseph comentaba, sin gran comedimiento por cierto, las desventuras de su padre y las peticiones constantes y nada ceremoniosas que dirigía a su bolsillo, y Dobbin le replicaba haciéndole comprender que su padre no era responsable de su desgracia, sino muy digno de lástima, porque siempre la merecen las calamidades y los años. A continuación procuraba hacerle ver que desde luego comprendía que le sería penoso vivir con sus ancianos padres, cuyas costumbres y género de existencia era difícil que se armonizasen con las de un joven habituado a otra sociedad muy diferente, pero que debía felicitarse por su buena suerte, toda vez que en Londres encontraría casa y hogar propios que le librarían de volver a la vida aburrida y molesta de soltero. Allí tenía a su hermana Amelia, la persona llamada a dirigir su casa, una persona que era prodigio de buen gusto, modelo de bondad, la perfección bajo todos los aspectos. Dobbin obsequiaba a su amigo con mil historias sobre el renombre de elegante y distinguida que conquistó Amelia en Bruselas y en Londres, donde mereció ser admirada por toda la sociedad culta y elevada. La lástima era que entre la madre y los abuelos echarían a perder con sus mimos a George; pero no, Joseph prevendría el daño colocando al niño en un buen colegio y encargándose de hacerle hombre distinguido y de provecho. En una palabra, tal maña se dio el comandante, que consiguió que Joseph se comprometiera a hacerse cargo de su hermana y de George.

Como se ve, los dos amigos desconocían los últimos sucesos ocurridos a la familia Sedley: ni sospechaban que la madre de Amelia hubiese muerto ni que George viviera con su abuelo paterno.

Hemos dicho antes que Dobbin entró en período de franca convalecencia no bien el buque que debía conducirle a Europa izó sus velas, pero no es verdad. El comandante continuaba enfermo, gravísimamente enfermo, dos o tres días después de haber embarcado, y ni manifestó la menor alegría cuando encontró a bordo a su antiguo amigo Joseph Sedley, ni se inició su mejoría hasta que la casualidad quiso que los dos amigos sostuviesen una conversación en el puente, adonde habían sacado a Dobbin para que respirase las puras brisas del mar. Dobbin dijo a Joseph que se moría sin remedio, que había otorgado testamento, que legaba algo a su ahijado y que deseaba que Amelia fuese muy feliz en su segundo matrimonio.

—¿Su segundo matrimonio? —repitió Joseph—. ¡No hay tal! Hasta mí llegó también la noticia, y como las cartas de mi hermana no hacían la menor alusión a su matrimonio, escribí preguntándole, y me contestó que nunca pensó en casarse, que quien se casaba era el comandante Dobbin, a quien deseaba todo género de felicidades en su nuevo estado.

Preguntó Dobbin de qué fecha eran las cartas a que se refería: Joseph se las mostró, resultando que habían sido escritas dos meses después que las que él recibió. La mejoría comenzó en aquel punto y hora.

Desde que el buque dejó atrás a Santa Elena, Dobbin dio tales muestras de animación y de alegría, que era la admiración del pasaje. Bromeaba con los marineros, jugaba con los compañeros de viaje, corría por cubierta, trepaba como un muchacho por las vergas, y hasta cantó una noche, delante de todos los oficiales del buque y del pasaje, una canción cómica que hizo desternillar de risa al auditorio. El capitán del buque, que había incluido al comandante en el número de los pobres de espíritu, hubo de confesar que era un jefe lleno de profunda reserva, pero competente, sabio y meritorio.

—Sus maneras no son prodigio de distinción —decía a su primer oficial—, no será ministro de la Guerra, pero es hombre que vale.

A diez días de distancia se encontraban nuestros viajeros de las costas de Inglaterra cuando el buque quedó inmóvil a consecuencia de una calma chicha. Dobbin se entregó a tales excesos de impaciencia y de mal humor, que maravilló a todos sus compañeros de viaje, encantados hasta ese día de su bonachonería y alegre verbosidad. Renació su alegría el día que sopló de nuevo el viento, su corazón palpitó con furia, y nuestro amigo creyó volverse loco de contento el fausto día que vio subir a bordo al práctico del puerto, y sus ojos se extasiaron contemplando las dos torres amigas de Southampton.

Capítulo LVIII

Nuestro amigo el comandante

TAL POPULARIDAD HABÍA conquistado nuestro Dobbin a bordo, que cuando en compañía de Joseph embarcó en el bote que debía dejarles en tierra, la marinería, los pasajeros, los oficiales y el capitán lanzaron tres ¡hurra!, estruendosos en honor del comandante Dobbin, quien se puso muy colorado y dobló la cabeza en acción de gracias. Joseph, persuadido de que los ¡hurra!, eran en su honor, se quitó el sombrero y lo agitó en el aire con gracia y majestad, vuelto hacia el buque. Momentos después atracaba el bote y nuestros amigos saltaban a tierra, dirigiéndose seguidamente al hotel del Rey George.

Parece que la vista de un establecimiento tan suntuoso como el hotel mencionado haya de ser tan agradable al viajero que llega de la India, que no puede menos de tentarle a permanecer algunos días en él, disfrutando de comodidades no conocidas en largo tiempo, pero no ocurrió esto con Dobbin, quien, apenas llegado al hotel, pidió una silla de posta y quiso tomar en el acto el camino de Londres. Joseph contestó indignado que no le hablase de viajes hasta el día siguiente. ¿Qué necesidad tenía de pasar la noche dando tumbos en el molesto interior de una silla de posta, cuando les esperaba un lecho de mullidas plumas que borraría de su mente la impresión de las estrecheces y molestias del camarote, donde habían venido empaquetados durante el eterno viaje? Además, hablarle de continuar la marcha sin antes recoger todo su equipaje, era ofenderle. No tuvo Dobbin más remedio que resignarse a pasar la noche en Southampton. Escribió una carta a su familia comunicándoles la noticia de su llegada y rogó a Joseph que hiciese otro tanto: Joseph prometió escribir a los suyos, pero no cumplió su palabra. En cambio mandó preparar una comida suntuosa, e invitó a su mesa al capitán y al médico del buque, y a dos o tres compañeros de viaje.

A la mañana siguiente, muy temprano, salió Dobbin de su habitación perfectamente afeitado y vestido con mayor esmero del ordinario. A decir verdad, era tan temprano, que nadie se había levantado en la casa, nadie, más que ese extraordinario camarero que se encuentra en todos los hoteles y que parece que no duerme nunca. Recorrió Dobbin los pasillos y corredores sin oír más que ronquidos. El camarero hacía su obligado recorrido recogiendo las botas que los durmientes dejaron al acostarse delante de las puertas de sus respectivos cuartos. Al cabo de un rato se levantó el criado indio de Joseph y principió a preparar el complicado aparato de fumar de su señor, aparecieron luego las criadas, quienes al topar en el pasillo con

un hombre de tan obscura tez, le tomaron por el diablo y empezaron a dar alaridos; finalmente se dejó ver el encargado de abrir la puerta del hotel, a quien ordenó Dobbin que mandase enganchar la silla de posta para salir en el acto.

Entonces dirigió Dobbin sus pasos al aposento de Joseph, y separó los cortinones que envolvían el espacioso lecho don de aquél roncaba.

—¡Arriba, Sedley! —gritó el comandante—. Ya es hora de emprender la marcha. Dentro de media hora tendremos la silla de posta delante de la puerta.

Gruñó Joseph debajo del embozo de la sábana y preguntó bostezando qué hora era. Cuando Dobbin, incapaz de mentir, le hubo confesado la verdad, Joseph se desató en una tempestad deshecha de imprecaciones y palabras gruesas que no consignaremos aquí, pero que hicieron comprender al comandante que su compañero de viaje renegaba de su compañía; que podía irse al diablo si quería, o ahorcarse si ése era su gusto, que antes la muerte que viajar con Dobbin, que era una barbaridad, un sacrilegio, acción indigna de un caballero despertar a horas tan intempestivas a quien tanta necesidad tenía de sueño. Ante granizada tan espesa de improperios se vio Dobbin en la precisión de batirse en retirada.

Llegó mientras la silla de posta y Dobbin no quiso esperar más.

No habría viajado con mayor celeridad si hubiese sido un noble inglés que recorriese los caminos por placer, o un correo con noticias para algún periódico (los correos oficiales portadores de despachos de o para el Gobierno, suelen hacer los viajes con más calma). Los postillones no salían de su asombro al recibir propinas tras propinas del liberal viajero. ¡Cuán verde y sonriente estaba la campiña, que vertiginosa parecía huir muy lejos de él! ¡Cuán alegres y animadas las villas y los pueblos! ¡Cuán amables y obsequiosos los posaderos, que salían a su encuentro prodigándole sonrisas y reverencias! Pero el comandante Dobbin a lo que prestaba más atención era a los mojones que, en el camino, indicaban la distancia que le separaba de la capital. Podía apreciarse fácilmente la impaciencia que le dominaba por ver a su familia.

Llegó Dobbin a Londres y se hizo conducir a la casa Slaughters. Largos años habían transcurrido desde que salió de ella, desde que George y él, jóvenes y ansiosos de vivir, se reunían en ella, y comían y bebían, y jugaban alegres partidas. Ahora era ya un solterón. En su cabeza abundaban mucho los cabellos blancos, habían encanecido, de la misma manera que encanecieron muchas de las pasiones de su juventud. En la puerta, sin embargo, encontró al mismo servidor que dejara diez años antes, vistiendo el traje grasiento de siempre, ostentando la misma papada y la misma cara fláccida que le conociera desde niño, y recibiéndole con la misma naturalidad y calma que hubiera demostrado si le hubiese visto cuatro días antes.

—El equipaje del comandante a su habitación, al número veintitrés —dijo John, que así se llamaba el tal servidor, sin manifestar la menor sorpresa—. Pollo asado

para la comida, supongo, ¿eh? ¿Se ha casado usted? Me aseguraron que se casaba… ¿Quiere agua caliente? ¿Por qué viene en silla de posta? ¿No le hubiera traído más cuenta venir en la diligencia?

Mientras hablaba el fiel mozo del establecimiento, cuya memoria conservaba las imágenes de todos los militares que en aquél se habían hospedado, y a quien diez años le hacían el efecto de un día, acompañaba a Dobbin a su antigua habitación, donde continuaba la vieja cama de nogal, la misma vieja alfombra, un poco más remendada quizás, el mismo viejo mobiliario de madera negra, tal como recordaba haberlo visto Dobbin la vez primera que puso los pies en la casa.

—Está usted bastante viejo, comandante —dijo John, después de examinar con calma al viajero.

—Diez años y las fiebres no son los medios más indicados para conservarse joven —contestó Dobbin riendo—. En cambio tú, John, estás siempre joven… es decir, siempre viejo.

—¿Qué habrá sido de la viuda del capitán Osborne? —preguntó John—. Era un buen muchacho el capitán… ¡Santo Dios y cómo tiraba el dinero! Desde el día que se casó no ha vuelto a esta casa… Por cierto que me debe aún tres libras esterlinas… Vea usted la nota correspondiente en mi librito: «10 de abril de 1815; capitán Osborne, libras 3». Yo no sé si me las pagaría su padre…

No bien le dejó solo John, Dobbin sacó de su baúl el traje de paisano más elegante que poseía, lo vistió, y… no pudo menos de reírse de sí mismo al contemplar reflejados en la averiada luna del tocador su cara color aceitunado y su cabeza poblada de canas.

—John me ha reconocido —murmuró entre dientes—. Creo que también me reconocerá ella.

Inmediatamente salió a la calle y tomó el camino de Brompton.

Mientras caminaba, recordaba los menores incidentes de su entrevista última con Amelia, tan frescos en su memoria como si se hubieran desarrollado la víspera. El Arco del Triunfo y la estatua de Aquiles, erigidos en Piccadilly durante su ausencia, apenas si impresionaron muy débilmente su retina; pero se sintió atacado de un estremecimiento general al entrar en la callejuela que desembocaba en la calle de Brompton, donde vivía ella. ¿Estaba para casarse o no? Vio que avanzaba hacia él una mujer que llevaba de la mano un niño de cinco años: ¿sería ella? No necesitó más para temblar como la hoja de un árbol en día de brisa fuerte. Cuando llegó frente a la casa, cuando se vio delante de la puerta, asió la cadena de la campanilla y se detuvo. Se hubiesen podido oír las palpitaciones de su corazón.

—Se haya casado o no, que Dios Todopoderoso derrame sobre ella todas sus bendiciones —se dijo para darse ánimos—. ¡Bah! No sé por qué tiemblo; es posible que ni viva siquiera aquí.

La ventana del saloncito donde ella solía pasar sus horas, estaba abierta. Se veía el piano, el mismo que le era tan conocido, y sobre él, como en los viejos tiempos, un cuadro, el mismo cuadro de siempre. La placa de cobre del señor Clapp aparecía sobre la puerta. Dobbin golpeó en ésta con el aldabón. Una muchacha risueña y fresca, de ojos brillantes y de rojas mejillas, que aparentaba tener unos dieciséis años, salió a abrir la puerta y contempló con desconfianza al comandante. Éste, pálido como un cadáver, hubo de apoyarse contra la pared. Con dificultad logró pronunciar las palabras siguientes:

—¿Vive aquí la señora viuda de Osborne?

La muchacha le miró con fijeza por espacio de algunos segundos, y al fin, palideciendo a su vez, exclamó:

—¡Santo Dios!… ¡Si es el comandante Dobbin! Pero ¿no me recuerda? —añadió, tendiéndole las dos manos—. ¿Ha olvidado a aquella niña que le llamaba el comandante Bombones?

Dobbin, por primera vez acaso en su vida, tomó a la muchacha en sus brazos y la besó. Ella comenzó a reír y a llorar histéricamente, llamó a voz en grito, salieron corriendo todos los habitantes de la casa y vieron con asombro que un hombre, que vestía levita azul y pantalón blanco, abrazaba y besaba a la jovencita.

—Soy amigo antiguo —explicó Dobbin, no sin ruborizarse—. ¿No me recuerda usted, señora Clapp? ¿Ha olvidado las sabrosas tostadas que me preparaba para el té? Soy el padrino de George y acabo de llegar de la India.

El matrimonio Clapp acompañó al comandante a las habitaciones ocupadas por el viejo Sedley, indicándole que se sentara en el sillón del padre de Amelia. Padre, madre e hija hicieron mil preguntas a Dobbin y le contaron todas las cosas que ya conocemos pero que eran ignoradas por el comandante, es decir, la muerte de la señora de Sedley y la partida de George a casa de su abuelo Osborne, y la manera como Amelia había aceptado la separación. Dos o tres veces abrió la boca para preguntar si Amelia se habla casado, y otras tantas le faltó el valor. Al cabo de mucho rato, le dijeron que Amelia había salido a pasear con su padre, a quien todas las tardes, después de comer, llevaba a los jardines.

—Tengo muchísima prisa —dijo de pronto el comandante—. Asuntos de la mayor importancia reclaman mi atención, pero quisiera tener el gusto de saludar a la señora viuda de Osborne. Si me hiciera el favor de acompañarme la niña…

La niña quedó encantada y sorprendida al oír la proposición. Manifestó que sabía dónde podrían encontrar a Amelia y que con placer especial acompañaría al comandante. Fuese a su cuarto, se arregló en un abrir y cerrar de ojos, y reapareció luciendo el mejor sombrero que tenía, un chal amarillo de su mamá y una pulsera de metal adornada con cristalitos, propiedad igualmente de su mamá.

Dobbin le ofreció el brazo, y ambos salieron a la calle llenos de alegría: el

comandante, por llevar consigo una persona amiga que estuviese presente en la entrevista que tanto temía, y la niña por ir en compañía de un caballero tan apuesto y elegante como el militar.

En el trayecto tuvieron un encuentro que, siendo de lo más sencillo y trivial, fue para Dobbin manantial de vivo placer. En una calleja se cruzaron con un caballero joven, pálido, que avanzaba entre dos mujeres que a derecha e izquierda se colgaban de sus brazos, dejándole reducido a la condición de verdadero emparedado. Una de ellas era alta, algo entrada en años, de aspecto enérgico y facciones muy semejantes a las del caballero, y la otra, bajita y rechoncha, de tez muy morena y más bien fea que guapa. Como el caballero emparedado entre las dos señoras llevaba además un quitasol, un chal, una cesta y un bastón, claro está que no le restaba brazo vacante, y por consiguiente, no pudo llevar la mano al sombrero para contestar el saludo que al terceto hizo la compañera de Dobbin.

—¿Quiénes son? —preguntó Dobbin, conteniendo con dificultad la risa.

—Es nuestro cura, el reverendo señor Binny —respondió Mary Clapp—. Una de las señoras que le acompañan es su hermana, y la otra, la bajita y regordeta, su esposa, hija de un tendero de ultramarinos. Se casaron el mes pasado y acaban de regresar de su viaje de novios. Ella tiene un capital de cinco mil libras esterlinas. El casamiento lo hizo la hermana del cura, pero parece que las cuñadas han regañado ya.

La nueva entusiasmó tanto a Dobin, que sin darse cuenta descargó un bastonazo en el suelo y comenzó a caminar con paso redoblado.

—¡Allá están! —exclamó de pronto la muchacha.

—Puede que conviniera que te adelantases para anunciarme —contestó Dobbin.

Corriendo se dirigió Mary al banco donde Amelia estaba sentada con su padre, escuchando una de las interminables historias que todos los días le repetía el viejo. Amelia vio llegar a Mary y se levantó sobresaltada, temiendo que le trajera alguna mala noticia de George.

—¡Noticias!… ¡Noticias!… —gritó la mensajera de Dobbin—. ¡Ha venido! ¡Ya está aquí!

—Pero ¿quién ha venido? —interrogó Amelia, pensando en su hijo.

—¡Mírele… allá! —contestó Mary, extendiendo el brazo en dirección al comandante.

Volvióse Amelia, vio a Dobbin, se puso encendida, y comenzó a llorar. El comandante la miró como puede suponerse el lector, y se sintió inundado de alegría al verla correr a su encuentro, tendidas las manos. No la encontró cambiada; un poquito más pálida, un poquito más gruesa, pero los mismos ojos, la misma mirada dulce. Dobbin tomó las dos manos de Amelia y las retuvo entre las suyas. No hablaba; su lengua se negaba a articular, su garganta a dar paso a los sonidos.

—Tengo que anunciar la llegada de otro —dijo Dobbin al cabo de un rato de

silencio.

—¿De su esposa? —preguntó Amelia, iniciando un movimiento de retirada.

—No —contestó Dobbin soltando las manos—. ¿Quién ha podido decir a usted desatino semejante? Me refiero a su hermano, a Joseph, que ha hecho el viaje en el mismo barco que yo, y no tardará en llegar para hacer felices a todos.

—¡Papá!… ¡Papá!… —gritó Amelia—. ¡Noticias! ¡Noticias! ¡Mi hermano está en Inglaterra! Viene a hacerse cargo de nosotros… ¡Aquí tenemos ya al comandante Dobbin!

El señor Sedley, sobresaltado y tembloroso, se incorporó tratando de concentrar sus pensamientos. Avanzó dos pasos, hizo a Dobbin una reverencia profundísima, le llamó señor Dobbin y le preguntó si seguía bien su señor padre. Añadió que pensaba devolver al último una visita que recientemente le había hecho. El padre de Dobbin le había visitado por última vez ocho años antes.

—Sus facultades mentales comienzan a flaquear —susurró Amelia al oído de Dobbin, mientras éste estrechaba con efusión las manos del viejo.

Asuntos urgentes reclamaban la presencia de Dobbin en Londres, según manifestación propia, pero aquél accedió a dejarlos para otro día a fin de no desairar al señor Sedley, quien le invitó a tomar el té en su casa. Amelia se apoderó del brazo de su amiguita del chal amarillo y emprendió el regreso a su domicilio, obligando a Dobbin a encargarse de acompañar al viejo. Éste caminaba con paso lento y haciendo frecuentes paradas, a fin de poder contar a su acompañante infinidad de historias añejas sobre su persona y la de su difunta esposa, sobre su prosperidad y su quiebra. Sus pensamientos e impresiones, conforme acontece a los ancianos, se referían a tiempos muy remotos: del presente, ni habló, ni sabía nada, excepción hecha del triste suceso de su ruina. El comandante le dejaba hablar sin interrumpirle; sus ojos y sus facultades seguían al ser querido que caminaba delante de él, a la mujer que siempre tuvo grabada en su imaginación, a la mujer cuyo nombre mezcló en todas sus plegarias, a la mujer cuya imagen le visitó en todos sus sueños y en todas sus vigilias.

Aquella tarde estuvo Amelia radiante de felicidad: con la sonrisa en los labios, derrochando actividad, y, sobre todo, gracia y elegancia, a juicio de Dobbin, hizo los honores de la casa al huésped llegado de la India. ¡Cuántas veces la soñó Dobbin como la veía en aquel instante, dichosa y alegre, pendiente de las necesidades de los viejos que la rodeaban, y sobrellevando la pobreza con encantadora sumisión y conformidad! Me guardaré muy mucho de asegurar que el gusto de nuestro comandante fuese de los más refinados, y no pretenderé convencer a nadie de que la obligación de las inteligencias superiores sea contentarse con un paraíso; donde sirvan tostadas de pan con manteca a todo pasto, manjar que en la ocasión presente bastó a nuestro amigo; lo que sí aseguraré es que paraíso pareció a Dobbin la humilde

casa de Amelia, y manjar celestial las rebanadas de pan, tanto, que no se cansaba de beber tazas y más tazas de té, cual si se hubiera propuesto ser émulo del famoso doctor Johnson.

Amelia, viendo su afición al té, animaba a su huésped, y no sin cierta expresión picaresca llenaba sin cesar su taza. Cierto que ella ignoraba que Dobbin no había comido, y que tenía cubierto puesto en Slaughters, en la misma mesa, donde tantas veces se sentó con su amigo George, cuando Amelia era una niña, cuando todavía estaba en el colegio de la señorita Pinkerton.

Lo primero que Amelia mostró a Dobbin fue la miniatura de su hijo. Como es natural, el original era incomparablemente más guapo que el retrato. Mientras el anciano estuvo despierto, Amelia apenas si habló de George, porque era muy doloroso para aquél oír pronunciar el nombre de Osborne. Seguramente ignoraba que desde hacía una porción de meses vivía exclusivamente de la largueza de su enemigo.

Dobbin narró al viejo todo lo que había pasado a bordo del Ramchunder y acaso bastante más, pues exageró no poco las benévolas disposiciones de Joseph con respecto al autor de sus días. Si hemos de dejar la verdad en su punto, diremos que Dobbin, durante el viaje, había hecho ver a su compañero que tenía sagrados deberes que cumplir con los individuos de su familia, concluyendo por arrancarle la promesa formal de que se encargaría de su hermana y de su sobrino; también hizo desaparecer la irritación de Joseph en lo referente a las letras de cambio giradas por el anciano contra él, explicándole riendo que no fue Joseph solo quien sufrió las consecuencias de la famosa remesa de vino, porque también él se vio favorecido con otra de la misma procedencia y en cantidad tan enorme, que le puso a dos dedos de reñir con todos sus amigos. En una palabra: Dobbin, que conocía a fondo a Joseph, aduló su amor propio y logró hacer que sus sentimientos, que por naturaleza no eran malos, estuviesen lo mejor dispuestos con respecto a su familia.

No sin cierto rubor confieso que William Dobbin estiró y forzó tanto la verdad, que llegó a decir al viejo Sedley que la causa del regreso de Joseph a Europa había sido especialmente el deseo de volver a verle.

A la hora acostumbrada, el señor Sedley comenzó a roncar en su sillón, circunstancia que permitió a Amelia iniciar la conversación que deseaba ardientemente, y que se refería exclusivamente a George. No hizo la menor alusión al dolor que le produjo la separación, porque aquella santa mujer, aunque sufría lo indecible desde que su tesoro no estaba a su lado, consideraba criminal arrepentirse de haberle perdido, pero en cambio habló extensamente y con entusiasmo de las virtudes, del talento, del porvenir brillantísimo que a su hijo esperaba. Describió su hermosura angelical, narró mil sucesos que ponían de relieve su generosidad y grandeza de alma, dijo que una duquesa de estirpe real le había detenido y dirigido la palabra en los jardines de Kensington, ponderó la magnificencia que le rodeaba desde

que vivía con su abuelo, dijo que tenía caballo y *groom*, que hacía prodigios en el colegio dirigido por el sabio reverendo Lawrence Veal.

—Sus conocimientos son extensísimos —decía Amelia—, lo sabe todo. En las veladas literarias que da el reverendo Lawrence, se encarga siempre de los papeles más difíciles y de mayor lucimiento. Usted, William, que es muy instruido, usted que tanto sabe, que tanto ha leído, que es tan inteligente y culto… No mueva usted la cabeza, ni me diga que no, que recuerdo habérselo oído decir a él muchas veces… usted, repito, se entusiasmaría si asistiese a las veladas del señor Veal. Las celebra todos los últimos jueves de mes. El señor Veal está encantado con mi George: dice que en el foro, en la magistratura, en el Senado, en política, no existe puesto, por encumbrado que se le suponga, al que no pueda aspirar mi hijo. Vea usted esa pequeña muestra de su talento —añadió, sacando de un mueble una hoja de papel—. Es una composición suya… Léala.

La composición decía lo siguiente:

> Sobre el egoísmo. De todos los vicios que degradan al género humano, es el egoísmo el más odioso y despreciable. El amor desordenado al Yo, arrastra a los hombres a la comisión de los crímenes más monstruosos y ocasiona, con lamentable frecuencia, la ruina de las Naciones y de las Familias. De la misma manera que un hombre egoísta sume a su familia en los profundos abismos de la miseria, así un rey egoísta arruina a su pueblo y muchas veces hace descargar sobre él los horrores de la guerra.
>
> Por ejemplo: el egoísmo de Aquiles, puntualizado por el poeta Hornero, desató mil desventuras sobre los griegos (Hornero, Iliad. C. 2); el egoísmo de Napoleón Bonaparte ocasionó innumerables guerras en Europa y fue causa de que él mismo fuese a morir en una mísera isla, la de Santa Elena, perdida en las soledades del océano Atlántico.
>
> Estos ejemplos nos demuestran que no debemos consultar nuestro interés y ambición personal, sino también los intereses de nuestro prójimo.
>
> GEORGE OSBORNE
> Gimnasio Minerva, 24 de abril de 1827

—Ya ve usted, mi querido Dobbin —dijo Amelia—. A sus años escribir una composición tan elocuente, tan filosófica, y hasta comentar autores griegos… ¿Verdad que es portentoso? ¡Oh, William! ¡Qué tesoro me envió Dios cuando me dio este hijo! ¡Es el consuelo de mi vida… y la imagen viva del que está en el cielo!

«¿Debo guardarle rencor por su fidelidad?», pensaba Dobbin. «¿Debo estar celoso de un amigo que duerme en la tumba, o considerarme ofendido porque un

corazón como el de Amelia sólo pueda amar una vez y para siempre? ¡Ah, George, George, cuan poco supiste apreciar el tesoro que tenías en tu mujer!».

Cruzaron estas reflexiones por la mente de William mientras estrechaba las manos de Amelia entre las suyas y ésta se pasaba el pañuelo por los ojos.

—¡Mi buen amigo! —continuó ella—. ¡Cuánta bondad, cuánta abnegación ha tenido usted siempre para mí! Me parece que papá despierta… Mañana irá usted a ver a mi George, ¿verdad?

—Mañana me será imposible —contestó Dobbin—. Tengo mil asuntos que resolver.

No quería confesar que todavía no había visto a sus padres ni a su querida hermana Annie, omisión que censurarán todos mis lectores.

Despidióse de Amelia, dejando las señas de su domicilio para cuando llegase Joseph.

A su llegada al establecimiento Slaughters, encontró frío el pollo asado, como no podía menos de suceder, y frío lo comió. Como sabía que su familia se recogía temprano, no quiso molestarla visitándola a hora que comenzaba a ser intempestiva, y se fue, después de cenar, al teatro Haymarket, donde desearemos que se divierta.

Capítulo LIX

El antiguo piano

LA VISITA DE DOBBIN dejó al señor Sedley en estado de viva excitación. Su hija no pudo lograr de él que aquella noche se entregase a sus ocupaciones y distracciones ordinarias. Hasta hora bastante avanzada anduvo el viejo abriendo armarios y gavetas, desatando legajos de papeles con manos temblorosas y poniéndolos en orden para presentarlos a Joseph a la llegada de éste. Clasificó los recibos, las cartas cruzadas con sus abogados y corresponsales, los documentos referentes al proyecto de vinos, que fracasó cuando presentaba las más halagüeñas perspectivas por culpa de un accidente desgraciado, al proyecto de carbones, que no trajo a su caja montones de oro por faltarle el capital inicial, al proyecto de aserraderos mecánicos y aprovechamiento del serrín, etc., etc. Gran parte de la noche se la pasó el viejo preparando los documentos, yendo y viniendo de una habitación a otra y llevando con mano temblona la luz medio apagada.

—Aquí lo del vino, aquí lo del serrín, aquí lo de los carbones, aquí mis cartas de Calcuta y Madras, aquí las que he recibido de William Dobbin, aquí las de Joseph Sedley —decía el anciano—. No encontrará la menor irregularidad: yo te lo aseguro, Amelia.

—No creo que Joseph se tome la molestia de leer eso, papá —contestaba Amelia, sonriendo.

—Tú no entiendes palabra de negocios, querida —replicaba el viejo con mucha gravedad.

Debo confesar que en efecto, Amelia era una ignorante en lo referente a negocios, y añado que es una lástima que haya personas que no lo sean.

A la mañana siguiente, Amelia encontró a su padre más agitado de espíritu que nunca.

—He dormido muy poco, mi querida Amelia —explicó el viejo—. La imagen de mi pobre difunta me ha acompañado toda la noche. Pensaba en ella, y lamentaba que no haya vivido bastante para poder pasear de nuevo en el lujoso carruaje de Joseph. En tiempos mejores tuvo el suyo, y por cierto que hacía muy buena figura en él.

Los ojos del pobre viejo se llenaron de lágrimas, que no tardaron en rodar por sus arrugadas mejillas. Amelia se las secó, le besó sonriendo con dulzura, le hizo luego la corbata, confeccionándole un lazo de los más elegantes, sujetó a aquélla su alfiler de oro, pobre reliquia de su pasada grandeza, y le hizo vestir el traje de los días de fiesta. De esta suerte ataviado, el anciano permaneció todo el día sentado en el diván,

esperando la llegada de su hijo.

En la calle principal de Southampton tienen sus establecimientos algunos sastres que suelen exponer en sus lujosos escaparates soberbios chalecos de refinado gusto y exquisita elegancia, juntamente con figurines de la última moda. Aunque Joseph venía provisto de todo cuanto en materia de elegancia produce Calcuta, pensó que no era digno de su persona presentarse en la capital sin llevar uno o dos trajes nuevos, juntamente con algunos chalecos de fantasía, y alguna otra cosilla que realzase su siempre famosa fastuosidad. Adquirió, pues, dos trajes completos, con los cuales, y con un chaleco de terciopelo de seda encarnada, sembrado de abundantes mariposas de oro, y otro de tela riquísima a rayas encarnadas, negras y blancas, amén de unas medias de seda azules, y un alfiler de oro que representaba un jinete en esmalte saltando una cerca de brillantes, creyó que podía hacer su entrada en Londres con relativa dignidad.

La confección de los trajes y de los chalecos para un hombre de su volumen y dignidad no podía durar menos de un día, parte del cual dedicó Joseph a proporcionarse un criado que cuidase de su persona y de la de su indígena, y a dar las instrucciones oportunas a su agente para que desembarcase su equipaje, sus baúles, cajas, libros, que nunca leía, fardos de bastones y otros objetos importados de la India, tales como chales destinados a personas que no conocía y el resto de su *persicos apparatus*.

Al fin, al tercer día, emprendió su viaje a Londres, acompañado por el indígena, que tiritaba de frío y castañeteaba los dientes bajo su capotón de abrigo, y su nuevo criado europeo. Con tal majestad fumaba Joseph su pipa, que cuantos le veían pasar creían que era por lo menos un gobernador general.

Aseguro bajo mi honrada palabra de caballero que él no rechazaba las solícitas invitaciones de los venteros del camino o de los hosteleros de los pueblos; antes por el contrario: condescendiente con ellos, desmontaba para tomar un refresco en cuantos lugares hallaba al paso, y como quiera que antes de salir de Southampton se había obsequiado con un almuerzo copiosísimo, y en Winchester tomó cuatro copas de jerez, y en Alton hubo de hacer honor a la cerveza, que tanta fama ha dado a la población, y en Farnham tomó un ligero refrigerio, es decir, unas anguilas, tres o cuatro chuletas, legumbres y una botella de rico clarete, y en Bagshot no tuvo más remedio que aceptar unas copitas de brandy, cuando llegó a la capital estaba tan repleto de vino, de cerveza, de carne, de jerez, de brandy y de tabaco, como la despensa de un buque en el momento de levar anclas para hacer la travesía del Atlántico. Declinaba el día cuando nuestro buen amigo llegó al barrio de Brompton, adonde el cariño paterno le llevó en primer término, antes de visitar las habitaciones que por su encargo le había tomado Dobbin en la casa Slaughters.

Todos los vecinos de la calle estaban en las ventanas. La criadita de la casa corrió a la verja de entrada, la señora de Clapp y su hija miraban por el tragaluz de la cocina, y Amelia y el viejo Sedley esperaban al viajero en el pasillo que daba acceso al salón. Joseph descendió de la silla de posta en estado lamentable, y avanzó apoyado sobre su criado de Southampton y su congelado indígena, cuya cara, ordinariamente de color tabaco maduro, había tomado tonos lívidos, consecuencia del frío.

De propósito cerraremos la puerta para que los indiscretos no puedan presenciar la entrevista de Joseph con su anciano padre y con su dulce y sensible hermana. El viejo quedó vivamente afectado, casi tanto como su hija y mucho más que Joseph, en cuya alma también hizo presa la emoción, pues el ser más egoísta suspira alguna que otra vez por su hogar cuando de éste se ha encontrado ausente diez años. Joseph sintió realmente gran placer al estrechar la mano al autor de sus días, no obstante el enfriamiento pasajero que entre uno y otro habían determinado las empresas comerciales del segundo; se alegró de ver a su hermana, tan dulce y simpática como siempre, y miró con pena las arrugas que las privaciones, la indigencia, la desgracia y los años habían abierto en las facciones del viejo, minado por tan crueles pruebas. Amelia había salido hasta la puerta y le deslizó algunas palabras al oído para hacerle saber la muerte de su madre y recomendarle que no la mentase delante de su padre. Verdad es que Amelia pudo prescindir de la prevención, toda vez que el anciano habló en el acto de tan lamentable asunto y lo hizo vertiendo lágrimas abundantes.

Sin duda fue muy satisfactorio el resultado de esta primera entrevista, porque cuando Joseph volvió a montar en la silla de posta para ser conducido a la fonda, Amelia abrazó tiernamente a su padre y le preguntó con risas y llanto si no tenía razón ella cuando le aseguraba que su hijo atesoraba un corazón de oro.

En efecto: Joseph Sedley, afectado por la posición humilde en que encontró a los suyos, y cediendo a la emoción natural de los primeros momentos, declaró que no consentiría que sufriesen más privaciones, y que, mientras él permaneciera en Inglaterra, y creía que su estancia sería larga, de su padre y de su hermana sería cuanto él tuviese. Añadió que Amelia haría a maravilla los honores de su mesa hasta tanto hubiese de hacer los de su propia casa.

Amelia movió tristemente la cabeza y recurrió, como de ordinario, a las lágrimas. Había entendido perfectamente la significación de las palabras últimas de su hermano, quien se refería al mismo asunto que fue objeto de extensos comentarios, provocados por su amiguita y confidente Mary Clapp, la noche misma de la llegada de Dobbin.

La impetuosa muchacha no pudo contenerse y habló del descubrimiento que había hecho, describiendo la explosión de alegría que reveló el comandante al encontrarse en la calle con el señor Binny y su mujer y saber que no debía temer la

competencia de aquel rival.

—¿No observó usted su agitación cuando le preguntó si estaba casado? Con qué vivacidad contestó: «¿Quién ha podido decir a usted desatino semejante?». ¡Ah, señora! ¡Ni un instante separó sus ojos, de usted! Segura estoy de que a fuerza de pensar en usted le han salido los cabellos blancos que llenan su cabeza.

Amelia, alzando los ojos, los puso en los retratos de su marido y de su hijo, colgados sobre la cabecera de su cama, y dijo a su *protegée* que nunca más volviese a hablarle del asunto, que el comandante Dobbin había sido el mejor amigo de su marido y el protector más afectuoso y abnegado de su George y de ella misma, que le quería como a un hermano, pero que la mujer que había tenido la dicha de ser la esposa de un ángel como aquél (con el brazo extendido señaló al retrato de George) no podía ni pensar en nuevos lazos matrimoniales. Mary exhaló un suspiro, pensando en la resolución que ella tomaría si llegara a morir Tomkins, el galán que la perseguía con sus miradas en la iglesia, y que tal desconcierto había creado en su pobre y timorato corazón con sus insinuaciones agresivas, que la cuitada no ansiaba más que capitular cuanto antes.

Y no queremos decir que Amelia, sabedora de la pasión que consumía al comandante, pensase en reprender a éste ni sintiese el menor disgusto contra él. ¿Qué mujer podía molestarse porque un corazón tan leal y sincero como el de Dobbin la hiciera objeto de sus adoraciones? Desdémona no se enfadó con Cassio, y cuenta que no puede dudarse que se dio cuenta del amor que había encendido (aparte de que creo firmemente que en el fatal asunto que todos conocemos ocurrieron muchas cosas que no sospechó siquiera el digno moro). Miranda trató con encantadora dulzura y amabilidad a Caliban, sin llegar a alentarle, eso no. De la misma manera Amelia estaba resuelta a no alentar a su admirador Dobbin: le dispensaría su amistad, le trataría con el afecto a que su fidelidad le hacía acreedor, con franqueza y cordialidad perfectas, mientras aquél guardase dentro de su pecho sus secretos pensamientos de amor: el día que le hiciera proposiciones, ella hablaría y pondría término definitivo a unas esperanzas que nunca debió abrigar, sencillamente porque jamás podían trocarse en realidades.

Amelia durmió muy tranquila aquella noche, después de su conferencia con Mary, y hasta disfrutó de mayor alegría que de ordinario, no obstante retardar Joseph su llegada.

«Celebro de veras que no se haya casado ni piense casarse con la señorita O’Dowd», pensaba. «No es posible que una hermana del coronel O’Dowd sea capaz de hacer la felicidad de un caballero tan completo como Dobbin».

Pensó también si entre el reducido círculo de personas que conocía y trataba había mujer digna de nuestro amigo, y no la encontró: la hermana del pastor Binny era demasiado vieja y de carácter áspero como el erizo; su cuñada Jeannie tenía también

demasiados años; Mary Clapp era muy joven.

Cesó la suspensión de la familia con la llegada del cartero, quien trajo a Amelia una carta de Joseph, en la que le anunciaba que, rendido por las fatigas de su largo viaje, no saldría de Southampton hasta el día siguiente por la mañana, para llegar a Londres al atardecer.

El mismo día recibió también Dobbin carta del compañero que dejó en Southampton. Excusábase Joseph Sedley, achacando a una condenada jaqueca y al hecho de encontrarse en el primer sueño el acceso de furia que le acometió al ser despertado por Dobbin, rogaba a éste que le dispensase y suplicábale que tomase habitaciones para él y sus criados en el establecimiento de Slaughters.

Tan a gusto se encontraba Joseph en la fonda mencionada, donde podía fumar cuantas pipas le viniese en gana sin molestar a nadie, e ir a los teatros cuando a bien lo tuviera, que probablemente no habría pensado en buscar nuevo domicilio de no haber sido por William Dobbin, quien le acosó y apremió tenaz hasta que le decidió a cumplir la promesa hecha de tomar casa propia y llevar a ella a Amelia y a su padre. Como quiera que Joseph, en medio de todo, era un instrumento dócil en manos de cualquiera, y Dobbin, negligente en cuanto le afectara personalmente, era la actividad personificada tratándose de la conveniencia o utilidad del prójimo, no costó mucho trabajo a este acabado diplomático el someter a sus artes inocentes al civil, y conseguir que tomase, dejase o alquilase, siguiendo en todo sus indicaciones. El criado indio fue embarcado de nuevo para Calcuta en el Lady Kicklebury —barco de una compañía en la que tenía intereses sir William Dobbin—, pero previamente hubo de enseñar al criado europeo de Joseph el arte de cocinar el curry y de preparar las pipas. Joseph encontró agradable ocupación en la vigilancia de la construcción de un suntuoso carruaje y en la adquisición de un par de hermosos caballos. En este tren paseaba por el parque e iba a invitar a sus amigos de la India. No era raro ver a Amelia junto a él, y al comandante Dobbin en el asiento trasero del coche. En otras ocasiones era el señor Sedley y su hija los que le utilizaban. Les acompañaba la señorita Clapp, que gozaba sobremanera si en el camino se cruzaban con el señor Tomkins.

Poco después de la primera visita de Joseph a la humilde casita de Brompton, en la cual los Sedley habían vivido diez años, ocurrió una escena altamente conmovedora. El coche de Joseph, no el lujoso, que se hallaba en período de construcción, sino el que había tomado temporalmente, llegó un día para llevarse definitivamente al anciano Sedley y a su hija. Las lágrimas que la familia Clapp derramó con tan triste motivo fueron verdaderamente sinceras. Ni una palabra dura salió de los labios de Amelia durante el largo tiempo de convivencia e intimidad de trato; antes por el contrario, su dulzura, su bondad, fueron siempre las mismas, aun en las ocasiones en que la señora Clapp reclamó con cierta acritud el pago de las

cantidades que por alquileres vencidos adeudaban los Sedley.

En cuanto a Mary, su pena fue tan acerba, que renunciamos a pintarla. Desde muy niña estaba acostumbrada a ver a Amelia todos los días y a todas las horas, y el trato continuo engendró un cariño tan apasionado, que, cuando se presentó frente a la casa el carruaje que debía llevarse a la que tan buena fue siempre para ella, se desmayó en los brazos de Amelia, no menos contristada que la muchacha. No es de extrañar: Amelia la quería como a hija; por espacio de once años vivieron en comunión constante. Como es natural, convinieron que Mary iría cuantas veces le fuera posible a la gran casa donde en lo sucesivo viviría la viuda, y donde no sería tan feliz, así lo aseguraba la muchacha, como había sido en la humilde choza de sus padres.

Es de desear que Mary se engañase en sus apreciaciones, pues los días felices de Amelia en la casita de los Clapp fueron por desgracia muy contados. Muy buena, muy dulce era Amelia; pero seguramente no deseaba volver a la casa donde vivió oprimida, seguramente no deseaba volver a convivir con la mujer que la tiranizó brutalmente cuando se encontraba de mal talante, o los Sedley retardaban el pago de los alquileres, o la trató con grosera familiaridad cuando le vino en gana, lo que es tan odioso como lo primero. Cierto que cuando vio que para Amelia soplaban vientos de prosperidad, la aduló sin mesura, visitó su nueva casa y prodigó frases de admiración, ensalzó todos los muebles, todos los objetos de ornato, ponderó la riqueza de los vestidos regalados por Joseph a su hermana, y dijo que aun siendo tan preciosos no eran dignos de tan encantadora dama. Pero Amelia, en aquella aduladora vulgar que tan rastreramente la hacía ahora la corte no podía menos de ver al brutal tirano de otros tiempos, a la orgullosa que en días azarosos le echaba en cara su escasez de recursos, a la ineducada que vociferaba contra sus extravagancias, si alguna vez compraba alguna cosita apetitosa para sus padres enfermos, a la mujer que la menospreció y pisoteó mientras la vio humilde y pobre.

Amelia regaló a su amiguita Mary todo cuanto tenía en la casa de sus padres, de la que únicamente sacó los dos retratos que pendían de la pared, a la cabecera de su cama, y el piano, instrumento muy viejo y deteriorado, pero que quería conservar por motivos especiales. Se lo habían regalado sus padres, era muy niña cuando sus dedos recorrían su teclado, lo perdió, y le fue regalado por segunda vez por quien lo salvó del naufragio general de la casa.

Placer inmenso experimentó William Dobbin cuando, al velar por la instalación de Joseph en su casa, vio llegar del barrio Brompton el piano viejo que conocía muy bien. Amelia quiso colocarlo en un lindo saloncito del segundo piso próximo a las habitaciones de su padre, y donde éste solía pasar las veladas.

Cuando los mozos de cordel colocaron el instrumento en la habitación mencionada, Dobbin, sin fuerzas para refrenar su júbilo, dijo con entonación sentimental:

—Con toda mi alma me alegro que lo haya conservado usted tan cuidadosamente, Amelia. Temía que ahora no se acordase usted de él.

—Para mí, no hay en el mundo otra cosa de más valor que este piano —respondió Amelia.

—¿De veras, Amelia? —exclamó entusiasmado Dobbin, dando por supuesto que la viuda sabía que el piano le fue regalado por él—. ¿Será posible?…

Temblada en sus labios la gran pregunta; iba a formularla, cuando su interlocutora se adelantó diciendo:

—¿Le admira lo que no puede ser más natural? ¿Por ventura no fue él quien me lo regaló?

—¡Ah! ¡Lo había olvidado! —exclamó Dobbin mohíno y desconcertado.

No prestó Amelia atención en el primer momento a la expresión de desencanto y angustia que reflejó la cara de Dobbin, pero pensó en ello más tarde, y a fuerza de reflexionar, adquirió la dolorosa certidumbre de que fue William y no George, como ella suponía, quien le había regalado el piano. No era, pues, un obsequio de su marido, el único que creía haber recibido de él, no era un recuerdo suyo aquel instrumento que en tanto estimaba, no era una reliquia del muerto: era un mueble sin valor alguno. Cuando su padre le rogó que tocase, contestó que el piano estaba desafinadísimo, que tenía jaqueca, que no podía tocar.

Pasado el primer momento de amargura, se echó en cara, como tenía por costumbre, su egoísmo, y decidió desagraviar a William, reparar la falta cometida. En efecto: pocos días después del incidente narrado, en ocasión en que se encontraban los dos en el salón con Joseph, y éste descabezaba un sueñecito durante la digestión de la comida, dijo Amelia con voz tímida:

—Tengo que pedirle perdón, William.

—¿Perdón? ¿A propósito de qué?

—A propósito… a propósito del piano. Nunca le he dado las gracias por habérmelo regalado… hace muchos años, muchos… antes de mi matrimonio. Yo creía que el regalo venía de… otro… Gracias, muchas gracias, William.

Amelia tendió la mano a su interlocutor: sonreía su cara, pero su corazón sangraba. Sus ojos se llenaron muy pronto de lágrimas.

—Amelia —dijo Dobbin sin poder contenerse—. Yo compré ese piano, lo compré para usted, porque la amaba entonces como la amo ahora. No me es posible seguir callando: creo que la amo desde el día que la vi por vez primera, el día que George me presentó en su casa para darme a conocer a la Amelia que en su día sería la compañera de su vida. Era usted una niña, vestidita de blanco… la llamaron y bajó usted cantando… ¿lo recuerda? Luego nos fuimos a Vauxhall. Desde entonces, para mí no ha habido en el mundo más que una mujer, y esta mujer era usted. Doce años han transcurrido, y en ese lapso, creo que no he pasado una hora entera sin pensar en

usted. Quise decirle lo que ahora digo antes de irme a la India, pero me pareció usted tan indiferente, tan fría, que no tuve valor para hacer la confesión. Mi presencia o mi marcha no tenían para usted la menor importancia.

—¡Ah! ¡Fui una ingrata! —exclamó Amelia.

—Ingrata no, sino indiferente —continuó Dobbin con tono de desesperación—. Por supuesto, que no merezco yo inspirar otros sentimientos a una mujer, bien lo sé. Leyendo estoy en su interior: está usted desilusionada desde que ha sabido quién le regaló el piano; le destroza el alma que éste venga de mí y no de George. Un olvido de momento hizo que yo hablase de lo que nunca debí hablar: perdone ése mi atolondramiento momentáneo, y olvide que en mi necia vanidad haya llegado a creer que unos cuantos años de constancia y de cariño sin límites llegaran a engendrar en su alma sentimientos de correspondencia.

—Ahora es usted el cruel, amigo mío —replicó Amelia animándose a su vez—. George fue mi marido en la tierra y es mi marido desde el cielo. ¿Cómo puedo yo amar a ningún hombre, si todo mi amor continúa siendo de George? Suya soy hoy, tan suya como el día que usted me vio por vez primera, William. Fue George quien me hizo ver lo bueno y generoso que usted es, quien me enseñó a quererle como a un hermano. ¿No ha hecho usted desde que murió George todo cuanto ha podido por mi hijo y por mí? ¿No fue siempre nuestro protector más generoso, nuestro amigo más querido? ¡Ah! ¡Si hubiese regresado algunos meses antes, probablemente me habría evitado aquella cruel separación… que no sé cómo no me envió al sepulcro, William! … Pero no vino usted, y eso que lo pedí a Dios con todo fervor, y separaron al hijo de la madre… me quitaron a mi George… ¡Oh! ¡Qué corazón tan noble tiene mi hijito! … ¡Quiérale usted mucho, William… Sea siempre su amigo y el mío!

Amelia inclinó la cabeza, apoyándola sobre el hombro del comandante; éste la atrajo hacia sí y depositó un beso respetuoso en su frente.

—Seré siempre el mismo, Amelia querida —dijo—. No pido más que su cariño… no deseo más que estar cerca de usted, verla con frecuencia.

—Sí, William, siempre que quiera.

Pudo, pues, Dobbin ver a Amelia con toda libertad, y hasta cifrar esperanzas en el porvenir… a la manera que el rapazuelo que no tiene un penique puede suspirar delante del escaparate de una pastelería.

Capítulo LX

Retorno al gran mundo

LA FORTUNA COMIENZA a sonreír a Amelia. Viva alegría nos produce verla salir de la humilde esfera en que ha venido arrastrándose tanto tiempo y penetrar en otra más brillante y elevada, no tan elevada, no tan brillante como aquella en que encontramos a nuestra amiga Becky, pero lo bastante para que resulten fundadas sus pretensiones al refinamiento y porte aristocrático. Los amigos de Joseph pertenecían todos a las tres presidencias, y su nueva casa era un lujoso inmueble del distrito angloindio, cuyo centro es la plaza Moira. Plaza de Minto, calles Gran Clive, Warren Hastings, Ochterlony, plaza Plassy, Terraza Assaye (todavía no se daba en 1827 el poético nombre de «jardines» a las casas de estuco con su correspondiente terraza de asfalto), ¿quién no os conoce? ¿Quién ignora que fuisteis moradas respetables de la aristocracia india, el barrio que el señor Wenham llama «negro agujero»? La posición de Joseph no le permitía vivir en la plaza Moira, cuyas casas únicamente estaban al alcance de los miembros retirados del Consejo y los interesados en los grandes negocios indios (los cuales solían declararse en quiebra después de poner cien mil libras esterlinas a nombre de sus señoras, y se conformaban con disfrutar de la miseria de cuatro mil libras de renta anual); se conformó con alquilar una casa de segundo o tercer orden de la calle Gillespie, y compró las alfombras, los espejos de gran precio y el rico mobiliario del infortunado señor Scape, quien embarcó la suma de setenta mil libras esterlinas, fruto de una larga vida de honrado trabajo, en la gran casa de Calcuta de los señores Fogle, Fake y Cracksman, a raíz de haberse retirado de los negocios el primero de los señores mencionados con una fortuna de príncipe, y poco antes de que quebrase la casa, dejando un pasivo de un millón de libras esterlinas y sumiendo en la miseria a la mitad de la población indiana.

Arruinado Scape a los sesenta y cinco años de edad, embarcó para Calcuta con objeto de liquidar los negocios de la casa; su hijo hubo de salir del colegio de Eton, donde estudiaba; sus hijas Florencia y Fanny se fueron a Boulogne, juntamente con su madre, donde se retiraron tan bien, que probablemente no volveremos a dar con ellas, y Joseph tuvo el placer de hollar bajo sus pies las mullidas alfombras de la mansión de los Scape, y admirar su rostro en las magníficas lunas que tiempo antes reflejaron las lindas y simpáticas caras de aquéllas.

Joseph se instaló con modestia. El mayordomo se encargó también de las funciones de ayuda de cámara, y no se permitía más borracheras de las que es uso y costumbre entre los mayordomos de casas modestas que tratan con ciertas

consideraciones los vinos de sus señores; Amelia disfrutó de los servicios de una doncella, nacida y crecida en el barrio donde vivían los Dobbin, excelente muchacha cuya humildad y dulzura desarmaron las prevenciones de la viuda de Osborne, asustada al principio a la sola idea de tener doncella que la sirviese, porque no sabía cómo utilizar sus servicios y temía perder todo su prestigio como señora de la casa, porque nunca supo hablar a los criados más que con finura reverencial.

Eran muchas las personas que ahora visitaban a Amelia. La madre y las hermanas de Dobbin, encantadas por su cambio de fortuna, frecuentaban mucho su trato, y Jeannie Osborne no era de las que con menos frecuencia se presentaban en su casa. Decíase que Joseph era inmensamente rico, y hasta el viejo y áspero señor Osborne veía con buenos ojos que su nieto George heredase las riquezas de su tío a la par que las suyas.

—Quiero que mi nieto sea un gran personaje —decía—; quiero verle ocupando un escaño en el Parlamento… Yo he jurado no ver nunca a su madre, y dicho se está que he de cumplir el juramento, pero tú puedes ir cuando te plazca a su casa.

Y Jeannie iba a ver a Amelia.

Las visitas de su hijo menudearon también más que antes: dos veces a la semana comía George en la calle Gillespie, donde ejercía el mismo dominio absoluto que en la plaza Russell.

Trataba con el mayor respeto al comandante Dobbin, cuya presencia le imponía modestia en su actitud y moderación en sus actos. Era un muchacho listo y comprendía que no debía jugar con el comandante. No podía menos George de admirar la sencillez de su padrino, su buen humor constante, sus muchos conocimientos, el culto que rendía a la verdad y a la justicia. No había encontrado el niño hombre tan ejemplar como Dobbin, e instintivamente le amaba y respetaba. En sus frecuentes paseos por los parques, George caminaba asido a la mano de su madre, mudo, juicioso, escuchando extasiado las conversaciones del comandante. Éste hablaba al niño de su difunto padre, de la India, de la gloriosa jornada de Waterloo, de todo menos de su persona. Si alguna vez George asomaba la oreja de su orgullo, Dobbin le hacía blanco de sus burlas, lo que a Amelia le parecía cruel. Un día que le llevó al teatro, y el niño dijo que no quería ir a butacas porque le parecía demasiado vulgar, le acompañó a un palco, le instaló en él, y le dejó solo, bajando el comandante a la platea, pero, a poco de sentado, sintió que alguien le echaba los brazos al cuello. Era George, que había comprendido la necedad de su conducta, y abandonaba las regiones elevadas para sentarse junto a la única persona que le merecía verdadero respeto. Una sonrisa de satisfacción y de ternura iluminaba entonces el rostro del comandante, cuyos ojos se volvían amorosos hacia el diminuto hijo pródigo.

No se cansaba nunca George de cantar a su madre los elogios de Dobbin.

—Le quiero mucho, mamá —decía el niño—, porque sabe muchas cosas y no se

parece al señor Veal, quien no sabe hablar más que moviendo mucho los brazos y empleando palabras enrevesadas que no entendemos. Dobbin sabe el latín como el inglés, y habla francés, y todo lo entiende; cuando salimos juntos a paseo, me cuenta muchas historias sobre mi papá, sin decirme nunca nada de él, pero yo he oído decir al coronel Buckler, hablando con mi abuelo, que es uno de los militares más bravos del ejército y que en las guerras se ha distinguido mucho. Me acuerdo que mi abuelo contestó: «¿Distinguirse ese individuo? Siempre creí que era un infeliz de los que no sirven para nada». Pero yo sé que sirve, que vale mucho; ¿verdad, mamá, que vale mucho?

Si entre el comandante y el niño existía un cariño recíproco muy grande, en cambio no le había entre el niño y su tío. Remedaba el sobrino algunas de las frases peculiares del tío e imitaba sus movimientos y ademanes con tal gracia, que era imposible verle sin desternillarse de risa. Con gran trabajo contenían su hilaridad los criados cuando George, en la mesa, parodiaba la cara de su tío o empleaba algunas de sus frases favoritas al pedir algo. Dobbin, con toda su seriedad, prorrumpió más de una vez en carcajadas provocadas por las muecas y gestos burlescos de George, siendo de advertir que si éste no se burló de Joseph en sus mismas barbas fue porque lo impidieron las reprensiones de Dobbin y las súplicas de Amelia. El digno funcionario se percató muy pronto de que el niño le hacía burla, de que le creía un asno y de que estaba más que dispuesto a ponerle en ridículo; para evitarlo, en cuanto anunciaban que George vendría a comer con su madre, se acordaba de que tenía compromiso de comer en el casino. Hemos de confesar que las ausencias de Joseph no producían extremos de sentimiento en la casa: en tales ocasiones, el viejo Sedley abandonaba su retiro y se presentaba en el salón, al cual acudía invariablemente Dobbin. De éste podía decirse con toda propiedad que era el *ami de la maison*, toda vez que quería y era querido por el viejo, Amelia le distinguía con su amistad, George le adoraba y Joseph le respetaba como a asesor y consejero.

Annie Dobbin solía decir que su hermano frecuentaba la casa de sus padres tanto como cuando se encontraba en Madras.

Llevaba Joseph una vida noblemente ociosa, como cuadra a una persona de su importancia. Una de las primeras decisiones que adoptó, fue hacerse socio del Club Oriental, donde pasaba todas las mañanas departiendo con sus hermanos los indianos, y donde comía muchas veces: cuando no comía en el club, llevaba socios del club a comer a su casa.

No tenía Amelia más remedio que recibir y agasajar a aquellos caballeros y sus señoras. De boca de éstas supo Amelia que Smith no tardaría en tener asiento en el Consejo, que Jones había traído de la India un capital fabuloso, que la casa Thomson, de Londres, se negó a recibir letras giradas por la casa Thomson, Kibobjee y Compañía, de Bombay, que se susurraba que también estaba a punto de suspender sus

pagos la casa del mismo nombre de Calcuta, que la conducta de la señora Brown fue altamente imprudente, si no criminal, durante su viaje a Europa, pues se pasaba las horas muertas en conversación familiar con el teniente Swankey, y se perdió con éste dos o tres veces el día que el buque hizo escala en El Cabo, etc., etc.

Los caballeros, casi sin excepción, adoraban el continente dulce y refinado sin pretensiones ni artificios de Amelia. Los galantes jóvenes del servicio de la India que pasaban en Londres sus licencias, que se hospedaban en los grandes hoteles del West End, que se exhibían en los teatros y llamaban la atención guiando sus carruajes en los parques, confesaban que Amelia era encantadora, la rendían tributo de admiración, se descubrían al cruzarse con ella y solicitaban el alto honor de ser admitidos en su casa. Un día, Dobbin encontró al teniente Swankey, galán peligroso y el más reputado Don Juan del ejército de las Indias, en conversación animada con Amelia, a la cual hacía una descripción elocuente y humorística de la caza de los cerdos salvajes. A partir de aquel día, el teniente Swankey lanzaba anatemas contra un jefe de los ejércitos del rey, sujeto flaco y alto, feo como el mismísimo demonio y de gesto avinagrado, que rondaba siempre la casa de Amelia como alma en pena y no podía tolerar la presencia de las personas dotadas de alguna gracia e ingenio.

Si en el pecho del comandante hubiese podido tener entrada la vanidad personal, es posible que hubiera sentido celos de aquel Don Juan fascinador; pero era nuestro Dobbin de un natural demasiado generoso y atesoraba un alma demasiado confiada para concebir la sospecha más ligera en contra de Amelia. Lejos de molestarle los homenajes que a Amelia tributaban, la admiración que a todos inspiraba, veíalos con gusto especial, con placer; tristezas hubo de apurar desde que casi era una niña, tristezas y amarguras sin mezcla de satisfacciones; veía pues el comandante con agrado cómo la felicidad destacaba sus méritos, y cómo mejoraba su ánimo al soplo de la prosperidad. Cuantos tengan corazón y talento felicitarán al comandante por el seso de que daba pruebas… suponiendo que puedan tener seso aquellos que se encuentran bajo la ilusión engañadora del idolillo de las flechas y la aljaba.

No paró Joseph hasta conseguir que su soberano le concediera una audiencia. A partir del día que obtuvo honor tan señalado, él, que había sido entusiasta admirador de George IV, se alistó con tal ardor en las filas de los *torys*, que llegó a considerarse robusta columna del Estado. Pretendió llevar a Amelia al palacio real, se hizo la ilusión de que, en parte no pequeña, la prosperidad pública y el porvenir de su patria dependían de él, y dio por cierto y averiguado que su soberano no sería feliz hasta que su familia, conducida por él, se diese una vueltecita por Saint James.

Amelia le escuchó riendo.

—Ese día tendré que ponerme todos los brillantes de la familia: ¿no te parece, Joseph? —preguntó aquélla con cierto retintín malicioso.

—Si usted me lo permitiese, Amelia —contestó Dobbin—, yo buscaría hasta

encontrar algunos que fueran dignos de usted.

Capítulo LXI

Donde se apagan dos lámparas

LLEGÓ UN DÍA, día aciago, en que vino a interrumpir las fiestas y alegrías a que se entregaba la familia de Joseph Sedley un suceso que suele acontecer inevitablemente en casi todas las casas.

¡Lector querido! ¿Es posible que al subir y bajar por la escalera de tu casa no te haya asaltado nunca el pensamiento de que llegará un día en que pises sus escalones por última vez? Esa escalera trae a tu memoria infinitos recuerdos. Por ella, acaso, cuando niño, has bajado a saltos, y para ser más rápido, despreciando el riesgo, te has deslizado tal vez muchas veces por la barandilla; por ella, cuando muchacho has subido sigiloso en horas de la madrugada, con los zapatos en la mano después de una noche agitada en el club; por ella, con su lindo traje de muselina, bajó resplandeciente tu hermana o tu hija, dispuesta a flechar en su primer baile cuantos corazones se pusieran a su alcance; por ella, un día, en tus fuertes brazos, bajó tu compañera, a la que el doctor acababa de dar de alta después de un acontecimiento feliz; y por ella suben y bajan los invitados y se transporta al niño recién bautizado, y trepan dificultosamente los ancianos… Pero también por ella subirá el médico que te haga la última visita, y los empleados vestidos de negro de la empresa de pompas fúnebres, cuando habiendo representado tu comedia en la tierra hayas de ser trasladado al lugar del eterno reposo. Si eres persona distinguida, colgarán en la puerta de tu casa un cartelón, sostenido por un querubín dorado en el cual imprimirán las tres palabras siguientes: «Descansa en paz». Tu hijo y heredero amueblará de nuevo la casa, o la alquilará, para irse a vivir a otro barrio más moderno; en los casinos de que eras socio figurarás entre las «bajas por defunción», tu viuda vestirá de luto, pero sin descuidar la comida, y muy pronto, hasta tu retrato principal, el que parece presidir la casa desde la repisa de la chimenea, habrá de ceder el puesto de honor a otro retrato, al retrato de tu heredero, al retrato del nuevo jefe de la familia.

¿Quiénes son los muertos más llorados? Yo creo que los que menos quisieron a los que les sobreviven. La muerte de un niño ocasiona explosiones de dolor y mares de lágrimas como no se derramarán, mi querido lector y hermano, cuando tú mueras. El fallecimiento de un hijo de pocos años, de un hijo que apenas si conoce al padre, de un hijo que te olvidaría a los cuatro días de no verte, te produciría dolor mil veces más acerbo que la muerte de tu mejor amigo, que la muerte de tu primogénito y heredero, hombre completo y padre de otros hijos. Solemos tratar con despego y hasta con dureza a Judá y a Simeón, pero se nos cae la baba ante nuestro Benjamín.

Voy a darte un consejo, lector amigo: si eres viejo… y si no lo eres hoy lo serás probablemente… viejo y rico, o viejo y pobre; lo mismo da; hazte la reflexión siguiente: «Son muy buenos los individuos de mi familia que me rodean, pero no les afectará demasiado mi muerte. Soy muy rico, y mi fortuna, que heredarán, no les vendrá mal: al contrario; ansían poder administrarla y disfrutarla… o bien soy muy pobre, y están hartos de mantenerme y de sufrir mis impertinencias».

Apenas había llegado a su término la duración del luto por la señora Sedley, y casi no había tenido Joseph tiempo de abandonar sus trajes negros y vestir los lujosos chalecos de fantasía que tanto le agradaban, cuando fue fácil prever la proximidad de otro acontecimiento de aquella naturaleza, adivinar que el viejo buscaría muy en breve por las regiones de ultratumba a la compañera que le había precedido.

—El estado de salud de mi padre me impide dar reuniones numerosas en esta temporada —decía Joseph en el casino—; sin embargo, si tú, mi querido Chutney tienes gusto en comer en mi casa con dos o tres amigos, ven sin ruido ni aparato a las seis y media y me proporcionarás un verdadero placer.

Se ve, pues, que Joseph y sus íntimos comían y bebían clarete sin ruido, mientras pasaban los últimos granitos de arena en el reloj de la vida del buen Sedley padre. Alguna que otra vez acompañaba Dobbin a los amigos de Joseph en la mesa, y hasta Amelia aparecía, bien que contadas veces, por el comedor, aprovechando las breves visitas que el sueño hace a los viejos próximos a morir.

Durante su enfermedad, el señor Sedley quería tener constantemente a su lado a Amelia, y sólo de su mano recibía los alimentos y las medicinas. Por su parte, Amelia consagró al cuidado del enfermo todos los momentos de su vida: había mandado colocar su cama junto a la puerta que comunicaba con la habitación del anciano y despertaba al menor ruido y acudía apenas se quejaba o movía el paciente. Deber nuestro es hacer constar que muchas veces se pasaba el enfermo horas enteras despierto y perfectamente inmóvil, a fin de no turbar el reposo de su angelical y solícita enfermera.

Sentía hacia su hija una ternura como no la sintió acaso desde el día que aquélla vino al mundo, tal vez porque nunca brilló tanto aquella criatura sencilla y santa como en el desempeño de sus deberes filiales.

«Entra en la habitación del enfermo tan silenciosa como un rayo de sol», solía pensar Dobbin, cuando la veía entrando o saliendo del aposento donde moría su padre.

El viejo, conmovido por el cariño y bondad de su hija, olvidó los secretos resentimientos que en su contra abrigaba, los yerros de que la había acusado de concierto con su difunta mujer, los cargos que más de una vez la había dirigido diciendo que en su pecho habían muerto todos los amores menos el de su hijo, que dejaba abandonados a sus padres cuando los años y los infortunios se cebaban en

ellos, que se entregaba a una desesperación absurda e impía, cuando la necesidad la obligó a separarse de su George. Todos estos motivos de resentimiento los olvidó el anciano al preparar su cuenta postrera. Una noche, al entrar Amelia en su aposento, encontróle despierto, y el pobre viejo, con acento sentido y voz emocionada, hizo a su hija confesión completa.

—¡Oh, Amelia! —exclamó—. ¡Ahora comprendo cuan injustos, cuan desagradecidos hemos sido contigo!

El pobre moribundo sacó su mano fría y estrechó la de su hija. Ésta cayó de rodillas y rezó… ¡Oh, lector amigo! ¡Quiera Dios que, cuando nos llegue la vez, tengamos a la cabecera de nuestro lecho un ángel como Amelia que rece con nosotros y por nosotros!

Es posible que, en sus horas de vigilia, su mente evocase toda la historia de su vida, y recordase sus primeras luchas, alegradas por la esperanza, sus éxitos y triunfos principales, su prosperidad, su opulencia, su ruina acaecida en los últimos años y su situación desesperada actual… situación que le robaba hasta las esperanzas de poder tomar venganza contra la fortuna que le había hecho blanco de sus rigores, no dejándole ni el consuelo de legar un nombre y un capital… ¿Es más dulce la muerte de quien abandona el mundo rico y celebrado, o bien la de quien se va pobre y desilusionado? ¿La de quien, dueño de tesoros, se ve en la dura necesidad de dejarlos, o bien la de quien, cansado de luchar, ha jugado y perdido la última partida? Extraña, muy extraña sensación debe de experimentar el que se diga: «Mañana me serán completamente indiferentes los éxitos o los fracasos. Mañana, cuando con la visita del nuevo sol, millones de hombres saldrán de sus casas para reanudar sus trabajos o entregarse a, sus placeres, a mí me sacarán para encerrarme en la tumba».

Y en efecto: amaneció el día en que todo el mundo se engolfó en sus quehaceres o se entregó a sus placeres menos John Sedley, quien ya no podía reñir más batallas contra la fortuna ni estudiar nuevos proyectos, ni plantear nuevos negocios, sino ir a dormir tranquilo en el cementerio de Brompton, junto a la mujer que fue la compañera de la mayor parte de los años de su vida.

El comandante Dobbin, Joseph y George acompañaron sus restos al cementerio, ocupando un coche tapizado de negro. Joseph emprendió un viajecito a raíz de ocurrido el deplorable acontecimiento, pues no podía serle agradable la permanencia en su casa dadas las circunstancias. No le imitó Amelia, quien, como siempre, cumplió con sus deberes filiales, por penosos que fueran, aunque hemos de confesar que la pena que el fallecimiento de su padre le produjo fue más solemne que lacerante. Pidió a Dios que le concediera a ella una muerte tan tranquila y reposada como la del autor de sus días y meditó sobre las frases que éste pronunció en su lecho de dolor, reveladoras de su fe, de su esperanza en la misericordia del Altísimo y de su resignación con los decretos divinos.

Sí: bien consideradas las cosas, opino que el fin del señor Sedley fue el menos doloroso de los dos distintos que, según sean las circunstancias, puede tener un hombre. Supongamos, lector querido, que eres muy rico, que has seguido en la vida un camino sembrado de rosas y que no has conocido las espinas; supongamos que, próximo a abandonar el mundo donde tan bien te fue, puedes decirte: «Soy muy rico, gozo de la consideración general, he vivido siempre en la mejor sociedad, y, gracias a Dios, desciendo de una familia ilustre y respetable. He servido a mi rey y a mi patria con honor; he sido diputado de la nación muchos años, y mis discursos han sido escuchados con favor y recibidos con respeto especial. A nadie debo un penique; antes por el contrario, presté cincuenta libras esterlinas a mi antiguo amigo Lázaro, quien no me las ha devuelto, y dispongo que mis ejecutores testamentarios no le hagan mucha fuerza para que las pague. Dejo a mis hijas diez mil libras esterlinas por barba, pitanza no despreciable para una muchacha; a mi viuda le lego el usufructo vitalicio de mi casa de la calle Baker, con todo su rico mobiliario y su servicio de plata; mis propiedades rústicas, mis capitales en efectivo, mis bien surtidas bodegas, pasan a ser propiedad de mi hijo. Dejo a mi ayuda de cámara una pensión anual de veinte libras esterlinas, y desafío al mundo entero a que presente una queja fundada contra la bondad de mi carácter». ¿No te parece que la muerte tendrá para ti mucho de doloroso? Pero supongamos que te haces un discurso enteramente contrario, que te dices: «Soy un viejo pobre, miserable, desengañado de todo, un hombre que fui de fracaso en fracaso, un náufrago de la vida. Ni recibí de mis padres una fortuna, ni Dios me dotó de talento. Confieso que he cometido mis errores, y que todos mis actos fueron lamentables desaciertos. Creo que en cien ocasiones he olvidado mis deberes: debo, y no puedo pagar nada. Me encuentro postrado en el lecho del dolor, próximo a abandonar este mundo, sin fuerzas, desvalido, humilde. Suplico que me sea perdonada mi debilidad, ruego llorando que olviden mis graves desaciertos, y me postro, con corazón contrito, a las plantas de la Misericordia divina». Yo creo que la muerte del segundo es más dulce, más resignada. Pues bien: fue la del viejo Sedley, quien, arrepentido, con corazón humilde y teniendo entre las suyas la mano de su hija, abandonó la vida juntamente con las desilusiones y las vanidades que suelen ser sus obligadas compañeras.

—Ya ves, mi querido George —decía el señor Osborne a su nieto—, cuan hermosos frutos dan la laboriosidad, el talento y la prudencia en las especulaciones. Mírame a mí, y da un vistazo a mi cuenta en el Banco, y mira a tu desdichado abuelo materno, y medita sobre su miseria, y al hacer la comparación, ten en cuenta que, hace veinte años, aquél valía más que yo, quiero decir, que poseía diez mil libras esterlinas más que yo.

Fuera de las personas mencionadas y los individuos de la familia Clapp, que

hicieron a Amelia una visita de pésame, nadie dedicó un pensamiento al anciano Sedley ni se acordó de que en el mundo hubiese vivido una persona de su nombre.

La vez primera que el señor Osborne oyó hablar de Dobbin como de un militar distinguido, dio pruebas de una incredulidad desdeñosa, según tuvimos ocasión de apreciar, y manifestó que no comprendía que un sujeto como aquel pudiese merecer nunca la reputación que por lo visto le concedían, bien que con manifiesta injusticia. Pero es el caso que posteriormente oyó alabar al comandante Dobbin en varias casas de su esfera social, eran muchas las personas que hacían su elogio, y su padre, en especial, que tenía opinión muy elevada del mérito de su hijo, contaba mil historias que hacían resaltar el talento, la ilustración, el valor de su William, y como a esto vino a añadirse la circunstancia de que su nombre figuró en las listas que la prensa publicó de las personas más distinguidas que asistieron a algunas reuniones aristocráticas, el mérito de William Dobbin creció prodigiosamente en la apreciación del viejo de la plaza Russell.

La posición de Dobbin como tutor de George, aun cuando sus atribuciones hubiesen sido transferidas al abuelo, hizo inevitables algunas conferencias entre los dos caballeros. En una de estas conferencias, al examinar el viejo las cuentas de la tutela que le presentaba Dobbin, concibió una sospecha que le preocupó en extremo, produciéndole alegría y pesar a la par: creyó ver que mucha parte del dinero con el cual habían atendido a la subsistencia la viuda de su hijo y su nieto, había salido del bolsillo personal de Dobbin.

A las reiteradas instancias del señor Osborne, encaminadas a obtener explicaciones sobre el particular, Dobbin, que no sabía mentir, se sonrojó como un colegial, balbuceó, y acabó por confesarlo todo.

—El casamiento de George fue, en gran parte, obra mía —dijo al viejo—. Creí que mi amigo había ido demasiado lejos y que no podía retirar su palabra sin cubrirse de deshonor y ocasionar la muerte a su prometida: de consiguiente, cuando ésta se encontró viuda y sin recursos, me pareció que lo menos que en conciencia estaba yo obligado a hacer, era auxiliarla con todas mis economías.

—Señor comandante Dobbin —contestó el señor Osborne, frunciendo el entrecejo y poniéndose muy colorado—; grave daño me ocasionó usted, pero me permitirá que le diga que es usted una persona decente. Aquí está mi mano, señor; estréchela usted, y crea que nunca sospeché que mi carne y mi sangre estuvieran viviendo gracias a la generosidad de usted.

Dobbin se afanó entonces por disipar la irritación del viejo, por hacer que se reconciliase con la memoria de su hijo.

—Era un muchacho tan noble, tan bueno —dijo—, que todos le adorábamos, todos hubiéramos hecho en su obsequio los mayores sacrificios. Yo, que por entonces era joven, me enorgullecía de la preferencia que George me testimoniaba, y más

contento iba en su compañía que en la del general en jefe. Nadie le ha igualado en generosidad, nadie le ha excedido en valor frío, en serenidad frente al peligro.

Dobbin narró cuantas historias referentes a hazañas realizadas por George encontró en los archivos de su memoria, y acabó diciendo:

—Y su hijo George es su reproducción, así en lo físico como en lo moral.

—Tanto se le parece, que a veces tiemblo —asintió el abuelo.

Una o dos veces comió Dobbin con el señor Osborne (era cuando el señor Sedley se hallaba enfermo), y tanto durante la comida, cuanto de sobremesa, su conversación versaba sobre el héroe arrebatado prematuramente por la muerte. Jactábase el padre de haber tenido un hijo como George, ponderaba las hazañas de éste, que tanto esplendor irradiaban sobre la familia, y nunca mostró disposiciones tan fáciles y caritativas con respecto a su hijo como entonces. El cristiano corazón del buen comandante se llenaba de gozo al advertir síntomas tan elocuentes de perdón y olvido. En la segunda conferencia, el viejo llamó a Dobbin por su nombre de pila, como solía hacer cuando George y él eran jóvenes, amigos inseparables y compañeros de armas. Inútil es decir que Dobbin vio en la confianza con que el viejo le trataba un presagio seguro de próxima reconciliación.

Dos o tres días después, durante el almuerzo, Jeannie Osborne, dejándose llevar de la aspereza propia de los años y de la acritud de su carácter, se permitió comentar con ligereza las visitas y comportamiento del comandante. Su padre la interrumpió a las primeras de cambio, diciendo:

—No he olvidado que hiciste cuanto te fue posible para pescarle, Jeannie, pero hallaste que las uvas estaban verdes… ¡Ja, ja, ja, ja! William es un muchacho excelente.

—¡Es un santo, abuelo! —gritó George, acercándose al anciano, agarrando sus patillas y dándole un beso.

El muchacho narró a su madre el incidente.

—Lo es, en efecto, hijo mío —respondió Amelia—. Tu padre lo repetía a todas horas. Pocos hombres hay tan buenos, tan generosos, tan honrados como él.

Aconteció que Dobbin llegó a la casa de Amelia a raíz de haber tenido George la conversación que dejamos copiada. No bien se sentó, díjole el muchacho:

—Sé de una señorita, extremadamente hermosa, muy rica y muy gruñona, una señorita que se pasa el día entero regañando a los criados, y que está enamorada del comandante Dobbin.

—¿Quién es ella? —preguntó Dobbin.

—Mi tía Jeannie Osborne. Se lo he oído decir a mi abuelo… Sería muy gracioso ver a mi amigo Dobbin ascendido a la categoría de tío.

La voz cascada del viejo Sedley, que en aquel punto llamó a Amelia desde la habitación donde yacía enfermo, puso término a las carcajadas del niño.

Que en el espíritu del señor Osborne se operaba una transformación radical, no podía ponerse en tela de juicio. Con frecuencia preguntaba a George por su tío Joseph Sedley, y, aunque reía al oír cómo remedaba el niño la voz y los ademanes de Joseph, reprendíale diciendo:

—Los niños no deben burlarse nunca de los mayores. Es preciso tratarles con más respeto, caballerito… Mira, Jeannie; hoy, cuando salgas a dar tu paseo en coche, deja mi tarjeta en el domicilio del señor Joseph Sedley; ¿oyes? Entre él y yo no han mediado nunca diferencias.

A la tarjeta depositada se contestó con otra, y un día, Joseph y Dobbin fueron invitados a comer por Osborne. Por cierto que la comida en cuestión fue la más espléndida y aparatosa que el viejo dio en su vida, pues reunió en su mesa a todas sus relaciones y expuso todo el servicio de plata de la casa, sin dejar olvidada ni una sola cucharilla. Joseph se sentó junto a Jeannie, la cual estuvo amabilísima con él, y Dobbin ocupó la derecha del dueño de la casa. Confesó Joseph, con voz solemne y campanuda, que sopa de tortuga como la que estaba saboreando no la había comido en su vida, y preguntó al señor Osborne dónde había adquirido su Madera.

El mayordomo dijo al oído a su señor que el vino Madera procedía de las bodegas del señor Sedley, pero Osborne contestó a su interlocutor que lo compró muchos años antes a precio muy alto.

En muchas ocasiones preguntó el señor Osborne a Dobbin por la viuda de su hijo, tema que despertaba la elocuencia del comandante, quien contestaba pintando los sufrimientos de Amelia, la fidelidad apasionada con que seguía adorando a su marido, cuya memoria era para ella objeto de un culto sagrado, la ternura y compasión con que había asistido a sus padres, y, por último, el espíritu de sacrificio de que dio pruebas entregando a su hijo cuando consideró que su deber era entregarle.

—No puede usted formarse idea de los suplicios que ha apurado —decía Dobbin con voz temblorosa—. Yo abrigo la dulce esperanza de que al fin ha de deponer usted sus prevenciones y reconciliarse con ella. Si ella le arrebató a usted un hijo, en cambio le ha entregado el suyo, y cuenta que, por mucho que usted quisiera a su George, desde luego le aseguro que ella adoraba diez veces más al suyo.

—Tiene usted un corazón de oro, William —dijo el señor Osborne por toda respuesta.

Jamás se le ocurrió pensar al viejo que la separación de su George ocasionase el menor sufrimiento a la pobre viuda, ni que asegurar a un hijo una fortuna pudiese ser motivo de pesadumbre para la madre. Principió a hablarse de la reconciliación como de un suceso próximo e inevitable, tanto, que el corazón de Amelia palpitaba violentamente ante la perspectiva de su entrevista con el padre de George.

Pese a todas las probabilidades, la temida entrevista no debía verificarse jamás. La enfermedad del viejo Sedley, y la muerte que sobrevino después, hicieron

imposible la entrevista durante algún tiempo. Pero fue el caso que el fallecimiento del que había sido su amigo más querido, y luego su enemigo más irreconciliable, a la par que otros sucesos desagradables, produjeron viva impresión en el señor Osborne, hombre ya de edad, y cuya salud se había debilitado recientemente. Sintiéndose enfermo, llamó a sus abogados y notario, y probablemente introdujo ciertas modificaciones en su testamento. El médico que le asistía le recomendó una sangría y trasladarse a la orilla del mar, pero el enfermo no se sometió a ninguna de las dos prescripciones.

Un día, como no bajase al comedor a la hora del almuerzo, su ayuda de cámara subió a sus habitaciones y le encontró tendido en tierra, al pie del tocador, víctima de un ataque. Fue avisada Jeannie, llamaron a toda prisa a los médicos, un criado voló al colegio donde se educaba George para traer a éste. Recurrieron los médicos a las sangrías y las ventosas, consiguiendo que el enfermo recobrase el conocimiento, mas no el uso de la palabra. A los cuatro días murió sin poder hablar, aunque se le vio en dos o tres ocasiones hacer esfuerzos sobrehumanos. Despidiéronse los médicos y fueron llamados los funerarios. Bullock, el marido de Mary Osborne, salió corriendo de la City y se presentó agitado en la casa del difunto.

—¿Cuánto dinero habrá dejado al muchacho? Seguramente poco. De fijo habrá distribuido su fortuna en tres partes iguales…

¿Qué sería lo que el pobre moribundo quiso decir las dos o tres veces que se le vieron hacer esfuerzos tan violentos para hablar? Es probable que desease ver a Amelia, reconciliarse con ella antes de abandonar el mundo, llevarse el perdón y el cariño de la que fue esposa de su hijo y ahora era su viuda santa y fiel. Es más que probable, porque su testamento demostró que el odio que por espacio de tantos años rebosó en su corazón había desaparecido.

En el bolsillo del batín que llevaba cuando sufrió el ataque encontraron la carta que George le había escrito el día de la batalla de Waterloo, así como también la llave de la gaveta donde guardaba las cartas y documentos referentes a su hijo, prueba de que los había registrado y leído recientemente, acaso la víspera de su ataque.

Abierto el testamento, hallóse que legaba la mitad de su fortuna a George, y de la otra mitad hacía dos partes iguales, que heredaban sus dos hijas. Dejaba a la viuda de su hijo, «de mi amado hijo George», tales eran las palabras del viejo, una pensión anual de quinientas libras esterlinas, con cargo a la fortuna de su nieto, de cuya tutela se encargaría nuevamente la madre.

Nombró su ejecutor testamentario a William Dobbin, «el amigo íntimo de mi amado hijo, el hombre generoso que, apelando a su bolsillo particular, sacrificando sus intereses, sufragó las atenciones de mi nieto y de mi nuera, cuando carecían del apoyo de las personas que estaban en la obligación sagrada de proporcionárselo. Quiero darle aquí las gracias (continuaba el testador) por la bondad y generosidad con

que ha atendido a los míos, y le suplico que acepte de mí la cantidad necesaria para comprar un despacho de teniente coronel, o para disponer de ella en la forma que estime conveniente».

Amelia se abandonó a todas las expansiones de la gratitud cuando tuvo noticia de las disposiciones testamentarias de su suegro, pero su alegría no tuvo límites al saber que George volvía a su lado. También averiguó entonces que el generoso auxilio del comandante la había sostenido en las duras pruebas de la miseria, que fue obra suya su matrimonio con George, obra suya el cambio de sentimientos del señor Osborne, y entonces… entonces cayó de rodillas, y pidió fervorosamente a Dios que llenase de bendiciones al hombre generoso, cuyas plantas hubiese besado de buena gana, al prodigio de afecto y abnegación ante quien se humillaba.

Agradecimiento, sólo agradecimiento podía devolver… Si alguna vez pensaba en otra recompensa, salía de la tumba la imagen de George y le decía:

«Eras mía, mía y de nadie más, ahora y siempre».

William leía todos sus pensamientos, que no en vano se había pasado la vida entera adivinándolos.

Es altamente edificante ver cómo creció el mérito de Amelia en la estimación de las personas que la conocían cuando se hizo público el testamento de su suegro. Los criados de Joseph, quienes jamás obedecieron sus órdenes sin discutirlas, sin replicar que consultarían al señor, no volvieron a pensar en apelaciones de este género. La cocinera dejó de burlarse de los trajes gastados de la hermana del «señor», y los criados de gruñir cuando Amelia tocaba la campanilla. Algunos amigos de Joseph, tanto damas como caballeros, que hasta entonces no se habían acordado de la existencia de Amelia, comenzaron a interesarse por ella y le enviaron cartas de pésame. Hasta el mismo Joseph, para quien Amelia era una pobre mujer inofensiva, a la cual debía él dar casa y comida, comenzó a tratarla con el mayor respeto, a acompañarla en la mesa, a preguntarle con interés cómo iba a pasar el día.

En su calidad de tutora de George, y con el consentimiento de Dobbin, ejecutor testamentario de su suegro, suplicó a Jeannie Osborne que continuara viviendo en la casa de la plaza Russell todo el tiempo que fuese de su agrado, pero Jeannie le dio las gracias, manifestando que nunca pensó vivir en aquella mansión solitaria, y partió poco después para Cheltenham, en compañía de dos de sus criadas más viejas. El resto de la servidumbre fue despedida, después de gratificada generosamente. Como Amelia no quiso ocupar la casa de la plaza Russell, el rico mobiliario fue embalado convenientemente, recogidas y guardadas las alfombras, y enviado todo a un guardamuebles, donde quedó depositado hasta que George fuera declarado mayor de edad. La plata pasó a los sótanos blindados del Banco de los señores Stumpy y Rowdy.

Un día, Amelia, vestida de riguroso luto, y llevando de la mano a su hijo, fue a

visitar la desierta mansión en la que no había puesto los pies desde niña. Recorrió los salones, cuyos muros conservaban las señales de los cuadros y espejos que antes los decoraran, subieron a la habitación donde George dijo que había muerto su abuelo, y desde ésta pasaron a las que fueron de su marido. Desde uno de los balcones contempló Amelia la casa donde había nacido, la casa donde tantos días felices pasara durante su niñez. ¡Cuántas amarguras saboreó desde entonces! Todas éstas resurgieron en su memoria, juntamente con la imagen del hombre que fue su protector constante y desinteresado, su ángel bueno, su bienhechor, su amigo tierno y generoso.

—¡Mira, mamá, mira! —exclamó de pronto George—. Aquí, en este cristal, veo grabadas con un diamante las iniciales G. O. No las había visto nunca.

—Fue ésta la habitación de tu padre, hijo mío, antes de que tú nacieras —contestó la madre, sonrojándose y besando apasionadamente a George.

Apenas si habló palabra durante su regreso a Richmond, donde habían tomado casa, y donde como es natural tenía reservada una habitación Dobbin, el cual visitaba a diario a la viuda, obligado por la infinidad de asuntos relacionados con la tutela de George, que tenía necesidad de tratar.

George fue retirado del colegio del señor Veal, quien recibió encargo de preparar una inscripción que sería esculpida en la lápida de rico mármol que la viuda quería hacer colocar al pie del monumento erigido en la iglesia de Foundling en honor de su marido.

Mary Osborne, la tía de George, casada con Frederick Bullock, aunque había sido despojada por el niño de mucha parte de la suma que esperaba recibir de su padre, dio pruebas del espíritu de caridad que aleteaba en su alma reconciliándose con la madre y con el hijo. Como la distancia entre Rochampton y Richmond no es grande, un día colocó a sus raquíticos hijos en el carruaje blasonado y se hizo conducir al domicilio de Amelia. La familia Bullock hizo irrupción en el jardín, donde Amelia estaba leyendo un libro, Joseph entregado a la plácida ocupación de poner fresas en tarros llenos de vino, y Dobbin puesto en cuatro pies para que George saltase sobre su espalda.

«Está muy proporcionado de edad con Rosa», pensó la cariñosa madre, volviendo los ojos hacia la niña de este nombre, ejemplar raquítico y enteco de siete años de edad.

Al acercarse a George, dijo la mamá:

—Rosa, da un beso a tu querido primo… ¿No me conoces, George? Soy tu tía.

—Conozco a usted muy bien —respondió George—; pero no me gusta que me besen… —y al decir así se apartó, esquivando a su obediente primita.

—Llévame a donde está tu mamá —dijo la tía.

George cumplió el mandato, y las dos señoras se saludaron después de no haberse

visto en quince años. Mientras Amelia fue pobre, no se acordó Mary de que tal persona habitase en el mundo, pero había variado su suerte, y, de consiguiente, nada más natural que visitarla.

Y no fue ella sola. Nuestra antigua amiga la señorita Swartz se apresuró a presentarse con su marido en la casa de Amelia. ¡Ah! Siempre la quiso, y creemos de buena fe que le hubiese dado mil pruebas de su cariño si hubiera sabido dónde vivía; pero, que *voulez-vous*? En una ciudad inmensa como Londres, no siempre se dispone de tiempo para buscar a los amigos.

No había transcurrido el período de luto, cuando ya Amelia se encontraba, sin buscarlo ni quererlo, en el centro de una sociedad tan numerosa como distinguida. Ni una sola de las damas que la cortejaban dejaba de tener un pariente que fuese Par del Reino, aunque su marido fuera un negociante de la City. Lejos de divertirse Amelia, sufría al encontrarse entre ellas, y sobre todo, las dos o tres veces que hubo de aceptar las insistentes invitaciones de la señora de Bullock. Parece que ésta se había empeñado en protegerla, en formarla: ella era la que buscaba las modistas para Amelia, ella la que pretendía dirigir su casa, ella la que le enseñaba la manera de conducirse. Todos los días se presentaba a visitarla. Joseph la escuchaba con gusto, pero Dobbin gruñía al verla y decía que su pretendida elegancia no valía dos peniques. Otra de las asiduas era la señora de Rowdy, esposa del banquero que tenía a su cargo la administración de una considerable parte de la fortuna dejada por el señor Osborne.

—Parece buena mujer, pero insípida —decía la señora Rowdy—. El comandante, si no me engaño mucho, está épris hasta la médula de los huesos.

—Le falta tono —contestaba la señora Hollyoc—. Es inútil que trabaje usted, pues no ha de conseguir formarla.

—A decir verdad, es una ignorante —terció la señora Glowry.

—Amigas mías… que es la viuda de mi hermano —replicaba Mary Osborne—. Nuestra obligación es instruirla, no criticarla. No creo que nadie pueda pensar que son propósitos interesados los que guían a los que nos tomamos tantos trabajos.

—Esa pobre mujer siempre piensa en lo mismo —decía más tarde la señora Rowdy—. Quiere que retiren los fondos de nuestra casa y los depositen en la de su marido, y para conseguirlo, adula a Amelia y mima al niño, en quien ya tiene puestos los ojos para marido de esa niña hética, de esa zangolotina de Rosita… ¡Qué ridiculez!

Tales eran las personas que invadían la casa de Amelia. Personas elegantes, personas distinguidas que, lejos de hacer feliz a Amelia, le proporcionaban frecuentes motivos de disgusto.

Capítulo LXII

En las márgenes del Rin

HAN PASADO ALGUNAS semanas desde que ocurrieron los sucesos narrados en el capítulo anterior. Una hermosa mañana, después de celebrada la sesión de clausura del Parlamento, cuando los calores del estío ponen en dispersión a toda la alta sociedad de Londres, el buque correo de Batavia abandonó majestuoso el desembarcadero del Támesis, llevando consigo una sociedad escogida de fugitivos ingleses. Niños sonrosados, bulliciosas niñeras y doncellas, señoras tocadas con lindos sombreritos de verano y ataviadas con vaporosos vestidos, caballeros cuyos bigotes comienzan a brotar y robustos veteranos de la vida que varias veces han sembrado el oro inglés por todo el Continente, llenan las toldillas, los puentes y los bancos de cubierta. Más numerosa que la congregación de personas, y cuenta que lo es mucho, es la de baúles, maletas y cajas. Hay entre los viajeros jóvenes recién salidos de Cambridge, a quienes acompañan sus tutores, y hacen un viaje de instrucción a Nonnenwerth o Königswinter; caballeros irlandeses, que lucen inconmensurables patillas y prodigiosa cantidad de joyas, que no saben hablar más que de caballos y tratan con exquisita galantería a las damas, a las que por cierto los jóvenes de Cambridge y su descolorido tutor huyen con timidez de pudorosas doncellas; paseantes del Pall Mall, que van a Eme o a Wiesbaden para que sus aguas arrastren hasta los últimos restos de los banquetes de la estación pasada, y a distraer las horas de aburrimiento viendo funcionar la ruleta o haciendo alguna posturita al treinta y cuarenta. Han tomado también pasaje en el buque el señor Matusalén, recién casado con una jovencita a la que obsequia y acompaña a todas horas el capitán Mariposón; el joven señor Mayo, en viaje de placer en compañía de su prometida, la señora Gélida, compañera de colegio de su abuela; sir John y su señora, con sus doce hijos y otras tantas niñeras; y, finalmente, la ilustrísima familia de Bareacres, la cual ha tomado asiento cerca de la rueda del timón, desde donde mira a todo el mundo y no habla con nadie.

Carruajes adornados con coronas y escudos heráldicos llenan uno de los puentes, obstruyendo el paso a los pobres viajeros de los camarotes de proa. Dichos viajeros son: unos caballeros de Hounsditch, que han embarcado con sus personas las provisiones de boca que consideraron necesarias para el viaje; unos individuos de traza pintoresca, provistos de magníficos bigotes y de enormes carpetas, que sin pérdida de tiempo se pusieron a dibujar cuando no llevaban ni media hora en el barco; dos *femmes de chambre* francesas, cuyos estómagos se declararon en rebeldía

antes de dejar por popa a Greenwich, y un par de *grooms*, que rondaban como almas en pena en torno de las cajas que encerraban las monturas de los caballos.

Los criados, luego que dejaron a sus señores instalados en sus camarotes, se reunieron y empezaron a hablar y a fumar. Los caballeros hebreos no tardaron en reunírseles. Hablaban de los carruajes, entre los cuales llamaba la atención el de sir John, donde cabían holgadamente trece personas, el de lord Matusalén y el de lord Bareacres. Me pasma que este último dispusiera del dinero necesario para el viaje, pero a bien que, si preguntásemos a los caballeros hebreos, podrían decirnos éstos qué cantidad llevaba en el bolsillo en aquel instante, qué interés pagaba por ella, y quién se la había proporcionado. Pero haciendo caso omiso de este detalle, que no viene al caso, diremos que las conversaciones de las distinguidas personas reunidas cerca de los coches, luego que versaron sobre los ejemplares mencionados, giraron sobre un lindo cochecito de viaje, alineado con los demás.

—*A qui cette voiture-là*? —preguntó uno.

—*C'est a Kirsch, je pense… je l'ai vu toute à l'heure… qui prenait des sandwiches dans la voiture* —contestó el interpelado.

No tardó en presentarse Kirsch, vertiendo por su boca juramentos poliglotas contra el mar y los marineros, el cual dio cuenta de sí mismo y del coche objeto de los comentarios de sus hermanos de profesión. Dijo que el carruaje era propiedad de un nabab de Calcuta y Jamaica, enormemente rico, con quién él viajaba.

Hablando estaba Kirsch cuando un caballerito, que había escalado el muro de maletas y baúles, desde donde saltó sobre la techumbre del carruaje de lord Matusalén y pasado de coche en coche hasta llegar al suyo, salió por la portezuela de éste y se presentó en el corro de criados, con aplauso general de éstos.

—*Nous allons avoir une belle traverseé, monsieur* George —dijo Kirsch, llevando la mano al sombrero galoneado.

—¡Vete al diablo con tu francés! —gritó el caballerito—. ¿Por dónde andan las galletas?

Contestó Kirsch en inglés, idioma que hablaba con la misma incorrección que todos los demás.

El imperioso caballerito que buscaba las galletas era nuestro buen amigo George Osborne. Su tío Joseph y su mamá estaban en la cubierta superior, acompañados por un caballero, que solía visitarles con frecuencia, y que hacía con ellos su excursión veraniega.

Joseph había tomado asiento frente a la familia del conde de Bareacres. Éste y su señora embargaron al punto toda su atención, y con motivo, pues parecían mucho más jóvenes que cuando aquél les conoció en Bruselas el año 1815. El cabello de la condesa, castaño entonces, era ahora de un rubio purísimo, y las patillas del conde, rojas por aquella época, habían adquirido un tono negro ala de cuervo que no había

más que pedir. Los movimientos del noble matrimonio absorbían toda la atención de Joseph, quien no acertaba a mirar a nadie más.

—Parece que te interesan mucho esos señores —le dijo Dobbin riendo.

También rió Amelia. Vestía traje de mañana y parecía muy contenta.

—¡Qué día tan encantador! —exclamó Amelia—. Yo creo que la travesía será tranquila.

—Poco te preocuparía el tiempo si hubieses hecho los viajes que he hecho yo —contestó Joseph con entonación burlona.

Bueno será decir que no obstante su costumbre de viajar por mar, Joseph se pasó la noche tendido en el fondo de su carruaje, donde hubo de depositarle su criado, mareado y presa de bascas y de vómitos.

A su debido tiempo desembarcaron los felices pasajeros en Rotterdam, donde otro vapor les tomó a bordo para dejarles en Colonia. La satisfacción de Joseph fue inmensa cuando leyó en la prensa de Colonia que «Herr Graf Lord von Sedley nebst Begleitung aus London». Había llevado consigo su uniforme de gala y obligó a Dobbin con su insistencia a llevar también el suyo. Anunció que era su intención ser presentado en algunas cortes extranjeras y ofrecer sus respetos a los soberanos de los países que honrase con su presencia.

En cuantas capitales hacían estación los viajeros, Joseph se apresuraba a dejar su tarjeta y la de Dobbin en la residencia de «nuestro ministro». Llevaba un diario en cuyas páginas hacía constar los defectos o las excelencias de las distintas fondas donde se hospedaba, y, sobre todo, la calidad de los vinos y platos que le eran servidos.

En cuanto a Amelia, disfrutaba de una felicidad pura y completa. Dobbin la seguía a todas partes, llevando su álbum y pinceles, y admiraba los dibujos de la artista como nadie los había admirado antes. Sentada en la cubierta de los barcos en que hacían sus excursiones por el Rin, dibujaba riscos y castillos, o visitaba las antiguas torres, nidos de caballeros bandidos, acompañada de sus dos ayudantes de campo, George y Dobbin. Muchas de sus excursiones habían de hacerlas sobre los lomos de borricos enanos, y si Amelia reía al ver que los pies de Dobbin rozaban el suelo durante la marcha, Dobbin reía con tanta gana como ella. Era Dobbin el intérprete de la familia, pues si no hablaba correctamente el alemán, lo entendía y chapurreaba a medias. En cuanto a George, hizo tales progresos en el idioma del país, que al cabo de un par de semanas hablaba el alemán con los postillones y los dueños de las fondas y los camareros de las mismas en forma tan graciosa, que era el encanto de su madre y la alegría de su tutor.

Rara vez formaba Joseph parte de las excursiones de tarde hechas por sus compañeros de viaje. Después de la comida, prefería dormir, insensible a los prodigiosos paisajes que ofrecen las cercanías del Rin. Verdad es que sus compañeros

apenas si notaban su ausencia.

Con mucha frecuencia asistían por las noches a la Ópera, que proporcionó a Amelia ocasión de saborear placeres para ella desconocidos hasta entonces: por primera vez escuchó las maravillas musicales de Mozart y de Cimarosa. En cuanto a Dobbin, ya sabemos que poseía un gusto musical excelente, puesto que le hemos visto ejercitándose en la flauta más de una vez, pero más que la música en sí, le deleitaba el entusiasmo, el éxtasis con que Amelia la escuchaba. Ante los ojos de nuestra amiga se extendió un mundo nuevo de amor y de hermosura al oír composiciones tan divinas. No nos sorprende: ¿qué persona dotada de la sensibilidad exquisita de Amelia puede permanecer indiferente oyendo a Mozart? Las melodías más tiernas de Don Juan hacían brotar en su alma raptos tan deliciosos, que muchas veces se preguntaba si no sería pecaminoso escuchar con tanto deleite el *Vedrai Carino* o el *Batti Batti*. Por fortuna la tranquilizaba Dobbin, a quien consultaba sobre el particular, diciéndole que todo lo bello hace brotar en el alma del cristiano sentimientos de gratitud hacia el Creador.

Con placer especial nos detenemos en este período de la existencia de Amelia, porque fue para ella manantial de dicha no interrumpida y de pura alegría. La pobrecilla no estaba habituada al género de vida que entonces llevaba, no había tenido ocasión de refinar sus gustos y su inteligencia, vivió y creció entre capacidades vulgares, suerte común a muchas mujeres, y debido a estas causas la hemos conocido siempre humilde, poco comunicativa, enemiga de las reuniones brillantes donde era imposible que representase un buen papel. Y como en la cofradía del bello sexo, cada cofrade es rival de todos los demás cofrades, a los caritativos ojos de las mujeres la timidez de Amelia era tontería, su dulzura poquedad de espíritu, y su silencio… que muy bien podía ser protesta tácita contra el charlatanismo insubstancial de las demás, su silencio no halló nunca disculpa ni compasión en el seno de la inquisición femenina. Si esta noche, mi querido y refinado lector, hubiésemos de asistir tú y yo a una tertulia de tenderos al por menor, pongo por caso, ¿no te parece que nuestra conversación tendría muy poco de brillante? Y si, invirtiendo los términos, fuera un tendero el invitado a una de las soberbias fiestas que das en tu casa, y se encontrase rodeado de personas de educación exquisita, entretenidas en desollar a sus amigos en la forma más espiritual y deliciosa imaginable, ¿no crees que el tendero callaría como una ostra, no sentiría interés por una charla que no entendía, ni interesaría a los demás con su conversación?

Por otra parte, tampoco sabemos que Amelia hubiese tenido la suerte de frecuentar el trato de ningún caballero verdad, planta mucho más rara de lo que acaso supongamos. Conocemos centenares de personas que visten a la última moda, que hablan muy bien, que son prodigios de refinamiento y de educación; pero ¿merecen el nombre de caballeros? ¿Son hombres rectos, irreprochables, leales, hombres que

nunca persiguieron objetivos que no fuesen generosos, hombres que miraron siempre con la misma simpatía a los grandes que a los pequeños? Tome el lector una hoja de papel, y consigne en ella los nombres de aquellos a quienes considere dignos del nombre de caballeros: yo tomaré una tirita muy estrecha, porque no necesito más espacio para escribir un nombre solo: el de William Dobbin.

Mi amigo el comandante Dobbin es, sin género de duda, caballero verdad. Sus piernas son descomunalmente largas, su cara amarillenta, es un poquito tartamudo, defecto que, al principio, me pareció ridículo; pero sus pensamientos fueron siempre elevados, su inteligencia sin ser extraordinaria es despejada, su conciencia recta, su vida honrada y pura, su corazón generoso y humilde. No puedo negar que era dueño de aquellas manazas de cavador y de aquellos pies anchos y nada artísticos que con tanta frecuencia pusieron en solfa los dos George, lo que acaso contribuyó no poco a que la misma Amelia formase un juicio algún tanto pobre acerca del mérito de su propietario, pero es posible que estos juicios no fuesen definitivos, es posible que con el tiempo sufriesen modificación. ¿Por ventura no nos hemos engañado todos al juzgar a nuestros héroes, y no hemos modificado nuestras opiniones centenares de veces? De Amelia podemos decir que, por el tiempo en que hacía el viaje que estamos narrando, comenzaba a estimar en mucho los merecimientos del comandante.

Fue en la linda y pequeña ciudad ducal de Pumpernickel (la misma en que el actual sir Pitt Crawley desempeñó con tanto honor su cargo de *attaché*) donde vi por vez primera al coronel Dobbin y a sus amigos. Habíanse hospedado en el Hotel Erbprintz, el mejor de la ciudad, y sentádose, la noche de su llegada, a la *table d'hôte*. Todo el mundo admiró la gravedad y aire majestuoso de Joseph, y la naturalidad con que paladeaba el Johannisberger que había mandado servir. Pudimos observar también que el muchacho daba pruebas de un apetito muy regular, y que consumía *schinken*, y *braten*, y *kartoffeln*, y jamón *cranberry*, y ensalada, y *pudding*, y pollos asados con bravura que hacía honor a la nación de donde era oriundo. Después de tomar quince platos fuertes, acometió con ejemplar ardor los postres, de los cuales se llevó algunos al teatro. La dama enlutada, que era la mamá del niño, rió mucho durante la comida y celebró las pruebas de *espiéglerie* de su hijo. No rió menos el coronel —y decimos coronel porque muy pronto tuvimos ocasión de comprobar que lo era—, quien bromeaba con el niño animándole a llevarse a su cuarto los platos que no había probado.

Celebrábase en el Royal Grand Ducal Purnpernickelisch Hof lo que llaman una *gastrolle*, y cantaba el primer papel de la maravillosa ópera *Fidelio* la famosa diva Schroeder Devrient, a la sazón en todo el apogeo de su hermosura y de sus facultades. Desde nuestras butacas pudimos contemplar a nuestro sabor a los cuatro viajeros a

quienes habíamos admirado en la *table d'hôte*, ocupando el palco que Schwendler, el dueño del Erbprintz, reserva para sus huéspedes de primera distinción. No pude menos de notar el efecto que la prodigiosa actriz y la música de la ópera producían en la señora viuda de Osborne, que así oí que la llamaba el caballero grueso de los bigotes que formaba parte del cuarteto. Tal efecto produjo en ella el soberbio coro de los Prisioneros, número musical de una grandeza imponderable, que hasta el inconmovible Fipps, el *attaché* a la legación inglesa, que la contemplaba con sus gemelos, exclamó sin poder contenerse:

—¡Señores! ¡Encanta ver a una dama capaz de sentir tan hondo la música! ¿Y qué diremos de la escena de la Prisión, cuando Leonora, abalanzándose hacia su marido, canta: *Nichts, nichts, mein Florestan?* La dama enlutada, presa de emoción indescriptible, se cubrió la cara con su pañuelo. Los gemelos estaban todos fijos en la dama en cuestión.

Al día siguiente representaron otra obra de Beethoven, *Die Schlacht bei Vittoria*. En las primeras escenas de la ópera se presenta Malbrook, como para indicar el avance del ejército francés. Poco después suenan tambores, trompetas, truena la artillería, llénase el aire de quejidos, de ayes de los moribundos, y, al fin, sobre el estruendo, brotan potentes y majestuosas las notas del himno: *God save the King*.

No habría en el teatro más de veinte ingleses; mas no bien sonaron las notas de aquel himno, todos ellos sin excepción se pusieron en pie, proclamándose hijos de la vieja Inglaterra. Tapeworm, el Chargé d'Affaires, además de ponerse en pie, hizo tres reverencias a la sala como representante del Reino Unido. Era Tapeworm sobrino y heredero del famoso general Tiptoff, coronel del regimiento donde servía Dobbin poco antes de la batalla de Waterloo, y muerto años después cargado de honores. Le sucedió en el mando del regimiento nuestro coronel y amigo sir Michael O'Dowd.

Sin duda Tapeworm debió conocer al coronel Dobbin en la casa de su tío el general, pues le reconoció en el teatro y llevó su condescendencia, no obstante su condición de ministro de Su Majestad, hasta el punto de ir a saludarle en su palco y de estrecharle calurosamente las manos en presencia de toda la sala.

—¡Miren… miren a ese tunante de Tapeworm! —exclamaba Fipps—. En cuanto ve a una mujer bonita, ya le tienen a su lado. Por supuesto que, como no sea para eso, no sé que los diplomáticos sirvan para nada.

—¿Tengo el honor de dirigirme a la señora de Dobbin? —preguntaba mientras tanto el ministro, ofreciendo su enguantada diestra a Amelia.

George soltó una carcajada que resonó por todo el teatro: la dama y el coronel se pusieron colorados.

—Esta señora es la viuda de George Osborne —contestó Dobbin—; y este caballero es su hermano el señor Joseph Sedley, jefe distinguidísimo de la Compañía de Bengala: tengo el honor de presentarlo a Su Excelencia.

Su Excelencia dijo a Joseph, dedicándole una de sus sonrisas más fascinadoras:

—¿Piensa usted detenerse algún tiempo en Pumpernickel? Aburrida es la población, pero procuraremos hacerla agradable a personas tan distinguidas como ustedes. Mañana tendré el placer de hacer a ustedes una visita en el hotel.

Segundos después salió del palco, no sin antes dirigir a Amelia una sonrisa y una mirada asesinas, que el diplomático creyó serían bastante para rendir a la dama.

Terminada la función, los jóvenes elegantes formamos a uno y otro lado de la puerta del teatro y pasamos revista a los que salían. Desfiló primero la duquesa viuda, quien tomó asiento en su carroza entre dos fieles damas de honor. Al estribo trotaba un caballero cubierto de condecoraciones. Redoblaron los tambores, saludó la guardia, y la carroza desapareció.

Siguió a continuación el transparentísimo duque y su transparentísima familia, escoltados por los altos dignatarios y gentileshombres de su casa. En Pumpernickel se conoce todo el mundo: en cuanto se ve una cara desconocida, el ministro de Negocios Extranjeros se da una vueltecita por el Hotel Erbprintz y averigua al punto cómo se llama y de dónde viene el forastero.

También vimos salir del teatro a nuestros cuatro ingleses. A continuación de Tapeworm, que apareció envuelto en su holgada capa, seguido por su obligado granadero gigantesco, y de la señora del primer ministro, con su hija, la encantadora Ida, aparecieron nuestros amigos, primero el niño bostezando desaforadamente, luego el coronel Dobbin, colocando y arreglando solícito el chal de la señora viuda de Osborne, y por último Joseph, solemne como siempre, con el sombrero ladeado y luciendo un chaleco de fantasía que era un encanto. Todos nos quitamos los sombreros, y la linda damita de la *table d'hôte* contestó nuestro saludo con una sonrisa divina y una inclinación de cabeza que todos agradecimos en el alma.

Esperaba a los ingleses el carruaje del hotel, en el que se encontraba el fiel Kirsch, pero como el caballero gordo dijo que prefería ir a pie, fumando un veguero enorme, montaron los tres restantes en el coche, y Kirsch saltó del pescante y se colocó a retaguardia de Joseph para llevar la caja de los cigarros de éste.

Nos acercamos todos al caballero grueso, le saludamos y ponderamos los *agréements* de la ciudad. Parece que el inglés los encontró encantadores. Le dijimos que con frecuencia emprendíamos excursiones cinegéticas, que se daban muchos bailes en los salones de los grandes duques, que nuestra alta sociedad era hospitalaria, nuestro teatro excelente y la vida barata.

—Nuestro ministro me ha parecido un caballero afable y de trato encantador —observó Joseph—. Teniendo un representante como ése, y un médico de nota, me parece que me encontraría yo a gusto en esta capital… Señores, muy buenas noches.

Joseph entró en el hotel dirigiéndose a su dormitorio seguido de Kirsch, que llevaba un candelabro, y todos quedamos confiados en que la atractiva dama desearía

permanecer una temporadita en nuestra ciudad.

Capítulo LXIII

Donde nos encontramos con un antiguo conocido

LA CORTESÍA EXQUISITA de lord Tapeworm produjo en el ánimo de Joseph tan favorable impresión, que a la mañana siguiente, durante el almuerzo, expresó nuestro amigo su opinión con respecto a la ciudad de Pumpernickel, diciendo que era la población más linda y agradable de cuantas habían visitado durante su excursión. Dobbin, que penetró los motivos fundamentales de la opinión de su amigo, rió bajo su capote como taimado hipocritón que era, pero nada dijo. Cuando el diplomático, exacto cumplidor de su promesa, se presentó en el hotel, recibióle Joseph con agasajo y honores como nunca tal vez habían sido dispensados al modesto representante de Su Majestad Británica. Una seña de Joseph bastó para que Kirsch, previamente instruido, saliera corriendo y reapareciese momentos más tarde con sendas bandejas de plata llenas de variados y delicados fiambres con los cuales Joseph obsequió al visitante.

Contento aceptó Tapeworm un obsequio que le daba pretexto para poder admirar los luminosos ojos de la viuda de Osborne; hizo a Joseph dos o tres preguntas sobre la India, habló a Amelia del hermoso niño que la acompañaba, la felicitó por la sensación prodigiosa que su belleza había producido en la ciudad, e intentó fascinar a Dobbin recordando hechos de armas de la última guerra y ponderando el comportamiento del contingente que envió Pumpernickel a las órdenes del príncipe heredero, duque de Pumpernickel actualmente.

Había heredado lord Tapeworm una buena parte de la galantería de su familia y era su firme creencia que toda mujer favorecida con una mirada de sus irresistibles ojos quedaba locamente enamorada de su persona. Como no podía ni debía suponer que Amelia fuera excepción de la regla, se despidió llevando consigo el convencimiento de que la dejaba muertecita por sus pedazos, y no bien llegó a su casa, redactó un billetito amoroso de los más elocuentes.

Hemos de hacer constar que Amelia no quedó fascinada ni mucho menos, aunque sí asombrada. La mitad de las lisonjas que Tapeworm le dirigió se perdieron lastimosamente, pues fueron para Amelia logogrifos incomprensibles. No es de admirar: nuestra dulce amiga había frecuentado poco el mundo y nunca había tropezado con un galanteador profesional. Quien quedó encantado fue Joseph.

—No he visto caballero más afable —decía—. ¡Con qué amabilidad se ha ofrecido a enviarme su médico! Mira, Kirsch: vas a llevar inmediatamente nuestras tarjetas al conde de Schlüsselback; el coronel y yo tendremos la alta honra de ofrecer

nuestros respetos a la corte tan pronto como nos sea posible… Saca mi uniforme, Kirsch… los uniformes de los dos. Los caballeros ingleses de verdadera distinción deben visitar a los soberanos de las naciones que recorren con tanta puntualidad como a los representantes de la suya.

Sin dificultad convenció el doctor von Glauber, médico de Tapeworm, a nuestro amigo Joseph, de que las aguas minerales de Pumpernickel y el tratamiento especial suyo devolverían infaliblemente al joven de Bengala toda la esbeltez y frescura de los años de su adolescencia.

—El año pasado vino el general inglés Bulkeley —dijo—, cuya corpulencia era doble que la de usted, señor. Pues bien: al cabo de tres meses de tratamiento, le envié a su país delgado, joven y ágil. A los dos meses, ya bailaba con la baronesa de Glauber.

Joseph se resolvió: las aguas minerales, el doctor von Glauber, la corte y el Chargé d'Affaires llevaron a su ánimo el convencimiento, y decidió pasar todo el otoño en aquella encantadora ciudad.

El Chargé d'Affaires, espejo de puntualidad, hizo que, al siguiente día, Joseph y el coronel Dobbin fuesen presentados a Aurelio XVII, encargándose de introducirlos cerca del soberano el conde de Schlüsselback, mariscal de la corte.

Seguidamente fueron invitados a comer en palacio, y como se hiciera pública su intención de permanecer durante algún tiempo en la ciudad, Amelia recibió las visitas de todas las damas de distinción, entre las cuales, si bien es cierto que las había pobres, la más humilde ostentaba el título de baronesa. Joseph, encantado como nunca, escribió a todas sus relaciones ponderando los agasajos de que le hacían objeto en Alemania, diciendo que estaba enseñando a su amigo el ilustre conde de Schlüsselback a asar un lechón a la usanza india, y añadiendo que sus augustos amigos el duque y la duquesa le trataban con predilección especial.

También fue presentada Amelia a la augusta familia, y como el luto es contrario a la etiqueta de la corte, vistió para la ceremonia de la presentación un hermoso vestido color rosa adornado con ricos encajes, y se prendió un soberbio broche de brillantes. Llevóla a palacio su hermano, y estaba tan encantadora, que el duque y la duquesa no se cansaban de admirarla. No hablemos de Dobbin, quien, como rara vez había visto a Amelia en traje de baile, juraba que nadie la echaría más de veinticinco años.

Amelia bailó una polonesa con Dobbin en el baile que en su honor se dio en palacio, y Joseph tuvo el placer de bailar con la condesa de Schlüsselback, dama muy vieja en cuya cabeza no quedaba más que un mechoncito de cabellos, pero dueña de dieciséis cuarteles de nobleza y emparentada con la mitad de las casas reinantes de Alemania.

Álzase la ciudad de Pumpernickel en el centro de un valle encantador, cruzado por el riachuelo Pump, que fertiliza sus tierras y va a desaparecer en el Rin, en un

sitio que me es imposible precisar, porque no tengo a mano un mapa bien hecho. Lleva el Pump caudal bastante para que pueda flotar una barca en algunos trechos, y en otros, para mover un molino. En Pumpernickel, el grande y famoso Víctor Aurelio XIV hizo construir un puente soberbio, en cuya cabecera se alza su estatua rodeada de ninfas y emblemas de victoria, de paz y de abundancia. Apoya la estatua un pie sobre el cuello de un turco, recuerdo histórico del jenízaro a quien mató, después de reñir con él fiera y espeluznante batalla, cuando Sobieski voló en auxilio de Viena. Indiferente a la agonía del jenízaro, el príncipe sonríe con dulzura y apunta con su montante a la Aurelius Platz, donde principió a erigir un nuevo palacio, que habría sido una de las maravillas del mundo, si el magnánimo príncipe hubiese tenido fondos bastantes para traducir en realidades sus proyectos. Por desgracia, la falta de dinero impidió la continuación de las obras de Monplaisir, que tal nombre dan al palacio comenzado, y su parque y sus jardines se encuentran en la condición más deplorable que quepa imaginar.

Los jardines, que quieren ser copia de los de Versalles, tienen terrazas y grutas, así como también fuentes monumentales que corren durante las grandes solemnidades, asustando con sus desbordamientos acuáticos a los que las contemplan. Admírase en ellos la Gruta de Trofonio, cuyos tritones, merced a algún artificio ingenioso, no contentos con lanzar por sus fauces chorros de agua, dejan oír espantosos gemidos. También se ven en los jardines el Baño de las Ninfas y la Catarata del Niágara, objetos de la admiración de los habitantes de los pueblos circunvecinos cuando se congregan en la capital con motivo de la apertura de las Cámaras.

Cuando se celebra el natalicio de los príncipes soberanos, todas las ciudades del ducado, cuya extensión territorial es casi de diez leguas, pues comienza en Bolkum, ciudad situada en sus fronteras occidentales, y que mira con ceño a Prusia, y termina en Grogwitz, donde el príncipe tiene una quinta, cuyos muros besa el Pump, y todos los pueblos, y todas las granjas y todas, las casas de labor, envían ejércitos de gentes, ávidas de disfrutar de las fiestas celebradas en la Residenz. La entrada en los teatros es gratuita, corren las fuentes de Monplaisir, y el pueblo puede recorrer todas las habitaciones del palacio de sus soberanos, y admirar su bruñido pavimento, y sus ricas colgaduras y sus suntuosos muebles. Hay en Monplaisir un pabellón, construido y decorado por Aurelio Víctor XV, gran príncipe, pero excesivamente aficionado a los placeres, que dicen es un portento de licenciosa elegancia. Escenas de la historia de Baco y de Ariadna llenan sus muros, y la mesa se sirve automáticamente, sin necesidad de criados. Por desgracia, el pabellón fue cerrado por Barbara, viuda de Aurelio XV, princesa rígida y devota de la casa de Bolkum y regente del ducado durante la gloriosa minoría de su hijo.

Famoso es el teatro de Pumpernickel en toda Alemania, aunque desmereció algún

tanto durante el reinado del duque actual, el cual, en sus años juveniles, se empeñó en que se representasen óperas suyas, que parece no fueron del agrado del público. En una ocasión, hallándose en la orquesta, como tenía por costumbre, acometido de un acceso de furia, porque le pareció que el maestro dirigía mal, rompió en su cabeza un contrabajo, poniendo fin a la representación. También la princesa Sofía escribía por entonces comedias capaces de matar de aburrimiento a los desdichados condenados a oírlas, pero, por fortuna, hoy el príncipe se limita a ejecutar sus composiciones musicales en el interior de sus salones, y la princesa reserva sus producciones para los extranjeros de distinción que visitan su corte.

El sistema de gobierno del ducado es, o era, un despotismo moderado, templado por una Cámara que podía ser elegida y podía no serlo. Puedo afirmar que, mientras estuve en Pumpernickel, la Cámara no celebró una sola sesión. Forman el ejército permanente una banda magnífica y numerosa, que es la que toca también en el teatro, un cuadro de generales, jefes y oficiales numerosísimo también y lujosamente equipados, y un par de docenas de soldados de infantería, amén de dos parejas de húsares, encargados de la guardia de las habitaciones del palacio, y a los cuales, dicho sea de paso, jamás vi a caballo. Pero bien mirado, ¿qué necesidad hay de caballería en tiempo de paz?

Que en la ciudad de Pumpernickel existían divisiones, odios y rencillas, no puede negarse: la política no perdona a nadie. Se combatían con saña la facción Strumpff y el partido Lederlung, apoyada la primera por nuestro ministro y el segundo por el Chargé d'Affaires francés, monsieur Macabau. Bastaba que nuestro ministro se declarase por madame Strumpff, que cantaba incomparablemente mejor y subía tres notas más que madame Lederlung, para que en el acto sustentara opinión contraria el ministro francés.

Todo el mundo sin excepción estaba afiliado a una de las dos facciones mencionadas. A decir verdad, la Lederlung era una criatura deliciosa, dotada de una voz como suponemos deben de tenerla los ángeles, al paso que la Strumpff había ya rebasado los límites de la primera juventud y pecaba en exceso de carne. Había que verla, por ejemplo, en el último acto de La sonámbula, en camisón de dormir y llevando una lámpara en la mano, cuando ha de salir por la ventana y… Pero demos tregua a las murmuraciones, y terminemos diciendo que estas dos mujeres eran las banderas de los partidos francés e inglés de Pumpernickel, y que todos los habitantes de la capital pertenecían a uno de los dos grupos.

Figuraban en el partido inglés el ministro del Interior, el director de las caballerizas, el secretario particular del soberano y el tutor del príncipe, al paso que formaban en las filas de la facción francesa el ministro del Exterior, la señora del general en jefe, que vestía con arreglo a los últimos figurines de París, y el Hofmariscal y su esposa, cuyos sombreros le llegaban de la capital de Francia por

conducto de los correos del señor de Macabau. El secretario de la cancillería francesa era un tal Grignac, hombrecillo más malicioso que Satán, quien llenaba todos los álbumes de la capital con caricaturas del señor Tapeworm.

Vivía el elemento oficial francés en el Pariser Hof, que era el otro hotel de la ciudad; la facción inglesa se hospedaba en el hotel donde hemos visto a Amelia y compañeros de excursión. Entrambas facciones se trataban con hermosa cordialidad en público, bien que sin dejar de obsequiarse mutuamente con epigramas cortantes como navajas barberas. Ni Tapeworm ni Macabau dirigían a sus gobiernos respectivos un solo despacho que no fuera una serie de terribles dentelladas contra su rival. El primero de los caballeros citados decía, por ejemplo, en sus comunicaciones oficiales: «El actual representante de Francia pone en gran peligro los intereses de la Gran Bretaña en este ducado y en toda la confederación germánica. Es hombre de condición perversa, que no retrocede ante las falsedades más indignas ni vacila en cometer crímenes horrendos a trueque de conseguir sus fines. Envenena el ánimo de la corte en contra del ministro inglés, presenta bajo un aspecto odioso y repugnante la conducta de la Gran Bretaña, y en sus campañas infames le apoya por desgracia un ministro, cuya ignorancia es tan notoria como fatal su influencia». En cambio, Macabau decía: «El señor de Tapeworm persiste en su sistema de arrogancia insular estúpida y vulgar contra la nación más grande del mundo. Ayer se permitió hablar con criminal ligereza sobre Su Alteza Real la señora duquesa de Berri; en otra ocasión insultó al heroico duque de Angulema, y hasta osó insinuar que Su Alteza Real el duque de Orleáns conspiraba contra el augusto trono flordelisado. Cuando se convence de que sus estúpidas amenazas no producen efecto alguno, derrocha el oro para dar fuerza a aquéllas. Poniendo a contribución uno y otras, ha conseguido ganarse algunas personalidades de la corte… En una palabra: ni Pumpernickel disfrutará de tranquilidad, ni Alemania de paz, ni Europa de alegría, ni Francia será respetada, mientras no aplastemos la cabeza de esa víbora venenosa que lo emponzoña todo».

Apenas comenzada la temporada de invierno, Amelia escogió día para sus recepciones y se distinguió por la gracia y modestia con que hacía los honores de la casa. El profesor francés que tomó la felicitó por la pureza de su acento y la facilidad con que aprendía, facilidad que se explica perfectamente porque, tiempo antes, había recordado lo que aprendió en el colegio con objeto de poder dar lecciones a su George. La señora Strumpff le dio lecciones de canto con tanto aprovechamiento por parte de la discípula, que las ventanas de Dobbin, que daban frente a las habitaciones de la cantante, estaban abiertas siempre, porque aquél no quería perder nota de la lección. Que nos perdone el lector si recordamos detalles triviales: hemos conocido a Amelia triste y desgraciada, y justo es que nos extendamos sobre sus días de dicha, como antes nos extendimos sobre sus años de infortunio. Dobbin se hizo maestro de

George, a quien le leía César y le explicaba matemáticas. El profesor de alemán les daba lección a los dos, y entrambos salían a caballo, escoltando el coche de Amelia, y siendo causa de no pocos sustos de ésta cada vez que los animales se desmandaban.

Joseph trataba cada día con mayor afecto a la Gráfinn Fanny de Butterbrod, joven de tierno corazón y carácter humilde, canonesa y condesa por derecho propio, pero sin bienes ni rentas, la cual decía a todas horas que su mayor delicia sería poder llamarse hermana de Amelia. Joseph comenzaba a pensar que no sentaría mal colocar el escudo y la corona de conde junto a las armas de su familia pintadas en la portezuela de su carruaje, cuando… cuando se celebraron en Pumpernickel las famosas fiestas a que dio lugar el matrimonio del príncipe heredero con la encantadora princesa Amelia de Humbourg-Schlippenschloppen.

La magnificencia desplegada en aquellas fiestas recordó las del reinado del pródigo Víctor XIV. A ellas asistieron todos los príncipes, princesas y grandes de los Estados vecinos. Las camas se cotizaron en Pumpernickel a libra esterlina por noche y en el ejército no se encontraban ya hombres para dar guardias de honor a tantas altezas, serenísimos y excelencias como en la capital se congregaron. Concediéronse infinidad de grandes cruces y de encomiendas que el joyero de la corte vendió, para comprarlas de nuevo días después, por la décima parte de lo que costaron; diéronse placas de la Orden de Saint Michael de Pumpernickel a todos los nobles de la corte, y bandas, y cordones y cruces de la Rueda de Santa Catalina a los personajes de menor cuantía. El ministro francés fue de los más favorecidos, pero Tapeworm decía riendo que guardase sus condecoraciones, que la diplomacia inglesa sabría guardar por su parte el placer del triunfo, pues Francia había querido casar al príncipe con una princesa de la casa de Potztausend-Donnerwetter, proyecto que no podía menos de combatir Inglaterra.

Los extranjeros llegaban en tropel a las fiestas, no siendo los ingleses los más reacios. Hubo bailes en la corte, bailes en la casa Ayuntamiento, bailes en los salones del *trente-et-quarante*, bailes en los de la ruleta, y bailes en todos los lugares públicos. Los no aficionados a bailar podían jugar a cualquiera de los dos juegos mencionados, sobre todo si eran extranjeros y disponían de dinero y sentían deseos de perderlo.

George, cuyos bolsillos estaban siempre bien repletos, aprovechando la circunstancia de que sus tíos asistían a las solemnidades de la corte, se presentó en la Stadthaus en compañía del caballerizo de su tío Joseph, señor Kirsch. Hasta entonces, únicamente había pasado por un salón de juego en Baden-Baden, pero sin que su acompañante, que era Dobbin, le permitiese jugar; de aquí que le produjera infinita satisfacción acercarse sin trabas a la mesa de juego, y alternar con los puntos y los *croupiers*, y ver cómo se movían sin cesar las raquetas fatales. Jugaban también las damas, muchas de las cuales iban disfrazadas, licencia permitida durante las fiestas y

diversiones.

Una mujer de cabellos de un rubio claro, vestido un tanto ajado y cubierta la cara con un antifaz negro que dejaba ver el brillo extraño de sus ojos, hallábase sentada en la mesa de la ruleta provista de una tarjeta y un alfiler, y teniendo delante un capital de dos florines. Cada vez que el *croupier* cantaba el número y el color, la dama lo apuntaba cuidadosamente en la tarjeta, y sólo se permitía hacer posturas cuando una serie de negros o de rojos le hacía esperar la ganancia. Su aspecto producía singular sensación.

Pero era el caso que, no obstante su cuidado, la suerte la trataba con especial dureza, tanto, que sus dos últimos florines desaparecieron arrastrados por la raqueta. Exhaló un suspiró al perder la última moneda, alzó los hombros con un gesto que los dejó aun más descubiertos de lo que estaban, picó la tarjeta con el alfiler, y, al alzar la vista, distinguió a George, que contemplaba embelesado la escena.

Sus ojos brillaron con nuevos fulgores mientras preguntaba al niño:

—*Monsieur n'est pas joueur*?

—*Non, madame* —respondió el interpelado.

Como su acento revelase su origen británico, la dama repuso, con pronunciación extranjera:

—¿No ha jugado usted nunca? En ese caso, voy a pedirle un pequeño favor.

—¿Qué desea usted de mí, señora? —preguntó George ruborizándose.

—Juegue esta moneda por mí… póngala al número que le plazca.

Uniendo la acción a la palabra, sacó del seno un bolsillo y de éste una moneda de oro, la única que el bolsillo contenía.

George tomó riendo la moneda y la jugó a un número, que salió ganando. Hay sin duda una fuerza misteriosa que torna favorable el azar para los jugadores incipientes.

—¡Gracias… gracias! —dijo la dama, tomando su ganancia—. ¿Cómo se llama usted, amiguito?

—Osborne —respondió George, quien ya había metido mano a su bolsillo resuelto a jugar por su cuenta.

Afortunadamente entraron en aquel punto Dobbin y Joseph, que venían del baile dado en palacio. El primero de estos dos señores vio inmediatamente al muchacho y le separó de la mesa de juego. A continuación se aproximó a Kirsch, y le preguntó cómo se había atrevido a llevar a George a sitio semejante.

—*Laissez-moi tranquille* —dijo Kirsch vivamente excitado—. *Il faut s'amuser, parbleu. Je ne suis pas au service de monsieur*.

Dobbin, que advirtió el estado de ánimo de Kirsch, no quiso emprender una disputa desagradable, y se conformó con llevarse a George. Joseph, mientras, se hallaba junto a la dama de la mascarilla negra, que jugaba y ganaba invariablemente, muy interesado, al parecer, en el juego.

—¿Vámonos, Joseph? —preguntó Dobbin.

—Me quedo para llevarme al tunante de Kirsch —contestó Joseph.

Dobbin no creyó conveniente insistir cerca de Joseph a fin de no hablar en presencia del niño, y se fue con éste al hotel.

—¿Has jugado? —preguntó Dobbin a George.

—No —contestó el niño.

—Necesito que me des tu palabra de honor de que no jugarás nunca.

—¿Por qué razón? Me parece el juego un entretenimiento muy agradable.

Dobbin procuró convencer a George de lo pernicioso que es el juego, bien que sin ofrecerle como ejemplo a su propio padre.

Mientras tanto, Joseph continuaba junto a la mesa de juego. Sin ser jugador, gustaba de las emociones que pudiera proporcionarle aquel género de distracción. En el fondo de uno de los bolsillos del soberbio chaleco que acaba de exhibir en el baile dormían algunas monedas de oro: sacó una, pasó el brazo por encima de los hombros de la dama del antifaz negro, la arrojó al tapete, y ganó. Inmediatamente la dama hizo sitio a Joseph, a la par que le decía:

—Siéntese usted a mi lado; usted me traerá la suerte.

Sentóse Joseph un poquito turbado, murmurando:

—No puedo quejarme de sus favores… Soy bastante afortunado, y creo que voy a darle la buena sombra.

—¿Juega usted fuerte? —preguntó la dama.

—No… Arriesgaré un par de monedas de oro —respondió Joseph, arrojando su postura sobre la mesa.

—Para usted un par de monedas de oro no tienen importancia —repuso la dama —. Usted no juega por ganar, como tampoco yo —continuó, observando cierta expresión de alarma en el rostro de Joseph—. Yo juego para olvidar, pero no lo consigo; me es imposible borrar de mi mente recuerdos añejos, caballero. Su sobrinito es la imagen viva de su padre, y usted… usted no ha variado poco ni… Digo mal: usted ha variado… todo cambia… ¡Todo el mundo olvida… los hombres carecen de la víscera que llamamos corazón!

—¡Santo Dios!… —exclamó Joseph—. ¿Con quién estoy hablando?

—¿No adivina usted, Joseph Sedley? —preguntó la dama quitándose el antifaz y mirando con fijeza a su interlocutor—. Lo comprendo… Me ha olvidado usted.

—¡Cielos!… ¡Si es Rebecca!

—Rebecca, sí —contestó la dama, asiendo la mano de Joseph—. Me hospedo en El Elefante… Venga usted a verme, preguntando por madame de Rawdon. Hoy he visto a mi querida Amelia… ¡Qué linda la encontré, y qué feliz! Usted también respira dicha… ¡Todos… todos, menos yo! Yo soy muy desgraciada, Joseph Sedley.

Puso su dinero al negro, vino el rojo, y perdió.

—Venga usted conmigo, Joseph… Fuimos antiguos amigos… ¿Por qué no hemos de serlo ahora?

Salieron los dos de la casa de juego, seguidos por Kirsch, que se había quedado ya sin una moneda.

Capítulo LXIV

Paréntesis viajero

NO SE NOS LLEVE a mal si tendemos un velo sobre cierta parte de la biografía de Rebecca de Crawley, rindiendo culto a la delicadeza y discreción exigidas por el mundo moral, el cual, si es cierto que no se asusta del vicio, no lo es menos que siente aversión insuperable a oírle llamar por su nombre. Hacemos y conocemos en la feria de las vanidades muchas cosas de las que por nada del mundo queremos hablar, cosa muy natural, pues pueblos ha habido y hay que adoran al demonio y se dejarían arcabucear antes que mentarlo, de la misma manera que una señora inglesa o americana que en algo estime la decencia no consentirá que lastime sus castos oídos la palabra calzoncillos, por ejemplo, aunque conoce perfectamente su uso. No importa que las señoras vean a todas horas al demonio, no importa que convivan con la prenda de vestir antes mencionada; son sus nombres los que no pueden escuchar sin grave ofensa de su pudor; y como el escritor de esta historia quiere someterse a la moda, si alguna vez habla de la maldad o del vicio cuida de hacerlo en forma agradable que no ofenda los sentimientos de nadie. Becky, por ejemplo, no está precisamente exenta de vicios, pero, esto no obstante, reto a mis lectores a que me prueben que no la he presentado al público de una manera fina e inofensiva. Cuando he descrito a esta sirena, que canta y sonríe, tienta y seduce, ¿he olvidado por ventura las leyes de la decencia? En mis narraciones, ¿he dejado que mostrase algunas veces la repugnante cola? No. Los que lo deseen, pueden zambullirse bajo las aguas, que son bastante transparentes, y verán cómo esa cola se te tuerce y enrosca, cómo se agita repelente entre osarios y cadáveres, pero aunque esto ocurra en el seno de las aguas, queremos que la Becky visible resulte una Becky agradable, una Becky decorosa, una Becky que no pueda escandalizar al más hipócrita de los moralistas de la feria de las vanidades.

Si hubiésemos de dar cuenta exacta de su vida durante los dos años siguientes a la catástrofe de la calle Curzon, con derecho y razón podrían acusarnos nuestros lectores de que no rendimos culto a las conveniencias, podrían echarnos en cara que escribimos un libro inmoral, porque inconvenientes e inmorales son los actos de las personas faltas de fe y de corazón, de las personas que han hecho de los placeres el objetivo único de su existencia, de las mujeres infieles, insensibles al amor, pero habituadas a prodigarlo, aunque parezca imposible que nadie pueda prodigar lo que no conoce ni tiene. Yo me inclino a creer que tuvo Becky un período durante el cual, ya que no al remordimiento, porque el remordimiento no cabía en su alma, se entregó

a la desesperación, pues no se comprende de otra suerte que descuidase su persona y no cuidase poco ni mucho de su reputación.

Claro está que aquel *abattement*, aquella degradación, no fueron fulminantes: vinieron poco a poco, por grados, a raíz de su calamidad y seguramente después de recias y porfiadas luchas. Es lo que hace el náufrago que pudo asirse a una tabla: se aferra a ella con todas sus fuerzas mientras le queda un átomo de esperanza; pero cuando, perdida ésta, la suelta, cuando se convence de que sus luchas son estériles, se sumerge y llega al fondo del abismo con celeridad vertiginosa.

Becky permaneció en Londres mientras su marido hacía los preparativos para posesionarse del cargo que acababan de conferirle. Aseguran que hizo más de una tentativa para ver a su cuñado sir Pitt, con la esperanza, sin duda, de tornar a éste completamente en su favor, alentando sentimientos que no le habían sido contrarios. Se sabe que un día, al dirigirse sir Pitt a la Cámara de los Comunes en compañía del señor Wenham, éste descubrió a Becky que, oculta la cara bajo espeso velo negro, acechaba por las inmediaciones de dicho edificio público. Becky, al verse descubierta por el amigo de sir Pitt, desapareció con maña, y sus proyectos fracasaron por entonces.

Es posible que fuera lady Jane quien desbarató definitivamente los planes de su cuñada, pues me han contado que opuso un veto tan enérgico y decidido a Becky, que llenó de asombro a sir Pitt, habituado a verla siempre sumisa y obediente. Espontáneamente y sin consultar a su marido hizo que Rawdon fuese a vivir a su casa de la calle Gaunt hasta que embarcase para Coventry Island, segura de que mientras en su casa viviese Rawdon no traspasaría Becky sus umbrales. Las cartas que llegaban para su marido pasaban por sus manos a fin de impedir que Becky se pusiera en comunicación escrita con sir Pitt.

Claro está que si sir Pitt hubiese querido recibir cartas de Becky o entrevistarse con ésta, lo hubiese hecho, pese a las precauciones adoptadas por lady Jane, pero es el caso que nuestro barón estaba indignado contra su cuñada. Parece que después del accidente sufrido por lord Steyne, Wenham celebró una conferencia con sir Pitt, y que hizo a éste una biografía de Becky tan exacta como documentada. Nada calló Wenham: puso a sir Pitt en antecedentes sobre la persona y los hábitos del padre de su cuñada, le dijo que su madre fue bailarina, le explicó la historia de soltera de nuestra interesante amiguita, le reveló su conducta de casada… y como creo piadosamente que la historia en cuestión era falsa, dictada por la malevolencia, me abstengo de copiarla aquí. Eso sí: falsa o cierta, le enajenó toda la estimación de su cuñado, tan predispuesto hasta entonces en su favor.

No son muy considerables las rentas anejas al cargo de gobernador de la Coventry Island. Separadas por Su Excelencia las cantidades necesarias para amortizar deudas pendientes y las que exigían los gastos de representación, bastante elevados por

cierto, Rawdon vio que no podía señalar a su mujer más que una pensión de trescientas libras esterlinas al año, suma que resolvió pagar a Becky, a condición de que ésta no le molestase jamás. En caso contrario, desafiaría el escándalo y entablaría el correspondiente expediente de divorcio. Becky debería salir de Inglaterra: le convenía a ella en primer término, convenía al señor Wenham, convenía a lord Steyne, convenía a Rawdon, convenía a todo el mundo.

El arreglo de sus asuntos la embargó en tales términos, que ni tiempo le dejó para acordarse de su hijo, a quien no se le ocurrió ir a ver. Este caballerito quedó confiado a la solicitud de sus tíos. Su madre, ya que no le vio, favorecióle con una carta fechada en Boulogne, en la cual le decía que iba a hacer un viaje por el Continente y que tendría el placer de escribirle otra vez. No cumplió su promesa hasta algunos años después, cuando la muerte, arrebatando al hijo único de sir Pitt, hizo heredero forzoso de Crawley de la Reina al hijo de Becky. Éste, al recibir la carta, miró a su tía, y le dijo:

—¡Oh, tía Jeannie! Mi madre es usted… no… ella.

Contestó, sin embargo, muy respetuosamente a Becky, que vivía a la sazón en Florencia… Pero no adelantemos los sucesos.

El primer vuelo de nuestra linda Becky no fue largo: fue a posarse, después de cruzado el canal, sobre la costa francesa, en Boulogne, refugio de tantas inocencias desterradas de Inglaterra. Allí vivió una existencia bastante agradable, haciéndose pasar por viuda, después de tomar una doncella y dos habitaciones en un hotel. Comía en la *table d'hôte*, donde conquistó reputación de señora muy agradable, y donde narraba a sus vecinos de mesa mil historias sobre su cuñado sir Pitt y sobre los encumbrados personajes que conocía y trataba en Londres. Tenía la palabra fácil y la dicción elegante, cualidades que suelen producir excelente efecto entre las personas de categoría social inferior, entre las cuales pasaba por dama de muchas campanillas. Daba reuniones en sus habitaciones y tomaba parte en todas las distracciones de la ciudad. La señora de Burjoice, esposa del impresor, que vivía con su familia en el mismo hotel que Becky, no se cansó de repetir que ésta era un verdadero prodigio, hasta que advirtió que el tunante de su marido le dedicaba atenciones excesivas. Celos infundados sin duda, pues lo único que de Becky podía decirse es que prodigaba dulzura, afabilidad y buen humor… particularmente con los hombres.

Vino la época del año que es para muchos ingleses la señal de abandonar su suelo patrio para diseminarse por la superficie del globo, y Becky tuvo mil ocasiones de apreciar, por la conducta de las personas que había tratado en Londres, la opinión que la «sociedad» tenía formada de ella. Un día tropezó en el muelle con lady Partlet e hijas, las cuales contemplaban los picachos de Albión, que se bosquejaban en el azul del cielo, más allá de la azulada superficie del mar. Lady Partlet giró majestuosa sobre sus talones, interpuso su sombrilla abierta entre ella y Becky, reunió a sus hijas

y emprendió rápida retirada, no sin antes dirigir miradas furibundas a nuestra agradable viuda, que se encontró completamente sola.

Hasta los hombres habían cambiado en su manera de conducirse con ella. Grinstone se reía descaradamente en sus barbas, y la trataba con familiaridad que la desagradaba en extremo. Robertito Suckling, que tres meses antes hubiese sido capaz de recorrer a pie y en día de lluvia un par de leguas a trueque de verla en su carruaje, muchacho finísimo que jamás le había hablado sin tener el sombrero en la mano, hablaba un día en el paseo con el hijo de lord Heehaw cuando, habiendo acertado a verles Becky, se acercó a ellos. Robertito le hizo un frío saludo por encima del hombro, sin hacer ademán siquiera de llevar la mano al sombrero, y continuó hablando con su amigo. Tom Raikes fue a verla al hotel y entró en su salón con el cigarro en la boca.

—Sí él estuviese aquí —decía Becky despechada—, esos cobardes no se atreverían a insultarme.

Principiaba a acordarse con tristeza, acaso con nostalgia, de su marido, del hombre confiado y fiel en quien encontró siempre una sumisión absoluta, en el estúpido que siempre la trató con bondad, que siempre fue su esclavo obediente, que siempre le testimonió una abnegación sin límites. Aquel día debió de llorar, pues cuando bajó al comedor hubo de darse más colorete que de ordinario.

Desde esta época comenzó a hacer un uso acaso un tanto pródigo del colorete, y por esta época, también, dio en enviar a su doncella para que le comprara coñac, y en consumir éste en la *table d'hôte*.

Es posible que los insultos de que la hacían objeto los hombres le fuesen menos penosos que la simpatía que afectaban hacia ella ciertas mujeres. Las señoras de Crackenbury y de White, por ejemplo, pasaron por Boulogne con sus maridos e hijos: iban a Suiza. No sólo no esquivaron su trato sino que la abrazaron, la besaron, le dieron el pésame y no cesaron de brindarle protección hasta el momento de tomar el coche y continuar su viaje. No bien se despidieron, Becky oyó las carcajadas de los viajeros y supo adivinar la causa de aquella hilaridad.

A raíz del paso por el hotel de las familias mencionadas, Becky, que pagaba con puntualidad la cuenta de la casa, que se hacía agradable a todo el mundo, que sonreía a la hotelera y llamaba monsieur a los camareros, que pagaba espléndidamente con sonrisas a las camareras, Becky, repetimos, no obstante lo ejemplar de su conducta, recibió orden del dueño del establecimiento de abandonar sus habitaciones y la casa, porque le habían dicho que las damas decentes inglesas huían de su hotel por no tropezar con señoras de moralidad más que dudosa. Becky hubo de buscar hospedaje en una casa particular, donde la soledad y el aburrimiento fueron sus verdugos.

A pesar de todas estas demostraciones, a pesar de tantos desaires, procuró labrarse una reputación y poner coto a la maledicencia. A este efecto, frecuentó las iglesias,

cantó más alto que nadie, abrazó la causa de las viudas de los pescadores muertos en el mar, hizo dibujos y dio limosnas a las Misiones de Queshyboo, se subscribió a una porción de obras de beneficencia y renunció por completo a los bailes. En una palabra: hizo todo lo que el mundo tiene por respetable, y éste es precisamente el motivo que nos mueve a detenernos por más tiempo sobre este período de su vida, porque los que le siguen, tienen muy poco de agradable que referir. Vio que las gentes le volvían desdeñosas la espalda, y, sin embargo, ella correspondía con angelicales sonrisas a sus desaires. Su rostro no dejaba traslucir las torturas y martirios que sin duda sufría interiormente.

En rigor, su vida era un misterio. Las personas que se tomaron la molestia de fiscalizar sus actos y de seguir sus pasos, la declararon unánimemente culpable, al paso que los no curiosos, los que no ven más que las apariencias, juraban que era inocente como un corderillo y que el criminal era su odioso marido. Hablando de su idolatrado hijo con los ojos llenos de lágrimas, consiguió ganarse las simpatías de muchos. Por este procedimiento se atrajo todo el cariño de la señora de Alderney, la reina de la colonia inglesa en Boulogne, la que daba más comidas y bailes que entre todas las demás señoras de la ciudad. Un hijo de la señora mencionada, que estudiaba en el colegio dirigido por el doctor Swishtail, fue a pasar el período de vacaciones con su madre. Becky, no bien le vio, rompió a llorar con desconsuelo, diciendo:

—Es de la misma edad que mi Rawdon… ¡y qué parecido!

Entre los dos muchachos mediaba una diferencia de edad de cinco años, y se parecían entre sí tanto como mi respetable lector y éste su humilde servidor.

Pasó breves días después Wenham en dirección a Kissingen, donde debía reunirse con lord Steyne, y rectificó el error de apreciación de Becky sobre el particular, asegurando a la señora de Alderney que podría hacer él mismo una descripción del hijo de Becky mil veces más perfecta que la que hacer pudiese su mamá, quien siempre dio pruebas de odiarle y no le había visto diez veces en su vida, añadiendo que Rawdon hijo había cumplido los trece años (el hijo de la señora de Alderney estaba para cumplir los ocho), y que era rubio y de ojos… en una palabra: que la buena señora de Alderney se arrepintió de su afición a Becky.

Cuantas veces Becky, a fuerza de trabajos increíbles y de perseverancia digna de mejor suerte, conseguía formarse un círculo reducido de amigos, la fatalidad enviaba una persona que de un golpe, con una palabra, los ahuyentaba a todos, obligándola a empezar de nuevo. Dura era su suerte, muy dura.

Pasaba Becky de una ciudad a otra; abandonó a Boulogne para probar fortuna en Dieppe; de Dieppe se fue a Caen, de Caen a Tours, esforzándose en todas partes por rodearse de respetabilidad; mas, ¡ay!, días antes, días después, era abandonada, puesta en entredicho, expulsada de la jaula por los verdaderos pavos reales.

En Dieppe se prendó de ella la señora de Águila, dama irreprochable y de carácter

entero. Se conocieron primero en la playa y luego en la *table d'hôte* del hotel donde entrambas estaban hospedadas. Algo sabía la señora de Águila del asunto escandaloso Becky-lord Steyne; pero tal maña se dio Becky, que apenas tuvo con aquella señora una conversación detallada, consiguió que su nueva amiga repitiera en todas partes que la señora de Crawley era un ángel, su marido un rufián, lord Steyne un canalla, y Wenham un infame que había emprendido una campaña vil contra la honra inmaculada de Becky.

—Si fueses hombre —decía la dama a su marido—, el día que tropezases a Wenham en el casino le arrancarías las orejas.

El señor de Águila era un caballero de temperamento pacífico, enamorado de las ciencias geológicas y nada aficionado a arrancar orejas de nadie.

La señora de Águila protegió a Becky desde aquel instante, la llevó consigo a París a su propia casa, riñó con la embajadora de su nación porque se negó a recibir a su inocente *protegée* e hizo cuanto puede hacer una matrona para mantener a Becky en el camino de la virtud y de la reputación.

Al principio, observó Becky una conducta ordenada y estrictamente respetable, mas no pasó mucho tiempo sin que se le hiciese horriblemente tedioso rendir culto a las conveniencias. La vida rutinaria, las mismas distracciones, los mismos paseos por el Bois de Boulogne, las mismas tertulias, los mismos sermones todos los domingos, los mismos teatros produjeron en nuestra amiga un tedio mortal que era preciso hacer cesar. Por fortuna para ella, llegó de Cambridge un hijo de los señores de Águila, y como advirtiera su vigilante madre la impresión que en el joven produjo Becky, se apresuró a despedir a ésta.

Decidió entonces Becky poner casa con una amiga; mas no tardaron en regañar las asociadas y en cubrirse de deudas. Buscó a continuación una casa de huéspedes, y entró en la célebre de madame de Saint Amour, sita en la Rue Royale, de París, donde puso a prueba su potencia seductora sobre los ajados dandys y bellezas de moralidad más que equívoca que frecuentaban la casa. Becky disfrutó de cierto tiempo de felicidad.

—Las señoras que concurren a estos salones —decía a un antiguo amigo de Londres que la encontró allí— son tan divertidas como las del Mayfair, sólo que con trajes menos flamantes. Los caballeros usan guantes lavados y hasta diré que no son espejos de honradez, pero tampoco pueden blasonar de ella muchos de los que frecuentan los salones más aristocráticos de Londres. Un poquito vulgar es la señora de la casa, mas nunca tanto como la… (aquí pronunció Becky el nombre de una dama que no revelaré aunque me hagan picadillo).

Durante algún tiempo, fue Becky la reina de los salones de madame de Saint Amour; pero parece que sus antiguos acreedores de 1815 dieron con su guarida y la obligaron a salir de París, pues es lo cierto que huyó inopinadamente de la capital de

Francia y se dirigió a Bruselas.

¡Cuán vivos recuerdos conservaba de la ciudad! Miró sonriendo el entresol que había ocupado con su marido y se acordó de los apuros de la familia Bareacres el día que ansiaban huir y no podían por carecer de caballos que tirasen de su coche. Fue a Waterloo y a Laeken, donde la sorprendió el monumento que en honor de George Osborne habían erigido.

—¡Pobre Cupido! —exclamó—. ¡Qué enamorado estaba de mí, y qué necio era! ¿Vivirá Amelia? Era una buena muchacha… ¿Por dónde andará el gordinflón de su hermano? Conservo el retrato de su humanidad… También era un buen muchacho, tan bobalicón como su hermana.

Había llevado Becky una carta de recomendación de madame Saint Amour para madame la condesa de Borodino, viuda de un general de Napoleón que se fue al otro mundo sin dejar a su cara mitad otra cosa que una *table d'hôte* y una *table d'ecarte*. Dandys de segunda categoría, viudas enredadas en mil pleitos y no pocos ingleses de los que presumen de distinguidos en «el Continente», dejaban su dinero en la *table d'ecarte* o comían en la *table d'hôte* de la condesa de Borodino. El elemento masculino obsequiaba con champaña al elemento del sexo contrario, le llevaba a paseo, pagaba coches de alquiler para emprender excursiones campestres, se entrampaba para tomar palcos, depositaba sus posturas sobre la *table d'écarté* pasándolas sobre los desnudos hombros de las bellas, sentadas en primer término, y escribía entusiastas cartas a sus padres, hablándoles de su venturosa introducción en lo mejor de la alta sociedad extranjera.

En Bruselas, como en París, fue Becky la reina de los salones de la condesa de Borodino. Jamás desairó a nadie que le brindase una copa de champaña, nunca desdeñó un ramo de flores, ni declinó el honor de hacer una excursión campestre, ni tuvo inconveniente en ocupar un proscenio en la Ópera en compañía de cualquiera de sus admiradores, pero a todas estas distracciones prefería el ecarte, juego al que se entregaba con loca audacia. Principiaba jugando con moderación, apostaba luego monedas de cinco francos, a éstas sucedían los luises, y a los luises los billetes de cien o de quinientos francos. Cuando no contaba con fondos para pagar su pensión mensual, los pedía a cualquiera de los caballeros jóvenes. En sus días de penuria, procuraba engatusar con zalamerías a la condesa de Borodino, pero cuando algún amigo la proveía de dinero, trataba a aquélla con la mayor insolencia.

Tres meses de pensión adeudaba Becky a la condesa de Borodino cuando se fue de Bruselas, irregularidad que la digna señora se apresura a contar a todo súbdito inglés que pasa por su casa. Y menos mal si con tan poco se conformara; lo peor del caso es que añade que nuestra amiga jugaba y hacía trampas, bebía y se emborrachaba, caía de rodillas a los pies del señor Muff, pastor de la Iglesia Reformada, no para solicitar sus oraciones, sino para arrebatarle con lágrimas y

mimos el dinero, se encerraba en su aposento con el joven Noodle, hijo de sir Noodle y pupilo del señor Muff, y hacía mil otras picardías que probaban hasta la saciedad que Becky era una *vipère*.

En suma: nuestra linda vagabunda fue visitando todas las ciudades de Europa, incansable como Ulises o como Bampfylde Moore Carew. Su afición al desorden de vida y a la falta de moralidad se acentuó considerablemente, hasta convertirse en bohemia completa y frecuentar el trato de personas de reputación bastante mala para poner los pelos de punta a quien en algo estimase su buen nombre.

No hay en Europa ciudad libre de la presencia de una colonia más o menos numerosa de perdidos ingleses que figuran en los registros policíacos, de jóvenes que son padrón de ignominia de sus familias, muchas veces distinguidas, de individuos que roban en los salones de billar o hacen trampas en los de juegos de azar. Son sujetos que pueblan las prisiones reservadas a los tramposos, que insultan y pretenden cobrar el barato, que escapan sin pagar a nadie, que se baten en duelo con caballeros franceses y alemanes, que apelan a martingalas infalibles para hacerse con dinero y suelen salir de la mesa de juego sin un cuarto en sus bolsillos, que intentan negociar cheques falsos y no retroceden ante las estafas más vergonzosas. Las alternativas de esplendor y de miseria de estos individuos son curiosísimas. Becky… ¿por qué no decirlo?, Becky se entregó a este género de vida, y lo hizo sin repugnancia. En compañía de un ejército de bohemios recorrió sucesivamente casi todas las ciudades de Europa: en Alemania no había garito donde no conocieran a la señora de Crawley: en Florencia montó una casa en compañía de madame de Cruchecassée; aseguran que fue expulsada de Munich y, si no miente mi buen amigo Frederick Pigeon, fue en su casa de Lausanne donde el comandante Loder perdió ochocientas libras esterlinas que tenía. Somos historiadores y, como tales, obligación nuestra es hacer una biografía de Becky; sin embargo, comprendemos que, en lo referente a este período de su vida, cuanto menos digamos será mejor.

Aseguran que, en sus temporadas de mala suerte, daba conciertos en los teatros y lecciones de música a domicilio. Sabemos de una madame de Raudon que cantó en Wildbad, acompañada por Herr Spoff, primer pianista del Hospodar Valaquia. Nuestro buen amigo Oídos, que lo sabe todo y ha viajado por todo el mundo, declara que, hallándose en Estrasburgo el año de 1830, debutó con la ópera La Dame Blanche una madame Rebecque, que por cierto promovió en el teatro un escándalo monumental. Una tempestad de silbidos la arrojó del escenario, tempestad que atrajo sobre su cabeza no sólo su incompetencia, sino la desdichada simpatía que le testimoniaron personas mal aconsejadas. Pero no viene al caso; lo esencial es que, según testimonio del buen Oídos, la debutante no era otra que la señora Rebecca de Crawley.

En realidad, era una vagabunda. Cuando tenía dinero, jugaba; cuando no lo tenía

se lo procuraba sabe Dios por qué medios. Dicen que la vieron en Saint Petersburgo, de donde la echó inmediatamente la policía, circunstancia que nos induce a creer que la calumniaron los que aseguraron que más tarde desempeñó en Toeplitz y Viena el hermoso papel de espía rusa. Me han informado de que en París encontró a su abuela materna, que no era precisamente una Montmorency, sino una modesta portera de un teatro de cuarto orden. No puedo dar detalles del encuentro, aunque es de suponer que fuese muy afectuoso.

Hallándose en Roma, pudo en una ocasión depositar en las cajas de un banquero principal la mitad de la pensión anual que le enviaba su marido, y como todo el que tenía un saldo a favor de más de quinientos scudi era invitado a los bailes que en invierno daba este rey de los mercachifles, Becky tuvo el honor de recibir una invitación y se presentó en una de las fiestas espléndidas dadas por los príncipes de Polonia. Descendía la princesa de la familia de Pompilio, cuyo tronco fue el segundo rey de Roma, y de una Egeria del Olimpo, al paso que el abuelo del príncipe, Alessandro de Polonia, vendía jabones, esencias, tabaco y pañuelos, ejecutaba las comisiones que le encomendaban los caballeros, y hasta prestaba pequeñas cantidades de dinero. Llenaban los salones príncipes, duques, embajadores, artistas, músicos, *monsignori*, pollos jóvenes y gallos con espolones, hombres de todas clases y condiciones. La casa era un prodigio de luz y de magnificencia: marcos dorados encerraban cuadros… de dudosa antigüedad, y la descomunal corona de oro, remate del escudo de armas del principesco dueño de aquélla, resplandecía en todos los techos, en todas las puertas, en todos los muebles, pero, sobre todo, en los varios baldaquinos de rico terciopelo preparados para recibir a los papas y emperadores.

Becky, que acababa de llegar de Florencia y se había hospedado en una fonda más que modesta, recibió su invitación para la fiesta del príncipe de Polonia y, luego que se vistió con mayor esmero que de ordinario, se presentó en los salones, asida al brazo del comandante Loder, con quien viajaba por aquel entonces (era el caballero que un año más tarde mató en duelo al príncipe Ravoli, y el que recibió una tanda de bastonazos, propinados por sir John Buckskin, quien le encontró cuatro reyes escondidos en el sombrero en ocasión que jugaban al ecarte). En los salones, encontró Becky caras que conoció años antes, cuando no era inocente, pero pasaba por tal; señoras francesas que trató recientemente, viudas más o menos auténticas, condesas italianas algún tanto dudosas, todas ellas separadas de sus maridos, porque eran unos tunantes desalmados que maltrataron a las pobrecitas. Todos estos personajes nos interesan poco.

Becky, pendiente del brazo del comandante Loder, recorrió infinidad de salones, bebió infinidad de copas de champaña en el buffet, lugar que era objeto de las preferencias generales, y, sobre todo, de las gentes de la calaña del comandante, y continuó avanzando hasta llegar a un saloncito íntimo, donde los señores de la casa

obsequiaban con una cena a sus huéspedes más distinguidos. Uno de éstos era lord Steyne.

Becky le conoció al punto. Ostentaba todas sus encomiendas y grandes cruces y parecía el más señor de cuantos se sentaban a la mesa, no obstante haber entre aquéllos un gran duque reinante y un Alteza Real, juntamente con sus egregias consortes, y la hermosísima princesa de Belladona, esposa del conde Paolo della Belladona, célebre en el mundo entero por sus ricas colecciones entomológicas, y ausente a la sazón desempeñando una comisión delicadísima cerca del emperador de Marruecos.

Becky, al ver el rostro familiar e ilustre de lord Steyne, sintió súbita repugnancia hacia el del comandante Loder. Mil esperanzas, temores y recuerdos palpitaron a un tiempo en su pecho, y sus ojos lanzaron rayos en dirección del opulento señor. Éste la vio al fin, y quedó con la boca abierta, fijos en ella los ojos, cual debió quedar lady Macbeth cuando inesperadamente vio aparecer a Banquo.

El comandante Loder se llevó a Becky casi a viva fuerza, sin darle tiempo para cambiar una palabra con su antiguo amigo.

Al día siguiente, nuestra biografiada salió a pasear por el Pincio, probablemente llevada de la esperanza de tropezar con lord Steyne. No encontró a éste, pero sí a otro conocido antiguo, al señor Fiche, el hombre de confianza del lord, quien se acercó a ella con familiaridad, haciendo ademán de llevar la mano al ala del sombrero, pero sin llegar a tocar aquella prenda.

—Sabía que encontraría a usted aquí —dijo—. La vengo siguiendo desde el hotel donde se hospeda. Necesito dar a usted un consejo de amigo.

—¿De parte del marqués de Steyne? —preguntó Becky, fluctuando entre la esperanza y el temor.

—No; de parte mía. Roma es una ciudad extraordinariamente malsana.

—Pero no en esta época: hasta después de la Pascua…

—Para la señora lo es hoy. Hay personas tan propensas a la malaria, que la contraen en cualquier tiempo del año: las emanaciones de los pantanos matan a muchos, antes y después de Pascua… Señora de Crawley… usted ha sido siempre una buena muchacha, y yo la he querido y la quiero bien, *parole d'honneur*… Váyase de Roma inmediatamente, pues, de continuar aquí, yo le aseguro que enfermará y… morirá.

Becky soltó la carcajada, bien que fue una carcajada de rabia furiosa.

—¡Cómo! ¿Piensan asesinarme? —preguntó—. ¡Qué romántico! Mi señor lleva una escolta de *bravi*, armados de *stilettii*. ¡Bah! No pienso marcharme de Roma… Tengo personas que sabrán defenderme.

—¿Defenderla? —replicó el señor Fiche riendo a carcajadas—. ¿Quién? ¿El comandante? ¿Alguno de los tahúres que rodean a la señora? Por un centenar de

luises, éstos y aquél son capaces de degollar a la señora. Además: conocemos la historia del señor comandante Loder… quien es tan comandante como yo obispo, historia bastante para enviarle a presidio o a la horca cuando nos venga en gana. Nosotros lo sabemos todo, porque tenemos amigos aquí y en todas partes. Conocemos al dedillo la historia de la señora mientras vivió en París, sabemos con qué clase de gentes alternó… Sí, lo sabemos todo, por mucho que le admire a la señora… La señora ha tenido la desgracia de ofender a un caballero que no sabe perdonar. Su furor se centuplicó anoche cuando la vio; llegó a su casa como un loco: por culpa de usted le armó un escándalo su buena amiga la princesa Belladona.

—¡Ah! ¿Conque se trata de la princesa Belladona? —preguntó Becky, un tanto repuesta del susto.

—La princesa Belladona nada tiene que ver con el furor del señor contra usted. Cometió usted una torpeza imperdonable dejándose ver de lord Steyne, y si no abandona pronto a Roma, yo le aseguro que se arrepentirá. No olvide mis palabras.

Ignoramos si lord Steyne abrigaba planes asesinos contra Becky, o si la comisión evacuada por el señor Fiche tuvo por objeto intimidar a la señora de Crawley; lo que sí es cierto es que la amenaza surtió su efecto, y que Becky huyó, sin pensar nunca más en aparecer por donde estuviera su antiguo amigo.

Por lo que respecta al marqués de Steyne, todo el mundo sabe cuál fue su melancólico fin. Murió en Nápoles dos meses después de la Revolución Francesa de 1830. Según los periódicos, el muy honorable George Gustavo, marqués de Steyne, conde de Gaunt y del Castillo de Gaunt, Par de Irlanda, vizconde de Hellborough, barón de Pitchley y de Grillsby, Caballero de la Orden de la Liga, del Toisón de Oro de España, de la Orden rusa de Saint Nicolás, de la Orden turca de la Media Luna, Primer Lord de Inglaterra, etc., etc., falleció a consecuencia del dolor que le produjo el triunfo de los revolucionarios franceses y la caída de la monarquía francesa.

Toda la prensa publicó artículos necrológicos que enumeraban con lenguaje elocuente sus virtudes, su magnificencia, sus talentos, sus buenas obras. Tal culto rindió a la ilustrísima casa de Borbón, con la cual decía estar emparentado, que no supo sobrevivir a los infortunios de sus augustos deudos. Su cadáver recibió sepultura en Nápoles, pero su corazón… aquel corazón magnánimo, fue encerrado en una urna de plata y llevado a su castillo de Gaunt.

«Con él —escribía el señor Wagg— han perdido las bellas artes un protector decidido, los pobres un tesoro de caridad, la sociedad una de sus glorias más preclaras, Inglaterra un patriota y un estadista meritísimo, etc., etc.»

Su testamento dio origen a no pocas luchas. Intentaron sus herederos recobrar el famoso brillante llamado «Ojo del judío» que el difunto llevó toda su vida en el dedo índice y del cual, según se decía, se había apoderado la princesa Belladona después de la muerte del prócer: pero su amigo de confianza, el señor Fiche, probó que el

anillo en cuestión había sido regalado a la dama mencionada por el marqués de Steyne, dos días antes de su muerte, así como también todos los billetes de banco, alhajas y valores napolitanos y franceses que el prócer tenía en su *secrétaire*, y que indebidamente reclamaron los herederos a su legítima propietaria.

Capítulo LXV

Donde abundan los negocios y los placeres

EL DÍA QUE SIGUIÓ al encuentro de Joseph con Becky junto al tapete verde, nuestro elegante amigo se vistió con lujo y minuciosidad extraordinarios y, sin decir palabra a los individuos de su familia ni a su amigo Dobbin respecto a los acontecimientos de la noche anterior, ni invitarles a que le acompañasen en su paseo, salió muy temprano de su domicilio y se encaminó en derechura al Hotel del Elefante. Con motivo de las fiestas, la afluencia de forasteros era extraordinaria; los veladores colocados en la acera estaban ya llenos de personas que fumaban y bebían cerveza; en el interior flotaba una nube espesa de humo que impedía ver nada, y Joseph, después de preguntar en idioma alemán, que hablaba bastante mal, por la persona que buscaba, subió al piso más alto de la casa. El piso primero lo ocupaban por entero los viajantes de comercio, que exhibían alhajas y brocados, el segundo estaba tomado por el *état major* de la empresa que explotaba los juegos de azar, el tercero albergaba a una famosa troupe de acróbatas, y sobre éste vivían los estudiantes, los comerciantes al por menor y los campesinos. Becky había encontrado allí refugio, pero tan mísero y pobre que no parece probable que hubiese alojado jamás a ninguna otra belleza.

No estaba allí a disgusto, antes por el contrario, gustaba de la compañía de la turba de bohemios, estudiantes, tahúres y saltimbanquis entre los cuales vivía. Sus padres, bohemios entrambos por gusto y por necesidad, le habían legado una naturaleza aventurera e inquieta que, a falta de la conversación con un lord, le hacía encontrar encantos en la de un cochero. El humo, las botellas, la charla de los mercaderes hebreos, los discursos solemnes de los vendedores de joyas, la conversación *sournoise* de los que llevaban la banca en los centros de juego, los cantos de los estudiantes y el movimiento y ruido ensordecedor de la casa sonaban a gloria en los oídos de nuestra amiguita, aun cuando su bolsillo estuviese tan fláccido que no contuviera ni lo necesario para pagar su hospedaje.

Llegó Joseph a lo alto de la escalera, resoplando como un ballenato, sin alientos y sin voz, y principió por pasarse el pañuelo por la cara antes de dedicarse a buscar el cuarto número 92, donde vivía la persona que buscaba. La puerta del cuarto frontero, señalado con el número 90, estaba abierta. Un estudiante, vestido y calzado, fumaba su pipa tendido sobre la cama, mientras otro estaba de rodillas pegado a la puerta del número 92, dirigiendo súplicas a la persona que había dentro por el ojo de la llave.

—Váyase —decía una voz muy conocida—. Espero visita… debe llegar de un momento a otro mi abuelo… y no quiero que le encuentre a usted ahí.

—¡Querubín Englanderinn! —replicaba el estudiante—. Tenga usted lástima de dos pobres estudiantes que necesitan pasar un rato con usted. Concédanos una cita… Acepte una comida con Fritz y conmigo en la posada del parque. Comeremos faisanes al horno, beberemos cerveza y vinos franceses… Si no nos da gusto nos moriremos de pena los dos.

Joseph oyó el coloquio, pero sin entender palabra, pues jamás se tomó la molestia de estudiar el idioma que empleaban los interlocutores.

—¿Me hace usted el favor de indicarme el cuarto número 92? —preguntó Joseph.

—¿Número 92? —repitió el estudiante, levantándose presuroso y metiéndose en su cuarto, cuya puerta cerró por dentro.

Segundos después llegaban hasta Joseph las carcajadas del estudiante que fumaba tendido sobre su cama, y del que suplicaba de rodillas pegado a la puerta del cuarto objeto de su excursión.

Hondamente desconcertado por el incidente el funcionario de Bengala no sabía qué hacer, cuando la puerta del 92 se abrió por sí sola, para dar paso a la carita picaresca de Becky, en cuyos labios jugueteaba una sonrisa burlona.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Es usted? ¡Con cuánta impaciencia le estaba esperando! ¡No… todavía no! Dentro de un minuto podrá entrar.

El minuto fue empleado en esconder bajo las ropas de la cama un tarro de colorete, una botella de aguardiente y un plato con restos de comida, y en arreglar un poquito sus cabellos. Conseguido su propósito, dejó pasar a su visitante.

A guisa de vestido de mañana, llevaba Becky un dominó color rosa, bastante ajado y manchado, pero sus anchas mangas dejaban salir dos brazos de blancura deslumbrante, y estaba atado en la cintura de forma de realzar la gracia del lindo cuerpo que cubría.

—Entre usted —dijo, tomando a Joseph por la mano—, y hablaremos. Siéntese ahí… en esa silla.

Tomó Joseph asiento en la silla indicada, haciéndolo Becky sobre la cama.

—No dejan en usted rastro los años —continuó diciendo Becky—. Le hubiese conocido en cualquier parte… ¡Qué dulce consuelo proporciona el encuentro en suelo extraño de un amigo leal y antiguo! ¡Cómo no había de conocerle! Hay cosas que una mujer no puede olvidar jamás… Usted fue el primer hombre… hacia quien sentí interés…

—¡Es posible! —exclamó Joseph—. ¡Dios mío… no me lo diga usted, porque!…

—Cuando salí del colegio con su hermanita, era yo una niña… Y a propósito: ¿cómo está Amelia? ¡Ah! Su marido no era modelo de hombres buenos… Amelia tuvo celos de mí… ¡Como si yo me hubiese ocupado nunca de él!… Otro era el que… ¡pero olvidemos el pasado! —terminó, llevando el pañuelo a los ojos—. Le sorprenderá encontrarme aquí —continuó al cabo de breves segundos—, en un lugar

tan distinto del que hasta poco ha disfruté… ¡Oh, si supiese usted cuánto he sufrido! La desgracia se ha ensañado en mí con tal feroz crueldad, amigo Joseph, que no sé cómo no me he vuelto loca. Me es imposible permanecer dos semanas en un mismo sitio, he de moverme, he de viajar constantemente, llevando conmigo el bagaje de mis desventuras. Todos mis amigos han sido falsos y desleales conmigo… todos sin excepción. En el mundo no hay un solo hombre leal. Fui la esposa más ejemplar que ha conocido hombre casado, aunque me casé por despecho, porque era otro el que… Pero dejemos ese punto. Yo fui esposa modelo, y mi marido me ultrajó, me pisoteó, y concluyó por abandonarme. Fui madre amantísima, la más tierna de las madres; no tuve más que un hijo, un hijo que era mi encanto, mi esperanza, mi delicia, mi vida, y… me lo arrebataron… lo arrancaron de mi lado…

Debajo de las ropas de la cama chocaron la botella de aguardiente con el plato de los restos de comida, conmovidos, sin duda, por las abundantes lágrimas que vertieron los ojos de Becky. Max y Fritz, que se habían acercado a la puerta, escuchaban asombrados los sollozos y suspiros de su vecinita. Joseph se afectó hondamente, y hasta se asustó. Becky contó acto seguido su historia, una historia limpia, sencilla, ingenua, sin artificios de lenguaje, historia que probó hasta la evidencia que si alguna vez ha bajado a la tierra un ángel del cielo, y se ha visto sujeto a las maquinaciones infernales de los espantosos demonios que pueblan el mundo, ese ángel inmaculado, esa mártir pura como un rayo de sol, se encontraba allí, frente a Joseph, sentada en la cama sobre la botella de aguardiente.

Sostuvieron una conversación larguísima, muy tierna y muy confidencial, conversación que reveló a Joseph, en forma que no pudiese herir su pudor natural, que su seductora persona fue para Becky la primera revelación de las dulzuras que puede proporcionar el amor; que era cierto que George Osborne le hizo injustificadamente la corte, excitando así los celos de Amelia, y dando motivo a algún disgustillo en el matrimonio; pero que nunca ella dio un átomo de esperanza al desgraciado oficial, sencillamente porque nunca dejó de pensar en Joseph, desde el día que tuvo la dicha de verle por primera vez. Gomo era natural, contuvo dentro de su pecho su amor, que no podía satisfacer sin faltar gravemente a sus deberes de esposa, que había cumplido siempre y continuaría cumpliendo hasta el momento venturoso para ella en que el clima pernicioso de Coventry Island la libertase de un yugo que los malos tratos habían hecho odioso e insoportable.

Fuese Joseph llevando consigo el convencimiento de que se separaba de la mujer más virtuosa, más perseguida y más encantadora del mundo, y revolviendo en su mente mil planes encaminados a favorecerla. En primer lugar, era preciso poner fin a las persecuciones de que la hacían víctima, y en segundo, reintegrarla al lugar que de derecho debía ocupar en sociedad, reparar las injusticias de la suerte. Cuenta suya sería hacer cuanto fuese preciso para conseguir su doble objetivo. Ante todo, la

sacaría de la mísera vivienda donde se hallaba y le proporcionaría alojamiento más decente. Amelia iría a verla y a ofrecerle su amistad. Su diligencia primera sería consultar con Dobbin.

No bien hubo desaparecido Joseph en las profundidades de la escalera, Max y Fritz entraron a visitar a su vecina, la cual les entretuvo muy agradablemente.

Joseph, mientras tanto, se dirigía a la habitación de Dobbin, ante quien repitió, con aire grave y solemne, la conmovedora historia que acababa de oír, bien que guardándose de hacer alusión a su encuentro en el salón de juego. Al mismo tiempo que los dos amigos ideaban la manera de ser útiles a Becky, ésta continuaba con los dos estudiantes su interrumpido almuerzo a la *fourchette*.

¿Qué azares de la vida condujeron a Becky a aquella insignificante ciudad? ¿Cómo corría el mundo sola, sin un amigo? En la escuela enseñan a los niños que es muy fácil y suave el camino que conduce al Averno… Pero preferible será que apartemos los ojos de la historia de su descenso: no era peor de lo que fue durante el período de su prosperidad, bien que fuerza será confesar que la suerte le era más esquiva.

En cuanto a Amelia, ya sabemos que era mujer de condición blanda en exceso, y que bastaba que supiese que una persona era desgraciada para que su sensible corazón simpatizase con sus sufrimientos. Por otra parte, como quiera que jamás cometió culpas graves, no sentía ese aborrecimiento a la maldad que suele caracterizar a los moralistas. Si a fuerza de dulzura y de mimos echaba a perder a cuantos estaban en contacto con ella, si no mandaba la cosa más insignificante a un criado sin pedirle perdón por la molestia, si se excusaba con los dependientes de los comercios que le enseñaban una pieza de tela, ¿qué no haría cuando supiese que una amiga antigua, a la que quiso mucho, sufría los rigores del infortunio? Si el mundo hubiera de regirse por leyes dictadas por Amelia, bien seguro es que abundarían en él los desórdenes, que serían más los criminales que las personas honradas, pero, por fortuna, son pocas las mujeres que piensen como ella, y menos los legisladores. Tengo por cierto que Amelia hubiese derruido todas las cárceles, abolido todos los castigos, reducido a pasta todas las cadenas, arrojado a las llamas todos los látigos, proscrito la pobreza, desterrado las enfermedades y el hambre. Para terminar: mujer era, aunque parezca imposible, capaz de perdonar una injuria.

La historia de la aventura sentimental ocurrida a Joseph impresionó a Dobbin mucho menos que al funcionario de Bengala; mejor dicho, le impresionó, sí, pero no agradablemente ni mucho menos. Nunca fue Becky santo de su devoción; desde el día que aquélla posó en él sus ojos verdes, la miró con desconfianza instintiva, desconfianza que no tardó en convertirse en antipatía.

—Es un demonio que envenena cuanto toca —contestó Dobbin de mal talante—. ¿Quién sabe la vida que habrá hecho? ¿Qué asuntos la traen aquí? No me vengas con

fábulas de enemistades, de persecuciones, de conjuras, que una mujer honrada siempre conserva algún amigo y no es desechada por toda su familia. ¿Por qué se separó de su marido? Es posible que éste haya sido malo… lo fue siempre. Recuerdo que era un condenado tahúr que robaba escandalosamente a George. ¿Hizo necesaria la separación algún escándalo? Me parece haber oído algo en este sentido.

Joseph intentó convencer a su amigo de que Becky era la más perseguida y la más virtuosa de las mujeres.

—No disputemos —replicó Dobbin, acreditándose de diplomático consumado—. Consultaremos a Amelia. Supongo que no me negarás que es buen juez, y que no se deja guiar por prevenciones en sus juicios.

—¿Amelia? ¡Valiente juez! —exclamó Joseph, cuya ceguera amorosa no era precisamente causada por su hermana.

—¿Valiente juez? ¡Por Dios vivo que es la dama más acabada que he conocido en los días de mi vida! —gritó Dobbin—. Repito que debemos ponerla en antecedentes, y preguntarle si esa mujer merece ser visitada o no. Por mi parte, me someto a su fallo.

El pícaro Dobbin creía en su fuero interno que la decisión de Amelia sería fiel reflejo de sus puntos de vista sobre el particular. Recordaba que, en otro tiempo, Amelia estuvo terriblemente celosa de Becky, y estaba persuadido de que una mujer celosa no perdona nunca.

Los dos amigos fueron a ver a Amelia, que en aquel momento daba la lección de canto con la señora de Strumpff. No bien se despidió de ésta, Joseph abordó la conversación con el tono solemne que le era habitual.

—Mi querida hermanita —dijo—; me ha ocurrido la más extraordinaria… sí, la más extraordinaria aventura que puedes imaginarte. Ha llegado a esta ciudad una antigua amiga tuya… quizá la que más quisiste en el mundo… y quisiera que le hicieras una visita.

—¡Una amiga! —exclamó Amelia—. ¿Y quién es?… Dobbin… hágame el favor de no romperme la tijera.

Dobbin había introducido la punta de la tijera entre los eslabones de la cadena de que pendía, y forcejeaba sin darse cuenta.

—Es una mujer a quien detesto —contestó Dobbin—, y que lejos de merecer el afecto de usted, sólo merece su desprecio.

—¡Becky! —gritó Amelia muy agitada—. ¡Becky es!… ¡No me cabe duda!

—Acierta usted como siempre —dijo Dobbin.

—¡No me digas que la visite! —contestó Amelia—. Me es imposible tolerar su presencia.

—¿No te lo decía yo? —exclamó Dobbin volviéndose hacia Joseph.

—¡Si supieras cuan desgraciada es! —instó Joseph—. Está en la miseria, no tiene

un amigo, ha estado enferma, muy enferma, el villano de su marido la ha abandonado.

Amelia lanzó un suspiro.

—Ni un alma compasiva se acuerda de ella —prosiguió Joseph con habilidad impropia de un hombre como él—, me dijo que no le resta más que una esperanza, la última, y que esa esperanza eras tú… Su historia me ha afligido en extremo… ¡palabra de honor! Te juro que en el mundo no hay precedentes de una persecución tan enconada, sufrida por una víctima inocente con resignación tan heroica. Su familia ha sido con ella brutalmente cruel.

—¡Pobre mujer! —murmuró Amelia.

—Si un alma caritativa no le tiende una mano protectora, morirá: así me lo ha dicho, y lo creo —continuó Joseph con voz trémula—. ¿No te he dicho que intentó suicidarse? Lleva siempre consigo un frasco de láudano… tiene una botella llena de ese veneno en su habitación… ¡Si vieras qué habitación! Un zaquizamí pequeño, pobre, sucio y miserable, en una fonda de tercer orden… En la fonda del Elefante. Vive junto al tejado… No me lo ha contado nadie: he subido yo a su cuarto. Las desgracias la tienen medio loca, y con razón, pues son horribles las torturas que ha apurado esa pobre mujer. Tenía un hijo de la misma edad que George, un ángel que adoraba a su madre… Los rufianes le arrancaron de los amantes brazos de su madre, y no han permitido que le vea nunca más.

—Mi querido Joseph —gritó Amelia estremecida—, corramos inmediatamente a su lado.

Entró precipitada en su alcoba, se puso el sombrero a toda prisa, y suplicó a Dobbin que la acompañase.

—Es el cuarto número 92, piso último —dijo Joseph viendo salir a la pareja, pero poco dispuesto a seguirla, pues le asustaba subir de nuevo tanta escalera.

Por fortuna, Becky vio desde su sotabanco a los que iban a visitarla, y tuvo tiempo para despedir a los estudiantes, que continuaban riendo y bromeando en su cuarto, y para limpiarlo antes que el dueño de la fonda, que conocía a Amelia y sabía que era una gran dama, se presentase en su cuarto anunciando la visita de una milady y de un herr coronel.

—¿Quién es? —preguntó Becky, asomando a medias a la puerta.

Seguidamente lanzó un grito. Tenía delante a Amelia, toda temblorosa, y a Dobbin mudo, frío, apoyado sobre su bastón.

Amelia abrió los brazos a Becky. Acababa de perdonarla de todo corazón y la abrazó con toda la ternura de su alma… ¡Pobre criatura envilecida! ¿Desde cuándo no habías recibido caricias tan puras, besos tan santos?

Capítulo LXVI

Amantium irae

UNA FRANQUEZA, una bondad de alma como la de Amelia, por necesidad habían de conmover el corazón de Becky, por muy pervertido que estuviese. No debe admirarnos, en consecuencia, que correspondiera a las caricias de su amiga de colegio con algo que de gratitud tenía la semejanza y sintiera una emoción que, si duró poco, al menos fue sincera. Hábil estuvo al hablar a Joseph del «hijo arrancado brutalmente a los brazos de la amantísima madre», porque la imagen de este espectáculo desgarrador fue la que excitó la compasión y le devolvió el afecto de su amiga, la cual, como es natural, inició su conversación con ese tema.

—¡Conque te robaron a tu hijo querido! —exclamó la cándida amiga de Becky—. ¡Ah! ¡Comprendo tus horribles sufrimientos! ¡Sé lo que es perder a un hijo, y, de consiguiente, compadezco a las tristes madres que se encuentran en ese caso! ¡Quiera Dios que te devuelvan el tuyo, de la misma manera que una providencia misericordiosa devolvió a mis brazos al mío!

—¿Mi hijo?… ¡Ah, sí!… Las agonías que su separación me cuesta son desgarradoras.

Así respondió Becky, sintiendo acaso cierto remordimiento de conciencia al verse obligada a corresponder con mentiras a la confianza e ingenuidad de su amiga. Resignóse, empero, pensando que quien comienza mintiendo, necesariamente ha de seguir por el mismo camino, si no quiere que sus mentiras primeras carezcan de base donde apoyarse, aunque claro está que cuantas más mentiras se ponen en circulación, mayor peligro se corre de quedar en descubierto, por culpa de cualquier olvido o torpeza.

—Mi desesperación fue imponderable el día que le arrancaron de mis brazos —continuó Becky—. Pensé morir, estaba resuelta a suicidarme, y ciertamente habría ejecutado mis designios de no impedírmelo un acceso agudo de fiebre cerebral, que me llevó a las puertas de la tumba. El médico me curó, por mi desdicha, y… aquí me tienes pobre, abandonada por todos, sin un amigo.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Amelia.

—Once años.

—¡Once! ¡Pero si nació el mismo año que mi George, y éste cumplió!…

—¡Lo sé, lo sé! —respondió vivamente Becky, que había olvidado hasta la edad de su hijo—. El dolor ha trastornado mi cabeza, Amelia querida. No soy la que fui; hay momentos en que no me acuerdo de nada, en que estoy medio loca. Rawdon

acababa de cumplir once años cuando me lo arrebataron… ¡Era hermoso como un querubín… y no le he visto más… ni le volveré a ver!

—¿Era rubio o moreno? —prosiguió, con su absurdo e ingenuo interrogatorio, la inocente Amelia—. Enséñame algún mechón de su pelo, que sin duda guardas como un tesoro.

Con dificultad pudo Becky contener una carcajada.

—Hoy no es posible… Otro día —contestó—. Otro día… cuando llegue mi equipaje de Leipzig, desde donde vine a esta ciudad. Conservo también un retrato suyo que hice en tiempos ¡ay!, más felices.

—¡Pobre Becky! ¡Cuán agradecida debo yo estar a Dios!

Los pensamientos de Amelia recayeron en su George, el más hermoso, el mejor y el más instruido de la creación.

—Debes conocer a mi hijo —agregó, pensando que era el mejor consuelo que podía ofrecerle.

Más de un hora se prolongó la conversación entre las dos amigas, espacio de tiempo que aprovechó Becky para hacer un relato circunstanciado de su vida, desde que dejaron de verse hasta el momento actual.

Le contó que su matrimonio con Rawdon Crawley concitó contra ella las animosidades más violentas de parte de la familia de su marido; dijo que su cuñada, mujer hipócrita y artificiosa, la malquistó con Rawdon; que éste contrajo relaciones culpables que mataron en su corazón el poco cariño que la tenía; que ella lo sufrió todo con resignación… la miseria, el desamor, los desdenes del hombre a quien siempre había amado, pensando en el bien de su hijo; y concluyó afirmando que, a consecuencia de un ultraje imperdonable, se vio en la dura necesidad de pedir la separación de un marido que exigía de ella que sacrificase su honra inmaculada entregándose a un hombre poderoso, pero canalla y criminal, el marqués de Steyne, quien, a cambio del sacrificio de su honra, proporcionaría a Rawdon un cargo elevado.

Esta parte dramática de su historia la narró Becky con acentos de pudor ultrajado y de virtuosa indignación. Obligada a huir del domicilio conyugal, vióse perseguida por Rawdon, quien, tan cobarde como villano, se vengó arrebatándole a su hijo. Debido a estas causas, Becky se veía en la miseria, errante, abandonada, sin apoyo, sin recursos.

Amelia aceptó sin la menor desconfianza la historia que Becky acababa de contarle acumulando toda clase de detalles y de hechos imaginarios. Rugía en su pecho la indignación al oír narrar lo referente a la conducta del miserable Rawdon y del infame Steyne, y de sus ojos brotaban rayos de simpatía y de admiración a cada nuevo detalle referente a las encarnizadas persecuciones de su aristocrática familia. No se ensañó Becky hablando de su marido; antes por el contrario, sus quejas, más

que cólera, respiraban dolor. Le había amado con todas las fuerzas de su alma, y, además, era el padre de su idolatrado hijo. Mientras narraba con vivos dolores la escena del rapto de su hijo, Amelia sacó su pañuelo y, a escondidas, secaba las lágrimas de sus ojos. Nuestra trágica pudo saborear el efecto que en su oyente producía el drama que estaba inventando.

Mientras las dos amigas sostenían su conversación, el acompañante obligado de Amelia, Dobbin, cansado de esperar en el estrecho pasillo cuyo bajo techo amenazaba apabullar su sombrero, descendió a la planta baja de la casa y entró en la sala común de los hospedados en la fonda. Era un salón lleno de humo y regado de cerveza. Sobre una mesa sucia se veían tantas palmatorias como cuartos había en la casa, cuyas llaves pendían de escarpias. Tiroleses, vendedores ambulantes, buhoneros, estudiantes, sentados frente a las mesas, tomaban cerveza, juraban, entretenían el tiempo fumando, o bien jugaban al dominó o a los naipes. El mozo sirvió a Dobbin un jarro de cerveza, que aquél no había pedido, y nuestro amigo encendió un cigarro y esperó hasta que reapareciese Amelia.

No tardaron en bajar Max y Fritz, llevando sus gorritas de medio lado y fumando sendas pipas. Dejaron la llave de su cuarto en la escarpia número 90 y pidieron cerveza, sentándose seguidamente al lado de Dobbin y entablando una conversación que éste hubo de oír en gran parte. Hablaron de estudios, de teatros, de duelos y de borracheras, de sus aventuras galantes en la Universidad de Schopennhausen, desde la cual habían ido recientemente a Eilwagen, al parecer acompañando a Becky, con objeto de disfrutar de las fiestas de Pumpernickel.

—Nuestra inglesita está en vías de reunirse con su familia —dijo Max a su camarada—. Luego que se despidió su abuelo vino una compatriota suya, muy linda por cierto, con la cual está hablando en este instante.

—¿Quién toma los billetes para el concierto? —preguntó Fritz—. ¿Tienes dinero, Max?

—¡Bah! ¡No te preocupe, que el concierto en cuestión será un concierto *in nubibus*! Según Hans, anunció uno en Leipzig, los bobos acudieron a las taquillas y compraron no pocos billetes, pero ella se fue con el dinero y sin cantar. Ayer, en la diligencia, nos dijo ya que su pianista había quedado enfermo en Dresde. No cantará, sencillamente porque no puede cantar: su voz está tan cascada como la tuya o la mía, que es cuanto se puede decir.

—Es verdad: ayer la oí ensayar una balada inglesa, y ¡chico!, me obligó a salir corriendo.

—¡Claro!… ¡La borrachera y el bel canto hacen malas migas! No, no, amigo; no tomes ningún billete. Anoche ganó algún dinero *al trente et quarante*; lo vieron estos ojos. Hizo que jugase por ella un niño inglés. Gastaremos tu dinero aquí o en otra parte, la llevaremos a los jardines de Aurelio y la emborracharemos con vino francés

o con coñac, pero comprar los billetes, ¡ni en broma!

Dobbin, que había visto que los estudiantes colgaban la llave de su cuarto en la escarpia número 90 y oído la conversación de los dos jóvenes, lumbreras, a no dudar, de la universidad, comprendió al punto, sin necesidad de aguzar mucho su ingenio, que aquéllos se referían a Becky.

«¡Por lo visto, el demonio no ha renunciado a sus malas artes!», pensó Dobbin sonriendo a pesar suyo. Recordaba perfectamente la época ya lejana en que Becky había puesto en juego ante sus ojos sus artes de seducción, haciendo víctima de las mismas a Joseph. Recordaba también el cómico final de la aventura. George y él habían reído de buena gana a costa del idilio, hasta que, unas semanas después de su matrimonio, su amigo quedó enredado también en las redes de aquella Circe, sosteniendo, al menos éstas eran las apariencias a juicio de Dobbin, un género de relaciones o de inteligencia que él prefirió siempre ignorar. La cosa había herido y avergonzado demasiado a Dobbin para que se atreviese a solicitar el esclarecimiento de la misteriosa intriga, pero en una ocasión, y evidentemente impulsado por el remordimiento, George había hecho algunas alusiones a la cuestión. Ello fue en la mañana del día de la batalla de Waterloo, mientras los dos amigos contemplaban los contingentes de soldados franceses que a cierta distancia coronaban algunas alturas.

—He estado metido en una aventura disparatada —confesó George—. Me alegro que hayamos tenido que salir de Bruselas. Si caigo confío en que Amelia no sabrá nunca una palabra de lo ocurrido. Ojalá no hubiera tenido ningún comienzo.

Producía satisfacción a Dobbin el recordar que George, en sus últimas horas, incluso después del combate de Quatre Bras, le había hablado con afecto de su padre y de su esposa.

Dobbin había suavizado la pena de ésta contándoselo, y también había insistido sobre estos extremos en sus conversaciones con el viejo Osborne, consiguiendo con ello ganar el perdón para la memoria de su hijo en el corazón del anciano, en los últimos días de su vida.

—Y ahora esa intrigante pretende continuar sus intrigas. ¿Por qué no se encontrará a mil millas de distancia? Esa mujer siembra desgracias por dondequiera que pasa…

Estaba monologando de esta suerte, apoyada la cabeza sobre las palmas de sus dos manos, cuando sintió que le tocaban el hombro con una sombrilla. Alzó la vista y se encontró frente a Amelia.

—¡Muy bien, señor mío! —exclamó Amelia, haciéndole una reverencia burlona —. ¿Cómo no me esperó para darme el brazo en la escalera?

—Me era imposible estar de pie en aquel pasillo —contestó Dobbin con acento lastimero.

Dejó inmediatamente el asiento y ante la hermosa perspectiva de dar su brazo a

Amelia empezó a salir de aquel salón hediondo y lleno de humo sin acordarse siquiera de pagar al mozo, el cual salió corriendo tras él hasta alcanzarle en la puerta de la calle, donde Dobbin pagó la cerveza que ni había pedido ni probado. Amelia se echó a reír, llamó a Dobbin mal pagador, le acusó de pretender dar esquinazo a sus acreedores y le abrumó con mil bromas propias de las circunstancias. Pocas veces la había visto Dobbin tan animada y alegre. Cruzó con paso rápido la plaza del Mercado, porque dijo que necesitaba ver al punto a su hermano. Dobbin acogió con la risa en los labios aquel despertar súbito de ternura fraternal, pues a decir verdad, muy contadas veces había oído decir a su amiga que necesitaba ver a su hermano «al punto».

Encontraron a Joseph en el salón del primer piso del hotel, paseando agitado, mordiéndose las uñas y asomándose de continuo a la ventana, para ver si salía alguien de la Fonda del Elefante.

—¿Qué tenemos? —preguntó Joseph no bien divisó a su hermana.

—¡Cuánto ha sufrido la pobre! —respondió Amelia.

—¡Mucho, mucho! —dijo Joseph con acento fúnebre.

—¡Se le podrá dar la habitación de Payne, y a ésta la alojaremos en otra del piso superior! —repuso Amelia.

Payne era la doncella inglesa de Amelia.

—¡Cómo! —exclamó Dobbin escandalizado—. ¿Piensa usted dar albergue a esa mujer bajo su mismo techo?

—Claro que sí —contestó Amelia con el mayor candor del mundo—. No se enfurruñe usted, amigo Dobbin, porque estoy viendo que sus enfados los pagan los pobres muebles… Es muy natural que la traigamos a vivir con nosotros.

—¡Y tan natural! —asintió Joseph.

—¡Ha sufrido tanto la infeliz! —continuó Amelia—. Por si no eran bastante las infames persecuciones de que la ha hecho objeto su marido, y la familia de su marido, su banquero huyó con el escaso caudal que la desventurada había confiado a su honradez… ¡Y eso después que su marido…!, ¡canalla!, ¡la arrojó de su casa robándole antes a su hijo! (Amelia enarboló los dos puños y los agitó con ademán amenazador). ¡Pobrecilla!… ¡Abandonada por todos, y obligada a dar lecciones de canto para ganarse el mendrugo que llevaba a su boca!

—¡Pagúele usted una o una docena de lecciones de canto, Amelia, pero no la traiga a su casa: se lo pido por lo que más quiera! —imploró Dobbin.

—¡No seas inhumano, Dobbin! —terció Joseph.

—Me maravilla… y me hace mucho daño, ver que usted, que siempre fue tan bueno, tan generoso, demuestre tanta dureza de corazón en la ocasión presente, señor coronel Dobbin —exclamó Amelia—. ¿No estoy en el deber de tenderle una mano hoy que la desventura se ceba en ella, hoy que la miseria la agobia? Es la amiga más

antigua y más…

—No siempre se portó como amiga suya, Amelia —interrumpió Dobbin, cuya irritación había llegado a su punto culminante.

La alusión fue dura en extremo. Amelia, mirando con fiereza a su amigo, le dijo:

—¡La vergüenza debió sellar sus labios, señor coronel!

Con paso firme y majestuoso ademán salió de la habitación, y fue a encerrarse en la suya.

—¡Traerme a la memoria eso! —dijo luego que se vio sola—. ¡Es una crueldad que no esperaba de él! Ha abierto una herida que los años habían cicatrizado… ¡Nunca debió aludir a mis celos infundados… infundados, sí, porque mi George fue el más santo, el más fiel de los maridos!…

¡Pobre Dobbin! ¡Pobre William! Una palabra suya acababa de destruir la obra de muchos años, el edificio penosamente erigido durante toda una vida de amor y de constancia, edificio fundamentado sobre cimientos desconocidos y ocultos para todos, cimientos hechos de la pasión silenciada, del repetido sacrificio, de la lucha constante. Una sola palabra reducía a la nada el risueño cielo de sus esperanzas, una sola palabra acababa de espantar al pajarillo que durante su vida entera había intentado atraer.

Aunque en las miradas de Amelia vio Dobbin claramente que se había producido una crisis en sus mutuas relaciones, no cesó de suplicar a Joseph que desconfiase de Becky, que por nada del mundo la recibiesen en su casa. Instóle a que, ya que no otra cosa, procurase informarse sobre su vida, le dijo que, según rumores muy fundados, formaba parte de una banda de tahúres y de gentes de pésima reputación, hizo historia de los gravísimos perjuicios que a Amelia había ocasionado años antes, explicó que entre ella y su marido arruinaron a George, y terminó asegurando que su compañía comprometería gravemente a su hermana, desconocedora de las malas artes del mundo.

Es posible que de haber sido Dobbin menos violento en su discurso o más hábil, hubiera conseguido convencer a Joseph, pero es el caso que éste veía con disgusto los aires de superioridad con que le trataba su amigo William, y viendo llegada la ocasión de poner fin a una tutela que consideraba humillante, replicó que no necesitaba que nadie le enseñase a defender su propio honor, que deseaba que no se entrometiese en sus asuntos… Su intención era rebelarse en absoluto contra el insoportable yugo de Dobbin, pero vino a poner término al coloquio extremadamente virulento y tempestuoso la llegada de Becky, a quien acompañaba un mozo de la posada del Elefante, que era portador de su más que escaso equipaje.

Saludó con respetuoso cariño a Joseph e hizo una inclinación de cabeza cortés, pero recelosa, a Dobbin, en quien su instinto le dijo que debía ver al principal enemigo, al que acababa de trabajar en su contra. Amelia salió de su habitación y

abrazó efusivamente a su amiga, lanzando de paso una mirada furibunda a Dobbin, la más colérica y a la par la más injusta de cuantas lanzaron sus ojos desde que vino al mundo. Indignado Dobbin, giró sobre sus talones y se fue, no sin antes hacer a Amelia una reverencia, tan altanera como fría fue la inclinación con que aquélla respondió.

Una vez libre de la inoportuna presencia de Dobbin, Amelia prodigó ternezas a Becky, a quien introdujo e instaló en su habitación con actividad que rara vez desplegó nuestra plácida amiguita. No nos admira, porque sabido es que las personas de temperamento poco enérgico, cuando se deciden a llevar a cabo un acto injusto, procuran abreviar todo lo posible, y, por otra parte, Amelia creía que su actitud presente era un acto de veneración rendido a la memoria de su marido, y, por tanto, que su obligación era proceder con entereza.

Llegó George a la hora de comer, y vio en la mesa los mismos cubiertos que de ordinario, pero con gran sorpresa suya, una de las sillas, la de Dobbin, no la ocupaba éste, sino una señora.

—¿Dónde está Dobbin? —preguntó el muchacho con su franqueza habitual.

—Creo que come fuera —contestó Amelia, besando repetidas veces a su hijo—. Es mi George, Becky —añadió.

Miróle extasiada Becky, le acarició la barbilla, y dijo:

—Mi querido niño… Es el retrato de…

La emoción anudó su garganta, impidiéndole terminar la frase.

Durante la comida, George no dejó de prestar atención a la conversación sostenida por las personas mayores. A los postres, aprovechando la salida momentánea de su madre, dijo George:

—Hace rato que siento deseos de decir una cosa.

—Dila, hijo mío, dila —respondió Becky, riendo.

—Usted es la señora del antifaz negro que vi en el Rojo y Negro.

—¡Calla, por favor, hijo mío! —exclamó Becky, besando con apasionamiento la mano del muchacho—. También estaba allí tu tío Joseph, pero no debe saberlo tu mamá.

—¡Oh, no! Me guardaré muy bien de decírselo.

—Ya ves cuan pronto hemos simpatizado tu hijo y yo —dijo Becky a Amelia cuando, momentos después, reaparecía la última en el comedor.

Vivamente indignado, aunque no sospechaba siquiera la traición que sobre su cabeza se cernía amenazadora, William Dobbin recorrió con paso agitado las calles de la ciudad, hasta que fue a dar con su cuerpo en la legación inglesa, donde el señor Tapeworm le invitó a comer. Durante la comida, Dobbin preguntó a Tapeworm si sabía algo sobre cierta señora de Crawley, la cual, si no andaba trascordado, dio no

poco que hablar en Londres. Tapeworm, hombre que siempre estuvo al tanto de todas las murmuraciones de Londres, y que era, por añadidura, pariente de la señora de Gaunt, narró al atónito coronel la historia detallada de Becky y de su marido, complementándola con pruebas que no dejaban lugar a la duda. El autor de esta obra ocupaba a la sazón un asiento en la mesa, y tuvo el placer de escuchar la narración. El diplomático lo sabía todo y lo contó todo, conocía detalles íntimos de las relaciones sostenidas con Becky por Tufto, por Steyne y por muchos otros. Sus revelaciones dejaron atónito al sencillo Dobbin. Cuando éste contó que Amelia había llevado a Becky a su casa, el diplomático, entre atronadoras carcajadas que llevaron hasta el último límite la confusión de Dobbin, dijo que habrían hecho mejor encerrándola en la cárcel, y llevando a su casa, para que fuesen tutores del pequeño George, a cualquiera de los caballeros de cabeza afeitada y uniforme amarillo que barrían las calles de la ciudad de Pumpernickel.

Los informes del diplomático llenaron de horror a Dobbin, quien se vistió de uniforme y se apresuró a ir a Palacio, donde aquella noche se celebraba un baile al que Amelia, antes del desagradable altercado de la mañana, había dicho que asistiría. Esperaba Dobbin tener ocasión de comunicarle los informes recibidos de labios del diplomático, pero por desgracia, Amelia no apareció por el baile. Dobbin hubo de recogerse en su cuarto, sin ver a Amelia, y encerrándose con el horrible secreto que probablemente no le dejó dormir en toda la noche.

A la mañana siguiente, muy temprano, mandó a su criado con un billetito para Amelia, en el cual le manifestaba sus deseos de tener con ella una conferencia reservada. Le contestaron que Amelia se sentía indispuesta y que no podía recibirle.

Tampoco había podido ella conciliar el sueño, que se encargó de disipar un pensamiento que cien veces turbara antes su sosiego. Con frecuencia sintió impulsos de ceder a las ansias de Dobbin, pero siempre halló que el sacrificio era superior a sus fuerzas. Tanto amor, tanta constancia, tanta abnegación, tanto respeto, no bastaban a triunfar de un sentimiento secreto que la impulsaba hacia la resistencia, y la resistencia abierta hubiese venido antes de no impedirla un sentimiento de gratitud. Pero se presentaba un pretexto, y Amelia estaba resuelta a aprovecharlo para quedar libre de una vez y para siempre.

Cuando por la tarde logró Dobbin ser recibido por Amelia, en vez de la acogida cordial y cariñosa a que estaba acostumbrado, no encontró más que un saludo frío y ceremonioso. Amelia le presentó su mano enguantada, que retiró apenas tocada por el coronel.

Becky, que se encontraba en la misma habitación, avanzó hacia Dobbin con la mano extendida y la sonrisa en los labios. Dobbin retiró la suya, enrojeció intensamente, y dijo:

—Usted me dispensará, señora, si, cumpliendo un deber, le digo que no he venido

aquí como amigo suyo.

—¡Déjate de tonterías, hombre de Dios! —exclamó Joseph, queriendo evitar una escena desagradable.

—No sé que el señor coronel Dobbin pueda decir con derecho nada en contra de mi buena amiga Becky —dijo Amelia con voz clara como el cristal, pero ligeramente conmovida.

—Ni yo he de consentirlo —terció Joseph—. Repito que no toleraré que en mi casa se ofenda a una amiga de mi hermana, así que, señor Dobbin, tendrá usted la bondad de medir sus palabras, aunque mejor fuera que no pronunciase ninguna.

Pronunciado su pequeño discurso, Joseph miró azorado en derredor, se puso colorado y se dirigió hacia la puerta.

—Mi querido amigo —dijo Becky con angelical dulzura—; yo le suplico que escuche cuanto el señor coronel Dobbin tenga que decir en contra mía.

—¡Repito que no quiero oírlo, y no lo oiré! —gritó el hermano de Amelia con voz chillona, encerrándose en su cuarto.

—Puede usted hablar, caballero —dijo Amelia—; somos dos mujeres solas.

—Me trata usted, Amelia, con desconsideración que no creo merecer —replicó Dobbin—. No pertenezco al número de los hombres que acostumbran maltratar mujeres, y menos todavía si estas mujeres no cuentan con un caballero que las defienda. Una obligación que juzgo de conciencia me trae aquí para cumplir un deber harto penoso.

—Pues despache usted cuanto antes, señor coronel —contestó Amelia con altivez.

Dobbin no era el hombre tímido de antes: hablaba con acento imperioso.

—He venido para decir… Lamento tener que decirlo en presencia suya, señora de Crawley, pero me obligan a ello… para decir que considero que no debe usted formar parte de la familia de mis amigos. Una mujer separada de su marido, una mujer que viaja bajo nombre supuesto, una mujer que frecuenta garitos…

—¡Fui al baile, no a un garito! —gritó Becky—. Si en los salones se jugaba, no es mía…

—… no es, no puede ser compañera digna de la señora viuda de Osborne y de su hijo —prosiguió Dobbin—. Añadiré que hay aquí personas que la conocen a usted demasiado y que me han dado informes que no me atreveré a repetir en presencia de la señora viuda de Osborne.

—Se sirve usted de una manera de calumniar a las personas, señor coronel —contestó Becky—, rica en modestia y en maliciosa reserva. Con habilidad que no quiero calificar hace gravitar sobre mí el peso de una acusación misteriosa que no se atreve a formular claramente. ¿Qué es ello? ¿Pretende usted hacer alusión a infidelidades cometidas por mí contra mi marido? Desprecio la calumnia, y le desafío

a que lo diga con claridad, como desafío a todo el mundo a que lo pruebe. Nadie, ni mis enemigos más encarnizados, osaron atacar mi honra inmaculada. ¿Es porque soy pobre, porque me veo sola, despreciada, abandonada, por lo que usted me acusa? ¡Sí! ¡Culpable soy de todos estos crímenes, que purgo bien cruelmente todos los días! ¡Adiós, Amelia! Me voy. Me haré cuenta de que no te he encontrado, y no será más mísera mi condición de hoy de lo que fue la de ayer. Me haré cuenta de que pasó la noche, y, con la llegada del nuevo día, el triste vagabundo ha de proseguir su camino. ¿Recuerdas el canto que canté hace muchos, muchos años? Desde entonces camino errante por el mundo… pobre proscripta, despreciada por todos, porque no soy rica, e insultada, porque no tengo quien me defienda. Me voy: parece que mi estancia a tu lado trastorna los planes de este caballero.

—Efectivamente, los trastorna, señora —contestó Dobbin—. Si yo tuviese aquí alguna autoridad…

—¡Autoridad no tiene usted ninguna! —gritó Amelia—. ¡Becky! ¡No te vas! Yo no te desprecio porque eres pobre, ni te insulto porque no tienes quien te defienda… y mucho menos porque el señor coronel Dobbin pretenda que te desprecie e insulte. ¡Ven conmigo!

Las dos mujeres echaron a andar hacia la puerta.

Dobbin la abrió; mas en el momento de salir aquéllas, tomó la mano de Amelia y dijo:

—¿Quiere usted concederme unos minutos? Tengo precisión absoluta de hablar con usted.

—Desea hablarte contra mí en mi ausencia, cuando yo no pueda defenderme —dijo Reíbeca con acento de resignación.

—Juro por mi honor que no es de usted de quien deseo hablar —dijo Dobbin—. Quédese usted, Amelia: se lo ruego.

Accedió Amelia a su deseo. Dobbin se inclinó ante Becky y cerró la puerta luego que salió esta última.

—Una ofuscación de momento me hizo decir ha poco lo que nunca debí decir: la palabra «autoridad» no debieron pronunciarla mis labios.

—Es verdad: no debieron pronunciarla.

—Pero ya que no autoridad, que no he tenido nunca, me parece que tengo algún derecho a ser escuchado.

—Es una manera hábil de recordarme las obligaciones que tengo para con usted: agradezco su generosidad.

—Los derechos a que me refiero son los que me confirió el padre de George —replicó Dobbin.

—Lo que no le ha impedido ultrajar su memoria. Ayer la ultrajó… lo sabe usted muy bien. ¡No se lo perdonaré nunca… nunca!

—No es posible que me trate usted con tanta severidad, Amelia… no puedo creerlo —dijo Dobbin con acento que destilaba tristeza—. No puedo creer que una frase desdichada, lanzada en un arrebato de cólera, llegue a destruir, a borrar toda una vida de abnegación. Además, mis palabras no ultrajaron la memoria de George, para mí, su mejor amigo, sagrada. Si vamos a hacer un cúmulo de acusaciones, ninguna creo merecer de su viuda ni de su hijo. Reflexione usted con calma, Amelia, medite usted con frialdad de criterio, y estoy seguro que ha de absolverme. No son mis palabras de ayer las que encendieron su cólera contra mí, no; son el pretexto que usted ha aprovechado; lo sé. Si no conociese a usted a fondo, ¿de qué me serviría haberla amado con toda mi alma por espacio de quince años? En este lapso he aprendido a penetrar sus sentimientos, a leer en su pensamiento. Puedo precisar hasta dónde es capaz de llegar su corazón, y sé que, si puede adherirse sólidamente a un recuerdo, si puede levantar un culto a un sueño, no cabe en él un sentimiento como merecen los míos, un sentimiento como probablemente lo hubiera yo despertado en el alma de una mujer más generosa que usted. No; usted, Amelia, no es digna del amor que yo le he consagrado; tiempo ha que me consta que el objeto al que he dedicado mi vida entera no vale el esfuerzo que en conquistarlo he puesto, que he sido un necio, que he puesto todo mi ardor en una mujer que no conservaba más que débiles restos de potencia de amar. Desisto ya; renuncio a la lucha… me retiro, sin guardar animosidad contra usted. Reconozco que es usted buena, que ha hecho cuanto ha podido, pero era pedirle demasiado que correspondiera a un amor como el mío, a un amor que un alma más elevada que la suya acaso hubiese compartido con orgullo. Adiós, Amelia. He seguido todas las vicisitudes de los combates que en su alma se libraban… Pongámosles fin… a los suyos y a los míos… que los dos necesitamos descanso.

Amelia escuchaba consternada y silenciosa el discurso de William, y veía con pesar que éste rompía de improviso la cadena que hasta entonces le tuvo sujeto y afirmaba su independencia y superioridad. Tan acostumbrada estaba a verle rendido a sus pies, que ni cuenta se había dado de que le hollaba implacable. Pero es el caso que si es cierto que no quería casarse con él, tampoco se resignaba a perderle: deseaba conservarle, deseaba tener un esclavo que a ella se lo diese todo sin recibir nada en cambio. En los juegos de amor ocurre esto con bastante frecuencia.

—¿Significan sus palabras que… que se va… para siempre… que me abandona, William? —preguntó Amelia, completamente vencida.

—Me fui en otra ocasión —respondió Dobbin, sonriendo con amarga tristeza—, y volví al cabo de doce años… Entonces éramos jóvenes, Amelia… Adiós… He malgastado ya en este juego demasiados años de mi vida.

Mientras conferenciaban nuestros dos amigos, la puerta había sido ligeramente entreabierta y Becky oyó toda la conversación.

«El corazón de ese hombre es un prodigio de nobleza —pensaba aquélla—, y Amelia comete un crimen jugando con él. No le guardo rencor, aunque ha tomado partida contra mí… Le admiro, pues no se ocultó, me hirió de frente, con lealtad… ¡Ah, si yo hubiese tenido un marido como él, un marido dotado de corazón y de inteligencia!»

Encerróse en su habitación y escribió a Dobbin un billetito, suplicándole que no se fuese y ofreciéndole trabajar su causa cerca de Amelia.

La despedida fue un hecho: William se dirigió por segunda vez a la puerta y salió, dejando a la autora de su desdicha sola y en libertad de saborear su triunfo.

A la hora de comer, George notó por segunda vez la ausencia de Dobbin. Se sentó la familia a la mesa y durante la comida reinó un silencio penoso. Joseph conservaba su apetito de costumbre, pero Amelia no probó bocado.

George, después de comer, se puso de rodillas sobre un canapé adosado a la ventana y miraba a la calle. No tardó en observar síntomas de movimiento, en la casa de enfrente, donde estaba hospedado Dobbin.

—¡Mamá! —llamó de pronto—. Sacan al patio el cochecito de Dobbin… Enganchan los caballos… ¿Se va alguien? ¿Piensa marcharse el coronel?

—Sí, hijo mío; se va de viaje.

—¡De viaje! ¿Y cuándo vuelve?

—No… no piensa volver.

—¡Que no piensa volver! —repitió George dando un salto y echando a correr hacia la puerta.

—¡Quieto aquí, George! —tronó Joseph.

—No salgas, George —dijo su madre con triste acento.

El niño obedeció, pero su rostro reflejaba intranquilidad, curiosidad y viva agitación interior.

De la habitación de Dobbin comenzaron a sacar baúles y maletas. Su criado Francis salió con la espada, el bastón y el paraguas de su señor, y los colocó sobre el asiento. Apareció luego el dueño del hotel, quien dio una ojeada al coche. Por fin salió William Dobbin. Casi lloraba el hotelero al despedirse de él. Le abrazó, y hasta pretendió besarle, costando ímprobo trabajo a nuestro amigo substraerse a tan señalada prueba de cariño.

—¡Pues es verdad que se marcha! —gritó George.

—Toma… dale esto —dijo Becky, al ver que el niño emprendía carrera hacia la puerta.

No le costó medio minuto llegar a la calle. Dobbin había tomado ya asiento después de huir de los besos del fondista. George saltó al coche y echó los brazos al cuello de su tutor, a quien comenzó a dirigir mil preguntas. A continuación puso en su mano un papel plegado, que Dobbin desdobló temblando. Lo leyó, la expresión de su

rostro varió con notable brusquedad, y, partiendo el papel en dos, arrojó los pedazos al suelo. Besó a George en la frente, el muchacho saltó del coche, y se fue frotándose los ojos. El cochero hizo restallar el látigo; salieron al trote los caballos y Dobbin dobló la cabeza sobre el pecho. No alzó la cabeza al pasar el coche bajo la ventana de Amelia. George quedó en el centro de la calle, y rompió a llorar sin importarle la turba de curiosos que se había congregado.

El niño se pasó llorando toda la noche.

En cuanto a Amelia, había cumplido con su deber. Además, sobre la cabecera de su cama pendía el retrato de George para consolarla.

Capítulo LXVII

Nacimientos, matrimonios y defunciones

SI BECKY HABÍA trazado algún plan encaminado a favorecer el triunfo de las ansias amorosas de William Dobbin, debió de creer conveniente envolverlo en el mayor misterio y secreto, pues no sabemos que hiciese nada después de haber escrito y enviado a su destino el billetito de que hicimos mérito en el capítulo anterior. Verdad es que ella sobrepuso siempre el interés personal a la conveniencia ajena, y aquél la inducía a prestar atención a infinidad de cosas que la afectaban directamente y en mayor medida que la felicidad de Dobbin.

A consecuencia de los incidentes narrados, se encontró de pronto, repentina e inesperadamente, hospedada en lujosas habitaciones, rodeada de amigos, de personas de corazón sencillo y afectuoso, de almas nobles como no había tenido la fortuna de encontrar en muchos años. Vagabunda por temperamento, aventurera por inclinación, había días en que anhelaba, en que suspiraba por la tranquilidad y el reposo, de la misma manera que el árabe más aficionado a cruzar el desierto a lomos de su dromedario, gusta a veces descansar bajo la sombra de las palmeras y al borde de las aguas, o bien penetrar en las ciudades, visitar el mercado, probar las delicias de los baños y rezar sus oraciones en las mezquitas, antes de entregarse de nuevo a la existencia errática y de merodeo. A nuestra ismaelita le agradaron las tiendas de Joseph, y en ellas hizo alto.

Contenta ella, puso todo su empeño, toda su habilidad, en conseguir que lo estuvieran los demás, y ya sabemos cuán competente era en el arte de hacerse agradable. La voluntad de Joseph se la había ganado ya en la buhardilla de la fonda del Elefante; no nos extrañe, pues, que, al cabo de una semana, nuestro amigo fuese su esclavo más rendido, su admirador más entusiasta. Ya no se dormía después de comer, como era su costumbre invariable si en la compañía de Amelia se encontraba; salía con Becky en coche descubierto, proponía a ésta mil distracciones y organizaba en su honor mil excursiones de placer.

Tapeworm, el que tantos horrores había dicho de Becky, fue un día a comer con Joseph, y luego fue de los que a diario acudían a ofrecer sus respetos a la señora de Crawley. La pobre Amelia, cuya conversación nunca fue muy animada y cuya melancolía y tristeza habían aumentado desde que se fue Dobbin, quedó relegada al olvido más completo desde que hizo su aparición Becky, cuyo talento e ingenio brillantes eclipsaban los mediocres suyos. De ella se apasionó el ministro francés con tanto entusiasmo como su colega y, enemigo el inglés, dándose el caso estupendo de

que una vez en la vida coincidieran los sentimientos de aquellos graves personajes. Las damas alemanas, habituadas a no asustarse por una pizquita más o menos de moralidad, no se cansaban de ponderar el talento de la encantadora amiguita de la señora viuda de Osborne, y aunque Becky no mostró deseos de ser admitida en los salones de la corte, es lo cierto que los personajes más augustos y transparentísimos de aquélla anhelaban conocerla y tratarla. Cuando se hizo público que era noble, descendiente de una aristocrática y antiquísima familia inglesa y esposa de un señor coronel de la Guardia y gobernador excelentísimo de una isla, separada de él por diferencias que carecen de importancia en un país donde todavía leen a Werther y donde el Wahlverwandschaften de Goethe pasa por libro edificante y moral, a nadie se le ocurrió la idea de vedarle la entrada en los salones más encopetados del pequeño ducado. Las damas alemanas se mostraron incluso más dispuestas a tratarla de tú y a brindarle una amistad eterna, de lo que se había mostrado, para otorgar iguales pruebas de amistad, con Amelia. El amor y la libertad son interpretados por aquellos simples espíritus en una forma que no resulta muy comprensible para las honestas gentes de Yorkshire y Somersetshire. Una señora, en las civilizadas ciudades alemanas, puede conservar su posición en sociedad aunque esté divorciada varias veces. Joseph estaba en sus glorias, porque nunca su casa fue tan agradable como era desde que Becky la animó con su presencia. Ésta cantaba, jugaba, reía, hablaba dos o tres idiomas, atraía a lo mejor de la capital y… hacía creer a Joseph que no era ella, sino el talento excepcional de que él estaba dotado, el imán mágico que llevaba a su casa lo mejor de la sociedad de Pumpernickel.

Por lo que se refiere a Amelia, la cual halló muy en breve que únicamente era la señora de la casa cuando del pago de cuentas se trataba, Becky descubrió sin grandes esfuerzos de imaginación la manera de tenerla contenta. A todas horas le hablaba de William Dobbin, y no vacilaba en proclamar muy alto su admiración hacia aquel noble y excelente caballero, ni en repetir a su amiga que le había tratado con crueldad muy dura. Defendíase Amelia y se esforzaba por demostrar que su conducta la inspiraron los principios religiosos más puros, que la mujer que había tenido la fortuna de casarse con un ángel como el que a ella cupo en suerte, casada estaba para siempre etc., etc. Por lo demás, creía perfectamente justos los elogios que Becky prodigaba al coronel y hacía que girase la conversación sobre aquél veinte veces al día.

Con sencillez suma se ganó el favor de George y de los criados. La doncella de Amelia admiraba a Dobbin y le reverenciaba como a un santo: como es natural, cobró aversión a Becky en los primeros días, porque sabía que ésta había sido la causa ocasional de la marcha del coronel, pero se reconcilió con ella al verla convertida en la admiradora más ardiente y defensora más decidida del ausente. Durante los cónclaves que las dos damas celebraban después de las veladas, mientras arreglaba

los rizos amarillentos de la una, y las trenzas castañas de la otra, siempre hallaba medio de pronunciar alguna frase en favor del santo caballero Dobbin, frase que no desagradaba a Amelia, como no la desagradaba la entusiasta admiración de Becky. Amelia hacía que su hijo George escribiese a Dobbin con mucha frecuencia, y le encargaba que no dejase de enviarle «recuerdos cariñosos de su mamá».

El heroico sacrificio de Amelia distaba mucho de haber asegurado su felicidad. Parecía distraída, nerviosa, descontenta, apenas hablaba y se irritaba con inusitada frecuencia. Su familia la encontraba triste y doliente; todos los días cantaba algunas romanzas de Weber, especialmente la *Einsam bin ich nicht alleine*, que siempre escuchó Dobbin con entusiasmo. A veces, se interrumpía a media romanza y entraba corriendo en su alcoba, indudablemente para pedir a la miniatura de su marido un valor que la abandonaba.

Habían quedado en la casa algunos libros propiedad de Dobbin, en cuyas portadas aparecía escrito el nombre del propietario. Amelia los retiró, guardándolos junto a sus libros de oraciones y a los retratos de los dos Georges. Dobbin, al marcharse, dejó olvidados sobre la mesa los guantes: pues bien; un día, George, que andaba registrando las gavetas de la mesa de su madre, encontró los mencionados guantes en una de las gavetas más secretas, cuidadosamente plegados y envueltos.

Como las reuniones no tenían el menor atractivo para Amelia, ésta acostumbraba dar largos paseos con su hijo, dejando a Becky con Joseph, y durante los paseos hablaba tanto sobre Dobbin, que hasta el inocente niño sonreía. Decíale que Dobbin era el mejor y el más santo de los hombres, el más dulce, el más bravo y el más humilde; repetía un día y otro día que los dos eran deudores de cuanto en el mundo poseían a aquel amigo generoso y desinteresado; que fue Dobbin el único que les prestó todo su apoyo durante su época de miseria e infortunio, el único que les favoreció cuando todos les despreciaban; añadía que su valor sin igual le conquistó la admiración de todo el ejército, aunque él jamás habló de sus heroicas hazañas; que George padre le quería con delirio, con el mismo delirio con que le idolatraba a él el buen William.

—Me decía tu padre —repitió mil veces Amelia a su hijo— que de niños William le defendió contra el tirano del colegio donde ambos estudiaban, y que su amistad continuó sin enfriarse hasta el día que tu santo padre cayó con gloria en el campo del honor.

—¿Y no mató Dobbin al hombre que mató a papá? —preguntaba George—. Sí, le mató, estoy seguro… y si no le mató, sería porque le fue imposible, ¿verdad, mamá? Yo querría matar a todos los franceses.

A estos coloquios consagraban la mayor parte de las horas del día madre e hijo. Amelia, ingenua como siempre, había hecho del muchacho su confidente. Acertada fue la elección, pues George adoraba a Dobbin con tanto ardor como todos los que le

conocían a fondo.

Digamos de paso que Becky, no queriendo ceder a nadie en ternura, colgó una miniatura en su habitación, con sorpresa de todo el mundo y encanto del original, que no era otro que nuestro buen amigo Joseph. Cuando entró por primera vez en la casa de los Sedley, Becky, avergonzada sin duda de la pobreza de su equipaje, habló con gran respeto, conforme recordará el lector, del que había dejado en Leipzig, y dijo que no tardaría en recibirlo… ¡Desconfía, hijo mío, del viajero que habla perpetuamente del espléndido equipaje que… no lleva consigo! Desconfía, porque hay noventa y nueve probabilidades contra una de que el tal viajero sea un impostor.

Ni Joseph ni Amelia conocían esta máxima importantísima. Dieron por cierto que Becky guardaba abundante colección de ricos vestidos en sus invisibles baúles, mas como los que por el momento tenía a mano eran excesivamente pobres, Amelia la acompañó a las tiendas de confecciones más lujosas de la ciudad y la proveyó de un equipo más que respetable. La nueva existencia de Becky trajo consigo cambios radicales en sus costumbres; ya no apeló al colorete ni se entregó, como no fuera ocultamente, a otros hábitos reñidos con la templanza, aunque no imitara su saludable ejemplo el tunante de Kirsch, incapaz de substraerse al atractivo de la diosa botella. La franqueza e imparcialidad que nos hemos impuesto nos obligan a decir, sin embargo, que más de una vez no supo Kirsch cómo explicarse las reducciones extraordinarias de volumen que sufría el coñac de Joseph, reducciones independientes de las causadas por su sed y la del dueño del licor. Pero no ahondemos este tema: Kirsch hacía responsable de aquéllas a Becky. ¿La calumniaba? ¡Quién sabe! Lo que sí afirmamos es que, si bebía, hacíalo menos desordenadamente que antes de entrar a formar parte de aquella decorosa familia.

Llegaron al fin de Leipzig las tan cacareadas maletas y baúles de Becky, tres en número y ni tan suntuosas ni tan grandes como su propietaria había anunciado. De un baúl que contenía gran cantidad de documentos, sacó un cuadro, que se apresuró a colgar en su habitación, corriendo acto seguido a llamar a Joseph. Era el cuadro un retrato a lápiz de un caballero montado sobre un elefante. A lo lejos se veían algunos árboles exóticos y una pagoda, es decir, un paisaje de Oriente.

—¡Cielo santo! ¡Si es mi retrato! —exclamó Joseph. Lo era en efecto: un retrato de Joseph, hecho el año de 1804, el mismo que en tiempos remotos adornó los muros de la casa de la plaza Russell.

—Lo compré —explicó Becky, con voz que la emoción hacía temblorosa—. No me he separado nunca de él… ni me separaré.

—¿De veras? —preguntó Joseph, radiante de satisfacción—. ¿Le concedes algún valor porque es mi retrato?

—Sabes de sobra que sí… ¿A qué repetirlo?

La conversación de aquella velada embriagó a Joseph. Amelia regresó del paseo

para meterse seguidamente en cama; no se sentía bien. Joseph y Becky tuvieron un *tête-à-tête* delicioso. Desde su dormitorio, contiguo al salón, Amelia, que no podía dormir, escuchó cómo Becky cantaba a Joseph las viejas baladas de 1815; éste, no debemos extrañarnos mucho por ello, no durmió aquella noche mejor que su hermana.

Era el mes de junio, el mes en que la temporada llegaba en Londres a su apogeo. Joseph solía favorecer a las señoras con la lectura del *Galignani*, el mejor amigo del inglés exiliado de su país. Todas las semanas publicaba el periódico en cuestión una nota detallada de todos los movimientos militares, que no podían menos de interesar extraordinariamente al lector, quien si no había sido militar, desempeñó altas funciones militares en la gloriosa batalla de Waterloo. Un día leyó Joseph la noticia siguiente:

> REPATRIACIÓN DEL REGIMIENTO NÚMERO… —Gravesend, 20 de junio—. Ha fondeado esta mañana en nuestro muelle el Ramchunder, de la Compañía de las Indias Orientales, a bordo del cual vienen 14 oficiales y 132 soldados del valiente regimiento mencionado. Catorce años ha durado su ausencia del suelo patrio. Embarcó el regimiento el año siguiente al de la batalla de Waterloo, en cuyo glorioso hecho de armas tomó parte activa. Su veterano coronel, sir Michael O’Dowd, a quien acompañan sus distinguidas esposa y hermana, desembarcaron ayer, juntamente con los capitanes Posky, Stubble, Macray y Malony; los tenientes Smith, Jones, Thompson, y los alféreces Hichs y Grady. Una banda de música tocó el himno nacional mientras desembarcaban e infinidad de gentes siguieron a los repatriados hasta el hotel Wayte, donde esperaba un banquete suntuoso a los defensores de la vieja Inglaterra. Tanta era la animación en la calle, tan ruidosos y entusiastas los vítores y aclamaciones durante el banquete, que la señora O’Dowd y el coronel se vieron precisados a salir al balcón y a beber una copa de champaña a la salud de sus compatriotas.

En otra ocasión leyó Joseph que William Dobbin se había incorporado a su regimiento en Chatam, y que servía a las órdenes del general O’Dowd, ascendido por su soberano con la expresa condición de que había de seguir mandando el mismo regimiento que durante tantos años había obedecido sus órdenes.

Amelia estaba al tanto de casi todos los pasos de Dobbin, gracias a la correspondencia de George con su tutor, que no se había interrumpido un momento. A Amelia le había escrito dos veces Dobbin, pero sus cartas eran ceremoniosas y frías, tanto, que la pobre mujer hubo de comprender que había perdido toda la influencia que sobre él tuvo, y que, tal como aquél le había dicho, recobraba su

libertad e independencia. El alejamiento de su antiguo amigo la hacía desgraciada; la memoria de sus innumerables favores, el recuerdo de sus pruebas de cariño sin límites, presentábanse ahora a su mente en forma de vivos reproches; veía, aunque tarde, la pureza, la inmensidad del amor que había pisoteado y se acusaba a sí misma por haber despreciado tesoro tan rico.

Sus desprecios habían asesinado la perseverancia de Dobbin; éste no la amaba ya ni el amor que la tuvo podría renacer jamás: así lo pensaba la triste Amelia. El amor que tan profundas raíces echara en su noble alma había muerto asfixiado por sus desdenes, sin dejar el menor rastro. William Dobbin, por su parte, se decía muchas veces: «Fui yo quien cometí la necedad de dejarme mecer por ilusiones, quien me adormecí acariciándolas, quien me engañé sin deber engañarme, porque si ella hubiese sido digna del amor que yo le ofrecía, hace mucho tiempo que me hubiera correspondido. Pero el engaño me era grato, el ensueño me causaba placer… ¡Naturalmente! ¡Si la vida es un sueño continuado! En medio de todo, ¡quién sabe! ¡Es posible que el desencanto hubiese venido al día siguiente de casarme con ella! ¿Debo gemir? ¿Debo avergonzarme de mi derrota?».

Cuanto más detenía su pensamiento en este largo período de su existencia, tanto más reconocía la vanidad de sus ilusiones.

—Me dedicaré al ejercicio de mi carrera —mascullaba—, y cumpliré mi deber sin salir del estado a que el cielo quiso condenarme. Me distraeré haciendo que los reclutas se habitúen a llevar los botones del uniforme limpios como el oro, y velando para que los sargentos no se equivoquen en las cuentas. Comeré con los oficiales, escucharé las historias del médico escocés, y cuando sea viejo y los achaques me separen del ejército, me iré a servir de escarnio a mis hermanas… Paga la cuenta, Francis, tráeme un cigarro y entérate de qué se puede ver esta noche en el teatro.

Francis sólo entendió la última frase, pues las anteriores las había pronunciado Dobbin entre dientes.

Llegó el mes de junio, y con él la dispersión de la alta sociedad de Pumpernickel, que acostumbraba pasar el verano en los balnearios, bebiendo aguas medicinales, haciendo excursiones en borricos y jugando en las *redoutes* los afortunados que tenían dinero y humor para jugarlo. Los diplomáticos ingleses se fueron a Toeplitz y Kissingen, y sus rivales los franceses cerraron la *chancellerie* y se trasladaron a su querido boulevard de Gante. Cuantos se hacían ilusiones de ser algo abandonaron la capital, y claro está que no podían quedarse en ella los doctores von Glauber y von Hemburg, tanto por seguir la corriente, cuanto que la estancia en los balnearios era, y es, la que más ingresos proporciona a la medicina.

Sin dificultad convenció von Glauber a su cliente Joseph que debía pasar el verano en Ostende, en primer lugar, porque así lo exigía su salud, y en segundo y principal, porque su encantadora hermana Amelia se encontraba harto decaída. No

opuso objeción alguna Amelia, a quien era indiferente vivir en Pumpernickel o en el puerto de mar mencionado: George, ante la perspectiva del viaje, saltó de júbilo, y Becky, sin hablar palabra, como si se tratase de la cosa más natural y corriente del mundo, tomó asiento en el cómodo coche de camino proporcionado por Joseph. Parece natural que la posibilidad de encontrar en Ostende amigos que contasen a su propósito anécdotas poco edificantes debió inspirarle algún recelo, pero no: se encontraba con fuerzas sobradas para defenderse. Muy violenta tenía que ser la tempestad para que corriese peligro de romperse la cadena con que había aferrado a Joseph, cadena cuyo último remache fue el incidente del cuadro. Becky llevó consigo el caballero del elefante, Amelia no olvidó a sus Lares, es decir, los retratos de los dos Georges, y la familia no tardó en descansar de las fatigas del viaje en una vivienda sumamente cara y no muy confortable de Ostende.

Comenzó Amelia a tomar baños. En la playa, a la que iba acompañada de Becky, encontraba docenas de personas que conocían y habían tratado a esta última, y que volvían la espalda al tropezaría, pero como la primera a nadie conocía, no se daba cuenta de los agravios inferidos a su amiga, ni ésta estimó conveniente explicarle lo que ante sus ojos pasaba.

Hubo amigos suyos antiguos que la reconocieron al punto, acaso más pronto de lo que hubiese sido de desear. Citaremos entre éstos al comandante Loder y al capitán Rook, los cuales pusieron los medios para ser admitidos en las hospitalarias habitaciones de Joseph Sedley. Consiguieron sus propósitos sin trabajo, y se habituaron a entrar en la casa, y hasta en el saloncito íntimo de Amelia, como en país conquistado, a llamar a Joseph «viejo verde», a invadir su mesa y a despachar en ella botellas y más botellas.

—No entiendo bien una frase que oí a esos caballeros —dijo un día George a su madre—. El comandante decía ayer a la señora de Crawley: «No, no, Becky: no tolero que monopolices al viejo verde. O participamos todos, o hablo». ¿Qué querría significar el comandante, mamá?

—Ese hombre no merece que le llames comandante, hijo mío —contestó Amelia —. En cuanto a tu pregunta, me es imposible satisfacerla: no comprendo qué pudo querer decir. Es el caso que la persona del comandante y la de su amigo inspiraban a Amelia terror y aversión. Con frecuencia le dirigían galanterías propias de borrachos y más de una vez, en la mesa, le dirigían miradas que no pueden dirigirse a una mujer honrada sin ultrajarla. El capitán le hizo proposiciones indignas en forma tan transparente, que nunca más quiso recibirle sin tener a George a su lado.

Verdad es, dicho sea en honor de Becky, que ésta no dejó nunca sola a Amelia con ninguno de los dos hombres de que hablamos, entrambos empeñados en la conquista de Amelia. Que comandante y capitán eran una pareja de rufianes, lo evidencia el hecho de que públicamente aseguraban que habían de hacerse dueños de

aquella criatura inocente. La interesada desconocía sus designios, pero instintivamente sentía horror y perdía la tranquilidad en presencia de cualquiera de los dos miserables y anhelaba volver cuanto antes a Inglaterra.

Expuso sus deseos a Joseph, suplicó, instó: trabajo perdido. Siempre fue Joseph tardo en sus movimientos, y, por añadidura, se había puesto en manos de su médico y quién sabe si en otras. En cuanto a Becky, ningún deseo tenía de volver a Londres.

Al fin adoptó Amelia un gran partido, tomó una resolución enérgica: escribió a uno de sus amigos que se encontraba al lado opuesto del Estrecho. A nadie habló de la carta en cuestión, que llevó personalmente al correo. Depositada la misiva, enrojeció al encontrar a George y experimentó honda emoción, que se tradujo en besos repetidos a su hijo. Pasó el resto del día agitada, recluida en su habitación y sin querer ver a nadie. Becky atribuyó su reclusión al miedo que el comandante y el capitán le inspiraban.

—Esto no puede continuar así —se dijo Becky—. Esa tontuela tiene que marcharse, no hay remedio. Se obstina en rendir culto estúpido a la memoria de un marido muerto… ¡bien muerto, a fe mía!, muerto hace quince años… Con ninguno de estos dos hombres puede casarse… ¡Valiente par de sinvergüenzas! ¡Nada, nada! ¡Es cosa hecha! La casaremos con el palo vestido… y no dejo pasar el día de hoy sin dar los primeros pasos.

Dicho y hecho: Becky preparó una taza de té y la llevó a la habitación de Amelia, a quien encontró nerviosa, agitada, melancólica, contemplando con ojos llorosos los dos retratos.

—Gracias, Becky —dijo Amelia al recibir la taza.

—Préstame atención, Amelia —respondió Becky, paseando por la estancia y mirando a su amiga con interés entre cariñoso y burlón—, necesito hablarte. Debes irte de esta ciudad, huyendo de las impertinencias ofensivas de los dos asiduos visitantes de la casa, que hoy te molestan con sus persecuciones y mañana te ultrajarán, si no ponemos remedio. Son un par de miserables dignos de arrastar grillete. No te importe saber cómo y por qué les conozco a fondo. Joseph no puede protegerte, porque es tan débil, que lejos de poder defender a nadie, necesita él de persona que le defienda. Debes casarte, amiga mía, si no quieres perderte tú y perder a tu hijo. Necesitas un marido, ¿entiendes?, un marido que será tu defensor natural. Mil veces se te ha ofrecido ese marido, y tú, sin consideración a que es el mejor, el más noble, el más santo de los caballeros que jamás conocí, le has rechazado, dando pruebas de una dureza de corazón y de una ingratitud sin ejemplo.

—Hice cuanto pude, Becky… procuré acceder… pero me fue imposible olvidar…

Puso sus ojos en el retrato de George padre y dejó sin terminar la frase.

—¿Te fue imposible olvidar a ése? —replicó con vehemencia Becky—. ¿No

pudiste olvidar a quien fue el egoísmo personificado, la fatuidad por esencia, un verdadero maniquí sin ingenio, sin distinción, sin nobleza, sin corazón y sin alma, un hombre que nunca llegó a la suela del zapato de tu amigo el palo vestido? ¡Me hace gracia! ¿No comprendes, desdichada, que aquel hombre estaba hastiado de ti, que nunca se hubiese casado contigo, que te hubiera abandonado indignamente si Dobbin no le hubiese obligado a cumplir su palabra? Él mismo me lo confesó a mí; me dijo que nunca te quiso; todos los días me hablaba de ti con el mayor desprecio, y, a la semana de casado contigo, me hacía ya el amor.

—¡Falso!… ¡Mentira! —gritó Amelia indignada.

—Te lo demostraré con pruebas —replicó Becky, sacando un papel plegado y poniéndolo desdoblado en las manos de su amiga—. Lee eso. Conoces la letra de tu George. Lee, y verás que me propone una fuga con él. Quería que huyésemos juntos, y la cartita me la entregó delante de ti, la víspera del día en que le mataron… ¡Bien muerto está!

Amelia no oía nada; sus ojos y sus facultades estaban fijas en la carta. Era ésta la misma que George entregó a Becky juntamente con el ramillete la noche del baile dado en la morada de la duquesa de Richmond. Becky decía verdad: George le proponía una fuga.

Dobló Amelia la cabeza y lloró, lloró mucho. No importa, no hemos de verla llorar más en nuestra historia. Dejó caer la cabeza, sobre el pecho, llevó las manos a sus ojos y permaneció así largo rato. Becky la contemplaba silenciosa. ¿Quién es capaz de analizar aquellas lágrimas? ¿Quién podría decirnos si las producía la pena o si nacían de la alegría? ¿Sentía pesadumbre porque había caído hecho añicos el ídolo que adoró toda su vida, ídolo que creyó de oro y ahora se convencía de que fue de barro? ¿Se indignó al saber que amor tan inmenso tuvo por toda correspondencia el desprecio, o se alegró al caer la valla interpuesta por su modestia entre ella y un nuevo amor real y avasallador?

«Ya no me liga ningún lazo», pensó. «Puedo amarle con todo mi corazón… y le amaré, sí, le amaré… siempre que él me perdone.»

He aquí, reflejado con palabras, el sentimiento que dominó a todos los demás que por espacio de algunos minutos se disputaron la victoria en su pecho.

No fue tan violenta como Becky esperaba la explosión de su dolor, que su amiga procuró suavizar, a fuerza de cariñosos besos y abrazos. Trató a Amelia como si fuese una niña, y cuando consideró que era ocasión oportuna le dijo:

—Ahora, tontuela, vas a tomar papel y pluma, y a escribirle que venga sin perder minuto.

—Le… he… le he escrito esta… esta mañana —balbuceó Amelia, poniéndose encarnada como nunca.

Becky acogió la confesión con ruidosas carcajadas.

—*Un biglietto*! —cantaba con toda la fuerza de los pulmones, remedando a la Rosina del Barbero—. *Un biglietto!… Eccolo qua!* Los trinos de Becky penetraron en todas las habitaciones de la casa.

Dos mañanas después de ocurrida esta escena, amaneció el día lluvioso y desapacible. Amelia se había pasado la noche escuchando los bramidos del mar y compadeciendo a los pobres viajeros que en aquellos momentos surcaban las traicioneras olas. Muy tempranito abandonó el lecho, y, sin miedo a la lluvia ni al impetuoso viento, quiso dar un paseo hasta el muelle, acompañada de George. Orientada frente a poniente, sintiendo en el rostro los zarpazos del viento y de la lluvia, hundía sus miradas en la negruzca línea del horizonte y contemplaba las hinchadas olas que, rodando y persiguiéndose unas a otras, venían a reventar contra los muros del muelle. Apenas hablaba; George, de tarde en tarde, decía algunas palabras para dar ánimos a su madre.

—Yo creo que con un tiempo tan malo no se habrá atrevido a hacer la travesía —dijo Amelia.

—¿Que no? Yo te apuesto diez contra uno a lo contrario, mamaíta. Oye; ¿distingues el humo del vapor? Yo lo veo ya perfectamente.

En efecto: el vapor estaba a la vista, pero muy bien podía llegar el buque y no Dobbin. Pudo retardarse la carta, y aun suponiendo que su destinatario la recibiese a tiempo, era muy posible que no hubiera querido emprender el viaje. Cien temores agitaban y conmovían aquel corazoncito enamorado, semejantes a las olas que se estrellaban contra los bloques del muelle.

Pronto se pudo distinguir el vapor. George, dueño de un anteojo muy potente, encerró al barco dentro de su campo visual y hacía mil comentarios sobre la marcha de aquél, que saltaba sobre la agitada superficie o desaparecía casi entre las olas, pero siempre acercándose a tierra. En el observatorio izaron la bandera que señalaba la presencia de un buque inglés: también en el corazón de Amelia había sido desplegada otra bandera que agitaba el suave viento de la esperanza.

Quiso Amelia mirar por medio del anteojo, pero no acertó a ver más que un punto negro que subía y bajaba.

Tomó de nuevo George el instrumento.

—¡Qué sacudidas! —decía—. Una ola enorme salta ahora los costados… No distingo más que dos hombres, además de los marineros… uno de ellos tendido, el otro… el otro va envuelto en una capa… en una… ¡Hurra! ¡Es Dobbin!… ¡Dobbin!

Cerró el anteojo y se arrojó en los brazos de su madre. Ésta no dijo palabra; no podía. Bien segura estaba ella de que Dobbin vendría… ¡ya lo creo!

El buque se aproximaba cada vez más. Mientras madre e hijo esperaban en el desembarcadero, las rodillas de la primera se negaban a sostenerla: temblaban. De buena gana hubiese caído Amelia de rodillas en el mismo muelle, y dirigido a

presencia de todo el mundo fervientes oraciones al cielo, en testimonio de su alegría y gratitud. ¿Le quedaría bastante vida para manifestar al cielo su agradecimiento?

Como el tiempo estaba tan malo, no habían ido al muelle paseantes para presenciar la llegada del vapor. No se veía allí más que un mozo de cuerda por si alguno de los viajeros utilizaba sus servicios. Hasta George se había eclipsado, de lo que resultó que cuando el viajero de la capa pisó tierra firme no hubo testigos de la escena que se desarrolló, y que, narrada sucintamente, fue como sigue:

Una señora, cuyo vestido y sombrero aparecían calados, avanzó con los brazos extendidos hacia el caballero que aca baba de desembarcar, y desapareció entre los amplios vuelos de la capa de aquél. La señora besó repetidas veces las manos del de la capa, y el de la capa, es de suponer que estrechase la cabecita de la dama contra su corazón, a cuya altura llegaba escasamente, para impedir que la dama cayese. La dama murmuraba frases confusas, algunas de las cuales llegaron en alas del viento hasta los oídos del autor de esta historia.

—¡Querido!… ¡Sí… abrázame!… ¡William!… ¡Perdón!…

Es una lástima que la capa no dejase pasar el complemento de aquellas palabras sueltas.

Cuando Amelia salió del interior de la capa, conservó entre las suyas las manos del viajero, a quien contemplaba con mirada de honda tristeza y de tierno amor. La dulce queja de su amigo la obligó a doblar la cabeza.

—Hora era de que me llamases, Amelia —dijo.

—No te irás más; ¿verdad, William?

—No; nunca —respondió el interrogado, apretando una vez más la cabecita contra su pecho.

Al salir de la aduana, encontraron a George, quien les contemplaba con cara picaresca y mirándoles a través de su anteojo. Reía el tunante, bailaba a su alrededor y saltaba como un loco. Durante el recorrido del trayecto que separaba el muelle de su casa, no cesó de hacer mil diabluras. Joseph no se había levantado cuando llegaron, y Becky no estaba visible, aunque vio llegar a los tres personajes oculta tras las persianas del balcón de su cuarto. George corrió a la cocina para que apresurasen el desayuno. Amelia dejó su chal y sombrero en manos de su doncella, y entró en la habitación de Dobbin con objeto de ayudarle a despojarse de la capa y… ¡Bueno! Si no tienen inconveniente los lectores, nos iremos con George a la cocina, y procuraremos que el desayuno no se haga esperar.

Ya está la tórtola en la jaula: ya tiene a su lado la pareja que ha suspirado por ella toda su vida. La tortolita ha apoyado la cabeza sobre el pecho del recién llegado, y canta para él solo, y gorjeará en lo sucesivo para él solo, y para él solo agitará dulcemente sus alas con estremecimientos de júbilo. Dobbin posee el tesoro por el cual ha suspirado día y noche durante dieciocho años. Nuestra pluma se detiene aquí;

hemos llegado a la última página. ¡Adiós, coronel! ¡Que el cielo te colme de bendiciones, honrado, leal y constante William! ¡Adiós, dulce y querida Amelia! ¡Ojalá reverdezcas, pobre planta frágil, merced al apoyo de la encina vigorosa a que te adhieres! ¡Ojalá en lo sucesivo vivan largos años vuestras raíces enlazadas y confundidas! Acaso un sentimiento de gratitud hacia la sencilla y dulce criatura que generosa la acogió y defendió cuando todos la despreciaban, tal vez el deseo de no interponer una nube en el cielo de la felicidad de la que siempre fue desgraciada, quizás el temor de ser testigo de escenas sentimentales… ¡quién sabe! El hecho es que Becky, encantada de los resultados de su negociación, nunca más apareció delante del coronel Dobbin y de la dama que era su esposa. Asuntos importantes la obligaron a ir a Brujas, según dijo, y a Brujas se fue, sin asistir a la ceremonia nupcial, que sólo presenciaron George y su tío. Celebrada la boda, regresó Becky (tan sólo por unos días), para ser el consuelo del solitario Joseph Sedley. Éste manifestó que prefería la vida del continente, y declinó el vivir bajo el mismo techo con su hermana y su cuñado.

Congratulábase Amelia por haber escrito a Dobbin antes de tener noticia de la existencia de la carta de George.

—Todo lo que Becky te dijo lo sabía yo hace muchos años —decía Dobbin—, pero antes hubiese muerto de desesperación que utilizar tal arma contra la memoria de mi pobre amigo. El despego de éste era lo que más me hacía sufrir, porque…

—No hablemos nunca de esas cosas —interrumpió Amelia.

William varió de conversación, y habló de la señora O’Dowd y de la hermana de su marido, diciendo al final de su discurso, riendo como un niño:

—Si no llega tan a tiempo tu carta, cualquiera sabe si Glorvina se llamaría a estas fechas la señora de Dobbin.

Hoy Glorvina está casada con el comandante Posky, a quien pescó junto al lecho de muerte de su primera esposa. No le fue difícil hacer la conquista, pues el comandante había jurado no buscar nunca esposa fuera del regimiento. Verdad es que otro tanto parece que está dispuesta a hacer la señora O’Dowd, quien a todas horas dice que si algo le ocurriese a su querido Michael, favorecería con su mano a alguno de los oficiales del cuerpo donde tantos años sirvió su esposo.

No bien pidió y obtuvo Dobbin su licencia absoluta, paso que dio inmediatamente después de casado, fue a establecerse en una casita de campo, próxima a Crawley de la Reina, donde viven de continuo sir Pitt y lady Jane desde que el Parlamento aprobó la Ley de Reforma Electoral. Ya no piensa aquél en ser Par del Reino y hasta ha dado el adiós al Parlamento, en el que ha perdido los dos puestos de que disponía. La catástrofe ha tronchado todas sus ilusiones y le ha afectado en su salud. Sir Pitt profetiza la rápida ruina del Imperio.

Lady Jane y Amelia se hicieron las mejores amigas del mundo. El movimiento de

coches entre el castillo de los Crawley y la posesión de Siempreverde, residencia del matrimonio Dobbin, era constante. Lady Jane fue la madrina de la hija de Dobbin, bautizada por el reverendo James Crawley, sucesor de su padre en el curato. George y el hijo de Rawdon Crawley cazaban juntos durante las vacaciones y estudiaban en el mismo colegio; eran amigos íntimos, aunque con frecuencia reñían por la hija de lady Jane, de la que los dos estaban enamorados, como no podía menos de suceder. Las madres respectivas habían decidido casar a George con la niña, pero ésta, según he oído decir, prefería a su primo.

Ninguna de las dos familias volvió a pronunciar el nombre de Becky. Fácilmente se comprenderá la razón: Rebecca vivía con Joseph, le seguía a todas partes, le tenía completamente esclavizado. Los abogados de Dobbin manifestaron a éste que su cuñado acababa de contratar un seguro de vida por un capital crecido, y añadieron que sospechaban que buscaba dinero para hacer frente a sus deudas. Los achaques y dolencias del solterón crecían en importancia de día en día.

Al tener Amelia noticia de que su hermano había contratado un seguro, se alarmó extraordinariamente, y suplicó a su marido que fuese a Bruselas, donde residía por entonces Joseph, y procurase informarse sobre el estado de sus asuntos. El coronel abandonó su casa con pesadumbre, en primer lugar, porque embargaba todo su tiempo la Historia del Punjaub que estaba escribiendo, y en segundo y principal, porque le tenía intranquilo su hijita, que adoraba, enferma de sarampión. En Bruselas encontró a Joseph viviendo en uno de los gigantescos hoteles, del cual ocupaba varias habitaciones, porque Becky solía dar con frecuencia fiestas y recepciones.

Como el coronel Dobbin no tenía deseos de ver a aquella señora, ni consideraba oportuno hacerle saber su llegada a Bruselas, avisó reservadamente a Joseph, por medio de una carta que hizo llegar a sus manos por conducto de su criado. Rogó Joseph al coronel que fuese a verle aquella noche, aprovechando la ausencia de Becky, que debía asistir a una *soirée*. Acudió Dobbin a la cita, encontrando a su cuñado muy quebrantado de salud y con un miedo horrible a Becky, miedo que dejó traslucir no obstante las alabanzas que le prodigó. Dijo que le atendía con tierna solicitud en su enfermedad, que era una hija cariñosa para él, «pero… pero… ¡oh, por amor de Dios, venid a vivir cerca de mí y visitadme todos los días!» —terminó diciendo aquel desdichado.

Frunció el coronel el entrecejo al oír la pretensión, y contestó:

—Es imposible, Joseph: dadas las circunstancias, Amelia no puede vivir cerca de ti, ni visitarte siquiera.

—¡Te juro que Becky es inocente como una niña, limpia y pura como tu mujer!

—Puede ser —replicó con expresión sombría Dobbin—. Sin embargo, Amelia no debe, no puede venir a tu lado. Sé una vez hombre, Joseph: rompe con energía esos lazos que te deshonran y reúnete con tu familia. Hemos oído decir que tus asuntos

andan bastante mal.

—¡Mal! ¡Mentira! ¿Quién ha publicado semejante calumnia? Tengo admirable y ventajosamente colocados todos mis fondos.

—¿Luego no tienes deudas? ¿Por qué has contratado un seguro de vida?

—Creí que la gratitud me obligaba a hacer a Becky un pequeño obsequio… por si me sucede algo. Ya sabes que mi salud está quebrantada… Me movió el agradecimiento, nada más… Mi pensamiento es dejar a Amelia toda mi fortuna, y como no necesito gastar todas mis rentas, pues… por eso…

Dobbin suplicó a Joseph que huyese en el acto, que se fuera a la India, donde seguramente no le seguiría Becky, que lo hiciese todo, a trueque de verse libre de unas relaciones que le denigraban y denigraban a la familia.

—Iré a la India —contestó Joseph, retorciéndose las manos—. Haré cuanto sea preciso, pero… necesito tiempo… hay que preparar… Sobre todo, nada digas a Becky… ¡Me mataría si pensase que mi intención es abandonarla! ¡No sabes lo terrible que es esa mujer!

—Entonces, ¿por qué no te vienes conmigo? —No me atrevo… no puedo. Mañana por la mañana volveremos a vernos, pero que no sepa Becky que has venido. Mejor será que te vayas ya… Sí, sí; vete: ¡no sea que vaya a llegar esa mujer!

Dobbin se despidió hasta la mañana siguiente, pero nunca más volvió a ver a su cuñado. A los tres meses moría Joseph Sedley en Aquisgrán. Vióse entonces que estaba arruinado, que todos sus capitales consistían en acciones de compañías que explotaban negocios imaginarios. No le quedaba más que el derecho a recibir el importe del seguro de vida, que debía repartirse por igual entre su hermana Amelia y la cariñosa amiga que le había cuidado durante su enfermedad con abnegación ejemplar.

El abogado de la compañía de seguros dijo que nunca había entendido en asunto tan obscuro como el originado por la muerte de Joseph Sedley, habló de enviar inspectores a Aquisgrán para abrir una investigación, y la compañía se negó a pagar la cantidad contratada, pero la señora de Crawley —lady Crawley, como se hacía llamar— se presentó en Londres, puso el asunto en manos de abogados, y consiguió que la compañía, ante el temor de un escándalo que podía ser perjudicial a su crédito, liquidase el importe del seguro. El coronel Dobbin devolvió la parte de seguro que correspondió a su mujer, y no quiso tener ninguna clase de relaciones con Becky.

Ésta continuó haciéndose llamar lady Crawley, aunque el coronel Rawdon había fallecido en Coventry Island, victima de la fiebre amarilla. Mes y medio antes que Rawdon murió sir Pitt, y como no dejó heredero varón, heredó el hijo de Becky el título de barón y los bienes patrimoniales vinculados al mismo.

No ha querido el actual barón de Crawley ver nunca a su madre, a la cual, sin embargo, pasa una pensión respetable. Vive habitualmente el primero en el castillo de

Crawley de la Reina, en compañía de lady Jane y de su hija, y Becky ha escogido a Bath y Cheltenham para teatro de sus hazañas. Generalmente se la tiene por una señora cruel e injustamente perseguida. ¿Que tiene enemigos? Desde luego, sí: ¿hay alguien que no los tenga? Pero es en vano que aquéllos intenten desacreditarla, porque de su moralidad responden sus actos. Se ha entregado a las obras de piedad, frecuenta la iglesia (nunca sin la escolta de un criado), su nombre figura en todas las subscripciones abiertas para fines benéficos, y patrocina y toma parte activa en todas las tómbolas organizadas para aliviar las desdichas del prójimo. No hace mucho tiempo que Amelia, el coronel Dobbin y los hijos, en un viaje que hicieron a Londres, se encontraron inopinadamente con Becky, en una tómbola. La antigua amiga de Amelia bajó modestamente la vista y sonrió cuando la familia varió de dirección; Amelia se asió al brazo de su George, que hoy es un buen mozo, y William Dobbin tomó en brazos a su Jeannie, a quien adora más que a nada del mundo, más que a su Historia del Punjaub, que es cuanto puede decirse.

«¡Y más que a mí!», piensa a veces Amelia, lanzando un suspiro. Pero lo cierto es que el coronel nunca ha dicho a Amelia una palabra que no fuese dulce y cariñosa, ni hubo capricho de ella que no tratase por todos los medios de satisfacer.

¡Ah, *Vanitas vanitatum*! ¿Quién de nosotros es feliz en este mundo? ¿Quién de nosotros alcanza el logro de sus deseos, y, aun alcanzándolo, se encuentra satisfecho?

Pero, pacientes espectadores, viejos y jóvenes, la comedia ha terminado. Preciso es desmontar el tinglado y volver los muñecos a sus estuches.

FIN